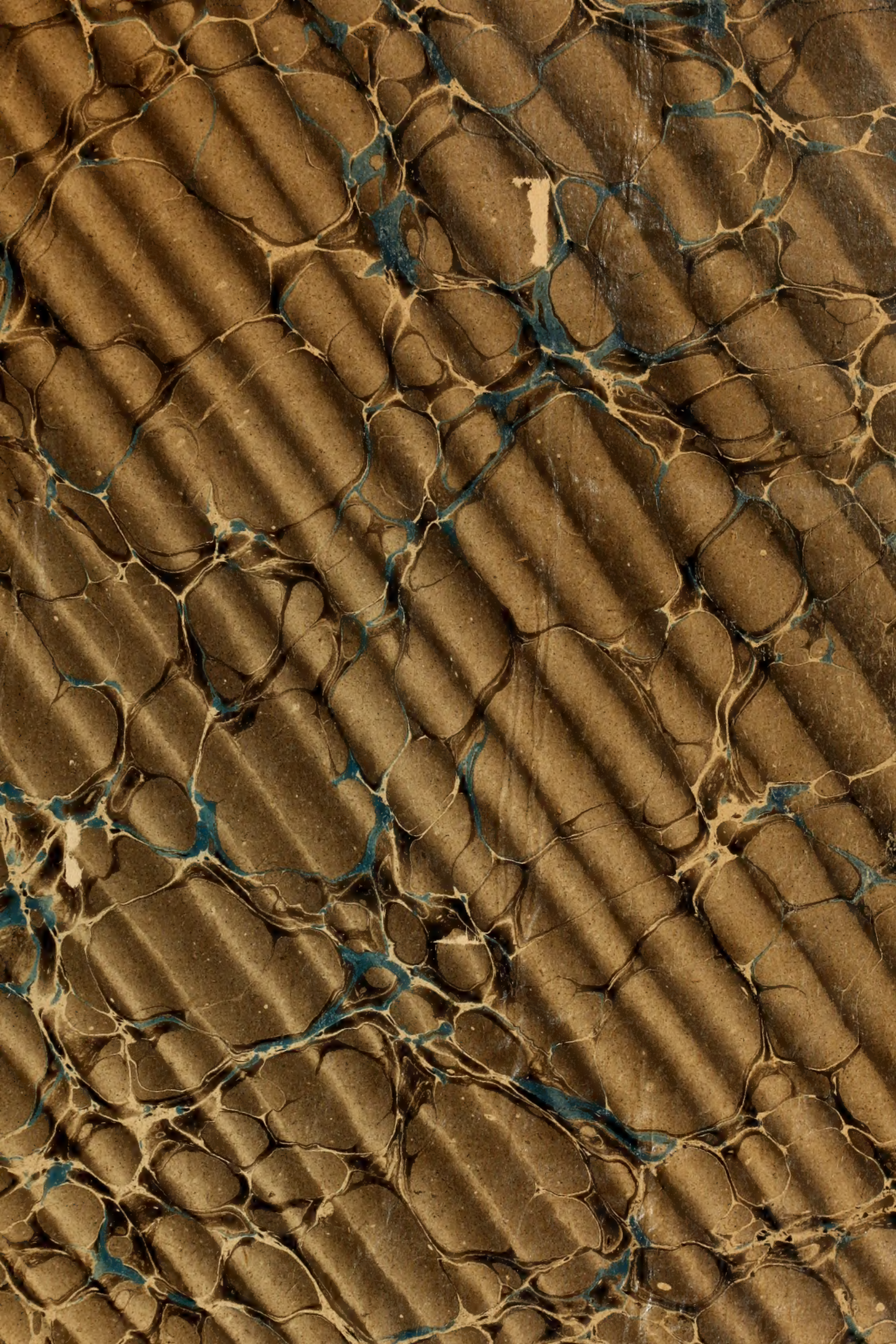




Presented to
The Library
of the
University of Toronto
by
from
the library of
the late Professor M.W. Buchanan





Digitized by the Internet Archive
in 2011 with funding from
University of Toronto

LS
C 419
Yle

Tomo 2

545018
2.7.52

ILUSTRACIONES AL CAPITULO II

1.^a—Comprobación de datos. Obra notable.

Merece consultarse, para el estudio detenido de estos puntos históricos, la excelente obra publicada por D. Cesáreo Fernández Duro, que se titula *La Armada Invencible*. (Madrid; 1884: Sucesores de Rivadeneira; dos tomos en 4.^o)

Es un trabajo de exquisita erudición, donde se rectifican juicios erróneos, se aducen nuevos valiosos datos, y se emiten muy atendibles consideraciones respecto de los preliminares de la guerra contra Inglaterra en 1588. Es el libro más completo y documentado que se ha impreso en español acerca de tan importante materia.

2.^a—Palabras textuales del Sr. Marqués de Santa Cruz.

“Ha tomado la Reina (de Inglaterra) con tan poco fundamento por ocasión *el embargo que Vuestra Majestad mandó hacer de sus naos, el cual, en este puerto (Lisboa), donde se hallaron treinta y tres, no fueron detenidas más que ocho días, y aun los más de éstos gastaron en acabar de cargar sus mercaderías, y se les dió licencia, sin haberles hecho ningún mal tratamiento; y las que se embargaron en Vizcaya, ellos fueron agresores, cometiendo delito en lo que hicieron con las justicias de Vuestra Majestad. Me ha parecido que no cumplía con la obligación que tengo de criado y vasallo de V. M., si no dijese mi parecer con tanta libertad como aquí lo hago*”.

Esta importantísima carta del Marqués de Santa Cruz, es el número 3 de los documentos copiados por el Sr. Fernández Duro en su citada obra: tomo I, páginas 244 y siguientes.

3.^a—Noticias exactas de los perjuicios que ocasionó el Drake en 1587.

En la *Colección* de documentos sobre la marina española, de Sans de Barutell, art. 6, número 91, se inserta una *Relación* oficial, coetánea, de los navíos que Francisco Drake quemó y echó á fondo en la bahía de Cádiz en 29 y 30 de Abril de 1587, y de las naos y bastimentos que llevó y en lo que todo se estima. Juzgamos de curiosidad el reproducirla.

Tres urcas que vinieron de Málaga, con 3.443 quintales de bizcocho, de S. M. Quemó la una y llevó las dos con dos mil quintales y los marineros flamencos que en ellas había. Valen diez mil ducados.

Dos urcas de 400 y 200 toneladas, con 392 pipas de vino, de S. M. Quemólas. Valen quince mil ducados.

Un navío portugués con 3.288 fanegas de trigo, de Su Majestad. Quemóle. Vale cinco mil ducados.

Una nave levantisca de 600 toneladas, que echó á fondo, y estaba cargando para Italia cochinilla, cuero, lanas y otras mercaderías. Valdría cuarenta mil ducados.

Una nao vizcaina nueva, capitán dueño Estéban de Mugarrieta, vecino de Fuenterrabia. Quemóla con más de 200 quintales de hierro y otras mercaderías. Valía veinte mil ducados.

El galeón del Marqués de Santa Cruz. Quemóle. Valdría dieciocho mil ducados.

Cuatro naos de las de la flota de Nueva España. Quemólas. Valdrían, porque no tenían carga, quince mil ducados.

Una naveta portuguesa, que estaba cargando para el Brasil, con vinos y otras mercaderías. Quemóla, y valdría seis mil ducados.

Cinco urcas, las cuatro vacías y la una con sal. Quemólas. Valdrían dieciseis mil ducados.

Llevó una barqueta cargada de pasa y melazos, que valdría dos mil ducados.

Llevó un escorchapín cargado de vinos y mercaderías, que valdría ocho mil ducados.

Llevó una nao francesa, con carga de vino y cochinilla, que valdría diez mil ducados.

Llevó una naveta que iba á Vizcaya, cargada de vinos y mercaderías, que valdría cinco mil ducados.

De un barco que estaba cargado para Sevilla, de la nao vizcaina, tomó 200 mosquetes, que valdrían mil y cien ducados.

Echó al través una naveta francesa, que valdría mil ducados.

Por manera que son por todos veinticuatro bajeles: los dieciocho de ellos quemó y echó á fondo, y los seis llevó, y todo valdría 172.100 ducados. Los 17.426 tocan á S. M. y los demás á particulares.

4.^a — Interesantes pormenores. Bastimentos que eran menester para la Armada Invencible. La comisión de Cervantes por orden del alcalde Valdivia. Aclaraciones sobre este punto.

Según los cálculos hechos por el Marqués de Santa Cruz, para el primitivo proyecto de la gran armada contra Inglaterra, habían de ir en ella 84.422 personas de mar y guerra y del servicio de la artillería y aventureros, demás de 9.800 remeros; de forma que, por todo, eran 94 mil 222 bocas. Necesitábanse, pues, otras tantas raciones diarias, y hacían falta, en los ocho meses que se suponía durase la expedición, inmenso número de bastimentos.

Solamente de bizcocho, creía el Marqués que había que labrar en cantidad de 379.337 quintales. Á Andalucía se señalaban 120 mil; 60 mil se fabricarían en Sevilla y el Puerto, y los otros sesenta mil en Lisboa, aunque con trigo andaluz. 50 mil quintales corresponderían á Málaga, Antequera y su comarca; 56 mil entregarían en Vizcaya la provincia y las cuatro villas, de trigo de Burgos y Tierra de campos. El reino de Murcia y la Mancha facilitarían 50 mil, y habían de venir de Nápoles 20 mil quintales, que hacían 40 mil de Castilla. Irían además, en lugar de otro tanto bizcocho, quince ó veinte mil quintales de harina.

La cantidad de vino se tasaba en 46.800 pipas; y las partes de donde se habían de proveer eran: De Vinaroz, Villacarlón y Peñíscola, 8 mil; de Málaga, Marbella y Gibraltar, 5; de Jerez y su comarca, 5; de Sevilla, el Alfaraje y la Sierra, 6; de Monzón, Lameco y Rivadavia, 7; de Nápoles, 16.

Pedíanse 22.800 quintales de tocino, que se adquirirían de Sevilla, su Sierra y Extremadura, Ronda, Galicia, Vizcaya y Nápoles.

Los 21.500 quintales de queso calculados, los suministrarían Mallorca y Menorca, Sevilla, su Sierra y Extremadura, Sicilia y Cerdeña y Portugal.

Se necesitaban 23.200 barriles de atún. De dicha cantidad, las almadrabas de Cádiz darían 4 mil, y Conil y Zahara 11.200.

De carne de vaca se calculaban, para los días

que no se diese ración de atún, 16 mil quintales, que se sacarían de Sevilla y Extremadura, Galicia, Astúrias y Portugal. Advertía el Marqués que "esta carne se había de hacer en invierno y curarla al aire, y no en salmuera y en botas, porque si se hace así y estiva en ellas, se dañaría y no sería de servicio".

Pedíanse 24 mil arrobas de aceite; é indicaba el Marqués que las partes de donde se había de proveer esta cantidad, era del Andalucía, pues abundaba aquel año, ó sea en 1586.

Añadíanse á lo anterior 3.200 pipas de vinagre; 26 mil fanegas de habas y garbanzos; 7 mil quintales de arroz y 50 mil ristras de ajos. El importe total de los bastimentos subía á 650 millones 936.760 maravedis.

La *Relación*, extensa y circunstanciada, que envió el Marqués de Santa Cruz á Felipe II, documento de excepcional interés, lo inserta íntegro el Sr. Fernández Duro en su obra *La Armada Invencible*: t. I, pág.^s 250 á 319.

*
* *

Dejamos hecho mención en el texto de que las primeras comisiones que desempeñó Cervantes en Écija, para acopiar bastimentos con destino al proveimiento de flotas, fué el año de 587, por orden del Lcdo. Diego de Valdivia. La afirmación terminante de los días que se ocupó en dicha comisión, consta con toda puntualidad en un documento que se conserva en el Archivo de Simancas, *Contadurías generales*, legajo 1745, que más adelante copiamos íntegro por la importancia que tiene para fijar algunas fechas y comprobar determinadas noticias.

En él se dice textualmente, al hablar de cantidades que se entregaron á Cervantes, lo que sigue: "En primero de Julio de 1588 años se le pagaron 506 reales á cumplimiento de mil cuatrocientos dieciseis reales que hubo de haber: *los 1.344 de ellos por el salario de ciento y doce días, á doce reales cada uno, que se ocupó en sacar trigo por comisión del alcalde Valdivia, y los 72 reales restantes por tantos que hizo de costas en dos correos, con despachos tocantes á la dicha su comisión, para el dicho alcalde*".

De la misma se trata en otro documento existente en el citado Archivo, (*Contaduría Mayor*: 2.^a época, legajo 957), del cual transcribimos dos párrafos, como comprobación indiscutible. Háblase en él de "varias partidas de trigo, cebada y aceite que recibió Cervantes sobre aprovisionamientos para las galeras de la armada; gastos y salarios de los comisarios. Años de 1588 á 92".

El primer párrafo es del tenor siguiente:

“Al Concejo, justicia y regimiento de la ciudad de Écija, un cuento quinientos ochenta y nueve mil trescientos y trece maravedis, que los hubo de haber por el valor de cuatro mil doscientas cuarenta y nueve fanegas y media de trigo, á razón de once reales la fanega, que, *por orden del Sr. Antonio de Guevara, entregaron á Miguel de Cervantes Saavedra, comisario, á cumplimiento de una obligación de mayor cantidad, que la dicha ciudad hizo al Licenciado Diego de Valdivia, alcalde de la Quadra de los grados de la ciudad de Sevilla, por Su Majestad, á cuyo cargo, por comisión del dicho Antonio de Guevara*, estuvo el año de 587 la saca de mucha cantidad de trigo para las provisiones en la dicha provincia del Andalucía, de que dió certificación el dicho comisario, que quedó en los libros del contador de las dichas provisiones por libranza del Sr. Antonio de Guevara, de 15 de Setiembre del año 589, tomada la razón por el señor veedor y contador, los cuales dichos maravedis recibió Francisco de Tamayo Román, vecino de la ciudad de Écija, y escribano público de ella, en nombre y con poder del dicho Concejo, con intervención del dicho veedor y contador Miguel de Oviedo”.

Y el segundo párrafo del mismo documento, muy importante también, dice:

“Al Concejo, justicia y regimiento de la villa de Castro el Rio, quinientos cincuenta y cuatro mil maravedis, que los hubo de haber por el valor de mil cuatrocientas ochenta y nueve fanegas y media de trigo, y ciento cuarenta y seis de cebada, las mil ochenta y dos fanegas y media del dicho trigo, añejo, á razón de á diez reales y tres cuartillos la fanega, y las cuatrocientas siete fanegas restantes, de trigo nuevo, á nueve y medio reales la fanega; y la de la dicha cebada á seis reales, que Francisco Venegas, comisario, recibió del dicho Concejo, para las dichas provisiones, de que dió certificación, que quedó en los libros del contador de las dichas provisiones; *el cual dicho trigo y cebada fué de lo que el año de 587 embargó en la dicha villa de Castro el Rio Miguel de Cervantes Sayavedra (sic), por comisión del alcalde Valdivia para las dichas provisiones.*

“Y así pareció por libranza del dicho Antonio de Guevara, de 4 de Diciembre del año de 588, tomada la razón por el dicho veedor y contador Miguel de Oviedo; y al pie de ella dice el dicho veedor y contador que se han de bajar de ella dos mil reales, y se habían de pagar tantos menos, porque se libraron por otra parte á Pedro Núñez de Toledo, canónigo de Coria, en el di-

cho pagador por libranza de 24 de Junio de 589, por doscientas fanegas de trigo á diez reales que se sacaron de la dicha villa y se incluyen en la cantidad de trigo de esta partida; y bajados, restan 489.000 maravedis, los cuales recibió Diego López Delgadillo, vecino de la villa de Cabra, en nombre y por poder del dicho Concejo, con intervención del dicho veedor y contador”.

Los datos que aporta el documento que acabamos de citar, son decisivos. Sirven para poder decir lo cierto, sin alteración ni equivocaciones. Por ellos sabemos que Cervantes no desempeñó, en 1587, únicamente la comisión de Écija, según se creía, sino otras, como lo demuestra el embargo que hizo aquel mismo año en Castro del Rio, á nombre del alcalde Valdivia en una y otra parte. No queda ya duda posible tampoco respecto de si fué aislada y por nombramiento especial, ó como delegado, la comisión que tuvo Valdivia. Lo fué en este último concepto, en virtud de disposiciones que le confió el mismo Guevara, lo cual confirma, dicho sea de paso, cuanto hemos escrito tocante á haber sido aquel proveedor á quien debió su destino Miguel de Cervantes.

Abundan en Simancas los documentos que hacen referencia, y suministran pormenores preciosos, aunque no completos, acerca de sus gestiones bajo la dirección del alcalde Valdivia. En otro documento que pertenece á *Contadurías*, legajo núm. 1745, que es una cuenta de cargos á Cervantes, y tiene por encabezamiento “*El dicho Miguel de Cervantes.—Cargo de trigo que recibió*”, se lee, casi al concluir: “Cargánsele más á Miguel de Cervantes cuatro mil doscientas cuarenta y nueve fanegas y media de trigo, que recibió del Concejo, justicia y regimiento de la ciudad de Écija, las cuales la dicha ciudad se obligó de dar al Lcdo. Diego de Valdivia, alcalde del crimen de Sevilla, para las dichas provisiones, como parece por el libro de cargos de la contaduría de las dichas provisiones del año de DLXXXIX y por la dicha relación”. (Al margen hay anotaciones. Una dice: “Comprobado con el dicho libro y relación jurada”; y otra: “Recibido en cuenta al pagador Agustín de Cetina el precio de este trigo”).

En el legajo 993, *Contaduría mayor*, 2.^a época, encontramos nuevas indicaciones alusivas al tiempo de Valdivia, que extractaremos por estimarlo conveniente. Este extenso documento es una Relación de varias partidas sueltas; y en seis de ellas, se habla de comisiones de Cervantes.

La primera es la referente al Licenciado Pedro Núñez de Toledo, canónigo de Coria, quien recibió dos mil reales por valor de doscientas

arrobas de trigo añejo que el año de 587 sacó Miguel de Cervantes, por orden de Diego de Valdivia, de la villa de Castro del Rio, del que allí estaba en poder del Lcdo. Tomás de Arroyo, perteneciente á una prestamera del dicho Pedro Núñez de Toledo, de que dió certificación Cervantes. El importe lo cobró en 1589 Juan de Soria, contador de Su Majestad, estante en Sevilla, en nombre y con autorización de Núñez.

La segunda partida es de unas noventa fanegas de trigo, que embargó Cervantes en Écija, también por comisión de Valdivia.

La tercera partida es de trescientas nueve fanegas y media de trigo que, por el mismo comisario, se sacó de Antonio de Mercado y Jerónimo de Montoro, vecinos de Écija, y arrendadores del pan de las colaciones de Santa María, Santa Cruz y Santiago, cuya cuenta se satisfizo en 1588 al beneficiado Gaspar del Rio, presbítero, vecino de Sevilla, en nombre y por virtud del poder que le habían conferido los acreedores Mercado y Montoro.

La cuarta partida corresponde al mismo tiempo. Cervantes, como en los casos citados, sacó por orden de Valdivia, doscientas cincuenta y seis fanegas de trigo de poder de Miguel Ruiz de Palma, arrendador del diezmo del pan de las colaciones de San Juan y Santa Bárbara de Écija, trigo que pertenecía al Dean y Cabildo de la Iglesia Mayor de Sevilla. Recibió el importe en 1588, Miguel Jerónimo de León, mayordomo del Sr. Dean y Cabildo de Sevilla, mediante poder legal, con intervención del señor veedor y contador Miguel de Oviedo.

Las partidas quinta y sexta, del mismo año 87, corresponden también al Dean y Cabildo de Sevilla.

Cerraremos esta nota diciendo que el trigo embargado por Cervantes en las fábricas de Écija, á consecuencia de lo cual fué excomulgado, parece que ascendió á 120 fanegas, (1) según datos que suministra del asunto un papel del legajo 1.745, (Simancas, *Contadurías generales*), que tiene por título "Miguel de Cervantes Saavedra, comisario.—Cargo del trigo que recibe este año de mil quinientos ochenta y ocho". En dicho papel se consignan estos apuntes:

"Cargánsele más noventa fanegas de trigo, que recibió en la ciudad de Écija y de la fábrica de Santa Cruz de la ciudad de ella, de quien se

tomó para las provisiones, y lo embargó en la cilla de la dicha ciudad por comisión del alcalde Valdivia, como parece por su certificación, fecha 12 de Agosto de 88, que quedó en la Contaduría".

"Cargánsele más treinta fanegas que recibió de la fábrica de la iglesia de Santa María de Écija, el cual se embargó en la dicha cilla por orden del dicho alcalde para la dicha provisión, según como parece por su certificación, fecha 12 de Agosto de 88, que quedó en la Contaduría".

5.^a—Documento inédito, descubierto por nosotros en el Archivo de Indias de Cádiz.

El documento que insertamos á continuación, lo encontramos, año de 1887, en el Archivo de Indias de Cádiz, juntamente con otros referentes al proveedor general de flotas, D. Antonio de Guevara, al examinar varios papeles curiosos que allí se conservan.

Publicámoslo por vez primera en el periódico *El Manifiesto*, de Cádiz, en el número 1.129, correspondiente al 25 de Abril de 1888. *La Ilustración Artística*, de Barcelona, lo reprodujo aquel mismo año.

Al estamparlo ahora de nuevo, hemos confrontado y revisado lo impreso con la copia que existe en el Archivo, hoy á cargo del distinguido cervantista, ilustrado jefe de la Biblioteca pública provincial de Cádiz, D. Francisco Juarez Talabán, á cuyas bondadosas atenciones estamos muy reconocidos, y nos complacemos en hacerlo constar así públicamente.



"Antonio de Guevara, etc.

IX de Julio de 1588.

Copia de la

Comisión que se le dió á Miguel de Cervantes Saavedra para la saca del trigo y cebada de Écija.

Por cuanto para hacer labrar bizcocho para las provisiones de mi cargo, hay de presente mucha necesidad de cantidad de trigo, y que éste se tome y saque particularmente de la ciudad de Écija, de poder de todos y cualesquier personas que lo hubieren, de cualquier estado y condición que sean, dándoles certificación de resguardo necesario, para con ella se acuda ante mí y les mande librar y pagar lo que justamente hubiesen de haber; y sacado, sea ayuntado y almacenado en las partes que se tomase de la dicha ciudad de Écija, para que desde allí se lleve y conduzca á las molindas y

(1) Las quejas y excomuniones de algunas autoridades eclesiásticas, motivaron que Felipe II, por temporizar sin duda con aquellos elementos díscolos y egoistas, dispusiese años después, desde San Lorenzo, á 11 de Setiembre de 1596, lo siguiente: "Ordenamos y mandamos al presidente y jue-

ces (de la Casa de contratación de Sevilla) y á los proveedores de las armadas y flotas, que no hagan ni consientan hacer ningunos embargos en los frutos de pan y vino del estado eclesiástico, SI NO PROCEDIERE PARTICULAR ORDEN NUESTRA". Lo cual era, precisamente, lo que se había hecho ántes.

partes, y á poder de las personas que yo ordenare para que se muele en harina para dicho efecto; y para ello es necesario vaya una persona de confianza y diligencia y cuidado, y la de Miguel de Cervantes Saavedra es cual conviene para lo susodicho, por la satisfacción que lo hará con cuidado y diligencia, cual conviene:

Por la presente le nombro, ordeno y mando que, luego que esta mi comisión le sea entregada, con vara alta de justicia, se parta y vaya á la dicha ciudad de Ecija y á los cortijos y partes de ella donde entendiéndose haber y hallar el dicho trigo y cebada, y toda la cantidad que se hallare, tomará y sacará de poder de cualesquier personas que lo tuvieren, de cualquier estado y condición que sean, así eclesiásticos como seglares, dándoles certificación firmada de su nombre á cada uno de la cantidad que así se le sacare y tomare, para que con ella acudan á mí; que yo les mandaré librar y pagar lo que justamente hubieren de haber por él; y siendo necesario cala y cata en cualesquier partes, sitios y lugares donde entendiéndose haber y hallar el dicho trigo y cebada, abriendo para ello cualesquier llaves, candados y puertas, y de todo lo que así tomare lo hará juntar y almacenar en los almacenes y casas de la dicha ciudad que le pareciere más á propósito:

Que para ello tomará y embargará de cualesquier personas que sean, para que de allí se lleve y conduzca á las molindas y partes y á poder de las personas que yo ordenare y mandare, para que se muele en harina, y de ella se labre y haga el dicho bizcocho; y la dicha cebada sirva para dar á los arrieros que hubieren de hacer la conducción de la dicha harina, para que se haga mejor y con más comodidad y beneficio de la Real Hacienda de S. M.; en lo cual pondrá mucha diligencia y cuidado, procurando se haga con la más brevedad que sea posible, por lo mucho que importa al servicio de Su Majestad, por la precisa necesidad que de ello hay; y de todo lo que fuere haciendo, irá dando aviso para que yo provea lo que más al servicio de S. M. convenga; y para todo ello, y lo de ello dependiente, y hacer prisiones, embargos, secuestros de bienes que convengan, y embargo de bagajes, carros y carretas, y demás á ello anejo y dependiente; le doy poder, facultad y comisión tan bastante como fuere menester y tengo del Rey nuestro Señor. Y, por ser cosa de su real servicio y tan importante á él, de su parte exhorto y requiero y mando al Corregidor de la dicha ciudad de Écija y á otras cualesquier justicias de ella, no le impidan ni perturben el sacar y tomar el dicho trigo y cebada; antes le den y hagan dar el favor y ayuda que les pidiere y fuere menester, so pena de quinientos ducados para gastos de la guerra, en que les doy por condenados á cada uno que lo contrario hicieren, y poder y facultad al dicho Miguel de Cervantes Saavedra para lo ejecutar á cada uno que lo contrario hiciere, como S. M. lo manda; y mando á cualesquier escribanos hagan con él los autos y diligencias que convengan y sean necesarios; y de todo lo que ante ellos pasare, le den testimonio en manera que haga fe, so pena de veinte mil maravedis para los dichos gastos de la guerra, y de dos años de suspensión de oficio y la dicha pena pecuniaria.

El dicho Miguel de Cervantes Saavedra la pueda ejecutar en las personas y bienes de cada uno que lo contrario hiciere, y tomará la razón Miguel de Oviedo, veedor y contador del Rey nuestro Señor, de las dichas provisiones.

Fecha en la ciudad de Sevilla á nueve días del mes de Julio de mil y quinientos y ochenta y ocho años“.

* *

Cuya copia está conforme con su original, que existe en el Archivo de Indias, hoy bajo la custodia del Director de la Biblioteca Pública Provincial, en el estante 15, legajo 8.º;

haciendo constar que el documento se encuentra deteriorado, corroído por la tinta y polilla, habiendo sido muy difícil sacar esta copia ó traslado exacto, á mi entender y saber.

Y para que conste, á instancia del Sr. D. Ramón León Máinez, sello y firmo la presente en Cádiz, á 1.º de Octubre de 1901.—El Director de la Biblioteca, Francisco Juárez.

Hay un sello que dice: Biblioteca Provincial. Cádiz“.

6.ª—La Invencible en la Coruña. Cartas del Duque de Medina Sidonia. Lo que decía sobre bastimentos.

Desde que, por muerte del ilustre Marqués de Santa Cruz, fué nombrado para dirigir la expedición contra Inglaterra el Duque de Medina Sidonia y se le hizo capitán general del Mar oceano, era general la creencia de un desastre entre las personas entendidas. No servía ciertamente para jefe de tan magna empresa hombre tan para poco é imperito como aquel descendiente de los Guzmanes, que sólo se daba á notar por sus aficiones á vivir tranquilamente en el dulce retiro de sus estados y por su destreza en jugar cañas y alancear toros.

Aquel pobre señor de vasallos, que se disculpaba con Felipe II, de sus nulas condiciones para el cargo á que se le ascendía, diciendo con sencillez que “no se hallaba con salud para embarcarse, porque tenía experiencia, de lo poco que había andado en la mar, que se mareaba, porque tenía muchas reumas“, reveló desde los primeros momentos su caracter mezquino y pusilánime, siempre descontento, siempre pidiendo dinero para él y para los suyos, siempre alardeando del gran sacrificio que se imponía yendo al frente de la escuadra contra Inglaterra. Él fué el causante del enorme retraso en alistarla y en la salida. Él fué el responsable de todas las contrariedades que siguieron, y el que sacrificó vidas, honor, dignidad y patria en aras de su orgullosa ineptitud.

El 19 de Junio de 1588 había llegado á la Coruña el Duque, dispersada en parte la armada por los temporales. Escribiendo sobre esto al Rey con fecha 21, decíale: “La misma tarde que entré aquí con parte de la armada, que fué á los 19, entendía que otro día acabaría de entrar el resto de la armada en este puerto, que, por ser tarde, no se hizo aquel día. El tiempo cargó tanto aquella misma noche y otro día, que las naos corrieron la vuelta de la mar, según se sospecha y cree, y ha sido tanta la mar y el viento, con tanta cerrazón y tormenta, que no se ha visto tal, según los de esta tierra dicen... Se pasarán muchos días en juntarnos. Esta tarde ha comenzado á abonanzar el tiempo. Tiéneme con mu-

cha pena que en 20 de Junio haya hecho tan recio tiempo, que haya obligado á dividirse esta armada“.

La situación de ésta, en cuanto á víveres, era sumamente comprometida. El día 10, cuando todo respiraba aún confianza y seguridad, en plena esperanza de buena fortuna, escribía, sin embargo, el Duque lo siguiente: “Por hacer tanto tiempo que han estado los bastimentos embarcados, van saliendo tan malos, podridos y gastados, que me veo con la gente con mucho trabajo sin poderlo remediar, y gran parte de ellos ha sido fuerza echarse en la mar, por no poder servir sino de apestar y enfermar la gente“. Suplicaba, pues, á S. M. mandase que “caminaran luego algunas vituallas con que reforzar las que se llevan, y de lo que particularmente más necesidad llevamos es de carne y pescado, que de estas dos cosas nos va faltando notablemente, y de las demás son también menester“.

La anterior carta la había escrito desde el galeón real, en el golfo de las yeguas, y en otra comunicación, cuatro días después, sobre el cabo de Finisterre, desde el galeón *San Martín*, insistía en sus peticiones, y describía la angustiosa escasez de subsistencias en estas palabras: “Cuatro días há que despaché un patax á la Coruña al Marqués de Cerralvo para que supiese donde se hallaba esta armada é hiciese embarcar toda la carne salada, tocino, queso, pescado y sebo que hubiese allí en los navíos, barcas, carabelas de pescadores ú otros cualesquier bajeles que se hallasen, y salieran en mi busca. Llevo gran falta de vituallas. Suplico á V. M. mande que se vaya proveyendo“.

El Rey procuró hacerlo así, de lo que son pruebas los urgentes acopios hechos por los comisarios de Guevara en Andalucía, para que fuesen conducidos á Lisboa, y de allí llevados á la Coruña, según lo demuestran estas palabras de la carta, que envió al Duque Felipe II, con fecha 28 de Junio: “Bien es (dice) que por todos respectos se os vayan proveyendo bastimentos para refrescar los que van en la armada, sin embargo de los que habeis tomado en ese puerto de la Coruña; y así he mandado que se despachen á Lisboa para que, en ciertas urcas que allí había en orden para poder cargar, se meta todo el bizcocho que se hallare hecho, y algún aceite, vinagre, vino y atún, y que vayan derechamente á ese puerto; y no hallándoos en él, aguarden la orden que se les diere; y en caso que no os hallaren, será bien que dejéis orden del viaje que habrán de hacer“. (Las citadas cartas las inserta íntegras Fernández Duro. *La Arm. Inv.* t. I, pag. 415, y t. II, pág.^s 111, 117 y 129).

7.^a—Relaciones juradas sobre los gastos de la molienda del trigo en Écija. Cópíase íntegra la Relación jurada que presentó Cervantes en 27 de Agosto de 1590.

Hemos hablado en el texto de la *Relación* de los gastos menudos que ocasionaron las molienas del trigo en Écija, durante los años 588 y 89; documento que estaba en poder del distinguido bibliófilo Mr. Feuillet de Conches. En otro, copiado por nosotros en Simancas, que comprende una cuenta general de los gastos hechos por diversos conceptos, acarreos de trigo, molienda de éste en las haceñas de Écija, alquileres de almacenes, conducción de la harina á Sevilla, salarios del comisario, sus ayudantes y trabajadores, que se ocuparon en las varias faenas por espacio de doscientos setenta y seis días; en ese documento, al final, se menciona el publicado por el Sr. Guardia en 1864, y se dan noticias de los altibajos por que pasó aquella cuenta de gastos menudos. “Recíbensele en cuenta á Cervantes (dicen los contadores) cuatro mil ochocientos veintiocho maravedis, *que gastó por menudo* en el alquiler de palas, hondas y esteras, llaves, alquiler de romanas, y otros muchos gastos que hizo, contenidos en una relación jurada, para servicio de la dicha molienda, *en partidas de seis reales abajo*, como por la dicha relación parece, que es fecha en Sevilla á seis de Febrero de mil quinientos ochenta y nueve“.

Al margen de la hoja se hace el siguiente reparo: “Comprobado con la dicha relación, y *hácesele buenos tres mil noventa y cuatro maravedis*, que parece que montaron los gastos necesarios de la dicha relación; y *lo demás se baja*“.

De poco servía que Cervantes hubiese jurado á Dios y una +, al presentar la cuenta en 1589, que todo lo que ponía en ella lo había gastado en beneficio de la molienda, “*y otras muchas cosas que no apuntó*“. Los señores contadores, *porque sí*, por un abuso de su autoridad, le bajaron cincuenta y un reales, más lo que no apuntó, con perjuicio de sus intereses y en premio de su hombría de bien.

Las cuentas pormenorizadas de gastos á que nos referimos, constan en un voluminoso cuaderno, existente en Simancas, *Contadurías generales*, leg. 1745, que lleva la siguiente cabeza: “El dicho Miguel de Cervantes.—Data de maravedis pagados en los años de DLXXXVIII y DLXXXIX en el acarreto y molienda del trigo que recibió en la ciudad de Écija y en otras cosas“.

El total de gastos, incluyendo los menudos, llegó á 1.438.665 maravedis, ó sean 42.314 reales; más de 26 000 pesetas de nuestra moneda actual.

* *

La *Relación* jurada, de que hablamos en la pág. 262 de este tomo, y hemos copiado en Simancas, del mismo legajo 1.745, la transcribimos completa y literalmente, por ser de mucha curiosidad, y porque patentiza lo minucioso que era Cervantes en la presentación de sus cuentas.

Dice así:

“Miguel de Cervantes.—Relación jurada de su cuenta.

Relación jurada que yo, Miguel de Cervantes Saavedra, comisario del Rey nuestro Señor, por comisión del Sr. Antonio de Guevara, su Proveedor general, presento del trigo que saqué y fué á mi cargo el año pasado de mil y quinientos y ochenta y siete, y el de ochenta y ocho y ochenta y nueve siguientes, en la ciudad de Écija, y de las molindas que del dicho trigo tuve á mi cargo, y de los maravedis que recibí para el beneficio del dicho trigo, y gastos de la dicha molienda, por orden del dicho señor Proveedor, y de la harina que procedió del dicho trigo, la cual conducí á esta ciudad de Sevilla, á poder de Jerónimo Maldonado, tenedor de bastimentos por S. M., como se me ordenó por el dicho señor Proveedor: y asimismo de la cebada que saqué para socorro do los arrieros.

CARGO DEL TRIGO.—Año 87.

Primeramente me hago cargo de cuatro mil doscientas cuarenta y nueve fanegas de trigo, que me entregó la Justicia y regimiento de la ciudad de Écija, de que dí certificación. 4.249

Item me hago cargo de ciento setenta fanegas de trigo que saqué á Rodrigo Dávila, vecino de Écija, de que le dí certificación 170

Noventa y seis fanegas y media de trigo que saqué á D. Gutierre Lasso, pertenecientes al diezmo, de que le dí certificación 96 1/2

Ciento sesenta y una fanegas y media de trigo que saqué á Luis Vázquez de Alderete, pertenecientes á diezmos, de que le dí certificación 161 1/2

Treinta fanegas y media de trigo que saqué á la fábrica de Santa María de Écija, de que dí certificación. 30 1/2

Noventa fanegas de trigo que saqué á la fábrica de Santa Cruz de Écija, de que dí certificación 90

Ciento diez y ocho fanegas de trigo que saqué de las que pertenecían al obispo de Guadix, de que dí certificación. 118

Cuarenta y cinco fanegas de trigo que saqué pertenecientes á D. Francisco de Alfaro, vecino de Sevilla, de que dí certificación. 45

Cincuenta y seis fanegas y diez almudes de trigo, que saqué de las que pertenecían al canónigo Isidro de las Cuevas, de que le dí certificación. 56 1/2 4

Trescientas nueve fanegas de trigo que saqué á Jerónimo de Mercado y Montoro, arrendador de los diezmos de Écija, del dicho año 87 309

Trescientas sesenta y cinco fanegas y diez almudes de trigo que saqué más al dicho Jerónimo de Montoro, tocantes á los diezmos, de que le dí certificación. 365 1/2 4

Doscientas cincuenta y seis fanegas de trigo que saqué á Miguel Ruiz de Palma, tocantes á diezmos, de que dí certificación. 256

Noventa y nueve fanegas y diez almudes de trigo que recibí de Pedro Hurtado, arrendador, tocantes á diezmos, de que dí certificación. 99 1/2 4

Ciento seis y media fanegas de trigo que recibí del beneficiado Martín de la Puebla, de que le dí certificación. 106 1/2

Ciento veinte fanegas de trigo que recibí de D. Francisco de Ribera, de que le dí certificación. 120

Cuatrocientas fanegas de trigo, que me entregó la villa de Espejo por concierto, de que le dí certificación. 400

AÑOS DE 88 Y 89.

Seiscientas noventa y nueve fanegas de trigo, que saqué el año de ochenta y ocho y ochenta y nueve á los vecinos de Écija, de que dí certificación á la dicha ciudad. 699

Doscientas noventa y cinco fanegas de trigo que saqué, tocantes al colegio de Santa Leocadia de Toledo, de que dí certificación. 295

Ciento setenta fanegas de trigo que saqué, tocantes al monasterio de Nuestra Señora de Prado de Valladolid, de que dí certificación 170

Ochocientas y noventa y dos fanegas de trigo que saqué, pertenecientes á las tercias del Conde de Medellín, de que dí certificación 892

Doscientos treinta y cuatro fanegas y ocho almudes de trigo que saqué, pertenecientes á la Capilla Real de Sevilla, de que dí certificación 234 1/2 2

Cuarenta y cuatro fanegas de trigo que saqué, tocantes al beneficiado D. Francisco de Salablanca, de que dí certificación. 44

Cuatro fanegas de trigo que saqué, tocantes al monasterio de las monjas de la villa de Palma, de que dí certificación. 4

Por manera que, suma todo el trigo que fué á mi cargo los dichos años, nueve mil veintitres fanegas y dos almudes de trigo 9.023 fan. 2

DATA DEL TRIGO

Hánseme de recibir en cuenta las dichas nueve mil y veintitres fanegas y dos almudes de trigo, que conducí á diferentes haciendas de la ciudad de Écija, de las cuales, bajadas ochocientas veinte y seis fanegas de trigo que hubo de aechaduras y se vendieron, de que me tengo hecho cargo de su valor en el de maravedis de esta cuenta, quedaron limpias ocho mil ciento noventa y ocho (*sic*) fanegas y dos almudes de trigo, de las cuales, conforme á los ensayos que hice, procedieron veinticinco mil doscientas sesenta y siete (*sic*) arrobas y cinco libras de harina, y de ellas me hago cargo.

CARGO DE HARINA

Hágome cargo de veinticinco mil doscientas sesenta y cuatro (*sic*) arrobas y cinco libras de harina que, conforme á los ensayos que hice, procedieron de las ocho mil ciento noventa y ocho fanegas de trigo que quedaron limpias de las

nueve mil veintitres fanegas y dos almudes de mi cargo, las cuales se molieron desde nueve de Julio de ochenta y ocho, hasta veinticinco de Marzo de ochenta y nueve. 25.264

DATA DE HARINA.

Hánseme de recibir en cuenta veinticinco mil doscientas veintiuna arrobas de harina, que conducí desde las dichas moliendas á esta ciudad de Sevilla, á poder de Jerónimo Maldonado, tenedor de bastimentos, de quien tengo certificación. 25.221

Restadas las dichas veinticinco mil doscientas veintiuna arrobas de harina de las veinticinco mil doscientas sesenta y cuatro arrobas y cinco libras del dicho cargo, soy alcanzado por cuarenta y tres arrobas y cinco libras de harina 43 @ 5

CARGO DE CEBADA.

Hágome cargo de ciento cuarenta y siete fanegas de cebada, que saqué de las que pertenecían al colegio de Santa Catalina de Écija, de que dí certificación. 147

Item sesenta y seis fanegas de cebada que saqué, pertenecientes al beneficio de Nuestra Señora de Prado, de Valladolid, de que dí certificación. 68 (sic)

Item ciento diecisiete fanegas y cuatro almudes de cebada, que saqué de las que pertenecían á la capilla Real de Sevilla, de que dí certificación. 117 4

Item quinientas cincuenta y siete fanegas de cebada, que saqué de las que pertenecían á las tercias del Conde de Medellín, de que dí certificación. 557

De los vecinos de Écija, trescientas diecisiete fanegas de cebada, de que dí certificación 317

Por manera que suman mil doscientas seis fanegas y cuatro almudes de cebada. 1.206 4

DATA DE CEBADA.

Hánseme de recibir en cuenta las dichas mil doscientas y seis fanegas y cuatro almudes de cebada, con que socorrí á arrieros y carreteros, á los cuales la desconté á precio de seis reales la fanega, que es como le está á S. M.; y por hacerme cargo en el de maravedis, en partida de doscientos cuarenta y seis mil cincuenta y ocho maravedis, se me han de hacer buenos en este género. 1.206 4

CARGO DE MARAVEDIS

Hágome cargo de cinco mil quinientos reales que, por libranza del dicho señor Proveedor, me entregó en Sevilla el señor pagador Agustín de Cetina, en primero de Julio de ochenta y ocho. 187.000

Más me hago cargo de seis mil seiscientos reales que, por libranza del dicho señor Proveedor, me entregó en Sevilla el dicho señor paga-

dor Agustín de Cetina, en diecisiete de Agosto de ochenta y ocho. 224.400

Item me hago cargo de ocho mil ochocientos reales que, por libranza del dicho señor pagador Agustín de Cetina, me entregó en la ciudad de Ecija Bartolomé de Llerena, en cinco de Setiembre de ochenta y ocho. 299.200

Item me hago cargo de mil ducados en reales, que el dicho señor pagador Agustín de Cetina, entregó por mi poder á Miguel de Santa María, en veinticuatro de Setiembre de ochenta y ocho. 374.000

Item me hago cargo de cien ducados en reales, que me entregó en Sevilla el dicho señor pagador 37.400

Item me hago cargo de doscientos cuarenta y seis mil cincuenta y ocho maravedis, por el valor de mil doscientas seis fanegas y cuatro almudes de cebada, con que socorrí á los arrieros y carreteros, á los cuales la desconté á precio de seis reales. 246.058

Item me hago cargo de cincuenta y seis mil ciento sesenta y ocho maravedis, por el valor de ochocientas veinte y seis fanegas de aechaduras que se vendieron á precio de dos reales la fanega. 56.168

Por manera que suma el cargo de maravedis y otras cosas, un cuento cuatrocientos veinticuatro mil doscientos veintiseis maravedis. 1.424.226

DATA DE MARAVEDIS.

Hánseme de recibir en cuenta veintiocho mil cuatrocientos ochenta maravedis que dí y pagué á diferentes arrieros, por el acarreo de cuatrocientas fanegas de trigo que conducieron desde la villa de Espejo á la ciudad de Écija, que hay nueve leguas, y á razón de cinco reales y cuartillo por cada carga de dos fanegas y media, monta lo dicho. 28.480

Item se me han de recibir en cuenta dos mil ciento treinta y seis maravedis que dí y pagué á arrieros por el acarreo de ochenta y nueve fanegas de trigo que trajeron á las aceñas, de cortijos que estaban á tres leguas, y á razón de ocho maravedis por fanega y legua, monta lo dicho. 2.136

Más se me han de recibir en cuenta mil ochocientos maravedis que pagué por el acarreo de seiscientas fanegas de trigo á tres maravedis cada fanega, que llevaron desde las casas de donde se sacó el trigo á los almacenes. 1.800

Más se me han de recibir en cuenta veintitres mil ochocientos cinco maravedis, que pagué á alhameles por acarrear siete mil novecientas treinta y cinco fanegas de trigo, á tres maravedis cada una, desde las casas de la cilla á los almacenes. 23.805

Nueve mil veintitres maravedis que pagué por la medida de otras tantas fanegas de trigo, á maravedís por fanega. 9.023

Dieciocho mil cuarenta y seis maravedis que pagué por zarandear las dichas nueve mil veintitres fanegas de trigo, á dos maravedis por fanega. 18.046

Treinta y dos mil setecientos noventa y dos

maravedis que dí y pagué por llevar desde el maçen (sic) á las aceñas, ocho mil ciento noventa y ocho fanegas de trigo, y volverlas convertidas en harina á los almacenes, á razón de cuatro maravedis por fanega 32.792

Ciento cuarenta y siete mil quinientos sesenta y cuatro maravedis, que dí y pagué por la molienda de las dichas ocho mil ciento noventa y ocho fanegas de trigo, á dieciocho maravedis por fanega 147.564

Cincuenta y dos mil ochocientos treinta y seis maravedis que pagué á Simón de Salazar, por doscientos cincuenta y nueve días que asistió en los almacenes á pesar el trigo que iba á las aceñas, á pesar la harina que volvían á los almacenes, y á pesar la harina que traían á Sevilla 52.836

Setenta y un mil ciento setenta y tres maravedis, que dí y pagué á los trabajadores que se ocuparon en la molienda, desde nueve de Julio de ochenta y ocho hasta veinticinco de Marzo de ochenta y nueve, como parece por sus cartas de pago. 71.173

Seis mil maravedis que pagué de alquiler de los almacenes que tuve ocupados durante el tiempo de la molienda. 6.000

Ocho mil seiscientos maravedis que pagué de gastos menudos de palas, esteras, hondas y aceite 8.600

Más se me han de recibir en cuenta cincuenta y cuatro mil cuatrocientos maravedis con que socorrí á Miguel de Santa María, mi ayudante. 54.400

Novcientos veintiocho mil ciento cincuenta y tres maravedis, que dí y pagué á diferentes arrieros y carreteros por el acarreo de veinticinco mil doscientas veintiuna arrobas de harina, que hacen dos mil y ochocientas cargas y media de á nueve arrobas, que conducieron desde las aceñas de Écija á esta ciudad de Sevilla, que hay quince leguas, en esta manera: las dos mil cargas á razón de á trescientos cuarenta y dos maravedis cada una, que hacen seiscientos ochenta y cuatro mil maravedis, y las ochocientas cargas y media á razón de trescientos seis maravedis cada una, que todo junto monta la dicha cantidad 928.153

Nueve mil quinientos veinte maravedis, que pagué al alcalde mayor y escribano de Écija por dieciocho ensayos que hice ante ellos, á ocho reales á cada uno por cada ensayo 9.520

Cincuenta reales que dí y pagué á escribanos por cartas de pago que ante ellos pasaron 1.700

Sesenta reales que dí y pagué á Torralva, escribano de Ecija, por ocho días que se ocupó en embargar el trigo en los cortijos 2.640

Cuarenta y seis reales que dí y pagué á dos correos que despaché desde Ecija á Sevilla, á negocios tocantes á mi comisión. 1.564

Por manera que suma y monta la data de maravedis, un cuento trescientos noventa y nueve mil seiscientos treinta y dos maravedis 1.399.632

Monta el cargo de maravedis, un cuento cuatrocientos veinticuatro mil doscientos veintiseis maravedis 1.424.226

Suma la data de maravedis, un cuento trescientos noventa y nueve mil seiscientos treinta y dos maravedis. 1.399.632

Por manera que soy alcanzado en veinticuatro mil quinientos noventa y cuatro maravedis 24.594

He de haber, y se me han de pagar, ciento doce mil seiscientos ocho maravedis por el salario de doscientos setenta y seis días que me ocupé en la dicha comisión, á razón de doce reales cada día. 112.608

Y esta dicha relación, escrita en cinco hojas de papel, es cierta y verdadera, y en ella no hay fraude ni engaño, ni encubierta alguna contra la Real Hacienda de Su Majestad; y así lo juro por Dios Nuestro Señor y por la señal de la + en forma de derecho, y que en ella me hago cargo de todo lo que he recibido y que no pongo en data más de aquello que he pagado y entregado, salvo error de cuenta; el cual juramento hago conforme á las ordenanzas de la Contaduría Mayor de Su Majestad, y so las penas de ella. Hecha en Sevilla, á veintisiete días del mes de Agosto de mil y quinientos y noventa años.—Miguel de Cervantes Saavedra.—Rubricado.

8.^a—El desastre de la gran armada. Candidez del Duque de Medina Sidonia. Lo que ordenó el Rey después de la catástrofe.

Cuando se fija la atención en el fatalísimo resultado que tuvo aquella poderosísima armada, enviada en 1588 contra Inglaterra, se ve con pena que nuestros gobernantes, como siempre, pecaron con exceso de soñadores y poco precavidos. Inspirados en el espíritu de su época, participando de las mismas preocupaciones y errores de los pueblos esclavizados, no tanto procuraban obviar los obstáculos con el persistente desvelo y las precauciones que facilita la labor de una diligente prudencia, cuanto en dedicar á prácticas infecundas el tiempo precioso que había que aprovechar para acumular y dirigir á un fin bien meditado los materiales y los medios más oportunos.

La creencia en Dios es muy natural y santa; pero cuando se toma, como entonces, de mera auxiliadora de todo acto público censurable, de toda empresa aventurada y aun de todo crimen de Estado, esa creencia hermosa resulta afeada y empequeñecida: El nombre del Ser Supremo aparece rebajado y escarnecido hasta lo indecible. La piedad de aquellos tiempos era muy singular. Más que convicción de las almas, semejava rutina de los sentimientos.

Queríase á todo trance que Dios interviniese en las mismas ambiciones de los Reyes. Sus menores caprichos, lo mismo que sus proyectos más grandiosos, habían de lograr siempre la san-

ción del Omnipotente. Fuera bueno, fuera malo el éxito que se obtuviera, á Dios debía de continuo atribuirse. Si lo primero, porque Dios protegía siempre á los buenos; si lo segundo, porque Dios quería probar ó castigar pecados de los buenos dando victoria á los malos.

¿Cómo no habían de triunfar los españoles, según estas ideas especiales de su tiempo, contra los ingleses? ¿Cómo no había de vencer, y aun destruir á las naves británicas, la potente armada del Duque de Medina Sidonia? ¿No eran defensores los primeros de la verdad, y los segundos propagadores de la mentira? ¿Cómo no estaría Dios á nuestro lado y en contra de una nación protestante?

Compréndese así que fuera inusitado el fervor con que todo se quiso preparar para el buen suceso por medios sobrenaturales, en tanto que casi nadie se cuidaba, con verdadero talento práctico, de las dificultades con que se tropezarían, contratiempos que sobrevinieran y fatales contingencias que habrían de presentarse cuando menos se esperara. No estaba todo listo con hacer plegarias á Dios en las iglesias. Había que atender también á la disposición material de la empresa, á fin de que las ocasiones desgraciadas pudieran ser previstas, ó dominadas y frustradas por los hombres convenientemente.

Procedióse, por el contrario, en todo sin reflexión y sin acierto. Agotados los recursos de la Real Hacienda, empobrecidos los pueblos, vejados los industriales, perjudicados los dueños particulares de barcos, embargados los trigos, tratados el rico y el pobre como esclavos sin remisión, pagados los soldados con atraso; en medio de una gran perturbación de los ánimos y de las quejas de los ofendidos, reunióse sin concierto y al azar, sin pertrechos, municiones, artillería, bastimentos ni dinero bastantes, aquella armada que se pensaba había de ser el asombro del mundo y la ruina de Inglaterra, cuando fué la causa más segura de nuestro decaimiento marítimo y la más clara señal de la imprevisión é impotencia gubernamental de Felipe II.

Consecuencia fatal é ineludible de tanto exceso de optimismo en lo célico y de tanto olvido de todo lo práctico y real de la vida, fué el hundimiento en los mares de noventa buques espa-

ñoles, el sacrificio de ocho mil hombres arrebatados á la vida, el desprestigio de nuestra temida supremacía y la pérdida de mil cuatrocientos millones de reales, que nos dejaron sin nombre y sin alientos.

Los ingleses gozaron de la más completa victoria y entonaron alabanzas al Dios que les había otorgado aquel soberano triunfo; es decir, á la previsión marítima de sus hombres y á la abundancia de sus recursos.

En tanto, el Duque de Medina Sidonia, que tan confiado en el próspero suceso estaba, por habérselo pronosticado "un santo fraire de Loyos" y "una santa priora de Lisboa", condenada más tarde por la Inquisición como embaucadora, entraba en España sin escuadra y sin prestigio, para dedicarse de nuevo á su predilecta afición: alancear toros con destreza y gallardía.

Y Felipe II, poniendo término á aquel largo período de rezos y penitencias, que tan mal resultado tuvo para España, dirigió á los obispos una carta, fechada en San Lorenzo el Real á 13 de Octubre de 1588, á los diez años y medio de haber mandado asesinar á Escobedo en las calles de Madrid, ordenando que cesaran ya las rogativas que se hacían en favor de la armada, dando gracias á Dios... ¡porque no fué peor el suceso! (1)

9.^a—D. Antonio de Guevara. Noticias interesantes acerca de este proveedor de flotas y de su antecesor.

Pocos antecedentes sabíamos con certeza de la vida de aquel importante funcionario en tiempo de Felipe II. Fué natural de Segovia. Su talento y aptitud para los asuntos más espinosos, le hicieron merecedor de altos cargos, en los que se conservó por muchos años con reputación creciente.

Siendo del Consejo de Hacienda, fué nombrado proveedor general de flotas, armadas y fronteras, el año de 1586, aunque desde el 81, por lo menos, ya desempeñaba interinamente este destino, como lo prueban las atribuciones que se le confiaron para preparar material y víveres con destino á las expediciones contra las Terceras.

El Rey hubo de quedar satisfecho de sus ser-

(1) "Los sucesos de la mar (decía) son tan varios, como se sabe, y lo ha mostrado el que ha tenido la armada, y como debeis de haber entendido, ha llegado el Duque de Medina Sidonia con parte de ella al puerto de Santander, y otros han aportado á otras partes, y algunos maltratados de larga y trabajosa navegación que han tenido; y como de todo lo que Dios es servido hacer, se le deben gracias, yo se

las he dado de esto, y de la misericordia que ha usado con todos, pues, según los tiempos contrarios y peligro en que se vió toda la armada de un temporal recio y deshecho que la dió, se pudiera con razón temer peor suceso; y el que ha tenido atribuyo á las oraciones y plegarias que con tanta devoción y continuación se han hecho". (Herrera: *Hist. Gen. del Mundo*, lib. IV, tercera parte).

vicios, cuando le tuvo como hombre de confianza y pericia en tan delicado puesto, hasta el año 90.

Se ha dicho que Guevara fué nombrado Proveedor general con facultades extraordinarias, desde 1588; pero consta que desde antes lo era, por documentos fidedignos. El antecesor de Guevara había sido Juan de Isunza, natural de Vitoria, hombre de negocios, con aspiraciones á escritor político, de opinión y de bastante hacienda, de quien su amigo Garibay hace muchos elogios, llamándole "discreto varón, persona de rara virtud y tan aficionado, no sólo en particular á los profesores de los buenos estudios, mas aun á otros cualesquiera que en las artes tienen pericia, que con justas causas merecía ser venerado entre los verdaderos Mecenas".

De este caballero, padre del amigo y jefe de Cervantes, Pedro de Isunza, ha ofrecido noticias de sumo aprecio y muy originales el ilustre señor D. Julián de Apráiz, quien en sus *Isunzas de Vitoria* ha biografiado á entrambos de manera tan acabada, que nada puede añadirse de nuevo hasta ahora.

Apráiz ha visto en Madrid, en el palacio de Liria, setenta cartas de Juan Isunza al famoso Duque de Alba, de quien fué contador, referentes á los años 64, 67, 68, 69, 70, 71, 72, 73 y 75. El año 64 estaba en Madrid, lo mismo que el 67. Aunque esas cartas versan sobre asuntos del Duque, la Duquesa y sus hijos, ó sobre negocios políticos, hay una que habla de la familia misma de Isunza y ofrece aspectos y momentos de su vida íntima, que excitan la atención. En la fechada el 28 de Octubre del 75, suplicaba al Duque que, no teniendo acomodo definitivo para su hijo Pedro, se interesase con Su Majestad para que le nombrara proveedor de las galeras, con cuyo objeto había hecho renunciación del cargo, por estar ausente, para que recayese en su hijo la vacante.

Tenía confianza en conseguir lo que pretendía; pero no sucedió como pensaba, por haberse malquistado poco después el Duque con el Rey, á consecuencia del casamiento de su hijo, sin haberle pedido permiso. Juan estaba en Madrid en 1580, y por un documento que inserta el señor Apráiz, se sabe que seguía ejerciendo el cargo de *proveedor general de las galeras de España*. Opina Apráiz que Juan de Isunza debió de fallecer, en Vitoria ó Madrid, el año de 1583, "siendo ya tal vez nonagenario".

Explica todo lo anterior, perfectamente, por qué desde 1581, por enfermedad ú otras causas, hallábase ya al frente de la Proveeduría general el Consejero de Hacienda Antonio de Guevara.

Muchas cartas del mismo Rey lo testifican sin la menor duda.

Guevara estuvo dedicado por completo, desde 1587, en Andalucía, á los acopios para proveimientos de flotas. De que el Lcdo. Valdivia fué delegado y mandatario suyo para que se recogieran y almacenasen aquel año grandes cantidades de trigo en Écija, ya hemos dado pormenores incontestables. Á mayor abundamiento, podemos presentar nuevos datos que justifican nuestros asertos. En el Archivo de Indias de Cádiz los hemos encontrado. Entre otros, vamos á recordar algunos, que á este respecto no carecen de interés.

Hay copia de una Real cédula de Felipe II á D. Melchor de Herrera, Marqués de Auñón, cuya parte dispositiva dice que entregue al pagador de las provisiones que se hacían en Andalucía por orden de Antonio de Guevara, y lo era Andrés Sáenz del Portillo, once cuentos y tres mil y seiscientos maravedis, para que dichas cantidades, "*por libranzas de Antonio de Guevara, del dicho nuestro Consejo de Hacienda y nuestro proveedor general de armadas, galeras y fronteras*", se gastasen y distribuyeran en la paga de los bastimentos, municiones y otras cosas que se compraren para provisión de las dichas nuestras armadas, conforme á la orden que por otra parte se le diere; tomando la razón de ella Juan Bernaldo y Juan López de Vivanco, contadores, y Miguel de Oviedo, veedor y contador de las dichas provisiones. Dicha Real cédula tiene fecha de 11 de Diciembre del 87, y está signada de Joan Vázquez.

Por el mismo tiempo dió Guevara comisión, en virtud de órdenes superiores, á Juan de Henao, para que cobrase ciertas cantidades "de los caballeros cuantiosos de la ciudad de Jerez de la Frontera y su partido", con destino á las mismas provisiones. El documento está extendido en Sevilla. Esta comisión salió fallida, según el siguiente documento:

"El dicho Antonio de Guevara nos ha hecho relación de que, habiendo enviado la dicha nuestra cédula al dicho Juan de Henao, para que, en virtud de ella, entregase al dicho Andrés Sáenz del Portillo los maravedis que tuviere de contado de las dichas composiciones (con los caballeros cuantiosos de Jerez de la Frontera), ha respondido que no tiene ningunas en su poder, y que las obligaciones que tenía en su poder de la dicha comisión, así de plazos pasados como venideros, los había enviado á esta corte, por lo cual no se habían cobrado ningunos maravedis á cuenta de la dicha cédula".

Por la fecha de las cartas que después citare-

mos, queda fuera de toda duda que la permanencia de Guevara en Sevilla databa desde Mayo del 87, si nó antes.

Como noticias curiosas, añadiremos que Guevara estaba en Sanlucar, para asuntos del servicio, en Febrero del año 88, y con fecha 5 de Junio dió desde Sevilla comisión al capitán Juan de Soto, vecino y regidor de la ciudad de Cádiz, para que administrase y beneficiara la renta del dinero del Brasil que venía á los reinos de España. Dice la orden que, conviniendo que "en la ciudad de Cádiz haya persona de diligencia y confianza que beneficie la dicha renta y cobre los maravedis que ha valido y valiere, así en el pasado año de 1587 como deste de 588, y ponga en ella el buen recaudo que convenga, y la del capitán Juan de Soto, vecino y regidor de la ciudad de Cádiz, es cual conviene, le nombro", etc.

Del gran aprecio que hacía el Rey de los servicios del proveedor general Antonio de Guevara, abundan los testimonios en las muchas cartas que, inspiradas ó indicadas por él y signadas de sus secretarios, se conservan sobre negocios de flotas.

Escribiendo al Duque de Medina Sidonia, en 8 de Mayo de 1587, desde Aranjuez, para apresar naves en Sevilla, Sanlucar y Cádiz, que reforzaran la armada que había mandado juntar en Lisboa, con la más brevedad que se pudiere, decíale que le avisara del dinero que le pareciera sería necesario para socorrer las dichas naves y gente de ella, á fin de que se proveyese todo cumplidamente. Y añadía: "Á Antonio de Guevara he mandado escribir lo que veréis por la copia de la carta que será con ésta, *para que en todo acuda á ayudaros*, y al breve y buen despacho de las dichas naves; y porque no se pierda ningún tiempo, será bien que desde luego se comiencen á cargar los bastimentos en las naves que estarán á punto para poderlos recibir, que así se escribe al dicho Antonio de Guevara lo haga".

En 23 del mismo Mayo, contestando á carta del Duque, ordenaba el Rey se acelerase el despacho de las quince naos que se disponían en Cádiz, y en un párrafo pone: "Á Antonio de Guevara escribo para que provea luego los bastimentos que esas quince naos han de cargar y los demás que le habeis pedido para la gente de mar y guerra de los dos navíos y los que han de llevar de respeto; *y estoy cierto que se dará tan buena maña, que los podrán recibir con gran brevedad*". Á los cuatro días, el 27, nueva carta del monarca al Duque insistiendo en la mucha diligencia que hacía falta para que la armada de Cádiz se uniese á la de Lisboa, y nuevo aviso á

Guevara con elogios. Faltaban pipas para el vino, pero el Rey confiaba que Antonio de Guevara lo facilitaría todo, y entendía de su cuidado que así lo haría con su buena diligencia.

En carta fechada en Madrid el 26 de Junio del 87, notificaba el Rey al Duque de Medina Sidonia la remisión de dinero. Había mandado proveer á poder del pagador Andrés Sáenz del Portillo, veinticinco mil ducados, los doce mil quinientos para que se distribuyeran por el Duque en la gente de mar y otras cosas que estaban á su cargo, y los doce mil y quinientos restantes para que se gastasen en las provisiones, por disposición de Antonio de Guevara, de su Consejo de Hacienda.

Cuando el Duque de Medina Sidonia preparaba á su manera, en Lisboa, la armada contra Inglaterra, decía al Rey en carta de 27 de Marzo de 1588: "Yo daré priesa á Antonio de Guevara", para que acabase de alistar la escuadra de Andalucía. Y al final de este párrafo insiste en lo mismo. "Vuestra Majestad mandará dar (dice) mucha priesa á Antonio de Guevara, como le tengo dicho".

No era Guevara, no, quien andaba con lentitud en las provisiones y en el apresto de la armada. Los grandísimos acopios de víveres que se hicieron en 1587 y 88, no le hacían merecedor ciertamente de censuras, sino de elogios. ¡Ojalá se hubiera inspirado el Duque en la actividad del proveedor general de flotas! Otro hubiese sido el éxito de la jornada contra Inglaterra.

Sin embargo, al autor del fracaso, guardó Felipe II toda clase de consideraciones, que no supo tener ni con el Duque de Alba, ni con el Marqués de Santa Cruz, ni contra ningún otro personaje de su corte.

El Duque de Medina Sidonia fué el causante también de la desgracia de Guevara. Aquellas incesantes quejas que daba sobre la mala calidad de los víveres, aunque él tenía la principal responsabilidad de todo, por su impaciencia unas veces, por su excesiva apatía otras, por su soberbia desmedida las más, por su torpeza de necio infatuado siempre, labraron en el receloso ánimo del Rey la desconfianza y el enojo contra quien tan honradamente le había servido y seguido al pie de la letra sus órdenes.

De la suspensión de Guevara en su destino, al cabo de nueve años de desvelos y trabajos, no podemos ofrecer, aunque lo hemos deseado, documento oficial; pero el hecho es innegable, pues, como cosa cierta y del público dominio, lo refirió en sus *Apuntes* el P. Juan de Victoria, contemporáneo de los sucesos y con abundantes noticias de todo.

En el capítulo XXVII de su obra, publicada en gran parte por Fernández Duro, Apéndice número 186 de *La Armada Invencible*, tomo II, escribió el P. Victoria lo siguiente: "*Á Antonio de Guevara, natural de Segovia, que fué proveedor de la armada, manda Su Majestad vaya á su casa, y ha puesto otro en su lugar*".

El año de su muerte lo ignoramos; pero parece que había fallecido ya el año de 97, por este párrafo que se lee en la *Historia de Segovia*, que escribió el Lcdo. Diego de Colmenares, edición de Madrid, de 1640, cap. XLVI, pág. 588: "Domingo 16 de Noviembre (1597) bendijo nuestro obispo la nueva iglesia del convento de San Agustín, *fábrica excelente que, á su costa, HABÍA FABRICADO ANTONIO DE GUEVARA, noble segoviano y Proveedor general de las galeras*. Este mismo día se trasladó el Santísimo Sacramento con solemne procesión y fiesta, celebrando misa de Pontifical el obispo, con gran concurso de nuestra ciudad".

* *

La solicitud de Cervantes al Ayuntamiento de Carmona, que copiamos en el texto, y se encontraba en el archivo municipal de aquella población, fué publicada por vez primera, gracias á la intervención del P. Fita, en el *Boletín* de la Real Academia de la Historia, número correspondiente á Mayo de 1887.

10.^a—Pedro de Isunza eleva un escrito al Rey en defensa de su honra, y pide se le otorgue justicia.

Viene á corroborar, por manera concluyente, cuanto hemos expresado en el texto el pedimento inédito que vamos á publicar, y es una razonada alegación de agravios, exposición de motivos para su justificación, que presenta el proveedor Pedro de Isunza, fecha en Madrid, 24 de Noviembre de 1592, con motivo del auto proveído contra él en el pleito con Salvador de Toro, arrendador de las tercias de Teba.

Este documento se encuentra en Simancas, (*Expedientes de Hacienda*, legajo 516, fól. 90), y dice así al pie de la letra:

"Señor: Pedro de Isunza, proveedor general de las galeras de España, en el pleito con el fiscal de Vuestra Majestad y Salvador de Toro, hablando con el debido acatamiento, suplico del auto en la dicha causa dado y pronunciado por los del vuestro Consejo de Hacienda, en que en efecto mandaron que el ejecutor cobrase de mi y de mis bienes el precio del trigo y cebada que se tomó para el servicio de Su Majestad, y que se hiciese información si el dicho trigo y cebada se había gastado en servicio de Su Majestad, ó convertido en *mis aprovechamientos*. El cual dicho auto

Vuestra Majestad debe y ha de revocar, y condenar al dicho Salvador de Toro en las costas; y así lo pido por lo siguiente.

Lo primero, por lo general; lo otro, porque el dicho Salvador de Toro no mostró, habiéndole dado quince días de término para ello, la condición de su arrendamiento, y, por no mostrarla, se mandó sacar el pan, y así ha de ser á su culpa y cargo. Lo otro, porque no habiéndoseme mostrado la dicha condición, yo no delinquí ni contravine á lo mandado por Vuestra Majestad. Lo otro, porque por las informaciones que tengo presentadas, consta y parece que el dicho trigo y cebada se convirtió en servicio de Su Majestad, y que fué urgente y precisa necesidad la que ocurrió para sacar y gastar el dicho pan; cuanto más que asimismo hay certificación del general de las dichas galeras de España, Adelantado de Castilla, en que da fe y certifica que el dicho pan se convirtió en servicio de Su Majestad; y decir y alegar lo contrario, es querer contravenir á la fe que de derecho se debe dar á la dicha fe y certificación del dicho Adelantado y de la dicha información y poner nota en la fidelidad de mi persona; habiendo servido á Su Majestad Juan de Isunza mi padre, y yo, en el dicho oficio y otros de tanta calidad, sin que de nosotros se haya dicho cosa semejante, ni hecho cargo ninguno.

Y, así como si lo que se alega fuera verdad, que niego, merecía yo ejemplar castigo, también le merece, y es justo se le dé, al delator de semejante invención y testimonio; y así, desde luego me querello de él y pido y suplico á Vuestra Majestad mande que el dicho vuestro fiscal declare quién fué el delator de lo susodicho, y declarado, Vuestra Majestad mande que el dicho ejecutor haga información sobre lo susodicho y averigüe la verdad; y, averiguada, y constándole que el dicho trigo y cebada se convirtió en servicio de Su Majestad, que cobre el dinero de él y de los salarios del dicho pagador Martín de Arriaga, en virtud de la libranza que le tengo dada y que el dicho pagador los pague y traiga al vuestro Consejo la dicha información, para que se castigue al delator y para que, asimismo, si hallare lo contrario, cobre de mis bienes la dicha suma y traiga al vuestro Consejo la información para que Vuestra Majestad me castigue por todo rigor de derecho. Y para ello, etc., pido justicia".

11.^a—Numerosísimos datos biográficos acerca del proveedor Pedro de Isunza. Investigaciones afortunadas de D. Julián de Apráiz.

Oscuro, incierto y asaz deficiente era cuanto sabíamos respecto á aquel pundonoroso jefe de Cervantes, por él tan estimado y defendido. Pero la laboriosa tarea que emprendió, desde hace años, con objeto de averiguar lo que de tan honrado personaje se ignoraba, el eruditísimo literato D. Julián de Apráiz, ha difundido tanta y tan hermosa luz sobre su vida y sus actos, que ya se puede con fidelidad extender su biografía y justipreciar la rectitud de sus procederes y la entereza de su carácter.

Nació en Vitoria, de familia muy distinguida. Su señor padre, Juan de Isunza, tuvo tres hijos de su matrimonio con D.^a Ana Lequeitio. Pedro fué el último, aunque en el cariño paterno el primero. Desde bien jóven ausentóse de Es-

paña y marchó á Flandes, donde se dedicó á la vida comercial, en la que trabajó mucho con resultado felicísimo.

El cronista guipuzcoano Esteban de Garibay amigo íntimo del uno y del otro, hizo justicia á sus cualidades excelentes, diciendo de Pedro que "residió en los estados de Flandes desde su mocedad, en especial en la ciudad de Amberes, del ducado de Bravante, donde en la mercancía, cambios, seguros de mar y factorías, adquirió mucha hacienda; y, acercándose al último tercio de sus días tornó á España, á la corte, á Madrid, y continuando en ella sus cambios y arrendamientos de algunos estados de señores, y sobre todo, con ser muy cuerdo y sin vicio y exceso alguno, aumentó de tal modo su hacienda, que vino á ser tenido por hombre de trescientos mil ducados, y dende arriba, y uno de los mayores créditos de toda la corte entre los tratantes. Gozando de esta prosperidad, vino á caer en este año de 1593 en una dolencia, que pensaron que se moriría; y hallándose á esta sazón en la corte el comisario general de las Indias, su conterráneo, el P. Fr. Francisco de Arzubiaga, hizo con él tanta instancia en que ordenase su alma é hiciese su testamento, y que en él mandase fundar, extramuros de Vitoria, un monasterio de frailes franciscos recoletos, con dotación de quinientos ducados de limosna cada año para su sustento, que vino á condescender en ello."

Añadió Garibay á estos rasgos tan salientes de la biografía de Pedro de Isunza, noticias que se relacionaban con la íntima amistad que se profesaron, hasta el punto que se verá en estas palabras, que pone como complemento de lo anteriormente escrito. "Para ordenar esta escritura (dice) y esta pía memoria en ella y un vínculo perpétuo de ocho mil ducados de renta al año, y dende arriba, en su sobrino Martín de Isunza, hijo mayor de su hermano Martín Martínez de Isunza, vecino de Vitoria, *por carecer él mismo de hijos, ni haberse jamás casado*; me buscó el dicho padre, comisario general, á cuyo ruego la ordené yo el verano de este año, lo mejor que supe, con otras muchas mandas y cláusulas y gravámenes para su mejor conservación y perpetuidad, y *otorgóla con mucha voluntad, y después convaleció*. Yo quisiera que este monasterio fuera de la advocación de San Diego, religioso de la misma Orden; pero él quiso que fuese de la Madre de Dios, ó de San Pedro ó San Pablo, por cuya intercesión se lo deje Dios ejecutar para gloria y honra suya y

bien de su alma y aumento de esta santa religión".

Garibay incurrió, sin embargo, en manifiestas equivocaciones, que ha señalado y destruido Apráiz al bosquejar, con mucho acierto, la biografía de Pedro de Isunza. Habiendo examinado los archivos municipal y provincial de Vitoria, respecto á semejante pía fundación, afirma que no existe rastro alguno, y que no debió formalizarse la escritura que "con tanto cariño trabajaba el bueno de Garibay". En efecto, su aseveración acerca de no haberse jamás casado Isunza, ni tenido hijos, está desmentida por hechos y documentos irrecusables; y que otorgó la escritura de la pía fundación, puede ponerse en duda, razonablemente pensando, porque Isunza murió, no convaleció, precisamente al comenzar aquel mismo verano que trabajaba Garibay en la redacción de la escritura formal de compromiso.

Isunza contrajo matrimonio en 1573 con su sobrina D.^a María, hija de su hermano Martín y de D.^a Ana de Añastro. Probablemente siguió viviendo en Amberes dedicado á los negocios. Su señor padre, D. Juan, ya sabemos que era proveedor general de las galeras de España, y en 1575 quiso que su hijo le sustituyera en tan importante cargo. Por las cartas de Pedro, datadas en 1574, que existen en el archivo de la casa de Alba, y ha leído el Sr. Apráiz, se sabe con certeza que estaba entonces en Amberes. Las cartas fueron dirigidas á Juan de Albornoz, secretario del Duque; habla en ellas de su padre *el proveedor* y reclama, no sabemos si como hombre de negocios ó como criado de la emperatriz María, hermana de Felipe II, la paga de cierto *situado* ó pensión que tendría señalada.

Pedro hubo de volver á España desde que su padre regresó, al concluir en Flandes el gobierno dictatorial del Duque de Alba. Aunque las gestiones de Juan de Isunza no obtuvieron para su hijo el puesto administrativo que deseaba, por recomendación de aquel general, algo se logró después, sin embargo, por respeto á los servicios del padre. Es cosa fuera de duda que Pedro de Isunza fué nombrado veedor y contador del Principado y Condado de Rosellón y Cerdeña y sus fronteras desde 1587; pues en poder, otorgado por él el año siguiente en Barcelona, á favor de su suegro Martín Martínez de Isunza y sus sobrinos Martín y Pedro, ostenta tales distinciones y títulos como señales de honor que apreciaba mucho. (1)

Isunza demostró en su destino condiciones re-

(1) Sepan cuantos esta carta de poder vieren, cómo yo,

Pedro de Isunza, veedor y contador en el Principado de Ca-

levantes, que le captaron la estimación del capitán general de Cataluña, que lo era á la sazón D. Manrique de Lara. Sin embargo, por causas que hasta ahora desconocemos, aunque sospechamos que pudieron ser por rozamientos de jurisdicción, ello es lo cierto que, á fines del mismo año 87, los disgustos entre el capitán general y el veedor y contador de la gente de guerra y obras en Cataluña, llegaron á términos de ruda oposición y aun de persecuciones encarnizadas.

D. Manrique, que antes estaba satisfecho de los servicios de Isunza, y hasta había escrito al Rey elogiándolo por lo bien que cumplía su oficio, enemistado con él más tarde, extremó los rigores en la misma proporción que antes dispensaba las bondades. Tratóle con desconsideración; hízole sospechoso ante las gentes; puso en tela de juicio sus actos; mostróle desvíos mortificantes; sindicóle por todo el Principado en su proceder, y no contento con tales severidades, túbale preso más de tres meses, la casa por cárcel, suspenso de sueldo, con desconfianza de su persona, y perseguidos y aun amenazados de muerte sus comisarios. Isunza, hombre de gran entereza, padeció en silencio, y sin quejarse, aquella persecución injusta, creyendo que habría sido originada por rarezas de carácter ú ofuscaciones del amor propio, que desaparecerían cuando la reflexión diese lugar al conocimiento. Pero, viendo que la arbitrariedad proseguía sin consideraciones de ninguna clase, se resolvió á quejarse del atropello. Dirigióse al Consejo de guerra en súplica de que se le enviase cédula Real para que D. Manrique le soltase bajo fianza, la ciudad de Barcelona por cárcel, y que se enviara á Madrid el proceso de su culpa, para que se demostrara cuán sin ella estaba y le fuese posible dar sus descargos.

El Consejo no accedió á la súplica del agraviado: sólo decidió que se le entregase carta cerrada del Rey para el capitán general; pero este expediente no surtió efecto, pues nadie osaba cumplir el encargo, por temor de castigo riguroso, cuando el ánimo del superior estaba tan en contra del ofendido. Las dilaciones que de esto se siguieron y el anhelo de Isunza en volver por su honor, impulsáronle de nuevo á insistir en sus ruegos tocante á la Real cédula solicitada, para que el negocio hubiese favorable resolución.

Habiéndose examinado la respetuosa instancia en el Consejo, se accedió á lo pedido, por entender que era de justicia. Despachósele, pues,

la Real cédula, en la cual se encargaba y mandaba al encolerizado virrey que, luego que le fuese hecha demostración del ordenamiento regio, informase de todo lo que pasaba, y explicase por qué motivos tenía preso á Pedro de Isunza. Juntamente con esto, había de enviar un traslado signado, cerrado y sellado, de todos los autos hechos contra él, á fin de que el Consejo los viese y proveyese justicia.

Todavía D. Manrique estuvo tardío, pues lo revela así el tono enérgico que prevalece en otra cédula que le dirigió el Rey, con fecha siete de Marzo del mismo año ochenta y ocho, pocos días después de enviada la primera, cuyo extracto dejamos hecho.

Es este un documento curioso, por lo que favorece á Isunza, y por las interesantes noticias que contiene acerca de los rigores exagerados é indisculpables del capitán general contra los comisarios del proveedor.

“Por parte (dice textualmente) de Pedro de Isunza, mi veedor y contador de la gente de guerra de Cataluña, se me ha hecho relación que, después de habérmela antes hecho de la manera y orden tan extraordinario con que procedéis contra él, le habéis prendido á Ruiz Sáenz y á otros tres oficiales suyos, y, sin les hacer cargo, los habéis hecho llevar desde la cárcel de Barcelona al castillo mayor de Perpiñán, con cadenas y argollas al cuello, y grillos en los piés y esposas en las manos, y que se dice públicamente que, por no haber querido ningún juez de Barcelona firmar la sentencia, vos de hecho y contra derecho, enviáreis á que les diesen garrote y á martirizarlos con tormentos.

Y porque si han hecho por qué es justo sean castigados conforme á derecho, me suplicaba mandase dar mi cédula para que no procedáis contra ellos y enviéis traslado del proceso al Consejo de guerra, y que, lo que de aquí adelante hi-ciéreis, sea con consultor letrado de ciencia y conciencia y conforme á derecho, y les otorguéis las apelaciones, y *que no hagáis prender ni molestar á las personas que os notificaren esta mi cédula*, mandase yo nombrar, á costa de los sobredichos, una que vaya á presentarla con otra, que sobre este caso yo he mandado dar, á suplicación del dicho Pedro de Isunza, para que informéis de este negocio y enviéis traslado del proceso que habéis fulminado contra él y que lo mismo se entienda cerca de los dichos sus cuatro oficiales y otros cualesquiera contra quien hayáis procedido, sobre todo lo cual me pidió justicia.

Y habiéndose visto en el mi Consejo, ha parecido despachar la presente, por la cual os encargo y mando que, luego que os sea hecha demostración de ella, por la persona que la llevare, me informéis de todo lo que pasa sobre lo aquí referido, y por qué causas tenéis presos á los dichos Diego Ruiz Sáenz y los otros tres oficiales; y juntamente con esto, me enviéis un traslado, signado, cerrado y sellado, de todos los autos que contra ellos se hubiesen hecho y contra otros cualesquiera que por la misma causa tengáis presos, para que en el dicho mi Consejo se vean y mande proveer justicia. Hecha en Madrid á VII de Marzo de mil y quinientos y ochenta y ocho años. Yo EL REY.—Por mandado del Rey,

taluña, Condados de Rosellón y Cerdeña y sus fronteros, por el Rey nuestro Señor, vecino de la ciudad de Vitoria,

residente en esta ciudad de Barcelona”, del dicho Principado de Cataluña, etc., etc.

nuestro Señor, Andrés de Prada.—Señalado de D. Cristóbal de Mora. (1)

Que aquellos rozamientos entre Lara é Isunza, no cedieron en nada contra el segundo en el ánimo del Rey, se comprende desde luego, teniendo en cuenta que le distinguió después con nuevas inequívocas señales de su estimación. Vacante el cargo de proveedor general por haber dejado de servir en él, de orden del Rey, Antonio de Guevara, fué Isunza, como sabemos, el nombrado para reemplazarle. El 23 de Abril de 1591 le comunicó la noticia de su nombramiento el secretario Andrés de Prada. Al poco tiempo tomó posesión de su destino, estableciendo la dirección general en el Puerto de Santa María. Hasta Junio, sin embargo, permaneció en Barcelona, según consta de cartas que escribió al Rey sobre determinado asunto de un Jerónimo Urpin, con fecha de 11 y 15 de dicho mes. Acompañaba á la última un papel con las nuevas que se sabían de Francia.

De su actividad como celoso funcionario, son clara muestra las muchas cartas que se custodian en Simancas, dictadas ó escritas por él, sobre asuntos del servicio. Las del Puerto de Santa María tienen fecha de 8 de Noviembre y 22 de Diciembre de 1591, Enero, Febrero, Marzo, Abril, Mayo, Agosto, Setiembre, Octubre, Noviembre y Diciembre del 92, en las cuales habla de la proveeduría, acopios, provisión de las galeras, observaciones sobre los negocios, incidentes relacionados con su destino, advertencias sobre los fueros de jurisdicción, quejas de algunos señores porque mermaban sus atribuciones, débitos del negociado que dirigía, defensa de sus procederes, aumento de salario á sus subordinados, prisión y visita de comisarios, y otra porción de puntos de administración y competencia. No dejó de pasar algún tiempo en Barcelona, por exigirle así, sin duda, su cargo durante el tiempo que lo ejerció, como lo testifican sus cartas, fechadas allí en 4 y 11 de Diciembre del año 91, entre otras.

El Sr. Apráiz da por seguro, lo cual es muy sensible, que se puede considerar como perdida "la correspondencia privada que debió de mediar en 1591, 92 y 93 entre Isunza y su comisario Cervantes, y gran parte de los instrumentos públicos por ambos otorgados".

De la activa vida mercantil y bancaria de Pedro de Isunza, desde su vuelta á España, hay gran copia de noticias, suministradas á las per-

sonas curiosas por otro distinguido erudito, el incomparable investigador D. Cristóbal Pérez Pastor, quien ha encontrado, acerca de las operaciones económicas realizadas por el proveedor, un verdadero tesoro de datos inapreciables.

Por ellos sabemos (*Documentos cervantinos*; Madrid, 1897, págs.^s 263 á 67, notas), que en 1578, á su pedimento, como vecino de Vitoria, fué preso en la cárcel de la corte Martín Bertendona, vecino de Bilbao, por ochocientos nueve ducados que debía á Pedro por obligación de plazo pasado, y prestó fianza, á favor de Martín, Juan Martinez de Recalde, criado de S. M.: que por obligación, en Madrid, 19 de Marzo del 81, de Bartolomé de Montoya, en nombre de Esteban de Garibay y D.^a Luisa de Montoya, había de cobrar Pedro de Isunza dos mil ciento noventa y seis reales, en nombre de su padre Juan, hipotecando las casas que Garibay tenía en Lencería de Toledo, y quedando libres los bienes que se le habían embargado en Medina del Campo, Valladolid, Sevilla y otras partes: que en 31 de Julio del mismo año otorgó poder Isunza, andante en corte, á Juan Ortega de la Sierra y Compañía, para cobrar en la próxima feria de Medina del Campo las cantidades que le adeudaban: que en 3 de Setiembre del 85, también estante en la corte, pidió se le diese traducido el poder que le había dado Pedro de Álava, español, residente en Ruan, para que cobrase todo lo que se le debiera en España: que, por obligación de 14 de Marzo del 86, ofrecía pagar Francisco Reinalte, platero, vecino de Madrid, á Pedro de Isunza, residente en la corte, trescientos ducados por un joyel y otras alhajas que le había comprado; y que, en 5 de Diciembre de 1591, otorgó Isunza poder en Madrid á su sobrino, del mismo nombre y apellido, para cobrar de Bartolomé Vizcarreto, sobrino y heredero de Bernardino Vizcarreto, cinco mil quinientos ducados de principal, que había comprado de los nueve mil ducados que el dicho Bernardino dió á censo al Conde de Benavente.

En Junio del año 93 murió Pedro de Isunza en el Puerto de Santa María, como queda probado en el texto. La familia se trasladó á Vitoria. Dejó Pedro dos hijos. De albacea quedó su sobrino D. Martín de Isunza, que interviene después en el arreglo con el Estado sobre lo que se debía al difunto.

Lo testifica, entre otros, un poder que otorgó este vecino de Vitoria en Madrid el 24 de Marzo de 1600, como heredero universal del proveedor,

(1) Este y el anterior documento los ha publicado, por vez primera, el Sr. D. Julián de Apráiz, Director del Insti-

tuto de Álava, en las páginas 92 á 95 de sus *Isunzas de Vitoria*. Bilbao, 1897: imp. de la Biblioteca vascongada.

su tío, cuya herencia tenía aceptada, á Alonso Carnero, contador de S. M., para que, en su nombre, cediese ó traspasase los quinientos cincuenta mil seiscientos dieciocho maravedis que en los libros de Su Majestad restaban libres en favor del muerto.

La viuda, que en 1601 residía en Madrid, sin duda para arreglar los asuntos de su finado esposo y tío, dió poder el 14 de Abril, á Juan Bautista de Ugalde para traspasar la licencia, que S. M. le había concedido, de sacar dos mil ciento setenta cueros.

Mayor importancia, y más interesante por los pormenores que ofrece acerca de Pedro de Isunza, es otro poder que confirió el mismo día al citado Ugalde. Por él consta que SS. MM., por cédulas expedidas en San Lorenzo á 8 de Setiembre del año 93, y 10 de Octubre del 94, confirmadas por otra de Setiembre de 1600, habían concedido dos mil ducados en consideración á los servicios prestados por el proveedor y á las necesidades en que dejó á su esposa al tiempo de su fin y muerte; lo cual no parece estar en armonía con aquel cuantiosísimo caudal de que le hace poseedor Garibay, á no ser que adversidades de la suerte hubieran disminuído considerablemente su hacienda. El poder de D.^a María á Ugalde tenía por objeto que cobrase los dos mil ducados "del dinero procedido de lo embargado á rebeldes en estos reinos".

Basta con lo dicho para poner término á este esbozo de biografía de Isunza, á que nos obligaban los nuevos materiales reunidos y la respetabilidad de un nombre muy grato para todos los admiradores de Cervantes. Confiamos en que algún erudito extenderá una semblanza más completa de aquel digno funcionario público, amigo y protector del Príncipe del habla castellana.

Cuando de tantos envidiosos y malvados fué blanco el Genio inmortal en todas las situaciones de su existencia, encuentra el ánimo apenado bálsamo consolador para sus tristezas, al fijarse en aquella figura prestigiosa, cuya competencia para los negocios fué excepcionalmente notable.

Isunza dió una señalada prueba de supremacía en esto, cuando, por orden del contador Francisco de Garnica, expresó su parecer acerca de las ferias que debían celebrarse cada año. Explanó Isunza el pensamiento con oportunidad y discreción, como quien tenía tanta práctica en los asuntos mercantiles. En su opinión, las ferias

habían de ser tres en cada año, de cuatro en cuatro meses. La primera á principio de Enero, la segunda al comienzo de Mayo, y la tercera cuando empezara Setiembre. Cada una duraría treinta días. El sitio más apropiado, según él, para entonces, era "Medina del Campo, por ser plaza cursada y más á propósito para la comunicación de los lugares principales que participan del trato, así de mercaderías como de negocios de cambios". (1) Para evitación de los fraudes, libertad de cambios, extensión de transacciones, formalidad en los tratos, garantías de las operaciones bancarias, fianzas que deberían exigirse, y otros puntos de índole económica ó comercial, dejó consignados muy atendibles consejos, encaminados á difundir consideraciones especiales de sumo interés para la prosperidad de los pueblos, en virtud de la actividad inteligente y del asiduo trabajo.

12.^a — Disgustos y contrariedades que experimentó Isunza.

Isunza deseó siempre que el cargo de proveedor estuviese desligado de subordinación á otras autoridades; que funcionase dentro de su propia esfera, sin limitaciones depresivas. Su gran comprensión para los negocios y su indisputable talento práctico, hacíanle ver con claridad muchas dificultades, que forzosamente se originaban, por la diversidad de apreciaciones en las competencias de jurisdicción.

Pero, por su misma severidad de carácter, sufrió no pocos disgustos y grandes contrariedades, que pusieron á prueba su paciencia. Además de sus graves rozamientos, cuando era contador y veedor en Cataluña, con D. Manrique de Lara, tuvo que defender á sus subordinados, y aun su misma conducta, de las rigurosas exageraciones del juez contra comisarios, Moscoso, corregidor de Écija, y las dictatoriales amenazas del corregidor de Córdoba. Por eso pedía que se deslindaran las naturales atribuciones de cada uno, nombrándole juez único para entender en los delitos que cometiesen los subordinados á sus disposiciones administrativas.

Tuvo, sin embargo, que pasar nuevos contratiempos y humillaciones, cuando el juez Fresneda le molestó por complacer al asentista Toro, y cuando se le puso bajo la jurisdicción del Adelantado de Castilla, de lo que se quejó en carta al Rey el 16 de Abril del año 92.

(1) Este trabajo, que se conserva en Simancas (*Diversos de Castilla*, legajo núm. 10), lo inserta por completo nuestro

estimado amigo D. Julián de Apráiz en las páginas 188 á 92 de su obra *Los Isunzas de Vitoria*.

Indudablemente todo esto contribuyó de manera poderosa al abatimiento de su espíritu, y fué causa de su muerte; aunque tuvo la gloria de terminar sus días defendiendo los justos fueros de independencia que eran menester á los proveedores, para cumplir con eficacia, rectitud y pureza su alto cometido.

13.^a—Fianza por Juan Fortuni ó Fortunio.

Este documento lo publica íntegro D. José M.^a Asensio y Toledo, en las páginas 19 á 23 de su interesantísima obra *Nuevos documentos para ilustrar la vida de Cervantes*.

14.^a—Miguel de Oviedo Proveedor interino.

El veedor y contador Miguel de Oviedo, que varias veces hizo oficio de proveedor por Antonio de Guevara, especialmente cuando éste fué separado de su destino hasta que tomó posesión Pedro de Isunza, también desempeñó interinamente las mismas funciones, cuando ocurrió el fallecimiento del último, hasta la llegada del nuevo proveedor definitivo nombrado, que lo hubo de ser un primo de Isunza, de nombre Gaspar de Añastro. De él hablaremos más adelante en el lugar oportuno.

Miguel de Oviedo, lo mismo en el desempeño provisional de la Proveeduría, que en su cargo efectivo de veedor y contador, en el cual permaneció por largo tiempo, reveló siempre grandes dotes de funcionario probo é inteligente, mucho amor al trabajo y perspicacia singular para entender con actividad en todo lo referente á provisiones.

15.^a—Preguntas de los contadores. Contestación de Miguel de Oviedo.

El documento que mencionamos en el texto, y publicamos á continuación, existe en Simancas (*Contadurías generales*, leg. 1745), y se encabeza así:

“El dicho Miguel de Cervantes.—Recepta segunda del veedor y contador Miguel de Oviedo“.

“Miguel de Cervantes, comisario que fué del proveedor general Antonio de Guevara.—En la Relación jurada que tiene presentada (para la cuenta que se le está tomando del aceite que por comisión y orden suya, sacó desde el año de quinientos ochenta y ocho en adelante, en la ciudad de Écija y villas de Carmona y Marchena) se hace cargo de ciento y cuarenta y cuatro arrobas de aceite que recibió en la dicha ciudad de Écija, de la viuda de Espinel; y por la recepta que dió el Sr. Miguel de Oviedo, veedor y contador por

Su Majestad, de las provisiones generales de esta Andalucía, parece que el dicho Miguel de Cervantes recibió ciento cuarenta y ocho arrobas del dicho aceite de D. Pedro de Lugo, de las cuales no se hace cargo el dicho comisario en la dicha relación jurada, y para saber lo que en esto hay, y si las dichas partidas son diferentes ó una sola, conviene al servicio de Su Majestad que el dicho señor veedor y contador Miguel de Oviedo certifique lo que en esto hay y pareciere por sus libros; y si parece por ellos haberse librado las dichas ciento cuarenta y ocho arrobas de aceite á la dicha viuda de Espinel, y asimismo si las dichas ciento cuarenta y ocho arrobas de aceite del dicho Pedro de Lugo se le libraron y por qué certificación y cómo. Fecho en Sevilla, á 30 de Enero, 1593 años“.

“Por los libros de Su Majestad que están en mi poder, como por otra recepta he dado razón á los señores contadores, parece que en uno de cargos del año de noventa le están cargadas al dicho Miguel de Cervantes, ciento cuarenta y ocho arrobas de aceite, que recibió de D. Pedro de Lugo, en el molino de los Corchos, de que dió certificación, fecha en Carmona á 9 de Abril del dicho año de 90, y el valor del dicho aceite se libró al susodicho por libranza del proveedor Antonio de Guevara, de 22 de Diciembre del dicho año, en el pagador Agustín de Cetina, á quince reales cada arroba, en partida de setenta y cinco mil cuatrocientos ochenta maravedis, y por los dichos libros no parece que le estén cargadas las ciento cuarenta y cuatro arrobas de aceite que este pliego acusa por recibidas de la dicha viuda de Espinel; y si, para más satisfacción, quisieren ver los dichos libros los dichos señores contadores, los daré. En Sevilla, á 1.º de Febrero de 1593 años.—Miguel de Oviedo“.

16.^a—Publicación de dos documentos inéditos. 1.º

Petición de los contadores acerca del dinero entregado á Cervantes por el pagador Cetina, y Respuesta de Juan de Tamayo. 2.º Aprueban los contadores en 1594 las cuentas del aceite sacado por Cervantes en tiempo de Guevara.

I

(Este documento (*Cont. gen.*, leg. 1745,—*Simancas*), tiene el siguiente encabezamiento: “El dicho Miguel de Cervantes.—Recepta del pagador Cetina“).

“Para comprobación de las cuentas que está dando Miguel de Cervantes, así del aceite que en diferentes tiempos ha sacado en Marchena y Écija, y conducción de él á esta ciudad, como del trigo y cebada que ha sacado y hecho moler por órdenes y comisiones del señor proveedor general Antonio de Guevara, como del señor veedor y contador Miguel de Oviedo, que por ausencia del dicho proveedor servía su oficio; conviene al servicio de Su Majestad que el Sr. Juan de Tamayo, que por ausencia del señor pagador general Agustín de Cetina, sirve su oficio, dé razón al pie de este pliego de todos los maravedis que por cuenta de salarios y en otra cualquier manera se le hubieren dado y pagado al dicho Miguel

de Cervantes, poniendo razón y claridad distinta de cada partida. Fecho en Sevilla á 20 de Noviembre de 1592 años.—Francisco Vázquez de Obregón.—Pedro Ruiz de Otalora.

Por los libros de la pagaduría de Su Majestad que, por ausencia del pagador Agustín de Cetina, que lo es por Su Majestad, de las provisiones que se hacen en Andalucía, están á mi cargo, parece habersele entregado y pagado á Miguel de Cervantes Saavedra, comisario de Su Majestad, por libranzas del Sr. Antonio de Guevara, del Consejo de Hacienda de Su Majestad y proveedor general en el Andalucía, los maravedis siguientes en esta manera:

En primero de Julio de mil quinientos ochenta y ocho años, se le pagaron quinientos seis reales á cumplimiento de mil cuatrocientos seis reales, que hubo de haber, los mil trescientos cuarenta y cuatro de ellos por el salario de ciento doce días, á doce reales cada uno, que se ocupó en sacar trigo por comisión del alcalde Valdivia, y los sesenta y dos reales restantes por tantos que hizo de costas en dos correos con despachos tocantes á la dicha su comisión para el dicho alcalde 17.204

En el dicho día primero de Julio, se le entregaron al dicho Miguel de Cervantes, por libranza del dicho señor proveedor, quinientos ducados en reales para los gastos de la molienda del trigo que iba á hacer á Écija 187.000

En trece de Agosto del dicho año de quinientos ochenta y ocho, se le libraron en Gabriel Muñoz, comisario de las composiciones de los caballeros de cuantía de Écija, seiscientos ducados en reales, para los gastos de la molienda del trigo de su cargo, por libranza del dicho señor proveedor 224.400

En siete de Setiembre del dicho año de quinientos ochenta y ocho, se le libraron al dicho Miguel de Cervantes en Bartolomé de Llerena, comisario, otros ochocientos ducados en reales, de los que estaba cobrando en Écija de las alcabalas de aquella ciudad, para los gastos de la molienda de su cargo, por libranza del dicho señor proveedor general Antonio de Guevara 299.200

En veinte y cuatro de Setiembre de mil quinientos ochenta y ocho años, se pagaron al dicho Miguel de Cervantes otros mil ducados en reales, que por li-

branza del dicho señor proveedor general, se le mandaron librar para los gastos de la molienda de su cargo, de que hubo de dar cuenta juntamente con los demás maravedis que para este efecto hubiere recibido 374.000

En dieciocho de Mayo de mil quinientos noventa años, se pagaron al dicho Miguel de Cervantes seismil ciento veinte maravedis, que por libranza del dicho señor proveedor, le fueron librados por quince días de salario, á doce reales cada uno, que se ocupó en sacar aceite en Carmona y otras partes 6.120

Y en diecisiete de Agosto del dicho año de quinientos noventa, se entregaron al dicho Miguel de Cervantes ochenta y dos mil doscientos setenta y ocho maravedis que, por libranza del dicho señor proveedor, se le libraron para los acarreos del aceite que sacó en Écija y otras partes de que hubo de dar cuenta. 82.278

Las cuales dichas siete partidas, en la forma que dicha es, se han dado y pagado al dicho Miguel de Cervantes Saavedra, comisario, así por cuenta de sus salarios como para los gastos de la molienda del trigo de su cargo, como todo particularmente parece por las libranzas en virtud de que se le han pagado, que están en mi poder, á que me refiero. Fecho en Sevilla á veinticuatro de Noviembre de mil quinientos noventa y dos años.—Joan de Tamayo.

Y asimismo parece por los dichos libros que, demás de las dichas partidas, en seis de Marzo del año pasado de quinientos ochenta y nueve, se le libraron en el dicho Bartolomé de Llerena otros cien ducados en reales por libranza del dicho señor proveedor, de veinticinco de Febrero del dicho año, para los acarreos de la harina que hacía moler en Écija, que la había de hacer conducir á esta ciudad“.

II

(Este documento, (Cont. mayor, 2.^a época, leg. 577,—Simancas), lleva la siguiente cabeza: “Miguel de Cervantes.—Cargo del aceite que fué á su cargo por comisiones y órdenes del proveedor Antonio de Guevara, y veedor y contador Miguel de Oviedo).

CARGO DEL ACEITE

Hácese cargo al dicho Miguel de Cervantes Saavedra, de dos mil y dos arrobas del dicho aceite, que por virtud de una comisión del proveedor general Antonio de Guevara, fecha en veinte y dos de Enero de mil y quinientos ochenta

y ocho años, sacó en la ciudad de Écija, de las personas abajo declaradas, en esta manera: (1)

Mil setecientas ochenta y seis arrobas del dicho aceite, de la bodega de Juan de Langa, escribano público de Écija, que perteneció á Simón Ruiz, vecino de Medina del Campo, de que le dió certificación, en diecisiete de Febrero del año de mil quinientos ochenta y nueve. i ① dcc lxxx vi ①

Doscientas dieciseis arrobas del dicho aceite, del Lcdo. Fernando Ruiz de Ribera, abogado de la ciudad de Córdoba. cc x vi »

ii ① ii ①

Que son las dichas dos mil y dos arrobas del dicho aceite, las que, como dicho es, recibió en virtud de la dicha comisión, como parece por recepta del contador y veedor Miguel de Oviedo y Relación jurada del dicho Miguel de Cervantes por partida de las mismas sumas.

Más se le cargan novecientas noventa y siete arrobas del dicho aceite, que por virtud de otra comisión del dicho Antonio de Guevara, fecha en veinte de Agosto del dicho año de mil quinientos ochenta y ocho años, sacó en la dicha ciudad de Écija de las personas siguientes, para las provisiones de su cargo:

De la viuda de Pinel, ciento cuarenta y cuatro arrobas de aceite c xl iv ①

De la Doctora, quinientas sesenta y seis arrobas del dicho aceite d lx vi »

De Valderrama, clérigo, treinta y dos arrobas del dicho aceite xxx ii »

De D.^a Juana Manrique, del Pago de los Madroñales, que es tres leguas más allá de Écija, doscientas cincuenta y cinco arrobas del dicho aceite cc l v »

dcccc xc vii ①

Que son las dichas novecientas noventa y siete arrobas del dicho aceite, las que recibió en virtud de la dicha comisión, como parece por la dicha su Relación jurada.

Más se le cargan mil quinientas dieciocho arrobas del dicho aceite, que por virtud de otra comisión del dicho proveedor Antonio de Guevara, sacó en la villa de Marchena de las personas abajo declaradas, en esta manera:

Setecientas ochenta y dos arrobas, de Alonso Ximénez. dcc lxxx ii ①

Setenta arrobas, de Hernando Gregorio. lxx »

Treinta y una arrobas de Diego Ximénez de Prado, escribano. xxx i »

Ciento noventa y dos de Rodrigo Xua- rez Garrote. c xc ii »

Setenta y ocho arrobas, del Doctor Madrid lxx viii »

Doscientas veinte y cinco de Jorge Rodríguez Portugués. cc xx v »

Doscientas veinte del Doctor Gonçalo Fernández, médico cc xx »

i ① d xviii ①

Que son las mil quinientas dieciocho arrobas del dicho aceite, como parece por la dicha Relación jurada.

Más trescientas ochenta y seis arrobas de aceite, que en virtud de otra comisión que tuvo del veedor y contador Miguel de Oviedo, que hizo oficio de proveedor en lugar del dicho Antonio de Guevara, sacó en la villa de Carmona, de las personas que abajo se dirán, en esta manera:

De la bodega de Juan Gallego, doscientas arrobas, que diz que eran de Juan de Angulo, vecino de Sevilla cc ①

De D. Pedro de Lugo, vecino de Carmona, ciento cuarenta y ocho arrobas del dicho aceite. c xl viii »

Del molino del Corço, treinta y ocho arrobas de aceite. xxx viii »

ccc lxxx vi ①

Que son las dichas trescientas ochenta y seis arrobas del dicho aceite, las que, como dicho es, recibió en virtud de la dicha comisión, como parece por la dicha Relación jurada del dicho Miguel de Cervantes Saavedra.

Monta este cargo, cuatro mil novecientas tres arrobas de aceite iv ① dcccc iii ①

El dicho Miguel de Cervantes. Data del aceite que fué á su cargo por orden del dicho proveedor general Antonio de Guevara.

DATA DEL ACEITE

Recíbensele en cuenta al dicho Miguel de Cervantes Saavedra, dos mil y dos arrobas de aceite, que por orden del dicho proveedor Antonio de Guevara, envió desde la ciudad de Écija á esta de Sevilla, á poder de Jerónimo Maldonado, tenedor de bastimentos que fué de las dichas provisiones, y en ella, y sin que entrase en su poder, lo envió por orden del dicho Antonio de Guevara á Márcos Vela, que en Sanlúcar de Barrameda hizo oficio de proveedor por el dicho Antonio de Guevara, para provisión de los galeones de Su Majestad, del cargo de Diego Flores de Valdés, como parece por la certificación que de ello dió el dicho Márcos Vela, en que dice que se lo envió Jerónimo Maldonado, á quien se lo había enviado el dicho Miguel de Cervantes, y por declaración que (2) á las espaldas de ella hace el dicho Maldonado, de que él no entró ni salió con el dicho aceite, más de haberlo encaminado al dicho Márcos Vela ii ① ii ①

Más novecientas noventa y siete arrobas del dicho aceite, que por orden del dicho proveedor Antonio de Guevara (3) envió y hizo conducir desde la dicha Écija y pago de los Madroñales, que es tres leguas más allá de donde los sacó, á esta ciudad, á poder del dicho Jerónimo Mal-

(1) Este documento tiene varias anotaciones al margen. La primera dice: "Compulsado con recepta del veedor y contador Miguel de Oviedo y relación jurada del dicho Miguel de Cervantes, que quedaron al principio de la otra cuenta.

(2) La comisión de Antonio de Guevara y provisión del dicho Már-

cos Vela, con declaración de Maldonado, como lo dice la partida, y comprobado con la Relación jurada del dicho Márcos Vela, de la cuenta de galeones, donde se hace cargo de este aceite, y cargados al dicho Márcos Vela en su Relación, como lo dice la glosa.—(Hay dos rúbricas).

(3) Orden de Antonio de Guevara para enviar este aceite á poder

donado, para las provisiones del cargo de dicho proveedor Antonio de Guevara, con más cantidad que sacó en Marchena, como parece de dos certificaciones de Jerónimo Maldonado, una de dos mil quinientas sesenta arrobas de aceite, y otra de doscientas cincuenta y cinco arrobas, que son las de esta partida y la siguiente.

Más mil quinientas dieciocho arrobas de aceite, que por orden y comisión del dicho proveedor Antonio de Guevara, envió desde la villa de Marchena, donde lo sacó, á esta ciudad de Sevilla á poder del dicho Jerónimo Maldonado, juntamente con la partida de novecientas noventa y siete arrobas que sacó en Écija, que se dicen en la partida antes de ésta, como parece por las dichas certificaciones del dicho Jerónimo Maldonado, que están en la partida antes de ésta

Más se le reciben en cuenta trescientas ochenta y seis arrobas del dicho aceite, que en virtud de una comisión y orden del veedor y contador Miguel de Oviedo, fecha en veintitres de Marzo de mil quinientos noventa años, hizo conducir (4) desde la villa de Carmona, donde las sacó, á la ciudad de Sevilla, á poder del tenedor de bastimentos Jerónimo Maldonado, para provisión de la gente de las galeras de España, por cuyas certificaciones se libraron, y pagaron á las partes cuyo era el valor del dicho aceite, los cuales se entregaron en nombre del dicho

i d d xviii »

Jerónimo Maldonado, á María Sánchez, viuda de Jerónimo García, como parece por la respuesta que el dicho Jerónimo Maldonado dió á un pliego que está al principio de esta cuenta.

Mil novecientas cuatro arrobas i d dcccc iv »

Sumario de esta Data y fenecimiento:

ii d	ii a
deccc xc vii »	
i d dcccc	iii »
iv d dcccc	iv a

Monta esta Data cuatro mil novecientas y cuatro arrobas de aceite, y el cargo de ella otro tanto, según lo cual no hay ningún alcance en esta cuenta, la cual se feneció en Sevilla á treinta de Junio de mil quinientos noventa y cuatro años.—Pedro Ruiz de Otalora.—(Hay una rúbrica).—Francisco Vázquez de Obregón.—(Hay otra rúbrica).

ES IGUAL

17.^a —Carta de Miguel de Oviedo á Felipe II.

Este documento, por el que se sabe con fijeza el día en que falleció Pedro de Isunza, se conserva en Simancas, (*Secretaria de guerra antigua*, legajo 390).

de Jerónimo Maldonado, y certificaciones suyas del recibo de esta partida y de la siguiente, como lo dice la partida.

(4) Comprobado con la respuesta del pliego que sobre esto se dió

para el proveedor Oviedo, y la que dió Jerónimo Maldonado, que están al principio de ésta.

(Hay una rúbrica).

CAPÍTULO III.

Miguel de Cervantes Saavedra recaudador de alcabalas.

Cantidad total que había de cobrar Cervantes, por alcabalas y otras rentas, en el reino de Granada.—Pormenor y razón de estos débitos.—Empieza la cobranza por Guadix.—Llega á Baza.—Dificultades que se presentan.—Rectitud enérgica de Cervantes.—Formalización de cuentas.—Liquidación y cobro.—Multa impuesta al tesorero propietario.—Comunica Cervantes noticias sobre el resultado de sus gestiones.—Envía nueva carta al Rey el 17 de Noviembre de 1594, y pide prórroga de veinte días para concluir su comisión.—Lo que había cobrado hasta entonces.—Instrucciones que recibe.—Partidas que salieron fallidas.—Arreglo del asunto de Almuñecar, Motril y Salobreña.—Va á Ronda.—Marcha á Vélez-Málaga.—Terminados los negocios, se dirige á Sevilla.—Gira desde allí lo que obraba en su poder.—Quiebra el comerciante á quien entregó Cervantes el dinero.—No se puede hacer efectiva su letra.—Pone Cervantes en conocimiento del Rey lo sucedido.—Dase orden al juez Olmedilla, para que cobre de los bienes del quebrado.—Notificación á los fiadores de Cervantes á fin de que presentara las cuentas de sus comisiones.—Provisión Real al juez Vallejo.—Prisión y encarcelamiento de Miguel.—Dirige una petición al Rey.—Pónesele en libertad.—Cantidad que adeudaba Cervantes á la Hacienda, según los contadores de relaciones.—Molestias que le ocasionaron en 1598 para ultimar y aprobar las cuentas del tiempo de Isunza.—Observaciones sobre esto.—El nuevo proveedor general de flotas Gaspar de Añastro.—Su carácter: datos biográficos.—Hecho repugnante de su vida.—Proyecto frustrado de asesinato contra el Principe de Orange.—Canonización de San Jacinto y poesía que escribió Cervantes con tal motivo.—El saqueo de Cádiz en 1596: un soneto de Cervantes.—La opinión pública contra el Duque de Medina Sidonia.—Historia del saqueo por el P. franciscano Pedro de Abreu.—Relaciones coetáneas anónimas.—Últimos años de Felipe II.—Su muerte.—Honras fúnebres en Sevilla.—Soneto satírico de Cervantes.

Á dos millones cuatrocientos cincuenta y nueve mil novecientos ochenta y nueve maravedis, ascendía el total de lo que había de cobrar Cervantes en la comisión que iba á ejercer en el reino de Granada. Dicha cantidad era según lo primeramente calculado por los señores de la Contaduría mayor de Hacienda; pero luego se hicieron modificaciones.

Los débitos se especificaban en la Real cédula de comisión en la forma y modo siguientes: 859.134, del tesoro de la casa de la moneda de Granada; 276.940, del recaudador de la renta de la Agüela de esta ciudad; 454.824, de las tercias de Loja y Alhama; 286.083, de las de Guadix y su partido; 34.000, de iguales rentas en la ciudad de Baza, y 374.123, de las de Almuñecar, Motril y Salobreña.

De estas partidas se rebajó, antes de salir Cervantes á desempeñar su cometido, 180.000

maravedis que, de la renta de la Agüela en la ciudad de Granada, se habían ya cobrado en la corte, y se añadió una nueva cifra de 277.040 maravedis, que debía hacer efectiva Cervantes en Vélez-Málaga. Montaba, pues, todo lo que había de recaudar éste, dos millones quinientos cincuenta y siete mil veinte y nueve maravedis.

Empezó Cervantes la cobranza por Guadix, donde sin dificultad hizo efectivo el crédito, antes del 9 de Setiembre. En dicho día llegó á Baza; allí encontró algunas dificultades, que se allanaron pronto. Exhibió, ante escribano, á las autoridades locales la Real provisión que llevaba, diciendo que, en virtud de ella, había llegado á la ciudad á tomar cuenta del valor que tenían aquel año (el 94) las rentas de sus tercias y alcabalas, y de las villas y lugares de su jurisdicción y partido, para saber lo que había y quedaba para Su Majestad, pagados los juros que estaban

situados sobre las referidas rentas; y, sabido esto, cobrar lo que montase el primer tercio de la liquidación. Hizo la cuenta con intervención y comunicación del Lcdo. Antonio de Rueda, alcalde mayor, teniente de corregidor de Baza y su tierra, estando presentes Alonso de España, tesorero propietario de la cobranza de las rentas, y Gaspar Osorio de Tejeda, tesorero nombrado para aquel año, por no haber presentado las fianzas el España, según las órdenes de Su Majestad.

Las cuentas formalizadas contenían las partidas que siguen. Por el encabezamiento de las tercias y alcabalas de Baza y de los cuatro pueblos de su jurisdicción, Cúllar, Cújar, Caniles y Benamaurel, había que percibir tres millones trescientos cuarenta y dos mil trescientos veinte maravedis, correspondientes al año 94, y además cincuenta mil ochocientos doce, por las no encabezadas de Freila, Royá y Macael. Respecto á las alcabalas de los lugares de Finel y Somontin, no era posible recaudar nada, porque, en muchos años no se había presentado postor para arrendarlas, y porque, según dice el mismo Cervantes, eran lugares que en la nueva población se repartieron por sierra y marina y pretendían ser francos del tributo. Pedro de Medina, escribano de rentas, declaró que se había mandado que aquellos vecinos presentasen declaración de Su Majestad, en testimonio de la veracidad de sus afirmaciones.

De las cantidades mencionadas era preciso bajar, primeramente, 3.268.419 maravedis, por jueros concedidos sobre las dichas rentas, y además 41.000 por salario del tesorero Alonso de España. Quedaba, pues, reducido el crédito de la Real Hacienda, en lo respectivo á Baza, á 83.713 maravedis, cuya cantidad, repartida en tres tercios, fijaba para cada uno la suma de 27.904. En la provisión Real entregada á Cervantes, los contadores señalaban la partida de Baza, en 34.000 maravedis; pero con la advertencia de que se averiguase con puntualidad lo que se adeudara, que fué lo que hizo el diligente comisario con su exactitud acostumbrada.

La liquidación de esta cuenta se firmó en Baza, ante el escribano Cristóbal Minguez, por el alcalde mayor, el tesorero propietario y el suplente, el escribano de rentas y el juez ejecutor, Miguel de Cervantes Saavedra.

Una vez aclaradas las cuentas, Cervantes exigió el pago de lo que había que recaudar. Requirió al alcalde mayor para que se efectuara cuanto antes, y más estando todo en situación tan abandonada, sin poder funcionar el tesorero propietario por falta de fianzas y casi en la mis-

ma forma el provisional; de suerte que no se habían cobrado con tales descuídos las rentas correspondientes al 94. Por consiguiente, pedía que el alcalde le indicara de quién podía percibir los 27.904 maravedis, para que le despachasen en seguida. El alcalde mayor le señaló, para que hiciesen efectiva la citada suma, á Simón Sánchez, mayordomo que era de Baza, y á cuyo poder iban las rentas procedentes del encabezamiento de las alcabalas y tercias, y á Juan de Cuenca, como arrendatario del correspondiente á las de la villa de Cújar. Cervantes mandó inmediatamente que se notificara á entrambos le pagasen los 27.904 maravedis "con apercibimiento que, si luego no se los diesen, estaría á su costa en Baza"; y así lo proveyó y firmó de su nombre con testimonio del escribano Minguez, el cual puso el mismo día nueve en conocimiento de los interesados la resolución del juez ejecutor.

El diez de Setiembre comparecieron Sánchez y Cuenca ante el escribano con tres testigos, y dijeron que querían pagar á Cervantes la cantidad que se debía, quien la recibió de contado, más doscientos veinticinco maravedis de cada uno por su salario de un día, á causa de la demora en el pago. Dióles carta de él, para que se les pasase en cuenta tocante al principal, porque el día de salario era como multa por la culpa de la detención.

Resuelto todo lo del cobro de Baza, Cervantes, cumpliendo estrictamente con lo que su rígidá comisión le imponía, tuvo que castigar pecuniariamente la negligencia con que procediera el tesorero propietario Alonso de España. Él había creado, con sus descuídos en la presentación de fianzas, aquel grave desconcierto que se notaba y tantos perjuicios llegó á ocasionar para la exacta regularidad en la cobranza de las rentas. Condenóle, pues, al pago de dos mil setecientos cincuenta maravedis "de cinco días de salario que le repartía como á tal tesorero, por no haber afianzado en tiempo y enviado la dicha finca, que eran de dos días de la venida de Madrid y vuelta, y otros dos de la venida y vuelta de la ciudad de Guadix (por donde había empezado, como sabemos, su comisión), y un día de ocupación en Baza y arreglar la cuenta". Hacía observar Cervantes que nada ponía por llevar el dinero, é instábale á que pagase luego la multa, porque, de lo contrario, le ejecutaría ó á las personas que le hubiesen renta, haciéndole responsable asimismo de los días que por esta razón se detuviese.

Hecha notificación á Alonso de España por el escribano Minguez, el individuo apremiado, "por redimir su vejación y su perjuicio, de su dinero,

para los haber y cobrar de quien le tenga", según palabras textuales consignadas en instrumento público, pagó á Cervantes, en presencia del escribano y testigos, los 2.750 maravedis, de los que le otorgó la carta correspondiente.

El ocho de Octubre quedaban aún por cobrar varias partidas por retardos y dilaciones que ocurrieron, ya por estar pagadas algunas, ya por haberse enviado libranzas sobre Madrid para satisfacer otras; y con aquella fecha, y viendo Cervantes que el término de su comisión fenecía, escribió al Rey, haciéndoselo presente, y rogando se le diese nuevo plazo para concluir su encargo.

No parece que se contestase á aquella carta; antes bien, es muy verosímil que se dejara de hacerlo, por juzgar necesario que Cervantes continuase en su comisión, y aun creer que éste lo efectuaría hasta ultimarla sin necesidad de advertírselo. El diecisiete de Noviembre escribió de nuevo Cervantes al Rey, desde Málaga, refiriéndose á su epístola del ocho de Octubre, repitiendo sin duda los mismos conceptos y advertencias, documento de notoria valía por ser completamente autógrafo. (*)

Por las mismas palabras de Cervantes sabemos, pues, que hasta el diecisiete de Noviembre había cobrado las partidas de Guadix, Baza, Agüela de Granada y Loja, no verificándolo con las de la casa de moneda de Granada, y la de Motril, Salobreña y Almuñecar, por haber salido inciertas. Después marchó á Vélez-Málaga, donde tuvo que cobrar en cédulas sobre Sevilla, por no ser posible que entonces le pagasen en efectivo. Todas las comisiones que llevaba, tenía las concluídas Cervantes en la referida fecha, excepto el cobro de la partida de Ronda, para la terminación de cuyo asunto pedía se le concediera el plazo de veinte días. Cervantes quedó en Málaga aguardando la contestación.

No se hizo esperar ésta. El día veintiocho de

Noviembre llegó la carta de Cervantes á poder del Rey, y al siguiente, veintinueve, se escribió largamente al comisionado dándole instrucciones sobre lo que debía hacer en lo de Almuñecar, Motril y Salobreña, y se le concedía la prórroga de veinte días que solicitaba.

Ordenaba el Rey á Cervantes que hiciese efectivas sin pérdida de momento las partidas que, por encabezamientos, alcabalas, tercias y otras rentas se adeudaban á la Real Hacienda, por quien fuese tesorero ó receptor de Almuñecar y villas de Motril y Salobreña, pues las excusas que había dado antes, para no pagar, de tener aceptado y satisfecho en parte un libramiento en favor de D. Diego Manrique, pagador de las armadas de Málaga, ni eran oportunas ni admisibles, por lo mismo que lo reclamado, trescientos setenta y cuatro mil ciento veintitres maravedis, era descontando lo que había entregado y había de entregar al mencionado Manrique. El mandamiento era terminante y decisivo.

"Cobraréis de los receptores ó tesoreros (dice la carta) los dichos trescientos setenta y cuatro mil maravedis, con más los salarios que hubiéredes de haber del tiempo que en lo susodicho os hubiéredes ocupado y ocupáredes, y si los tesoreros y receptores no los dieren y pagaren luego, haréis sobre ello en sus personas y bienes, y en los de sus fiadores y en cada uno y cualesquier de ellos, todas las ejecuciones, prisiones, ventas y remates de bienes que convengan y menester sean de se hacer, hasta tanto que hayan pagado los dichos maravedis de principal y salario: que para todo lo susodicho os doy el mismo poder que tenéis por la dicha vuestra comisión; el término de la cual se os prorroga por veinte días más, ó los que menos fueren menester, que se cuenten desde el día que se cumplió el que teneis; y, si fuere pasado, corran desde el día que recibiéredes este despacho, de que ha de constar por testimonio signado de escribano. Y para lo que

(*) Literalmente dice así:



"Muy poderoso Señor:

Escribí á V. Majestad los días pasados lo que había hecho en la cobranza que, por mandado de V. Majestad, vine á hacer de las fincas de las tercias y alcabalas de algunos lugares de este reino de Granada. Ya acusé que dos partidas contenidas en mi comisión, que fueron la de la casa de la moneda de Granada y la de Motril y Salobreña y Almuñecar, habían salido inciertas, porque estaban ya pagadas. De las demás, que son Baza, Guadix, Agüela de Granada y Loja, he cobrado, y el dinero de ellas, excepto dos mil reales, he enviado en pólizas seguras á esa corte, remitidas á Alonso Pérez de Zafra, criado del Licenciado Laguna.

Después acá, he estado en Vélez-Málaga, y por estar la tierra apretada, y los receptores no poder cobrar de los arrendadores, me he contentado de tomar cédulas del dinero para Sevilla, que me lo darán dentro de 0 c L días. No me queda por cobrar más de la partida de Ronda, que son 400 D maravedis. Háseme acabado el término. Vuestra Majestad sea servido de que se me den veinte días más, en el cual habré acabado con todo, y iré á entregar el dinero donde se me mande. Y puédeseme enviar el despacho á Málaga, donde quedo esperándole. Noviembre 17. — Miguel de Cervantes Saavedra".

Esta carta, estampada litográficamente por Navarrete en su *Vida de Cervantes*, decía en el sobrescrito del original: "Al Rey nuestro Señor. En manos de Juan Velasco, su secretario del Consejo de Hacienda".

Nosotros la reproduciremos también.

toca á hacer pago á la parte del dicho D. Diego de Manrique de los maravedis que están por pagar de la libranza, mando al mi corregidor de la ciudad de Granada que, conforme á la relación que vos le diéredes de la persona ó personas de quien hubiéredes cobrado los trescientos setenta y cuatro mil ciento veintitres maravedis, haga que los restantes, á cumplimiento de lo que cada uno debiere, los den y paguen á la parte de Don Diego de Manrique; no embargante que en la dicha libranza no vaya declarado lo que de ella toca á cada uno de los tres años (que se debían por atrasos), haciendo en la persona y bienes de quien los debiere, las ejecuciones y diligencias necesarias, hasta tanto que los hayan pagado enteramente: que yo, por la presente, hago sanos y de paz los bienes que por esta razón fueren vendidos y rematados á quien los comprare, para ahora y para siempre jamás“.

De la revisión que hubieron de hacer en sus libros los señores de la Contaduría mayor de Hacienda, á consecuencia de las indicaciones expresadas por Cervantes en sus cartas, se llegó al convencimiento de que, efectivamente, la partida correspondiente á la casa de la Moneda de Granada, se había abonado ya; pues, de lo contrario, hubiera recibido nuevas instrucciones Cervantes para el cobro, como se le enviaron, bien claras y bien terminantes, en lo relativo á Motril, Salobreña y Almuñecar. Aunque la persona encargada de pagar el crédito reclamado por Cervantes, pretendió evadirlo, pretextando que había aceptado una libranza por valor de un millón novecientos cuarenta mil trescientos sesenta y cinco maravedis, ya abonada en parte, la verdad es que lo que mandaba á cobrar la Hacienda era lo exactamente justo, según los convenios hechos.

Por los libros de relaciones se sacaba como cierto que en el partido de Almuñecar, Motril y Salobreña, había que recaudar, cual liquidación comprobada, por los años de 1591, 92 y 93; la cantidad de dos millones trescientos catorce mil cuatrocientos ochenta y ocho maravedis. Correspondían al 91, ochocientos treinta y cuatro mil ochocientos tres; al 92, quinientos noventa y tres mil novecientos ochenta y siete, y al año 93, ochocientos ochenta y cinco mil setecientos.

Ahora bien; si el total de lo que había de ingresar en la caja de Hacienda subía á dos millones trescientos catorce mil cuatrocientos y ochenta y ocho maravedis, y lo que se entregaría por la libranza, expedida á favor del pagador de las galeras de Málaga, D. Diego de Manrique, no llegaba más que á un millón novecientos cuarenta mil trescientos sesenta y cinco, á cuen-

ta de lo que se habían abonado ya ochocientos noventa y cinco mil doscientos, al presentarse Cervantes, claro es que se adeudaba á la Hacienda la misma suma que, por la partida sétima del mandamiento en 23 de Agosto del 94, se le ordenó percibir, ó sean trescientos setenta y cuatro mil ciento veintitres maravedis, lo cual explica el rigor con que se procedía ahora por la segunda Real provisión citada.

Es indudable que, recibido el despacho del Rey, marchó Cervantes á Ronda, donde consta que estaba el 9 de Diciembre. Tuvo, sin embargo, que sacar un testimonio de Sebastián Montalbán, escribano de Su Majestad, en el que se consigna que, de los cuatrocientos cincuenta y cuatro mil ochocientos veinticuatro maravedis que debía hacer efectivos en aquella población, sólo se le habían entregado cuatrocientos veintinueve mil ochocientos cuarenta y nueve, por estar fielmente satisfechos los demás, según constaba de documentos presentados.

Fenecido lo de Ronda, iría seguramente á dejar ultimado el asunto de Almuñecar, Motril y Salobreña, con su eficacia acostumbrada, ateniéndose á las órdenes recibidas. Tres ó cuatro días hubo de invertir en esto, pues el 15 de Diciembre ya se encontraba en Sevilla, donde cobró una libranza de cuatro mil reales, que le entregó en Málaga, el 21 de Noviembre, á cuenta de lo que tenía que tomar en Vélez, el recaudador de alcabalas Francisco Pérez de Vitoria. La letra iba dirigida á Juan Leclerque, mercader flamenco, vecino de Sevilla, y Cervantes la hizo efectiva en la casa de banca de Gonzalo de Salazar y Juan de Carmona; aunque después añade que recibió el dinero del mismo Juan Leclerque, “realmente y con efecto, en reales de plata de contado, de que se dió por pagado á su voluntad“.

Cobrados los giros que llevaba sobre Sevilla, por evitar gastos, para mandar el dinero á la corte, entregó Cervantes siete mil cuatrocientos reales á Simón Freire de Lima, mercader de aquella ciudad. Dióle cédula Freire sobre si mismo, á pagar en Madrid. No le encontró allí Cervantes, ni le pagó tampoco Gabriel Rodríguez, portugués, como dispuso el mercader sevillano. En el entretanto había quebrado Freire, y alzándose con la suma de sesenta mil seiscientos reales. Al saberlo Cervantes, volvió á Sevilla por ver si podía cobrar la suma entregada; pero no le fué posible, á causa de estar embargada su hacienda é intervenida por otros acreedores.

En este conflicto, dirigió Cervantes al Rey una instancia suplicándole que, en vista de lo que pasaba, y que los dichos maravedis eran de la

Hacienda, mandase que se le diera una carta para que se le abonaran de los bienes del quebrado, no obstante los embargos que pesaban sobre ellos, ó que proveyese Su Majestad como la su merced fuera.

Visto el asunto por los señores contadores, y presentada ante ellos una información, donde constaba haberse entregado los siete mil cuatrocientos reales á Simón Freire de Lima, fué acordado que el Rey debía mandar la carta, que pidió Cervantes, á autoridad competente. Fué, pues, enviada una Real provisión al Dr. Bernardo de Olmedilla, juez de los grados de la ciudad de Sevilla, en la cual, hecha relación de lo sucedido, se le ordenaba que, con la diligencia posible, averiguase qué bienes y hacienda había de Freire y en poder de quiénes se hallaban; y averiguado, y no habiendo embargos sobre ellos por deudas que fuesen más antiguas que la mencionada, hiciese que se cobrasen los siete mil cuatrocientos reales y que se enviaran en letras de personas seguras, ó á la menos costa que fuese posible, á las arcas reales de tres llaves, á poder de D. Pedro Mesía de Tovar, tesorero general, por cuenta de lo que Miguel de Cervantes debiere de su comisión á los pueblos de Granada.

Advertíase además al juez Olmedilla que, si pareciere que sobre los dichos bienes y hacienda había otros embargos por deudas más antiguas que la de Cervantes, entonces, cobrados los siete mil cuatrocientos reales, los enviase á la corte, á poder de Diego Paulo de Bañuelos, receptor de la Contaduría mayor, para que los tuviese en depósito y de allí se pagasen á quien los hubiere de haber.

Quedaba el juez, desde luego, autorizado para efectuar todas las ejecuciones, prisiones y remates de bienes que fuesen necesarios, relevándole de cualquier cargo ó culpa que por ello se le pudiera imputar. "Y entiéndase (decía por conclusión el regio mandato) que lo contenido en esta nuestra carta, y lo que en virtud de ella se hiciere, ha de ser sin perjuicio del derecho que Yo tengo contra el dicho Miguel de Cervantes y sus fiadores, porque han de quedar y quedan obligados á cumplir y dar cuenta de la dicha comisión; y la dicha cobranza de los siete mil cuatrocientos reales, es por su cuenta y riesgo, y no por la mía". La fecha de esta Real provisión es de 7 de Agosto, año de 1595. Tomó la razón de ella Pedro Luis de Torregrosa, contador del libro de caja de Hacienda.

En vista de los muchos disgustos que ocasionaron á Cervantes las cuentas de aquellas cobranzas en el reino de Granada, podría sospecharse que quizá surgieron nuevos contratiem-

pos en el asunto de Freire, cuando años después se le molestó por esto mismo, creyendo los señores contadores que no aparecía con claridad justificada la entrega de las cantidades que llegó á cobrar el comisionado, año de 1594, de las tercias, alcabalas y otras rentas pertenecientes al partido de Vélez-Málaga.

Pero el documento que existe en Simancas sobre este particular, y por vez primera vamos á publicar íntegro, para cerrar el camino á nuevas invenciones y reparos, ofrece de manera acabada la más amplia reparación del buen nombre del comisario intachable. (1) Siete años eran ya pasados de sus viajes por el reino de Granada, cuando los señores de la Contaduría mayor todavía ignoraban si Cervantes había entregado 136.000 maravedis, que resultaban recibidos por él de manos de Francisco Pérez de Vitoria, receptor de las alcabalas y tercias de Vélez y su partido en 1594. "No parece haberlos entregado", decían. "Los contadores de relaciones de Su Majestad (agregaban) darán razón si el dicho Miguel de Cervantes ha satisfecho y dado cuenta de su comisión, y si en ella se hizo cargo de los 136.000 maravedis que recibió del receptor del partido de Vélez, y si mostró haberlos entregado al tesorero general, y en qué tiempo y cómo". Pero los contadores de relaciones acallaron los escrúpulos de los señores de la Contaduría mayor, haciéndoles saber que, según datos facilitados por el mismo Cervantes, se sabía que en el mes de Agosto de 1595 se había acudido por parte del referido comisario á la Contaduría mayor, y se hizo relación de que lo que tenía encargo de recaudar en el partido de Vélez-Málaga, se lo habían librado sobre la ciudad de Sevilla, y en ella lo cobró; y por no hacer costas de llevarlo á la corte, lo entregó, en cantidad de 7.400 reales, á Simón Freire de Lima, mercader. Añádense á ésto todos los trámites que se siguieron para el cobro, con intervención del juez Olmedilla, y se hace constar el nuevo dato de que Mesía del Tovar, principal tesorero, dió carta de pago de la citada suma con fecha 21 de Febrero del año 97. El giro hecho por el juez Olmedilla, fué el 22 de Noviembre de 1596, y de que se refería á cumplimiento de la Real provisión que se dió en 23 de Agosto de 1594, constaba explícitamente en la sexta nota de las puestas á continuación de la misma cédula, acerca de las partidas que iba enviando el recaudador á la Tesorería general.

Sin embargo, aquel desgraciado negocio de Freire, aunque puso de relieve la honradez y buena voluntad con que Cervantes había procedido, no dejó de causarle mayores disgustos y

zozobras. Llegóse á desconfiar, si no de Cervantes precisamente, sí de que tuviera resultado del todo favorable el asunto. Y como que se importunó al fiador D. Francisco Suárez Gasco, notificándole que diese cuenta de los maravedis recaudados por Cervantes en virtud de su comisión, D. Francisco hizo saber que no podía efectuarlo si no estaba su fiado presente.

Encontrándose en Sevilla y teniendo en su poder los papeles necesarios, suplicaba se le compeliere á que fuese á la corte para presentarlas, ó que se proveyese lo que más conducente pareciera.

En vista de esto, el Presidente y señores de la Contaduría mayor de Hacienda, acordaron que se hiciese como se pedía; y al efecto, dióse por el Rey una provisión, fecha 6 de Setiembre del año 97, en que se mandaba al Lcdo. Gaspar de Vallejo, juez de la Real Audiencia de los grados de la ciudad de Sevilla, que Miguel de Cervantes le diese fianzas de que, dentro de veinte días, se presentaría en la corte á entregar cuentas y pagaría el alcance que se le hiciere. El rigor se llevaba hasta el extremo, pues si Cervantes no diera las fianzas, el juez mandaría prenderle y enviarle preso y á buen recaudo á la cárcel Real de la corte á su costa, donde se le entregaría al alcaide de ella, "al cual se le notificará le tenga preso hasta que, por el Presidente y contadores de la dicha mi Contaduría mayor de Hacienda, se provea y mande otra cosa". La orden era terminante y sin réplica. "Lo cual (concluía diciendo la provisión) así lo haced y cumplid, sin poner en ello inconveniente ni dificultad alguna; que yo lo tengo así por bien".

Cervantes estaba imposibilitado de presentar las fianzas que se le pedían, ausente como se hallaba de su casa, y sin medios para hacerlo con la premura que requería el caso. El juez Vallejo no guardó contemplaciones, ni le era dado mostrarlas, en atención á las terminantes órdenes recibidas. Mandó prender al pobre cobrador de alcabalas y le encerró en la cárcel de Sevilla, hasta que no diese las fianzas. Cervantes envió entonces una petición al Rey, en la que contaba su situación y pedía ser oído, para que se llegase á comprender cuán sin motivo se seguían contra él procedimientos tan extremos y que tanto perjudicaban á la buena estimación de su nombre. Suplicaba, pues, que siendo *muy poca la cantidad que debía*, se mandase que diese fianzas, en cantidad solamente de lo que fuere la deuda, y que se le soltase de la cárcel y prisión donde estaba, para que pudiese ir á la corte y fencer su cuenta, ó se proveyere sobre esto como se creyera más conveniente.

El Presidente y señores de la Contaduría mayor de Hacienda, revisadas las cuentas de Cervantes y la razón que de ello había en los libros de relaciones, vieron claramente que la cantidad de su débito no llegaba más que á 79.804 maravedis, ó sean 2 347 reales, pues lo demás, á cumplimiento de lo que se le mandó cobrar, estaba entregado y satisfecho. En vista del informe de la Contaduría, el Rey accedió á lo que Cervantes solicitaba. Envióse al juez Vallejo, con fecha 1.º de Diciembre, una nueva Real provisión, en la que se le mandaba que, dando Miguel de Cervantes fianzas legas, llanas y abonadas, á su satisfacción, de que dentro de treinta días iría á la corte, ultimaría la cuenta y abonaría el alcance, y, de no efectuarlo, pagarían de contado sus fiadores los 79.804 maravedis; le soltase de la cárcel y prisión donde estaba, si no estuviera preso por otra cosa más que lo referido, para que pudiese hacer lo que se determinaba en la Real provisión.

Dedúcese, pues, por las fechas de los documentos oficiales, que Cervantes estuvo encerrado en la cárcel de Sevilla, por lo menos, desde el nueve ó diez de Setiembre hasta el cuatro ó cinco de Diciembre del año 1597, ó sea muy cerca de tres meses.

Cervantes, sin embargo, no se presentó en Madrid por entonces, según se desprende de lo que consignan algunos documentos posteriores. Por enfermedad ú otras causas, que ignoramos, no pudo verificar entonces el viaje, ó no creyó necesario ir, habiendo enviado, quizás, por mediación de su misma fiadora, su mujer, y también de Suárez Gasco, la conformidad del débito, con promesa de presentarse en cuanto desaparecieran las causas que por el pronto se lo impedían.

El año siguiente de 98 vióse molestado asimismo por asuntos de cuentas. No resultaban aprobadas las de cargo y data referentes á las comisiones que había desempeñado, en tiempo de Isunza, desde 1591 á 92. En dicho año 98, á treinta y uno de Marzo, se envió por los señores contadores una comunicación al proveedor general de flotas, que lo era entonces el primo del difunto Isunza, Gaspar de Añastro, para la comprobación de la cuenta de Miguel. "Conviene al servicio de Su Majestad, palabras textuales, que el Sr. Gaspar de Añastro, su proveedor de las galeras de España, ó la persona que por él sirviere su oficio, dé razón de los maravedis, trigo y cebada y otras cualesquier cosas que, por los libros que están á su cargo en su poder, del dicho Pedro de Isunza, pareciere haber recibido el dicho comisario, de que se le deba hacer cargo".

Por ausencia de Añastro, era proveedor inte-

rino, Diego de Ruiz Sáenz, compañero de Cervantes, como se recordará, en muchas comisiones del tiempo de Isunza. La contestación de Ruiz Sáenz, fechada en el Puerto de Santa María, 9 de Abril, no dejó nada que desear. Por ella sabemos que Cervantes estuvo acopiando víveres por su persona, ó sus ayudantes, Caballero y Delgadillo, desde 16 de Diciembre de 1591 hasta el 5 de Agosto de 1592, en Teba, Ardales, Martos, Linares, Aguilar, Arjona, Monturque, Porcuna, Marmolejo, Estepa, Pedrera, Lopera, Arjonilla, Las Navas, Villanueva del Arzobispo, Bejigar, Alcaudete, Alora, Iznatorafe, Torres y Villacarrillo. El total de lo reunido ascendía á 95 fanegas de garbanzos, 5 560 de trigo y 1.475 de cebada. Aparecían librados á Cervantes 3.800 reales, entregados 3.200 por el mismo Sáenz en 14 de Julio de 1592, y los 600 restantes por libranza de Pedro de Isunza en 28 de Setiembre.

Cervantes presentó además en Sevilla, el 28 de Abril del 98, *Relación* jurada y firmada del trigo y cebada que, por su ayudante Nicolás Benito, se había sacado de las tercias de Teba el año 92, de lo que se habló con la debida extensión antes, en el lugar oportuno. Expresaba Cervantes, en el encabezamiento de la referida Rela-

ción, que la daba "á los contadores de Su Majestad que en la ciudad de Sevilla tomaban cuentas, no obstante que tiene otras partidas de la misma comisión de que darlas, que estaba haciendo, y juntando sus papeles para ello, que estaban en la ciudad de Málaga".

Terminados estos asuntos definitivamente, y demostrada una vez más la formalidad y honradez con que procedía siempre Cervantes en sus cuentas, siguió residiendo en Sevilla, sin empleo oficial, al parecer, dedicado á comisiones particulares, que alternaba con la preparación de sus obras literarias. Distraeríale esto de enojosas y prosáicas ocupaciones y le serviría de dulce solaz en medio de sus disgustos y contrariedades. No puede negarse que el malhadado alcance en las cuentas de las alcabalas, fuera porque dicha suma no llegó á cobrarla, ó porque no se había hecho la liquidación de sus salarios, le cerró el camino para nuevos mejores empleos, cuando, teniendo tanta intervención en la proveeduría de flotas su buen amigo y compañero Ruiz Sáenz, no logró ningún otro cargo que dependiera de dicho centro administrativo en tiempo de Gaspar de Añastro. (*)

En los dos años anteriores á los gravísimos

(*) Este Gaspar de Añastro fué hombre de historia. Era hijo de una hermana de Pedro de Isunza y de un escribano llamado Pedro de Añastro. Quedó mejorado por su padre en el tercio y quinto de sus bienes. Pasó la mayor parte de su vida en el extranjero, dedicado á los negocios. Era de los españoles avencindados en Flandes, que profesaban más profundo é implacable odio contra el caudillo de los rebeldes, el Príncipe de Orange. Fué uno de los que intentaron darle muerte; pero, no teniendo ánimo y decisión para hacerlo, aconsejó á un joven incauto fanatizado, criado suyo, con el fin de que realizara lo que él no se atrevía á ejecutar. Antes preparó el negocio con sagacidad y sigilo, para que no le sobreviniese ningún daño ni castigo por la perpetración del crimen.

El hecho está bien declarado por el historiador Antonio de Herrera (*Hist. gen. del Mundo*, parte 2.^a, lib. XII, capítulo II, año 1582).

Sus palabras textuales son las siguientes: "Gaspar de Añastro, natural de Vitoria, que residía en Amberes, pensó algunas veces matar al Príncipe de Orange, y no sucediendo á su gusto los expedientes que para ello pensaba tener, comunicó su intento con Juan de Xáuregui, mozo de edad de veintidos años, natural de Bilbao; y ofreciéndose el mancebo de emprender el hecho, aguardó que su amo dispusiese de sus cosas y se pusiese en salvo, y avisó con disimulación á otros amigos suyos para que se guardasen, porque por el caso no les sucediese mal.

Concertado, pues, con Gaspar de Añastro cómo había de ser, se confesó y comulgó, y hizo otras demostraciones por donde parecía que su intención no iba encaminada á otra cosa sino al servicio de Dios. Á 18 del mes de Marzo de este año, día del nacimiento del Duque de Alençon, que se había de celebrar en Amberes con muchas fiestas de tor-

neos, banquetes y otros regocijos, vestido en hábito francés, llamó en el retrete de la posada de Orange, diciendo que tenía que hablarle en secreto; y llevando un arcabuz pequeño debajo del sombrero, con tanta compostura y reposo, que nadie pudo imaginar que llevase tal pensamiento, le dejaron entrar á tiempo que el Príncipe de Orange estaba almorzando, para ir á casa del Duque de Alençon, á donde estaba convidado á comer. Llegado delante de la presencia de Orange, le dió un memorial y, comenzándole á leer, le disparó el arcabuz, de que quedó herido, entrando la bala por la barba, saliendo por la mejilla á la oreja, y llevándole los dientes, no le tocó en la lengua, y le quemó la barba y la cara, aunque por la mucha carga de pólvora, reventó el arcabuz, y le hirió en el dedo pulgar; y queriendo Xáuregui darle con un puñal que llevaba, le abrazó el Conde de Holac, sobrino de Orange y le detuvo. Y acudiendo al ruido los alabarderos de la guarda, le mataron con veinte heridas... Curaron al Príncipe y dijeron los médicos que la bala no iba emponzoñada, de que tuvieron gran alegría. Sacaron el cuerpo de Juan de Xáuregui y le llevaron por las calles, para ver si había quien le conociese, pesándoles haberle muerto, para que con tormentos le pudieran examinar. Al fin fué conocido y llevado á casa de Gaspar de Añastro, á donde se tomó cuanto hallaron, y prendieron al huesped, que era español. Prendieron un fraile dominico, llamado Antonio Temermano y á Antonio Venero, otro criado de Gaspar de Añastro y al maestro que vendió el arcabuz. Entretanto estaban las puertas de la ciudad cerradas, guardadas las murallas.

Las puertas por algunos días no se abrieron, hasta que llegasen cartas á las provincias avisando que Orange no era muerto, y los calvinistas luego instituyeron rogativas, cortaron las cabezas á Venero y al fraile y los descuartizaron,

disgustos que ocasionaron á Cervantes los supuestos atrasos de las cuentas, escribió en Sevilla algunas poesías de circunstancias, en las cuales demostró que nunca decaía su predilecta afición á las buenas letras, aunque estuviera agobiado el ánimo de sinsabores y el cuerpo fatigado del cansancio.

Había canonizado á San Jacinto el Papa Clemente VIII, y esto dió motivo para que los dominicos de Zaragoza quisieran celebrar el suceso con varios de aquellos certámenes poéticos, tan usuales entonces, donde tantas inconveniencias, sutilezas, heregías y hasta desatinos de concepto se prodigaban para loar las virtudes de los escogidos del Señor, con harta mengua, muchas veces, de la seriedad en que debieran inspirarse tales actos. Circularon profusamente los avisos por todo Aragón, y al mismo tiempo en las ciudades más famosas de España por sus Universidades y sus ingenios.

Acababa de llegar Cervantes en aquella ocasión, los primeros meses del año de 1595, á Sevilla, de vuelta de sus comisiones al reino de Granada, y deseó tomar parte en el segundo de los certámenes. El tema propuesto era glosar una redondilla, bien pobre por cierto, en loor de San Jacinto, que decía:

El Cielo á la Iglesia ofrece
Hoy una piedra tan fina,
Que en la corona divina
Del mismo Dios resplandece.

La glosa de Cervantes, hecha en antiguas redondillas, era bastante endeble. No hay un pensamiento grandioso en ella, ni un rasgo poético de valía que la distinga como cosa excepcional. (2) Sin embargo, los jueces de la fiesta, cosa natural entre tanto fárrago, la juzgaron digna del primer premio, expresándolo en dos quintillas, llenas de hipérboles, en las que llamaban á Cervantes hijo de Apolo y le consideraban natural de Sevilla. La poesía fué leída en el púlpito de la iglesia de los dominicos de Zaragoza, el día 2 de Mayo y se publicó la sentencia, adjudicándole el premio, el domingo 7. (*)

Un acontecimiento de gran trascendencia, que preocupó hondamente la pública atención en

y con el cuerpo de Xáuregui, los pusieron por los caminos, habiéndolos primero mucho maltratado con tormentos para entender qué fundamento tenía el negocio*.

Cuando más adelante hablemos nuevamente de Añastro, daremos datos muy curiosos respecto de su llegada á España en 1583 hasta su muerte, acaecida en 1599.

(*) Dice así la sentencia del jurado:

De la gran materna Delo,

España y dió mucho que hablar en toda Europa contra nuestro crédito, proporcionó también motivo á Cervantes para manifestar su genio agudo y desenfadado.

En el verano de 1596, los ingleses se presentaron de improviso en la bahía de Cádiz, con menosprecio del poderío español y propósitos de apoderarse de la famosa isla. El reto era atrevidísimo por lo que significaba y por las fuerzas considerables que conducía la expedición.

De general de la armada venía el mismo almirante de la escuadra inglesa, que con tanta sagacidad y fortuna combatió ó persiguió á la llamada Invencible, aprovechándose de todos los incidentes para ellos favorables, para los españoles adversos. Llamábase Carlos Howard Effingham, gran almirante de aquel reino, personaje muy considerado y que gozaba de inmenso prestigio en la corte y entre todas las clases sociales, desde la victoria alcanzada. Al mando del ejército que traían los buques, figuraba el Conde de Essex, caballero joven, muy bien quisto en la opinión, y realzado por los singulares favores que le dispensaba la reina Isabel, quien le amaba con sumo cariño.

No era entonces, como antes, un corsario cual el Drake, el que amenazaba á Cádiz, sin órdenes de su soberana para hacerlo, según ella decía por disculpar el acto. Ahora la misma Reina mandaba por jefe de sus tropas, contra la primera ciudad marítima de España, al amado de su corazón, y al frente de sus bien artillados buques al primero y más prestigioso de sus marinos. Constituía esto un alarde de poder que había de humillar y mortificar indudablemente el carácter noble y resuelto de los españoles. Había adquirido Inglaterra tanta confianza en su buena fortuna, que todo le parecía poco para perseguir á su poderosa enemiga. Sus corsarios infestaban los mares, asaltaban sus barcos, cometían infames rapiñas en sus colonias: sus políticos tramaban maquinaciones contra el sosiego de España, favorecían á los súbditos rebeldes, causaban todo el daño posible para rebajarla y empuqueñecerla.

Pero era preciso hacer más. Quería el total

Cual otro hijo de Latona,
Para hermosear nuestro suelo,
Y en él recibir corona
De ingenioso y sutil vuelo,
Miguel Cervantes llegó
Tan diestro, que confirmó
En el certamen segundo,
La opinión que le da el mundo,
Y el primer premio llevó.

desprestigio de su nombre, la ruina de su comercio, la completa anulación de su potencia marítima. Y aquella inaudita invasión de una de las más florecientes ciudades de España, era como declarar á la faz de toda Europa y de todo el mundo, que las fuerzas navales de Inglaterra superaban con mucho á las de su rival odiada, y con ellas podía abatir su orgullo nacional, asolar y destruir sus ciudades, saquear y apoderarse de sus puertos, afrentar y llevarse en rehenes á sus principales ciudadanos en cambio de exorbitantes tributos.

Nuestra misma tradicional apatía y el triste período de decaimiento en los espíritus, que había subseguido al desastre de la grande armada contra Inglaterra, favorecían y allanaban los propósitos ambiciosos de Isabel y de sus perspicaces consejeros. España era débil, militarmente considerada, en el interior. Toda la virilidad de los esfuerzos, todo lo escogido de sus productos alimenticios, todo el dinero que se sacaba á los pueblos por exacciones vejatorias, lo más granado y más sano de sus hombres, allá iban fuera del suelo patrio, para conservar, entre torrentes de sangre y dinero, países que nos hubiera ganado para siempre el amor, pero que nos enajenó por completo la persecución religiosa con el despotismo de la más repulsiva política.

Y mientras tantos millones de ducados se dilapidaban en aventureros planes de dominio universal, por causas no bien definidas, ó por mezclarse en los asuntos internos de alta política de otras naciones, con pretextos ambiguos de celo religioso, que, la mayor parte de las veces, ocultaban fines malévolos de interesada razón de Estado; se tenía en un abandono desastroso cuanto convenía para seguridad y defensa de los pueblos de la Península. La indiferencia más completa predominaba, por regla general, en este punto. Las plazas fuertes, sobre todo, estaban deplorablemente abandonadas y desguarnecidas, sin que el monarca ni sus consejeros se cuidasen de hacerlas inexpugnables con trabajos de fortificación. Casi sin municiones y sin artillería hallábanse muchas de las poblaciones, expuestas á la furia de los enemigos, sin medios para evitar, ni oponerse, con seguridad de éxito, á cualquiera agresión.

Cádiz estaba más en peligro que otra alguna por su posición topográfica, la prosperidad de su comercio y sus grandes riquezas, como emporio de floreciente movimiento mercantil con Europa y nuestras posesiones de las Indias orientales y occidentales. El escandaloso hecho del Drake el pasado año de 587, pudo servir de lección y avi-

so para lo futuro, si en España no se hubiese dejado todo al azar, con incertidumbre peligrosa para cuanto demanda prontitud de resoluciones, previsión y oportunidad para los aciertos. Verdad que se pensó en fortificar la isla gaditana, según los proyectos que parecieron mejores; pero los trabajos viéronse pronto interrumpidos, y casi paralizados, cuando más falta hacía proseguirlos y terminarlos, después de la inesperada desgracia del 88; porque á nadie que fuera previsor, podía ocultarse que tras aquella humillación de nuestra supremacía marítima, sucederían mayores afrentas y persecuciones dentro de nuestro mismo territorio. El Rey y sus consejeros juzgaban que esto sería imposible, por el solo prestigio de la grandeza del nombre español. Pero ese prestigio estaba muy debilitado, á causa de las imprudencias cometidas por nuestros gobernantes, y no se atenían ya los enemigos á lo que moralmente significara en otro tiempo la fama de nuestros gloriosos actos, sino que lo miraban todo desdeñosamente por el lado práctico, en atención á los descalabros recientemente sufridos.

Gran sorpresa, sin embargo, produjo en la ciudad de Cádiz el 29 de Junio de 1596 la noticia de que se dirigía contra ella una escuadra inglesa. Tornóse la sorpresa en consternación cuando se divisaron los buques enemigos frente de la misma bahía. Eran más de ciento sesenta naves grandes y chicas, las que componían la armada. Entre ellas, en frases de un testigo presencial, "venían más de cuarenta galeras hermosísimas, y como traían todos los buques dadas las velas, y muy llenas de banderas las gabias y popas, era una hermosa vista y parecía una montaña de árboles en la mar".

La ciudad estaba desprevenida completamente, como hemos dicho. Pero no sólo faltaban municiones y cañones. Tampoco había gente diestra y decidida para rechazar al enemigo. Cuando el domingo, 30 de Junio, estaba ya la armada contraria fondeada delante de Cádiz, haciendo sondeos, nada había preparado todavía entre nosotros, aunque se trataba de suplir la tardanza anterior en los preparativos con lo precipitado de las urgentes medidas. Las galeras que llegaron del Puerto, al mando de D. Juan Portocarrero, hallábanse en situación poco menos que inservible. En tanto que en las dieciocho galeras nuestras no había más que otras tantas piezas de cruja, una por nave, los galeones enemigos, montaba cada uno de ellos, treinta piezas por banda. En tanto que los ingleses traían más de 15 mil hombres perfectamente armados, los vecinos de Cádiz carecían de los soldados precisos para la

defensa. Enviáronse personas á los pueblos comarcanos para que mandaran refuerzos.

Llegó algún número de caballería de Jerez, Arcos, Medina y Chiclana, arcabuceros y piqueros de Puerto Real, Vejer y otras poblaciones. Con esto cobróse ánimo al principio, por creerse que el inglés no se aventuraría á entrar en Cádiz. Paseaba aquella fuerza la ciudad, luciendo gran apostura y gallardía, y los ánimos se fortalecieron con la esperanza.

Á cinco mil hombres suben algunas memorias anónimas, que otras fijan en dos, el número de los que acudieron para oponerse al enemigo. "Todas las compañías salieron (dicen) por la ciudad, y entre ellas una de frailes franciscos con sus picas y banderas, y luego otra de frailes agustinos que iban á las Indias, y serían sesenta". Desde Santa Catalina hasta San Felipe, había veinte banderas de varios colores y en ellas sus cuerpos de guardia de piqueros, arcabuceros y alabarderos. Con estos elementos parecía posible la defensa. Pero fué gran desgracia que, entre tanta gente reunida, no hubiese un hombre de esos á quienes todos se someten por el talento ó el valor, jefe á quien todos tributaran acatamiento, con que se habría hecho posible la resistencia, y quizás el triunfo. Pero siendo todos, según un testigo presencial, "cabezas á mandar, y ninguno que supiese, como pies, obedecer, todo se perdió por no haber pies ni cabeza".

El P. franciscano F. Pedro de Abreu, que escribió una relación de aquel infausto suceso, bastante extensa, con imparcialidad y noticias circunstanciadas de lo que vió ó supo de personas bien conocedoras de todo, difiere de los relatos anónimos que circularon sobre el número de buques españoles, que se encontraban en el puerto. (3) "Había á la sazón (dice) cuatro galeones bien artillados y apercebidos con soldadesca antigua, industriada y versada en trances arriesgados. Había asimismo tres fragatas de armada, no menos prevenidas en su trato que los galeones, dieciocho galeras de España, y hasta cuarenta naos de la flota que estaba ya aprestada y de partida para Indias".

Pero, teniendo en cuenta que las naos de la flota sólo sirvieron para avivar la voracidad metálica de los enemigos, los otros buques no estaban en condiciones de resistir la acometida de éstos con esperanza de vencer, según patentizó desdichadamente el suceso. Los ingleses tenían dirección y fuerzas; los españoles no contaban con las últimas en la proporción necesaria, y de la primera carecían en absoluto. Imposible que nuestras galeras y galeones quedaran victoriosos. Quedaron derrotados por la superioridad

numérica de los extranjeros. El resto de las naves se pusieron al abrigo del castillo del Puntal, donde sirvieron de espectáculo bien triste, que revelaba nuestra imprevisión y nuestra flaqueza.

Sólo dos ó tres piezas había en aquel castillo "que luego se descabalgaron, como se dice en una relación anónima, y una se quebró, y se vió claro que si en este fuerte hubiera mucha artillería y bien aderezada, se le pudiera hacer grande mal al enemigo; *mas allí estaba tan desapercibido todo como si no hubiera artillería en el mundo*". Los galeones resguardados bajo el fuerte, al vaciar la marea, quedaron en seco, y fué preciso ponerles fuego porque no se aprovechase el inglés de ellos y de la artillería. Del desastroso fin de todo, es gráfico resumen el recuerdo amargo que expresa el autor de una de las relaciones citadas. "Pasando yo por la puente (escribe), me dijo un soldado que de mil que había en los galeones, sólo estaban allí cuatrocientos: los demás eran ídos, muertos en la batalla, ó ahogados al salir en tierra".

Ningún obstáculo impedía ya la entrada del inglés en Cádiz. Por mar todo socorro era de pronto imposible. Los recién construídos muros y cercas de la ciudad, ni fuertes ni bastantes para la resistencia. Ciertamente que el corregidor de Jerez, los caballeros veinticuatro, regidores, jurados y señores más nobles, enviaron trescientos hombres, con no vista presteza, desde el primer aviso, en auxilio de la ciudad hermana. Ciertamente también que, si el corregidor del Puerto de Santa María, por temor de que los ingleses asaltasen la población, no impidiera la marcha á Cádiz de mil jerezanos más, su caballería y sus infantes, hubiesen aumentado de tal suerte la fuerza, de estar bien dispuesta y armada, que hiciera imposible la toma de la ciudad. Pero las rivalidades y el descuido de otros, frustraron los intentos de los caballeros de Jerez. La mayor responsabilidad de todo cae sobre las autoridades de Cádiz, por su dejadez criminal. (4)

Apoderado de la ciudad el enemigo antes de anochecer el 1.º de Julio, es indecible el temor que invadió todos los ánimos. Abandonábanse los queridos hogares, y huían los moradores á la desbandada sin saber á donde huir para remedio de sus cuitas. Los dineros atesorados, las vidas, los hijos, las propiedades, todo amenazado de caer en manos de los invasores; todo á merced de sus caprichos ó venganzas. (5) Entradas á saco las casas, arrebatában las joyas, los caudales, lo más preciado y rico, hasta satisfacer los instintos depredadores. Los templos fueron profanados, injuriados los sacerdotes, maltratadas las imágenes, robados los cálices y las alhajas,

entregado al menosprecio cuanto era más venerado para los católicos. Los ornamentos sagrados sirvieron para ludibrio, y algunos soldados vestíanse con ellos por hacer mayor alarde de su impiedad entre la risa y aprobación de sus compañeros. Los cambios de fortuna que produjeron repentinamente en las familias las adversidades ocurridas, movían con intenso dolor á lástima. Los comerciantes más favorecidos de la suerte, veíanse en un instante sumidos hasta lo más hondo de la infelicidad, habiendo estado en lo más alto de las prosperidades. Causaba gran compasión ver por los caminos, y después en Jerez y el Puerto, llenos de pesar y cansancio, desnudos, pidiendo limosna, llorosos y abatidos, á muchas señoras y hombres principales de Cádiz, cuyas casas fueron de las más regaladas y ricas, no sólo de aquella ciudad, sino de toda España. Gente de todas clases y estados, refugiábanse en el antiguo castillo, en la villa cercada y en las iglesias.

Llegaron á tres mil las personas que se encerraron en San Francisco, las cuales padecieron hambre y sed é infinitas molestias, en medio de los gemidos de las mujeres y los temores de muerte que á todos amedrentaban. El saqueo de la ciudad puso de relieve sus grandes riquezas. Solamente en una casa se hallaron ochenta mil ducados en dinero.

La pérdida de la flota que estaba cargada para Indias, se calculó en más de cinco millones, aunque no logró el enemigo apoderarse de tan rico botín, por haber ordenado su general poner fuego á todas las naos.

No se cuenta lo que sacaron por los rescates de las personas principales que se llevaron á Inglaterra en rehenes, entre las que fueron el Dean, cuatro canónigos y cuatro racioneros de la iglesia Catedral de Cádiz, los cuales pasaron después muchas angustias, de que dieron cuenta á la ciudad en cartas bien lastimeras. (6)

Quedó el inglés tan contento de la jornada, cuanto apenados los españoles de la rapiña. Los efectos de aquel inaudito saqueo dejáronse sentir por muchos años. El golpe fué fatal, y las consecuencias incalculables. Los católicos se quedaron en España con la tristeza de sus reveses, y los sectarios de Inglaterra se fueron con la alegría de su triunfo. No les pudo salir mejor su insano propósito.

“Sin sangre ni dificultad, como dijo el Padre Abreu, halló el inglés dispuesta la ocasión, fácil la entrada, rico el despojo, ninguna resistencia, la intención dañada, el deseo de ofender grande, que es el principio, medio y fin de toda la sustancia del caso y cuanto pudo desear, y sirviendo su

buena fortuna, consiguió el objeto de su pretensión”.

Circuló por entonces el rumor de que en la ruina de Cádiz había sido principal culpable el privado del Rey D. Cristobal de Mora. Dábase por cierto que, habiendo algunos gaditanos ido á la corte con propósito de suplicar al Rey lo urgente que era fortificar y guarnecer bien á Cádiz, en vista de las noticias que corrían sobre la proyectada invasión del enemigo, no habiéndole podido hablar á causa de estar D. Felipe agravado de enfermedades de gota y calentura, recibiólos el portugués Mora con formas desprecia-tivas y palabras zumbonas; lo cual demuestra cuán poco interés daban á las quejas é indicaciones de los pueblos aquellos secretarios engreídos, sacados de la oscuridad de su rebajamiento por el favor del soberano, para que desatendieran y aun se burlasen de los españoles avisados y prudentes.

La verdad es que la opinión pública y los hombres discretos señalaron, como causa principal de lo sucedido, la desidia escandalosa de los gobernantes de la nación, y así lo dejaron escrito, por más que no pudieron hacer públicos sus pensamientos y sus censuras por no habérseles consentido estampar sus obras. Con franca libertad dijo el P. Abreu lo siguiente: “Es esta isla y ciudad, según común opinión, plaza importantísima y llave de España por la buena disposición de su puerto y vecindad, y comunicación con Berbería, en quien debiera la Majestad del Rey D. Felipe, nuestro Señor, ó cualesquiera Reyes que sucedieren, poner alguna atención, pues poco bastaría, según su grandeza, para su fortificación y aumento, haciéndole los favores y mercedes que pide su necesidad y el estado en que está ahora. Mas como no todas las necesidades y casos de tantos y tan extendidos reinos y señoríos, que están debajo de su cetro y corona, llegan á su noticia, ó por no llegarla de la importancia de Cádiz, ó en la confianza de la fidelidad de los que la tienen y han tenido á su cargo, no se ha reparado ni fortificado, ni puesto en ello el cuidado que pusiere Su Majestad, si estuviera bien informado del infeliz suceso, el cual ha dado materia á España para hacer notable sentimiento y á todo el mundo para tender las velas de la conmiseración y sentir cada cual como le parece y quiere, especialmente las naciones enemigas, de quienes sabemos que en sus historias procuran oscurecer y encubrir las hazañas verdaderas de los españoles, dando diferente color y sentido de lo que pide y obliga la verdad”.

Otro gran temor asaltó entonces á los hombres reflexivos que se fijaban en aquellos puni-

bles abandonos, y no iban descaminados en sus sospechas. "Bien considerado, (dice el sagaz Abreu) tenían todos razón de temer, porque si pusiera el inglés en tierra seis ú ocho mil mosqueteros, siendo el caso tan arduo y repentino, los pueblos descuidados, no prevenidos, faltos de armas, de consejo y de disciplina militar, acobardados con la nueva tan espantosa, acrecentada con la costumbre y error del vulgo, sin duda se puede creer que hubiera salido con cualquier pretensión y traspasar, sin daño de sus ejércitos, toda la Andalucía, saqueando pueblos y ciudades, hasta la más principal, que es Sevilla, lo cual cabe en buena razón".

Cuando aquel pavoroso desastre y aquellos temores angustiosos de mayores desgracias conturbaban todos los ánimos, Cervantes estaba en Sevilla y desde allí atendía cuidadosamente al desarrollo y desenlace de los sucesos. Hallábase en parte donde se seguían con ansiedad las nuevas peripecias de acontecimiento tan grave, y se hacían vivísimos comentarios. Todos los rumores públicos se fijaban en un personaje, á quien se echaba la culpa de no haber impedido á tiempo la entrada del inglés en Cádiz. Cebábase en él la maledicencia, guiados sus enemigos de la pasión, sin guardar miramientos ni consideraciones de ninguna clase. Era fatalidad, pero hecho positivo, que siempre el Duque de Medina Sidonia había de figurar siniestramente en nuestros reveses y casos bélicos con Inglaterra, y quedar en ridículo ante la opinión pública. Cuando el Drake cometió en 1587 en la bahía de Cádiz su acto pirático, censurósele gravemente de descuidado por el mismo corregidor de la plaza, y fué menester que el Rey escribiese una carta al enojado Duque aprobando su conducta. Cuando, al año siguiente, acaeció la catástrofe de la gran armada, no hubo medio posible de justificar su ineptitud, ni defender su torpeza; aunque el monarca, como si tuviera que respetar y mostrarse complaciente con aquel hombre nefasto, quizá por estar casado con la hija mayor del príncipe de Éboli, y amarla Felipe II cual si fuese suya propia, le volvió poco después á su gracia, conservándole en el puesto de capitán

general del mar Océano y dándole mayores pruebas de estimación.

Pero ni los regios favores, ni la alta posición de que el magnate andaluz disfrutaba, pudieron librarle de la prevención odiosa con que le miraban todas las clases y estados. En Sevilla, sobre todo, por estar tan cerca de los dominios señoriales del Duque, y tenerse noticias más ciertas de su natural y defectos, aficiones, gustos, pasatiempos y circunstancias particulares de familia, era más descarnada y sin piedad la crítica, á lo que se juntaba el carácter epigramático y burlón en aquella parte de Andalucía, rebosante siempre de intención y nativa gracia. En ninguna comarca española conservóse con tan chispeante donosura, ni con tanta intensidad despectiva, el recuerdo de los actos ó dichos que rebajaban los prestigios nobiliarios del poderoso señor de vasallos. Hacíanse motes y burlas á su costa, para diversión de los desocupados, y la musa callejera y aun los poetas de mérito componían coplas en su desdoro. Por holgarse con él decíanle entre el vulgo Duque de las almadrabas, Dios y príncipe de los atunes, por el negocio pingüe de sus pesquerías en Conil y Barbate. (*)

Quiso la mala suerte que le sorprendiera la nueva de estar el inglés á la vista de Cádiz, precisamente cuando se encontraba ocupado en sus almadrabas. Renovó esto las antiguas burlas y dió lugar á mayores desacatos. Agravábanse los dicterios con las presentes desdichas. No se le echaba ya en cara la pérdida de la Invencible, ni se le hacía responsable de la muerte de Martínez de Recalde y Oquendo, ni se mentaba el desamparo en que dejó á D. Pedro Valdés, ni su negativa constante á seguir los acuerdos salvadores en los consejos de generales, ni tantas víctimas como hizo con su petulante indiferencia de señor feudal endiosado. Ni se dirigían ya los cargos contra sus medidas desconcertadas, ni contra aquellos arrebatos de furor que le dominaron en ciertos momentos, ordenando dar muerte á hombres valerosos por pretextos inícuos y miserables, cuando él, por remiso y pusilánime, era el único merecedor de ejemplares castigos.

Á las reprensiones serias, dictadas por el pa-

(*) La festiva musa de Sanz de Zumeta, elogiada por Cervantes en el *Canto de Caliope*, le inspiró el siguiente soneto, alusivo al descuido del Duque cuando el saqueo de Cádiz:

¿De qué sirve la gala y gentileza,
Las bandas, los penachos matizados,
Los forros rojos, verdes y leonados,
Si pide armas el tiempo con presteza?
Cuando lleva robada la riqueza

De Cádiz el britano, y profanados
Deja templos y altares consagrados,
(¡Eterna infamia, oh España, á tu grandeza!);

Cuando el amigo llora del amigo
Los daños y lloramos las deshonras
De nuestra lealtad amargamente;

Cuando, en desprecio nuestro, el enemigo
Con palabras ensalza nuestras honras....
¡Y el Dios de los atunes lo consiente!

triotismo, y á los apasionados juicios con que la muchedumbre desfogaba su mal humor, sucedieron entonces las mordaces ligerezas de la chufía, que no guarda reparo con tal de hundir para siempre, al caído de la benevolencia popular, en los profundos abismos del descrédito. Su espíritu apocado, su pobreza de capacidad, su escasa ó nula resolución en los trances difíciles, se estaban evidenciando ahora también. En vez de reunir todas las fuerzas posibles y mandarlas á Cádiz, sin pérdida de momento, para evitar la entrada del enemigo, dejó pasar los instantes más preciosos, demandando auxilios de toda Andalucía y reteniendo en el puente de Suazo cuantos bajo su dirección se pusieron, cuando ya el inglés, después de hecho su gusto, gozaba dentro de Cádiz la satisfacción de la victoria. ¿Á qué esperaba el caudillo?, se preguntaban los maliciosos. ¿Cuándo acabaría de madurar sus planes de salvación? ¿Cuándo iba á ponerse en movimiento aquel ejército que preparaba con elementos deficientes y hasta inservibles? ¿Qué harían los hombres con picas y adargas, como caballeros andantes antiguos, ante las fuerzas inglesas, provistas de buenos arcabuces y mejor pólvora? ¿Para qué tanta lentitud en resolverse? ¿Para qué preparativos tan tardíos y precauciones tan especiales? ¿Para qué desasosegar á los pobres pueblos? ¿Era que efectivamente el Duque no servía para las funciones de guerra?....

Y surgía entonces en las imaginaciones populares la memoria de aquellos dichos injuriosos lanzados contra el Duque mismo, en el calor de la indignación y el enojo, en su propia presencia, para añadir el insulto al menosprecio. Recordábanse y se repetían en los corrillos de los maldicientes, entre risas burlonas, aquellas palabras de Oquendo, cuando, en el canal de la Mancha, indignado de tanta cobardía, llegándose al galeón del Duque, gritaba: *¡ea, gallinas, á las almadrabas; á las almadrabas á pescar atunes, pues no servís para pelear!*, ó cuando D. Alonso de Leiva, arrojándose á la nave capitana, ex-

clamaba en alta voz: *¡Cuerpo de Dios, que nos ha dado Su Majestad un hombre para la mar, que no sabe aun andar por tierra!*

Celebrábase también lo que había hecho el Rey cuando, quejoso y lastimado el Duque de la libertad con que hablaba de él Oquendo, hízole proceso, el cual, enviado á Su Majestad, contentóse con leerle y sonreírse, como quien comprendía bien lo chistoso de las alusiones.

Ni se olvidaba, como materia de risa, que el Duque fué á la guerra con el cabello negro y volvió completamente cano, para indeleble señal de su poquedad de espíritu. Sin asomo de caridad comentábanse las varias silbas y pedreas con que le agasajaron los muchachos en tierra de Valladolid y Salamanca.

Y era corona de tanto intencionado chiste el relato hecho por un soldado, repetido con inusitado regocijo, de que cuando se oían cañonazos, el Duque asustado y sobrecogido, se metía, para perder el miedo, entre sacas de lana.

Todo esto y otras muchas anécdotas ó sucesos corrían de boca en boca y dejaban en todos un concepto tan pobre del Duque, que jamás estuvo ningún general bajo el peso de tan humillantes desdenes. Veía y notaba Cervantes todo aquello con su gran talento satírico, y juzgábase sin duda como adecuado castigo de una soberbia engreída por el recto sentir del vulgo.

Muchos días llevaba ya en Cádiz la armada invasora, cuando ofreció Sevilla un espectáculo que se prestaba á la rechifla de los desocupados.

Habíase encargado á un capitán, de apellido Becerra, enviado por el Duque, la instrucción de muchos bisoños que hacían sus ejercicios gallardamente vestidos y con gran marcialidad, disponiéndose sin duda para que fuesen con el de Medina Sidonia cuando determinase entrar en Cádiz. (*) Todas las noticias que llegaban á Sevilla, confirmaban el burlón regocijo con que eran comentados los inútiles preparativos de aquel magnate. El Duque pasó por todo, sin tomar una resolución definitiva. Unas veces en Jerez,

(*) Habiendo demostrado la toma y saqueo de Cádiz por el inglés, lo indefensas que estaban casi todas las poblaciones de Andalucía, Jerez y Sevilla se propusieron desde entonces disponer fuerzas locales para evitar en lo sucesivo contingencias tan dolorosas. Hablando de esto Ortiz de Zúñiga en sus *Anales de Sevilla*, año de 1596, da los siguientes pormenores sobre el particular: "Sevilla con pronto acuerdo resolvió formar un batallón de veinticuatro compañías de infantería, cuyo cabo fuese D. Luis Guzmán, alférez mayor, heredero del Marqués de la Algaba, y por capitanes se nombraron, miércoles 30 de Julio, á D. Juan Vicentelo, alcalde mayor; D. Pedro de Pineda, escribano mayor del cabildo; D. Juan de Céspedes y Figueroa; D. Pedro Cerezo Marmo-

lejo; D. Diego de Portugal; D. Juan de Guzmán; D. Pedro de Menchaca Villacis; Fernando Díaz de Medina; D. Cristóbal Mexia; D. Francisco Melgarejo de Herrera; D. Pedro Ortiz Ponce de León y Sandoval; D. Silvestre de Guzmán; D. Pedro Ponce de Laredo y Ayala, veinticuatro; Rodrigo Suárez; Francisco García de Lando; Carlos de Lisana y Rodrigo del Castillo, jurados; los cuales muy brevemente levantaron numerosas compañías de vecinos que, sacando al campo de Tablada los días de fiesta, en regocijados alardes, ejercitaban y amaestraban en el manejo de las armas, discurriéndose entretanto en los medios de perpetuar estas milicias".

(*Anales eclesiásticos y seculares de Sevilla*; año 1596).

otras en el Puerto, todo el tiempo lo perdía en proyectos y planes.

Pidió el inglés que se le entregaran sesenta hombres de su nación que estaban cautivos en poder de los españoles, remando en las galeras, y así se hizo con su beneplácito. Tenía desconfianza el Conde de Essex de que no fuesen pagadas las letras que se intentaba entregarle á beneficio de los rehenes de Cádiz, por valor de 60 mil ducados, en que se fijó el precio del rescate, y el Duque llevaba su bondad hasta querer fiar á los que dieren las libranzas; pero con su especial roñosería, mandábale á decir que él abonaría á los mercaderes, "aunque no en forma de quedar obligado al seguro de ellos", lo cual fué causa de menosprecio por parte del Conde de Essex, y acrecentó las satíricas burlas entre los alegres andaluces.

En los días 15 y 16 de Julio llegaron á Jerez y al Puerto algunos capitanes y personas de importancia, enviados por el Rey al Duque, con objeto de que le sirviesen de auxiliadores y consejeros. Vino entre ellos D. Sancho Martínez de Leiva, famoso por sus hechos en Flandes, quien opinó desde luego que con todas las fuerzas reunidas, más de diez mil hombres, entre ginetes é infantes, debía acometerse al enemigo en el puente de Suazo; pero tal intento no pudo llevarse á ejecución, pues el mismo día 16 decidió el enemigo abandonar á Cádiz, no sin prender fuego á las casas y á los templos, último acto de venganza horroroso y feroz.

El Duque de Medina Sidonia vióse al fin libre de sus mortales angustias. Ido el inglés, mandó que fuesen siguiendo al enemigo once galeras españolas, en donde se embarcaron setecientos cincuenta hombres bien armados. Despidió á la gente reunida, y para resguardo dejó en el Puerto y Sanlúcar algunas compañías. Todo le sobraba ya. No necesitaba caballos, ni infantes, ni capitanes, ni personas de valor y cuenta. Todo había concluído. Ni los soldados del capitán Becerra, ni ningunos otros hacían falta ninguna. Cádiz quedó hecho una desolación. Tuvo, sin embargo, ánimo el Duque para enviar á Cádiz cien gastadores para limpiarlo, y puso setecientos hombres de guarnición.

Entonces, y sólo entonces, "ordenado esto (dice Abreu), quiso ver á Cádiz, antes que se retirase á Sanlúcar. Hízolo así, y vista la destrucción grande, mostró el sentimiento que era razón; y *con esto se volvió á Sanlúcar*". ¡Vergonzoso y tristísimo espectáculo! (7)

Cervantes dejó grabados en los versos de un bello soneto, los rasgos cómicos más salientes de aquel acto, que fué como poner la marca irrisoria sobre las mentidas proezas del Duque ante el sacrificio de un pueblo indefenso por las culpas de sus mismos gobernantes. (*)

Sin embargo de la reprobación general que merecieron las torpezas y las dilaciones del Duque de Medina Sidonia, Felipe II tuvo para él palabras de elogio y encarecimiento. El 31 del mismo Julio le dirigía una carta desde Toledo, en la que refiriéndose á las recibidas, le decía: "Agradézcoos el celo con que habeis procedido", lo cual patentiza que el Rey, separándose por completo de lo que la opinión pública sentía y pensaba acerca del desastre y sobre la insuficiencia del Duque, tendría motivos de índole personal que le inclinaban á ser generoso cuando todos emitían con razón severísimos juicios. Algún poderoso secreto ocultaban aquellas particulares y especialísimas deferencias.

De público se decía que el Rey era tan tierno de corazón con el Duque, porque estaba casado con una hija suya, habida en la princesa de Éboli, como se creía también que era padre del segundo Duque de Pastrana; pero, sin dar validez ninguna á esas hablillas que pudieron nacer de calumniosos rumores, aunque entre el vulgo y entre algunos extranjeros pasaban como hechos sabidos, lo cierto es que no se puede comprender la exagerada bondad con que miraba el Rey al descendiente de Guzmán el Bueno, sino interviniendo influencias femeninas que templasen ó concluyeran con su enojo y su furor.

Muy juiciosamente dice el Sr. D. Cesáreo Fernández Duro acerca de esto: "¿Es verosímil la aserción de los ingleses William Monson y John Barow, de haber sido la Duquesa de Medina Sidonia, entrañablemente querida por el Rey, la que templó el enojo arrojándose á sus plantas? No existe dato alguno que sirva de fundamento

(*) Dice así el soneto:

Vimos en Julio otra Semana santa
Atestada de ciertas cofradías,
Que los soldados llaman compañías,
De quien el vulgo, y no el inglés, se espanta.
Hubo de plumas muchedumbre tanta,
Que en menos de catorce ó quince días

Volaron sus pigmeos y Golías,
y cayó su edificio por la planta.

Bramó el Becerro y púsoles en sarta;
Tronó la tierra; oscurecióse el Cielo,
Amenazando una total ruina.

Y al cabo en Cádiz, con medida harta,
Ido ya el Conde, sin ningún recelo,...
Triunfando entró el gran Duque de Medina.

á la especie, que Cabrera de Córdoba, Herrera y los demás cronistas de la época callaron; sólo por los sucesos posteriores cabe conjeturar que, si no existió la influencia que se supone tenía en el afecto paternal del Rey D.^a Ana de Silva, otra causa inexplicable, misteriosa y potentísima, escudaba los actos del Duque⁴.

El saqueo de Cádiz fué como el golpe mortal para Felipe, que en los últimos años de su vida agotó el cáliz de las amarguras. No había ya posibilidad de que aniquilase á su encarnizada enemiga, y destruyera el poderío de aquel reino perdido para la Iglesia de Roma. Venció su competidora Isabel en una lucha de veinte años.

Flandes estaba cada día más decidida á defender sus libertades políticas y su libertad religiosa. En Francia echó por tierra los planes del monarca la sagacidad prudente de Enrique IV. Su política exclusivista por imponer á todos los pueblos europeos, incluso Dinamarca y Suecia, la religión inspirada por el Papado, se estrelló contra las corrientes reformadoras de la época, deseosa de que un estado moral más en armonía con los dictados de la conciencia y los preceptos evangélicos, sucediera á los tradicionales artificios del mercantilismo sacerdotal. El crédito público de la nación veíase perdido para siempre por la injustificable conducta del Rey con los acreedores del Estado. Hallábase desorganizado el país en medio de su soberana grandeza. El Tribunal de la Fe, comodín de los Reyes españoles para las venganzas políticas, rebajaba más que enaltecía á España en el sano concepto moral y en la santidad de las creencias superiores. Ni los ejércitos ni las armadas lograban sostener el glorioso nombre adquirido. España estaba sangrada, Italia quejosa, Flandes en ruinas, Portugal tiranizada, las Indias siendo feudo de los ambiciosos ó los malvados. La situación de la patria no podía ser más lamentable al cabo de cincuenta años de autocracia.

Otros pesares, quizás más grandes para el hombre, torturaron el ánimo de Felipe II con cruelísimos padecimientos. El prematuro fin de casi todos sus hijos, los disgustos de familia, los terribles celos que en su corazón despertaron los desdenes de la princesa de Éboli y las osadías livianas de Antonio Pérez; su terrible é implaca-

ble venganza contra ambos, las injusticias infames que cometió contra el primer magistrado de Aragón y otros nobles caballeros de aquel reino; los escándalos que produjeron aquellas persecuciones, y el ridículo que sobre él cayó por las declaraciones del secretario perseguido; el descubrimiento vergonzoso de sus mandatos criminales y la muerte de su adorada hija Catalina, casada con el Príncipe de Saboya; todos estos casos juntos, y cada uno de por sí, cercenando su crédito unos, alterando su sosiego otros, agotando sus fuerzas y siendo torcedores de su conciencia algunos, fueron causa de que sus postreros días estuviesen amargados horriblemente.

Cuando, postrado en el lecho, con el crucifijo de su padre en las manos, viéndose morir, comido de gusanos y podredumbre, levantara los ojos á Dios, quizás se presentarían ante ellos, por todo consuelo, los fatídicos espectros de sus víctimas, y desearía acabar más prestamente la mísera vida para librarse de tan terribles expiaciones en la nada del sepulcro....

Fué Sevilla, donde á la sazón se encontraba Cervantes á la muerte del monarca que tan poco supo favorecerle, una de las capitales de España donde con más ostentación, pero también con mayor escándalo, se celebraron honras fúnebres en la Catedral por el descanso de su alma.

El 13 de Setiembre del año 98, había fallecido Felipe II, y el 24 de Noviembre dieron comienzo las exequias. Habíase levantado un magnífico catafalco, con inscripciones alegóricas en castellano y latín; pero tan lucido acto tuvo que suspenderse al día siguiente, por haberse suscitado discusiones sobre preeminencia de lugar entre los señores de la Audiencia y los inquisidores, con general escándalo de las personas sinceramente religiosas. Recurrióse en queja al Rey, y por fin, verificáronse las suspendidas honras los días 30 y 31 de Diciembre, sin haber quitado en todo ese tiempo el arrogante túmulo. (8)

Cervantes, conocedor exacto de todo lo ocurrido, y sabedor de las donosas burlas que de tales cosas se hicieron, escribió (*) un soneto chistoso, en que entregó á la risa de las gentes las desvariadas pretensiones de los que intervinieron en tales exequias, y prepararon aquella soberbia máquina de la mundanal vanagloria.

(*) Voto á Dios que me espanta esta grandeza,
Y que diera un millón por describilla;
Porque ¿á quién no sorprende y maravilla
Esta máquina insigne, esta riqueza?

¡Por Jesucristo vivo, cada pieza
Vale más de un millón, y que es mancilla
Que esto no dure un siglo, oh gran Sevilla,
Roma triunfante en ánimo y nobleza!

Apostaré que el ánima del muerto
Por gozar este sitio hoy ha dejado
La gloria donde vive eternamente.

Esto oyó un valentón, y dijo:—Es cierto
Cuanto dice voacé, señor soldado,
Y el que dijere lo contrario, miente.—

Y luego in continente
Caló el chapeo, requirió la espada,
Miró al soslayo, fuése y... no hubo nada.

ILUSTRACIONES AL CAPITULO III

1.^a—Documento de gran interés, que manifiesta la honradez de Cervantes. Papeles referentes á las comisiones del reino de Granada.

El documento de que hablamos en el texto, existente en Simancas (*Cont. mayor*, 2.^a época, leg. 253), que publicamos literalmente á continuación, tiene el siguiente encabezamiento:

“Miguel de Cervantes, ejecutor.

Pliego que se dió para Relaciones sobre la partida de ciento treinta y seis mil maravedis que Francisco Pérez de Vitoria pagó á Miguel de Cervantes“.

“En la cuenta del encabezado del partido de Vélez-Málaga, del año de 592, viene en data una partida de ciento treinta y seis mil maravedis, que Francisco Pérez de Vitoria, receptor del dicho partido y año, pagó á Miguel de Cervantes, ejecutor nombrado por la Contaduría mayor de Hacienda de Su Majestad, en virtud de la comisión que para ello y otras cobranzas se le dió en trece de Agosto de 594, para que las trajere á las arcas de tres llaves. Y porque en el cargo del tesorero general del dicho año de 594, ni en los dos sucesivos, no parece haberle entregado los dichos maravedis, los contadores de relaciones de Su Majestad darán razón en este pliego, si el dicho Miguel de Cervantes ha satisfecho y dado cuenta de la dicha comisión, y si en ella se hizo cargo de los dichos ciento treinta y seis mil maravedis que recibió del dicho receptor del dicho partido de Vélez, y si mostró haberlos entregado al dicho tesorero general y en qué tiempo y cómo; y que asimismo den razón, si al monasterio de Nuestra Señora de Gracia de la dicha ciudad de Vélez, se libraron y mandaron pagar, el dicho año de 592, los tres cahices de trigo que le suelen dar cada año, ó si se mandaron á otra parte. Fecho en Valladolid, á diez de Setiembre de mil seiscientos uno. (Hay cuatro rúbricas).

“Por los libros de relaciones de Su Majestad parece que, al dicho Miguel de Cervantes se le dió comisión para cobrar dos cuentos quinientos cincuenta y siete mil maravedis que había de finca en ciertos partidos del reino, y de ellos, del de la ciudad de Vélez-Málaga, de los años de 592 y 593, doscientos setenta y siete mil ciento cincuenta; los trescientos cua-

renta mil doscientos del dicho año de 592, y los ciento treinta y ocho mil doscientos del de 593, lo cual presentó recaudados para dar su cuenta, y por ellos no consta haya dejado de cobrar ningunos maravedis del dicho partido de Vélez-Málaga, aunque consta lo que dejó de cobrar de otros contenidos en su comisión. La cual dicha cuenta no está tomada hasta ahora y, conforme á la que se tiene con él por los dichos libros, parece resta debiendo setenta y nueve mil ochocientos cuarenta maravedis.

Asimismo parece por los dichos recaudos, que Francisco López de Vitoria, receptor que fué de las dichas alcabalas, el dicho año de 1592, se obligó y dió por su fiador á Juan de la Corte, de que darían al dicho ejecutor letra para que se le pagaran en Sevilla ciento treinta y seis mil, á cuenta de la fianza de su cargo, y lo demás al cumplimiento de ello, se lo pagarían de contado, y no hay razón por donde conste claramente que se han cobrado; y lo que hay, por donde parece lo está, es que en siete de Agosto del año pasado de 595, se acudió por parte del dicho Cervantes á la Contaduría mayor de Hacienda, y se hizo relación que él hubo de cobrar por su comisión cantidad de maravedis en el dicho partido de Vélez-Málaga, y las personas que lo hubieron de pagar se lo habían librado en la dicha ciudad de Sevilla, y en ella lo había cobrado; y por no hacer costas de traerlo á la corte, en partida de siete mil cuatrocientos reales, lo entregó á Simón Freire de Lima, mercader, y dió cédula sobre si mismo á pagar en la dicha villa de Madrid, y al tiempo que se acudió á que lo pagare, había quebrado, y no se pudo cobrar y pidió se diere recaudo para que se hiciese, y visto en la dicha Contaduría, se dió carta el dicho día para que el doctor Bernardo de Olmedilla, que en aquel tiempo era juez de los grados de la dicha ciudad, cobrare los dichos siete mil cuatrocientos reales y los enviare á las arcas de tres llaves, el cual los cobró y se entregaron á D. Pedro Mesía de Tovar, tesorero general de Su Majestad, de que dió carta de pago en veintiuno de Enero de quinientos noventa y siete.

Asimismo parece por los dichos libros que al dicho monasterio de Nuestra Señora de Gracia, se le libraron en el dicho año de 1592 los tres cahices de trigo contenidos en este pliego, y que no se han mandado á otra parte. Fecho en Valladolid, á 13 de Setiembre de mil y seiscientos y un años.—Juan de Gamboa.—Bartolomé de Sardanesa.—(Rúbricas).—En Valladolid á 14 de Setiembre de 1601, habiéndose hecho relación en el tribunal de la Contaduría mayor de

cuentas de la respuesta de este pliego y de la carta de pago que otorgó Miguel de Cervantes de 136.000 maravedis, mandaron que se reciban en cuenta al dicho Francisco Pérez de Vitoria en la cuenta de 582, sacando cargo al dicho Miguel de Cervantes de ellos.—(Hay dos rúbricas)“.

*
* *

Todo lo que decimos en el texto tocante á las comisiones de Cervantes en el reino de Granada, está plenamente confirmado por los documentos que sobre el particular existen en el Archivo de Simancas.

De ellos facilitó copias á D. Martín Fernández de Navarrete, el encargado de arreglar los papeles que en él se encontraban, D. Tomás González, por mediación del Ministerio de Estado, en Marzo y Junio de 1817. Hácelo constar así el señor Navarrete en su *Vida de Cervantes*, páginas 417 y 18.

Los documentos originales que, en la citada fecha, se hallaban en la *Contaduría de relaciones*, libro de cargos á Juan de Portillo y otros, están ahora coleccionados en *Contadurías generales*, leg. 1745, fólíos 3 al 12.

2.^a—Libro publicado en Zaragoza con motivo de la canonización de San Jacinto. Se copian los versos de Cervantes.

La Relación de las fiestas que se celebraron en Zaragoza con tal motivo, fué hecha por Jerónimo Martel, vecino de aquella ciudad. Imprimióse la obra por Lorenzo Robles, el mismo año de 1595.

La redondilla que se había de glosar y la glosa hecha por Cervantes, están insertas en la página 234 de la *Relación*, y la sentencia de los jueces del certamen en la 390.

Los versos de Cervantes, dicen así:

Tras los dones primitivos
Que, en el fervor de su celo,
Ofreció la Iglesia al Cielo,
Á sus edificios vivos
Dió nuevas piedras el suelo.

Estos dones agradece
Á su Esposa y la ennoblece;
Pues de parte del esposo
Un Hyacinto el más precioso
El Cielo á la Iglesia ofrece.

Porque el hombre, de su gracia
Tantas veces se retira,
Y el Hyacinto al que le mira
Es tan grande su eficacia,
Que le sosiega la ira;

Su misma piedad lo inclina
Á darlo por medicina;
Que en su juicio profundo
Ve que ha menester el mundo
Hoy una piedra tan fina.

Obró tanto esta virtud
Viviendo Hyacinto en él,
Que á los vivos rayos de él,
En una y otra salud,
Se restituyó por él.

Crezca gloriosa la mina
Que de su luz Hyacintina
Tiene el Cielo y tierra llenos;
Pues no mereció estar menos
Que en la corona divina.

Allá luce ante los ojos
Del mismo autor de su gloria,
Y acá en gloriosa memoria
De los triunfos y despojos
Que sacó de la victoria.

Pues si otra luz desfallece
Cuando el Sol la suya ofrece,
¿Qué más viva y rutilante
Será aquesta, si delante
Del mismo Dios resplandece?

3.^a—Historia del saqueo de Cádiz, por Fr. Pedro de Abreu.

Aunque D. Adolfo de Castro dejó extensamente narrado en su *Historia de Cádiz*, lo que se refiere á la toma y saqueo de aquella ciudad por los ingleses en 1596, y existen varias relaciones manuscritas, la mayor parte anónimas, acerca del suceso; el mejor y más completo trabajo que sobre él existía, sólo publicado en parte, era el notable relato que escribió, en presencia de los hechos mismos, un fraile del convento de San Francisco de Cádiz, autor de algunos libros, llamado Pedro de Abreu, natural, según se cree, de Tarifa.

Su libro sobre el saqueo de Cádiz quedó inédito, pues enterado el corregidor y el ayuntamiento de la franqueza con que reprobaba la negligencia de las autoridades, sobre las que echaba la entera responsabilidad de lo acontecido, procuraron impedir la publicación de un escrito que con tanta claridad decía lo cierto, y emitía consideraciones que dejaban en mal lugar á los remisos y pusilánimes.

Siendo la producción del P. Abreu muy digna de estudio, aun en medio de su desaliñada exposición, por más que no deja de ofrecer trozos de buena prosa castellana y hasta períodos no exentos de elegancia vigorosa con juicios muy oportunos, por excitación de D. Adolfo de Castro, é ilustraciones y noticias curiosas suyas, se imprimió completo el libro de Abreu con beneplácito de las personas ilustradas. El relato que hace de todo lo sucedido, es fidelísimo, y presenta en animado conjunto verdadera idea de aquellos angustiosos momentos por que pasó Cádiz en Julio de 1596. Ningún historiador facilita, con más minuciosa perfección, el cuadro desolador de aquel saqueo.

Abreu reprende con frecuencia en su Relación la falta de municiones y artillería que se notaba en Cádiz. “Pólvora había muy poca (dice) y menos balas, y las que había, desproporcionadas á los cañones, unas grandes, otras pequeñas; todos los reparos sin ninguno, y con tanto descuido y negligencia, como si nunca pudiera suceder caso en que fuera menester la prevención necesaria“. Todo lo cual, añade, refiriéndose á los baluartes y artillería de ellos, “con el descuido de largo tiempo hallábase tan mal prevenido, que los carretones estaban podridos y quebrados, y si alguno parecía estar sano, luego, al primer tiro, se quebraba y hacía pedazos“.

La desidia era tan escandalosa é inaudita, como se ve en las líneas que siguen: “Había en el baluarte de San Felipe cuatro piezas gruesas, empero tan mal prevenidas y dispuestas, que no fueron de ningún provecho en la ocasión, pues, en disparando las primeras balas, se hicieron pedazos las ruedas de tres de ellas, de suerte que no pudieron más servir, y las balas no alcanzaron á la armada enemiga, así por esto como por ser la pólvora mala y poca.” Esta triste noticia forma risible contraste con estotra, que se refiere á los medios ofensivos, empleados por los ingleses: “La artillería de éstos (son sus palabras) era tan buena y la pólvora tan refinada, que alcanzaban las balas descansadamente, desviada la escuadra más de media legua, á la ciudad, y algunas pasaban de la otra parte, cayendo sobre la mar de Levante, y aun tal bala hubo, de treinta libras, que pasó el muro de parte á parte”.

* *

De que no faltaba al P. Abreu arte y gusto para describir las situaciones más angustiosas en la invasión de los ingleses, pueden ser notable ejemplo los párrafos que transcribimos:

“Alborotóse tanto la gente toda, viendo á sus puertas y umbrales un enemigo tan poderoso, y las defensas que debieran asegurarlas, tan flacas y mal ordenadas, que la resolución y variedad de pareceres, la confusión de los ánimos turbados, el temor de peligro tan incierto, los llantos, clamores y vocería de la gente flaca, mujeres, niños y viejos, el desaliento y alboroto que corría por las calles, plazas y casas, abatían y acobardaban los bríos de la juventud y los ánimos de los que los tuvieran levantados, fuertes y atrevidos en ocasiones más difíciles y menos confusas y repentinas.

“Corrían á un cabo y otro las doncellas desnudas, destocadas, sin aquel adorno y compostura, y sin el recato á que les obligaba la honestidad, porque el temor, especialmente en ánimos flacos, todo lo oscurece y atropella, todo lo menosprecia y pospone, sin que se estime ni haga caudal más que de la conservación de la vida: tanto es amada y estimada.

“Las mujeres principales, regaladas, servidas y respetadas, que en tiempo de su tranquilidad y sosiego eran lustre, honra y autoridad de aquella república, y que tenían por caso indecente el dejarse ver y servir á todos tiempos, corriendo también entre la confusión del vulgo, sin acordarse de su autoridad, porque todo lo igualó el temor y la suerte adversa que se les ofrecía, buscaban algún lugar seguro, no habiéndolo ya que las pudiese asegurar, ó algún remedio á tanta descomposición y desventura.

“Los padres no tenían cuenta, ni se acordaban de los hijos, ni los hijos de sus padres; amigos con amigos, ni hermanos con hermanos, no se conocían ni consolaban. Cada uno buscaba su remedio. Conociáse bien en este toque de infelicidad cuánto es más amada y estimada la vida, que todo cuanto en ella el mundo nos da y ofrece.

“Los niños y viejos, gente inútil, impedida, corrían llorando á todas partes, sin saber ni atinar á dónde pudiesen hallar seguridad, porque cada cual pensaba que tenía el cuchillo á la garganta, y donde pensaban ser albergados y recibidos, eran con desamor excluidos y desdeñados como gente inútil y no conocida.

“Algunos escondían el dinero, joyas y las demás cosas preciosas, y creyendo que estarían seguras, las echaban á los pozos y algibes, en las secretas, lugares inmundos, en hoyos que para ello hacían en los corrales, caballerizas, y donde mejor les parecía.

“Otros abrían las sepulturas de los difuntos, y levantando los cuerpos, ya casi corrompidos, les volvían á dar por

cama las riquezas que los vivos no supieron defender, volviendo á cubrir aquellos sepulcros con la mejor industria y disimulación que podían, para que el enemigo no advirtiese en el secreto, á quien no faltó industria, y aun por ventura avisos, para saberlo y entenderlo todo”.

* *

Hállase también muy bien referida la situación, por extremo feliz, de que disfrutaba Cádiz cuando la invasión del inglés.

“Estaba (dice) á esta sazón la ciudad de Cádiz la más próspera, rica y abastada de moneda, joyas, piedras, oro y plata, sedas, trajes, soberbios y costosos adornos y aderezos de casas, de cuantas en su tanto tenía toda España. Lo cual descubrió bien el toque de esta infelicidad, porque nadie pudiera imaginar ni creer la grande riqueza y prosperidad que tenía secreta, por ser condición de ricos avarientos ocultar su prosperidad, y publicar siempre necesidad y pobreza por librarse de las obligaciones de la piedad y misericordia, cosa harto digna de llorar y sentir, como si aquello les prometiera eternidad de nueva vida, siendo al contrario indicio de eternidad de muerte.

“Halláronse en poder de muchas personas, al parecer común, pobres y de poco caudal, mucha cantidad de moneda, no pensada ni imaginada, por haber conocido á éstos poco tiempo antes, pobres, en oficios bajos y sin ningún caudal. Los mercaderes, gente más gruesa, que estaba en más opinión, descubrió doblado caudal de lo que el vulgo y común opinión les juzgaban, hallando el enemigo hambriento las casas de ellos llenas de riquezas, dineros, joyas, doseles costosísimos y muebles, sin las vajillas de oro y plata, que eran de grande valor. La gente principal, puesto que por no tratar en mercancías, en moneda no estuviese tan próspera como la de los mercaderes y tratantes, en lo demás, con la antigüedad de sus casas, estaban con mucha prosperidad, y aun algunos hubo que en lo uno y en lo otro excedieron al resto de los vecinos de toda suerte.

“Estaba Cádiz en tanto punto de riqueza, disposición, edificios, trazas, gente y opinión, que queriéndola encarecer, era proverbio común decir que Sevilla, flor de las ciudades, era el anillo, y Cádiz la piedra preciosa de su engaste”.

* *

Daremos, para terminar esta nota, algunas breves noticias acerca del autor de la obra mencionada, la más perfecta que existe, como información histórica, sobre el saqueo de Cádiz por los ingleses.

F. Pedro de Abreu era fraile franciscano, y llegó á comisario general de su Orden. Fué también predicador de mérito y custodio definidor de la provincia de Andalucía. Estudió en el convento de San Francisco de Sevilla, y allí fué lector de Teología escolástica durante muchos años. Por datos que él mismo comunica en sus obras, sabemos que en 1613 visitó con el general de su Religión la provincia de Cantabria, y el 24 de Julio estuvo en el pueblo de Lerma, donde admiró las riquísimas joyas que en un camarín guardaba el Duque de aquel título. Por espacio de 23 años se dedicó á las tareas escolásticas y escriturarias. Fué también catedrático de Teología en la Universidad de Osuna.

Pasó gran parte de su vida en Cádiz, donde publicó dos volúmenes en folio, producto de sus disquisiciones sobre las Sagradas Escrituras.

El primero de ellos se imprimió por Clemente Hidalgo, año de 1610, y tiene el siguiente título: *Exposición del himno que hicieron los tres mancebos en el horno de Babilonia*.

El segundo, estampado por Fernando Rey, año de 1617, se titula así: *Comentarios sobre las palabras que se hallan en el Evangelio haber hablado la Virgen Nuestra Señora*.

El *Saqueo de Cádiz* permaneció inédito. Conservóse el manuscrito en el convento de San Francisco de Sevilla. Después de la exclaustación, el año 35 del siglo pasado, cayó en manos del bibliófilo D. Jorge Díez. El obispo de Cádiz, fundador de la actual Basílica, F. Domingo de Silos Moreno, sacó en parte copia del original de Abreu, y lo acabó de trasladar su sobrino D. Salvador Moreno, canónigo penitenciario que fué de la iglesia catedral de Cádiz. En 1866, costado por el Ayuntamiento, vió al fin la luz pública el libro de Abreu, á cuya estampación se habían opuesto con tanto empeño el corregidor y cabildo de Cádiz doscientos cincuenta y siete años antes, en el de 1609. Contraste lleno de enseñanza para enaltecimiento de la verdad.

Otra obra dejó sin publicar el P. Abreu acerca de las antigüedades de Cádiz, cuyo paradero se ignora.

4.^a— El corregidor y los caballeros de Jerez. Alabanzas que hizo de ellos el P. Abreu.

Tributando la debida justicia el P. Fr. Pedro de Abreu al noble comportamiento de los vecinos de Jerez, que acudieron presurosos en socorro de Cádiz, habla de ellos en su libro con el respeto que merecían por su celo y diligencia.

“Llegó (dice) el aviso á Jerez de la Frontera el domingo 30 de Junio á las siete horas de la mañana, porque el corregidor y cabildo de Cádiz despacharon luego correos á todas partes avisando como la armada inglesa había amanecido aquel día mismo á la vista de la ciudad. Mandóse luego tocar la campana del reloj, costumbre antigua de aquella ciudad en cualesquier rebatos y alteraciones.

Alborotóse la gente toda, especialmente sabiendo que cubrían la mar muchas naos de enemigos. Fué cosa de admiración la solicitud de los que tenían y podían tomar armas y caballos en aprestarlas y acudir á la plaza del Arenal, lugar dispuesto y capaz para poderse formar ejércitos y escuadrones, donde en tiempos más descansados y menos afligidos solían los caballeros hacer sus fiestas y jugar á las cañas rostro á rostro, costumbre particular de aquella ciudad y juego tan de ver y peligroso, que más parecía batalla trabada entre enemigos que regocijo entre amigos, de quien dijo el rey de Túnez, cuando vino á pedir socorro al emperador Carlos V, para ser restituído en su reino, que lo tenía tiranizado un su hermano, que aquel juego era poco para veras, y mucho para burlas.

Luego los caballeros veinticuatro, elegidos de antes y nombrados por la ciudad, acudieron á juntar sus compañías de infantería, en lo cual fué mucho de considerar el bullicio y solicitud de acudir cada uno á su bandera.

La nobleza de aquella ciudad, acostumbrada desde su fundación y conquista á semejantes rebatos y socorros, con el brío y determinación que siempre tuvo, siendo amparo y defensa de toda la costa de Andalucía, porque á cualesquier poderosos corsarios ha reprimido sus atrevimientos y la costa ha tenido favor y seguridad; sin detenerse un punto, ni esperar orden, ni prevenirse de cosas que les hicieron después notable falta, en cuadrillas como se hallaban, y algunos de ellos solos, y al fin, de la suerte que podían, con sus lanzas y adargas, y las armas con que acaso se hallaban, partían corriendo á toda priesa para Cádiz, determinados de morir, si fuere necesario, en defensa de aquella ciudad.

D. Leonardo de Cos, corregidor de Jerez, haciendo continuar con grande perseverancia el rebato y las diligencias,

pregones y bandos necesarios, luego que llegó la nueva, se puso á caballo, y discurriendo por todas las calles, convocaba á los caballeros que, como dicho queda, se andaban ya aprestando, cada cual según podía y tenía la disposición; y con venir la nueva de la llegada del enemigo á las siete de la mañana, domingo 30 de Junio, ya á las ocho tenía junta mucha gente de á caballo, y con su alférez mayor de la caballería, llamado D. Cristóbal de la Cueva, levantando el pendón de la ciudad, partió de ella con la priesa que le era posible. Iban asimismo hasta treinta de á caballos continuos de quien era capitán D. Rafael López Espínola, veinticuatro, y su alférez Andrés del Valle, jurado.

El corregidor de Jerez, recogida toda la más gente que pudo, como capitán general de todas las compañías de la ciudad, comenzó á marchar mandando que le siguiese una compañía de infantería de cien hombres, de la cual era capitán D. Diego de Villavicencio, veinticuatro. Esta compañía fué marchando sin parar hasta entrar en Cádiz, que son ocho leguas de camino. Fué tanta la priesa que el corregidor y caballería se dieron á caminar, que entraron en Cádiz entre las dos y las tres de la tarde aquel mismo día, siendo el primer socorro que entró, con haber algunos pueblos muy más cercanos que pudieran habersele preferido en la llegada“.

* *

Cuando los ingleses empezaron á desembarcar en Cádiz por el Puntal, quienes acudieron primeramente fueron los jerezanos, y si tuvieron que retirarse, en vista de lo desigual de la lucha, culpa fué del corregidor de Cádiz, según se ve por estas terminantes palabras del P. Abreu:

“Á las dos horas de la tarde, poco más, del 1.^o de Julio, vino un hombre de á caballo, de los de Jerez, corriendo muy de priesa, á dar aviso de que con lanchas tenían ya los enemigos desembarcada gente en tierra. Entonces, el corregidor de Jerez con los demás caballeros, que aún no se habían apeado, ni dejado las lanzas y adargas, salieron al campo por la puerta de tierra; y antes que partiese, *pidió al corregidor de Cádiz que, para que la gente suya de á caballo pudiese hacer algún buen efecto, le diese algunos arcabuceros, para llevar cada uno el suyo á las ancas de los caballos. Respondióles que fuesen así como se hallaban, que no se les podía dar arcabuceros ningunos.* Con esta respuesta se partieron los de Jerez, sin ningún arcabucero, con determinación de resistir al enemigo, quedándose el de Cádiz en la ciudad.

El corregidor de Jerez en la retirada, haciendo el oficio de buen capitán, fué el postrero que entró en la ciudad, llevando delante toda la gente que con él había quedado, habiendo muerto á un inglés de una lanzada en el acometimiento que se hizo: venía á su lado su alférez mayor Don Cristóbal de la Cueva.

Hallóse (cuando entraron los ingleses en la ciudad) el corregidor de Jerez con los de su partida, solo en la plaza, que poco antes estaba ocupada y llena de gente, y no viendo á quien poder convocar para acometer al enemigo, que ya pisaba seguro las calles de Cádiz, hizo con los que le seguían algunos acometimientos contra él; mas como era poca la resistencia contra tanta carga, fuéle forzoso retirarse con los demás y entrarse en una casa que le pareció á propósito, donde se hicieron fuertes, y se defendieron tirando de lo alto de las azoteas piedras y otras cosas, con que mataron á algunos ingleses, sin quererse rendir, aunque vieron que el resto de la ciudad estaba rendido, hasta que vinieron dos compañías de enemigos á combatir y romper la puerta de la casa; y con todo no se quisieron rendir hasta que les tiraron dos piezas de artillería, una de las cuales pasó por alto; la otra llevó un pedazo de la azotea. Con esta fuerza, viendo que era imposible entretenerse sin notable daño, se rindieron

y fueron tomados por cautivos el corregidor y todos los que con él estaban“.

Pagaron por su rescate dos mil ducados, y, en vista de la imposibilidad de toda defensa en Cádiz, se volvieron á Jerez para preparar los medios de resistencia por si el enemigo intentase acometer dicha ciudad.

5.^a—Absurda disposición del corregidor de Cádiz.

El P. Fr. Pedro de Abreu censura enérgicamente al corregidor de Cádiz, por la imprevisión y descuido con que procedió en todo; y en especial reprueba su conducta cuando, á vista ya de la ciudad el enemigo, “mandó pregonar que ningún vecino, mujer, ni otra persona alguna, saliese de la población, ni enviase hacienda ninguna, ropa, dinero, ni otra cosa fuera de ella, so pena de la vida. Detúvose la gente toda por esta causa, unos por el temor de la pena publicada; otros por confiar en vanas esperanzas“.

Esta cruel prohibición produjo gravísimas consecuencias. Sin ella, los resultados de la toma y del saqueo, no hubieran revestido caracteres tan lastimosos. La mayor parte del vecindario se habría salvado con todas sus joyas, dinero, ropas y papeles en los días que precedieron á la invasión, huyendo por tierra á las poblaciones circunvecinas, y el enemigo viera así del todo sus planes de rapiña frustrados. Ni aun hubo la precaución de dejar salir siquiera á la gente inútil, por su debilidad, edad y achaques, mujeres, ancianos, religiosas, que luego tuvieron que marchar precipitadamente, confiados en la compasiva lástima de los vencedores, aunque obligados á sufrir vejámenes y denuestos, en el camino por mar ó por tierra, como todos los que se ausentaron, á pesar de las órdenes repetidas del Conde de Essex.

Y todavía se hubieren disculpado los pregones prohibitivos del corregidor, si estuviera él y todos dispuestos á una resistencia desesperada, hasta morir ó vencer; pero no se comprende tal tenacidad, cuando fué el primero en mostrar su amilanamiento después que entró en Cádiz el enemigo. “El corregidor (dice Abreu) se recogió al castillo con su mujer, hijos y hacienda, dejando la ciudad desamparada, y sin quien la gobernase, lo cual fué causa que todos desmayaran y se acobardasen, inclinándose más á la misericordia dudosa del enemigo que á la justicia rigurosa que pudiera usar si quisiera“.

Llegó á tal extremo el descuido del corregidor, que constándole haber en las atarazanas de Cádiz algunas piezas de artillería y municiones, no intentó aprovecharlas para defender la población. Los enemigos, todo se lo llevaron después.

6.^a—Carta que escribieron al corregidor y Cabildo de Cádiz los rehenes que fueron á Inglaterra.

Los nombres y apellidos de los firmantes, son los siguientes: D. Antonio Girón de Zúñiga.—D. Payo Patiño.—D. Diego de Mendoza.—Martín de Urquiano.—Francisco Moreno.—El Licenciado Gil.—Alonso Núñez de Herrera.—Antonio Enriquez.—Bartolomé de Amaya.—Nuño de Villavicencio.—Marcos Centurión.—Jácome de Sopranis.—D. Juan Núñez de Villavicencio.—D. Anfión Boquín de Varicio.—D. Matías Vidal y Codina.—Diego de Polanco.—Cristóbal Marrufo.—Cristóbal Chirinos.—Diego Hernández de Baeza.—Enrique Váez de Vargas.—D. Francisco Ponce de León.

Estos eran los rehenes del Cabildo catedral y del Ayuntamiento. El número de todos, caballeros, propietarios y mercaderes, llegaba á cincuenta y seis.

El 7 de Febrero del año 98 dirigieron los prisioneros una carta al corregidor y Cabildo de Cádiz, en que le daban cuenta de su situación desgraciada. Dióse lectura de ella en la sesión celebrada el 3 de Abril, en cuya acta capitular se copia íntegra la carta. La publicó D. Adolfo de Castro entre los documentos ilustratorios que acompañan á la *Historia del saqueo*, por Pedro de Abreu. Es una lamentación amarguísima, que pone de relieve la sórdida avaricia del Conde de Essex y la incuria abominable de las autoridades de Cádiz y del mismo Rey.

“La esperanza que teníamos (empiezan diciendo) de que este nuestro negocio se remediará de suerte, que se acabaran tantos trabajos, nos ha sustentado en medio de ellos, hasta ahora, que ha llegado á extremo que, si no es con el favor y ayuda de vuestras mercedes, tenemos por muy cierta la muerte en Inglaterra, porque el Sr. Conde de Essex, *cansado de ver que no se cumplía* lo que vuestras mercedes le prometieron, determinó apretarnos, y lo mandó hacer con tanto rigor y aspereza, que sería infinito el contarle, metiéndonos en unos sótanos debajo de tierra, tan húmedos y frios, que las paredes manaban agua, y el aire y hielo nos penetraban en los huesos por los meses de Diciembre y Enero, en que en estas tierras es insoportable el frio, sin reparo ni abrigo, sino poca paja sobre el suelo, que de húmedo y sucio criaba sapos y otras inmundicias, y nuestros ferreruelos encima, dándonos á comer por tasa, no consintiendo que saliésemos á hacer las necesidades naturales, lo que causaba que, á vueltas del mal olor, pensáramos exhalar los espíritus“.

“Y, porque en estos trabajos nos hallaron constantes y muy determinados de no prometer lo que no podíamos cumplir, mandaron que echásemos suertes, con intento de matar afrentosa y violentamente á cinco de nosotros, á quienes cayesen, continuando después con los demás, de manera que en breve nos acabasen á todos; y habiéndolas con violencia echado, cayeron á los racioneros Pedro Díaz Zarzo, Juan Muñoz, Enrique Váez de Vargas, el Lcdo. Gil de la Sierpe y Pedro Leonel, *á los cuales sacaron para ahorcar, habiendo convocado para el triste espectáculo infinidad de gente de este pueblo y los circunvecinos, y preparado todos los instrumentos de la muerte, no faltando más que ejecutarlas en presencia de todos*”.

Añadían los cautivos que, por evitar tales daños, y juntamente la infamia y deshonor que de ello se seguiría á la nación española y á la ciudad de Cádiz, pidieron misericordia al Conde de Essex, obligándose de nuevo á pasar por lo que mandase. Fueron á Lóndres cinco caballeros, habláronle y, de rodillas y con lágrimas en los ojos, le suplicaron que, en atención á haber quedado en situación tan aflictiva y precaria las personas por quienes se hallaban en Inglaterra, se sirviese hacerles alguna merced y se mostrara generoso. Pero el Conde les respondió con sequedad que estaba muy sentido por el incumplimiento de lo pactado, y que los desengañaba; pues, ó pagarían todo por completo, ó se satisfaría de sus vidas, por convenir así á su honor y á su patria.

En vista de esto, los rehenes se obligaron á pagar los ciento veinte mil ducados pedidos, cantidad muy alta, que dividida entre ellos, les era de todo punto imposible entregar por haber quedado sin recursos, harto flacos y rematados casi. “No obstante lo cual (decían) enviamos poderes y recaudos á nuestras casas para que se venda ó empeñe lo que nos ha quedado, afirmando que no solamente ciento veinte mil ducados, sino un millón diéramos, si le hubiera, para redimirnos del trabajo en que estamos y de la miserable muerte que sin duda nos espera, si no cumplimos lo prometido”.

Hacían presente después al Cabildo seglar de Cádiz, que no pudiendo alcanzar á tanta suma sus propias haciendas y las de sus deudos y amigos, le suplicaban se doliesen de ellos, y considerasen (justa y sentida reconvención) que padecían por todos, y que fueron á Inglaterra “por evitar las muertes, daños y deshonras que todos hubieran padecido en sus personas y en las de sus mujeres, hermanas ó hijas, siendo causa con su cautiverio de que tuviesen libertad”, y excu-

saran lo que por su rescate hubiesen de pagar, que fuera mucho más de lo que ahora ellos demandaban.

Esperaban, pues, los desgraciados suplicantes, que los señores del Cabildo de Cádiz acudiesen al remedio de su gran necesidad con prontitud y cariño. Instaban para que se nombrasen personas encargadas de juntar el más dinero que fuese posible y gestionar con los pueblos de Andalucía les asistiesen y ayudasen muy de veras. Deseaban, especialmente, que los cabildos eclesiásticos y seglares de Sevilla y Jerez, les favorecieran con cuanto pudiesen. Todo debía encaminarse al objeto deseado, que era el de reunir con lo que se consiguiese, más lo que se había de sacar por las haciendas que se vendieran de los cautivos, la suma de los 120 mil ducados que era menester para la redención de su libertad y de sus vidas. “Mandarán vuestras mercedes (concluye diciendo la lastimera exposición) remitir los dineros á Amberes á Juan de Buirevan Alest, para que, dando por cada uno de nosotros la parte que Pedro del Castillo nos ha repartido, con más el doblo, nos den aquí libertad y pasaporte bastante; y porque en esto hay las aflicciones en que quedamos, no somos más largos, confiados de que vuestras mercedes nos harán merced; á quienes guarde Nuestro Señor y acreciente como puede”.

Los señores del Cabildo oyeron la lectura de la carta con grandísimo sentimiento; acordaron enviar, inútilmente, copia de ella al Rey; nombraron individuos de su seno para que interviesen al vender los bienes de los cautivos con el fin de obtener las más ventajosas posturas; representaron á los pueblos y cabildos la situación desesperada de los afligidos rehenes; y, con el laudable propósito de resolver cuanto antes el negocio, suplicaron se les autorizase para “echar una sisa” sobre el vecindario por cantidad de cuarenta mil ducados. Pero ningunos de aquellos proyectos y peticiones hubieron de producir el resultado que se anhelaba, según probaron los hechos.

Los cautivos no volvieron á Cádiz hasta cinco años después. Varios fallecieron en Inglaterra, y el corregidor de Cádiz, D. Antonio Girón, principal causante del desastre, murió de melancolía, viéndose tan pobre y tan desacreditado en la opinión de sus convecinos.

Los rehenes supieron, sin embargo, dos años antes de volver libres á España, (en 23 de Febrero de 1601) que había caído del favor y privanza de su reina, y sido decapitado por rebelde, aquel Conde de Essex que con tanto rigor les exigía el pago del rescate con amenaza de sus vidas.

7.^a—El Duque de Medina Sidonia. Pobreza de sus actos. Su desprestigio en la opinión pública.

En los tiempos de Felipe II no hubo personaje, entre la principal nobleza, que menos considerado estuviese que el sétimo Duque de Medina Sidonia, D. Alonso de Guzmán el Bueno, hijo de D. Juan Claros y D.^a Leonor Manrique de Zúñiga. Nació el 10 de Setiembre del año de 1550. Á los ocho de edad heredó los grandes estados de sus padres: á los dieciocho se desposó, por indicación regia, con una hija de la Princesa de Éboli, llamada D.^a Ana de Silva y Mendoza, niña á la sazón de siete años. Á los cuatro después, con dispensa del Papa Urbano VI, se efectuó el matrimonio y consumó la unión.

No tenía el magnate condiciones para descollar como general ni diplomático; nada hizo tampoco que le hiciera sobresalir del nivel común. Sin otros méritos, por consiguiente, que su enlace con la hija mayor de Rui Gómez de Silva, gozó, sin embargo, de los más altos favores en la estimación del monarca; y algunas veces, por lo extraordinarios, sirvieron de murmuración á los maliciosos. El Rey quiso ascenderle á honrosos puestos, donde pudiese mostrar sus aptitudes para el mando; pero tan poco idóneo se encontraba, ó tan torpe se creía, que como gracia suplicó se dejara sin efecto lo que, como reconocido, hubiese apreciado cualquier caballero por singular distinción. Condecorado con el Toisón de oro, resolvió Felipe II nombrarle capitán general de Lombardía, que comprendía los importantísimos cargos de gobernador y lugarteniente del castillo de Milán. Expidiósele el título con los despachos del Rey, documentos que se han hecho del público dominio, insertándolos en los coleccionados para la Historia de España.

Le recomendaba el Rey la urgencia de la partida, y hasta le enviaba la cifra especial que había de servirle para comunicarse con él particularmente, sin intervención ni conocimiento ajeno. Pero el Duque no se puso en viaje ni tomó posesión de su puesto, como su Rey y Señor mandaba. Envio á la corte al P. Fr. Vicente Herrera, fingiendo que estaba enfermo, y suplicaba se le dispensase de semejante honor. Escribiendo el secretario Mateo Vázquez al Duque, le anunciaba que su mensajero había cumplido la comisión con suma prudencia. Su Majestad, tan autoritario con todos, y que no admitía de nadie la menor advertencia ni súplica acerca del cum-

plimiento de sus órdenes soberanas, oyó benévola-mente al Padre, y aun llegó á desistir de su primer mandato.

“*No faltará por acá, dijo, en qué emplearlo*“. El Rey, sin embargo, como si tuviese á menos que se trasluciera su condescendencia ó debilidad, encargó el mayor silencio sobre aquella determinación, á cuyo efecto el Duque había de devolver con secreto los despachos que se le enviaron. Desde entonces hasta el año 87 ocupóse en asuntos de flotas y otros cometidos que le dió el Rey, además de dedicar su principal atención á los negocios particulares, especialmente á la pesca de los atunes, gran mina de riqueza para su casa.

Cuando el Drake estuvo en la bahía de Cádiz el dicho año 87, censuróse por la ciudad la lentitud con que procedió el Duque en aprestar medios para perseguirlo; pero del enojo que le produjo la franqueza de las autoridades, consolóle, como sabemos, una amistosa carta de su decidido protector el Rey, en la que con paternal longanimidad ponía por las nubes su celo, y mandaba á los que le pusieron en tela de juicio que no insistiesen en su injusta reprensión. Sin embargo, el desatender aquellas censuras dió lugar, años adelante, á la toma y saqueo del 96, de lo que suministran irrecusables datos la misma epístola laudatoria. “Advertido quedo (le decía el Rey) de la gente que hay en Cádiz para la guardia de ella y del buen recaudo que en ello vais dando, y porque es necesario que haya orden en el sustento de la que allí queda á cargo del capitán Diego de Melgarejo, *os encargo que miréis en ello y me aviséis de lo que os pareciere que se debe hacer, y si bastarían para guarda y seguridad de aquella ciudad la gente que Sevilla envía*, pagados por el tiempo que allí estuviesen, ó se debería tener otra forma para ello y cuál, no dejando, en el entretanto que me lo aviséis, de dar orden que, de una manera ó de otra, esté aquella ciudad en la buena guardia y defensa que conviene, y que vos lo procuréis así, pues veis lo que en ello va“. (*) Advertencias que el Duque no tomó en cuenta nunca, pues ni antes ni después, podía mostrar condiciones de mando y prudencia de que carecía en absoluto. Su esposa, que le conocía mejor que el Rey y la camarilla de aduladores, lamentó que se le hubiese nombrado para jefe de la armada contra Inglaterra, porque le constaba su incapacidad para cuanto no fuera asuntos particulares y domésticos.

El P. Victoria, que escribió con muchos infor-

(*) Esta carta, signada de Andrés de Alba, se inserta

en la Colección Navarrete, tomo XXX).

mes sus interesantísimos *Apuntes*, dice sobre esto que, como la Duquesa era muy avisada y aguda, comprendía "las infamias y daños que la Armada había de recibir, y España y el Duque, si iba él por cabeza, y procuró estorbarlo, pues sabía bien cuán para poco era; y como no pudo, estuvo muy afligida y triste. Y consolándola y animándola ciertas señoras amigas, diciendo que el cargo que al Duque había dado Su Majestad, era el de más honra y provecho que había habido, dijo: *Señoras, yo sé que el Duque es bueno para dentro de su casa y para donde no le conocen; y pésame que lo han de conocer y ha de perder su reputación*".

Nada pudo levantar al Duque en el concepto público, á pesar de las bondadosas ternuras del Rey, antes y después del fracaso de la *Invencible*. Sus deudos podían enaltecerlo y hacer un dibujo físico y moral de sus disposiciones y méritos que no dejaba que desear nada, y sirvió al P. Victoria para trazar su retrato con desenfada y cáustica pluma. "Era (dice) el mejor hombre de caballo de toda España, y el que mejor y con más ánimo jugaba cañas y toreaba y alanceaba toros bravísimos, y hacía toda gentileza y valentía, con ser pequeño de cuerpo, aunque rehecho, y de lindo rostro atezado, *las patas botadas para fuera*, de edad de 40 años; y si corto quedó y no dió batalla naval, y se tornó, no se debía atribuir á miedo y cobardía, sino al andar atado al consejo de Diego Flores Valdés, que no debiera, y así fué traído el Flores desde Santander preso al castillo de Burgos con dos alguaciles y seis arcabuceros".

Nada de eso importaba á los que censuraban al Duque. Sus grandes méritos como diestro jinete y alanceador de toros, no eran parte, ni podían serlo nunca, para cohonestar en lo más mínimo sus torpezas y nulas facultades para la milicia y la dirección de armadas. Fué capitán general del mar Océano y de la costa de Andalucía, sin poderlo ni deberlo ser, porque el hombre que se mareaba en cuanto ponía el pie en un barco, hallábase incapacitado desde luego para desempeñar cargos superiores en las fuerzas marítimas. Sólo por la inexplicable protección del Rey, logró verse en tales alturas, con deshonra y ruina de la patria.

La opinión general en toda España era, contra las preferencias inconsideradas y los elogios infundados del monarca, adversa por completo al Duque. El mismo P. Victoria lo dice por estas terminantes palabras: "Generales, maestros de campo, capitanes, ministros, soldados, fuera de las escrituras auténticas que de ello hay, *conformaban en que perdió la honra, reputación y*

fama de España y la de su persona y casa, teniendo cobardía y continuo pavor y miedo de morir, (cosa muy ajena de sus pasados), avaricia, dureza y crueldad; y como en todo se mostró pusilánime y de mal gobierno, así fué menospreciado de todos, y lo corrieron y afrentaron, baldonaron y deshonraron por todo el camino, y aun apedrearon los muchachos de Medina del Campo y Salamanca".

Pero el Rey estaba tan ciego por su protegido, que nada podía servir de desengaño. Ni aún las imprevisiones y fatales tardanzas que motivaron el saqueo de Cádiz, pudieron bastar para enseñanza. Aun aquello se creyó como acto disculpable, si no meritorio, según demostró el suceso. El mismo año que murió el Rey, cuando aún resonaban en España los tristes lamentos de los abandonados cautivos en Inglaterra, el Duque recibía nueva prueba de la regia confianza. Sin dejar de ser capitán general del mar Océano y de la costa de Andalucía, para que siguiera cometiendo inconveniencias y absurdos, subíasele al eminente puesto de Consejero de Estado y Guerra, donde en nada ni para nada podrían valer los consejos de un hombre que no comprendía siquiera qué cosa era razón de Estado, y juzgaba tal vez que la guerra sólo podía servir para ostentación vanidosa de potentes escuadras.

Si como hombre público fué el Duque una verdadera calamidad, en su vida doméstica no reveló tampoco ningunas cualidades extraordinarias. Siempre codicioso y avaro, con grandes rentas, que ascendían á infinito número de miles de ducados al año, no estaba satisfecho nunca de su posición. Siempre se quejaba de sus escaseces y de lo pobre que dejaría á sus hijos. Su corazón estaba donde sus tesoros. Todo lo posponía á su ambición metálica. En las intimidades de la correspondencia epistolar, se lamentaba con el secretario Mateo Vázquez del resultado negativo utilitario que le había reportado su matrimonio. Hasta llegaba á dolerse de los gastos que le ocasionaba la estancia de su cuñado en Sanlúcar, demás de los graves disgustos que le ocasionaba con su conducta de mozo calavera.

Cuando llegó á Santander, á su vuelta de Inglaterra, derrotado y afligido, y se puso en camino para su casa, su primer cuidado fué que muchas acémilas cargadas de dinero le siguiesen, como si allí estuviera la gloria de todas sus aspiraciones y la suprema felicidad de su vida.

La adulación de algunos poetas pudo poner por las nubes el nombre y las nunca vistas proezas del Duque; pero la imparcial historia y la recta crítica jamás han aceptado tan impertinentes ditirambos. D. Luis de Góngora, el gran poe-

ta cordobés, tuvo frases altisonantes para ensalzarlo; pero no era de extrañar esto, pues las extravagancias de su musa, unas veces le inspiraban rendimientos soberanos al poderoso, otras le hacían prorrumpir en quejas, y no pocas le incitaban á emplear los más odiosos dicterios y repugnantes calificativos, movido del desaire ó de la venganza.

Con ligereza sólo comparable á su áspera condición, fué Góngora el iluso preconizador del triunfo de la armada que iba dirigiendo el Duque; sueño dorado que vino á destruir la realidad con desencantos horribles.

Sus pronósticos de victoria contra los ingleses, era efecto de espejismo poético. Veía lo que sólo era producto de su exaltada imaginación.

El vate, que con entonaciones épicas, dirigiendo alabanzas á España, anunciándole que la gran armada volvería triunfante, llegaba á decirle:

Fía que en sangre del inglés pirata
Teñirá de escarlata
Su color verde y cano
El rico de ruinas Oceano;
Y, aunque de lejos con rigor traídas,
Ilustrará tus playas y tus puertos
De banderas rompidas,
De naves destrozadas y hombres muertos;

ese vate estaba llamado, por su mismo extraviado concepto de la verdad, ó por ministerio de su propia apasionada manera de juzgar hombres y hechos, á sublimar al Duque de Medina Sidonia como personaje digno de premios inmortales. Pero se equivocó en ésto, como demostró también su injusto criterio cuando, por móviles de odiosidad religiosa, cebándose en la conducta de la reina de Inglaterra, le llamaba con descaro inaudito:

Mujer de muchos y de muchos nuera!
¡Oh reina infame; reina, no; mas loba
Libidinosa y fiera!

Insultos miserables, que si pudieron agradar en aquellos momentos de efervescencia, no hallarán nunca, de seguro, justificación entre las personas prudentes; y más cuando todo el propósito era deprimir ante la consideración pública á la mujer, con intento de hacer aborrecible á la reina, por pecados de la carne, de que tenía también que avergonzarse mucho el Rey de España con toda su decantada religiosidad. Los estudios históricos han demostrado, sin lugar á dudas, que si en cuanto á flaquezas y pasiones amorosas entrambos monarcas corrieron por los mismos caminos de desvaríos, en orden á la capacidad política, conocimiento de los arcanos del Estado y de los medios más eficaces para levan-

tar á un país de su precaria situación y conducirlo á su naciente prosperidad con resoluciones firmes y acertadas; la reina de Inglaterra mostró superiores é incomparables ventajas de gobernante á las que dió el poderoso Rey de las Españas, D. Felipe II.

Esto era real y verdaderamente lo que mortificaba á los escritores españoles; esto lo que les obligaba á ser injustos; esto lo que les hacía proferir diatribas abominables. Por motivos religiosos no se decía lo cierto, para no confesar la supremacía intelectual de Isabel, y todos los tiros infamatorios se dirigían contra su debilidad mujeril. Justo es ya que la verdad se diga y propague, sin ambages ni rodeos. Isabel de Inglaterra contribuyó á la grandeza de su patria; Felipe II rebajó y empequeñeció la suya.

Valiera más que Góngora, en vez de lanzar frases injuriosas contra Isabel de Inglaterra y celebrar como un héroe al Duque de Medina hubiera censurado en éste la incomprensible mansedumbre con que supo, casi indiferentemente, el castigo cruelísimo aplicado á su suegra, la desgraciada Princesa de Éboli. Verdad que suplicó al Rey se le diese mejor trato, y se le consintiera estar presa en su mismo palacio de Pastrana; pero ¿qué hizo luego, cuando por muchos años fué allí más rigurosamente tratada cada día? ¿Cómo no procuró influir en el ánimo del Rey, por mediación de su mujer, hija de la Princesa, para que no se matase lentamente á su suegra por resentimientos y venganzas, nunca saciados, del piadoso Felipe II? Á su triste suerte quedó abandonada aquella pobre señora, y allí pereció, en medio de criminales mortificaciones, sin que el Duque de Medina Sidonia dejara de gozar, entretanto, de todas las felicidades posibles, las cuales le proporcionaban sus inmensas riquezas y los bien remunerados cargos con que le brindaba el Rey como en premio de su conformidad y sumisión.

Tan desconceptuado estaba el Duque, sobre todo después del año 96, que hasta un capellán suyo, obligado á sus favores, no sabiendo qué decir en alabanza directa del magnate, tuvo que mostrar por rodeos que no se atrevía á hacerlo estando aún vivo, no se achacasen á lisonja sus elogios. Llamábase el capellán Fray Francisco Torres, del monasterio de San Isidro del Campo, de Sevilla, fundación de los antecesores del sétimo Duque de Medina. Son muy de notar estas palabras de su dedicatoria: "Las cosas del Excelentísimo Sr. Duque D. Alonso Pérez de Guzmán, el Bueno, y su mucha cristiandad, otro de más autoridad, letras é ingenio las contará y escribirá adelante, *porque tratar loores de vi-*

vos, aunque sean tan ciertos que no se puedan negar, no carece de sospecha, mayormente escritos por capellán suyo, hijo de su monasterio de San Isidro: por tanto, los dejo para aquel á quien, después de muchos años que su Excelencia haya vivido, cupiere por buena suerte celebrarlos".

Pero todavía no ha llegado, ni probablemente llegará nunca, ese tiempo de gloriosa rehabilitación para el sétimo Duque de Medina Sidonia. Entre el montón anónimo de los endiosados inútiles estará siempre confundido su nombre, tan execrado con justicia en su tiempo.

Al escribir Alonso López de Haro su *Nobiliario genealógico de los Reyes y títulos de España*, no obstante que ya era muerto el Duque, tuvo que limitarse á decir vagas generalidades, sin poder fijarse en un hecho que le ofreciera materia acomodada al aplauso, y aun hubo de pasar por otros como sobre áscuas, para no faltar á la verdad, especialmente cuando habla de la jornada contra Inglaterra. (*)

Tuvo D. Alonso Pérez de Guzmán, llamado *el Bueno* por razones que se ignoran, el triste privilegio de no acertar en nada, y se captó por lo mismo la aversión de todos los hombres pensadores. No había cosa en que pusiese las manos que saliese bien. Hablando el cronista Antonio de Herrera de los sucesos ocurridos el año de 1581, refiere un caso desastroso á consecuencia de sus impremeditadas disposiciones.

En 1579 el corsario Francisco Drake había atravesado el estrecho de Magallanes y corrido el mar del Sur. D. Francisco de Toledo, virrey del Perú entonces, envió tras de él á Pedro Sarmiento y Antón Paulo, piloto, habiendo pasado el mismo estrecho del Sur al Norte. Cuando llegó á conocimiento del Rey lo sucedido, y sabedor del desasosiego que con tal motivo reinaba en el Perú, determinó mandar una armada "con fin de prevenir los daños que, habiendo abierto tal camino, se podían seguir". Certificaba Pedro Sarmiento que en la angostura del estrecho se podían hacer fuertes de ambas partes, desde los cuales fácilmente con la artillería se impidiese el paso á los navios. Hubo sobre esto pareceres

contrarios, y entre ellos se contaba el de D. Fernando Alvarez de Toledo, Duque de Alba.

"Pero el Rey (dice Herrera) mandó que se juntasen en el río de Sevilla veintitres navíos de alto bordo con cinco mil hombres de mar y guerra y pertrechos para las fábricas de los fuertes, capaces para trescientos hombres de guerra cada uno, con algunos pobladores, para facilitar más su conservación. Nombró por general de esta armada á Diego Flores de Valdés y por piloto mayor á Antón Paulo Corço, á Pedro Sarmiento por gobernador de los fuertes y poblaciones, y por ingeniero á Bautista Antonelli. Salió de Sanlúcar esta armada á 25 de Setiembre del año de 1581, *con tan mal tiempo, por la priesa que el Duque de Medina Sidonia daba, que, después de tres días de temporal de vendavales, volvió á la bahía de Cádiz con pérdida de tres navíos, habiéndose ahogado la mayor parte de la gente, y tan destrozada, que para repararse, se detuvo más de cuarenta días*". (*Hist. gen. del Mundo*, lib. 14, cap. XVII).

Ni los reveses ni las advertencias, ni las censuras ni los consejos sirvieron para hacer variar de rumbo al Duque. Si en 1581, por las precipitaciones de sus medidas, hizo perecer más de trescientos infelices de los navíos de Flores Valdés; si en 1588, sacrificó diez mil hombres por su gran impericia, aunque echó la culpa de todo al mismo Flores, quien por expresa orden del Rey, servíale entonces de principal y casi único consejero; si en 1596, vimos el triste papel que representó en Cádiz ante la poderosa escuadra británica, también dió prueba insigne de su improvisación en los últimos años de su vida, como si quisiera coronar con un terrible hecho su existencia de marino aborrecido y desacreditado.

Habiéndose sabido que venía al Estrecho una armada holandesa, año de 1606, dió órdenes terminantes, como almirante del mar Océano, al general Juan Alvarez de Avilés para que, so pena de ser tenido por traidor, esperase al enemigo fondeado en Gibraltar bajo la protección de los fuertes. Dió esto motivo á que los buques españoles fueran derrotados completamente y feneccieran con heroismo señalado Alvarez y el al-

(*) Sus textuales palabras son las siguientes: "D. Alonso Pérez de Guzmán, sétimo Duque de Medina Sidonia, décimo Conde de Niebla, cuarto Marqués de Caçaza, *que por excelencia fué llamado el Bueno*, sucedió en edad floreciente en sus poderosos estados al Duque D. Juan su abuelo, *siendo el señor mayor de renta* de todos los que hay en los reinos de Castilla y León, Aragón y Portugal. Sirvió al católico Rey D. Felipe el Segundo en todas las ocasiones y cosas que se ofrecieron de sus tiempos. Fué capitán general de las

costas de Andalucía, habiendo estado proveído por capitán general del Estado de Milán, *y después lo fué de la armada que el católico Rey D. Felipe el Segundo envió contra Inglaterra*. Casó con D.^a Ana de Silva y Mendoza, hija de Rui Gómez de Silva, Duque de Pastrana, príncipe de Éboli. Fué de la orden del Toisón de oro. Murió por Julio de 1615, dejando por sus hijos (entre otros) á D. Juan Manuel Pérez de Guzmán, *que sucedió en la casa*". (*Nob. gen.*, t. I, lib. I, página 62).

mirante Tomás Guerrero, con pérdida de diez galeones y más de seiscientos hombres. En las relaciones contemporáneas que se escribieron acerca de aquel infausto suceso, que se pudo evitar sin atenerse los jefes á las absurdas disposiciones del Duque de Medina, se le inculpa de todo con gran razón. Encuéntrase entre ellos el Lcdo. Mendoza, cura de la iglesia mayor de Gibraltar, testigo presencial de tan horrible desgracia. Por traidor se amenazaba considerar al obediente y heroico Alvarez si desobedecía ridículos mandatos, cuando en hecho de verdad el único traidor á la patria éralo el Duque por su ignorante petulancia, y su delito lo hubiera pagado en otro tiempo con la vida, como castigo ejemplar merecido, si no hubiese sido tan calorosamente protegido del Rey.

¡Qué contraste tan significativo entre aquel pobre desgraciado señor y sus gloriosos antecesores! Aquel heroico Alonso Pérez de Guzmán, el Bueno, progenitor de todos los Guzmanes, sabía sacrificar la vida de su propio hijo ante los muros de Tarifa por defender á su Rey; pero el falsamente llamado del mismo nombre y calificativo, no tenía espíritu heroico sino para sacrificar generales, caballeros y soldados á sus despóticos caprichos, mientras paseaba su vanidad por los retretes cortesanos ó escondíase entre sacas de lana por temor de que las balas enemigas le alcanzasen.

D. Enrique de Guzmán, segundo Conde de Niebla, en tiempo de D. Juan II, teniendo puesto cerco á Gibraltar para recuperarla, por salvar á un caballero suyo que le pedía socorro, ahogóse con las demás personas que le acompañaban en una barca; pero su descendiente Pérez de Guzmán, á quien llamaban por excelencia el Bueno, siendo el Malo, la única abnegación y acto caritativo que practicaba por sus prójimos, era el ocasionar la muerte de muchos cientos de personas ante el mismo Gibraltar, con determinaciones dictadas por la mayor de las imprudencias.

Por haber ganado á Gibraltar de los moros el primer Duque de Medina Sidonia, D. Juan Alonso de Guzmán, confirmóle el Rey Enrique IV el título ducal perpétuamente y con derecho de trasmitirlo á sus hijos y descendientes; pero su apocado sucesor D. Alonso Pérez de Guzmán, el de la Invencible, menguó el prestigio de los timbres nobiliarios de la casa con sus bajezas palaciegas, y su incapacidad para toda empresa guerrera y todo punto de honra militar.

Muchos otros ejemplos pudiéramos aducir si escribiésemos una obra acerca de aquel señor poderoso de Andalucía, el más rico de toda Es-

paña en los tiempos de Felipe II; pero basta con lo dicho, como corresponde á los términos á que tenemos que ceñirnos en esta ilustración, para la semblanza moral de una persona que tan perjudicial fué á la patria por su falta de méritos, inteligencia é iniciativa para las acciones des-pertadoras de gloria.

La principal responsabilidad de cuanto malo hizo como hombre público el Duque de Medina Sidonia, toda cae, sin atenuación ninguna, sobre su Señor y Rey. No se acabará de comprender nunca, sin atribuirlo á causas ignotas, cómo siendo monarca tan prudente D. Felipe, pudo cometer tan manifiesta imprudencia cual elegir preferentemente varias veces al Duque de Medina Sidonia, para los más altos puestos de la monarquía española en los tiempos de su mayor grandeza.

8.^a—Palabras textuales de un historiador sevillano. Otros ejemplos curiosos.

Hablando de esto en sus *Anales* D. Diego Ortiz de Zúñiga, resume los hechos en la siguiente forma:

“La muerte del Rey se avisó luego á esta ciudad, escribiendo el nuevo monarca á sus dos cabildos, como es costumbre, cuya carta al Eclesiástico, decía: Venerables Dean y Cabildo de la Santa Iglesia de Sevilla. El domingo pasado, que se contaron trece del presente, á las cinco horas de la mañana, fué nuestro Señor servido de llevarse para sí al Rey mi Señor de una larga y grave enfermedad (habiendo recibido los santos Sacramentos con gran devoción), de que he tenido y me queda la gran pena y sentimiento á que tan gran pérdida obliga, aunque no es pequeño consuelo haber acabado como tan católico y cristianísimo príncipe. Madrid, 18 de Setiembre de 1598”.

Prevínose para las honras túbulo suntuosísimo, animado de elegantes inscripciones, que imprimió en su historia Don Pablo de Espinosa, comenzándose á 24 de Noviembre, con asistencia de la ciudad, á que, por estar ausente su Asistente el Conde de Puño en Rostro, presidía el Lcdo. Collazos de Aguilar, su teniente mayor. Asistía la Real Audiencia con su Regente el Lcdo. Pedro López de Alday y el Santo Tribunal de la Inquisición. El día 25, destinado á la misa y oficio se atravesó tal competencia entre la Inquisición y la Audiencia Real por haber el Regente cubierto su asiento con un paño negro, que fulminando excomuniones la Inquisición, fué preciso que el Preste, que era el Dr. Luciano de Negrón, canónigo, se retirase á acabar la misa en la sacristía mayor, quedando los Tribunales en sus lugares gran parte del día en autos, protestas y requerimientos, hasta que, mediando el Marqués de la Algaba, D. Francisco de Guzmán, se tomó temperamento de que la Inquisición absolviese, y ambas partes diesen cuenta al Rey y al Consejo, cuya determinación tardó hasta fin del mes de Diciembre, en que, venida, se repitieron las honras á 30 y 31 de él, predicándolas el Mtro. Juan Bernal, de la Orden de la Merced, habiéndose todo este intermedio deteniéndose el túbulo y demás aparatos”. (*Anales de Sevilla*, lib. XVI, año 1598).

Estos choques de jurisdicción entre las autoridades civiles y eclesiásticas, fueron muy frecuentes durante los siglos XVI y XVII. Tráenos á la memoria lo ocurrido en Sevilla, otros casos bastante originales sucedidos en Cádiz á principios del último, que dan perfecta idea de la desapoderada soberbia y afectos mundanos que dominaban á los llamados ministros del Señor.

Estándose celebrando el domingo de Pasión, 27 de Marzo del año 1605, la procesión dentro de la Catedral, protextó el Corregidor contra el abuso depresivo de que detrás del obispo, y antes que el Cabildo seglar, fuesen todos sus criados, así eclesiásticos como legos, de cualesquier oficios y rango. El Ayuntamiento permaneció sentado. El obispo lo excomulgó y fulminó entredicho. El Cabildo eclesiástico quiso intervenir para un arreglo; pero fué inútil, y cesaron los oficios divinos.

El Ayuntamiento recurrió en queja ante la Superioridad, y se reconoció su derecho. Por provisión, fechada el 28 de

Junio, determinóse que el obispo no pudiese llevar detrás de sí y delante de la ciudad más que dos capellanes y el caudatario.

* * *

El otro suceso, (11 de Junio de 1615) tuvo un origen repugnante. El provisor de Cádiz quería *entrar sus vinos sin licencia*. El corregidor no creyó justo concederla, por ser en perjuicio de los privilegios de la ciudad. Excomulgóle el obispo. La chancillería de Granada dió provisión absoluta; pero el obispo, terco y soberbio, no quiso acatarla, y fué menester dirigir nuevos recursos para conseguirlo. Como que era día del Corpus el 17 de Junio, el Ayuntamiento presentó un escrito al obispo pidiendo se absolviera al corregidor, para que pudiese asistir á la procesión y fiesta. No se logró nada, aunque algunos individuos del Cabildo Catedral lo procuraron. La ciudad envió una legacía al prelado el día 19, con objeto de manifestarle su sentimiento por no haber absuelto al corregidor.

CAPÍTULO IV.

La leyenda de Argamasilla. Últimos años que residió Cervantes en Andalucía.

Qué fundamento tienen las tradiciones manchegas.—Examínanse y se refutan.—Tradiciones del Toboso.—Tradición de Argamasilla de Alba.—Cómo se propagaron.—El Miguel de Cervantes de Alcázar, comisionista.—Supuesta prisión de Cervantes Saavedra en Argamasilla.—Recházanse las afirmaciones hechas.—Pruebas inaceptables.—Aspectos diferentes por que ha pasado esta cuestión.—Conjeturas de D. Tomás González.—Observaciones aclaratorias.—Lo más razonable.—Carencia de documentos.—Nuevos datos sin validez para confirmar la leyenda.—Errores difundidos por doctos escritores.—Negativa absoluta.—Movimiento literario y artístico de Sevilla durante el tiempo que residió Cervantes en Andalucía.—Su participación en él.—Escritores y poetas renombrados.—Contrato de Cervantes con el comediante Rodrigo Osorio.—Lo mucho que le favorece y realza.—Principales academias literarias que existían en Sevilla cuando estuvo allí Cervantes, ó años después.—Es muy probable que leyese en ellas Miguel algunas de las obras que tenía compuestas.—Alusiones que lo persuaden ó testifican.—Castigo ejemplar de dos adúlteros.—Lo que escribió Cervantes con referencia á él en *Persiles y Segismunda*.—Reforma que indica en dichos pasajes de las leyes vigentes entonces sobre esa materia.—Cómo influyeron sus consejos en la opinión pública.—Ejemplos.—Fr. Juan Bernal, religioso de la orden de la Merced.—Sus excelsas virtudes.—Su gran acto bienhechor.—Su entrada triunfal en Sevilla.—Nuevos disgustos que ocasionan á Cervantes los alcances de cuenta en 1603.—Su inculpabilidad.—Documentos oficiales.—Bartolomé del Pedroso.—Sospechas y conjeturas.—Sucesos que excitaron la atención pública en dicho año.—Otro falso Rey D. Sebastián.—Terribles castigos.—Sale Cervantes de Andalucía y se dirige á la corte.

Hay un espacio de tiempo en la vida de Cervantes, donde los hechos comprobados carecen de la debida precisión; y en esos años han incluido algunos biógrafos, con más ingenio que oportunidad, ciertas comisiones que la tradición suponía haber desempeñado Miguel de Cervantes en la Mancha.

Pero los sucesos de Argamasilla de Alba, que tanto han llamado la atención por la exagerada importancia que le atribuyeron los primeros biógrafos de Cervantes, resultan, ó del todo falsos, ó forjados á capricho. Punto es éste en la vida de Cervantes muy de considerar por lo mismo que precisa rebatir deducciones mal fundadas, hasta ahora creídas, ó tenidas en algún valor, y demostrar que, cuanto se refiere á Cervantes en sus comisiones de la Mancha, carece de certeza y se funda sólo en manifiesta equivocación ó en invención inadmisible.

Como documento merecedor de gran crédito y fe se tuvo por los primeros autores que de Cervantes trataron, una tradición que corría por la Mancha á mediados del siglo XVIII, la cual intentaba persuadir que el autor del *Quijote* había sido natural de aquella provincia, y estado

preso por cobranza de apremios en Argamasilla de Alba, en cuya cárcel escribiría probablemente su obra imperecedera; tradición sin examen suficiente adoptada y seguida, con notorio perjuicio de la verdad y de la lógica, aun después de descubrirse documentos que patentizaron la falsedad de las suposiciones argamasillescas.

Y decímoslo, porque si bien un tiempo pudo excusarse que los literatos estuviesen decididos á sostener la opinión de que el autor del *Quijote* hubiese nacido en Consuegra ó en Alcázar de San Juan, fué indiscreto el seguir las anteriores opiniones equivocadas desde el momento en que comprobóse, de modo indiscutible, haber sido Cervantes, el cautivo y el literato, natural de Alcalá de Henares.

Mas, si bien es cierto que ya hoy por rareza existen escritores que sostienen que Cervantes sea natural de Alcázar de San Juan ó de Consuegra, estando todos contestes en que nació en Alcalá de Henares, insístese, no obstante, en la propagación de la antigua noticia indiscretamente dada y más indiscretamente sostenida: la noticia, fundada en conjeturas y tradiciones no bien comprobadas, de que Cervantes estuvo alguna

vez en la Mancha, donde ejerció el cargo de comisionado, siendo preso en Argamasilla de Alba, y sufriendo en aquella cárcel riguroso encerramiento.

La leyenda de estos sucesos cobró cierta autoridad desde que en el siglo XVIII publicaron D. Vicente de los Rios y D. Juan Antonio Pelli- cer sus trabajos sobre Cervantes, por más que la permanencia de éste en la Mancha y su prisión en Argamasilla se hubiera sostenido ya por algunos escritores, fundándose en una tradición vulgar. Refiérese que, yendo Miguel de Cervantes á Argamasilla de Alba á recaudar ciertas cantidades que los vecinos de aquel pueblo adeudaban al Gran Priorato de San Juan, fué preso y severamente castigado, por espacio de cinco años, habiéndose transmitido de padres á hijos que la casa donde estuvo encerrado en Argamasilla era la conocida por de Medrano. (*) En apoyo de la tradición vinieron luego las sutilezas de algunos críticos y las condescendencias de otros, y la fábula adquirió carta de certeza, y adoptóse la ficción como documento verídico, irrefutable y concluyente; de tal modo, que en el año de 1863, hízose especial edición de *El Quijote* en Argamasilla, en la misma morada donde se cree que estuvo preso Cervantes, y aun se sustentó ya por muchísimos escritores de nota, como dato histórico muy cierto lo referido, y se pedía al Gobierno, como si se tratase de conservar un gran monumento, ó un recuerdo altamente patriótico, la reparación de la casi derruida casa de Medrano.

Se han desmentido ya por completo tales insistentes aseveraciones, y demostrado también que en modo alguno se refiere lo de la prisión de Argamasilla de Alba al Cervantes autor de *El Quijote*. Para ello bastó sólo una observación, pero bien concluyente. Sábese que pocos años después del nacimiento de Cervantes Saavedra, el de Alcalá, vió la luz en Alcázar de San Juan otro Miguel de Cervantes. Consta que el de Al-

calá fué hombre ilustradísimo y soldado valeroso, que estuvo en Lepanto y escribió *El Quijote*: del otro, poseemos conocimiento de su existencia por la partida que hay en Alcázar de San Juan, no tenemos noticia de que fuese escritor, y es muy posible que viviera y muriese en el mismo pueblo ó comarca de su naturaleza. Siendo esto así, como indudablemente lo es, ¿por qué no adaptar á ese Miguel de Cervantes Saavedra manchego cuantas tradiciones se conservan y han conservado respecto de Argamasilla de Alba? ¿No es muy verosímil que el Cervantes manchego, con parientes en Alcázar de San Juan, fuese designado por el Gran Priorato para el cobro de esas cantidades, que según tradición, fué á cobrar á Argamasilla, cuyos vecinos eran deudores á la Orden? ¿No es muy probable que las penalidades sufridas por el comisionado, sus reve- ses, su prisión y sus desventuras se propagarían por toda la Mancha, transmitiéndose la tradición de unos en otros hasta nuestros días?

¿Y qué mucho que, por lo mismo de tratarse de una ofensa cometida por una aldea contra una Orden respetable y que tenía tan grande influencia en toda la Mancha, se hablase con insistencia del desacato y de la persecución, y alcanzara un nombre popular en aquellos pueblos el comisionado maltrecho? Decimos esto, en el caso de que aparezcan ó aparecieren documentos que comprobasen estos asuntos, refiriéndose á un Miguel de Cervantes Saavedra, preso en Argamasilla por comisionado: que actualmente, y no habiéndose hallado ningún documento que á estos particulares se refiera en los archivos de aquellos pueblos, ni en los archivos nacionales, bien pudiéramos decir que la tradición de la Mancha, no sólo no se puede aplicar á Miguel de Cervantes el de Alcalá, pero aun sería dificultoso el verificarlo respecto del nacido en Alcázar. Resulta para nosotros indudable que tal tradición es una de esas falsedades que la conveniencia propaga y el espíritu de novedades autoriza. (**)

(*) Otras dos tradiciones se propalaron los tiempos pasados: primera, la de que había sido preso Cervantes por haber empleado las aguas del Guadiana (con perjuicio de los vecinos de Argamasilla que regaban con ellas su campos), para elaboración de salitres y pólvora en la fábrica del pueblo; y segunda, la de haber sido preso en el lugar del Toboso por decir á una mujer un chiste picante. La última tradición es grotesca.

(**) Lo único que pudiera persuadir, hasta cierto punto, que Cervantes hubiese estado por algún tiempo desempeñando alguna comisión en la Mancha, sería lo que decía D. Tomás González en carta que dirigió á D. Martín Fernández de Navarrete, fechada en Simancas el 10 de Mayo de 1819; y aun eso no se funda, después de todo, sino en con-

jeturas é inducciones, que no hacen prueba plena, ni siquiera aceptable.

“Dos apuntaciones curiosas (son sus palabras) he hecho al tiempo de ordenar los papeles del registro de hacienda. 1.^a Que la villa del Toboso comenzó á practicar sus diligencias para que se la hiciese villa ordinaria y con jurisdicción de por si y sobre si en el año de 1584; cuyo privilegio se le despachó en 1589. Para esto se envió un comisionado especial con alguacil y escribano, que formasen el expediente de estilo justificando las causas que alegaban para eximirse de la orgullosa capital de Alcázar de San Juan. No consta quién fuese el alguacil de la comisión; pero resulta que hubo grandes camorras durante ella entre los comisionados y vecinos del Toboso con los de Alcázar, y que se llegó á tér-

Pero no contentos algunos escritores con haber propagado la leyenda de la prisión en Argamasilla, aún se esparcen otras vaguedades en el campo de las discusiones, como si, para explicar hechos y actos de la vida del Autor imperecedero, hiciera alguna falta el sostener el cuento antiguo, ó relatar otros nuevos, no menos forjados á voluntad que los anteriores; que no otra censura merecen los últimamente propagados. Dícese que existe cierta tradición en Argamasilla por la cual consta que Cervantes, al casarse con D.^a Catalina, incurrió en el desagrado de varios de los parientes de ésta, que vivían en aquel pueblo, y que más tarde, habiendo ido nuestro autor allí con objeto de recaudar tributos, y mostrándose sumamente riguroso y aun exigente en el desempeño de su cometido, uno de aquellos parientes, que entonces ejercía cargo de autoridad en la población, se vengó de Cervantes, y de los sinsabores que le había producido el matrimonio con D.^a Catalina, persiguiéndole y encerrándolo en la cárcel.

Añádese á ésto la enemistad de linaje que dicen predominó siempre en el referido individuo, por creer que la familia de los Palacios se rebajaba, enlazándose por los vínculos del matrimonio con la familia de los Cervantes.

Otros no creen ya en lo de la prisión, pero no niegan rotundamente lo de Argamasilla, porque opinan ó sospechan que Cervantes tendría parientes en la Mancha, y que, al ver éstos la afición de Cervantes á la literatura y su intención de obtener destinos que recompensasen sus trabajos, aun desatendiendo sus quehaceres domésticos, y alejándose de Esquivias, pueblo donde se casó y donde vivía la mayor parte de la familia de su mujer; ya muy descontentos, sembrarían la cizaña en el seno de aquella familia, recordando sus negativas al casamiento y encareciendo la realización de sus pronósticos.

Estas tradiciones hállanse tan destituidas de fundamento como las que dejamos mencionadas: las dos son insostenibles; y la última, no es en Argamasilla donde se conserva, sino en Esquivias, como refirió D. Manuel Victor García, ilustrado y entusiasta cervantista de aquella población.

Cuentan en Esquivias que vivía allí por los años de 1584 un hidalgo llamado D. Alonso Quijada y Salazar, hermano de la señora madre de D.^a Catalina, la que fué después esposa de Cervantes; que tanto el D. Alonso como el padre de la novia llevaron á mal que D.^a Catalina hablase con Miguel de Cervantes, y que la joven se casó al finalizar de aquel mismo año, aunque con grandísimo disgusto de D. Alonso, y muerto ya el padre de la doncella de Esquivias.

Esta tradición tiene algunos más títulos de verosimilitud, cuanto que consta (y en el capítulo correspondiente lo hemos dicho), que desde pocos meses después de su matrimonio se retiró Cervantes á habitar en Madrid, no cuidando de sus campos y posesiones de Esquivias, así por la dignidad é independencia de su carácter, como por desmentir las suposiciones alambicadas é impertinentes de que había contraído matrimonio para vivir con las rentas de su esposa.

Y mucho más nos corroboramos en estos juicios, cuando sabemos por referencia que la familia de los Quijadas y Salazar existió en Esquivias, y pudo oponerse en todo á Cervantes por espíritu de contradicción y excesivo celo de parentesco, en tanto que es por extremo caprichoso é infundado, eso de que Cervantes tendría parientes en Argamasilla, y por ver éstos que Cervantes era más aficionado al cultivo de la literatura que al cultivo de las tierras, le diesen disgustos y le suscitasen contrariedades. Es tal modo de divagar muy ocasionado á equivocaciones y aun á disparatadas conjeturas.

Pero aun teniendo lo que enunciamos explicación bien clara para todos; y aun admitido por la mayor parte de los literatos nacionales y extranjeros, no se ha dicho de un modo rotundo que es falsa, completamente falsa, imposible y difícil de atestiguar, la permanencia de Cervantes en Argamasilla: así es que, hasta los últimos biógrafos inventaron sutilezas para demostrarla, haciendo incurrir en groseros errores á los que no reflexionan ni piensan sobre los puntos históricos ó literarios, siguiendo lo dicho por otros, copiándolo obcecados, ó poco suspicaces, ó en demasía ligeros.

Dos opiniones se sustentan aún respecto de

minos de reñir y apalearse. ¿Si acaso Cervantes fué de alguacil en esta causa y le menearon la vianda y prendieron los alcazareños, como se dice del alguacil en la correspondencia y autos de este villazgo?

2.^a Consta también que en el año 1586 se envió un juez de comisión á Argamasilla á averiguar las tierras baldías y concejiles que habían ocupado sin autoridad ni justo título aquellos vecinos, y el juez llevó un escribano y un alguacil.

El nombre de éste no resulta; pero no sería extraño que Cervantes, sin oficio ni destino, se viese precisado á valerse de estos arbitrios para acudir á su subsistencia. Lo que aparece de cierto es que esta comisión duró tres años, que fué muy ruidosa y que hubo también en ella apaleamientos y camorras en que los argamasillos insultaron y molestaron al juez y sus ministros". (*Vida de Cervantes* por Navarrete, página 442).

ésto: la de quienes creen que, por cuestiones de familia, ó públicas, estaría Cervantes en la Mancha los años próximos á los del casamiento, esto es, de 1585 á 88, sufriendo muchos disgustos y contrariedades; y la de los que sospechan que recorrería la Mancha, por los años de 1599 á 1603, ejercitado en comisiones penosas de apremio.

Lo primero es evidentemente falso. En vez de encontrar argumentos que demuestren la permanencia de Cervantes en Argamasilla desde 1585 á 87, se recuerdan, por el contrario, datos que lo desmienten. Después de su casamiento, como hemos visto en el lugar oportuno, Cervantes se dedicó á escribir comedias y á comisiones, ora en Toledo, ora en Madrid, permaneciendo la mayor parte del tiempo en esta última capital, hasta que en el postrer año, ó fines del 86, marchó á Sevilla. Compruébase la existencia en Madrid de Cervantes, así por sus palabras, como por el conocimiento que tenemos de que en los años de 85 y 86 se representaron en los teatros de la corte algunas de las comedias que luego mentó, y de ellas, unas han visto la luz pública y otras se han extraviado.

Pero aunque este dato nouviésemos, hay uno verídico, irrefutable, decisivo, para patentizar que Cervantes no estuvo en modo alguno en Argamasilla por aquellos años. En su memorial al Rey, 1590, donde relató todos sus servicios anteriores y posteriores al cautiverio, no mencionó nada de comisiones, ni disgustos, ni contrariedades en Argamasilla; lo cual no lo hubiera dejado de hacer, si efectivamente por aquel tiempo se hubiesen verificado los sucesos de la Mancha; sin que se pueda objetar que sería preso por

cuestiones y rencillas de parientes y por sutilezas de hidalguía, pues tal suposición es completamente arbitraria: en nada se funda, y nada dice, ni corrobora, ni satisface.

¿Es explicable que si comisionado oficial hubiera sido, en cualquier punto, próximamente después de su matrimonio, lo habría dejado de recordar en el citado documento? Y si en realidad la comisión de Argamasilla fuese un hecho; si allí, como años adelante en otras partes, por defender los derechos del Rey y de la Real Hacienda, hubiera sufrido Cervantes persecución, prisiones y ultrajes, de 1585 á 86, ¿es posible que lo olvidase, cuando todo esto serviría para autorizar sus peticiones en 1590?

Y ménos es posible que en los años subsiguientes estuviese en Argamasilla. Aquí no hay subterfugio para los que tal cosa indican ó sostienen. En 1587 ya se había trasladado á Sevilla: allí estuvo, ó en otras capitales y pueblos de Andalucía, hasta 1593 y comienzos del 94: desde este año hasta el 96 intervino en los asuntos de alcabalas en el reino de Granada: desde entonces hasta 1600, consta que habitó en Sevilla: de 1601 á 1603, aunque no se ha aclarado suficientemente, es muy verosímil que siguiera avecindado en la capital de Andalucía, quizás á las órdenes del proveedor Bartolomé del Pedroso. Además, las relaciones que se había creado por la residencia de más de catorce años, y las comisiones particulares en que se ejercitaba y de que el mismo Cervantes habló, (*) nos hacen comprender que, estando en Sevilla en 1600, los dos años siguientes también lo estaría, y allí hubiese continuado indudablemente si los contadores de la

(*) Como D. Fernando Álvarez de Toledo, señor de Higales, fué amigo de Cervantes, y le encomendó varias comisiones en Sevilla, daremos de él breves noticias.

El escritor genealogista Alonso López de Haro, autor digno de crédito, y por lo general bien informado respecto de las pruebas y datos que suministra, dice, hablando de los antepasados de D. Fernando, que Hernán Dalvárez de Toledo, señor de Valdecorneja y D.^a Leonor de Ayala su mujer, tuvieron por su hijo cuarto á Fernán Dalvárez de Toledo, que llegó á ser señor de Higares ó Higales (no Cigales, como dice Navarrete por equivocación). Higales era nombre de un castillo que había sido de los templarios y de una dehesa en la ribera del río Tajo, encima de la ciudad de Toledo. Fué el primer señor de Higales valeroso caballero en la disciplina militar, del cual se escribe en la *Crónica* de D. Juan II, donde es llamado el viejo para diferenciarlo de Hernán Dalvárez, su sobrino, señor de Valdecorneja.

El padre de D. Fernando, que había sido el sétimo señor de Higales, llamóse D. García Álvarez de Toledo, y estuvo casado con D.^a Blanca Henriquez, hija de D. Fadrique y de D.^a Juana de Villena su mujer, hermana de D. Enrique Henriquez, sétimo conde de Alba de Liste. Hijo único de este matrimonio fué D. Fernando Álvarez de Toledo, que

sucedió en la casa, siendo octavo señor de Higales.

Cuando escribió López de Haro los antecedentes acerca de esta familia, fué el año de 1619, y he aquí lo que dice respecto de D. Fernando: "Ha casado dos veces: la primera con hija de D. Josef Acuña, castellano de Milán, señor de Matadión, sin hijos; la segunda con D.^a Bernardina Corço, Marquesa que había sido de Villamizar por casamiento con D. Juan de Sandoval, hermano del Duque de Lerma, y hasta ahora (1619) no tienen hijos". (*Nobiliario genealógico*, lib. IV, tomo I, pág. 229).

Entre el Duque de Lerma y el señor de Higales mediaron, como más adelante veremos, no sólo disidencias políticas, sino también disgustos de familia, que aumentaron recíprocamente los motivos de animadversión; y quizás por eso se dió crédito á la sospecha propalada respecto de ser D. Fernando de Toledo uno de los caballeros que fraguaban la muerte del de Lerma. Tal vez el Duque no fué gustoso de que su cuñada, viuda de su hermano D. Juan Gómez de Sandoval, contrajera nuevas nupcias con el referido caballero. El Marqués de Villamizar obtuvo este título por merced de Felipe III. Fué comendador de Carrión en la orden de Calatrava y gentil hombre de Cámara. El señor de Higales siguió tratando á Cervantes en Valladolid.

Real Hacienda, removiendo los cargos que se le imputaban sobre supuestos débitos, no le hubieran forzado á marchar á Valladolid para poner de una vez á salvo su honra y reposo, así como el de su familia.

Pero aun demostrado todo lo anterior; aun cerrado el camino para suponer fundadamente que Cervantes estuviese en la Mancha, todavía el espíritu de sutilezas, trata de aprovechar un argumento sofístico para insistir en sus ensueños y en sus pretensiones. *El Quijote*—se dice,—esa obra admirable y magistral de Cervantes, debió de ser, fué efectivamente escrita en la Mancha: de otro modo no tiene explicación *El Quijote*. En la Mancha vive el Hidalgo, en ella es célebre, en ella efectúa sus primeras aventuras, en ella busca y halla dama y señora de sus pensamientos. Además de la exactitud en la pintura del protagonista, aquella minuciosa fidelidad en describir sitios, caracteres, costumbres manchegas, ¿cómo es posible, se pregunta, sin haber recorrido Cervantes aquella comarca, fijándose en los pormenores, estudiado aquellas escenas, tratado y visto aquellos tipos que nos ofrece?

El argumento es bien pobre. ¡Que *El Quijote* no se explica sin la tradición de la Mancha! ¿Por qué? ¿Acaso Cervantes al escribir su obra maestra, tuvo por único y exclusivo móvil el satisfacer una venganza, el ridiculizar á determinados personajes, ó el mencionar una prisión? Nó: no tiene *El Quijote* pensamiento tan liviano, objeto tan reprehensible, como en los sucesivos capítulos hemos de ver. Aunque estuviese comprobado lo de la prisión de Argamasilla; aunque se supiese que, en los tiempos de Cervantes, había existido en aquel lugar un tipo semejable al de Don Quijote, con todo, sería atrevido el pretender que Cervantes, que jamás personalizaba las cuestiones, escribió meramente su obra para ridiculizar á aquel personaje y hacer mención de su encarcelamiento en la Mancha. ¡Cómo ha de explicar por tanto la tradición al *Quijote*!

Y no se recuerde lo de personajes manchegos, lo de episodios manchegos, lo de costumbres manchegas también; que esos no son argumentos, sino agudezas de imaginación, que por si mismas se destruyen. Cervantes puso la acción de su novela en la Mancha y colocó allí al protagonista de ella, porque así le plugo; y describió con mucha perfección los lugares y costumbres de aquella comarca, porque como hombre ilustrado, podía y sabía hacerlo; y más cuando pudo recorrerla en parte, y fijarse en todo con el interés que solía, en las diferentes veces que pasaría por la Mancha con dirección á Toledo y Esquivias.

Hasta en sus trabajos inventivos ¿no nos seducen siempre sus eximias cualidades de narrador? En muchas de sus obras, describe y habla de países y ciudades que ni ha recorrido ni visto, y sin embargo, encántanos siempre su fidelidad en la exposición y su atinado juicio en las reflexiones.

Prudentemente se procedería, pues, cesando en ese afán de ofrecer suposiciones argamasillescas, que á nada conducen, ni nada sirven para ilustrar la vida de Cervantes. Queden para siempre destruídas las fábulas y las sutilezas propagadas; ábrase paso en lo sucesivo á la verdad; y no demos nunca asentimiento á la permanencia improbable y falsísima de Cervantes en la Mancha. (1)

En lugar de referir sucesos que no llegaron á verificarse, es más oportuno decir que Cervantes tomó parte muy directa en el movimiento literario de Sevilla durante los muchos años que residió en tan famosa capital. Infinidad de literatos y artistas insignes comunicaban los preciosos frutos de su inspiración. Era Sevilla entonces la ciudad más rica y opulenta de toda España por su comercio y tráfico, y al mismo tiempo un gran centro intelectual, que podía competir con la corte misma, y donde los hombres estudiosos tenían mucho que admirar y aprender.

En medio de la vida agitadísima que pasaba Cervantes con ocupaciones ajenas de su talento, su espíritu entusiasta y amante de la belleza gozaría presenciando ó participando de aquella gran labor de la inteligencia. La casa del ilustre jerezano, canónigo de la Metropolitana, D. Francisco Pacheco, era predilecta reunión de las personas más sabias; allí se aguilataba el mérito de los escritores y se justipreciaban los trabajos artísticos. Fernando de Herrera, el sublime poeta, ofrecía riquísimos tesoros de incomparable estro, con alteza maravillosa de estilo.

En los doctos estudios de erudición y teología descollaban con singulares ventajas el jesuita Rodrigo Alvarez, el P. Fr. Pedro de Valderrama, Juan de Pineda y el Mtro. Francisco de Medina. Eran asombrosos modelos de oradores sagrados el Mtro. Juan Farfán y Agustín Núñez Delgadillo; Fernando de Santiago y Luis de Rebolledo.

Fr. Juan de Espinosa resplandecía por sus virtudes; claro ejemplo de sencilla elocuencia evangélica. Jerónimo de Chaves mostraba su gran competencia como astrólogo. Arias Montano, el sabio filólogo, crítico y poeta, de todos venerado y querido, era un timbre de gloria para Sevilla, más famoso desde el retiro de su celda que los milites más celebrados por las proezas

bélicas. Luis del Alcázar rivalizaba en saber con los más aventajados ingenios. Su sobrino, Baltasar, el poeta de más gracia en su tiempo, escribía aquellas composiciones inimitables que nunca se celebrarán como se merecen. Gutiérrez de Cetina expresaba siempre sus conceptos con ingeniosidad, y Juan Sanz de Zumeta revelaba excepcionales cualidades para la Musa festiva con tonos intencionados y punzantes. Baltasar de Escobar se distinguía por la hermosa estructura de sus sonetos, iguales en perfección á los mejores entre los más buenos.

Rioja empezaba su carrera fecunda de inspiraciones deslumbrantes. Hechizaba á todos con su trato amenísimo y su agudeza de concepción el rondeño Espinel, tan amado en Sevilla como si fuese uno de sus hijos predilectos. El Maestro Juan de Malara era una autoridad irrecusable en la interpretación de adagios, esa ciencia popular tan cultivada en Andalucía con mayor despejo y sutileza que en parte alguna. Rodrigo Caro seducía á los más ilustrados con las disquisiciones de su erudición exquisita, y el renombrado Argote de Molina producía sus notables trabajos genealógicos.

Juan de la Cueva, el sabio escritor, enseñaba con sus obras la práctica del buen gusto y daba reglas muy de apreciar para perfeccionamiento de nuestro teatro. Y el joven Pacheco, sobrino del célebre canónigo y licenciado, como doctinado en la escuela de perfección de su tío, revelaba desde lo más florido de su mocedad las altas prendas de suficiencia que le harían más tarde digno de un nombre imperecedero; varón verdaderamente admirable, en quien no se sabía qué estimar más, si su maestría insuperable como dibujante correctísimo, su genio artístico para la pintura ó su competente disposición para el cultivo de las buenas letras. Pacheco, por el prestigio de su propio valer y por haber sido preceptor y suegro de aquel Velázquez de Silva, dechado y maestro entre los más esclarecidos pintores del siglo XVII, llegó á convertir su morada en templo venerado de las artes, adonde poetas, oradores, eruditos, artistas, teólogos y novelistas iban á buscar motivos para sus trabajos y alicientes ó enseñanzas para sus intentos.

Pacheco emprendió una obra literaria que hubiera bastado para su reputación de escritor, si no tuviese otros muchos méritos que tanto le realzan en la esfera del Arte. Como que por su estudio pasaban todas las celebridades que vivían en Sevilla ó llegaban á la capital Andaluza, concibió la idea de retratarlas con lápiz negro y rojo, y extender á continuación el elogio de cada una; de forma que no sólo se trasladasen á la

posteridad las líneas y rasgos expresivos y fieles de la fisonomía, sino las noticias más exactas de su vida, hechos, labores intelectuales y cualidades morales más distintivas. Fué ésta la gran obra de su vida, en la que invirtió más de cincuenta años. Dejóla, sin embargo, incompleta á su muerte; y aunque un literato insigne de nuestra época, y admirador fervoroso de Cervantes, D. José M.^a Asensio y Toledo, ha logrado rescatar de las sombras del olvido gran número de retratos y elogios de aquellos varones preclaros, otros muchos se han perdido quizás para siempre, ó ido á parar en manos de personas que no supieron apreciar tales tesoros de arte y de hermosa elocución castellana. (2)

Aunque se ha dicho que Pacheco retrató á Cervantes, nosotros lo ponemos en duda por las razones que exponremos más adelante en el lugar correspondiente. Tal vez no se comunicaron Cervantes y Pacheco. Tal vez éste no intimó nunca con aquel. Ni el primero le mencionó en sus obras como artista de altos vuelos y poeta de corte clásico, ni el segundo pensó acaso en que figurase entre los retratos que bosquejaba para hacer un libro que contuviese ciento de los mas renombrados en la opinión pública.

Á quien consta que trató Cervantes con gran afecto y consideración, probablemente en el mismo Sevilla, fué al célebre pintor y excelente poeta, traductor de Lucano y del *Pastor Fido*, Don Juan de Jáuregui. Él sí que retrató á Cervantes, por respeto á los merecimientos relevantes que le enaltecían.

Del conocimiento fiel y exactísimo que llegó á tener Cervantes de cuanto pasaba en Sevilla, hay bien claros testimonios en sus obras, algunas de las cuales están llenas de recuerdos y cosas hispalenses. Cervantes no sólo estuvo en comunicación con muchos de los ingenios que sobresalían en Sevilla al concluir el siglo XVI, sino que siguió cultivando sus estudios preferentes, sin perjuicio de atender al desempeño de los negocios en que intervenía. Asensio ha tenido la fortuna de descubrir y publicar un documento que lo corrobora de manera concluyente.

Afaenado estaba Cervantes por Setiembre de 1592 en las comisiones que le encomendó Isunza, cuando hizo un convenio, que le honra mucho, con el autor de comedias Rodrigo Osorio, quien se encontraba á la sazón en Sevilla. Ante el escribano público Luis de Porras firmó un contrato, por el cual se comprometía á componer, desde el 5 de aquel mes, en el tiempo que pudiera, seis comedias de los casos y nombres que le parecieran, para que Osorio, vecino de la ciudad de Toledo, las pudiese representar con su com-

pañía. Cervantes había de entregarlas escritas con la claridad conveniente, una á una, según las fuese componiendo. Á los veinte días de entregar el original de cada comedia, se había de obligar Osorio á representarlas en público, y “pareciendo que era una de las mejores comedias que se habían representado en España”, tenía que dar y pagar por cada una cincuenta ducados el mismo día de la representación, ó en el término de los ocho siguientes. Si á los veinte de entregada una comedia, no la representara Osorio, se presuponía que estaba contento y satisfecho de ella, y abonaría la suma estipulada como si se hubiera puesto en escena. Si Cervantes entregare dos comedias juntas, para cada una se contarían veinte días como término para la representación. En caso de tener que recurrir á los tribunales, Cervantes había de ser creído por solo su juramento y declaración, en cuanto á haber entregado las referidas producciones, y para poder ejecutar á Osorio por el pago de lo convenido dentro de los plazos fijados, quedando relevado de toda otra prueba, aunque de derecho se requiriese. Si representada cada comedia, pareciere que no era una de las mejores que se habían visto en España, entonces no estaba obligado Osorio á pagar nada por ella.

Aceptó desde luego Rodrigo las condiciones impuestas por Cervantes, y se obligó y prometió cumplirlas puntualmente, y abonar el importe, en la forma y modo estipulado, al mismo Cervantes ó á quien tuviese para ello su poder.

“Y para el cumplimiento y paga de lo que dicho es (concluye diciendo la escritura de contrato), las dichas partes, cada uno por lo que le toca, damos y otorgamos poder cumplido bastante á cualesquier jueces y justicias, de cualquier fuero y jurisdicción que sean, para que nos ejecuten, compelan y apremien á lo así pagar y cumplir como por sentencia definitiva pasada en cosa juzgada, y renunciemos las leyes y derechos de nuestro favor; y obligamos nuestras personas y bienes habidos y por haber, y con ellos nos sometemos y obligamos al fuero y jurisdicción real de esta ciudad de Sevilla y justicia de ella, y renunciemos nuestro propio fuero y jurisdicción, domicilio y vecindad”. Firman como testigos los escribanos públicos de Sevilla, Luis Jerónimo de Herrera y Bernardo Luis.

El movimiento escénico era por entonces grandísimo en Sevilla. Compañías allí formadas ó que iban á representar procedentes de la corte, habíalas en bastante número. Seis ó siete teatros funcionaban semanalmente, y en ellos se ofrecieron al público por vez primera algunas de las composiciones dramáticas de Juan de la Cueva,

de Cervantes, de Ochoa Ibáñez y de otros ingenios extraños ó hijos naturales de Sevilla. La patria de Lope de Rueda contribuyó cual ninguna capital de España al crecimiento y esplendor del teatro.

Del aprecio en que era tenido Cervantes como escritor de comedias, informan suficientemente las ventajosas proposiciones con que Rodrigo Osorio prometió aceptar y pagar las que le fuera presentando. Osorio habría ya, en Madrid ó Toledo, años antes, sacado á escena algunas de aquellas de que dijo Cervantes después que “corrieron su carrera sin silbos, gritas, ni baraundas”. Sabiendo la buena acogida y los muchos aplausos con que se recibieron, tasábalas en precio correspondiente á los méritos del autor, confiado de su destreza, ingenio y habilidad. La cantidad que solía darse por una comedia buena no excedía entonces de la que se fijó á las que debía componer Cervantes, para que las representara Osorio. La mayor parte de las de Lope, con haber sido tan solicitado y preferido desde los comienzos de su carrera dramática, no se pagaron á más de veinticinco duros cada una. Por las de Cervantes se prometió más. Ignórase si el contrato con Osorio se realizó, aunque desde luego creemos que sí. Pero si no se hubiese efectuado por cualquier circunstancia, de todas maneras favorece mucho á Cervantes la significativa muestra de consideración con que lo distingue en el convenio el famoso comediante.

Entre las academias literarias que existían en Sevilla en tiempo de Cervantes, fueron de las más notables y frecuentadas, demás de las de Pacheco, las que tenían en sus casas el Duque de Alcalá, persona muy ilustrada, y el veinticuatro D. Juan de Arguijo, verdadero Mecenas de toda persona que descollase por sus aficiones al estudio y poeta muy estimado, de singular inspiración y exquisito gusto. Reuníanse allí los más distinguidos escritores y poetas que vivían ó llegaban á Sevilla, y en frecuentes sesiones daban gallardas muestras los mejores de su ingeniosidad y talento. Entre las muchas academias parecidas que en diversas ciudades españolas sólo servían para ostentación vanidosa de sus dueños ó para entretener las horas en pasatiempos del todo inútiles, y á veces harto ridículos, tratando asuntos de ninguna ó escasísima importancia; entre muchos de esos centros de cultura y recreación intelectual, bien contados eran los que podían competir con los creados en Sevilla, especialmente con el que patrocinaba Arguijo, el más famoso y estimado de los escogidos por la resonancia de sus actos y el crédito de sus tertulios.

Tuvieron poco después bastante aceptación las lecturas que se daban en la academia fundada por el poeta Jiménez de Enciso, y más tarde lograron muy buena acogida las reuniones que se verificaban en la que estuvo protegida por el Conde de la Torre, cabeza y varón de los Riberas, de que fué presidente Antonio Ortiz Melgarejo, de la insignia de San Juan, á cuyos actos solía asistir aquel festivo censor de las costumbres y preocupaciones de su tiempo, Luis Vélez de Guevara, gran amigo de Cervantes. Para encarecer á Melgarejo, dijo Guevara en su satírico *Cojuelo* que "era ingenio eminente en la Música y en la Poesía, y su casa fué siempre el museo de la una y de la otra".

En alguna de esas juntas de literatos y artistas, que mayor auge alcanzaran de 1587 á 1603, hubo de tomar parte indudablemente el humilde Miguel, leyendo algunas de las obras que iba preparando para la stampa en medio de las agitaciones de su vida, cuando las precisas ocupaciones de su destino le dejaban algunos momentos de sosiego. Allí se hubieron de aplaudir y admirar por vez primera las escenas regocijadas del *Celoso extremeño*, de *Rinconete y Cortadillo*, de *La Española inglesa*, y de otras obras suyas, donde se pintaban con mágico pincel lances y personajes de la sociedad sevillana, en su diversidad de aspectos y caracteres. Aquellos centros de reunión eran para Cervantes como refugio sagrado después de las luchas diarias de la penosa existencia, solaz de su espíritu, aliciente de su inteligencia, grato medio comunicativo para fortalecer la mente con esperanzas risueñas y altas intuiciones y soberanas enseñanzas.

Cervantes vió detenidamente, y observó y estudió con toda profundidad, la vida social, artística y literaria de Sevilla. Nada descuidó: nada dejó de llamar la atenta penetración suya. De todo sacaba materia para sus meditaciones. La cofradía de aquella gente maleante, constituida en toda regla con estatutos depravados, bajo la suprema dirección de Monipodio, ofrecióle materiales para presentar los sorprendentes tipos de Cortadillo y Rinconete. Las imprudencias amorosas y los excesivos celos del anciano Loaysa con el triste desenlace de sus apasionadas ternizas, brindáronle antecedentes adecuados para su gran cuadro de costumbres del *Celoso extremeño*.

Hasta sucesos que había presenciado en Sevilla, siendo adolescente, ú oíolos referir con sus incidentes más pequeños cuando volvió de nuevo á Andalucía, sirviéronle para hacer notar más tarde, en alguno de sus libros, lo inhumani-

tario de algunos castigos, é indicar también la conveniencia de reformar y suavizar las leyes, para que, en su letra y espíritu, se compadeciesen mejor con los dulces preceptos evangélicos.

Nos referimos al castigo de unos adúlteros, que se ejecutó en Sevilla por el mismo agraviado, en el año de 1565, y dió muchísimo que hablar entonces y largo tiempo después. Escribiéronse varias relaciones particulares del caso, y de una de ellas, existente en la biblioteca Colombina, vamos á extractar lo más sustancial.

Vivía en Sevilla un tabernero, que se llamaba Silvestre de Angulo. Su mujer le faltaba con un mulato. Súpolo el marido y puso el hecho en conocimiento de la justicia. Probóse la acusación. Los adúlteros estuvieron cerca de dos años en la cárcel Real. Concluído el pleito, dióse por sentencia, conforme á las leyes godas, todavía válidas acerca del adulterio, que fuesen entregados los adúlteros al esposo para que hiciese de ellos justicia. Para la ejecución, levantóse en la plaza de San Francisco, "junto á la casa de la justicia", un tablado con dos tapiales, á dos varas de altura del suelo. Era viernes, 19 de Enero, cuando sacaron á los reos de la cárcel. Iba el mulato delante de la mujer. Subidos en el tablado, hincáronse de rodillas. Entonces llegó el verdugo á la mujer, y quitándole una toca de la cabeza, hizo de ella dos partes y tapóles los ojos á entrambos.

Subió luego Silvestre de Angulo y con él algunos religiosos de San Francisco y de la Compañía de Jesús. El hermano León tomó un crucifijo de bulto en las manos y se fué también al tablado, donde todos se hincaron de rodillas delante de Silvestre de Angulo, rogándole que por la pasión de Jesucristo los quisiese perdonar. Pero todo fué en vano. El Angulo estaba resuelto á lavar con sangre su honra. Decía que le dejasen ejecutar en los adúlteros lo que debían y que no le estorbasen. Sacó entonces un cuchillo que llevaba metido en las botas que calzaba, y por encima de todos comenzó á herir á su mujer. La primer cuchillada que le dió fué en la cabeza y por los pechos otras muchas. Luego infirió muchas heridas al mulato, asimismo en la cabeza y otras partes del cuerpo. Ya se quería bajar del tablado Silvestre, cuando oyó voces en la concurrencia diciendo que se "meneaba el mulato". Tornó á él con una espada, y dióle, lo mismo que á la mujer, nuevas estocadas y heridas, hasta que se sintió bien vengado en su crueldad: "*la cual*, (dice la Relación que seguimos) *no se acuerdan haberse visto ni oído en semejante caso*".

El Silvestre tomó después el sombrero de ta-

fetán que llevaba puesto, y arrojólo por la plaza diciendo: *cuernos fuera*“.

Aludió Cervantes á este suceso en su *Persiles y Segismunda*, como indicó D. Adolfo de Castro en un curioso artículo que publicó en la *Crónica de los Cervantistas*, año de 1876. Efectivamente, el caso desgraciado del matrimonio de un polaco con una joven de Talavera, referido en los capítulos VI y VII del tercer libro de aquella novela, parece tener por objeto reprender tan bárbaros castigos y pedir una reforma más en armonía con los anhelos de la cristiana misericordia. Hablando el marido engañado contra la infiel esposa, prorrumpía en amenazas, decidido á dar parte á la justicia, sediento de la sangre de los adúlteros para limpiar la mancha de su honra. Y Cervantes, gran escritor y filósofo, en persona de Periandro, disertó sobre el asunto con mucha prudencia y sentido práctico, que era la condenación más enérgica de procedimientos tan absurdamente rigurosos y tan ferrozmente anticristianos.

“Vos, Señor, decía Periandro al polaco, ciego de vuestra cólera, no echáis de ver, que vais á dilatar y extender vuestra deshonor: hasta ahora no estáis más deshonorado de entre los que os conocen en Talavera, que deben de ser bien pocos, y ahora vais á serlo de los que os conocerán en Madrid... En la religión católica el casamiento es sacramento que sólo se desata con la muerte, ó con otras cosas que son más duras que la muerte misma, las cuales pueden evitar la cohabitación de los casados, pero no deshacer el nu-

do con que ligados fueron. *¿Qué pensáis que os sucederá cuando la justicia os entregue á vuestros enemigos, atados y rendidos, encima de un teatro público, á la vista de infinitas gentes, y á vos blandiendo el cuchillo encima del cadalso, amenazando el segarle las gargantas, como si pudiera su sangre limpiar, como vos decís, vuestra honra? ¿Qué os puede suceder sino hacer más público vuestro agravio?* Porque las venganzas castigan, pero no quitan las culpas, y las que en estos casos se cometen, como la enmienda no proceda de la voluntad, siempre se están en pie, y siempre están vivas en las memorias de las gentes, á lo menos en tanto que vive el agraviado: así que, señor, volved en vos, y dando lugar á la misericordia, no corráis tras la justicia; y no os aconsejo por esto que perdonéis á vuestra mujer para volverla á vuestra casa, que á ésto no hay ley que os obligue: *lo que os aconsejo es que la dejéis, que es el mayor castigo que podréis darle: vivid lejos de ella, y viviréis, lo que no haréis estando juntos, porque moriréis continuo.* La ley del repudio fué muy usada entre los romanos; y aunque sería mayor caridad perdonarla, recogerla, sufrirla y aconsejarla, es menester tomar el pulso á la paciencia y poner en un punto extremado á la discreción, de la cual pocos se pueden fiar en esta vida. *Finalmente, quiero que consideréis que vais á hacer un pecado mortal en quitarles las vidas, que no se ha de cometer por todas las ganancias del mundo.* (*)

El mismo año de 1601, en que, como sabemos,

(*) Las reflexiones y oportunos consejos de Cervantes acerca del adulterio, influyeron en la opinión pública y suavizaron las feroces costumbres en este punto, mientras aquellas duras leyes no fueron abolidas. Pocos años después de publicado *Persiles*, ya muerto Cervantes, en 1629, su criterio de perdón fué seguido, y aun sancionado en Sevilla públicamente, por todas las clases sociales, opuestas ya á la ejecución de los adúlteros ante la muchedumbre por el mismo esposo ofendido.

Por acusación de Cosme Sevano, catalán, de oficio sastre, fueron presos por adúlteros su mujer y un oficial, mozo de veinte años. Sentencióseles á muerte, habiéndolos de entregar al agraviado. El 22 del mes de Octubre íbase á verificar el cruel castigo, para cuyo efecto se había levantado el cadalso en la plaza de San Francisco; pero algunos mozos lo quemaron aquella mañana. El día 23 se hizo otro, que fué desbaratado. El viérnes 25 se guardó el tablado con dos compañías para que no se impidiese el espectáculo. Fueron conducidos en borricos los delincuentes desde la cárcel. La mujer delante, vestida de negro; el joven detrás, de blanco. En las manos llevaban sendos crucifijos. Subidos al cadalso, los hicieron hincar de rodillas, la mujer con rostro á la Audiencia, y el mozo “con el rostro á la contra”.

El sargento mayor con varios soldados condujeron entonces á Cosme. Pero ya había salido de San Francisco una

procesión de frailes con intento de evitar la ejecución, y los soldados se opusieron al paso y dispararon y hirieron á algunos religiosos. Al fin lograron pasar dos con el Santo Cristo y, poniéndolo en la escalera, se arrodillaron ante Cosme, lo mismo que los demás compañeros que llegaban, y pedíanle el perdón. Él no quiso otorgarlo y procuró subir la escalera por un lado del Santo Cristo.

Ya en el tablado Cosme, su mujer se le echó á los piés y se los besó en cuanto los podía alcanzar, pidiéndole con lágrimas que la perdonase. Los religiosos insistieron en sus ruegos, y por último se anunció que se mostraba misericordioso el marido. Soltaron entonces á la mujer, “la cual (dice una *Relación* del suceso) dió un salto por la escalera como una gata, y la llevaron á San Francisco”. Echaron también abajo al adúltero medio muerto, y también lo entraron en San Francisco. Cosme, haciendo señas de no haber perdonado, se bajó asimismo y lo recogió la justicia en la cárcel.

Viendo el pueblo á los religiosos arrodillados y la inclinación del Santo Cristo, fué notable “el alarido que se levantó”, como en señal de regocijo. Cosme, instado de la intercesión, perdonó al fin, con tal de que entrase en religión la infiel. Lleváronla á las Recogidas; pero presto se huyó y vivió á sus anchas. El adúltero terminó sus días bien desgraciadamente. Queriendo los frailes trasponerlo la noche

los señores contadores de Hacienda molestaron á Cervantes con nuevas peticiones sobre sus atrasos, presencié Sevilla un espectáculo de gran notoriedad, que debió llamar la atención de Miguel poderosamente, por el sujeto de que se trataba. El P. Fr. Juan Bernal, de la orden de la Merced, varón insigne en santidad y letras, volvió á Sevilla, donde era muy querido, en medio de generales aclamaciones. Su fama competía con su incomparable elocuencia. Predicó el sermón de honras cuando las exequias de Felipe II; y era tal el fervor con que se expresaba, que movía los más endurecidos corazones. Cita el famoso Francisco Pacheco, en el elogio que le dedicó en su inapreciable *Libro de retratos*, como rasgo especial que le caracterizaba, que predicando un sermón cierto día sobre el juicio final, "prorrumpió en tan gran llanto, que no pudiéndolo proseguir, hizo mayor fruto con el silencio y lágrimas que con la copia de palabras y conceptos".

El año 99 fué á África para redimir cautivos, y demostró en la jornada tanto amor á sus prójimos y tanta abnegación y sacrificio, que fué loado como sublime apóstol de la caridad. Sufrió infinitos trabajos con increíble perseverancia. Estuvo á la muerte con motivo de la cox de un caballo. Convalecido, realizó un gran acto, sólo comparable á los que habían efectuado, movidos del mismo espíritu, los PP. Fr. Juan Gil y Fr. Jorge del Olivar. Empeñóse en una considerable suma para llevar en su compañía muchos infelices esclavos. Entró en Sevilla el día 31 de Marzo de 1601 en unión de 160 cristianos rescatados, entre hombres, mujeres y niños. Saliéronle á recibir todas las órdenes religiosas, y ciudadanos y señores principales, como á varón dechado de virtudes. "¡Maravilloso espectáculo de ver! (dice Pacheco). Un religioso anciano y venerable, macilento, la barba luenga, el cabello revuelto, afirmado á una caña por la mucha flaqueza, repartiendo á los niños cautivos el pan que, como á padre amoroso, le pedían".

Había prometido que al volver á España con tan grande número de cautivos en libertad, enviaría en breve la cantidad en que dejó empeñada su persona, prometiendo tornar á Africa si no pudiese mandarla en el plazo convenido. Hízolo saber así á los sevillanos en una conmovedora plática, modelo de unción evangélica, la cual produjo los frutos más copiosos. Movidos de sus ra-

zones, venerando sus virtudes, loando sus altas abnegaciones, acudieron todos con limosnas suficientes, con que pudo Fr. Juan cumplir su palabra y "salir de su santa obligación", en frase feliz de Pacheco.

No hubo ningún hombre en Sevilla tan venerado entonces como aquel. Admirábasele por su elocuencia y amábasele como ejemplo y dechado de caridad. Su mismo hermoso sacrificio fué causa de su muerte. Los dolores del terrible golpe que recibió en África, se renovaron con mayores incrementos, y los achaques y padecimientos naturales en una naturaleza tan decaída por los años y las penitencias, anticiparon el fin de sus laboriosos días. Al año siguiente entregó á Dios su espíritu en medio de las bendiciones de muchas almas reconocidas á sus virtudes. Fué su entierro gran manifestación de duelo general. Asistió inmenso concurso de pueblo, órdenes religiosas, gremios, nobles, autoridades y admiradores de sus actos. Sevilla demostraba en aquel tan soberano de su sentimiento, cuán bien sabía estimar las excelsas cualidades del apostólico varón, gloria de Andalucía y de la orden redentora de la Merced.

El último año que residió Cervantes en Sevilla, ó sea en 1603, excitaron poderosamente la atención pública los terribles castigos que se aplicaron en Sanlúcar de Barrameda á varias personas, entre ellas dos religiosos, por haber querido autorizar de nuevo con vanas suposiciones la ya desacreditada leyenda de no haber muerto en África el Rey D. Sebastián, como se creía.

La trágica muerte del joven Rey de Portugal no fué creída en su reino. Los lusitanos no pudieron dar nunca asentimiento á tan dolorosa nueva. Juzgándolo superior á todas las adversidades de la fortuna, juzgaban que, al verse vencido D. Sebastián y desbaratado por completo su exiguo ejército, huyó y estaba oculto, hasta que llegase un momento propicio para presentarse. Decíase que, como en castigo de su derrota, habíase propuesto hacer penitencia retirado del mundo; pena debida á su culpa, según las mismas acusaciones de su conciencia. Estas voces propagadas entre la muchedumbre, con intento sin duda de reanimar los espíritus abatidos, dieron origen á multitud de cuentos y patrañas, que se acrecentaron cada día por la misma realidad espantosa del suceso; como si, con no dar crédito á

del 31 de Octubre, cayó en manos de la justicia, y, condenado á galeras, murió á los pocos meses después.

En 16 de Julio de 1644 se iba á ejecutar otro castigo por adulterio; pero antes de sacar en público á los delinquentes,

diferentes personas se interpusieron y obtuvieron el perdón del ofendido, con tal que el hombre fuera á galeras, y la mujer por toda su vida á servir en un convento". (*Crón. de los Cerv.*, t. II, págs. 227 á 29).

lo que había pasado por fatalidad del destino, se pudiera borrar el lúgubre hecho y sostener esperanzas que sólo radicaban en el deseo.

Ya el mismo día de la catástrofe empezó á crearse el mito de la supervivencia, que tanto influyó luego en la opinión pública para seguir sosteniendo su razón de ser con muerte de muchos impostores ó desventurados. El 4 de Agosto de 1578, por la noche, después de la gran desgracia, referíase que habían llegado á las puertas de Arcilla algunos ginetes, "escapados de la batalla y, entre ellos, un caballero mancebo, llamado Don Diego de Melo, que tenía una pequeña herida junto á la oreja izquierda". El caballero iba embozado, y no pudo ser conocido. Como que las puertas estaban cerradas, aquellos señores, para que les abriesen con más facilidad, esparcieron la noticia de que el Rey D. Sebastián les acompañaba, aunque luego rectificaron lo dicho.

Interpretando el vulgo á su modo estas vagas especies como datos verídicos, se propagaron manifiestas desatinadas ficciones. Habiendo entrado en Arcilla los ginetes, el caballero embozado se recogió solo en una casa, y empezó á circular la noticia de que aquel sería el Rey Don Sebastián. Era público y notorio que el cadáver del malaventurado joven había sido entregado por el nuevo Rey de Marruecos Muley Hamet, y llevado á Ceuta.

D. Diego de Fonseca, proveedor general de la armada portuguesa, quiso impedir que aquel rumor, destituido de fundamento, siguiera prevaleciendo contra la verdad. Fué á ver y hablar entonces á aquel caballero tenido por D. Sebastián, y adquirió el convencimiento de que era un particular solamente. Envióle á embarcar en la armada y desengañó á los crédulos de la ficción, de que se mostraron contrariados muchos portugueses, "convirtiendo, en frases de Herrera, la imaginación de alegría en muchas lágrimas".

Cuantas precauciones tomó Fonseca para dejar fuera de toda duda que el Rey de Portugal había perecido en África, fueron inútiles. Ni las afirmaciones de personas que vieron muerto al Rey, ni el testimonio de otras que habían formado parte del ejército y oído referir las varias peripecias de la lucha, sirvieron para desechar las inciertas voces que corrían.

"No bastó ésto (dice Herrera) para que la gente vulgar quisiese creer la verdad; antes públicamente se decía en el armada que iba en ella el Rey D. Sebastián, lo cual se esparció por todo el reino; de manera que hasta hoy (1598) dura esta vana opinión entre los ignorantes ó maliciosos, procurando con argumentos sofísticos dar á entender que era vivo el Rey".

El primero á quien se quiso dar por Rey Don Sebastián después del suceso referido, fué un pobre hombre, natural de Alcazoba, villa distante catorce leguas de Lisboa. Era hijo de un tejero: muchos años había vivido en Lisboa sirviendo á un hombre que hacía rosarios. En 1578, á causa de la peste, se marchó su amo y quedó él al cuidado de la casa; pero abandonóla y tomó el hábito de carmelita. Á los siete meses lo echaron del monasterio: luego le volvieron á admitir; mas de nuevo le despidieron. Se comprende que su religiosidad no tenía otro fundamento sino su afición decidida á la holganza, pues rechazado de los frailes por dos veces, todavía intentó seguir un método de vida solitario para su beneficio y lucro particular. Fingiendo que tenía mucha devoción al hábito, permitiéronle los religiosos que vistiese el de ermitaño, con lo que se creyó autorizado para ser hipócrita y pasar la vida alegremente, á sus anchas, sin temor ni reparo de ninguna clase.

Aprovechóse de una ermita desocupada que existía junto á Alburquerque: limpióla y púsola en orden para asilo sosegado de su persona. Visitábale allí mucha gente, que le favorecía y regalaba. Entre otras, señalábase una buena, mejor diríamos cándida mujer, esposa de cierto caballero que había muerto en la jornada de África con D. Sebastián. Prendada la señora del ermitaño por sus disposiciones especiales en cantar y tañer, llevábale á su casa con frecuencia, no sin murmuración de semejantes desenvolturas. Algunas veces, dando perversos ejemplos de relajada conducta, reunía el mancebo otros en la ermita, donde pasaban gustosamente las horas tocando la guitarra y holgándose cuanto podían, ó bien salían por las calles del lugar dando músicas con escándalo de los vecinos. Á tal punto llegaron estas inconveniencias, que el cura hubo de reprenderle, y entregándole la mujer que lo protegía dinero y un caballo, abandonó la vida de ermitaño y se retiró á su pueblo, donde fué vigilado por sospechoso. No volvió á tomar el hábito, y andaba escondido, temeroso y censurado de sus amigos. La fantasía popular hizo de aquel pobre loco un héroe regio.

Preguntábanse unos á otros si aquel hombre sería el Rey D. Sebastián que estaba haciendo penitencia. Juntóse á esto la opinión de algunos, que pretendían á todo trance que aquel desconocido fuese el Rey, por sus particulares medros. Sostenían el antiguo cuento, reputado como axioma indiscutible, de que "el monarca que perdía batalla en Portugal, era obligado á hacer siete años de penitencia". Sus principales partidarios traficaban con los necios y los crédulos y les sa-

caban dinero y prometíanles cargos y mercedes en recompensa.

Para atajar los resultados que pudiera tener en la opinión el crédito de semejantes rumores y afirmaciones, instruyéronse procedimientos acomodados á la importancia de los sucesos y á las severísimas leyes de entonces. Fueron castigados con pena de horca los mayores cómplices; pero al supuesto Rey, aunque condenado á muerte, no se le aplicó la sentencia. Conmutóse la última pena por la de galeras, á fin de que todos pudiesen ver cuando quisiesen que no era, como se divulgaba, el Rey D. Sebastián, sino un infeliz á quien con imposturas lo procuraban hacer creer para su desgracia y perdición. Habíasele antes paseado, montado en una bestia, sin sombrero, atadas las manos atrás, por las calles más públicas de Lisboa, con objeto de que todos percibiesen la notable diferencia de rostros entre el verdadero D. Sebastián y el traído y llevado ermitaño de Alcazoba: aquel blanco, rubio, arrogante é inteligente; éste, de barba y rostro negro, de aspecto idiota y de vulgares maneras.

También se hizo ermitaño el segundo impostor que quiso pasar por Rey. Llamóse este mozo Mateo Álvarez, natural de Praya, en la isla Tercera, hijo de un cantero de la dicha villa. Estuvo algún tiempo en el monasterio de Santa Cruz, de frailes descalzos, en la sierra de Cintra. Era joven de poca salud y de carácter melancólico, por lo cual los frailes le despidieron de su compañía. Acogióse entonces en una ermita situada junto al mar, en lugar solitario, á media legua de Receira. Dos años vivió allí de las limosnas que recibía; pero la misma quietud y retraimiento de su vida motivaron la nueva leyenda de su realeza.

Primeramente los rústicos labradores de los contornos, después algunas personas de cierta representación, sostuvieron que aquel ermitaño era el Rey de Portugal, á quien se suponía muerto en África. Afirmábanlo por cosa certísima, especialmente, Antonio Simón y su mujer; y favorecía mucho tal aserto la circunstancia de tener bastante parecido el supuesto con el verdadero y difunto, porque era blanco de rostro y "de pelo rubio de cabeza y barba". Al principio Mateo Álvarez negaba rotundamente ser el personaje pretendido; pero, cegado después de la soberbia, dejóse llevar de la opinión común y contribuyó con su explícito asentimiento á la fábula divulgada. El corregidor de Lisboa, Diego de Fonse-

ca, intervino para aclaración y castigo de todo. Súpose que acudía mucha gente á la ermita como en rendimiento de vasallaje al monarca tan misteriosamente oculto, y que un tal Pedro Alfonso, que vivía en una quinta del término de Cintra, había afirmado que aquel hombre "era el Rey D. Sebastián, porque le conocía muy bien por las muchas veces que, yendo á Cintra, pasaba por las puertas de su quinta".

Este Pedro Alfonso estaba tan obcecado, que aunque el infeliz ermitaño decía que él no era sino hijo de un jornalero, le persuadía sustentarse ser D. Sebastián, pues él y sus amigos le conocían y estaban prestos para servirle y morir por él. Ya llegó la cosa á punto de sedición, lo cual empeoró el estado de los comprometidos en manera terrible.

Herrera (que habla de esto con gran amplitud y noticias) dice que "pocos días después, llegó un escribano de la villa de Elicera, y avisó al Archiduque Alberto, que estaban levantados y en armas hasta 700 hombres, llamando al ermitaño Rey D. Sebastián, y que tenían preso al juez y escribano de Torres Vedras con determinación de ahorcarlos y de matar al doctor Gaspar de Pereyra, del Consejo del Rey. El Archiduque mandó luego llamar al corregidor Fonseca y le mandó que, por el peligro que amenazaba la nación y el que corrían la vida de los presos y del doctor Gaspar de Pereyra, luego se partiese.

Pedro Alfonso, capitán general de este motín, mandó el día antes despeñar vivos en la mar al juez y escribano de Torres Vedras de unas altísimas peñas, sin darles confesión, aunque se la pidieron, y que habiendo cercado la quinta del desembargador, la entró y le mató bárbaramente, con dos mancebos, el uno su hijo, y el otro sobrino, porque decían que eran locos, que iban engañados, porque el Rey D. Sebastián era muerto, y que rogasen á Dios por D. Felipe, que era justo y buen Rey, y que Pedro Alfonso juraba que lo mismo había de hacer de los que no siguiesen al Rey D. Sebastián, su señor". (*)

Derrotados los revoltosos por los arcabuceros que fueron en su persecución, quedó apagado aquel incendio que hubiera podido dar mucho que hacer, según estaban apasionados los ánimos. El ermitaño, que se hallaba en el lugar de Azafora, mientras el jefe de los amotinados y sus parciales combatían por él con las tropas reales, fué preso y conducido á Lisboa. El día antes de San Antonio de 1585, precisamente cuando el Cardenal Archiduque iba á vísperas con gran

(*) *Historia general del Mundo*, parte 2.^a, libro XV, capí-

tulo XIX.

acompañamiento, y había multitud de gente en las calles, se verificó la entrada del supuesto Rey con sus criados, todos montados en bestias de albarda.

Sin tormento confesó el Mateo Álvarez todo lo hecho y tramado. Dijo que estaba dispuesto que entraría en Lisboa, ya victorioso, el día de San Juan por la noche, y se mataría á cuantas personas no quisiesen obedecer al nombre del Rey D. Sebastián. No aseguraba él que lo fuera; pero sí que le animaban propósitos de dominación. En entrando en la ciudad y teniéndola pacífica, pensaba ponerse á una ventana y decir al pueblo: "véisme aquí, que no soy D. Sebastián, sino un hombre que he venido á libraros de la tiranía de castellanos: ahora haced Rey á quien quisiéredes".

Los padres de la Compañía de Jesús le asistieron en su triste muerte, y por consejo de ellos iba diciendo, al ser conducido al suplicio, que no era el Rey D. Sebastián, sino hijo de un cantero de la Tercera. Cortáronle la mano derecha; después le ahorcaron y descuartizáronle. Ahorcados fueron también algunos de sus consejeros y partidarios, y el principal fraguador de todo, Pedro Alfonso.

La semilla de aquellas invenciones no se logró extirpar por eso. Siguió germinando y propagándose mucho después. Un caso práctico, comprendido en los años de que vamos hablando, es digno de memoria por las circunstancias que le acompañaron y la resonancia que tuvo en España, y sobre todo en Andalucía. El nuevo farsante que se atribuía la personalidad del Rey D. Sebastián, era un hombre de condición baja, de nación calabrés, astuto, pero sin instrucción. Llamábase Marco Tulio Carzón. Mientras se sustanciaba la causa, estuvo preso, ya en galeras, ya en el castillo de Sanlúcar de Barrameda por orden del Duque de Medina Sidonia. Concluídas las instrucciones sumariales, enviáronse al Consejo Real, de donde se devolvieron para que sentenciase D. Francisco Mondejano, alcalde de la Audiencia de Sevilla. Condenóse á muerte de horca á Carzón y á sus cómplices.

El fingido Rey había de ser arrastrado antes de morir.

Ejecutóse la sentencia en la plaza de la ribera de Sanlúcar, á cuyo efecto se levantó un caldoso muy alto junto á la fuente, y cerca de él una horca en triángulo. Cortaron á Carzón la mano derecha y, ahorcado, quitáronle la cabeza, la cual, juntamente con la mano, puesta en una jaula de hierro, se fijó en la aduana de aquella ciudad para recuerdo del ejemplar castigo. Fueron después colgados tres de los cómplices, que

eran vecinos del Puerto de Santa María; y otros cuatro azotados y sacados á la vergüenza.

Esta tragedia pública tuvo nuevo acto. Dos frailes portugueses, dominico uno, franciscano otro, estaban complicados en el negocio. Los religiosos fueron casi siempre los más acérrimos defensores en Portugal de los que suponían ser el mismo Rey. Daba ahora la circunstancia de que los dos que favorecían las pretensiones de Tulio Carzón, eran varones graves y doctos, y llevados de la ambición, creyendo posible el triunfo, esperaban gozar de las mejores dignidades eclesiásticas. El juez láico no resolvió nada acerca de ellos por su cualidad de sacerdotes. El Consejo Real nombró uno especial para que instruyera la nueva causa; y recayó la elección en un canónigo de la Metropolitana de Sevilla, á la sazón arcediano, hombre muy acepto á la opinión general, muy ilustrado y tenido por recto é intachable, doctor en ambos derechos, de nombre Luciano de Negrón, á quien juzgó digno Pacheco de figurar, por sus méritos y virtudes, entre los varones esclarecidos de su tiempo.

La sentencia dada por el Dr. Negrón contra ambos frailes, los condenaba á muerte de horca, previa la degradación correspondiente. Llevó á cabo ésta en Sevilla el obispo de Cádiz, D. Gómez Suárez de Figueroa, al que acompañaban otros cuatro prelados. Depuestos los reos de su carácter sacerdotal, fueron entregados por el Dr. Negrón, en hábito seglar humilde, al mismo alcalde Mondejano para que se les aplicase el rigor de las leyes.

El mes de Octubre de 1603 los ahorcaron en Sanlúcar, en el propio lugar que lo fué meses antes el calabrés con varios de sus consortes. Para presenciar aquel funesto acto, acudió de toda Andalucía gran multitud de curiosos, y aun muchos extranjeros y señores llegaron desde la corte con idéntico fin.

Las molestias que se ocasionaron á Cervantes en 1601, so pretexto de alcances de cuentas, se renovaron al comienzo de aquel mismo año de 603, sin que todavía quedara definitivamente ultimado tan enojoso asunto. Hemos ido viendo, á medida que lo ha exigido la narración, que no se hizo un cargo á Cervantes que estuviese basado en razón, ni confirmado en justicia. Siempre quedaba esclarecida su hombría de bien y patente y manifiesta la torpeza ó falta de rectitud de sus acusadores. Con datos, con números, con pruebas, con testigos salió siempre victorioso Miguel; pero la suspicacia de los contadores no se daba nunca por contenta, ni satisfecha su desconfianza. Quedó demostrado, como hemos visto, que sólo era deudor Cervantes en 1601 por cantidad

de unos dos mil cuatrocientos reales. Creíamos que no se le habría perseguido por este débito, en vista de las razones que expuso varias veces, y, entre ellas, la de que era mayor suma la que él tenía que percibir de la Hacienda por atrasos de sueldos.

Sin embargo, fijando muy detenidamente la atención en lo que dijeron los contadores de relaciones en 24 Enero de 1603, contestando á antecedentes pedidos por la Tesorería general sobre el finiquito de cuentas de Cervantes; se nota que continuaron extremándose las medidas de rigor. Dícenlo así claramente las siguientes palabras de la información: "Para que viniese Cervantes á dar la cuenta (decía Domingo de Ipenarrieta, desde Valladolid), se han dado cartas para que el Sr. Bernabé del Pedroso le soltase de la cárcel, en que estaba en Sevilla, dando fianza de venir á darla dentro de cierto término, y *hasta ahora no ha venido, ni hay razón de las diligencias que se han hecho*".

Dedúcese de aquí, indudablemente, que de 1601 á 1603 sufrió nueva prisión en Sevilla, pues cuando se le puso en libertad en 1597 fué por mediación del Licdo. Gaspar de Vallejo, y en el documento de 1603 se hace referencia desde luego al alcance de cuenta, comprobado en 1601.

Puesto en la cárcel, y habiendo dado fianza con promesa de ir á la corte para liquidar la cuenta, envióse orden á Bernabé del Pedroso para que le dejase en libertad. Las cartas que se dicen remitidas á Pedroso no han parecido, aunque consta que se dirigieron, y por eso no se puede hablar con exacto y fiel conocimiento de esta nueva prisión y sus incidentes. Parece, sin embargo, muy probable, que estando encargado Bartolomé del Pedroso, desde 1591, de proveer las armadas de alto bordo, podría tener empleado como comisario á Cervantes, sin funciones de alcabalero desde el 96, por ser persona tan apta é inteligente en tales asuntos. Preso de orden superior, representaría Cervantes la imposibilidad de haber ido á la corte por estar ocupado en las comisiones que le encomendaba Pedroso en materias de su cargo.

Habiendo mudado de ser y estado las cosas públicas desde la muerte de Felipe II, y siendo Pedroso persona muy estimada de los nuevos gobernantes, según lo patentiza el nombramiento recaído á su favor, de Consejero de Hacienda en 1602, á 26 de Octubre, es muy posible que Cervantes difiriese su viaje á la nueva corte para marchar de Sevilla cuando lo efectuara su jefe; y más cuando, conociendo éste sus disposiciones y su honradez, podría servirle de mucho para el arreglo total de todo al tomar posesión del alto

cargo á que se le destinaba. Consta que hasta el mismo año de 1603 inclusive, estuvo Pedroso en Sevilla en asuntos del Real servicio. (3)

El motivo en que se habían fundado los contadores en 1603 para las nuevas reclamaciones, no podía ser más caprichoso.

Cuando, á comienzos de dicho año, el receptor de alcabalas de Baza, Gaspar Osorio de Tejeda, fué á dar sus cuentas ante el tribunal de la Contaduría mayor, presentó para descargo una carta de pago que le había entregado Cervantes cuando, en 1594, estuvo recaudando allí la renta atrasada por alcabalas. Por cierto que no fué á él á quien había dado Cervantes recibo de lo cobrado, pues entonces el Tejeda, aunque nombrado recaudador, ni tenía cobrado nada, ni puesta la fianza correspondiente. Quienes abonaron á Cervantes los atrasos fueron, como se recordará, Simón Sánchez, mayordomo de Baza y Juan de Cuenca, que era arrendador del encabezamiento de las rentas de Cújar. Ese documento fué el que hubo de presentar Osorio de Tejeda, como sucesor de ellos en la cobranza de los años siguientes. Pero es bien extraño, y aun impertinente, que porque Osorio exhibiera aquella carta de pago, preguntaran los señores de la Contaduría mayor á los contadores de relaciones si Cervantes había dado cuenta de su comisión, cuando por las anotaciones de la misma cédula que se le dió para la cobranza, constaba que todo lo que cobró en Baza había sido entregado en Contaduría mayor con religiosa puntualidad.

Cervantes no podía continuar así, siempre en aquel estado de incertidumbre y zozobra, expuesto con frecuencia á indagaciones y sospechas que perturbaban su vida y tenían constantemente en tela de juicio la honradez de sus procederes. Hubo, pues, de decidirle esto, juntamente con su deseo de volver á la corte, esperanzado quizás en mejorar de suerte, á preparar su marcha de Andalucía y trasladarse á Valladolid, donde ya vivía entonces su hermana mayor D.^a Andrea, dedicada, para subsistir, á labores de su sexo.

Con sentimiento hubo de abandonar Cervantes aquella su adorada Andalucía, cuyas costumbres, trato, clima, fiestas, perspicacia de sus naturales y viveza de ingenio le agradaban sobre manera y congeniaban tanto con su espíritu de observación.

Como cuando llegó á Andalucía, hacía quince años, sólo la esperanza animaba á Cervantes ahora al dirigir sus inciertos pasos hacia la capital de Castilla la Vieja. Allí también le seguiría persiguiendo la desgracia. Allí también le haría víctima de sus injusticias la maldad de los hombres.

ILUSTRACIONES AL CAPITULO IV

1.^a—Tradiciones infundadas que se han sostenido y sostienen acerca de la prisión de Cervantes en Argamasilla. Sus orígenes y refutación.

Con gran facilidad se esparcen las tradiciones y muy difícilmente se extirpan. Lo que ha pasado con las propagandas acerca de la permanencia de Cervantes en diversos lugares manchegos y respecto á su prisión en Argamasilla de Alba, puede persuadirlo concluyentemente. Desde hace siglo y medio que empezaron á circular, y todavía no se ha logrado concluir con ellas, sin embargo de los documentos descubiertos que las contradicen ó invalidan, y no obstante los juiciosos argumentos por la crítica aducidos.

Fué Mayáns quien primero habló de ellas. Consignó haber oído que á Cervantes se le dió una comisión en el lugar del Toboso, con resultado molesto para él, por cuyo motivo podía sospecharse que hizo manchegos á Don Quijote y á Dulcinea. Rios fué de opinión que no en el Toboso, sino en Argamasilla de Alba, es donde estuvo Cervantes desempeñando la comisión, y, á consecuencia de sus gestiones, le encerraron en la cárcel.

D. Juan Antonio Pellicer dió mayor crédito á esta vaga creencia con nuevos datos ofrecidos en su *Vida de Cervantes*. Á D. Manuel Rodado, cura que fué de Totanes en la diócesis de Toledo, natural de la misma Argamasilla, había oído referir una tradición relativa á este punto, derivada de padres á hijos, según la cual, todavía en su tiempo (al concluir el siglo XVIII), circulaba en Consuegra, cabeza del priorato de San Juan, la noticia de que por el juez privativo que entendía en la cobranza de los diezmos pertenecientes á la Orden, se había enviado á Miguel de Cervantes al lugar de Argamasilla con objeto de que cobrara de los deudores morosos lo que debían. Pero éstos, siendo favorecidos de sus parientes, personas de prestigio en la población, no sólo se burlaron del cobrador, sino que le pusieron en la cárcel.

D. Martín Fernández de Navarrete, apoyándose en lo referido á Pellicer por el cura de Totanes, quiso saber si existían documentos confirmatorios de la tradición; y al efecto dirigió carta al archivero del gran Priorato con fecha de 1.º Enero de 1805. Reconocidos los libros y legajos de 1588 á 95 y de 1598 á 1604, correspondientes á Consuegra y Argamasilla, no se hallaron noticias de Cervantes ni de tal comisión. Para cerciorarse más de lo verdadero, escribió también á D. Pío Rafael Sánchez de León, como vicario eclesiástico que era de Consuegra; pero tampoco dió ningún

resultado la investigación verificada. Ni en aquel archivo, ni en los de Argamasilla y Alcázar de San Juan, se encontró nada referente á lo solicitado.

Sánchez de León daba, sin embargo, pormenores al señor Navarrete acerca de la tradición, conservada en Alcázar, de que "allí había vivido Miguel de Cervantes mucho tiempo y escribió sus mejores obras", según se gloriaban sus vecinos. El Sr. D. Francisco de P. Marañón, vecino del mismo pueblo, decía también en carta remitida por conducto del Sánchez de León, que según la tradición seguida en Alcázar, Cervantes había nacido allí y tenido su casa en la placeta de la Rubia; y, siendo hidalgo pobre, para mantenerse "se dedicaba á ir de ejecutor á los pueblos donde le enviaban. "Estando con este motivo (añadía) en el Toboso, dijo á una mozuela alguna jocosidad, de que se picaron las gentes interesadas, y de resultas le pusieron preso; y que vuelto á Alcázar, notaban sus camaradas en la plaza de la Fuente (donde á la sazón estaban los oficios de escribanos) que, paseándose, separado y como suspenso, soltaba grandes carcajadas, se metía en una de las escribanías y hacía anotaciones".

Este señor Marañón era sobrino de D. Juan Bernabé de Saavedra, vecino asimismo de Alcázar, quien conservaba una carta, de la que circularon copias, pero cuyo original se ha perdido, firmada por Cervantes Saavedra, en la que, lamentándose de la prisión que sufría en Argamasilla, suplicaba á un su antepasado que era tío de Miguel, le socorriera en su aflictiva situación, bien expresada en los primeros renglones, donde decía: *Luengos días y menguadas noches me fatigan en esta cárcel, ó mejor diré caverna*. Certifica haber existido tal epístola el presbítero D. Antonio Sánchez Liaño; pero como que ha desaparecido, no es posible cotejar su letra con la de Cervantes, y poder aceptar ó rechazar los fundamentos auténticos; aunque para nosotros resulta indudable que esa carta llena de lamentos, ha de atribuirse más propiamente al Miguel de Cervantes que nació en Alcázar diez años después que el Cervantes de Alcalá de Henares, si bien ahora se ha puesto de moda decir, sin razones terminantes y persuasivas, que la partida bautismal de Alcázar de San Juan es supuesta.

Cuando Navarrete publicó en 1819 su *Vida de Cervantes*, hizo notar (*Ilustraciones y Documentos*, pág. 453), que "el señor Liaño estaba empeñado en persuadir que el Cervantes, autor del *Quijote*, era el manchego y no el de Alcalá; pero si viviese (las indagaciones de Liaño se verificaron de 1770 á

1805) acaso le disuadirían de su opinión los documentos que publicamos y de que entonces no había noticias".

Escribiendo D. Tomás González á Navarrete sobre los documentos que había descubierto en Simancas, en 10 de Mayo de 1819, decíale: "He practicado largos reconocimientos con el objeto de averiguar si aquí constaba algo que acreditase la tradición y opinión vulgar de que Cervantes fué preso en la Mancha y allí compuso el *Quijote*. No he hallado nada de esto".

Esta franca manifestación de D. Tomás González, aceptada por Navarrete, y hasta hoy la más predominante entre los estudiosos, vino á quitar su antiguo generalizado crédito á la leyenda de Argamasilla.

El ciego espíritu de localidad no se dió, sin embargo, por satisfecho en la Mancha. Tuvo sus partidarios la ficción, y sus propagandistas y defensores. El Sr. Jiménez Serrano en su *Viaje á la patria de Don Quijote*, año de 1838, quiso autorizar los recuerdos pasados con nuevas observaciones de su cosecha. El autor de los *Recuerdos de un viaje por España* (Madrid, 1851, 6.^a parte, pág. 62 y sig.), refiere la tradición sin tener en cuenta los reparos en contra, como si no existiesen. Este escritor, especialmente, hace mucho hincapié en la suposición de que fué un pariente de Cervantes, enemigo suyo desde su casamiento, quien más daño le hizo. Por dar cierto aspecto nuevo al relato, dice que el pariente de Cervantes, "bajo el pretexto de faltar algún requisito en los documentos que acreditaban la comisión, hizo que el alcalde, que era á la sazón un tal Medrano, prendiese á Cervantes en una bodega de su casa, pues no había en aquel tiempo cárcel en el lugar". También alteró á medida de su capricho la tradición del Toboso, separándose por completo de lo indicado por Mayáns y por el sobrino de D. Juan Bernabé de Saavedra. (1)

* *

Á pesar de los infinitos ejemplos que había aportado la crítica respecto al escaso fundamento de las tradiciones argamasillescas y tobosinas, el deseo de autorizar leyendas con la sanción de las personas doctas, pretendió dar validez ostentosa á la de Argamasilla. La casa donde se suponía haber estado preso Cervantes, pertenecía al infante D. Sebastián de Borbón desde mediados del siglo pasado. Pensóse años después en reparar la finca, que desde 1851 estaba en estado ruinoso (2), y hablóse entonces con mucha insistencia de todo lo divulgado anteriormente. D. Manuel Rivadeneira proyectó hacer en aquella misma morada algunas ediciones del *Quijote* con la cooperación del gran literato Hartzenbusch. Fué ésto como la glorificación de la leyenda propalada. Toda la prensa de España trató del asunto; pero, en

medio del general entusiasmo ficticio que logró crearse, la crítica siguió negando asenso á las afirmaciones nuevas.

El Museo Universal, periódico ilustrado que se publicaba en la corte, insertó en el número 27 del tomo VI, año de 1852, un entusiasta artículo acerca de tan discutida materia, además de dos grabados, uno con la planta del edificio, y otro representando la fachada.

Reproducimos dicho escrito para que se vea la pobreza de razones, con que se quería defender aún, el cuento mal forjado, y peor admitido, de Argamasilla. Dice así:

"Muchas indicaciones concurren en diversas partes del muy celebrado libro de Cervantes para que con todo fundamento pueda suponerse que el malhadado lugar, con el cual tenía enojos Miguel de Cervantes, no era otro que Argamasilla de Alba. La primera salida de D. Quijote fué caminando por el campo de Montiel, hacia el puerto Lápice. Apenas había el rubicundo Apolo tendido por la faz de la ancha y espaciosa tierra las doradas hebras de sus hermosos cabellos, y apenas los pequeños y pintados pajarillos con sus harpadas lenguas habían saludado con dulce y melíflua armonía la venida de la rosada aurora, que dejando la blanda cama del celoso marido por las puertas y balcones del manchego horizonte á los mortales se mostraba, cuando el famoso caballero Don Quijote de la Mancha, dejando las ociosas plumas, subió sobre su famoso caballo Rocinante y comenzó á caminar por el antiguo y conocido campo de Montiel, (y era la verdad que por él caminaba).

La aventura de los molinos de viento, cuyo sitio señala el *Itinerario* de la Real Academia Española cerca de Villarta, sucedió á muy poco de su salida, pues con efecto aunque, como dice Pellicer, la Argamasilla es del Priorato de San Juan, está en los confines del campo de Montiel, por donde se puede caminar luego que se sale de ella. Añade Cervantes que por ser la hora de la mañana, herían á Don Quijote á soslayo los rayos del sol. Así es, pues por estar Villarta entre Poniente y Norte de la Argamasilla, y la Argamasilla entre Poniente y Mediodía, al que salga de ella por la mañana, hacia el puerto Lápice, le herirán á soslayo los rayos del sol. Si esta fué la verdadera patria de Don Quijote, quiso Cervantes deslumbrar al lector, diciendo unas veces que estaba cerca del Toboso, y otras lejos, en cumplimiento de su promesa de no declararla.

Presunción más fuerte de que Argamasilla de Alba fué la patria de Don Quijote, es la indicación que hace el Licenciado Alonso Fernández de Avellaneda, afirmando absolutamente en la segunda parte del libro que escribió con el título de *Don Quijote*. Preténdese asimismo que éste lo significase por medio de los versos que se leen al fin de la *Parte primera*; en nombre de los académicos de Argamasilla,

ron una soga á la cintura y sacaron arrastrando en dirección de las Tenajerías con grandes carcajadas de la liviana moza. Finalmente, á las voces de Lorenzo y Cervantes, acudieron unos cuadrilleros de la Santa Hermandad, y le quitaron de manos de aquellos furiosos; pero le llevaron preso y maniatado á Argamasilla de Alba. La casa de Lorenzo y Dulcinea se arruinó hace pocos años. Otros dicen que Cervantes dirigió ciertas pullas á una aldeana del Toboso, y que los padres de ésta lo encarcelaron; pero parece lo más verosímil lo primero".

(2) Véase lo que dice el que escribió los *Recuerdos de un viaje por España* (Madrid, 1851, establecimiento tip. de Mellado): «La casa de los Medranos nada ofrece de particular más que su antigüedad y recuerdos. Está situada en la calle Empedrada nueva, es baja, y en su fachada se ven dos ventanas con rejas, una puerta con algunas labores y un escudo de armas, cuyas divisas están casi borradas del todo. Consérvase todavía un sótano ó bodega oscura, á la que se baja por siete escalones, que está nueve pies más baja que el nivel del suelo; tiene por techo una bóveda de yeso, y de extensión seis varas de longitud y cuatro de latitud. Este fué el calabozo en que Cervantes gimió largo tiempo, donde escribió la Primera parte de su famosa obra». (6.^a parte, pág. 64).

(1) Aunque tenemos esta nueva tradición por producto exclusivo del que la publicaba, la copiamos para que se vea hasta qué punto se quieren autorizar los errores más patentes, propagados por el vulgo, con novísimos atractivos imaginarios, ridículos y falsos en demasía, como en el caso presente. "Había en el Toboso (dice) un labrador rico, llamado Lorenzo, que tenía una hija muy coqueta á la que galanteaban varios mozos. Una tarde, al ponerse el sol, llegó á la casa un viejo soldado, que pidió alojamiento por caridad, y Lorenzo, no sólo le franqueó la entrada, sino que le convidó á comer. Sentáronse en derredor del hogar, y el reciénvenido entretuvo agradablemente á su huésped hasta la hora de recogerse, refiriéndole sus viajes, batallas y aventuras. Poco tiempo había pasado, cuando llamaron con fuertes golpes á la puerta unos cuantos borrachos que venían en busca del viejo *Sacamantas* ó *Vejiguero*, nombre que daban en la Mancha á los recaudadores, para darle un baño en los charcos que hay en las Tenajerías; añadiendo que venía huyendo de Argamasilla, donde había trabado camorra con los vecinos. Lorenzo le dijo que su alojado se había marchado ya, y cerró prudentemente la puerta; pero su hija, llamando á los mozos, les mostró unas ventanas por donde podían entrar hasta el pajar, donde Cervantes reposaba tranquilo. Asíéronse de él aquellos beodos, y, sin respeto á sus canas, le ciñe-

donde caracteriza el genio de algunos vecinos de ella con los epítetos del *monicongo*, del *caprichoso*, del *burlador*, del *cachidiablo*, del *tiquitoc*, con alusión, sin duda, á los apodos que suelen usarse en los pueblos de corta extensión. El mismo Avellaneda, coetáneo de Cervantes, dedicó su obra al alcalde, regidores é hidalgos de este lugar; pero, finalmente, no deja género de duda de que en Argamasilla fué donde estuvo preso el bueno de Cervantes, la carta que el mismo Cervantes escribió en la cárcel de Argamasilla, solicitando de su tío D. Juan Bernabé de Saavedra, vecino de Alcázar de San Juan, lo socorriese en su triste y deplorable situación, diciendo, entre otras cosas, que: "luengos días y menguadas noches me fatigan en esta cárcel, ó mejor diré caverna". Este precioso dato puede comprobarse en las ilustraciones y documentos de la *Vida de Miguel de Cervantes*, escrita por D. Martín Fernández de Navarrete.

Pero, ¿por qué no quiso acordarse Cervantes del lugar de Argamasilla de Alba, ni tan siquiera nombrarle, cuando en su cárcel se engendró su ingenioso libro? Véase lo que dice acerca de este punto D. Joaquín Bastús en sus nuevas anotaciones al *Quijote*: "Cervantes no quiso acordarse ni nombrar dicho lugar, ó por moderación, ó más bien por enojo que le tenía, y para vengarse del mal trato que en él le dieron estando desempeñando una comisión. Se cree que ésta fué una ejecución contra los deudores morosos de los diezmos pertenecientes á la dignidad del gran prior de San Juan. No sólo consiguieron éstos, como solían hacer con otros, que la justicia dejase de auxiliar al comisionado, sino que se negase al cumplimiento de aquella disposición, y se excediese hasta poner á aquel en la cárcel. Estando en ella fué cuando Cervantes concibió su *Don Quijote*, como se lee en el prólogo de la misma fábula, en la cual se desquitó, como dice el Sr. Rios, del mal hospedaje de los manchegos, haciendo inmortal su nombre, y fijando para siempre su memoria en la de la posteridad". Añádase á estos datos la tradición verbal é invariable de los vecinos de Argamasilla, que testifican de padres á hijos que en la casa llamada de Medrano, estaba la cárcel en que permaneció Miguel de Cervantes cinco años, y se conocerán los precedentes todos de la idea que ha motivado la reciente restauración de un edificio verdaderamente interesante por el recuerdo histórico que encierra.

Para nuestros tiempos debía quedar la iniciativa de conservar la casa en donde Miguel de Cervantes Saavedra concibió, y acaso escribió gran parte de su inimitable obra. Al señor Gobernador civil de Ciudad Real, el ilustrado D. Enrique de Cisneros, se debe el ahinco mostrado para su adquisición, lográndose así la conservación de semejante recuerdo; al infante D. Sebastián de Borbón, se debe la idea de su restauración y adorno con un grandioso cuadro que, colocado en el interior de la habitación, demuestre á los curiosos que allí vivió y escribió Cervantes; y, en fin, al muy conocido impresor Rivadeneyra se debe la de publicar en el lugar de Argamasilla una edición del *Quijote*, coadyuvando así todos á la obra de agradecimiento que la España debe á su primer prosista, ya que los contemporáneos de Cervantes dejaron que éste mendigara su sustento y habitara en las cárceles, donde toda incomodidad tiene su asiento".

Á pesar de tantos esfuerzos hechos por autorizar y revestir de validez indiscutible las tradiciones manchegas, fueron al poco tiempo perdiendo terreno en la opinión pública; especialmente la que se refería acerca de la prisión de Cervantes en Argamasilla. Casi en aquellos mismos momentos en que se quería legitimar una leyenda vulgar con razones de aparente conveniencia, dos notables literatos trazaban una

verdadera ruta de investigación acerca del lugar más probable donde Cervantes pudo empezar á escribir su gran *Don Quijote de la Mancha*.

Ya D. Tomás González, con muy buen criterio, después de averiguar inútilmente si existía documento alguno que atestiguase la tradición de Argamasilla, había dicho á Navarrete, en la carta que le dirigió con fecha de 10 de Mayo de 1819, que no hallando nada de lo que buscó, "*por todos los pasos averiguados documentalmente de su vida, desde 1588 hasta 1603, conjeturaba que esta fábula se engendró en Sevilla en 1595 hasta 1603*".

D. Jerónimo Morán en su *Vida de Cervantes* y D. Aureliano Fernández-Guerra y Orbe en su *Noticia de un precioso códice de la biblioteca colombina*, siguieron, ampliaron y ratificaron plenamente la indicación. Esta es la más verosímil, y la hoy seguida como mejor autorizada.

Los que en la Mancha siguen aferrados á la divulgada ficción, continuaron insistiendo, sin embargo, en ella, como única verdad posible. Llegaron á pedir en 1875, y han pedido más tarde, á los poderes públicos que se repare, conserve y declare monumento nacional la supuesta cárcel de Cervantes en Argamasilla.

Enemigo decidido de toda falsa tradición y de toda mixtificación histórica el autor de la presente obra, dirigió en 1876 una extensa exposición al entonces ministro de Fomento, Sr. Conde de Toreno, demostrando la incierta base del cuento argamasillesco, y lo contraproducente que sería sancionar la ya desacreditada leyenda con una determinación oficial en conformidad con lo solicitado. El Sr. Conde de Toreno, comprendiendo la verdad de nuestras observaciones, nos envió carta muy expresiva abundando en las mismas ideas y elogiando nuestro escrito.

2.^a—El libro de los retratos de Francisco Pacheco. Su descubrimiento y publicación.

Gloria será siempre para el sabio académico de la Historia, Excmo. Sr. D. José M.^a Asensio y Toledo, hijo ilustre de Sevilla, el haber descubierto, adquirido y publicado la parte más considerable del libro de retratos que dejó sin terminar ni dar á la estampa, cuando murió, el celebrado escritor y artista Francisco de Pacheco, sobrino del docto anticuario y poeta latino del mismo nombre.

El Sr. Asensio cuenta la historia del precioso hallazgo en el libro que imprimió en Sevilla el año de 1886 acerca de Francisco Pacheco y sus obras, al cual remitimos al lector.

Recuperada tan valiosa joya artística y literaria al cabo de dos siglos, el Sr. Asensio quiso presentarla al público con toda la perfección que reclamaban la importancia del original y el glorioso nombre de su inspirado creador.

Mediante el procedimiento fototípico, el manuscrito de Pacheco pudo reproducirse con toda fidelidad, con el mismo tamaño de las hojas, parecido de papel, carácter de letra, número de renglones, tachaduras y enmiendas de cada folio; de tal suerte que parece que se está viendo el mismo original escrito por Pacheco con su

excelente y clara letra española, magnífico dechado de especial caligrafía y de admirable dibujo.

Cuando el Sr. Asensio enseñó al Rey Alfonso XII aquel hermoso libro con los mismos lineamientos trazados de mano de Pacheco y los mismos renglones de su puño y letra, no pudo reprimir su patriótico entusiasmo, diciendo que la publicación de tan eximia obra en su reinado valía más que el ganar algunas batallas. El Rey y las personas más ilustres de la corte favorecieron la empresa, y aun facilitó el primero, para que la colección de retratos saliese más extensa, algunos del mismo Pacheco que habían ido á parar á poder de un hispanófilo inglés, Mr. Frederic William Cosens, el cual los regaló al monarca como grato recuerdo á los españoles y afecto personal á D. Alfonso.

Los retratos de Pacheco salvados del olvido por la diligencia y desprendimiento de Asensio, corresponden á los siguientes personajes:

Fr. Juan Bernal; Fr. Luis de Granada; Fray Luis de León; Fr. Fernando de Santiago; el Padre Luis del Alcázar; el P. Juan de Pineda; el P. Fr. Luis de la Cruz; el Racionero Pablo de Céspedes; el Secretario Baltasar de Escobar; Fr. Pedro de Valderrama; Fr. Luis de Rebolledo; Fr. Francisco de Rivera; Fr. Andrés de Pórtés; el Dr. Luciano de Negrón; el Mtro. Francisco de Medina; el Jurado Juan de Oviedo; el Dr. Bartolomé Hidalgo; Fr. Diego de Ávila; Fr. Juan Farfán; el Lcdo. Juan Sáenz de Zumeta; Fernando Herrera (el Divino); el Lcdo. Cristóbal Mosquera de Figueroa; Fray Agustín Núñez Delgadillo; D. Manuel Sarmiento de Mendoza; Fr. Miguel de Santiago; Fr. Fernando Suárez; Fr. Juan de la Cruz; Fr. Juan de Espinosa; el Dr. Gonzalo Sánchez Lucero; el Dr. Álvaro Piçano; D. Luis Ponce de León; D. Cristóbal de Zayas y Alfaro; Baltasar del Alcázar; Gutierre de Cetina; Gonzalo Argote de Molina; el Licenciado Carlos de Negrón; Melchor del Alcázar; Pedro Campaña; Luis de Vargas; Felipe II; Pedro Mejía; D. Francisco Sarmiento de Mendoza; el Dr. Benito Arias Montano; el Racionero Francisco Peraza; el Mtro. Francisco Guerrero; el Dr. Jerónimo de Herrera; el Mtro. Juan de Malara; Francisco Ballesteros, fundidor; el P. Rodrigo Álvarez; uno que parece Quevedo; otro que se supone sea el cardenal arzobispo D. Rodrigo de Castro; y el Lcdo. Fernando de Mata. Hay también cuatro retratos sin elogio ni nombre.

Los de la colección de Alfonso XII representan á las personas que se expresan: Sancho Hernández, artífice de oro y plata y notable aficio-

nado á la poesía; el Lcdo. Florentino de Pancorvo, gran diestro en las armas y eminente en medicina; Antonio de Vera Bustos, músico y poeta distinguido, célebre por su buen ingenio y valor de ánimo; Pedro de Mesa, discípulo del famoso maestro de esgrima Jerónimo de Carranza, quien le comunicó, según Pacheco, "los primores y secretos de la verdadera destreza en su arte"; Juan Márquez de Aroche, que no reconoció ventaja á ninguno de su tiempo en el manejo de la espada y daga; Pedro de Madrid, singular ingenio en la música de vihuela; y Manuel Rodríguez, hombre de tan preciadas dotes de ingenio, que en el arpa, la vihuela y la destreza en las armas, podía competir con los más consumados maestros.

La magnífica obra de Pacheco está reproducida en un tomo de 107 folios dobles sin numeración, incluyendo la portada, hermoso trabajo por sus dibujos alegóricos.

Complemento del original de Pacheco, es el tomo citado de ilustraciones, que se publicó aparte al mismo tiempo que el *Libro de retratos*, y lleva á su frente el del afamado artista, calcado y dibujado del cuadro que pintó sobre el *Juicio final*, que existía en la iglesia de Santa Isabel de Sevilla, de donde fué arrebatado y llevado á París en los primeros años del siglo XIX, en cuya capital creemos se conserva.

La obra de Asensio es un extenso trabajo de crítica y erudición, en el cual, no sólo se dan multitud de datos biográficos acerca del inimitable artista, sino donde se ofrece un completo catálogo de sus obras y se hace concienzudo análisis de su original manera y prodigiosos efectos de ejecución.

* * *

El contrato hecho por Rodrigo Osorio con Miguel de Cervantes para que éste le escribiera seis comedias, lo insertó íntegro D. José María Asensio en su obra *Nuevos documentos para ilustrar la Vida de Cervantes*, pág.^s 26 á 29. (Sevilla, 1864).

3.^a—Bartolomé del Pedroso. Algunos apuntamientos.

Este caballero, de quien escasean los datos biográficos, ocupó cargos de gran importancia en su tiempo, lo cual indica que debió de ser persona de cuenta y muy favorecido y estimado. Nombráronle proveedor de la armada llamada *Invencible*, y asistió á todos los episodios principales de la expedición. En la nave capitana, formaba parte de los caballeros que acompañaban

al Duque de Medina Sidonia en el castillo de popa, en unión del Príncipe de Ascoli, Conde de Gelves, D. Bernardino de Velasco, D. Luis de Córdoba, D. Pedro de Castro, D. Pedro y Don Baltasar de Zúñiga, el veedor general de la misma armada D. Jorge Manrique, D. Diego Maldonado y el alférez Garcés. Consta ésto por la orden que dió el Duque señalando el puesto que cada cual había de tener en el galeón Real, nombrado *San Martín*; orden que tiene fecha de 7 de Junio de 1588, y está íntegramente publicada en la *Colec. Navarrete*, t. XXX.

En la *Instrucción á los maestros de naos*, sobre el orden que se había de tener en el dar las raciones de mar y guerra, encargaba muy especialmente el Duque que “no habían de dar más que una ración ordinaria á ningún capitán, alférez, sargento ó cabo de escuadra, ni á ningún oficial ni pífano de la infantería, ni fuera de ella, sin orden suya”; porque las que de otra manera gastaran y distribuyeran, *no se les recibirían en cuenta*, si no fuese con orden expresa del Excmo. Sr. Duque de Medina Sidonia, capitán general de la armada, ó del Sr. *proveedor Bernabé del Pedroso*. Y para más seguridad del cumplimiento de lo que disponía, mandaba que tomasen la razón de todo los señores veedor general y *proveedor Bernabé del Pedroso*, y contadores de la armada y ejército de Su Majestad. (La misma *Colec.*, t. III).

Cuando la armada estuvo en la Rada de Calés, puerto de Francia, donde se había de esperar al Duque de Parma, que estaba en Dunquerque, el de Medina envió al capitán Heredia con una carta al gobernador de Calés, diciéndole que había dado fondo allí por aguardar al Duque de Parma, y que no se haría daño en toda su costa. El gobernador contestó dando la bienvenida y ofreciendo sus buenos servicios. Pasaba esto el día 6 de Agosto del 88.

El 7, que fué domingo, el gobernador envió al capitán general de la armada un presente de cosas de comer. Recibiólo el Duque agradecido y entregó al que lo llevaba “una cadena de oro que valía quinientos escudos”. Ofreció asimismo el gobernador “los bastimentos que hubiese me-

nester para la armada”. Aquel mismo día *fué á Calés el proveedor Bartolomé del Pedroso* con objeto de comprar los víveres necesarios.

Estos datos, que constan en la curiosa *Relación* que escribió el capitán Alonso Venegas, de lo sucedido á la armada de S. M. en la expedición contra Inglaterra en 1588, véanse confirmados por otra *Relación ó Diario de la jornada*, que ha reproducido D. Cesáreo Fernández Duro en su obra *La Armada invencible*, t. II, páginas 239 y siguientes, en donde se dice que “viendo el Duque la amistad que ofrecía el gobernador de Calés, envió al *proveedor Bernabé del Pedroso á comprar vitualla*, y fué con él el pagador”.

El Duque de Medina Sidonia apreció mucho los servicios de Pedroso y encareció los méritos que le distinguían en carta dirigida al Rey cuando se hacían los aprestos para la expedición, según lo manifiesta la respuesta del monarca desde San Lorenzo, á 19 de Abril, publicada en la *Colec. Navarrete*, t. XXX, donde se leen las siguientes textuales palabras: “Muy buena relación tengo de la forma y con el cuidado que sirve el *contador Bernabé del Pedroso*, y en lo que vos apuntáis que se debería hacer con él, mandaré mirar en ello. Se referiría ésto á su ascenso como proveedor de la armada, alto cargo de confianza que desempeñó.

Tres años después, en 1591, Pedroso presentó al Rey un memorial relatando sus méritos y servicios. Por él se sabe que desde el año 67 era proveedor de armadas. Desempeñaba en 1591 el cargo de proveedor para las de alto bordo Estéban de Ibarra; en él le sustituyó Pedroso por ascenso del primero á secretario de guerra. Hasta fines de 1602 desempeñó dicho destino. Fué nombrado entonces consejero de Hacienda, aunque siguió en Sevilla todo el año 603 en asuntos del Real servicio. Hasta fines de 1604 no tomó posesión del nuevo destino.

Estas últimas noticias fueron comunicadas á D. Martín Fernández de Navarrete por el señor D. Tomás González, quien revisó en Simancas, donde se encuentran, los comprobantes originales. (*V. de Cerv.*, pág. 443).

CERVANTES Y SU ÉPOCA

LIBRO TERCERO

CAPÍTULO I.

Miguel de Cervantes Saavedra en Valladolid.

Nueva dominación política.—Felipe III.—Su natural y educación.—Sus maestros y directores.—Vida física, intelectual y moral.—Defectos de su educación religiosa.—Consecuencias.—Su nulidad para la política y el gobierno.—Influencia que ejerció sobre su carácter D. Francisco Gómez de Sandoval y Rojas, Duque de Lerma.—Cómo se hizo dueño del monarca y de la política española.—Casamiento del Rey.—Fiestas en Denia y Valencia.—Gobierno absoluto del favorito.—Endiosamiento de su familia.—El nuevo Arzobispo de Toledo.—D. García de Loaysa y el Cardenal Arzobispo de Sevilla, D. Rodrigo de Castro.—Viaje de recreo que dispone el Duque.—Auto de fe en Toledo.—Traslación de la corte de Madrid á Valladolid.—Censuras y obstáculos.—Principales sucesos de los primeros años de aquel reinado.—Paces con Francia é Inglaterra.—Cervantes en Valladolid.—Situación de su familia.—Pormenores curiosos.—Concluye Cervantes en Valladolid la Primera parte del *Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha* y prepara su publicación.—Antecedentes y noticias.—Nacimiento de Felipe IV.—Ratificación de la paz con Inglaterra.—El embajador inglés.—Grandes fiestas.—Muerte del caballero D. Gaspar de Ezpeleta.—Molestias que ocasiona la Justicia con tal motivo á Cervantes y su familia.—Prisiones.—Arbitrariedad inícuca de los procedimientos.—Amigos y conocidos de Cervantes.—Exacto cuadro de su hogar.—Vecinos que habitaban en la misma casa.—Examen del proceso.—Calumnia levantada por D.^a Isabel de Ayala contra Cervantes y su hija, D.^a Isabel de Saavedra.—Se rechaza y destruye.—Supuesto amancebamiento.—Limpia y honradísima conducta de Cervantes y su hija.—El probable matador de Ezpeleta.—Por qué la Justicia no le persiguió y torció el curso de las actuaciones.—Los alcaldes de casa y corte.—Publicación fiel é íntegra del proceso.

Nada podía esperar España, en orden á sus aumentos y prosperidad, del nuevo monarca que había sustituido á Felipe II en la gobernación suprema del Estado. Felipe III, el cuarto de los hijos de su matrimonio con D.^a Ana de Austria, era el reverso de su padre en todo. Veinte años de edad contaba cuando éste murió, y aun no había demostrado condiciones ningunas para el gobierno. De apocado ánimo y débil naturaleza, deslizóse su niñez entre enfermedades, que muchas veces hicieron temer por su vida. Creció en medio de infinitos cuidados, y, gracias á ellos, la antigua debilidad trocóse en robustez aparente, engañosa á la vista, pero de escaso efecto en realidad, pues siempre siguió en estado pobre y enfermizo.

Quiso Felipe II que el heredero de su nombre y de sus reinos recibiese educación conforme á la supremacía de sus destinos; mas quedaron frustradas tales esperanzas. Cuando ya adolescente, le puso su padre casa y nombróle personas que le doctrinaran y enseñasen con ejemplos de ciencia y virtud, vióse bien pronto que sus disposiciones intelectuales dejaban mucho que desear, y su nativa inclinación dedicábase con preferencia á las distracciones que lleva consigo la vida palaciega, sin molestia de la asídua reflexiva atención que demandan los estudios. Nombrado preceptor suyo el sabio varón D. García de Loaysa, después Arzobispo de Toledo, hizo esfuerzos supremos por dar á su regio discípulo extensa y superior enseñanza. Al principio cre-

yóse conseguirlo, dada su docilidad y buenos deseos, y aun se participó de esperanzas en el feliz éxito; mas los hechos revelaron después que había que desechar éstas y atenerse sólo á la verdad de la experiencia, contraria á las mejores promesas y á los intentos más decididos. Aquel mozo delicado y de cortos alcances, estudiaba con trabajo, retenía con fatiga y quedaba cansado de lo árido de las lecciones, sumiso y resignado á los mandatos del padre y del profesor, pero opuesto moralmente á los rigores de la enseñanza científica.

Hechos con la imperfección que debe de suponerse, dada la poca afición y escasas disposiciones del discípulo, los estudios de gramática, fué menester desistir de otros más superiores, ya por la inutilidad de los esfuerzos, ya por evitar molestias al joven. Sólo por distracción recibió nociones de historia, y no se juzgó oportuno enseñarle filosofía ni matemáticas. Costábale sumo trabajo aprender, aunque ponía de su parte lo que le era posible. "No repugnó atarearse en cuanto le enseñaban (dice una *Relación* contemporánea); mas viendo que iba contra su genio y que sólo lo ejecutaba por sacrificar su voluntad á la obediencia, como lo acreditaba el poco fruto que su incesante aplicación producía, se contentaron con no pasar de los principios".

Su ayo, que lo fué el Marqués de Velada, puso todos sus desvelos en adiestrarle en jugar las armas y andar á caballo. Aunque no tanto en lo primero, demostró para lo segundo particulares aficiones, así como para los ejercicios de la caza; aunque en ambas cosas no sobresalió tampoco entre la mayor parte de los señores que se hacían notar en la corte por semejantes habilidades.

Mejor y más aventajado discípulo sacó del príncipe su confesor Fr. Antonio de Cáceres, hombre de más devoción que talento, cuyo sistema educativo, en orden á los principios religiosos, dejó mucho que desear. Doctrinó su ánimo en las prácticas devotas de tal suerte, que le hizo formar un juicio equivocado de sus deberes para con la sociedad y sus súbditos. Llegó á crear así un carácter tímido y melancólico, más propio para la vida monástica que para la vida pública y cortesana, pobre de espíritu y de iniciativa, muy apto para imaginar favores célicos, pero hombre incapaz del todo para los fines de la política y del gobierno. El P. Cáceres fué, sin embargo, premiado con una mitra.

Nunca ponía mayor atención Felipe que cuando le enseñaban á rezar las oraciones. Repetíalas con afecto y encontraba en ellas la suprema felicidad de su ser. Como altos ejemplos de su es-

píritu piadoso se recuerda que, desde que tenía seis años, rezaba el rosario todas las tardes y, antes de recogerse, nueve salves "en reverencia de los meses que su Majestad Santísima había traído en sus puras y virginales entrañas al Redentor del mundo"; sin comprender que todo aquello dependía de la enseñanza especial que se le daba, en que entró por mucho la práctica de lecciones aprendidas de memoria, sin vislumbres de la inteligencia, ni racional participación de la voluntad. Ni aquellas aficiones desmedidas al rezo; ni su devoción á oír misa todos los días, hincado de rodillas, y dos cada jueves en reverencia del Santísimo Sacramento; ni aun la pueril satisfacción con que arrojaba las monedas á los pobres desde el balcón de palacio, acto de vanidosa ostentación cortesana, humillante para los desgraciados, podrían servir para ilustrar su inteligencia y darle vigor y consejos para entender prudentemente en los negocios públicos, ó procurar por los medios humanos la felicidad de sus pueblos.

Semejante método educativo no podía dar otros resultados que los que produjo. Bien lo comprendió su mismo padre antes de morir, cuando, tomando el espíritu devoto de su hijo por señal de perfección para gobernar, quiso que hubiera parte con él en la dirección de las funciones del Estado, á fin de que se fuese capacitando é instruyendo como convenía. Por D. Cristóbal de Mora, llamó el Rey al príncipe para que fuera á su cuarto la noche del 24 de Julio del año 1597. Hízole presente su resolución de tomarlo desde entonces por compañero en el gobierno, con cuyo motivo expresó en una interesante plática muchos consejos para que el príncipe pudiera reflexionar sobre la carga que echaba en sus hombros. "Yo os encargo (concluyó diciéndole) que hagáis cuenta que salísteis esta noche de vuestro cuarto, niño y ocioso, y volvéis á él, príncipe y ocupado".

Ni los consejos ni la bendición de su padre sirvieron para que el príncipe se diese cuenta de la situación. El joven no entendía el lenguaje político del hombre de Estado; y Felipe II hubo de comprender aquella misma noche que su pobre hijo carecía de todas las condiciones necesarias para la gobernación de los pueblos y aun para el avisado trato social. Encogido y medroso, no tuvo siquiera una palabra que revelara discreción ó ingenio. Besó la mano al Rey y guardó el silencio más profundo.

De bien poco podían valer en los Consejos las palabras ó las indicaciones del príncipe. Más se dejaba llevar de las opiniones ajenas que de emitir las propias, cuando se le ocurrían á veces al-

gunas observaciones. ¿Ni qué podía decir de nuevo, cuando todo lo desconocía completamente, ora se hablase de las consultas de los Consejos, ora sobre los asuntos de Flandes, ya sobre la angustiosa vida económica de la nación, ya acerca de las muchas quejas que exponían en las cortes los procuradores de las ciudades para extirpar abusos y reformar leyes? No podía entender nada de aquello un mozo mimado y de escasas luces, cuya felicidad consistía en estar rezando siempre ó dedicándose á los ejercicios cinegéticos.

Felipe II adquirió el convencimiento doloroso de la nulidad política de su sucesor. No tenía ideas propias; no pensaba ni discurría; éranle enojosos los asuntos de Estado. Aquel joven estaría dominado siempre: se supeditaría á los consejos de otros. Haría lo que le persuadiesen, no lo que él pensara. Sería siempre el criado, nunca el señor. Bien claro expresó su sentimiento Felipe II cuando dijo á D. Cristóbal de Mora, uno de sus privados más íntimos, que el príncipe "era más inclinado á ser mandado que á mandar".

Aprovechóse de estos defectos naturales y falta de suficiencia del príncipe, un palaciego am-

bicioso, puesto por el mismo Rey al lado del joven. Llamábase D. Francisco Gómez de Sandoval y Rojas, quinto Marqués de Denia y cuarto Conde de Lerma, en cuyos estados y dignidades había sucedido á su señor padre desde el año de 1574. Aquella familia era muy considerada en la corte por los famosos hechos de sus antepasados. Algunos llegaron á ocupar altos puestos de confianza en los reinados de D. Juan II, de Enrique IV, de los Reyes Católicos y del Emperador Carlos V; (*) y si bien en tiempo de Felipe no podía competir aquella casa nobiliaria, ni por el prestigio político de sus personajes, ni por sus cuantiosas rentas, con sus gloriosos ascendientes, conservó, sin embargo, el singular aprecio del monarca.

D. Francisco de Sandoval, cuarto Marqués de Denia y tercer Conde de Lerma, mereció muchas consideraciones á Felipe II. Todos los servicios que le encomendó, llevólos á término con acierto y felicidad. Estuvo casado el Conde con D.^a Isabel de Borja, hija de D. Francisco, que fué Duque de Gandía y Marqués de Lombay; quien más tarde, abandonando el siglo, hízose religioso y llegó á ser general de la Compañía de Jesús, después canonizado por Clemente X en

(*) Como que no ha habido privado que tanto poderío haya tenido en España cual el Duque de Lerma, durante la época de su mayor grandeza, creemos conveniente dar algunos pormenores acerca de los antepasados de aquel encumbrado personaje, verdadero señor de la Monarquía y de Felipe III por espacio de veinte años.

Su familia era famosa por su abolengo de nobleza desde el reinado de D. Juan II de Castilla. D. Diego Gómez de Sandoval, principio de esta poderosa casa, fué caballero muy distinguido de aquel tiempo y sirvió á su Rey con fidelidad y fortuna, mereciendo grandes consideraciones y premios por sus aciertos y acciones militares. Nombróle Adelantado mayor de Castilla, hízole merced de muchas villas y ciudades y, últimamente, le dió título de Conde de Castrogeriz: llamóse desde entonces Conde de Castro. Hubo grandes fiestas en celebración de tal suceso, y el nuevo Conde repartió muchas joyas y preseas entre los cortesanos.

Con facultad del Rey había instituido en Toro, á 8 de Abril de 1426, un mayorazgo, que constaba de la villa y condado de Castrogeriz, y de las villas de Portillo, Saldaña, Cea, Lerma (que luego tuvieron títulos de Ducados), Osorno, Villobela, Cabañas, Santibáñez, Barahona, Oquillas, y otros señoríos en Sicilia, Aragón, Valencia y Cataluña.

Gozó pacíficamente de lo adquirido el segundo Conde de Castro, que se llamó D. Fernando de Sandoval. Su sucesor, D. Diego Gómez de Sandoval como su abuelo, alcanzó los tiempos de Enrique IV, y en el reinado de los Reyes Católicos, habiendo mostrado su cariño y mucha fidelidad á tan gloriosos príncipes, por recompensa de sus valiosos servicios, le honraron con título de Marqués de su villa de Denia, y á su primogénito y sucesor con el de Conde de Lerma.

Llamóse éste D. Bernardo de Sandoval y Rojas, y fué segundo Marqués de Denia y primer Conde de Lerma. Era

mayordomo mayor de los Reyes Católicos; y continuó ejerciendo el mismo importante cargo al lado de la Reina Doña Juana, y guarda y curador de su persona desde que se retiró á Tordesillas. Defendió el Marqués á D.^a Juana, para que no cayese en poder de los comuneros de Castilla; y, como premio de su conducta, el Emperador D. Carlos le hizo merced de la alcaidía de la casa Real de Tordesillas por juro de heredad, perpétuamente, para él y sus descendientes. D. Luis de Sandoval y Rojas, tercer Marqués de Denia y segundo Conde de Lerma, fué también muy estimado del Emperador, y desempeñó el cargo de mayordomo de Doña Juana hasta la muerte de dicha princesa en Tordesillas, año de 1555. D. Luis falleció en Córdoba el de 1570.

Sucedíole en el Marquesado de Denia y Condado de Lerma su hijo segundo D. Francisco de Sandoval y Rojas, que llegó á ser caballero de gran importancia en el reinado de Felipe II. Este D. Francisco fué padre del famoso Duque de Lerma. Dispensóle gran confianza aquel monarca; y eligióle de la cámara del príncipe D. Carlos, su desgraciado hijo, para su custodia y guarda; cargo sumamente delicado que desempeñó á satisfacción del monarca, quien "le mandó dar (según dice López de Haro) una imagen de grande estimación, en señal del amor que siempre le tuvo, que, por cosa dada de tan gran príncipe, la dejó vinculada en su mayorazgo para los sucesores de su casa".

Fué D. Francisco también gentil hombre de cámara de S. M., y por su mandado, cuando vino á España su cuarta esposa D.^a Ana de Austria, marchó á Santander con el encargo de darle en su nombre el parabién de la buena llegada á sus reinos y señoríos. Desempeñó otra comisión regia: la de dar el pésame al Rey D. Sebastián por la muerte de la princesa D.^a Juana de Portugal, su madre, y á la Reina D.^a Catalina su tía.

premio de sus eximias virtudes, y hoy venerado en los altares.

De los cuatro hijos que tuvo aquel matrimonio, fué el primogénito D. Francisco Gómez de Sandoval, tan funestamente famoso luego como valido de Felipe III. Su niñez pasóla al lado del príncipe D. Carlos en compañía de otros hijos de grandes, pues su padre fué guardador fiel de su persona. En atención á los servicios del Conde, dió muestras señaladas de su estimación al hijo el Rey Felipe II. Estando en Lisboa, cuando la conquista de Portugal, hízole merced del título de gentil hombre de su cámara y de varias encomiendas. Nombrado caballero del príncipe, quiso fundar en su nuevo cargo el aumento de su fortuna.

No sobresalía el cuarto Conde de Lerma por sus prendas en la milicia ó en los públicos negocios. Pero su astucia y ambición le encaminaron mejor que su pericia al fin que pretendía. Deseaba igualar á sus antepasados, no en las distinciones palaciegas para servicios especiales, sino en las preferentes inclinaciones generales del monarca hacia su persona, como quien aspiraba á ser el primero en el favor y el único en la consideración regia y en la afectuosa confianza. Quería ascender á los puestos más eminentes y convertirse en señor y dominar como soberano, sin que la voluntad de nadie, por poderoso que fuese, ni la del mismo Rey, prevaleciese sobre la suya, ni se opusiera á sus designios. Estos cálculos de su afán desapoderado de dominación, encontraron materia apta para lograrlo en el mismo carácter del joven. Con la penetración de un hombre de mundo, que iba derechamente á su objeto, sin reparar en medios, ni tener escrúpulos, comprendió que aquel apocado y débil mozo, merced á sus artificios, sería siempre esclavo de sus órdenes, súbdito de sus ambiciones, cumplidor de sus intentos. Empezó por halagar sus inclinaciones y gustos; y fingiendo ciega sumisión á sus fervores devotos y á sus cualidades caritativas, ganaba cada día más su cariño brindándole de su propio caudal las sumas que necesitaba para satisfacer sus propósitos, por no alcanzar para efectuarlo la escasez de recursos de que disponía.

Conocedor Felipe II del fatal ascendiente que cobraba así el Conde de Lerma en el cariño de su hijo, quiso evitar más dominante y decisivo influjo retirándole de su lado, con castigo que pareciera premio. Envióle por su virrey y capitán general á Valencia; pero desde allí siguió atento el Conde al cuidado de su príncipe, y por personas de toda confianza, le remitía dinero para que pudiera continuar en sus dádivas y larguezas

particulares. Estrechó ésto con lazos más amorosos la comunicación íntima entre el futuro Rey y su favorito. Era, pues, singular el predominio que en el ánimo del príncipe gozaba el Conde cuando estaba para terminar el reinado de su padre. Guióse el príncipe de sus consejos para todo en aquellos instantes supremos, como á quien estaba rendido y sumiso completamente.

Hallábase el Conde en Madrid en los últimos días de Felipe II, y sabedor de la gran desgracia que amenazaba, temeroso de que, por cualquier circunstancia, pudieran resultar las cosas al contrario de lo pensado, se resolvió á dar un consejo al príncipe, que patentiza su ambición y su atrevimiento. Quiso jugarse el todo por el todo. Quiso apoderarse de la privanza y del mando antes que el nuevo Rey se lo concediese, ó, como señal de soberana gracia, le diera posesión de él. Pocas horas faltaban de vida al Rey, cuando el príncipe solicitó de D. Cristóbal de Mora, inducido del Conde, las llaves de los escriptorios donde se guardaban los papeles más importantes y secretos de la Monarquía; petición á que no accedió por el pronto aquel personaje; aunque luego tuvo que efectuarlo por disposición del mismo Felipe II, cuando ya éste se hallaba en los postreros instantes de la agonía. Quedó desde aquel momento el valido hecho dueño del gobierno y del monarca.

Raras veces, en tan breve espacio de tiempo, consiguió ningún político tan magna y completa realización de sus propósitos, ni tan feliz y presta victoria. Sus mayores sueños de gloria y poderío comenzaron á cumplirse. Como en los tiempos de D. Juan II, los Sandovalés serían los principales, los mejores, los más favorecidos, los más ricos, los más considerados en la corte. Los Consejos de los Reyes, los cargos superiores de palacio, las embajadas y los virreinos, los títulos más prestigiosos de la nobleza, los puestos más honrosos de la milicia, las dignidades más excelsas de la gerarquía eclesiástica todo estaría á merced de sus deseos, á voluntad de aquella familia, como para halagar todos los apetitos y satisfacer sus caprichos todos. El principal trabajo del favorito consistió en ir anulando ó eliminando aquellos elementos y personajes que sirvieron ó eran afectos á lo antiguo, y en sustituirlos por gente nueva, ó de su familia ó de toda su confianza y devoción, para mandar como señor absoluto, sin reveses ni obstáculos.

Al morir Felipe II habían quedado concertadas las bodas de su hijo con la princesa Margarita de Austria, y cuando se hacían los preparativos, trocáronse fatalmente las alegrías en tristezas. Estaba ya en camino la princesa para Es-

paña (*), y el valido y consejero del nuevo monarca, supo aprovechar aquellos sucesos para sus particulares conveniencias, llevado como siempre de su interés y acrecentamiento.

Intentaba él que el desposorio de su Rey fuese al mismo tiempo un viaje de placer, con honra especial para sus estados. Tenía decidido que fuese en Valencia donde desembarcase Doña Margarita y donde la esperase y la recibiese su prometido. Hubo diversos pareceres acerca de ésto en el Consejo que se celebró con tal motivo en presencia del Rey; pero la opinión del Conde prevaleció y fué seguida por su amo. En Enero de 1599 salió el Rey de Madrid con dirección á Denia, donde fué acogido, hospedado, regalado y festejado por el valido con verdadera soberana esplendidez.

Quedó prendado el Rey de tanta delicadeza y de tanto cariño, y confirmóle en su favor y predilección. El 14 de Febrero hizo su entrada pública en Valencia Felipe III, y celebráronse fiestas durante muchos días con inusitada pompa. Entre repetidas salvas de artillería, salió á recibir al monarca el virrey de Valencia, que lo era

á la sazón el Conde de Benavente, acompañado de todas las autoridades y señores principales de la ciudad. Iba Felipe III debajo de un rico palio de brocado con franjas y galones de oro. Llevaba delante el estoque el Marqués de Denia y Conde de Lerma, el favorecido áulico, que pocos meses después recibiría, como más significativa muestra del amor de su Rey, el título de Duque y muchos privilegios por singular ejemplo de estimación para él y para su casa.

El Rey estuvo en Valencia, desde mediados de Febrero hasta últimos de Marzo, esperando la llegada de su esposa. Allí pasó la cuaresma, ejercitándose en actos de devoción, asistiendo á los divinos oficios, y visitando las estaciones el jueves santo, á pie y de noche, en compañía de su hermana D.^a Isabel.

Súpose que D.^a Margarita llegaría á Vinaroz el 21 de Marzo, y con tal motivo hubo grandes regocijos en la corte. Vistióse de gala el Rey, aunque conservando el luto, y celebróse la nueva con una lucida máscara que dispuso el Marqués de Villafranca. “Después hubo sarao en palacio (dice la *Relación* citada) delante del Rey,

(*) Son curiosas estas noticias que suministra sobre los preliminares del casamiento de Felipe, el autor de las *Adiciones á la Historia del Marqués Virgilio Malvezzi*, que publicó D. Juan Yañez en sus *Memorias para la Historia de Felipe III*, (Madrid: MDCCXXIII, págs. 137 y sig.): “Trató el Rey de casar al príncipe con una de las hijas del Archiduque Carlos de Austria y de María de Baviera su mujer. Comunicado y convenido este negocio con el Emperador Rodolfo II, vinieron á España tres retratos de las tres hijas de este príncipe, que estaban en aptitud de casarse. Manifestóselos el Rey un día, en presencia de su hermana la infanta Isabel y de tres consejeros de Estado, para que eligiese el príncipe la que le pareciese mejor; pero éste, con su acostumbrada modestia, lo rehusó, remitiendo su gusto á la elección del Rey, quien le respondió: “*Hijo, yo os lo estimo; pero con todo eso estimaré más la elijáis vos, pues ha de ser compañera de vuestros cuidados y con quien os desahoguéis de ellos. No quiero que os cueste el sonrojo de explicarme la que elegís; llevaos los retratos á vuestro cuarto, los reconoceréis despacio, y el que os agradare, me lo remitiréis con D. Cristóbal de Mora; que en sabiendo vuestro gusto, os lo restituiré*”. Replicó el príncipe: “*Yo, señor, no tengo más elección que el gusto de Vuestra Majestad, quien se ha de servir elegir, estando cierto que la que V. M. eligiere, esa me parecerá la más hermosa, y sin esta circunstancia, no me parecerá la más perfecta*”.

Vencióse el Rey, y se inclinó á la Archiduquesa Renata, y, despachándose luego á sus padres el aviso, llegó á tiempo que la acababan de enterrar: caso por cierto raro! Con esta funesta novedad, pasó el Rey la elección y el gusto á la Archiduquesa Gregoria Maximiliana, hija octava del Archiduque Carlos. Formáronse al instante los poderes para desposarse, y se remitieron; pero encontraron agonizando á la elegida, que, dentro de pocas horas, pasó á acompañar á su hermana en la vida eterna... Estos dos casos tan funestos, nada sobresaltaron el magnánimo corazón de Felipe II (ó lo supo disimular, que no es menor valor), pues al recibir la

noticia en presencia de su hijo, sin alterar el semblante, díjole: *Qué bien habéis hecho en no empeñar con la elección la voluntad!* Pusiéronse los ojos en la Archiduquesa Leonora; pero su madre, María de Baviera, no vino en ello, porque aunque esta señora lograba ser de una hermosura muy agraciada, era con el azar de ser sumamente achacosa, y temió con prudencia fuese embarazo á la sucesión; y así propuso en su lugar á Margarita su hermana, que era la hija undécima, con quien en fin se efectuó el matrimonio, con poco gusto de esta señora en el principio, porque se inclinaba más á dedicarse á Dios; y así, la encontró la nueva de ser princesa de España ayudando á hacer las camas de los pobres enfermos en el hospital de Gratz, capital de la Styria: recibióla con lágrimas y admitió con sollozos la mayor corona de la tierra.

Resignóse, por último, como hija obediente, á la voluntad de su madre; pero fué precediendo consultar á su confesor, el P. Ricardo Haller, religioso de la compañía de Jesús, varón doctísimo y virtuoso, quien le aconsejó tomase por abogados para desposarse á María Santísima y á su esposo San José. Confirmáronse en Gratz las capitulaciones”.

El cronista Gil González Dávila habla también, en su *Historia de Felipe III*, de los funestos incidentes que precedieron al casamiento del Rey con D.^a Margarita, aunque no con tanta minuciosidad de pormenores.

El 15 de Noviembre de 1598 se verificaron los desposorios en Ferrara.

Representó al Rey Felipe III, su tío, el Archiduque ex-cardenal Alberto, que iba á ser también su cuñado, por haber dispuesto Felipe II que, dejando los hábitos sacerdotales, con beneplácito del Sumo Pontífice, contrajera matrimonio con su hija Isabel Clara Eugenia, pobre señora á quien se sacrificaba bajo el pretexto de conservar en la misma familia la dominación de los Estados de Flandes; plan político de Felipe que no llegó á realizarse, como veremos después en el lugar oportuno.

y le empezaron diez mancebos, rica y uniformemente vestidos, y todos eran hijos de grandes de España: Diego Gómez de Sandoval, del Marqués de Denia; D. Antonio de Toledo, del de Velada; el Marqués de Villalba, del de Lemos, y siete hijos del Conde de Benavente, sucesión numerosa, pero que no pareció sobrada por lo bien vistos y amados que siempre han sido los Pimenteles. El Rey danzó luego con la señora infanta su hermana, y después continuaron y acabaron el sarao los señores de la corte“.

Fueron por mandado del Rey, para recibir á la Reina en Vinaroz, el Cardenal arzobispo de Sevilla, D. Rodrigo de Castro y los Condes de Alba de Liste y de Lemos. El Marqués de Denia, como representante de la misma persona del Rey, fué á darle la bienvenida en San Mateo, donde le besó la mano y, de parte de su amo, le entregó una hermosa cadena de diamantes, de la que pendía el retrato de la Reina; dádiva digna de tal príncipe.

Los desposorios de Felipe y Margarita, hechos por poderes en Ferrara en Noviembre del año anterior, se ratificaron en la iglesia metropolitana de Valencia el mes de Abril de 1599. Al primer acto asistió como ministro consagrante el Papa Clemente VIII, al que acompañaban muchos cardenales, patriarcas, arzobispos y otros prelados, sin contar los señores y príncipes de Italia que concurrieron á la ceremonia cual rendimiento de cortesía á la dama y á la esposa. Autorizó la celebración del matrimonio en España con su presencia, el Nuncio, Patriarca de Alejandría, en nombre de Su Santidad, con otros príncipes de la Iglesia; y se velaron los Reyes por mano del Arzobispo de Valencia, D. Juan de Ribera, hombre de mucha piedad al estilo de aquel tiempo, quien luego aconsejó y consiguió, sin piedad ninguna, sin asomo de caridad siquiera, la inhumana y perjudicialísima expulsión de los moriscos.

Quiso el Rey, entonces en el colmo de su felicidad, despedirse de su hermana y de su tío, ya casados y dispuestos para marchar á Flandes, acompañándolos hasta Barcelona, donde se celebrarían cortes, y desde donde habrían de emprender definitivamente el viaje.

Embarcáronse, pues, todos en las galeras que estaban aprestadas en Vinaroz, y cuyo número era el de cuarenta y cinco, á las órdenes de Andrea Doria, con el Adelantado de Castilla y Sancho de Leiva. El viaje fué molesto, por causa de una gran borrasca que se levantó. Llegadas las naves á Barcelona, fué recibida y agasajada la familia Real con muestras de regocijado cariño; y antes de volver D. Felipe á Denia, donde quería

retenerlo todavía su valido, como en dorada jaula de gustoso cautiverio, decidió subir y visitar, conforme lo aconsejaba su espíritu acendrado de devoción, el famoso monasterio de Montserrat, andando á pie las ermitas, conversando con los religiosos, imponiéndose penitencias y dedicando muchas horas al rezo y á la meditación, con cuyos ejercicios procuraba ganar copiosas indulgencias que le sirviesen para su felicidad temporal y eterna.

De vuelta de Montserrat, estuvo el Rey enfermo de gravedad en Denia; pero restablecido en poco tiempo, y visitado el reino de Aragón con gran amor de sus naturales, volvió á Madrid en la última semana del mes de Octubre, á los nueve de haber salido para ir á recibir á su cara esposa. Entonces fué cuando colmó de favores y distinciones á toda la nueva gente de su confianza. Entonces, á 11 de Noviembre, estando en el Real bosque y casa del Pardo, enalteció más á su favorito y creó título de Duque de Lerma y Marqués de Cea, con cláusula y facultad para poder pasar el título de Marqués de Cea en el hijo primogénito de su casa, que fué D. Cristóbal de Sandoval y Rojas, luego su rival y enemigo en el favor de los príncipes. Dejaron desde entonces los primogénitos de los Marqueses de Denia el título de Conde de Lerma que habían usado.

Asombra cuánto poderío acumuló en su familia aquel hombre tan favorecido y encumbrado de la fortuna, para quien parece que todo era poco á su ambición, no contento nunca de su dominación absoluta y omnímoda, superior á la del mismo Rey, que en la suya quedaba anulada y confundida. Su señora hermana, D.^a Catalina de Sandoval, que estuvo casada con D. Fernando Ruiz de Castro, sexto Conde de Lemos, persona de gran prestigio en el reinado de Felipe II, y murió siendo virrey en Nápoles, ocupó, desde que ascendió al supremo poder el Duque de Lerma, los puestos más preferentes de respeto en el palacio Real. Su hermano D. Juan, comendador que era de Carrión en la orden de Calatrava, y había sido maestro de campo en las islas de los Azores de un tercio de 1500 soldados en 1583, fué nombrado, año de 1599, merced á su influencia, Marqués de Villamizar, gentilhombre de cámara de Felipe III y teniente de su caballerizo mayor. Su otra hermana, D.^a Leonor, que contrajo matrimonio con D. Lope Osorio de Moscoso, Conde de Altamira, llegó después á gozar de los honores de la primer grandeza conforme á los intentos del favorito.

Y sobre su descendencia directa derramó todas las humanas preeminencias y felicidades. Ya él, por su propio casamiento, estaba emparenta-

do con la familia de Medinaceli, por su mujer D.^a Catalina de la Cerda, hija de D. Juan, cuarto Duque de aquel título y de D.^a Juana Manuel. Á su hijo mayor púsole desde su primera juventud en estado de superar á todos los palaciegos con título de Marqués de Cea, después Duque de Uceda, gentilhombre de cámara de Felipe III, por lo cual casó con D.^a Maria Ana Manrique de Padilla, hija de D. Martín, Adelantado mayor de Castilla, Conde de Santa Gadea y Buendía. Á su hijo segundo, D. Diego Gómez de Sandoval, casó con D.^a Luisa de Mendoza, primogénita de los Duques del Infantado, con título de Condesa de Saldaña, que usó el marido. Su hija D.^a Juana fué mujer de D. Juan Manuel Pérez de Guzmán, octavo Duque de Medina Sidonia, á quien hizo caballero del Toisón de oro Felipe III, por respeto á las indicaciones del suegro. Fué esposo de su hija Catalina, á la que más amaba, su sobrino D. Pedro Fernández de Castro, Marqués de Sarria, heredero del Condado de Lemos, caballero distinguido á quien inmortalizó Cervantes, y el Duque protegió y amó con el mismo cariño que un padre. Y á su otra hija, D.^a Francisca, enlazó matrimonialmente con D. Diego López de Zúñiga, segundo Duque de Peñaranda y sétimo Conde de Miranda, también gentilhombre de cámara de Felipe III, uno de cuyos ascendientes, D. Juan de Zúñiga Avellaneda y Bazán llegó á los primeros puestos del gobierno en tiempo de Felipe II y fué Presidente de Castilla en el mismo reinado de Felipe III.

Satisfechos los principales designios que se propuso el Duque de Lerma, dueño completo de la situación, aconsejó al monarca un viaje por las ciudades más importantes de Castilla, que era como ordenarle que continuase el paseo recrea-

tivo por sus estados, para distraer el ánimo regio del despacho de los asuntos públicos, mientras él quedaba más tranquilamente en posesión de todo, como único y exclusivo señor de los españoles.

Designóse á Toledo como la primera capital que habían de visitar los Reyes en la preparada excursión. Dos motivos pudieron inducir al valido para la ejecución del pensamiento. El principal y más directo, se enderezaba desde luego á afianzar el prestigio de una persona de su familia á la que profesaba singular aprecio. Recientemente había tomado posesión de la primera mitra española, un tío suyo, D. Bernardo de Sandoval y Rojas, varón de gran ilustración y virtud, y á quien elevó al lugar más culminante del episcopado nacional en cuanto se presentó momento oportuno. Hemos de hablar después con la detención debida de este gran favorecedor de Cervantes.

Por muerte de D. García de Loaysa, el preceptor de Felipe III, quedó vacante la silla de Toledo, precisamente cuando se preparaban las fiestas en Valencia para recibir á D.^a Margarita de Austria. Creyeron muchos que sería entonces el elegido para sustituirle el Cardenal arzobispo de Sevilla, D. Rodrigo de Castro, emparentado también con el Duque de Lerma por pertenecer á la casa nobiliaria de Lemos. (*)

Pero el valido prefirió á su tío D. Bernardo, que ya había demostrado su celo por la religión, y sus aptitudes como prelado recto en varias diócesis. Al volver Felipe III á Madrid de vuelta de su viaje de bodas, el nuevo arzobispo entró acompañándolo, á mano derecha, y recibió mayor prueba de Real aprecio con el nombramiento de consejero de Estado. No había medio nin-

(*) Desde Setiembre del 98 hallábase D. Rodrigo en Madrid, llamado por el Rey para que, en su nombre, fuese á recibir y acompañar, desde que desembarcase en España, á la prometida de su hijo, D.^a Margarita de Austria. D. Rodrigo era muy estimado de Felipe II, y estuvo con la corte durante los viajes que hizo el Rey en 1585 y 1592 á Monzón y Tarragona. Recibió el capelo cardenalicio de manos del Cardenal Granvela.

El prelado había salido de Sevilla para Madrid el 10 de Agosto. Cuando llegó, estaba gravemente enfermo D. Felipe. Con su muerte, D. Rodrigo perdió su apoyo principal, bien que, por deferencias cortesanas, el nuevo monarca le mandó que le fuese acompañando.

Cuando murió D. García de Loaysa, tuvo gran esperanza de sucederle, aunque le engañaron sus vanidades, en las que cifraba su mayor fundamento y fueron, precisamente, las que más contribuyeron á malquistarlo; de tal suerte que, siendo varón de prestigio é importancia, y habiendo hecho muchos gastos para presentarse en Valencia con ostentación de poderoso señor, excesivo lujo y lucida comitiva, es-

candalizó á todos, y aun fué reprendido de la misma corte, que le dió á entender que moderase el mundanal boato. Cumplido ceremoniosamente su cometido; desvanecidas sus esperanzas de ser primado; contrariado y achacoso, volvió á su diócesis, año de 1600.

Había entonces peste en Sevilla, que hacía innumerables víctimas, por cuya causa estuvo retirado en Écija al lado de su sobrino, y gobernador de la mitra, durante su ausencia, D. Diego de Ulloa.

Mitigado el furor de la enfermedad epidémica, volvió el Cardenal arzobispo á Sevilla; pero atacado de ella, encontró la muerte, con que liquidó todas las cuentas de su ambición y vanagloria.

Dejó buena memoria de su pontificado. Redujo el número excesivo de hospitales particulares que existían en Sevilla, reduciéndolos á algunos, pero bien dotados y administrados; concluyó con multitud de abusos y reformó las poco edificantes costumbres del clero; aunque, llevado de la ambición, fué muy amigo de lucir su persona y su influencia en los estrados de la corte.

guno tan conducente, á juicio del valido, y así era la verdad, para que el Primado de España intimase y dominara en el ánimo del soberano como su permanencia en Toledo, donde recibiría significativas señales de rendimiento y vasallaje entre fiestas suntuosas, lo que en efecto sucedió.

El otro motivo de comenzar por Toledo la excursión, ocultaba un fin político con tendencia de necesidad religiosa. Los monarcas de España estaban como obligados á iniciar la gobernación de sus reinos asistiendo á un auto de fe. Actos de barbarie eran aquellos donde, en nombre de los principios de una religión que predica la caridad y el amor, se cometían las más feroces venganzas, con nombre de castigos, como espectáculo propicio para la salvación de los pueblos, pero que nos deshonoraba ante el mundo y contribuyó poderosamente á nuestro rebajamiento intelectual. Tuvieron, pues, que asistir los nuevos Reyes á la celebración de una fiesta tan repugnante, para que fuesen, digámoslo así, confirmados en la opinión pública, y tenidos por buenos y católicos defensores de una fe que tales inhumanidades enseñaba.

Para que la variación, en la manera y ser del gobierno y de la corte, fuese radicalmente completa, así en lo externo como en lo interno, decidió el Duque de Lerma trasladar la capital de la Monarquía, desde Madrid á Valladolid, movido de particulares intereses y conveniencias, según se dijo, y por razones tan mal fundadas que, ni entonces, ni más tarde, ni nunca, pudieron explicarse de forma concluyente y satisfactoria.

Con dificultades y obstáculos tuvo que luchar el valido para ver puesto en ejecución su pensamiento. Censurábase el traslado por diversos motivos; pero sobre el que se insistía más era en lo muy desapacible y crudo del clima de Valladolid en invierno, que perjudicaría á la salud de los Reyes. Era también objeto de graves repro-

baciones aquella mudanza de la corte, impuesta por capricho más bien que por necesidad, á causa de los enormes gastos que originaría, cuando tantas economías precisaba hacer para que la Monarquía no tuviera que vivir de las limosnas particulares, como se hizo, con vergonzoso rebajamiento, en los últimos años del reinado anterior. (*)

Las razones que aducían en su apoyo los partidarios de la traslación, eran más especiosas que atendibles. Decían que si Valladolid pudo ser corte de la España de D. Juan II y aun del Emperador Carlos V, en determinados años, bien podría serlo en tiempo del tercer Felipe, cuando la monarquía había llegado al complemento de su unidad y de su material grandeza; que en nada cedía la capital de Castilla la Vieja á la grandiosa villa de Castilla la Nueva; que la ciudad del Pisuerga ofrecía tantas bellezas naturales y tan hermoso cielo y agradable trato de sus vecinos como la población del Manzanares; y que, sobre todo, era menester que la corte abandonase á Madrid, porque en los últimos años, por el grande aumento de gente, se habían acrecentado con escándalo los delitos y pecados públicos, de lo que había que huir por precauciones que aconsejaba la prudencia.

Estaba el Duque empeñado en que la traslación se efectuase, y el Rey la apoyó como si fuese de su iniciativa propia. Todas las consideraciones hechas por la opinión quedaron desatendidas, y el triunfo del valido fué completo.

Bien sabía el Duque el recurso á que tenía que acudir para lograr su objeto. Todo el toque consistía en asegurar que lo que aconsejaba, era para el mejor servicio de Dios y bien de los reinos, con que se allanaban siempre las mayores dificultades y cesaban en el ánimo del Rey todas las dudas. Y llegaron á tal extremo en algunos momentos las oposiciones al traslado, que hasta el mismo tío del favorito, D. Bernardo, el Arzo-

(*) No es lo que decimos mera exageración retórica; es la pura verdad, según lo dejaron declarado por textuales palabras los mismos cronistas oficiales. Felipe II, que derrochó los millones de sus súbditos en sostener guerras religiosas, alentar dudosas aventuras, fundar monasterios, adquirir cuerpos y reliquias, no siempre auténticos, de santos; tuvo precisión de vivir, en las postrimerías de sus años, de limosna como cualquier pordiosero: justo castigo de su soberbia y ambición.

"España (dice González Dávila), cabeza de tan dilatada monarquía, era sola la que, por acudir á la conservación de tanto imperio, estaba pobre, y más en particular los leales reinos de Castilla, causada esta pobreza de los nuevos tributos que Felipe II, con voluntad de estos reinos, había impuesto; principio de la despoblación y trabajos que, andando el tiempo, vinieron sobre Castilla, descaeciendo un reino

tan opulento por la mucha priesa que le dieron con cargarle más de lo que podían sus fuerzas. Y el mismo Felipe se hallaba tan acabado, que se le atrevió la necesidad poco antes que muriese, y le obligó á que saliese á pedir limosna de puerta en puerta, (este nombre le dieron) por medio de algunas personas religiosas; y fué más lo que se perdió de reputación que lo que se juntó de donativo; y causaba no pequeña admiración en los vasallos considerar la inmensidad de millones que habían venido de las Indias en tiempo de su reinado y notaban, con la curiosidad de la historia, que en el año de 1595, en espacio de ocho meses, habían entrado por la barra de Sanlúcar treinta y cinco millones de oro y plata, bastantes para enriquecer los principes de Europa, y el año de 1596 no había un solo real en Castilla; y preguntaban: ¿qué se hicieron y adónde fueron á parar ríos ó mares tan caudalosos de oro?"

bispo de Toledo, representó sus razones en contra. Pero por Real disposición determinóse, en Diciembre de 1600, que la mudanza de la corte se efectuase, como se realizó, en Enero del año siguiente.

En medio de una gran perturbación de los ánimos ejecutóse el suceso. La opinión estaba muy descontenta y quejosa entonces por una grave resolución adoptada, que interesaba á todas las clases, en especial á las acomodadas y ricas; y era imposible dejase de producir disgustos y contratiempos. El Duque propuso al Rey, y él túvolo por bien, que se hiciese averiguación general de toda la plata labrada que poseían los españoles. Fueron apremiantes y poco meditadas las disposiciones del gobierno. La Real cédula, fecha 29 de Octubre de 1600, empezaba diciendo que, para "saber y conocer muy de cerca los principios de donde procedían las grandes necesidades que afligían á sus reinos", convenía un registro de toda la riqueza exacta que había á este respecto. Las razones aparentes eran la de poner remedio á la situación afflictiva por que atravesaba la nación, y al mismo tiempo impedir que se siguiese sacando la plata y el oro de estos reinos para otros, y algunos, enemigos de España por su religión. Mandóse, pues, prohibir con leyes más estrechas que las pasadas que se pudiese sacar de España ninguna plata labrada, ni labrarla de nuevo, por el tiempo que pareciere, á voluntad del Rey.

"Mando (dice la Real cédula) á todos los Consejos, Universidades y personas de cualquier cargo, estado, grado y condición, preeminencia, calidad y autoridad que sea, sin exceptuar ninguna, que dentro de diez días inmediatos á la publicación de esta mi cédula, que mando se haga con pregón público en todas las ciudades, villas y lugares de estos mis reinos, de cualquier jurisdicción que sean; den y entreguen á los corregidores y justicias de ellos, inventarios firmados de sus nombres, de la plata labrada que tuvieren y fuese suya en cualquier parte que la tengan, así blanca como dorada, sin exceptuar ni reservar ninguna por grande, mediana ó mínima que sea; declarando en los inventarios el número y peso de las piezas y señas de cada una en particular".

Todo había de ser con intervención de escribano público, corregidores y justicias. Eran muy severas las penas en que incurrirían los contraventores. Los que no entregasen los inventarios, perderían desde luego toda la plata que poseyesen. Los que ocultaran parte, quedarían privados de ella asimismo. Las autoridades tenían que remitir inmediatamente al Presidente del Consejo Real los inventarios y los datos á ellos referen-

tes. Para evitar todo fraude, excusa ó recurso engañoso, disponíase por conclusión que, "desde la hora de la publicación de la cédula, nadie añada ni compre plata, ni lo haga de nuevo, ni disponga de la que tiene hasta otra orden; antes bien, la hayan de tener y tengan de manifiesto".

Á los corregidores y justicias se enviaron instrucciones para el más exacto cumplimiento de todo, no sólo para los inventarios de la plata de los vasallos, sino de las iglesias y monasterios, para cuyo efecto se habían dirigido cartas también á los arzobispos y obispos. Medidas tan radicales no podían menos de conmover la opinión, suscitar temores y dar lugar á lamentaciones repetidas. Mandáronse á la corte representaciones y escritos para que quedasen sin efecto tales órdenes. Los defensores de la inmunidad eclesiástica pronosticaban grandes males. Los poderosos y los ricos privilegiados trabajaban todo lo posible contra el cumplimiento de aquella investigación tan rigurosa.

Eran, pues, generales los clamores, extraordinarias las censuras, ineficaz el remedio, muchas las vacilaciones, el descontento imponderable. Los oradores sagrados encendían más desde los púlpitos el fuego de la indignación con presagios amenazadores. Decíase que aquello sería la ruina de España. "Las iglesias se lamentaban (dice González Dávila, testigo de vista de la agitación creciente), y también sus prelados, de que se extendiese el mandato hasta las cosas sagradas y que no se reservasen ni las custodias y cálices; y tantos inconvenientes se descubrieron, que, aunque la Real cédula se obedeció, se desistió del intento, por no poner en aventura la causa pública, ni el amor que los vasallos tenían á su Rey; que mostraban con escritos y ejemplos de la vida pasada lo que sería en la presente".

No se pudieron conocer los secretos móviles de aquellas disposiciones incumplidas; pero los temores que levantaron, parecen indicar bien claramente que la nación esperaba de su ejecución un despojo legitimado por exigencias superiores de gobierno. Quizá no sospechaba sin fundamento la opinión pública; tal vez se habían traslucido los intentos que realmente animaban al favorito endiosado. Proponíase, á lo que parece, conocida la riqueza efectiva de plata y oro de toda España, imponer y sacar un exorbitante tributo, ó apoderarse de la mayor parte de ella por inexcusables razones de Estado. El secretario que firmaba la Real cédula llamábase D. Pedro Franqueza, persona muy lista, pero sin honradez, hechura y protegido tan íntimo del Duque, que la maledicencia llegó á suponer que todo estaba por él dispuesto de aquel modo para

llevar más perfectamente á cabo, oculto tras su criado, sus codiciosos intentos contra la riqueza general; presunción que pudo juzgarse aventurada por algunos momentos, pero que tuvo su explicación probable en lo que sucedió después con aquel secretario de Estado, ejemplo escandaloso de inmoralidad y malversación pública.

Antes y después de tan grandes desasosiegos como produjo la Real cédula de Octubre de 1600, y mientras el Duque se ocupaba en disponerlo todo para que Valladolid fuese de nuevo corte de las Españas; el Rey continuaba su viaje de recreo, como si quisiera olvidar así los ahogos de su situación económica y el triste estado de sus empobrecidos reinos. Como caso notable, que contrastaba con los apuros que aquejaban á todas las clases, quiso mostrar la ciudad de Segovia el esplendor más grandioso en los momentos de recibir y agasajar al soberano. Los mercaderes, como si quisiesen hacer manifestación de sus riquezas en plata y oro, dispusieron una cabalgata representando la grandeza y poderío de Montezuma, en que los trajes de los indios lucían costosas joyas de oro y perlas preciosas, y también las llevaban los caballos, elefantes, camellos y ciervos en que montados iban. Las riendas y acciones eran cadenas y cabestrillos asimismo de oro. Y el personaje que figuraba á Montezuma "iba en unas andas de plumería, llenas de espejos y planchas de oro, que llevaban doce indios". (*)

Las fiestas que se celebraron en Ávila fueron muy brillantes. El Rey se alojó en casa de su antiguo ayo el Marqués de Velada. Los juegos de cañas se hicieron con gran lucimiento, y los caballeros procuraron á porfía festejar con singulares regocijos al Rey.

Cuando llegó á Salamanca, visitó Felipe III la famosa Universidad, donde algunos catedráticos quisieron agasajarle para demostrar su ciencia portentosa, que no pasó de vanos alardes de dialéctica escolástica, en discursos llenos de presunción ó de lugares comunes con cierto aparato de ingeniosidad. Un profesor de leyes citó muchos textos para persuadir la conveniencia de que los Reyes visitasen sus reinos. Otro de medicina disputó con mucha gravedad sobre si había simple compuesto en la tierra que pudiese preservar á los Reyes del morir. El Rey dicese que quedó asombrado de tan soberana alteza de conceptos; pero nada más elevado podían entonces enseñar muchos doctores de Salamanca. El pensamiento estaba esclavizado entre nosotros por los rigo-

res inquisitivos. La Teología, en sus distintos aspectos, era lo único que merecía los estudios y las atenciones de los escogidos.

La Ciencia, en sus esferas sublimes, no podía ser cultivada. No se permitía decir la verdad, porque la verdad científica se oponía á ciertos pasajes de los libros santos, y en España como en Roma se pagaba con la vida la noble manifestación de la Crítica doctrinada por la filosofía y esclarecida con divina lumbre de inteligencia.

Por eso fueron quemados ó perseguidos bárbaramente en España varones de gran saber y virtudes. Por eso acababa de ser sacrificado en la corte del Papa aquel sublime pensador Giordano Bruno, el expositor más convencido de la doctrina astronómica de Copérnico y el defensor más entusiasta de la infinitud de los mundos.

El mismo año que se había trasladado la corte á Valladolid, juráronse solemnemente las paces estipuladas con Francia, aunque los ánimos quedaron siempre enconados por el poco respeto con que contribuyeron á afianzarlas los ambiciosos proyectos de entrambas coronas. Ni los gobernantes españoles podían estar satisfechos, viendo echados por tierra los intentos de universal predominio en que dilapidó Felipe II millones y millones de ducados; ni los políticos de Enrique IV dejaban de recordar la tenaz insistencia con que se opuso al triunfo de su Rey el monarca de España, no sólo por medios diplomáticos, infelizmente dispuestos y conducidos, sino de la manera más desembozada, enviando contra París sus soldados y sus mejores generales, para sostener la causa de los caudillos de la Liga.

La muerte de la Reina Isabel de Inglaterra, acaecida en 1602, y el advenimiento al trono británico de Jacobo de Escocia, hicieron concebir en entrambos países la fundada esperanza de la paz. Realmente en España era muy deseada, pues nuestros desastres en la lucha contra los ingleses, durante el reinado de Isabel, habían causado muchos miles de víctimas y producido inmensos perjuicios á nuestro comercio y navegación. El mismo fracaso que se experimentó al comienzo del nuevo reinado, cuando se aprestó una numerosa armada contra Inglaterra, como para buscar el desquite de los pasados reveses, y fué inutilizada por los temporales; avivaba más el anhelo de llegar á una solución pacífica.

Respondiendo á estas inclinaciones de la opinión, el Duque de Lerma aconsejó al Rey que fuese á Inglaterra un enviado especial con encargo de felicitar al nuevo monarca; lo cual cum-

(*) Dichos y hechos de D. Felipe III, por el Lcdo. Balta-

sar Porreño, cap. I.

plió muy acertadamente el Conde de Villamediana. Jacobo de Inglaterra acogió con mucha benevolencia al emisario, y expresó su deseo de que las antiguas relaciones amistosas entre los dos pueblos se reanudasen y estrecharan con nuevos lazos de recíproco afecto y consideración.

En vista de tan favorables disposiciones, el Rey de España mandó á Inglaterra, para concertar las bases de un tratado de paz, á uno de los personajes más ilustres de su corte, D. Juan Fernández de Velazco, sétimo condestable de Castilla, Duque de Frías y Conde de Haro, camarero mayor de S. M., cuyo padre había sido objeto de singulares distinciones por parte de Felipe II. Estaba casado con D.^a María Girón, hija de D. Pedro, primer Duque de Osuna, y esta circunstancia, juntamente con la respetabilidad de su propia casa, aumentó los prestigios de su posición.

Hallábase en Nápoles al morir su progenitor D. Iñigo Fernández de Velazco, sexto condestable, á quien desde luego sustituyó en el cargo y en el afecto del monarca, que lo era todavía Felipe II. Por su mandado fué á Roma para dar la obediencia al Pontífice Sixto V, que acababa de ser nombrado. Sirvióle después como capitán general de las fronteras de Francia, y fué gobernador del estado de Milán con orden de ayudar en sus luchas contra Francia al Duque de Saboya, donde demostró capacidad y acierto notables para los asuntos bélicos, echando del Piamonte al ejército enemigo y ganando algunas plazas.

Cuando los desposorios de D.^a Margarita de Austria con Felipe III en Ferrara, donde le representó su cuñado y tío el Archiduque Alberto, dispuso el Rey que el condestable asistiese á tan solemne acto, como lo efectuó, sirviendo á la joven soberana con mucha ostentación y rendimiento, acompañándola en su viaje y mostrándose por extremo pródigo y dadivoso, como correspondía al esplendor y grandeza de su casa.

Escogióle con preferencia Felipe III para que visitase á Jacobo Estuardo, y restableciese las amistades entre las dos coronas. Correspondió el suceso á la esperanza. El condestable de Castilla fué magníficamente recibido y agasajado en Inglaterra, y la paz quedó pactada con regocijo y aplauso general, aunque alguna de las cláusulas del convenio disonó mucho á los enemigos de toda conciliación con los herejes.

Desde que supieron los españoles desafectos al inglés que se andaba en tratos con ellos, fueron continuos sus propósitos por imposibilitar las paces apetecidas. Cabeza de esta muche-

dumbre de descontentos era D. Juan de Ribera, Arzobispo de Valencia y patriarca de Antioquía, el prelado que ratificó el desposorio de los Reyes. Escribió una exposición al monarca, en la que con quejas amargas hacía presente los grandes males que habían de sobrevenir á España si se llevaban á cabo los tratos amistosos con los herejes de Inglaterra. Con ejemplos sacados de los libros sagrados, comentados del modo más conducente á sus propósitos, pronosticaba venganzas celestes, que sin remisión se cumplirían, para castigo ejemplar de los que negaban con su benevolencia el santo nombre de Dios, y trataban y pactaban con los perseguidores de la Iglesia romana y del Supremo Pontífice, sucesor del Príncipe de los apóstoles. Recordaba algunos casos ocurridos en Sevilla, Denia y otras partes, donde los protestantes habían dado pruebas claras de su menosprecio á las prácticas católicas, lo cual constituía manifiesta connivencia con los infractores de las leyes y del culto público en España. Concluía, en suma, pidiendo el Arzobispo de Valencia que no se tratase de paces con Inglaterra, ni se llegaran á concertar amistosas relaciones con los príncipes que estaban fuera de la comunión de los fieles.

El documento, en cuanto á importancia literaria, era bien pobre de razones, empalagoso y cansado en el estilo, y poco ó nada influyó para que se desistiese de lo emprendido, que era hacer la paz con los ingleses, por convenir así á los intereses públicos y particulares. La verdad es que, en este punto, ni el Rey ni el Duque de Lerma, podían tener escrúpulo en aprobar las paces, pues se concluyeron con grande satisfacción del mismo Papa, quien escribió una carta al condestable de Castilla, "dándole las gracias del buen suceso y conclusión de las paces", según asegura el escritor López de Haro.

En medio de estas agitaciones de la opinión pública y de la efervescencia ocasionada por la imprudente subida de la moneda de vellón, que tan graves resultados produjo y á tantas desventuras económicas dió motivos; hubo de llegar á Valladolid Miguel de Cervantes, en los primeros días de Febrero, año de 1603, como demostró con razones muy fundadas D. Martín Fernández de Navarrete.

Entre los muchos curiosos papeles del Marqués de Villafranca, se encontraron cuentas y notas de costuras y reparos de ropa blanca que hizo D.^a Andrea de Cervantes, la hermana mayor de Miguel; y alguno de esos papeles está escrito, y hasta firmado con el nombre de su hermana, por el mismo Cervantes. El día 8 de Febrero de 1603 consta que D.^a Andrea presentó

un recibo de 788 reales, que era el valor de todo su trabajo. (1)

Cervantes, pues, llegaba á Valladolid en la seguridad de encontrar allí parte de su familia, lo cual le serviría de consuelo y aliento en medio de sus desgracias. Hasta juzgamos posible que, al despedirse en Madrid y en Esquivias de su esposa y de su hermana Magdalena, quedaría ya convenido que todos, en unión de su hija D.^a Isabel, se reuniesen con él en Valladolid para vivir en un solo hogar bajo su dirección y amparo, pues el amor á los suyos y el gran afecto á sus hermanas lo había demostrado siempre con muy noble desprendimiento, en que también compitieron las hembras, dechados de ternura y abnegación.

Es también indudable que antes de marchar á Valladolid, dejaría Cervantes concertada con Francisco de Robles, librero de Madrid, á quien conocía y trataba, la publicación de la Primera parte del *Quijote*, cuyo original ya llevaría muy adelantado desde su larga permanencia en Andalucía. Convenidos autor y editor, Cervantes se dedicaría á repasar y concluir su libro en los primeros meses de su llegada á la nueva corte, en la que tuvo que seguir viviendo de las comisiones particulares que le encargaban sus amigos y conocidos, entre ellos D. Fernando de Toledo, Señor de Higales y el asentista Simón Méndez. Quizás Bartolomé del Pedroso, que á fines de 1604 tomó posesión del destino de consejero de Hacienda, le serviría antes dándole cartas para sus amigos, á fin de que no continuasen contra él los procedimientos incoados sobre liquidación de las antiguas cuentas. Quizás, conocedor de su ingenio y honradez, procuró luego favorecerle, aunque con resultado negativo.

Cervantes, que en la corte de Felipe II sólo recibió sinsabores y desdenes, persecuciones é injusticias, en la de Felipe III, sobre seguir sufriendo las mismas anteriores penalidades, quedó relegado al más inconcebible olvido. Su carácter, tan pundonoroso, no era propio para vivir la vida de las cortes. "Yo no sirvo para palacio, porque tengo vergüenza y no sé lisonjear", dijo en una de sus obras, y son frases que admirablemente le cuadran. Los escritores que nos han presentado á Cervantes adulando al Duque de Lerma, al afortunado valido del tercer Felipe, para que le diese destinos, ó le sacara de la situación precaria en que se encontraba, forjaron cuentos á placer, que no merecen sino la sonrisa de la indiferencia. Él no adulaba, ni intrigaba, ni se empequeñecía cometiendo acciones serviles: pedía justicia; quería que se le otorgara. Su petición era noble; el desatenderla, in-

digno. Pero una vez desatendido, no buscaba Cervantes por el favor lo que le era debido de justicia: su dignidad sobreponíase entonces á todo, y la vida trabajosa, y los infortunios, y hasta el hambre sufría, pero no se doblegaba con lisonjas ante los mal recompensadores de los merecimientos, ante los magnates orgullosos.

¿Qué era, después de todo, el humilde Miguel de Cervantes, pobre y desamparado comisionista, tildado de poco exacto en sus cuentas por contadores ignorantes de la verdad; quién era él para el gran Duque de Lerma, ensoberbecido con el supremo mando, igual al mismo monarca en autoridad, adulado de los nobles, señor absoluto de la voluntad y de las haciendas y vidas de los españoles? Cervantes para el valido no era nadie. Ni aun escritor siquiera de gran nombre; ni aun hombre digno por su travesura ó su servilismo para ser comparado á cualquier predilecto suyo, de aquellos que subían, por merced de su voluntad soberana, desde oscuro criado á la cumbre del favor y del poderío. Era demasiado grande, demasiado sublime Cervantes para que pudiese fijar su atención en el hombre tan cegado de la codicia, tan amante de las apariencias deslumbradoras, tan desconocedor del verdadero talento como el de Lerma.

Los prestigios y acrecentamientos de su casa, la subida prodigiosa de sus bienes de fortuna, el sostenimiento de su tiránica privanza, los apetitos jamás saciados de su desapoderada ambición, las pobres lucubraciones de su maltrecho gobierno, sus planes perjudiciales de falsa razón de Estado; absorbían toda su actividad y tiempo.

Los solícitos cuidados de su preferente atención poníanlos en cosas para él de más importancia que en proteger á escritores inspirados, de valía, prestigio y fama. Literatos de boato, medianías ya enaltecidas, poetas egregios endiosados, principiantes aduladores, doctores favorecidos, predicadores que corrompían el buen gusto y el idioma, padres presentados de supuesta ciencia, reclamaban especialmente sus bondades y larguezas. Para ellos había protección, cargos, oficios, comisiones, encomiendas, pensiones, dádivas, premios, mercedes y favores en abundancia. Participaron de su prodigalidad, fueron felices con su protección, adocenados ingenios, frailes sin letras, monjas rezadoras, mercaderes de conciencias y destinos, eclesiásticos mundanos, obispos y arzobispos sin vocación, cardenales enriquecidos, jueces sin rectitud, cronistas asalariados, parientes y deudos engrandecidos. Era esa la corte de escogidos que él conocía, de la que recibía homenajes, con la que se comunicaba, la que le adoraba como ídolo de

bendición, la que triunfaba y se sobreponía á todos los demás estados y clases sociales.

El hombre que, antes de ser valido, contaba con rentas muy moderadas, y después de llegar á serlo enriquecióse escandalosamente, subiendo á más de cuarenta millones sus bienes, sin contar más de quince que gastó en fabricar palacios, recreos, conventos y huertas, ó en comprar joyas, hacer regalos, crear patronatos, mostrar grandezas, ostentar lujo; el hombre que estaba poderoso y tenía una renta anual de 240.000 ducados, en tanto que España perecía sin recursos y agobiada por intenso malestar social y político, á causa de su misma vanidad é ineptitud; ¿qué había de preocuparse de que el primer escritor de su tiempo arrastrase una vida de miseria y desamparo?

Satisfecho en su egoísta mundanal ambición, mal apreciador de los verdaderos talentos, aunque blasonaba de poeta, no pensando más que en los prósperos logros de su codicia, todo lo demás érale indiferente por completo. Hay que achacar á tales causas el olvido del Duque de Lerma para con Cervantes, y entendemos que es aventurado atribuirlo, como algunos escritores han hecho, á móviles mezquinos de personal venganza, por estar resentido de ciertas alusiones que contra él notó en el *Quijote* la suspicacia de algunos. Pero ésto no tiene razón de ser. El gran Escritor nunca satirizó ni puso en ridículo en su inmortal obra, como se ha pretendido, los hechos de su vida pública y privada: jamás pudo la sutileza, ni la más caprichosa murmuración, sustentar tan desatinada malicia, aunque con color de ingeniosidad se haya divulgado ó creído en cierto modo lo contrario.

No bien hubo circulado en Valladolid que Miguel de Cervantes, que hacía tantos años estaba durmiendo en el silencio del olvido, tenía compuesta una obra é iba á pedir licencia para publicarla, cuando la envidia, enemiga mortal de la sosegada vida, se apoderó de los ánimos de algunos escritores que allí, ó fuera de la corte residían, aunque ninguna ofensa ni agravio, sino antes bien muy favorable acogimiento y elogio, habían recibido del autor de *Galatea*. Y la pasión era tanta, y la parcialidad tan mísera y ruín, que ni aun el mismo Lope de Vega, aquel hombre insigne á quien en nada podía amenguar su gloria la que el desvalido comisionista hubiera

de obtener, se eximió de ella, y esgrimió las armas del sarcasmo y del ridículo al hablar del anunciado libro de Cervantes.

En Agosto de 1604, escribiendo aquel ilustre autor á un médico, amigo del Duque de Sessa, decíale que de los poetas en cierne para el año venidero ninguno era tan malo como Cervantes, ni tan necio que alabase al *Don Quijote*. Demuestra esta apasionada censura, como la cita laudatoria que del libro hizo el autor de la *Pícara Justina*, antes que se publicara, que era ya conocida entre los aficionados á obras literarias la que Cervantes tenía entre manos para que viese la luz en Madrid á costa de Francisco de Robles.

Pero ni aquellas bajas rivalidades, ni aquellas inconsideradas injusticias, que hubieron de llegar á su conocimiento, le retrajeron en lo más mínimo de su labor; antes le estimularían á dar las últimas pinceladas á su trabajo, y pedir la autorización correspondiente para publicarlo; la cual en efecto le fué otorgada por el Rey en 24 de Setiembre de 1604, concediéndole privilegio por término de diez años.

Cervantes fué poco afortunado con el magnate á quien dedicó su obra, ignoramos por qué motivos, aunque se supone lo haría confiado en que sabría comprender su mérito y procuraría el premio de sus servicios. Cervantes habría oído, cuando estuvo en Sevilla, que el P. Suárez del Castillo, carmelita famoso por su elocuencia, preparaba una traducción de la *Historia antoniana*, á instancias del Duque de Béjar, que pasaba por uno de sus admiradores. Habría oído en el mismo Valladolid que era también protector del excelente poeta Cristóbal de Mesa, y que encontraba siempre buena acogida en su ilustración quien á él se dirigía para que le amparase, como príncipe tan inclinado á favorecer las buenas artes, mayormente las que por su nobleza no se abatían al servicio y granjerías del vulgo.

Pero tal opinión y creencia, muy realzadas por Cervantes en su dedicatoria, viéronse desmentidas completamente en la presente ocasión, pues siendo el Duque quien quedaba honrado y enaltecido con haberle dedicado Cervantes su obra maestra, no sólo no supo premiar el mérito de ingenio tan sublime, pero, lo que es más de lamentar y reprender, ni aun mostrarse agradecido á tan singular distinción. (*)

Un literato del siglo XVIII, que á falta de

(*) Este Duque, que tan ingratamente se portó con el hombre que sacó su pobre nombre del olvido, en que debiera haberlo dejado, como justo castigo de su presunción é ignorancia; fué D. Alonso Diego López de Zúñiga y Sotomayor.

Era sétimo Duque de Béjar, octavo Conde de Belálcazar

y Bañares, Marqués de Gibrleón, Vizconde de la Puebla, señor de las cinco villas, y caballero de la Orden del Toisón de oro.

Fueron sus padres D. Francisco Diego López de Zúñiga y Sotomayor, sexto Duque de Béjar y D.^a María Andrea de

otros datos, refirió varios cuentos y anécdotas que circulaban acerca de Cervantes, dice que, habiéndose negado en un principio el Duque de Béjar á admitir la dedicatoria del *Quijote*, por creer que en él se atacaba á determinada clase social y se ponía en ridículo la nobleza; la aceptó con gusto y reconocimiento, después de haberle leído Cervantes varios capítulos de su libro, porque comprendió entonces que la sátira solamente se enderezaba contra el falso espíritu caballeresco, contra las exageraciones y presuntuosidades de la adulterada hidalguía.

Añádese que, á pesar de la favorable disposición que predominó en el ánimo del Duque, un eclesiástico, director espiritual de la casa, reprendió á Cervantes y censuró la obra como perjudicial y de poco saludable entretenimiento; siendo esta la causa, se añade, de que si bien el Duque admitió la dedicatoria, no recompensara á Cervantes como hubiera sido de esperar, puesto que tanto le agradó el artificio de la obra, una vez disipada la prevención que contra ella tenía. Mas estas anécdotas en nada se apoyan; nadie las autoriza; sólo se fundan en sutilezas y presunciones; y, por tanto, ya hoy poco crédito, ó, mejor dicho, ninguno se les concede. Es verdad que Cervantes se propuso, eso está muy claro, en el capítulo XXXI de la Segunda parte del *Quijote*, reprender y fustigar las inconveniencias de algún sacerdote en aquel grave eclesiástico que presenta, opuesto en todo al caballero manchego; "de estos que gobiernan las casas de los príncipes; de estos que, como no nacen príncipes, no aciertan á enseñar cómo lo han de ser los que lo son; de estos que quieren que la grandeza de los grandes se mida con la estrechez de sus ánimos; de estos que, queriendo mostrar á los que ellos gobiernan á ser limitados, les hacen ser misera-

bles". Pero las censuras son generales, y por ellas no pueden señalarse, sin discurrir erróneamente, personas determinadas con precisión y firmeza, pues ese eclesiástico, que molestó indudablemente á Cervantes, tan posible es que perteneciera á la casa ducal de Béjar, como á la del Conde de Lemos, ó á cualquier otro magnate á quien él ofreciera sus respetuosas consideraciones.

Desde que se descubrió en los archivos de la casa de Sessa la carta de Lope contra Cervantes, la dedicatoria al de Béjar se explica de modo llano y natural, sin necesidad de anécdotas, de cuentos, ni de suposiciones. Cervantes, al publicar su obra, sabía las malas artes que contra él ponían en juego, para desconceptuarle y quitar el crédito á su *Quijote*, Lope de Vega y sus parciales: no ignoraba las relaciones elevadas que sus enemigos tenían, y procuró imposibilitar los pérfidos designios de sus contrarios, dedicando la obra á un príncipe que era considerado como protector del talento. Por eso dice al Duque de Béjar, en la dedicatoria, que saca á luz el *Ingenioso Hidalgo* al abrigo del claro nombre de su Excelencia, rogándole le reciba agradablemente en su protección, para que, á su sombra, ose parecer seguramente en el *juicio de algunos* que, conteniéndose en los límites de su ignorancia, suelen condenar con más rigor y menos justicia los trabajos ajenos.

¿Quiénes eran *esos algunos* sino sus envidiosos detractores, los que trabajaban por deprimirlo como hombre y procuraban desprestigiarlo como escritor antes que el *Quijote* viese la luz pública? ¿No era Lope de Vega del número de los que, no comprendiendo el talento de Cervantes y olvidando como ingrato las palabras laudatorias que aquel le dedicó en su *Galatea*, (*) juz-

Guzmán, hermana del sétimo Duque de Medina Sidonia.

Dice Alonso López de Haro (*Nobiliario*, lib. IV, cap. VI) que "casó antes de heredar sus grandes estados y señoríos con D.^a Juana de Mendoza, hija del esclarecido varón Don Íñigo López de Mendoza, quinto Duque del Infantado y de la Duquesa, D.^a Luisa Henríquez, su mujer". Tuvieron varios hijos. No se sabe que hiciera grandes cosas, ni intentase cometerlas siquiera, por más que la lisonja quiso ensalzarle como guerrero.

Fué uno de tantos señores como vivían, durante los reinados de los Felipes, en la ociosidad y regalo que sus abundantes rentas y parentescos les proporcionaban, sin molestias ni temores de perder el bien heredado. Á pesar de que era tenido por amigo de las letras este magnate, no hay datos que lo persuadan ni demuestren. Antes bien, arguye contra su claridad de juicio el desdén con que acogió la sentida dedicatoria de Cervantes.

El mismo Cristóbal de Mesa, que ponía por las nubes su gran amor á las letras, cita, para censurarle indudablemen-

te, sin manifestarlo, un hecho que no favorece por cierto la supuesta prodigalidad del Duque en proteger á los literatos y poetas; á saber, que siendo él preceptor de su primogénito le rebajó cien ducados de los doscientos que le tenía señalados anualmente como estipendio ó gratificación; acto mezquino y roñoso que motivó la renuncia de Mesa.

Murió el sétimo Duque de Béjar pocos años después que Cervantes, en 1620. Sucedióle en sus estados su hijo Don Francisco, octavo Duque del mismo título.

(*) Dice así este noble elogio en el *Canto de Caliope*:

Muestra en un ingenio la experiencia,
Que en años verdes y en edad temprana
Hace su habitación así la ciencia
Como en la edad madura, antigua y cana:
No entraré con alguno en competencia
Que contradiga una verdad tan llana,
Y más si acaso á sus oídos llega,
Que lo digo por vos, LOPE DE VEGA.

gaba, no ya con demasiado rigor, sino con descaro inaudito aquella obra inmortal? ¿No decía que su sátira era para él la cosa más odiosa del mundo? ¿No aseguraba que no podía haber nadie tan necio que alabase á *Don Quijote*?

Véase como Cervantes tuvo más talento que todos sus perseguidores, y supo aludir á sus intrigas y malas artes de un modo delicado y digno en su dedicatoria al Duque de Béjar. Este príncipe, ensalzado injustamente por la opinión cual dadivoso, remunerador del talento, amante de proteger las letras, según al mismo Cervantes habían dicho equivocadamente, si bien aceptó la dedicatoria del *Quijote*, fué como de mal grado, por compromiso, por evitar nuevas molestias de presentación ó súplica por parte del autor.

Pero después, aquella enemistad y aquel odio de muchos contemporáneos, al ver lo que Cervantes obtuviera, cobraron mayores bríos; penetraron en el palacio del prócer; presentaron á Cervantes como un mónstruo de defectos é imprudencias; rebajáronle diciendo que era tartamudo, manco, pobre, informal y comisionista; y el Duque de Béjar creyó entonces ultrajada su dignidad, importancia y excelencia, y olvidó á Cervantes, y, si valido le hubiera, borraría para siempre del principio del *Quijote* aquellas frases en que un corazón generoso le tributaba el homenaje de su respeto, y noble y cariñosamente le demandaba su protección.

No hubo, sin embargo, en todo esto nada que contribuyese tanto á aquella tirantez de relaciones como algún resentimiento, si no personal directamente, sí de familia. Observación es la presente que no ha sido hecha hasta ahora, según creemos, y explica de manera naturalísima la inquina ó despego del Duque de Béjar. Su señora madre, fué D.^a María Andrea de Guzmán, primera esposa de su progenitor D. Francisco Diego López de Zúñiga y Sotomayor, sexto Duque del mismo título. Doña Andrea era hija del noveno Conde de Niebla, D. Juan Claros de Guzmán, padre también de D. Alonso, el sétimo Duque de Medina Sidonia.

Ahora bien; constando que Cervantes había compuesto un soneto satírico contra este personaje por su desdichada impericia y torpe negligencia cuando el saqueo de Cádiz por los ingleses, pocos años antes, y siendo bien conocido su autor entre los aficionados á las letras; es muy verosímil que sus enemigos no dejarían de recordarlo con insistencia al Duque para que, ya que aceptó la dedicatoria, no conservase al escritor en su gracia, ni le dispensara en lo sucesivo protección, pues había intentado desprestigiar y poner en ridículo á su tío materno, el de Medina Si-

donia, persona de tanta notoriedad en la corte. Además, las familias de Medina Sidonia y de Béjar estaban ligadas de muy antiguo por enlaces matrimoniales, y la misma abuela materna del magnate á quien dedicó Cervantes su obra, era de su propia originaria familia, hija de D.^a Teresa de Zúñiga y Guzmán, cuarta Duquesa de Béjar, casada con su pariente D. Francisco de Sotomayor, quinto Conde de Belalcázar.

Parece, pues, que el Duque, por imperiosa exigencia de los resentimientos de sus deudos, obligados á defenderse mutuamente de todo cuanto pudiera contrariarles ó molestarlos, había de ser, por triste fatalidad, ó desatento, ó mal justipreciador de Cervantes.

El mismo año en que había llegado Cervantes á Valladolid, 1603, contrajo matrimonio el hijo del Duque de Lerma, D. Diego, con la señora D.^a Luisa de Mendoza, duodécima Condesa de Saldaña, heredera de D. Rodrigo, Duque del Infantado, Adelantado de Cazorla y gentil-hombre que fué del Rey D. Felipe II. Era Don Diego, el nuevo Conde de Saldaña, persona de singular ilustración, muy dado al estudio y protector, á lo que parece, de los buenos ingenios; la academia literaria que tuvo en su casa, llegó á ser la más concurrida de la corte, y adquirió señaladísimo crédito en la opinión de la gente letrada.

Lope de Vega, que había sido ayuda de cámara y criado de su cuñado y primo el Marqués de Sarria, después Duque de Lemos, dedicó al Conde de Saldaña, años más tarde, el prólogo de la *Jerusalén conquistada*, que vió la pública luz en 1608, adulándole mucho; y en él hace constar el famoso escritor la afición que el de Saldaña tenía á las letras, mayormente á las del género que Lope de Vega cultivaba, y el amparo que hacía á los que la profesaban, siendo su Mecenaz y bienhechor. Desmintieron, en lo relativo á Cervantes, las palabras de Lope los procederes del Conde. Los elogios que éste le dirige se convierten así, por la experiencia del caso, en censuras merecidas.

Cervantes había dedicado al Conde una canción que compuso de no escaso mérito. Poco tiempo hacía, cuando esto, de haber contraído matrimonio el de Saldaña. Con ilusiones todavía Cervantes, á pesar de las amargas contrariedades experimentadas durante su penosa vida de comisario y recaudador de alcabalas en Andalucía, quiso aun tener esperanza de mejorar en su triste suerte; todavía abrigó su corazón de oro la confianza de que aquel joven venturoso y rico, que gozaba fama de amante y protector de los hombres de talento y de liberalmente dadivoso,

sabría apreciar sus méritos y ampararle contra las adversidades de la fortuna. La canción revela ciertos pormenores íntimos muy curiosos. Algún amigo de Cervantes hubo de presentarlo al Conde, quien le acogió con señaladas muestras de aprecio. Mediaron seguramente promesas y propósitos de favorecerle, como lo indican bien á las claras algunas estrofas de la composición. (*)

No hizo el aprecio debido el Conde de tan noble efusión de cariño y cortesía, cuando en nada le favoreció ni antes ni después de publicado el *Quijote*, ó fuese que diera insignificante importancia á la generosa deferencia de nuestro autor, ó que no le creyese digno de ser atendido ni premiado, por estimar quizás que Cervantes era del número de aquellos de quienes dijo Lope, en el prólogo antes citado, que componían "libros sin doctrina, sustancia ni ingenio, escritos para el vulgo".

Nueva demostración de que el Conde no correspondió, con detrimento de su buen nombre, á las atenciones que con él usó Cervantes; ni supo amparar, como Mecenas y bienhechor, á aquel escritor tan desatendido y necesitado, la tenemos en el mismo absoluto silencio que el interesado

guardó sobre este punto. Si el Conde se hubiera mostrado como era de esperar de su fama de inteligente y generoso; si hubiera interpuesto sus buenos é incomparables oficios para con su señor padre, dador de toda prosperidad, dispensador de todo favor, en la corte de Felipe III, bien lo habría hecho constar Cervantes, á fuer de agradecido, como lo efectuó en otros casos, y refiriéndose á personajes de la misma familia de Lerma. Si el de Saldaña hubiese respondido á lo que podía esperarse de su crédito, ni aun pensado habría seguramente Cervantes en el Duque de Béjar para dedicarle su admirable obra y ser tan descortesmente acogido. La Primera parte del *Quijote* estaría desde luego dirigida á D. Diego Gómez de Sandoval, Conde consorte de Saldaña. (**)

Dos años llevaba ya de residencia Cervantes en Valladolid, cuando se celebraron por diversos motivos grandes fiestas, durante varios meses, de las que hubieron de quedar para él y para su familia bien tristes recuerdos, como hemos de ver á continuación.

El día 8 de Abril de 1605 nació el príncipe D. Felipe, que más tarde sería cuarto de este

(*) En especial, estas dos que copiamos:

Sombra y amor me ofreces;
Y aunque en fe de ello aquesta humilde yedra,
Al paso que tú creces,
En esperanzas y verdores medra,
Antes que rama abraçe,
El pie besa del tronco donde nace.

Tutelar dulce mio,
Á quien no sé qué fuerza me destina,
Como á la mar el río;
Si aquella es fuerza que á mi bien se inclina,
Estos versos escucha,
Donde el amor con el ingenio lucha.

(**) Cervantes, sin embargo, por respeto y obligación al Conde de Lemos, hermano político del de Saldaña, no dejó de encomiar á éste como buen poeta de su tiempo, llegando al colmo de la hipérbole cuando dice de él en el *Viaje del Parnaso* lo siguiente:

Tú, Conde de Saldaña, que con plantas
Tiernas pisas de Pindo la alta cumbre,
Y en alas de tu ingenio te levantas,

Hacha has de ser de inextinguible lumbre
Que guie al sacro monte al deseoso
De verse en él, sin que la luz deslumbre.

Estos desmedidos elogios al Conde, que sólo pudo tener fama de poeta (dada su pobreza de numen, según algunas copias que se conservan de su composiciones), por haber sido hijo del Duque de Lerma, revelan la natural bondad de Cervantes aun en lo que más interesado estaba su renombre como justipreciador de los trabajos ajenos, á la vez que

ponen de manifiesto las olvidadizas condiciones del ensalzado.

Ya que desde que le dedicó la canción antes citada, Don Diego Gómez de Sandoval no se acordó nunca de aquellas promesas de amor y protección que á Cervantes hizo; la lectura de las nuevas exageradas alabanzas debieron mover su voluntad á efectuarlo.

Gentilhombre era entonces de la cámara del Rey; gran cariño le tenía su padre; por sí propio y por su suegro, el Duque del Infantado, lo mismo que por mediación de su hermano, aspirante á valido, el de Uceda, hubiera logrado lo que hubiera pedido para favorecer á aquel desvalido anciano que, desde las lóbregas estrecheces de su miseria, producía tantas bellezas y tesoros literarios con su maravilloso ingenio, para enseñanza y admiración de los siglos.

Nada hizo, sin embargo. Sordo á las voces de la gratitud y del deber, olvidóse por completo de Cervantes, dejándole morir abandonado y perseguido de la desgracia. El que ofreció á Cervantes sombra y amor, le dejó perecer sin compasión ni socorro, pudiendo haberlo conseguido todo para su bien y cerrar los ojos del gran maestro con el afecto entrañable del discípulo reconocido.

Fué el de Saldaña el único individuo de la familia directa de Lerma que sobrevivió á la repentina y casi completa extinción de todos sus esplendores. Cuando quedó viudo de la Condesa de Saldaña, de cuyo matrimonio hubieron tres hijos, enamoróse de una singular belleza de la corte, Doña María Ana de Córdoba, dama de la Reina D.^a Isabel de Borbón, con quien contrajo segundas nupcias, año de 1621, á disgusto de los Reyes y con oposición de la familia del Infantado. Dió ésto motivo á que se le mandase salir de la corte, y, como en castigo de su determinación, quitáronle el empleo de caballero mayor que desempeñaba para dárselo á su suegro, el del Infantado.

nombre entre los Reyes de España. Era viernes santo, y en todo Valladolid había gran recogimiento con motivo de tan solemne festividad. Cuando á las nueve y media de la noche se acababan de cantar en la capilla de palacio los maitines de aquel día, verificóse el deseado alumbramiento. D. Felipe III y su esposa habían rogado con muchas instancias al Cielo el nacimiento de un príncipe, que fuese heredero de sus reinos; y el Cielo propicio se lo concedía con satisfacción de sus súbditos. La alegría en palacio fué muy grande, y presto se comunicó la noticia á toda la ciudad, que la acogió con singulares demostraciones de júbilo.

Olvidóse la tristeza del día y el recogimiento y silencio naturales en tales momentos. "Dando una tácita licencia su Majestad divina (dice candorosamente Porreño) se vistió todo de alegría, de blanco y de luz, y todo fué resplandores, luminarias y alegres semblantes, oír campanas é instrumentos músicos, festivas voces y parabienes de toda la ciudad. Fueron tantos los fuegos y luminarias, que se pegó fuego al capitel de la torre de San Benito el Real, y se derritieron las campanas, y caían arroyos de metal y plomo de que el capitel estaba cubierto".

El nacimiento del príncipe no sólo fué festejado en España, sino en varias capitales del extranjero. En Roma, donde estaba de embajador el Duque de Escalona, se solemnizó por espacio de ocho días, con banquetes y fuegos públicos, y se arrojó al pueblo en las ocho noches gran cantidad de ducados. Muchos presos recabaron en España su libertad; otros experimentaron ventajas en las condenas; repartiéronse bastantes limosnas, y celebráronse multitud de funciones en las iglesias por aquel acontecimiento, que se consideraba muy feliz y como anuncio de infinitas prosperidades futuras.

Coincidió con el natalicio del príncipe la llegada á España del Embajador extraordinario, que enviaba el Rey Jacobo de Inglaterra para ratificar y jurar las paces estipuladas el año anterior. Era por desgracia bien conocido en España el enviado inglés. Había sido el almirante de la escuadra británica que persiguió á nuestra armada, creída invencible, y fué más tarde

el jefe de la expedición contra Cádiz en 1596. Estaban muy recientes aquellos sucesos para que pudieran olvidarse con facilidad. No podía despertar recuerdos de cariño, sino de desamor y desconsuelo Lord Carlos Howard de Effingham, gran almirante de Inglaterra, capitán general de todos los castillos, fortalezas marítimas y armadas, y caballero de la Jarretiera. Él y el Drake fueron los principales autores de nuestro gran desastre en el Canal de la Mancha. Él y el Conde de Essex fueron los principales autores de nuestro mayor descrédito cuando el ruinoso saqueo de Cádiz.

Pero ya hemos dicho que en las esferas oficiales, como entre los comerciantes de España, predominaban temperamentos de paz y olvido de lo pasado; y se dictaron las órdenes oportunas para que el Embajador fuese acogido con muestras de respetuosa consideración. El 17 de Abril llegaron al puerto de la Coruña cuatro buques con bandera inglesa. Hicieron los saludos correspondientes, y respondiósles inmediatamente el castillo. Los marineros que desembarcaron, dijeron ser aquellos buques del Embajador de Inglaterra, y que conducían su recámara. El día 26 entraron en la Coruña cuatro hermosos galeones y la almiranta donde venía Lord Carlos Howard y su comitiva. Hechos los saludos correspondientes, fué recibido con grandes demostraciones de acatamiento, que se renovaron por todos los puntos por donde pasó hasta que llegó á Valladolid.

Varios oficiales de la casa Real, acompañados del Aposentador mayor de palacio, fueron enviados á la Coruña para que hiciesen toda la costa y regalo al Embajador y sus acompañantes, que llegaban á más de seiscientas personas. Venían con él dos de sus hijos.

Como cosa que por curiosidad merece citarse, dicen algunos historiadores que, habiendo sabido el almirante que los que venían con él traían dos biblias traducidas en lengua castellana, impresas en Holanda, anunció que á cualesquiera que él entendiese que conducían libros prohibidos, los entregaría al tribunal del santo oficio, pues no quería se diese motivo á escándalos, y más en materia de religión. El que tenía en su poder

Era la nueva esposa de D. Diego Gómez de Sandoval hija de D. Juan Castilla y Torres, caballero de la Orden de Calatrava y veinticuatro de Jaén, y de D.^a María Lasso de Córdoba, su mujer. Tuvieron cuatro hijos, dos hembras y dos varones. El Conde viudo de Saldaña vivió cerca de 17 años más que Cervantes, pues murió en 7 de Diciembre de 1632. En todo ese tiempo, no se le ocurrió nunca al engreído é ingrato magnate dedicar siquiera un breve elogio al in-

mortal escritor á quien dejó fenecer desdeñosamente, sin acordarse de lo mucho que le debía en cuanto á su fama de poeta, que él mismo oscureció después en la ociosidad y galanterías.

No fué, pues, el hacha de inextinguible lumbre que Cervantes presagiaba de sus aptitudes, sino luz vívida que rápidamente se apagó en las tinieblas de sus disturbios domésticos.

las biblias arrojólas al mar. Quería demostrar así el almirante con un caso práctico, como si procurase acallar los escrúpulos de D. Juan de Ribera y sus partidarios, que no se trataba de ofender en nada las creencias de los españoles al hacer las paces. Verdad es que el capítulo 21 de las que iban á jurarse y ratificarse (y tanto había escandalizado á algunos), decía que "los súbditos de Inglaterra no serían molestados en España *por cosa de la conciencia*, si no diesen escándalo". Pero el Embajador de Inglaterra, adelantándose á los más suspicaces, era el primero en evitarlo, como para persuadir que, si bien quería para sus compatriotas libertad de pensar en cuestiones religiosas, sin que fuesen molestados ni perseguidos, era en cuanto á propagar prudentemente sus opiniones dentro de su misma comunión; mas nunca con propósitos agresivos ni escandalosos.

El recibimiento que se hizo al almirante en Valladolid, fué cual correspondía á tan gran personaje. El condestable de Castilla, en unión de la principal nobleza de la corte, salió á recibirle, y diéronle la bienvenida, con demostraciones recíprocas de afecto. Fué aposentado en las casas del Conde de Salinas, que estaban regiamente aderezadas, donde se le trató con todo el esplendor debido á su alto rango. Compitieron la corte y la nobleza en hacer agradable al Embajador su estada en Valladolid. Desvelábanse todos por agasajarle y servirle.

Recibió su visita el Rey con muy respetuoso cariño. Iba vestido el almirante casi á la española, acompañado de sus dos hijos y de otros parientes y caballeros. Felipe III con semblante benigno, púsose de pie y quitóse la gorra cuando entró. Hincóse Lord Howard de rodillas y pidió la mano á Su Majestad para besársela. Acercaron entonces una silla rasa de terciopelo carmesí, donde mandóle el Rey que se sentara, y se cubriese. Habláronse por intérprete, y cada vez que lo efectuaba D. Felipe III, quitábase el Embajador el sombrero, con señales de sumisión. "Despidiéronse (dice Baltasar Porreño) con muchas y muy humildes reverencias, y lo mismo hicieron los demás caballeros ingleses que llegaron á besar la mano á Su Majestad", entre ellos los hijos, yerno y sobrinos del almirante. Á los pocos días, en palabras del mismo escritor, presentaron á Su Majestad, de parte de Jacobo de Inglaterra "algunos arcabuces, ballestas, perros, y seis extremadas hacas inglesas, ricamente adornadas con gualdrapas de terciopelo, guarnecidas con bordadura de chapería".

Hacíanse entretanto los preparativos para el bautizo del príncipe, que prometía ser acto de

extraordinaria suntuosidad. Había llegado con tal objeto á Valladolid el Arzobispo de Toledo, D. Bernardo de Sandoval y Rojas, que así como á las anteriores infantas, iba á administrar también el primer sacramento al príncipe heredero del trono. Llamó mucho la atención la entrada del Ilustrísimo de Toledo en Valladolid por la sorprendente ostentación con que lo hizo. Fué suceso de gran resonancia y boato, más propio de un señor de vasallos, vanaglorioso y mundano, que de un príncipe de la Iglesia. Acompañábanle gran muchedumbre de prebendados de Toledo y multitud de criados eclesiásticos y seglares que le servían. Refiere un escritor que los pajes, lacayos, cocheros y mozos de silla vestían librea colorada, de terciopelo grana y carmesí. Salieron á recibirle muchos grandes y señores. Fué el cardenal á palacio, para besar la mano al Rey, con inusitado acompañamiento, montado en un hermoso caballo, con bota blanca y espuela dorada, sombrero morado, ropilla y ferreruelo de gorgorán carmesí.

Verificóse junta general, para tratar del bautizo del príncipe, en la morada del inquisidor general, que lo era entonces el prelado de Valladolid D. Juan B. Acevedo. Duró la reunión muchas horas y quedó acordado celebrar el acto con la más excepcional esplendidez, como se efectuó el 28 de Mayo en la iglesia de San Pablo.

Estaba á la sazón en Valladolid el Padre general de la Orden de Santo Domingo, Mtro. Fray Jerónimo Xavierre, confesor del Rey, y en la junta celebrada se resolvió, á su propuesta, que se hiciese el día del bautismo procesión pública de todos los frailes domínicos que se habían reunido en la corte de España para asistir al Capítulo general de la Orden, procedentes de todas las partes de la Cristiandad. El intento era efectuar una gran manifestación religiosa, donde los extranjeros y los naturales vieran cuánta unidad de miras y de pensamientos existía entre el monarca español y la Orden de Santo Domingo, que era como el baluarte inmovible de la fe y la defensa más firme contra la herética pravedad. Salió la procesión por la mañana del monasterio de San Pablo á la Catedral. Iban en ella seiscientos frailes domínicos, y presidiendo el acto el mismo Rey con lucidísimo acompañamiento, entre los que descollaban el Cardenal arzobispo de Toledo, el príncipe de Piamonte, su hermano el príncipe Filiberto Emmanuel, el Duque de Lerma, los del Infantado y Alba, el condestable de Castilla y otros muchos grandes y señores de título. Y como aquella tarde estaba dispuesto que se celebraría el bautizo del príncipe, iban todos vestidos de gala y con muchas

y ricas joyas, como si á la vez que mostraban su fervor religioso, quisiesen también hacer alarde de sus riquezas y vanidad cortesana. Dábanse á notar los criados de cada uno por muy vistosas libreas, y entre todas distinguíase con señales preciosísimas las que vestían los guardas y oficiales de la caballeriza del Rey y los criados y pajes de palacio, mandada hacer expresamente por el monarca para tan fausto día, y era toda de muy alegre vista, de color dorado, blanco y carmesí.

Como pormenor curioso acerca de tan fastuosa procesión, debe citarse el que recuerda Porreño. "Estaba (dice) el Embajador de Inglaterra en las casas del Conde de Rivadavia, que están junto á San Pablo, en la ventana que hace esquina, con la gorra en la mano, y un capotillo y casaca guarnecidos con botones de diamantes y con el collar grande de la Orden de la Jarretiera; y cuando llegó cerca Su Majestad, le hizo una gran reverencia, y Su Majestad le quitó la gorra con demostración de benignidad".

Todo encarecimiento es poco para ponderar la riqueza y esplendor con que se efectuó el bautizo. Suntuoso fué el de Felipe III en la parroquia de San Gil de Madrid veintisiete años antes. Habían sido sus padrinos el Archiduque Wenceslao y la infanta D.^a Isabel Eugenia Clara, que era ahora Condesa propietaria de los Estados de Flandes. El Arzobispo de Toledo, Don Gaspar de Quiroga, le echó el agua bautismal. Hallábase la iglesia hecha un ascua de oro: tal y tan grande era la profusión de luces. Estaban tapizadas las paredes con colgaduras riquísimas de tela morada, regalo de la villa. Toda la corte asistió á la solemnidad con señalada manifestación de regocijo.

Pero Felipe III quiso que al recibir su heredero el primer sacramento, fuera más célebre y completa la ostentación. Se pensó hasta en que fuese una cosa especial la pila de bautismo. Si el Rey procuró demostrar, con motivo del acto, su predilección decidida á la Orden de Santo Domingo, natural parecía también que debían alcanzar las mismas ó mayores preferencias al canónigo de Osma, al inventor de los procedimientos inquisitoriales, al implacable perseguidor de los albigenses. ¿Qué cosa más santa y de mejor augurio que ser bautizado, en la misma pila donde él lo había sido en Calaruega, el príncipe Don Felipe, el heredero de un trono que creía consistir su principal grandeza en exterminar herejes, aunque hubiese que capitular paces con los turcos mientras tanto, como el mismo Felipe II hizo? ¿No serviría aquello de significativa enseñanza á los poderosos herejes á quienes agasa-

jábamos, con quienes teníamos que transigir por fatales adversidades del destino? Era de suprema necesidad aquel acto, según inculcarían los inquisidores al Rey.

Condújose, pues, la pila bautismal del Santo desde Calaruega á Valladolid, y púsose en medio de la gran tarima cuadrada, de tres gradas de alto, que se levantó en la capilla mayor de la iglesia de San Pablo, donde había de efectuarse el bautizo. Estaba cubierto aquel espacio de una hermosa tela de brocado, sustentada sobre cuatro columnas altas de plata, una en cada extremo de la tarima. Más bajo, á un lado se colocó una cama con cortinas, donde habían de desenvolverse y envolver al niño, y en el otro un dosel donde se pondrían todas las cosas tocantes á las ceremonias de este sacramento. En el altar mayor, había un frontal, ricamente bordado, de muy gruesas perlas. La iglesia estaba colgada de ricos paños de oro y seda, y había un palenque, á modo de calle, desde la puerta de la iglesia hasta la capilla mayor, que detuviese la gente.

Estuvieron presentes al acto, asistiendo al Cardenal arzobispo de Toledo, el arzobispo de Burgos, D. Alonso Manrique; el obispo de Valladolid, inquisidor general, D. Juan Bautista de Acevedo; el de Segovia, D. Pedro de Castro; el de Astorga, D. Antonio de Cáceres, y el de Osma, D. Enrique Henríquez. Todo lo más lucido y renombrado de la corte estaba allí por necesidad y para ostentación. El Duque de Lerma fué el que sacó al príncipe en sus brazos.

"Iba el Duque (dice un escritor de aquel tiempo) vestido de blanco, sin gorra, con una ropa de brocado, guarnecida de oro y forrada en tela de plata. Delante iban los mayordomos de Su Majestad, que eran los Condes de Barajas, de Orgáz, de Niebla, de Medellín y D. Luis Enríquez de Almansa; y los de la Reina, que eran los Condes de Casarrubios y de los Arcos, Ruy Méndez de Vasconcelos y el Conde de Altamira, su caballerizo mayor. Luego los reyes de armas y maceros. La señora infanta (D.^a Ana Mauricia, la hija mayor de los Reyes, que iba á ser la madrina), iba detrás de Su Alteza en una silla que llevaban los criados de la Reina, y á su lado D. Antonio de Cardona y Córdoba, Duque de Sessa, su mayordomo mayor. Delante de Su Alteza iba el príncipe de Piamonte, que era el padrino, y al otro lado su hermano, el gran prior de Castilla. Tras Su Alteza iba D.^a Leonor de Sandoval, Condesa de Altamira, su aya. Luego la Condesa de Lemos, la de Miranda, la Duquesa de Cea, la de Frías, la del Infantado, la de Sessa, la de Alba, las Condesas de Niebla, Rivadavia, Puñonrostro y Paredes, y otras muchas

señoras de gran nombre. La Condesa de Altamira recibió al príncipe, y habiéndole desenvuelto dentro de las cortinas, le dió á su padrino el príncipe de Piamonte; y, descubriendo D. Álvaro de Carvajal la pila, que estaba cubierta con un tafetán, el Cardenal administró el sacramento, y en él le pusieron nombre de Felipe, Domingo, Víctor. Fué este acto de la mayor majestad y grandeza que jamás se vió en la corte de algún príncipe⁴.

Es muy posible que Cervantes visitara entonces, para ofrecerle sus respetos, á D. Bernardo de Sandoval y Rojas. Databa desde que fué nombrado Arzobispo de Toledo el singular afecto que le demostró siempre Cervantes. Dedicóle entonces una canción, como diocesano suyo, vecino de Esquivias, en que le colmaba de elogios por sus merecimientos, aunque llena de conceptos ampulosos y de exageraciones extraordinarias. (*)

No se portó desdeñosamente el purpurado como hizo su pariente el Conde de Saldaña; pero sus bondades llegaron á manifestarse tan tardías, que apenas sirvieron para aliviar las postreras escaseces de Cervantes. Es natural que, al saludar éste ahora á D. Bernardo en Valladolid, le hablara de sus trabajos literarios y de su situación desatendida y menesterosa, cargado ya de años, y sin ver recompensados nunca sus méritos y servicios. Nacerían de aquí promesas y esperanzas recíprocas; mas ésto no podía mejorar por el pronto los apuros de su existencia.

No tratamos de escatimar elogios á aquel ilustre protector de Cervantes, á quien tanto admiramos y cuyas bondades hemos de enaltecer más adelante como se merecen. Apreciamos en todo cuanto valen sus actos de noble desprendimiento, pues no se puede echar en olvido que, merced á sus limosnas, no se murió de hambre

en los últimos meses de su desgraciada existencia aquel peregrino ingenio. No hay nadie que estime como nosotros en su justo valor todo lo que hizo por Cervantes el Cardenal de Toledo; pero ¡cuánto más digno de enaltecimiento y gloria sería si hubiera empleado su excepcional influencia para conseguir, en bien de su protegido, una pensión oficial decorosa y de consideración, que hubiese bastado, no sólo á cubrir sus atenciones más perentorias, sino á proporcionarle una vida tranquila, exenta de sinsabores y cuidados!

Prestigios y autoridad suficientes tenía para obtenerlo: fué desgracia ó descuido lamentable el no intentarlo. Tal vez pesó más en la protección personal, que más tarde hubo de dispensarle, la conmiseración que el conocimiento del verdadero valer intelectual de Cervantes. Quizá se atendió más al desgraciado que al hombre de talento. En tal caso, fué un escritor desvalido á quien se socorrió como á mendigo; no un literato á quien se recompensó según era debido á sus méritos y grandeza. No se debe elogiar en absoluto á los que socorrieron en algo á Cervantes, llevados de espíritu caritativo. Es menester notar al mismo tiempo lo mucho que dejaron de hacer en su obsequio, pudiendo y debiendo haberlo puesto por obra, sin molestia casi de su parte, sino como consecuencia natural de sus buenos deseos. El Arzobispo de Toledo, por la importancia especial de su preeminente cargo, por su alta misión espiritual, por su acceso frecuente en palacio y su familiar comunicación con los Reyes, príncipes, infantes, ministros y cortesanos de todas categorías, tenía más posibilidad de obtener para Cervantes lo que quisiera que sus deudos el Duque de Lerma y el mismo Conde de Lemos; porque éstos muchas veces olvidarían sus mejores propósitos, si los tuvieron realmen-

(*) Véanse algunas estrofas de esta canción, descubierta en la Biblioteca colombina por D. Adolfo de Castro, (Éstante AA., tabla 145, núm. 5):

Pusistes, Rey, con modo soberano
Á D. Bernardo Sandoval y Rojas
Por Arzobispo de la Iglesia nuestra:
Es fruto vivo y encarnadas hojas.
Fué elección del Cielo y vuestra mano,
Según su gracia y su bondad nos muestra.
Y pues el Cielo adiestra
Vuestra lengua, señor, sea profeta,
Pues fué elección perfeta,
Que á tu persona título dió iguales,
Y hará sus vivos hechos inmortales.

Prospera el Cielo su dichosa suerte;
Las ninfas canten con sonoro canto
En el sagrado Henares tan copioso;

Tajo en sus aguas de oro esté contento;
Mi tosca vena con su voz despierte,
Y Tiber de alegría esté gozoso.
Aqueste Sol hermoso,
Sus vegas fertiliza, aumenta y crece;
Todo el campo florece;
Con su venida quita el triste velo,
Y muéstranos el Cielo
Serenos, afables de sus claros ojos,
Que estaban de llorar los nuestros rojos.

Esta composición la publicó D. Adolfo en su libro *Varias obras inéditas de Cervantes*, (Madrid, 1874, págs. 186-88). En el código de poesías donde se encuentra, hay también copia de la *Canción de Grisóstomo*, que se inserta en el *Quijote*, pero con modificaciones y variantes. La poesía dedicada al Cardenal de Toledo es bastante endeble. Quizás se hizo el traslado por un borrador de Cervantes, que no reformó ni mejoró después nunca.

te, abrumados por la carga de las exigencias políticas, en tanto que el Arzobispo, viviendo en una esfera de dulce tranquilidad, sin las odiosas agitaciones de las parcialidades y bandos, podía fijar su atención en aquello que era más solicitada, por cariño particular y por afecto, para buscar y practicar el bien con recompensa del talento olvidado y de las virtudes cívicas desatendidas.

Aquella anécdota que sin razón, ni visos de probabilidad siquiera, se inventó respecto de haber dicho Felipe III, viendo desde un balcón de su palacio manotear y hacer extraños visajes á un estudiante que hojeaba un libro: *aquel hombre ó está loco ó lee Don Quijote*, pudiera haber tenido un fundamento de verdad si el Arzobispo de Toledo, respondiendo á lo que era de esperar, en vista de las alabanzas que le dirigió Cervantes á su exaltación al pontificado, se hubiese acordado de las desventuras del enaltecedor en la prosperidad de sus glorias. ¡Cuántas ocasiones propicias tuvo para ello! ¡Cuántos momentos favorables para decidirse! ¡Qué hermosa obra de reparación hubiera practicado! ¡Qué mejor defensor, qué abogado más elocuente, qué abonador de sus méritos más autorizado que él para con el mismo Rey, desconociendo éste, como desconocía seguramente, el nombre de aquel autor por la suerte maltratado, á quien ya la opinión de las clases populares distinguía con sus alabanzas por ingenioso y sin segundo en la gracia y en la inventiva!

No hubiera tenido que fingir, no, la admiración hacia Cervantes aquel cuento inverosímil, como para demostrar que también el monarca hispano conocía el gran mérito del primero de sus contemporáneos y súbditos, aunque no la rectitud de premiarlo. D. Bernardo de Sandoval y Rojas hubiera ofrecido una historia de indubitable certeza, sin fingimiento de ninguna clase, con alta gloria de su nombre y de su Rey. La fábula del estudiante y del balcón se hubiera convertido en conmovedora escena de realidad dentro del regio alcázar, donde un prelado, el

primero de España, aconsejaba á su Rey y señor natural que recompensara y premiase con una digna pensión, de su propio peculio, el mérito indiscutible del gran novelista de su nación. No lo intentó el Cardenal. Quizá no le pasó siquiera por la mente propósito tan equitativo y justificado. Tal vez, viendo tan humilde á Cervantes, no le juzgaba merecedor de tan insigne honra, ni comprendió toda la alteza de su inmortal talento, aunque, como hombre y en cuanto á escritor, le estimara. Pero abandonado Cervantes á su triste suerte, tuvo que seguir luchando con las penalidades del desamparo en medio de las fastuosas fiestas de aquella corte entregada al regocijo.

El almirante de Inglaterra continuó siendo objeto de las más grandes atenciones. Ratificadas las paces, ofrecióle el condestable de Castilla un banquete que superó á todo encomio, y lo mismo hizo el Duque de Lerma. Celebráronse en su obsequio juegos de cañas, en que tomó parte el valido y el mismo monarca. Hubo fiesta militar (*), y se efectuó una gran mascarada ó sarao con aparato maravilloso; espectáculo que llamó la atención general de la corte y fué muy del agrado del Embajador y sus acompañantes. Derrocháronse miles y miles de ducados en aquella regia manifestación de poderío, tras el que se ocultaban la ruina y la desgracia de los pueblos. Todo aquel lujo, ostentación, telas de oro, profusión de luces y trajes, alegres coros, danzas y músicas, parecían como la celebración de una sangrienta burla contra los empobrecidos españoles.

El 17 de Junio salió de Valladolid, con el mismo agasajo que había sido recibido, el Embajador de Inglaterra, que volvía á su país muy complacido de su permanencia en España.

Han sostenido algunos eruditos que fué Miguel de Cervantes el encargado de escribir la *Relación* de aquellas fiestas tan espléndidas; pero sin razonables fundamentos para ello. Verdad es que un poeta satírico, Góngora, parece indicarlo así en un soneto burlesco (**) que

(*) "Y para que el almirante (dice Baltasar Porreño) y los demás ingleses llevasen alguna noticia de esta monarquía grandiosa de España, y conociesen en parte su potencia, dió orden S. M. de que el Duque de Lerma, capitán general de la caballería de España, tomase muestra general á la caballería de las guardas de Castilla; para cuyo efecto se hizo alarde en la puerta del campo de Valladolid, hallándose presente S. M. Hiciéronse tabladitos para los Consejos y para infinitos miradores de aquella espaciosísima plaza, asistiendo el almirante y sus ingleses".

(**) Dice así el famoso soneto de Góngora:

Parió la Reina: el luterano vino

TOMO I

Con seiscientos herejes y herejías:
Gastamos un millón en quince días
En darles joyas, hospedaje y vino.

Hicimos un alarde ó desatino,
y unas fiestas, que fueron tropelías,
Al ánglico legado, y sus espías,
Del que juró la paz sobre Calvino.

Bautizamos al niño Dominico,
Que nació para serlo en las Españas:
Hicimos un sarao de encantamento:

Quedamos pobre: fué Lutero rico:
Mandáronse escribir estas hazañas
Á Don Quijote, á Sancho y su jumento.

circuló mucho entonces para ridiculizar tales actos; mas hay que tener presente el tono de censura, que es general, y la intención que oculta, dirigida no tanto á decir quién fuese el verdadero autor del libro descriptivo, cuanto á dejar consignado, en forma menospreciadora, que los festejos aquellos eran propios únicamente de ser narrados por Don Quijote, Sancho y su jumento, esto es, por locos ó por ignorantes. Basta la atenta lectura de dicha obra para desmentir en absoluto las suposiciones hechas.

La *Relación* de las fiestas no puede ser de Cervantes. Aunque, de propio intento, hubiera querido escribir de manera distinta de como acostumbraba, siempre, en algunos párrafos, no habría logrado disfrazar ó fingir un estilo semejante al suyo: siempre se hallarían en él rasgos, indicios, demostraciones de su peculiar y galano modo de expresarse. (*)

Pero no sucede tal cosa: no hay pasaje ninguno en dicha obra que persuada ser de su pluma. Aquella pesada y prosáica narración es diferente por completo de la limpia, dulce, fácil y hermosa elocución de Cervantes. El que tan magistralmente supo describir las bodas de Camacho y Quiteria en el *Quijote* y las de Silveria y Daranio en la *Galatea*, ¿no había de revelar ninguna de las preciadas dotes de su divino ingenio al hablar de unas fiestas tan grandiosas como las celebradas en Valladolid para honrar á los caballeros ingleses? Precisamente varias de ellas, como el "sarao de encantamiento", en frase de Góngora, que fué cual imitación de la maquinaria caballeresca, cual serie de escenas copiadas de alguna obra del ciclo andantesco de los Amadises, ¿no ofrecían sujeto adecuado para que su buen entendimiento pudiese mostrarse en ellas? ¿No daban largo y espacioso campo por donde sin empacho alguno pudiese correr su pluma?....

Cuando se supone que Cervantes se ocupaba en componer la *Relación* de las fiestas de Valladolid, hechos bien diferentes y lamentables perturbaron su tranquilidad y la de toda su familia.

(*) El título del libro es el siguiente: "Relación de lo sucedido en la ciudad de Valladolid desde el punto del felicísimo nacimiento del príncipe D. Felipe Domingo Víctor, nuestro Señor, hasta que se acabaron las demostraciones de alegría que por él se hicieron.—Al Conde de Miranda.—Año 1605.—En Valladolid, por Juan Godínez de Millis".—(4.º menor).

(**) Tienen mucha gracia estas dos décimas en que lo hace, y fueron muy celebradas entonces en Valladolid:

Cantemos á la ginetá,

El 27 de Junio de 1605, pocos días después de haber marchado de Valladolid el Embajador de Inglaterra, cuando aún no habían terminado del todo las fiestas públicas, fué herido de suma gravedad un caballero en las inmediaciones de la casa donde Cervantes vivía. Llamábase D. Gaspar de Ezpeleta, hidalgo, natural de Pamplona, que había llegado á la corte desde mucho antes para presenciar y tomar parte en los regocijos populares. Era galanteador por extremo, y no desgraciado en amores. De bienes de fortuna andaba escaso, por lo que estaba aposentado en una casa particular, aunque por ostentación se hacía acompañar de pajes y otros criados.

Su íntima amistad con D. Diego de Croy y Penlin, Marqués de Falces, capitán de los arqueros de Felipe III, le dió resuelto, por decirlo así, el problema de su permanencia, como galán festejador, en la corte. Siendo pobre, pudo aparentar boato y hasta cierta holgura. Comía y cenaba en casa del Marqués; paseaba con él á caballo; y guardábasele consideración en todas partes por respeto á su amigo. Pasaba el día en la ociosidad y la noche en aventuras amorosas. Entre las mujeres que le dispensaron sus favores, estaba la bella esposa de un escribano, de apellido Galbán. Dieron mucho que hablar estas relaciones y llegaron á conocimiento del marido y de algunos de sus deudos, quienes procuraron evitar el escándalo. Riñeron los amantes, quizás por temores de la señora; mediaron frailes para que D. Gaspar devolviera los regalos que le había hecho como señal de su amor; pero, reanudadas las adúlteras entrevistas, los parientes ofendidos no pararon ya hasta vengarse del atrevido caballero.

D. Gaspar no era tan afortunado en las fiestas públicas como preferido en el cariño de las damas. En los juegos de cañas y en las fiestas de toros, había estado bien desgraciado por aquellos días, y su poca destreza y triste figura dieron motivo al cáustico Góngora para ridiculizarle. (**)

Habían llegado á conocimiento de D. Gaspar las amenazas de los deudos de su combleza, y,

Y lloremos á la brida
La vergonzoza caída
De D. Gaspar de Ezpeleta.
Oh! si yo fuera poeta,
Qué gastara de papel!
Dijera á lo menos yo,
Que el majadero cayó
Porque cayesen en él.
Dijera del caballero,
Visto su caudal y traza,
Que ha entrado poco en la plaza

tal vez por tener aviso de la noche en que intentaban agredirle, salió en la del 27 de Junio dispuesto para rechazar á sus enemigos. Aquella tarde, de cuatro á cinco, había comido, como solía, en casa del Marqués de Falces. Fuése enseguida á la en que estaba morando, en la calle de los Manteros, de la que era propietaria la viuda Juana Ruiz. Después de reposar un rato, á las seis, acompañado de dos pajes suyos, uno llamado Francisco de Camporredondo y otro, cuyo nombre se ignora, y de un su lacayo, Andrés Ramón, se dirigió de nuevo á la casa del Marqués. Había éste salido, aunque volvió pronto. Montaron entonces en caballos de éste y estuvieron paseando juntos el resto de la tarde, y hasta una hora después de anochecido, según acostumbraban diariamente.

D. Gaspar mandó á su posada al paje Camporredondo para que le llevase espadas de noche y un broquel, lo que efectuó sin pérdida de tiempo. Á poco dieron las diez. D. Gaspar ciñóse una espada, púsose la capa del paje, y dejóle en cambio su ferreruelo, ordenándole que se volviera á la posada. Embrazado el broquel y apercebido convenientemente, marchó el desgraciado caballero, resuelto á reñir y defenderse. La cita amorosa de aquella noche, fuese con la misma mujer del escribano Galbán, fuese con otra, era por los alrededores de la casa donde habitaba Cervantes con su familia, cerca de la Puerta del Campo, en el Rastro nuevo, en unas fincas de reciente construcción, pues habían sido labradas el año de 1600. Ezpeleta conocía de vista y buena amistad á algunas de las señoras que vivían en la misma casa.

Algunas de éstas, y además una criada de servicio, vieron que estaba parado antes de llegar al hospital de la Resurrección y frente al puentecillo del Esgueva, muy cercano á la casa donde Cervantes vivía, un hombre como en acecho de álguien. Era redondo de rostro, la barba roja, recién hecha y no muy poblada. Vestía ropilla y calzones negros, y como llevaba sin abo-

tonar la primera, se descubría una camisa blanca, sin cuello, y con valona de este mismo color. Aquel hombre, que era bajo de cuerpo, fué el agresor de Ezpeleta. Según confesó á la Justicia el caballero navarro, no mucho después del suceso, él no sabía quién le había herido ni qué motivos pudo tener para hacerlo. Dijo que había salido de casa del Marqués de Falces á las diez de la noche, poco más ó menos; y yendo por el campo adelante, al llegar á la esquina del hospital, camino del Rastro, interceptóle el paso un hombre, diciéndole que qué hacía allí, que se fuese. Ezpeleta le contestó que "tarde se iría"; y sobre esto se trabaron de palabras y se acuchillaron, resultando él herido de la pendencia. Añadió que el agresor, al dejarle en grave estado, huyó hácia la Puerta del Campo, y entonces dió voces y fué socorrido.

D. Gaspar no quiso manifestar lo cierto, ni declaró nada que pudiese comprometer á su matador; antes bien, por deseo de no causar perjuicio á la mujer que le hablaba, y al hombre que atentó contra su vida por dicho motivo, no dijo una palabra de la primera, y favoreció cuanto pudo al segundo, afirmando que "ambos á dos habían reñido bien", y que no vió qué otras armas llevaba su acometedor sino broquel y espada.

Á las voces que daba el herido pidiendo socorro con sentidas exclamaciones, acudieron algunos vecinos de la casa donde Cervantes habitaba. Acostado estaba ya éste cuando oyó que le llamaba el vecino del cuarto de junto, que era un sacerdote, D. Luis de Garibay, hijo mayor del famoso cronista D. Estéban, recientemente muerto. Entre D. Luis y un hermano suyo subieron á D. Gaspar al cuarto de la familia de Garibay, donde colocaron al herido sobre un colchón que pusieron en la sala, mientras no llegaba la Justicia y se le prestaban los necesarios auxilios. Un alguacil fué á dar parte de lo que ocurría al alcalde de casa y corte que aquella noche estaba de ronda. (*) Llamáse Cristóbal de

*Y menos su despensero:
Que si cayera en Enero
Quedara con santo honrado,
Aunque el apóstol sagrado,
Cuando Dios le hizo fiel,
Cayó de alumbrado, y él
Cayó de desalumbrado.*

(*) Los cuatro alcaldes de casa y corte que había en Valladolid para la Sala del crimen, año de 1605, llamábanse Cristóbal de Villarroel, D. Melchor de Tebes, D. Alonso de Otalora y D. Pedro Manso.

Los alcaldes de casa y corte ejercían, en tiempo de Cervantes, funciones que hoy están desempeñadas por autori-

dades diversas. Por sus autos y bandos de buen gobierno, eran como alcaldes corregidores. Por estar encargados de la visita de mercados y vigilancia sobre los mantenimientos, parecían regidores ó celadores de las plazas de abastos. Por tener que recorrer é inspeccionar tiendas, mesones y casas de hospedaje y hacer rondas de noche, semejaban jefes de policía. Por tener que incoar las diligencias sumariales y formar los procesos, eran jueces de instrucción. Y, finalmente, porque sustanciaban y fallaban las causas, eran magistrados.

De modo que los alcaldes llegaban á ser todopoderosos, lo mismo para condenar que para absolver, lo mismo para aminorar que para agravar la situación de los desgraciados,

Villarroel, el cual se personó en la habitación del herido, acompañado de escribano y alguaciles, y empezó á tomar las indispensables declaraciones.

El Marqués de Falces, enterado de la desgracia de su amigo, apresuróse á visitarle, y quizás le envió para que le asistiese al cirujano y barbero de las guardas viejas de á caballo de Su Majestad, de nombre Sebastián Macías. Las heridas eran mortales de necesidad. Tenía dos; una en el lado izquierdo del vientre encima de la bedija, penetrante, y por la cual, roto el peritoneo, había salido parte del redaño; la otra, también penetrante, en el muslo derecho.

sin temor á los rigores de la residencia, que rara vez ó casi nunca se llevaban á cumplimiento.

(*) Entre los varios documentos curiosos ó inéditos que hemos ido reuniendo desde que publicamos una imperfecta *Vida de Cervantes* en 1877, y con que ampliamos ahora esta nueva y extensísima obra CERVANTES Y SU ÉPOCA, ninguno tan importante como el *Proceso de Valladolid*, arbitrariamente extractado por Pellicer, hace más de un siglo, en sus puntos más esenciales; envuelto en las sombras y en las dudas para la generalidad; cuidadosamente oculto por algunos cervantistas como instrumento pecaminoso; reputado, en fin, por muchos como depresivo para el buen nombre de Cervantes.

Juzgando nosotros de distinto modo, hemos creído y creemos muy conveniente la publicación íntegra de tan importante documento, para dejar desde luego cerrado el camino á los escritores cavilosos y á los espíritus pusilánimes que, prestos para abrigar sospechas infundadas y tardos para la indagación de la verdad, han perdido lastimosamente en quejas y lamentos inútiles el tiempo que debieran haber empleado en el examen y esclarecimiento de los hechos.

La estampación completa de tan valioso original jurídico arroja vivísima y hermosa luz sobre uno de los puntos más oscuros de la vida de nuestro inmortal Miguel de Cervantes Saavedra. De su historia y de su crítica vamos á decir algunas palabras.

Dímoslo á conocer al público, leyéndolo y comentándolo con brevedad el año de 1886, en una de aquellas veladas memorables, celebradas en Cádiz cada 23 de Abril, para conmemorar el aniversario de la muerte del gran Escritor. Publicámoslo el mismo año en el periódico de dicha ciudad, titulado *El Correo*, del que era director y propietario el malogrado jurisconsulto D. Jorge Rodruejo y Pueyo. Hízose tirada aparte en un opúsculo, que no circuló con la profusión que nosotros deseábamos; defecto de que adolecen por lo general los trabajos literarios que se insertan en la prensa de provincias.

Nuestro sabio amigo D. Cayetano Alberto de la Barrera, uno de los más ilustres bibliógrafos que enaltecieron á España en el siglo XIX, nos tenía prometido, desde 1871, un traslado exacto del proceso, para publicarlo en la *Crónica de los Cervantistas*, (a) que dirigimos desde 1870 á 79, con la cooperación de muchos insignes extranjeros y de los más

Ninguna de las declaraciones tomadas á varios vecinos de los alrededores, sirvió para dar indicaciones precisas acerca del agresor.

Cuando se registraron los bolsillos del herido, hallóse entre otros objetos, un papel doblado en forma de billete con toda una cara escrita; pero el juez, dando comienzo á la serie de informalidades é imprudencias que cometió en la instrucción del proceso, se lo guardó, sin hacer constar, ni extractar siquiera su contenido, como si tratase de ocultar algo que comprometiese á los responsables de aquel suceso trágico. (*)

Pronto pudo saber el juez, sin embargo, parte de las causas que lo habían producido. Al

distinguidos literatos de Madrid y provincias. La muerte del Sr. La Barrera, acaecida el año 72, dejó sin realizar su promesa. Habiendo estado en Madrid en 1880, quisimos conseguir nuestro deseo, y logramos, mediante la bondadosa intervención de nuestro buen amigo, de gloriosa memoria, el esclarecido literato D. Narciso Campillo, una copia del proceso. La Barrera había procurado, siendo el insigne Hartzenbusch jefe de la Biblioteca nacional, que el documento se hiciese del dominio de los estudiosos, sacando de él un traslado fiel y completo, catalogándolo entre los manuscritos de aquel renombrado centro de ilustración. Tan excelente literato el Sr. La Barrera como notabilísimo calígrafo, dejó una copia magnífica de hermosa letra española, que es la que examinamos en la Biblioteca nacional y cuyo texto hemos seguido puntualmente, á excepción de algunas variantes que hemos hecho, después de cotejada en 1901 la copia con el original. Firmada por el Sr. La Barrera, hay al comienzo la siguiente nota: "Facilitó la Academia Española á principios de este año 1864 el original de este célebre proceso á la Biblioteca nacional, para que de él se sacase y guardase copia exacta en la colección de manuscritos. Hízose para el Sr. Director D. Juan E. Hartzenbusch otra, que yo he disfrutado, y de la cual se han sacado: la presente, con enmiendas é ilustraciones, hecha por mi mano; y por la de un amanuense otra, que he regalado al Sr. D. Luis de Usoz y Río. Sé que el Sr. Hartzenbusch ha remitido á Don José María de Álava y D. José M. Asensio y Toledo, de Sevilla, otro traslado que el primero le pidió en carta que he tenido á la vista. El que sigue (el que se conserva en la Biblioteca nacional), va ilustrado por mi con un extenso artículo encabezado: Resumen de las noticias que ofrece la causa formada en Valladolid á consecuencia de las heridas y muerte de D. Gaspar de Ezpeleta, año 1605; deducciones y comentarios acerca de ella, y juicio lego sobre los trámites del proceso. Madrid: 2 de Diciembre de 1864. Cayetano Alberto de la Barrera". (b)

Cuando en 1876 preparábamos la *Vida de Cervantes* que se publicó en Cádiz al año siguiente, suplicamos al ilustre Hartzenbusch nos facilitase copia del *Proceso*, para que nuestra obra saliese con la perfección deseada en lo que se refería á tan interesante particular; pero aquel venerable literato se negó á ello "por no ser conveniente la publicidad (nos decía) de algunos pormenores que hay en el rollo ofen-

(a) *Crónica de los Cervantistas*, tomo II, pág. 4.

(b) Este importantísimo estudio crítico del *Proceso*, inédito, lo publi-

camos el año de 1898 en el periódico de Cádiz *El Pueblo*, en los números 277, 78, 80, 81 y 82; de los cuales se enviaron ejemplares á todas las bibliotecas, institutos y universidades de España.

prestar declaración uno de los pajes de Ezpeleta, Francisco Camporredondo, estuvo lo bastante explícito para poner en camino de certera investigación á la Justicia. Sin ambajes ni rodeos, con noble expresión de verdad, dijo cuanto sabía y pensaba con entera franqueza. D. Gaspar, según sus afirmaciones, había tratado y trataba amores con una mujer casada, cuyo nombre y casa declaró al señor alcalde. Enterado el marido, mediaron entre él y D. Gaspar grandes disgustos.

Un huésped que vivía en la misma casa, estuvo también enemistado por celos con D. Gaspar. El nombre de dicho individuo también se lo

dijo el paje al juez. D. Gaspar le envió un recado por el mismo Camporredondo advirtiéndole, en son de amenaza, que le había ido á buscar tres ó cuatro veces, y, como se escondía, no lograba verle; pero todo era inútil, pues él le buscaría. También temía D. Gaspar de algunos cuñados y deudos principales que tenía la adúltera, y por esa causa andaba solo, y sin criados, con su espada y broquel.

La declaración del lacayo tuvo asimismo bastante interés.

Él no sabía si su amo había reñido antes con algunas personas; pero de su trato con mujeres, podía decir que "solía ir y entrar en una casa

sivos á la buena memoria de Cervantes". Tampoco pudimos obtener el traslado que deseábamos de la bondadosa amistad con que nos distinguía el sabio D. Aureliano Fernández-Guerra y Orbe, de la Real Academia Española, poseedora del precioso códice original citado. "No es posible, amigo D. Ramón, (eran sus palabras) enviar á usted la copia del documento de Valladolid. Ninguno de los compañeros á quienes he consultado sobre sus deseos, ha sido de opinión favorable: todos, por el contrario, entendemos que sería muy peligrosa la publicación de ciertas declaraciones, pues podían poner en duda el buen concepto que tenemos de Miguel; aunque para mí tengo que el sumario está deplorablemente formado, y hasta desfigurada la verdad de los hechos, por influencia de altos personajes de la corte".

Los temores expresados por dos cervantistas tan eminentes, y el silencio que guardaron sobre el documento, de que poseían copias, los Sres. Usoz del Río y Álava (c) aguijaban más nuestra curiosidad para conocerlo literalmente y poder apreciarlo en todo su valor. Cuando se logró por fin lo que anhelábamos, en 1880, leyendo al mismo tiempo el precioso artículo de La Barrera, formamos desde luego el propósito, que hemos realizado ya tres veces, de publicar el *Proceso* con toda fidelidad, por parecernos el más eficaz medio para desvanecer prevenciones y dejar en su verdadero punto la veracidad de los hechos.

El año de 1888, con autorización de la Real Academia Española, hizo un extenso extracto del proceso Don Juan Ortega y Rubio en su notable folleto *Cervantes en Valladolid*.

Impreso por nosotros en Cádiz el documento, ÍNTEGRA Y COMPLETAMENTE, dos años antes, desde Abril del 86, ya D. Aureliano Fernández-Guerra no se opuso á los deseos del Sr. Ortega, ni hubiese servido de nada el impedirlo, cuando ya nosotros habíamos hecho públicos todos los secretos del sumario y rebatido concluyentemente las calumnias propaladas contra la hija de Cervantes por la infame beata D.^a Isabel de Ayala.

Aún con mayor amplitud tratamos ahora el asunto en CERVANTES Y SU ÉPOCA, lamentando las deficiencias y omi-

siones cometidas respecto del particular por los biógrafos Navarrete, Aribau, Morán, Benjumea y aun por nosotros mismos y otros. (d)

Nuevas razones de conveniencia y justicia persuaden también la necesidad de que se divulgue más aún el antes misterioso proceso. Algunos sostenedores ciegos de la antigua equivocación que atribuía á Alcázar de San Juan la gloria de haber sido cuna del más portentoso ingenio de España, hablan con menosprecio del Cervantes de Alcalá, del inmortal Autor del *Quijote*, por juzgar que en la causa de Valladolid quedó su nombre rebajado y con nota infamante de deshonra.

Prosigamos, pues, poniendo en conocimiento de todos lo sucedido, para que la verdad resplandezca, para que la miserable calumnia quede para siempre destruída. Hágase la luz. Concluyan los juicios aventurados. Ocultar el proceso, era perjudicar á Cervantes; darlo á la estampa, popularizarlo, es hacerle un bien, es defenderlo.

Hemos sido los primeros en efectuarlo, dejando á un lado recelos y timideces inexplicables. Hemos ofrecido, y de nuevo ofrecemos, á la consideración de las personas estudiosas esta dádiva de nuestra admiración á Cervantes, confiado en su acogida cariñosa, con trabajos críticos é ilustratorios para mayor fundamento de nuestras razones. Ellos demostrarán, sin género de duda alguna, de hoy para siempre, cuán inconveniente era la persistencia en ocultar el documento, cuán erróneos los juicios que se formaban, cuán infundadas las sospechas que se tenían, y cuán obcecadamente se había tratado este asunto hasta ahora.

Con la publicación del *Proceso de Valladolid* hemos conseguido que la honra de Cervantes haya quedado más calificada y enaltecida; el honor mancillado de su pobre, calumniada hija, restablecido y triunfante; patentes las ruindades de una perversa, miserable delatora; el buen nombre de su familia, victorioso; la nobleza de sus intentos y lo digno de sus procederes, más acrisolados y engrandecidos por lo injusto de las acusaciones, lo malvado de los propósitos y lo rastrero de la persecución.

Sólo la Justicia de aquellos tiempos; sólo los tribunales y

(c) El ilustre cervantista D. José M.^a Asensio, que también posee copia completa del documento, ha tratado del *Proceso* en el magnífico prólogo que escribió para la edición del *Quijote*, que hizo en Barcelona el año 1898 la acreditada casa de Seix. Sin embargo, el trabajo del señor Asensio no da idea completa de los motivos por que aparece denigrado en el proceso el nombre de Cervantes, ó sea, por el supuesto amancebamiento de D.^a Isabel de Cervantes con el amigo de su padre Simón Méndez, calumnia de una vecina de la casa que ocasionó la prisión de muchas personas inocentes y honradas.

(d) En el *Diccionario Enciclopédico Hispano Americano*, tan defectuoso por regla general en la parte biográfica y crítica, se atribuye la prisión de Cervantes, su hermana, hija y sobrina, á la circunstancia de haberse depositado los vestidos del difunto Ezpeleta en casa de Cervantes. No puede darse nada más disparatado y falto de prueba. La verdadera causa de la prisión de Cervantes y su familia fué la calumniosa delación de D.^a Isabel de Ayala, que se ensañó en la honra de aquellas personas intachables.

hacia la puerta de Santiestéban", aunque ignoraba cómo se llamaba el dueño, ni le conocía tampoco, ni á qué efecto iba á ella D. Gaspar. Sólo podía afirmar que un escudero de aquella familia, había llevado y traído recados de su amo; y por más que no le constaba su nombre, si le viera, lo conocería enseguida.

Con todos estos tan preciosos antecedentes, el señor juez instructor no hace nada. Deja que muera el pobre D. Gaspar sin que se aclare lo más mínimo de aquel misterioso crimen. Pasa el tiempo en vanas diligencias y no da un paso seguro por la senda del acierto. No había molestado hasta entonces el juez á los vecinos de la casa donde fué acogido el caballero navarro; pero, después de fallecido D. Gaspar, persiguiólos sin consideración alguna, incluso á Cervantes, á quien se nombró depositario de la ropa ensangrentada del muerto. Si deliberadamente se hubiera propuesto un juez mostrarse injusto, nunca habría alcanzado al extremo y arbitrariedad que lo verificó el alcalde Cristóbal de Villarroel.

Pero llegan al punto culminante de la informalidad en derecho y del más absoluto menosprecio á la justicia, las arbitrarias prisiones de Cervantes y de su familia, así como las de otros vecinos de la misma casa.

Toda la tramitación en el proceso había pecado de torpe y deficiente. No se tuvo en cuenta por el juez instructor ninguno de los varios indicios que pudieran haberle llevado al descubrimiento de la verdad. Se desestimó todo dato para seguir la pista del matador, y no se pudo por eso evitar que quedase impune el crimen cometido.

El señor alcalde de casa y corte, Lcdo. Cristóbal de Villarroel, parece dispuesto, desde los primeros instantes, á torcer el curso del proceso por motivos de consideraciones personales ó por atender á indicaciones interesadas, para que no se esclarecieran los hechos. Lo hemos visto ya bien claramente. Cuando la misma noche que fué herido el caballero Ezpeleta, prestó declaración su paje Francisco Camporredondo, el señor juez no se apresura á hacer las pesquisas que exigía la gravedad de sus afirmaciones.

En lugar de servirles para lograr prender al

matador de Ezpeleta, entrega por completo al olvido, por no decir que desprecia, el valioso testimonio del paje; y continúa dando intencionalmente torcido sesgo al asunto, con infracción escandalosa de las leyes y detrimento de la recta administración de justicia. Teniendo en su poder el secreto precioso para la más acertada investigación jurídica, por influjos, sin duda, de personas principales, ó por ocultar el adulterio y amancebamiento de una mujer casada, abandona lo principal y se fija en lo accesorio; deja tranquilo al criminal y molesta y veja á personas del todo inocentes.

El mismo día en que el señor alcalde manda prender, por sospechas y delaciones infames, á Cervantes, su familia y otros vecinos de la casa donde falleció Ezpeleta, ordena á los alguaciles Francisco Vicente y Diego García, que vayan á tomar declaración, con el escribano Velasco, á Juana Ruiz, la patrona de la casa en que había estado hospedado D. Gaspar de Ezpeleta. Había solicitado declarar la Juana Ruiz, avisando al señor juez que "en razón de las heridas que le dieron al dicho Ezpeleta, sabía alguna cosa". El alcalde Cristóbal de Villarroel, que debiera tener vehementes deseos por aclarar cuanto se relacionara con la muerte del caballero navarro, se muestra, sin embargo, indiferente ante la petición de Juana Ruiz, cuya declaración habría de revestir gran importancia para las averiguaciones procesales. La declaración la tuvo en efecto, como era de suponer; pero el proceder equívoco y apático del juez nos corrobora en nuestra opinión de que Villarroel no entendía con libertad en este negocio.

En la ley XVI, título VI, libro II de la Nueva Recopilación y Pragmática de Felipe II, año de 1583, se encarecía el mayor celo en averiguación, pena y castigo de los delitos públicos; pero la administración de justicia debía de andar entonces tan remisa y descuidada, que repetidas veces hubo que llamar la atención sobre este punto, pues no sólo había gran descuido en la persecución y castigo de los delitos, sino que los jueces llevaban su negligencia hasta el extremo de desatender sus más sagradas obligaciones.

Delegaban en los escribanos ó alguaciles el tomar declaración, sin su presencia, á los testi-

los alcaldes de corte de entonces, son los que quedan condenados, desprestigiados, maldecidos ante toda conciencia rec-

ta por la arbitrariedad y miseria mismas de sus procedimientos absurdos y criminales. (e)

(e) El maestro de todos los cervantistas, el incomparable y esclarecido literato Doctor Thebussem, fué el único que nos aconsejó, cuando le consultamos en 1886, la publicación completa del Proceso. Justo es manifestarlo así como tributo de admiración á su talento.

También ha sostenido lo mismo el erudito y castizo hablista D. Julián Apráiz, quien en sus notables obras *Los Isunzas de Vitoria* y *Cervantes Vascófilo*, nos tributa grandes elogios que agradecemos con toda nuestra alma.

gos en los procesos más graves, y los mismos escribanos, siguiendo el mal ejemplo de los jueces, encomendaban á otras personas de la curia, sin la respetabilidad debida, el recibir las declaraciones de los testigos y procesados. Esto dió motivo á infinitas quejas, á que la autoridad Real procuró poner, aunque inútilmente, remedio.

Precisamente en 1599 se hizo una nueva Pragmática que á esto se refería, y constituye el texto jurídico de la ley XVIII, del citado título VI, libro II de la Nueva Recopilación. En 1600 se dispuso por Felipe III que los alcaldes de corte guardasen las leyes del título VI con las advertencias nuevamente hechas en la ley XIX, una de las cuales era la siguiente: "Que siempre que se ofrecieren algunos casos ó delitos graves, acudáis los alcaldes personalmente á la averiguación de ellos y prisión de los culpados, y á la examinación de los testigos de las sumarias informaciones, y aun de las probanzas plenarias, requiriéndolo la calidad del caso, y NO LO COMETAIS (añade) como hasta aquí lo habeis hecho, á escribano alguno, aunque sea de los principales de ese tribunal, porque de no haberse guardado, han resultado muchos daños (*) é inconvenientes". La dejadez, sin embargo, prosiguió; las informalidades jurídicas se repitieron; la justicia se administraba con deplorable efecto de indiferencia y criminal incuria. Cundían más las quejas contra arbitrariedades de jueces, escribanos y alguaciles. Las cortes mismas pedían el mayor rigor para que la ley se cumpliera fiel y equitativamente, para evitar todo cohecho, prevaricación, descuido ó móvil de lucro, amistad ó venganza por parte de los encargados de administrar justicia.

Á esto tiende también la ley XXVIII, título VI, libro III, donde se ordena que "en los procesos criminales, y en los civiles arduos y de importancia, cuiden los alcaldes que siempre se tomen y examinen por sí los testigos ante escribano, y cada testigo por sí sin lo cometer al escribano ni á otro, so pena que el juez que así lo hiciere, por la primera vez incurra en pena de cinco mil maravedís y el escribano de dos mil; por la segunda doblados; y por la tercera que sean privados de los dichos oficios que así tuviesen". Desde 1604 estaba vigente esta ley.

Ya vemos qué manera tenía de respetarla y cumplirla el alcalde Cristóbal de Villarroel. La

menospreció y se burló completamente de ella en el caso presente. Quien por la respetabilidad de su cargo y estrictos deberes públicos, debiera antes y primeramente que nadie acatar, respetar, venerar y cumplir sus preceptos, era, sin embargo, quien principalmente y con soberano desdén las olvidaba é infringía. Su obligación más justa é inexcusable era la de haber ido en persona, inmediatamente, á tomar declaración á Juana Ruiz, una vez que deseaba ésta decir lo que sabía, y podía servir para hacer luz acerca de la muerte de Ezpeleta. La patrona del muerto podía aportar datos de sumo interés á la Justicia. Se trataba de uno de los casos en que las leyes preceptuaban expresamente la presencia ineludible del juez desde las sumarias informaciones hasta las probanzas plenarias. Nada tan arduo en un proceso como la muerte de un hombre. Nada tampoco de más vital importancia que el indagar cuanto con este negocio se refiera, buscar antecedentes, rastrear indicios, inquirir y averiguar datos para punir y castigar el crimen. Era este uno de aquellos asuntos para los que las leyes, con sabia previsión y acertado sentido práctico, recomendaban toda la sagacidad, intervención directa, prudencia y perspicacia del juez.

¿Cómo, no obstante, el señor alcalde, envía á dos alguaciles con un escribano para que reciban declaración á la patrona de D. Gaspar? ¿Cómo deja declaración de tanto interés al cuidado de personas secundarias sin verdadera significación para negocios tan arduos é importantes? ¿No recordaba el señor alcalde que estaba terminantemente prohibido por la ley cometer tales funciones, no ya á los simples alguaciles, pero ni aun á los escribanos más principales, siendo siempre necesaria, indispensable, imprescindible su misma presencia?

Prácticamente se ve, estudiando el proceso, que, por no hacer el señor alcalde lo que la ley juiciosamente determinaba, se siguieron daños é inconvenientes, que se hubieran evitado de seguro dando cumplido respeto á las disposiciones legales que había que guardar y cumplir.

La declaración de Juana Ruiz es la más completa, la más explícita que consta en el proceso para poner á la Justicia en el verdadero camino de la indagación y llegar á saber el nombre del matador de Ezpeleta. Enferma de gravedad la

(*) La ley XV, título VII, libro II, no puede estar también más terminante respecto de los deberes ineludibles de los jueces.

"Mandamos (dice ésta) que los alcaldes de corte y chancillería del crimen reciban por sí mismos los testigos en

las causas criminales, y asimismo con los escribanos del crimen, sin lo cometer á otros; y que asimismo reciban los dichos escribanos por sus personas las informaciones sumarias; y los testigos que en otra manera se recibieren, NON FAGAN FE NI PRUEBA".

Ruiz, para descargo de su conciencia, quería poner en conocimiento del juez cuanto pudiera servirle de guía, y como rastro seguro, en descubrimiento del misterioso crimen.

Un juez celoso, cumplidor de la ley, diestro y desapasionado, hubiera sacado mucho partido examinando personalmente los dichos de la testigo, atendiendo con curiosidad á las menores contradicciones, investigando nuevos pormenores, corroborando bien indicaciones, nombres y sitios, formándose así una idea cabal de los hechos y las circunstancias. El mismo incidente que ocurrió cuando llegaron los alguaciles á casa de Juana Ruiz, es una nueva prueba de lo indiscreto que anduvo el juez en el cumplimiento de sus deberes. Había en la habitación de la enferma (quien acababa de recibir el viático) una mujer tapada, la cual no quiso decir su nombre, ni descubrir el rostro, por asegurar que era señora principal, á quien acompañaban dos criadas, que también iban cubiertas y no quisieron descubrirse tampoco. Los ministros subalternos de justicia, ante esto, nada hicieron, sino ir á dar noticia (uno de ellos) al señor juez de tal suceso, mientras se tomaba declaración á la enferma, indudablemente por uno solo de los alguaciles ante el escribano Velasco; nueva informalidad en estas delicadas actuaciones, pues los escribanos tenían terminantemente prohibido tomar declaración por sí á los testigos sin que estuviese precisamente delante un señor alcalde de casa y corte. (*)

Juana Ruiz manifestó cuanto sabía y le constaba. Claramente confesó que la manceba de D. Gaspar de Ezpeleta era la mujer de un escribano que se llamaba Galbán, y vivía junto á San Salvador. El relato que hace, con la peripecia sentimental de las sortijas, revela que en el matrimonio había graves sospechas y disgustos muy serios por aquellos escandalosos amores adúlteros. Sus confesiones acerca del conocimiento de aquella señora, el acento de sincera franqueza con que habla, citando las palabras que entre ambas mediaron, y otros incidentes curiosos, corroboran y confirman los datos suministrados dos días antes por el paje Camporredondo y el lacayo Andrés Ramón.

Presente el juez, cada palabra de la enferma hubiera sido un como rayo de luz que disipara las sombras en que el crimen de Ezpeleta se ha-

llaba envuelto; todos aquellos luminosos pormenores que á los alguaciles, y aun al mismo escribano, podían parecer indiferentes ó indirectos, los hubiera mirado él como testimonios directos y fehacientes de una inducción verdadera, de un fundamento de certeza indubitable. Allí hubiera podido ver, casi con evidencia, descubierta la realidad del crimen.

Pero el juez no sólo pierde tan preciosos é inestimables indicios para el descubrimiento de la verdad y castigo de los delincuentes, sino que, por su nunca bastante reprobada apatía, comete la imprudencia de favorecer á los sospechosos, preparándoles el terreno para que pudiesen burlar la justicia y proporcionarles la impunidad más absoluta.

Si el señor alcalde, cumpliendo con su más estricto deber, hubiera ido á tomar en persona declaración á Juana Ruiz, allí mismo se habría aclarado el enigma, patentizándose todo sin error. Al oír las palabras de la patrona de Don Gaspar, referentes á la dama principal, tapada y llorosa, que habíala visitado antes para contarle sus cuitas amorosas, y ver ahora en aquella misma casa á otra señora principal y tapada, que estaba de nuevo visitándola; á pesar de todas sus protestas y rodeos por atribuir diversa causa á la entrevista, él pudiera haber, con probable acierto y sagacidad, sospechado que eran una misma é idéntica persona la esposa del escribano Galbán y la dama que ahora se presentaba tan misteriosamente encubierta. ¿No sería posible que aquella señora, como creyó muy sagazmente La Barrera, sabiendo que D.^a Juana Ruiz era poseedora de su secreto, constándole que estaba gravemente enferma y que iba á prestar declaración, fuese, al par que acompañando al viático, con el principal propósito de suplicar á la anciana que no la comprometiera citando su nombre, conversación y palabras? Un juez de penetración é inteligencia, ¿no hubiera efectuado inmediatamente un careo entre Juana Ruiz y la señora tapada que se encontraba en su casa al entrar el viático, y que tan tenaz resistencia oponía á que la viesen el rostro? ¿No hubiera sido aquel careo la comprobación exacta de todo lo dicho por la patrona del desgraciado D. Gaspar? ¿No se hubiera llegado á saber, siguiendo esta pista, quién había acuchillado y muerto á Don Gaspar, si el marido de la infiel, si alguno de los

(*) Mandamos que los nuestros escribanos del crimen de aquí adelante usen por sus personas sus oficios, como son obligados, y que no pongan sustitutos en ellos, salvo por causas legítimas que sobrevengan, haciéndolo saber á los nuestros alcaldes; y con su licencia y no en otra manera. Y

mandamos que reciban ellos por sus personas los testigos en las causas criminales, DELANTE DE ALGUNO DE LOS DICHOS ALCALDES.

(Ley II, título XXI, libro II de la Nueva Rcopilación).

deudos principales de ella, si el huésped que vivía en la misma casa, y de lo que tenía conocimiento, aunque inútilmente, el señor juez, informal y desidioso?

Pero donde llega al último extremo de la arbitrariedad el señor alcalde es cuando, terminada la declaración de Juana Ruiz, le llevan los alguaciles á su posada á la dama tapada en compañía de sus dos sirvientas. La indiferencia con que supo el señor Cristóbal de Villarroel la presencia sospechosa de aquellas mujeres en casa de Juana Ruiz, sólo es comparable á la torpeza inaudita y criminal ligereza con que procede al hablarlas y tomarles declaración. La señora principal conversa á solas con el alcalde; le dice su nombre; le descubre el rostro y quizá la verdad de lo sucedido; y el juez es tan tierno y complaciente, que no hace constar en el proceso nada de aquella ilegal confesión secreta, sino sólo la declaración que, en términos vagos, y tal vez de común acuerdo predispuestos y amañados en la conferencia á solas, quiere prestar la dama tapada, vulnerándose así escandalosamente la ley, ocultándose nombres y datos, ó guiado el juez por promesas de indignos favores ó dispuesto á que no se dijera la verdad por motivos de amistad ó recomendaciones de altos personajes.

Tan resuelto estaba el juez Cristóbal de Villarroel á proceder caprichosamente, que hasta desatiende una prueba, capaz de llevar al ánimo de cualquiera persona recta el convencimiento más evidente de lo cierto. En su declaración habla la patrona Juana Ruiz de dos sortijas, que la esposa del escribano Galbán había regalado á su amante, como testimonio cierto de sus dulcendumbres amorosas, por cuya pérdida aquel la "había querido matar y le daba mala vida", en frases suyas. Esas dos sortijas, una de las llamadas de memorias con diamantes y otra de tres esmeraldas, devueltas antes por D. Gaspar, pero recuperadas después, al reanudar en mal hora las interrumpidas ilícitas relaciones, son las mismas que se encuentran en uno de los bolsillos del herido, como prendas queridas de recuerdo amoroso. El juez lo sabe; él recuerda indudablemente esta innegable semejanza y sorprendente coincidencia; el juez ha oído quizás el mismo apellido de Galbán, y el nombre de su mujer y deudos y huésped de labios del paje Camporredondo, como ahora lo han oído el escribano Velasco y los alguaciles, de boca de Juana Ruiz, y él mismo confidencialmente en el misterioso coloquio con la dama tapada; pero el juez se hace el sordo y el ciego; el juez no ha visto, ni oído, ni sabe, ni recuerda nada que pueda oponerse á su ley de encaje y particular conveniencia; el juez

sólo atiende á los dictados de su pasión y de su egoismo.

Aparece todavía mayor la responsabilidad del remiso é injusto juez, si se tiene en cuenta la notoria torpeza ó estudiada indiferencia con que dejó de procurar la indagación de otras pruebas que hubieran servido de mucho y sido, desde luego, más eficaces que las inútiles declaraciones tomadas á los pobres menestrales que vivían en las casillas del Rastro, quienes de nada se habían percatado, ó no quisieron decir una palabra por ese temor que siempre tuvo nuestro pueblo á verse mezclado en negocios de justicia.

En el piso inferior de la misma casa donde moraba Cervantes, y precisamente debajo de sus habitaciones, había una taberna. En la misma acera, poco más allá, un mesón. Ambos lugares eran sospechosos y pudieron servir de refugio al matador de Ezpeleta en los primeros momentos después de cometido el crimen. Sin embargo, el juez no hace averiguaciones ningunas á este respecto. Ni en las primeras declaraciones, ni en las segundas, se le ocurre que tal taberna ni tal mesón existieran. Dispone que un alguacil recorra todos los monasterios y casas de cirujanos para indagar si la noche de la desgracia se había ocultado en ellos alguna persona ó sido curado algún herido, pesquisa que, naturalmente, resultó infructuosa, y no cayó en la cuenta de que tenía tan cerca dos sitios que era menester inspeccionar y pudieran quizás ocultar al matador.

Si por sospechas solamente ó por hablillas indignas de crédito, prendió y molestó á tantas personas inocentes, ¿qué reparo tuvo en no haber hecho una minuciosa investigación en el mesón y en la taberna? ¿Por qué no haber preso asimismo á los dueños ó encargados de esos establecimientos?

Un juez recto y entendido debió hacerlo así, no sólo por prudente sagacidad de su oficio, sino por deber sagradísimo que le prevenían las leyes. Precisamente en la Pragmática dada por Felipe II años antes, en 1583, disposición 4^a, se encarecía la conveniencia de que los señores alcaldes de corte extremasen su vigilancia en la visita de sitios sospechosos, y con ese fin se mandaba que los cuatro alcaldes que habían de conocer de las causas criminales "anduviesen todas las tardes (que para este efecto se les dejaban desocupadas) por las plazas y lugares públicos de la corte, y visitasen por sus personas las tiendas, bodegones, posadas y mesones, adonde se acoge gente forastera, y algunas otras casas particulares, y todas las demás partes y lugares que pareciere que conviene, donde entendieren que hay tablas

de juegos y se hacen otros pecados y ofensas de Dios, nuestro Señor, teniendo sobre todo gran cuidado de inquirir y saber los pecados públicos y de punirlos y castigarlos con el rigor que merecen". Todavía se ordenaba mayor vigilancia y cuidado en las rondas de noche.

Más recientemente, cinco años antes del proceso que analizamos, en 1600, se habían dictado nuevas disposiciones y dado nuevas advertencias, confirmando lo ya dispuesto, y aconsejando se redoblase el celo y no hubiese la menor flojedad en inquirir y castigar los delitos. Preceptuábase en la ley XIX, libro II, título VI, que "cumpliendo lo que por otra ley estaba mandado, acudiesen los alcaldes cada día personalmente adonde se vendiesen los mantenimientos de la corte, y á los rastros, carnicerías, pescaderías, y adonde hubiese regatones y bodegones para proveer y remediar lo que por ella estaba ordenado"; y haciendo más extensivo el mandato, se determinaba que "asimismo, en cumplimiento de lo proveído por otra ley, anduviesen los alcaldes de día y de noche por la corte (por esta nuestra corte) para evitar los daños que en ella se refieren, y acudiesen á las partes y lugares donde hay concurso de gente y guarden en la forma del rondar lo proveído por un capítulo de una nuestra ley y Pragmática promulgada en el año de 1583, porque así conviene á nuestro Real servicio y á la quietud y pacificación de ella".

Todo esto lo echó en olvido, ó, mejor dicho, lo despreció por completo el señor alcalde Cristóbal de Villarroel, interesado cada vez más, según todos los indicios, en que la verdad quedase oscurecida y el crimen sin descubrirse.

(*) Desde antes que el gran Escritor viviese, (ley V, título VI, libro II de la *Nueva Recopilación*) eran cuatro los alcaldes de casa y corte que entendían en los asuntos criminales.

Cuando estos alcaldes, todos ó alguno, tuviesen conocimiento de un hecho ó causa criminal, ó viniese ante ellos, uno bastaba para recibir la querella ó acusación que se die-re por persona que estuviese en la corte; el mismo alcalde, que hacía veces de lo que hoy llamamos juez instructor, podía recibir las informaciones necesarias y mandar prender. Pero luego ya no era exclusiva incumbencia suya seguir por sí solo las actuaciones.

El escribano que intervenía en la causa, estaba obligado á poner inmediatamente en conocimiento de los otros jueces los hechos. Desde este instante los cuatro alcaldes debían conocer de todo, no pudiéndoseles ocultar nada por ningún motivo. De todos era ya, pues, la responsabilidad de lo que se hiciese.

Puesto el reo en la cárcel, había que tomarle declaración con juramento, según mandaba la ley de Partida, preguntándole si quería decir algo en guarda de su derecho.

Si la contestación era afirmativa, se le daba el traslado de la querella, denuncia y pesquisa por que estaba pre-

Si las leyes ordenaban rigurosamente á los alcaldes la más celosa inspección y vigilancia de las tiendas, bodegones y otros sitios, en las circunstancias normales, para castigar y hasta impedir los pecados y delitos, ¿cómo el señor alcalde deja sin visitar ni tomar declaraciones en la taberna y el mesón, lugares tan sospechosos y frecuentados, y más en los momentos precisos de haberse muerto á un hombre, de noche, por manera criminal y misteriosa? ¿Tenía tal vez consideraciones que guardar el señor alcalde al tabernero y al mesonero, ó juzgó que no debía molestárseles en lo más mínimo, aunque su autoridad se rebajase hasta lo indecible y las leyes quedasen miserablemente vilipendiadas?

Triste es decirlo; pero necesario. Sensible hacerlo constar; pero justo. Si el crimen cometido la noche del 27 de Junio (1605) en el campillo del Rastro de Valladolid quedó impune; si el matador de Ezpeleta no fué preso, ni molestado siquiera, y pudo gozarse en su maldad; si la muerte del caballero navarro quedó sin castigo, la ley burlada, la moral pública escarnecida, llena de oprobio la Justicia, falseada la verdad, desfigurados los hechos, la iniquidad triunfante, perseguida la honradez y respetado el vicio; el mal juez, el execrable alcalde de casa y corte Cristóbal de Villarroel tuvo la culpa: él fué el primer causante de todo; y sus compañeros de tribunal, por complacientes y descuidados, cómplices y coautores de los delitos legales por el primero cometidos, de sus desaciertos, arbitrariedades é injusticias. (*)

Hemos de confirmar nuestra aseveración, sin sombra de duda, en el capítulo siguiente.

so, advirtiéndole que dentro de tres días dijese y alegase de su derecho, y si no tuviese letrado el preso, y lo pidiese, le fuese dado por los dichos alcaldes. Si el delincuente era pobre, se le facilitaba gratuitamente abogado y escribano. Los jueces proseguirían entretanto las averiguaciones haciendo lo que debieren con justicia, que muchas veces concluía en todo lo contrario, á pesar de las advertencias prudentes de la ley. Aplicábase el tormento á voluntad de los jueces, según el sistema bárbaro entonces en uso.

Respecto de los crímenes cometidos en la corte y cinco leguas en derredor, cuando el delincuente se fugaba ó por estar ausente, disponía la ley VII del mismo título, que los alcaldes procediesen á hacer la información indispensable para averiguar y castigar el delito, y que el reo fuese pregonado en el espacio de nueve días, por tres emplazamientos de tres en tres, (estos pregones, dice el texto, hagan tanta fuerza y vigor como si en presencia fuesen emplazados los reos ausentes), sin acusar rebeldía hasta que espirase el plazo. Cuando el reo no parecía, fenecido el término, se tenía el pleito por concluso, continuándolo en rebeldía con los estrados, cesando los emplazamientos y pregones.

Desde el año de 1534, por la Pragmática de Felipe II, dada á 12 de Diciembre de 1583, que informa la ley XVI del

ya citado título VI, libro II, se introdujeron varias reformas en las antiguas para hacer más recta la administración de justicia. Desde entonces se dispuso que de allí adelante hubiese siempre en la corte seis alcaldes, número no fijado con tanta puntualidad anteriormente, ni deslindados sus respectivos cometidos y atribuciones, como ahora se señalaban, hasta un punto minucioso en algunos casos.

De los seis alcaldes de casa y corte, cuatro habían siempre de conocer en todos los negocios y causas criminales y de cuanto á ellos y ellas concerniese, "sin que se pudieran entremeter ni entremezclar (palabras textuales) en el conocimiento de los negocios y causas civiles, aunque fueran de las que ante ellos pendiesen de presente". Tomábase tal resolución para que los alcaldes que habían de intervenir exclusivamente en asuntos criminales, estuviesen más libres y desocupados para dicho fin, y tuvieran más tiempo y lugar para inquirir, punir y castigar los delitos públicos.

Quedaron á su cargo, no obstante, varias obligaciones que antes, y entonces desempeñaban, como inspectores de los mercados y en lo referente á los mantenimientos, en bien del público. Los otros dos alcaldes, que entendían solamente en los negocios civiles, estaban excluidos de cometidos semejantes, aunque después, desde 1600, se hicieron varias alteraciones. No se introdujeron éstas en el sustanciar de las causas y negocios criminales, ni en el voto y determinación de ellos, lugar, tiempo, horas, orden y forma establecidos en las leyes anteriores sobre la materia, por estar en ellas proveído todo lo que convenía. Pero se dictaron nuevas disposiciones encaminadas á poner remedio y coto á deficiencias y abusos que había manifestado la experiencia.

Mandóse muy oportunamente por la ley que citamos que los alcaldes tuviesen cuidado, en cuanto les fuese posible, con el breve despacho de los negocios, principalmente con el de los pobres; y se les encargaba á la vez que no trataran mal de palabras á los presos y personas que ante ellos litigaren, ni á sus abogados, procuradores y demás gente que iban y acudían á favorecer y solicitar sus asuntos.

Ordenóse á los alcaldes el mayor celo y vigilancia en prevenir y castigar los delitos públicos con precauciones para estorbarlos é impedirlos. Todas las tardes, que al efecto se les dejaban desocupadas, habían de andar por las plazas y lugares públicos de la corte, visitando por sus personas, no por sus subordinados, las tiendas, los bodegones, los mesones y posadas, por acogerse en ellos gente forastera. No habían de olvidar algunas otras casas particulares y to-

dos los demás sitios y lugares que les pareciere que convenía, donde entendieren que había tablas de juegos y se hacían otros pecados y ofensas de Dios. Primordiales deberes de estos jueces, eran un gran cuidado en inquirir y saber los pecados públicos, y un celo constante en punirlos y castigarlos con el rigor merecido.

Mayor y más severa diligencia se les exigía por las noches. Siendo esas horas "las más aparejadas para los delitos", según las textuales palabras de la ley, por andar menos gente por las calles y poderse cometer con más seguridad de los que tratan de hacerlos", era menester imposibilitar las maquinaciones de la perversidad con las prevenciones salvadoras de la prudencia. Sabiendo los criminales que la Justicia andaba solícita para evitar y castigar los delitos, muchos se abstendrían de realizar sus nefandos hechos por el temor de la pena. Cada noche había de rondar un alcalde por su turno, empezando por el más antiguo, sin que esto se dejase de hacer ninguna por cualquier razón ó causa, pues si algún alcalde no podía desempeñar el servicio por enfermedad ú otro impedimento justo, podría y habría de suplir su falta el siguiente á quien le tocase por turno. Si por cualquiera circunstancia tuviesen que salir á rondar todos cuatro alcaldes, debían efectuarlo desde luego, teniendo cuidado, el que ó los que hubieren de hacerlo, de verificarlo en las horas, partes y lugares que les pareciesen más convenientes y por donde más necesario fuera, puesta siempre la mira en despistar á los que intentaran cometer maldades, á fin de que nunca supieran ni sospecharan el sitio fijo por donde habían de rondar, imposibilitando sus ardides y huidas: para lo cual, y el mejor éxito de todo, el alcalde que estuviese de servicio una noche, había de informarse del que el día anterior hubiese rondado, quien podía suministrarle antecedentes ó indicios para persecución de los malos con probabilidades de acierto.

Los alcaldes que fuesen de ronda habían de ir con los alguaciles y gente necesaria para el mejor desempeño de su comisión, acompañamiento de sus personas, buena guarda y ejecución de la Justicia. Á cuidado de los jueces quedaba el repartir la gente, según y de la manera que mejor les pareciera, para aprovecharse de ella en el cargo que llevaban, teniendo consideración á no ocupar más número de alguaciles de los que para cumplir el efecto á que salían juzgasen necesarios, repartiendo los que sobraran para que rondasen por diferentes partes y lugares.

(*Recopilación de las leyes, etc.*: Madrid, 1640).

CAPÍTULO II.

Donde se continúan examinando las informalidades del proceso.

Ese juez injusto, cuya torpeza compite con su mala fe; ese juez inepto, cuyo poco celo por administrar severamente justicia, junto con sus complacencias escandalosas hacia determinadas personas por el rango, los miramientos, la seducción femenil, las promesas, las dádivas, los deseos de mejorar su situación y ascender á más altos puestos, nos le hacen tan antipático y repulsivo, dejando en la impunidad más completa la muerte de un hombre y en el mayor vilipendio y crucificada la Justicia: ese juez, decimos, resulta más despreciable, más odioso, cuando vemos que sólo tiene tesón y denuedo para perseguir á inocentes, torciendo por manera infame el curso del proceso y de la verdad.

El señor alcalde Cristóbal de Villarroel sabe, el día mismo en que Ezpeleta está espirando, que en aquella casa donde se refugió viven, según

malas lenguas, algunas mujeres que reciben de día y de noche visitas de caballeros, de lo que había gran escándalo y murmuración en el vecindario. (*) Y el señor alcalde ordena inmediatamente una nueva información, y toma declaraciones á muchos vecinos á quienes no se les recibió antes. La taberna y el mesón quedaron, como en los primeros momentos, excluidos de toda averiguación y diligencia. Aquellos lugares eran sagrados para el señor alcalde y los alguaciles.

Parece que se trataba de aparentar con estas segundas informaciones, que se hacía algo, que se continuaban las actuaciones para inquirir la causa de la muerte de Ezpeleta y perseguir á su matador. Pero la verdad es que ofrece un sangriento sarcasmo de la ley dejar en paz á los muy comprometidos ó más interesados en la muerte de Ezpeleta, y molestar y encarcelar á

(*) Los vecinos de la casa, según se saca del proceso, eran los siguientes:

En la planta baja, izquierda, había una taberna.

Encima de ella, piso primero, llamado principal por La Barrera, vivía Cervantes con su familia, compuesta de las personas que se expresan á continuación: su esposa, Doña Catalina de Salazar, que entonces debía de estar en Esquivias, pues no aparece interrogada en las actuaciones judiciales; su hija natural, D.^a Isabel, soltera, de la que se hablará después extensamente, con motivo de su casamiento; su hermana, D.^a Andrea, viuda de su segundo marido Sancte Ambrosio, florentín; la hija de ésta, D.^a Constanza de Ovando, habida en su primer matrimonio con Nicolás de Ovando; D.^a Magdalena de Sotomayor, la hermana beata de Cervantes; y una criada, de nombre María de Ceballos, de dieciocho años de edad, natural del valle de Toranzo de Bárzana.

El cuarto de la derecha del mismo piso estaba ocupado por la familia del difunto cronista Estéban de Garibay, formada de la viuda, D.^a Luisa de Montoya; su hija, del mismo nombre; sus hijos D. Luis, clérigo, y D. Estéban; y la criada, que se llamaba Catalina de Rebenga, de treinta años de edad, natural de Turuégano.

En el cuarto derecho del piso segundo vivían: D.^a Juana de Gaitán, viuda del excelente poeta Pedro Láinez; su sobrina, soltera, que D.^a Catalina de Aguilera se llamaba; sus huéspedes, D.^a María de Argomedo, viuda; la hermana de ésta, D.^a Luisa de Ayala y Argomedo; y Rodrigo Montero con su mujer, D.^a Jerónima de Sotomayor. Dos criadas había con las señoras de este cuarto: una, dicha Mencía, que estaba al servicio de D.^a Catalina de Aguilera; y otra, Isabel de la Ilallana, natural de las montañas de Oviedo, que lo era de D.^a María de Argomedo Ayala.

En el mismo piso, cuarto de la izquierda, habitaba Doña Mariana Ramírez, viuda; su señora madre, y dos niñas pequeñas de D.^a Mariana. Visitábala con frecuencia é intimidaba un caballero llamado D. Diego de Miranda, de quien se volverá á hablar más adelante.

Y en una boardilla ó habitación del piso tercero, moraba otra viuda, de nombre Isabel de Ayala. Había sido mujer del Dr. Espinosa; y muerto el marido, "se decía beata y andaba con hábito". Aquella hipócrita ejercitaba la caridad fiscalizando las acciones de sus vecinos, y levantaba calumnias contra la limpia honra de sus prójimos. Aquella malvada harpía era la eterna encizañadora de los hogares pacíficos.

vecinos honrados de la casa donde murió el citado caballero, sólo por pretextos fútiles y sospechas indignas. Porque aunque las visitas de cumplido, hechas semanas antes por D. Gaspar de Ezpeleta á D.^a Juana Gaitán y su sobrina, como señoras á quienes conocía de muchos años, desde Madrid, viviendo el marido de la primera, pudiesen haber suscitado algunos recelos, no por eso tiene disculpa la arbitrariedad cometida de prender á varias familias, que nada sabían del crimen, ni menos eran culpables de la desgracia.

Las relaciones de D.^a Juana Gaitán con Don Gaspar de Ezpeleta eran de pura cortesía. Había sido éste amigo del esposo de aquella, el pagador y tesorero de Hacienda Pedro Láinez, poeta muy distinguido del reinado de Felipe II, y á quien Cervantes tributó, en algunos de sus escritos, grandes elogios.

Cuando la corte de España trasladó su residencia de Madrid á Valladolid en 1601, siguióla Ezpeleta para continuar en la nueva capital su vida de galanteador y paseante. Cierta día, en la iglesia del Carmen, unos tres meses antes del proceso, acertó á ver á D.^a Juana Gaitán en traje de viuda, yendo con su sobrina D.^a Catalina de Aguilera, moza soltera de veinte años. Saludólas D. Gaspar, como tan cortés, añadiendo á los cumplidos el pésame. Tomó pretexto de esta entrevista casual para ir días después á visitarlas, cosas todas naturales y propias de personas bien educadas. Solas dos veces las visitó en el espacio de tres meses, y hacía más de uno la noche del crimen que no había estado Ezpeleta en la habitación de dichas señoras.

En el mismo cuarto de D.^a Juana, quien contaba más de treinta años, vivían en clase de huéspedes dos hermanas y un matrimonio. Llamábanse aquellas D.^a María de Argomedo, viuda, de edad de treinta y cinco años, mujer que había sido de D. Alonso Enríquez, y D.^a Luisa de Ayala y Argomedo, doncella de veintidos; y componían el segundo el marido Rodrigo Montero, continuo del Duque de Lerma, y su esposa D.^a Jerónima de Sotomayor, de veintitrés.

La modestia con que vivían aquellas familias en un mismo piso, revela sus cortos haberes. Es de suponer que, no pudiendo pagar todo el cuarto la señora principal, D.^a Juana Gaitán, había subarrendado, por ayudarse, algunas viviendas á D.^a María de Argomedo, su hermana, y al matrimonio Montero. Lo mismo D.^a Juana que D.^a María habían estado en buena posición, y, por lo mismo que eran personas de respeto, conservaban amistades y relaciones sociales con caballeros y señores distinguidos. No podía, pues, considerarse como libertad ni desdoro re-

cibir visitas de ellos; y en ese concepto las admitían en ley de buen trato y urbanidad, sin que la malicia pudiera, á no ser por calumnia, poner la menor nota en sus actos y procederes honestos. Aunque D. Gaspar había visitado dos veces á D.^a Juana y su sobrina D.^a Catalina de Aguilera, nada hace suponer que cortejase á ésta, ni á D.^a Luisa de Ayala y Argomedo, ni á D.^a Jerónima de Sotomayor. No negamos por esto que D. Gaspar les hubiera dirigido frases galantes, como suelen los hombres de sus costumbres hacer siempre con todas las mujeres jóvenes y bonitas, sin otro alcance, en muchas ocasiones, que la vanidosa satisfacción de su amor propio de hombre enamorado y discreto.

D. Gaspar de Ezpeleta, al estar en el Rastro la noche del 27 de Junio, iba en busca de alguna aventura amorosa, según dejamos indicado, y esperaba, cuando surgió la pendencia, la hora de la cita. Su afición á las mujeres llegaba hasta el extremo de solicitar en la calle á todas, sin miramiento de ninguna clase. Aquella misma noche había bromeado y pellizcado á la criada de la señora Argomedo, cuando iba por agua, diciéndola que se fuera con él. Nada autoriza á pensar que D. Gaspar fuese con el propósito de visitar á las honradas jóvenes que vivían en el cuarto de D.^a Juana Gaitán, ni que por causa de ellas, y por celos de algunos que las galanteasen, se efectuara la riña y sucediese la desgracia.

Las sospechas que tuvo sobre esto el erudito escritor D. Cayetano Alberto de la Barrera, no aparecen fundadas. Tampoco es verosímil lo que apunta de si pudiera ser Montero el agresor de Ezpeleta. La misma indiferencia con que habla de él D.^a Jerónima de Sotomayor, esposa del citado Montero, lo patentiza. Esta señora sólo conocía de vista á D. Gaspar, de cuando dos veces fué á visitar á D.^a Juana Gaitán y su sobrina. Es aventurado cuanto se diga de celos por parte de Montero. Es más explicable y posible que, haciéndose cada día más difíciles las relaciones entre D. Gaspar y la esposa del escribano, apelasen á recursos ingeniosos para verse; y ¿quién sabe si aquella noche se habían dado cita por aquellos sitios, y conocedor de esto el marido, alguno de sus deudos ó el hombre que vivía en la misma casa de la adúltera, y con quien había tenido dares y tomares, y amenazádole, quisieron impedir la entrevista y poner término á aquella situación tan deshonrosa?...

¿En qué se apoyó, pues, el señor alcalde Cristóbal de Villarreal para mandar prender y conducir á la cárcel Real de Valladolid á la señora D.^a Juana Gaitán, su sobrina D.^a Catalina de Aguilera y sus huéspedes D.^a María de Argome-

do y D.^a Luisa de Ayala? En nada, sino en un acto odioso de arbitrariedad.

En las segundas averiguaciones hechas en la casa donde murió Ezpeleta el día 29, se tomó declaración por vez primera á una vecina, llamada D.^a Isabel de Ayala, de más de cuarenta años, viuda del Dr. Espinosa y que andaba en hábito de beata. Esta mujer no se trataba más que con la familia de Garibay. Todos los demás vecinos le eran antipáticos, y ellos le pagaban en la misma forma. Ninguno habla de tal beata ni se acuerda de ella, como si tal persona existiese en el mundo. Aquella mujer, con su lengua de víbora, en todas las vecinas de la casa descubría defectos y vicios. Ella era la única persona decente de la casa, ó las que ella juzgaba dignas de tal concepto. Su declaración malvada sirvió como de salvoconducto al juez para perpetrar la gran felonía.

Aquella beata sin conciencia, después de haber hablado contra casi todos sus vecinos, preguntada por el juez si sabía ó había oído decir que alguna de las mujeres, por ella calumniadas, había sido causa de la pendencia, contesta que no lo sabe; pero que ha oído decir que "la dicha pendencia fué por lo que se le pregunta". Y luego añade, contradiciéndose en su respuesta capciosa, "que no conoce ni sabe por quién fuese, ni tampoco había oído decir quién fuera el hombre con quien D. Gaspar riñese, ni lo sospecha, porque no trataba con ninguna de aquellas mujeres, pues siempre le había parecido mal y causado escándalo las demasiadas conversaciones y libertades con que vivían".

Aquella beata, que pecadora como todos, quería ser la dispensadora de patentes de honra entre sus vecinos; aquella mujer huraña, que con nadie se trataba por juzgar que todos eran de

costumbres corrompidas; que se pasaba la vida rezando y haciendo visitas, criticando y despellando á sus prójimos, se escandalizaba de que sus vecinos las recibiesen, y llamaba libertades y demasiadas conversaciones á los actos puramente sociales y de buena educación y correspondencia amistosa.

Nadie más que un espíritu ruin y miserable podía inculpar á la respetable viuda de Pedro Láinez y á su sobrina por las visitas de puro cumplimiento que les había hecho D. Gaspar, como nadie más que una persona de viles pensamientos podía echar á mala parte las que efectuaron á dicha señora los Duques de Pastrana y Maqueda y el Conde de Cocentaina. Las razones que para esto hubo no pudieron ser más nobles y dignas. Las palabras de D.^a Juana Gaitán á este respecto no pueden ser más ingenuas; llevan impresas el sello de la sinceridad. Su marido, el poeta, había dejado compuestos dos libros, que estaban al Duque de Pastrana dedicados. D.^a Juana lo había puesto así en conocimiento de aquel Grande de España; y éste, con la galantería de caballero, había ido personalmente á dar las gracias á la señora viuda, yendo acompañado del Sr. Duque de Maqueda, del Conde de Cocentaina y de algunos de sus criados.

Es de suponer que, en aquellas entrevistas, se daría lectura á algunos de los trabajos de los dos libros, demostrando el favorecido su agrado con alguna recompensa, por obligación de su nombre. Todo era, pues, muy correcto, natural y explicable. Sólo una mujer hipócrita y santurrona, con palabras de ángel y entrañas de tigre, podía poner reparo en conversaciones tan lícitas, por más que no fuesen tales personas beatas, ni anduviesen en hábito. (*)

La prisión, pues, de D.^a Juana y de su sobri-

(*) Desgracia fué, sin embargo, que Pedro Láinez dedicase á la casa de Pastrana las dos obras que dejó compuestas, y que, según creemos, se han perdido.

Probablemente estarían dirigidas al segundo Duque; pero muertos él y el poeta, la viuda lo pondría en conocimiento del hijo, tercero en la posesión del título, D. Rui Gómez de Silva y Mendoza, Duque también de Extremera y Francavila, príncipe de Mérito y Éboli. Había nacido este joven en Valencia, año de 1585; de modo que contaba veinte de edad cuando en 1605 puso en su conocimiento D.^a Juana Gaitán el delicado recuerdo de su difunto esposo.

El tercer Duque de Pastrana fué en su adolescencia tan ligero de cascos como lo había sido su señor padre; poco podían seducirle los trabajos literarios, entregado como se hallaba á la vida disipada de casi todos los nobles de aquellos tiempos. Si, por espíritu de galantería y alarde de presunción, visitó y dió las gracias á D.^a Juana por el patrocinio que de su posibilidad se impetraba, prometiendo generosidades y larguezas, que luego no se realizarían, pues no sabe-

mos que las obras inéditas del poeta vieran la pública luz; es preciso decir que, sin culpa ninguna por parte de las señoras visitadas, las varias veces que estuvo el Duque en compañía de algunos amigos suyos y de sus criados con objeto de saludarlas, dieron motivo para que las lenguas maldicientes inventasen cuentos ofensivos.

En el proceso se dice que uno de los acompañantes del de Pastrana era su íntimo amigo el Duque de Maqueda, casi de la misma edad que él y aficionados ambos á los galanteos y á las aventuras escandalosas. Bastante dieron que hablar en Valladolid sus libertades y devaneos, lo mismo que los de otros jóvenes de la nobleza, entre quienes llegó á señalarse también mucho, nada menos que el Conde de Saldaña, con graves disgustos de su señor padre.

D.^a Juana, obrando de buena fe, sin considerar que podían ser causa de infames hablillas, siendo ella mujer todavía joven, y teniendo á su lado una sobrina de veinte años, las visitas de tales señores á su casa; no indagó siquiera, ni sabía, seguramente, la vida de calaveras que llevaban. Por

na, que no tenía por fundamento sino la declaración, ó mejor dicho, delación de Isabel de Ayala, fué imprudentemente dictada, por más que pudiera motivarse, si se quiere, en vagas sospechas y presunciones, por haberlas visitado D. Gaspar.

Pero la prisión de sus vecinas, D.^a María de Argomedo y su hermana D.^a Luisa Ayala y Argomedo, es menester achacarla á ligereza imperdonable, porque á estas señoras no consta que las visitase nunca el desgraciado Ezpeleta. Sólo se habla de que había ido á saludarlas, pocas veces, D. Francisco de Zapata, conocimiento antiguo de ellas, y algunos deudos del marido de D.^a María.

D.^a Juana Gaitán, principal inquilina del cuarto, aunque dijo que entraban varios caballeros á visitar á las Argomedos, no llegó á acriminar á ninguna de ellas, explicando las causas por que entraban, que era, ó por las ya expresadas, ó “para tratar de pleitos”, que sin duda serían refe-

rentes al difunto esposo de D.^a María, y ella que-rría transigir ó continuar.

Tampoco fué procedente la prisión de la vecina que vivía encima del cuarto donde habitaba Cervantes, D.^a Mariana Ramírez, de más de treinta años. Tenía dos niñas pequeñas, y hallábase en su compañía su señora madre. Era Doña Mariana viuda de D. Francisco Pereira de Cisneros, vecino de Madrid, y estaba residiendo en Valladolid desde 1604 para arreglar ciertos negocios y pleitos de su difunto esposo. En el mes de Mayo de 1605, se le había seguido causa por amancebamiento con D. Diego de Miranda, por delación de un alguacil, Alonso Ronquillo, manifiestamente afirmada por dos huéspedes que vivían en su mismo cuarto, pues pruebas verdaderas no constan. Pudieron haber influido mucho para tal resultado el deseo de venganza ó de hacer daño por parte del delator y los testigos, y el excesivo rigor del alcalde que intervino en la causa, D. Diego Muñoz de Otalora. (*)

eso, cuanto se diga, y dijo la miserable Isabel de Ayala, no puede aminorar en lo más mínimo la buena opinión en que se las tenía. Moviéronle puros y buenos pensamientos. No eran ellas culpables de la mala nota de aquellos señores, ni les tocaba directa responsabilidad sobre lo que pudiera fraguar la perversa maledicencia.

Años después, todavía continuaban los mismos caballeros en su vida disipada. Por ciertas reyertas y disgustos, había sido condenado el Duque de Maqueda por el Consejo de Órdenes á seis meses de reclusión en Torrijos, condena que quebrantó entrando cierta noche de Julio, año de 1609, en Madrid, en la que dió nuevas muestras de su imprudencia y arrojo.

Había salido el Duque de Sessa, después de media noche, á tomar el fresco. Iba acompañado de un paje y de un mulatillo, que tañía y cantaba. Llegados á la plazuela donde vivía la Duquesa de Nájera, pidieron música desde una ventana. Mandó el de Sessa que se hiciese así. Acertó á llegar entonces el Duque de Maqueda, con quien iban los de Pastrana y Barcarrota, que venían del Prado.

Enfadóse de la música el de Maqueda, “porque el Conde Villamor” que posaba allí“, en frases de Luis Cabrera, de cuya narración copiamos este suceso, (a) “había dado otras (músicas) en aquella plazuela, y como tuviese hermana, le pesaba; y así, se despidió de los que iban con él, y entró en casa y se armó, y tomó un broquel, y con dos ó tres se fué para el que tañía y quebróle la guitarra en la cabeza, y echó mano contra el de Sessa, sin conocerle; y estándose acuchillando, se le quebró la espada al de Sessa en el broquel del contrario, y el de Maqueda le dió una grande cuchillada en la cabeza hacia el lado izquierdo, y otra en el rostro, que le bajaba por el carrillo de la misma parte y le llegaba á cortar el labio inferior”.

El pajecillo alzó la voz entonces diciendo que el herido era el Duque de Sessa, su señor. “Hecho el daño (continúa diciendo Cabrera de Córdoba), dejóle el de Maqueda y los que con él habían salido y se entraron en su casa. El de

Pastrana y Barcarrota, que habían entendido el desabrimiento con que había quedado el de Maqueda, dieron vuelta por allí para ver lo que había sucedido, y hallaron al de Sessa sentado en el umbral de una puerta, cubierta la herida del rostro con un pañuelo; y, sin conocerles, le preguntaron si estaba herido, el cual les dijo que sí lo estaba; que él se curaría, y que le había quedado media espada para vengarse de cobardes gallinas: con lo cual se fueron, y el Duque á su casa á curarse”.

Según las palabras del escritor citado, el de Sessa se acuchilló como valeroso caballero, solo y con la espada que llevaba de ordinario en la cinta; y el de Maqueda, si le acometió sin conocerle, no hizo la demostración que fuera justo con él, pues supo quién era con lo que el paje publicó. Demás de que el de Sessa no dió lugar al músico que cantase por ofender al de Maqueda, ni entre ellos había disgusto ninguno.

Como que el último quebrantó la condena que estaba cumpliendo, temeroso de caer en manos de la Justicia, trató de marchar á Torrijos al amanecer. Pero, habiendo sabido que iba un alcalde de casa y corte en su persecución, pasó adelante, y no se supo por entonces si se había ido á Portugal ó á Valencia. “Se mandó ocuparle el estado y poner cuerdas en su casa al de Pastrana: el de Barcarrota se recogió en San Jerónimo, y le fué á sacar un alcalde; y, sin topar con él, se salió del monasterio, y se ausentó de Madrid”.

(*) Cometíanse gravísimos errores, desafueros é injusticias en los procesos de esta índole, pues las leyes extremadamente severas, vigentes entonces sobre amancebamientos, y la impunidad en que quedaban los delatores, guiados ya del odio, malquerencia ó perversidad, ya por recibir el estipendio prometido, importe pecuniario de su infamia, abrían ancho camino á las personas de ruines pensamientos para satisfacer menguadas venganzas.

La impertinencia de prender ahora, con motivo de la muerte de Ezpeleta, á D.^a Mariana Ramírez y á su preten-

(a) Relación de las cpsas sucedidas en la corte de España desde

el año de 1599 á 1614.

Pero lo que pasa la raya de lo arbitrario, de lo inconsiderado, de lo improcedente, para llegar á lo rematadamente cínico, á lo extraordinariamente inicuo, es lo que se hizo con la familia de Cervantes; y lo peor fué que el señor alcalde se guió, para proceder así, por las vilísimas calumnias de Isabel de Ayala. La declaración de aquella mujer maldita parece inspiración de los mismos poderes infernales. No es ya desprecio, ni disgusto, ni disensión, ni diversidad de criterios lo que respira; es odio reconcentrado, es determinado prurito de causar daño, es miserable espíritu de venganza; abominable propósito de difamar; execrable ensañamiento, en fin.

Citemos lo que dijo aquella beata en su malvada delación, y veremos cuán cierto es lo que consignamos. "En otro cuarto (fueron sus palabras) también primero, que hay á mano izquierda, que cae encima de la taberna, y se manda por la puerta de esta casa, viven Miguel de Cervantes, y D.^a Andrea y D.^a Magdalena, sus hermanas, y una hija del dicho Miguel de Cervantes, bastarda, que se llama D.^a Isabel, y también vive D.^a Constanza, hija de la dicha D.^a Andrea; y en este cuarto donde el dicho Miguel de Cervantes y su hija, hermanas y sobrina viven, hay algunas conversaciones de gentes, y entran caballeros que esta testigo no conoce; más de que en ello hay escándalo y murmuración; y, *especialmente, entra un Simón Méndez, portugués, que es público y notorio que está amancebado con la dicha D.^a Isabel, hija del dicho Miguel de Cervantes, y esta testigo se lo ha reprendido muchas veces al dicho Simón Méndez, aunque él decía que no entraba sino por buena amistad que tenía en dicha casa; y sabe esta testigo, por lo haber oído decir públicamente, que dicho Simón Méndez la había dado un faldellín que le había costado más de doscientos ducados*".

El primer punto de la delación no puede ser más ultrajante y temerario. La beata no trataba, ni hablaba siquiera á ninguna persona de aquella respetable familia; pero allí entraban algunos caballeros á quienes ella no conocía: allí había conversaciones de gentes á que ella no saludaba; y en ello había escándalo y murmuración. Aquella mujer juzgaba á Cervantes y su fa-

milia por la perversidad de su corazón propio. Si no sabía quiénes eran los caballeros que en su cuarto entraban; si no sabía sobre qué versaban las conversaciones de la gente que allí iba, la prudencia debiera haberle aconsejado el silencio y la discreción en los juicios, antes que seguir las suposiciones gratuitas del maldiciente vulgo. No necesitaba Cervantes ejecutorias de nobleza en el pensar y en sus acciones honradísimas, otorgadas por beatas andariegas. Sin necesidad de ellas resplandecía su virtud y era conocida su vida intachable y laboriosa. En su agitada existencia de agente particular de negocios y en el desempeño de sus cargos y comisiones oficiales por distintos puntos de Andalucía, granjeóse muchas amistades y relaciones, que conservó, y renovó luego al establecer su residencia, primero en Valladolid, en Madrid más tarde.

Una de esas personas era, como sabemos, Don Fernando de Toledo, señor de Higales, á quien Cervantes conocía y trataba desde que vivió en Sevilla. Natural parece que visitase á Cervantes y á su familia estando en Valladolid, y se le guardasen las consideraciones debidas entre gente bien educada. Pero hasta de esto se escandalizaba la beata calumniadora.

Presa D.^a Andrea al mismo tiempo que su hermano, hija y sobrina, prestó una confesión, que es importantísima. ¡Qué sinceridad, verdad y sencillez revela! ¡Cómo se transparenta la nobleza de su alma en todas sus palabras! ¡Cuán ingenuamente desmientese toda la infame fábula urdida por Isabel de Ayala!

Cervantes era visitado; muy cierto. ¡Qué cosa más natural! ¡Quién podía extrañarlo! Su hermano "era hombre que escribía y trataba negocios, y por su buena habilidad tenía amigos que lo visitaban". Aquí está descubierto todo lo que parecía malo, misterioso, enigmático y ocasionado á escándalo y murmuración, á la beata maldiciente y osada. Todas aquellas visitas de caballeros á quienes ella no conocía siquiera; toda aquella gente que entraba allí con más ó menos frecuencia, eran amigos suyos, poetas, literatos, escritores, ó personas que iban á encomendarle negocios, confiados en su habilidad, en su talento, en su rectitud. Con sus comisiones y sus escritos vivía Cervantes. Con el producto de su

dido amante D. Diego de Miranda, se comprende perfectamente, cuando vemos que en nada ni para nada se les pregunta en sus confesiones con relación á la pendencia y fallemiento de aquel caballero; ni el juez tenía siquiera la más remota sospecha de que D. Gaspar galantease á Doña Mariana, ni pudiese ser su matador el referido D. Diego.

Á éste y á su supuesta manceba sólo se les interroga so-

bre el anterior proceso que se les siguió como amancebados, y todo se contrae á los extremos de su reincidencia y desacato á los mandatos de la Justicia. Es una nueva anomalía de este proceso desdichado, pues huelgan en él las confesiones de dos presos de quienes nada se indaga acerca de la muerte de Ezpeleta y á quienes se condena, contra toda ley y razón, solamente por amancebados.

trabajo intelectual y con lo que se agenciaba en sus humildes tareas, sustentaba honradamente á su familia. Pocos meses antes, como dijimos, acababa de publicarse en Madrid su maravillosa obra, la Primera parte del *Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha*. La alegría de aquel triunfo literario, había venido á amargarla con su villana delación la viuda del Dr. Espinosa.

Pero la diabólica intención de aquella perversa mujer, no había perturbado sólo la tranquilidad de Cervantes y de su familia. Tuvo también atrevimiento para atentar contra lo más sagrado de su hogar; contra la honra de su hija; contra su misma dignidad y buen nombre de caballero. ¡Su hija amancebada con un amigo suyo, que por razón de sus negocios frecuentaba su casa! ¡La familia, el mismo Cervantes, cómplices y encubridores de semejante bajeza! ¡Qué iniquidad más horrorosa! ¡Qué monstruosidad! ¡Qué delación más incalificable! ¡Ah! Si Cervantes hubiese sabido por qué asquerosa calumnia se les encarcelaba, ¡con cuánta entereza se hubiera defendido! ¡Cómo hubiera pedido que se le aplicasen con todo rigor á aquella miserable embustera las leyes contra los falsos testigos y delatores!

Pero ni á Cervantes, ni á su hermana, ni á su hija, se les notificó, como debió hacerse, el motivo verdadero por que se les llevó presos. El juez, ateniéndose, como si fuera una verdad sagrada, á la atrevida declaración de la beata, sometió á las perseguidas mujeres á un interrogatorio empalagoso, demasiado libre, y aun imprudente en ciertos momentos, como si quisiese á la fuerza que aquellas señoras decentes confesaran de conformidad con las desvergonzadas acusaciones de la Isabel de Ayala.

Bien pudo comprender el juez, por la explícita manifestación de todas las presas, que sólo se trataba de una calumnia. La informalidad con que se instruyó el proceso deja un vacío en estas nuevas actuaciones, que es por extremo imperdonable. No consta en ninguna de sus hojas la confesión que, como preso, debió prestar Cervantes, ni se escribe tampoco la que, precisamente, hubo de dar Simón Méndez, el supuesto amante de D.^a Isabel de Saavedra. Sin embargo, nos basta con fijarnos en las confesiones que se consignaron para tener la prueba plena de la inocencia y honradez de Cervantes, de su hija y de toda su familia.

D.^a Andrea, como en el caso primero, estuvo oportuna y terminante. Hay cierto rasgo de dignidad ofendida en sus respuestas.

El juez le pregunta si entraba en el cuarto de su hermano el portugués Simón Méndez, y "si es

de continuo visita ordinaria, *por trato que tiene con D.^a Isabel de Saavedra, su sobrina*"; y ella, satisficiendo sus deseos, y para confundir aquel descaro insultante, con varonil desenfado dice: "que Simón Méndez había visitado á su hermano Miguel de Cervantes sobre ciertas fianzas que le había pedido que fuese á hacer al reino de Toledo para las rentas que ha tomado; y QUE POR OTRO CONCEPTO NO ENTRA".

También estuvo muy acertada en su confesión la hija de D.^a Andrea, D.^a Constanza de Ovando. El juez la interroga de manera intencionada como para que declare según sus cálculos; pero le salen éstos fallidos. D.^a Constanza niega en absoluto que vaya nadie á hacer visitas á casa de su tío sino para conversar con él y trasar de sus negocios, como ha pasado con Simón Méndez. "No sabe á qué otra persona de su casa se hagan visitas".

Pero el juez, prevenido contra aquella familia honrada, dando crédito ante todo á la hipócrita beata, insiste en preguntar con censurable insolencia y visible grosería á la joven si Simón Méndez entraba en casa de su tío "por particular amistad que tiene con D.^a Isabel de Saavedra, su prima"; y entonces la joven, con viveza y resolución gallarda replica, como escandalizada de tal injuriosa sospecha: "que no sabe que entre nadie más de á ver á su tío, ni con otra manera de visita".

Las demás señoras presas no confirman en sus confesiones los rumores propalados por la beata. Por el contrario, todas se expresan en sentido diverso, favorables á la familia de Cervantes y á su hija. D.^a Catalina de Aguilera hace constar que en el aposento de Cervantes ha entrado en días atrás D. Fernando de Toledo una vez, y que á Simón Méndez no le ha visto; aunque ha oído decir que era amigo de Miguel de Cervantes. D.^a Luisa de Ayala y Argomedo dice que en el cuarto de éste ha entrado un portugués que no sabe como se llama, y que también vió una vez á D. Fernando de Toledo, señor de Higales. D.^a María de Argomedo no dice más que en el aposento de Cervantes había visto á Simón Méndez y que asimismo vió allí una noche á D. Fernando de Toledo. D.^a Juana Gaitán asegura esto mismo, y respecto de Simón Méndez, añade que hacía como dos meses le había visto entrar una tarde en la casa, hablando con Miguel de Cervantes, lo cual confirma lo aseverado por D.^a Andrea respecto de los negocios que iba á tratar el Méndez con su hermano, y desvanece toda otra interpretación maliciosa ó torcida.

Pero nada más concluyente para llevar al áni-

mo del juez, si con espíritu de rectitud procediera, la convicción de la inculpabilidad de la calumniada doña Isabel de Saavedra que su misma confesión, franca, razonada y sentida. La sagacidad del juez no pudo nada contra la sencillez de sus razones. Las sombras de la maledicencia no pudieron oscurecer la claridad de sus verdades ni la hermosura de sus actos. D.^a Isabel no conocía más que de vista á Ezpeleta.

Contestando á preguntas del señor alcalde sobre las visitas que hacía en casa de su señor padre, dijo que no sabía que allí hubiese entrado ninguna persona en visita particular; que Don Fernando de Toledo había ido dos veces solas para ver al dicho su padre por amistad que tiene con él desde Sevilla, y la última vez que estuvo fué el martes 28 de Junio, por la noche, con ocasión de ir á ver al caballero Ezpeleta, y por no poder entrar en la habitación donde se hallaba, á causa de la mucha gente, lo efectuó en el aposento de su señor padre.

El juez empieza entonces á sondear el ánimo de la joven para averiguar la certeza de la delación ignominiosa de la viuda deslenguada. Le pregunta si conoce á Simón Méndez, portugués, y de qué le conoce. Responde D.^a Isabel que le conoce porque es amigo de su señor padre y porque iba á tratar y comunicar sus negocios con él.

Pero el señor alcalde aventura el último golpe de su audacia, creyendo anonadar á la pobre joven. Con notoria falta de delicadeza, con manifiesta descortesía, en forma poco culta, le pregunta descaradamente, contra todo recato y consideración, "si ha tenido particular trato y amistad con el dicho Simón Méndez, y le ha regalado y servido". Ante tan ofensivo y denigrante interrogatorio, D.^a Isabel contesta con noble arrogancia, con presteza serena, con elocuente laconismo, mezclado con el sentimiento producido en su alma por la insolente ofensa á su pudor, por la vileza maldita de la suposición calumniosa: "QUE LO NIEGA, PORQUE NUNCA CON TAL RESPETO (*) ENTRÓ, EN CASA DEL DICHO SU PADRE, SIMÓN MÉNDEZ, NI TAL HA SABIDO NI ENTENDIDO; Y ESTO RESPONDE". ¡Magnífica y sublime defensa de su inocencia y honradez!...

Como el refulgente sol, disipando las sombras y oscuridades de la noche, difunde hermosa claridad sobre los objetos, y hace percibir las bellezas naturales y los prodigios artísticos en todo su esplendor y magnificencia; así la ingenua con-

fesión de D.^a Isabel de Saavedra, cual rayo de intensa luz, ahuyentó para siempre las calumniosas nebulosidades de la viuda del Dr. Espinosa, esparciendo sobre las negras tramas de la maldad los fulgores benéficos de lo cierto, descubriendo infamias y aquilatando virtudes. Sí; la confesión prestada por la hija de Cervantes en la prisión no deja lugar á dudas. Era inocente; había sido víctima de una delación rastrera. Nada podía empañar su honor de recatada doncella; nada podía rebajar la honra de su padre y el buen nombre de su familia.

Sin necesidad de haberlo llegado á saber el señor alcalde mediante el brutal interrogatorio á que sometió á D.^a Isabel y su señora tía y prima, pudo comprenderlo, si su talento llegara á donde su mala fe, con sólo haberse fijado en las palabras fidedignas de D.^a Luisa de Montoya, la respetable viuda del cronista Garibay. No hay una frase siquiera en sus declaraciones que ofenda á Cervantes ni á su familia.

Con ser la señora más circunspecta de la casa, á pesar de sus miramientos y escrúpulos, no tenía á menos el hablar y comunicarse con sus vecinos. Por habitar pared en medio del cuarto de la familia de Cervantes, debía de ser más conocida por ella que por nadie la manera de vivir de personas tan distinguidas. Por eso habla de todos con el respeto debido, sin aventurar apreciaciones ni juicios caprichosos.

No extrañaba de seguro á D.^a Luisa que entrasen en el cuarto de Cervantes algunos caballeros, pues sabiendo la honrada manera con que vivían, hallaba cosa muy natural aquellas visitas, medios indispensables de comunicación entre el digno Miguel de Cervantes, sus amigos y los que iban á encargarle sus asuntos confiados en su pericia y formalidad.

Se conoce que D.^a Luisa hacía más que tratar y comunicar con la familia de Cervantes; había verdadera intimidad entre ellos, y especialmente con la hermana beata, D.^a Magdalena de Sotomayor. La misma noche del crimen, poco antes de que se consumara, acababan de llegar á su casa D.^a Luisa y sus hijos, D.^a Luisa y Don Estéban, acompañados de la referida D.^a Magdalena, que habían ido á rezar á la iglesia de Nuestra Señora de San Llorente. No es posible suponer siquiera que D.^a Luisa, dada su severidad de costumbres, y más con una joven de 18 (**) años, á quien procuraba doctrinar en la virtud, tuviese relaciones con ninguna persona de la fa-

(*) Es decir, con tal motivo, razón, causa, apariencia ó pretexto.

(**) D.^a Luisa de Montoya, segunda esposa de Estéban de Garibay y Zamalloa, y descendiente de Vizcaya por su

milia de Cervantes, si supiera (como debería saber, de ser cierto) que la hija de Miguel estaba amancebada con un amigo suyo, á ciencia y paciencia del padre, de la madrastra, de las tías, de la prima y de todos; ni consentiría en ir acompañada por D.^a Magdalena, cómplice también y más indisciplinable, si realmente hubiera habido algo de verdad en la delación de Isabel de Ayala.

Era falso, pues, completamente falso todo; y hasta puede asegurarse que aquellos rumores públicos en que quiso fundamentar su infame mentira la taimada beata, eran meras suposiciones de su perversidad de sentimientos; porque no es explicable, ni aun verosímil, que D.^a Luisa se expusiese á las hablillas, aunque temerarias, del público, si en hecho de verdad hubiesen existido.

familia, fué hija de D. Bartolomé de Montoya y de D.^a Luisa Ramírez. D.^a Luisa, lo mismo que su madre, eran naturales de Toledo. Mediaban de antiguo muy afectuosas relaciones entre los Garibays y los Montoyas, y el famoso cronista fué gran amigo del padre de su futura.

Cuando enviudó Garibay de su primera mujer, por intervención cariñosa de una hermana de D.^a Luisa, llamada D.^a Ana Perea, monja del hábito de Santiago en Toledo, se concertó el casamiento de Estéban con aquella, á lo cual se mostraron propicias cuantas personas consultó. Celebróse el matrimonio en la iglesia de la Magdalena de Toledo el 25 de Marzo, año de 1574, cuando tenía la novia quince de edad, pues había nacido en el de 1559. Conformaban los cónyuges en gustos é inclinaciones y, por lo mismo, fueron felices.

Además de algunas hembras, que murieron en los primeros años del casamiento, procrearon los hijos siguientes, que formaban la familia cuando vivía en Valladolid su señora madre, ya viuda: D. Luis de Garibay; D.^a Luisa, y Don Estéban Félix.

El primero nació en Toledo el día 8 de Diciembre de 1581. Un joven, gran amigo de Cervantes, muy notable por su ingenio, D. Luis de Vargas Manrique y su hermana, después Condesa de Siruela, fueron los padrinos, por disposición de la madre de ellos, señora muy respetable, viuda de D. Diego de Vargas, del Consejo de S. M., que estimaba sobre manera á la familia de Garibay.

D. Estéban, que habló detenidamente, en las memorias autobiográficas que dejó manuscritas, del nacimiento de todos sus hijos, da prueba evidente de las preocupaciones que embargaban su juicio, á pesar de su indiscutible ilustración. Consigna, como la cosa más sencilla, natural y seria, que un sabio astrólogo, amigo suyo, el Dr. Martín Gómez, médico del convento de Uclés, levantó una figura con motivo del nacimiento de Luisito, cuyo horóscopo colocó en su obra, como si tales desvaríos fueran señales de plena confirmación sobre pronósticos que ó resultarían ridículos ó falsos por la misma debilidad y falacia de los fundamentos. Bajo la influencia de Marte suponíase que era nacido el muchacho; y, sin embargo, ni fué militar, ni tuvo riquezas por sus suegros, según los sueños astrológicos pretendían, pues tampoco estuvo casado. Fué sacerdote y persona de muy pacífica condición el hijo mayor de Garibay, el que ayudó á subir las escaleras de su casa al desgraciado Ezpeleta.

Como que sólo una vez se cita en el proceso á la hija de D.^a Luisa de Montoya, que llevaba el mismo nombre de la

D.^a Luisa de Montoya, es, por tanto, testigo de mayor excepción, y sus dichos son la refutación más terminante, la negativa más rotunda de lo calumniosamente relatado por la beata Ayala.

En la última declaración de la misma D.^a Luisa hay nuevos datos para patentizar el merecido aprecio en que tenía á la familia de Cervantes, y el excelente concepto con que distinguía á Doña Magdalena de Sotomayor. En el testamento que dictó el herido Ezpeleta dejó una manda á favor de la hermana de Cervantes, consistente en un vestido de seda de la clase que ella quisiera, significando expresamente D. Gaspar que hacía lo por el mucho amor que le tenía. Estas palabras llamaron vivamente la atención del señor alcalde; y, aunque la interesada explicó con toda

madre y el apellido del padre, permanecía en la oscuridad lo referente á la edad y otras circunstancias particulares suyas. Pero fijándonos en la autobiografía de Garibay antes citada (y que publicada está en el tomo VII del *Memorial Histórico*, Madrid, 1854), se adquieren datos preciosos é insustituibles acerca de esta hija de Garibay, la cual había acompañado á su madre, hermano y parte de la familia de Cervantes á la iglesia de San Llorente, poco antes de que se realizase la agresión contra el caballero D. Gaspar de Ezpeleta.

D.^a Luisa era joven de dieciocho años. Había nacido en Toledo el día 9 de Febrero de 1587, que fué lunes de Carnestolendas. El bautizo se efectuó el miércoles de la cuarta semana de cuaresma, 4 de Marzo, con bastante boato. Lleváronla á la iglesia en la carroza de D.^a Leonor de Guzmán, Condesa de Uceda, mujer del Conde, D. Diego Mesía de Ovando. Fueron sus padrinos Francisco de Bolívar, pagador y receptor general de S. M. de las guardas de estos reinos y del de Navarra, vecino de Mondragón y residente en la corte, y D.^a María de Olaalde, doncella, su prima tercera, hija mayor de Jorge de Olaalde y Vergara, primo segundo de Estéban Garibay, y natural, como él, de Mondragón, registrador y canciller mayor de S. M., residente en la corte. Llamáronla Luisa, por ser el nombre de su madre y de la abuela materna. Esta joven no presta declaración en el proceso, sin duda por súplica de su señora madre ó de su hermano el sacerdote D. Luis.

El último hijo de D.^a Luisa de Montoya y Estéban de Garibay, y es uno de los testigos que intervienen en el proceso, habiendo prestado dos veces declaración, llamábase como su señor padre. Aunque dice en su primera que tenía doce y medio años de edad, poco más ó menos, la verdad es que contaba cerca de quince, pues, por la irrecusable afirmación de su señor padre, nació en Madrid (pág. 496 del libro citado) el 11 de Setiembre de 1590. Bautizóle el Lcdo. Juan de Cuenca, teólogo muy docto, según Garibay, freile que era de la Orden de Santiago y capellán de Su Majestad. Se le puso por nombre Estéban Félix, como á un hermanito que no se logró y llevó los mismos nombres, y por respeto á los de su padre y abuelo. De este niño fueron padrinos el gran poeta D. Alonso de Ercilla, amigo del respetado cronista, y su señora esposa, D.^a María de Bazán, á la que en su *Araucana* elogió con muy cariñoso afecto.

Estéban Félix demuestra gran despejo y desenvoltura en sus declaraciones á la justicia.

llaneza que aquel donativo pudiera ser por haberle estado cuidando, atendiendo y regalando, desde que el caballero entró herido en el cuarto de la familia de Garibay, hasta que exhaló el último suspiro, el juez quiso, sin embargo, indagar si habría otros motivos ocultos que justificasen aquella manda.

D.^a Luisa dijo que ella no estuvo presente cuando D. Gaspar otorgó testamento; pero como el juez le preguntaba por la causa ó razón de aquella dádiva, que presuponía conocimiento en casa de D.^a Magdalena, é insistiese en que por ser beata la referida señora y vestir de jerga, no era posible que mandase para ella un vestido de seda, debiendo de ser para que lo recibiese otra persona por mediación de D.^a Magdalena; Doña Luisa añadió que no sabía la causa de aquel regalo, aunque entendía que, por ser pobre, se lo habría mandado de caridad, *porque la tiene por una gran sierva de Dios, por la buena vida que hace*. Después de confesión tan noble y honrosa, no hay que añadir una palabra para justificar la honradez de Cervantes y de toda su familia. La calumnia de la beata Isabel de Ayala estaba de manifiesto.

¿No lo comprendió así el señor alcalde Cristóbal de Villarroel? ¿No cayó en la cuenta de su impertinente ligereza al oír las declaraciones de todos los testigos? Ninguno confirma, ni aun siquiera hace alusión á aquel supuesto amancebamiento de Simón Méndez con la hija de Cervantes. Nada dijo, ni insinuó contra tan respetable familia el niño Estéban de Garibay, y eso que la conocía íntimamente, y era muy ligero en hablar, pues á los quince años ya tuvo desparpajo para decir que había nota y murmuración por las visitas que frecuentaban el cuarto de Doña Juana Gaitán, y que D. Diego de Miranda entraba en el de la Ramírez, con quien trataba y estaba amancebado.

Nada dijo tampoco María de Ceballos, criada de Cervantes; nada Catalina de Rebenga, sin embargo de que, hablando de la Ramírez, expresó que de la entrada de Miranda había en la casa murmuración; nada Isabel de la Ilallana, criada de las Argomedo, á pesar de que la beata delatora la mentó como algo enterada de las causas de la pendencia, pues sólo refirió que, el día después de herido Ezpeleta, había visto entrar al señor de Higales acompañando á una señora de casa de Cervantes, estando él asomado á la ventana; nada D.^a Jerónima de Sotomayor, esposa de Montero, continuo del Duque de Lerma; nada D.^a Catalina de Aguilera, ni Luisa de Ayala Argomedo, ni D.^a María de Argomedo Ayala, á pesar de que ésta recordó que había visto entrar

una noche á D. Fernando de Toledo, señor de Higales, "á quien oyó que las dichas señoras de la casa de Cervantes le estaban haciendo una manga para el juego de cañas". Nada dijo, en fin, D.^a Juana Gaitán, la viuda del poeta Láinez, limitándose á hacer constar que una tarde, había más de dos meses, vió á Cervantes entrar en su cuarto con un portugués llamado Simón Méndez, y que otra noche había estado allí D. Fernando de Toledo.

Doce testigos, pues, deponen en favor de Cervantes y su hija y familia. Sólo la infame Isabel de Ayala hizo la delación; sólo ella tuvo atrevimiento para arrojar sobre una joven virtuosa y una familia modelo la baba de su inmunda calumnia. El juez, como siempre, desatendió todo testimonio de verdad, y se inclinó á las maquinaciones criminales de la mentira. Prendió á once personas por dar crédito á la falsedad de una mujer miserable. Para obrar así, barrenó, como siempre, la ley; hizo escarnio de ella. Las leyes contra los falsos delatores y testigos bien terminantes estaban; y sus preceptos y penas se habían escrito y sancionado, no para que las olvidasen ó menospreciaran los jueces, sino para que las aplicasen con oportuno rigor, como saludable correctivo, contra calumniadores y testigos falsos tan abominables como Isabel de Ayala, hipócrita redomada, que juzgaba acto caritativo difamar á sus prójimos, y deber de conciencia satisfacer míseras venganzas con calumnias escandalosas y horribles.

Desde el primer momento pudo comprender el señor alcalde, por las vaguedades de la declaración de la beata, que se trataba de una mentira infamante, de una calumnia villana. Recordemos de nuevo sus palabras: "*y especialmente entra un Simón Méndez, portugués, que es público y notorio que está amancebado con la dicha D.^a Isabel, hija del dicho Miguel de Cervantes, y esta testigo se lo ha reprendido muchas veces al dicho Simón Méndez, aunque él decía que no entraba sino por buena amistad que tenía en dicha casa; y sabe esta testigo, por lo haber oído decir públicamente, que dicho Simón Méndez la había dado un faldellín que le había costado más de doscientos ducados*". Aparte de esa necia reprensión que asegura haber hecho muchas veces á Simón Méndez, y lo que contestaba él, defendiéndose como persona honrada, que sólo entraba en aquella casa en ley de buena y sana amistad; aparte de esa ridícula intrusión en las cosas ajenas, como si la honra y buen nombre de la hija de Cervantes no fuesen incumbencia propia de su padre, de su madrastra, de sus tías y de toda su familia,

sino de la exclusiva fiscalización de aquella harpía chismosa, de aquella extraña entrometida, por lo que es muy posible que los ofendidos con las sospechas y desvergüenzas de la beata le habrían dicho en algunas ocasiones las verdades que por sus insolencias se merecía; en todo lo demás, no hay una acusación concreta, un dato atendible para que el señor juez lo considerase como válido, sin menoscabo de la santidad legal y con manifiesta transgresión de todo procedimiento rectamente jurídico.

Aquella descarada afirmación del amancebamiento sobre supuestos tan débiles, mejor dicho, tan inaceptables como un "es público y notorio," nada podía servir sino para confirmar la sospecha explicable de una calumnia. ¿Por qué el señor juez no comprueba la delación de la viuda? ¿Por qué no hace averiguaciones para que la verdad se descubra? ¿Por qué no somete á un minucioso careo á Isabel de Saavedra y Simón Méndez? ¿Por qué no se toma declaración á las personas que hubieran levantado la calumnia si la beata maldiciente no era más que la propagadora de un dicho oído? ¿Quiénes eran aquellos que aseguraban ser público y notorio que Simón Méndez había regalado á la hija de Cervantes un faldellín que le había costado doscientos ducados?

Todos estos puntos, que tanto afectaban á la honra de una familia y al honor de una doncella, ¿por qué se dejaron en la oscuridad, sin esclarecerlos?

La ley VI del Título VI, de la *Nueva Recopilación*, debiera haber sido respetada por el señor alcalde, y todo se hubiera entonces aclarado, quedando patentes las malas artes empleadas por la beata.

Presos once individuos por denuncia de Isabel de Ayala, y con motivo de pesquisas supuestas (pues las declaraciones de todos los testigos contradicen y niegan lo dicho por la beata), á ninguno, sin embargo, al recibirles confesión, se le da cuenta de los motivos por que está detenido; á ninguno se le da el traslado de la denuncia y pesquisa para que pueda defenderse. Por el contrario, el juez pregunta á todos los presos si saben por qué están en la cárcel, como en tono sarcástico; casi todos contestan que lo ignoran; algunos creen sospechar que á consecuencia de la muerte del caballero Ezpeleta; pero el juez omite la causa de la detención, y á nadie pregunta si quiere decir algo en guarda de su derecho.

Si este proceder antilegal y arbitrario, tratándose de todos los presos, es altamente censurable, lo es mucho más respecto de la familia de

Cervantes, á la cual no debió ocultar de ningún modo el juez por qué delación había sido conducida á la cárcel, pues siendo asunto de dignidad y decoro lo que á ella se refería, toda omisión, toda nebulosidad, todo encubrimiento del verdadero motivo de su prisión revestía caracteres repulsivos de parcialidad é injusticia. No llegaron á saber con entera claridad Cervantes y su familia por qué estuvieron en la cárcel cerca de dos días.

Lo demuestra la petición hecha por las menores y demás presas, por medio del procurador Jerónimo de las Cuevas, para que se les alzase la pena de su casa por cárcel. "Mis partes (dice en el escrito) tienen sus casas por cárcel sobre la muerte de D. Gaspar de Ezpeleta, y en cosa ninguna, como á V. A. le es notorio, tienen culpa. Á V. A. suplica mande se les alce la carcelería, soltándolas libremente". La Sala mandó que de dicha petición se diese traslado á la otra parte; es decir, al Marqués de Falces, ó á su representante, que seguía el pleito en averiguación del matador de Ezpeleta. Pocos días después hizo nueva petición directa la misma hermana de Cervantes, D.^a Andrea, y en su nombre y en el de todas las presas en su casa, suplica á la Sala "las mande dar por libres, pues se sabe que no tienen culpa y hasta ahora han estado sin tenerla".

Todas, pues, creían haber estado presas, y lo seguían estando en su domicilio, á consecuencia de la muerte de D. Gaspar de Ezpeleta; pero D.^a Isabel de Saavedra y Simón Méndez lo fueron, en primer lugar, para comprobar la denuncia sobre el pretendido amancebamiento de ambos, y por si pudiera haber tenido parte en el trágico fin de Ezpeleta, por motivos de celos, el referido Méndez. El mismo auto dictado por los señores alcaldes, complemento, como veremos, de toda iniquidad, falta de sentido común y estupidez, confirma exactamente nuestros asertos.

Si el señor alcalde hubiera sabido cumplir con su deber; si la ley fuese para él cosa sagrada; si aun para fingir que hacía algo, escudándose con la denuncia de una santurróna envidiosa y mal intencionada, se atrevió á encarcelar á sabiendas á personas inocentes, mientras dejaba á los delincuentes en libertad; no debió añadir nunca á su mala fe la arbitrariedad de dejar indefensos á los primeros perjudicados, negándoles y aun ocultándoles los datos y antecedentes indispensables para hacerlo. Esto no tiene nombre, ni merece excusa. Esto hace odioso y maldito para toda conciencia recta el nombre de aquel juez miserable.

¡Cuánto hubiesen variado las circunstancias,

cuán diversos sido los resultados, si cumplimentada la ley, el juez hubiese dado traslado de la delación y pesquisa á los tan ligeramente calumniados! Impuesto Cervantes, impuesta su hija, impuesto Simón Méndez de la maligna asechanza de que eran objeto, hubieran demostrado con pruebas irrefutables lo enorme de la acusación. Quien, como Cervantes, era esclavo de sus deberes, adorador de la verdad, noble por sus sentimientos, justo por naturaleza, sacrificador de su propia vida por la pureza de su honra, no hubiese dejado, no, de perseguir judicialmente á aquella mala mujer que osaba arrastrarla por los suelos, que la enlodaba con el cieno de su alma envilecida. Él la hubiera desenmascarado, héchola confesar su maldad, puesto en claro cuanto convenía á su buen nombre de intachable caballero. Él hubiera pedido á los tribunales el procesamiento y castigo de aquella vilísima embustera, fraguadora de cuentos y hablillas que perturbaron la tranquilidad de su hogar y pusieron en boca de extraños la dignidad y el honor de sus seres más queridos.

En igual forma hubieran efectuado sus defensas la hija de Cervantes y el amigo de éste Simón Méndez. La primera hubiera proclamado victoriosamente la limpieza de su honra mancillada: el segundo hubiese reducido á polvo el frágil castillo de imposturas levantado por una hembra endiablada y maldita.

Todo el cúmulo de sus maquinaciones hubiera quedado por tierra; la buena fama de sus víctimas, en su punto; sus mentiras de regalos costosos y de relaciones ilícitas, desmentidas; la virtud y los honrados procederes, triunfantes; aniquilados los pérfidos enredos de la malevolencia vengativa y difamadora. Aquella beata hubiese llevado el condigno premio de sus perversidades. Hubiese sido castigada, para escarmiento de pícaras, como falsa delatora, como falsa testigo.

Ya que no pudieron pedirlo ni verlo logrado así las personas difamadas, por el misterioso modo de encausarlas que tuvo el señor alcalde Cristóbal de Villarreal, debió hacerlo desde los primeros momentos él, por sí mismo, sin instigación

de nadie, como respetuosa obediencia que le prescribía la ley, y como deber ineludible de conciencia para que no quedase riéndose y en la impunidad la beata denunciante.

No tenía excusa ninguna la Isabel de Ayala, ni había ninguna causa justa para no condenarla; pues nunca había podido ser lícito, ni lo era entonces, propalar calumnias con fines siniestros, con apariencias de moralidad, cuando sólo obedecíase á impulsos secretos de odio, de iniquidad ó venganza; no podía tener perdón ni excusa penetrar descaradamente en el sagrado de una familia, ensañarse con personas inofensivas, poner dolo en reputaciones íntegras y manchar con sucias suposiciones nombres respetados y queridos.

Al juez le constaba con toda evidencia que la delación de aquella mujer era falsa; no la había justificado ningún hecho verídico, ninguna declaración fundada, ningún testimonio digno de crédito.

Procedía, pues, el procesamiento; era justo condenarla con todo el rigor de la ley, en todas aquellas penas que el derecho disponía.

La ley estaba terminante sobre tan delicada materia. La LVII del título V, libro II, trataba de extirpar los infinitos abusos que se realizaban (*) Los testigos falsos, por venganza, odio ú otros miserables impulsos de malquerencia, sembraban la intranquilidad y la desventura en el seno de las familias, cubriéndolas de vilipendio, sumiéndolas en la desgracia.

La ley tendía á la persecución y castigo de tales infamias, para que no continuaran predominando en las costumbres con afrenta escandalosa de todo principio moral y de toda conciencia recta. La impunidad en que muchos habían quedado y quedaban por sus perversidades y mentiras, alentaba á otros desalmados, degenerando ya en vicioso general sistema la plaga de los falsos testigos, cada día más osados en vista del triunfo que conseguían con sus maldades inauditas, sin molestia ni revés alguno. Mandábase, pues, á los alcaldes del crimen y de los hijodalgos, á los presidentes y oidores de las Audien-

(*) Porque de no haber castigado y punido (dice el texto) los testigos que han depuesto falsedad, se ha dado ocasión á que otros hombres de mala conciencia se atrevan á deponer falsedad donde son presentados por testigos; mandamos que, donde los del nuestro Consejo, presidentes y oidores de las Audiencias y otros cualesquier jueces, vieren ó presumieren que algunos testigos deponen falsamente en alguna causa, ó hay gran diversidad en las deposiciones de ellos, que trabajen para averiguar la verdad y falsedad; y si vieren que cumple, los careen unos con otros; por manera que, la

falsedad averiguada, así en las causas civiles como criminales, los testigos falsos sean punidos y castigados. Y, por ser la causa tan necesaria para el bien público, mandamos que los jueces procedan con toda brevedad y de oficio, y que esto se haga sin esperar la terminación de la causa principal: lo mismo hagan los alcaldes del crimen y de los hijodalgos en las causas que ante ellos se trataren. Y mandamos al nuestro procurador fiscal que asista á ello, y haga las diligencias necesarias.

cias y á todos los jueces, que procediesen con presteza y rigor contra aquellos testigos que vieren, ó presumieren siquiera, que deponían falsamente en cualquier pleito ó causa, ya civil, ya criminal.

Bastara que se notase gran diversidad en las varias declaraciones sobre un asunto, para que el juez trabajase por averiguar la verdad ó falsedad de ellas, depurando los hechos, llegando al descubrimiento de lo realmente exacto, recurriendo, para más comprobación de lo cierto, á careos reiterados entre los que hubiesen declarado en forma y modo distintos. Los falsos testigos habían de ser castigados y condenados sin contemplación.

Y no era preciso que esto se hiciese á instancia de parte. Por ser la causa tan necesaria para el bien público, por tratarse de la honra y buen nombre de cada cual, denigrados y envilecidos por la calumnia, se ordenaba á los jueces que procedieran desde luego, por propio impulso, con toda brevedad y de oficio, para que cuanto antes siguiese la pena al delito de falsedad consumado. Los procuradores fiscales quedaban advertidos para que asistieren á todo é hicieran las diligencias necesarias, no esperando para incoar el nuevo proceso por testimonio falso, á que la causa principal terminase.

También querían las leyes, y así se ordenaba á los presidentes, oidores y alcaldes, que los delatores que no probaren sus denuncias, fuesen castigados (ley V, título XIII, libro II), aplicándoles todas las penas que el derecho disponía, á fin de que no influyeran en ellos, como sucedía muchas veces, los móviles más interesados y execrables. Sólo advertía la ley que se tuviese en cuenta si había habido justa causa para la delación, por lo que debiera ser excusada en derecho. Esto se prestó, sin embargo, á muchos abusos, porque siempre solía encontrar la suspicacia de la defensa, ó el favor de los protectores, razones especiosas para disculpa del delator.

¿Pero de qué servían disposiciones tan sabias y prudentes, cuando administraba justicia un alcalde de casa y corte tan indigno, negligente, injusto y burlador de las leyes como el Licenciado Cristóbal de Villarroel? ¿De qué servían tan bien intencionadas y expresadas precauciones para evitar falsedades é injusticias, si nadie se acordaba de cumplirlas; si se prendía, vejaba y soltaba á capricho ó por móviles interesados; si se encarcelaba á los humildes, á los pobres, á los que no tenían favor ni habían cometido culpa, ni sombra siquiera de ella, y dejábase entretanto en libertad y respetados á los amigos ó conocidos, aunque fueran delincuentes, á los presuntos

asesinos, á los delatores, á los falsos testigos, á los ricos, á los encumbrados, á los sospechosos, á los verdaderos criminales?....

¿Qué podía ni debía esperarse de aquellas justicias tan envilecidas y malvadas?

* *

Si todo el proceso fué un cúmulo de arbitrariedades é injusticias, ¿cómo podía ser adecuada ni justa la sentencia?

La misma libertad de que disfrutaban para esto los jueces, sin estar precisados á fundamentar sus fallos en resultandos ni considerandos indestructibles, favorecía mucho para que prevaleciese el abuso. De nada servía que la ley encareciese la necesidad de que todos los alcaldes intervinieran en las actuaciones que siguieran á las primeras diligencias del sumario, ni importaba nada que las sentencias se acordasen y dictaran por tres ó más de ellos. Si como prendas de acierto y garantía de rectitud, eran tales disposiciones de mucha estima para la buena administración de justicia, en la práctica resultaban, por desgracia, casi ineficaces ó del todo nulas. Generalmente, los demás alcaldes no revisaban siquiera lo actuado y dispuesto por el que había iniciado el proceso. Con sus deficiencias, errores, torcidas investigaciones, quebrantamientos de forma ó amañados testimonios, se aceptaba como bueno después en la junta que celebraban para acordar la sentencia interlocutoria ó definitiva, encomendada la mayor parte de las veces al mismo instructor de la causa. Resultaba de aquí, indefectiblemente, que por compañerismo, amistad y miramientos sociales mal entendidos, se daban como sentencias los absurdos ó las infamias más abominables.

Así sucedió también en el proceso de Valladolid. Ninguno de los alcaldes se fijó en la manifiesta conculcación de la verdad que en todos sus folios existía. Ninguno acertó á ver cómo se desvió la justicia del recto camino de la indagación por razones de particular conveniencia. Ninguno llamó la atención de sus compañeros sobre lo improcedente de muchas diligencias, el gravísimo defecto de otras, y la omisión de algunas, del todo indispensables para la depuración de los hechos y la santidad purísima de la sentencia legal. Ninguno pidió la presentación de todos los papeles que D. Gaspar guardaba en su posada y del billete que se le encontró en los bolsillos de sus calzas. Ninguno exigió, como era justo, que se llamase á declarar á todas las personas principales que constaba ser amigos ó visitantes del muerto y de las mujeres presas de la casa donde se refugió. Ninguno reclamó contra el de-

liberado propósito de no molestar para nada al escribano Galván, á su mujer, deudos y huéspedes, que tanta luz pudieron aportar para descubrir al verdadero matador de Ezpeleta. Ninguno protestó contra el inaudito procedimiento del juez en las declaraciones de Juana Ruiz y de la mujer principal tapada, la esposa tal vez del escribano Galván. Ninguno, en fin, notó siquiera que en el proceso no aparecían dos declaraciones de absoluta necesidad para poder dictar una sentencia con estricta sujeción á los preceptos legales; carencia de testimoniales requisitos que invalida por completo el acuerdo tomado por los alcaldes, y bastaría para condenar tan imperdonable descuido en una rigurosa visita de residencia.

No queremos por eso decir que todos los alcaldes se propusieran ser cómplices para cometer una iniquidad; pero puede sostenerse que contrajeron responsabilidad indudable por complacer á su compañero Cristóbal de Villarroel, quien obró impulsado por motivos execrables, enteramente contrarios á la rectitud legal. La sentencia que suscribieron los alcaldes Melchor de Tebes, D. Alonso de Otalora y D. Pedro Muñoz y Manso, para cubrir y justificar los inicuos procederes de su compañero Cristóbal de Villarroel, será siempre un padrón de ignominia para sus nombres.

El acuerdo de los señores alcaldes, para perpetua memoria de jueces arbitrarios, dice así:

“D.^a Andrea de Cervantes, D.^a Juana Gaitán, D.^a Catalina de Aguilera, D.^a Constanza de Ovando, D.^a Luisa de Ayala, D.^a Isabel de Saavedra, D.^a María de Argomedo, D.^a Mariana Ramírez, Miguel de Cervantes y D. Diego de Miranda, presos por mandado del señor alcalde Villarroel, por los alguaciles Diego García y Francisco Vicente, y Simón Méndez, embargado en la cárcel de la ciudad, á prueba de esta la primera publicación y concluso:

Simón Méndez no entre en esta casa, ni hable en público ni en secreto con esta mujer; y D. Diego de Miranda, dentro de quince días, se despache y salga de esta corte y no se junte en público ni en secreto, él ni D.^a Mariana Ramírez, pena de ser castigados por amancebados, y dejen los dichos D. Diego y D.^a Mariana seis ducados para pobres y gastos; y D.^a Andrea y Doña Juana y las demás suéltelas en fiado, su casa por cárcel; y Miguel de Cervantes en fiado.”

¿Puede darse nada más ruin y estúpidamente

pensado y nada más estólidamente dicho? Déjase á Cervantes en libertad bajo fianza; pero á las demás presas se les suelta con la condición de tener sus casas por cárcel, cosa de todo punto ilegal habiendo sido conocida su falta de culpa.

Incluir, por lo demás, en una sola sentencia á Cervantes y su familia y varios vecinos de la casa, al mismo tiempo que á D.^a Mariana Ramírez y D. Diego de Miranda, por reincidencia en amancebamiento, que no tenía nada que ver con la muerte de D. Gaspar de Ezpeleta, es manifiesto despropósito, que no tiene explicación ni disculpa posible. (3)

Pero es el colmo de la imprudencia llegar á decir, con mandamiento riguroso, que Simón Méndez *no entrase en casa de Cervantes, ni hablase en público ni en secreto con su hija*.

Constituye tal prohibición un atentado contra la dignidad y el respeto á la familia, contra las mismas relaciones de una amistad noble y decente. Es un borrón de infamia que se arroja villanamente sobre reputaciones más honradas, de seguro, que lo pudieran ser las mismas de los jueces sentenciadores. Condenaban á inocentes, con plena conciencia de obrar mal, sin poder aducir siquiera á su favor testimonios válidos condenatorios de personas dignas. No lo eran, no podían serlo para ningún magistrado recto, las calumniosas suposiciones de la Isabel de Ayala. No había, pues, fundamentos legales, ni aun indicios atendibles, para fallar de manera tan inicua. Aun guiados sólo del buen juicio, el temor de sentenciar arbitrariamente hubiera contenido á jueces más independientes, más íntegros, más justos, para no aventurar su reputación con fallos evidentemente malvados, impropios de caballeros que estimasen su honra particular y su respetabilidad de jueces.

La sentencia contra Simón Méndez no resulta en modo alguno justificada, como hemos visto, en forma que produzca legales efectos. Simón Méndez hubo de hacer su declaración correspondiente, ó su confesión después de preso. ¿Por qué no se da cuenta de este indispensable trámite? ¿Por qué no se ponen sus palabras en el proceso? Se le molestó, se le tuvo embargado en la cárcel sin cumplir con los requisitos legales. Dictada la sentencia interlocutoria el día primero de Julio, ¿cómo no se le notifica inmediatamente, según la ley determinaba? ¿Por qué el escribano Juan López de Carranza, secretario de la causa, sólo figura en la notificación que se hace á Simón Méndez del acuerdo de los señores alcaldes? (*)

(*) Prescribíase que, cuando los alcaldes se juntasen

para deliberar y resolver, una vez tomado el acuerdo, lla-

Mientras más se analizan todos los incidentes del proceso, más se patentiza la informalidad con que se instruyó, desde las primeras diligencias del sumario hasta las últimas tramitaciones.

Si se dió traslado de lo actuado y resuelto á la parte contraria para admitir pruebas y sentenciar en definitiva, ¿cómo no se hizo? ¿Por qué no constan en la causa tales datos, tan necesarios y tan indispensables para su terminación rigurosamente legal? ¿Desistió el Marqués de Falces de todo procedimiento ulterior, quizás por saber que ninguno de los presos era responsable en lo más mínimo de la muerte de Ezpeleta? ¿Dictóse entonces sentencia definitiva, po-

masen al escribano ó escribanos que intervinieran en los procesos, y secretamente les ordenaren escribir ante ellos los puntos y el efecto de las sentencias que habían de dar. Extendidas y sacadas en limpio de conformidad con las instrucciones dadas, firmaríanlas entonces los alcaldes, para que se pronunciasen y publicasen. La firma de todos los jueces que hubiesen acordado la sentencia, era inexcusable, por más que el voto ó votos de alguno ó algunos no fuesen conformes con la mayor parte de lo en ella contenido. En los negocios arduos, sobre todo, era imprescindible guardar dichas disposiciones, no pudiéndose en manera alguna pronunciar la sentencia sin los requisitos y precauciones ya expresados. Las sentencias, después de esto, no podían ser alteradas ni variadas en lo más mínimo. Tratábase de extirpar así los graves abusos que se habían repetido antes en este particular, firmándose y enmendándose en estrados al día siguiente las sentencias acordadas el anterior en sala de juntas, de lo cual seguíanse grandes embarazos, informalidades é inconvenientes en el despacho de los negocios.

El escribano tenía obligación de dar luego traslado á la parte de las sentencias pronunciadas; así como debía cuidar de escribirlas por sí mismo, no encomendando dicho trabajo á sus mozos y oficiales, porque, conocidas por salas y corredores, se podrían leer y saber, como había sucedido multitud de veces antes de ser pronunciadas con inevitable daño y menoscabo de la justicia.

La ley II, título XXI, libro II, insistía en lo mismo, encareciendo el mandato, poco guardado, de que los escribanos no diesen á ordenar ni escribir á sus oficiales las sentencias. Y para impedir toda alteración ó falta de fidelidad en ellas, ya por error, ya por malicia ó interés, dictáronse muy sensatas disposiciones en la ley XII, título XX del mismo libro. Los escribanos no sólo debían extender y escribir por sí mismos las sentencias, sino que habían de tener guardados los originales de las definitivas, indudablemente para justificar su veracidad, en caso de duda ó sospecha de cohecho. Ordenábaseles que pusiesen los traslados en el rollo, de buena letra, y concertados y firmados de sus nombres y rúbricas, especificando el día en que se pronunciaron y la notificación en forma, incurriendo, si desobedecían, en pena de dos ducados para los estrados por cada traslado que dejaren de poner en la forma indicada.

(*) Para que los pleitos y causas no se eternizasen por interés, favor, ú otros cualesquier motivos, la ley IX, título VI, libro IV, fijaba los trámites á que los jueces debían atenerse en el desempeño de sus funciones.

Cada parte había de presentar solamente dos escritos, y

niendo en libertad á Simón Méndez y levantando la carcelería á las presas en sus casas? ¿Cómo se omite todo esto, con escandalosa infracción de la ley y con cierta especie de burla ante lo grave del asunto?

El proceso no debió quedar en la forma incompleta que lo dejaron los señores alcaldes. (*) Pidió el procurador Jerónimo de la Cueva, curador de todos los menores, que se les alzara la carcelería á las presas por ser notorio que no tenían culpa, y los alcaldes mandan por auto del 6 de Julio, se diese traslado á la otra parte y que respondiere para la primera audiencia y se llevarán los autos para proveer.

no podría aceptárseles ninguno más, aunque quisiesen. La causa estaba concluida desde ese momento, ya fuese para dictar sentencia interlocutoria, ó recibir á prueba para la definitiva. Y para mayor claridad, con el mismo fin de que los pleitos se abreviaran y cesasen las dilaciones pasadas, se expresaban en la ley X del referido título las circunstancias que debían tener en cuenta los jueces en la sustanciación y conclusión de aquellos. Pasado el término probatorio, cuando pidiera el procurador que se hiciera publicación, si hubiere probanza, y si no, se tuviera el pleito por concluso, había que dar traslado de la petición á la parte contraria para que contestase, acusándole rebeldía si para la próxima audiencia no lo efectuase, en cuyo caso quedaba el pleito por concluso. Si la una parte pidiera publicación y la otra no respondiere, quedaría pendiente aquella hasta que el término legal concluyera.

Cuando se recibía á prueba con pena, y por petición se retirara una de las partes de la probanza, no por esto quedaba el pleito concluso; sino que había que dar traslado á la otra parte, para luego resolver como procediera en derecho. En el caso de que una de las partes presentare su probanza, y la otra, sin embargo de ella, concluyera por petición, quedaba el pleito concluso, sin más dilaciones.

Terminadas todas las actuaciones que en derecho procedían, cerradas todas las razones, cumplidos todos los trámites, el juez estaba obligado (ley I, título XVII, libro IV) á dar y pronunciar, según los casos, sentencia interlocutoria ó definitiva; la primera dentro de seis días; la segunda en el espacio de veinte. El juez que así no lo hiciere, incurriría en pena de cincuenta mil maravedis para la Real Cámara, aplicándose la tercera parte de la multa á beneficio del acusador, ó para el procurador fiscal si él prosiguiera la dicha causa. También había de pagar el juez dobladas las costas que se hicieren de todo hasta que se pronunciare sentencia.

Para sentenciar, condenar ó absolver definitivamente habían de juntarse todos los alcaldes, precisando, por lo menos, que fuesen tres, y estuviesen concordes. Si en la corte no los hubiere, los señores del Consejo de S. M., designarían entre ellos y pondrían otros tantos como faltasen para que los actos tuviesen fuerza y validez legal. Lo que mandaren y sentenciaren dichos tres alcaldes, había que ejecutarlo como definitivo, (ley V, título VI, libro II). La VI del mismo título, para mayor acierto y evitación de abusos, prescribía que, cuando los alcaldes debieren soltar á un preso, habían de acordarlo y hacerlo estando juntos todos los que de ellos estuvieren en la corte, firmando el mandamiento; determinándose que, sin estos legales requisitos, ni los alguaciles ni los carceleros dieran cumplimiento al mandato.

Al siguiente día pide directamente D.^a Andrea de Cervantes que se le dé por libre, lo mismo que á las demás presas en su casa, pues se sabía que no tenían culpa, y además que vayan por las calzas, jubón y ropilla de Ezpeleta, que estaban en poder de su hermano Miguel de Cervantes, porque se pudrían; y los señores alcaldes mandan, por su disposición del 8 de Julio, que se dé traslado á la otra parte y que se lleven los autos para proveer en justicia.

El Sr Marqués de Falces, como testamentario del difunto D. Gaspar, había solicitado antes del tribunal que se desembargasen y le fueran entregados sus bienes, papeles y dineros. Los señores alcaldes, por auto del día 7, resolvieron de conformidad.

Por el testimonio del poder otorgado el día 8 por el señor Marqués de Falces á favor de Juan de Sotomayor ante Andrés Bautista Durango, escribano de S. M., vecino de la villa de Madrid, residente en la corte, quedó autorizado el Sotomayor, como su procurador y agente de negocios, para que siguiese el pleito que trata de la muerte de Ezpeleta, desembargo de bienes, cobrar y dar recibos de lo que se le entregase. Así lo efectuó, con fecha del 9, respecto de las ropas de Ezpeleta, que Cervantes tenía en depósito, y con fecha del 17 por las sortijas, bolsillos, rosario, llaves y otros objetos que guardaba el alguacil de casa y corte Diego García.

Si los alcaldes tomaron un nuevo acuerdo reformando ó ratificando el primero, se ignora; pero que, con arreglo á la ley debieron hacerlo, es cosa fuera de toda duda. Los mismos autos que dictaron, como se ha visto, los días 6 y 8, lo indican y aun persuaden así, pues se esperaba la respuesta de la parte contraria para que los alcaldes pudieran proveer en revista. Veinte días después del período de prueba, tenían éstos para fallar en definitiva, é incurrían en penas y multas, caso de no efectuarlo.

Que no aparezca dicha sentencia en el proceso, hay que achacarlo entonces á negligencia del escribano. Debiendo éste copiar fielmente los acuerdos de los jueces y conservar los originales de las sentencias, descuidó el hacerlo en aquella ocasión por entender que la causa había terminado por desestimiento del Marqués de Falces. Quedó, pues, así truncado el proceso de un modo extraño é inconveniente, con grave responsabilidad para todos. En vez de haberse puesto

en él las cláusulas del codicilo de Ezpeleta y el poder otorgado por el Marqués de Falces á Juan de Sotomayor, debiera haberse transcrito fielmente el último fallo. Más importaba esto, y de mayor trascendencia era conocerlo, que el saber el número de misas que habían de decirse por el alma de D. Gaspar.

Pocas palabras hemos de añadir para terminar el presente capítulo y el examen del proceso, y han de referirse al supuesto amante de D.^a Isabel de Saavedra. Simón Méndez era hombre de negocios, de muchos bienes de fortuna, emprendedor y de iniciativas. Habiendo conocido á Cervantes, viendo su actividad y su honradez, valiése de sus servicios para la más pronta expedición de sus asuntos. Méndez fué desde luego uno de aquellos amigos que solía conseguir Cervantes más con su apacible condición que con su gran talento. Méndez apreciaba en lo que valían los trabajos de Cervantes y dispensaba respetuoso afecto á su familia, y Miguel cumplía sus órdenes con su acostumbrada fidelidad. Estimáronse así mutuamente, y no podía extrañar á nadie, como no fuera un infame, que un hombre necesitado, que sólo vivía de sus comisiones particulares, hablase, fuese visitado y hasta entrase en su casa varias veces conversando sobre negocios con el portugués Simón Méndez. La declaración de D.^a Andrea de Cervantes, tan bien enterada de todos los secretos de aquel hogar, es inestimable á este respecto: como que presenta en pocas palabras un cuadro moral que enaltece sobre manera á su hermano. Simón Méndez hacía de él tanto aprecio, inspirábase tanta confianza, que le buscaba preferentemente para que fuese á hacer ciertas fianzas al reino de Toledo sobre unas rentas que había tomado, comisiones que, por mediar intereses, sólo suelen encargarse á personas de conciencia, rectitud, pundonor y capacidad bien probada. (*)

Estas relaciones tan dignas, tan decorosamente amistosas quedaron interrumpidas de modo violento por el estúpido acuerdo de unos malos jueces.

Ya que no tuvieron resolución para perseguir y castigar á los verdaderos criminales, quisieron hacer alarde de energía contra los honrados y los humildes, y privaron á Cervantes, con su imprudente prohibición, de los lícitos medios de subsistencia que le proporcionaba Simón Méndez con sus encargos y asuntos. (4)

(*) No se ha logrado hasta ahora, y creemos que será muy difícil conseguirlo, identificar la verdadera personalidad de Simón Méndez. Lo único que se sabe de él con certeza, es lo que se refiere en el proceso. Hubo varios individuos en aquel mismo tiempo que llevaban idénticos nombre

y apellido, y ese es el primer obstáculo con que se tropieza para determinar quién fuese el embargado en la cárcel, cuando asentistas y hombres de negocios serían también algunos de sus homónimos.

El sabio erudito D. Cristóbal Pérez Pastor no ha podido

aclarar esto, á pesar de los muchos documentos que ha revisado, movido de tal deseo, referentes á personas que tuvieron por nombre Simón y por apellido Méndez. No ofrecería dudas la identificación del amigo de Cervantes, si su confesión constara en el proceso. Entonces se podría cotejar su letra y firma con las de otros documentos consultados y un examen detenido nos llevaría derechamente al acierto. De otro modo, entendemos que es casi imposible llegar á un pleno convencimiento, y mucho menos á una terminante afirmación.

En cambio, se ha pretendido hacer suposiciones respecto de aquel hombre, que no pueden aceptarse por estar basadas en sutilezas ó errores. El insigne bibliógrafo La Barrera, examinando el proceso, decía lo siguiente en 1863: "La noticia del amoroso trato del portugués Simón Méndez (de quien se sospecha que nació en Portugal), hubiera debido aprovecharse desde luego para conjeturar si quizás existió conexión entre este hecho y los de haber sido, en 1618, ratificada la profesión monjil de D.^a Isabel, después de un litigio sobre invalidación ó ilegalidad de la primera, hecha en 1614, y de hallarse el testamento de Cervantes, (que ha visto y probablemente guarda el Sr. D. Juan Manuel González Acevedo) unido á un expediente judicial".

Parece que La Barrera creía que Simón Méndez pudiera ser persona muy allegada por parentesco á D. Isabel de Saavedra, la que, se suponía, haber tenido Cervantes en una dama lusitana, á quien galanteó y de quien fué correspondido cuando estuvo en Portugal; pero, desmentida esta conjetura desde que se descubrieron nuevos y precisos datos sobre el nacimiento y madre de la hija de Cervantes, semejante suposición no debe ser admitida, ni pueden aprovecharse las noticias referentes á Simón Méndez para aclarar ningún punto de litigio sobre la profesión de D.^a Isabel como monja de las Trinitarias, pues todo eso resulta ya completo relato imaginativo. Y en cuanto al testamento de Cervantes, no pasó de ser una equivocación del Sr. Acevedo, pues lo que él vió, indudablemente, fué las *Capitulaciones matrimoniales de D.^a Isabel de Saavedra con Luis Molina*, documen-

to unido en efecto á la titulación de una finca de la corte.

Otra suposición, más ofensiva, es la que se hizo con motivo de la publicación de un manuscrito existente en el *Museo británico*, descubierto por el eruditísimo D. Pascual Gayangos, y publicado en la *Revista de España*. Es este libro original del escritor portugués Bartolomé Pinheiro da Veiga, lleva el título de *Fastiginia*, y es una descripción satírica de la vida cortesana en Valladolid, año de 1605.

Hay en la obra una escena del género realista donde cierta dama, esposa de Lope García de la Torre, tiene pasión por el juego y se le pasan las noches en claro dedicada á él, ganando y perdiendo hasta los 200 y los 300 escudos, sin curarse del marido para nada. Iba éste á acostarse temprano, y si por casualidad la llamaba para que dejase el juego, ella al punto, muy contrariada y resuelta, respondíale: "Callad y dejadme jugar, Lope García. ¿No queréis?... *Cervantes, dadme acá aquella palmatoria, y veremos si logro hacerle callar*. Sr. D. Lope: mientras yo juegue de lo mio, callad; cuando sea de lo vuestro, reñid en buen hora".

Este lance, que tanto puede tener de lo verdadero como de lo fingido, pues muchos que refiere Pinheiro da Veiga son indudablemente producto de su inventiva para satirizar los vicios más arraigados en las costumbres públicas, ha servido para sospechar que aquel *Cervantes*, apellido supuesto ó verdadero de un criado ó de un contertulio de la mujer del bonachón D. Lope García, era nada menos que el mismo autor del *Quijote*. Conjetura es ésta aventurada por extremo, y más cuando se quiere autorizar, en cierto modo, diciendo que aquellas relaciones las llegaría á tener Cervantes por medio de su amistad con Simón Méndez.

Tan arbitrario es suponer que el Cervantes de la *Fastiginia* es Miguel de Cervantes Saavedra, como querer demostrar, según intentó Gayangos, que otro Cervantes, recomendado al secretario Santoyo para desempeñar un destino, era también el autor de *Galatea*. El discreto Rius y Llosellas ha demostrado la imposibilidad que en esto hay, por razones incontestables, en el segundo tomo de su *Bibliografía crítica cervántica*.

ILUSTRACIONES Á LOS CAPÍTULOS I Y II

1.^a—Documentos originales. Cuentas pormenorizadas. El recibo de D.^a Andrea. Noticias acerca de D. Pedro de Toledo Osorio, Marqués de Villafranca.

De la permanencia de D.^a Andrea de Cervantes en Valladolid, dió noticias antes que nadie D. Martín Fernández de Navarrete en la *Vida* del gran Escritor, (pág.^s 94 y 455). Deseando nosotros publicar, cuando es posible, los documentos justificativos de todo, nos hemos procurado calcos de los originales que remitió, á principios del siglo XIX, la casa de Villafranca al Sr. Navarrete, por mediación de un su amigo, el Sr. Vázquez, para que se aprovechase de ellos en su obra.

Nos hemos valido para conseguirlos de la benévola intervención del docto cervantista D. Julián de Apráiz, á quien tantas veces citamos en nuestra obra por sus eruditos trabajos de investigación. Poseedor el Sr. Marqués de Legarda, D. Antonio Fernández Navarrete, bisnieto de D. Martín, del *infolio* donde su ilustre antepasado dejó reunidos todos los documentos, cartas y apuntes que le sirvieron para componer su magnífico libro acerca de Cervantes, desde luego accedió á nuestros deseos, en cuanto se lo indicó el Sr. Apráiz, enviándonos los calcos para la reproducción exacta de los originales en nuestra obra, acompañados de las observaciones hechas por el Sr. Vázquez al remitirlos á D. Martín. La biblioteca de la casa solariega del sabio literato en Ábalos, donde se contiene tan inestimable *infolio*, es digna de veneración para todos los admiradores de Cervantes; y la generosa bondad con que comunica noticias y copias de aquel tesoro riquísimo de datos y documentos su actual ilustradísimo propietario, el Sr. Marqués de Legarda, merece la consideración de todas las personas estudiosas. Por nuestra parte, le estamos profundamente reconocidos, y juzgamos sagrado deber hacerlo constar así públicamente. Sin su

amabilidad, no podríamos dejar dilucidado este interesante punto de nuestra obra.

Tres documentos son los regalados al señor Navarrete.

El primero, que es un recibo, todo de puño y letra de D.^a Andrea de Cervantes, del importe de su trabajo por hechura y aderezo, más por lavado, en la ropa del Sr. Marqués de Villafranca y su esposa, dice textualmente así:

—|—

“Digo yo Doña Andrea de Cervantes que recibí del Señor Diego de Villela de Aldana, setecientos y ochenta y ocho reales por razón de veinte y cuatro camisas que hice para el señor Don Pedro de Toledo, y seis que se adereçaron de mi señora la marquesa, y otras camisas que se adereçaron, y más de lavar ropa de Su Excelencia. Y porque es verdad que los recibí, dí esta firmada de mi nombre, que es fecha á 8 de febrero de 1603 años.

Doña Andrea
de Çervantes“.

* *

El segundo documento, la cuenta especificada del anterior recibo, es, en nuestra opinión, de letra y puño del mismo Cervantes, desde el principio al fin. Su fiel traslado es éste:

—|—

“Cuenta de las camisas que se han hecho para el señor Don Pedro de Toledo, así nuevas como las que se han adereçado:

Veinte y cuatro camisas nuevas á veinte y seis reales cada una, son	624 reales
De seis camisas que se adereçaron de las de mi señora la marquesa	066 Rs.
De otras camisas adereçadas. . . .	040
De botones	014
Á la lavandera	031
De lavar más 38 camisas	013
	788 Rs“.

El tercer documento, que parece también de letra de D.^a Andrea, aunque hecha con más esmero y cuidado que la del recibo, si bien se notan algunas variaciones de rasgos y forma en el nombre y apellido de la firma, dice de este modo:



“Memoria de los lienços
y holanda y cambray que se ha tomado
para el señor Don Pedro de Toledo:

Setenta y tres varas de cambray á diez y ocho reales.

Noventa y seis varas de holanda á ocho reales.

Diez varas de holanda para asientos, á ducado.

Más seis ducados de hilo.

Tres varas de lienço casero para entretelas, á cuatro reales.

Vara y media de cambray para adereçar las camisas, á diez y ocho reales.

Vara y media de holanda á siete reales, para las calcetas.

Cuarenta y dos varas de lienço casero á cinco reales.

Doña Andrea de Cervantes.

Importa esta cuenta, reales 2521⁴. (1)

El quinto Marqués de Villafranca, D. Pedro de Toledo Osorio, heredó bien joven el título y estados por muerte de D. García, su padre. Sirvió en el ejército de Flandes cuando la dominación de D. Juan de Austria, y se dió á notar por sus heroicos hechos en tiempo del sucesor, el Príncipe de Parma.

El año de 1582 se halló en la jornada de las Terceras, donde el Marqués de Santa Cruz rompió la armada francesa que dirigía Felipe Strozzi. Con el mismo general asistió el año siguiente á la reducción total de aquellas islas. Fué nombrado después general de las galeras de Nápoles, y tuvo gran cuidado en asegurar de corsas

rios las costas de aquel reino: llegó á tomarles hasta setenta y seis bajeles.

Refiere un escritor que el año 95 pasó á Levante con veinticuatro galeras de su escuadra y la de Sicilia, y tomó y saqueó á Patrax, plaza fuerte, en que á la sazón se celebraba una rica feria. Apoderóse de más de cuatrocientos mil ducados. La armada turquesca, que estaba poco distante, no se decidió á trabar combate.

No fué tan afortunado en la expedición contra Argel, intentada á principios del reinado de Felipe III. Los temporales impidieron la realización del proyecto.

El Marqués de Villafranca era muy considerado en la corte, y cuando el casamiento de aquel soberano, preparó á su costa en Valencia una lucida máscara, que se celebró mucho por su ingenio y magnificencia.

De vuelta de la fracasada expedición á Argel, estuvo en Valladolid y Madrid desde comienzos de 1603 hasta 1606. El Marqués, cuyos antepasados habían gozado, en los tiempos de los Reyes católicos y del Emperador Cárlos V, de las distinciones y privilegios de la primera nobleza, quiso recabar para sí las mismas preferencias, aunque murió sin conseguirlo. No se puede decir por eso que dejara siempre de ser muy favorecido del monarca y de los gobernantes.

Prueba visible de ello fué el nombramiento que se le concedió de general de las galeras de España, que hasta entonces tuvo el Conde de Niebla. En el despacho del dicho título, que se expidió en San Lorenzo con fecha 4 de Junio, se le distingue con palabras de singular estimación. “Por cuanto por estar vaco (dice) el cargo de mi capitán general de las galeras de España, por dejación que de él hizo el Conde de Niebla, gentil hombre de mi cámara, conviene proveerle en persona calificada y de mucha experiencia, prudencia y valor; sabiendo que estas y otras muchas buenas partes concurren en vos, D. Pedro de Toledo, Marqués de Villafranca, Duque de Fernandina, y teniendo consideración á los

(1) El Sr. Vázquez decía lo siguiente en carta al Señor Navarrete al enviarle los documentos originales: “Esta cuenta, y hasta la firma, es sin duda de letra de Miguel de Cervantes Saavedra, autor de la novela del *Quijote*; (no lo creemos nosotros así, pues basta fijarse en la formación de las *aes* para convencerse de que son distintas de las que hacía Miguel y tienen evidente parecido con las de D.^a Andrea). La que se sigue, é importa 788 reales, es del mismo, como puede bien inferirse del carácter, cotejado con la firma, aunque poco exacta, que ha hecho grabar el Sr. Pellicer y cuyo original, de donde la tomó, he visto, con lo demás de la causa. El recibo adjunto, dado á favor de D. Diego de Villela de Aldana, de los 788 reales dichos, á 8 de Febrero

de 1603 años, debe creerse es todo de letra de D.^a Andrea de Cervantes, así porque lo firma sin prevención alguna, como porque tiene toda la traza de letra de mujer, y ningún perfil ni rasgo se parece á las otras letras de las cuentas. No consta por estos papeles dónde se escribieron, é hizo la ropa y composturas, aderezos, etc., que expresan; pero, habiendo llegado á Valladolid en Enero de 1603 el Excmo. Señor D. Pedro de Toledo Osorio, Marqués de Villafranca, de vuelta de la expedición á Argel, la ropa fué hecha en aquella ciudad, y la aderezada la que trajo descompuesta y sucia de su viaje y se puso al cuidado de la D.^a Andrea de Cervantes, hermana del célebre Miguel.

Vázquez“.

particulares servicios que hicísteis al Rey mi señor, que haya gloria, y estando muy cierto y satisfecho que lo continuaréis con el mismo valor y mucho celo que tenéis de mi servicio, os he elegido y nombrado, como por la presente os elijo y nombro, por mi capitán general de las dichas galeras de España", etc.

En 1608 fué de embajador extraordinario á Francia, ante Enrique IV, para que se apartase de toda protección á los rebeldes de Flandes, y echase los cimientos de las alianzas y casamientos que más tarde se efectuaron entre los príncipes é infantas de ambas monarquías. El Marqués de Villafranca fué muy bien acogido y Felipe III quedó satisfecho del resultado de su comisión. Intervino muy directamente con sus galeras en la expulsión de los moriscos. Fué nombrado después Consejero de Estado. En 1614 hallóse en la conquista de la Mamora. Estuvo más tarde de gobernador del Estado de Milán y capitán general de las armadas españolas en Italia. Se puso de acuerdo con el Duque de Osuna y el Marqués de Bedmar para la famosa y no realizada conjuración contra la república de Venecia en 1619. De vuelta á España se distinguió, como antes, por sus servicios en el Consejo de Estado. No tuvo la desgracia de quedar anulado y perseguido, como el Duque de Osuna, cuando la caída del de Lerma. Supo ó pudo conservar su prestigio con el nuevo monarca. Felipe IV nombróle virrey de Nápoles; pero, cuando se disponía á marchar á aquel reino, cayó enfermo y falleció en Madrid, año de 1627, á fines de Julio.

Estaba emparentado aquel magnate con los Reyes de Francia, los Duques de Toscana y los Príncipes de Saboya. Enrique IV de Francia le trató en 1608 con grandísimas atenciones como pariente suyo. También lo eran los Reyes de España y muchas casas de la nobleza.

El Marqués de Villafranca gozaba de rentas cuantiosas. Sus estados comprendían veintisiete leguas con más de doce mil vasallos. Era señor de cuatrocientos diez lugares, sin contar sus posesiones en Italia. Su renta anual subía á setenta mil ducados; más de 481.300 pesetas de nuestra moneda actual.

Escribió el Marqués una carta á Felipe III, en la que, enumerando sus servicios, le dice, entre otras cosas, que había gastado de su hacienda con lo que se pudieran comprar otros sesenta mil ducados de renta. Quedó sin la vista de un ojo, demás de otras dos heridas que recibió en algunos combates.

Hace constar también que "Nuestro Señor,

por su misericordia, le proporcionó buenos sucesos, sin pérdida de una bandera ni de un navío".

Fué casado dos veces: primero con D.^a Elvira de Mendoza, hija del Marqués de Mondéjar, que falleció en Nápoles el 16 de Setiembre de 1594, y después con una hermana del Duque de Monte León, D. Héctor Piñatello.

Á esta señora fué á la que aderezó alguna ropa blanca la hermana de Cervantes, D.^a Andrea, cuando en 1603 estuvo encargada de hacer y componer algunas prendas de D. Pedro de Toledo Osorio, quinto Marqués de Villafranca, cuyos curiosos comprobantes dejamos por vez primera copiados.

Quienes deseen más datos y pormenores de aquel prestigioso personaje del tiempo de Miguel de Cervantes, pueden adquirirlos leyendo el notable libro del erudito escritor D. Luis de Salazar y Castro, publicado en Madrid, año de 1704, y se titula: *Justificación de la grandeza de primera clase que pertenece á D. Fadrique de Toledo Osorio, VII Marqués de Villafranca y de Villanueva de Valdueza, Duque de Fernandina, Príncipe de Montalván, Conde de Peña Ramiro, Señor de Cabrera y Rivera.*

Es el libro de Salazar el más completo que se escribió acerca de los Marqueses de Villafranca.

2.^a—Texto íntegro, cuyo original se conserva en la Real Academia Española, del

PROCESO DE VALLADOLID⁽¹⁾

NÚMERO 30.

1605.

Aberiguaciones hechas por mandado del Sr. Alcalde Xpoual de Villarroel sobre heridas que se dieron á D. Gaspar Despeleta, Cauallero del Auito de Santiago.

S.^o CARRANZA.

R.^{or} el LICENDO.^o ALONSO DE AVILA.

Por mandado del Sr. Alcalde Xpoual de Villarroel los alguaciles Franc.^{co} Vicente y Diego García.

Q.^a

Muerte de D. Gaspar de Azpeleta, cauallero del Auito de Santiago.

En la ciudad de Valladolid, á veinte y siete dias del mes de Junio de mill y seiscientos e cinco años, el Señor Licenciado Xpoual de Villarroel, del Consejo de Su Majestad, Alcalde de su cassa y corte, a ora de las once de la noche, le fué dada noticia á su merced que en unas casas nuevas que eran junto al Rastro nuevo desta ciudad estaba un Caballero muerto o herido de heridas penetrantes; e para lo averiguar e ssaber su merced, en compañía de los alguaciles Bargas e Diego García y otros, y de mi el presente escrivano, fué á la dicha casa nueva del Rastro donde dixerón questava, e subió á unos aposentos altos de ella en el quarto donde viue Doña Luisa de Montemayor, viuda, y en la sala halló á un onbre echado en una cama fecha en el suelo de la dicha sala, que estaba curando un Çuruxano de heridas que tenía, el cual estaba ensangrentado e quexándose, y habiéndole tomado la sangre e curado, fué

(1) Por olvido dejó de ponerse en la pág. 364, primer párrafo de la

segunda columna, el número correspondiente á esta ilustración.

conocido por el dicho Sr. Alcalde, por el Marqués de Falses questaua con él, ser D. Gaspar de Espeleta, Cavallero del áuito de Santiago, al qual su merced mandó confesar y recibir los Sacramentos; y sobre las heridas que tiene se hicieron las averiguaciones siguientes.—Ante mí, FERNANDO DE BELASCO.

Declaración del Çuruxano

E luego su md. el dicho señor Alcalde, mandó parescer ante sí á Sebastián Macías, Çuruxano e Barbero de las Guardas Viejas e de á caballo de Su Majestad, de edad de más de treinta años, e preguntado dixo:—quél ha tomado la sangre y curado á Don Gaspar Despeleta del áuito de Santiago, de dos heridas que tiene, la una en el Bientre en la parte izquierda encima de la Bedixa, y la otra herida en el muslo derecho, y de ambas tiene rompido cuero y carne, y la herida del Bientre tiene roto el peritoneo y por ella le ha salido parte del Redaño, y ambas á dos por ser tan grandes son penetrantes, las cuales dichas dos heridas parece haber sido hechas ambas á dos con cossa punzante como es Espada, Daga o Cuchillo, e tal cual parece por ellas, y el dicho D. Gaspar está muy de peligro; y esto es la berdad para el Juramento que fecho tiene, e lo firmó.—SEBASTIÁN MACÍAS.—Ante mí, FERNANDO DE BELASCO.

Declaración de Don Gaspar Despeleta

En el dicho dia se recibió Juramento en forma de derecho por el dicho señor Alcalde á Don Gaspar Despeleta, Cavallero del áuito de Santiago, herido en la cama, y le mandó que declarase quién le hirió, e por qué ocasión, el qual dixo—que lo que passó es questa noche á ora de las diez, poco más ó menos, estando este que declara en cassa del Marqués de Falses, adonde de ordinario entra y sale, que había cenado con él, aviendo tomado áuito de noche que le llevó un Paxe, salió con su espada e broquel, e viniendo por el Campo adelante, llegado á la esquina del Espital de la Pasión, que iba por el camino del Rastro, salió un onbre á este que declara, y le dijo que adónde iba, y este confesante le dijo que para qué lo quería saber, y este confesante echó mano á su espada e broquel, y el dicho onbre á una espada que traía, e no sabe si tenía otras armas, y se tiraron de cuchilladas, y andándose acuchillando le hirió de las heridas que tiene; e que para el passo en que está que no le conoció al dicho onbre ni sabe quién es: e por estar fatigado, su merced el dicho señor Alcalde mandó cesar la dicha confesión por aora; e no firmó porque no pudo.—Ante mí, FERNANDO DE BELASCO.

E luego por mandado de dicho señor Alcalde se miraron por los alguaciles Diego Garcia e Francisco Vicente los vestidos del dicho Don Gaspar Despeleta, y en unas calzas negras, en las faldriqueras, se halló lo siguiente:

Estos setenta e dos Rs. por mandado del señor Alcalde Xpoval de Villarroel, entregó Francisco Vicente para el gasto necesario del dicho Don Gaspar, y dello doy fee. — FERNANDO DE BELASCO.

En dineros setenta e dos reales.
Dos sortixas pequeñas de oro, la una con diamantes pequeños ques una memoria que se parten en tres partes, é la otra de tres Esmeraldas.
Un Rosario de Ébano.
Tres llaves pequeñas.
Un Bolsillo con Reliquias.

Otro bolsillo en que había yesca e pedernal y eslabón.

Todo lo cual por mandado del dicho Sr. Alcalde se entregó al dicho alguacil Diego Garcia, el cual lo rescibió to-

do y se dió por entregado dello en presencia de mí el escrivano, siendo testigos el alguacil Contreras é D. Diego Melgarejo e el alguacil Ruiz.—Ante mí, FERNANDO DE BELASCO.

E luego se depositaron en Miguel de Cervantes, que bive en la casa donde está el dicho Don Gaspar, unas calzas de obra, e un Jubón, el cuerpo de Raso y las mangas de tafetán, e una Ropilla de Raso con trencilla, todo raído; y el dicho Miguel de Cervantes lo rescibió, de que doy fee.—Ante mí, FERNANDO DE BELASCO.

La carta que se halló.

Asi mismo se halló en las dichas calzas un Papel doblado hecho Villete, escripto todo una cara, el cual, sin leerle ninguna persona, tomó el dicho señor Alcalde en su poder, de que doy fee.—FERNANDO DE BELASCO.

Declaraciones de los testigos

En la ciudad de Valladolid, en veinte y siete días del mes de Junio de mil e seiscientos e cinco años, para aberiguación de lo susodicho, se recibió Juramento en forma de derecho de Miguel de Cervantes, de edad de más de cincuenta años, que bive en las cassas nuevas de junto el Rastro: preguntado, dixo: que este testigo conosce de vista á un Cavallero del Auito de Santiago que dicen se llama Don Gaspar, el cual nombre lo ha oido nombrar esta noche, y estando este testigo acostado en la cama esta noche á ora de las once, poco más ó menos, oyó ruido e grandes boces en la calle, que le llamaba Don Luis de Garibay, y este testigo se levantó y el dicho D. Luis de Garibay dixo á este testigo que le ayudase á subir un onbre, el cual este testigo vió, y era el que tiene declarado, el cual venía con una herida, y luego un Barbero y desde á poco otro, y le curaron de una herida encima de la ingle, y le preguntaron dixesse quién le había herido, el cual no quiso responder ninguna cossa; y esto es la verdad para el Juramento fecho, y lo firmó.—MIGUEL DE CERVANTES.—Ante mí, FERNANDO DE BELASCO.

Testigo

En el dicho dia e mes y año se rescibió Juramento en forma de derecho de Doña Luisa de Montoya, (1) viuda, mujer que fué de Estéban de Garibay Zamalloa, de edad de más de 40 años; preguntado, dixo: que lo que passa es que, estando esta testigo en su cassa, que es en el Rastro, en las cassas nuevas dél esta noche á ora de las once, poco más ó menos, oyó boces que daba un hijo desta testigo que se llama Don Estéban de Garibay, que decía: Señora, Señora, á la puerta ha llegado un onbre que pide que le favorezcan, e trae una Espada desenbainada: y esta testigo mandó al dicho su hijo que baxase abaxo con una luz; el cual baxó, e vió que por las escaleras de la cassa subió el dicho su hijo e un onbre vestido de negro con una capa de mezcla e una Espada desenbainada en la mano y en la otra un broquel, e tenía un Auito de Santiago en los pechos, e venía corriendo sangre que le salía del cuerpo; y esta testigo le mandó hacer una cama, donde le echaron; e hicieron llamar á un confessor, que le confessó, por qué lo pedía, e también llamaron á un çuruxano que le curó de las heridas que tenía en el cuerpo; y esta testigo oyó decir quel dicho Cavallero se llamaba Don Gaspar Despeleta; y luego acudió á hacer la aberiguación el Señor Alcalde Xpoval de Villarroel: y esto es la verdad para el Juramento fecho; e lo firmó.—DOÑA LUISA DE MONTOYA.—Ante mí, FERNANDO DE BELASCO.

(1) Aquí el original dice *Montoya*, habiéndose corregido, al pa-

recer, *Montemayor*.

Testigo

En dicho día é mes y año, se rescibió Juramento en forma de derecho de Martín Çorroza, criado del Marqués de Falses que le sirbe de Repostero, de edad de veinte e cinco años; preguntado, dixo: que este testigo conosce á Don Gaspar Despeleta, Cavallero del Avito de Santiago, el cual esta noche presente estuvo en casa del Marqués de Falses adonde entraba ordinariamente, como amigo ques del dicho Marqués, y á la hora que entró en dicha cassa, este testigo no la sabe, pero no sabe si entró acompañado ó no, ó cenó con el dicho Marqués; el cual salió de la dicha cassa ya de noche, entiende que serían más de las diez de la noche, é no bió si llevaba más armas que una Espada que de ordinario trae en la cinta, e después de salido, como media ora, vinieron á llamar al dicho Marqués diciendo que saliese fuera, porque habían herido al dicho Don Gaspar; y así se fué este testigo, e no supo ni entendió otra cossa. Preguntado declare cuántos criados tiene el dicho Don Gaspar Despeleta, e cómo se llaman, dixo: que tiene dos Paxes e un Lacayo, que no sabe cómo se llaman.

Preguntado declare dónde possa el dicho Don Gaspar, dixo: que possa en la calle de los Manteros, e no sabe la cassa.

Preguntado si á sabido ó entendido que el dicho Don Gaspar aya reñido ó tenido palabras con alguna persona, dixo que no lo sabe.

Preguntado si sabe que el dicho Don Gaspar trate con algunas mujeres ó entre en alguna cassa dellas, dixo que no sabe nada más de lo que tiene declarado, lo cual es la berdad por el Juramento fecho, y lo firmó.—MARTÍN ÇORROZA.—Ante mí, FERNANDO DE BELASCO.

Testigo

En el dicho día e mes e año, se rescivió Juramento en forma de derecho de Juan Gallardo, criado del Marqués de Falses, de edad de veinte y tres años, que le sirve de Paxe; preguntado, dixo: que este testigo conosce á D. Gaspar Despeleta, Cavallero del Avito de Santiago, el cual era amigo de dicho Marqués, con el cual comía e cenaba, y entraba á todas horas en su cassa; y oyó decir questa noche había cenado con el dicho Marqués; y estando este testigo en la Repostería á ora de las diez ó las once, poco más ó menos, oyó decir en cassa que el dicho Marqués su amo había salido de cassa con todos sus criados porque le habían enviado á llamar, que habían herido al dicho Don Gaspar; y así salió este testigo con el Repostero en busca del dicho Marqués, y encontraron con un alguacil que se llama Cuebas, que los truxo donde estaba el dicho Marqués y el dicho Don Gaspar herido; y esto es la berdad para el Juramento fecho, y lo firmó.—JUAN GALLARDO.—Ante mí, FERNANDO DE BELASCO.

Testigo

En dicho día e mes y año dicho, el dicho Señor Alcalde mandó parecer ante sí á Francisco de Camporredondo, criado de Don Gaspar Despeleta, que le sirve de Paxe, de edad de diez y nueve años, y es natural de Hita, en el Alcarria; preguntado á qué hora salió de su possada el Don Gaspar Despeleta, su amo, e dónde acontinúa á yr e tratar, dixo: que de ordinario el dicho Don Gaspar Despeleta, acostumbraba de ir á comer e cenar en cassa del Marqués de Falses, porque son amigos, y oy dicho día el dicho Don Gaspar comió con el dicho Marqués, y á ora de las quatro ó de las cinco de la tarde el dicho Don Gaspar fué á su possada,

da, donde se echó encima de la cama desnudo, e reposó un rato, y á ora de las seis se fué de la dicha possada, y este testigo y otro Paxe e un Lacayo fueron acompañándole hasta cassa del dicho Marqués, adonde entró, y estuvo aguardando al Marqués un rato, el cual bino, y le dieron un caballo del Marqués y ambos juntos salieron, y á una ora de noche bolbieron á cassa del dicho Marqués, y este testigo por mandado del dicho su amo fué á despachar una libranza de quinientos ducados, y este testigo fué á la possada y llebó al dicho su amo Espadas de noche e un Broquel y se lo llevó á casa del dicho Marqués á ora de las diez, poco más ó menos, el cual le tomó su capa e le dió su ferreruelo; y con él se fué á su possada y le dexó en cassa del dicho Marqués, e no le á bisto hasta ora, y estándole aguardando, un huesped de cassa le dixo que habían herido á su amo, y así bino como tiene declarado.

Preguntado si sabe algo de la pendencia de que ha salido herido el dicho Don Gaspar, y qué palabras ó enojo haya tenido con algunas personas, dixo: quel dicho Don Gaspar ha tratado e trata amores con una Mujer cassada; que los nombres y cassa ha declarado al dicho Señor Alcalde; e que habiendo venido á noticia del dicho su Marido, tiene entendido que an abido e tenido dares y tomares e pesadumbres, porque dicho Don Gaspar entraba y salía de ordinario en su cassa, e que lo que harían no lo sabe; mas de que los amores de ambos eran muy conocidos y sabidos en todos los criados.

Preguntado si este testigo cree, entiende y sabe que por lo que tiene declarado en la pregunta antes desta pueden aber sucedido las heridas del dicho Don Gaspar, ó diga y declare si con alguna persona ó cavallero á tenido algún encuentro, riña ó pendencia, que le ayan amenazado e notado de quererle matar, ó si el dicho Don Gaspar se recelaba de alguna persona de la dicha cassa, dixo: queste testigo sabe que el dicho Don Gaspar se recataba y andaba receloso de cierta persona que possa en cassa de la dicha mujer cassada, y el nombre de la dicha persona declaró al dicho Señor Alcalde, y aunque se trataban como amigos, había entre ellos algunos celos, porque hacía quince días, poco más ó menos, que el dicho Don Gaspar enbió un recado con este testigo á la dicha persona, diciéndole que le dijese que le había ido á buscar tres ó cuatro beces y que se le escondia; que él le buscaría: pero que tampoco sospecha que por esta parte pueda haber sucedido, porque después acá se han hallado ambos á dos: e que la dicha mujer que tiene dicho e declarado, tiene cuñados ó deudos principales que sabían y entendían sus libiandades y libertades; e que por razón de quel dicho Don Gaspar andaba solo sin criados con su Espada e Broquel, este testigo no puede saber más de lo que tiene dicho.

Preguntado si las noches que el dicho Don Gaspar anda á desoras y á venido á cassa, á dicho á este tiempo, ó alguno de sus criados, que alguna persona le haya querido acometer ó reñir con él, dixo que no lo sabe, ni le oyó ninguna cossa, y que no sabe ni entiende queste daño le pueda venir de otra parte sino es de cassa de la dicha mujer que tiene declarado á el Señor Alcalde, de los deudos della: y esto es la verdad para el Juramento que fecho tiene, y lo firmó.—FRANCISCO CAMPORREDONDO.—Ante mí, FERNANDO DE BELASCO.

Testigo

En el dicho día e mes e año, el dicho Señor Alcalde recibió Juramento en forma de derecho á Don Pablo Bravo de Sotomayor, que possa en cassa de Don Gonzalo Bravo de Sotomayor de Lugo, ques su sobrino, de edad de más de

doce años; preguntado, dixo: queste testigo se salió hacia la pontezuela de Esgueva que va al Matadero, esta noche á tomar el fresco, porque su tío (1) y el Marqués de la Adrada se estaban paseando delante de su cassa, y vió que de hacia la Puerta del Campo venían dos onbres acuchillándose, y vió quel uno de ellos cayó en el suelo, que venía corriendo, e oyó una voz que dijo: «Ah Ladrón, que me has muerto!», y así este testigo fué á dar noticia de ello al dicho Don Gonzalo su tío, el cual fué luego donde estaba un onbre herido en cassa de Doña Luisa de Montoya, viuda, donde le habían metido, y le confesó, el cual estaba herido.

Preguntado declare si conosció alguno de los dichos dos onbres que reñían y qué señas tenían ó bestidos, dixo: que no sabe cómo se llaman, porque no los conoció, ni echó de ver qué vestidos tenían; y esta es la verdad para el Juramento que fecho tiene; y lo firmó.—D. PABLO BRAVO DE SOTOMAYOR.—Ante mí, FERNANDO DE BELASCO.

Testigo

En el dicho día e mes y año se rescivió Juramento en forma de derecho á Don Estéban de Garibay, hijo de Estéban de Garibay, Coronista y Aposentador de Su Majestad, difunto, que bive á las cassas nuevas del Rastro, de edad de doce años e medio, poco más ó menos; preguntado, dixo: questando este testigo en su cassa esta noche á ora de las diez á las once, poco más ó menos, oyó boces diciendo «cuchilladas, cuchilladas!» e no sabe quién lo dixo; y este testigo se asomó á la ventana, e vió un onbre questaba á la puerta, e venía diciendo á boces que le socorriesen, que venía herido, y este testigo baxó abaxo con una vela e vió al dicho onbre herido, el cual con la luz que tenía subió por las escaleras arriba, y traya su Espada desenbainada e un Broquel, e una capa de mezcla, y subió á su aposento, adonde le echaron encima de unos colchones y llamaron á un confesor y un Çuruxano; y este testigo oyó decir que se llamaba Don Gaspar Despeleta, y de dichas heridas está muy malo; y esta es la verdad para el Juramento fecho: y lo firmó.—DON ESTÉBAN DE GARIBAY.—Ante mí, FERNANDO DE BELASCO.

Testigo

En el dicho día e mes y año, el dicho Señor Alcalde rescivió Juramento en forma de derecho á Pedro Díaz; bive en las Cassillas del Rastro viejo, de edad de treinta e quatro años: preguntado por el tenor de lo susodicho, dixo: que lo que passa es que, estando este testigo en su cassa á ora de las diez ó las once desta noche, poco más ó menos, oyó ruido en la calle, hacia la Puentecilla de Esgueva que va al Rastro nuevo, de cuchilladas, y este testigo se asomó á su bentana e vió que un onbre con una capa parda iba huyendo por la dicha Puentecilla, que le paresce venía de hacia el Espital de la Puerta del Campo, e no bió este testigo si llebaba armas ó no; e después de passado esto, un portero que se llama Castro le dixo á este testigo que allí habían herido á un onbre; e no le dixo quién, e después supo que el herido estaba en cassa de una Señora, que se llama Doña Luisa, en las Cassas nuevas, e no sabe cómo se llama, ni por qué ocasión fué la cuestión, ni conoció á nadie ni sa-

be otra cossa: so cargo de Juramento, y no firmó.—Ante mí, FERNANDO DE BELASCO.

Testigo

En el dicho día se rescivió Juramento en forma de derecho de Andrés Ramón, (1) criado de Don Gaspar Despeleta, que le sirbe de Lacayuelo, de edad de diez e ocho años: preguntado dixo: que este testigo sabe que dicho Don Gaspar su amo de ordinario sale de cassa de noche e va muchas veces en cassa del Marqués de Falses, y come en su cassa, y otras beces anda por esta Ciudad de ordinario, e biene tarde á cassa, y esta noche presente fué á casa del dicho Marqués, donde cenó, y estando en cassa aguardándole le dixerón á este testigo e á otros criados de cassa que avían herido al dicho su amo, e fueron á una cassa donde está el Señor Alcalde, donde le hallaron herido echado en una cama.

Preguntado declare si sabe quel dicho su amo aya tenido en días (2) otras pesadumbres ó aya reñido con algunas personas, ó si ha entrado en cassa de algunas mujeres, dixo: que no sabe que haya reñido con ninguna persona, e que hacia la puerta de Santiestéban solía ir y entrar en una cassa, que no sabe cómo se llama el dueño della, ni le conoce, ni á qué efecto entraba; y sabe que un escudero de la dicha cassa, que no sabe cómo se llama, que biéndole le conocerá, a llevado e traído recados al dicho Don Gaspar su amo, e que los recados no sabe quién se los enviaba ni qué eran, ni sabe más de este negocio para el Juramento que fecho tiene; e no firmó.—Ante mí, FERNANDO DE BELASCO.

Testigo

En dicho día e mes y año, se rescivió Juramento en forma de derecho de Andrés Gasco, tratante del Rastro, de edad de quarenta y seis años, que bibe en las dichas cassillas: preguntado por este negocio, e que declare lo que sabe, bió y oyó, dixo: queste testigo se acostó temprano, porque abía de madrugar para ir á Tordesilla, e no sabe ni oyó cosa ninguna de lo que se le a preguntado por el dicho Señor Alcalde; y esto es la berdad por el Juramento que fecho tiene; e no firmó.—Ante mí, FERNANDO DE BELASCO.

Testigo

En el dicho día e mes e año, se rescivió Juramento en forma de derecho de Antonio Lagona, que bibe en las dichas cassillas, de edad de más de treinta años: preguntado por este negocio, dixo: que no sabe cossa ninguna, ni la vió ni oyó, para el Juramento que fecho tiene; e no firmó.—Ante mí, FERNANDO DE BELASCO.

Testigo

En el dicho día se rescivió Juramento en forma de derecho de Martín de Encabo, que bibe en las dichas casillas, de edad de quarenta años; preguntado, dixo: que deste negocio que se le pregunta por el dicho Señor Alcalde, no sabe cossa ninguna, ni la oyó, y esta es la berdad para el Juramento fecho; e no firmó.—Ante mí, FERNANDO DE BELASCO.

(1) Más bien dice *amo*, aunque debe de ser errata del escribano actuario, porque este declarante era sobrino del Dr. Gonzalo Bravo de Sotomayor. Más abajo, en la misma declaración, se dice claramente *su tío*. (Nota del Sr. La Barrera).

(1) No se puede saber si dice en el original *Gasco* ú otra cosa. Alguien quiso leer *Bagona*, y otro *Lagona*. Dejamos *Ramón*, como copió La Barrera.

(2) Parece que falta *pasados*.

Testigo

En el dicho día e mes y año, el dicho Señor Alcalde rescivió Juramento en forma de derecho de Dionisio Gutiérrez, tratante del Rastro, de edad de treinta años; preguntado, dixo: que este testigo no sabe cossa ninguna deste negocio, ni lo ha oído, sabido ni entendido; y esto es la berdad para el Juramento que fecho tiene; e no firmó.—Ante mí, FERNANDO DE BELASCO.

Testigo

En el dicho día e mes e año, se rescivió Juramento en forma de derecho de Francisco Nisartas, Cochero de los Príncipes de Saboya, de edad de treinta años, que bive en las dichas Cassillas; preguntado, dixo: que no sabe ni a oído cosa ninguna deste negocio, ni de lo que se le a preguntado por el dicho Señor Alcalde; y esto es la berdad para el Juramento que fecho tiene; e no firmó.—Ante mí, FERNANDO DE BELASCO.

Testigo

En el dicho día, mes e año, se rescivió Juramento en forma de derecho de Jusepe Trujillo, que bive en las cassillas del Rastro biexo, de edad de veinte e ocho años; preguntado por el Señor Alcalde sobre este negocio e que declare lo que sabe e a oído, dixo: que no sabe ni a oído decir cosa ninguna de lo que se le a preguntado; e esto es la verdad para el Juramento fecho; e no firmó.—Ante mí, FERNANDO DE BELASCO.

Testigo

En el dicho día se rescivió Juramento en forma de derecho de Alonso Ruiz, que bive en las dichas cassillas, de edad de más de veinte e cuatro años; preguntado, dixo: que desto no sabe ni a oído cosa ninguna, y esto es berdad para el Juramento que fecho tiene; e no firmó.—Ante mí, FERNANDO DE BELASCO.

E luego su merced del dicho Señor Alcalde por ante mí el presente Escribano y los alguaciles Diego Garcia, Contreras, Melchor Ruiz, Pedro de la Cueva e Juan de Riura e Francisco Vicente, hizo muchas diligencias para saber donde había sido la cuestión, y aberiguar quién obiese herido al dicho Don Gaspar, entre todos los vecinos que biven en las dichas Cassas, e no se pudo saber ni entender más de lo que por su merced se hizo aberiguar de esta causa por ahora: de todo lo cual doy fee.—FERNANDO DE BELASCO.

En dicho día, ya que amanecía, el dicho Señor Alcalde mandó que Francisco Vicente, alguacil de Corte, esté en la cassa donde está el dicho Don Gaspar y tenga quenta con él y con su regalo, juntamente con Sebastián Macías, Çuruxano que le ha curado para que el dicho Don Gaspar sea regalado; e mandó que el dicho Diego García dé al dicho Francisco Vicente «los setenta e dos reales» que en él se depositaron, para que acuda con ellos para lo que fuere necesario al dicho Don Gaspar; y así lo proveyó e mandó.—Ante mí, FERNANDO DE BELASCO.

E luego se le notificó el dicho auto al dicho Diego García, alguacil y al dicho Francisco Vicente, y el dicho Diego

García le entregó al dicho Francisco Vicente los dichos «setenta e dos reales», el cual los rescivió, e dixo ques presto de cumplir lo que les mandado por el dicho Señor Alcalde; y en fe de ello lo firmó.—Ante mí, FERNANDO DE BELASCO.

E luego se le notificó el dicho auto al dicho Sebastián Macías en su persona; dello doy fe; e ques presto de cumplir lo que se le manda por el dicho Señor Alcalde.—FERNANDO DE BELASCO.

Vistos estos autos por el Señor Alcalde Xpoval de Villarroel, mandó que los alguaciles, por ante mí el presente Escriuano, bayan por las iglesias e monasterios de esta Ciudad, e sepan y entiendan si hay en ellas algunos retraydos; y así mismo, se informen y aberigüen de los Çuruxanos qué persona ayan curado esta noche, que aya sido herida en ella, e todo lo demás que conbenga para aberiguar quién hirió al dicho Don Gaspar Despeleta. Ansí lo probeyó e mandó.—Ante mí, FERNANDO DE BELASCO.

En el dicho día se notificó el dicho auto á Francisco Vicente, alguacil, en su persona, á ora de las quatro de la mañana de oy martes y veinte y ocho del presente; y dello doy fe.—FERNANDO DE BELASCO.

Diligencias fechas por el Señor Alcalde

con Don Gaspar Despeleta

En la ciudad de Valladolid á veinte y ocho dias del mes de Junio de mil e seiscientos e cinco años, el Señor Alcalde Xpoval de Villarroel, en presencia de mí el Escrivano, fué á las cassas donde vive la dicha Doña Luisa de Montoya, donde está el dicho Don Gaspar Despeleta, y estando su merced el dicho Señor Alcalde solo con él, en presencia de mí el presente Escrivano, le requirió e apercivió que declarase e dicesse quién le había herido de las heridas que tenía, para que, conforme á su declaración, su merced fuesse prosiguiendo en las aberiguaciones, como las iba haciendo; y el dicho Don Gaspar Despeleta dixo qué había dicho la berdad, e que no tenía más que decir sobre este negocio; e su merced del dicho Señor Alcalde le apercibió dicesse la berdad sobre este negocio, e que mirasse que convenia así á la administración de la Justicia, para que semejante delito fuesse castigado: el cual dixo que no sabía más de lo que tenía declarado: e sobre ello dicho Señor Alcalde le hizo muchas preguntas, e no declaró más de lo dicho; de lo cual doy fe.—Ante mí, FERNANDO DE BELASCO.

Otra diligencia con el dicho Don Gaspar

En la Ciudad de Valladolid en veinte e ocho dias del mes de Junio de mill y seiscientos e cinco años, ora de las siete de la tarde, poco más ó menos, el dicho Señor Alcalde Xpoval de Villarroel, en presencia de mí el presente Escrivano, fué á las cassas de la dicha Doña Luisa, donde estaba el dicho Don Gaspar Despeleta, e mandó echar la gente del dicho aposento, y en presencia de mí el presente Escrivano volvió á requerir al dicho Don Gaspar Despeleta que declarase quién le abía herido de las heridas que tenía, porque conbenía así á la administración de la Justicia, e por muchas beces se lo requirió e protextó, declarándole que de no decillo corria por su riesgo; y el dicho Don Gaspar dixo qué no había conocido ni sabía quién le obiese herido, como lo tenía declarado ante su merced y el presente Escrivano. E visto esto por el dicho Señor Alcalde, mandó á mí el presente Escrivano que le lea su declaración, la qual

se le leyó toda ella, y habiéndola entendido, dixo: que todo lo en ella contenido, es la verdad, porque pasó así: e demás de lo en ella contenido, declara, debaxo de Juramento que hizo, que la dicha noche, viniendo de cassa del Marqués de Falses, donde como tiene dicho, acostumbraba á entrar, con el cual comía e cenaba, por ser su amigo, como tiene declarado, con su Espada y Broquel y la capa de su criado; llegando un poco más abaxo de donde se hace el Pílon, oyó una música, la qual se paró á escuchar, e pasada, queriéndose ir la calle adelante, bió un onbre de mediana estatura con un ferreruelo negro largo, que le dixo que se fuesse de allí; que qué hacía allí; y este confesante le había dicho que tarde se iría de allí, y sobre esto se habían travado: este confesante, visto que todavía porfiaba de echalle de allí, abía echado mano á la espada que tenía e á un Broquel que llebaba, y que ambos á dos se avian acuchillado e qué se había metido tanto con él, que el dicho onbre le había herido de las heridas que tenía e que ambos á dos habían reñido bien, e que no bió qué armas más traxese el dicho onbre de su Espada; y que cuando reñían había caído en el suelo y se había leantado, y entonces le había herido; e que no sabe más de que luego se fué huyendo la calle arriba hacia la Puerta del Campo, y este confesante se quedó herido, dando boces que le habían muerto, y desta manera fué á la cassa donde está, donde llamó y baxaron luz y le subieron; y que no sabe otra cosa ni tiene mas que declarar.

Preguntado por dicho Señor Alcalde declare si conoció al dicho onbre ó qué señas tenía ó bestidos, ó si benía solo ó acompañado, ó si le guardaban algunas personas; el cual dixo: que no pasó más de lo que tiene declarado, ni bió á otra ninguna persona más del que tiene dicho, ni echó de ver qué señas más tenía, ni le conoce, ni sabe quién es.

Preguntado declare si ha tenido palabras ó reñido con alguna persona ó caballero en esta Corte, ó tiene sospecha de alguna persona que le haya herido, dixo: que no ha reñido con nadie, ni tiene sospecha sobre ninguna persona más de lo que tiene declarado; e que la dicha persona que riñó con él se acuchilló como onbre onrado; e qué fué el primero que metió mano á la Espada contra él; y esto es berdad para el Juramento fecho; e no firmó porque dixo no podía por estar impedido: de lo qual doy fe.—Ante mí, FERNANDO DE BELASCO.

*Por mandado del
Sr. Alcalde Xpoval de Villarroel
los Alguaciles
Francisco Vicente y Diego García*

Q.^a

En la ciudad de Valladolid en veinte e ocho dias del mes de Junio de mill e seiscientos e cinco años, vistas las declaraciones fechas por el dicho Don Gaspar Despeleta, por el Señor Alcalde Xpoval de Villarroel, e que por ellas declara que el susodicho estaba junto á la Puentecilla de madera de Esqueba, en frente de la calle que sube á la del Perú, la dicha noche veinte y siete del presente, y que estando allí había llegado un onbre y le había querido echar de donde estaba, sobre lo cual habían puesto mano á las espadas, y que le había herido de las heridas que tiene; y siendo informado su merced el dicho Señor Alcalde que en las cassas nuevas que están en frente del Rastro desta ciudad, e particularmente en la cassa donde entró herido el dicho Don Gaspar Despeleta, biven algunas mujeres que en sus cassas admiten visitas de cavalleros, e de otras personas, de dia e de noche, adonde así mismo entraba el dicho Don Gaspar Despeleta, de que en la becindad ay grande escándalo y murmuración; y para aberiguar lo susodicho, e saber si de la dicha cassa salió la persona que hirió al dicho Don Gas-

par Despeleta ó fué por causa de alguna de las mujeres que biven en ella, y aberiguar la libertad con que biven las mujeres que están en ella y que en esta Corte no tienen entretenimiento ninguno, y que por su causa fué las heridas del dicho Don Gaspar; su merced el dicho Señor Alcalde por su persona, en presencia de mí el presente Escribano, hizo las informaciones y aberiguaciones siguientes.—Ante mí, FERNANDO DE BELASCO.

Diligencias

En el dicho dia e mes y año dicho, el Alguacil Francisco Vicente, en presencia de mí el presente Escribano, fué por esta ciudad por las Iglesias e Monasterios della, inquirendo y sabiendo quién estaba en ellos retraido de la noche pasada, y sobre ello hizo muchas diligencias, y no se halló, ni se supo ni entendió que ubiese en ellas ningún retraido, ni se tubo noticia de tal: de lo cual doy fe.—FERNANDO DE BELASCO.

E luego este dicho dia el dicho Alguacil Francisco Vicente, en cumplimiento de lo probeydo e mandado por el dicho Señor Alcalde, fué á las cassas de muchos curuxanos que biven en esta ciudad, para saber y entender si habían curado algún herido de la noche pasada veinte y siete del presente, ó tenían noticia donde estubiese; e por esta ciudad, por muchas partes de ella, el dicho Alguacil, en presencia de mí el presente Escribano, hizo muchas diligencias para saberlo, e no supo ni entendió cosa ninguna, de todo lo qual por el dicho Alguacil fué dado noticia al dicho Señor Alcalde Xpoval de Villarroel; y en fe dello lo firmé.—Ante mí, FERNANDO DE BELASCO.

Auto

En la ciudad de Valladolid á veinte y nueve dias del mes de Junio de mill e seiscientos e cinco años, el Señor Alcalde Xpoval de Villarroel dixo: que á su merced le a sido dada noticia quel dicho Don Gaspar Despeleta, es muerto de las heridas que tenía, e que murió hoy dicho dia por la mañana á ora de las seis della: mandó á los Alguaciles Francisco Vicente e Diego García que por antel presente Escribano vayan á la dicha casa y hagan aberiguación de la dicha muerte y á qué ora murió y procuren aberiguar las palabras que dixo al tiempo de su muerte, e fecho esto, se traiga ante su merced; y mandó que se busque la possada del dicho Don Gaspar y qué bienes tiene en ella, y se embarguen todos ellos e pongan en depósito en persona abonada: así lo proveyó e mandó.—Ante mí, FERNANDO DE BELASCO.

E luego se notificó el dicho Auto á los dichos Diego García y Francisco Vicente, Alguaciles, en sus personas; dello doy fe.—FERNANDO DE BELASCO.

Información sobre la muerte

de Don Gaspar Despeleta

Testigo

En la ciudad de Valladolid á beinte y nueve dias del mes de Junio de mill e seiscientos e cinco años, para aberiguación de la muerte del dicho Don Gaspar Despeleta, se recibió Juramento en forma de derecho á Doña Luisa de Montoya, viuda de Estéban de Garibay, de edad de más de quarenta años: preguntada, dixo: que esta testigo se halló pre-

sente á la muerte del dicho Don Gaspar Despeleta juntamente con el çuruxano que le curaba y Don Luis de Garibay su hijo, clérigo, y Doña Magdalena de Sotomayor, Beata, ayudándole á bien morir; esta mañana y á ora de las seis, poco más ó menos, el susodicho murió e passó desta presente vida; el qual murió de las heridas que tiene, y en el artículo mortis le dixerón que descargase su conciencia y mirase que se moría; el qual dixo que no le cansasen, que no tenía más que declarar ni decir de lo que tenía dicho, y con esto el susodicho espiró, y esto es la berdad para el Juramento fecho; y lo firmó.—DOÑA LUISA DE MONTOKA.—Ante mí, FERNANDO DE BELASCO.

Testigo

En dicho dia, mes y año, se rescibió Juramento en forma de derecho á Doña Magdalena de Sotomayor, Beata, de edad de más de quarenta años: preguntada, dixo: que esta testigo se halló presente á la muerte del dicho Don Gaspar Despeleta, herido, questaba en la cassa de Doña Luisa de Montoya, ayudándole á bien morir; y de las heridas que tenía murió y pasó desta presente vida oy dia por la mañana á ora de las seis de la mañana, poco más ó menos: y estando en el artículo mortis, estando presente la dicha Doña Luisa y Don Luis, clérigo, su hijo, y el çuruxano que le había curado, le preguntaron cerca de su herida y quién le había herido, y que descargase su conciencia; el que dixo: que no lo sabía ni quería saber y que le dexasen, y con esto murió; y esto es berdad para el Juramento fecho; y lo firmó de su nombre.—DOÑA MAGDALENA DE SOTOMAYOR—Ante mí, FERNANDO DE BELASCO.

Testigo

En el dicho dia e mes y año, se rescibió Juramento en forma de derecho de Sebastián Macías, çuruxano, de edad de treinta y dos años: preguntado, dixo: queste testigo se halló presente á la muerte del dicho Don Gaspar Despeleta, el qual murió de las heridas que tenía oy dicho dia por la mañana á ora de las seis, poco más ó menos; el qual está pasado desta presente vida; y esto es verdad para el Juramento que fecho tiene, y firmó de su nombre.—SEBASTIÁN MACÍAS.—Ante mí, FERNANDO DE BELASCO.

En el dicho dia e mes y año dicho, en presencia de mí el presente Escribano, los alguaciles Francisco Vicente y Diego García, fueron á la posada donde bibía el dicho Don Gaspar Despeleta, que es en la calle de los Manteros, en cassa de Juana Ruiz, viuda de Diego Hernández, e subieron á un aposento de la dicha cassa, donde dixerón que posaba el dicho Don Gaspar Despeleta, donde hallaron un cofre de la dicha Juana Ruiz e una maleta del dicho Don Gaspar, e dentro los bienes siguientes:

Inventario

Primeramente se halló una maleta cerrada de Cuero, la qual se abrió con una de las llaves que tenía el dicho Diego García, y se halló en ella dos papeles abiertos, que tomó el presente Escribano.

Abrióse un cofre ques de la huéspedea de la cassa, que se llama Juana Ruiz, viuda, y en él se hallaron los bienes siguientes:

Un enbultorio de papeles atados con un cordel, y encima un sobre escripto que dice: Don Gaspar de Aspeleta.

Halláronse otros papeles cerrados y abiertos, que se

entregaron á mí el presente Escribano para entregarlos al Señor Alcalde.

Un cuello de Cambray con sus puños, con unas puntillas.

Un sombrero grande blanco con una trencilla bordada de aljófar.

Una espada con sus tiros, plateada, y sin bordados de plata, y su daga.

Otra espada plateada con un dahalid amarillo de cuero, con su daga.

Unas botas de baqueta de Flandes.

Un cuello de Cambray sin puños.

Un Ferreruelo de raxa negro, con su Abito de Santiago, forrado con tafetán terciopelo, viejo.

Un jubón de Gamuza, respuntado de seda azul, viejo.

Otras botas de baqueta de Flandes.

Unas ligas de tafetán negras, angostas.

Calzones e ropilla de paño azulado con su Abito.

Un jubón de telilla de lana blanca e parda.

Una ropilla y calzones de tafetán terciopelo pelado, abierto por los lados, con botones, con su Abito.

Otra ropilla de terciopelo vieja, con su Abito.

Otra ropilla de luto de balleta, con su Abito.

Una daga ancha.

Una Muserola de cuero colorado.

Unas espuelas de Hierro blancas.

Un sello de azófar.

Un Frasquito pequeño de Marfil.

Unas plumas moradas.

Un par de Borceqines blancos de Badana, de gineta.

Un par de zapatos de Cordobán.

Unas medias de lana gorda de correr la posta.

Un cuello de Rizo.

Un Bonete de terciopelo verde colchado, viejo.

Dos pares de tiros llanos de Cordobán con una pretina.

Unos calzones de lienzo.

Dos ligas de Tafetán carmesí, con puntas de Plata blanca.

Un libro dorado en Latín.

Otro Libro pequeño intitulado *Dotor Villa Lobos*.

Un Abito de Santiago con una venera de plata.

Una Venera de plata.

Una llave de Alcabuz.

Unas Garzotas blancas.

Otro libro de mano en blanco.

Dos candados de Maletas.

Una camissa de Beatilla con su balona con puntas.

Quatro pares de Puños.

Unos antoxos de camino de Terciopelo negro.

Tres pares de calcetas de Holanda con sus puntas.

Dos pares de calcetas de hilo.

Un cordón de sombrero de seda negro.

Dos escobillas, una chica y otra grande.

Un par de medias de seda blancas, muy viejas.

Dos escofietas de Lienzo.

Tres Valonas viejas llanas.

Un Ferreruelo de paño de Lóndres.

Una cadena de una buelta, de Alquimia.

Un cogín con sus estribos.

Una maleta grande de cuero, e no había nada dentro della.

Una silla de Borrenes.

Todos los quales dichos bienes suso inventariados, los alguaciles Francisco Vicente e Diego García, entregaron á Juana Ruiz, viuda de Diego Hernández, que se passa de esta cassa á la solana, en mitad della, donde tiene casa de

posadas; menos unos zapatos e unas calcetas, e una Cofia de Lienzo: y la dicha Juana Ruiz los recibió metidos en el dicho cofre, y de ello se dió por entregada en presencia de mí el presente Escribano e testigos; la qual se obligó de darlos de manifiesto á la ley de depositaria, luego, e cada, e quando que le sea mandado por los Sres. Alcaldes, ú otro Juez competente que de la causa conozca, so la pena de los depositarios que no acuden con los depósitos, e para ello obligó su persona y bienes, dió poder á las justicias, e lo recibió por suyo, e renunció las Leyes de su favor e la general en forma, y otorgó depósito bastante, siendo testigos Juan de Torres e Alonso Román e Juan de Sotomayor estantes en esta Corte; y á ruego de la otorgante lo firmó un testigo, porque dixo que no podía firmar.—ALONSO ROMAN MINBREÑO.—Ante mí, FERNANDO DE BELASCO.

Auto

Vista la información fecha por los dichos alguaciles de la muerte del dicho Don Gaspar Despeleta, por el dicho Señor Alcalde Xpoval de Villarroel, dió licencia para que entierren á dicho Don Gaspar en la parte y lugar que dexa ordenado y mandado: así lo probeyó e mandó.—Ante mí, FERNANDO DE BELASCO.

Más información

Testigo

En dicho día e mes y año dicho, el dicho Señor Alcalde mandó parescer ante sí á Don Estéban de Garibay, testigo que ha declarado en esta causa, y para más averiguación de la verdad, dél recibió Juramento en forma de derecho, e preguntado dixo: que además de lo que tiene declarado en su dicho, que le fué leído por el presente Escribano, la dicha noche que tiene declarado, este testigo benía de Nuestra Señora de San Llorente, en compañía de Doña Luisa su madre e de Doña Magdalena de Sotomayor, e Doña Luisa de Garibay su hermana, á ora de las once poco más ó menos, que fué poco antes de quando tiene declarado quel dicho Don Gaspar bino herido á su casa; y quando llegaron junto á la cassa de su madre deste testigo, bió que más abaxo de donde se hace el Pilon estaba un onbre bestido de negro, e que tenía calzas y estaba embozado, de forma que este testigo no le pudo ver el rostro, e tenía su Espada, e un Broquel, en el bulto que hacía; e por belle de aquella manera, y solo, reparó en él, y lo dixo á su madre; y que, como dicho tiene, después de como se entraron en cassa, luego incontinenti oyeron las bocas que tiene declaradas, y al dicho Don Gaspar de Azpeleta que entraba en su cassa; e desde la bentana bió un onbre que iba huyendo hacia la puerta del Campo, y el dicho Don Gaspar decía: ténganme á ese traidor, que me a muerto!;» pero este testigo no lo conoció.

Preguntado, en la casa donde bibe la dicha Doña Luisa su madre, quién más bibe en la dicha cassa, dixo: que en un quarto que está al lado del de la dicha Doña Luisa su madre, possan Miguel de Cervantes e su mujer, e la dicha Beata, e una hija del dicho Miguel de Cervantes, que se llama Doña Isabel, e una sobrina suya, y en los quartos altos, en el uno dellos, encima del de los Cervantes, possa Doña Mariana Ramirez e su madre, e unas niñas pequeñas, y en cassa desta entra Don Diego de Miranda, con quien trata y está amancebada, e a estado presso con ella, e todavía entra y sale: y en el quarto alto, que cae encima del de la madre deste testigo, possa Doña Juana Gaitán e Doña

Luisa de Argomedo e Doña María de Argomedo, y queste testigo bió algunas veces entrar en este quarto al dicho Don Gaspar Despeleta, de día entrar á bisitallas.

Preguntado, qué otras algunas personas sabe este testigo que entran en el quarto de la dicha Doña Juana Gaitán e Doña María de Argomedo, dixo: que han entrado algunas personas que no se acuerda de sus nombres, excepto el Duque de Pastrana y el Conde de Cocentaina, e que no sabe los nombres de los demás; mas de que dello ay nota e murmuración.

Preguntado, en el quarto de las Cervantes, qué visitas de caballeros ay, dixo: que en el dicho quarto entraban Agustín Raxio y Simon Mendez, portugués, e no a mirado en otras personas.

Preguntado, si este testigo sabe que en los quartos de las que tiene declarado estuviere algún caballero ó persona, que por querer salir ó entrar en ellos se armase pendencia con el dicho Don Gaspar, dixo que no lo sabe.

Preguntado, quando el dicho Don Gaspar entró en su cassa pidiendo socorro y ayuda, que le habían muerto, diga e declare de la forma que benía, si benía en cuerpo ó con capa, e dónde se a ido la capa y bestidos, dixo: que á las bocas, como tiene declarado, baxó este testigo e su hermano Don Luis, el qual Don Gaspar estaba herido y con mucha sangre, y estaba en cuerpo, y el dicho Don Gaspar dixo á este testigo que le traxeren su capa, que se le había caído; y así este testigo la buscó un poco desviado como quatro pasos de donde estaba el herido, e juntamente con él la subieron, como lo tiene declarado; y esto es berdad para el Juramento fecho; y lo firmó. DON ESTÉBAN DE GARIBAY.—Ante mí, FERNANDO DE BELASCO.

Testigo

En el dicho día e mes y año, el dicho Señor Alcalde recibió Juramento en forma de derecho, de María de Zeballos, criada de Miguel de Cervantes, natural del Valle de Toranzo de Bárzana, de edad de diez e ocho años: preguntada, dixo: questa testigo es criada del dicho Miguel de Cervantes, y a questá en su servicio desde el día de Pascua de Spíritusanto: y en la dicha casa están el dicho Miguel de Cervantes, e su mujer e una Beata que se llama Doña Magdalena e doña Isabel, ques hija del dicho Miguel de Cervantes, e Doña Constanza su sobrina, y en el quarto de pared en medio, vive Doña Luisa de Montoya, viuda, e sus hijos, y en lo alto viben otras Señoras que no sabe cómo se llaman, por questa testigo, como a tan poco tiempo questá en su cassa, no a sabido cómo se llaman.

Preguntada declare qué personas y Caballeros entran en casa del dicho Miguel de Cervantes y en los demás quartos de las cassas que tiene declaradas, así de día como de noche, dixo: que después que está con el dicho Miguel de Cervantes, esta testigo no ha visto entrar en las dichas cassas á ninguna persona, de día ni de noche, ni esta testigo ha tenido quenta de ello, porque solamente trata de servir á sus amos en lo que le han mandado, e no a tenido quenta con más.

Preguntada, si esta testigo a ydo en compañía de las dichas sus Amas quando van á misa ó á otras partes, y en el camino se han hallado con algunas personas, dixo: que nunca esta testigo a ydo con sus Amas á misa, ni á otra ninguna parte, e que quando salen fuera, ban unas becas todas juntas, y otras ban de dos en dos ó tres, e nunca la an llebado, por questa testigo se queda en la casa guardándola, porque no tienen otra moza más de á esta testigo; y esto es la berdad para el juramento que fecho tiene; e no firmó.—Ante mí, FERNANDO DE BELASCO.

Testigo

En el dicho día e mes y año, se rescibió Juramento por el dicho Señor Alcalde, de Catalina de Rebenga, criada de Doña Luisa de Montoya, viuda; y es natural de Turuégano, de edad de treinta años; preguntada, dixo: questa testigo a que está en la cassa á servicio de la dicha Doña Luisa de Montoya, su ama, tiempo de un año, poco más ó menos: y en la dicha cassa, junto á el quarto de la dicha su ama, está otro donde viben Miguel de Cervantes, e su mujer, e una hija suya que se llama Doña Isabel, e Doña Constanza su sobrina, e una Beata, que se llama Doña Magdalena, e Doña Andrea, madre de la dicha Doña Constanza, ques viuda; y que en el dicho quarto an entrado algunas personas de día y de noche á visitar al dicho Miguel de Cervantes, e que las personas que an entrado, esta testigo no sabe cómo se llaman, ni si son parientes del susodicho, ó no; y en el quarto de más arriba possa Doña Juana Gaitán, e Doña María de Argomedo, e Doña Catalina de Salazar, e Montero e su mujer, que se llama Doña Gerónima, y que en este quarto no a visto entrar á ninguna persona, ni lo a oydo decir, por questa testigo no a tenido cuenta de verlo ni saberlo: y en el quarto que cae encima del de Miguel de Cervantes, bive Doña Mariana Ramirez e sus hijas, niñas pequeñas, y en este aposento entra un ombre que a oido decir se llama Don Diego, el qual es público en la cassa que se a de casar con la dicha Doña Mariana, e de la entrada de este Don Diego en la cassa de la dicha Doña Mariana a habido y ay murmuración, e que la postrera vez que le vió entrar, no tiene noticia quando fué, y le parece que abrá un mes, poco más ó menos, que le bió dentro en su cuarto con ella.

Preguntada, declare qué otras personas a visto entrar en el quarto de la dicha Doña Mariana y en los demás que tiene declarados, así de día como de noche, ú oyó decir que entran, dixo: questa testigo no a visto más de lo que tiene declarado, ni sabe más deste negocio, para el Juramento que fecho tiene; e no firmó por no saber.— Ante mí, FERNANDO DE BELASCO.

Testigo

En el dicho día e mes y año, para aberiguación de lo susodicho, el dicho Señor Alcalde mandó parescer ante sí á Isabel de la Ilallana, natural de las Montañas de Oviedo, hija de Don Gomez de la Ilallana, natural de Toledo, que a biuido en la dicha ciudad; de edad de veinte años, y es criada de Doña María de Argomedo; preguntada por el thenor de la cabeza del proceso, e todo lo demás contenido en él, dixo: questa testigo a que está en la cassa y servicio de la dicha Doña María de Argomedo, de quatro meses á esta parte, y que conoce á Don Gaspar Despeleta, Caballero del Abito de Santiago, que al presente a muerto, de haberle visto en cassa de la dicha Doña María de Argomedo, su ama, abrá más de un mes.

Preguntada cerca de la pendencia y heridas del dicho Don Gaspar, e con quién fué la dicha pendencia, y quién le hirió; ques lo que sabe ó a oydo decir, dixo: que la noche que sucedió, que fué el lunes veinte y siete del presente, que serían entre las once ó las doce, esta testigo, por hallarse sin agua, tomó un cántaro y fué por agua á la fuente de Argales, questá á la Puerta del Campo, e dió un cuarto á un Pícaro que alló en la calle para que se le truxese, y junto al Espital de la Resurrección, quando iba, topó un ombre embozado á la esquina, que se llegó á esta testigo y la pellizcó, diciéndola si se quería yr con él, y esta testigo le respondió; «báyase con el diablo, que debe de ser algún

pícaro,» y el dicho ombre llamó á esta testigo y entonces le conoció ser el dicho Don Gaspar, por habelle visto, como tiene declarado, en casa de sus amas; y la bolbió á decir que se fuese con él, y esta testigo le dijo que no quería, é se pasó adelante, e fué por su agua, dexando al dicho Don Gaspar embozado, que se iba la calle abajo hacia el Rastro: e quando volvió esta testigo, que fué luego, encontró un ombre pequeño de cuerpo, bestido de negro, que llevaba la capa cayda del onbro y estaba envainando su Espada, frontero de la Puente de madera que está en Esgueva, antes de llegar al Espital, el cual iba sin cuello, con una Balona blanca, y la Ropilla negra abotonada al través, y venía desabotonada la Ropilla por lo alto, que se le parecía la camisa blanca, y la Ropilla no se determina si era de Paño ó de Seda, y también tenía unos calzones negros que no sabe si eran de Paño ó Seda: el cual iba aguixando, paso apresurado; y á lo que le pareció era un ombre que tenía poca barba, porque le parescía que estaba recién fecha la barba, e roxa un poco, y le parece á esta testigo que si le viese que le conocería, porque también le pareció que era un poco redondo de rostro.

Preguntada, si el dicho ombre de las dichas señas que tiene dichas e declaradas, le bió esta testigo al tiempo y quando salió de su cassa que iba por agua á la Fuente de Argales á la Puerta del Campo, e cuándo dice que bió al dicho Don Gaspar arrimado y arreboçado, dixo: que quando encontró al dicho Don Gaspar Despeleta, como tiene declarado, un poco más adelante, vió arreboçado al ombre que tiene declarado que después bió enbainar la Espada, el qual estaba parado, y esta testigo entendió que era criado del dicho Don Gaspar, y como iba deprisa por su agua, no reparó en otra cosa.

Preguntada, que pues la riña sucedió sobre querer quitar al dicho Don Gaspar Despeleta, que estaba arrimado á la esquina de las cassas donde bive su amo desta testigo, qué persona entiende esta testigo de las que bisitan á dichas sus amas, en que puedan concurrir las señas del ombre que tiene declarado que estaba envainando la Espada, dixo: questa testigo no sabe persona alguna que por algún respeto entre á bisitar en el aposento donde bive su ama desta testigo, porque no conoce Cavallero ninguno de respeto que visite por este título en la dicha cassa, y que los questa testigo ha visto entrar an sido el Duque de Pastrana y Conde de Cocentina, y otros caballeros que entran á visitallas.

Preguntada, en el aposento del dicho Miguel de Cervantes, qué personas ha visto entrar á bisitalle á él y á su mujer, y la demás gente de su cassa, dixo: que a visto entrar en el aposento del dicho Miguel de Cervantes al Señor de Igales, e que no sabe por qué entra; y que ayer martes, á lo que anohecía, le vió entrar al dicho Señor de Igales con una señora de la cassa, estando en el aposento el dicho Miguel de Cervantes, y á la ventana que cae á la calle.

Preguntada, declare quién entra en el aposento de la dicha Doña Mariana Ramirez, dixo: que no sabe quién entra en ese su aposento.

Preguntada, si ha oydo decir quién fuese la persona que hirió al dicho Don Gaspar, ó que se haya tratado ó sospechado de la que pudiese ser, dixo: que no lo a oydo, ni sabido más de haber oydo decir que por alguna mujer sería; e questo que ha dicho es la berdad para el Juramento fecho; e no firmó.—Ante mí, FERNANDO DE BELASCO.

Testigo

En el dicho día y mes y año, el dicho Señor Alcalde mandó parescer ante sí á Doña Magdalena de Sotomayor, Bea-

ta, hermana de Miguel de Cervantes, de la qual recibió Juramento en forma de derecho, y preguntada por el thenor de lo susodicho, dixo: que no conoce al dicho Don Gaspar Despeleta más de desde la noche que entró en cassa de Doña Luisa de Montoya herido, y entonces le oyó llamar Don Gaspar Despeleta, y desde entonces esta testigo estuvo á su cabecera, regalándole hasta el punto que murió.

Preguntada, cómo dice no le conoce, pues el dicho Don Gaspar Despeleta en su testamento hace una manda á esta testigo de que le den un bestido de seda de la quella quisiere por el amor que la tiene, dixo: questa testigo no sabe por qué razón lo dixo, más de que si por haber acudido con caridad á regalalle en la cama, le hizo alguna manda.

Preguntada (pues esta testigo profesa ábito de Beata, e no le cuadra el vestido de seda quel dicho Don Gaspar le manda), diga y declare si se lo manda para dallo á otra persona, poniéndolo en cabeza desta testigo, dixo: questa testigo no sabe ni entiende por qué el dicho Don Gaspar le hiciese la dicha manda, porque nunca le trató ni conoció en su cassa, ni en otra ninguna, más de tan solamente quando le vió herido, como tiene dicho.

Preguntada, si el dicho Don Gaspar Despeleta, a tenido visitas en el aposento donde possa Doña Isabel é Doña Constanza, sus sobrinas, e si juntamente con él a entrado á visitas algún otro cavallero con quien haya tenido alguna pendencia ó pesadumbre, dixo: questa testigo possa con su hermano Miguel de Cervantes e Doña Andrea su hermana, y que alli están las dichas Doña Isabel, ques hija natural del dicho su hermano, y Doña Constanza, hija legítima de la dicha Doña Andrea; e que no a visto, como dicho tiene, al dicho Don Gaspar, ni esta testigo, como tiene dicho, le a visto hasta que le vió herido, y que no a entrado otra ninguna persona.

Preguntada, qué otras personas han entrado en la dicha cassa y aposento á visitar á los que tiene declarados, dixo: que Don Hernando de Toledo, señor de Higales, a entrado una ó dos veces á bisitar al dicho Miguel de Cervantes, su hermano, e también a entrado Simon Mendez.

Preguntada, cerca de las heridas del dicho Don Gaspar e de la pendencia que hubo con quien le hirió; ques lo que a oydo decir ó sabe cerca dello, dixo: que lo que sabe es questa testigo rogó muchas veces al dicho Don Gaspar que declarase la persona que le había herido, e con quién había tenido la pendencia, porque no padeciesen algunas personas sin culpa, e quel dicho Don Gaspar, no lo quiso decir, más de que biniendo de cassa del Marqués de Falses, se había arrimado á la acera de la cassa donde biven esta testigo e su hermano, junto á un Mesón, y que estando allí había llegado un onbre y le había dicho que qué hacía allí y quién era, y el dicho Don Gaspar le había dicho questaba allí, y sobre si se abía de quitar de allí, ó no, abían avido palabras y se abían acuchillado, y le abía herido; e que no sabia quién era ni lo quería saber: quel le perdonaba, porque había reñido con él como onbre onrrado, cara á cara; y esto sabe y no otra cosa.

Preguntada, si esta testigo vió la dicha pendencia y si vió lo que más en ella pasó, y si vió algunas personas enbozadas que lo aguardasen, dixo: questa testigo no vió la dicha pendencia; mas que el lunes por la noche, á ora de las doce, estando esta testigo en su aposento, oyó abaxo decir: ¡cuchilladas, cuchilladas! y comenzaron á ladrar los perros y alborotarse, y á esto esta testigo abrió la ventana, y no vió persona ninguna, más de oyr una voz que dixo: ¡Bálgame Dios!, y esta testigo dixo: ¡él te balga!, y de cassa de Doña Luisa de Montoya, salieron sus hijos, con luz, e subieron al dicho Don Gaspar, que le hallaron en la escalera que se iba subiendo, que venía diciendo: «¿no habrá quien

socorra á este caballero que le an muerto?» y lo subieron á lo alto del aposento, donde le echaron en una cama, y le confesaron y curaron; y en esto bino el Señor Alcalde; y que antes que sucediese la dicha questión esta testigo, juntamente con la dicha Doña Luisa Montoya y D. Estéban de Garibay, fueron á rezar á Nuestra Señora de San Llorente, y á la buelta, que fué un poco antes de la dicha pendencia, bieron á un onbre enbozado á un lado hacia el rio de la Esqueba, que por ser esta testigo corta de vista no echó de ber qué señas ni bestidos tenía, ni las armas, y se entraron en su Aposento; de desde á poco pasó lo que tiene declarado, porque aun no se habían acabado de quitar los mantos, quando oyó las boces que tiene dichas.

Preguntada, si esta testigo sabe ó ha oydo decir e platicar por sospechas, ó en otra manera, quién hiriese al dicho Don Gaspar, dixo: que no sabe más de lo que tiene declarado: y esto es la berdad para el Juramento fecho; y lo firmó. -DOÑA MAGDALENA DE SOTOMAYOR.—Ante mí, FERNANDO DE BELASCO.

Testigo

En el dicho dia, e mes y año, para aberiguación de lo susodicho, el dicho Señor Alcalde mandó parescer ante sí á Doña Luisa de Montoya, viuda, mujer que fué de Estéban de Garibay, de la qual el dicho Señor Alcalde rescibió Juramento en forma de derecho é dixo ques de edad de quarenta años: preguntada por las dichas cabezas del proceso, dixo: que sobre este negocio tiene dicho su dicho, que le fué leydo, en que se afirmó, e demás de lo en él contenido, lo que sabe es: questa testigo e Doña Magdalena de Sotomayor e Don Estéban de Garibay, su hijo desta testigo, el lunes, en la noche, fueron á rezar á Nuestra Señora de San Llorente, y á la buelta, que serían las once de la noche, poco más ó menos, bieron un onbre enbozado questaba más arriba un poco de la Puente de madera questá en Esqueba, y esta testigo, por ser corta de vista, no echó de ber qué señas ni bestidos tenía: mas de que el dicho Don Estéban, su hijo, dixo que quisiera tener una ballesta para tiralle: y el dicho su hijo le ha dicho después acá que el dicho onbre era pequeño de cuerpo y bestido negro, y después de haber entrado en cassa, desde á poco que no había hecho sino quitarse el manto, oyó las boces que tiene declaradas en el primer dicho, y como suvían al caballero, y en la sala dixo: «¡ah Señora, que vengo muerto!»

Preguntada, si sabe esta testigo, ó a oydo decir, ó si en su presencia se ha tratado ó platicado de la persona que hiriese al dicho Don Gaspar, dixo: questa testigo no lo sabe, más de que el dicho Don Estéban su hijo le dijo á esta testigo que al dicho Don Gaspar le había visto en el Aposento de Doña Juana Gaitán y Doña María de Argomedo, e sus sobrinas y hermana.

Preguntada, qué otras personas sabe esta testigo que visitan á las dichas Doña Juana e Doña María e las demás, dixo: que ha oydo decir que tienen visitas de Cavalleros, y en especial a oydo decir que vienen el Duque de Pastrana y Conde de Cocentina, y también a oydo decir á la dicha Doña Juana Gaitán que benían á tratar de un libro que había compuesto un fulano Laynez, su primer marido; pero que de las bisitas que ha abido se ha dado ocasión á que se murmure entre los vecinos.

Preguntada, qué otras huéspedes biven en esta cassa, y de qué trato, ó personas que las an visitado, dixo: que en otro quarto, pared en medio del desta testigo, bive Miguel de Cervantes e su mujer y hermanas e una hija e una sobrina; e que a oydo decir que el Señor de Higales entra en esta cassa, e no sabe en qual quarto entra, y que también

sabe que entra de visita Simon Mendez, y que a oydo decir que entra á visitar al dicho Miguel de Cervantes.

Preguntada, si por razón de las visitas que entraban en cassa de las dichas Doña Juana Gaitán y Miguel de Cervantes, fué la cuestión que tubo el dicho Don Gaspar, dixo: que no lo sabe ni lo a oydo decir.

Preguntada por qué causa ó razon el dicho Don Gaspar mandó un bestido de seda á Doña Magdalena de Sotomayor, diciendo que se le manda por el amor que la tiene; pues la dicha manda presupone conocimiento en cassa de la dicha Doña Magdalena, y siendo, como es, beata, y que se viste de Xerga, presupone también que mandalle un Bestido de Seda era para otra persona, e no para ella, dixo: que no se halló al testamento, ni sabe la causa; mas de que entiende de que por ser pobre se lo mandaría de caridad; porque la tiene por una gran Sierva de Dios, por la buena vida que hace; y que lo que tiene dicho es la verdad, por el Juramento que fecho tiene; y lo firmó.—DOÑA LUISA DE MONTTOYA.—Ante mí, FERNANDO DE BELASCO.

Testigo

En el dicho dia y mes y año, el dicho Señor Alcalde mandó parecer ante sí á Doña Gerónima de Sotomayor, mujer de Rodrigo Montero, Continuo de los del Señor Duque de Lerma, que bive en el cuarto donde bive Doña Juana Gaitán, y es de edad de veinte y tres años, de la cual se rescivió Juramento en forma de derecho; y preguntada por las cabezas deste proceso, dixo: que á el dicho Don Gaspar Despeleta de nombre no le conoce, y que de vista le conoce porque le a visto dos veces de visita en el Aposento de Doña Juana Gaitán e Doña Maria de Argomedo e su hermana y sobrina; y que en el Aposento de las susodichas a visto otras visitas de Cavalleros que no sabe los nombres dellos.

Preguntada, si entre las visitas que an fecho á las dichas Doña Juana Gaitán e Doña Maria de Argomedo, alguna sea de cavallero que tenga particular respeto con ellas ó con alguna de sus sobrinas, dixo: que cosa en particular esta testigo no la sabe.

Preguntada, si esta testigo sabe qué Caballeros ó personas visiten á Miguel de Cervantes e sus hermanas y hija y sobrina, dixo: que no lo sabe, porque no las trata, más de hablallas quando entra ó sale en cassa y las encuentra: y que a oydo decir que el Señor de Higales visita esta cassa e no sabe en cual cuarto, e también a oydo decir que Simon Mendez visita en el cuarto del dicho Miguel de Cervantes, no sabe á quién.

Preguntada, si sabe ó a oydo decir quién fuesse la persona que hiriese al dicho Don Gaspar e que las heridas e pendencia fuesse en razón de las visitas, dixo: que no a oydo decir ni sabe sobre qué fué, ni de la dicha pendencia sabe más de que el lunes en la noche, ya tarde, que no sabe la ora que era, queriéndose esta testigo acostar, oyó una voz que dixo: «válganme aquí, que me a muerto un traydor;» y esta testigo se asomó á la ventana e no bió á nadie; y esto es berdad para el Juramento que fecho tiene; e no firma por no saber.—Ante mí, FERNANDO DE BELASCO.

Testigo

En el dicho dia, e mes y año, el dicho Señor Alcalde Cristoval de Villarroel, para más aberiguación de lo susodicho, rescivió Juramento en forma de derecho de Isabel de Ayala, viuda, mujer que fué del Doctor Espinosa, y es natural de la Ciudad de Leon; y anda en ábito y es Beata, de edad de más de cuarenta años.

Preguntada al thenor de lo contenido en la Cabeza deste Proceso, y demás diligencias que se van haciendo, dixo: questa testigo bibe en un cuarto alto de la cassa dondestá el dicho Don Gaspar Despeleta muerto, y que la noche que sucedió las heridas que le dieron, que fué el lunes en la noche, veinte y siete deste presente mes, esta testigo no se halló en su Aposento, porque estaba en una cassa pared en medio, de otro vecino, y ansí no vió ni supo cossa ninguna de lo contenido en la dicha pendencia; mas que de ende á poco vino á su cassa e vió en el cuarto donde bibe la dicha Doña Luisa de Montoya á el dicho Don Gaspar Despeleta, á lo que decían herido, que le estaban curando, y supo que estaba en el dicho Aposento el Señor Alcalde, e otras personas, y Alguaciles de Corte; ni sabe más de haber oido decir que se havían benido acuchillando el dicho Don Gaspar Despeleta y otro onbre desde hacia la parte del Espital de la Resurrección, y desto podrán más particularmente decir los que viben en la taberna y otros, y que ha oydo decir á Isabel, criada de Doña Maria de Argomedo, que á uno de los onbres que reñían le había visto enbainar su Espada, ensangrentadas las manos, e que era un onbre mediano de cuerpo, bestido de negro, á lo que le había parecido.

Preguntada, en la dicha cassa qué personas ay e de qué trato e conversación, dixo: que en el cuarto primero, á mano derecha, vibe Doña Luisa de Montoya e sus hijos, ques gente onrrada e recogida; y en otro cuarto, también primero, que hay á mano izquierda, que cae encima de la taberna y se manda por la puerta desta cassa, biven Miguel de Cervantes e Doña Andrea e Doña Magdalena, sus hermanas, y una hija del dicho Miguel de Cervantes, bastarda, que se llama Doña Isabel, y también bive Doña Constanza, hija de la dicha Doña Andrea: y que en este cuarto donde el dicho Miguel de Cervantes, e su hija, hermanas y sobrinas biven, ay algunas conversaciones de gentes, que entran Cavalleros questa testigo no conoce, más de que en ello hay escándalo e murmuración; y especialmente entra un Simon Mendez, portugués, ques público e notorio que está amancebado con la dicha Doña Isabel, hija del dicho Miguel de Cervantes, y esta testigo se lo ha reprendido muchas veces al dicho Simon Mendez, aunque quel decía que no entraba sino por buena amistad que tenía en la dicha cassa; y sabe esta testigo, por lo haber oydo decir públicamente, que dicho Simon Mendez la había dado un faldellín que le había costado más de docientos ducados: y que en el cuarto alto, arriba de la taberna, bive Doña Mariana Ramirez, la cual es público e notorio que está amancebada con Don Diego de Miranda e dicen que se quiere casar con ella y que sobre esto an estado presos, y después acá todavía se tratan; y que en otro quarto alto, que cae encima de la dicha Doña Luisa, vibe Doña Juana Gaitán y Doña Maria de Argomedo y Doña Catalina, mujer soltera, sobrina de la dicha Doña Juana Gaitán, e Doña Luisa, tambien moza soltera, hermana de la dicha Doña Juana Gaitán; y estas dichas mujeres admiten muchas visitas de dia e de noche de Caballeros como son el Duque de Pastrana e Maqueda, y a oydo decir que el Conde de Cocentina y el Señor de Igales, que a oydo decir se llama Don Hernando de Toledo, y otros muchos Cavalleros que no conoce, pero que el de Igales entraba más veces e más á menudo en el Aposento del dicho Miguel de Cervantes, e su mujer, hermanas e sobrina e hija.

Preguntada, si el dicho Don Gaspar Despeleta entraba en las dichas cassas con los dichos Cavalleros, y en qual de los Aposentos entraba y con qué personas trataba, dixo: que bien podía aber entrado, pero que esta testigo no le conoce, y ansí no puede decir más de que entraban Caballeros de Abito de Santiago.

Preguntada, si esta testigo sabe ó a oydo decir que por razón destar el dicho Don Gaspar Despeleta, muerto; arrimado enboçado hacia la parte de las cassas donde viven las personas ó mujeres que tiene declaradas, sobre y en razón de que no abía destar allí, le quiso una persona echar del puesto, vinieron á echar mano á las Espadas e tubieron la pendencia de que salió herido de las heridas de que murió, y si sabe ó a oydo decir por quál de las dichas mujeres fué la dicha pendencia, dixo: questa testigo no lo sabe, más de aber oydo decir que la dicha pendencia fué por lo que se le pregunta; pero no conoce ni sabe por quién fuese, ni tampoco a oydo decir quién fuese el onbre con quien el dicho Don Gaspar riñese, ni lo sospecha; por questa testigo no trata con ninguna dellas, porque, como dicho tiene, siempre le a parecido mal, y causado escándalo las demasiadas conversaciones y libertades con que viven; y esto es la verdad por el Juramento fecho; y lo firmó.—ISABEL DE AYALA.—Ante mí, FERNANDO DE BELASCO.

Auto

Vistas estas aberiguaciones por el Señor Alcalde Christoval de Villarroel, mandó se prendan e lleven á la Cárcel Real (1) desta Corte á Miguel de Cervantes e Doña Isabel su hija, e Doña Andrea y Doña Constanza su hija, e Simon Mendez, y Doña Juana Gaitán, Doña María de Argomedo y su hermana y sobrina, y Doña Mariana Ramirez e Don Diego de Miranda: así lo probeyó e mandó.—Enmendado *rreal*.—Ante mí, FERNANDO DE BELASCO.

Auto

En la ciudad de Valladolid, á veinte y nueve dias del mes de Junio de mill y seiscientos e cinco años, su merced el Señor Alcalde Christoval de Villarroel fué informado que Juana Ruiz, huéspedada donde posaba el dicho Don Gaspar Despeleta, ha dicho que, en razón de las heridas que le dieron al dicho, que sabe alguna cosa; y atento que también fué informado que la susodicha está mala de Tabardillo en la cama, mandó que los alguaciles Francisco Vicente y Diego García, en presencia de mí el presente Escribano, le tomen su declaración, e pregunten lo que acerca desto sabe, y se traiga ante su merced para probeer lo que convenga: así lo proveyó e mandó.—Ante mí, FERNANDO DE BELASCO.

Testigo

En el dicho día e mes y año dicho, los dichos Alguaciles, en cumplimiento del mandamiento del dicho Señor Alcalde Christoval de Villarroel, fueron á cassa de la dicha Juana Ruiz, questaba mala en la cama, donde hallaron que la habían acabado de dar el Santísimo Sacramento, y en el Aposento de la dicha casa hallaron á una mujer, con dos criadas tapadas, que parecía persona de calidad, á la cual preguntaron cómo se llamaba y á qué iba á aquella cassa; y la dicha mujer dijo que no tenía necesidad de saberlo, y el Alguacil Diego Garcia fué á dar cuenta dello al Señor Alcalde Christoval de Villarroel, y la dicha mujer se estuvo aguardando la orden de su merced; y de la dicha Juana Ruiz se rescivió Juramento en forma de derecho, y preguntada por este negocio, dixo: que lo que passa es, que en cassa desta testigo, como cassa de possadas, que tiene possado á Don Gaspar

de Azpeleta, más de tres meses; el qual era grande amigo del Marqués de Falses, y abría un mes, poco más ó menos, quel dicho Don Gaspar en compañía del dicho Marqués fué á un lugar fuera de esta Corte, y aquel propio día bino á cassa desta testigo una mujer tapada, y preguntó por el Aposento del dicho Don Gaspar, y si estaba en él, y esta testigo le dixo que no estaba en esta ciudad, que había ido fuera, e que le estaba aguardando; y la dicha mujer dixo que le enseñase su Aposento, y esta testigo se lo enseñó, y la dicha mujer llorando dixo: ¡Oh Aposento de mis desonras y de mis desventuras! ¡oh mal traydor, qué mal pago me as dado! ¡vive Dios que me lo tienes de pagar, aunque sea de aquí á cien años, y que me tengo de vengar de tí, lo qual decía llorando e dando grandes suspiros: y esta testigo, dixo: Señora, no tome pesadumbre, dígame quién es, que yo le prometo, como mujer onrrada, que si lo puedo remediar, de lo hacer: y la destapó por dos veces e no la conocía, y porfiando con ella que le dixese quién era, que le prometía que sería secreto cualquiera cosa que mandase, la dicha mujer le dixo: que pues que le prometía aquello, le quería decir su nombre, e donde vivía, e la causa que le movía á llegar á su casa; y así le dixo quel dicho Don Gaspar Azpeleta le había tomado dos sortijas de oro, una de unas memorias con unos Diamantes y la otra con unas Esmeraldas, las cuales sortijas le pedía su Marido e porque no se las daba la había querido matar y la daba mala vida; e que se las había de dar, ó le había de hacer una que se le acordase, y que se había de vengar dél de la burla que le había fecho, que no era ella mujer de quien se habían de hacer semejantes burlas, e todavía lloraba e daba grandes suspiros: y esta testigo la dixo que, benido el dicho Don Gaspar, ella le prometía de remediallo, e decírselo; y le rogó le dixese su nombre y cómo se llamaba su Marido e dónde bivía; y la dicha mujer dixo: que su marido se llamaba Galban y era Escrivano, y vivía junto á San Salvador; e que le hiciese merced de cumplir lo que le había prometido; porque era remedialla, y con esto se fué, y esta testigo no curó de hacer diligencias más sobre ello: e otro dia, que había benido el dicho Don Gaspar, binieron á ablalle dos frailes, que no tiene noticia de qué orden eran e oyó como le pidieron las dos sortijas de la dicha mujer, las cuales vió esta testigo quel dicho Don Gaspar se las dió: y las llevaron á la dicha mujer; y esta testigo no las bió más, ni supo en qué paró el negocio.

Preguntada, declare qué otras mujeres benían á cassa del dicho Don Gaspar y entraban en su Aposento, dixo: que no bió á ninguna persona entrar en él, porque esta testigo si lo biera, no lo consintiera; e que en más de tres meses que possó en su cassa el dicho Don Gaspar, no durmió en ella quince dias, porque se quedaba á dormir fuera; e no comía en su Aposento en cassa y decían sus criados que comía e cenaba en cassa del Marqués de Falses; y esto es verdad por el Juramento que fecho tiene; e no firmó, porque dixo que no puede por estar enferma.—Ante mí, FERNANDO DE BELASCO.

Testigo

En la ciudad de Valladolid en veinte e nueve dias del mes de Junio de mill e seiscientos e cinco años, el Alguacil Diego Garcia, que fué á dar noticia al dicho Señor Alcalde Christoval de Villarroel de cómo habían hallado á la dicha mujer, dixo: que su merced mandaba que la llevasen á su Posada; y ambos los dichos alguaciles, en presencia de mí el presente Escribano, la llebaron: con la qual su merced estuvo á solas; y abiéndose informado en particular deste negocio, en presencia de mí el Escribano rescivió de ella

(1) Se escribió *pública* y se sobrescribió *real*.

Juramento en forma de derecho, y lo hizo, y preguntada dixo: que su nombre lo tiene dicho al dicho Señor Alcalde, y en lo demás de abella topado en la cassa donde iban los Alguaciles por mandado del Señor Alcalde á la Calle de los Manteros, confiesa que es berdad que, pasando por la calle de los dichos Manteros, en una cassa bió entrar al Santísimo Sacramento; y ella se entró en la dicha cassa, donde estuvo hasta que salió, e después de salido, fué á ver la mujer enferma que le había recibido, y estándola visitando llegaron dos Alguaciles, e por estar tapada la quisieron destapar y saber quién era; la cual les dixo que era mujer principal, y que por esto la truxeron ante el dicho Señor Alcalde; e que esto pasó e no otra cosa, y es la berdad para el Juramento fecho; y así lo declaró ante su merced del dicho Señor Alcalde.—Ante mí, FERNANDO DE BELASCO.

Testigo

E luego se rescivió Juramento en forma de derecho de una moza que dixo ser criada de la dicha mujer, la qual dixo su nombre al dicho Señor Alcalde, y preguntada, dixo: questa testigo fué acompañando á su ama por la calle de los Manteros esta noche á hora de las ocho, poco más ó menos, y á la entrada de la dicha calle, en una cassa entró el Santísimo Sacramento, donde estaba una mujer enferma, y esta testigo y la dicha su ama, le acompañaron, e después de salido, visitaron á la enferma; y estándola visitando llegaron los Alguaciles, y por estar tapada su ama la quisieron descubrir, y ella dixo que era mujer principal, y dello fueron á dar noticia al Señor Alcalde Christoval de Villarroel; las cuales mandó llevar ante su merced, y las llevaron; y esto es la verdad para el Juramento fecho; e no firmó.—Ante mí, FERNANDO DE BELASCO.

Auto

El dicho Señor Alcalde mandó que los dichos Alguaciles, debajo de Juramento, declaren lo que pasó con la dicha mujer en la calle de los Manteros, de que le dieron noticia, para probeher lo que combenga; así lo mandó.—Ante mí, FERNANDO DE BELASCO.

Testigo

E luego se rescivió Juramento en forma de derecho de Diego Garcia, Alguacil de la Casa y Corte de Su Majestad, de edad de más de treinta años: preguntado, dixo: que por mandado del Señor Alcalde Cristoval de Villarroel, este testigo, juntamente con el Alguacil Francisco Vicente y el presente Escribano, fueron á la calle de los Manteros á tomar su dicho á Juana Ruiz, huéspeda, donde había posado el dicho Don Gaspar de Azpeleta, y estando á la puerta de la calle supieron que habían dado el Santísimo Sacramento á la dicha Juana Ruiz, y el presente Escribano para tomalle su declaración, salió del Aposento donde ella estaba una mujer con dos criadas, tapadas todas, e queriéndolas descubrir, dixo que era mujer principal y que no lo había de hacer, y porfiando en ello no se quiso descubrir; y este testigo fué á dar de ello noticia al Señor Alcalde Cristoval de Villarroel, el cual mandó que las llevasen ante su merced, y así fué fecho; y esto pasó, y es la berdad para el Juramento fecho; y lo firmó.—DIEGO GARCIA.—Ante mí, FERNANDO DE BELASCO.

Testigo

En el dicho dia se rescibió Juramento en forma de derecho á Francisco Vicente, Alguacil de la Casa y Corte de Su Majestad, de edad de treinta años: preguntado, dixo: que este testigo, en compañía del Alguacil Diego Garcia y del presente Escribano, por mandado del Señor Alcalde Cristoval de Villarroel, fueron á la calle de los Manteros, en casa de Juana Ruiz, huéspeda del dicho Don Gaspar, á tomalle su declaración, y de la dicha cassa había salido el Santísimo Sacramento; y el dicho Escribano entró á tomalle su declaración, y este testigo y el dicho Diego Garcia se quedaron á la puerta, y del Aposento de la dicha Juana Ruiz salieron tres mujeres tapadas; las cuales quisieron saber quien eran, y la una dellas dixo que era mujer principal e las demás eran sus criadas, y queriéndolas destapar no lo consintió; y el Alguacil Diego Garcia fué á dar noticia dello al Señor Alcalde Cristoval de Villarroel, el cual las mandó llevar ante su merced, y después las mandó ir á su cassa; y esta es la verdad para el Juramento fecho; e lo firmó.—FRANCISCO VICENTE.—Ante mí, FERNANDO DE BELASCO.

Confesión

de Doña Costanza de Ovando

En la Ciudad de Valladolid, en treinta dias del mes de Junio de mil e seiscientos e cinco años, estando en la Cárcel Real de esta Corte el Señor Alcalde Cristoval de Villarroel, en la Sala Real della mandó parescer ante sí á Doña Costanza de Obando, presa, y le preguntó lo siguiente:

Preguntada cómo se llama, qué edad tiene, e por qué está presa, dixo: que se llama Doña Costanza de Obando, hija de Nicolás de Obando y Doña Andrea de Cervantes, y es doncella de edad de veinte e ocho años, e que no sabe la causa por qué está presa, más de que por mandado del Señor Alcalde la han traído á la Cárcel.

Preguntada si conoce á Don Gaspar Despeleta, Cavallero del Avito de Santiago, que murió de unas heridas que le dieron, y que de qué le conoce, dixo: que le conocía de belle pasar con el Marqués de Falses por delante de las casas donde vive esta confesante.

Preguntada, si dicho Don Gaspar tuvo algunas visitas ó las tenía en el Aposento donde vive esta confesante; diga y declare á quien visitaba, dixo: que en el Aposento donde esta confesante vive, que también bive Miguel de Cervantes y su mujer e hija e Doña Magdalena su tia, no a entrando; e que en el Aposento y quarto alto donde biven Doña Juana Gaitán e Doña Maria de Argomedo, había estado una tarde, y que a muchos dias.

Preguntada, qué otras personas acuden á visitar en el Aposento donde esta confesante bive, y á quien se hacen las visitas, dixo: que en el Aposento donde esta confesante bive, acuden algunos amigos á visitar á Miguel de Cervantes, su tio, e que no sabe á qué otra persona se hagan visitas.

Preguntada, Simon Mendez, portugués, á quien visita en el quarto desta confesante, y si es de ordinario de visita de dia y de noche en el dicho quarto y cassa, dixo: que el dicho Simon Mendez alguna vez a ido á visitar á Miguel de Cervantes, tio desta confesante, por tratar de sus negocios.

Preguntada, si el dicho Simon Mendez es verdad que

entra de visita en el cuarto donde esta confesante bive, por particular amistad que tiene con Doña Isabel de Saavedra, su prima, dixo: que no sabe que entre más de á ber al dicho su tío, ni con otra manera de visita.

Preguntada, si en el cuarto desta confesante entra á visita D. Hernando de Toledo, Señor de Igales, de noche y de día, y por cuyo respeto es la dicha visita, dixo: que de un año que a que esta confesante está en esta Corte, una noche fué á él el dicho Don Hernando de Toledo, á ver á su tío, por amistad que tenía con él desde la ciudad de Sevilla y en esta ciudad, y que el martes en la noche el dicho Don Hernando vino á ber al dicho Don Fernando (1) Despeleta, como otros caballeros entraban, e que por haber mucha gente, se pasó sin entrar á visitar al dicho Don Gaspar en el cuarto desta confesante, donde estuvo con todas en su cuarto parlando.

Preguntada, qué personas son las que viben en el cuarto alto de la cassa, dixo: que en el cuarto biuen Doña Juana Gaitán e Doña María de Argomedo e Doña Luisa de Ayala, su hermana, y en el otro cuarto vive Doña Mariana Ramirez, e su madre y hija.

Preguntada, en el cuarto de la dicha Doña Juana Gaitán e demas que tiene declarados, qué Cavalleros acuden de visita de ordinario, ó otras personas, de día e de noche, dixo: que lo que esta confesante sabe es que en el dicho cuarto el Duque de Pastrana y Conde de Cocentina la han visitado, e, preguntándole esta confesante que á qué entraban, la dicha Doña Juana dixo: que entraban en razón de quella tenía un libro que Lainez su primer marido la había dejado, y se lo dirigía al Duque, y por esta razón bino allí dos ó tres veces.

Preguntada, qué otras personas han entrado en el cuarto de la dicha Doña Juana Gaitán, de día e de noche, demás de las que tiene declarado, dixo que no lo sabe.

Preguntada si es berdad que en el dicho cuarto a entrado Don Gaspar Despeleta e Don Hernando de Toledo, Señor de Igales, dixo que dice lo que dicho tiene, e no sabe otra cosa.

Preguntada que si a sabido que dicho Don Gaspar Despeleta murió de las heridas que le dieron el lunes en la noche junto á la cassa desta confesante, y si es berdad que las dichas heridas se las dieron por la continuación que tenía de entrar en la dicha cassa, dixo: que sabe que el dicho Don Gaspar Despeleta es muerto de unas heridas que han dicho que le dieron junto á la Puentequilla de Madera del Rastro como van á la Puerta del Campo, y al dicho Don Gaspar antes que muriese se le oyó decir: e que no sabe ni a oído decir quién se las dió, ni por qué causa ni razón; y quel dicho Don Gaspar murió en el cuarto de la cassa de Doña Luisa de Montoya, que es pegado al desta confesante y su tío, e que no sabe más, ni lo a oydo decir; y esto es la berdad para el Juramento que fecho tiene; y lo firmó.—
DOÑA COSTANZA DE OBANDO.

Confesión

de Doña Andrea de Cervantes

En el dicho día, e mes e año, el dicho Señor Alcalde mandó parescer ante sí á Doña Andrea de Cervantes, presa,

y della rescivió juramento en forma de derecho, y se le preguntó lo siguiente:

Preguntada, cómo se llamaba, y qué edad y estado tiene, dixo: Que se llamaba Doña Andrea de Cervantes, viuda, mujer que fué de Sante Ambrosio, Florentín, y que antes fué desposada y concertada con Nicolás de Obando, y es de edad de cinquenta años.

Preguntada, por qué está presa en la cárcel, dixo: que no lo sabe, más de que oy, dicho día, por mandado del dicho Señor Alcalde la truxeron presa.

Preguntada, dónde posa y en qué casa, dixo: que possa en compañía de Miguel de Cervantes, su hermano, en uno de los quartos primeros de las Casas de Juan de las Navas, que son al Rastro.

Preguntada, si conoce á Don Gaspar Despeleta, Caballero del Abito de Santiago, que, junto á las cassas donde esta confesante vive, fué herido el lunes en la noche, de que murió, dixo: que al dicho Don Gaspar de Azpeleta solamente le conoce desde el lunes en la noche que entró en la cassa donde bive esta confesante en el cuarto donde bive Doña Luisa Montoya, que benía herido, donde le bió curar; y después le pusieron en una cama donde murió, y antes desto no lo conocía, aunque le había oydo nombrar.

Preguntada, qué es lo que esta confesante sabe de las heridas que dieron al dicho Don Gaspar, y quién fué quien se las dió; qué a oydo tratar dello, dixo: que de la pendencia ni heridas no sabe más de lo que al dicho Don Gaspar oyó decir estando en la cama: que, viniendo de cenar de casa del Marqués de Falses, pasando por hacia el Rastro para se ir á su casa, un onbre le había querido reconocer y echalle de donde estaba, y sobresto le había acuchillado y dado las heridas de que murió, y que no sabía quién se las había dado.

Preguntada, si esta testigo bió la pendencia y se asomó á la bentana, y qué oyó della, y si conocía las señas e bestido de la persona que le hirió al dicho Don Gaspar, dixo: quel lunes en la noche, veinte y siete del presente, entre las once e doce de la noche, estando esta confesante en su Aposento, oyó una voz en lo bajo de la calle, que dixo: «Señores, ¡no abrá quien tenga caridad de un Caballero que le a muerto un Ladrón!; y de casa de Doña Luisa de Montoya bajaron y le subieron e curaron.

Preguntada, la dicha noche que sucedió la dicha pendencia qué Cavalleros ó personas estuvieron de visita en cassa de esta confesante, dixo: que no estuvo persona ninguna.

Preguntada, las noches ó días antes qué personas son las que entran de visita en el Aposento de esta Confesante, dixo: que algunas personas entran á visitar al dicho su hermano, por ser hombre que escribe e trata negocios, e que por su buena habilidad tiene amigos.

Preguntada, si en el cuarto de esta confesante es continuo de visita ordinaria Simon Mendez, portugués, por trato que tiene con Doña Isabel de Saavedra, su sobrina, dijo: que Simon Mendez, de quien se le pregunta, ha visitado algunas veces á Miguel de Cervantes, su hermano, sobre ciertas fianças, que le ha pedido que baya á hacer (las) al Reino de Toledo, para las rentas que ha tomado; e que por otro título ninguno no ha entrado.

Preguntada, si el dicho Don Gaspar Despeleta e Don Fernando de Toledo, Señor de Igales, han entrado en el Aposento desta confesante, de día y de noche, dixo: que al dicho Don Gaspar Despeleta, como tiene dicho, no le conoce, ni le ha visto más de quando tiene declarado; e que el

(1) Así en el original, sin duda por equivocación.

dicho Don Fernando de Toledo, Señor de Igales, ha entrado dos beces en cassa de su hermano, que le iba á ver por conocimiento que tiene con él desde Sevilla; e otra vez que fué á ber al dicho Don Gaspar, el cual por haber mucha gente, se entró en el Aposento donde esta confesante está contando el caso; e no ha entrado otra vez.

Preguntada, si en el quarto alto donde posan Doña Juana Gaitán e Doña María de Argomedo, e Doña Luisa su hermana, e Doña Catalina de Aguilera, sobrina de dicha Doña Juana Gaitán, entraba el dicho Don Gaspar á visitallas, dixo: questa confesante a oydo decir quel dicho Don Gaspar entró en el dicho Aposento, dias ha, á visitar á las que se le pregunta.

Preguntada, qué otros cavalleros visitan de ordinario á la dicha Doña Juana Gaitán y demás, dixo: que a oydo decir que las a visitado el Duque de Pastrana y Conde de Cocentayna, y que la visita era en razón de un libro que tenía.

Preguntada, en el Aposento de Doña Mariana Ramirez, si sabe esta testigo que entra Don Diego de Miranda, e la trata como su mujer, dixo: que a oydo decir que el dicho Don Diego visitaba á la dicha Doña Mariana Ramirez, y que la dicha Doña Mariana le ha dicho que era amigo de su marido difunto, y que después que pasó esta pendencia le a visto una vez subir por la escalera arriba: y esto es la berdad para el Juramento fecho; é lo firmó.—DOÑA ANDREA DE CERVANTES.

Confesión

de Doña Isabel de Saavedra

En el dicho dia e mes y año, el dicho Señor Alcalde mandó parescer ante sí á Doña Isabel de Saavedra, y della rescivió Juramento en forma de derecho, y se le preguntó lo siguiente:

Preguntada, qué edad y estado tiene, dixo: que se llama Doña Isabel de Saavedra, hija de Miguel de Cervantes, y es doncella, y de edad de veinte años.

Preguntada, dónde posa y en qué casa, dixo: que posa en Casa de Miguel de Cervantes su padre, en compañía de Doña Andrea e Doña Magdalena sus tias, e Doña Costanza su prima.

Preguntada, si conoce á Don Gaspar de Aspeleta, Caballero del Abito de Santiago, que, junto á las casas donde vive esta confesante, fué herido el lunes en la noche, de que murió, dixo: que de vista le conoce, y haber oydo decir que se llama Don Gaspar Despeleta, pero que de conocimiento e trato no le conoce; y que también a oydo decir que entró una vez en casa de Doña Juana Gaitán de visita; y que en casa de esta confesante, donde posa, jamás le bió, ni le ha tratado ni comunicado.

Preguntada qué es lo questa confesante ha oydo decir ó sabe cerca de las heridas quel lunes en la noche, veinte y siete del presente, dieron al dicho Don Gaspar, y si sabe quien le hirió, dixo: que lo que pasa es que el lunes en la noche, que es lo que se le pregunta, estando esta confesante en su aposento, a ora de las once della, que se quería acostar, oyó ladrar los perros; y al ruido también oyó una voz que dixo: «tengan á ese ladrón que me ha muerto»; y esta confesante quiso ir abrir la ventana, e su prima Doña Costanza no la dexó; y se detubo un poco, y abrió luego la

bentana, e oyó una voz que dixo: «¿no habrá alguna persona que faborezca á este cavallero, que le an muerto?»; e bió que andaba buscando donde entrar, y bió á otro onbre que iba baxando la cuestecilla abaxo acia el Espital; y como estaba lenxos, no divisó el bestido ni señas del onbre para podellas decir, ni si llebaba espada ó no: y al dicho Don Gaspar subieron arriba unos hijos de Doña Luisa, á donde le echaron en una cama, e le curaron, y luego acudió el Señor Alcalde, y Doña Costanza, prima desta confesante, dixo á los onbres que pasaban por allí: «¿no llamarán á la Justicia, que an muerto aquí un caballero?»; el qual subió y era el Alguacil Francisco Vicente, y después bino el dicho Señor Alcalde, como tiene dicho.

Preguntada, quién es la persona que hirió al dicho Don Gaspar, ó si lo a oydo tratar ó comunicar dello, dixo: que preguntádoselo al dicho Don Gaspar, estando en la cama, dixo que no lo sabía, ni quería saber.

Preguntada, la dicha noche qué visitas ubo en el aposento donde esta confesante vive, de caballeros ú otras personas, dixo que ninguna.

Preguntada, antes de la noche que hirieron al dicho Don Gaspar, ú otros dias, qué visitas an entrado en su casa, dixo: que no sabe que en casa desta confesante aya entrado persona ninguna en visita particular; e que Don Fernando de Toledo particularmente ha visitado dos veces solas al dicho su padre por amistad que tiene desde Sevilla con él; y la postrera fué el martes pasado, que fué á ber á dicho Don Gaspar, el cual, por no poder entrar á belle, que abía mucha gente, entró en su aposento.

Preguntada, si esta confesante conoce á Simon Mendez, portugués, y de qué le conoce, dixo: que le conoce porque es amigo del dicho su padre, e porque iba á tratar y comunicar sus negocios con él.

Preguntada, si esta confesante ha tenido particular trato y amistad con el dicho Simon Mendez, y le ha regalado y servido, dixo: que lo niega, porque nunca con tal respeto entró en casa del dicho su padre, ni tal a sabido ni entendido; y esto responde.

Preguntada, qué personas han entrado en el aposento de Doña Juana Gaitán, e las demás que biven con ella, a visitallas, dixo: que sabe que el Duque de Pastrana y el Conde de Cocentayna an entrado dos veces de visita, e Don Gaspar lo que tiene dicho.

Preguntada, si es berdad que en el aposento de Doña Mariana Ramirez entra Don Diego de Miranda, de dia e de noche, dixo: questa confesante, dias ha que le ha visto entrar en su aposento, e decíale que entraba porque era amigo del marido de la dicha Doña Mariana Ramirez, e por esto la visitaba e no supo ni entendió que por otra cosa; y esto es la verdad para al Juramento que fecho tiene, y lo firmó de su nombre, y luego dixo que no sabía firmar; e no firmó.

Confesión

de Doña Catalina de Aguilera

En el dicho dia e mes y año, el dicho Señor Alcalde mandó parescer ante sí á Doña Catalina de Aguilera, y della rescivió Juramento en forma de derecho, y se le preguntó lo siguiente:

Preguntada qué edad y estado tenía, dixo: que se llama-

ba Doña Catalina de Aguilera, de edad de veinte años, y es doncella.

Preguntada, la causa por que está presa, dixo: que, á lo que entiende, es por que junto á la casa donde esta confesante posa, hirieron á un cavallero del Habito de Santiago que se llamaba D. Gaspar Despeleta, de que murió, y que por esto entiende que está presa.

Preguntada, qué es lo que esta confesante sabe de las heridas que dieron al dicho Don Gaspar Despeleta, e por qué ocasión, y quién le hirió, dixo: que lo que sabe es que el lunes en la noche, veinte y siete del presente, estando en su quarto, y á mitad de que abía empezado á cenar, una criada desta confesante que se llama Mencía, se echó á la bentana y dixo que abaxo abía un ruido; y esta confesante tambien se asomó á la dicha bentana é ya no abía nada, ni bió á ninguna persona; y esta confesante oyó decir á Doña Luisa de Montoya que abían herido á un Caballero del Avito de Santiago; e no supo ni entendió quién le hirió, e que después bajó á ver al herido en la cama.

Preguntada, si conocía esta confesante á Don Gaspar Despeleta y si a entrado en el quarto donde vive esta confesante, dixo: que conoce al dicho Don Gaspar Despeleta, más há de doce años en la villa de Madrid en casa de Doña Juana Gaitán, y en esta Corte también le ha visto; y un dia en el Carmen, encontró con la dicha Doña Juana Gaitán su tía, y allí se hablaron, y después fué á su Aposento dos veces, y de la una á la otra pasaron dos meses.

Preguntada, el dia lunes declarado, quando dieron las heridas al dicho Don Gaspar, si estuvo el dicho Don Gaspar en su casa y Aposento, dixo: que no estuvo ni tal hay.

Preguntada, qué visitas el dicho dia lunes estubieron en el Aposento desta confesante y á qué ora, dixo: que no ubo visita ninguna.

Preguntada, qué visitas a avido dias antes que ayan entrado en su Aposento, dixo: que el Duque de Pastrana y el Conde de Cocentayna an entrado dos ó tres beces, y que an entrado sobre un libro que la dicha Doña Juana tiene, que le quiere dedicar al dicho Duque de Pastrana.

Preguntada, la dicha noche en el Aposento de Miguel de Cervantes qué visitas ubo, e de otras noches quién las visita, dixo: que no sabe cosa ninguna más de que sabe que en el Aposento a entrado en dias atrás Don Fernando de Toledo una vez, y que á Simon Mendez no le ha visto, más de aber oydo decir ques amigo de Miguel de Cervantes.

Preguntada, si es verdad que en el quarto de la dicha Doña Mariana Ramirez entra Don Diego de Miranda e trata con ella, dixo: que muchos dias há que la visitaba, e que aora no lo ha visto: y esto es la berdad, para el juramento que fecho tiene; e lo firmó de su nombre.—DOÑA CATALINA DE AGILERA.

Confesión

de Doña Luisa de Ayala

En el dicho dia e mes e año, el dicho Señor Alcalde, mandó parescer ante sí á Doña Luisa de Ayala, de la qual recibió Juramento en forma de derecho, y se le preguntó lo siguiente:

Preguntada, qué edad y estado tiene y cómo se llama, dixo: que se llama Doña Luisa de Ayala, y es Doncella y de edad de veinte e dos años:

Preguntada por questá presa, dixo: que no sabe por qué la han traído presa á la Cárcel.

Preguntada, si conoció á Don Gaspar Despeleta, Cavallero del Abito de Santiago, dixo: que le conoció.

Preguntada, de qué trato ó comunicación le conocía, dixo: que le conocía de una vez que entró á visitar á Doña Juana Gaitán, su huésped, que vive en su Aposento, e desto le conoce.

Preguntada, declare si supo y entendió las heridas que dieron al dicho Don Gaspar Despeleta el lunes en la noche, e quién se las dió, e por qué ocasión e qué es lo que sabe e a oydo dello, dixo: que lo que pasó es questando esta confesante en su Aposento el lunes en la noche, veinte e siete del presente, questaba cenando, una criada se asomó á la bentana, y esta confesante también se asomó, y oyó al dicho Don Gaspar que decía: «¡Señores, no ay caridad para un Cavallero que le han muerto!»; y luego bió que bajaron del Aposento de Doña Luisa de Montoya y le metieron dentro, donde murió; y esto sabe e no otra cosa.

Preguntada, la dicha noche qué bisita tubo en su casa e Aposento, y si es berdad questubo en él el dicho Don Gaspar, dixo: que la dicha noche, ni muchas antes, no ha entrado en su Aposento ninguna persona; y que de atrás ha entrado el Duque de Pastrana e Conde de Cocentayna, que entraba allí por ocasión de un libro ó dos que le ha dirigido Doña Juana Gaitán, que compuso Pedro de Laynez, su marido, e que no ha entrado ninguna otra persona.

Preguntada, qué visitas an entrado en casa de Miguel de Cervantes de dia e de noche, dixo: que en su quarto ha entrado un portugués, que no sabe como se llama, e que también bió una vez á Don Fernando de Toledo, Señor de Igalles, e que no sabe otra cosa; e que la dicha noche lunes, no sabe ninguna cosa.

Preguntada, si en el Aposento de Doña Mariana Ramirez, entra Don Diego de Miranda, dixo: que le ha visto entrar algunas veces de un mes á esta parte, y dicen que se ha de casar con ella; y esto es la berdad para el Juramento que fecho tiene; y lo firmó de su nombre.—DOÑA LUISA DE AYALA.

Confesión

de Doña María de Argomedo

En el dicho dia e mes y año, se rescivió Juramento por el dicho Señor Alcalde, de Doña María de Argomedo, presa, y se le preguntó lo siguiente:

Preguntada, cómo se llama e qué edad y estado tiene, dixo: que se llama Doña Maria de Argomedo, mujer que fué de Don Alonso Enriquez, y es de edad de treinta y cinco años.

Preguntada, por qué está presa, dixo: que no lo sabe.

Preguntada, si conoce á Don Gaspar de Aspeleta, Cavallero del Abito de Santiago, que junto á las casas desta confesante fué herido el lunes en la noche, de las cuales heridas murió; diga e declare de qué le conoce, dixo: que le conoce de vista por abelle visto un dia visitando á Doña Juana Gaitán, abrá tres meses, que fué á dalle el pésame de la muerte de su Marido; y que sabe que el lunes en la noche fué herido, y murió en el Aposento de Doña Luisa de Montoya.

Preguntada, qué es lo questa confesante sabe, si a oydo tratar cerca de las heridas de Don Gaspar, y quién fué la persona que se las dió, y por qué causa, dixo: que de las heridas del dicho Don Gaspar, no sabe esta confesante cosa

ninguna, ni quien se las diese, ni por qué causa; más de que la dicha noche lunes, oyó una voz en la calle que dixo: «¡no ay quien socorra á un Caballero que le a muerto un ladrón!»; y que á las boces bajaron los hijos de Doña Luisa y le subieron, y lo oyó decir.

Preguntada, la dicha noche que sucedió la dicha pendencia qué personas tubieron de visita en el quarto de esta confesante, dixo: que ninguna persona de fuera estuvo en el dicho quarto de visita.

Preguntada, la dicha noche que sucedió la dicha pendencia qué personas tubieron de visita en el quarto de esta confesante, dixo: que ninguna persona de fuera estuvo en el dicho quarto de visita.

Preguntada, si sabe esta confesante qué personas estuvieron la dicha noche en el quarto de Miguel de Cervantes, dixo: que no sabe que en el dicho quarto hubiese persona ninguna, ni lo a oydo decir.

Preguntada, antes de lo susodicho qué personas han continuado á visitar á esta confesante, y á las personas que an estado en el dicho quarto, dixo: que á esta confesante la an visitado Don Francisco Capata, y otras personas deudos de su Marido: e que á la dicha Doña Juana Gaytán la an visitado el Duque de Pastrana y Conde de Cocentayna á dalle las gracias de un Libro que tenía.

Preguntada, en el cuarto de la dicha Doña Andrea de Cervantes qué visitas de Cavalleros ó de otras personas entran de ordinario, dixo: que solamente a visto allí á Simon Mendez, portugués, é que también una noche estuvo allí Don Fernando de Toledo, que decía que le hacían una manga para el Juego de Cañas.

Preguntada, por lo questa confesante sabe de la amistad que hay entre Doña Mariana Ramirez e Don Diego de Miranda, dixo: que a oydo decir que entra en su casa e que se quieren casar; pero que cosa cierta esta confesante no la sabe; y esto es la verdad para el Juramento que fecho tiene; y lo firmó.—DOÑA MARÍA DE ARGOMEDO AYALA.

Confesión

de Doña Juana Gaitán

En el dicho día e mes y año, el dicho Señor Alcalde mandó parescer ante sí á Doña Juana Gaitán, y della se rescivió Juramento en forma de derecho, y se le preguntó lo siguiente:

Preguntada qué edad y estado tiene y cómo se llama, dixo: que se llama Doña Juana Gaitán, y es viuda, mujer que fué de Pedro Lainez, y es de edad de más de treinta y cinco años.

Preguntada por qué está presa en esta Cárcel, dixo: que no lo sabe.

Preguntada, si conoce á Don Gaspar Despeleta, Caballero del Abito de Santiago, y de qué trato y comunicación le conoce, dixo: que le conoce de más de catorce años á esta parte que le visitó en la villa de Madrid á su marido el Pagador; e que de tres meses á esta parte también le vió, que la fué á visitar á esta confesante y dalle el pésame de la muerte del dicho su Marido, porque la había visto en el Carmen en ábito de viuda.

Preguntada, qué es lo questa confesante sabe, si a oydo tratar cerca de las heridas que dieron al dicho Don Gaspar Despeleta, cerca de la cassa desta confesante, y quién fué la persona que se las diese, ó por qué causa, dixo: que no

sabe cosa ninguna de lo que se le pregunta, más de que la noche que le hirieron, que fué lunes en la noche, oyó una voz que dijo: «¡Señores, no hay caridad para un Caballero!» Y después supo que era el que la había dado el dicho Don Gaspar Despeleta y que le habían subido al Aposento de Doña Luisa de Montoya, donde le curaron, e luego otro dia adelante murió.

Preguntada, la dicha noche qué Cavalleros e personas estuvieron de visita en el quarto donde esta confesante vive, dixo: que no estuvo ninguna persona más de las de casa.

Preguntada, en el quarto ó Aposento de Doña Andrea de Cervantes e sus hermanas qué personas estuviesen la dicha noche de visita, dixo: que no lo sabe.

Preguntada, otros dias e noches antes qué personas an continuado de visitas en el quarto de esta confesante e de Doña María de Argomedo su huésped, dixo: que á esta confesante la an visitado dos ó tres veces el Duque de Pastrana y el Conde de Cocentayna e sus criados; e que á Doña María de Argomedo la an visitado algunos Caballeros conocidos de su Marido, que ban á tratar de Pleitos, e que el dicho Duque de Pastrana y Conde, la visitaban á esta confesante por razón de dos libros que tiene dirigidos al dicho Duque, de las obras del dicho Pedro Lainez su Marido, e que era á dalle las gracias dello.

Preguntada, asimismo, diga e declare qué visitas sabe esta confesante que haya abido en el cuarto de dicha Doña Andrea de Cervantes e su hija e sobrina, dixo: que continúa poco á entrar en el dicho cuarto; y que ha más de dos meses que una tarde vió entrar ablando con el dicho Miguel de Cervantes á un Portugués, que se llama Simon Mendez, e otra noche sabe que ha estado allí Don Fernando de Toledo.

Preguntada, de la amistad de Don Diego Miranda e Doña Mariana Ramirez, qué sabe ó ha entendido, dixo: que muchas beces ha visto entrar en el cuarto al dicho Don Diego de Miranda, e que no sabe á qué; y esto es la berdad para el Juramento fecho; e lo firmó.—DOÑA JUANA GAITÁN.

Confesión

de Doña Mariana Ramirez

En la ciudad de Valladolid á primero del mes de Julio de mill y seiscientos e cinco años, se rescivió Juramento en forma de derecho, de Doña Mariana Ramirez, presa, y se le preguntó lo siguiente:

Preguntada, qué edad tiene y estado, dixo: que es de más de treinta años, y es viuda.

Preguntada, si conoce á Don Diego de Miranda, dixo: que le conoce de vista y de ser amigo de su Marido.

Preguntada, si es berdad que esta confesante ha estado presa con el dicho Don Diego de Miranda, y fueron mandados soltar y que no se juntasen, dixo: que esta confesante estuvo en su casa por cárcel por mandado del Señor Alcalde Don Alonso Muñoz de Otalora, y que se remite al proceso.

Preguntada, si es berdad que después de haber estado presa, e mandado que no se junten, el dicho Don Diego de Miranda, ha estado junto con esta confesante y an dormido ó comido juntos, dixo: que lo niega, y no pasa tal; y esta es la berdad para el Juramento que fecho tiene; y no firmó por no saber.

Confesión de Don Diego de Miranda

En el dicho día, se recibió Juramento en forma de derecho de Don Diego de Miranda, preso, y se le preguntó lo siguiente:

Preguntado, qué edad y estado tenía, dixo: que es de edad de treinta y cuatro años, y es casado.

Preguntado, si es berdad queste confesante estuvo preso juntamente con Doña Mariana Ramirez, por decir questaban amancebados, e por Auto de la Sala fueron mandados que no se juntasen, dixo: que se remite á la causa, que pasó en el oficio de Juan Lopez de Carranza, escribano del Crimen de Su Majestad.

Preguntado, si es berdad que después acá este confesante a tratado con la dicha Doña Mariana Ramirez, y entra y sale con ella de día y de noche públicamente, dixo: que no pasa tal; y esto es la berdad para el juramento que fecho tiene; y lo firmó de su nombre.—DON DIEGO DE MIRANDA.

Curadoría

En Valladolid á primero día del mes de Julio de mill y seiscientos y cinco años, estando en la Audiencia de la Cárcel Real de esta Corte los Señores Alcaldes Don Melchor de Tebes, Don Cristóbal de Villarroel y Don Alonso de Otalora, y Don Pedro Manso, y habiendo visto que las dichas Doña Isabel de Saavedra, Doña Catalina de Aguilera y Doña Luisa de Ayala, son menores de veinte y cinco años, probeyeron por su curador á Gerónimo de la Cueva, Procurador del número de esta Corte; y sobre que presente estaba, lo aceptó, y juró á Dios, en forma de derecho, de defendellas y hacer por ellas en el dicho pleito las diligencias que sean necesarias; y para que lo cumplirá dió por su fiador á Hernando de Medina, y ambos se obligaron en forma, y los dichos señores Alcaldes les discernieron la dicha Curadoría, y resolvieron el acuerdo del thenor de lo siguiente:

Acuerdo

Doña Andrea de Cervantes, Doña Juana Gaitán, Doña Catalina de Aguilera, Doña Costanza de Obando, Doña Luisa de Ayala, Doña Isabel de Saavedra, Doña Maria de Argomedo, Doña Mariana Ramirez, Miguel de Cervantes y Don Diego de Miranda, presos por mandado del Señor Alcalde Villarroel, por los Alguaciles Diego Garcia y Francisco Vicente, y Simon Mendez, embargado en la cárcel de la ciudad, á prueba desta la primera publicación y concluso:

Simon Mendez no entre en esta casa, ni able en público ni en secreto con esta mujer; y Don Diego de Miranda dentro de quince dias se despache y salga desta Corte, y no se junte en público ni en secreto él ni Doña Mariana Ramirez, pena de ser castigados por amancebados, y dejen los dichos

Don Diego y Doña Mariana seis ducados para pobres y gastos; y Doña Andrea y Doña Juana y las demás suéltelas en fiado, su casa por cárcel, y Miguel de Cervantes en fiado. (1)

E luego se notificó á los susodichos en sus personas, y por las menores á Gerónimo de la Cueva, su curador, en sus nombres.

En ocho dias del dicho mes de Julio, yo Juan Lopez de Carranza, secretario susodicho, notifiqué el auto de arriba á Simon Mendez en su persona, el cual dixo que le oia, de que doy fee; y lo firmé.—CARRANZA. (2)

Muy poderoso Señor.—Gerónimo de la Cueva, en nombre de Doña Maria de Argomedo y Doña Luisa de Ayala, y Doña Andrea de Cervantes, y Doña Costanza de Obando, y Doña Juana Gaitán, y Doña Catalina de Aguilera, y Doña Isabel de Saavedra, y Doña Mariana Ramirez, digo: que mis partes tienen sus casas por cárcel sobre la muerte de Don Gaspar de Aspeleta, y en cosa ninguna, como á V. A. le es notorio, no tienen culpa.—A V. A. suplica mande se les alce la carcelería, soltándolas libremente, y pido justicia, y para ello, etc.—GERÓNIMO DE LA CUEVA.

Traslado y Auto

En Valladolid á seis de Julio de mill e seiscientos y cinco años, estando los Señores Alcaldes Don Melchor de Tebes, Madera, Villarroel, Otalora y Pedro Manso, en la Audiencia de la Cárcel Real de esta Corte, se leyó esta petición; y vista, mandaron dar traslado á la otra parte, y que responda para la primera Audiencia, y se lleben los Autos para probeer.

E luego se notificó á Gerónimo de la Cueva en la parte.

Doña Andrea de Cervantes con las demás presas en la casa por cárcel, en razón de la muerte de Don Gaspar de Azpeleta,—Suplica á V. S. las mande dar por libres, pues se sabe que no tienen culpa; y hasta agora han estado sin tenella; y para ello, etc.

Otrosí. Miguel de Cervantes suplica que V. S. mande que vayan por unas calzas y un jubón y una ropilla que tiene en su poder, de Don Gaspar de Ezpeleta, porque se pudre con la sangre que tiene, y que para ello, etc.—DOÑA ANDREA DE CERVANTES.

Traslado y Autos

En Valladolid á ocho de Julio de mil y seiscientos y cinco años, estando en la Audiencia de la Cárcel Real de esta Corte los Sres Alcaldes Don Melchor de Tebes Madera, Villarroel, Otalora y Don Pedro Manso, se leyó esta petición; y vista, mandaron dar traslado á la otra parte, y que responda para la primera Audiencia; y se lleben los autos para probeer en justicia, y se lleben á uno de los Señores Alcaldes para probeer en justicia.

(1) Suelto en fiado equivale á libre de la instancia, sin perjuicio de las resultas del proceso, en cuanto á las averiguaciones que pudiesen hacerse más adelante. Dos dias y medio, próximamente, vinieron á estar los encausados en la cárcel pública; si bien, por lo tocante á Simón Méndez, no aparece tan claro como sería de desear si quedó todavía embargado en la cárcel de la ciudad, hasta el 8 de Julio, fecha en que vemos le fué notificado el acuerdo del tribunal por el escribano Juan

López de Carranza, secretario de la causa, y que sólo resulta citado en esta actuación.

(2) A esta diligencia del Secretario Carranza, se sigue en siete hojas la causa que, en el mes de Mayo anterior, se les había formado por el Alcalde Don Alonso Muñoz de Otalora á Don Diego de Miranda y Doña Mariana Ramirez, por amancebados, y después está el pedimento que se sigue.—(Notas de la copia de la Academia)

E luego se notificó á Gerónimo de la Cueva, en la parte.

Muy poderoso Señor.—El Marqués de Falses, testamento de Don Gaspar de Espeleta, dixo: que por mandado de V. A., el Alguacil Diego Garcia secuestró y embargó ciertos bienes del dicho Don Gaspar; y para cumplir su testamento yo tengo necesidad de vender los bienes y hacer almoneda dellos, por lo que pido y suplico á V. A. mande se desembarguen todos los dichos bienes y demás papeles y dineros; sobre que pido justicia; y para ello, etc.—(Hay una rúbrica).

Auto

Que se le entreguen todos los bienes y papeles que tubieren secuestrados del dicho Don Gaspar, al Marqués de Falses, su testamentario, ó á quienes su poder ovieren. El Señor Alcalde Cristobal de Villarroel lo proveyó en Valladolid, á siete de Julio de mil y seiscientos cinco.—(Hay una rúbrica).

En la ciudad de Valladolid á veintiocho dias del mes de Junio de mil y seiscientos y cinco años, Don Gaspar de Ezpeleta, caballero del hábito de Santiago, vecino y natural de la ciudad de Pamplona, estando enfermo de cuerpo y en su juicio y entendimiento natural, hizo y otorgó un codicilo, por el cual fué su última voluntad que su cuerpo fuese sepultado en la iglesia y cementerio del Señor San Francisco de esta ciudad, en la sepultura que allí se le diese; y el dia de su entierro, su cuerpo presente, siendo hora, y sinó á otro dia siguiente, se le dijese por su ánima una misa de Requiem cantada, y las misas rezadas que aquel dia ú otro siguiente se pudiesen decir en el dicho monasterio; y el acompañamiento de su entierro y forma de ello remitió á parecer de su testamentario el Señor Marqués de Falses; y que, luego como falleciese, que le tomase una bula de difuntos por su ánima, y que se le dijese en todos los altares privilegiados de indulgencias de ánima de esta ciudad y extramuros de ella, en cada parte, una misa rezada, y mandó que en los primeros dias que ocurriesen después de su fallecimiento que le dijese tres novenarios de misas rezadas, los dos en el altar de Nuestra Señora de San Llorente y el otro en el altar de Nuestra Señora del Pozo; y mandó que le dijese por su ánima y por las ánimas de sus padres y difuntos y ánimas del Purgatorio y de las personas á quien les tuviese en algún cargo y obligación hasta cumplimiento de mil y quinientas misas, y que se digan en las partes que plazca á el Señor Marqués de Falses; de forma que todas las misas que mandó decir por el dicho su codicilo fuesen mil y quinientas misas, y que en ellas entrasen cuatro novenarios de misas por las ánimas del Purgatorio y se pagase la limosna; y dejó y nombró por su albacea y testamentario á su señoría del Sr. Marqués de Falces, como esto y otras cosas más largamente consta y parece por el dicho codicilo que quedó en poder de mí Baltasar de Valdés, escribano del Rey nuestro señor, ante quien pasó, á quien me refiero. En fe de lo cual hice mi signo en testimonio de verdad.—BALTSAR DE VALDÉS, escribano.

Yo Andrés Bautista Durango, escribano del Rey nuestro señor, vecino de la villa de Madrid, residente en su corte, doy fe como en esta ciudad de Valladolid, á siete dias del mes de Julio de mil y seiscientos y cinco años, ante mí, como tal escribano, el Señor Don Diego de Croy y Penlín, (1)

(1) Debía decir *Peralta*, que era el segundo apellido del señor Mar-

Marqués de Falces, capitán de la guarda de los arqueros de Su Majestad, dió poder á Juan de Sotomayor, escribano de Su Majestad, agente de negocios, en su casa, para que como testamentario de Don Gaspar de Ezpeleta, difunto, caballero del hábito de Santiago, siga el pleito que trata sobre su muerte, y para el desembargo de los bienes del dicho Don Gaspar de Ezpeleta, y dineros y otras cosas, y por si desembarga de los dichos bienes y dineros, y desembargados los pueda cobrar y recibir, y de las cartas del dicho Marqués dé su carta de pago que fuera necesaria: y asimismo le dió poder para todos sus pleitos y causas en forma, como de dicho poder consta que pasó ante mí, á que me refiero: y de pedimento del Juan de Sotomayor... En la dicha ciudad de Valladolid, á ocho dias del mes de Julio de mil y seiscientos y cinco años; y lo signé en testimonio de verdad.—ANDRÉS BAUTISTA DURANGO, escribano.

En Valladolid, á nueve de Julio de mil y seiscientos y cinco años, Juan de Sotomayor, en virtud del poder que tiene del Marqués de Falses, recibió de Miguel de Cervantes unas calzas de obra con sus medias de seda y un jubón de raso con trencillas con su hábito de Santiago... Se instruyó el sumario: doy fe; y lo firmó de su nombre,—JUAN DE SOTOMAYOR.

Recibí del alguacil Diego Garcia las dos sortijas y dos bolsillos y rosario y tres llaves y un par de guantes y un par de puños de hombre que estaban en él depositados; y lo firmé en Valladolid á diecisiete de Julio de mil y seiscientos y cinco años.—JUAN DE SOTOMAYOR.

FIN

Al terminar la publicación del *Proceso de Valladolid*, debemos hacer constar que el texto está fielmente compulsado con el mismo original de tan importante documento que se conserva en la Real Academia Española.

Como para las impresiones anteriores, habíamos seguido el traslado que sacó de aquél Don Cayetano Alberto de La Barrera, quisimos, para mayor garantía de acierto y autenticidad, efectuar el cotejo de una de nuestras copias publicadas con el instrumento matriz.

Nuestro venerado amigo y maestro D. Eduardo Benot fué intérprete de nuestros deseos para con el Sr. D. Miguel Mir, digno bibliotecario de la Academia, quien accedió desde luego á verificar el examen con afecto y benevolencia, que estimamos de todo corazón.

Hemos, pues, logrado así ofrecer al público el *Proceso* en toda su integridad, pureza y exactitud, sin añadir, enmendar ni quitar nada, letra por letra, y palabra por palabra, como salió y quedó de las manos de los curiales.

El Sr. Mir, en carta suya, que conservamos con el debido aprecio, nos dice que "no entiende los escrúpulos de algunos académicos en que se publique este documento"; como nosotros no los hemos entendido tampoco nunca.

qués de Falses.

3.^a—Causa formada en Valladolid, Mayo de 1605, por amancebados, á D. Diego de Miranda y D.^a Mariana Ramírez. Un caso práctico de escandaloso amancebamiento. Actitud complaciente de los señores alcaldes.

Los folios de este proceso, unidos en el original á los que forman el instruido con motivo de la muerte de Ezpeleta, merecen ser extractados y conocidos para que se vea el procedimiento jurídico que se seguía entonces en las delaciones por amancebamiento.

Estando de ronda, la noche del 10 de Mayo de 1605, el señor alcalde D. Alonso Muñoz de Otalora, el alguacil Alonso de Ronquillo le dió noticia é hizo denuncia de que D. Diego de Miranda y D.^a Mariana Ramírez, casado el primero y viuda la segunda, estaban públicamente amancebados “en figura de matrimonio, comiendo y durmiendo juntos, con grande escándalo de la vecindad”. Pidió que fuesen condenados en las penas en que habían incurrido conforme á derecho.

El señor alcalde mandó se hiciera al efecto la averiguación consiguiente. Tomóse primero declaración á Juan de Ranedo, que vivía en el cuarto de la casa donde habitaba D.^a Mariana Ramírez, que era la misma donde continuaba cuando el trágico suceso del caballero Ezpeleta. Contaba D.^a Mariana más de cuarenta años, había estado casada en Madrid con Francisco Pereira de Cisneros, y era viuda con dos niñas pequeñas. El testigo Ranedo, que debía de ser un subarriendo de la viuda, y vivía en una habitación del piso, desde Navidad de 1604, dijo que en el aposento de D.^a Mariana “había visto entrar de día y de noche, á todas horas, á D. Diego de Miranda, de quienes había oído que estaban desposados, y como tales se trataban y tratan y comunican”.

Aunque el señor alcalde le preguntó si “ambos á dos estaban amancebados y dormían en una misma cama”, Ranedo se limitó á repetir lo expresado antes, insistiendo en que vivían como desposados.

Tenía Ranedo una hija, llamada Luisa María, de diecisiete años, que prestó también declaración como testigo. Sus palabras fueron en esencia las mismas que dijo su padre. Afirmó que D. Diego y D.^a Mariana “se trataban como marido y mujer”, porque estaban desposados, según decían, y por tales tenidos en la casa entre los vecinos. Añadió que D. Diego “entra y sale de ordinario en el aposento de D.^a Mariana; pero no ha visto si han comido ó dormido juntos, porque

ella se está en su habitación en compañía de su padre, y no ha tenido cuenta con ello”.

Constan después las declaraciones de los dos subalternos de la justicia, porteros de vara, que acompañaron al señor alcalde en la averiguación de la denuncia. Llamábase uno Pedro de Menao y otro Alonso de Coronado. Ambos aseguran que, habiendo entrado el señor alcalde con ellos, estando de ronda, en una casa junto al Rastro, que dicen que es de Juan de las Navas, en unos aposentos altos, “halló á una mujer, que estaba en hábito de viuda, á la cual, habiendo preguntado su nombre, contestó que *Mariana Ramírez*; que había sido casada con un caballero que se llamaba D. Francisco Pereira de Cisneros, y falleció en Madrid, donde vivían, y que ahora, desde muchos días, se encontraba en Valladolid con intento de seguir unos pleitos y arreglar unos negocios. Dejó bien aclarado que era viuda y no estaba de nuevo casada.

El señor juez, sin pruebas verdaderas, sólo por vagos indicios, dicta entonces el siguiente auto:

“El señor alcalde D. Alonso Muñoz de Otalora mandó que se prenda á D. Diego de Miranda, y que la dicha D.^a Mariana Ramírez tenga su casa por cárcel con una guarda, á la cual señaló de salario, por cada un día, cuatrocientos maravedís, y que sea Pedro Menao, portero de esta corte. Así lo mandó en Valladolid en diez de Mayo de mil y seiscientos y cinco años. (Hay una rúbrica). Ante mí, *Fernando de Belasco*”.

El delator y alguacil Alonso de Ronquillo, fué comisionado por el señor alcalde, el día 12, para ir á casa de D.^a Mariana Ramírez, notificarle la prisión en su domicilio y dejar puesta la guarda que se mandó.

El mismo día fué preso D. Diego de Miranda, á quien se recibió confesión bajo juramento.

De las respuestas que dió á las preguntas del señor alcalde, se deduce que era casado, de edad de treinta años; que conocía á D.^a Mariana por antigua amistad que tuvo con su difunto esposo en Madrid; que algunas veces, por cortesía y sana correspondencia, la había ido á visitar de día, no de noche, y entró públicamente con esta buena fe.

D.^a Mariana hizo constar asimismo que Don Diego de Miranda sólo la visitó varias ocasiones, de día, por conocimiento que tuvo con su marido D. Francisco Pereira de Cisneros, y negó en absoluto toda clase de relaciones ilícitas. Con D.^a Mariana vivía también su señora madre.

El denunciador, por satisfacer una miserable venganza, ó por motivos de lucro, vió realizada su mala obra. La Sala acordó, de conformidad

con lo propuesto por Muñoz de Otalora, que quedarán libres los presos, pero con advertencia de públicos amancebados si se juntasen, multando á cada uno en cuatro ducados para pobres y gastos. Termina el proceso con la notificación de la sentencia á entrambos.

Lo mismo ésta que la aplicada después, por supuesta reincidencia, no se basan en fundamentos legales, ni hubo ni pudo haber convencimiento moral del delito. Muñoz de Otalora, Tebes y D. Pedro Manso, cometieron una gran arbitrariedad: no procedieron en justicia.

Conociendo quizás á D. Diego de Miranda Miguel de Cervantes, y penetrado de la injusticia que contra él se cometió, por saber su nobleza de pensamientos y lo lícito de sus visitas á aquella casa, pudo aludir á él en aquel pasaje de *Don Quijote*, donde nos presenta á un caballero, modelo de rectitud y honradez, de los mismos nombre y apellido (cap. XVI, primera parte), como si quisiese desagraviarle, en la forma posible, de los aventurados juicios que motivaron su prisión y condena.

Triste es que la Justicia extremara las medidas más rigurosas en las causas por amancebamiento, verdadero ó supuesto, siempre que se trataba de personas de modesta posición, en tanto que demostraba ó negligencia ú olvido completo cuando mediaban personajes encumbrados ó individuos que denigraban con sus actos la misma respetabilidad de la magistratura. Aquellos alcaldes no comprendieron siquiera que la delación de Ronquillo podía obedecer á motivos abominables, y que antes que achacar á impurezas de amancebamiento las visitas de D. Diego de Miranda á D.^a Mariana Ramírez, pudieran ser explicadas por honrosos procederes de dicho caballero, quien llevara socorros á aquella desvalida familia, compuesta de una madre anciana, una mujer viuda y dos hijas pequeñas. Para tales casos guardaban todos sus rigores los señores alcaldes. Para los endiosados viciosos, para esos, todos los privilegios, todos los miramientos, todas las excusas.

Precisamente por aquel tiempo, doce años después, eran públicos y notorios los escándalos que daba en la corte, por su amancebamiento con D.^a Isabel de Anversa, nada menos que un señor alcalde que se llamaba D. Francisco de Valcárcel. Aquella señora, que tenía el primer lugar en los galanteos amorosos de la corte, fué por muchos años la querida de D. Francisco, á fuerza de joyas, regalos y dinero. Prendóse de sus gracias y hermosura el Conde de Olivares, el que

después fué privado de Felipe IV. De estas relaciones tuvo un hijo D.^a Isabel, á quien se puso por nombre Julián, aunque el alcalde no lo quiso reconocer, y eso obligado, sino á la hora de su muerte.

Los rumores graves que circularon respecto de aquel doble amancebamiento, nunca llamaron la atención de los alcaldes para vigilar por la pureza de las costumbres con el auxilio de las leyes. Todo aquello les parecería muy inofensivo, ó poco ultrajante para las costumbres públicas, cuando nada hicieron por cortar aquellas relaciones y castigar á los adoradores de tan punibles liviandades.

Este caso de tan asqueroso amancebamiento, fué, por el contrario, más tarde legalizado y santificado, cuando el verdadero padre de Julián, Conde Duque de Olivares y valido de Felipe *el Grande*, quiso á todo trance legitimar al hijo de la Anversa, que casó nada menos que con Doña Juana de Velasco, hija mayor del Condestable de Castilla, cambiado su primer nombre por el de D. Enrique Philipez de Guzmán.

Fué el colmo del escándalo el haber tenido, con aprobación de Roma, para celebrar el segundo matrimonio, que anular el primero que había contraído Julián Valcárcel, mediante legales requisitos, con D.^a Leonor de Unçqueta, dama principal de la corte, á quien, disuelta la unión, se le casó con un magistrado, que fué nombrado oidor de una de las audiencias de Indias.

Hízose famosa aquella carta escrita por el Conde Duque á todos los grandes, deudos y señores titulados de su tiempo, en la que les comunicaba la noticia del casamiento de su *hijo*. "Señor mio (les decía): las repetidas instancias de la Condesa mi mujer, con el afecto, ansia y amor ejemplar y grande de mi memoria, y de otros estrechos parientes y amigos, y, sobre todo, la obediencia de los Reyes nuestros Señores (que Dios guarde) que repetidamente me lo han ordenado, me han obligado de declarar, y poner en estado de casamiento con la señora D.^a Juana de Velasco, hija mayor del Condestable de Castilla, mi primo, á D. Enrique Philipez de Guzmán, *prenda de yerros pasados*, que deseo represente dignamente la memoria de mi gran padre, y disculpe mis errores y poco digna memoria: y por cumplir con la obligación que debo á la casa de V. E., le doy cuenta de esta resolución, y de que cuanto hubiere en la mia, estará siempre muy á la disposición de V. E., á quien guarde Dios.—D. Gaspar de Guzmán". (1)

Así terminó aquel caso real y práctico de alto

(1) El hijo de dos madres y dos padres, fué muy desgra-

ciado, á pesar de haberle dado su nombre y bienes de fortu-

amancebamiento (coetáneo del humilde, y quizás falso, de D. Diego de Miranda con D.^a Mariana Ramírez) entre el Conde de Olivares con Doña Isabel de Anversa, dama y querida pública á la vez del alcalde de casa y corte, D. Francisco Valcárcel.

La opinión general, que castiga sin leyes, pero con más eficacia, acierto y equidad que éstas, expresó su sentir y condenación de tales injusticias y bajezas, diciendo del favorecido, con gracejo inimitable, que *era hijo de dos padres y de dos madres, que tenía dos nombres y dos mujeres*.

Memorias para la Historia de Felipe III, recogidas por D. Juan Yañez.—Madrid: 1723. (Pról., pág.^s 106 á 111).

4.^a—Noticias de la vida y escritos de Estéban de Garibay y Zamalloa.

Juzgamos de interés, puesto que uno de los testimonios más favorables á Cervantes que existen en el proceso de Valladolid, es la declaración hecha por la señora esposa de Garibay, doña Luisa de Montoya; dar en esta ilustración algunas noticias acerca de aquel respetable historiógrafo y erudito, que seguramente conocería á Cervantes, aunque no se trataron íntimamente y como amigos. Explica esto el silencio completo que guarda el último sobre su nombre, ciertamente más merecedor de haber sido citado y encajado que el de algunos otros escritores á quienes pondera y sublima.

Nació D. Estéban en Mondragón (Guipúzcoa) el 9 de Marzo de 1537. Fueron sus padres Estéban de Zamalloa y Garibay y D.^a Catalina de Sagurdia, vecinos de la misma población. Estudió gramática en Santo Domingo de la Calzada y en la Universidad de Oñate, y estuvo más tarde en la de Alcalá de Henares. Reveláronse siempre sus grandes disposiciones para las labores de la inteligencia, distinguiéndose por su

na el Conde Duque de Olivares. Aquel pobre Julián, que estuvo sin apellido paterno hasta que murió D. Francisco Valcárcel; soldado en Italia y Flandes, y aventurero y calavera en Méjico, donde estuvo condenado á muerte, cuya sentencia no se le aplicó por ser el virrey amigo del que se creía su padre, llegó á un punto tal de grandeza, que ni aun fingido por el deseo hubiera acertado á compararlo siquiera con la realidad.

El año de 1641, al declararle el Conde Duque, con aprobación regia, heredero de su primer título, y del Ducado de Sanlúcar la Mayor, cuando S. M. le mandase cubrir por sus servicios, recibió los homenajes más grandes de respeto de príncipes y nobles, embajadores y ministros públicos. La casa que se le puso no la tuvo igual ningún personaje de la

asombrosa memoria y su constancia infatigable.

Gozando por su familia de bastantes bienes de fortuna, pudo pasar su vida en esa holganza feliz que proporciona la satisfacción de las necesidades de la existencia sin ahogos ni temores. Su predilecta afición á los estudios históricos, le hizo perder la tranquilidad material y su patrimonio; aunque hizo muy famoso su nombre como escritor de crónicas y genealogías.

Él mismo dice que "su inclinación era natural para la profesión de los estudios y dióse mucho á la lección de las historias de España y de fuera de ella, con tal afición y gusto que, dejando las demás letras, abracé éstas con un grande é intenso amor".

"Desde que comencé á tener alguna inteligencia y conocimiento (dice en otra parte) en las historias y antigüedades del mundo, y muy particularmente en las de España, vine á considerar cómo ésta había carecido de una *Historia* general y universal desde su primera población, después del diluvio, hasta nuestros tiempos, sin haberla tenido en todos sus siglos, con haber tenido varones doctos en todas facultades, por ser fragmentos todo lo escrito é intentado por algunos".

Lleno de entusiasmo y fe, con fuerza de voluntad admirable, con gran abnegación y patriotismo, emprendió una obra magna y gloriosa, sin precedentes hasta entonces en la lengua castellana. Había muchas crónicas antiguas y muchos trabajos históricos sueltos, publicados ó inéditos, sobre monarcas ó familias; existían también en los archivos y librerías materiales y documentos en abundancia; pero faltaba reunirlos, estudiarlos, resumirlos, formar con ellos un compendio general de hechos, depurados de consejas y fábulas; publicar, en fin, un trabajo completo, en lo posible, de investigación donde la verdad se averiguase y la narración meditada sustituyese á los áridos ó poco fieles relatos de los antiguos cronistas.

El proyecto era vastísimo, y la misma valen-

mayor grandeza de España. El Duque de Medina de las Torres, su pariente, hízole regalos por valor de quinientos cincuenta mil escudos. El Rey le hizo merced del hábito de Calatrava, con la encomienda mayor de Alcañizas en dicha Orden, y cincuenta mil escudos de otras encomiendas y el empleo de gentil hombre de cámara, con promesa de la Presidencia de Indias y ser ayo del Príncipe.

Pero, habiendo caído de la privanza el Conde Duque en 1643 y muerto el 45, el Julián Valcárcel cayó de la gracia del soberano desde el 44 y falleció después en Madrid sin dejar sucesión.

Su mujer contrajo segundo matrimonio con un hijo del Conde de Montalván. ¡Qué rápido encumbramiento y qué súbita caída!

tía con que Garibay acometió la empresa, reveló á las claras su gran facilidad para escribir, su inmensa erudición para componer y su notable talento como hombre de inteligencia excepcional. Desde 1556 trabajó con mucho ahinco y constancia en su *Crónica general de España*. "No alcé las manos de ella (escribe él mismo en su autobiografía) á otra cosa alguna, con toda asistencia y clausura, de día y de noche, como convenía, para salir de empresa tan difícil". Garibay estuvo enfermo algunos meses por el exceso de laboriosidad; pero, en cuanto se encontró mejor, reanudó vigorosamente sus tareas.

"Torné (dice) al trabajo de mi obra con la continuación pasada, levantándome siempre en amaneciendo, y estudiando y escribiendo hasta medio día, sin salir de casa sino á la misa mayor. Todas las tardes hice lo mismo, hasta poco antes de anochecer, con tal clausura y silencio, que mis deudos y amigos, y muy en particular el pagador Francisco de Bolivar, me sacaba muchas veces al campo, casi esforzándome á ello diciéndome que, en estudios tan pesados, acabaría primero mi vida que la obra, si no templaba en ella. Después de haber cenado algo, tornaba á los estudios, y en los inviernos jamás me acosté hasta después de las doce de la noche, y no raras veces me sucedió contar las dos de la mañana sin entrar en el primer sueño, porque segundo nunca le hice, ni después le hago jamás, mediante aquel hábito largo.

"En la cama tenía siempre los libros á la cabecera, y papel, tinta, pluma y luz todas las noches para apuntar las cosas que me ocurrían á la memoria, porque no se olvidasen unas por otras, como sucede de ordinario á los profesores de estudios si no proceden en ellos con este cuidado, por tener el ingenio y entendimiento muy ocupados en varias materias, pendientes las unas de las otras; no siendo posible menos para una obra tan grande como ésta, la mayor y más universal de las historias de España".

Todos estos pormenores respecto de las tareas que precedieron á la publicación de sus trabajos, son muy curiosos y hablan muy alto en favor de la suma laboriosidad de aquel hombre, que escribía sin estímulo oficial ni recompensa de

ninguna clase, sólo guiado de patriótico anhelo por dejar á su nación una compilación histórica de que carecía. (1) En los años 1565 y 66 hizo sendos viajes á Navarra, donde consultó y copió en sus archivos muchos papeles para aclaración de varios puntos de antigüedades. Investigó también personalmente en los demás reinos de España sus orígenes y aumento; trabajo de comprobación muy digno de elogio, si no por el resultado, por lo noble de los propósitos.

Los cuarenta libros que componen su *Historia* teníalos concluidos á fines del año 66. En Enero del siguiente marchó á Madrid con el deseo de comunicar su obra á los escritores más notables y presentarla en el Consejo de Castilla para su aprobación. Fué encargado de examinarla el Dr. Juan Páez de Castro, cronista del Emperador Carlos V, varón muy docto, que residía en Quer, jurisdicción de Guadalajara, á dos leguas de Alcalá. Agradó mucho la obra y Páez de Castro la aprobó con encomios. En la corte se tuvo con satisfacción noticia de la publicación de ella; pero no hubo un cortesano que, comprendiendo la importancia de aquellos desvelos, propusiese que fuera costeadada la impresión con dinero del Estado.

El Príncipe D. Carlos tuvo un rasgo que le enaltece. Mandó escribir una carta á D. Francés de Álava, embajador de España en Francia, para que favoreciese en cuanto pudiera la circulación de la obra en aquel reino. Esta carta no dió resultado, por la muerte del Príncipe.

Todavía repasó y perfeccionó Garibay su historia durante tres años. El de 70 se decidió á publicarla en Amberes, á su costa, á fin de que la impresión resultara perfectamente hecha. Llegó á Amberes el día 3 de Junio, y saludó en seguida al sabio Arias Montano, que estaba en aquella ciudad, comisionado por el Rey Felipe II, para la impresión de una magnífica biblia en las lenguas hebrea, caldea, siriaca, griega y latina, que se estampaba en la oficina tipográfica de Cristóbal Plantino.

"Habiéndome concertado (dice Garibay) con Plantino, por medio de Arias Montano, se comenzó á imprimir la obra por Agosto de 1570, al principio en una imprenta y después en dos, y

(1) Quejándose Garibay (cap. I, lib. X de su *Compendio historial de las crónicas y universal historia de todos los reinos de España*) de los que opusieron dificultad á sus investigaciones, dice: "Algunos de los abades de las casas, adonde fui con deseo de hallar memorias originales en los archivos, y letreros de las sepulturas antiguas, nunca quisieron algunos de ellos dar lugar á cosa de tanta equidad y razón, y no faltó alguno de tal entendimiento, que me dijo que de qué servían

al Rey ni al reino las historias. Bien veo que los que esquivos se me mostraron, debieron presumir que yo, con cubierta de esta diligencia, iba por algún detrimento, cosa muy ajena de mis pasos. Los cuales y estos trabajos y tantas expensas y dispendios de la ordenación de esta obra, hago con deseo de aprovechar y servir á la república de España, militando á costa de mi patrimonio, sin ayuda de ningún príncipe del mundo".

luego con tres, y últimamente con cuatro, como se había concertado para su más breve expedición; y alguna vez trabajaron cinco y más, con tal diligencia, cuanta jamás se puso tal vez en alguna obra de la lengua española, porque hubo días que se imprimieron más de diez mil pliegos de papel. Y porque los impresores flamencos conocían mejor la letra francesa que la mía, tomé cuatro escribientes que un ejemplar trasladasen en la misma letra buena española y en letra francesa, por más facilitar todo, porque la impresión saliese muy mejor, á trueco de esta costa; y así, por la letra francesa imprimían, y por mi original lo corregían dos correctores para esto diputados, los cuales hacían la primera y segunda prueba, y yo la tercera, para sola la continuación de las materias, por no haber peor corrector que el autor para todo lo demás, y la cuarta ellos, y con toda diligencia se imprimía después".

Los anteriores renglones, que presentan con fidelidad maravillosa las faenas de composición é impresión de una obra en establecimientos tan abundantes en letras y prensas como era la de Plantino en Amberes, hacen comprender asimismo la incesante y abrumadora tarea á que tendría que someterse el autor durante el tiempo que se invirtió en estamparla. Así es que estuvo enfermo algunos meses, sin que por eso dejara de atender á su empresa. Tuvo la suerte de no ser víctima de la peste, que á la sazón hacía en Amberes numerosas víctimas. Según parece, no quedó muy contento de los oficiales que compusieron su obra, pues llegó á decir, años después, en sus *Memorias*, que jamás trabajó tanto en su vida "como en esta impresión, porque, fuera de la incesable superintendencia, fueron innumerables los disgustos que padeció, *por ser los impresores, generalmente, donde quiera gente soez, sin ningún género de nobleza y virtud*"; aserción injusta y arbitraria á todas luces.

Acabóse de imprimir toda la Historia en Julio de 1571, y con gran satisfacción hace constar

que se había hecho en once meses la mayor estampa que jamás se realizó hasta entonces, ni impresión igual en tan breve espacio de tiempo "desde que se inventó el arte impresoria, según lo afirmó muchas veces el mismo Plantino".

Parte de la edición quedó en Amberes para distribuirla más cómodamente, y el resto se envió en barcos desde Flandes á las costas de Vizcaya y de Andalucía. (1) Considerable número de ejemplares se perdieron en estos viajes. De vuelta en España, donde fué bien recibido por los señores más ilustres de la corte, aconsejéronle que no se volviese á su país como se proponía, sino que permaneciera en Madrid, pues de este modo sus méritos y trabajos podrían encontrar la debida recompensa.

En deseos y buenas palabras se hubiese quedado todo á no haberse declarado protector decidido suyo un paisano ilustre, que ocupaba al lado del monarca alto puesto de señalada confianza. Llamábase D. Juan de Idiaquez, Consejero de Estado, secretario del monarca, cuyas indicaciones eran muy tenidas en cuenta por el Rey. Había sustituido á Antonio Pérez en el importantísimo cargo que desempeñó, y de tal manera supo captarse la voluntad del Rey, que bien pronto fué preferido por su discreción y trato prudente.

Idiaquez insinuaba en el ánimo del monarca cuanto juzgaba oportuno para favorecer á su amigo; de modo que, como cosa natural y explicable, pareciera después lo obtenido, y no como favor otorgado por la intervención oficiosa de un tercero. La Junta general de Guipúzcoa, donde Garibay era muy querido por sus servicios, envió también una exposición al monarca haciendo mención de ellos y de los grandes sacrificios realizados, con gloria de España, al componer y publicar su magno trabajo histórico, por lo que había consumido su patrimonio y contraído deudas. Indicaba la justicia de una recompensa en relación con la importancia de tales actos. (2)

(1) Es curioso el relato que hace Garibay de un viaje que hizo de Sevilla á Cádiz, año de 1573.

"Salí de Sevilla (dice) el día 20 de Febrero. Fuí otro día á comer á la ciudad de Jerez de la Frontera, y al siguiente, 22, domingo, á oír misa y comer al Puerto de Santa María. Este día, después de comer, embarcándome en una chalupa para Cádiz, al acercar de la ciudad, hizo un viento tan fresco de la mar, que comenzando muchos á vomitar, aunque fuí el último, hícelo tal, que lanzando cuanto tenía en el estómago, y aun queriendo echar lo que no tenía, llegué á Cádiz esta tarde bien desmayado; pero, por la misericordia de Nuestro Señor, siéndome esta purgación total (iba muy débil y en convalecencia) medicina de mis trabajos, comencé á entrar en la salud desde el día siguiente. Estuve en esta

ciudad cuatro días, curándome y haciéndome mucho regalo en su casa Martín de Arriola, vecino de San Sebastián de Guipúzcoa, habitante entonces en ella con gran contratación".

(2) La carta de recomendación, en favor de Garibay, que la Junta general de la provincia de Guipúzcoa, escribió al Rey Felipe II y á sus reinos, entre otras alabanzas de aquel hombre ilustre, hace constar lo siguiente:

Que en los cargos públicos que desempeñó, lo mismo como militar que como administrador del pueblo, siempre se distinguió por su pureza y gran pericia: que en la impresión de los 1500 cuerpos de que constó la tirada "gastó su patrimonio y quedó muy adeudado: que debía suplicarse á Su Majestad "le hiciese mercedes para poder proseguir y tra-

Garibay recibió en diversas ocasiones ayudas de costa como premio de sus servicios y se le nombró aposentador de la Real casa, aunque no tenía que ejercer el cargo, y sí sólo percibir el sueldo.

Después de algún tiempo de enfermedad, dedicóse Garibay á escribir una nueva obra, de más trabajo todavía que la primera, y mucho más extensa que la publicada en Amberes. Titúlase *Grandezas de España. Noticias de los títulos y casas ilustres de ella*, en la que empleó más de veinticuatro años, y quedó inédita. Esta inmensa labor de sus eruditas investigaciones, con todas las imperfecciones que hay que reconocer en ella, en cuanto á discernimiento crítico, forma una colección magnífica sobre los Reyes, príncipes y nobles españoles, con noticias recónditas de que se han aprovechado varios escritores y sin mentar siquiera la procedencia, según dijo el eruditísimo Salazar y Castro, uno de los encomiadores del inestimable manuscrito de D. Estéban.

Á medida que su gran amigo D. Juan de Idiaquez le hizo grato lugar en el ánimo de Felipe II, éste gustó del trato y la conversación del sabio analista, y no pocas veces le mandó llamar por sus criados para consultar con él algunos puntos interesantes sobre prosapias reales, antigüedades, asuntos heráldicos ú otras materias de pura curiosidad. Llegó á intimar así el gran compilador vizcaino con su Rey y señor de modo, que pudo el último apreciar muy bien lo profundo de sus juicios, la honradez de sus proceder y la generalidad de sus conocimientos en materias de historia y genealogía. Como que en sus pláticas con el Rey casi siempre estaban presentes el príncipe D. Felipe y la infanta D.^a Isabel Clara Eugenia, éstos también le cobraron

bajar en materias y discursos tan provechosos para todos“, y que “se hallaba (el año 90) con mujer é hijos, con mucha necesidad, habiendo consumido su patrimonio y contraído deudas“.

(1) Como prueba del afecto con que se trataba á Garibay por la Corte, citaremos algunas de las mercedes y ayudas de costa que se le otorgaron para que continuase con tranquilidad sus estudios.

El año de 1585, estando Felipe II celebrando cortes en Monzón, por Real cédula, fecha 24 de Setiembre, hizo merced á Garibay de ochenta mil maravedis de su tesorería general por sus tercios, de cuatro en cuatro meses, con que fuere obligado á residir en su corte ó donde S. M. mandase. La cédula estaba señalada del Lcdo. Juan Tomás y del Lcdo. Chumacero, y refrendada del secretario Juan Vázquez de Salazar. Á fin de que se pusiese esto en debida ejecución, dió S. M. otra cédula, firmada también en Monzón, señalada al pie de Rodrigo Vázquez de Arce, presidente del Consejo de Hacienda. “Esta merced (dice el mismo Garibay) fué servido de me hacerla con retención de lo pasado y sin cargo alguno más de la dicha residencia.“

mucho afecto y estima. Resultado de todo fué que, desde el año 1585, era considerado en palacio como el hombre más digno de ser recompensado entre los que se dedicaban en España al cultivo de las letras. (1)

Refiriendo él una muestra de distinción de que fué objeto, dice: “El 19 de Setiembre de 1586, viernes por la mañana, partí de Madrid para San Lorenzo el Real (adonde le había enviado á llamar D. Juan de Idiaquez por carta del 13). Aquella tarde, siendo muy bien recibido, besé á Su Majestad sus reales manos. El siguiente, sábado 20, cuando se quería sentar á comer, dándole en breves razones las gracias de las mercedes que siempre recibía de su Real grandeza, como le dijese que el último bien que deseaba en esta vida era dar fin á mis días en su servicio, me respondió: “así lo espero yo de vos“. Halláronse presente á esto el mismo D. Juan, García de Loaysa, arcediano de Talavera y maestro del príncipe nuestro Señor, y también D. Diego de Cabrera y Bobadilla, Conde de Chinchón y mayordomo de S. M. Don Juan me dijo: “muy bien lo ha hecho vuestra merced. Besándole yo las manos, le respondí que en su presencia no fuera posible que yo errara. Después me detuve con él otros tres días, domingo, lunes y martes, haciéndome en todo mucha merced y favor, y esta tarde, al oscurecer, despidiéndome de él, y después de Mateo Leça, secretario de S. M., (el Mateo Vázquez, á quien dirigió Cervantes una epístola desde el cautiverio), y á las ocho de la noche del dicho García de Loaysa, bajé al Escorial, y al día siguiente, miércoles, 24, salí de él por la mañana y vine temprano á Madrid, habiendo recibido mucha merced y amor de los caballeros de la casa Real“.

Los aposentadores de S. M., Pedro de Moya y Luis Mexia, que hacían las veces del aposentador mayor, ausente, D. Diego de Espinosa, en todo lo respectivo al aposento de la Real casa y corte, dieron cédula de posada á Garibay en la villa de Madrid en 30 de Setiembre; y habiéndola mandado cumplir el Lcdo. Arce de Otalora, entró en posesión de ella el 28 de Octubre.

Por Real cédula, fecha 18 de Marzo del 89, librada por el Consejo de Guerra y refrendada del secretario Andrés de Alba, consultada favorablemente por D. Juan de Idiaquez, se le hizo merced de ochocientos ducados de ayuda de costa por una vez, que le entregó el Duque de Medina Sidonia en lo procedido de unas urcas que se vendieron por S. M.

Trescientos ducados se le concedieron el año 90, previa consulta del Consejo de Estado.

En el 91 se le concedieron otros trescientos cada año, situados en el pagador de las guardas del reino. Además recibió como gratificación por una sola vez trescientos setenta mil maravedis.

Y el año 92 se le nombró cronista de S. M. con ochenta mil maravedis de salario.

Fué muy apreciado Garibay por sus escritos de los principales personajes de la corte: el cardenal Gravela; D. Francisco de Idiaquez, primo hermano de D. Juan y secretario del Consejo de Estado; D. Rodrigo Vázquez de Arce; el Cardenal arzobispo de Toledo, D. Gaspar de Quiroga; D. Rodrigo de Castro, Cardenal arzobispo de Sevilla; (1) D. Francisco Zapata de Cisneros, Conde de Barajas y presidente del Consejo de Órdenes; D. Diego Fernández de Cabrera y Bobadilla, Conde de Chinchón; D. Antonio Mauriño de Paços, presidente del Consejo Real de Castilla.

Entre las personas eminentes en virtud y letras que supieron estimar sus laboriosas investigaciones, merecen especial mención Arias Montano, Páez de Castro, Álvaro Gómez, Ginés de Sepúlveda, Ambrosio de Morales y el sabio jesuita Mariana, que fué confesor de Garibay, y se inspiró en su ejemplo para emprender su monumental *Historia de España*.

Además de la *Crónica general* y del *Origen, ilustraciones y discursos sobre las dignidades seglares de estos reinos*, escribió Garibay otras obras, todas de mucha erudición, de las cuales unas se publicaron y otras quedaron inéditas. Entre ellas es notable la titulada *Ilustraciones genealógicas*, lujosamente impresa en Madrid, año de 1596, con multitud de árboles de familia, en los que se demuestra el origen, real ó supuesto, de los monarcas de la casa de Austria hasta Felipe II, su cuarta mujer D.^a Ana y su hijo el príncipe heredero. (2) Otro de sus libros se titula *Letreros é insignias reales de todos los Serenísimos Reyes de Oviedo, León y Castilla*, para la Sala de los alcázares de Segovia. Compúsole por mandado de Felipe II, siendo alcaide perpetuo de ellos el Conde de Chinchón. Escribió, por ruego de éste, una *Sucesión de la clara familia de los Cerdas*. También intentó un Su-

mario de todos los Arzobispos de Sevilla, Santiago y Granada, Burgos y Valencia, con los obispos que hubo en estas iglesias antes que fuesen metropolitanas. Tuvo pensamiento, á propuesta de Idiaquez, de componer una *Historia* del reinado de Felipe II; pero se quedó en proyecto.

Desde el año 98 Garibay estaba bastante mal de salud. Agraváronse sus dolencias, hasta el punto de ocasionarle la muerte en Toledo, año de 1602.

Su labor literaria fué, sin disputa, considerable y de importancia reconocida. Componer una recopilación histórica de todos los reinos de España con método, erudición y acierto, será siempre timbre glorioso de su nombre. Acometido el trabajo por su propia inspiración, con sus particulares recursos y sacrificios, sin modelos que seguir, pues lo hasta entonces escrito por Vaseo, Beuter, Alcocer y Florián de Ocampo tenía muchos defectos, ofreció antes que nadie un ensayo de historia general de España desde los tiempos más remotos hasta sus días. No acertó en la parte de crítica como en ostentar erudición. Entre el fárrago de muchas noticias fabulosas que circulaban como ciertas en la opinión, faltóle recto juicio para rechazar las falsedades sancionadas; vicio muy arraigado entonces, por regla general, entre los escritores españoles de más crédito. El mismo Mariana, cuyo talento era tan superior en doctrina y buen gusto, transigió ó aceptó en su *Historia de España* muchos cuentos y consejos sobre reyes y santos.

Los trabajos de Garibay acerca de genealogías de príncipes y familias, aunque interesantísimos, dejan mucho que desear también respecto de un método de severo análisis y depuración.

La facilidad con que producía, perjudicaba á su perfección literaria. Hay en su estilo sencillez, naturalidad, fraseología copiosa y adecua-

(1) Hablando en su *Vida* de este prelado, dice Garibay que en 28 de Abril del año 88, habiéndolo mandado á llamar el día antes con el Lcdo. Francisco de Albornoz, del hábito de Calatrava, del Consejo de Órdenes, estuvo conversando con el cardenal arzobispo de Sevilla, más de cinco horas. Garibay supo así muchas circunstancias de su vida, la cual escribió, con exacto conocimiento, al hablar de la casa de Castro y los Condes de Lemos.

(2) La portada de esta costosa obra, en folio, dice así textualmente:

“Ilustraciones genealógicas de los cathólicos Reyes de las Españas y de los christianísimos de Francia y de los emperadores de Constantinopla hasta el cathólico Rey señor D. Phelipe el II y sus serenísimos hijos.

Las mismas, hasta sus Altezas, de muchos sanctos confesores de la Iglesia apostólica, romana, sus gloriosos progenitores: como lo mostrará la página siguiente.

Para el muy alto y muy poderoso príncipe de las Españas y del Nuevo Mundo D. Phelipe, nuestro cathólico Señor.

Compuestas por Estéban de Garibay, chronista del cathólico Rey su padre, y con su Real privilegio impresas.— En Madrid, por Luis Sánchez. Año 1596“.

Las *Ilustraciones genealógicas* fueron aprobadas con singulares encomios por el P. Juan de Mariana; el Dr. Luis de Castilla, arcediano y canónigo de la Santa Iglesia de Cuenca y visitador del Estado de Milán; y el Dr. Benito Arias Montano, del hábito de Santiago y capellán del cathólico Rey D. Felipe II.

La primera fechada en Toledo á 27 de Marzo de 1595; la segunda en Madrid á 17 de Julio, y la tercera en Sevilla, en Agosto del mismo año.

Cada cuerpo del dicho libro, ó sea un volumen, un ejemplar, fué tasado para la venta por el Consejo de Castilla en sesenta reales.

da; pero nótanse muchas faltas de buena elocución, pesadez en muchos pasajes, repeticiones de palabras y conceptos. Sin embargo, siempre se leen con agrado y enseñanza los escritos de Garibay.

Entre los que dejó inéditos, y hoy se conservan en su mayor parte en la Real Academia de la Historia, es notable *Las Memorias* de su vida, que con un prólogo del Sr. D. Pascual Gayangos, se publicó en 1854. Esta obra es de inestimable mérito, pues gracias á ella podemos saber perfectamente los hechos de su existencia particular y pública y muchos sucesos y noticias de personas principales de su tiempo, que se desconocerían si él no lo hubiese mencionado.

*
* *

Cristóbal de Villarroel

Cervantes habló, en el *Canto de Caliope* de la *Galatea*, de un poeta su contemporáneo, que llevaba el mismo nombre y apellido que tenía el alcalde de casa y corte que instruyó el proceso de Valladolid con tanta pasión como injusticia.

En elogio de aquel vate dijo Cervantes:

De Don Cristóbal, cuyo sobrenombre
Es de Villarroel, tened creído
Que bien merece que jamás su nombre
Toque las aguas negras del olvido:
Su ingenio admire, su valor asombre,
Y el ingenio y valor sea conocido
Por el mayor extremo que descubre
En cuanto mira el sol ó el suelo encumbre.

“Atribuidos á este poeta (dice D. Cayetano Alberto de La Barrera en sus *Notas al Canto de Caliope*), de quien Cervantes á la par encomia el valor y el ingenio, se hallan en las *Flores de poetas ilustres*, que juntó y publicó Pedro de Espinosa, (Valladolid, 1603) dos sonetos. Del primero, que comienza:

Al árbol de victoria está fijada
La arpa de David, que no de Apolo,

puede dudarse muy fundadamente que le pertenezca, dado que Lope, en *El Laurel de Apolo*, le señala, al hablar del Licenciado Berrío, como debido á su elegante pluma. El otro es asimismo de asunto místico, escrito en loor de San Acacio y diez mil compañeros mártires, con singular ingenio y artificio“.

El mismo La Barrera, en el *Juicio lego sobre los trámites del proceso de Valladolid*, que dejó inédito, y publicamos nosotros en el periódico *El Pueblo*, de Cádiz, año de 1898, preguntaba,

al copiar la octava encomiástica de Cervantes: ¿Acaso fué este alcalde el mismo celebrado como poeta en el *Canto de Caliope*?...

Nosotros creemos que los dichos Villarroeles son personas distintas.

El Licenciado Cristóbal de Villarroel, alcalde de casa y corte, no tendría nada que ver con el Cristóbal de Villarroel alabado por Cervantes como poeta ingenioso y valiente soldado en los años de 1580 á 84.

*
* *

Datos acerca de la casa donde vivió Cervantes
en Valladolid. Estado en que se encuentra.
Necesidad de que la adquiera el Estado, y sea declarada monumento nacional.

Por tener señalado interés cuanto se refiere á la finca donde habitó Miguel de Cervantes en la capital de Castilla la Vieja, vamos á hacer un verídico resumen de lo que se ha investigado y escrito sobre este punto.

Aunque por el proceso de Valladolid se supo que Cervantes vivió en unas casas nuevas de Juan de las Navas, construidas en el Rastro, ignorábase cuál de ellas pudo ser; y en este estado de incertidumbre permaneció todo hasta el año de 1862, en que, gracias á las afortunadas indagaciones del docto catedrático de aquel Instituto provincial, D. José Santa María é Hita, se llegó á conocer y comprobar lo cierto.

El Sr. Santa María fué auxiliado en sus investigaciones por los señores propietarios de la finca; de modo que con los mismos títulos de ella, y otros indicios válidos, quedó demostrado que la casa donde moraba Cervantes cuando el trágico lance de D. Gaspar de Ezpeleta, era la antiguamente señalada con el número 9 y que ahora tiene el 14.

El Sr. D. Eleuterio Díez Rodríguez, (1) que es uno de los actuales dueños de la finca, comunicó al público, año de 1876, noticias exactas, (como sacadas de las mismas escrituras de propiedad de la casa), que vamos á reproducir ó extractar, porque prueban sin género de duda lo sostenido por el Sr. Santa María.

Antes de construirse la finca actual, habían existido otras en el mismo sitio, que desaparecieron á causa de un incendio. La señora de Portillo, dueña del solar, lo cedió á Juan de las Navas en pago de deudas. Era Juan de las Navas entonces administrador de las carnicerías de Valladolid, cargo retribuido por el Ayuntamiento con cuatrocientos ducados. El mismo Navas

(1) El Sr. Rodríguez leyó su interesante trabajo, en el aniversario 260 de la muerte de Cervantes, celebrado el di-

cho año por la Sociedad literaria que se fundó en la misma casa donde vivió Cervantes.

fué en 1605 administrador del servicio de las velas. En 1602 se decidió Navas á labrar en los terrenos cedidos dos casas, conocidas por las *casas nuevas*, que por su situación próxima al matadero, habían de serle muy útiles para su industria.

“Poseyólas Juan de las Navas algún tiempo (dice el Sr. Rodríguez); luego fueron adquiridas por los frailes dominicos que ocupaban el convento de Santiago, los cuales las agregaron á una capellanía, pasando después á ser del Marquesado de Verde Soto: en nuestros días se ha conocido vivir en ellas á D. Lorenzo García Barba, agonizante que fué del hospital general, pues como capellán y administrador del Marquesado, la había escogido por más próxima adonde tenía que prestar sus servicios.

La casa donde habitó Cervantes pasó en 1854 á ser propiedad de la familia del que tiene el honor de dirigiros la palabra, juntamente con la que linda á la derecha; seis años antes tuvimos el gusto de conferenciar con el Sr. Sangrador, cuando estaba escribiendo la *Historia de Valladolid*, pues deseaba precisar dicho señor cuál de las dos casas sería donde había vivido Cervantes; pero no pudo aclararse, ya fuese por falta de noticias exactas, ó porque le preocupasen más otros estudios”.

Depurada luego la verdad por los trabajos del Sr. Santa María, el Ayuntamiento de Valladolid nombró una comisión de su seno, que en unión de personas respetables, después de examinado con detención el asunto, dictaminó de conformidad con lo que sostuvo el Sr. Santa María.

En vista del informe, con plena persuasión de la certeza de los datos, decidió en 1863 levantar acta de todos los trabajos de investigación, y se acordó poner una lápida en la fachada con objeto de indicar á los nacionales y extranjeros que visitasen la población, cuál era la casa donde tuvo humilde morada Miguel de Cervantes en Valladolid.

Las casas referidas, situadas en la calle del Rastro, pertenecientes á la feligresía de San Ildefonso, estaban entonces extramuros de la ciudad, y para llegar á ellas, como dijo el Sr. Pérez Mínguez en 1875, había que ir por la puerta del Campo de la Verdad, orilla del Esgueba, ó por la puerta de Teresa Gil, porque lo demás estaba amurallado, y era preciso pasar por un pequeño puente de madera que existía, para cruzar el rio, desde el Rastro á las fincas recién construidas de Juan de las Navas.

Aunque el Ayuntamiento de Valladolid hizo colocar en la fachada de la casa donde vivió

Cervantes la lápida con el busto del inmortal Autor, el no haberla adquirido para que se conservara como monumento nacional, ha ocasionado muchas contrariedades y hay temores de que pueda desaparecer cuando menos se piense.

Á consecuencia de las nuevas hermosas construcciones que en aquel sitio se han efectuado en los últimos treinta años, todo lo antiguo se ha derribado ó tenido gran transformación; y las casas de Juan de las Navas, han quedado en una calle estrecha, en una hondonada, expuestas á ser derribadas con motivo de las nuevas alineaciones.

En 1875, merced á los esfuerzos patrióticos de D. Mariano Pérez Mínguez y de uno de los propietarios de la finca, D. Eleuterio Díez Rodríguez, se creó en la casa de Cervantes una Sociedad cervántica, que visitó después el Rey Don Alfonso XII, y se habló de adquirirla el Estado para declararla monumento nacional. Bien pronto quedó tan noble propósito en el más completo olvido. Bastante hablamos nosotros entonces para que la apatía no siguiera prevaleciendo. Muy dignos de elogios eran, decíamos en 1877, los esfuerzos particulares que se hacían para conservar la casa que habitó Cervantes en Valladolid; pero más digno de aplauso sería el gobierno que, adquiriendo esa finca, imposibilitara que cierto día, siendo vendida á algún individuo no tan entusiasta por Cervantes como el actual poseedor, ó la derribase ó la hiciera perder su forma, lo cual sería tanto más sensible, cuanto que no podría conservarse con ser de tan grandes recuerdos para la literatura patria.

En uno de los momentos en que la casa ha estado á punto de desaparecer por exigencias del ornato público, allá por el año 88, un diputado á cortes, amante de las glorias nacionales, D. Fernando Romero Gilsanz, levantó su voz en el Congreso para pedir que el gobierno impidiese el derribo de finca tan digna de conservarse, adquiriéndola el Estado. Nada se hizo, aunque se prometió mucho, y se dijeron cosas muy pomposamente patrióticas.

Hace seis años hubo otra llamarada de entusiasmo; pero con resultado tan negativo como antes. Siendo Director de Instrucción Pública el Sr. Vincenti, fué él en persona á Valladolid para visitar la finca. Hubo banquete, reuniones, conferencias. Moviése grandemente la opinión, y se llegó á creer que el Estado ó el Ayuntamiento de Valladolid comprarían la finca y para siempre quedaría á salvo de la piqueta demoledora. Por desgracia todo se olvidó pronto. La casa sigue siempre amenazada de derribo.

Hace dos años estuvimos nosotros en Valla-

dolid. Una de nuestras primeras visitas fué para D. Eleuterio Díez y Rodríguez, el ilustrado copropietario de la finca, quien nos acompañó á la casa, convertida hoy en albergue de vecinos pobres, y nos enseñó las habitaciones que formaban el aposento de Cervantes. Mostrónos las escrituras originales de las fincas, y nos facilitó muy curiosas noticias acerca de los trabajos que realizó la Sociedad literaria que estuvo establecida en aquella casa bajo la dirección del Sr. Pérez Minguez, cuya memoria será siempre grata para todo admirador de Cervantes. Á él y á sus dignos compañeros de Sociedad se debió que se levantara al gran Escritor una estatua de bronce en frente de la misma casa donde vivió, concluyó la primera parte del *Quijote* y escribió algunas de sus celebradas y perfectas novelas. Dicha estatua, erigida el 29 de Setiembre de 1877, ha sido trasladada después, donde se conserva, á la plazuela de la Universidad, por ser imposible que continuase delante de la casa del Rastro, por las obras de ensanche verificadas en aquellos sitios.

En *El Liberal* de Madrid, Julio de 1900, publicamos un artículo dando cuenta de las tristes impresiones que nos produjo la indiferencia con que se miraba la conservación de un edificio de tan patrióticos recuerdos. Muchos periódicos de la corte y de provincias lo copiaron y expresáronse de manera favorable á nuestras indicaciones, conviniendo todos en la sagrada obligación que tiene el gobierno español de comprar dicha finca, y conservarla como monumento glorioso de nuestro pasado literario. La fachada de la casa tal como estaba cuando la visitamos, es la que reproducimos en fotograbado al mismo tiempo que la estatua.

Como que excitábamos el celo de todas las Academias y Corporaciones más llamadas por su respetabilidad para apoyar nuestras súplicas, supimos con gusto que en la Real Española iban á presentar algunos señores académicos una moción pidiendo al gobierno la pronta resolución

en asunto tan de acuerdo con los más puros afectos de un acendrado patriotismo. La muerte del gran polígrafo D. Víctor Balaguer y las enfermedades de nuestro generoso protector el sabio filólogo D. Eduardo Benot, han impedido la realización del propósito.

Hemos de seguir escribiendo en favor de este intento mientras dure nuestra vida, no por vanidad, no estimulados de amor propio, no excitados de ningún móvil egoísta, sino inspirados por el amor santo de la patria. Vergonzoso es que pase en España lo que sucede. En otros países se hace cuestión de honrosa competencia, entre gobiernos, corporaciones ó particulares, conservar los edificios que recuerdan actos señalados en la vida de los grandes escritores. En España pasa lo contrario por nuestra tradicional apatía ó nuestra indiferencia criminal. Por no haber apreciado como era debido el inmenso talento de Cervantes, dejamos perecer todos los edificios que guardaban recuerdos verdaderos de su existencia: la casa donde nació, la casa donde murió, las casas donde vivió con su esposa en Madrid y en Esquivias. De otras sólo se conservan tradiciones.

La única subsistente, la única que ofrece memoria auténtica de su vida, en un número determinado de años, que se enlazan con el acontecimiento más glorioso para España, la publicación del *Quijote*, es la casa que hay en Valladolid, calle del Rastro, número 14. Si los gobiernos españoles, sordos á los clamores reiterados de la opinión, no la adquieren y la declaran monumento nacional, estableciendo en ella una gran biblioteca ó museo cervántico, único medio para conservarla é impedir, más temprano ó más tarde, su ruina; preciso sería decir que los españoles no sabíamos nunca hacer la debida justicia á nuestras más puras glorias literarias. Razón tendrían entonces los extranjeros para decir que el África empezaba en los Pirineos. (1)

* *

(1) En el año de 1888 se publicaron dos notables folletos que contienen muy curiosas noticias acerca de Cervantes. Uno titulado *La casa de Cervantes*, por D. Felipe Picatoste, que se estampó en Madrid: otro, cuya portada dice: *Cervantes en Valladolid*, por D. Juan Ortega y Rubio, que vió la luz pública en esta capital.

En el segundo opúsculo inserta el Sr. Ortega copia de los títulos de propiedad de las casas de Juan de las Navas, y comprueba con nuevas observaciones la afirmación que hizo sobre la verdadera donde habitó Cervantes, el catedrático de Economía Política de la Escuela de Comercio de Valladolid en 1862.

“Consta (dice, págs. 16 y 17) que los cuartos de la casa

se mandaban por una puerta, y como sería absurdo suponer que los principales edificios señalados en la actualidad con los números 16 y 14 estaban divididos en dos, y que en ellos moraban familias tan numerosas, un análisis detenido muestra que el principal de la casa que tiene el número 16, era el de la derecha, esto es, la habitación de D.^a Luisa de Montoya, y que el del número 14 era el de la izquierda, es decir, la habitación de Miguel de Cervantes. Viene en ayuda de esta creencia, una de las condiciones que se impusieron á Juan de las Navas cuando compró el suelo de dichas casas. Por último, si en la entrada había un pozo, como se afirma por una tradición constante y no interrumpida, y debajo de la habitación de Cervantes una taberna, según se lee en la causa de Ezpeleta, el primero sólo existe en el número 14, y

El Marqués de Falces.

Aunque para nuestras investigaciones cervánticas, es personaje muy secundario el señor Marqués de Falces, por su íntima amistad con el desgraciado D. Gaspar de Ezpeleta, merece que le dediquemos en este lugar algunos renglones.

De las cordialísimas relaciones, casi fraternales, que entre ambos existían, son pruebas bien concluyentes las páginas del proceso analizado. Era D. Gaspar natural y vecino de Pamplona, caballero del hábito de Santiago, ignórase si casado ó soltero; pero muy aficionado á las aventuras amorosas, de escasos bienes de fortuna y en la flor de su vida, á lo que parece, según era de enamorado y favorecido de las damas.

El año de 1592, cuando se efectuó la jornada de Tarazona, adonde fué Felipe II, para poner término á las cortes que allí se celebraban, pasó la comitiva regia por Segovia, Valladolid, Palencia, Búrgos, Logroño, Pamplona y Tudela. Custodiaba la persona Real la compañía de arqueros, formada de personas de notoria honradez, instituida en tiempos pasados por los Duques de Borgoña, y gozaba de señalados privilegios. Componíase de cien plazas, y su principal cometido era, durante los viajes que hacía la corte, acompañar y dejar á Su Majestad en su posada y palacio, y luego ir adelante, "á buscar donde recogerse, algunas veces, parte de la noche con aguas y aires, que cuando toman reposo (dice el cronista de esta expedición, uno de los arqueros de la compañía, llamado Enrique Cock), páreles otra vez oír la trompeta para marchar". (2)

En la lista, con nombre y apellido de cada número de la compañía de arqueros, consta con el cargo de lugarteniente capitán D. Diego de Croy,

Señor de Frayeres, caballero de la boca del Rey, después Marqués de Falces, y caballero de bastante importancia por el puesto de confianza que ejerció.

Es muy posible que en Pamplona conociera D. Diego de Croy y Peralta á D. Gaspar de Ezpeleta, y desde entonces dataran los estrechos lazos de cariño que los unía. Se querían como hermanos. En casa del Marqués entraba Don Gaspar con la misma franqueza que un individuo de la familia, valiéndose de los criados y caballos del Marqués como si fuesen suyos. El testamento otorgado por D. Gaspar á favor del señor Marqués, dejándole por albacea y encargándole lo que habría de efectuar para la salvación de su alma, es señal inequívoca de la ilimitada confianza que en él tenía y la grande intimidad con que se trataban.

Si álguien estaba al tanto de los secretos amorosos de D. Gaspar y supo de boca de éste la verdad sobre su triste fin, fuélo seguramente D. Diego de Croy y Peralta. Su declaración, sin los motivos de reserva que se impuso, hubiera corroborado las afirmaciones hechas por el paje Camporredondo y el lacayuelo Andrés Ramón.

Pero la Justicia no quiso molestar para nada al capitán de la guardia de Felipe II y de Felipe III, como no hizo que declararan tampoco los Duques de Pastrana y de Maqueda, D. Fernando de Toledo, señor de Higales, el Conde de Contentaina, D. Francisco Zapata, Rodrigo Montero, continuo del Duque de Lerma, Agustín Raxio, el sacerdote D. Luis de Garibay, el escribano Galbán y otros comprometidos ó sospechosos por su parentesco ó relaciones con este último.

El Marqués de Falces tuvo, sin embargo, un rasgo de nobleza que le honra. Constándole la

la segunda, así lo indica la división y proporciones del local, hallábase también en dicha casa".

Sobre la numeración de las cinco fincas que poseía en el Rastro Juan de las Navas, dice el ilustrado historiador de Valladolid lo siguiente, en vista de sus indagaciones en aquel *Archivo Municipal*: "La calle del Rastro se compone de once casas señaladas con los números 2, 4, 6, 8, 10, 12, 14, 16, 18, 20 y 22, y las cinco que tienen los números 10, 12, 14, 16 y 18, manifiestan casi la misma construcción y antigüedad. En el año de 1845, la casa que desde el siglo pasado tenía el número uno, conservó el mismo; el número 2 se convirtió en 3; el 3 en 5; el 4 en 7; el 5 en 9; el 6 en 11; el 7 en 13; el 8 en 15, y el 19 en 17. En el año 1862, al hospital de la Resurrección se le puso el 2; el 1 se convirtió en 4; á una casa que no tenía número, se le puso el 6; el 3 en 8; el 5 en 10, el 7 en 12; el 9 en 14; el 11 en 16; el 13 en 18; el 15 en 20, y el 17 en 22".

(2) Este notable escritor, de quien se guardan algunos manuscritos en la Biblioteca Nacional de Madrid, y acerca

del que dieron varios datos Pellicer y Navarrete en sus *Vidas de Cervantes*, dejó dos libros inéditos, cuyos originales se conservan en la Nacional de París, uno referente al viaje que hizo Felipe II para asistir á las Cortes de Monzón y al casamiento de su hija D.^a Catalina con Carlos Emmanuel, Duque de Saboya, año de 1585, en cuyo tiempo no pertenecía aún á la compañía de arqueros D. Diego de Croy y Peralta, de la que era capitán D. Carlos Fisnacq; y otro sobre la jornada de Tarazona, que queda citado. Son entrambas obras de sumo interés y mérito por describirse en ellas las costumbres de aquellos tiempos con gran fidelidad de pormenores y contener noticias que no pueden adquirirse con tanta exactitud en libro alguno.

Costeada la impresión de estas dos obras por el gobierno español, en los años de 1876 y 79, fueron descubiertas, anotadas y dispuestas para la estampa por los ilustres eruditos D. Alfredo Morel-Fatio y D. Antonio Rodríguez Villa, quienes se han hecho merecedores de generales alabanzas.

inocencia de todos los procesados, desistió de nuevos procedimientos vejatorios. Demostró más conciencia y más rectitud que los señores alcal-des.

*
* *

El poeta Pedro Láinez.

Son muy breves y confusas las noticias que han llegado hasta nosotros respecto de la vida de Láinez. Es tanto más sensible esto, cuanto que era uno de los poetas más famosos de su tiempo; y, por las escasas composiciones que se han publicado de él, se comprende que fueron justos el aprecio y elogios que hicieron de sus poesías eminentes escritores contemporáneos, entre los que descuellan Lope de Vega y Cervantes.

Este último, sobre todo, profesó entrañable amistad á Láinez. Criado en Toledo, aunque por su familia, originario de León, era muy de antiguo conocido y tratado por Cervantes, quien hizo singular estimación de sus dotes inventivas y le consideraba como uno de los más castizos, celebrados é ingeniosos vates de su época.

Sabedor del acendrado cariño que guardaba Láinez en su enamorado pecho hacia una joven hermosísima, con la que pretendía desposarse, valióse de aquellos incidentes amorosos para dar noticia de ellos en su *Galatea*, con indicaciones oportunas, aunque encubiertas bajo el relato pastoril. En persona de la pastora Teolinda (libro primero de la citada obra) dice Cervantes que Damón (Láinez) era íntimo y perfecto amigo de Tirsi (el divino Francisco de Figueroa); éste en la famosa Cómpluto, villa fundada en las riberas de nuestro Henares, nacido; y aquél, que traía su origen, si no estaba mal informado, de las montañas de León, criado en la nombrada Mántua carpetánea. Por boca de Figueroa asegura Cervantes en el mismo libro que Láinez "era íntimo y particular amigo suyo".

En la égloga que cantan Figueroa y Láinez, cuando Cervantes los presenta en escena, el primero se muestra contento de su amada porque sabe apreciar su cariño y corresponde á sus nobles deseos; en tanto que Láinez se entrega á la tristeza por creer que le desdeña su adorada.

Tirsi, confiado en el amor de su dama, decía:

Con su rara virtud y honesto celo
Así los ojos codiciosos ciega,
Que de ningún contrario me recelo.
La estrecha sujeción que no le niega
Mi alma al alma suya; el alto intento,
Que sólo en la adorar pára y sosiega;
El tener de este amor conocimiento
Fili, y corresponder á fe tan pura,
Destierran el dolor, traen el contento.

Á lo que replica Láinez con amargo tono:

¡Dichoso Tirsi, Tirsi con ventura,
De la cual goces siglos prolongados,
En amoroso gusto, en paz segura!
Yo, á quien los cortos, implacables hados
Trajeron á un estado tan incierto,
Pobre en el merecer, rico en cuidados,
Bien es que muera; pues estando muerto,
No temeré á Amarili rigurosa,
Ni del ingrato amor el desconcierto.
¡Oh más que el Cielo, oh más que el sol hermosa,
Y para mí más dura que un diamante,
Presta á mi mal y al bien muy perezosa!
Pero ¡ay de mí, que adonde voy me alcanza
La fría mano del temor esquiva,
Y del desdén la rigurosa lanza!

¿Quién era aquella dama á quien Pedro Láinez amaba tanto?... Creemos que el Proceso de Valladolid lo deja aclarado para siempre en sus folios. Aquella señora es indudablemente Doña Juana Gaitán, la viuda del poeta en 1605. En su declaración hay datos muy notables, que indican la probable fecha del casamiento y la muerte del esposo.

Como que D. Gaspar de Ezpeleta había conocido al pagador de Hacienda, su marido, cuando estaban en Madrid, y en la nueva corte la visitó para darla el pésame por su fallecimiento, D.^a Juana se expresa así textualmente: "que conoce á D. Gaspar de más de catorce años á esta parte (1605); que visitó, en la villa de Madrid, á su marido el pagador; y que de tres meses á esta parte también le vió, que la fué á visitar á esta confesante y darle el pésame de la muerte del dicho su marido, porque la había visto en el Carmen en hábito de viuda".

Ahora bien; si D.^a Juana confiesa tener más de treinta y cinco años de edad en 1605, y hacía más de catorce que D. Gaspar visitó á su marido el pagador Pedro Láinez, es probable que hubiesen contraído matrimonio después del año 1585, en que se publicó la *Galatea*, y antes de 1591. La fecha de la muerte del poeta está más determinada. Si en Junio de 1605 hacía tres meses que la visitó D. Gaspar para darla el pésame por haberla visto, en hábito de viuda, en la iglesia del Carmen de Valladolid, Láinez fallecería á principios del mismo año, poco antes de la llegada de Cervantes á aquella capital.

Que Pedro Láinez dejó inéditas dos obras, dedicadas al Duque de Pastrana, ya queda dicho, así como puede sostenerse que no vieron la luz pública. El impresor Sancha, al dar la colección más extensa que se había estampado, hasta fines del siglo XVIII, de las obras de Lope de Vega, lamentándose de la incuria con que se miraban los muchos trabajos inéditos que existían de literatos renombrados del Siglo de oro en bibliote-

cas particulares; hizo constar que se conservaba un manuscrito en 4.º de Pedro Láinez, firmado de su mano, entre los libros del Sr. Marqués de los Truxillos en Valladolid. Aunque, al comunicar esta noticia al público, se daba como cosa segura que pensaba dicho señor hacerlo del dominio general, en unión de otras muchas riquezas de este género, no sabemos que se realizaran tales promesas ni tales deseos se vieran cumplidos.

Un erudito amigo nuestro, residente en Madrid, cuyo nombre nos está prohibido citar, prepara ahora un extenso trabajo biográfico y crítico acerca de aquel distinguido poeta, que será lo más completo que de su vida y escritos se publique. De desear es que no demore el hacerlo en bien de las letras patrias y para enaltecer la memoria de aquel poeta renombrado, de quien decía Cervantes, por boca de la diosa de la Poesía, al concluir el *Canto de Caliope*, elogiando al mismo tiempo al divino Francisco de Figueroa:

Estos quiero que den fin á mi canto,
Y á una nueva admiración comienzo,
Y si pensáis que en esto me adelanto,
Cuando os diga quién son, veréis que venzo.
Por ellos hasta el Cielo me levanto,
Y sin ellos me corro y me avergüenzo:
Tal es Láinez, tal es Figueroa,
Dignos de eterna y de incensable loa.

*
* *

D. Fernando de Toledo, señor de Higales.

Este caballero, de quien hemos dado algunos datos biográficos en la página 324 del presente tomo, tenía estrecha amistad con Cervantes; y la buena afectuosa correspondencia que entre los dos mediaba en Valladolid, como antes en Sevilla, se conoce perfectamente por el mismo proceso.

Una vez, según consta en la declaración de Isabel de la Ilallana, D. Fernando había entrado acompañando á una señora de la casa de Cervantes, al tiempo que se hallaba éste asomado á la ventana; pormenor gráfico é interesantísimo de la respetuosa intimidad de que disfrutaba el señor de Higales en aquel honrado hogar. Y por otra declaración de D.^a María de Argomedo, sabemos que las señoras de la familia de Cervantes hicieron á aquel caballero una manga para los juegos de cañas que en Valladolid se celebraron entonces, y en los que hubo de tomar parte.

Fué este caballero, años adelante, ya en las postrimerías de la privanza del de Lerma, objeto de enconada persecución por supuestos deli-

tos políticos. Militaba D. Fernando en el bando contrario al válido, parte por cuestiones de familia, parte por motivos de animadversión al hombre público. Mucho llegaría á significarse entre los que procuraban la caída del de Lerma, cuando el rumor general, aunque sin fundamento, á lo que parece, llegó á atribuirle nada menos que grave complicidad en los propósitos de asesinarlo por mediación de persona juramentada. Cuenta el caso, con muchos pormenores curiosos, el autor de las *Adiciones á la Historia* escrita por Virgilio Malvezzi, cuyo nombre ignoramos, por más que su relato parece el de una persona franca, sencilla y con buenas informaciones, que daba cuenta de sucesos que había presenciado, ó sabido de noticias ciertas, que no veía publicadas y estimaba debían serlo.

Dicen, pues, lo siguiente las referidas *Adiciones*, publicadas por vez primera en el tomo de memorias y papeles varios que, acerca del reinado de Felipe III, estampó el año de 1723 D. Juan Yañez: (1)

Á la caída del Duque de Lerma, que toca el Malvezzi, sólo añadiré que pocos meses antes, como tuviese algunos indicios de su desgracia, ésta le hacía vivir en una continua zozobra y desconfianza, la que se aumentó con el aviso que le dieron de que trazaban matarle D. Juan de Vera y DON FERNANDO DE TOLEDO, SEÑOR DE HIGALES, y que el instrumento de que se valían era un sacerdote valenciano, cuyas señas le dieron, sin expresarle el nombre. Prendiéronse á estos dos caballeros y estuvieron en sus declaraciones negativos; y como al mismo tiempo se diese la orden de reconocer de noche á los eclesiásticos que se hallasen en las cercanías de palacio, para que se arrestase al que hallasen con armas, sucedió que un capellán de la Encarnación había seguido un pleito civil con un alguacil de corte, llamado Francisco Vázquez, y quedando éste sentido de haber perdido en justicia su demanda, encontrándole de noche, á tiempo que iba á entrar en su casa, le pareció se le venía á las manos la venganza por hallarle de noche y en las vecindades de palacio; y sin reparar en que esto era preciso, teniendo en ellas su posada, que no le habían encontrado armas algunas y que era conocido por hombre mayor y eclesiástico de buena vida y costumbres, pasó á ponerle en la cárcel, y le hizo echar grillos y cadena, publicando haber encontrado al clérigo que iba á matar al Duque de Lerma; quien aquella misma noche (habiéndole dado el alguacil el aviso) le agradeció y ofreció remunerar su celo. Pero como al día siguiente se hallase esta voz huérfana de justificación y el buen sacerdote probase iba á su casa, aunque de noche, á hora regular con su hábito clerical y sin armas algunas; y, por el contrario, fuese pública la ojeriza que el alguacil tenía con el eclesiástico, fué preciso ponerle en la calle. El Patriarca, sentido de la maldad del alguacil é informado por el mismo capellán de lo que había pasado, dió cuenta al Rey del caso, y Su Majestad mandó al presidente de Castilla se prendiese al alguacil y se le castigase severísimamente, lo que sin duda se hubiera ejecutado, dejando este delito sumamente escarmentado, á no haberse puesto de por medio la priora y el

(1) *Memorias para la historia de D. Felipe III, Rey de España*, recogidas por D. Juan Yañez, etc., etc., pág. 162.

capellán mayor del convento de la Encarnación, que luego que supieron la prisión del alguacil acudieron á Su Majestad con papeles, memoriales, súplicas é intercesiones, haciendo el mayor empeño por alcanzar el perdón á aquel mismo hombre que en cierta manera había ofendido al convento con la injusta prisión de su capellán. Y la piedad del Rey se halló tan combatida de los ruegos del señor príncipe Felipe IV, de su esposa la princesa D.^a Isabel y de los demás serenísimos infantes, excitados todos de las intercesiones de la priora y capellán mayor, que se hubo de rendir á perdonarle con la calidad de que no volviese á usar la vara; pero ni aun esta seña de castigo le duró mucho tiempo, porque volvieron á solicitar con el Rey su restitución y la consiguieron. Los caballeros Vera y TOLEDO salieron después de muchos días de prisión, sin habérseles probado el delito que les imputaron, y el Duque con leves indicios quebró en otros su cólera, habiéndose visto aquellos días en la corte repetidas muertes violentas, siendo la más escandalosa la de un pobre miserable que, por haber hablado mal del Duque, le sacaron una noche de casa del presidente de Castilla, vendados los ojos, y le llevaron á dar garrote al Prado viejo y le enterraron después en Nuestra Señora de Atocha. Y no faltó curioso que observase que, entre los demás, sólo aquel árbol se marchitó aquel año mismo, que por acaso había servido de patíbulo ó cadalso de aquel pobre hombre, permitiendo Dios que hasta el tronco, en su modo, hiciese sentimiento de haberle hecho cómplice ó parte en aquella tragedia, que aceleró la caída de Lerma en la forma que el Malvezzi la refiere“.

No tienen nada de extraños ni inverosímiles esos casos de odiosa venganza política y ejecuciones de infelices del vulgo que refiere el autor de las *Adiciones* al Malvezzi. El Duque de Lerma siempre se dejó llevar de la pasión cuando se trataba de sus enemigos, pobres ó ricos, humildes ó encumbrados. Su soberbia de señor absoluto de vidas y haciendas le cegaba. No podía

sufrir las advertencias justas ni las observaciones prudentes. No ya por la sospecha de que pudieran atentar contra su vida los señores de Higales y de Sierrabrava: por motivos de mera advertencia, enderezada á la extirpación de abusos é inmoralidades de sus protegidos, dictábase sentencia de muerte contra el autor de representación tan razonada y digna de ser tenida en cuenta.

Á los comienzos de su fatídico gobierno, año de 1603, en el mes de Abril, ordenó que se prendiera y se le formase proceso al secretario Iñigo Ibáñez, por el gran delito de haber entregado al confesor de S. M. un papel, en el cual se encarecía la conveniencia de quitar toda intervención en los negocios públicos á Franqueza y á Don Rodrigo Calderón, “porque si esto no se remediaba, el gobierno iba perdido, según vendían los oficios y se dejaban cohechar“. Los jueces, hechuras del de Lerma, condenaron al honrado secretario á la última pena; aunque en período de revista, se le envió á servir en el Peñón y se le tuvo por mucho tiempo preso y cargado de cadenas en fortalezas y castillos “por incorregible y loco“.

Sin embargo, aquel loco, aquel incorregible, aquel perseguido, tuvo mucha razón al pedir la separación de D. Rodrigo Calderón y de D. Pedro Franqueza. El procesamiento de entrambos y su triste fin, son elocuente testimonio de lo fundado de sus avisos y de la integridad de su conducta.

CAPÍTULO III.

Publicación de El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha.

Prodigiosa acogida que obtuvo esta obra.—Ediciones que se hicieron en el primer año.—Notas y observaciones bibliográficas.—Desmientense los apasionados juicios de Lope de Vega.—Consideraciones generales sobre la institución de la Caballería.—Nobleza y altos fines regeneradores que la inspiraban.—Cervantes no era enemigo de tan hermosas ideas.—Los libros caballerescos y su influencia en la opinión.—Hasta dónde llega contra ellos la invectiva de Cervantes.—Equivocaciones y errores propagados.—Se destruyen.—Corrupción social y política predominante cuando el Autor escribía.—Verdadera significación y tendencia de la sátira contenida en *Don Quijote*.—Su amplitud y majestuosidad.—Primordiales designios de Cervantes en la composición de su libro.—Nuestro dictamen acerca de su enseñanza y doctrina.—Originalidad y asombroso mérito de la invención.—Suposiciones que se han hecho respecto de los personajes á quienes se proponía ridiculizar Cervantes en persona de Don Quijote.—Se refutan.—No es el *Quijote* tampoco sátira particular contra la Inquisición.—Rasgos especiales que realzan al Ingenioso Hidalgo.—Identidad de dos grandiosos caracteres.—Reflexiones.—La poesía y la prosa de la vida.—Don Quijote y Sancho Panza, símbolos.—Equivocado concepto que se tiene del llamado *quijotismo*.—Lo que realmente significa esta palabra según el espíritu de la obra.

Los disgustos y sinsabores que en el ánimo de Cervantes produjeron los sucesos de Valladolid, encontraron lenitivo en el magnífico acogimiento que obtenía desde poco antes, y siguió dispensándose, á su obra magistral, ese tesoro de bellezas literarias y de invención maravillosa, que será siempre hechizo y pasmo de la inteligencia. Seis ediciones hechas el primer año de su aparición difundieron por doquiera, en miles y miles de ejemplares, sus gracias y perfecciones, desmintiendo en absoluto los apasionados juicios de Lope de Vega. (*)

(*) El insigne erudito D. Cristóbal Pérez Pastor, fijándose en anotaciones que existen en el libro de la Hermandad de impresores, correspondiente á 1604, creyó que la primera edición del *Quijote* se había publicado en dicho año; pero es indudable que de lo que se hablaba en aquellas anotaciones, si bien no se especificó con la claridad necesaria, era de los pliegos que se iban imprimiendo, de los que cada impresor regalaba, por prescripción reglamentaria, dos ejemplares de capillas á la Sociedad, que ésta después vendía, al precio de la tasa, para beneficio de sus intereses.

Por eso hasta Julio de 1605, cuatro meses después que estaba circulando y expendiéndose la primera edición, y haciéndose la segunda, es decir, cuando los dos ejemplares no carecían de ningún pliego, se vendió uno completo en ocho reales y medio. La anotación donde se hace constar la entrega de *dos Don Quixotes* á ochenta y tres pliegos, es seguramente posterior al recibo de los que se iban entregando sueltos á medida que se tiraban.

Mucho se ha escrito sobre la tendencia y fin primordial de la obra maestra de Cervantes, siendo, por consiguiente, diversos los juicios y dictámenes. Quiénes, ateniéndose rigurosamente á la letra, han dicho y repetido que Cervantes no tuvo otro objeto que poner en aborrecimiento de la gentes, como lo consiguió, las aficiones desmedidas á las lecturas caballerescas. Quiénes, separándose completamente del sentido literal del texto, pretenden que Cervantes tuvo por designio ridiculizar á personajes determinados de su época. Quiénes, por último, han inter-

Que en 1604 se estamparon todos los que forman la primera parte del *Ingenioso Hidalgo*, no puede ser objeto de controversia. Teniendo lo mismo Cervantes que Robles, librero de Su Majestad, plena confianza en obtener el privilegio para la publicación, de acuerdo en todo lo demás, se comenzaría á imprimir la obra quizás desde Abril ó Mayo de 1604. Solicitada la licencia por Cervantes, se le concedió por término de diez años, cuando ya la impresión estaría bastante adelantada, el 26 de Setiembre en Valladolid. Los ochenta y tres pliegos que componen el tomo debieron de estar listos, para que los revisara el corrector oficial de pruebas, á fines de Noviembre. En 1.º Diciembre dijo éste, Francisco Murcia de la Llana, desde el Colegio de la Madre de Dios de teólogos en la Universidad de Alcalá de Henares, que el libro “no tenía cosa digna que no correspondiese á su original”. Lo cual, en honor de la verdad debe decirse, era completamente inexacto, pues, por precipitación ó descuido de los impresores, se quedaron sin incluir algunas páginas

pretado bajo distintos aspectos sociales, religiosos, filosóficos ó científicos, la significación del caballero de la Mancha y de su positivista escudero Sancho.

La obra de Cervantes, sin embargo, es tan majestuosa, tan sublime, está tan por encima de cuantas ha producido y produce constantemente la humana inteligencia, que ni los críticos más sabios, ni los sabios más ilustres, atinan á descii-

frar gallarda y fijamente la idea, el pensamiento general, el fin verdadero y grandioso que el *Quijote* entraña y contiene. Maravillosa concepción del talento, ante cuya radiante y hermosa luz, todos quedamos sobrecogidos y anonadados!

La creencia, por lo demás, de que el *Quijote* era única y exclusivamente la sátira de las ideas caballerescas, creencia en otras épocas tan generalizada, se aminora hoy, y empieza á quedar

sobre el robo del rucio y otros puntos, que fué preciso reparar en lo sucesivo en la forma mejor posible.

Las aprobaciones de la obra y el nombre de los que las hicieron, se ignora hasta hoy. Para nosotros es muy verosímil que Cervantes las dejó de insertar por no ser indispensable el efectuarlo, propuesto como estaba á romper los moldes antiguos canonizados, y dar un aspecto nuevo, completamente original, á su libro desde las primeras páginas. La tasación del precio á que había de venderse, requisito de todo punto necesario para su legal expendición, no se hizo hasta el día 20 de Diciembre. Dice así este documento: "Tasa.—Yo, Juan Gallo de Andrada, escribano de cámara del Rey nuestro Señor, de los que residen en su Consejo, certifico y doy fe, que habiendo visto por los señores de él un libro intitulado *El Ingenioso Hidalgo de la Mancha* (sic), compuesto por Miguel de Cervantes Saavedra, tasaron cada pliego á tres maravedís y medio, el cual tiene ochenta y tres pliegos, que al dicho precio monta el dicho libro doscientos noventa maravedís y medio, en que se ha de vender en papel; y dieron licencia para que se puedan vender á este precio. Y mandaron que esta tasa se ponga al principio del dicho libro, y no se pueda vender sin ella. Y para que de ello conste dí la presente en Valladolid, á 20 días del mes de Diciembre de mil y seiscientos y cuatro años.—Juan Gallo de Andrada".

Los preliminares de la obra, incluso la portada, no pudieron estar concluidos sino para últimos de Diciembre ó en la primera quincena de Enero de 1605. Hasta este mes, por consiguiente, no pudo aparecer en público, ni ponerse á la venta la primera edición del *Quijote*.

* *

Es ésta, pues, la única verdadera edición príncipe. Dice la portada:

"El Ingenioso / Hidalgo Don Qui / xote de la Mancha, / Compuesto por Miguel de Ceruantes / Saavedra. / Dirigido al Dvque de Beiar, / Marques de Gibrleon, Conde de Benalcazar, y Baña/res, Vizconde de la Puebla de Alcozer, señor de / las villas de Capilla, Curiel, y / Burguillos. Año ^(Escudo de Juan de la Cuesta) 1605. Con privilegio. En Madrid, por Juan de la Cuesta. Véndese en casa de Francisco de Robles, librero del Rey nro. Señor".

El despacho de esta edición hubo de ser muy rápido, pues meses después, en el mismo año, hizo Juan de la Cuesta una segunda, en idéntica forma y tamaño que la anterior, aunque se contienen variantes en algunos pasajes del texto, que han servido á los eruditos y bibliófilos para clasificarlas y fijar puntualmente el orden numérico de su aparición.

Resulta hoy fuera de duda que la impresión de Cuesta, cuya portada se ha copiado, es la primitiva de todas y la primera que se hizo á costa de Francisco de Robles; y la segunda, en que se corrigen muchos defectos de la pasada y se subsanan omisiones que constaban en el original, como lo referente al robo del rucio y otras, es la que lleva la portada que se sigue:

El Ingenioso 'Hidalgo Don Qvi / xote de la Mancha. / Compuesto por Miguel de Ceruantes / Saavedra. / Dirigido al Dvque de Beiar, / Marques de Gibrleon, Conde de Barcelona y Baña / res, Vizconde de la Puebla de Alcozer, señor de / las villas de Capilla, Curiel y / Burguillos. Año ^(Escudo de Juan de la Cuesta) 1605. Con priuilegio de Castilla, Aragón y Portugal. En Madrid, por Juan de la Cuesta. Véndese en casa de Francisco de Robles, librero del Rey nro. Señor.

* *

Á la vez que se concluía de vender en Castilla la primera edición de Cuesta y se reimprimía la segunda, veían la pública luz en Lisboa otras dos ediciones, indudablemente sin permiso de Francisco de Robles.

Una de ellas, es casi del mismo tamaño que la primera de Madrid, aunque impreso el texto á dos columnas. La reproducción de Lisboa, en 4.º, por Jorge Rodríguez, está aprobada, de orden de la Inquisición, por Frey Antonio Freire, el cual quitó palabras y párrafos, arreglándolo á su gusto, á fin de que no llevase "couza algũa dessoante â doutrina catholica". La otra reimpresión lisbonense, en 8.º menor, está hecha por Pedro Crasbeeck. Ambas siguen el texto de la primera edición de Cuesta.

Cuando llegó á conocimiento de Robles, hubo de pensar en la conveniencia de sacar privilegio para Aragón (el de Portugal se obtuvo el 9 de Febrero de 1605), con objeto de perseguir á los que intentaran nuevas reimpresiones sin su permiso y de manera furtiva. Por eso se añadió en la portada de la segunda impresión de Madrid: "con privilegio de Castilla, Aragón y Portugal"; y el autor, para dejar más á salvo los derechos trasmitidos al editor madrileño, otorgó poder en Valladolid, á 12 de Abril de 1605, á Francisco de Robles, Lcdo. Diego de Alfaya y Francisco de Mar, "para querellarse contra los que en Lisboa hayan impreso ó quieran imprimir el *Quixote*".

Este interesante documento, que es el 39 de la *Colección* de D. Cristóbal Pérez Pastor, t. I, págs. 141-44, deja fuera de toda duda que no existió impresión alguna del *Quijote* anterior á la primera publicada por Cuesta, al principio del año 1605, pues Cervantes no habla más que del privilegio que le fué concedido por término de diez años para los reinos de Castilla y la Corona de Portugal. "Y á mi noticia ha venido (dice) que algunas personas en el dicho reino de Portugal han impreso ó quieren imprimir el dicho libro, sin tener, como no tienen, para ello, poder ni licencia mia, contravieniendo el dicho privilegio y facultad Real".

Cervantes autoriza á Robles, al Lcdo. Diego de Alfaya, capellán de S. M. y á Francisco de Mar, residentes en Lisboa, para que hagan valer el derecho que como poseedor del privilegio le asiste, "y confiesa que á quien pertenece el dicho privilegio es á Francisco de Robles, cuyo verdadero mercader es, conforme á una escritura de concierto entre él y mí fecha".

Lo más interesante del poder otorgado por Cervantes,

pospuesta á otras opiniones por ilustres escritores sustentadas; siendo muy posible que del todo quede destruida no en lejano tiempo.

Es absurdo creer, como algunos quieren, que Cervantes tratase de hacer una sátira apasionada contra las costumbres caballerescas, contra el pundonor, contra la dignidad, y se propusiera rebajar en lo más mínimo el carácter español. ¿Por ventura no era él un cumplido caballero? ¿No se había sacrificado siempre en su vida por el bien de todos? ¿Su fe y su hidalguía, su heroicidad y virtudes, no le parangonaban con los más esforzados campeones? ¡Y era Cervantes, con la integridad de su conducta, con su abnegación, desprendimiento y ánimo entero y recto; él, que luchaba contra todos los obstáculos y todas las influencias y todas las clases sociales, por sostener los fueros de la verdad y de la justicia, el llamado á desconceptuar; es más, á ridiculizar los nobles actos de la Institución de la caballería! Todo lo contrario sucedió: todo lo contrario vemos.

Para Cervantes, la Institución de la caballería era digna de toda veneración: su alma y su pensamiento le rendían un culto sagrado y entusiasta. En ese mismo *Quijote*, cuyo libro algunos inconsideradamente han deprimido por creerlo como el anatema de las doctrinas caballerescas, ó como un título depresivo para la hidalguía castellana, vese siempre dignificada, aun en medio de las contrariedades y de los altibajos de la vida, tan noble y tan veneranda Institución. Y ¿cómo no? Las ideas caballerescas esparcieron un benéfico, salvador influjo por todas partes, en todas las naciones, sobre todas las clases sociales sin excepción, en aquellas épocas en que la fuerza, la tiranía, la maldad, la estupidez, ó la ignorancia, comprimían con ferreo yugo á

los pueblos; y Cervantes tenía muchísimo talento, no ya para ridiculizar, pero ni aun para ofenderlas en lo más mínimo.

El caballero que, con desprecio de su vida y caridad hacia sus semejantes, cifraba su orgullo y anhelaba la gloria de proporcionar el bien á los necesitados, á los opresos, á los huérfanos, á los injustamente perseguidos por la perfidia ó por la maldad, admiración le causaba, no compasión ni desprecio; ni sus actos, siempre á grandes y humanitarios fines dirigidos, hallaban en él censura, sino enaltecimiento y loa.

Cervantes hubiera sido injusto, si otra cosa hubiese hecho, y más refiriéndose á la hidalguía, á la caballería, al valor de los campeones españoles; pues si bien en toda Europa la influencia ejercida por las ideas y principios caballerescos, fué tan importante como conveniente, en España tuvo esa misma influencia un carácter señaladísimo de grandeza y heroicidad.

Nuestra historia patria en toda la edad media, á los comienzos de la edad moderna, y por los mismos años en que nació Cervantes, nos ofrece datos elocuentísimos sobre esto. No censuras, sino que se conservasen aquellas buenas costumbres por ellos propagadas y aquellos rectos propósitos por ellos practicados, era lo que deseaba Cervantes; y la hidalguía castellana y el valor y la abnegación de los caballeros españoles, enaltecidos quedaron por su pluma para siempre.

Miserablemente calumniaron á Cervantes los que cosa contraria propagaron y dijeron, no siendo la menor causa por cierto esa malévolac acusación, para que el libro de Cervantes fuese conceptuado por los infatuados y los presuntuosos y los que atienden antes á la difamación que á la verdad y sinceridad, como obra ofensiva á las ideas caballerescas.

como dice el Sr. Pérez Pastor, está en la afirmación que en él hace de que ya tenía vendida la propiedad del *Quijote* á Francisco de Robles por escritura de concierto entre ambos; documento de grandísimo interés por el cual se sabría "cuándo y en cuánto se vendieron el original y el privilegio del *Quijote*". Todas las indagaciones hechas hasta ahora por el Sr. Pérez Pastor, han sido infructuosas.

* * *

En el mismo año de 1605, ya de acuerdo y con permiso de Francisco de Robles, se publicaron en Valencia otras dos ediciones del *Quijote*, en casa de Pedro Patricio Mey, á costa de Jusepe Ferrer, mercader de libros. Las ediciones de Valencia, en 8.º menor, añaden muchas palabras en el texto, por osadía de los impresores.

Los traductores de la *Historia de la Literatura Española* por Ticknor, Sres. Gayangos y Vedia, dieron noticia de que

un aficionado á libros castellanos, residente en la Haya, guardaba una edición del *Quijote*, impresa en Barcelona ó Pamplona, en 1605. El Sr. Asensio habló de ella, como cosa muy posible, en un artículo que publicó en 1869 acerca de las ediciones primitivas del famosísimo libro, y hasta la señaló con el número siete entre las que vieron la luz en 1605.

Pero el sabio bibliógrafo cervantista D. Leopoldo Rius y Llosellas, no acepta como existente dicha edición, y es la última palabra que hasta hoy puede decirse sobre este punto con razones válidas y ciertas. "No hay prueba (dice), ni siquiera remota, de la existencia de tal edición".

Pueden consultar los curiosos los juicios y observaciones de este último crítico (a) sobre las SEIS verdaderas ediciones que constan haberse hecho del *Quijote* en español, durante el año de 1605, lo cual demuestra la gran popularidad que alcanzó desde los primeros momentos.

(a) "Bibliografía crítica de las obras de Miguel de Cervantes Saa-

vedra, por D. Leopoldo Rius. Barcelona: Giró, 1895. T. I., págs. 1 á 10.

Aquella voz calumniosa, levantada por algunos contemporáneos del gran Escritor, envidiosos de su talento, osaba declarar siglo y medio después de publicada la Primera parte, por medio de un D. Juan de Erauso y Zavaleta, que el *Quijote*, no sólo no era lustre ni gloria de la Literatura nacional, sino borrón y deshonra. ¡Obcecación y apasionamiento miserables, que de tal modo deprimían la verdad y ultrajaban la rectitud! Y de tal suerte estaba ciego el pobre Erauso y Zavaleta en su odio á Cervantes, que no sólo le calumniaba suponiendo que su obra maestra no era honroso título ni gloria de su patria, porque había tenido el autor por fin primordial el poner en ridículo y en aborrecimiento de las gentes el espíritu noble, hidalgo, caballeroso, sublime, de la nación española, sino que se atrevía á estampar que Cervantes era una medianía, que su obra estaba desnuda de erudición, amenidad y enseñanza, que su estilo era áspero, pobre y desmazalado, y que con la estrafalaria pintura que ofrecía, dada pábulo y materia á los extranjeros para que se burlaran de nosotros. ¡Arbitrario modo de censurar, y gran miseria; que un escritor del siglo XVIII, coreado por otros tan menguados en el pensar, se convirtiese en el más declarado enemigo del nombre de Cervantes, cuando los odios antiguos debieran haber desaparecido por completo, como desaparecieron al fin, triunfando la verdad en los ánimos de todos, y quedando confundidas la falsedad y malicia!

No están acertados tampoco quienes tratan de sostener todavía que la obra de Cervantes no significa, no es otra cosa sino una invectiva contra los libros de caballerías. La literatura caballerisca, digámoslo así, contiene obras sumamente apreciables y valiosas en el orden literario; y en el puramente moral, no deben ahora, ni podían censurarse entonces, tan apasionadamente como muchos escritores lo hicieron. La fe en Dios, las empresas atrevidas, los propósitos gallardos, la defensa de los ofendidos, el amparo de las viudas, de los huérfanos y de los menesterosos, el amor fiel y sincero á las damas, el deseo del bien del prójimo, eran los nobles inspiradores de los magnánimos adalides que, á costa de su vida y de su reposo y tranquilidad, tomaban sobre sus hombros la pesada carga de aliviar las cuitas de sus semejantes. Los libros de caballerías no eran monstruosidades, en su mayor parte, como se supone: eran, por el contrario, obras muy apreciables con simbolismo ingenioso, que pintaban más ó menos perfectamente, según el criterio, gusto ó talento de los autores respectivos, las costumbres de una época, aquella en que la fuerza, la osadía, la maldad y

la ignorancia, sólo encontraron un dique fortísimo, que las pusiese á raya ó las castigase, en la pureza de las conciencias superiores ó en la noble Institución de la caballería.

Cierto que no siempre en la pintura amorosa de los caballerescos libros, particularmente en los estampados en los años más próximos á Cervantes, se guardaba el debido decoro; verdad es que hay en muchas escenas inverosímiles, lances indignos, acontecimientos sobrenaturales; pero éstas eran excepciones, pues en general los libros mencionados no atentaban contra la moral, ni la religión, ni las buenas costumbres, si bien varios doctísimos y virtuosos varones habían alzado su voz para reprender las licencias introducidas por algunos que no comprendían la significación de las producciones caballerescas.

Ni debe asentirse ya á la opinión, sustentada en las palabras mismas de Cervantes, de que el *Quijote* empezó á poner en olvido aquel linaje de obras, y las sepultó en el silencio del olvido. Las palabras de Cervantes, al hablar de las tendencias, del fin principal de su obra, no pueden ni deben tomarse al pie de la letra, pues sería indiscreto, cuando observaciones y pruebas irrecusables demuestran lo contrario.

La literatura caballerisca no necesitaba que el *Quijote* hubiese aparecido, para que fuese cayendo en el olvido y para que al cabo feneciera. Eso, en términos generales hablando, no lo obtuvo la obra de Cervantes; lo obtuvo la acción del tiempo; lo obtuvo la nueva dirección de las ideas; lo obtuvieron las nuevas costumbres introducidas en todas las clases sociales. Los libros caballerescos fueron leídos con delectación, con entusiasmo predilecto, en los reinados de Isabel la Católica, de Carlos V, y hasta mediados del de Felipe II; pero luego, el género pastoril, las producciones dramáticas y las novelas amorosas y de costumbres, mermaron muchísimo las huestes de los afectos á libros de caballerías. Los que después de aquellos tiempos se estamparon, ni consiguieron renombre, ni el beneplácito de los cortesanos y del pueblo como antes. Faltábales la oportunidad: nacían muertos. La literatura caballerisca había caído ya generalmente en el olvido en los tiempos de Cervantes: algunos libros se publicaron casi á la vez que su *Quijote*, y algunos más después de aquella que se cree invectiva contra semejantes obras. ¿Dónde, ni cómo ni cuándo, pudo coadyuvar la producción magistral de Cervantes á poner en olvido, y á sumir en la profundidad de la indiferencia, un género de libros que ya no tenía aceptación en su época? Móviles más elevados, como veremos, tuvo Cervantes al escribir su obra.

Aun cuando tales datos no hubiese, sería muy aventurado insistir en las palabras de Cervantes, como hasta ahora se ha hecho, en un sentido riguroso, pues permanecería siempre la duda de si efectivamente su obra concluyó del todo con los libros caballerescos, ó éstos fenecieron á la acción del tiempo y por influencias del nuevo rumbo de las ideas, y no porque les perjudicasen en demasía las sátiras y sarcasmos de Cervantes, suponiendo que tales sarcasmos y sátiras existan en la obra con la índole que atribuírseles quiere.

La verdad es, que muchos y más graves perjuicios que los que podía ocasionar, en determinadas clases y personas, la lectura de algunos malos libros de caballerías, producían, y muy intensamente por desgracia, en aquella época, la mayor parte de las composiciones dramáticas, llenas de despropósitos las unas, de inverosimilitudes las otras, y de no muy sana doctrina varias; y sin embargo de los anatemas que contra ellas se dictaron, y dictó Cervantes mismo, el mal gusto creció y degeneró en monstruosidad, como pasó también con el culteranismo, que á pesar de todas las sátiras y de todos los anatemas, incluyendo los de Cervantes, extendió por todas partes su influencia, pervirtió el buen gusto, aun en los más doctos escritores, é introdujo el caos en nuestra hermosa y grandilocuente habla.

Tenemos, pues, por cierto que Cervantes estimaba mucho los libros de caballerías; que la lectura de ellos le sirvió bastante para despertar sus aficiones á las letras; que en esencia elogiaba y admiraba la caballerosidad, generosidad y nobleza de sentimientos de aquellos heroes y de aquellas damas, por lo general dignas las unas, y no menos dignos los otros; y, en fin, que si pudo reprender algunos defectos de los malos libros de caballerías, no tuvo por objeto concluir con ellos, ni anatematizar los pensamientos y doctrinas que representaban, y que tan grandemente se avenían con su natural recto, hazañoso, caballeresco y por extremo elevado.

En nuestro sentir, la obra de Cervantes tiene precisamente una tendencia por completo opuesta á la que se supone. No sólo no vemos en ella esa sátira acre, esa invectiva desapiadada contra los libros de caballerías, que le atribuyen la letra misma del texto y las opiniones de todos los que hasta ahora han hablado sobre el particular, sino que tenemos por indudable que el verdadero, el primordial fin de Cervantes, al imaginar y escribir su obra maestra, fué el de enaltecer las antiguas y pundonorosas ideas caballerescas, contraponiéndolas á las nuevas, ni tan

caballerescas ni tan pundonorosas, que en sus tiempos imperaban. Si nuestras observaciones parecen atrevidas, á primera vista consideradas, no lo son ciertamente, sino antes bien muy explicables, si con detenimiento se examinan y con imparcialidad se juzgan.

El reinado de Felipe III había abierto el camino á muchas costumbres, prácticas y defectos que no se avenían con el verdadero carácter español; y la molicie, la falsía, el lujo, la introducción de nuevos usos y procedimientos, produjeron desde luego fatales resultados, que, pervirtiendo los más sanos principios antiguos, ocasionaron, dos reinados después, el completo rebajamiento de nuestra nación y la ruina horrorosa de todo lo bueno en ciencias, artes, letras y demás ramos del humano saber. Cervantes, con su gran talento y práctica del mundo, veía cuán velozmente se precipitaba el pueblo español por la pendiente de la sensualidad, de la corrupción y del tráfico político; y deploraba que no se conservasen en la corte, en la nobleza, en los gremios y en todas las clases sociales, la severidad, rectitud, hidalguía, y otras preciadas cualidades, que tan exactamente eran observadas en otros tiempos á pesar de las imperfecciones que en otras cosas se cometían.

El boato, la avaricia, la ambición, los galanteos ilícitos, la fastuosidad, el engaño y la desmoralización, en fin, cundían desapoderadamente en casi todas las esferas sociales, y eran acatados como árbitros y dueños absolutos los vicios; en tanto que eran contadísimas las personas que practicaban la sobriedad, moderación y grandeza que tanto enaltecieron anteriormente al pueblo español, y aun muchos más raros todavía quienes en los tiempos de Felipe III, con tanto adulator palaciego, tanto lisonjero peligroso, tanto esclavo servil, tanto traficante de conciencias y destinos, tanta farsa y tanta bajeza de caracteres, supiesen estimar aquellas buenas cualidades, ni la verdadera virtud y la verdadera sabiduría.

Cervantes, filósofo profundo al par que escritor de felicísimo estilo y de invención prodigiosa, se propuso anatematizar los vicios de su época; y, para hacerlo, se valió de una sátira en que tuvo que empezar por sostener que otro objeto y otro fin le guiaban del que efectivamente se proponía.

Así es que, los caracteres que en la obra magistral de Cervantes actúan, y especialmente el del protagonista, hay que conceptuarlos de modo completamente diverso de como hasta ahora se ha hecho. Se ha creído que á Don Quijote siempre lo exhibe Cervantes contrariado en sus

deseos, maltratado, apaleado, entregado al ludibrio de las gentes, porque quería poner en ridículo las ideas que aquel personaje simbolizaba, porque anatematizaba sutil y humorísticamente el anacronismo social que el hidalgo de la Mancha trataba de sostener en su época, porque anhelaba concluir con aquella locura por imitar costumbres antiguas, que así á Don Quijote como á otros hidalgos asaltaba; y se ha creído lo contrario de lo que es, lo contrario de lo que el espíritu del libro persuade, lo contrario de lo que debe tenerse por cierto. Porque Don Quijote, no es quien queda ridiculizado, rebajado, lleno de ludibrio: es, á la inversa, quien queda dignificado, engrandecido, lleno de consideración y de gloria, de enaltecimiento y de fama imperecedera.

Cervantes, al presentar á Don Quijote, hace una sátira profunda y filosófica de las costumbres de su época, y de cuantas faltas en ella predominaban. En este concepto, Don Quijote aparece como una cosa extraña, como un héroe legendario, como un anacronismo viviente, á quien nadie comprende, ni entiende, ni sabe por lo mismo apreciar sus actos, ni enaltecer sus resoluciones. Quiere Cervantes hacer ver cuán arriesgada empresa era la de los hombres que, á todo trance, querían que se sostuviera el genuino dignísimo espíritu español, sin que los hábitos se adulterasen, y efectúalo del modo perfecto que era de esperar. Don Quijote es un caballero nobilísimo, sobrio, ilustrado, á quien le duele la corrupción de costumbres, el rebajamiento del antiguo carácter español, la fastuosidad de las clases elevadas y las ambiciones de todas; ve trocados los nombres de las cosas; oye llamar grandeza á la abyección; verdad á la lisonja; virtud al vicio; méritos á las imperfecciones; buena fama á la vergonzosa elevación; y su alma y su corazón y su pensamiento, amantes de la verdadera virtud y de la verdadera grandeza, excitan su voluntad y, sin fijarse en los contratiempos que habían de surgir, en las persecuciones de que había de ser objeto, en las malandanzas que habrían de proporcionarle sus intentos generosos, se aventura á luchar contra la corriente social, se muestra valiente en la defensa de los principios ultrajados y en la censura de las perjudiciales novedades introducidas, y ansía y suspira porque todos se aparten de aquel camino sembrado de engaños y falsedades, que conducía derechamente al precipicio.

¡Qué majestuosa y qué sublime figura! Y ¿se pretenderá aún que solamente se propuso Cervantes hacer reír con las aventuras de Don Quijote? Nó: la lucha que sostiene aquel magnánimo Hidalgo contra los defectos y depravaciones

de su época, era grandiosa, meritoria, altamente encomiable; y no de risa, sino de admiración era y es digna. Y tanto más, cuanto que él solo se oponía al torrente de los males, y él solo, sin protección de nadie, antes bien con mofas de todos, predicaba la verdad contra la mentira; y la sinceridad y rectitud contra la lisonja y la farsa.

¿Sufrió reveses, fué perseguido, fué mirado compasivamente por unos, con risas por otros, se burlaron de él, rebajaron sus propósitos, le motejaron, tacháronle de loco? Y ¿cómo no había de suceder así? Pero, esas torcidas opiniones, esa injusticia con que era mirado y con que sus acciones eran juzgadas, ¿le hacen tal vez digno de la risa, del escarnio ni del ludibrio? Porque las épocas estén dominadas por el interés, por el egoismo, por la molicie, por las ambiciones, por el lucro, por la desmoralización en todas las esferas y clases, ¿por eso ha de ser ridículo, ha de ser risible ni censurable, que el hombre de bien, que no puede tolerar tales bajezas, ni vivir de modo tan engañoso y reprehensible, levante su voz, y á la verdad y á la virtud rinda culto, y por ellas se desvele, aun sufriendo humillaciones y repulsas de sus contemporáneos? Pretender que eran extravagantes, y que se hacían dignos de desprecios y de risas, quienes á pesar de todo, defendieran siempre los fueros de la verdad, valdría tanto como sostener que al mal, que al vicio, que á las pasiones todas, que á los defectos sociales, no debía atacárseles ni destruirseles, haciéndoles guerra declarada, sino dejarlos que produjesen todo el complemento de sus fatídicos resultados y toda la deformidad de sus bajezas.

Nó: la heroicidad, los altos propósitos y la magnanimidad de pensamientos y anhelo del bien, no pueden, no deben ser censurados por nadie, ni en ninguna época. Si éstas se hallan entregadas de tal suerte al materialismo, que no sepan apreciar ni aplaudir ningún elevado intento, ninguna proeza ni virtud, siempre hay algunos corazones rectos é inteligencias sanas que comprendan y tengan una mirada benévola para los esforzados campeones de las ideas grandes y humanitarias, para cuantos se oponen, con peligro de su reposo y de su vida, á la propagación de las nocivas costumbres. La generalidad, siempre egoísta, metalizada, llena de prevención contra los hombres insignes, contra los que se sacrifican y sufren por la sociedad y para la sociedad, les persigue, les difama, les ridiculiza, los mata; pero la resolución y el proceder de los así maltratados por las conveniencias ó las preocupaciones de los pueblos, son y han sido merecedores de galardón y de premio, porque mostraron su ánimo valeroso en pro del mejoramiento so-

cial, á pesar y despecho de todos los obstáculos y de todos los peligros.

Don Quijote se halla aislado en la sociedad que deseaba regenerar: era vejado y perseguido por ello; pero eso mismo le realza ante todas las conciencias que sin pasión juzgan: ese es su mayor mérito: esa es su gloria más preciada. Él quedaba dignificado predicando la verdad y la justicia y la virtud, y encareciendo la conveniencia de practicar todas las buenas acciones y destruir los defectos y maldades. Nó: no quiso Cervantes rebajar ni ridiculizar tal y tan hermoso carácter. Eso podrán creerlo los que sólo á la letra, á la apariencia, á la forma se atengan, y sobre ello emitan juicio y dictamen.

Una rápida ojeada sobre los personajes que en la novela de Cervantes intervienen, corrobora más y más que el incomparable Autor tuvo por principal objeto el sublimar los nobles actos de su heroe, y lanzar el anatema más cáustico contra todas las faltas de su época. Todas las clases sociales están representadas en la obra; todas aparecen con su carácter peculiar é inequívoco; cada personaje es fiel trasunto de las condiciones y estados respectivos.

Sancho Panza simboliza al pueblo rudo, metalizado de sus tiempos; para él no había más que una felicidad, una gloria: la de comer, beber, dormir, enriquecerse, y trabajar poco. También significa la clase media, infatuada entonces, y contaminada por el vicio del lujo y de la ambición, y por adquirir pingües cargos y títulos á ejemplo de las clases elevadas y poderosas.

Representa Sansón Carrasco la clase letrada, que por lo mismo que presumía de mucho saber y ser de suyo aficionada á seguir las modernas corrientes de la opinión, y adoptar y encarecer las nuevas costumbres, haciendo gala de despreocupada, daba á la risa todo cuanto tendiese á contener el ímpetu de las perjudiciales novedades y volver á la práctica de mejores y virtuosos actos. Para esa clase, que tan exactamente personifica Sansón Carrasco, los nobles propósitos de los caballeros escrupulosamente pundonorosos, eran materia de burla y de pasatiempo.

La clase sacerdotal, representada se encuentra por el cura Pedro Pérez y el canónigo de Toledo, y lo está tan al natural como todo lo que describía y pintaba Cervantes. Vese en ella la prevención que tenía contra la literatura caballeresca: el primero, en el escrutinio de la librería de Don Quijote, y el segundo, en su discurso sobre los libros de caballerías y los andantes adalides, demuestran su apasionada animadversión contra tal género de obras, por más que el

uno y el otro tratan de paliar su rigidez con razones aparentes y generalidades vagas. El eclesiástico asaz severo, que aparece en el palacio de los Duques, personificación es de la intransigencia y del fanatismo. Los que dominados se hallaban por tales tiranos de la voluntad y de la inteligencia, querían ver perseguidos á los que hablaban la verdad y anhelaban por el bien y la justicia para todos, sin exclusivismos, sin odiosas diferencias de gerarquías, creencias ni clases.

Representados están los nobles en el Duque y la Duquesa. La nobleza vivía, en su mayor parte, vida sedentaria y regalada. Vegetaba más bien que otra cosa. Sus bríos pasados, su afición á las proezas y á las heroicidades, estaban muy decaídos, y entregábase por regla general, á los saraos, á las diversiones, al lujo, á toda suerte de boato. Quienes le recordaban lo conveniente que era imitar las buenas costumbres de sus antepasados, su sobriedad, modestia y odio á toda farsa, á todo fausto y peligrosa novedad, servíanle de diversión, parecíanle un anacronismo, le semejaban locos.

La clase rica está representada en aquel Don Antonio Moreno, que tan aficionado era á divertirse con los que mostraban sinceridad, y á quienes alentaba el espíritu de tiempos no tan egoístas y miserables como los en que él vivía.

La vanidad, ostentación, excesiva pompa, comezón de alcanzar posiciones holgadas, ó riquezas, aunque ilícitas, que en las más de las mujeres de entonces prevalecían, ora de mediana clase, ora pudientes, ora de la más elevada estirpe, vicios eran que aparecen perfectamente bosquejados en los tipos de la Duquesa, de Altisidora, de la hija de D.^a Rodríguez y de Sanchica.

Y hasta el sesudo y noble caballero Don Diego de Miranda, representación y figura fidelísima es de aquella clase social, que en la época que reprende el novelista, sin embargo de comprender y lamentar lo dañoso de las corruptelas dominantes, y lo mucho que se abatía el natural español con tanta abyección santificada por gobernantes desmoralizados, doblegábase á las exigencias de los tiempos, y transigía, aunque murmurando, y reconocía la elevación de ideas, la generosidad y las gallardas resoluciones de los hombres sinceramente justos y llenos de delicadeza, condoliéndose, no obstante, de que predicasen á todo trance la regeneración de la extraviada sociedad. No los reprendían abiertamente; pero ocasionaban señalado perjuicio á la buena causa con su pusilanimidad y apatía.

¡Qué obra tan grande de observación y de profunda filosofía la tan celebrada de Cervantes cuando de ese modo se analiza! ¡Es, como se

ve patentemente, la censura general de las clases sociales de su época, con su verdadero aspecto, preocupaciones, positivismo, rebajamiento de carácter, hipocresías y debilidades todas! ¡Es el ensalzamiento y la deificación del hombre de bien, que, sin temor y sin remordimiento de conciencia, á pesar de las malandanzas y miserias imperantes, y ser él solo en la lid, truena contra ellas, quiere que desaparezcan, y lucha esforzado, y muere á manos del desaliento, pero con gloria y como bueno!

El *Quijote*, considerado solamente como una sátira de las ideas caballerescas, ó como una invectiva contra los libros andantescos, ¡qué rebajado aparece! ¡Qué objeto tan contrario y qué fin tan pobre el que en un caso y otro se le atribuye!

(*) En estos últimos tiempos se ha tratado de persuadir que el *Quijote* es una sátira del gobierno del Duque de Osuna en Nápoles, contra el que un anónimo extendió una denuncia de sus faltas, que fué entregada al gobierno de Madrid por el embajador veneciano Contarini. La opinión de que en el *Quijote* aludió Cervantes exclusivamente á esto, fué emitida por Mr. Rawdon Brown, quien se supuso que tenía documentos fidedignos para comprobarlo.

Nunca hemos dado crédito á estas sutilezas aventuradas, esparcidas más para hacer ruido que por otra razón ni motivo alguno; y en nuestro sentir, no merecen más castigo que la sonrisa de la indiferencia. Pero el año de 1873 se propuso demostrar, y lo consiguió de un modo terminantísimo, el docto literato señor D. Francisco María Tubino, en su obra *Estudios críticos sobre Cervantes y el Quijote*, que es aventurado cuanto sobre el particular se ha dicho, y significó su extrañeza de que el señor Rawdon Brown se encerrase en persistente silencio sin presentar esos documentos justificativos de sus asertos, que se aseguró poseía.

El Sr. Tubino fué incansable en este asunto: no contento con ofrecer las razones que se le ocurrían, escribió á dos insignes literatos italianos, dándoles cuenta de sus dudas y suplicándoles le sacasen de ellas, ó le diesen alguna luz en cuestión tan intrincada. Obtuvo el Sr. Tubino la contestación de que, en ningún despacho de Contarini, ni en los documentos revisados en los archivos de Venecia, había indicio de que Cervantes aludiese en su obra, en mucha ni en poca parte, al gobierno del Duque de Osuna. El señor Rawdon Brown, á pesar de todas las gestiones hechas, se excusó, según tenemos entendido, de dar razones ni presentar documentos que comprobasen lo por él indicado.

Lo único que ha hecho público Mr. Brown respecto de las alusiones que supone contiene el *Quijote*, fué referir al Duque de Lerma lo que antes achacó al de Osuna; que no menos está destituido de todo fundamento. Su trabajo, inserto el año de 1873 en la revista inglesa *The Athenæum*, números 2372 y 73, no aporta un dato siquiera que pueda darse por verídico.

Interpretando á su capricho ciertos rumores, dice que Carlos Emmanuel de Saboya, creyendo que su cuñado Felipe III no tendría hijo varón, envió á la corte á los suyos en la creencia de que, al morir, le habrían de suceder en el trono. El Duque de Lerma llevó muy á mal esto, y lo mismo él que su secretario D. Pedro Franqueza, trataron de for-

Y ¿qué dirémos de quienes pretenden que la obra maestra de Cervantes, exclusivamente se dirige á ridiculizar determinados individuos? ¿Dónde ni cuándo tuvo Cervantes por objeto escribir una obra suya para venganzas personales? ¿Cómo había de recordar para eso á Don Rodrigo Pacheco de Sotomayor, vecino de Argamasilla, ni al Duque de Lerma, ni al de Béjar, ni á Don Alonso Quijada y Salazar, vecino de Esquivias? ¿Y cómo había de querer figurar en el protagonista de su obra á Carlos V, con el designio de entregar sus actos y proezas á la risa de las gentes, cuando tanta admiración le causaba la memoria de aquel caballeroso emperador? (*)

La verdad sea dicha, que si en todo han andado los críticos poco discretos al analizar el *Quijote*, hánlo estado mucho más al hablar de

ma mortificante y despreciativa á los príncipes. Enterado de ello Cervantes, hizo referencia del inicuo proceder en *Don Quijote* con objeto de poner en ridículo al de Lerma. Y la alusión, clara y transparente para el escritor inglés, hállese nada menos, ¡oh portentosa y nunca vista perspicacia! en aquella letra de cambio que en las entrañas de Sierra Morena da Don Quijote (el de Lerma) á Sancho Panza (el secretario Franqueza) para que la sobrina entregue tres de los cinco pollinos (los hijos del Duque de Saboya) que guardaba.

Sospecha que tras la fecha de la libranza (22 ó 27 de Agosto) se oculta algún acontecimiento de la camarilla palaciega. Opina también Brown que en la aventura del muchacho Andrés, Don Quijote representa asimismo al Duque de Lerma; Andrés nada menos que á Carlos Emmanuel de Saboya, y Juan Haldudo, el honrado vecino del Quintanar, já Enrique IV de Francia!

Sancho Panza es la exacta caricatura de D. Pedro Franqueza. Dulcinea, no es, como creíamos, la dama ideal de Don Quijote, símbolo de la más pura expresión de la justicia y de la verdad, sino una manceba del Duque, que era aya de la princesa, y con la que después riñó. Y así es todo lo demás que dice.

El ministro de Felipe III se valió del escritor holandés Gaspar Schoppe, protegido y hechura suya, para vengarse de las alusiones de Cervantes contra actos de su gobierno y sucesos particulares de su vida. Y por eso le encargó la composición del *Quijote* de Tarragona.

Pero el mal de todo está en que Mr. Rawdon Brown nada prueba, ni menos los papeles y autores con que trata de autorizar sus bizarras lucubraciones. Ni en los despachos de Morosini, ni en parte alguna, se habla para nada de ese sentido oculto especial que se pretende encierra el *Quijote* de Cervantes. Son meras suposiciones de Mr. Brown, que es preciso rechazar en absoluto.

* *

No menos aventurados andan los que dicen que el *Quijote* sólo es una sátira contra la Inquisición. Que Cervantes era opuesto á aquellos autos de fe, á aquel sistema de opresiones, á aquellas doctrinas perjudiciales del Tribunal de la Inquisición, es tan evidente, cuanto que su alma era enemiga de todo lo que representara egoísmo, obcecación y tiranía, y él mismo sufrió las tristes consecuencias de tales

cuestiones personales cuando del protagonista del libro se trata; porque ¿en qué indicio ni certeza, ni probabilidad se apoyan para decir que en Don Quijote aludió Cervantes al Duque de Lerma, cuando su carácter, vida, antecedentes y gobierno tan en contraposición están con lo que el Ingenioso Hidalgo es y verdaderamente representa? ¿Y cómo ha de aludir á ese Don Rodrigo de Pacheco y Sotomayor, vecino de Argamasilla, cuando parece falso que Cervantes estuviese en aquel pueblo, ni que tuviese queja alguna, por cuestiones amorosas, con aquel imaginado caballero? ¿Ni quién podrá suficientemente persuadir, que con efecto Cervantes trató de ridiculizar al Duque de Béjar, y mucho menos á aquel pariente suyo Don Alonso de Quijada y Salazar, sólo por el mero y mezquino hecho de haberse opuesto á su casamiento en 1584?

Pruebas ciertas y testimonios irrecusables tenemos de cuanto decimos en los mismos escritos de Cervantes; pues en ellos, siempre vemos que recordó con singular complacencia las buenas obras de sus amigos, la solicitud de sus protectores ó la magnanimidad de quienes le admiraban, en tanto que siempre desdeñó, ó mencionaba de un modo casi imperceptible, la maldad de sus perseguidores y las torcidas artes de sus envidiosos enemigos; proceder muy propio, al cabo, de aquella alma grandiosa y generosísima, fácil siempre al perdón y al olvido, aun de sus más encarnizados difamadores.

¿Aquel hombre, cómo había, pues, de haber escrito una obra con el único propósito de ridiculizar á un individuo, sea de los que dejamos mencionados, sea otro cualquiera que se desee? Los resentimientos, los justos motivos de disgusto que su corazón pudiera abrigar contra los que pudiendo, no premiaron sus méritos, ó contra quienes, como Blanco de Paz, le persiguieron con odio mortal, y le cerraron las puertas de un porvenir venturoso, jamás salieron de los límites de la discreción y de la prudencia: aquellos defectos, aquellas faltas, aquellas malditas persecuciones, no por lo que á él particularmente tocasen, sino por la índole general que pudieran envolver, serían, sí, reprendidos y anatematizados en su obra; pero no á modo de sátira personal, sino enlazada en la grandiosa y elevada que hacía de todas las imperfecciones, injusticias y fealdades de sus tiempos egoístas.

Con quien se identifica Don Quijote, á quien

representa aquel gallardo carácter, de quien es vivo y acabado retrato, es de su historiador, es de Cervantes. Éste, como el protagonista de su obra, sin miedo y sin tacha, truenas siempre contra todo lo malo y perjudicial; ama la rectitud y adora la verdad; y ni le intimidan peligros, ni las asechanzas le abaten, ni las contrariedades le amilanan. Fuerte con la razón que le asiste, lucha contra los egoísmos de sus contemporáneos; sufre vejaciones en vez de obtener recompensas; su generosidad es causa de su desgracia; su modestia, origen de su trabajosa vida; su voz no es escuchada; sus virtudes son desconocidas; sus nobles propósitos y su natural severo, ridiculizados; amargura y desdén halla en todos los senderos de la existencia; no se le comprende; aquel su espíritu caballeroso y sublime, aquel ánimo alentado que en Argel, entre prisiones, si hubiesen correspondido á sus deseos los que debieran, hubiese conseguido arrancar aquellas posesiones del dominio turco, entregándolas á Felipe II como muestra de su patriotismo y de sus pensamientos titánicos, era un verdadero anacronismo en su época. Cervantes, como Don Quijote, era un visionario, un loco, un hombre digno de compasión para la generalidad metalizada y positivista.

La identidad de esos dos grandiosos caracteres, se ve mayormente retratada en el resultado que tuvieron sus proezas y anhelos por reformar las costumbres y mejorar la sociedad. Entrambos mueren á manos de la maldad de los hombres, abrumados por los desengaños, torturado el corazón por la pena, pero con la sonrisa plácida del justo en los labios, sin rencor hacia nadie, si bien lamentando con toda su alma el extravío de los pueblos y la obcecación é ingratitude de los individuos.

Y uno y otro cierran sus ojos á la luz del mundo egoísta y miserable, que no supo comprender sus altos propósitos ni tributar el debido respeto á sus méritos, plenamente confiados en que aquella dama ideal, por ellos reverenciada en lo íntimo de sus conciencias; que aquella señora y reina de sus magnánimos pensamientos, emblema de toda buena acción, archivo de toda pureza y hermosura, símbolo de perfección, centro de grandeza, albergue de la sinceridad; que aquella Dulcinea, personificación genuina de la verdad, entonces tan desconocida y ultrajada, y legítima representación de la posteridad des-

abusos. Pero esto no autoriza á nadie para dar á la obra una tendencia que no tiene. La Inquisición, vicio feísimo de su época, quedó reprendido y rechazado en el libro, como todos

los demás que en su tiempo cundían; pero quedó comprendido en la sátira general. Sátira particular y exclusiva, no lo es en modo alguno.

agraviadora y desapasionada, les otorgaría, al cabo, cumplida justicia, reconocería sus merecimientos, enaltecería su abnegación y virtudes, y les haría eternamente famosos en la memoria de las gentes. Dulcinea, es decir, la verdad y la posteridad en su expresión más pura, es para Cervantes como para el protagonista de su obra, "día de su noche, gloria de su pena, norte de sus caminos, estrella de su ventura," según frases felicísimas de su pluma.

La obra de Cervantes, animada por tal espíritu levantado y filosófico, se ha eternizado y se eternizará más cada día en todos los pueblos y países; porque las mismas clases y pasiones, los mismos olvidos hacia el mérito, las mismas persecuciones al talento y á lo verdaderamente sublime y majestuoso, el mismo cúmulo de males y de vicios, el desprecio hacia la abnegación, y el desdén y el sarcasmo, y la burla y el odio á muerte hacia los desinteresados salvadores de los pueblos y generosos practicadores de la justicia y del derecho; todas las miserias, en fin, que tan magistral y tan vivamente dejó descritas Cervantes, se repiten, se suceden sin interrupción, se ven en todas las naciones; y siempre se saborea y admira la rigurosa exactitud en presentar á todas las clases sociales con sus preocupaciones ó su positivismo, y al hombre animoso que se opone, sin considerar los peligros, á todo lo perjudicial y falso. Cervantes, pues, al escribir la sátira de sus tiempos, hizo á la vez la sátira de todas las sociedades, de la humanidad entera.

Despojando al *Quijote* de esa significación grandiosa y verdadera, rebajándolo á una mera sátira de libros de caballerías, á una censura raserera de las costumbres caballerescas, ó á un exclusivo documento para venganzas personales ó para ridiculizar á determinados individuos, gobiernos ó instituciones, el cada vez más creciente

buen suceso del libro no tiene plausible explicación. El *Quijote* hubiera sido, en tal concepto, el libro más leído, más buscado, más encarecido, en tanto que aquellas instituciones, gobiernos, individuos, perseguidores, costumbres y obras predominasen y vivieran; pero al fenecer las unas y al desaparecer para siempre los otros, la sátira de Cervantes hubiera dejado de tener crédito, hubiera quedado olvidada, confundida en el inmenso piélago de tantas producciones con semejante objeto y propósitos tales escritas. ¿Por qué no ha sucedido esto, sino porque el *Quijote* tiene el majestuoso fin que dejamos dicho?

Ese modo arbitrario y aventurado que hasta ahora se ha tenido para juzgar la obra de Cervantes, ha sido causa de que el verdadero significado que el *Quijote* tuvo y tiene, se haya falseado, y el conjunto de sus ideas, de sus aspiraciones y de sus proezas, el quijotismo que suele decirse, se conceptúe como lo contrario, como lo diametralmente opuesto á lo que es efectivamente, á lo que representa, á lo que vale. Porque el quijotismo no significa, ni debe significar nunca desvarío, acción grotesca, propósito descabellado, intención reprensible ni exageración ofensiva; que antes bien es alabanza del bueno, persecución del malvado, clamor poderoso contra las ruindades, destrucción de la mentira, ensalzador de la verdad, sacrificio generoso por el bien de todos, sostén del derecho, asilo de la nobleza de sentimientos y de la rectitud de intenciones y de todo lo grande y honroso; y tanto más queda y ha de quedar siempre enaltecido, cuanto mayores hayan sido y sean los obstáculos con que luchar, para volver por los fueros sagrados de la justicia contra todos los vicios, contra todos los egoismos, contra toda degeneración de costumbres y rebajamiento de la dignidad social, en cualquier época y tiempo. (1)

CAPÍTULO IV.

El "Quijote" como producción literaria. Su insuperable perfección.

La gran obra de Cervantes literariamente considerada.—Examen detenido de su plan y alcance.—Cervantes supo evitar los defectos en que incurrían la mayor parte de los escritores españoles.—Fray Luis de Granada y Cervantes.—Su originalidad y maravillosa perfección de forma.—Propiedad de los caracteres creados por Cervantes; hermosura de las descripciones; gracia singular de la expresión.—Erróneos juicios de algunos críticos.—Superioridad del buen gusto de Cervantes.—Se adelantó á su siglo en escribir con método, discreción y filosofía.—Lo que verosímilmente representa cada personaje en la fábula.—Universal sentido crítico de la sátira.—Nuevos atributos y preciosidades que se descubren en ella en cuanto labor literaria.—El prólogo, obra admirable de gracia y naturalidad.—Comparación con otro de Lope, engendro de pésimo gusto.—Cómo excede Cervantes en fecundidad y altas intuiciones estéticas á sus más famosos escritores contemporáneos.—Censuras hechas por haber intercalado Cervantes en su *Quijote* la novela *El Curioso impertinente* y la historia del *Capitán cautivo*.—Refutación de tales reparos.—Defensa del procedimiento de Cervantes.—Cómo resplandece la moral en todas las páginas del *Quijote*.—Verdadera y única clasificación de esta obra.—La fábula del *Buscapié*.—El de que habló Ríos.—El que compuso Adolfo de Castro.—Falsedad de que lo escribiera Cervantes.—Destruyese por completo semejante ficción.—Gallardo y Ticknor.

Si admirable es la obra de Cervantes, considerada por el grandioso fin social que encierra y por las tendencias sublimes que en ella predominan, no menos admirable es en el orden puramente literario y descriptivo. En este concepto, es libro único y sobre manera excelso entre todos los que las letras castellanas han producido. Antes de la publicación del *Quijote*, ni las ficciones de caballerías, ni las novelas pastoriles, ni las picarescas, ni las que mencionaban sucesos trágicos, ni ninguna producción de la literatura amena, ofrecían la imagen de la belleza y del buen gusto tal como es deseable que aparezca en semejante linaje de obras, si bien algunas, muy contadas, habían salido á la luz del mundo con cierto esmero, proporción, atractivo y cuidadosa compostura.

La galanura del estilo; el empleo de frases oportunas, propias y significativas; el valerse de imágenes y adornos hermosamente dispuestos los unos y empleadas las otras para realzar más dulcemente la belleza del cuadro; la gracia sin igual en los relatos de sucesos, ora prósperos, ora adversos; en fin, todas las perfecciones que pueden avalorar y dar grandísima importancia á las concepciones del ingenio, veíanse olvidadas casi por completo entre los que se dedicaban

ó pretendían instruir, al mismo tiempo que deleitar, á las muchedumbres.

Faltos de talento unos autores, con más osadía que méritos para escribir obras y doctrinar á las clases sociales; ajenos de disposición otros, con el mal gusto por guía, sin esa cualidad de la discreción, que tanto es indispensable para no incurrir en impertinencias, sus trabajos adolecían de muchísimos defectos de pesadez, de monotonía, de estilo ampuloso ó afectado, de aridez narrativa, de pobreza de imaginación y de elegancia; fealdades que á tanta costa hay que evitar si las composiciones se han de ofrecer como las reglas de la buena crítica aconsejaban y aconsejan.

Cervantes, talento superior de sus tiempos y de todos los siglos, supo sobresalir entre sus contemporáneos con tanta ventaja, que causa admiración y suspende el ánimo. Si en su *Galatea* sobrepujó señaladamente á todos los autores de libros pastoriles, al escribir el *Quijote*, no sólo demostró su gran penetración, tacto, filosofía y conocimientos profundos, sino que trazó las páginas más castizas, más amenas, más superiormente perfectas que se leen en el rico y majestuoso idioma nuestro.

Evitando Cervantes, como precavido, los vi-

cios de elocución de quienes querían que se emplease y usaban un estilo abstruso, pesado, que se basaba sobre la servil imitación de los escritos antiguos, lo mismo que un lenguaje, por demasiado pretencioso, plagado de arcaismos innumerables; y separándose de la torcida senda emprendida por muchos ingenios de sus tiempos, quienes pensando dar novedad, brillantez y colorido al idioma, le afearon, le rebajaron, le redujeron á la condición de una horrible algarabía con sus estrambóticas imágenes, símiles, retruécanos, palabras alambicadas, con el odioso culteranismo, en fin, aquel talento sublime parecía el escogido por la Providencia para proveer al remedio de tantos males como infestaban á la literatura nacional, para levantarla, para enaltecerla, para que extendiese el texto magnífico del idioma castellano, propio para narrar todo lo bello, lleno de dulcísima armonía y de gracias incomparables.

Sólo un autor de nuestro siglo de oro hay que pueda ser comparado á nuestro esclarecido Cervantes: Fray Luis de Granada. Y con todo, si en la abundancia de frases, rotundidad de los períodos, hermosura de los pensamientos y limpieza y propiedad del lenguaje, entrambos corren á las parejas, diferéncianse en que el segundo descolló en un género especial de literatura, en tratados puramente ascéticos, en tanto que el primero sobresalió en todos los ramos del saber, y de todo habló en sus escritos con inimitable ventaja, pudiendo ser, y siendo efectivamente, en cuanto á su valer literario, modelo de discursos, de trabajos festivos ó serios, de diálogos, de poéticos pensamientos, de consejos sanos, de prudentes máximas, de bien acabadas descripciones, de encantadoras pinturas, y de todas las amenidades de la elocuencia y del buen gusto. Y es de admirar más y más Cervantes, cuanto que concibió y extendió sus obras en medio de infinitas y enojosas ocupaciones, lacerado el ánimo por los infortunios y rodeado siempre de adversos acaecimientos, en tanto que Fray Luis de Granada dejaba correr dulce y gratísimamente su pluma, lleno el corazón de arrobadora calma, sin las conturbaciones del espíritu que produce el trato envidioso y agitado del mundo, entregada su alma á la contemplación de las grandezas divinas, y recreándose en procurar el bien general desde la oscuridad y retiro del claustro.

Cuando se tiene en cuenta esta superioridad y originalidad que á Cervantes distinguían, se comprende cuán aventuradamente hablan, como hemos demostrado en nuestro Discurso preliminar, quienes pretenden que el egregio Autor tuvo presentes algunas obras de las literaturas

griega y romana para componer la suya, osando decir que las tomó por modelos.

La obra de Cervantes, exclusivo producto de su inmenso talento, ni en la parte inventiva, ni mucho menos en la literaria, imitó á ninguna, y es asaz de imprudencia continuar por ese camino de las comparaciones, siempre tan equívocas, y sobre todo tan odiosas, como el mismo Cervantes dijo. Nuestro mismo Autor, conocedor peritísimo de la literatura de sus tiempos y de los pasados, consignó con grande discreción en su obra que, de libros profanos de honesto entretenimiento, que deleitasen con el lenguaje y admirasen y suspendieran con la invención, había muy pocos en España. Y á quien esto decía, y tenía genio para descollar y sobresalir entre los mejores de todos los tiempos, ¿se insistirá todavía en conceptuarle como mero copista?....

La originalidad del *Quijote* se manifiesta desde las primeras líneas, crece á medida que la narración avanza, y llega á su complemento cuando Cervantes da las últimas pinceladas á su cuadro. Ese prólogo de la obra ¿cómo se elogiará nunca lo bastante? ¿Dónde encontraremos trabajo parecido, aproximadamente siquiera? La ingeniosidad de su narración; la fina censura que en él se lee de los autores pedantes; el ridículo que se hace caer sobre los que tenían costumbre de poner infinitas anotaciones y acotaciones á sus libros, para pasar por consumados eruditos, así como sobre las citas falsas, los sonetos ridículamente laudatorios, y los encomios hiperbólicos con que los poetas antecedian sus lucubraciones; la sencillez con que se expresan los conceptos y se reprende y avisa; todo, en fin, coloca al prólogo del *Quijote* entre las mejores y más bien acabadas piezas de nuestro idioma.

Causa grima y produce hastío la lectura de los proemios con que adornaban sus obras los escritores contemporáneos de Cervantes. Como no abrumasen al lector con una interminable lista de autores antiguos ó modernos, no creían satisfecha su vanidad, ni se juzgaban dignos del título de hombres eminentes. Por los mismos años que publicó su *Quijote* Cervantes, dábase á la estampa, con grandísima aceptación, una obra de Lope de Vega, *La Jerusalem Conquistada*, epopeya trágica, donde el autor se proponía ensalzar los heroicos actos y religiosidad de los caballeros españoles que habían concurrido, ó se suponía, á la santa empresa de la conquista de Jerusalem. Pues bien; el prólogo de esa obra, dirigido al Conde de Saldaña, es el trabajo más pesado y tal vez el más plágado de citas empalagosas que se ha escrito en castellano. No parece sino que Lope de Vega Carpio se proponía

en él alardear de que había leído mucho y sabía mucho, y no quería desaprovechar la ocasión, por temor de que otra no se le presentase, y quedara imposibilitado de lucir su erudición omnisciente. Haciendo gala de ella, y con objeto de comprobar que el Rey de España Alfonso VIII y muchos ilustres españoles se hallaron en la conquista de la Tierra Santa, escribe más de treinta páginas, mienta más de cincuenta autores y hace más de veinte acotaciones; y así sucesivamente de todo lo que habla, ora sea relativo al sujeto del libro, ora referente á otros particulares ó materias. (*)

¡Qué notable contraste entre esos prefacios, llenos de lugares comunes, de fárrago de saber, de pedantesca crítica, compuestos por Lope de Vega y por casi todos los más célebres autores de aquellos tiempos, con el prólogo admirable, ingeniosísimo, todo hermosura y todo llaneza, que puso Cervantes á su *Quijote* y con los de

más que extendió para sus otras aplaudidísimas obras! Y es que Cervantes era el gran talento de su siglo, el que poseía el secreto del buen gusto, que á los demás escritores sus contemporáneos con mucha frecuencia faltaba; y por eso sus producciones, aderezadas salieron con las galas de la verdadera belleza y del verdadero mérito. Talento tenía Lope de Vega, talento tenían muchos escritores, sus coetáneos; pero carecían de ese discernimiento de las buenas reglas, ó no sabían demostrarlo, que tanto esplendor difunde en los escritos y tanta seducción les inspira. Los prólogos de Lope de Vega y de sus secuaces, respondieron sólo á las exigencias del gusto más depravado, y produjeron aquellos proemios sembrados de escolasticismos y de insulseces que se estamparon en los reinados de Felipe IV y de Carlos II. Los prólogos de Cervantes satisfacen siempre á las adecuadas reglas de la perfección, son nuevos y originales en to-

(*) Para que se vea que no exageramos en nada, vamos á citar la parte del prólogo de la *Jerusalén Conquistada* de Lope de Vega, donde dilucida por qué llama Epopeya á su obra.

“Hele dado este nombre,—dice—por no ponerme en disputa en tanta variedad de opiniones sobre esta voz Poema, aunque ya tan recibida, que el Tasso escribió un discurso de sus preceptos. Mantuano, á lo menos, siempre la llama Poesis. Rodolfo Agrícola, en su dialéctica diferenció la Historia del Poema, diciendo: *Severius, et fidem captans lectorum Historia, sed latius, liberiusque Poema, ut quod oblectan dis solum auribus sit destinatum*. Y así el Venerable Beda, en el fin de la prefación al Rey Ceolulfo, dijo que era la verdadera ley de la Historia: *simpliciter colligere, quæ fama vulgantur*. Poema llamó el Agrícola á cualquier obra larga, pues la contrapone á la Historia; pero realmente no lo debe de ser, habiendo tan contrarias opiniones, que afirman todas pertenecerle el nombre de Poesis, pues cuando dice Marcial que le convidaba aquel poeta á comer, y leía tantos poemas, se echa de ver que todos eran breves, pues dice, que de plato á plato, lo que no podía ser siendo libros. Y Porfirio dice, en la *Vida de Plonito*, que celebrando el nacimiento de Platón, refirió un Poema, de donde se colige que no era grande: *Cum in natale Platonis* (dice) *Poema de connubio sacro recensuisssem*. Pero ¿quién podrá discernir esto, habiendo tantas veces Aristóteles en su *Poética* confundido estas dos voces, y llamado en muchas partes Poema á la Epopeya, obra heroica y adornada de varios episodios: *Epopeya longissima est Poesis, innumerabiliaque habet episodía, quibus suam auget actionem*, como Robertelio dice, *Supra Aristotelem*? Y entre los griegos hay un notable ejemplo del poeta Calimacho, referido por Angelo Policiano en sus *Misceláneas*, donde acusó los envidiosos que decían de él, que no había podido escribir Poema grande, y había escrito *La Hecale*, nombre de aquella vieja huéspeda de Theseo, y así Genebrardo sobre el Salmo LXIV le llama Poema: *Eloquor mea carmina, quæ operatus sum Regi Christo, ei Poema meum compono*. Y por no ser prolijo en lugares que serán comunes á los que saben, sólo diré que está tan confundida esta propiedad del Poema, y Poesis, que Dionisio Lambino, sobre la *Poética* de Horacio (que también había de tener mirado esto) dice, hablando del

Ronsardo, poeta francés famosísimo: *Sic igitur Poema suum, orditur Poeta noster Ronsardus*. Y así Adriano Junio, en su *Nomenclatura*, la tiene por cualquiera obra de Poeta, aunque Pierio Valeriano la llama Poesis, hablando del Polipo, y Poema hablando del círculo, como de cosa que acaba en lo que comienza, y trae por ejemplo los epigramas de Catulo.

Y á esto alude César Capacio en su *Secretario*, quien dijo que una carta se podía llamar Poema. Pero no hubiera que disputar, si admitiéramos la opinión de Sanflor sobre Arist., cap. II del lib. IX: *Poema esse* (dice) *parvam inventionem, quæ paucis verbis exprimitur. Poesim vero esse contextum scriptorum, et opus ipsum*. Todos los antiguos y modernos dieron nombre á sus escritos del capitán que celebraron, ó del lugar del suceso, como Virgilio *La Eneida*, Estacio *La Tebayda*, Homero *La Vlisea* y Lucano *La Farsalia*, y así se excusaron (como pudiera el Tasso) contentándose con el primer título. Pero á mí me ha sido fuerza, respecto del escribir Tragedia, para que se entienda la intención de mi escritura, y que mi poesía en esta materia es trágica, de cuyas alabanzas bastantemente habla Aristóteles en su *Poética*. Y son de notar estas palabras suyas, hablando de Herodoto, para que favorezcan nuestra Poesía histórica: que la Historia (dice) pinta las cosas hechas, y la Poesía como pudieran ser: *Quo sit ut sapientius, atque præstantius Poesis Historia sit*; aunque Robertelio no quiere que las dos se diferencien; pero en fin dice: *Quo sit ut magis philosophicum quidam et grave sit Poesis, quam Historia*. Aquí la llama también *Poesis* en común, que Aristóteles, hablando de muchas obras de poetas, dijo: *Cæteraque id genus poemata confixere*. Pues para haber llamado á la Epopeya Trágica el mismo comentador, dice: *Quam id si quis efficere velit actionem, quæ Dramate Tragico prius collecta erat, et coartata in brevem quoddam spatium, densas, variasque continens res cogetur disgregare in tenuiores, partes, ac magis exiles, dum diducere ipsam voluerit, ut ad justam magnitudinem Epici Poematis perveniat*. Esto es cuanto al título, de que dice Antonio de Nebrija, en su *Ecfraesis* sobre Virgilio, que también se ha de dar cuenta“.

¿Puede darse nada más gerundiano, más menguadamente escrito y presentado con más ergotismos? ¿Entendería el mismo Lope de Vega lo que quiso decir en su prólogo? Muy dudoso es.

das las épocas, todos los verdaderos literatos los encomian, y en los tiempos del renacimiento de las letras españolas, fueron la norma adoptada para trabajos semejantes por los insignes autores que procuraron devolver su antigua gallardía y agraciados atavíos al idioma.

¡Gran gloria la de Cervantes, haberse adelantado á su siglo, y sido dechado preciadísimo, y escrito con el mismo loable buen gusto con que se llegó á escribir muchos lustros después, cuando los principios de la filosofía, de la recta crítica y de los preceptos más sanos introdujeron mejoras importantísimas en todas las lenguas y en todas las literaturas!

Y en la delineación de caracteres ¿quién de sus contemporáneos le igualó? ¿Quién de los autores sucesivos, ora españoles, ora extranjeros, le ha imitado, ni aun superado en esa cualidad tan distinguida entre los esclarecidos escritores? Él presenta á un personaje, y lo hace siempre con tanta maestría, que desde luego estamos atentísimos á sus acciones, á sus favorables ó contrarios sucesos, á cuanto le pertenece, toca ó rodea; le seguimos con la imaginación por doquiera, gozamos con sus goces, sufrimos con sus desdichas, participamos de sus esperanzas, nos preocupan sus mismas ilusiones, y deseamos lo que él desea y aborrecemos lo que él aborrece. Los personajes que crea la imaginación de Cervantes, particularmente los que descuellan en lugar preferente en su obra, toman bien pronto ante nuestra vista, y ante nuestros sentidos todos, cuerpo real y positiva presencia, y ejercen una fascinación que nos señorea y domina por completo.

¿No sucede así con Don Quijote? Aquel Hidalgo Manchego de lanza en astillero, adarga antigua, rocín flaco y galgo corredor, queda retratado por Cervantes en tres renglones con todo encanto y colorido. "Frisaba, dice, la edad de nuestro hidalgo con los cincuenta años: era de complexión recia, seco de carnes, enjuto de rostro, gran madrugador y amigo de la caza". ¡Admirable concisión y verosimilitud en la pintura! De tal modo debía ser presentado ante el lector aquel hombre que predicaba la justicia y se proponía enderezar la sociedad por los caminos del bien: en el lleno de la virilidad, con la suficiente experiencia de las volubilidades del mundo, no dominado por la gula, no soberbio, no falso, no entregado á la crápula, al sueño, á la vida muelle y regalada, con ojo avizor siempre, con propósito de guerrear y de sostener constantes luchas, velando, fuerte para el sufrimiento.

Esa soberana fidelidad con que el tipo de Don

Quijote está delineado, nos le hace siempre interesante á nuestro conocimiento.

Vémosle sirviendo de diversión á las damas traídas y llevadas de la venta; materia de risa para el socarrón ventero; enamorado de una belleza recóndita y desconocida; apaleado por los arrieros; grotescamente armado caballero por el dueño del fantástico castillo; aporreado por los mercaderes murcianos; maltrecho en la aventura de los molinos; vencedor, aunque á costa de grandes heridas, en la del vizcaino y de los monjes jerónimos; hombre maravilloso ante los cabreros; defensor bizarro de las doncellas desamoras y desdeñosas como Marcela; horrorosamente maltratado por los encolerizados yanguéses; asaltado por desdichas sin número y sin cuento en la malhadada venta, víctima de las incontinencias de la Maritornes, de las puñadas y coces del conductor de bestias, de los candilazos del severísimo cuadrillero y del rigor del amo de aquel fatídico albergue.

Vémosle afortunado vencedor en las aventuras del cuerpo muerto y del yelmo de Mambrino; lastimosamente apedreado por los desagradecidos galeotes; saludado con peladillas de arroyo en la aventura de las ovejas y furibundamente malparado; asperísimo penitente, por la memoria de su señora, en las entrañas de Sierra Morena; arrogante acuchillador de los cueros de vino tinto, creyéndolos desaforados gigantes; discreto y sesudo en el discurso de las armas y las letras; valentísimo y admirable en la contienda contra todos los cuadrilleros; encantado risiblemente, encerrado en una jaula, reprendido por el canónigo, molido á golpes por el cabrero, objeto de espanto y de asombro para los disciplinantes, conducido por fin á su casa y aldea, reducido á la tranquilidad y al reposo.

Luengo es, como se nota, el campo que el Ingenioso Hidalgo recorre en sus aventuras durante sus dos primeras jornadas y salidas; extenso es el teatro de las peripecias y de los accidentes que le rodean; muchos los lances que le ocurren; y, sin embargo, el cronista de esos hechos y de esas aventuras y de esas alternativas de la fortuna, que tan alto sentido encierran, como detenidamente demostramos en nuestros *Comentarios y Notas* á cada capítulo del *Quijote*, nos los ofrece de modo tan apacible, sabe comunicar tanta gracia á cuanto narra y menciona, esparce tanta risueña luz en la forma externa, en lo que aparentemente es la obra, que doctos é indoctos, ricos y pobres, nacionales y extranjeros, todos quedan seducidos por la bien combinada pintura, y sólo un disgusto invade el ánimo cuando la producción literaria llega á su término, el

disgusto de que aquel personaje desaparece de ante nuestra vista, que solícita le ha seguido por los caminos de sus proezas ó de sus reveses, y cuyas palabras, cuyos actos, cuyos consejos, cuyas determinaciones, todo lo hemos leído con avidez, y admirado desde luego, sin dejar el libro de nuestras manos (2)

Cervantes satisface las exigencias de la más severa crítica en la delineación del tipo á que nos referimos. Don Quijote es el protagonista de la obra: los demás que bosqueja en ella Cervantes, le quedan avasallados en merecimientos, en nobleza, en magnanimidad, en valor, en resignación, en toda suerte de condiciones laudables.

La verosimilitud del carácter también se comprueba, pues si parece imposible que existiese un hombre efectivamente tan rematado de loco, en dándole el significado fiel que á Don Quijote hay que atribuirle, en considerándole tal como quería Cervantes, y tal como le hemos examinado ante la lógica y ante la crítica, el tipo de aquel generoso caballero se explica, y son exactamente comprensibles el simbolismo y alcance de sus aventuras.

Y ¿qué diremos del tipo de Sancho? En un solo renglón, con un solo rasgo de su pluma lo retrata de cuerpo entero Cervantes.—Hombre de bien, escribe, pero de poca sal en la mollera.—¿Quién no vislumbra, desde que lee estas palabras en la obra, al carácter positivista, sin la experiencia aleccionada por la discreción; al hombre que se despeñaría desde lo alto de su ignorancia al abismo de las imprudencias; al apaleado confiado unas veces y al detractor rústico de su dueño otras; atento siempre al lucro, malicioso, socarrón, embustero; gozoso en los convites y banquetes y mustio ante la estrechez y la vida de trabajos; mezcla de simplicidad y de bellaquerías; despuntando de agudo y diciendo despropósitos; perezoso, osado, respondón; al vapuleado por los yangüeses y por los mozos de los frailes; al abofeteado por la Maritornes y al mantenido graciosamente por la gente desocupada de la venta; al individuo, en fin, prototipo del interesado, que sólo quería ínsulas que gobernar, decantaba á cada paso sus más insignificantes servicios, y saltaba de gozo ante el hallazgo de cien escudos de oro, y esto sólo le alentaba para desamparar su familia, casa y pueblo, y seguir por el derrotero de las ambiciosas miras?

Y ¡qué magnífico retrato el de aquella dama ideal, única que era digna de ser adorada y reverenciada por el pacientísimo caballero! ¡Con qué frases más propias y dulces la pinta el hidalgo!—Su nombre, dice, es Dulcinea; su patria, el

Toboso, un lugar de la Mancha; su calidad, por lo menos, ha de ser de princesa, pues es reina y señora mía; su hermosura, sobrehumana, pues en ella se vienen á hacer verdaderos todos los imposibles y quiméricos atributos de belleza que los poetas dan á sus damas; que sus cabellos son de oro, su frente campos elíseos, sus cejas arcos de Cielo, sus ojos soles, sus mejillas rosas, sus labios corales, perlas sus dientes, alabastro su cuello, mármol su pecho, marfil sus manos, su blancura nieve, y las partes que á la vista humana encubrió la honestidad son tales, según yo pienso y entiendo, que sólo la discreta consideración puede encarecerlas y no compararlas. —

¿Quiérese ver pintada al natural la grotesca figura de una moza venteril? Léase el bosquejo de la Maritornes.—Era ancha de cara, se dice, llana de cogote, de nariz roma, del un ojo tuerta y del otro no muy sana: verdad es que la gallardía del cuerpo suplía las demás faltas: no tenía siete palmos de los pies á la cabeza, y las espaldas, que algún tanto le cargaban, la hacían mirar al suelo más de lo que ella quisiera.—¿Quién no columbra en este ligero boceto retratada á la mujer ignorante, viciosa, burlona, con ciertos dejos de compasión equívoca, que luego vemos actuar en los sucesos de la venta?

Cardenio, al relatar el cuento de sus amores, comienza con estas razones:—Mi nombre es Cardenio; mi patria una ciudad de las mejores de Andalucía; mi linaje noble; mis padres ricos; mi desventura tanta, que la deben de haber llorado mis padres y sentido mi linaje, sin poderla aliviar con su riqueza: que para remediar desdichas del Cielo, poco suelen valer los bienes de fortuna — ¿Puede expresarse más bien y con menos palabras la alteza de la estirpe, lo grande de los amores y lo aterrador de las desgracias?

Y ¡qué delicadamente enaltece Cardenio la beldad de su adorada!—Vivía en mi misma tierra un Cielo, donde puso el amor toda la gloria que yo acertara á desearme: tal es la hermosura de Lucinda, doncella tan noble y tan rica como yo: pero de más ventura, y de menos firmeza de la que á mis honrados pensamientos se debía.—

Cuando el cura encuentra á la bella Dorotea, pronuncia breves palabras que compendian el más extenso de los encomios:—Esta, ya que no es Lucinda, dice, no es persona humana, sino divina.—Y ¿qué puede añadirse para significar lo feliz que era, antes que el noble Don Fernando la burlase, á estas frases que ella misma pronunciaba?—Mis padres son labradores, gente llana, sin mezcla de alguna raza mal sonante, y, como suele decirse, cristianos viejos ranciosos; pero tan rancios, que su riqueza y magnífico trato les va

poco á poco adquiriendo nombre de hidalgos y aun de caballeros, puesto que de la mayor riqueza y nobleza que ellos se preciaban era de tenerme á mí por hija; y así por no tener otra ni otro que los heredase, como por ser padres y aficionados, yo era una de las más regaladas hijas que padres jamás regalaron. Era el espejo en que se miraban, el báculo de su vejez, y el sujeto á quien encaminaban, midiéndolos con el Cielo, todos sus deseos; de los cuales, por ser ellos tan buenos, los míos no salían un punto, y del mismo modo que yo era señora de sus ánimos, así lo era de sus haciendas.—

Y los caracteres del cura, del barbero, del canónigo, de la esposa de Sancho Panza, del ama y la sobrina del buen Quijana, ¿no están asimismo exactamente descritos?

¿Quién, pues, de sus contemporáneos, quién de los escritores que se han sucedido por espacio de tres siglos, qué poeta, qué historiador, qué novelista, tuvieron, han tenido ni tienen el talento, la especial donosura, el incomparable mérito de Cervantes para no cansarnos, ni un momento siquiera, con la narración de las aventuras de Don Quijote, de las interesadas acciones de Sancho Panza, de la ideal y sobrehumana hermosura de Dulcinea, y de todos los personajes secundarios? ¿Quién ha tenido siempre la fortuna de suspender la atención de sus lectores sino él? ¿Quién ha enseñado más á la sociedad, ofreciéndole bajo la apariencia de la risa ó de lo imposible las deformidades de todas las clases y el triste premio que alcanza la verdad entre las conturbaciones y mentiras del mundo? Y ¿cuál es el secreto de todo esto que tan justa admiración nos infunde? Es que Cervantes supo manejar más concienzudamente el idioma, y adaptar sus infinitas bellezas al gusto de todos los estados y de todas las gerarquías con muy mayor perfección que cuantos autores le precedieron, ó fueron sus coetáneos, ó han florecido después: es que era el maestro del idioma, el príncipe de la literatura patria, el regocijo de las Musas, el escritor sin rival en el mundo.

Por eso, como crítico vémosle adelantarse á Saavedra Fajardo y á Tamayo de Vargas; en intención profunda y culta á Quevedo; en las gracias del donoso decir á Espinel y Alemán; en el diálogo sobrepaja al discreto Lucas Hidalgo; en las descripciones á León y á Mendoza; en la invención á Lope de Vega; en facundia compite con Granada; y en sobresaliente buen gusto, y en la condición esencialísima del estilo, llano sin

bajeza, apacibilísimo, propio, elegante, siempre proporcionado al sujeto, á la acción, á la escena, al asunto de que trata, ninguno le ha imitado y mucho menos excedido.

Á pesar de las anteriores excelencias, á pesar de ser la obra de Cervantes, como notamos, preciosísimo y único modelo, no sólo en un género de literatura, sino en todos, (*) la crítica ha fijado su atención, para rechazarlos severísimamente, en dos relatos intercalados en el libro, y son la novela del *Curioso impertinente* y la historia del *Capitán cautivo*.

No seremos nosotros de los que vayamos á convertirnos en apasionados defensores de Cervantes en esta cuestión. Creemos que las historias, las producciones de imaginación y las narraciones, tanto mejor se leen, y tanto más agradan, cuanto más se guarda en ellas la unidad de acción, cuanto más descargadas se hallan de digresiones largas, ó inútiles ó poco oportunas para el enlace general, cuanto más holgadamente se presentan los personajes y se conserva privilegiadamente el interés sobre los principales tipos. Pero pensar que por eso hemos de juzgar justa, ni siquiera explicable, la severidad con que se ha censurado á Cervantes por haber entremezclado esos dos episodios en la historia del héroe manchego, es pensar en lo imposible.

Cervantes no faltó grandemente á las buenas reglas poniendo esos dos relatos en su obra. Ciertamente que la novela del *Curioso impertinente* es leída sin estar presente Don Quijote; pero eso no obsta para que en buena lógica sea aceptable la ocasión de verificarlo, pues bien podía ofrecer Cervantes esta digresión de los acontecimientos del hidalgo, sin molestar la atención de los oyentes. Con ese reposo que daba á la actividad del malhadado caballero, como que convidaba á pasar algunos ratos de descanso y enseñanza, leyendo el cura los sucesos de aquel Anselmo tan imprudente, que por aquilatar por modos torcidos la entereza de su esposa, vino á despeñarse de la alteza de su felicidad á lo profundo de un miserable acabamiento, desesperación y suicidio.

La excesiva confianza y buena fe de Anselmo; la debilidad de Camila; las tramas de Leonela y la avilantez y pérfidos sentimientos y falsedad de Lotario; en fin, la prosecución é incidentes de toda aquella tan interesante como trágica historia, tan diestramente están narrados, que, aun teniendo algunas faltas, todavía sería más digna de alabanza por el ingenio que de-

(*) En el *Comentario y Notas* que ponemos á cada capítulo del *Quijote*, queda así suficientemente comprobado, y

por eso no nos dilatamos más sobre este punto en el presente tomo.

muestra, que merecedora de anatema por el poco tiempo que nos priva de la vista de Don Quijote. Créese que esta novela sería una de las que Cervantes tenía escritas, y dió años adelante á la estampa; pero nos parece de escasa importancia la aclaración de esto, dado caso que fuese posible averiguarlo, pues que la obrita fuese ideada y extendida para amenizar la concepción principal, ó que la intercalase en ella Cervantes por terminar antes el libro, ó porque así le plugo, ¿qué importa para juzgar de su mérito ó demérito, que es lo único que la crítica ha de ver y tener en cuenta en todas las obras?

No pueden hacerse los mismos reparos que á la novela del *Curioso impertinente*, á la historia del *Capitán cautivo*; error en que han caído algunos censores con manifiesta indiscreción sin duda. Y decímoslo, porque la historia del *Capitán cautivo*, si bien extensa, si bien hace fijar por bastante espacio de tiempo la atención en sucesos y circunstancias que directamente nada tienen que ver con el plan y desarrollo de la obra, está con todo muy hábilmente presentada, se refiere por el mismo cautivo que llega á la venta donde se hallaba Don Quijote con Don Fernando, Cardenio, Dorotea, Lucinda, Sancho Panza, cura y barbero, y la relata precisamente ante los citados individuos, sin que nos diga Cervantes que antes de terminar el cautivo su relato se retirase Don Quijote de la reunión; siendo muy verosímil, por el contrario, que, después de haber pronunciado el noble caballero su famoso discurso sobre las armas y las letras, estando sentado á la mesa todos los personajes ya mencionados, y el cautivo y la bella Zoraida, habiendo suplicado Don Fernando al nuevo huésped que contase los acaecimientos de su vida, permanecería allí deseoso de oír el cuento de las aventuras y prósperos ó adversos sucesos de aquel tan gallardo español y de aquella tan incomparable mora. La historia del cautivo tiene, además de estas condiciones de la oportunidad, el indisputable mérito de ofrecernos los caracteres, los acontecimientos, las peripecias amorosas, los lances y escenas todas de la vida de entrambos amantes con gran fuerza de colorido y verdad, siendo esto causa de que con placer la escuchemos y saboreemos y aplaudamos.

Sin embargo, si en cierto modo ha de sentirse que Cervantes mezclase estas dos narraciones en su obra maestra, es porque así no se aprecian tanto como debieran, ni se admiran su ingeniosidad y elegancia, proporción y gallardía, cual si separadamente se hubieran publicado, como él mismo indicó por muy elegantes palabras en sus escritos.

Tiene el *Quijote* otro atributo que más y más lo realza ante la opinión y discernimiento de los pueblos, y ese atributo es el de la moral, que gallardamente campea por todas sus páginas. En los personajes principales de la obra, los deseos amorosos no se extienden más allá de los límites del decoro: la castidad predomina y queda magnificada sobre todo. En los personajes secundarios, y aun en los que ocupan un lugar inferior en el contexto del libro, siempre las pasiones y los malos instintos quedan castigados y reprendidos severamente. Por eso vemos que Lotario, el engañador malvado de Anselmo, que huye no bien sabe va á ser descubierto su delito, desesperado, busca la muerte en el fragor de los combates y de la guerra; y aquella Camila infiel, aquella mujer maldita y adúltera que laceró con su conducta farsante y pecadora el corazón de su esposo confiado, descubierta su vileza, errante primero y luego mortificada en su conciencia y encerrada en un claustro, pasa el resto de su vida entre remordimientos y tristezas crueles. Asimismo notamos que aquel Don Fernando, rico, noble, mozo, altanero con su posición, que labró la desventura de su amigo Cardenio, solicitando la mano de la bellísima Lucinda, torna al fin á los buenos caminos y procede como de su elevada alcurnia era de esperar, cediendo el campo del vencimiento al pesaroso Cardenio, dejando de ser el tirano perseguidor de Lucinda, que sólo á su Cardenio adoraba, y pagando al fin la deuda que por correspondencias amorosas anteriores tenían contraído su corazón y su voluntad y su palabra de hidalgo con la discreta y jamás bien celebrada Dorotea. El español cautivo no puede ser hombre más caballeroso, ni la encantadora Zoraida tipo más puro, afable, lleno de pensamientos castos y candorosos. La desenvoltura del acaudalado Don Luis, disculpada se encuentra por la dignidad y buena voluntad con que caminaba tras la singular hermosura de Doña Clara de Viedma: sus palabras y sus actos demostraban exceso de pasión, pero jamás degeneraron en actos vituperables. El único tipo licencioso y concupiscente que en la novela se presenta, es el de la grosera Maritornes; y, sin embargo, el lance está tan magistralmente pintado, que lleva envuelto saludable enseñanza. Aquella impúdica moza accede á los malos deseos del arriero transeunte en la venta; pero la facilidad lasciva de la sirvienta y los no castos propósitos del conductor de bestias, quedan por completo burlados y vergonzosamente descubiertos. Maritornes es castigada por su amo; el arriero no satisface su brutal instinto; la lujuria estúpida y la licencia de costumbres se ven ex-

puestas, en fin, ante la censura pública, para escarmiento y para ejemplo.

Una cuestión de bastante interés se ha sostenido y sostiene entre algunos críticos sobre la imperecedera obra de Cervantes. ¿Es el *Quijote* una mera novela, un trabajo exclusivamente de solaz y recreo, una obra filosófica, ó un poema?, se pregunta. Difícil es, en verdad, la contestación á tales interrogaciones, y de aquí la diversidad de juicios que se han formado, y las no pocas arbitrariedades que se han dicho. Desde luego que el libro de Cervantes tiene mucho de la trama y artificio de la novela, y que aparentemente es obra de divertimento por más que contenga un gran principio filosófico; pudiéndose decir, con bastante probabilidad de no equivocarnos, que de todos participa, pero no pertenece determinadamente á ninguno de los antedichos géneros de producciones, en la rigurosa acepción de la palabra.

Pero ¿puede ser, efectivamente, un poema la obra de Cervantes? Generalmente se cree y sostiene que no; tímidamente dice alguno que pudiera pasar por una composición épica; y álguien se aventura á indicar que pudiera ser el verdadero poema de la literatura castellana.

Nosotros avanzamos más. Creemos que el *Quijote* participa sobre manera del género épico, y que las aventuras del Hidalgo forman un extenso poema, tanto más maravilloso cuanto menos ha estado y está al alcance de la generalidad. El asunto en que Cervantes se ocupa, las proezas que relata, el contraste del bien y el mal, del idealismo y del positivismo, de la elevación y de la ruindad, del hidalguismo y de las bellaquerías, de la abnegación y de la ingratitud, que tan cuidadosamente presenta, sujetos son que corresponden á las condiciones y á los requisitos que

se exigen en los poemas. Hay en la producción de Cervantes más de serio que de risible, más de profundo que de aparente, más filosofía que divagaciones. Cervantes dejó expresada la opinión que tenía sobre la forma en que podía escribirse la épica; para él tanto podía efectuarse en prosa como en verso, siempre que el autor supiese ataviar sus invenciones con aquellas galas que el buen gusto y la exquisita crítica han aconsejado. El parecer de Cervantes es tanto más aceptable y fundado, cuanto que algunos lustros después lo puso en práctica uno de los primeros literatos clásicos de Francia, el obispo Fenelon con su *Telémaco*; y en verdad que la censura más rígida no halla obstáculo en incluir tal obra en el número de las concepciones épicas.

Cierto que en el *Quijote* no se verán rigurosamente guardadas todas las reglas; que hay muchas escenas, muchos episodios, muchos pasajes é incidentes que no se cree que se avengan con la importancia y gravedad que en los poemas se requieren; pero también hay que tener en cuenta que el *Quijote* no es semejable á ninguna obra humana; que escribiendo Cervantes su poema, escribía mucho más que el poema escrupulosamente calcado en los ordinarios y sabidos preceptos, mucho más que el poema posible y aceptable en una literatura, ó en una época determinada; que el feliz producto de su inspiración había de separarse, como se separa, según se lo dictó su peregrino y soberano ingenio, de la corriente usual, de las prescripciones admitidas y sancionadas hasta entonces y después; porque su obra tenía más alto fin que un poema cualquiera, porque su obra había de ser el gran poema de la humanidad, la gran epopeya, donde se ven retratados, no esta ni aquella sociedad, sino todas las sociedades y todos los pueblos. (*)

(*) Uno de los primeros biógrafos de Cervantes, el señor D. Vicente de los Ríos, quien contó varias consejas y anécdotas al tratar del gran Autor, habló de cierta obrilla escrita por Cervantes á los pocos meses de publicada su Primera parte del *Quijote*, en que tenía por objeto despertar la atención sobre su libro y declarar por medios ingeniosos la tendencia que entrañaba y personas á quienes se hacía referencia en los tipos de la novela. Ríos creyó, á lo que parece, esto, que le comunicó un amigo, el cual sostenía que había visto en la librería del Conde de Saceda una copia de la obrilla de Cervantes, que había quedado inédita, á pesar del gran interés que se le atribuía; y el mencionado biógrafo, al admitir, ó al fijarse en tal aserción, abrió el campo á los ingenios sutiles para ejercitar sus travesuras en la materia: credulidad excesivamente candorosa la de Ríos, y no menos reprehensible que aquella otra de haber dado asentimiento á la carta que se supone dirigida por Cervantes, desde la prisión de Argamasilla, á su tío D. Juan Bernabé de Saavedra, y la cual empezaba: "luengos días y menguadas

noches me fatigan en esta cárcel, ó mejor diré caverna".

Por eso, para la verdadera crítica, la existencia del *Buscapié* ha sido, desde casi los primeros momentos de haber escrito Ríos, asunto de evidente falsedad, ó convencional anécdota, que nada explica ni á nada conduce, pues ni el *Quijote* necesitaba de libritos que excitasen la atención pública sobre trabajo que desde su misma aparición tan favorable acogida obtuvo, ni podría haber por objeto aclarar el significado de las personas á que en los caracteres de la obra se aludiese, pues ésta envolvía un fin social mucho más grandioso que el de las miserables cuestiones personales, como en el capítulo III del presente libro dejamos visto. No existían semejantes alusiones ni bagatelas.

Conociéndolo así indudablemente un literato tan erudito y sagaz como D. Adolfo de Castro, quiso, sin embargo, aparentar lo contrario de lo que pensaba, y demostrar las fáciles galas de su juvenil inventiva, escribiendo un *Buscapié*, que dió como hallazgo precioso y como producto de la pluma de Cervantes. El Sr. Castro tenía cierta soltura para

imitar períodos de nuestros clásicos, calcados especialmente sobre frases y palabras del peculiar uso de cada autor; y por eso su obrita el *Buscapié* se acerca en algo, ó mejor dicho, remeda, aunque muy lejanamente, cierta fraseología del Príncipe de nuestros ingenios, por más que haya que declarar en definitiva que es completamente apócrifa y que no añadiría ningún nuevo mérito á los que contraídos tiene Cervantes en la literatura nacional, suponiendo que fuese efectivamente escrito suyo. Más que explicación del sentido oculto del *Quijote*, ni incentivo para despertar la curiosidad sobre ese libro, no es más que un precioso juguete, de entretenimiento y sin objeto determinado.

Al estampar su opúsculo el Sr. Castro dijo, que en él, además de su mucha y excelente doctrina, van declaradas todas aquellas cosas escondidas en el *Ingenioso Hidalgo*: aseveración, á la verdad gratuita y ociosa, pues si bien se encuentra en él mucha erudición y gran copia de noticias, no así esas declaraciones de las cosas escondidas en el *Quijote*; y tanto es esto, que al concluir de leer el *Buscapié*, quedamos con la misma ansiedad é incertidumbre que cuando comenzamos á repasarlo; que si algo claro hay se reduce á la repetición de que el *Quijote* no es más que una sátira contra los libros andantescos.

Suficientemente controvertido está el asunto del *Buscapié* imaginario de Rios y del apócrifo de Castro, y la crítica no tiene ya que tomarse el trabajo de reforzar las razones presentadas, y que han dado en tierra con el uno y con el otro.

No creemos, sin embargo, superfluo indicar dos nuevas pruebas que se nos ocurren para más y más esclarecer la falsa y acomodaticia filiación de ese librito que se atribuye

á Cervantes. Y es una de ellas, el silencio completísimo que guarda este mismo autor sobre aquella obrilla que se supone escribió con tan ingenioso propósito y tan honda mira. De todas sus producciones habla, hasta de sus sonetos y romances, y ¡no había de haber hablado de folleto á que tanta intención se atribuye! Y no se diga que en las obras descarriadas, que corrían sin nombre del autor, estaria incluido el *Buscapié*. Si el *Buscapié* lo hubiese escrito Cervantes, ¿sería tan baladí que no mereciera mención especial? ¿No se sabía que él era el autor?

Y la segunda prueba, y más concluyente todavía, es la de que su enemigo Avellaneda, el que continuó la Segunda parte de su *Quijote*, todo se lo echa en cara, hasta su manquedad, y hasta su pobreza y sus años; y sin embargo, no mentó para nada el *Buscapié*. Si efectivamente esa composición hubiese tenido Cervantes necesidad de escribirla, ¿cómo lo hubiese olvidado su perseguidor? ¿Cómo no hubiera tachado á Cervantes de vano y presuntuoso por extremo, queriendo aclarar lo mismo que había entregado, con apariencias de claridad, para descubrir misterios, ante el juicio de los doctos y del vulgo?

¿Puede insistirse, después de esto, en que Cervantes escribió ningún *Buscapié*, ni que tuvo precision de hacerlo para que su obra fuese entendida y apreciada?

Desde los primeros momentos la crítica rechazó la obra por fingida y amañada. Lo que pensaron y dijeron, hace cincuenta años, Gallardo y Ticknor, aparte de las intemperancias de forma del primero, es lo mismo que juzgamos y sostenemos hoy. Ha habido, sin embargo, editores cándidos, que han reimpresso el *Buscapié* como si fuese obra de Cervantes.

ILUSTRACIONES Á LOS CAPITULOS III Y IV

1.^a —Lo que dice D. Leopoldo Rius y Llosellas acerca de una edición del "Quijote" en 1604. Informe del Sr. Asensio. Suposiciones arbitrarias sobre un ejemplar del "Quijote", segunda edición de Cuesta, en el que se asegura existían notas marginales del mismo Cervantes.

Aunque en la página 424 de este tomo dejamos demostrado que no se hizo edición ninguna del *Quijote* antes de 1605, creemos curioso, para mayor confirmación de nuestras razones, citar lo que relativo á este particular dice el eminente cervantista D. Leopoldo Rius y Llosellas en su *Bibliografía crítica de las obras de Cervantes*, (t. II, págs. 226 y 27).

Dirigiéndose al Sr. D. Cristóbal Pérez Pastor, que creyó haber existido una edición de 1604 por referencias equivocadas, hacíale el Sr. Rius las siguientes observaciones:

"Si la fecha del libro inventario de la Hermandad de impresores es exacta, como lo parece el hecho de haber ingresado antes del 26 de Mayo dos ejemplares del *Quijote* compuestos de 83 pliegos, es notable, porque, como observa usted muy bien, el privilegio que figura en la edición que tenemos por *príncipe*, es de 26 de Setiembre. Ahora bien, ¿se publicó la edición cuyas capillas ingresaron antes del 26 de Mayo? ¿Qué preliminares llevaban esos dos ejemplares? Lo primero es difícil de saber, aunque lo hace dudar la circunstancia de que nadie haya mencionado ni visto tal edición. A lo segundo diré que, para hacerse pública la impresión de dicho ejemplar, anterior al 26 de Mayo, debía de llevar en los preliminares la licencia para imprimir, á lo menos por una sola vez. ¿Dónde está registrada esa licencia? Antes de proseguir, haré un poco de historia.

"El año de 1886, hallándome en Madrid, me propuse buscar las *Aprobaciones* que faltan en la Primera parte del *Quixote* de 1605; y después de muchas indagaciones, hallé en el Archivo de Alcalá de Henares un gran legajo, en el cual, revuelto entre otros muchos papeles, había un libro registro, en folio, encuadernado en pergamino, en donde se hallan por orden cronológico registradas las cédulas y provisiones despachadas desde 12 de Junio de 1604 á 29 de Octubre de 1608. Entre las firmadas el 26 de Setiembre de 1604, léese la siguiente: *Cerbantes. "Otra á Miguel de Cerbantes para que pueda imprimir un libro intitulado El ingenioso hidalgo de la Mancha, y prevy.^o por diez años,—Gallo"*.

"Si existiera, pues, aquella edición anterior al 26 de Mayo de 1604, debe de figurar registrada su licencia en uno de los libros de fecha anterior al que yo vi en el Archivo de Alcalá, y allí han de dirigirse, por tanto, las pesquisas. El legajo que tuve en mis manos, lleva estas señas: Cámara de Castilla, Leg. c. c. 340. Justicia, 3.

"Otra observación. Usted sabe que, cuando fenecía el privilegio ó licencia para imprimir un libro, si el mismo editor pedía nueva licencia, solía expresarse en ella que el libro ya se había impreso antes, ó bien había en la nueva licencia alguna cláusula por donde se colegía que era reimpresión.

"Supongamos, pues, que se hubiese dado una licencia para imprimir el *Quijote* en Mayo de 1604 ó antes. Constaría esta circunstancia en el privilegio de 26 de Setiembre siguiente, en virtud del cual se imprimió la edición príncipe de 1605; y lo cierto es que nada de ello aparece; antes al contrario, de todo el contexto del mentado privilegio se deduce que el libro se imprimía por primera vez".

Y el Sr. Asensio, en su informe sobre el libro

de Pérez Pastor á la Real Academia de la Historia, señalando el motivo de la equivocación propagada, decía en 1897:

“No justifica la nota formada por el mayordomo de la Hermandad de impresores Francisco de Robles, que los libros comprendidos en ella estuviesen todos en su poder desde Mayo de 1604, sino que esos libros formaban su cargo desde dicha fecha á 11 de Junio de 1605, que fué cuando hizo entrega al nuevo mayordomo Alonso de Paredes, diciendo de un modo bien terminante que aquellos habían ingresado durante el ejercicio de 1604 á 1605, y basta con hacer el cotejo de las dos notas para conocer que fueron formadas en el mismo día, destinadas á un acto mismo: la una, por el mayordomo saliente, de todo lo que había entrado en su poder desde Mayo de 1604 á 11 de Junio de 1605; la otra, por el entrante, de las existencias que recibía. Bien á las claras se ve en las fechas de ambas: año de 1604 á 1605, dice la de Robles; año de 1605 á 1606, la de Paredes”.

*
* *

El año de 1883 los cervantistas tuvieron noticia de que se iba á publicar una edición del *Quijote* con variantes, adiciones y supresiones, hechas en el texto nada menos que por su mismo autor. Un médico de Palencia, llamado D. Feliciano Ortego pretendía poseer un ejemplar de las primeras impresiones de Cuesta, en cuyas márgenes Miguel de Cervantes había escrito modificaciones esenciales en determinados pasajes y capítulos.

Fueron recibidas por el público tales especies con manifiesta desconfianza. Reputáronse aquellas afirmaciones como errores. Algunos literatos expresaron al Sr. Ortego las razones que les movían á pensar de modo contrario al suyo, porque él partía del supuesto falso de que la letra de las anotaciones marginales era de Cervantes, cuando sólo tenía un dudoso parecido. Debieron de ser puestas por cualquier lector desocupado con impertinente atrevimiento. Semejantes añadiduras, después de todo, no ofrecen nada de notable; y algunas revelan pésimo gusto é ignorancia en asuntos literarios. Otras se refieren á la Segunda parte del *Quijote*, lo cual basta para persuadir al lector más complaciente que se escribieron por un extraño después de publicada toda la obra, y no por Cervantes cuando se estaba estampando el primer tomo en los pliegos de capillas.

El Sr. Ortega hallábase tan obstinado en sus

equivocadas apreciaciones y falsos juicios, que se aventuró á comunicar al público el tesoro que guardaba. Animáronle en su designio los dictámenes favorables á su opinión, emitidos por los profesores de la Escuela Normal de Palencia, señores Orió, Santamaría, Prieto y Ferrera de la Fuente, quienes dijeron que “las correcciones manuscritas en las márgenes del ejemplar del *Quijote*, á excepción de algunas, estaban hechas por la mano del inmortal Autor del mismo, Miguel de Cervantes Saavedra”. Sin embargo, se equivocaron ni más ni menos que el Sr. Ortego. Es muy difícil, si no del todo imposible, fallar en sentido tan absolutamente afirmativo sobre la verdadera letra de Cervantes cuando, como ha observado con mucha razón D. Leopoldo Rius, (lo mismo nos ha pasado á nosotros) aunque repasó y vió “muchos manuscritos del tiempo de Cervantes cuya letra es muy parecida á la del Autor del *Quijote*, SIN EMBARGO, NO ES SUYA”.

También se ha creído por algunos que existe un manuscrito del mismo Cervantes en la biblioteca colombina; sin embargo, nada tan incierto:

La portada del libro publicado por el Sr. Ortego, dice así:

“Pruebas de la restauración de la primera edición del *Quijote* de 1605, (1) por Feliciano Ortego. Fundada en las anotaciones, acotaciones y correcciones que en márgenes y cuerpo de la obra colocó el gran Cervantes en el ejemplar prueba que de su puño y letra constituye su única y verdadera capilla. Esta edición, copia exacta de aquella, forma un tomo que precede á éste. Los anacronismos, faltas y errores imputados á Cervantes por académicos y comentaristas, en diferentes épocas, no deben ya existir. Palencia: imprenta de Tiburcio Martínez. 1883”. (En 4.º)

Conocido el texto desfigurado, no purificado, como el Sr. Ortego suponía, el fallo general fué opuesto á la empresa realizada. Nadie pudo quedar convencido de las razones y motivos que le indujeron á proceder así.

Sin embargo, el año de 1897, la casa editorial de Seix, (Barcelona), tuvo el mal gusto de hacer una reimpresión del texto alterado de Palencia y de las cansadas notas del Sr. Ortego, al mismo tiempo que del *Quijote* de Cervantes, según el texto de la Academia. La reproducción de la infiel edición palentina no ha sido, ni podrá ser nunca, del agrado del público, ni acogida con beneplácito por las personas verdaderamente peritas en asuntos cervánticos.

(1) El ejemplar que posee el Sr. Ortego, no correspon-

de á la primera edición, sino á la segunda de Cuesta: (1605).

2.^a—D. Baldomero Villegas. Sus trabajos. Su nueva obra sobre el sentido oculto del "Quijote". Cómo explica la aventura de la Cueva de Montesinos.

Aunque en otro capítulo hemos de hablar de los más notables comentadores que ha tenido el *Quijote* en España y el extranjero, juzgamos oportuno dejar consignado ahora que un cervantista, muy conocido por su especial manera de interpretar las aventuras del Hidalgo Manchego, el ilustrado coronel de Artillería D. Baldomero Villegas, está imprimiendo actualmente un trabajo de análisis minucioso respecto de la significación que, en su sentir, ocultan los pasajes más interesantes de la Segunda parte del *Quijote*.

El Sr. Villegas publicó ya en 1897 un libro muy curioso titulado *Estudio tropológico del Quijote*, donde emitió singulares opiniones acerca de la intención con que había concebido y escrito Cervantes la Primera parte de su obra inmortal, y explicó por manera muy sutil el simbolismo y alcance de personajes y aventuras.

Nos agradan estos trabajos por el espíritu de indagación y la ingeniosidad de conceptos que revelan; y más cuando en algunos puntos se encuentran observaciones atendibles, que si no convencen, momentáneamente seducen por la novedad, la bizarría y hasta lo atrevido de la exposición.

La labor emprendida por el Sr. Villegas merece nuestro respeto; pero con noble franqueza debemos decir que su sistema de interpretación se presta muchas veces á equivocaciones y errores, en que se ha de incurrir por precisión cuando queramos deducir de todo lo que pensamos y sentimos la firme creencia de que Cervantes pensaba también de idéntica forma y con las mismas tendencias. No es posible que siempre que pretendamos declarar el pensamiento de Cervantes, acertemos.

Es verdad que, en infinitos pasajes, la letra oculta algo más trascendental de lo que dice; que los personajes principales de la novela representan símbolos de ideales ó de estados humanos; que, en determinados casos, las aventuras envuelven significativa enseñanza social para todas las clases y todos los pueblos. Pero si, dejando este método general de investigación, que puede conducirnos á lo más verosímilmente cierto ó probable, nos proponemos descender á un examen especial de todos los pormenores y de todos los personajes, relacionándolos con las experiencias y convicciones de nuestro propio cri-

terio, es muy posible que incurramos en manifestas ilusiones de nuestra fantasía. Que juzguemos por cierto lo que no sea tal vez sino creación de nuestra mente.

Estos defectos son inherentes á todos los trabajos exegéticos, de interpretación simbólica, anagógica, tropológica ó anagramática, de cualquier índole que sean, ora sobre cosas sagradas, ora sobre asuntos profanos. No pueden, por consiguiente, estar exentos de ellos escritos como los del Sr. Villegas sobre el sentido esotérico del *Quijote*. Por eso si, á las veces, llaman la atención sobre manera sus explicaciones y sus asertos, en otras muchas se nota cuán forzosamente ha tenido que pensar para sostener consecuencias que quizás sean del todo infundadas.

Tal creemos que sucede en la interpretación alegórica que hace de la aventura de la cueva de Montesinos. Á continuación la copiamos en parte, gracias á la bondad del autor, quien nos ha enviado las pruebas de su interesante obra en galleradas antes de ver la luz pública.

Oigamos al Sr. Villegas:

"Ahora bien, ¿qué cosa puede ser lo que se pretende representar con todo esto?: (la bajada de Don Quijote á la cueva de Montesinos). La verdad es que, si se mira y estudia esta invención con el solo sentido literal, es el tal sueño un montón de suposiciones falsas, una serie de invenciones absurdas, y un total de desatinos que no tienen pies ni cabeza, ni razón de ser: porque ni el sueño quiere el autor que sea sueño; ni el traje de Montesinos era adecuado al estilo de los caballeros de Carlomagno; ni la Cueva tomó su nombre de los que combatieron en Roncesvalles, y que no pasaron del Ebro, sino de Montesinos, casado con la señora del Castillo de Rochafrida, que estaba en aquellas inmediaciones, según acreditan sus ruinas; ni pudo hacer el encantamiento Merlín, que vivió y murió en el siglo VI; ni tuvieron tales caballeros por escudero á un Guadiana, ni cosa que se lo parezca; ni fué dueña de Belerma Ruidera; ni son nueve las lagunas del Ruidera, sino más de trece; ni por el fondo de la Cueva pasa el Guadiana ni las lagunas, sino un pequeño arroyuelo; ni, por tanto, se pudieron ver dentro de la Cueva, sino allí en las inmediaciones, por fuera y sin entrar en ella.

De modo, que tomada esta ficción de Cervantes en su significación literal, ni tiene sentido, ni hay por donde cogerla, ni se ve tan siquiera qué relación tiene con todas estas cosas Dulcinea.

Pero si se estudia en su sentido esotérico, ¡ah cuántas profundas verdades y cuántas armónicas observaciones y cuántas fecundas y utilísimas enseñanzas encierra el sueño que acometió á Don Quijote cuando se quedó sentado en la cuerda que le dieron!; y, pensando en el fondo de la cuestión, es semejante al que sintió el evangelista San Juan en el seno de Jesús cuando percibió la sublimidad de su doctrina; y como el que experimentaron los apóstoles cuando cayeron en éxtasis y comenzaron á hablar distintas lenguas; y como el letargo que experimentó el Dante cuando bajó á los infiernos: ¡es, como dice el profeta David, el sueño que domina á los amados del Señor cuando se les va á revelar la verdad!

Los tres días que creyó D. Quijote que había durado la

excursión, es imagen de lo que duró la bajada del Salvador para redimir á los que esperaban su santo advenimiento.

El vestido de Montesinos en forma talar y con el color de los obispos; y con la beca de colegial como las que fundó Carlomagno; y con la gorra de Milán, capital y cabeza de su imperio; y con el rosario en la mano, emblema de aquel monarca, á quien atribuye la leyenda el carácter de apóstol armado, y que se consideró él mismo como investido del gobierno de la sociedad cristiana, y que organizara iglesias á su voluntad, y convocaba sínodos, los dirigía y los confirmaba, y que se hacía tener el estribo por el Papa; y encantado con los otros caballeros andantes de Carlomagno, y convertido en perpetuo guarda de aquel alcazar cristalizado, petrificado.... es evidentemente una alegoría, que, junto á que estaba allí encantada también Belerma, la dama de los pensamientos ó Ideal de esos caballeros cristianos de Carlomagno, resulta una acertadísima imagen representativa de que lo primero que halló Cervantes como causa de los males que padecía la sociedad de su tiempo, al penetrar en las entrañas del Cristianismo, fué que estaba petrificado el Cristianismo desde el tiempo de Carlomagno y guardado por sus caballeros, que estaban encantados, no por el diablo, sino por quien puede más que el diablo: y se percibe muy fácilmente, teniendo en cuenta que Carlomagno involucró lo de Dios y lo de César para crear el imperio de Occidente, obstinándose en defender con las armas la fe, y que engendró en el pontificado las locas y ridículas pretensiones del imperio universal bajo la autoridad del Papa.

La incomprensible invención ó fingimiento de la dueña Ruidera y del escudero Guadiana, segunda percepción que tuvo Don Quijote en la Cueva, y lo de las siete hijas y dos sobrinas; y lo del escudero de Montesinos, llamado Guadiana, y lo del escondido curso de este rio triste y melancólico, y que vuelve á reaparecer con más fuerza, pero con tan malas aguas, que sólo cría peces burdos y desabridos, es otra profundísima alegoría que se percibe perfectamente también, teniendo en cuenta: 1.º lo que hemos dicho de Ruidera-Ruideira-Rivadeneira, y que Rivadeneira, consejero y director de San Ignacio en Roma, relator de su vida, formulador de su doctrina en el TRATADO DE LA EDUCACIÓN DEL PRÍNCIPE, fué á modo de mentor ó preceptor de Felipe III, y pudo ser, por todo esto, y en este caso en que los ideales están representados por mujeres, calificado de dueña; 2.º que fueron siete los hijos de la Compañía que la fundaron en Mont-Martre, y otros pocos no tan resueltos, que unos dicen tres, otros cinco, y Cervantes pudo creer dos por la parte que éstos tomaron en ella al principio, v. g.: San Francisco Javier; 3.º mediante el ejemplo de Sancho y del hijo de Tomé Cecial, y por lo que en este libro se representa con un escudero, y por lo que hemos dicho que significa Montesinos, Monte-Sión, pues decir escudero de Montesinos equivale en esta urdimbre á decir representación de la parte material del Cristianismo del siglo XVI, que estuvo principalmente mentada y servida por los jesuitas, que son los que principalmente la mantuvieron contra la revolución religiosa; y

4.º, en fin, que la sociedad que formaron al principio los jesuitas para ir á Jerusalem, ocultó su curso como el rio Guadiana, y que, cuando volvió á reaparecer más potente, con nuevos medios, dió por resultado esos defensores burdos y desabridos del poder temporal, esas aguas malsanas de la teocracia, que, si bien resistió los embates de la revolución religiosa, es una verdadera calamidad sobre los pueblos latinos, el enemigo más grande que tiene la razón humana, y el más colosal patíbulo de la humana libertad.

Y abarcando ahora con una ojeada todo lo que precede, resulta: que leyéndolo con el sentido literal, es un conjunto de sucesos que no tienen entre sí relación, que suenan bien, mas que no tienen sello ó tono científico, ni fin realizable y discreto; pero que, leído en el sentido figurado, ofrecen una armonía grande entre sí, porque va el sonido rítmico con el tono científico, el son con el ton, como dice un refrán popular en mi país para expresar que marchan las cosas bien.... ¡Elijan los que tienen en gran opinión á Cervantes lo que es más digno de él! Y, si aún vacilan dominados por la manía ú obsesión de que todas estas sus invenciones son mentidas y livianas, sin tan siquiera apariencias de verdad y tan sólo escritas para entretener la comunidad con alguna honesta recreación y divertirla á veces de los malos humores que suele engendrar la ociosidad, recuerden que, contra este concepto y estas mismas palabras, dijo Cervantes á continuación de ellas, que este fin se conseguiría mejor con los escritos buenos y á altos fines encaminados que con los no tales.

Por mi parte, prefiero creer que Cervantes escribió mediante una idea trascendental y con un plan meditado, que no sin sentido, á tontas y á locas; con más motivo, cuanto que de aquella manera, como en la ciencia astronómica, se halla solución á todos los casos y problemas; pues de este modo, no sólo es pertinente y se explica así lo que en sentido literal es absurdo, á saber, quién es el Guadiana y las lagunas del Ruidera, según queda dicho; y cómo y por qué las pone en el interior de la Cueva cuando están fuera; y por qué toma aquella Cueva en este libro su nombre de uno de los caballeros andantes de Carlomagno; sino que resulta lógico, discreto y razonable el lenguaje de Montesinos con Don Quijote; tiene significación clara y de gran alcance la comparación que después hace entre Belerma, Ideal cristiano de los caballeros de Carlomagno, y representante de la confusión de poderes espiritual y temporal de la Iglesia y del Estado, y Dulcinea, Ideal de Cervantes, que es todo lo contrario; es oportuna la presencia de aquellas damas con turbantes que representan los Ideales de la España de la Reconquista supeditados al Cristianismo galicano, y resulta congruente aquella profunda conjunción que se forma por el hecho de coincidir la maliciosa invención del encanto de Dulcinea, que hizo Sancho cuando buscaba los Ideales de Don Quijote por el Toboso, con la sincera visión de Don Quijote ahora que busca á su vez en el fondo de la sociedad cristiana la causa de los males de los Ideales de aquella edad“.

CAPÍTULO V.

La obra del Licenciado Alonso Fernández de Avellaneda.

Malas artes empleadas por los enemigos de Cervantes.—Aparece la continuación de un falso *Quijote* en Tarragona, compuesta por un escritor que ocultó su verdadero nombre.—Suposiciones desatinadas que se rechazan.—Verdaderas causas que motivaron la publicación del engendro de Avellaneda.—Fué producto de odios personales y de ruines venganzas.—Prólogo agresivo de dicha obra.—¿Quién fué su autor?—¿Quién se ocultó bajo el supuesto nombre de Alonso Fernández de Avellaneda?—Nada se ha podido dar por cierto.—Palabras de Cervantes al hablar del *Quijote* falsificado.—¿Supo quién fué el osado imitador?—Observaciones.—Opinión de Mayáns y Siscar, refutada.—Lo que dijo el P. Murillo.—Lo que creyeron Pellicer y Navarrete.—Atribúyese el seudo *Quijote* á F. Luis de Aliaga.—Lo que se ha escrito acerca de esto.—Estudios de D. Francisco María Tubino.—Negó en absoluto que fuera Luis de Aliaga el autor del *Quijote* de Tarragona.—Indicaciones de Ceán Bermúdez, seguidas luego por D. Nicolás Díaz de Benjumea, acerca de F. Juan Blanco de Paz.—Nueva opinión que sostuvo más tarde Benjumea.—Lo que quiso probar D. Adolfo de Castro respecto de Don Juan Ruiz de Alarcón.—Refútase.—Recházanse igualmente las suposiciones lanzadas por Germond de Lavigne y Doña Blanca de los Rios, que aplican el *Quijote* de Avellaneda, respectivamente, á Bartolomé Leonardo de Argensola y al Mtro. Tirso de Molina.—Otras especies inadmisibles.—Alfonso Lamberto.—Dictamen del Sr. Menéndez Pelayo.—Deficiencia manifiesta de sus presunciones.—Pobreza de argumentos.—Debilidad de sus pruebas.

Aunque sea alterando el orden cronológico de nuestra narración, creemos oportuno continuar en este capítulo relatando todo lo referente al *Quijote*, pues así se fija más desembarazadamente la atención en este importante particular, sin distraerla con el cuento de los sucesos acaecidos á Cervantes desde la publicación de la Primera parte de su obra hasta que estampó la Segunda; sucesos que, sin esfuerzo y sin perjuicio ninguno de la claridad, bien pueden ser referidos más adelante.

Con el favorabilísimo acogimiento que hemos visto, circulaba por el mundo desde sus primeros momentos la historia del *Ingenioso Manchego*: la fama de Cervantes se acrecentaba á medida que transcurrían los años, pues en cada uno de ellos nuevas ediciones se hacían, ó nuevas versiones se llevaban á efecto, así en las principales ciudades de España como en las capitales más ilustres de Europa. Pero aquella misma asombrosa aceptación que la obra de nuestro primer hablista había conseguido, desgarraba despiadadamente las entrañas de sus émulos, de sus envidiosos, de sus detractores, de sus perseguido-

res menguados; y despechados y vomitando odio, aguzaban el ingenio y maquinaban asechanzas contra el que en todo y siempre fué el tipo de la generosidad y de la grandeza de pensamientos.

Nueve años eran ya pasados de la estampación de la Primera parte del *Quijote*, y Cervantes aún no había publicado la Segunda en 1614, siendo así que lo había verificado con otros libros suyos en aquel intervalo, de que luego hablaremos. No es que Cervantes había descuidado la continuación de su obra, ni desistido de su primer intento de proseguirla, sino que el deseo mismo de proceder con detenimiento en asunto que tanto importaba á su nombre y á su gloria de escritor, indudablemente le había persuadido y ordenado aquella prolongada tardanza. Prevalióse de esto la maldad de sus enemigos, y en el mismo año de 1614, y cuando ya Cervantes tenía escrita casi toda la Segunda parte de su libro, apareció una nueva novela de las aventuras del heroe manchego, en Tarragona, continuando las ideadas por Cervantes, encubriéndose el imitador con el seudónimo de Alonso Fernández de Avellaneda. (*)

(*) La portada de este libro dice: "Segundo tomo del Ingenioso Hidalgo Don Quixote de la Mancha, que contiene su

Un autor, que merece muy poco crédito en lo que dice, pues desbarra á la continua, ha indicado que los enemigos de Cervantes se apoderaron de los manuscritos de la Segunda parte del *Quijote*, y con ellos siguieron la historia que el heroico manco comenzó; pero tal aseveración tiene mucho de desatinada y nada de verosímil ni probable, pues si tal cosa hubiese sucedido, no sería Cervantes quien lo hubiera ocultado en sus obras; que antes bien habrían quedado severamente reprendidos en ellas los ruines literarios depredadores.

No hay que recurrir, en verdad, á tales cuentos para explicarnos la aparición de esa Segunda parte apócrifa del *Quijote*: datos hay y pruebas bastantes para proceder con certeza sobre el asunto. Que los contrarios de Cervantes eran muchos nos consta, y con toda evidencia lo sabemos: particularmente los que se había creado por su natural y por sus talentos, eran infinitos. Pues bien, ¿quién duda que, teniendo conocimiento los más enconados, los más rivales, los más despreciadores de él, de que en 1615 pensaba dar á la estampa la Segunda parte de su obra famosa, quisiese alguno debilitar la importancia que habría de conseguir, escribiendo otra que se semejara á la suya, quitándole así el mérito de la disposición y gracia que para las concepciones inventivas se le atribuía, y llevando además el malévolo continuador el péfido intento de causar grandes penas y disgustos á Cervantes, acibarando así su ancianidad, con amenaza de perjudicarle en sus intereses, disminuyendo ó cerceñando la venta del libro que iba á publicarse?

Que el *Quijote* de Avellaneda no se inspiró más que en un vil resentimiento personal y en mezquinas venganzas, se comprende no bien se lee su prólogo ofensivo. En él sostiene el fingido autor que el proemio puesto por Cervantes á la Primera parte, es cacareado y agresor de sus lectores; le afea su manquedad, le ultraja por su edad avanzada, y le tacha de cobarde; y como si tales bajezas no fuesen suficientes, añade que le ha de quitar la ganancia con aquella Segunda parte falsa; que no ha de ofender á nadie, como Cervantes pretendió con él y con Lope de Vega; que no hará ostentación de sinónomos voluntarios; que Cervantes era descontentadizo, falto de amigos, que todo y todos le enfadaban; llámale además envidioso, detractor del prójimo, pesaroso de las buenas dichas y gozoso de los pesares de sus adversarios; aconsejábale de cami-

no que no cansara más, que dejase de escribir, que se contentara con su *Galatea* y comedias en prosa, que así debían llamarse las más de sus novelas; y decía por conclusión, en estilo sarcástico, que Cervantes escribió su obra en una cárcel y por eso salió la historia tan quejosa, murmuradora, impaciente y colérica.

¡Qué pensamientos tan ruines revelan tales improprios! Y ¡qué bajeza de alma y qué odio tan reconcentrado y miserable evidencian aquellas palabras, también del prólogo, donde dice el encubierto Zóilo á Cervantes, rebajándolo en el concepto público de un modo incalificable, que no hallaría título quizás en España que no se ofendiera de que tomara su nombre en la boca!

¿Quién fué aquel osado que quiso continuar la historia del *Ingenioso Manchego*? ¿Qué se sabe de cierto sobre el asunto? Nada puede contestarse de un modo afirmativo. Mucho se ha hablado y escrito para aclarar este punto de curiosidad; pero las opiniones son tan discordes y los sofismas presentados tan sutiles en demasía, que más producen divagaciones y sombras que resultados luminosos y de provecho. Contribuye muy mucho á que este particular se encuentre aún envuelto en tan densas dudas y oscuridades, el silencio que guardó Cervantes sobre el nombre del imitador tordesillesco, ó ya fuese intencionadamente, ó por ignorar quién de sus enemigos fuera el productor de tal engendro. Nos inclinamos á que sería esto último, pues así se desprende de aquella misma vaguedad con que siempre habla de Avellaneda. En el prólogo que escribió para su Segunda parte del *Quijote*, después de hablar, con una compasión sublime y digna de su grande alma, de las diatribas é injurias que contra él lanzó el autor de Tordesillas, añade, dirigiéndose al lector:—“*Si por ventura llegares á conocerle*, dile de mi parte que no me tengo por agraviado, que bien sé lo que son tentaciones del demonio, y que una de las mayores es ponerle á un hombre en el entendimiento que puede componer é imprimir un libro con que gane tanta fama como dineros, y tantos dineros cuanta fama”. En los últimos capítulos de su obra se trata del ficticio historiador con la misma incertidumbre. Y en el postrero, hallamos palabras tan terminantes, en comprobación de nuestros asertos, como las que transcribimos: “Suplico á mis albaceas (dice Don Quijote al hacer testamento) que, *si la buena suerte les trajere á conocer el autor que dicen que compuso*

tercera salida, y es la quinta parte de sus aventuras. Compu-
puesto por el Licenciado Alonso Fernández de Avellaneda,

natural de la villa de Tordesillas. Con licencia. En Tarra-
gona, en casa de Felipe Roberto, año de 1614”.

una historia que anda por ahí con el título de *Segunda parte de las hazañas de Don Quijote de la Mancha*, de mi parte le pidan, cuan encarecidamente ser pueda, perdone la ocasión que, sin yo pensarlo, le dí de haber escrito tantos y tan grandes disparates como en ella se escriben, porque parto de esta vida con escrúpulo de haberle dado motivo para escribirlos". Y aun al terminar su *Quijote*, y colgar de la espetera su pluma, le advierte á ésta Cervantes que, para ahuyentar á los osados malandrines que se acercasen á descolgarla con espíritu de profanación les dijera: "Para mí sola nació Don Quijote, y yo para él: él supo obrar, y yo escribir: solos los dos somos para en uno, á despecho y pesar del escritor fingido y tordesillesco, que se atrevió, ó se ha de atrever á escribir con pluma de aveztruz grosera y mal adeliñada las hazañas de mi valeroso caballero, porque no es carga de sus hombros ni asunto de su resfriado ingenio: á quien advertirás, si acaso llegas á conocerle, que deje reposar en la sepultura los cansados y ya podridos huesos de Don Quijote".

Lo único, pues, que confesaba Cervantes de su perseguidor es que era autor fingido; siendo aventurado cuanto en contrario se diga. Cervantes daba muy poca importancia á todas las cuestiones personales, y no querría saber nunca quién se había encubierto bajo un nombre supuesto para mancharle con la baba de sus envidias inmundas. Le perdonó como á enemigo, y le despreció como á su ultrajante misterioso. Por eso no le llamó por su nombre, ni habló más que de pasada de su aborto. Un biógrafo dice que si Cervantes hubiera querido, le hubiera descubierto ante la sociedad; pero que le aconsejaron lo opuesto, ó el temor, por ser el autor del falso *Quijote* personaje de importancia grande, ó acaso el no considerarle siquiera digno de que se le mentase por su nula significación ó rastreros procederes. En el caso de que se pudiera justificar que Cervantes supo quién se encubrió bajo el seudónimo de Alonso Fernández de Avellaneda, lo último parecería lo más verosímil; lo primero, siempre gratuito: á Cervantes no le amilanaban ni le alentaban jamás, para desmascarar á los perversos, las altas ó bajas posiciones que ocupaban: todos los actos de su vi-

da así lo persuaden y predicán elocuentemente. Es, por tanto, lo más explicable en este particular lo que nosotros indicamos.

Don Gregorio Mayáns y Siscar, primer biógrafo de Cervantes, fijándose en 1737 en algunas palabras del prólogo de la Segunda parte del verdadero *Quijote*, sospechó que el autor del ficticio debió de ser un personaje de consideración, pues llamábale Cervantes "señor autor," y que no parecía sino que había cometido un delito de lesa majestad, y por eso no se mostraba al campo abierto y con su propio nombre; pero el señor Mayáns utilizó demasiado, pues las palabras de Cervantes deben tomarse en el sentido sarcástico y festivo con que él las empleó, y no torturar la mente para darles otros más latos y ocasionados á equivocaciones. Llamóle "señor autor" por las ínfulas con que hablaba en el prólogo, por lo que blasonaba de perjudicarle, por lo soberbio, por lo jactancioso: decíale que si había cometido algún delito de lesa majestad, porque, no teniendo por objeto, según aseguraba, más que el destruir la máquina de los caballerescos libros, ¿qué temía para no presentarse ante las gentes con su nombre y apellido verdaderos?

Al poco tiempo después de Mayáns, un padre Murillo, (*) cuyas obras son modelo de despropósitos y falta de buena crítica, dijo que Avellaneda era eclesiástico, sin mentar nada del seudónimo. Pellicer afirmó también que había sido eclesiástico, y, según conjeturas, habría pertenecido á la Orden dominica. Navarrete avanzó más: creyó que el *Quijote* había sido escrito bajo la tutela del P. Aliaga, confesor de Felipe III; y muchos años más tarde, estas sospechas de aquel docto académico, tomando cuerpo en la imaginación de los señores Cavaleri y Castro, dieron por resultado la casi comprobación de que, efectivamente, el espurio autor del *Quijote*, era el padre Fray Luis de Aliaga. Esta opinión tomó visos de gran certeza con los trabajos de Rossell, Fernández-Guerra, La Barrera y otros literatos contemporáneos ilustres, siendo, hasta no hace mucho, la más general y corriente.

Mas desde que en 1872 publicó sus *Estudios críticos sobre Cervantes y el Quijote* el ilustrado literato D. Francisco María Tubino, la creencia de que Aliaga se encubrió bajo el nombre su-

(*) El P. Pedro Murillo Velarde, dijo en el tomo X de su *Geografía histórica*, (Madrid, 1752), más disparates que palabras al hablar de Cervantes. Siguiendo noticias repletas de errores, en parte creadas por René Rapin casi un siglo antes y aumentadas después por los continuadores del *Diccionario de Moreri*, dió por cierto que fué secretario del Duque de Alba, y que el de Lerma le trató con desprecio,

por lo cual Cervantes, en venganza, escribió el *Quijote* para ridiculizarlo.

El P. Murillo repitió también la impertinencia que habían puesto de moda por entonces Zabaleta y compañía; á saber, que los extranjeros estimaban el *Quijote*, no tanto por aplaudir el ingenio de quien lo compuso, cuanto porque ponía en ridículo á la nación española. (!)

puesto de Avellaneda para injuriar al autor del *Quijote*, quedó evidentemente desvanecida por absurda é insostenible. El Sr. Tubino ha tratado la cuestión de modo concluyentísimo y que no deja lugar á la más mínima duda. Expone perfectamente dicho crítico que, aun suponiendo que en Sancho Panza hubiese Cervantes aludido al P. Aliaga, pues por tal apodo fué conocido en la corte, asuntos de mucha trascendencia ocupaban su atención, para que fuese á dedicarla á escribir un libro, prosiguiendo el de Cervantes, preocupándole sobre manera aquella alusión y tomando venganza tan señalada. No sólo juzgamos lo mismo, sino que, para dar asentimiento á los sostenedores de que se ofendió Aliaga por creerse ridiculizado en Sancho Panza, es preciso tener otra prueba, que hasta ahora no se ha presentado: la de si el motejar á Aliaga con el nombre de Sancho Panza, se efectuaba desde antes de haberse impreso el *Quijote*, ó desde que esta obra se estampó; pues siendo esto último, como parece lo más probable, Aliaga no podía decir en el prólogo que Cervantes había tenido por medio el ofenderle, constando que no abrigó tal intención nuestro Miguel, ni á él tocaba la menor culpa ni responsabilidad porque algunas personas, acordándose de uno de los tipos de su novela, hubiesen hecho aplicación de su nombre, para mortificación de su amor propio y por fisga, al confesor de Felipe III.

El señor Tubino patentiza asimismo, de modo acabadísimo, que Aliaga no tuvo amistad íntima con Lope de Vega; que, por el contrario, en cartas de este ingenio, se habla de Aliaga en términos que demuestran antipatía y desdén, y por tanto, si Aliaga, su enemigo recíproco, hubiese sido el autor del *Quijote* llamado de Avellaneda, no le hubiera enaltecido sobre todos los dramáticos de España; que es inexacto que fuese el autor de *La venganza de la lengua castellana*, libro que se dice compuso contra Quevedo, y en cuyo lenguaje y estilo quiere hallarse entera semejanza con el *Quijote* espurio; que ningún bibliógrafo del siglo XVII y siguientes menciona á Aliaga como escritor público, no siendo explicable que hombre que no había ejercitado su ingenio en obras de inventiva ni en otro género de producciones, manejase el idioma con la facilidad de que da señales bastantes el fingido Lcdo. de Tordesillas; y, en fin, que no era posible que si hubiese sido Aliaga el que ideó y compuso el bastardo *Quijote*, sus innumerables enemigos, que de todo se aprovecharon para sacarle á la vergüenza y al ridículo de las gentes, hubieran dejado pasar tan buena ocasión como era la de tildarle su bajeza de senti-

mientos para con Cervantes, su presunción, su vanidad, y su temor ó miedo de aparecer con el verdadero nombre, á cara descubierta.

El Sr. Tubino, al terminar su excelente estudio sobre este punto, tan controvertido y controvertible, asienta que no puede decir, porque haya negado lo anteriormente esparcido, quién se ocultó tras el nombre de Avellaneda; pero se da por satisfecho con haber desvanecido completísimamente la idea, tan propagada, de que lo había sido el P. F. Luis de Aliaga.

Admiramos y aceptamos en todas sus partes las luminosas investigaciones del Sr. Tubino, pues ellas han dado en tierra con una opinión sin sólidos argumentos presentada y con menos sólidas razones seguida; y para corroborar más lo explanado por el literato ilustre á quien nos referimos, vamos á indicar una observación que se nos ocurre. F. Luis de Aliaga no escribió ninguna obra dramática, y por tanto su enemistad con Cervantes no se podía fundar en el anatema que lanza éste en la Primera parte de su *Quijote* contra los autores disparatados de comedias: con que si en algo aludió Cervantes á Aliaga, sería en haberle apodado Sancho Panza, siempre en la suposición de que este mote se le hubiera ya aplicado á aquel sacerdote antes de que Cervantes compusiese su inmortal obra. Y, aceptando momentáneamente que esto sea, ¿quién salía peor malparado en el libro, Lope de Vega, á quien encubiertamente se le critican sus comedias, elogiando y aplaudiendo, sin embargo, su fertilidad inventiva, ingenio y talento, ó el padre Aliaga, que manifiestamente queda en ridículo, y figurado en un personaje rústico, positivista, rematadamente vulgar? Evidentemente este último.

Pues bien; el mismo Avellaneda, el verdadero F. Luis de Aliaga, según algunos, dice en el prólogo de su *Quijote*, que Cervantes tuvo por medios en su obra *el ofenderle á él, y particularmente á Lope de Vega*; de modo que basta esta sola prueba para demostrar que no fué Aliaga el que imaginó y compuso el falso *Quijote*, pues nos asegura, bajo su misma palabra, que no fué él á quien más ofendió Cervantes en su sátira; lo que sucedería si éste le hubiera ridiculizado, motejándole de Sancho Panza. Hay más: si Aliaga hubiese escrito el *Quijote* de Tarragona, si estuviera resentido y sediento de venganza contra Cervantes, porque le había sacado al ludibrio de las gentes, haciéndole aparecer como hombre de pocos alcances y de ingenio romo, ¿era posible, ni puede concebirse siquiera, que el mismo Aliaga corroborase más y más lo insinuado por Cervantes, presentándonos aún más estú-

pido, soez y falto de sentido común á su Sancho Panza, al escudero del *Quijote* adulterado? ¿Era posible, ni puede concebirse siquiera, que él mismo procurase quedar por su misma pluma más en ridículo que por la extraña y enemiga? ¿No se ve que esto es absolutamente inexplicable?

Otra opinión, que desde el año 1820 fué indicada por Ceán Bermúdez, ha tenido muy decididos partidarios en estos últimos tiempos. Nos referimos á la creencia de que el autor del falso *Quijote* fuera F. Juan Blanco de Paz, aquel indigno sacerdote que tanto persiguió á Cervantes en el cautiverio y con tan inexorable venganza le amenazó. La sospecha de Ceán Bermúdez, inadvertida había pasado, ó poca curiosidad despertaba; pero uno de los más insignes admiradores que ha tenido, tiene y tendrá el Príncipe de nuestros ingenios, D. Nicolás Díaz de Benjumea, analizando los actos y la vida de Cervantes, y fijándose en la enemiga que le profesaba Blanco de Paz, y simbolismo, sentido oculto y alcance de algunos capítulos, pasajes y alusiones del *Quijote*, creyó hallar la clave del enigma del seudónimo, é inclinó el ánimo de muchísimos literatos y críticos á aceptar su parecer de que Cervantes había sido denigrado por su antiguo enemigo Blanco de Paz, encubierto bajo el antifaz del Lcdo. Avellaneda. Las razones presentadas por el Sr. Benjumea fueron rechazadas por algunos, por no constar que Blanco de Paz hubiese sido escritor y por no saberse si tal individuo vivía aún en 1614; objeciones, en verdad, atendibles, aunque de escasa fuerza la primera, pues si se supiese con evidencia que Blanco de Paz existía en 1614, poco importaba que no estuviese justificado que había escrito para el público; que bien podía haber sido el inspirador de la obra, encomendada tal vez, para satisfacer ruines personales miserias y antagonismos, á alguno de esos escritores tan menguados en sentimientos como el perseguidor de Cervantes.

El Sr. Benjumea reformó luego su opinión en su notable folleto *Mensaje de Merlin*. Un juicio extenso y curioso sobre la cuestión de quién escribió el *Quijote* de Tarragona, le hizo declarar por la parte de que no fué otro sino el autor de *La Pícarra Justina*, el domínico Francisco López de Úbeda, que se encubrió bajo el nombre supuesto de Andrés Pérez. El Sr. Benjumea recuerda que dicho literato, al publicar su *Pícarra Justina*, y cuando aún no había visto la luz el *Quijote*, lo elogió llamándole famoso. Que ese cariño que profesaba antes el domínico referido, según las apariencias, á Cervantes, se trocó luego en enemistad y parcialidad extremadas; y que se había puesto á mal con él por los años

en que el *Quijote* ilegítimo apareció, se desprende bien á las claras de lo que sobre el particular dice, aunque de un modo velado, nuestro Miguel en su *Viaje del Parnaso*. En esta obra, hablando de la *Pícarra Justina*, sin mentar el nombre del que compuso tal libro, le llama *capellán lego del contrario bando*, y da la voz de alerta, pues el tal individuo se proponía estampar *otra novela*. Y estotra novela que intentaba imprimir en 1614 aquel capellán lego, aquel jefe del contrario bando, ¿no pudiera ser muy bien el *Quijote* falso, el *Quijote* inspirado por la venganza y por la envidia, el *Quijote* tarraconense? Benjumea así lo sospecha y cree, no desistiendo por eso en absoluto de que Blanco de Paz, conjurado con aquel escritor, enemigo de Cervantes, fuese parte poderosa para la creación é inspiración de semejante libro.

El Sr. D. Adolfo de Castro vino á aumentar, desde el año de 1876, el número de los estudios problemáticos sobre el *Quijote* falsificado, y en verdad, que su postrero parecer en esta materia está de todo en todo en contradicción con el que primero sostuvo, siguiendo indicaciones de críticos anteriores, de que su autor lo había sido Fray Luis de Aliaga, y con el que después entregó á la consideración de los eruditos, de que pudiera haberlo sido F. Alonso Fernández, escritor religioso, domínico, y muy ferviente devoto del Rosario. Luego destruyó y dió por nulas el mismo Sr. Castro, sus pasadas investigaciones, y defendió, con la misma confianza y con el mismo entusiasmo que antes defendía lo que después ni aceptaba ni rechazaba, que el único, que el verdadero, que el indisputable autor del *Quijote* de Tarragona, fué el notable poeta dramático D. Juan Ruiz de Alarcón.

Algo extenso es el opúsculo que á esto dedica el Sr. Castro; pero ¿aclara algo, ó mejor dicho, indica algo siquiera que pueda ser aceptado como verosímil ni probable? De seguro que no. Hemos leído dos ó tres veces las páginas del Sr. Castro, y hemos quedado sumidos en la misma incertidumbre, en idénticas dudas que antes; porque no presenta ni una razón ni un argumento que persuada. ¿En qué se funda el señor Castro para asegurar que Alarcón fué quien escribió el *Quijote* de Avellaneda? En que Cervantes habla en su *Persiles* de un zapatero de viejo, corcovado, natural de Tordesillas: en que fué el autor de la comedia *El semejante á sí mismo*, donde se ataca á los envidiosos de Lope de Vega, mostrando indignación grande: en que se vislumbran ciertas alusiones, en las censuras que hace Cervantes de las disparatadas comedias, á algunas de Alarcón: en que Cervan-

tes no mencionó á Alarcón entre los dramáticos en sus *Comedias y Entremeses*, ni en el número de los poetas buenos, ni malos ni medianos, en su *Viaje del Parnaso*: en que Alarcón emplea, por fin, en sus composiciones muchas palabras que usó también Avellaneda en su *Quijote*.

Son sutilezas inacceptables que Cervantes aludió á Alarcón en el zapatero de viejo, corcovado, citado en el *Persiles*, pues Cervantes desdeñaba las miseras cuestiones personales y no le preocupaban, sino que las olvidaba por completo; y que fué un solo escritor el del *Quijote* agresivo y el de la comedia *El semejante á sí mismo*, pues consta que Alarcón fué uno de los envidiosos y detractores de Lope de Vega, y antes le regocijaba que le dolía lo que pudieran decir en contra de éste. Con certeza se sabe además que Cervantes no hizo referencia á Alarcón en la crítica de las malas producciones dramáticas, porque este autor no era conocido todavía en 1605, y no pudo darse por ofendido.

Los dos últimos argumentos empleados por el distinguido crítico, son no menos deleznales. ¡Que Cervantes no citó á Alarcón entre los dramáticos en el prólogo de sus *Comedias y Entremeses*, y que la misma omisión hizo al publicar su *Viaje del Parnaso*! Y ¿por eso hemos de sospechar que entrambos literatos eran enemigos? Y ¿por eso, sobre todo, se ha de creer que Cervantes lo verificase para despreciar á Alarcón? No debe estimarse así: lo evidente es, que este último no figuraba aún, en 1613 ni 1614, en el número de los poetas insignes, ni los dramáticos distinguidos; y el silencio de Cervantes era tanto más lógico, cuanto que bien poco habría tenido que encomiar por entonces, aunque tan generoso intento le hubiese animado. El mismo señor Castro, recordando palabras del último biógrafo de Alarcón, D. Luis Fernández-Guerra y Orbe, cree que hasta 1614 no empezó á dar sus obras á los teatros de Madrid aquel peregrino ingenio, y asienta á la opinión de que jamás floreció como poeta lírico: de suerte que él mismo presenta el argumento contraproducente y que invalida sus sutilezas, pues si por ninguna producción notable se había dado á conocer Alarcón antes de 1613 ó 1614, mal podía Cervantes incluirlo entre los vates merecedores de tal honra en *El Viaje del Parnaso* ni en sus *Comedias y Entremeses*.

Y no se recuerde que es citado ya en 1606 como poeta en la carta á D. Diego de Astudillo, descubierta hace algunos años en la Biblioteca colombina por el sabio escritor D. Aureliano Fernández-Guerra y Orbe, pues esa carta no consta que sea de Cervantes; y que hubiera com-

puesto Alarcón algunas breves poesías desde 1606, y aún antes, no sería prueba para demostrar que Cervantes le había tratado, ni leído sus ensayos, ni oído acaso mentar su nombre, ni mucho menos sido su enemigo.

Y ¿qué decir de la argumentación de que Alarcón empleó en sus comedias muchas palabras que también usó Avellaneda en su *Quijote*, deduciendo de esto que Avellaneda no fué otro sino el autor de *El Tejedor de Segovia*?

Las palabras que emplean Avellaneda y Alarcón en sus concepciones, no son de su exclusivo dominio: como ellos las usaban, las usaron sus contemporáneos, y las siguen usando todos los que escriben en castellano. No son las palabras privilegio de estos ó aquellos autores; son del privilegio de todos: forman parte del caudal riquísimo del idioma. Nada, pues, más ocasionado á error que pretender atribuir ciertas obras á determinados autores, por suspicacias exageradas, por alambicados análisis de palabras.

Por el estilo suele rastrearse, con más probabilidades de acierto que por el falible dato de la repetición de palabras, el verdadero nombre de los que se encubrieron con el anónimo, ó publicaron sus trabajos sin mentar su apellido; pero ni aun esa circunstancia favorece al Sr. Castro para atribuir el *Quijote* de Avellaneda á Juan Ruiz de Alarcón. La causa es muy obvia. Aquel dramático no estampó ninguna obra en prosa, y por lo mismo no hay producción por la que pueda patentizarse que usaba los mismos giros, la misma traza, los mismos adornos que empleó Avellaneda en su libro; no puede resolverse, en fin, que había identidad en las calidades de su estilo, de su peculiar modo de expresarse, de engalanar sus pensamientos con la dulzura de la elocución, ó de hacerla desmayada y lánguida con sus asperezas y falta de gusto. De suerte que el Sr. Castro, obligado á hacer notar el parecido entre varios vocablos de los prólogos de Alarcón y algunos otros de sus comedias con los usados por Avellaneda, no lleva á ningún ánimo desapasionado el convencimiento, y divaga siempre por los campos de la inadmisibile sutileza. Resulta así que, por lo que pretende el Sr. Castro que aparezcan más evidentes sus argumentos, es por lo que son precisamente más frágiles y desautorizados. Destruyen la misma opinión que trata de sostener y de persuadir.

Tan absurda como la opinión últimamente sostenida por el Sr. Castro acerca del *Quijote* contrahecho, es la que, muchos años antes, había lanzado con inaudita soberbia un escritor francés, de tan pésimo gusto literario, que llegó á proclamar la absoluta supremacía de la obra de

Avellaneda en parangón con la incomparable de Cervantes. Germond de Lavigne, que así se llamaba, imputó á Bartolomé Leonardo de Argensola la composición del libro tordesillesco. Pero no existen pruebas, ni indicaciones siquiera atendibles, que justifiquen semejante presunción.

Verdad es que Bartolomé Leonardo, por condición natural, ó por motivos que se ignoran, nunca estimó á Cervantes como podía y debía esperarse de su clarísima inteligencia y en justo pago de los elogios entusiastas que le tributó en varias de sus obras. Es cierto, que desde que los Argensolas no cumplieron su promesa de llevar á Cervantes al lado del Conde de Lemos, las relaciones afectuosas entre ellos se entibieron, y quizás Bartolomé, después de la muerte de su hermano Lupercio, no se volvió á acordar del pobre desvalido amigo. Pero téngase en cuenta que siempre resulta el ofendido y agraviado Cervantes; nunca Argensola. De modo que no es comprensible siquiera que pasase por su mente la idea de proseguir el *Quijote* del primero con ánimo de venganza, ni ensañarse contra su opinión y hasta su honra con miserable bajeza y profundo odio.

Hemos dicho ya que tal empresa sólo pudo inspirarse en resentimientos personales, en móviles rastreros de hacer daño por heridas incurables del amor propio, por mortificaciones del orgullo y la vanidad; y eso no pasaba con Bartolomé Leonardo, pues aun las quejas de Cervantes, expresadas en el *Viaje del Parnaso* por el incumplimiento de la palabra dada, iban envueltas entre alabanzas ingeniosas y finísimas.

Fuera de que hay dos aseveraciones en el prólogo insultante del continuador, que clarísimamente convencen de la imposibilidad de ser Argensola autor del *Quijote* fingido. Una, la de que Cervantes había tenido en la Primera parte de su obra el propósito de molestar á él, y especialmente á Lope de Vega; cosa que no puede aplicarse en modo alguno al gran poeta aragonés, pues, entre los autores dramáticos celebrados como excelentes y perfectos en el libro de Cervantes, figura entre los primeros un Argensola. Y la otra aseveración, hartamente depresiva, de que no habría título en España que quisiese admitir dedicatorias del inmortal Autor por no

ver rebajado su nombre, tampoco pudo ser hecha por Bartolomé, á quien constaba mejor que á nadie la protección que le dispensaba el poderoso Conde de Lemos, y la señalada honra que recibía de que el desvalido escritor le distinguiese al dirigirle sus hermosas producciones.

Ni aun, pues, como lejana conjetura ha de admitirse paternidad suya de ninguna clase en el aborto tarraconense; aparte del convencimiento moral que adquiere todo el que ha leído y estudiado la riqueza de expresión, la fraseología, galas y pulideces del estilo en prosa de Bartolomé Leonardo, de la enorme diferencia que existe entre el descuidado é incorrecto del *Quijote* ficticio y el florido, correctísimo y seductor que esmaltan todas las páginas de los trabajos históricos de Argensola. (*)

Hace pocos años presentó nueva solución de este nunca resuelto problema una escritora muy distinguida, pero que ya ha padecido anteriormente errores en la interpretación de hechos referentes á Cervantes. D.^a Blanca de los Ríos de Lamperez, que sostuvo, sin pruebas persuasivas, que Cervantes estudió en Salamanca, quiso demostrar, año de 1897, en artículos publicados en la *España moderna*, que el autor del *Quijote* amañado lo fué nada menos que el Mtro. Tirso de Molina, el religioso mercenario F. Gabriel Téllez.

El encanto que nos produce todo lo que procede de pluma tan experta y estimada en la opinión, no acertó, sin embargo, á convencernos de lo fundamentado de sus juicios. Notamos en ellos desde el primer instante deficiencias y aun evidentes equivocadas apreciaciones, que imposibilitaban el asentimiento de la razón por más que sedujeran á primera vista por la gracia, la sutileza y el ingenio.

D.^a Blanca de los Ríos se ha fijado precisamente en un autor, á quien es del todo imposible atribuir la obra que se pretende. Si hubo un escritor contemporáneo de Cervantes, que en verdad y de lo íntimo del alma, sin disfraces ni rodeos, supiese tributarle la merecida distinción á sus méritos, ese escritor fué, sin duda, el fecundo, el original, el inspiradísimo, el chistoso y epigramático Tirso de Molina. No escatimando elogios, como hizo Lope de Vega, cuando di-

(*) Ni aun sería suposición admisible juzgar que, si no Argensola, podía haber sido autor del libro, (con ó sin su permiso) su discípulo y admirador D. Estéban Manuel de Villegas, quien tan graves injurias escribió en una poesía contra Cervantes, parte por entender que éste había ofendido á Bartolomé en el *Viaje del Parnaso*, parte por resentimiento personal de que no le hubiese citado por su nombre.

Porque, aunque la inquina de Villegas está patente, sin embargo, ni consta que fuese autor dramático; ni tan amigo de Lope, que tomara por su cuenta el defenderlo de los ajenos juicios con tanto empeño y calor; ni convienen otras circunstancias de su vida y labor literaria con los datos que se deducen del prólogo de la obra adulterada. Hay que desechar, por consiguiente, tal hipótesis.

ciendo lo menos que podía, expresó que no había faltado gracia á Cervantes en la composición de sus novelas; con amplio espíritu efusivo de aprecio y admiración, con toda sinceridad, llamó al peregrino ingenio alcalaino el Bocaccio español, encomio por el que ponderaba su soberano talento inventivo. Era, pues, Cervantes para Tirso el padre de la novela española, el primero de todos, el creador de un género literario de originales seducciones, en que él mismo se dió á notar como el único que supo imitar en cierto modo el estilo y traza de las producciones cervantinas. Hombre que tanto apreciaba la literaria labor de Cervantes, es imposible de todo punto que intentase suplantar su obra para perjudicarle y colmarle de groseras injurias.

Y este convencimiento que, desde el primer instante se adquiere, confírmase más y más con una prueba indestructible. Si quien emborronó el *Quijote* falsificado, sediento de odio y venganza, fuera Tirso, ¿cómo se comprende que, diez años después de haber denigrado y envilecido el preclaro nombre de Cervantes, negándole hasta sus eximias prendas de inventor, le pusiese por las nubes, precisamente fundado en las mismas causas que antes le sirvieron para la diatriba y la apasionada reprobación?...

El motivo de la indignación de Tirso contra Cervantes, según supone la señora de los Rios, fué el haberlo caricaturado en su libro con el apodo de Sancho Panza; pero tal suposición carece de todo indicio, y hay que rechazarla terminantemente. Ese recurso de hacer de Sancho Panza personajes más ó menos famosos, con la intención deliberada de entregarlos al ridículo, ha estado muy de moda, y parece que es muy socorrido por la repetición con que se emplea, con pretextos bien pueriles en varios casos. Unos han aplicado el apodo ó sinónimo á Luis de Alíaga, otros á D. Pedro Franqueza, y alguno ha sospechado que se trataba de satirizar á determinada autoridad vulgar y ambiciosa del tiempo de Cervantes en el gobernador de la Barataria. Al querer D.^a Blanca de los Rios que el único á quien represente el tipo del sin par escudero, sea Tirso de Molina, sólo se deja llevar de alambicadas deducciones que nada aclaran, ni pueden persuadir; y mucho menos que por dicha causa escribiera Tirso la Segunda parte del bastardo *Quijote*.

Equivócase asimismo cuando pretende que prevalezca el absurdo de que, si bien el *Quijote* de Avellaneda se escribió por un discípulo y allegado de Lope, "por toda la obra circula una marcadísima corriente satírica contra el Fénix, y se manifiestan alusiones tan claras y evidentes,

que no dejan lugar á duda de que, quien escribió el libro, tenía por objeto, tanto el contradecir á Cervantes como el zaherir á Lope".

¿Cómo había de ser eso posible cuando la obra muestra el claro propósito de enaltecer siempre á Lope, rebajando y menospreciando á Cervantes?

Y ¿cómo ha de tenerse por cierta su opinión de que Cervantes trató con más dureza á Sancho, cargó más la mano contra él, en la Segunda parte de su novela, por vengarse del modelo viviente, que era Tirso? ¿Cómo ha de poderse dar crédito á semejante suposición, cuando basta la sencilla lectura de la Segunda parte del *Quijote*, para pensar y sostener todo lo contrario? El Sancho es entonces, precisamente, más avisado, sensato, experimentado y discreto que nunca. Jamás llegó en la Primera parte á tal punto de bondad y cordura, desprendimiento y cariño para con su amo y señor. No cargó la mano, no, en rebajarlo Cervantes, sino en dignificarlo y enaltecerlo.

Además, las alusiones que cree D.^a Blanca que existen contra Cervantes en algunas obras de Tirso, nadie las ve con claridad, ni pueden patentizarlas las citas que con tal objeto hace.

Pero, aunque no existieran argumentos tan válidos contra las conjeturas ó apreciaciones de la distinguida escritora, sería bastante para negar asenso á sus juicios erróneos el examen comparativo entre el modo de expresión del llamado Avellaneda y el estilo que abrillanta las obras en prosa del Mtro. Tirso.

¿Dónde está en el *Quijote* adulterado la elocución florida, la ingeniosa destreza, la frase limpia y elegante, el estilo fácil y ameno, el lenguaje discreto y castizo, el chiste decoroso, la invención hermosa, la donosura en su punto, sin procacidades groseras, livianas palabras, ni vocablos repugnantemente inmorales? Son dos autores distintos, que nada tienen que ver el uno con el otro. Mientras que Tirso, aun en su novela festiva *Los tres maridos burlados*, que ofrece materia para desenvolturas de la fantasía y atrevimientos de locución, conserva su excelente gusto y sus gracias naturales, sin ofensa de las buenas costumbres, en medio de un verdadero derroche de gracejo y delicadeza, pulcritud y riqueza de forma, Avellaneda, por el contrario, es sucio siempre cuando quiere extremar la nota de lo grotesco; es descuidado y hasta chabacano en el estilo; es prototipo de lo licencioso describiendo personajes ó pintando escenas. Imposible, pues, semejanza ni aun remota entre escritores tan diferentes por sus gustos, por sus disposiciones inventivas, por antitéticas mane-

ras de expresión, de pensamiento y lenguaje. (*)

D. Marcelino Menéndez Pelayo ha presentado también su candidato correspondiente. En un extensísimo artículo que publicó hace pocos años, en *El Imparcial*, diario madrileño, después de examinar y rebatir las hipótesis sostenidas hasta entonces, expuso la suya, la cual se funda en tan inaceptables paralogismos como la mayor parte de las otras.

Habló D. Juan Antonio Pellicer, en su *Vida de Cervantes*, de unos vejámenes dados contra ciertos poetas que concurren á dos certámenes celebrados en Zaragoza, año de 1614, y no acertaron á descifrar los enigmas propuestos. En sendas composiciones se alude á un *Sancho Panza* y se le pone en ridículo por el doble fracaso que experimentó.

Pellicer añadía que, indudablemente, se hizo referencia en *Sancho Panza* al supuesto Alonso Fernández de Avellaneda. Las palabras de Pellicer sirvieron á críticos sucesivos para aplicar aquel apodo á F. Luis de Aliaga, y se dió esto como prueba definitiva de que él, y sólo él, pudo ser el escritor del fingido *Quijote*. Constan los nombres y apellidos de todos ó muchos de los vates que tomaron parte en los certámenes. Llamábase uno de ellos *Alfonso Lamberto*, y á él cree el Sr. Menéndez Pelayo que debe adjudicarse la confección de *Don Quijote* el malo.

Pero el Sr. Menéndez no prueba ni demuestra nada que llegue á convencer al lector. Al contrario, ofrece su hipótesis con tanta escasez de razones, que no parece el trabajo producto de su clara inteligencia, sino pasatiempo ó juego imaginativo de cualquier principiante para decir algo sobre un asunto de curiosidad tan traído y llevado, tan manoseado y controvertido.

¿Por qué se fija Menéndez Pelayo, con exclusión de los demás poetas citados en los vejámenes, especialmente en Alfonso Lamberto? Por sospechas ó sutiles interpretaciones que no es posible aceptar sin admitir errores á sabiendas.

Ya indicó Pellicer que la mayor dificultad estaba en saber quién de los poetas que acudieron á los certámenes, podía ser el apodado Sancho Panza. Se ha insistido después por los partida-

rios de la solución de F. Luis de Aliaga, en que Alfonso Lamberto sería seudónimo bajo el que se ocultó el fraile dominico, aunque el autor de los versos del vejamen le conoció perfectamente y le zahirió con motes y alusiones al *Quijote* fingido, en la suposición de que lo escribiera el confesor de Felipe III.

Pero, rechazado todo lo anterior por el Señor Menéndez, valiéndose de tan falible y desacreditado procedimiento cual el de los anagramas, llega á dar por cierto y averiguado que Alfonso Lamberto fué el verdadero nombre y exacto apellido de un escritor aragonés, y que ese, y no otro, es el único que ha de tenerse como osado continuador del poema de Cervantes.

¿Qué se sabe á derechas del nuevo candidato á la paternidad del *Quijote* espurio, que saca á plaza el Sr. Menéndez? Él, que tan asombrosa memoria y tan inmensa erudición posee, lo ignora por completo. “Yo (dice) de *Alfonso Lamberto no tengo noticias*”. “El que yo quiero favorecer (añade) con la ganga del falso *Quijote*, lleva el oscurísimo nombre de Alfonso Lamberto. *Su estado civil me es desconocido*: sólo puedo decir de él que era aragonés y poeta”. Mas ni aun esto último llega á probar.

Únicamente por deducciones, quizás equivocadas, puede indicar que el tal Alfonso Lamberto sería hermano ó pariente próximo de Martín Lamberto Iñiguez, poeta bien mediano del siglo XVII, amigo y admirador de Bartolomé Leonardo de Argensola.

Pero ¿cómo se ha de seguir tan aventurada suposición? ¿cómo ha de considerarse cual válida? ¿Por dónde consta que existió tal hermano de Martín Lamberto, ni que tal problemático pariente suyo fuese escritor, ni que, aun averiguado que lo era, compuso el *Quijote* de Tarra-gona?

No pudiendo demostrar nada de lo que pretendía el Sr. Menéndez, hace un supremo esfuerzo para ver si lo consigue de algún modo; y entonces es cuando saca el Cristo: entonces recurre, para manifestar sus aciertos, á las bizarras conclusiones anagramáticas, de las que siempre se quiere sacar una afirmación y sólo se obtiene,

aquel caballero inglés.

En cuanto á lo que han indicado algunos de haber sido F. Luis de Granada el inventor de la fábula, nada puede darse tan absurdo. Porque, demás de que el sabio y elocuentísimo moralista nunca hubiera hablado contra una obra que, aparentemente, sólo tenía por objeto concluir con los caballerescos libros, ¿cómo es posible que le pasara siquiera por el pensamiento tal idea, cuando Granada murió diecisiete años antes de que se publicara por Cervantes la Primera parte de su *Quijote*?

(*) Otras especies se han dicho respecto de quién pudo ser Avellaneda; pero no merecen seria refutación, ni aun que las mentemos.

Lo que quiso sostener Rawdon Brown sobre haber sido el holandés Schoppe quien escribió el falso *Quijote*, protegido y pensionado del Duque de Lerma, para vengar agravios que se suponía había inferido Cervantes á aquel Magnate en la Primera parte de *El Ingenioso Hidalgo*, es de todo punto inverosímil, como hemos ya visto, y no se ha llegado á probar de ningún modo. Fueron meras suposiciones de

por regla general, un desvarío ó un resultado contrario, que destruye los acertijos y las charadas más ingeniosas de la mente.

Toma el Sr. Menéndez las cinco primeras palabras del *Quijote* de Avellaneda, que textualmente dicen: *El sabio Alisolán historiador no*, y saca el anagrama que sigue: *Alonso Lamberto*. Verdad que el anagrama no es tan exacto como otros muchos que descubrió Benjumea, sin que sobrara ni faltase letra, desechados con razón en absoluto; cierto que en el presentado por Menéndez Pelayo hay letras cambiadas y otras sobran; pero, él no se fija en tales minu-

(*) Para que el lector pueda ver por sí mismo la pobreza de argumentos y débiles pruebas que el Sr. Menéndez Pelayo aduce, copiamos á continuación los párrafos de su artículo relativos á este asunto.

Dicen así:

“¿Y no dejaría el incógnito autor del *Quijote* alguna indicación de su persona en el texto de su mismo libro, según suelen hacer los que, escribiendo obras anónimas y clandestinas, no quieren, sin embargo, por vanagloria literaria, renunciar totalmente á la esperanza de que algún lector avisado les levante la máscara cuando no haya peligro en ello? Tal pensaba yo, cuando de pronto hirieron mi vista las primeras palabras del primer capítulo del falso *Quijote*, las cuales á la letra dicen así: “*El sabio Alisolán, historiador, no*”. Soy poco aficionado á los anagramas, y estoy escarmentado de ellos por el ejemplo de Benjumea, pero éste, para casualidad, me parece mucho. En esas cinco palabras van embebidas las catorce letras del nombre y apellido de *Alonso Lamberto*, sin más diferencia que el haber cambiado la *m* en *n*: cambio que nada significa tratándose de dos letras que delante de la *b* suenan del mismo modo. Puede usted comprobarlo prácticamente numerando las letras:

E I s a b i o A l i s o l a n h i s t o r i a d o r n o
11 7 8 10 6 1 2 5 3 4 13 14 12 9

Lo que más confianza me da de haber acertado son los muchos ejemplos de este género de escritura criptográfica que pueden encontrarse, desde el famoso acróstico de las *Partidas* hasta el revesado procedimiento de que se valió el autor de la *Tragicomedia de Lisandro y Roselia*:

“Si el nombre glorioso quisierdes saber
Del que esto compuso, tomad el trabajo,
Cual suele tomar el escarabajo
Cuando su casa quiere proveer....”

Pero ya preveo una objeción, y quiero contestar á ella. El autor del falso *Quijote* dice terminantemente, queriendo disculpar con ello su mala acción, que Cervantes le había ofendido á él y á Lope de Vega. ¿En qué ó cómo pudo ofender Cervantes á Alfonso Lamberto, personaje desconocido y que para nada suena en la biografía del príncipe de nuestros ingenios?

¿Pero por ventura esta biografía no está aún llena de oscuridades? ¿Qué período de ella conocemos con alguna puntualidad, salvo el período heroico de su cautiverio en Argel y el triste período de su estancia en Valladolid? Las tradi-

cias. Le parece, por el contrario, muy llamativo que puedan sacarse de las cinco palabras citadas, que contienen veintiocho letras, las catorce de que se componen el nombre y el apellido, defectuosos, eso sí, de Alfonso Lamberto.

Adoptando tan especial sistema, no hay libro de donde no se puedan forjar, en cada renglón, todas las deducciones, nombres y antojos criptográficos que nos plazcan. (*)

Menéndez Pelayo quiere justificar en cierta manera la posibilidad de sus sospechas; y, al efecto, habla de enemistades que pudieron suscitarse entre Cervantes y Alfonso Lamberto por cues-

ciones de la Mancha, de Esquivias y de otras partes son tradiciones á posteriori, de las que forjan los semidoctos y no el pueblo, anacrónicas y contradictorias, y no pueden alegarse en ninguna biografía seria. Hay, sobre todo, un intervalo no menos que de veinte años (los que median entre la *Galatea* y la primera parte del *Quijote*), en que casi se perdería toda huella de Cervantes á no ser por los documentos relativos á sus comisiones y apremios. ¿Qué más? Hasta su estado económico y social continúa siendo un enigma, que cada vez se va complicando más con el hallazgo de nuevos documentos. Su hija, que pasaba por monja, resulta ahora casada dos veces, y se disputa si era natural ó legítima. Y no hay poca distancia del Cervantes famélico, tan traído y llevado por la musa romántica, y el Cervantes que ahora nos descubren los protocolos notariales, dotando á esa hija con el usufructo de una casa de su propiedad en la red de San Luis, y con una cantidad en dinero equivalente á cerca de dos mil duros de nuestra moneda. (a)

Durante su vida errante y aventurera (en el mejor sentido de la palabra) Cervantes hubo de conocer á toda casta de gentes, y es indudable que recorrió la mayor parte de España. No consta su residencia en Aragón en tiempo alguno, pero estaba muy enterado de las cosas de aquel reino, como puede verse en la segunda parte del *Quijote*; y debía de tener algunas relaciones literarias en Zaragoza, como lo prueba el hecho de haber obtenido en 1597 el primer premio por una glosa en quintillas en un certamen celebrado por los dominicos de aquella ciudad en honor de San Jacinto. Acaso comenzaría entonces la rivalidad de Alfonso Lamberto, si es que concurrió al mismo certamen y no fué premiado. Pero no doy mucho valor á esta conjetura, porque en la *Relación* de aquellas fiestas, publicada por el cronista Jerónimo Martel, no encuentro su nombre.

¿Á tal distancia; quién podrá descubrir en el *Quijote* las alusiones á Alfonso Lamberto? Si tenía realmente el mote de *Sancho Panza*, y no se le pusieron los zaragozanos después de impreso su libro, la ofensa pudo consistir en esta aplicación, y éste será uno de los *sinónomos* (sic) *voluntarios*, es decir, *apodos*, de que él se queja en su prólogo. Pero yo sospecho que Alfonso Lamberto está designado en la primera parte del *Quijote* con otro seudónimo.

Los versos que anteceden á la primera parte del *Quijote* no están enlazados de modo alguno con el tema del libro, sino que más bien le contradicen, puesto que ni Don Quijote alcanzó á fuerza de brazos á Dulcinea del Toboso, ni Sancho Panza tomó las de Villadiego para retirarse del servicio de su

(a) Sobre esos galanos optimismos hay mucho que hablar. Ya en el Discurso preliminar hemos dicho algo refutándolo, y en el lugar corres-

pondiente, al tratar del casamiento de D.^a Isabel de Saavedra, seremos más extensos.

tiones literarias, que debieron de influir para que el segundo emprendiera su aventura de imitador é injuriador desvergonzado del primero. Mas todo eso no pasa de divagaciones sin base probable siquiera. "Yo sospecho (dice) que Alfonso Lamberto está designado en la Primera parte del *Quijote* con otro seudónimo"; es decir, no con el de Sancho Panza. Pero él mismo niega todo fundamento á su presunción, cuando pocos renglones antes escribe: "Á tal distancia, ¿quién podrá descubrir en el *Quijote* las alusiones á Alfonso Lamberto?" Mucha verdad, y por eso no resultan favorables á su solución todas las cosas

señor, ni en fin, casi nada de lo que se dice en los versos concuerda con lo que luego pasa en la novela.

Estos versos, además de ser una parodia de los elogios enfáticos que solían ponerse al frente de los libros, tienen escondido algún misterio, que para los contemporáneos no lo sería ciertamente. Las alusiones á Lope de Vega se traslucen todavía, pero debe de haber otras. El soneto de *Solisdán* me da mucho que pensar. Este personaje no figura en ningún libro de caballerías conocido hasta ahora, y por tanto debe ser burlesca invención de Cervantes. Su nombre, quitándole una *i*, es anagrama perfecto de *D. Alonso*. ¿Será por ventura el sabio historiador *Alisolán* y el *Alonso Lamberto* de Zaragoza? En este caso no se le puede confundir con Sancho Panza, puesto que habla de él en el soneto:

Y si la vuesa linda Dulcinea
Desaguisado contra vos comete,
Ni á vuestas cuitas muestra buen talante,
En tal desmán, vuesto conorte sea;
Que Sancho Panza fué mal alcahuete,
Necio él, dura ella, y vos no amante.

¿Qué quiere decir todo esto? En la primera parte del *Quijote*, ni Dulcinea comete desaguisado, ni Sancho Panza es alcahuete bueno ni malo. Evidentemente se alude aquí á otras cosas y personas. ¿Quiénes pueden ser éstas? ¿Quién el Don Quijote apaleado *vegadas mil por fellones cautivos y raheces*?

No presumo de averiguarlo, á lo menos por ahora. Sólo sé que el gran Mecenas de Lope, D. Luis Fernández de Córdoba, Duque de Sessa, fué varias veces acuchillado por más de una Dulcinea quebradiza; y sé también que el gran poeta le sirvió demasiado en sus pecaminosos empeños. Si á ellos alude el soneto, habrá que suponer que el *D. Alonso* ó *Solisdán* estaba en las intimidades del Duque y de Lope de Vega, cosa difícil de admitir, porque en ninguno de los billetes de Belardo á Lucilo suena tal nombre.

Pero todo esto es ya demasiado conjetural, y no nos puede llevar á ninguna parte mientras no sepamos, con precisión, qué casta de pájaro era el Alfonso Lamberto. Yo sólo puedo añadir á lo dicho que no veo inconveniente en atribuirle también la *Venganza de la lengua española*, tenida generalmente por de la misma pluma que el *Quijote* de Avella-

que se le ocurren respecto de Solisdán y Alisolán, apodos quizás del desconocido, y quién sabe si aun ficticio, Alfonso Lamberto.

Precisa, por consiguiente, para que el enigma que ha propuesto el Sr. Menéndez pueda ser descifrado con algún conocimiento de causa; precisa saber, ante todo y sobre todo, si realmente existió un contemporáneo de Cervantes que se llamase Alfonso Lamberto, fuese escritor y enemigo suyo. Sólo así podremos razonar sobre este punto como exige la crítica, y no ser tan poco afortunado como ha sido el Sr. Menéndez en la exposición de su extravagante hipótesis.

neda. El seudónimo de *D. Juan Alonso Laureles* recuerda algo su nombre verdadero; y el punto de la impresión, Huesca, parece adecuado para un autor oriundo del Alto Aragón, como Lamberto lo era.

Esto es cuanto se me ocurre sobre la presente cuestión, que á muchos graves y cejijuntos varones, dados á estudios pedagógicos y sociológicos, parecerá sin duda cosa de poco momento; pero que, por lo menos, importa tanto como la tan debatida de las *Cartas de Junius*, ó la del autor de las *Epistolae obscurorum virorum*, en que no tuvo á menos terciar un filósofo tan de veras como William Hamilton. Nada de lo que se refiere al *Quijote* puede ser indiferente para ningún español, y pocas cosas se refieren á él tan de cerca como la tentativa audaz del que intentó suplantar á Cervantes y arrebatarle su gloria.

No me lisonjeo de haber acertado con la solución del enigma. Digo sólo que mi hipótesis me parece más verosímil que las anteriores, pero no tengo esperanza de que prevalezca. Para muchos lectores sería más convincente este artículo, si por conclusión de él sacase yo que el continuador del *Quijote* había sido el Arzobispo de Toledo, ó el Preste Juan de las Indias, ó cualquiera otro sujeto retumbante y de muchas campanillas. El encontrarse, en vez de esto, con un tal Alfonso Lamberto, ignorado poetastro, cuya fama no traspasó probablemente las tapias de la Parroquia de San Pablo ó de San Gil, tiene algo de desencanto. Pero otros mayores suele dar la historia y todos ellos están bien compensados con el inefable deleite que produce la averiguación de la verdad, cualquiera que ella sea, y aun el mismo trabajo de buscarla.

Tampoco juraré que mi solución sea enteramente nueva. Pellicer, Fernández-Guerra, La Barrera, Tubino y otros muchos han pasado al lado de ella; pero, distraídos con otros intentos, la han dejado donde estaba ó han procurado tergiversarla, no por mala fe, que en ninguno de ellos cabía, sino por espíritu de sistema. No sé que nadie la haya sostenido de propósito.

Por otra parte, yo no aspiro á la novedad, sino al acierto; y, francamente, en una cuestión de hecho, me agradaría más haber acertado que ser original y extravagante, aunque alguien me llamase ingenioso.

CAPÍTULO VI.

¿Fué Lope de Vega autor del falso Quijote?

Nuestra opinión sobre este punto desde 1877.—Favorable aceptación que tuvo.—Ilustres escritores nacionales y extranjeros que la han seguido.—Por qué creemos que fué Lope de Vega autor del falso *Quijote*.—Indicios, datos y pruebas en apoyo de nuestra inducción.—Disensiones entre Lope de Vega y Cervantes.—¿Cuándo y por qué empezaron?—Examen de esta cuestión.—Amores de Lope de Vega con Elena Osorio, hija del representante Jerónimo Velázquez.—Amistad de Cervantes con esta familia.—Algunos pormenores de aquella historia amorosa.—Sátiras de Lope contra su antigua querida y familia.—Proceso y destierro de Lope.—Publicación reciente de tan inestimable documento.—Importantes datos suministrados por D. Cristóbal Pérez Pastor.—Soneto de Cervantes en elogio de *La Dragontea*.—Relaciones ilícitas entre Lope y la comedianta Micaela de Luján.—Escándalos á que esto dió margen.—Ruptura violenta de Lope con Cervantes.—Causas que pudieron determinarla.—Observaciones.—El anagrama de Camila Lucinda descifrado.—Nuevos datos acerca de las enemistades de ambos desde 1604 al 1609.—Intencionada omisión que hizo el primero del segundo en el libro XIX de su *Jerusalén conquistada*.—Antecedentes y datos curiosos.—La publicación de *El Peregrino* de Lope.—Lo que dijo sobre esta obra con mucho acierto D. Juan Eugenio Hartzenbusch.—Alusiones que contiene contra el referido libro y su autor el prólogo y los versos preliminares del *Quijote* de Cervantes.—Sonetos de Góngora sin razón atribuidos á nuestro Miguel.—Furor de Lope.—Indecencias é infamias que escribió contra Cervantes.—Guerra asquerosa de insultos.

Desde el año 1877 tenemos expresada nuestra opinión acerca de este punto interesantísimo en la biografía de Cervantes. No pretendíamos entonces, como tampoco ahora, descifrar con entero acierto el misterio que oculta el apellido de Fernández de Avellaneda. Creemos, y francamente lo confesamos, que pruebas indubitables y decisivas no pueden ofrecerse en esta cuestión, porque nos faltan los datos esencialísimos para resolverla en absoluto, cuales son que Cervantes, ó algún contemporáneo suyo hubiesen dicho claramente su verdadero nombre.

Mas si bien lo entendemos así, los estudios efectuados por nosotros sobre este particular han sido tan detenidos y persistentes, que no creemos atrevido ni aventurado el emitir nuestro dictamen, humilde, modesto, sin pretensiones de acertar, meramente como aseveración que se apoya en investigaciones eruditas, con especial cuidado hechas, en pruebas fehacientes, que juzgamos de suma importancia, y en juicios más completos y verosímiles, á nuestro parecer, que todos los hasta aquí presentados.

Nuestra opinión ha sido seguida, ó muy favorablemente juzgada, por críticos españoles tan sabios como Revilla, y escritores tan ilustres del extranjero como Meltzl, Wernekke, Fitzmaurice-

Kelly y Pinheiro Chagas. Esto nos ha alentado á profundizar más sobre la materia con objeto de dar toda la perfección posible á nuestro trabajo.

Nosotros tenemos por cierto que el autor del falso *Quijote* fué Frey Lope Félix de Vega Carpio. Sabida es la enemiga que por envidia, más bien que por otros motivos, profesaba aquel poeta á Cervantes. Cuando se recuerda además que tan mal habló del *Quijote* antes de que se publicara, y con tanta indiferencia y desprecio trataba al ingenio de Alcalá, no es inaceptable, sino muy posible, que aquel odio rastrero adquiriese mayor intensidad á medida que la fama del libro por él desdeñado crecía pasmosamente, desmintiendo sus apasionados enconos y su mal encubierta displicencia. Y ¿qué mucho que todo esto junto y cada cosa de por sí le aconsejasen á proseguir la obra de Cervantes, ridiculizarle y calumniarle en el prólogo, y procurar de esta suerte mermar ó anular la importancia que hubiese de tener la Segunda parte del *Quijote* que escribía por 1614 su primitivo Autor? El natural de Lope de Vega era falso, egoísta, vengativo, altanero, despreciador, orgulloso por extremo. Infatuado con su fortuna en la escena, con sus muchas y muy encumbradas relaciones, con su crédito extraordinario, con su fecundo numen,

con sus numerosos lisonjeros amigos y discípulos, reputábase el único, el sólo, el inimitable, el sublime: no había talento contemporáneo que pudiera semejársele: ninguna obra debía tener mayor aceptación que las suyas: ni aun la más leve censura debía oponérseles, porque eso era para él y para sus discípulos atrevimiento, descaro, profanación.

La crítica que hace Cervantes en el proemio de su Primera parte del *Quijote*, de los autores que, por demostrar erudición, se convertían en pedantes, en lo cual nadie quedaba mejor retratado que el autor de *La Jerusalem conquistada*, y la discreta y comedida advertencia que hizo sobre las comedias de aquel monstruo de naturaleza, dolieron indudablemente mucho al vanidoso Lope de Vega, y acrecentaron su animadversión y su deseo de venganza contra Cervantes.

En el mismo prólogo del *Quijote* tordesillesco encontramos palabras que confirman nuestras presunciones. En él se dice que Cervantes se propuso ofender en su obra á quien escribió aquel libro, pero más particularmente, de un modo señalado, con preferencia á todo, á Lope de Vega. Oigámosle: "En los medios diferenciamos, pues Cervantes tomó por tales *el ofender á mí, y particularmente á quien* tan justamente celebran las naciones más extranjeras, y la nuestra debe tanto por haber entretenido honestísima y fecundamente tantos años los teatros de España con estupendas é innumerables comedias, con el rigor del arte que pide el mundo, y con la seguridad y limpieza que de un ministro del Santo Oficio se debe esperar".

La confesión es preciosísima, como se ve, y bien merece que fijemos en ella la atención, pues cierra el camino para nuevas gratuitas interpretaciones, guiándonos por el único sendero recto que puede conducirnos á la aclaración de la verdad. Consta que Lope de Vega y sus parciales creían que á él se ofendía principalísimamente en el *Quijote*; que contra él iba enderezada toda la sátira, toda la fina y sensata censura de Cervantes. Lope de Vega era, pues, quien se daría por más resentido y quien más encarnizadamente trataría de vengarse; y así como en 1604 quiso quitar todo crédito al *Quijote*, aun antes de publicada la Primera parte; en 1614, en todo el lleno del despecho, recurrió al medio de imposibilitar el buen éxito de la Segunda parte del *Quijote* de Cervantes publicando una apócrifa y contrahecha.

Como preliminares indispensables para poder comprender los motivos de aquella tirantez de relaciones, ó declarada guerra de enemistades,

entre Cervantes y Lope de Vega, durante dicho período de tiempo, importa recordar hechos y consignar curiosas indicaciones. Cervantes no dió origen, en lo más mínimo, á aquel rompimiento. Cuando Lope empezaba á escribir, le elogió con grandes loores en su *Galatea*. Parece que nada lograría perturbar entonces entre ellos una buena correspondencia amistosa. En los dos años que mediaron desde la publicación de aquella obra hasta su viaje á Andalucía como comisario de los proveedores de flotas, creemos que se llevarían á bien; aunque ya pudieron empezar los disgustos. Cervantes, como sabemos, era íntimo amigo del representante Velázquez, con una hija del cual sostenía á la sazón ilícitas relaciones Lope de Vega.

Databan de varios años, y aunque interrumpidas algún tiempo, se reanudaron con la misma intensidad que antes. Pero aquellos tratos ilícitos se hicieron tan públicos y dieron tanto que hablar, que terminaron completamente por oposición resuelta de la madre de Elena Osorio, que así se llamaba la hija del autor de comedias Jerónimo Velázquez. Era la joven un portento de belleza, de gran discreción y de muchas gracias naturales adornada. Lope apenas tenía dieciocho años cuando con todo el ardor de su corazón juvenil amó y fué correspondido de la encantadora infiel, pues era esposa del comediante Cristóbal Calderón.

Fué tan estrecha la unión de aquellas dos almas apasionadas, que, observando Elena cierta vez triste á su amado porque se veía pobre, "por darle seguridad de su firmeza, se quitó las galas y las joyas, y con la plata de sus servicios se la envió en dos cofres", para que entendiese que su amor no radicaba en el interés de la codicia, sino en los afectos voluntarios é intensísimos del alma. El rompimiento entre los felices amantes resultó cruel para Lope, quien, viéndose menospreciado y preferido en el aprecio de su dama por móviles indignos, quiso vengarse de semejante humillación en la forma que más doliera á la familia de su adorada. Convirtió en odio profundo sus delicadas ternezas anteriores. Quisiera aniquilarla en su desatinado despecho, ciego de los celos, impulsado de los más insanos furores.

Muchos miles de versos había compuesto Lope en alabanza de su idolatrada Filis, seudónimo que ocultaba el nombre de Elena. Pero, luego, ya no eran elogios los que se ofrecían risueños á su mente para trasladarlos con deleitosa facilidad al papel: ocurríanse sólo frases aceradas de indignación, duros epítetos, quejas amargas, reconvenciones tristísimas, inculpaciones é inju-

rias. Escribió entonces dos sátiras ó libelos contra Jerónimo y su esposa Inés Osorio, Elena, su hermano, que era abogado y se llamaba Damián, y otras personas de la familia.

Si los amores de Elena y Lope fueron "fábula de la corte", como él mismo dice, aquellos escritos, tan llenos de infamantes improperios, dieron motivo á muchos comentarios y hablillas.

Querelláronse los ofendidos ante los alcaldes de casa y corte, y probado, por el testimonio de varias personas y el examen de la letra de las dos sátiras anónimas, una en verso castellano, otra en latín macarrónico, que eran de Lope, aunque él lo negaba, achacándolas pérfidamente, á un alguacil llamado Castillo el romance, y á un letrado de nombre Pedro Ordóñez, hijo de un librero de Madrid, la sátira en latín macarrónico;

(*) Del proceso que se siguió á Lope de Vega por libelos contra unos cómicos en 1587, se tenía conocimiento por las breves noticias que dió acerca de él, en folleto curioso que publicó en 1834, el Sr. D. José M.^a de Zuaznávar.

Creíase perdido; pero los Sres. Pérez Pastor y Tomillo tuvieron la suerte de encontrar una copia de él en el Archivo de Simancas, y han hecho un verdadero servicio á los eruditos dándolo á luz con infinitos datos, observaciones y notas de suma valía.

No se logró saber antes con certeza cómo se llamaba la dama, á quien, con el seudónimo de Filis, tanto sublimó Lope de Vega en multitud de versos; pero el Sr. Pérez Pastor ha sido tan afortunado en sus indagaciones y pesquisas, que ha conseguido identificar perfectamente no sólo la personalidad de Filis, sino la de *Dorotea*, protagonista de la obra famosa de Lope que lleva el mismo título. Filis y Dorotea no son sino la hija del representante Jerónimo Velázquez y de Inés Osorio, que se llamaba Elena, usaba el apellido materno, y era mujer del comediante Cristóbal Calderón. La causa efectiva de la ruptura entre Elena y Lope fué el haber preferido la joven en su amor, al cabo de siete años de relaciones, á un sobrino del Cardenal Granvela, de nombre Juan Tomás Perrenot.

Todo lo aclara el Sr. Pérez Pastor de manera que no deja lugar á la menor duda, en su inapreciable libro: *Proceso de Lope de Vega por libelos contra unos cómicos*. (Madrid. Establecimiento tipográfico de Fortanet; 1901).

Vamos á copiar algunos de los párrafos en que da cuenta Pérez Pastor del contenido de las sátiras escritas por Lope, y fueron causa de su prisión y destierro.

"En los últimos meses del año 1587 (dice) habían corrido por la corte varias copias de ciertas sátiras infamatorias dirigidas contra la familia de Jerónimo Velázquez, de las cuales solamente dos se presentaron como cuerpo de delito ante los alcaldes de casa y corte. Era la primera un romance de pie forzado en es que comenzaba:

*Los que algún tiempo tuvisteis
Memorias del Lavapiés,*

y concluía de este modo:

*Estas son las tres
Que ensucian el barro de Lavapiés;*

en el cual se infamaba á tres mujeres, que eran: Ana Velázquez, casada, hija de Diego Velázquez; Elena Osorio,

formósele causa criminal á fines de 1588, por la que fué condenado á diez años de destierro, los dos fuera del reino de Castilla y los otros ocho de la corte y á cinco leguas (*)

Á los siete perdonó Jerónimo Velázquez y su familia á Lope de Vega, que ya pudo volver á Madrid. Pasó los dos años primeros en Valencia y yendo en la armada llamada invencible como soldado. Después estuvo viviendo con su esposa D.^a Isabel de Urbina, que falleció tempranamente, en la flor de su edad.

Este casamiento lo había contraído Lope, cuando su ruptura con Elena Osorio, estando en el destierro, mediante poderes.

¿Pudo influir en las desavenencias que después surgieron entre los dos famosos autores, el conocimiento perfecto que tenía Cervantes de

también casada, hija de Jerónimo Velázquez y de Inés Osorio; y Juana de Ribera, soltera. Añadía el libelista que los padres de Elena consentían las liviandades de su hija, así como también su hermano el Dr. Damián Velázquez de Contreras.

La segunda, que estaba escrita en latín macarrónico, empezaba así:

*Vidente Ordoñez amico
Et cantare pares et respondere parati;*

y era toda ella una invectiva procaz y desvergonzada contra dicho Dr. Velázquez, acusándole de insipiente, que como hijo de representante no debía ejercer la abogacía, y aconsejándole que no tenía necesidad de trabajar porque su hermana Elena ganaba para todos.

Con una y otra sátira fué tanto el cieno que arrojó sobre las familias de Jerónimo y Diego Velázquez, que irritados éstos determinaron cortar de raíz tales atrevimientos, y convencidos de que el autor de tales libelos era Lope de Vega, dieron querrela ante el alcalde Espinosa. Éste mandó que se hiciera una detenida información sobre el pedimento de los hermanos Velázquez, y que, como primera providencia, fuera preso Lope de Vega, cuya prisión llevó á cabo el alguacil Diego García en el mismo teatro de la Cruz el día 29 de Diciembre de 1587.

El primer testigo presentado por Jerónimo y Diego Velázquez fué Rodrigo de Saavedra, representante, el cual, no obstante haber sido amigo del acusado, pues Lope mismo dijo después que se habían tratado como hermanos, declaró que Lope de Vega había hecho un soneto contra la compañía de Cisneros; que hacía poco vió una sátira en latín macarrónico contra el Dr. Velázquez y toda su familia; que además ha visto un romance en el que decía mal de Ana Velázquez, Elena Osorio y Juana de Ribera, y que le oyó decir á Lope de Vega que había de hacer todo el daño que pudiera á Jerónimo Velázquez, como realmente se lo ha hecho desde hace seis meses intrigando con sus compañeros para que le dejen y se vayan con otros comediantes. Añadió, por último, que á su parecer el lenguaje y discurso de las dichas sátiras eran de Lope por el mucho curso que tiene de oír sus versos, así en latín como en romance, y que tiene por cierto que están escritas de su mano, porque tiene muchos papeles de su propia mano y letra y por haberle visto muchas veces escribir".

los escándalos dados por Lope en sus amarteladas intimidades con la hija de Jerónimo Velázquez? ¿Llegó Lope á tener animosidad contra él porque quizás se puso al lado de sus amigos injuriados? ¿Habló en sus conversaciones algo por lo que se mostró quejoso y resentido el amante desdeñado? Preguntas son éstas que no pueden ser acertadamente contestadas; pero Lope no podría sobrellevar con paciencia la gran intimidad de que disfrutaba en aquella familia y se consideraría siempre rebajado al saber que Cervantes era profundo conocedor de tan poco edificante historia.

Sin embargo, las disidencias graves no se dieron á conocer públicamente entre ellos sino años adelante. Después de perdonado Lope, las relaciones de éste con Cervantes tuvieron un nuevo período de tranquilidad y confianza recíproca. En algunos de los viajes que hizo el segundo á Madrid por los años 95 á 97, hubo de comunicar Lope á Cervantes su pensamiento de publicar la nueva obra que tenía compuesta, *La Dragontea*, y solicitaría de su amistad una poesía laudatoria.

El soneto que con tal motivo escribió Cervantes, y aparece al frente de las primeras ediciones de aquel libro, es uno de los mejores que produjo y contiene un elogio muy extremado del Fénix de los ingenios. (*)

Pero desde 1600 las buenas relaciones entre ambos escritores se interrumpen violentamente por espacio de muchos años. La enemistad por parte de Lope llegó hasta el odio reconcentrado y la mayor de las injusticias. ¿Qué pudo dar ori-

gen á este inesperado cambio de conducta? No se sabe á punto cierto, aunque se sospeche.

Lope, después de la muerte de su primera esposa, si no antes, había caído en nuevas redes de ilegítimos amores. Una comedianta, tan famosa por su belleza como por sus gracias para las representaciones escénicas, Micaela de Luján, le tuvo esclavizado largo tiempo con dulces cariñosos lazos. Casado Lope por segunda vez desde 1598 con D.^a Juana de Guardo, (en un período de desvíos y celos entre Micaela y Lope), reanudaron después con mayores extremos amorosos su antigua amistad. Como si quisieran celebrar los dichosos amantes su reconciliación, estuvieron juntos en Granada en medio de felicidad inefable. Más tarde, permanecieron en Sevilla desde 1601 hasta 1603, entregados á sus apasionados transportes, con público escándalo, unidos los corazones por la creciente seducción de los sentidos. Lope derrochó en sus versos toda la inspiración de su talento creador en alabanza de la beldad adorada, á quien llamaba Camila Lucinda (**) y de la que hizo tan hiperbólicos encomios en *La hermosura de Angélica*, como los había prodigado años antes para sublimar la belleza de Elena Osorio en *La Dorotea* y en infinitos preciosos romances, ya bajo el seudónimo de aquella heroína de novela, ya con los de Filis, Celinda, Felisarda ó Zaida.

En aquel tiempo hubieron de surgir las grandes desavenencias entre Cervantes y Lope. Quizás, sin embargo, no tuvo la menor culpa en ello el primero. Que las intimidades y amoríos del segundo con Micaela, eran del dominio general y

(*) Yace en la parte que es mejor de España

Una apacible y siempre verde Vega

Á quien Apolo su favor no niega,

Pues con las aguas de Helicón la baña.

Júpiter, labrador por grande hazaña,

Su ciencia toda en cultivarla entrega;

Cilenia alegre en ella se sosiega;

Minerva eternamente la acompaña.

Las Musas su parnaso en ella han hecho;

Venus hermosa en ella aumenta y cría

La santa multitud de los amores.

Y así con gusto y general provecho

Nuevos frutos ofrece cada día

De ángeles, de armas, santos y pastores.

(**) La personalidad que se encubría bajo el anagrama de Camila Lucinda, que no pudo aclarar bien el insigne La Barrera, ha sido descifrada, precisa y satisfactoriamente, por el eruditísimo Pérez Pastor, en el precioso libro que dejamos citado, estudio admirable para conocer con exactitud la vida íntima de Lope de Vega.

“Siendo el nombre de *Camila Lucinda*, (dice Pérez Pastor) anagrama casi perfecto de *Micaela de Luxan*, y correspondiendo á esta célebre cómica todos y cada uno de los da-

tos que hasta hoy se conocen de Camila Lucinda, no cabe dudar que ambos nombres corresponden á una misma persona, la madre de Lope de Vega, el mozo.

Aunque la partida de bautismo (de éste) no necesita justificantes para hacer fe, habremos, sin embargo, de indicar dos, el primero referente á la fecha y el segundo á la madre.

Cofirma la fecha de la partida (7 Febrero de 1607) el mismo Lope de Vega, pues al escribir la *Justa poética* de San Isidro en la primavera de 1620, advierte que la composición de Lope, el mozo, era “de un poeta nuevo que no había cumplido catorce años”, y en efecto, era mayor de trece y menor de catorce por aquella época.

También se comprueba la maternidad porque en el epígrafe de la égloga piscatoria, titulada *Felicio*, que Lope escribió á la muerte de su hijo, le llamó D. Lope Félix del Carpio y Luxan, haciendo así constar el apellido de la madre (*Michaela de Luxan*).

Dice además la partida que fué madrina de pila Jerónima de Búrgos. Era la señora Gerarda (así la llamaba Lope), mujer de Pedro de Valdés, autor de comedias, actriz cómica muy aplaudida en su tiempo y contada por el Dr. Cristóbal Suárez de Figueroa entre las más prodigiosas que florecían en 1614, compañera y amiga de Micaela de Luxan, y para quien Lope escribió *La dama boba*.”

darían pie para las hablillas populares, haciendo de tan desvergonzado amancebamiento comidilla diaria la maledicencia, es cosa fuera de toda duda. Muchos chismes y muchas mentiras hubieron de circular entonces á este respecto, que llegarían á conocimiento del gran dramático. Muchas poesías satíricas se escribieron también para mortificación de su amor propio. En una de sus excursiones á Sevilla, hubo cierto poeta que llegó á componer el siguiente soneto, en que abunda el gracejo junto con el menosprecio más insultante:

—Lope dicen que vino.—No es posible.
—¡Vive Dios, que pasó por donde asisto!
—No lo puedo creer.—¡Por Jesucristo,
Que no os miento!—Callad que es imposible.
—¡Por el hijo de Dios que sois terrible!
—Digo que es chanza.—Andad, que voto á Cristo
que entró por Macarena.—¿Quién lo ha visto?
—Yo le vide.—No hay tal; que es invisible.
—¿Invisible, Martín? Eso es engaño,
Porque Lope de Vega es hombre, y hombre
Como yo, como vos y Diego Díaz.
—¿Es grande?—Sí, será de mi tamaño.
—Si no es tan grande, pues, como es su nombre,
Cágame en vos, en él y en sus poesías.

El Sr. Asensio ha creído que este soneto sería de Cervantes, y pudo dar motivo á enconar los ánimos predispuestos de los dos autores. Sin embargo, el ilustre poeta y gran erudito sevillano Sr. Rodríguez Marín, opina y demuestra que dicha composición parece más bien del inspirado y desgraciadísimo vate hispalense Alonso Álvarez de Soria, que también escribió contra Lope cuando se publicó su obra *El Peregrino*. (*)

Tal vez Lope creyó equivocadamente á Cervantes autor de tales licencias, y ocasionaron las recientes disensiones. Es indudable asimismo que, como escritos por Cervantes se darían otros trabajos de la propia índole, que aumentarían más los disgustos. Allegóse á esto el haber sabido Lope que en la gran obra que estaba compo-

niendo Cervantes, por lo menos desde el año 97 ó 98, la Primera parte del *Quijote*, se le criticaba por escribir comedias llenas de falsedades y despropósitos que desdecían de su reconocido ingenio.

Demás de estos motivos de resentimientos en el orden literario, que suelen producir dolores morales que nada hace desaparecer luego, hubo de seguro otras causas, de más íntima relación, que exacerbarían á Lope. Si él pudo creer, por las malas artes de los que le llevaban dimes y di-retes, que Cervantes le ultrajaba ó tenía en poco como escritor, ¿con cuánta mayor facilidad no tendría por cierto, ó como seguro ó posible, que Cervantes había hablado algo contra él por sus relaciones antiguas con Elena Osorio y su desenlace fatal, de que tan profundo conocedor era nuestro Miguel? ¿Cómo no daría crédito á lo que se supusiera que había dicho de su vida de amancebamiento escandaloso con otra mujer del teatro, de la que estaba muy prendado y tenía hijos, en tanto que dejaba abandonada á su segunda esposa, sola y enferma en Toledo?

De que la animadversión de Lope contra Cervantes fué despiadada, sean los que se quieran sus verdaderos fundamentos, tenemos pruebas que terminantemente lo evidencian. En ninguna obra de las que publicó Lope desde la primera edición de *La Dragontea* (1598, como sabemos), aparece algún elogio de Cervantes, lo cual no hubiese sucedido de haberse conservado entre ellos buena correspondencia.

En 1604 estuvieron los odios más vivos que nunca, como lo revela sin posible error, aquella carta de Lope de que ya hemos hablado, donde vierte toda la hiel de su malquerencia contra quien tanto le había realzado en 1585 y 98 en la octava del *Canto de Caliope* y en el soneto puesto al frente de *La Dragontea*. (**)

Desde 1602, por lo menos, alternando con

(*) El Sr. Rodríguez Marín trata este asunto con suma discreción y acierto en las págs. 162 y 163 de su interesantísima obra: *El Loaysa del Celoso extremeño, por Francisco Rodríguez Marín*; Sevilla, Tipografía de F. de Paula Díaz; 1901.—(En 4.º)

Los versos de pie quebrado escritos por Álvarez Soria contra *El Peregrino*, dicen así:

Envió Lope de Ve-
Al señor don Juan de Argui-
El libro del *Peregri-*
Á que diga si está bue-;
Que, estando, como está, ma-
Dice es otro Garcila-
En su traza y compostu-;
Mas luego, entre sí, ¿quién du-
No diga que está bella?

(**) El texto íntegro de la carta de Lope de Vega á un médico, en que habla contra el *Quijote* y Cervantes como poeta, y cuya copia se conserva en la Biblioteca Nacional, es el siguiente:

“Siendo el portador tan cierto, no sé qué escriba á vuestra merced que él no pueda referir mejor. Las nuevas que del aumento de vuestra merced den crédito, cosa tan importante á su profesión, son para mí de tanto gusto, que deseo lleguen á la suma estimación; que será su facultad con el cuidado de la mayor salud donde le pondrán las manos que le han hecho, y gustaré que vuestra merced le signifique cuán contento estoy de esto por la parte que me alcanza y lo que á todos nos obliga.

Yo tengo salud y toda aquella casa. Doña Juana está para parir, que no hace menores los cuidados. Toledo está caro, pero famoso, y camina con propios y extraños al paso que suele: las mujeres hablan; los hombres tratan; la Justi-

otras obras que escribía por aquellos años, y publicó, dedicaba singular preferencia á la composición de su poema épico *La Jerusalem conquistada*. En uno de sus libros, el XIX, hace al comienzo una enumeración bastante larga de caballeros y milites famosos en hermosas inspiradas octavas, y concluye dedicando delicadísimos recuerdos á los talentos que más florecían en España entonces.

Entre los ingenios por él celebrados como glorias de la patria, cítanse: Arguijo, á quien tanto debía Lope por su generoso desprendimiento y tan digno era de elogios por sus excelentes versos; á Pacheco, el renombrado pintor, que le había retratado entre los varones insignes más señalados de su época; al divino Herrera; á Diego Jiménez de Enciso, Antonio Ortíz Melgarejo, el Mtro. Lobo, el Mtro. Alonso de Tejada, D. Juan de Vera y Zúñiga y D. Francisco Faria; al Mtro. Valdivieso, el insigne médico valenciano Dr. Victoria, D. Gaspar Mercader, Conde de Buñol, D. Luis Pacheco de Narvaez, y el ilustre músico Juan Blás; á Pedro de Liñán y Riaza, Francisco Gutiérrez, Juan de Esquivias, el médico de Felipe III Dr. Valle de la Cámara, Frey Miguel Cejudo, el Dr. Angulo, Martín Chacón y Juan Bautista Lavaña, matemático esclarecido, maestro del mismo Lope. Quedan también incluidos en la lista Juan Duque de Estrada, Juan Gaytán de Meneses, su íntimo amigo el escribano y poeta Juan de Piña, el Mtro. Cristóbal de Fonseca, el P. Mtro. Toro, Tamayo de Vargas, el P. Pedro de Rivadeneira, Fr. Jerónimo Escudero, Juan Luis de la Cerda, el P. Gregorio de Pedrosa, jerónimo, F. Juan Bautista de la Santísima

Trinidad, el P. Vanegas, el P. Mtro. Ávila, trinitario, Fr. Alonso Duarte, carmelita, el Reverendísimo Rafael Díaz, Fr. Hortensio Félix Pavavicino, el Beato Simón de Rojas, el consejero de S. M. Pedro de Tapia, el Sr. Conde de Lemos, y otros.

Entre cincuenticinco escritores, poetas, músicos, médicos, artistas, oradores, literatos de gran renombre, y hasta maestros de esgrima, hombres de Estado y personas virtuosas, no se menciona, sin embargo, ni se hace la más insignificante alusión á Cervantes. Tratándose de uno de los más felices ingenios de España, ¿no ha de causar justa extrañeza que se omita su bien conocido nombre, y se ponderen en cambio los méritos de otros evidentemente inferiores á él, y algunos tan oscuros ó medianos, que no podían aguardar nunca tales loores á no ser tributados de la lisonja ó de la amistad benévola del elogiante? Guardó silencio Lope, no cabe duda en ello, por sus resentimientos personales con el preterido. Hízolo con intención despectiva, con deliberado propósito de molestar á Cervantes.

Fué manifiesta injusticia lo que Lope de Vega hizo; y tan feamente procedió, que citando los autores de más opinión que moraban en las orillas del Betis y del Tajo, dejó fuera á Cervantes. Y para que más claro estuviese el dañado propósito, encomia á un notable poeta latino y á un excelente orador sagrado, naturales ó vecinos de Esquivias, y ni aun entonces se le ocurre el apellido de Cervantes, que desde 1605 había empezado á ser tan renombrado como el suyo propio:

cia busca dineros; no la respetan como la entienden; representa Morales, silba la gente: unos caballeros están presos porque eran la causa de esto: pregonóse en el patio que no pasase tal cosa, y así apretados los toledanos, por no silbar, se peen, que para el alcalde Mayor ha sido notable desacato, porque estaba este día sentado en el patio. Aplicó esto, porque hizo la *Rueda de la Fortuna*, comedia en que un rey aporrea á su mujer, y acuden muchos á llorar este paso, como si fuera posible.

Morales no me habla porque me envió un pavo y no le quise recibir: á la verdad, yo no tuve puerta por donde entrase, porque está hecha á medida de carneros, vaca y conejo á la noche, y si hay gallina, mal para el dueño, que alguien hay que esté enfermo en casa.

DE POETAS NO DIGO: BUEN SIGLO ES ESTE. MUCHOS ESTÁN EN CIERNE PARA EL AÑO QUE VIENE; PERO NINGUNO HAY TAN MALO COMO CERVANTES, NI TAN NECIO QUE ALABE Á "DON QUIJOTE".

Dicen en esta ciudad que se viene la corte para ella. Mire vuestra merced por dónde me voy á vivir á Valladolid, porque, si Dios me guarda el seso, no más corte, coches, caballos, alguaciles, músicas, ramerías, hombres, hidalgos, poder absoluto y sin P... disoluto, sin otras sabandijas que cria

ese Océano de perdidos, Lothos de pretendientes y escuela de desvanecidos. Vuestra merced viva, cure y medre, y ande al uso; no cumpla cosa que diga, ni pague si no es forzado, ni favorezca sin interés, ni guarde el rostro á la amistad. No más, por no imitar á Garcilaso en aquella *figura correctionis*, cuando dijo:

"Á sátira me voy mi paso á paso"; cosa para mí más odiosa que mis librillos á Almendares, y mis comedias á Cervantes. Si allá murmuran de ellas algunos que piensan que las escribo por opinión, desengáñeles vuestra merced, y díga les que por dinero. Dios guarde á vuestra merced, y le guarde de Vergara el cirujano real, que ya le damos este atributo como á monasterio con tñmulo, pues no ha curado tanto con las manos cuanto ha destruido con la lengua.

De la suya guarde vuestra merced la segunda parte de esta carta; y lo que digo acerca de esos caçamientos que me dice este amigo que se tratan, lo que le aconsejo que lo mire bien; que duerma sobre ello antes que sobre ella, porque es una cárcel de la libertad y una abreviatura de la vida, y quien se casa por cuatro mil, dará dentro de pocas horas cuarenta mil por no se haber casado; pero vuestra merced es muy cuerdo, y lo mirará mejor que yo. De Toledo y Agosto 14 de 1604.—Lope de Vega Carpio".

Miro en Esquivias (de excelencias lleno
En cuerpo y alma) un Cicerón cristiano,
Y un Vidas, un Prudencio, un Damasceno
En Francisco Gutiérrez, toledano.

Era natural, después de todo, la conducta de Lope para con Cervantes al dar á la estampa su *Jerusalén* en 1609. Respondía á sus inveterados y crecientes odios desde muchos años

El mismo en que Lope escribió aquella carta infame donde rebajaba á Cervantes hasta lo indecible, se había publicado en Sevilla su obra *El Peregrino*. Avivóse con ella el fuego de la discordia. Cervantes, sabiendo la guerra de mala ley que le hacía Lope, encontró en las ampulosas y poco notables páginas de dicho libro materia abundante para el desquite, aunque lo hizo con su acostumbrada gracia y delicadeza, con sátira embozada, pero nunca procaz ni vil.

Es sumamente interesante lo que escribió sobre este asunto el venerable Hartzenbusch, y vamos á reproducirlo por el acierto y sagacidad con que lo verifica.

"*El Peregrino en su Patria*, (son sus palabras) es un libro en 4.º, del cual he podido registrar 2 ejemplares, que tienen en el folio 262 vuelto la nota siguiente: "Impreso en Sevilla, por Clemente Hidalgo. Año 1604". La portada del libro está grabada en cobre, y deja ver un plano en el fondo, con el título de la obra; dos pilastritas á los lados, sobre las cuales corre una ligera cornisa desde la una á la otra; delante de las pilasstras, en su parte inferior, hay dos pedestales; en el de la derecha se ve un peregrino con un bordón en una mano, y apoyando la otra en una ánfora; sobre el pedestal de la izquierda, la figura de la Envidia en actitud de querer atravesar un corazón con una daga; entre ambos pedestales, y sobre la línea de tierra, descansa el célebre escudo de Lope con diez y nueve torres.

Sobre la cornisa de las pilastras se alza un frontis caprichoso; por encima del frontis se alcanza á ver un pedazo de monte, y está sobre él, en actitud de volar, el caballo Pegaso. Detrás del caballo ondea una gran cinta con este letrero: *Seianvs michi (*) Pegasus*; en el pedestal de la Envidia estas tres palabras: *Velis nolis Invidia*, y en el del peregrino estas cuatro, que completan la frase: *Aut vnicus aut peregrinus*. En el letrero del caballo indudablemente quiso hablar de sí el autor, diciéndonos: *El caballo Pegaso ha sido para mí el de Seyano*: bien sabido es que todos los dueños del tal caballo murieron desastradamente. Entre las leyendas de los dos

pedestales faltan un nombre ó un pronombre, y un verbo; pero están suplidos por el escudo de Lope de Vega, que equivale á las palabras *Lupus est ó Ego sum*: de manera que todo junto debe querer decir: *Envidia, quieras ó no quieras*, Lope es (ó yo soy) *ó único ó muy raro (ingenio, se supone)*.

En la plana 5.^a principia la dedicatoria de Lope al Marqués de Priego, donde escribió el autor esta notable cláusula: "Si á tan peregrino príncipe y bienhechor mio no he podido dar peregrinas grandezas, hele dado á lo menos *desdichas peregrinas*, hábito que me vistieron el tiempo y *la fortuna* en los brazos de mis padres".

En el un ejemplar que he visto, y es del señor D. José Sancho Rayón, ocupa la séptima plana un retrato de Lope, grabado en madera; rodéale un marco; de la parte inferior del marco pende el escudo de las diez y nueve torres; en la parte superior hay una calavera coronada de laurel; y detrás una cinta con este lema: *Hic tutior fama; aquí* (en la calavera, en la muerte) *está* (ó es) *más segura la fama*. Al rededor del marco se lee, dividida en tres partes esta sentencia: *Nichil (*) prodest—Adversus invidiam—Vera dicere*. Demosth. ex 2.º Epistola. (Contra la envidia, de nada sirve decir verdad).

Debajo del escudo este otro texto: *Quid difficilius, quam reperire quot sit omni ex parte in suo genere perfectum?* Cic. in Lælio. (¿Qué hay más difícil que hallar cosa en su género, del todo perfecta?) Á la espalda, un soneto al Marqués de Priego, escrito por un médico, D. Pedro Fernández de Marañón.

Las poesías laudatorias del *Peregrino*, en el ejemplar que lleva el retrato de Lope, que parece el completo, llegan á doce; en el ejemplar sin retrato no son más que once: las nueve ó las ocho son sonetos, las tres restantes son versos de ocho sílabas: en el soneto último vuelve á parecer Camila Lucinda.

Hemos visto que en la portada se presenta Lope como desafiando á la *Envidia*: D. Francisco de Quevedo en su soneto al *Peregrino* dice:

La envidia su verdugo y su tormento
Hace del nombre que cantando cobras,
Y con tu gloria su martirio crece.

En el soneto de D. Antonio Ortiz Melgarejo, se lee:

Y á pesar de la envidia y del secreto
Olvido, durará siempre extendida
Su fama y canto y peregrina historia.

Lope mismo escribe en el prólogo: "Todos

(*) Así, con *ch*.

(*) Con *ch*.

reprehenden; mas no dan la causa...—que ya se juzga ó por *envidia* ó por malicia ó por ignorancia.“ Y más adelante: “Si algo agrada comunmente, alaban el natural del dueño, niegan el arte“. Pues ¿qué importa (cuando eso no fuera rebozar la *envidia*), habiendo dicho Tulio que muchos, *naturam ipsam sequuti, multa laudabilia fecerunt?* Dice Lope después que algunos leen sus escritos con afición en Italia, Francia y las Indias, *donde no se atrevió á pasar la envidia*; por último, añade que la fama se obtiene con el trabajo, no con la infame murmuración y la *envidia* detractora. La envidia de sus émulos traía tan desazonado á Lope, cuando escribió el prólogo de su *Peregrino*, que se le escapó de la pluma esta incomprensible expresión: “Yo no conozco en España *tres* que escriban versos: ¿cómo hay tantos que los juzguen?“ Á lo cual se le hubiera podido muy bien replicar: “Siete ú ocho te han elogiado en verso tu *Peregrino*: ¿cómo desconoces los versos de los que te alaban, y que son más de seis?“ De su fortuna y de sus desdichas se lamentó Lope en la dedicatoria al Marqués de Priego; de ellas vuelve á quejarse en los versos que inmediatamente preceden á la novela, diciendo por boca del mismo *Peregrino*:

Patria, adios: pues sois discreta,
Quedemos en paz los dos;
Que si es palabra de Dios
Que nadie es en vos profeta,
¿Quién será profeta en vos?
Por mi fortuna me rijo;
Al mundo por patria elijo,
Y sólo al cielo por padre;
Que ya no os quiero por madre,
Si no me queréis por hijo.

Sabemos, pues, de boca ó de mano de Lope mismo, que por los años de 1603, rudamente perseguido por envidiosos, y abrumado por la desgracia, se había refugiado en Sevilla, huyendo de Madrid, que ya no le quería por hijo. Quiénes fueran los perseguidores ó envidiosos de Lope, no se nos dice; pero, por lo menos, Góngora había escrito contra él el soneto siguiente:

Por tu vida, Lopillo, que me borres
Las diez y nueve torres de tu escudo,
Porque, aunque tienes mucho viento, dudo
Que tengas viento para tantas torres.
¡Válgante los de.... Arcadia! ¿No te corres
De armar de un pavés noble á un pastor rudo!
¡Oh troncho de Mi-col! ¡Nabal barbudo!
¡Oh brazos leganeses y Vinorres! (*)

(*) “Vinorre era un loco: parece que Góngora, dirigiéndose á los tronchos de col, á los nabos recién arrancados y aun con sus raíces, y á los locos acostumbrados á tirar piedras, como Vinorre y el bobo de Leganés, los excita á des-

No le dejéis en el blasón almena;
Vuelva á su oficio, y al rocín alado
En el teatro sáquele los reznos. (**)
No fabrique más torres sobre arena,
Si no es que ya, segunda vez casado.
Nos convierta las torres en torreznos

Ya se infiere de los seis primeros versos del soneto, que Lope debió poner el escudo de sus armas en alguna edición de *La Arcadia*; y, en efecto, en una de 1605 se ve el retrato de Lope, igual al que vemos en el ejemplar de *El Peregrino*, con el escudo de las diez y nueve torres debajo: creo que también iría en la primera edición de *La Arcadia*, hecha en el año de 1598; pero de ésta no conozco ejemplar; y sería muy conveniente encontrarlo, para ver si en la portada ó en otra parte aparecía el *rocín alado*, ó sea el Pegaso, que se menciona en el soneto; pero lo seguro es que aludiría al Pegaso que se ve en la portada de *El Peregrino*, por primera vez impreso en 1604, cuando ya había celebrado Lope su matrimonio con D.^a Juana Guardo, hija, según algunos, de un tratante en ganados lanar y de cerda. Á tal circunstancia hubo de aludir Góngora en los dos versos últimos del soneto, y no á lo que malamente se figuró D. Casiano Pellicer en el prólogo del *Tratado histórico del histrionismo*. Góngora, pues, debió ser uno de los envidiosos que tan fuera de sí traían á Lope en el año de 1603“.

Que Cervantes aludió en el *Quijote* á las arrogancias con que quiso ostentarse Lope en su *Peregrino* desde la portada del libro hasta el índice empalagoso de cosas notables, es cosa que no deja lugar á duda. Todas las indirectas del ingenioso prólogo contra él van principalmente dirigidas, como demostró Hartzembusch. La manía reinante de citar muchos autores, viniesen ó no á pelo, para mostrarse hombres eruditos en letras humanas y ciencias, á él se refiere en primer término.

“Al prólogo del *Ingenioso Hidalgo* (habla Hartzembusch) siguen las misteriosas décimas de pie quebrado, escritas en nombre de la maga *Urganda*, por sobrenombre la *Desconocida*: la quinta décima principia así:

No indiscretos hieroglí-
Estampes en el escu-
Que cuando es todo figu-
Con ruines puntos se envi-

Recordemos el escudo de las diecinueve torres, de que tanto y tan injustamente se burló

trozar el escudo de Lope“.

(**) “Saque al Pegaso las garrapatas con las espuelas, montando continuamente en él: esto es, escribiendo de continuo obras dramáticas“.

Góngora; y persuadiéndonos por otra parte de que la novela de Lope titulada el *Peregrino* vale harto poco, podremos parafrasear esos cuatro versos de Urganda en esta forma: "No pongas indiscretamente (como Lope) tu escudo de armas en la portada; que en el juego de la *primera*, quien tiene solamente figuras, que son las cartas que menos valen, mal juego hace. Ó de otro modo: "No graves tu escudo al frente del libro, no sea que no tenga otro mérito que el del grabado".

Decir de un libro que *todo es figuras*, porque tiene un grabado ó dos, es otra hipérbole como la de que en España apenas había quien escribiese versos; pero sin duda Cervantes aludía con la palabra figuras á las diecinueve torres de la portada del *Peregrino*, que con las otras diecinueve al pie del retrato de Lope, componían ya treinta y ocho figuras de blasón en solo un libro".

Hartzenbusch acertó indudablemente en la explicación de muchos pasajes del prólogo y versos preliminares del *Quijote*. Penetrado ya el intento de Cervantes por ridiculizar hechos, actos y palabras del engreído amante de Micaela de Luján, no sin motivo puede sospecharse de otros conceptos que encierran también sentido y alcance mortificantes para Lope, no ya sólo en lo relativo á sus empresas literarias y á sus vanidosos caprichos de usar blasones y leyendas acusadoras de su soberbia, sino respecto de sus locuras y devaneos amorosos.

Aquellos versos de Urganda:

No te metas en dibu-
Ni en saber vidas aje-,
Que en lo que no va ni vie-
Pasar de largo es cordu-,

lo mismo que los que dicen:

Advierte que es desati-
Siendo de vidrio el teja-
Tomar piedras en la ma-
Para tirar al veci-,

parece que tienen por objeto principal decir á Lope que no blasone de tan desvanecido, que deje sus altaneros pensamientos á un lado, que no fuese tan hablador llamando á todos envidiosos y enemigos, hablando contra ellos y queriendo averiguar los secretos de la vida de cada uno.

Importábale guardar silencio y usar de prudencia, pues tan de vidrio tenía el tejado de sus atrevimientos, y era desatino tirar piedras contra los ajenos, porque podían sacar á plaza sus licenciosos tratos con Elena Osorio, sus procaces libelos y condena; su proceso por raptó de D.^a Isabel de Urbina; la nueva causa que se le siguió por amancebamiento con D.^a Antonia de Trillo; el abandono de su segunda esposa y casa

por seguir sus correrías licenciosas con su pública querida Micaela de Luján, de que en Sevilla se hablaba tanto y tan desfavorablemente.

Es indudable asimismo que van directos contra él los siguientes renglones:

No me despuntes de agu-
Ni me alegues con filo-,
Porque torciendo la bo-
Dirá el que entiende la le-
No un palmo de las ore-:
¿Para qué conmigo flo-

La ingeniosa intención de estos versos está patente y se dirige desde luego á Lope. Hállase retratada en ellos su vanidosa condición y su prurito por hablar de todo sin la reflexión debida. En *El Peregrino* había puesto Lope una lista de sus comedias para mostrar su fecundidad dramática, y en otros lugares despuntó excesivamente de agudo, y se la quiso dar de maestro consumado en achaques de amor con sus puntas y ribetes de filósofo.

Cervantes, con sumo gracejo le dice, que se deje de floreos tales. Quien estaba al tanto de su vida disipada y poco de acuerdo con los principios de la sana filosofía, no era posible que diese crédito á sus máximas y palabras presuntuosas. Aquello no convencía á nadie. El que entendía la letra, es decir, el que comprendía sus mañas, no podía hacer caso de sus melífluos circunloquios. Era preciso que reformase sus costumbres. Que los actos se conformaran con las palabras. Que se dejase de aventuras amorosas, de amancebamientos, de imprudencias. Que dejase de ser perenne piedra de escándalo.

Pero es más clara todavía la alusión á Lope, cuando seguidamente, y como en contraposición á la mala fama que consiguió el gran dramático por sus correrías eróticas y sus escritos irreflexivos para preconizar devaneos y lances de amor, aconseja Cervantes, por medio de Urganda la desconocida, al varón prudente que se queme las cejas

Sólo en cobrar buena fa-;
Que el que imprime neceda-
Dadas á censo perpe-

Necedades y niñerías formaban, efectivamente, la mayor parte de la trama del *Peregrino*.

Vanagloriábase Lope, y con razón, de su maravillosa fecundidad para producir. Comedias que son modelos de inspiración, delicadeza y donosura, escribiólas con gran facilidad, como si la tarea de trasladar al papel sus pensamientos fuese dulce espontaneidad del ingenio sin esfuerzo ni trabajo. Pero es indudable que aquella portentosa manera de formar conceptos y darlos á luz con rapidez seductora, fué algunas ve-

ces causa de notables defectos en sus obras, especialmente las en prosa escritas, ó por el exagerado lirismo de muchos de sus romances amorios, llevado de su pasión dominante, para cuya expresión no encontraba nunca palabras bastante pintorescas en el vocabulario hiperbólico de su riquísima y potente imaginación.

Á tales tachas y sobras, á tales faltas y exageraciones elocutivas, así como al sujeto pecaminoso que las inspiraba; á aquel vertiginoso modo de escribir, se refiere Cervantes en los renglones que siguen, censurando sin manifestarlo, á Lope:

Deja que el hombre de jui-
En las obras que compo-
Se vaya con pies de plo-;
Que el que saca á luz pape-
Para entretener donce-
Escribe á tontas y á lo-

Á tontas y á locas escribió, en efecto, muchos romances Lope para sublimar á las damas de sus pensamientos, sin otro fin ni enseñanza para todos que la exposición de sus personales felicidades ó desgracias en los amoríos con sus mancebas. Entretenía así doncellas, como Cervantes dice; pero el público no podía sacar avisos de moral, sino ejemplos de lascivia y corrupción de semejantes escritos.

Dice también Cervantes, por boca de Urganda:

Pues al Cielo no le plu-
Que salieses tan ladi-
Como el negro Juan Lati-
Hablar latines rehu-

El señor Hartzenbusch, al citar estos versos, observa: "Rehuye hablar latines, dice Urganda; erizado está de latines el prólogo del *Peregrino*. Y al fin de cada libro de él, hay un texto en latín en que se habla de los peregrinos, y en el cuerpo de la obra frecuentes llamadas á escritores latinos".

Como si quisiera decir Cervantes en sus versos satíricos: "Lope, para darse tono de gran latino, prodiga en su *Peregrino* á trochemoche latines ó latinajos. Yo no quiero emplearlos, por no imitar su petulancia de dómine"

Y que el tiro va derechamente contra él, acláralo, sin duda ninguna, el llamarle aquí Juan Latino. Desde que Lope empezó á disfrutar de la protección del Duque de Sessa, él mismo se confirmó con tal nombre supuesto como marca de sumisión adulatora. "Ya sabe V. E. (le escribía en una su epístola muchos años después, y se lo había dicho antes) QUE SOY SU JUAN LATINO; que la casa de Sessa no puede estar sin algún esclavo notable". Lope de Vega sería, pues, conocido entre los criados é íntimos del de Sessa

como su esclavo Juan Latino; y, sabiéndolo Cervantes, le sacó á la pública censura con el mismo apodo que Lope se apropió y con su ridícula manía de latinear. Las indicaciones del Sr. Hartzenbusch, quedan, por consiguiente, comprobadas con las nuevas observaciones que hacemos. Y por cierto que tan oportunas alusiones le hubieron de molestar en gran manera.

Cuando Cervantes, por medio del donoso poeta entreverado á Sancho Panza, dice:

Soy Sancho Panza, escude-
Del Manchego Don Quijo-;
Puse pies en polvoro-
Por vivir á lo discre-,
Que el tácito Villadie-
Toda su razón de esta-
Cifró en una retira-,

¿no es verosímil que también haga referencia á la precipitada marcha, ó fuga de Lope con su Camila Lucinda desde Madrid, donde fuera procesado por sus amoríos con D.^a Antonia de Trillo, y era objeto entonces de significativos desvíos que le hacían prorrumpir en frases amargas contra su ciudad natal, porque no le honraba como se merecía:

Que ya no os quiero por madre,
Si no me queréis por hijo,

que decía él con peregrina arrogancia, para poder *vivir á lo discreto* en Sevilla al lado de la Lucinda de su alma y de sus niñas Mariana y Angelilla?

No hay, pues, composición alguna de las que anteceden al *Quijote* que no lleve el propósito, la fina intención de zaherir ó mortificar á Lope.

Á él se encaminan los versos del soneto de *Orlando furioso á Don Quijote de la Mancha* que dicen, como si hablase el autor de la *Hermosura de Angélica*:

Orlando soy, Quijote, que *perdido*
Por Angélica ví remotos mares,
Ofreciendo á la fama en sus altares
Aquel valor que respetó el olvido.

Á él se refieren estotros del soneto del *Caballero del Febo á Don Quijote*, donde, como si hablara Lope de sus antiguos amores con Doña Antonia de Trillo, se dice:

Améla por milagro único y raro,
Y, ausente en su desgracia, el propio infierno
Temió mi brazo, que domó su rabia.

Que las alusiones á Lope, sus amores, obras y actos públicos, son frecuentísimas, como hemos visto, por las anteriores páginas, en el prólogo, décimas y sonetos de la Primera parte del *Quijote*, bien claramente demostrado queda.

Las investigaciones van siendo, cada día, más especiales.

Fijándose, por ejemplo, el Sr. Menéndez Pelayo en el soneto de *Solisdán á Don Quijote de la Mancha*, dice que le da mucho que pensar. Copia los dos tercetos:

Y si la vuesa linda Dulcinea
Desaguisado contra vos comete,
Ni á vuestas cuitas muestra buen talante,
En tal desmán vuesto conorte sea;
Que *Sancho Panza* fué mal alcahuete;
Necio él, dura ella, y vos no amante.

“¿Qué quiere decir todo esto?”, pregunta después. “En la primera parte del *Quijote*, ni *Dulcinea* comete desaguisado, ni Sancho Panza es *alcahuete* bueno ni malo. Evidentemente se alude aquí á otras cosas y personas. ¿Quiénes pueden ser éstas? ¿Quién el Don Quijote apaleado *vegadas mil por follones cautivos y raheces*?... No presumo de averiguarlo, á lo menos por ahora. Sólo sé que el gran Mecenas de Lope, Don Luis Fernández de Córdoba, Duque de Sessa, fué varias veces acuchillado por más de una *Dulcinea* quebradiza; y sé también que el gran poeta le sirvió demasiado en sus pecaminosos empeños. Si á ellos alude el soneto, habrá que suponer que *D. Alonso* ó *Solisdán* estaba en las intimidades del Duque y de Lope de Vega, cosa difícil de admitir, porque en ninguno de los *billetes de Belardo á Lucilo* suena tal nombre”.

Quizás no acierte el Sr. Menéndez; pero su conjetura tiene muchos visos de verosimilitud. Si no puede referirse á Alfonso Lamberto, porque *Solisdán* nunca será exacto anagrama de *D. Alonso*, es muy posible que la intención de Cervantes fuera sacar á la vergüenza pública á Lope como alcahuete. Realmente lo fué, con perdón se diga, del Duque de Sessa; él le preparó el terreno para sus conquistas amorosas; sus billetes y sus poesías eróticas influyeron mucho para que las Jacintas y las Floras de su devoción cayeran rendidas en sus brazos. Lope fué el confidente de los más íntimos secretos entre aquellas ninfas y su adorador. Hasta las cartas que escribían á su amado dueño, quejasas, enterrecidas, esquivas ó almibaradas, todas eran enviadas á Lope para que las contestase. Oficio humillante y pobre, á la verdad, que rebajaría á Lope en el concepto de quienes lo sabían; y por eso Cervantes lo hizo público con el fin de mostrar á Lope que él poseía secretos para ridiculizarle cuando le pluguiera.

Lo que nos inclina más á creer que las indicaciones del Sr. Menéndez pueden ser acertadas, es ese adjetivo *necio*, tan intencionalmente aplicado á Sancho Panza, tras cuyo apodo se transparenta aquí el nombre de Lope: quizás á alguien se le había puesto por motivos que se ignoran.

Teniendo tanta validez para con el de Sessa el prodigioso dramático, no parece extraño que del contenido de sus cartas hubiesen conocimiento muchos de sus íntimos y amigos; y de aquí la sospecha, muy natural, de haber llegado á oídos de Cervantes rumores de existir una epístola, que poseía el magnate, aunque á él no dirigida personalmente, en que se denigraba llamándole el más malo de todos los poetas de España, y se añadía que ninguno sería tan *necio* que alabase su *Don Quijote*. Devuelve, pues, Cervantes á Lope la palabra menospreciativa que lanzó contra él con mayor alcance, con refinado aumento de virulencia satírica. Si no podía haber nadie tan *necio* que alabase á *Don Quijote*, el verdadero *necio* lo era él, Lope de Vega, por no efectuarlo, y porque además de esto, era por su desgracia un mal corredor de oreja.

Cervantes no dejó de rebatir ningún alarde de soberbia ó vanidad en el autor de *El Peregrino*. Había dicho de sí mismo, con presunción soberana que, *á despecho de los envidiosos*, él sería siempre, *ó el único, ó el mejor* de los ingenios españoles. (*Velis nolis, Invidia, aut unicus aut peregrinus*).

Pero Cervantes le desmiente con resuelta gallardía, y por boca de Amadís de Gaula dice á su *Don Quijote* que él será siempre, contra su fatua opinión, el valiente, el único, el peregrino y el sabio.

Vive seguro de que eternamente,
En tanto al menos que en la cuarta esfera
Sus caballos aguije el rubio Apolo,
Tendrás claro renombre de valiente:
Tu patria será en todas la primera:
TU SABIO AUTOR AL MUNDO ÚNICO Y SOLO.

¡Bien maltrecho había quedado el colérico amante de Camila Lucinda en su contienda con Cervantes! ¡Válganos Dios, y quién será aquel que buenamente podría contar ahora la rabia que entró en el corazón del vapuleado, viéndose parar de aquella manera!, en frases del mismo Cervantes cuando la aventura del vizcaino.

No se diga más sino que el aborrecimiento de Lope llegó á lo increíble. Un paroxismo rabioso privóle de todo recto juicio. No veía ya en Cervantes sino á su mayor enemigo, á su envidioso detractor, á su terrible rival, á su adversario á muerte: quería hundirlo y aniquilarlo, sin comprender que él había sido el primer causante de todo con su conducta solapada, farsante, indiscreta y ligera. Él sembró vientos y recogió tempestades.

Así es que, desde 1604, ya no hubo poesía ó trabajo en prosa referente á Lope con tono más ó menos satírico, que no fuese achacado desde

luego á Cervantes, aun cuando no procediesen de su pluma, ó estuvieran circulando desde años antes. Hasta aquellas burlas sangrientas de Góngora motivadas por el segundo casamiento de Lope con la hija del rico tratante en carnes, Antonio de Guardo, quisieron atribuir las algunos de sus amigos á Cervantes.

Cuando, después de 1605, se hizo del dominio público, en multitud de copias manuscritas, aquel soneto terriblemente burlesco de Góngora contra la labor literaria de Lope, (*) á Cervantes se lo colgaron, á pesar de la ajena procedencia y evidente parecido que tiene con el otro del mismo vate cordobés que concluye con los endecasílabos:

Si no es que ya, segunda vez casado,
Nos conviertes las torres en torreznos;

y escribió también aquella burleta que empieza:

Casó con carne y pescado. (**)

Fué entonces, sin duda, cuando Lope, ciego de ira, sin darse cuenta de lo que hacía quizás, pero con manifiesta mala fe, con repugnante pérvida insolencia, escribió ó inspiró este asqueroso soneto, donde no hay frase que no moleste, ni palabra que no ofenda:

Yo que no sé de *la*, de *li*, ni *le*,
Ni sé si eres, Cervantes, *co* ni *cu*;

(*) Dice así:

Hermano Lope, bórrame el sone-
De versos de Ariosto y Garcila-
Y la Biblia no tomes en la ma-
Pues nunca de la Biblia dices le-

También me borrarás la Dragonte-
Y un librito que llaman el Arca-
Con todo el comediaje y epita-
Y por ser mora quemarás la Angé-
Sabe Dios mi intención con San Isi-
Mas puesto se me va por lo devo-
Bórrame en su lugar el Peregrí-

Y en cuatro lenguas no me escribas co-
Que supuesto que escribes boberí-
Lo vendrán á entender cuatro nacio-
Ni acabes de escribir la Jerusa-;
Bástale á la cuitada su traba-

(**) Góngora no dejó nunca de ridiculizar las aventuras amorosas de Lope. Muchos años después, por los de 1616 ó 17, cuando, siendo ya sacerdote Lope, se enamoró y tuvo sacrílegas y adúlteras relaciones con D.^a Marta Nevares de Santoyo, esposa de Roque Hernández y Ayala, hombre de negocios, Góngora, con su insolencia acostumbrada, mortificábalo con la siguiente décima:

Dicho me han por una carta
Que es tu cómica persona
Sobre los manteles mona,
Y entre las sábanas *Marta*:
Agudeza tiene harta
Lo que me advierten después;

Sólo digo que es Lope Apolo, y tú
Frisón de su carroza, y puerco en pie.

Para que no escribieses orden fué
Del Cielo que mancasses en Corfú.
Hablaste buey, pero dijiste: *mú*.

Oh, mala quijotada que te dé!

Honra á Lope, potrilla, ó guay de tí!

Que es sol, y si se enoja lloverá;

Y ese tu *Don Quijote* baladí,

De *culo* en *culo* por el mundo va,

Vendiendo especias y azafrán rumí,

Y al fin, en muladares parará. (***)

¡Miserable diatriba, indigna de todo escritor, y más cuando no constaba la certeza de ser quien ofendía Cervantes!

Aquella guera de insultos que renovaba Lope contra Cervantes, perjudicó mucho á éste, creóle mayor número de enemigos y prodújole graves disgustos. No es posible eximir á Lope de la responsabilidad de tan vituperable conducta. Era él, sí, el autor de tales pasquines insultantes. Lo que dice del *Don Quijote baladí*, con las demás indecencias que se le ocurren, era lo mismo que, en otra forma, no tan sucia, pero no menos despreciativa, había escrito dos años antes al Duque de Sessa.

Y hasta tuvo la avilantez de amenguar su honra, de poner en duda su dignidad como hombre y como esposo!

¡Cuánta miseria y cuánta infamia!

Que tu nombre del revés,
Siendo *Lope* de la haz,
En haz del mundo y en paz,
Pelo de esta Marta es.

(***) El Sr. Menéndez Pelayo, decidido á sustentar á todo trance su vana pretensión de ser el autor del *Quijote* de Avellaneda el Alfonso Lamberto, aragonés, y queriendo rebatir la opinión de los que lo atribuimos más acertadamente á Lope de Vega, razona de esta manera sofística: "Aun en su correspondencia secreta, donde el gran poeta rompe desgraciadamente todo freno, nada hay que se parezca á la torpe grosería de Avellaneda". Hasta el villano y sucio soneto citado, quiere atribuirlo Menéndez á Góngora, cuando evidentemente se ve que es del mismo Lope.

No tan solamente es tan sórdido como pueden ser los pasajes más hediondos del *Quijote* de Avellaneda, sino que existen nuevas pruebas decisivas para tenerle por autor de tales y parecidas porquerías. Ahí está el *Proceso de Lope por libelos contra unos cómicos*. ¿Puede darse nada más escandaloso, insultante, mal oliente é inmundó? Emplea Lope las palabras más bajas y licenciosas, y se goza en repetir los conceptos más repugnantes y pornográficos. El que escribió en términos de lupanar sátiras personales indecentes, libelos malvados, sonetos miserables para quitar la honra y el crédito á Cervantes, ¿no podía haber juntado también ese montón de suciedades que llena el *Quijote* disfrazado?...

Nada de lo que escribiera Lope contra Cervantes puede ponerse en duda, y más llevado de la pasión en momentos de efervescencia; pues aun los elogios que le tributó, forzados y tardíos, llevan envueltos su poco sincero aprecio, como

dejó sagazmente demostrado el gran Quintana cuando dijo:

“Al probarse, bien desgraciadamente Lope en el género novelesco, que no era el suyo, decía con risible magisterio que en las novelas propias de España no faltó gracia ni estilo á Miguel de Cervantes. Manera de recomendar que se acerca más á depresión que á alabanza, pues da á entender que no hay en las novelas de Cervantes otras prendas que aplaudir que la gracia y el estilo, y que aun esto es en ellas tan escaso, que se les hace justicia con sólo decir que no les falta. Yo tengo mucha duda en que Lope estuviese bien penetrado del mérito eminente de nuestro escritor, ó en caso de estarlo, en que se lo quisiese reconocer francamente. No me acuerdo de que haya en todas sus obras un elogio, ni chico ni grande, del *Quijote*; el que hace de las novelas la única vez que las cita, ya se ve cuán escaso es. Al contrario los versos; ellos, según Lope, “dieron eternidad á su memoria por dulces, sonoros y elegantes”, que así los caracteriza en *El Laurel de Apolo*. Cabalmente son las cualidades que les faltan; y como Lope debía cono-

cerlo tan bien como el que más, un elogio tan violento y desmedido hace sospechar de su buena fe.

Calderón y Quevedo, que no tenían los mismos motivos de emulación y rencillas con nuestro escritor, aplauden sus novelas de un modo más franco, más natural y al mismo tiempo más ingenioso.

La más extraña novela
De amor que escribió Cervantes,

dice el primero en la *Casa con dos puertas*, y también en *Los empeños de un acaso*, jornada I:

Es mi amor tan novelero,
Que me le escribió Cervantes.

Prueba irrefragable del crédito que ya gozaban estas novelas en el mundo y de la estimación en que las tenía aquel gran poeta. Quevedo, del mismo modo, en sola una frase da á entender el mismo concepto cuando aconseja á Montalván en la *Perinola* “que deje las novelas para Cervantes” y las comedias para Lope, Luis Vélez, Calderón y otros“.

CAPÍTULO VII.

Continúase examinando si Lope de Vega fué el autor del falso Quijote.

Favorable acogida de esta opinión, original nuestra.—Críticos y escritores nacionales y extranjeros que la han seguido y apoyado.—Reparos y censuras sin fundamento del Sr. Menéndez Pelayo.—Se refutan.—Sus imprudentes palabras acerca de la Reforma.—Juicio que emitió sobre ellas el sabio profesor Diercks.—Aseveraciones equivocadas del Sr. Menéndez sobre el comienzo de las enemistades entre Lope y Cervantes.—Inútiles esfuerzos por rehabilitar y dar notable valer literario al *Quijote* supuesto.—Nuevos datos que contribuyen á sostener nuestra afirmación.—Razones literarias que la confirman.—Observaciones respecto de los escritos en prosa de Lope.—Tiene evidente parecido el *Quijote* de Avellaneda en su estilo y manera literaria con las obras de aquel.—Examen del mérito inventivo de la malhadada continuación.—Deficiencias, inverosimilitudes, falsedades.—Rebajamiento y falta de fidelidad en los caracteres.—Grotescas caricaturas.—Ejemplos de pésimo gusto.—El Don Quijote y Sancho Panza adulterados.—Juicio general que merece la obra.—Cuentos intercalados en el texto.—Su torpe exposición é inmoral enseñanza.—Se examinan y juzgan.—Indiferencia con que se ha tratado siempre el *Quijote* de Tarragona.—Número de ediciones.—Justo menosprecio del público.

Bastarían los datos especificados en el capítulo precedente, para tener valiosas pruebas de la inquina inexplicable de Lope contra Cervantes, y adquirir la convicción moral de que nadie pudo ser, con tanta probabilidad como aquel poeta, autor del falso *Quijote* por espíritu de venganza.

Desde que tan fundada opinión sostuvimos antes que ningún otro escritor, nacional ó extranjero, hace veinticuatro años, la crítica autorizada y reflexiva nos fué favorable. Nuevos juicios y antecedentes se hicieron y buscaron para corroborar nuestros asertos. Verdad más demostrada que todo lo hipotéticamente difundido por biógrafos ó críticos anteriores, pareció lo que sustentamos nosotros.

El sabio Revilla, el primer crítico español del siglo XIX, lo proclamó terminantemente.—“Si Máinez (fueron sus palabras) no ha dicho la verdad, es lo que más se acerca á ella“. El ilustre catedrático húngaro Dr. Meltzl, añadía: “La solución que ofrece Máinez es una afirmación basada, no sólo en lo verosímil, sino en lo racionalmente cierto“. Pinheiro Chagas la explanó con nuevas y muy atendibles observaciones. El Doctor Diercks, de Dresde, tan profundo conocedor de la literatura española, nos encomió con entu-

siasmo haciéndose solidario de nuestro criterio. “Nada se ha escrito hasta ahora, nos decía textualmente, con tanto acierto sobre este punto concreto, como lo que Vd. ha dicho. Ha estado Vd. verdaderamente inspirado al sostener que Lope pudo ser el nombre real y efectivo del incógnito Avellaneda. Deja Vd. señalado el camino conducente para la más aceptable demostración de la verdad. Á Vd. toca la gloria de haber acertado“. El gran hispanófilo inglés, autor de la mejor *Vida de Cervantes* que se ha publicado por extranjeros, Mr. Fitzmaurice-Kelly, se adhiere á las conclusiones por nosotros hechas. El insigne Dr. sajón Wernekke, elogió calurosamente nuestro dictamen, reputándolo como “el más serio y apreciable de todos“.

Y, como remate y corona de tan afectuosa acogida de varones eminentes por su excepcional saber, recordamos que el profesor de la Universidad de Berlín, Wihlen Schott, nos comunicó su complacencia de esta manera tan honrosa: “Hasta ahora sólo se han sostenido hipótesis desvariadas respecto de quién se encubrió bajo la máscara infame de Avellaneda: no se había salido de un juego pueril de sofismas. Vd. es el único que ha profundizado en lo real. Vd. arranca el antifaz y descubre el rostro del indisputable

perpetrador de la infamia. Sí, creo con Vd., y será en lo sucesivo la creencia más racional y generalizada, que Lope fué el creador men- guado del *Quijote* que dicen que se engendró en Tordesillas, y nació, (ó mejor dicho se abortó) en Tarragona".

El Sr. Menéndez Pelayo ha querido, sin embargo, destruir tan válida interpretación más con vagas declamaciones que con razones y argu- mentos, diciendo:

"Más valedores (que las otras) cuenta la opi- nión de los que quieren hacer á Lope de Vega el triste regalo de este libro (el *Quijote* de Ave- llaneda), que nada añadiría á su gloria y que re- bajaría en gran manera su carácter moral, que ciertamente no fué irrepreensible, como tampoco el de Shakespeare, sin que por eso dejen de ser uno y otro los más grandes poetas dramáticos del mundo. La crítica biográfica es ciertamente útil; pero debe contenerse dentro de sus raciona- les límites, y no invadir el terreno de la aprecia- ción estética, la cual no recae sobre las flaque- zas del hombre, sino sobre aquella parte supe- rior y más excelsa de su ser que se manifiesta y traduce en sus obras. Pero como quiera que es- te género de crítica no está al alcance de todo el mundo, y la otra, es decir, la meramente his- tórica (no menos que la gramatical) puede ser comprensible para el entendimiento más burdo, son pocos los que han penetrado en los secretos del arte de Lope y muchos los que tienen noti- cia de su pecadora vida y le profesan tirria y mala voluntad por los defectos de su condición engreida y recelosa del mérito ajeno; habien- lo

llegado en esto al colmo de la intemperancia al- gunos cervantistas españoles é ingleses, que no parece sino que se han empeñado en convertir la devoción á Cervantes en una secta fanática". (*)

Dejando á un lado las pueriles arrogancias de quien se quiere atribuir el único magisterio de la crítica superior con altas intuiciones esté- ticas, como si fuese el solo y exclusivo que es- tuviese en aptitud de fallar definitivamente en materia literaria; dejando á un lado también la injusticia de juzgar en términos tan generales y poco meditados los juicios de Revilla, de Diercks, de Pinheiro Chagas, de Schott, de Meltzl, de Fitzmaurice-Kelly, de Wernekke, y de otros que han superado al mismo Sr. Menéndez en el te- rreno de la apreciación estética y de la rectitud crítica; es preciso rechazar con indignación esos cargos injustos y caprichosos que hace convir- tiendo en secta fanática á ciertos devotos de Cervantes que opinan (con más razón y sensatez que él de un Alfonso Lamberto) que pudo ser Lope de Vega el autor del *Quijote* disfrazado.

Todos y cada uno de los sostenedores de esta opinión, han estudiado el asunto con mayor de- tenimiento y, por lo menos, con tanta rectitud de intención como el Sr. Menéndez se trazara. Y por perfecto conocimiento de todo han llegado á sostener lo que él no conseguirá nunca, porque juzga con prevenciones determinadas, de índole especial, con deliberado intento de no dar impor- tancia siquiera á los hechos comprobados.

Dice, por ejemplo, que "sobre el punto harto difícil de las relaciones entre Cervantes y Lope, no se ha hecho todavía luz bastante"; cuando

(*) El Sr. Menéndez Pelayo ha tenido siempre la obsesión de los sectarios. No podía perder, por consiguiente, su antigua manía al hablar, tan imprudentemente como lo ha hecho, de los escritores que atribuyen á Lope la paternidad del *Quijote* de Tarragona.

Conveniente y oportuno es recordar ahora, puesto que la ocasión se presenta, lo que dijo acerca del especial método crítico del Sr. Menéndez, con motivo de sus *Heterodoxos españoles*, el sabio profesor alemán y admirador de Cervantes Gustavo Diercks, escandalizado de los injustos y apasiona- dísimos juicios emitidos por aquél, ya respecto de los protes- tantes españoles, ya de los hombres más ilustres de la escue- la liberal durante el siglo XIX.

"Poco honran á su patria ante la crítica europea los cen- sores obcecados en todo lo antiguo que están afiliados á la escuela ultramontana española, y quieren á todo trance, como el Sr. Menéndez Pelayo, realzar las rutinas y errores del pasado y desprestigiar y confundir todo lo progresivo, lo grande, lo que tuvo una base amplia de justicia y repara- ción para los adelantos científicos y el beneficio de la Hu- manidad. Defender la Inquisición, justificar sus atropellos, crímenes y maldades, es el complemento del absurdo. Inten- tarlo siquiera, es impropio de personas discretas.

Indigna cómo trata y juzga á escritores que serán siem-

pre inmortales por sus hermosos esfuerzos para el triunfo de la causa de la justicia. La obra de Menéndez es una in- fame falsificación de la historia, una burla de la verdad, un osado tegido de maledicencias contra los hombres de inteli- gencia y rectitud que han sabido sacrificar en España su vi- da por la propaganda de sus convicciones é ideales.

Pero el Sr. Menéndez no puede comprender en su pobre y reducido criterio de sectario ciego de las preocupaciones fanáticas ó las conveniencias utilitarias de los hipócritas, cómo se han de examinar y dilucidar esas trascendentales cuestiones de la lucha constante de la Ciencia contra las falsedades históricas y las explotaciones de la Roma pon- tificial.

Lástima es que esto suceda y que todavía haya en Espa- ña quien diga, sin nociones de alta indagación científica, como el Sr. Menéndez, que la Reforma sólo fué "una fase de la barbarie germánica". Ah! quien tan desatinadamente piensa, quien tan poco ha sabido comprender la universal grandeza, utilidad y bienes sociales que ha realizado la obra más civilizadora de la Historia, sólo merece enérgicas cen- suras de los pensadores europeos. Ese hombre, con toda su vanidad de erudito, piensa al nivel de cualquier dómine preocupado y de escasa inteligencia de su país en cuanto se refiere á crítica social, histórica y religiosa".

hay ya no suficiente, sino demasiada y excesiva, para conocer hasta qué punto llegaron las rivalidades y las malquerencias entre ambos. Bien demostrado queda en todo el anterior capítulo.

Añade que parece que de Cervantes partieron las hostilidades públicas. ¿Pero quién fué el causante del rompimiento sino el vanidoso y envidioso Lope, hablando contra la obra magistral de Cervantes, antes de publicada, no sólo en los círculos de sus conocidos y en cartas particulares, cuyos términos depresivos llegaría á saber el último, como sus menosprecios insultantes entre los amigos?

La provocación partió, pues, de Lope, no de Cervantes. Éste no hizo más que defenderse, siempre con más decoro que lo supo hacer su apasionado contrincante.

Si las relaciones llegaron más tarde á agriarse de manera, que degeneraron en aborrecimiento por parte de Lope; ¿quién resulta asimismo el más culpable? El propio Lope. Por mucho que Cervantes pudiera mortificar á aquél con las censuras mesuradas que contiene la Primera parte de su *Quijote* contra las comedias disparatadas que escribieron él y sus discípulos, ó con los versos de Urganda ú otros; sin embargo, consta que nada llegó al extremo indigno y desvergonzado de deshonrarle y difamarle con los epítetos más denigrantes para todo hombre digno, como efectuó Lope en un miserable soneto contra Cervantes.

Y advertimos además que, así como la carta de Lope de 1604, sirve para indicar con probabilidad de acierto, que fueron un mismo y único autor el que escribió aquélla y el que compuso el soneto donde en los propios términos desprecia-tivos se hablaba del *Quijote* en 1606; de idéntico modo, en fijando bien la atención, con perspicacia inteligente, en las injurias asquerosas que se consignan en el citado soneto contra la limpia honra de Cervantes y la virtud acrisolada de su esposa, y se notan á la vez las transparentes vilísimas alusiones que sobre tan delicado punto se hacen en el capítulo IV del *Quijote* fingido, habrá que convenir entonces, por precisión, en que el confeccionador de aquella poesía y de este libro fué sin duda uno solo; exactamente el mismo Lope de Vega.

Se podrá decir: ¿qué necesidad tenía de recu-

rrir éste á nombres fingidos para publicar obras que le importasen por motivos de resentimientos ó venganzas? ¿No podía haberlas estampado con el verdadero de cualesquiera de sus discípulos? Tales reparos se destruyen con facilidad. Lope no lo efectuó así porque no lo creyó conveniente. Pero que fué aficionado al procedimiento que empleó cuando se dió á la stampa el *Quijote* tarraconense, se prueba con hechos.

Desde 1612 habían circulado los *Cuatro Soliloquios* que escribió Lope en arrepentimiento de su pasada vida de disipación, y con propósito de la enmienda. Sus desvanecimientos amorosos, la lucha de pasiones que por tantos años agitó su espíritu, sus disgustos y contrariedades, la turbación de la paz doméstica, á pesar de todos los cuidados que tuviera en impedirlo, la tristeza del hogar por las enfermedades de su esposa y los presagios fatales de su próximo fin; todo junto y cada cosa de por sí contribuirían poderosamente á crear en su fuerte ánimo un período de natural desfallecimiento.

Proponíase ya un cambio radical de vida. Contaba entonces cincuenta años, de los cuales más de treinta había pasado en perturbaciones borrascosas, sin temor ni remordimiento de ninguna clase, con escándalo general. Tomó por lo serio Lope, en los primeros momentos, la obra de su conversión, y se propuso reformar sus costumbres después de llorar amargamente sus extravíos. Por eso llamó con gran propiedad á sus *Soliloquios*, "llanto y lágrimas que hizo arrodillado delante de un crucifijo, pidiendo á Dios perdón de sus pecados después de haber recibido el hábito de la Tercera Orden de penitencia del Seráfico Francisco". Y, para mayor demostración de sus propósitos, añadió que el libro era "importantísimo para cualquier pecador que quisiese apartarse de sus vicios y comenzar vida nueva".

Nadie ignoraba, pues, desde 1612, por sendas ediciones hechas en Salamanca y Valladolid, que aquel precioso libro de fervorosa compunción, era de Lope. Pues, sin embargo, catorce años después, por motivos que se ignoran, aunque se presuman, tuvo el singular capricho de hacer nueva edición, corregida y aumentada, fingiendo que era su autor verdadero el P. Gabriel Padecopeco, monje cartujo francés, siendo él únicamente traductor. (*) Hizo creer á muchos que era verdad

(*) Sobre este asunto de *Los Soliloquios* escribió ampliamente un sabio erudito.

"Los aumentó (dice La Barrera en su *Nueva biografía de Lope de Vega*, páginas 395 y siguientes) en la misma forma y disposición (que los cuatro primeros), hasta el número de siete; agrególes cien jaculatorias en prosa y la tra-

ducción en verso del *Stabat Mater*, á la cual puso título de *El llanto de la Virgen*; y, precedidos de una introducción en redondillas y de un prólogo, solicitó licencia para su impresión, suponiéndolos escritos originalmente en lengua latina por el P. Gabriel Padecopeco, monje cartujo francés, nombre de pura invención, anagrama del suyo. Aprobado el li-

semejante engaño. Propagó la falsedad de que Padecopeo descendía de antigua familia francesa, y aun se entretuvo en hacer una descripción imaginaria de la renombrada Cartuja, á donde el monje Gabriel se había retirado por huir del mundo y sus vanidades.

Quizás impulsaron á Lope, para idear la trama, el temor de que chocara su nombre y su apellido como autor original de una obrita devota, cuando los propósitos de reformar su vida fracasaron por completo poco después de la primera edición de *Los Soliloquios*; y continuó durante muchos años, siendo sacerdote, por el mismo camino de escándalos.

bro por el Mtro. José de Valdivieso, dió licencia el vicario D. Juan de Mendieta en 26 de Mayo de 1626; aprobóle por comisión del Consejo el Dr. Juan Pérez de Montalván en 3 de Junio siguiente, y el 16 fué expedido á favor de Lope el Real privilegio, sin término marcado. Lleva su certificado de tasa, fecha de 7 de Julio inmediato, fecha que viene en comprobación de las notas bibliográficas en que se consigna haber sido hecha su edición príncipe en Madrid, año de 1626, en octavo.

Á estos *Soliloquios* añadidos juzgo yo que hizo el autor referencia en la siguiente carta al Duque de Sessa, no fechada, pero sin duda muy anterior al tiempo de que vamos hablando.

(Madrid: sin fecha).

“Yo no estoy con salud, pero de cualquiera suerte al servicio de V. E., cuyo es mientras vivo. Los *Soliloquios* envío en su mismo borrador así quitados del libro en que estaban las *Rimas*. V. E. los haga copiar con cuidado que el escritor no pierda esas hojas, porque no hay otras en el mundo, y aunque por mías no debo estimar esas prosas, por haberlas escrito con tanta devoción y lágrimas, querría que aprovecharasen á otros”, etc., etc.

Á pesar (continúa La Barrera) del anagramático nombre (Gabriel Padecopeo=Lope de Bega Carpio) con que Lope quiso disfrazarse en esta publicación; de las noticias que en el prólogo escribe del supuesto Padecopeo, “caballero de la antigua familia de este apellido, hijo del Conde Valerio y Madama Ludovina, nieta de Charles de Borbón, Duque de Angieres”; de su viva y pintoresca descripción de la gran cartuja fundada por San Bruno en el Delfinado, á donde cuenta que vino á retirarse el mismo Gabriel; y, en fin, del pasaje latino que presenta como original de una de sus redondillas, el disfraz no pudo serlo sino para las personas iliteratas y vulgares, y aun de éstas pudiera decirse que sólo para aquellas que no hubiesen visto las populares ediciones de los cuatro *Soliloquios*.

Uno y otro censor indicaron ya bastante en sus respectivas aprobaciones. “Yo, que del primer autor no he visto el libro, ni oído el nombre”, dice el Mtro. Valdivieso; y más explícito Montalván: “por darnosle en nuestro idioma Lope de Vega, tan claro, tan dulce y amoroso, que casi parece suyo; si bien no me espantara, porque su ingenio es como el maná, que sabe á todo lo que quiere”. En dos de los sermones fúnebres que en sus exequias se pronunciaron, se declaró luego públicamente la verdad del caso. “Entre los libros que nuestro insigne varón escribió, el que, en opinión de muchos, le pudo dar más honores, fué los *Soliloquios divinos*. Llega á tratar del nombre del autor que le ha de dar y dice:

Pero lo que nos importa hacer constar ahora es, que quien pudo y quiso poner en práctica, por razones especiales de conveniencia, tales ingeniosos, aunque inútiles embelecocos, también es verosímil que adoptara el seudónimo de Fernández de Avellaneda, para no declararse francamente autor del *Quijote* ficticio, por dejar encubiertos los probables móviles de aversión que le incitaran para llevar á ejecución el mal pensamiento. (*)

Tenía Lope cariño á tales trapisondas literarias. Un nuevo caso lo corrobora. Para ningún escritor contemporáneo suyo, fué un secreto que cuantas poesías festivas, rebosantes de gracia y

Escrito por Gabriel Padecopeo y traducido por Lope de Vega Carpio. “Donde si se repara, con un anagrama ocultó su nombre”. “No son menos divinos, así en el argumento como en el estilo, *Los Pastores de Belén*, los *Soliloquios*, las *Rimas espirituales*, las *Oraciones jaculatorias*, los *Actos de contrición*, del disfrazado anagrama, que, escondiendo el nombre á su autor, publica su humildad y modestia”.

Tal dijeron en el púlpito y luego en letras de molde el Dr. Francisco de Quintana y Fr. Francisco de Peralta. Y, en fin, el mismo Lope, en su titulada *Égloga* á Claudio Conde, que salió á luz póstuma, escribió estos versos:

Lloré las *Rimas* del amor humano,
Canté las *Rimas* del amor divino,
Compuse *El Peregrino*;
Y en néctar soberano
Bañado, disfracé con anagrama
Los *Soliloquios* de mi ardiente llama”.

(*) Tan malo, como se puede ver en este indecente pasaje, á que hemos aludido más arriba.

“Es menester, Sancho,... poner en esta adarga que llevo alguna letra ó divisa que denote la pasión que lleva en el corazón el caballero que la trae en su brazo; y así quiero que en el primer lugar que llegáremos, un pintor me pinte en ella dos hermosísimas doncellas que están enamoradas de mi brío, y el dios Cupido encima, que me esté asestando una flecha, la cual yo reciba en el adarga, riendo de él, y teniéndolas en poco á ellas, con una letra que diga al derredor de la adarga *El caballero desamorado*, poniendo encima esta, curiosa aunque ajena, de suerte que esté entre mí, entre Cupido y las damas:

Sus flechas saca Cupido
De las venas del Pirú,
Á los hombres dando el *cu*,
Y á las damas dando el *vido*.

Y ¿qué habemos de her, dijo Sancho, nosotros con ese *cu*? ¿Es alguna joya de las que habemos de traer de las justas? No, replicó Don Quijote; que *aquel cu es un plumaje de dos relevadas plumas*, que suelen ponerse algunos sobre la cabeza, á veces de oro, á veces de plata, y á veces de la madera que hace diáfano encerado á las linternas (el asta ó cuerno), llegando unos con dichas plumas hasta el signo Aries, otros al de Capricornio, y otros se fortifican en el castillo de San Cervantes. Pardiez, dijo Sancho, que ya que yo me hubiese de poner esas plumas, me las había de poner de oro ó de plata. No te convienen á tí, dijo Don Quijote, esos dijes; que tienes la mujer buena cristiana y fea”.

de intención, se divulgaban con el nombre de Tomé de Burguillos, eran felices inspiraciones del gran poeta.

Sin embargo, al publicar Lope en 1634 *Las Rimas humanas y divinas* del Licenciado Tomé de Burguillos, trató de hacer creer que dichas poesías no eran suyas, y quiso autorizar la inocente superchería con datos biográficos que presentaba como evidentes y ciertos para darles validez ante los incautos. (*)

En un *Advertimiento al señor lector*, deja sentado que no era personalidad falsa Burguillos, sino hombre hecho y derecho, de carne y hueso, de real existencia y con propio nombre y apellido. Supone Lope que, cuando se fué á Italia el Licenciado, le rogó é importunó que le dejase alguna de las muchas cosas que había escrito en el género de poesías festivas (faceciosas, que él las llama). Hubo de conseguir sólo que le diese *La Gatomaquia*. Animado con esto, inquirió y buscó entre los amigos algunas *Rimas* sobre diferentes asuntos.

Logró de esta suerte Lope que se pudiese hacer, aunque pequeño (en frases suyas, muy galanas y sencillas) este libro, "que sale á luz como si fuese expósito, por donde conocerá el señor lector cuál es el ingenio, humor y condición de su dueño, y en muchas partes los realces de sus estudios entre las sombras de los donaires; á la traza que el Bosco encubría con figuras ridículas é imperfectas las moralidades filosóficas de sus celebradas pinturas; y se sabrá también que no es persona supuesta, como muchos presumen, pues tantos aquí le conocieron y trataron, particularmente en los premios de las Justas, aunque él se recataba de que le viesen, más por el deslucimiento de su vestido que por los defectos de su persona; y asimismo en Salamanca, donde yo le conocí, y tuve por condiscípulo, siéndolo entrambos del Dr. Pichardo, el año que llevó la cátedra el Dr. Vera".

No contento aún de la sabrosa burla, añadió también que tuvo Burguillos conocimiento general en ciencias humanas, y "parecía filósofo antiguo en el desprecio de las cosas que el mundo estima"; y fué tan humilde y de buena intención, que preguntándole cierto día Lope en qué lugar le parecía que estaba su ingenio entre los que en

España habían escrito y escribían, le respondió: "Haced una lista de todos y ponedme el último". Hasta colocó una figura convencional, como si ofreciera su verdadero rostro, con esta especial advertencia: "Su fisonomía dirá ese retrato que se copió de un lienzo en que le trasladó al vivo el catalán Ribalta, pintor famoso entre los españoles de la primera clase". El retrato de Burguillos no era sino uno, algo desfigurado, de Lope.

Fíjese bien el curioso lector en esas supercherías literarias, y desde luego estimará acertada nuestra presunción de que Lope de Vega pudo adoptar igual sofistería cuando se estampó el *Quijote* que le atribuimos, año de 1614. Se valdría entonces de los mismos medios que más adelante empleó para despistar á los lectores y hacerles creer en la existencia de un Lcdo. Fernández de Avellaneda. Los aprobantes serían amigos ó conocidos suyos, y sin escrúpulos, coadyuvaban á la mixtificación. Dióse licencia para publicar la obra con pleno conocimiento de la falsedad, constando á censores y palaciegos el nombre del verdadero autor. (**)

¿No vemos cómo después, (1626) por indicaciones seguramente del mismo Lope, fueron censores de *Los Soliloquios* dos íntimos amigos suyos, Valdivieso y Montalván, quienes se apresuraron á suscribir todos sus falsos informes acerca de la vida y nombre del cartujo Gabriel Padecopeco? ¿No vemos también que en su nueva burla ingeniosa del Lcdo. Tomé de Burguillos, le sirvieron de eficaces auxiliadores para la ficción el mismo Mtro. Valdivieso y Quevedo juntamente? ¿No se nota hasta parecida coincidencia en la manera de adoptar los seudónimos? Licenciado era Tomé de Burguillos: Licenciado Alonso Fernández de Avellaneda. Y lo mismo el apellido del primero que los del segundo, lo llevaron algunos escritores de los siglos XVI y XVII, como si se tratase de disipar por el pronto, aun entre el vulgo letrado, la sospecha de que pudiesen ser fingidos tales nombres.

Pero ¿cómo es (se dirá) que Lope de Vega dejó transcurrir nueve años, desde que el *Quijote* de Cervantes apareció, para acordarse de que le había ofendido, y escribir un prólogo asaz agresivo contra él, y una parodia de su inmortal

(*) El título de esta obra es el siguiente:

"*Rimas humanas y divinas* del Licenciado Tomé de Burguillos, no sacadas de biblioteca ninguna (que en castellano se llama librería), sino de papeles de amigos y borradores suyos. Al Excmo. Sr. Duque de Sessa, gran almirante de Nápoles, por Frey Lope Félix de Vega Carpio, del hábito de San Juan. Con privilegio. Madrid, en la imprenta del

Reino. Año 1634. Á costa de Alonso Pérez, librero de Su Majestad. (4.º)

(**) La aprobación del *Quijote* de Avellaneda está firmada por el Dr. Rafael Ortoneda, á 18 de Abril de 1614; y la licencia, con fecha 4 de Julio del mismo año, por el Doctor Francisco de Torme y Liori, vicario general del arzobispado de Tarragona.

obra? La razón es muy llana. Lope de Vega creyó que Cervantes no iba á continuar su *Quijote*, y se contentó con difamarle, con tratarle de pésimo escritor, en sus cartas particulares y en las juntas de sus amigos íntimos. No olvidaba nunca la mortificación que le producía el incesante aplauso que lograba la obra menospreciada por él. No atreviéndose, en vista del maravilloso resultado que conseguía, á sostener en público su parcial juicio privado de 1604, decía cinco años después en el prólogo de su *Jerusalén conquistada*: "Tarde y esperada sale á luz; que por ocasión de algunos *libros sin doctrina, sustancia y ingenio*, escritos para el vulgo, se prohibió la impresión de todos generalmente".

¿Quién no ve aquí alguna alusión al *Quijote*? ¿No lo reputó él con frases más despreciativas todavía?

Dícese que en 1612 ya habían reanudado sus buenas amistades Lope y Cervantes; pues en carta dirigida por aquél al Duque de Sessa habla de una academia literaria celebrada en casa de D. Francisco de Silva, hermano del Duque de Pastrana, á la que solían concurrir entrambos. En la citada epístola solamente dice Lope que leyó una poesía con unos anteojos de Cervantes cuyos cristales parecían huevos estrellados mal hechos; lo cual ni demuestra amistad ni relaciones más ó menos cordiales. Quizás la misma expresión humorística no tuvo otro objeto que hacer un chiste á costa de su rival, para patentizar su falta de haberes.

Precisamente en aquel año, y en el que siguió, las nuevas obras que Cervantes preparaba para la stampa, y de lo que se tendría noticias en las academias de la corte, harían más vivas, en vez de aminorarlas ni extinguirlas, las causas de odiosidad de antiguo subsistentes. En 1613 se mostró Cervantes como el primero y más original novelista español. Lope de Vega no hizo justicia á aquel nuevo triunfo del talento creador de Cervantes: al contrario, siempre le escatimó los elogios merecidos. Y hubo de encenderse más su aversión cuando supo que su rival tenía entre manos la Segunda parte del *Quijote*. La envidia le cegó. De nada habían servido sus campañas infames, sus despreciativas palabras, sus juicios, sus vaticinios. Cervantes, el peor poeta de todos, según él, triunfaba; y triunfaba por la misma obra que en su soberbia rebajó Lope de manera, que juzgó no habría persona tan necia que la alabase.

Y el producto de aquella tenaz é incesante persecución, en presencia del magno coronamiento de la gloria literaria de Cervantes, ¿pudo ser otro que el *Quijote* degenerado y grotesco de

Tarragona? Era terrible Lope en sus odios. Él mismo lo expresó así en una carta suya al Duque de Sessa. "Yo nací en dos extremos (decía), *que son amar y aborrecer*: no he tenido medio jamás".

Inútil es traer á cuento, como han hecho algunos, la observación de que otro autor dramático, ofendido por la severidad de Cervantes, sería tal vez el del *Quijote* adulterado, pues ninguno se hubiera dado en particular por aludido, porque todos se juzgarían los mejores y más clásicos; y por tanto no se creerían mencionados por Cervantes. Este habló en general de los escritores dramáticos: sólo hizo una excepción; sólo indicó con frases vivas y elocuentes al jefe de todos los que propagaban el mal gusto y arbitrariamente componían para el Teatro, desbarrando en vez de enseñar, multitud de comedias, y hasta haciendo alarde de ello, diciendo que no escribía por opinión, sino por dinero: á Lope de Vega. Sólo, pues, pudo darse uno por resentido, y fué este poeta. Nuevo y muy eficaz argumento para favorecer nuestra opinión.

Ni aun el que se pudiera ofrecer de que Lope era contrario á censurar los libros de caballerías, que varias veces encareció muy determinadamente, haría efecto tampoco contra nuestro parecer; pues sabemos que el mismo Lope de Vega varió de opinión luego, y formó parte al fin de los que anatematizaban las caballerescas obras: fuera de que, en hombre de tan varia é inconstante amistad y de tanta doblez en el trato, muy sin esfuerzo se explica que se expresara de una manera ó de otra, cosa para él de poca monta con tal de injuriar y hacer daño á Cervantes.

Pero el dato más decisivo para comprender que Avellaneda no fué otro sino Lope de Vega, lo hallamos evidentísimo y elocuente en el estilo de las obras de entrambos. Ni con Aliaga, ni con Alarcón, ni con Blanco de Paz, ni con Alfonso Lamberto, puede hacerse esos estudios comparativos: los unos nada escribieron; los otros, poco en prosa, de suerte que nos faltan sus producciones para examinarlas ante la de Avellaneda.

Mas con Lope de Vega, tal trabajo es fácil, pues, prosista y poeta, dejó stampados muchos libros en prosa, donde vertió su peculiar estilo. El de este autor es casi siempre dejado, incorrecto, desaliñado y pobre, y cuando quiere remontar el vuelo, afea más y más sus períodos con frases cultas, con rebuscadas palabras ó con aditamentos inútiles y perjudiciales á toda belleza. Increíble parecería esto, si no estuviesen ahí sus obras para demostrarlo, pues apenas se concibe que aquel monstruo de naturaleza, aquel hombre

que con tanta superioridad manejaba el idioma, el escritor acostumbrado á producir miles y miles de versos sin trabajo y como por distracción del ingenio, fuera tan poco armonioso, tan abandonado é inaceptable en escribiendo en prosa. Todas las suyas parecen más bien laboriosos partos de un mediano talento, que inspiraciones de su soberana inteligencia.

Ningún elogio tan perfecto y superior de Lope, en cuanto poeta, como el que dejó por sí mismo hecho de sus divinas disposiciones para versificar, cuando en la *Egloga* Amarilis, por boca del pastor Silvio, dijo:

Pues en llegando á versos
Limpios, claros y tersos,
¿Quién mejor acompaña
La dulce lengua de su patria España
De retóricas flores,
Frases, exornaciones y colores?

Pero de su prosa podía asegurarse lo que él quizás dijo al librero Villarreal del escaso mérito de Cervantes como poeta, cambiados los términos; esto es, que de los versos de Lope se podía esperar todo lo bueno, lo superiormente perfecto entre lo mejor; pero de sus prosas, como él las llamó, no se podía aguardar nada.

No somos nosotros los únicos que opinamos así respecto del estilo y traza de los trabajos en prosa de Lope. Ha habido dos críticos españoles que, con estudio detenidísimo y gran percepción estética, dejaron expresados juicios que conforman con el severísimo nuestro. Revilla, por ejemplo, en carta que nos dirigió, felicitándonos por nuestro "buen acierto en el punto referente á Lope", decíanos: "Tiene Vd. razón en lo que escribe respecto del incoloro, cansado, trivial ó campanudo, afectado ó pobre estilo de Lope de Vega cuando produce en prosa; nunca sencillo, natural, genuinamente elegante. Tiene floridos párrafos, galanos conceptos, bellezas de primer orden en la *Dorotea*, escrita con pasión de amante ofendido y corregida años después con mucha discreción. Pero en las demás obras en prosa de Lope, noto siempre de menos sus dotes soberanas de gran inventor. Casi nunca emite lo que piensa con su grandilocuente alteza artística, que es el sello peculiar de sus versos".

El Sr. D. Cayetano Rosell, había dicho muchos años antes, cuando Rivadeneyra editó algunas obras en prosa de Lope, lo siguiente, que es tan discreto como justo: "Parece que, animado Lope con el buen éxito que tuvieron las novelas de Cervantes, quiso probar también sus fuerzas

en este género, y sólo probó su debilidad. Ni en la invención, ni en el fin moral, ni en frescura de colorido, ni en nitidez de estilo y de lenguaje, pueden confundirse unas con otras. La menos perfecta de Cervantes aventaja con mucho en todas las condiciones del género á la más ingeniosa de su imitador. Lope nació elegido del Cielo para poeta, y *no podía acomodarse á la severa y académica estructura de la prosa. Si quería ser natural, degeneraba en vulgar y lánguido; si pretendía levantar el vuelo, caía en el extremo de conceptuoso y amanerado.* La falta de propiedad y filosofía trataba de suplirla con sobra de erudición episódica y pedantesca. Duro, monótono, acompasado, discurría casi siempre por medio de antítesis y metáforas, no dejando traslucir siquiera ninguno de los caracteres que, aun en medio de los mayores descuidos, señalan al escritor profundo, y, *lo que es más, no dando ni aun muestras de su innegable superioridad de ingenio. Pero ¿qué tiene de extraño, si escribiendo en prosa, carecía Lope de estilo propio?*" (*)

Es el juicio del Sr. Rosell el más exacto y perfecto, profundo y razonado que se ha escrito respecto á la prosa de Lope. Sí, Lope carecía, en este orden de producciones, de estilo propio. Por eso se notan tantas desemejanzas en sus libros de prosas y versos. Las vulgares formas de su *Peregrino* parecen de otro autor que las páginas afectadas de la *Arcadia*. Los trozos cuidadosamente escritos de su *Triunfo de la fe en el Japón*, que muchas veces revelan el trabajo de la elaboración penosa por falta de aptitud para ello, desmienten su vana presunción de que él "también sabía escribir prosa historial cuando quería". La que empleó en los *Pastores de Belén*, por descuidada en unos pasajes, por exceso de altisonancias empalagosas en otras, en nada tienen parecido con varios libros suyos. Algunas de sus relaciones de fiestas públicas están hechas con aparato hiperbólico, sin que llegue á acertar con un modo sencillo, galano y fácil de expresar gallardamente los conceptos. Los prólogos que puso á sus obras, son por lo general modelos del más pésimo gusto, plagados de latines y lugares comunes, con vanidosa, y en no pocos casos, ridícula ostentación erudita.

Su única obra en prosa de positivo realce y seductora importancia es *La Dorotea*, como decía Revilla; así como no puede negarse que escribió con mucha chispa las dedicatorias de algunas de sus comedias, las descripciones de jus-

(*) Colección escogida de obras no dramáticas de Frey Lope Félix de Vega Carpio, por D. Cayetano Rosell. Tomo XX

de la Biblioteca de autores españoles. Madrid: Rivadeneyra, impresor-editor. 1856.

tas poéticas, y lo que estampó acerca del supuesto Lcdo. Tomé de Burguillos. Sus cartas acusan mucho desenfado, intención, maestría y donaire, y sus jaculatorias de *Los Soliloquios* llegan á lo más hermoso y natural, con tonos elocuentes, que produjo en prosa la pluma de Lope.

Con nada de lo bueno que compuso en las últimas composiciones citadas, puede compararse ciertamente la factura literaria del Avellaneda. Pero sí tiene, seguramente, esta obra mucha semejanza, parecido muy notable, con la prosa que empleó Lope, tan desordenadamente, en *El Peregrino*, en los *Pastores de Belén*, en sus destartados prólogos, y, sobre todo en su manera de bosquejar caracteres y referir sucesos ridículos ó trágicos, en sus estrambóticas novelas á Marcia Lucinda dirigidas.

Después de un examen minucioso comparativo, podemos decir, con esperanza de acertar, que de los mismos defectos que participan las peores obras en prosa de Lope de Vega, adolece la que inventó y dió á la publicidad el Licenciado Avellaneda, sin que deje de contener también algunos de sus méritos.

Como que Lope no tenía estilo propio, según sabemos, en prosa, y era el suyo multiforme, reúne diversos aspectos, como los más descuidados escritos suyos, la novela de Tordesillas. Es un mosaico de sus mismos vicios de elocución y peculiar modo de manifestación literaria, cuando escribía á la ligera, sin revisar ni castigar el estilo, desmazaladamente. Por eso hay en la prosa de Lope y de Avellaneda trozos que revelan facilidad, y otros pecan por enfadosos y cansados; y rayan en inconvenientes cuando exageraban la nota cómica, ó por falta de miramiento en la narración, convertían las gracias en groserías, y las figuras bien dibujadas en figurones odiosos. Percíbese, pues, en la prosa de entrambos la misma filiación: en la de uno y otro se reconoce á un mismo generador, á un mismo padre, la pluma de un mismo literato. (1)

Los reparos que pueden hacerse, y hará por decontado la sutileza de algunos, á nuestra aseveración, serán dos indudablemente: que en el prólogo del *Quijote* de Avellaneda se dice que Cervantes ofende á Lope y á otra persona, y que varias veces se habla con elogio y aun se llama insigne al mismo Lope de Vega en la obra. Mas los dos reparos se rechazan prestamente, y vamos á efectuarlo para dejar cerrado el camino á los que del sofisma se valen.

Cuanto á la primera objeción, puede responderse que Lope de Vega lo haría intencionalmente así para deslumbrar á los lectores, pues diciendo que otro y él eran los ofendidos, la opi-

nión divagaría entre achacar el libro á aquél ó á éste; estratagema muy propia, al cabo, de persona tan avisada como Lope. Y en lo que atañe á la segunda objeción, aún es más débil, pues demás de hacerlo por las mismas causas que antes indicamos, pudo predominar el deseo de alejar más y más el rastro del verdadero autor, elogiándose él mismo; y muy bien se comprende esto, dado el carácter altanero y olímpico del más fecundo poeta de España, el creador del blasón de las diecinueve torres y de la famosa leyenda que decía:

De Bernardo es el blasón;
Las desdichas, mías son.

*
* *
*

Sin decir, pues, nada de la parte defectuosa literaria del libro de Avellaneda, pues sería repetir lo ya expresado sobre el demérito de la mayor parte de los trabajos en prosa de Lope de Vega, vamos á juzgarlo en orden á su valor inventivo, y veremos cuán lejano está del modelo que se atrevió á seguir, y cuánta es la pasión de sus encomiadores.

Un conjunto de aventuras, mejor diremos de descabelladas ridiculeces, en las que siempre se echa de menos la perspicacia del genio, forma la novela tordesillesca. Hay muchas escenas en que se copia ó se tienen presentes algunas de las referidas por Cervantes en su Primera parte. No hay verosimilitud ni verdad en las pinturas; las descripciones son desmazaladas; los sucesos están presentados á la casualidad, sin coordinación, disparatadamente. Pero nada más deplorable que la delineación de caracteres. Los principales que en la fábula de Cervantes aparecen quedan miserablemente rebajados en la de Avellaneda. El Don Quijote que éste describe, no es aquel noble Manchego de Cervantes con su preocupación caballeresca, pero con su dignidad; exagerado aparentemente, pero todo buen sentido práctico y pundonor sin ridiculez; el Don Quijote de Avellaneda es fatuo, soberbio, siempre loco rematado, cometiendo, no sólo inconveniencias, mas aun despropósitos.

El uno causa admiración; el otro, hastío. Aquél todo lo sublima; éste todo lo torna mezquino. El de Cervantes cautiva siempre la atención de los lectores ú oyentes; el de Lope de Vega siempre les es repulsivo. Cervantes nos exhibe el tipo de un cuerdo-loco, que á las veces se aparta del común sentir, á las veces atina con lo cierto, hasta en medio de su obcecación andantesca; pero el tipo de Avellaneda á la continua es risible, furiosamente grotesco, desatentado. El Don Quijote de Cervantes, se considera tal

cual es, un héroe; el Don Quijote de Avellaneda, aun no se le considera tal como se debe, como un arlequín con ínfulas de caballero. Tal le vemos en las aventuras de las ventas y de los melones; lo mismo cuando lee á Don Álvaro de Tarfe la carta de Dulcinea y su chabacana respuesta, que cuando de nuevo emprende sus tareas de caballero andante; así cuando juega la sortija en la calle del Coso de Zaragoza, como cuando viaja para Madrid en busca del gigante Tajayunque; de idéntico modo cuando desafía á todos los hijosdalgo de Sigüenza, que cuando se encuentra con una pobre mujer á quien toma por la misma reina Zenobia; de la propia forma cuando sirve de regodeo á los comediantes, de diversión al Titular y á sus amigos en Madrid, y de risa y chacota á los muchachos y hombres, que cuando queda encerrado en la casa del Nuncio en Toledo como loco de atar. Su demencia es tan furiosa, con efecto, que desde que se presenta en escena hasta que lo oculta el autor entre las paredes de la casa de orates, no tiene un lúcido intervalo, no da paz á la turbulencia de su imaginación sobreexcitada, no se da jamás cuenta de quién es.

En tal ocasión se figura ser Aquiles, en tal otra Garcilaso el del Ave María, en ésta el hijo del emperador Trebacio de Grecia, en aquélla Bernardo del Carpio, aquí Fernando de Aragón, allí Cid Rui Díaz de Vivar, acullá Lain Calvo ó Nuño Rasura.

Y además de tan grosera parodia del tipo delineado por Cervantes, se nota el imperdonable defecto de pintarlo desenamorado de su Dulcinea, aquella figura tan seductora y dulcísima, aquel complemento de todas las virtudes y perfecciones. Presentar á Don Quijote olvidadizo y despreciador para con la dama que embargaba todos sus sentidos, siendo para él su luz, su felicidad, su vida, su gloria, era falsear por completo el carácter del héroe, vilipendiar al caballero y rebajar al hombre constante y que tenía por enseña de sus actos la sinceridad. Y si Avellaneda hubiera introducido tal variación por mejorar el natural del hidalgo, para realzarlo, si esto fuera posible, con nuevos y más calificados amores, menor sería el atrevimiento del osado profanador; pero cuando se ve que pasa todo lo contrario, que aquel hombre insigne se despeña de lo alto de su locura al abismo de la más repugnante simplicidad, que se prenda de mujeres livianas y las respeta y las favorece y las pone en su consideración ante todo y sobre todo, la indignación se apodera del ánimo y truena contra el imitador inartificial.

Pero más degenerado está todavía el tipo de

Sancho Panza. En el *Quijote* de Cervantes, el escudero es ignorante, dice inconveniencias, es interesado con sus asomos de egoísta; mas siempre aquel carácter sostiene la atención, siendo una mezcla de concertados disparates, por decirlo así, una amalgama de nobles arranques del corazón y de positivistas intenciones. En el *Quijote* de Avellaneda, el escudero es completamente obtuso, rematadamente estúpido, no tiene ni sentido común ni lo que llamamos luz natural; es tonto y terco, fanfarrón y glotón, hasta la repugnancia; es un conjunto de todos los defectos físicos y morales, y siempre se desea que nos deje libres aquel bárbaro fastidioso. Con pasión manifiesta han procedido los escasos críticos que han dicho que el Sancho Panza de Avellaneda es más natural que el de Cervantes. ¿Á qué llamaban naturalidad esos mal aconsejados patrocinadores de una repulsiva causa? ¿Á la grosería, á la estupidez, á la falta de todo miramiento social, á la bajeza de sentimientos, á la descoyuntada manifestación de todo lo avieso y ruín?

Y así como el Don Quijote de Cervantes aparece rebajado en la inventiva enfermiza de Avellaneda, como desenamorado caballero, así también el Sancho Panza de Cervantes se nos ofrece falseado como hombre ingrato y desleal. Jamás Cervantes nos le pintó con tan innobles pasiones. Sancho Panza, en la primitiva novela, será vanidoso, respondón, imprudente; pero desleal y desagradecido, nunca. Aquel hombre honrado, aunque de poca sal en la mollera, según la frase gráfica de Cervantes, cometía indiscreciones ó pronunciaba disparates ó racionaba á las veces desconcertadamente, porque le forzaban á ello sus mismos cortos alcances; mas siempre se sobreponían, y al fin triunfaban de todos sus defectos, su hombría de bien, su corazón generoso, su lealtad hacia su amo, y en no pocas ocasiones veíasele llorar y pedir perdón á su dueño, cuando, olvidándose de las atenciones y del cariño de que era deudor á Don Quijote, tronaba de la vida que vivía y quería marcharse á su aldea, dejando entregado al valeroso hidalgo á sus caballerescos ensueños. En la concepción de Avellaneda, Sancho Panza es persona soez, infiel, falsísima y altamente desagradecida. Después de recorrer con Don Quijote el camino de algunas aventuras, harto de comer, sin trabajo alguno, bien cuidado y dueño de dinero, reniega de su amo, se alegra de que concierten algunos señores de la corte encerrarlo por loco rematado en la casa del Nuncio de Toledo, y con satisfacción acuerda entrar de sirviente en casa de un rico, haciendo traición á Don Quijote en los mismos momentos en que más importaba á éste la fide-

dad de su escudero. No puede darse carácter más repugnante, como se ve. Ese tipo de hombre degenerado, que devora en vez de comer, que semeja bestia y no hombre, que gruñe y rebuzna en vez de hablar, que es bufón en vez de gracioso, y que vende á su amo en vez de protegerle, desde el principio lo rechazamos; pero concluimos por abominarlo con grandísima justicia y con indignación profunda.

Otro tipo ridículo que se describe en la novela de Avellaneda es el de aquella meretriz, mujer de pésimos antecedentes, mondonguera de Alcalá, creación del continuador infortunado del *Quijote*, tipo grosero como todos los que bosquejaba su mal tajada péñola, y de que se empieza á hablar en el capítulo XXII y se concluye al fenecer la obra. Á tan poco recomendable señora la encuentra Don Quijote en su viaje desde Zaragoza á Madrid, en un bosque junto á Sigüenza, atada de pies y manos á un árbol, desnuda, desgredada, sucia, pidiendo socorro en aquella ofensa y ultraje que la hizo un estudiante, que, con pretexto de casarse con ella en su pueblo, la excitó á que dejase el suyo y le acompañara, llevándose cuantas alhajas y prendas tenía; y luego, obtenido su principal objeto, que fué robarla, la había dejado de aquella tan lastimosa suerte abandonada, sobre aporrearla de lo lindo.

No bien topa con la desdichada mujer Don Quijote, cuando la juzga por princesa de singulares dotes de gracia, de riqueza y hermosura, pues la conceptúa nada menos que por la misma reina Zenobia, la cual, destronada entonces, necesitaba del valor de su invencible brazo para recuperar sus Estados. Por reina Zenobia tiene, pues, Don Quijote, desde entonces hasta que la encierran en una casa de Arrepentidas, á la licenciosa Bárbara, exponiéndola por do quiera que con ella marchaba, á las pullas y sarcasmos de quienes la conocían y aun de quienes no la habían visto, incluyendo entre los burladores más asiduos al escudero Sancho.

Y además de tanto disparate, la inverosimilitud. Porque si puede ser, hasta cierto punto explicable, que un loco crea existir lo que no existe y forje en su imaginación princesas, reinos, hermosuras y antojos de su inválida fantasía, no es justo ni discreto que las personas cuerdas sientan lo mismo, ni se pongan más en evidencia ante la sociedad que los verdaderamente privados de juicio. Es absurdo exhibir á Bárbara como lo hace Avellaneda. Enhorabuena que Don Quijote la encontrara atada de pies y manos en el bosque cercano á Sigüenza, y que en los primeros momentos hubiera accedido á las órdenes de Don Quijote, más por verse libre de la si-

tuación en que se hallaba, que por obedecerlo ni seguirle; pero, después de haber sido presentada por el hidalgo como reina Zenobia al corregidor y señores de Sigüenza, provocando la risa y siendo objeto de la diversión general, el insistir la improvisada infanta viviendo á expensas de Don Quijote, contando á todos sus cuitas y lamentándose de tener que seguir á aquel loco, sin explicar los motivos, no se comprende; y aquí está precisamente la mayor inexactitud en tal carácter.

¿Qué le forzaba á continuar con aquel loco? ¿Le obligaba Don Quijote? No. ¿Le obligaban su desgraciada suerte, su falta de medios de subsistencia? Tampoco. Siempre aquella mujer se había buscado la vida sin necesidad de tales Argos ni Mentores: aun caminando con el hidalgo, se la buscaba. ¿Creería acaso que iba á hacerla poderosa? No, que bien aseguraba ella que aquel hombre era un loco consumado. ¿Seguía entonces sólo por servir de chacota á los transeuntes? No era posible. ¿Pues no aparece entonces Bárbara como una tonta pesada é inverosímil, á quien ni las fisgas de los caballeros de Sigüenza, ni las desvergüenzas de los estudiantes, ni las sandeces grotescas de Sancho, ni el ridículo recibimiento de los representantes, ni la exhibición en Madrid, ni las demostraciones burlescas de todos cuantos la veían y compadecíanla, la habían advertido que era el *hazme reir* de la sociedad, y quedaba en lugar más rebajado ante la consideración de todos que el frenético enajenado caballero? Si así había de ser, ¿por qué ofrecerla al principio como mujer taimada, pícarra y ducha en las tretas del mal y del engaño?

Y lo dicho sobre el tipo de la perdida de Alcalá, debe repetirse sobre los demás caracteres creados por el malafortunado continuador del *Quijote*. No puede darse mayor imperfección en el bosquejar á Don Álvaro de Tarfe, Don Carlos, el Titular, y demás figuras, ora principales, ora secundarias de la novela: especialmente la del caballero Don Álvaro de Tarfe, es feamente incomprensible y antipática. Aquel hidalgo que es el primero en sacar del reposo de su aldea á Don Quijote, y más bien fomenta que impide la manía andantesca de éste con motivo de unas justas en Zaragoza, y sigue gozoso con los dislates del caballero y no se propone que tengan término; concluye, de improviso, por ser el más activo agente para encerrarlo en la casa de orates del Nuncio. Cervantes, por el contrario, certero en todo, conservó siempre la verosimilitud en los personajes que presentaba, y bien á las claras se nota en el cura y en el barbero, que, por tener alguna relación con lo relatado, men-

cionamos. Á esas dos personas, desde los primeros momentos las vemos animadas del deseo de volver á su casa al hidalgo; ponen en efecto sus recursos; trabajan por conseguirlo: así que, es muy fundado y está muy de acuerdo con sus intenciones de siempre, el que lo trasladen desde la venta á su aldea, después del suceso de los cuadrilleros, valiéndose, por serles imposible otra cosa, de la carreta de bueyes para el viaje. Pues bien: si Don Álvaro de Tarfe, en la novela tordesillesca, creía que Don Quijote debía estar en una casa de locos, ¿por qué lo hizo más de lo que era, sacándole de su aldea con el recuerdo de asuntos caballerescos? ¿Por qué al principio tanta insistencia, tanto afán, tanto regocijo y empeño en dar rienda suelta á los desvaríos del hidalgo, y luego tanto lamento, tantos propósitos de enmienda, tanta prontitud por encerrarlo en la casa de dementes? Y el que de tan torcido modo presentaba los acaecimientos, desfiguraba los caracteres ideados por Cervantes, y producía otros deformes ó faltos de verdad y aun de apariencia, ¿quería ser el que superase á nuestro autor, el que le iba á impedir la venta de su libro, el que osaba rebajarle ante la consideración de sus contemporáneos?....

Dos cuentos intercala Avellaneda en su libro, que comprenden desde el capítulo XV al XX; y sobre ser por completo ajenos á la obra, tienen también el torpe vicio de la deshonestidad. Uno es el del *Rico desesperado*, y otro la *Historia de los felices amantes*: relata el primero un soldado, y el segundo un ermitaño.

La historia del *Rico desesperado* está llena de hechos increíbles y muy imposibles en la vida. Un caballero rico, noble, de apuesta figura, retírase del mundo, y busca la tranquilidad del alma en el reposo de un convento; pero aun no ha terminado su noviciado, cuando dos amigos suyos, con sentimiento de que tan joven, con tan risueño porvenir y tan halagado por la fortuna, se enterrase en vida, van al convento, le afean su determinación, le hablan como profanos, píntanle la existencia rodeada de bellezas de que gozaría en el trato del mundo; y el ánimo del poderoso mancebo da entrada al enemigo de la soberbia, su imaginación se subyuga ante las sonrientes promesas de ventura, y, casi sin lucha, se rinde y queda vencido ante la lógica de sus tentadores camaradas. Hace entonces propósito firme de alejarse para siempre de aquella soledad y recogimiento.

Dase prisa á poner en conocimiento del prior su presta y no esperada resolución. Éste le aconseja, le reconviene, le conmina con castigos divinos, le recuerda el triste, deplorable remate

que tuvieron religiosos semejantes á él, y en fin, trata de convencerle y hacerle desistir de sus designios. Todo es inútil: el religioso sale del convento y se entrega de lleno á la corriente vertiginosa de la sociedad, á galanteos, á diversiones, á festines y á todos los vicios. Cásase después con una parienta suya; empieza por ser dichoso; muere un tío suyo gobernador de Cambray, y va á pretender, más por representación y vanagloria que por necesidad, aquel destino importante; obtiéndolo; y cuando regocijado se dispone á abrazar á su adorada esposa, una nueva, que le colma de contento, hácele apresurar el viaje: su esposa ha dado á luz un bello niño.

Ya cerca de Lovaina, ciudad del condado de Bravante donde vivía, encuentra con un soldado español que se dirigía á Amberes. Monsieur de Japelin (que así se llamaba el caballero), traba con él conversación, y le convida á pasar aquella noche en su casa, llevado de su alegría. Acepta el soldado y entra con Japelin en su morada. Cenar en la misma habitación de la parida; háblase de sobremesa; tañe Mr. de Japelin un instrumento y canta con extremada melodía; y ya bien entrada la noche, y con objeto de que el soldado descansase, pues á la mañana siguiente había de seguir su camino, retíranse cada cual á sus aposentos. El en que el soldado quedó era contiguo al que ocupaba la señora, y como que el marido estaba en otros más interiores, y el soldado se había sobrecogido ante la singular belleza de la dama, la ocasión y los lascivos deseos engendraron en él el osado é innoble de faltar á la amistad con que se le brindara y al buen acogimiento referido; indicio de corazón bajo y miserable. Sucedió, pues, que cuando todos se entregaban reposadamente al sueño, y el silencio reinaba en la casa, levantóse el soldado de su lecho, tomó una espada, encendió una vela, y se dirigió atrevidamente á la habitación donde se hallaba dulcemente descansando la señora. Estaba ésta en todo extremo hermosa. Mírala el licencioso huésped, y su pasión brutal se acrecienta, y el pensamiento de cometer una felonía le aguija con todo furor. Apaga la vela, coloca la espada en el suelo junto á la cama, y desvergonzadamente se abalanza sobre su inocente y descuidada víctima. Despierta ella al contacto de los besos y de los lascivos proceder de aquel villano; pero júzgalo por su esposo; repréndele su incontinencia; aféale su acción; recuérdale su estado delicadísimo; y cuando ve que toda reflexión y toda advertencia es en vano, deja saciar su apetito al que conceptuaba su marido, resignada y obediente, mas quejosa.

El inícuo y desagradecido soldado, cumplidos

sus concupiscentes anhelos, sin osar desplegar los labios sino para sellarlos con besos infames en el rostro de la bella engañada, recoge á tientas su espada, y vase á su aposento, más que satisfecho del acto ruin cometido, lleno de confusiones y deseoso de huir de aquella mansión, á cuyo dueño tan traidoramente había injuriado. Aun no se vislumbraba la luz del alba, cuando impaciente, colérico y temeroso, llama á los criados y apresuradamente se pone en marcha, dejando encargado le disculpen con Monsieur Japelin por no ser en su mano el diferir más la partida.

Ya de mañana, levántase el dueño de la casa y dirígese en seguida al aposento de su esposa con ánimo de abrazarla y de besar á su pequeñuelo hijo; pero la mujer, siempre en la creencia de que su marido era quien la había gozado la noche antes, si bien no osaría hablar por vergüenza de cometer tal acto hallándose ella reciénparida, con la sonrisa en los labios, y al ver que se hace el desentendido, y la pregunta por su salud, y le participa la gran alegría que á su corazón embargaba, dícele palabras, ya suaves, ya duras, entre burlas y veras, afeando su incontinencia y sensualidad, hasta que por fin alude claramente á lo sucedido, contándolo todo. Monsieur Japelin, que al principio tomaba á donaire lo que su esposa decía, ve al cabo en el relato toda la deformidad del crimen cometido por el agasajado huésped, y á su calma sucede la furia; á su amabilidad el torvo ceño; á la plácida confianza el terrible deseo de venganza. Comprende, pues, que su esposa ha sido víctima de un ardid del soldado, y propone en su ánimo borrar con la sangre del malvado aquella mancha inferida á su limpia honra. Colérico y desatentado coge un venablo, dando por excusa á su esposa, que se lo pregunta, que era para entregárselo á un vecino suyo, baja prestamente las escaleras, ordena le ensillen un caballo, impaciente sube á él, velozmente marcha, sediento de sangre, furioso cual león herido y acosado. Á las pocas horas encuentra al inicuo ultrajador de su honor en un valle, y por la espalda asesta el venablo al soldado, que descuidado y ajeno de tal lance iba, atravesándole de parte á parte, y dejándole muerto ante su vista. Satisfecho con la cruelísima venganza, vuélvese para su casa, creyendo que, pues ya había matado al vil ofensor, sus males habían fenecido, su estimación quedaba para ante su conciencia en su punto, y la felicidad batiaría de nuevo sus alas hermosas sobre su antes tan bienhadada mansión. Mas se engañaba por completo. En su morada encontraría motivos impensados de desesperación y de muerte.

En el entretanto que había estado ausente de la casa Japelin, su esposa estuvo impaciente; pero cuando dieron las diez de la mañana, y aquél aún no había parecido, la impaciencia llegó á su colmo. En mal hora pregunta á los criados si saben algo del paradero de su señor, pues una sirvienta con imprudencia le dice que el amo había salido furiosamente encolerizado, y con intenciones de matar al soldado que la noche antes había sido acogido con tan sinceras demostraciones de afecto, porque, según profirió su señor, sin darse cuenta de que le oían, aquel soldado era un perverso, engañador de la fidelidad de su mujer, asesino de su honra y adúltero maldito. Cuando tales palabras oye la esposa de Japelin lo ve todo sin oscuridad de ninguna especie; comprende la vileza que se ha cometido con ella; toca, en fin, la horrible realidad de su indiscreto silencio; y entonces la desesperación, la rabia, el deseo de venganza, exclamaciones de furor, de pena, de reconvención ó de castigo, se engendran en su corazón y exhala su pecho. Mézase despiadadamente los cabellos, aráñase y maltrátase el rostro, la desesperación se torna en demencia desenfrenada, y ciega, agobiada por aquel crimen en que había tomado parte sin saberlo, se lanza á la muerte, arrojándose de cabeza en un pozo. Llénase la casa de gente, alborótase la ciudad, y aquella irreflexiva determinación empieza á ser objeto de la general crítica. En los primeros momentos de la catástrofe, llega Mr. de Japelin á su casa; inquiere la causa de tan extraordinario movimiento; y queda atónito cuando se entera del triste fin de su adorada consorte. Japelin, sin miramiento á nada, grita, amenaza, blasfema, maldice su suerte, y llegando á un inconcebible punto de locura, destroza el cráneo de su pequeñuelo hijo, y luego se arroja él en el mismo pozo donde feneció su esposa, encontrando también una muerte pronta y horrible.

Esta tragedia terrífica, más bien que novela ni cuento, tiene como se ve mucho de licenciosa y poco ó nada de verosímil. En cuanto á lo primero, no necesitamos detenernos á demostrarlo, pues basta fijarse en el relato que dejamos hecho, para comprender la razón que nos asiste al sostener tal verdad; y en cuanto á lo segundo, basta el sentido común para confesar que, si puede haber personas tan lascivas y desalmadas como el soldado, no puede darse un carácter como el de la señora. Aquella escena lúbrica no tiene ni habrá tenido efecto jamás, de un modo tal como allí se pinta, por parte de la mujer. Aquella misma osadía, aquel persistente silencio, aquel alejarse furtivamente, ¿no habían de llamar la aten-

ción de una dama entrañablemente prendada de su marido, que desde el primer momento temería que aquél no era su esposo, que sabía perfectamente que en la casa había un huésped y por eso debía estar más recelosa? ¿Es posible que no hubiera pedido auxilio en aquella afrenta que desde luego sospecharía? Esta escena, pues, de la que se derivan todos los sucesos fatales de la narración, es por extremo absurda y disparatada, ajena de toda semejanza, aunque lejana, de exactitud, de probabilidad y de certeza. ¿Qué mérito ha de tener por tanto ese cuento? ¿Cómo ha de ser considerado sino como un espeluznante y deshonesto relato, digno de toda censura?

Lo cierto es, que el autor se había propuesto demostrar que "ninguno dejó el hábito que una vez tomó de religioso, que haya tenido buen fin", y "que justo juicio es de Dios que, quien siendo llamado por su divina vocación á su servicio, si después le deja de su voluntad en vida, el mismo Dios le deje á él en muerte"; y así corrió sin reflexionar por el campo de sus gustos sin que le contuviesen las consideraciones de la prudencia.

Del mismo corte y traza es el otro cuento que nos refiere Avellaneda; si bien los fines son semejantes, pues en el de los *Felices amantes* los protagonistas, por ser religiosos, se salvan y mueren en olor de santidad, en tanto que en el del *Rico desesperado* perecen á manos de la fatalidad y del suicidio por haber abandonado su vocación.

La historia de los *Felices amantes* pasa de esta manera: En una de las principales ciudades de España, había un convento de religiosas de las órdenes más ilustres. La priora, que D.^a Luisa se llamaba, era de tan singular belleza como de perfectísimas virtudes. Sus pensamientos se dirigían siempre á su Dios, y el desvelo por las mujeres á quienes el Señor había puesto bajo su custodia y tutela, ocupaba todas las atenciones de su ánimo. Pero el enemigo de la felicidad humana, deseoso siempre del mal, logra y obtiene que un mayorazgo rico, de nombre D. Gregorio, habitante en la misma ciudad, y conocido desde niño de la ejemplar priora, se enamore perdidamente de ella, y declárala su pasión. D.^a Luisa, si al principio temerosa, luego rendida y obligada á las distinciones y ternezas de que es objeto, cae al cabo en el precipicio y en la culpa. Huye con su amante del convento, y vanse á Lisboa, donde entre devaneos y diversiones, gastan y derrochan cuanto dinero habían sacado, de su casa el uno, de su convento la otra.

Forzados de la pobreza y del hambre, pagando ya bien caras con tales expiaciones la dissipación pasada, trasládanse á Badajoz, en don-

de la antigua priora, halagada por la vanidad y por el lujo, y perdido ya todo resto de pudor, vive vida de mujer mala y aun de rematada meretriz. D. Gregorio, hastiado de la dama á quien había conducido á la deshonra, déjala entregada á sus torpes costumbres, y fúgase á Madrid.

D.^a Luisa, al fin, cae en la cuenta de sus muchos y horribles pecados, y su corazón, encenagado en los vicios, quiere aspirar de nuevo la limpidez y dulzura de la vida anterior. Así lo efectúa, y vendiendo sus alhajas y vistiendo hábito de peregrina, á pie y descalza, encamina los inciertos pasos á su ciudad. Mas cuando á ella llega, da acaso con su convento, y viendo la puerta abierta, entra, y arrodillándose ante la imagen de una Virgen del Rosario, ésta le echa en cara sus infinitos pecados y le dice que todo se halla como el día que se fugó; que ha hecho las veces de priora, y que siga en adelante desempeñando sus funciones. D.^a Luisa continúa desde entonces hasta su muerte viviendo vida intachable, y sólo saben tan maravilloso caso ella y su confesor, si bien se divulga, por su expreso mandato, después de su fallecimiento.

Igual conversión se refiere de D. Gregorio. Éste, después de haber estado engolfado en los mayores vicios y disipaciones en la corte, entra un día en cierta iglesia á oír á un predicador de fama que enaltecía la misericordia de Dios para con los pecadores arrepentidos, con otras palabras inspiradas en avisos y consuelos santos; y su alma, hasta entonces empedernida y presta para todo lo malo, ansía seguir nuevos caminos, los de la salvación, los del arrepentimiento, los de la enmienda. Hace confesión, contrito y lloroso, de sus infinitas culpas; va luego á Roma; y torna á España con el propósito de recluírse para toda su vida en una casa de la misma orden que la de D.^a Luisa, entre penitencias y buenas obras.

Al llegar á su pueblo, ofrécese como amigo de su hijo á sus ancianos y desconsolados padres; recíbenle éstos con la alegría que es de suponer; conócenle al fin; hay escenas tiernas y sentimentales; pregunta D. Gregorio por D.^a Luisa; sorpréndese al saber que es priora del mismo convento y que disfruta del concepto más calificado de pureza y de virtud; visítala; lloran entrambos sus obcecaciones y deshonestidades anteriores, y D. Gregorio entra en un convento, del que, por su notable comportamiento, humildad, resignación y mansedumbre, acompañadas de otras no menos inapreciables cualidades le nombran prior; y muere, como su antigua amada, en opinión de bienaventurado. D. Gregorio deja asimismo escrita la relación de sus debilidades y disipada vi-

da juvenil, con expresa orden de que se hiciera pública no bien hubiese fallecido.

En este cuento ó novela, ó como quiera llamársele, hay, demás de inverosimilitud en la mayor parte de lo narrado, profanación y hasta falta de criterio en hacer intervenir á la Virgen como medianera y encubridora de amoríos vergonzosos. Si la Virgen que presenta Avellaneda, pudo reprender á la perjura monja, cuando saciada volvía de satisfacciones y goces profanos, ¿por qué no impidió que la priora saliese de su convento, siendo así que al marchar y dejar las llaves de éste, se condolió ante la Virgen de que no podía sofocar ni reprimir sus propósitos de fugarse con el galán D. Gregorio? Bien parece que los autores piadosos relaten esos sucesos maravillosos, ó milagros, que la fe acepta sin discusión, y se juzgan superiores á toda censura, ó por su gran enseñanza ó por su significación altísima y sobrehumana; pero milagros y lances tan impropios como los mencionados por Avellaneda, tan contrarios á la razón, á la lógica, hasta á los más rudimentarios principios de discreción, sólo sirven para rebajar lo que por sí, y sólo por sí, debiera ser santo, intachable, divino en el grado más alto é incomprensible.

El cuento que nos ocupa es sumamente inmoral por añadidura. ¿Qué enseñanza puede sacarse de esa relación donde una priora se sale de

su convento á vivir vida licenciosa con un seglar disoluto, y sin embargo, la Virgen se encarga de ocultar aquel desliz de la monja? Y ¿con qué intención querrían, así D. Gregorio como Doña Luisa, que sus liviandades se hicieran públicas no bien hubiesen muerto? ¿Acaso para alentar á otras prioras y á otros lujuriosos jóvenes, y para advertirles que podían correr impunemente por los mismos campos de aventuras y desvaríos, seguros de que siempre una Virgen compasiva ocultaría sus maldades y mitigaría la enormidad de sus delitos?...

¡Qué pasajes más obscenos, qué ideas tan nocivas y qué enseñanzas tan desmoralizadoras y aun pornográficas!

Mucho nos hemos detenido analizando la obra de Avellaneda y cuanto con ella se roza; mas lo juzgábamos indispensable para desvanecer los errores propalados, y en especial para cerrar el camino á los nuevos críticos que quieran decantar la producción que nos ocupa en el orden inventivo y literario. Uno de sus últimos apologistas, el ilustre bibliógrafo D. Pedro Salvá, ha dicho que "si no existiera la obra del genio inmortal, la novela del supuesto hijo de Tordesillas, pasaría por una de las mejor escritas en castellano". ¡Aseveración ofensiva á la verdad, como la de todos los preconizadores de Avellaneda, y que jamás podrá comprobarse! (2)

CAPÍTULO VIII.

Publica Cervantes la Segunda parte de su "Quijote".

Falsedades que se han aventurado respecto de su originalidad.—Opinión de algunos apasionados defensores de Avellaneda.—La Segunda parte del *Quijote* de Cervantes es el modelo más acabado y majestuoso del habla castellana.—Su prólogo.—Nobleza con que contestó Cervantes á los improperios de su enemigo.—Están superiormente perfeccionados en la Segunda parte los tipos creados para la Primera.—Demuéstrase.—Excede también en interés y originalidad la Segunda parte.—El gobierno de Sancho Panza en la ínsula Barataria.—Su gran significación.—Enseñanza que contienen los sucesos acaecidos en el palacio de los Duques.—Continuaciones que se han publicado acerca de la vida de Sancho Panza.—Su desdichada inferioridad.—Elogio de los preciosos cuentos amorosos del pobre Basilio y la bella Quiteria y de D. Gregorio y la sin par Ana Félix.—Contraste entre estos bellísimos episodios y los torpes é inmorales relatos que ofreció Avellaneda en su engendro.—Realce moral de las doncellas y damas que presenta en escena Cervantes.—Síntesis de lo dicho.—Primeras ediciones de la Segunda parte del *Quijote*.—Notas bibliográficas.—La gran obra de Leopoldo Rius.—Número total de ediciones.—Nuevo libro que publicaremos.

La Segunda parte del *Quijote* de Cervantes la publicó nuestro autor al año siguiente de haberse estampado la imitación de Avellaneda. ¡Cómo se solaza el ánimo del crítico al llegar á ocuparse en esta obra, después de examinar la de Tarragona! Parece como que se sale de una intrincada selva, llena de deformes árboles y de vegetación mortífera, y se penetra en un hermoso jardín pródigo en caprichosísimas flores, de suavidad deleitosa, que respira vida amena y felicísima por doquier. Algunos apasionados defensores de Avellaneda aseguran, con un descaro inaudito, que Cervantes copió en su Segunda parte mucho de la de aquél; pero tal calumnia no merece ni aun ser tomada en cuenta, pues basta la simple lectura de una y de otra para comprender que Cervantes en nada imitó, ni menos se aprovechó de los despropósitos del fingido Licenciado, en tanto que en la invención de éste se notan muchas aventuras que están inspiradas en otras relatadas en la Primera parte de Cervantes. Y, débese también recordar que, cuando se publicó el aborto de Avellaneda, ya el gran Escritor tenía concluída la Segunda, y así tendría que reformar algunos de sus últimos capítulos, en los que vemos que alude á aquél, y aun tuerce la ruta de Don Quijote por desmentir

al moderno historiador del héroe, llevándolo, no á Zaragoza, como había prometido, y como Avellaneda, siguiendo la indicación, efectuó, sino á la insigne ciudad de Barcelona.

Cervantes dijo de sí mismo que nadie le aventajaba, ni aun le llegaba, en la invención; y tanto más era esto cierto, cuanto que su Segunda parte del *Quijote* es una prueba indubitable y terminantísima. Increíble parecería á los que habían apreciado en algo sus talentos, y más todavía á quienes le profesaban el mayor odio, que aquella imaginación que tan profusamente había ideado aventuras y lances ingeniosísimos en su Primera parte, en sus novelas y en otras obras, tuviese aún bríos para ofrecer otro hijo más lleno de seducciones, de vivacidad y de gracia.

Á nosotros mismos, que tan sincera admiración tenemos al nombre de Cervantes, nos sorprende y maravilla cómo aquel insigne soldado, agobiado por la pena, rodeado de adversidades, zaherido por la calumnia y por la ruindad, cómo aquel varón integérrimo, ya en los bordes del sepulcro, desvanecidas todas las ilusiones y seco el corazón por las abrasadoras corrientes de las maldades, dejaba correr la pluma sobre el papel bajo la inspiración de festiva Musa, enseñaba grandes verdades con la sonrisa placentera en

los labios, lo poetizaba todo, deleitaba á todas las clases sociales, y demostraba, en fin, más facultad en la invención, máspreciado gusto, más dulzura, más encantadora facilidad que antes. La Segunda parte del *Quijote* es, á nuestro entender, el modelo más majestuoso del habla castellana y la obra más rica en bellezas de su autor incomparable. Nótase en ella una como señal de divino arte que apenas acierta á comprender el humano limitadísimo criterio. Tiene un aspecto de alteza tal y una grandeza tan inimitable, que todos los elogios son escasos y mezquinos. Fíjese la atención en el prólogo, y véase si hay trabajo que se le semeje, ni aun de lejos, en castellano. Originalísimo es el proemio que puso á la Primera parte, pero sobre todo extremo admirable es el de la Segunda. Necesitaba advertir Cervantes algo al público sobre aquel ineptísimo imitador que quiso proseguir sus inmortales obras, llenándole de ultrajes; y empieza por avisar al lector que no espere riñas, venganzas y vituperios contra el autor del segundo *Don Quijote*, que puesto que los agravios despiertan la cólera en los más humildes pechos, en el suyo había de padecer excepción esta regla. ¡Qué modo más digno de entregar á la compasión y al olvido á su soberbio adversario y difamador! Contra la presuntuosidad presenta Cervantes la modestia; contra la descompostura la templanza; contra la pequeñez la hidalguía; contra la procacidad la nobleza y la elevación de ideas.

Un talento adocenado, una medianía atrevida, hubiese contestado á Avellaneda volviéndole con creces las mismas injurias y los mismos insultos con que le afrentaran: Cervantes, en su grandísima inteligencia, comprendió que tales vilezas no estaban ni aun á la altura de su desprecio: con su dignidad confundió y anonadó á su ruin enemigo mucho más perfectamente que si hubiese obedecido á la ira y al furor de una venganza raquílica. Mas Cervantes, que dió al olvido las injurias que la pasión engendró contra él, no pudo ver sin grandísima pena que aun de sus mismos gloriosos actos de soldado, y aun de los achaques de su edad, y aun de sus sentimientos sinceros y nobilísimos, se prevalliera su desatentado ultrajador para ponerle en ridículo ante el público.

Llamábale Avellaneda viejo y manco, y transido el corazón por la amargura, decíale Cervantes: "No he podido dejar de sentir que me note de viejo y de manco, como si hubiera sido en mi mano haber detenido el tiempo que no pasase por mí, ó si mi manquedad hubiera nacido en alguna taberna, sino en la más alta ocasión que vieron los siglos pasados, los presentes, ni

esperan ver los venideros". Y, lleno de santo orgullo por aquella misma manquedad que Avellaneda le tachaba, escribía estas elocuentísimas y levantadas frases: "Si mis heridas no resplandecen en los ojos de quien las mira, son estimadas á lo menos en la estimación de los que saben donde se cobraron; que el soldado más bien parece muerto en la batalla que libre en la fuga; y es esto en mí de manera, que si ahora me propusieran y facilitaran un imposible, quisiera antes haberme hallado en aquella facción prodigiosa (en Lepanto), que sano ahora de mis heridas sin haberme hallado en ella. Las que el soldado muestra en el rostro y en los pechos, estrellas son que guían á los demás al cielo de la honra y al de deseear la justa alabanza; y hase de advertir que no se escribe con las canas, sino con el entendimiento, el cual suele mejorarse con los años". Y á la ofensa que le causó llamándole envidioso, cuando era el hombre más generoso de todos con sus amigos ó desconocidos, ora fuesen privilegiados talentos, ora sólo brillantes medianías, contestó con estas palabras prudentísimas: "He sentido también que me llame envidioso, y que, como á ignorante me describa qué cosa sea la envidia, que en realidad de verdad, de dos que hay, yo no conozco sino á la santa, á la noble y bien intencionada". Y lleno, en fin, de indignación justa contra el desvergonzado enemigo que hasta le amenazaba con quitarle la venta del libro, y le echaba en cara ¡miserable! su pobreza, replicábale con este hermoso arranque de su corazón leal: "La honra puédela tener el pobre, pero no el vicioso; la pobreza puede anublar á la nobleza, pero no oscurecerla del todo; mas como la virtud dé alguna luz de sí, aunque sea por los inconvenientes y resquicios de la estrechez, viene á ser estimada de los altos y nobles espíritus, y, por el consiguiente, favorecida".

Los tipos creados por Cervantes para la Primera parte de su novela, los vemos inmensamente superiores en la Segunda. Don Quijote pierde mucho de su obstinación y locura pasadas, y aparece en su tercera salida menos enajenado y más reposado en sus actos y en emprender sus aventuras. No degenera su natural; sino que se mejora. Cada vez se presenta más amante de la justicia, de la rectitud, de la verdad; tiene más lúcidos intervalos en su caballeresca demencia, y por lo mismo enseña y persuade con más fuerza y hasta con mayor universal provecho. El novelista nos le ofrece en situaciones más notables también que en la Primera parte, y de más ilustradas personas rodeado, como para indicarnos que sólo en el trato de las diversas clases sociales y en los desengaños que sufriera, podía con-

cluir aquel generoso caballero de comprender que sus magnánimos propósitos eran entonces anacronismos inexplicables, ilusiones de calenturientas y extraviadas fantasías para la generalidad, é ideas completamente refractarias á su época.

Cuando el bachiller Sansón Carrasco, que tanto le instó para que saliese nuevamente en busca de aventuras, va á combatir con Don Quijote bajo el nombre de Caballero de los Espejos, con designio de vencerle y obligarle á que vuelva á su casa, y no lo consigue y queda derribado por el Hidalgo; éste descubre el rostro de su contrario, que cubierto había tenido durante la liza, y admírase y sorpréndese de que su amigo, uno que le vendía finezas y lealtades, fuese quien había tenido el atrevimiento de perseguirle y de trabar con él reñida pelea. Cuando es forzado á vivir vida de reposo y solaz en el palacio de los Duques, repetidas ocasiones nota la falsedad del trato cortesano, y con pena ve cómo la mentira, la envidia y los procedimientos no muy dignos se entronizan en las casas de los grandes. Aun en la noble morada de D. Diego de Miranda se encuentra con que no saben de todo en todo apreciar sus relevantes cualidades. En Barcelona, y en casa de D. Antonio Moreno, ve asimismo la aparente cortesía al lado de la vanidad y de la frívola petulancia: Perseguido de la adversa suerte, desengañado, aunque no completamente, de las falsedades de la sociedad en que vivía, enamorado siempre de su purísima Dulcinea, lacerado el corazón por tantas contrariedades, por tantas miserias y tantos reveses en el curso de sus aventuras, aún le quedaba el ser vencido por el caballero de la Blanca Luna; bellísimo pasaje del libro que entraña muy profunda filosofía.

El caballero de la Blanca Luna personifica la sociedad egoísta de su tiempo, que logra sobreponerse á las advertencias de los buenos, á los propósitos sublimes de los hombres que, como Don Quijote, querían la reforma de las costumbres y que volvieran á lucir en todo su esplendor la verdad, la rectitud y la justicia. Aquel caballero de la Blanca Luna ejercía el papel de verdugo para con el Hidalgo, que predicaba todo lo honrado y lleno de alteza; se proponía acabar con aquella majestuosa figura cuyos consejos y cuyas prudentes amonestaciones eran escuchados con recelo por sus contemporáneos. Falso el caballero de la Blanca Luna, como la sociedad de quien era viva y genuina representación, empieza por servirse de Don Quijote para burlarse de sus intentos nobilísimos, prosigue por divertirse con él bajo el título de caballero

de los Espejos, si bien en esta ocasión sus burlas le cuestan caras; y concluye por ir á Barcelona en busca de Don Quijote, bajo nombre supuesto asimismo, con deliberado propósito de vencerlo é imposibilitar que continuase el Hidalgo en sus tendencias sanas y regeneradoras. Don Quijote está solo en la guerra que contra todos los vicios sostiene, y por más que combata con heroica resolución, queda vencido en la lucha; mas no por eso confiesa que se equivoca, ni deja de venerar aquellos principios de honradez, de caridad, de prudencia y de pundonor, á que había tributado siempre predilecto y fervoroso culto en su corazón y en su alma. Cuando su hora postrera llega, cuando con el ánimo transido por el pesar vémosle en el lecho de agonía, tan lleno de mansedumbre, pronunciando palabras tan suaves y tan consoladoras, aquel héroe á quien siempre hemos admirado, ora en sus favorables sucesos, ora en sus aventuras adversas, se nos ofrece rodeado con la aureola de los varones más resignados y piadosos, y toma ante nuestra consideración formas gigantescas é inconmensurables; y simultáneamente, nuestro pensamiento se dirige hacia aquel escritor que no ha tenido ni tendrá rival en el mundo, y que tan soberanamente supo conservar el verdadero carácter de Alonso Quijana el Bueno hasta dejarle en la fuesa, y llorado con lágrimas del corazón por su familia y por sus amigos.

Sancho Panza está en la tercera jornada y salida muy más bien presentado que en las dos primeras; se muestra más condescendiente, menos respondón, más tratable. Cervantes que siempre procedía como era de esperar de su egregio talento, tiene atinadamente en cuenta lo mucho que ha aprendido, notado y visto aquel labriego desde que salió á correr aventuras con el Hidalgo de la Mancha, y nos le ofrece con la perfección debida, con arreglo á lo que había adelantado el ignorante escudero en el camino de su natural rudeza. De oír hablar á su dueño, ha aprendido á no pronunciar tantos despropósitos como antes; así es que, ya en sus conversaciones con Sansón Carrasco, ya en las pláticas con su mujer, nótese lo mucho que ha mejorado en sus alcances y penetración. Ni la obstinación ni la grosería, como en otras ocasiones, predominan ya exclusivamente en sus actos.

Tiene en la Segunda parte más de discreto y de avisado que de insensato y tonto. Sus viajes pasados han despertado sus sentidos, antes embotados por el sueño de la rusticidad. ¿Quién no se sorprende ante su sagacidad cuando le envía su amo al Toboso para saludar á Dulcinea? ¿Quién no se regocija al verle en la casa de los Duques

departir tan sabrosamente con la Duquesa, demostrar su ingenio hablando del desencanto de Dulcinea, y dando pruebas así de su franca condición como de sutil inventiva? Y cuando más tarde, protegido por la Duquesa y gravemente aconsejado por su generoso dueño, se ve convertido de improviso en gobernador, ¿quién no admira su acierto, su integridad, su rigor, su amor á la justicia, su propósito de reformar las costumbres y terminar con los vicios, ruina de los mejor organizados pueblos y sociedades? ¿Y quién no le aplaude, cuando cansado del mando, y viendo que toda su buena fe se estrellaba contra la malicia de sus subordinados, siéndole imposible realizar de todo en todo sus deseos, deja repentinamente el gobierno, reniega de las vanidades mundanas, y vuelve á su humilde vida anterior, donde encontraba la verdad, la llaneza, la sencillez y la ventura? Y su carácter fiel y su corazón agradecidísimo hacia su dueño, protector y consejero, jamás quedan desmentidos, antes bien más y más comprobados en la piedra de toque de las adversidades y reveses.

Cuando Don Quijote es vencido y derribado por el caballero de la Blanca Luna, tan intensamente lo siente el escudero leal como el cuitado adalid que quedó derrotado por las fuerzas de la malicia y de las pérfidas tramas; y en el trance de la muerte del Hidalgo, preséntase Sancho tan sumiso, cariñoso y reconocido, que no puede idearse tipo más llevado á la perfección por todas las gradaciones de la sociabilidad y del ejemplo.

Dulcinea sigue siendo para Don Quijote el extremo del valor que puede desearse, el término de la humana gentileza, el único remedio de aquel afligido corazón que la adoraba. Ni las malas artes de los encantadores, ni los embustes de Sancho, la hacen desmerecer en nada ante su corazón y su voluntad. Este tipo de la novela de Cervantes está mejor delineado también que en la Primera parte. Sin el amor de Dulcinea, el tipo de Don Quijote aparecería rebajado. Por eso cuando el magnánimo caballero se entera de que otro historiador presenta á Dulcinea como esquiva y desvergonzada para con él, y por la misma causa ofendido y desenamorado de su bellísima dama, indignado y lleno de ira, exclama: —Quien quiera que dijere que Don Quijote de la Mancha ha olvidado ni puede olvidar á Dulcinea del Toboso, yo le haré entender con armas iguales que va muy lejos de la verdad; porque la sin par Dulcinea del Toboso ni puede ser olvidada, ni en Don Quijote puede caber olvido: su blasón es la firmeza, y su profesión el guardarla con suavidad y sin hacerse fuerza alguna... Mis pen-

samientos están más firmes que nunca: las correspondencias en su sequedad antigua: su hermosura en la de una soez labradora transformada —

En pintar los demás caracteres que figuran en la Segunda parte, hay la misma verdad y la misma exactitud que siempre. Véase el retrato de Sanson Carrasco: —Era el Bachiller, aunque se llamaba Sansón, no muy grande de cuerpo, aunque muy gran socarrón; de color macilenta, pero de muy buen entendimiento: tendría hasta veinte y cuatro años, carirredondo, de nariz chata, y de boca grande; señales todas de ser de condición y amigo de donaires y de burlas. — ¿Puede presentarse de una manera más acabada al hombre que desde el principio hasta el fin tuvo por objeto el divertirse con el noble caballero?

No es tampoco posible ofrecer más al natural el tipo del honrado D. Diego de Miranda que con las mismas palabras que Cervantes pone en boca de aquel hidalgo: —Soy más que medianamente rico, y es mi nombre D. Diego de Miranda: paso la vida con mi mujer y con mis hijos y con mis amigos: mis ejercicios son los de caza y pesca; pero no mantengo ni halcón ni galgos, sino algún perdigón manso ó algún hurón atrevido: tengo hasta seis docenas de libros, cuáles de romance y cuáles de latin, de historia algunos y de devoción otros: los de caballerías aún no han entrado por los umbrales de mis puertas: hojeo más los que son profanos que los devotos: alguna vez como con mis vecinos y amigos, y muchas veces los convido: son mis convites limpios y aseados, y no nada escasos: ni gusto de murmurar, ni consiento que delante de mí se murmure: no escudriño las vidas ajenas, ni soy lince de los hechos de los otros: oigo misa cada día, reparto de mis bienes con los pobres, sin hacer alarde de las buenas obras, por no dar entrada en mi corazón á la hipocresía y vanagloria, enemigos que blandamente se apoderan del corazón más recatado: procuro poner en paz á los que sé que están desavenidos: soy devoto de Nuestra Señora y confío siempre en la misericordia de Nuestro Señor. —

Y ¿á qué seguir recordando la perfección con que están delineados los demás caracteres de la novela, si en Cervantes era peculiar esta aptitud tan estimable en todos los escritores? Los Duques, su confesor, Altisidora, Doña Rodríguez, todos son tipos pintados á maravilla, y llaman la atención constante por lo bien sostenidos que están en sus respectivos cometidos y actitudes.

Y en cuanto á originalidad é interés, sobrepuja señaladísimamente también la Segunda parte á la Primera, porque si en la una hay muchas

escenas graciosas, muchas aventuras, muchos lances caballerescos, muchos acaecimientos portentosos, en la otra se nota mayor método, más bien coordinada narración, más amenos y más naturales sucesos, más maestría, en una palabra. En la Primera parte solos Don Quijote y Sancho actúan, y en ellos se reconcentran todas las miradas, por más que veamos aparecer y moverse determinadas figuras por algunos instantes y en varios acontecimientos; pero en la Segunda, aquella monotonía se excluye, y campean y triunfan por todas las páginas del libro la variedad, la discreción, el admirable ingenio inventivo, un maravilloso concierto, en fin, de bellísimas escenas que viene á aumentar el primitivo mérito de la novela, comunicándola suavidad, atractivos y portentosa animación. Tal pasa con los sucesos del palacio de los Duques y con el gobierno de Sancho Panza en la ínsula Barataria. Desde que Don Quijote encuentra á aquella hermosa cazadora, y Sancho ofrece en nombre del Hidalgo sus respetos á la encantadora Duquesa, el interés del libro se acrecienta de una manera especialísima. La atención se fija sobre aquellos nuevos personajes que aparecen en la novela, y no deja de asistirse con placer á todas las escenas que subsiguen; porque, además del profundo fin social que tiene cuanto con el palacio de los Duques se relaciona, la parte aparente, la ficción que encubre grandes verdades y grandes advertencias y enseñanzas, la narración de aquellas recientes aventuras en que Don Quijote interviene, están revestidas de tanta y tan seductora gracia, que es imposible encontrar en castellano nada que siquiera se les acerque.

El recibimiento que hacen á Don Quijote en el palacio; el regocijo con que se le acoge, saluda, vitorea y regala; el grave ademán del Hidalgo en todas las situaciones; las indiscreciones, entremezcladas con donaires, de Sancho; la plática de la Duquesa y sus doncellas con el escudero sobre el encantamiento, por él forjado, de Dulcinea; la aventura de la dueña dolorida; el viaje por los aires en Clavileño; el extraño fin y remate de tal empresa; la pesada burla que jugaron con Don Quijote Altisidora y otras desenvueltas mozas del palacio; las cuitas de Doña Rodríguez y la desgracia de su hija; el desafío entre el Hidalgo y el lacayo Tosilos; la despedida de Don Quijote de los Duques; su forzosa marcha de nuevo al castillo; en fin, la fingida muerte de Altisidora, y las impertinentes mortificaciones que se hicieron sufrir á los desventurados amo y criado, todo, completamente todo, respira vida poderosísima y aliciente incomparable.

En los capítulos que dedica Cervantes á narrar los actos del gobierno de Sancho Panza, vese la gran penetración y profundo conocimiento del mundo que tenía el inimitable Escritor, y su indisputable competencia para ocuparse sesudamente en las cuestiones más intrincadas. Cervantes presenta en este grato episodio de su novela, un documento preciosísimo, una colección de reglas y de máximas gubernativas que deben ser muy tenidas en cuenta por los que, ejerciendo cargos semejantes, contraen la precisa y sagrada obligación de administrar íntegramente justicia y procurar el bien de sus subordinados. De poco sirven en los gobernadores la sabiduría, la alta alcurnia, los pomposos títulos, las vanidosas condecoraciones, si el ánimo se deja seducir y se abate á los halagos del interés, de la avaricia ó del cohecho, y si en vez de velar por la justicia, proteger las virtuosas acciones, perseguir los crímenes, y desterrar los vicios y las perversidades; los mismos encargados de ser custodios y reformadores de los pueblos, ó con su apatía, ó con su indiferencia, ó, lo que es muy más deplorable, con su criminal aquiescencia ó explícito consentimiento, fomentan el mal, y le alientan, y le escudan. Y, por el contrario, si los gobernadores son rectos, puros en su conducta, celosos por la práctica de la ley en toda su extensión, aunque no tengan privilegiado talento, aunque no sean más que medianías, aunque estén debajo de esta escala intelectual, pueden acertar y aciertan más eficazmente en sus decisiones, porque puesta la mira en el bien de sus administrados, ajenos á toda pasión y á toda idea de lucro y de parcialidad, siempre tiran al blanco del mejoramiento y de la perfección.

Estas son las ideas que Cervantes se propuso esparcir en su relato del gobierno de Sancho, y tan notable sentido moral encierran. Por eso nos ofrece á Sancho tan avisado y prudente en el mando, por más que antes más pruebas había dado de necio que de discreto, y por eso llevado siempre de su excelente natural y buenas creencias, vemos al antiguo escudero tan atinado en los juicios de las caperuzas, del ganadero y la mujer liviana, del deudor ingenioso y de los dos jóvenes paseantes, y razonando tan rectamente cuando habla de la necesidad de hacer pragmáticas oportunas y que se cumplan, reformar las costumbres, castigar severísimamente el juego, aniquilar las maldades y enaltecer las virtudes y loables obras y hechos (3).

Además de la nunca bien encarecida seducción que difunden en la Segunda parte del *Quijote*, los originales y jamás vistos sucesos del palacio de los Duques y del insulano gobierno de

Sancho, son muy dignas de elogiarse las dos lindísimas relaciones ó cuentos amorosos que en los capítulos XX y XXI y LXIII y LXIV se refieren. Entrambos están presentados con tanta gracia, con tan perfectos colores, con tanto y tan vital interés, que el ánimo se deleita y la imaginación queda como subyugada ante tanta hermosura, naturalidad, verdad y sentimiento. No puede darse nada más interesante que la narración de los amores de Basilio el pobre y de la bella Quiteria, ni nada tampoco más tierno, más sencillamente encantador que el acendrado cariño de D. Gregorio y de la sin par Ana Félix.

El objeto de Cervantes en el primero no fué otro sino el de conceder el triunfo á la pobreza y á la virtud sobre la riqueza y el fausto, en un caso determinado de sus luchas en la vida. Amándose con todo su corazón y toda su alma Quiteria y Basilio, los padres de aquélla no quieren ni consienten que éste se case con la incomparable Quiteria, y se muestran sumamente propicios á que se desposase con el rico Camacho, llevados de la importancia y acrecentamiento que tal enlace tendría para ellos. Proyéctase la boda; piénsase efectuarla por el acaudalado Camacho con toda la pompa y suntuosidad imaginables; para más solemnizarla, verifícase una grandiosa y bien preparada fiesta campestre; celébranse danzas, juegos, entretenimientos tan ingeniosos como adecuados; todo es abundancia, plácemes, alegría y propósitos venturosos; la felicidad campea y se muestra sola y señora por do quier. Mas presto la escena cambia; todo se trueca. Aparece rica y vistosamente aderezada la novia, rodeada de otras muchas hermosas jóvenes, pero jamás tanto como ella, quien resplandece sobre todas con ventajas maravillosas; empiézanse con inusitado regocijo las fiestas precursoras de los desposorios; ya falta poco para que el sacerdote los una con los eternos lazos; pero en lo más animado del general contento, ofrécese á la vista de todos el pobre, el desventurado, el poco atendido Basilio, quien después de echar en cara á Quiteria su desconocimiento é ingratitude, y de pronunciar otras palabras, todas á lamentar su desdichada suerte encaminadas, con presteza y resolución increíbles, desenvaina un estoque y atraviésase con él. Síguese á esto la natural confusión; acuden presurosos á socorrerlo; instale el cura para que se confiese, pues tan á punto está de morir; mas él se niega á efectuarlo, si su amada Quiteria no le da la mano de esposa en aquel postrimero trance. Accede á ello el rico Camacho por los consejos y palabras del sacerdote; acércase Quiteria turbada y vergonzosa al sitio donde el mal herido se hallaba; se verifica

el no pensado desposorio; y, apenas ha terminado el piadoso acto, cuando Basilio, sacándose con no vista ligereza del pecho el estoque, aparece sano y salvo, pues no se había inferido ninguna herida, sino por medios artificiosos y sutiles había dado hasta entonces por verdad lo que sólo era producto de una bien combinada superchería.

Quiteria y Basilio ven por tal estratagema realizados sus honestos y limpios deseos. Quieren Camacho y sus aduladores al pronto tomar venganza de la pesada burla; mas interviene Don Quijote, pónese al lado de la pobreza virtuosa, intimida á la riqueza lisonjeada, pronuncia palabras bellísimas en defensa de los enamorados Quiteria y Basilio, y desiste Camacho de su intención de perseguirlos, prosiguiendo la interrumpida fiesta y dando al olvido el inesperado incidente. Basilio y Quiteria no se quedan á la fiestas, y se retiran á la aldea del primero, acompañados de sus amigos y de Don Quijote y Sancho; "que también los pobres virtuosos y discretos, como dice Cervantes, tienen quien los siga, honre y ampare, como los ricos tienen quien los lisonjee y acompañe". Nada se encuentra de inverosímil ó inexplicable en esta narración. Sin embargo, á primera vista, no parece muy aceptable aquel casamiento súbito, ni se cree posible que el cura lo legitime en un momento por responder á los deseos de Basilio; empero, tal equivocado raciocinio se desvanece y se anula por completo, cuando se considera que el cura sólo accede á las pretensiones del herido-desesperado cuando ve que su muerte está próxima, y que para hacer confesión pide antes desposarse con la bella Quiteria.

Bien podía, pues, la caridad cristiana ser complaciente en aquel acerbo momento, puesta la mira en la salvación de un pecador, de un suicida, de una persona que en la desesperación moría. Si aquel suicidio era fingido, modos y términos había lícitos para sancionar satisfactoriamente el casamiento; que no estaba obligado el bien intencionado sacerdote á ser profeta, ni podía escudriñar los más ocultos pensamientos y designios; bastábale con haber usado de su sensatez y de su misericordia en instantes supremos y haber creído y juzgado como todos juzgaron y creyeron.

En la relación de los castos amores de Ana Félix y de D. Gaspar Gregorio, patentiza Cervantes los tristes resultados de aquella inconsiderada y perjudicial determinación de la expulsión de los moriscos, llevada á efecto de modo cruel y desapiadado en el reinado del tercer Felipe, por más que en algunos lugares de sus obras aplauda tal resolución, considerándola de im-

portancia é indispensable para la salvación de la patria; pero Cervantes en esta cuestión no podía ser todo lo explícito que hubiera deseado, y así se limitó á presentar un cuadro vivo y animadísimo de las consecuencias que reportaban aquellas medidas tan inexorables de persecución, no sólo á los que tenían la desgracia de profesar la religión musulmana, sino especialísimamente á los que, descendientes de infieles, eran sin embargo verdaderos y católicos cristianos.

Por eso vemos que Ricote, que rendía culto á esta última religión, tiene que ausentarse prontamente de la querida patria y familia, temeroso de que fuese ferozmente perseguido, pues por la poca ó ninguna consideración y prudencia que en la expulsión de los moriscos se tuvo, ni aun era dable á los que profesaban las mismas creencias de los españoles el justificarlo ante las desatentadas autoridades, más prestas para cometer acciones tiránicas, escuchar las delaciones de un contrario, ó dar asentimiento á las tramas fraguadas por la calumnia, por el odio ó por la venganza contra determinados individuos, que para esclarecer la verdad, oír la razón y otorgar cumplida justicia.

¡Cuán al natural está pintada en la historia de Ricote la triste suerte de todos los que, siendo de linaje morisco, eran también cristianos, y viéronse forzados por un decreto inaudito y por unas potestades avasalladoras á huir de su hogar, á perder su fortuna, su tranquilidad y aun su vida! La precipitada y lamentable marcha de Ricote, sirve á Cervantes para escribir un tierno y sentidísimo cuento amoroso. La hija de Ricote, que era católica verdadera, ido el padre y llevada á efecto la expulsión, vese obligada, no obstante sus protestas y las de su madre, católica asimismo, á pasar á Argel con algunos de sus parientes y deudos que en la creencia musulmana persistían. Vase con ellos el hijo de una persona rica, de nombre D. Gregorio, que adoraba más bien que amaba á la discreta y hermosísima Ana Félix. No bien llegan á Argel, cuando el Rey tiene noticia de la singular belleza de la joven; condúcenla á su presencia; y para que no quede cautivo en las redes de sus atractivos, la que, pareciendo morisca, era legítima cristiana, le advierte que ha dejado un cuantioso tesoro escondido en su tierra. Codicioso por extremo el monarca, proyecta y facilita los medios de recuperar aquellas riquezas; para ello dispone un bergantín que había de partir de Berbería á España, llevando á la hija de Ricote, con ánimo de que la desembarcasen en el lugar donde ella señalara, vestida de cristiana, para desenterrar los caudales. Mas por desgracia, los pérfidos

turcos á quienes la embarcación venía confiada, antes de arribar á donde Ana Félix quisiera, determinaron barrer la costa de Barcelona y hacer alguna presa: hallábanse en el puerto algunas galeras; disparan la artillería los del buque infiel, y quedan muertos dos tripulantes de la capitana española.

Entra el desco de vengar aquellas muertes tan á traición hechas; apresan las galeras á la nave turca; y toman por arráez del bergantín á la encantadora Ana Félix, que estaba vestida de hombre y un gallardo mozo parecía. Indignado el general de la nao española por la muerte de los dos soldados, manda ahorcar al mancebo; mas cuando ya tenía atadas las manos y echado el cordel á la garganta, llega el virrey á la capitana, y viendo tal espectáculo, suspéndese el castigo, y ordena al ya próximo á morir que cuente su vida y dé explicación de sus osadías. Relata brevemente su historia Ana Félix; enternece los ánimos de todos con el cuento de sus honestos amores; y dice que, por extratagemasuya, queda en Argel, vestido de mujer, D. Gregorio, su noble y sincero amante, esperando su libertad. No bien acaba de hablar Ana Félix, cuando su padre Ricote, que peregrinando iba por España en busca de su hija, vestido de alemán, después de haber desenterrado el tesoro que dejó oculto en su pueblo, reconoce y abraza á su hija, dando esto lugar á escenas de grandísimo sentimiento. Ricote había entrado en la embarcación al mismo tiempo que entró el virrey con su comitiva.

Admirados todos del extraño caso, las personas más principales se proponen interponer su influencia para que padre é hija pudiesen vivir tranquilamente en España, y al efecto marcha á Madrid un caballero rico y de grandes relaciones, llamado D. Antonio Moreno. Quedan, en el entretanto que este señor no conseguía lo que se deseaba, Ricote en casa del virrey de Barcelona, y la hermosa Ana Félix en compañía de la misma mujer de D. Antonio.

Olvidábasenos decir que, merced á la prodigalidad de Ricote, al amor de su buena hija y á los excelentes oficios de todos, el joven D. Gaspar Gregorio, fué libertado de la situación trisísima en que se hallaba en Argel, y después de haber sido recibido en Barcelona, por Ricote con lágrimas y por Ana Félix con honestidad, en frases felicísimas de Cervantes, partió para la corte con D. Antonio, llevado de la mira de activar cuanto antes el momento de su ventura y abrazar á sus padres, que muy desconsolados estaban desde su presta y súbita ausencia.

¡Cuán notable contraste entre estos dos bellí-

simos y morales episodios con los que interpoló en su libro el falso Avellaneda, y de que hemos hablado en el anterior capítulo! ¡Qué enaltecidas quedan en las obras del primero las buenas costumbres y las intenciones sanamente amorosas, y qué bajamente menospreciados son por el segundo todos los puros y nobles afectos, puesta la intención solamente en la alabanza y aun la deificación de lo deforme y criminal!

Las doncellas y damas que Cervantes presenta en escena en la Segunda parte, están adornadas de las mismas cualidades de honestidad que las de la Primera. Quiteria corresponde á lo que era de esperar de una buena hija, obedeciendo sumisa á casarse con el hombre á quien sus padres preferían; no es sabedora del ardid que entrañaba el fingido suicidio de Basilio; pero una vez libre del compromiso de ser esposa del rico Camacho, por las circunstancias referidas, ya podía demostrar su predilecto amor á Basilio, teniendo por verdadero y legal el matrimonio intentado y de tan singular modo contraído, sin faltar en nada ni á su pudor ni á su dignidad; antes bien, dando señales de discreción, se granjeaba las generales simpatías por su desinterés y nobleza.

El tipo de Ana Félix es sumamente encantador. Se leen con pena las muchas que sufrió aquella joven cristiana, honestísima, inteligente y enamorada, merecedora siempre de la mejor suerte y de la protección de todos. Corresponde á la pasión que le profesa el apuesto y rico Don Gregorio con aquellas relaciones puras y finezas gratas y comedidas con que responden siempre los ánimos virtuosos á las distinciones y preferencias del amor. Su hermosura compite con su grandísima perspicacia y su rectitud de intenciones. Se la ama y se la admira juntamente: tan sobresaliente es.

En la interesante figura de la Duquesa veremos los defectos de una educación muelle y ociosa, propensión á los pasatiempos, burlas contra las personas, futilidades por recreos, inconveniencias por donaires, falsedades por certezas; pero también verémosla siempre fiel y honradísima consorte, y ni aun la maledicencia ni la envidia osaron jamás poner tacha en la limpieza de su conducta. Las esposas de D. Antonio Moreno y D. Diego de Miranda son dos damas dignas de toda estima y respeto, y sus pensamientos no se dilataban más allá de los justos propósitos de sus maridos.

La misma doncella Altisidora, aquella que tan determinadamente se divierte con el caballero de la Mancha, si aparece como desenvuelta, amiga de burlarse, lista y dispuesta para toda

travesura, jamás se muestra como liviana ni licenciosa. Es sólo una muchacha viva é inexperta que halla en todo lo referente al Hidalgo motivo de pasatiempo y de risa. En fin, hasta aquellas dos señoras, que en el baile habido en casa de D. Antonio Moreno en Barcelona, se dieron traza en sacar á danzar á Don Quijote, moviéndole no sólo el cuerpo, sino el ánimo, según Cervantes, si bien algo descompuestas y burlo-nas, "por dar lugar á que las burlas alegrasen sin enfado", eran con todo muy honestas.

Sólo una mujer aparece menos recatada y muy reprehensible, la hija de D.^a Rodríguez, la cual dando oídos al demonio de la vanidad y del interés, déjase seducir y se rinde á los deseos de cierto vasallo rico del Duque, quedando luego burlada la joven é imposibilitada de recuperar su honor. Vese así cómo Cervantes al preser-tar el vicio, el defecto, la falta, no es para justificarlos, sino para hacer palpables sus fatales y desesperadoras consecuencias. La hija de Doña Rodríguez no ha sabido guardar su honra; no ha luchado ni vencido en la guerra de los malos apetitos contra los sagrados deberes del pudor. Cervantes hace ver que era absolutamente imposible reparar proceder tan peligroso. Por eso ni todos los esfuerzos que hace D.^a Rodríguez porque se verifique el matrimonio de su hija con el que la había ofendido, ni sus quejas al Duque, ni aun la misma intervención de Don Quijote, ni la resolución del lacayo Tosilos de casarse con la deshonorada joven, pueden llegar á un arreglo en el asunto; antes bien lo empeoran, y al fin la D.^a Rodríguez sale del palacio de los Duques, y su malandante hija queda encerrada en un convento; castigo merecido del descuido de aquélla y de la deshonestidad y poca reflexión de ésta.

Mucho más nos detendríamos si hubiéramos de hacer notar y ensalzar todas las perfecciones que la Segunda parte del *Quijote* atesora, no sólo respecto al mérito literario (pues como hemos insinuado, no tanto es la mejor obra de Cervantes, cuanto de la literatura española en general), mas también por la portentosa suma de erudición que revela en aquel gran Escritor, quien con magistrales y profundos conocimientos y suficiencia trata de gobiernos, estados, religión, leyes, naciones, guerras, historia, geografía, astronomía, literatura, ciencias, artes, agricultura, comercio, industria, en fin, de todo y sobre todo. Pero dámonos por satisfechos con haber estudiado más detenidamente que hasta aquí el mérito de esta producción universal, sin necesidad de hacer más extenso y dilatado nuestro estudio para complemento del elogio. (4)

ILUSTRACIONES Á LOS CAPITULOS VII Y VIII

1.^a—Comprobación de nuestro dictamen. Trabajo en que lo hemos efectuado. Resumen de nuestros razonamientos. Coplitas sobre materia córnea.

Con toda la extensión necesaria hemos tratado esta cuestión en nuestro trabajo, titulado *Lope de Vega autor del Quijote de Tarragona*, publicado en *El Pueblo*, de Cádiz, año de 1893. Presentamos allí multitud de pruebas que abonan nuestro juicio, con ejemplos y demostraciones convincentes.

Sintetizamos en esta forma nuestras investigaciones: "La prosa de Lope de Vega y la del autor del falso *Quijote* tienen evidente parecido. Aparte de escribir á veces sin artículos, como ya indicó Cervantes, uno y otro son cansados en las narraciones por la demasiada prolijidad y no pocas ocasiones por insoportable pesadez; los dos resaltan por su prurito de mostrar erudición y pasar plaza de filósofos; entrambos despuntan por soberbios y ultrajadores. Hay además escenas en la obra de Avellaneda que recuerdan otras de las de Lope, como si este último fuera el verdadero autor en ambos casos. La vaguedad en delinear caracteres, es idéntica entre las novelas de Lope y la ficción de Avellaneda. Son iguales los dos en usar palabras demasiado afectadas ó que pecan de bajas y vulgares. Muchas frases y locuciones del peculiar agrado de Lope, se repiten también por Avellaneda. En pasajes algo ó muy libres, cuento de inverosimilitudes y relato de casos extravagantes, tienen asimismo bastante semejanza. Todo, en fin, evidencia y fuerza á creer que el único escritor á que ha de atribuirse el engendro de Tarragona, ha de ser el de *La Arcadia* y *El Peregrino*".

Una observación muy curiosa. Ya hemos visto cómo atacó el autor del *Quijote* amañado la

limpia honra de Cervantes en un pasaje procaz é indecente. Parece que el mismo Lope fué el que lo escribió, pues idéntico pensamiento, aunque variando la forma, y refiriéndose á otro sujeto, se expresa por él en unos versos de *La Arcadia* (libro III); burlas también, aunque no tan sangrientas ni personales, de equívocos intencionados contra los maridos engañados por sus mujeres. El pastor Silvio, viendo que Isbela tenía, entre las flores de su tocado, "*unos pequeños cuernos engastados en oro*," de estos de color morada que suelen tener las mariposas de las dehesas, templó su instrumento y de improviso cantó así:

"Mala fruta ha producido
La tierra de aquesas flores,
Si es que hurtar no habéis querido
El uso á los cazadores.

Que como á tantos abrasa
El fuego de vuestros ojos,
En la puerta de la casa
Habéis puesto los despojos.

No sé qué piensa el galán
Que tal empresa os consiente,
Si por memoria no están
De los que él tiene en la frente.

Aunque quizá se descarga
Por lo que más se condena,
Que es daros á vos la carga,
Pues él padece la pena.

Presto el que os vé se retira
De vuestra cara amistad,
Como el que á la horca mira
Al entrar en la ciudad;

Que por más que ciego pasa
Y vuestra luz le divierta,
¿Quién ha de alquilar tal casa
Con tal cédula á la puerta?

Si temen cuantos la ven,
Es muy bien hecho que teman,
Que aun ir por lumbre no es bien
Donde tal madera queman.

Fácil argumento es
De vuestra mucha flaqueza,

Traer ligeros los pies
Y pesada la cabeza.
¡Qué mala usanza de torre,
Pues luego el que á veros viene,
Conoce el viento que corre
Por la veleta que tiene!
Si habéis en vuestra conquista
Tales armas escogido,
El que las tenga os resista;
Que yo me doy por vencido."

¿No tienen evidente parecido, idéntica filiación estos versos con aquellos otros del capítulo IV del *Quijote* de Avellaneda, tan insultantes y mal intencionados?:

Sus flechas saca Cupido
De las venas del Perú,
Á los hombres dando el *cu*
Y á las damas dando el pido.

¿No recuerda esto desde luego aquel *buey*, aquel *co* y *cu* del indecente soneto contra Cervantes, indudablemente escrito por Lope para denigrarlo?

¿No es visible también la coincidencia de los juegos injuriosos de palabras entre aquel "plumaje de dos elevadas plumas que suelen ponerse algunos sobre la cabeza, á veces de oro, á veces de plata y á veces de la madera (asta ó cuerno) que hace diáfano encerado á las linternas," y "los pequeños cuernos engastados en oro" que llevaba la Isbela de *La Arcadia*, y dieron motivo á que el pastor Silvio hiciera picantes alusiones á la desgracia que amenazaba á sus amadores?

El *buey*, el *co-rnudo*, el *cu-co* del soneto de Lope, son calificativos que se repiten con variación de palabras, pero con la propia intensidad ofensiva, contra Cervantes por el mismo injuriador, cuando habla después embozadamente, en la prosa mezquina del *Quijote* falso, de los que llegaban con las plumas, ó cuernos, hasta el signo de Aries ó el de Capricornio, ó se fortificaban con ellos en el castillo de San Cervantes, á quien también llamó viejo por un rodeo de palabras parecidas.

Todo, pues, tiende á probar que fué Lope el autor del *Quijote* de Avellaneda, como en el texto dejamos dicho.

2.^a—Aseveraciones sin fundamento. Propósitos descabellados por rehabilitar el "Quijote" de Avellaneda. Número de ediciones que se han hecho de esta obra en España. Otras continuaciones del "Quijote" de Cervantes.

Las palabras de Salvá, fallando á favor del mérito de Avellaneda, son aseveraciones destituidas de todo fundamento, como lo fueron los

elogios desmedidos que en el primer tercio del siglo XVIII le tributaron Montiano Luyando y Nasarre.

Ni más ni menos hay que decir respecto de los optimismos emitidos recientemente por el señor Menéndez Pelayo, quien, si bien no llega á incurrir en las herejías literarias que otros, realza, sin embargo, la obra de Avellaneda con tan equivocado y extravagante criterio, que la coloca entre las mejores novelas de segundo orden que produjeron nuestros escritores del siglo de oro. En estilo, buen lenguaje, método y mérito narrativo, gallardía de exposición y relatos ingeniosos, sin bajeza de naturalismos repugnantes, superaron á Avellaneda la mayor parte de los novelistas contemporáneos. Avellaneda sólo se distingue por su prurito de imitar, de manera pobrísima, el lenguaje de los libros caballerescos ó algunos pasajes de la producción cervantina, adulterando el pensamiento, y el modo y forma natural de la elocución, porque el imitador carecía en absoluto de la profunda concepción estética del creador admirable del *Quijote*.

Á pesar de todo cuanto ha dicho el Sr. Menéndez Pelayo, en su prolijo artículo de *El Imparcial*, su opinión será siempre tenida como mera lucubración de erudito, que no satisfará nunca á los estudiosos. Su aparatosa exhibición de palabras, demostrará, si se quiere, suma verbosidad; pero sin argumentos que persuadan, ni razones atendibles que convenzan.

Son propósitos, pues, descabellados cuantos se hagan por rehabilitar el *Quijote* de Avellaneda ante la opinión pública. El instinto popular, más acertado en esto que el especial de algunos eruditos, no ha visto, ni percibido, ni saboreado nunca en la obra de Avellaneda, excelencias soberanas de inventiva ni de ingenio, de gracia ni apacible seducción.

Por eso, en el transcurso de cerca de tres siglos sólo se han hecho cinco ediciones de la imitación de Avellaneda. La primera en Tarragona, año de 1614, por Felipe Roberto; la segunda en Madrid, año de 1732, por Isidro Perales (Don Blas Nasarre); la tercera en Madrid, año de 1805, por el impresor Villalpando; la cuarta en el tomo XVIII de la Biblioteca de Rivadeneyra, Madrid, año de 1851; y la quinta en Barcelona, año de 1884, por D. Daniel Cortezo. La edición tercera tiene suprimidos por la censura los obscenos cuentos de *Los felices amantes* y *El rico desesperado*, y en la última también se hicieron algunas supresiones por razones de decoro.

La casa editorial de la última edición advierte que la obra de Avellaneda ha sido reputada por algunos como clásica, y que figura en la lis-

ta de autoridades del idioma, lo cual es completamente falso.

Cervantes, que profetizó el gran renombre que su libro había de obtener en los venideros siglos, acertó también con la triste merecida suerte que tuvo, tiene y tendrá la obra de su imitador Avellaneda. "Si ella (la *Historia de Don Quijote* por Avellaneda) dice en un capítulo, fuese buena, fiel y verdadera, tendrá siglos de vida; pero si fuese mala, de su parto á la sepultura no será muy largo el camino".—"Bien sea venido á nuestra ciudad, decían en Barcelona al Don Quijote de Cervantes, el espejo, la estrella y el norte de toda la caballería andante, donde más largamente se contiene: bien sea venido el valeroso Don Quijote de la Mancha, no el falso, no el ficticio, no el apócrifo, que en falsas historias estos días nos han mostrado, sino el verdadero, el legal y el fiel, que nos escribió Cide Hamete Benengeli, flor de los historiadores". La posteridad ha confirmado y corrobora cada día más los justísimos juicios de Cervantes.

*
* *

Como dato curiosísimo, puesto que del *Quijote* de Cervantes y del espurio hemos tratado con tanta extensión, vamos á citar una continuación extranjera que se hizo á fines del siglo XVII por un Avellaneda francés. De este libro habló Morán, aunque muy superficialmente, en su *Vida de Cervantes*; pero quien más pormenores ha dado de dicha producción ha sido el ilustrado cervantista D. Leopoldo Rius y Llosetas en un original y notable trabajo que se insertó el año de 1872 en el tomo I de la *Crónica de los Cervantistas*, páginas 124 á 128. Es un estudio tan extenso y completo sobre la referida imitación el del Sr. Rius, que nuestro principal cuidado será el seguirlo fielmente para dar exacta idea del aborto francés. No otro nombre merece esa continuación disparatada. Consta de sesenta y un larguísimos y pesados capítulos.

Revierte y desmenuza el atrevido autor con gran descaro el último capítulo del *Quijote* de Cervantes, y al llegar á las hermosas frases con las que Alonso Quijano el Bueno se despide de sus amigos, las trueca y dice: "Don Quijote curó por fin, y volvió á su buen juicio, de modo que era consultado y admirado por todos sus vecinos". Dice un tal Zulema, por boca del continuador, que Don Quijote se entretenía ociosamente en su aldea; que en una discusión con el cura, nuestro caballero se declaró contra la diversión de la caza, y pasaba largas pláticas con Sancho, en una de las cuales le propuso éste se casase con su hija Sanchica. Sin más ni más, Don Quijote se vuelve otra vez loco, Sancho quiere ser armado caballero andante, y su amo, en un pesadísimo discurso, habla furiosamente contra el orgullo de los grandes. Pasando por alto la visita que Dorotea hace á Don Quijote y á Sancho, visita ridícula en que este último se enamora de aquella princesa, llegamos al capítulo en que Don Quijote arma caballero á Sancho, cuya ceremonia tan sólo es un pobre remedo de la graciosa manera que tuvo Don Quijote en armarse caballero. Empieza á cometer extravagancias Sancho. Ataca á dos avestruces que le derriban y maltratan de manera, que se cree vencido y muerto por mano de dos encantadores africanos. Llévanle á la casa más próxima, y acontece ser la de Basilio el pobre, casado con Quiteria la

hermosa. En ella ambos caballeros permanecen varios días, durante los cuales Sancho se embriaga muchas veces, dice mil boberías, y habla de historia, de mitología, de nigromancia y otras cosas más.

Prosiguen los dos caballeros su marcha; Don Quijote entra en una herrería, que en su delirante fantasía cree es el infierno, y combate y ahuyenta á toda la cohorte infernal: sale del averno, penetra en un bosque, y la suerte le lleva á salvar la vida de una tal Eugenia y de su esposo Valerio, víctimas de ladrones. En premio de tal hazaña, ambos caballeros andantes son hospedados en el castillo de los salvados esposos, en el cual les avienen una serie de aventuras que quieren ser remedo de las donosas burlas trazadas por los Duques en la Segunda parte del *Quijote*. Las que Valerio y Eugenia hacen á Don Quijote, son tontas é inverosímiles en alto grado, y no decimos nada de las que sufre Sancho, pues, con ser tan groseras, rayan en lo indecoroso.

Continúase diciendo que llegaron al castillo unos viajeros y viajeras franceses, quienes por vía de episodio, relatan una larguísima historia; salen nuevos personajes; hay mezcolanza de combates, en los que toma también parte una cuadrilla de ladrones; aparecen como por encanto D. Fernando, Dorotea, la Duquesa y el Duque; Don Quijote sufre á quema-ropa una descarga de fusilería que no le hace mella, y á renglón seguido surge en cuerpo y alma un encantador que lo revuelve todo. Siguen las burlas en el castillo; Sancho llega hasta el punto de insultar á la Duquesa; Don Quijote, de incógnito, desafía á su antiguo escudero; el lance tiene lugar en un bosque, y acompañanle una porción de transformaciones y desapariciones, que mejor que aventuras parecen comedia de magia, como dice muy oportunamente el Sr. Rius.

Síguense relatando muchas inverosimilitudes y disparates; pero nada tan lleno de despropósitos como lo siguiente: Don Quijote y Don Sancho Panza, paseando por uno de los parques del castillo de la Duquesa, se encuentran de manos á boca con la de la cueva de Montesinos; penetran en ella, y allí les avienen en tropel innumerables aventuras. La tierra se abre, vomitando llamas y demonios (sic), con una serie de mágicas visiones donde aparecen y desaparecen Merlin, el sabio Frestón, un encantador llamado Parafaragaramus, Plutón, Minos, Radamanto y otros; la cueva se transforma de mil maneras, y todo se reduce á truenos, llamas, demonios, derrumbamientos y confusión; formando una amalgama de escenas inverosímiles las unas, extravagantes las otras, inconexas las más, y ninguna ingeniosa. Todo esto para preparar el desencanto de Dulcinea.

¡Qué desencanto! Después de mil mutaciones y transformaciones, propias sólo de un espectáculo de magia, aparece la misma figura, el rostro mismo, la misma fisonomía, la perspectiva misma de Aldonza Lorenzo. El medio más expedito que el autor anónimo encuentra para desencantar á Dulcinea, es la aparición de Aldonza Lorenzo en carne y hueso, á cuya vista Don Quijote queda absorto, sobre todo cuando le dicen que para siempre debe renunciar á su dama, porque ésta va á hacerse monja. Confesemos que desenlace más insulso no lo hay.

Para acabar el examen de la portentosa continuación, diremos que, por iniciativa de los Duques, llegan al castillo, además de Aldonza Lorenzo y su marido (¡Dulcinea casada!), el cura y el barbero, un sobrino de aquél, Teresa Panza y su hija;... en fin, Argamasilla entera. Una vez reunidos, todos contribuyeron al desencanto de Dulcinea, y regresan á su lugar. Don Quijote y Sancho, á su vuelta, beben del agua de una fuente que ellos toman por la del olvido, y que real y efectivamente causa la muerte á Don Quijote.

D. Jerónimo Morán dió noticia de la obra anterior, refiriéndose á una edición de 1741. Pero el Sr. Rius, con el profundo conocimiento bibliográfico que le distinguía, ha observado que la tal continuación figura ya con la traducción de Filleau de San Martin, impresa en Paris en 1681. "Después, añade el Sr. Rius, se han repetido las ediciones y en la mayor parte de ellas aparece Filleau como traductor, sin embargo de que consta que éste sólo ha traducido lo que escribió Cervantes, y la continuación ha quedado anónima, aunque sería suya, si bien algunos la atribuyen á Roberto de Challes. De esta manera el *Quijote* continuado ha circulado y circula por Francia como cebo para los incautos".

Nada tenemos que decir sobre el demérito literario de este engendro, y más comparándolo con el magnífico original de Cervantes. Basta haber expuesto los dislates que contiene la continuación de ese nuevo Avellaneda, para que se comprenda que Roberto de Challes, ó si nó San Martín, sólo fué uno de esos malandrines escritores que osaron descolgar la pluma de Cervantes para proseguir aventuras cuya trascendencia no alcanzaban, y cubrirse de ridículo ante la posteridad en todos los tiempos.

*
* *

Le Sage, al publicar en francés, á principios del siglo XVIII, el *Quijote* de Avellaneda, añadiendo casi el doble de capítulos del original español, suprimiendo otros, ó mezclando nuevos episodios en el texto, fué, á su modo, otro continuador de Cervantes en Francia. Hecha la traducción, ó mejor dicho, el arreglo del *Quijote* falsificado á su capricho, presentó desfigurado por completo entre sus compatriotas el tipo genuino que creó Cervantes, é hizo formar una idea bien distinta de la que hubo de tenerse antes respecto de *El Ingenioso Hidalgo*.

Es indudable que tanto la continuación de Challes ó San Martín, como la ingeniosa adulteración de Le Sage, despertaron en otros escritores, amantes de las novelas estupendas é inverosímiles, el deseo de inventar nuevos cuentos y patrañas, basados en la primitiva concepción de Cervantes; pero bastardeado el pensamiento y continuado el plan de manera aventurada, y sin aquel talento y buen gusto que reclamaba la excepcional importancia de la empresa.

Fué uno de ellos cierto desconocido, pues no entregó su nombre al público. Dió á la estampa en París, año de 1725, una larguísima continuación en cinco tomos de la historia y aventuras de Don Quijote, suponiéndola traducida de un manuscrito español de su verdadero historiador Cide Hamete Benengeli. El autor explica, en un cansado prefacio, cómo llegó á su poder el manuscrito y por qué estuvo perdido durante infinitos años. (1) El bachiller Sansón Carrasco suministró á Benengeli los materiales para la continuación.

Restablecido Don Quijote de su postrera enfermedad, decide hacerse pastor en unión de Sancho. Pero el Rey de España le manda llamar á la corte, y pronto deja la tranquila vida campestre. Pídele el monarca que vaya á la conquista de un tesoro, á lo que se dispone, y son muchas las aventuras y peripecias que le suceden. Marcha después á Marruecos, donde era cautiva del Rey infiel su adorada Dulcinea. Sácala de las prisiones y tráela consigo á España, donde se casa con ella, previa promesa de abandonar para siempre el duro ejercicio de las armas. Sin embargo, Don Quijote no puede permanecer ocioso en su casa, y emprende de nuevo infinidad de correrías, á cual más ridículas y disparatadas. Va al palacio de los Duques acompañado de su esposa Dulcinea. Sancho Panza desbarras de lo lindo y Don Quijote se muere, cuando menos se piensa, harto de cometer tonterías y decir sandeces. En esta continuación hay exceso de dislates mágicos y otras monstruosidades.

Asensio y Rius, aquél en un folleto, y éste en el segundo tomo de su *Bibliografía crítica cervantina*, han dado cuenta de tan estrambótica publicación, aunque sólo merece un breve apunte según su escaso mérito inventivo y literario.

Á otro francés se debe asimismo un conato de continuación del *Quijote*, del que existen algunos pliegos manuscritos en la Biblioteca Nacional. Dicho trabajo se atribuye al Rey Felipe V, cuando era sólo Duque de Anjou. El sabio Hartzenbusch dió noticia del referido fragmento imitativo, que carece de real mérito y abunda en empalagosas puerilidades.

De otra continuación del *Quijote* habla Morán, según un apunte inédito de Navarrete, que también citó Clemencin en sus anotaciones del segundo tomo de su famosa edición. Refiérese á algunos capítulos titulados *Un baile de máscaras*, que se suponían escritos por Cervantes; pero olvidados por Tieck en su traducción alemana de la grandiosa obra. Esto, sin embargo, era mera suposición para mortificar el amor propio del diligente escritor germano. Tales capítulos no eran, no podían ser de Cervantes, ni tienen nada de particular en su esencia y en su forma. Los escritores que los dieron como de Cervantes, cometieron una imperdonable superchería; ni merecen, por su pobreza de invención, más que estas escasas líneas.

*
* *

Todavía hemos de citar dos nuevas continuaciones, publicadas en España. Una vió la luz en

(1) *Suite nouvelle et véritable de l'histoire et des aventures de l'incomparable Don Quichotte de la Manche. Traduite d'un*

manuscrit espagnol de Cide Hamet Benengeli, son véritable historien. A Paris: Chez Ch. le Clerc et P. Huet.—1725 y 26.

Búrgos el año de 1868: fué su autor D. José Martínez de Rives, persona ilustrada y buen escritor, que se ocultó bajo el seudónimo del Bachiller Avellanado. De este trabajo sólo se dieron á la estampa algunos capítulos: quedó incompleto: la Crítica tratólo con harta severidad. No puede negarse que tiene trozos notables por su lenguaje y forma, aunque afeados por la afectación.

Cuando se imprime nuestra obra, año de 1901, acaba de publicarse un nuevo libro, que creemos es el último en este género de lucubraciones. Titúlase "*Historia de varios sucesos ocurridos en la aldea después de la muerte del Ingenioso Hidalgo D. Quijote de la Mancha, por José Abaurre y Mesa. Madrid: 1901. Imprenta de los sucesores de Rivadeneyra. (2 tomos en 8.º: el 1.º de 212 págs. y el 2.º de 241).*"

La obrita está muy bien impresa; pero en todo lo demás resulta bastante endeble. El autor ha luchado, sin poderlos vencer, con todos los obstáculos consiguientes. Nuevo caso de cuán imposible es imitar ni continuar las obras de Cervantes. El autor de la novísima continuación ha puesto cuidado en que su labor salga esmerada y aceptable; pero no ha logrado conseguirlo. No resucita á D. Quijote para distraer al lector, como han hecho otros escritores, con el relato de interminables extravagancias. Todo pasa natural y sencillamente. Se verifica su entierro y asistimos á las humildes honras fúnebres por su alma.

Pero después se apodera el autor del bachiller Sansón Carrasco para hacerlo protagonista de la continuación.

El pobre bachiller está abrumado de pesar; no puede vivir de remordimiento. Al vencer con sus trazas en Barcelona al noble hidalgo manchego, bajo el antifaz del caballero de la Blanca luna, ha sido el verdadero causante de la muerte de Don Quijote. Obligado, según el pacto, á no seguir en sus proezas andantescas en el caso de ser vencido, se retira Don Quijote á su pueblo y muere á manos de tristezas y melancolías. Él, sólo él, Sansón Carrasco, es por consiguiente el autor de la irreparable desgracia.

En vano procura acallar sus escrúpulos el cura Pedro Pérez; en vano quiere apaciguar la intranquilidad de su sobresaltada conciencia. Sansón Carrasco, cada día más obcecado, cada vez más maniático, quiere también hacerse caballero andante, salir en busca de aventuras, como sacrificio expiatorio que le imponía la buena memoria del infortunado caballero. Y al campo sale, armado de las mismas armas que llevaba cuando fué pérfido vencedor de Don Quijote.

Servíale de escudero aquel Pedro Alonso, que en otros tiempos llevó á Don Quijote á su aldea brumadas las costillas por los golpes que le dieron sin compasión.

El Duque hace una visita entretanto á Argamasilla para rezar sobre la tumba de Don Quijote, dedicarle un monumento artístico y consolar á su familia y á Sancho Panza. El bachiller, llevado de su pertinaz manía, cree que el Duque va con objeto de desafiarlo como causante de la muerte del caballero manchego, y su plan es desde aquel instante buscar á su enemigo y vencerle. Mientras el bachiller anda preocupado con estos insanos proyectos, y encuentra en una venta á D. Alonso de Tarfe, ante cuya presencia hace grandes alabanzas de Don Quijote, el Duque ha llegado á Argamasilla y se está levantando en la plaza del pueblo una estatua ecuestre, traída de Italia, para gloriosa memoria del caballero sin par. En el momento de la inauguración, entra á todo correr de su caballo el bachiller, y, acometido de un ataque cerebral, cae repentinamente muerto.

Tal es, en resumen, aparte de otros secundarios incidentes, el último libro publicado queriendo continuar la obra maestra. La invención, como se nota, es pobre, los caracteres inverosímiles, ó caprichosamente exagerados, lánguida la acción, forzado el desenlace.

La labor literaria deja mucho que desear, sin ser del todo mala.

Para presentar al público de nuevo los personajes creados por Cervantes, hay, por lo menos, que hacerles hablar en los términos propios que lo efectuó el inmortal Autor, ó en otros muy parecidos. Pero querer que se expresen con palabras y frases á la moderna, y digan, por ejemplo: "concrete vuestra merced más la cuestión;" "si consideráis las cosas desde el punto de vista material;" "atmósfera saturada por tantos crímenes," etc., etc., no puede ser en manera alguna.

Esos giros, esas frases no se empleaban en tiempo de Cervantes, ni él las usó nunca, y por consiguiente resultan de todo punto inadmisibles y fuera de su lugar en una continuación cervántica.

3.^a—Continuaciones que se han hecho de la "Vida de Sancho Panza. Algunas palabras acerca de las que han circulado como más notables.

El tipo de Sancho, tan felizmente creado por Cervantes, mereció desde un principio tanto crédito y aceptación como su mismo amo Don Quijote. Los sucesos y peripecias de su gobierno

insulano fueron muy del agrado del público, y han servido después para calcar sobre ellos las continuaciones más ó menos aceptables que se han hecho de la *Vida* del escudero simpático.

Fué un francés, el mismo autor anónimo que compuso la *Suite nouvelle et veritable de l'histoire et des aventures de l'incomparable Don Quichotte de la Manche*, de que antes hemos hablado, el que intentó seguir también el pensamiento del autor primitivo, respecto del gobernador de la Barataria.

No pareciéndole todavía bastante con haber amontonado aventuras y disparates á su antojo, en los cinco tomos de su mixtificación acerca de Don Quijote; publicó otro más, como complemento de sus atrevidos propósitos, con el siguiente título: "*Histoire de Sancho Panza, alcalde de Blandanda, servant de sixieme et dernier volume á la Suite nouvelle des aventures de Don Quichotte. (A Paris, chez le Clerc: 1726; en 12.º, de 443 páginas).*"

Aunque en los 5 tomos anteriores se relatan varios casos de la sagacidad de Sancho en un nuevo gobierno, como delegado y hechura del Duque, en el sexto volumen se extreman las ficciones de un modo prolijo hasta lo impertinente. La hija de Sancho, la Sanchica de Cervantes, contrajo matrimonio con un noble, que se llamaba *D. Enriquez*, y era Conde de Blandanda. El yerno llama á su lado al suegro y le hace alcalde de la capital de su condado; pero Sancho se porta tan mal en su nuevo cargo, comete tantas inconveniencias y hace tales disparates, que el magnate se ve en la precisión de buscar un pretexto para que Sancho tenga que renunciar el gobierno, como lo efectúa. Es obra pesadísima, donde se hallan hacinados escenas y sucesos sin gusto, acierto y atractivo.

Hubo de servir ese engendro francés para las continuaciones españolas que se hicieron, á fines del mismo siglo XVIII, por autores españoles.

Fueron dos, que sepamos: una, escrita por Don Jacinto M.^a Delgado y otra por D. P. Gatell.

La primera vió la luz pública en Madrid, año de 1786, con el título de *Adiciones á la Historia del Ingenioso Hidalgo Don Quijote*. El imitador estuvo tan lejos de seguir el modelo que se propuso, cuanto lo está el talento de la ignorancia y la suficiencia de la ineptitud. Trátase de presentar un nuevo ensayo del modo de gobernar Sancho Panza, aunque en esta obra más pruebas da de necio que de discreto. El pobre Sancho Panza termina sus días á manos de un

atracón descomunal. El lector respira por fin.

El autor asegura que su objeto fué extirpar con sus *Adiciones* las ridiculeces de algunos calaveras, que, por el mero hecho de serlos, rebajaban á nuestra nación ante el juicio de los extraños y de las personas sensatas. Las modas de su tiempo, las manías arqueológicas, algunas ridículas costumbres de entonces, parecen estar criticadas en un personaje llamado D. Aniceto; pero todo sin gracia que seduzca ni enseñe.

Esta obrita fué objeto de una picante burla que de ella hizo el P. Fr. Pedro Centeno, bajo el seudónimo de D. Policarpo de Chinchilla, al poco tiempo de publicada. Don Cayetano A. de la Barrera hizo algunas indicaciones sobre esto en el primer tomo de *La Crónica de los Cervantistas*, pag. 103.

Delgado se defendió como pudo. (1)

Como hasta lo malo tiene sus favorecedores, el librito de Delgado fué editado de nuevo en Madrid, año de 1846, con algunas supresiones. De dicha continuación tenemos hecho un extenso y severo juicio crítico, desde 1871, en un *Suplemento* al *Diario de Cádiz*, de que habla con aprecio el ilustre D. Leopoldo Rius en su *Bibliografía crítica*, tomo II.

La continuación de Gatell, cuya primera edición es de 1794, (2) según una nota bibliográfica de D. Cesáreo Fernández Duro, inserta en la página 59 del 2.º tomo de *La Crónica de los Cervantistas*, (Cádiz, 1873) se reimprimió con el siguiente título: "*Historia del más famoso escudero Sancho Panza, desde la gloriosa muerte de Don Quijote de la Mancha, hasta el último día y postrera hora de su vida. Parte segunda. En la imprenta de Villalpando. Madrid, 1798.*"

Se refiere el autor á la primera parte en el prólogo de la obra, donde se daba cuenta de sus actos durante un año que desempeñó el cargo de alcalde de su pueblo. Probablemente tuvo presente P. Gatell, autor de la obrilla, la magistratura popular ejercida por Sancho, cuando fué alcalde de Blandanda por los buenos oficios de su suegro el Conde.

En la segunda parte, escrita por Gatell, Sancho, dejada la vara de alcalde, se muestra muy prudente y retraído, contrario á toda mundanal apariencia. Sus amigos, el cura y Sansón Carrasco, le aconsejan y guían. Sancho llega á estar preso por las malas artes del alcalde que le sucedió, quien le persigue y odia.

La obra, sin embargo, nada ofrece de notable; y mucho menos en orden á sus méritos literarios.

(1) *Justa réplica á la apología irónica que hizo el Sr. Don Policarpo Chinchilla, por el libro Adiciones á la Historia del Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha, etc.*—Madrid; 1786.

(2) *Historia del más famoso escudero Sancho Panza, desde la muerte de Don Quijote de la Mancha, etc.*—Madrid: en la Imprenta Real; año de 1794. (En 8.º)

4.^a—Más ediciones de la Primitiva parte del *Quijote*. Primeras ediciones de la Segunda. Idem de toda la obra. Resumen total de ellas. El gran trabajo bibliográfico de Rius. Nuestro nuevo libro.

Además de las seis ediciones del *Quijote* publicadas en 1605, de que ya hemos hablado, se dieron á luz las siguientes antes de la aparición de la Segunda parte: la de Bruselas, en 8.^o, año de 1607, por Roger Velpius, en la que se introdujeron muchas variantes que se han seguido después por ser oportunas; la de Juan de la Cuesta, 1608, en 4.^o, la mejor de las tres que hizo, por creerse que fué revisada y corregida por el mismo Cervantes; la de Milán, 1609, en 8.^o, por el heredero de Pedro Martir Locarni y Juan Bautista Bidello; la de Bruselas, 1611, en 8.^o, por Roger Velpius y Huberto Antonio, y la de Bruselas, también en 8.^o, 1617, por el mismo Huberto.

Sobre la existencia de esta última edición ha habido dudas. Sin embargo, D. Vicente Salvá dió cuenta de ella en su *Catálogo* de Londres, año de 1829, y el eruditísimo bibliógrafo valenciano D. Manuel Cerdá, ofreció pruebas irrecusables de su certeza en la *Crónica de los Cervantistas*, t. II, pág.^a 25.

La primera edición de la Segunda parte del *Quijote*, vendida como la anterior á Francisco de Robles, fué impresa por Juan de la Cuesta, Madrid, 1615, en 4.^o (1) En la misma portada de la obra, como protesta contra el falso *Quijote*, que apareció en Tarragona el año anterior, se decía expresamente que la *Segunda parte del ingenioso caballero* (varió Cervantes el *hidalgo* por *caballero*) *Don Quijote de la Mancha*, era del mismo autor que la Primera. Las aprobaciones de Márquez Torres, Gutierre de Cetina y el Mtro. Josef de Valdivieso, honran mucho á Cervantes.

La buena acogida que tuvo la Segunda parte del *Quijote*, pruébanlo las nuevas ediciones que se hicieron en cuanto apareció la de Cuesta. Huberto Antonio la reimprimió en Bruselas, 1616, en 8.^o El mismo año se publicó otra en Valencia, con las supresiones hechas en el texto por la Inquisición, por Pedro Patricio Mey.

(1) No bien había empezado á circular la primera edición de la Segunda parte del *Quijote*, la Inquisición dispuso que se suprimieran en el texto del capítulo XXXVI, aquellas palabras que decían: "las obras de caridad que se hacen tibia y flojamente, no tienen mérito, ni valen nada". Algunas ediciones conservaron, sin embargo, este pasaje según había salido en la de Cuesta, año de 1615. Desde 1619, aparecen tachadas en los Índices expurgatorios.

La última edición suelta de la Segunda parte del *Quijote* fué la de Lisboa, 1617, en 4.^o, por Jorge Rodríguez.

* *

La primera reimpresión comprendiendo las dos partes del *Quijote*, se hizo en Barcelona, en el mismo año de 1617. Dos tomos en 8.^o El 1.^o en casa de Bautista Sorita, á costa de Rafael Vives, mercader de libros; y el 2.^o por el mismo editor en casa de Sebastián Mathevad.

Nueva edición de toda la obra apareció en Madrid, años de 1636 y 37. Dos tomos en 4.^o, en la imprenta de Francisco Martínez, con licencia á favor de Pedro Coello, mercader de libros. Esta edición merece aprecio por el cuidado en la corrección del texto.

Hízose nueva edición de las dos partes reunidas en Madrid, 1647, dos tomos en 4.^o, en la imprenta Real, á costa de Juan Antonio Bonet y Francisco Serrano, mercader de libros.

Las ediciones que se siguieron haciendo en España en el resto del siglo XVII, si bien demuestran el favor que llegó á conservar la obra maestra de Cervantes, á pesar de haber triunfado el culteranismo en la opinión con sus perturbaciones y extravagancias, acusan, sin embargo, el gusto más depravado. Los editores suprimían en el texto lo que juzgaban conveniente, sin reparo ni escrúpulo.

En la reimpresión, por ejemplo, hecha en Madrid, año de 1655, un tomo en 4.^o, por Melchor Sánchez, á costa de Mateo de la Bastida, mercader de libros, se dice que "entre las humanas letras debe ocupar lugar *Don Quijote*; que si bien parece, á primera luz, rústica y plebeya amapola, en la verdad es clavel aromático digno de matizar los ramilletes que traen en la mano los afectos á lectura útil y dulce". Añade que "en este particular tocó el punto Cervantes". No obstante lo cual, el editor tenía tan pésimo gusto literario, que dejó de publicar el prólogo de la Segunda parte, tan original y de tan relevante mérito.

También las ediciones de Madrid, 1668 y 1674, (un tomo en 4.^o; dos tomos en 4.^o respectivamente), contienen supresiones licenciosas.

La edición de 1674, es la primera que se publicó en España con láminas. La idea original

En la edición de Lisboa, 1605, también se suprimió, por determinación de los inquisidores de aquel reino, un párrafo del capítulo XIII de la Primera parte, donde se elogia á los caballeros andantes sobre los religiosos por manera sumamente ingeniosa y discreta.

El texto se ha purificado en las ediciones modernas, despreciando, por atrevidas é impertinentes, las profanaciones inquisitoriales.

fué debida á los impresores holandeses y belgas. La edición que llevó láminas antes que ninguna, fué la hecha en Dordræcht, año de 1657. La segunda, la reimpresión en Bruselas, por Juan Momarte en 1662. Esta edición es notable, no sólo por las estampas que lleva, sino por haberse variado el título de la obra por este otro, que ha sido seguido después por varios impresores: *Vida y hechos del Ingenioso Caballero Don Quijote de la Mancha*. En 1671 se dió á luz una nueva edición de la obra en Bruselas con permiso de Momarte, á costa de Pedro de la Calle. Dos tomos en 8.º Texto y láminas, iguales á la de 1662.

Los hermanos Jerónimo y Juan Bautista Verduſsem, impresores de Amberes, publicaron, asimismo con autorización de Momarte, otra edición en esta ciudad, año de 1673. Dos tomos en 8.º Llevan las mismas estampas dadas en 1662 y 1671.

La propia familia Verduſsem, (Henrico y Cornelio) con privilegio expedido á su favor, por término de nueve años, reimprimió de nuevo la obra en Amberes, dos tomos en 8.º, año de 1697. Siguieron en texto y láminas la edición hecha por sus antepasados.

**

Desde los felices ensayos que iniciaron Rios y Pellicer en el siglo XVIII acerca de las ediciones del *Quijote*, despertóse gran predilección por estos estudios bibliográficos. D. Martín Fernández de Navarrete presentó en 1819 la lista más copiosa hasta entonces de las ediciones correspondientes á la Primera y Segunda parte, lo mismo de las hechas en España que en el extranjero. Las laboriosas indagaciones de Clemencín, Bastús, Ochoa, Aribau, Quintana, Gallardo y otros, añadieron muchas interesantes noticias de comprobación ó aclaratorias.

Hartzenbuchs, Fernández-Guerra, Asensio, Pardo de Figueroa, López Fabra, La Barrera, Rossell, Gamero y otros ilustres eruditos han escrito magníficos estudios sobre el particular. En fin, D. Pedro Salvá en su *Catálogo* y D. Manuel Cerdá en sus trabajos bibliográficos de la *Crónica de los Cervantistas* (tomo 2.º), consiguieron nuevos resultados de perfección en esta materia. Y los extranjeros Sres. Viardot, Chasles, Meltzl, Braunfels, Schott, Wernekke, Duffield,

Watts, Fastenrath, Diercks, Putman, Bowle, Ticknor, Fitzmaurice-Kelly, Dörer, Ashbee y otros, han aportado infinidad de datos para conocer el movimiento cervántico en distintos países.

Resumen general de todo lo investigado y escrito sobre este punto, es la obra maestra de un español, que honra á su patria. Nos referimos al magnífico monumento de erudición levantado á la gloriosa memoria de Cervantes, por D. Leopoldo Rius y Llosellas, hijo ilustre de Cataluña.

Treinta años de trabajos, desvelos, investigaciones, viajes y dispendios, invirtió en su magno propósito, dejando como producto de su nunca bien apreciada laboriosidad su *Bibliografía crítica de las obras de Cervantes*.

En Enero de 1876, en carta dirigida al sabio literato Doctor Thebussem, publicada en la *Crónica de los Cervantistas* (págs. 180-82), dió idea de su proyectada empresa, que el año de 1895 tuvo feliz cumplimiento con la publicación del primer tomo de la *Bibliografía*. Su nombre figura con justicia desde entonces al lado de los más eminentes bibliógrafos de España y del extranjero.

Causa admiración el conocimiento y maestría con que lo describe y analiza todo, y el trabajo y sacrificios que se impuso por dejar á sus compatriotas un libro de inmensa erudición cervántica, cuyo vacío se notaba en las letras españolas. La falta que hacía la aparición de una obra de tal utilidad y magnitud, lo dijo él mismo con suma modestia por estas palabras en su artículo de la *Crónica*: "Son muchas y muy completas las bibliografías que las naciones extranjeras han compuesto en honor y á la memoria de sus respectivos grandes Genios. El Dante, Molière, Shakespeare, Goethe y otros, han encontrado escritores, que no sólo se han ocupado en detallar punto por punto las ediciones de todas sus obras, si que también han descrito minuciosamente las publicadas con el objeto de estudiar, discutir, analizar, comentar é ilustrar las que aquellas lumbreras de la literatura les legaron. Esto es lo que trata de hacer por Cervantes el menor y más humilde de sus admiradores".

Rius falleció el año de 1897, cuando daba la última mano á su obra monumental. El segundo tomo póstumo de su *Bibliografía* se publicó en 1899. (1) Ha quedado todavía material inédito pa-

(1) El título del primer tomo de la obra del Sr. Rius es el siguiente:

"*Bibliografía crítica de las obras de Miguel de Cervantes Saavedra*, por D. Leopoldo Rius. Madrid. Administración: librería de M. Murillo; calle Alcalá, 7.-1895. En 4.º.-De VIII-402 páginas, más una para erratas y otra para colofón, que dice:

"Acabóse de imprimir este volumen en Barcelona, por Fidel Giró á los treinta de Septiembre del año mil ochocientos noventa y cinco".

Portada del segundo tomo:

"*Bibliografía crítica de las obras de Miguel de Cervantes Saavedra*, por D. Leopoldo Rius. Madrid. Administración: libre-

ra otro volumen, que trata especialmente de iconografía, (1) y desearían los eruditos viese la luz para bien de los estudiosos y gloria de España.

La *Bibliografía* de Rius es obra que todo lo abarca y comprende respecto de Cervantes; y poco ó nada puede echar de menos en ella el más exigente y entendido, no sólo acerca de todas las ediciones españolas y extranjeras de los libros de Cervantes, sino de las traducciones respectivas, biografías del gran Autor, imitaciones y continuaciones del *Quijote*, comentaristas y anotadores, periódicos cervantinos y otra infinidad de asuntos, todos relativos á Cervantes, hasta los últimos años del siglo XIX.

El número total de ediciones del *Quijote* desde 1605 hasta 1894, según las investigaciones hechas y comprobadas por el ilustre bibliógrafo, son 647. De ellas pertenecen 70 ediciones al siglo XVII; 137 al XVIII, y 440 al XIX.

ría de M. Murillo; calle Alcalá, 7.—1899. En 4.º—382 páginas, más una para erratas y otra para colofón, que dice: Acabóse de imprimir este volumen en Barcelona por Fidel Giró, á los veinte de Noviembre del año mil ochocientos noventa y nueve. Es de extrañar que no se pusiese al principio ó al fin del segundo tomo, una biografía del Sr. Rius.

(1) Dos notables obras de iconografía cervántica hay publicadas.

De una fué autor el insigne cervantista D. Francisco López Fabra, quien dió, en un tomo que acompañaba á su magnífica reproducción foto-tipográfica de la edición príncipe del *Quijote* (Barcelona, 1872-79), una colección iconográfica de cien láminas de diferentes ediciones españolas y extranjeras, para poder apreciar con exactitud la diversa idea

212 del total de ediciones son españolas; y corresponden 27 al siglo XVII; 33 al XVIII, y 152 al XIX.

Las demás están impresas en francés, inglés, alemán, ruso, holandés, sueco, húngaro, portugués, polaco, catalán, danés, bohemio, griego, servio, rumano, croato, finlandés y turco. No se ha comprobado exista ninguna edición en latín.

Más extensamente quisiéramos tratar aquí de la incomparable producción del Sr. Rius, que supera á todo encomio; pero nos lo impiden las extraordinarias dimensiones que va alcanzando la presente obra.

Ya hablaremos de él oportunamente y de sus laboriosas investigaciones bibliográficas, cuando publiquemos su biografía en el nuevo libro que tenemos preparado para darlo á la estampa con el título de *Los mas ilustres cervantistas del siglo XIX*.

que se han formado de la producción inmortal las distintas naciones y artistas que en ella se han ocupado.

La otra obra sobre el mismo tema, es original de un entusiasta admirador de Cervantes, el caballero inglés Mister H. J. Ashbee. Titúlase su libro *An Iconography of Don Quixote. 1605-1895. London. Printed for the author at the University press, Aberdeen. July 1895.* (4.º mayor. De XI-202 págs.) Magnífico estudio descriptivo y crítico de 468 obras artísticas, de distintos méritos, clases y procedencias, todas referentes á Cervantes y sus producciones literarias. Al fin se reproducen fielmente 25 láminas de diversas ediciones que representan aventuras de *Don Quijote*. Es la obra de Mr. Ashbee digna de todo aplauso y aprecio. Hermoso trabajo de investigadora fidelidad.

CERVANTES Y SU ÉPOCA

LIBRO CUARTO

CAPÍTULO I.

Último período de la vida de Miguel de Cervantes Saavedra.

Muere en Flandes el alférez Rodrigo de Cervantes.—Documento otorgado por sus hermanas D.^a Andrea y Doña Magdalena como herederas.—Infundada creencia de D. Aureliano Fernández-Guerra respecto de haber estado en Sevilla Cervantes en 1606.—Documento inaceptable en que se apoya.—Vuelve la corte á Madrid.—Cásase en 1607 D.^a Isabel de Saavedra con D. Diego Sanz del Águila.—Escasez de datos acerca de este señor.—Tienen una hija, y llevó el mismo nombre que la madre.—Déjala D. Diego al morir, heredera de sus bienes.—Cervantes es nombrado albacea de su nieta.—Contrae nuevo matrimonio D.^a Isabel con el agente de negocios, después escribano, Luis Molina.—Dócala su señor padre en dos mil ducados.—Partidas de desposorio y velaciones.—Capitulaciones matrimoniales.—La *Revista de Archivos*.—D. Julio de Sigüenza y D. Cristóbal Pérez Pastor.—Amores de Cervantes en su juventud.—Quién fué la madre de D.^a Isabel.—Entra al servicio de su tía D.^a Magdalena la hija de Cervantes.—Ingresa ésta en el hogar paterno.—Generosidad de D.^a Catalina de Salazar.—Examen de documentos.—Fué Juan de Urbina fiador de Cervantes para el pago de los dos mil ducados.—Molina demandó á su suegro para el cobro en tiempo muy aflictivo para su espíritu.—Satisfizo el débito el fiador.—Convenio hecho entre Urbina y Cervantes.—La casa de la Red de San Luis.—Dilucidase este punto litigioso.—Lo más probable.—Es incierto que Cervantes fuera el dueño de la finca.—Suposiciones hechas sobre el particular, que no pueden aceptarse.—Ruptura de relaciones entre Cervantes y su yerno.—La avariciosa condición de éste.—Infiérese de los testamentos de Molina y D.^a Isabel que el matrimonio no fué feliz.—Ejemplos que lo manifiestan.—Reflexiones sobre el particular.

El 2 de Julio de 1600 había muerto peleando gloriosamente en los Estados de Flandes el hermano menor de Miguel, el alférez Rodrigo de Cervantes, de quien hemos hablado con la detención oportuna en los lugares correspondientes de nuestra obra. Formaba parte desde 1586 del ejército de los Países bajos, donde renovó sus continuos actos de intrepidez y pundonor militar. Pertenecía entonces á la compañía de Sebastián de Otaula, una de las que componían el tercio que estaba á cargo de D. Luis del Villar, soldado y capitán de singular valor y experiencia en asuntos de la milicia.

La batalla de las Dunas, que así se llama en la historia la en que perdió su vida Rodrigo, fué una de las más desdichadas en que intervino, á

los comienzos de su dominación en Flandes, el Archiduque Alberto, esposo de Isabel Clara Eugenia. El príncipe Mauricio de Nassau, jefe de las tropas rebeldes, puso sitio á Nieuport con un ejército de quince mil infantes y tres mil caballos. Eran más reducidas las fuerzas de que disponía el Archiduque, el cual voló en socorro de los sitiados. La batalla, muy reñida y tenaz, duró algunas horas, quedando vencedores los enemigos. Aunque éstos no lograron apoderarse de Nieuport, la derrota de los católicos fué desastrosa. El maestre de campo Gaspar Zapena, quedó muerto en la batalla, muchos capitanes y personas de cuenta prisioneros, más de cinco mil soldados muertos ó heridos, y bagajes, banderas y artillería en gran número en poder de los rebel-

des. El mismo Archiduque resultó también herido en tan sangrienta acción.

Moría Rodrigo de Cervantes á los 50 años de edad, de los que dedicó más de 30 á la vida penosa del soldado, en la que tanto se distinguió siempre, ya en Italia, ya en las Azores, ya en Flandes, sepulcro de su heroicidad. (*)

La familia, sabedora meses después de la desgracia, de la muerte del alférez, hubo de dirigir peticiones á los gobernantes para que se le diera cumplida información de los sueldos que se le quedaron debiendo á Rodrigo. Ordenólo así el Rey por cédula de 1605, expedida en Burgos, la cual sirvió á sus hermanas D.^a Andrea y Doña

(*) Las cartas de pago que se libraron á cuenta de lo que se quedó adeudando, cuando murió, á Rodrigo de Cervantes, según certificado de Asensio de Eguiguren; cartas de pago descubiertas por nosotros en el Archivo de Alcalá de Henares, y copiadas textualmente en las ilustraciones del capítulo II del libro 1.^o, (págs. 120 y siguientes) de la presente obra, no determinaban si la muerte de Rodrigo había sido ó no en acción de guerra.

Hoy podemos afirmar con toda certeza que donde perdió la vida, fué en la batalla que tomó parte el tercio de D. Luis del Villar, al cual perteneció la compañía del capitán Sebastián de Otaula, de la que era alférez Rodrigo.

Los testimonios no pueden ser más fidedignos.

En el testamento otorgado por D.^a Magdalena de Cervantes en 11 de Octubre de 1610, ante el escribano Jerónimo López, se dice en una de sus cláusulas lo siguiente:

“Mando á D.^a Constanza de Figueroa, mi sobrina, hija de D.^a Andrea de Cervantes, mi hermana difunta, la parte de hacienda de tres herederos que somos á la hacienda de *Rodrigo de Cervantes, mi hermano, que le mataron en Flandes en la jornada de 2 de Julio del año de mil seiscientos y uno*. El mismo día cedió su parte correspondiente Cervantes ante el citado escribano, en favor también de D.^a Constanza, por estas palabras: “como en su fecho y causa propia pueda recibir, haber y cobrar toda la parte que me toca de la herencia de los bienes y sueldos del alférez Rodrigo de Cervantes, mi hermano, *que le mataron en servicio de Su Majestad en la jornada de las Dunas en el año pasado de seiscientos y uno en los Estados de Flandes*; y para ello, le cedo mis derechos y acciones, y la hago procuradora, autora, para que ella haga de ello su voluntad como cosa suya propia, por el mucho amor y voluntad que la tengo”.

Los dos documentos referidos, descubiertos por el señor Pérez Pastor, se insertan en el segundo tomo de *Documentos inéditos*, págs. 285-91.

(**) El texto íntegro del documento, que es de interés, dice así:

“Sepan cuantos esta carta de poder vieren como nos Doña Andrea de Cervantes y D.^a Magdalena de Sotomayor, hermanas del alférez Rodrigo de Cervantes; y como sus herederas, ambas á dos juntamente, otorgamos y conocemos por esta presente carta que damos y otorgamos todo nuestro poder cumplido, cuan bastante de derecho se requiere, y es necesario, al señor gobernador Antonio de Ávila, del Consejo de guerra de Su Majestad, residente en los Estados de Flandes, con poder de sustituir en la persona ó personas que le pareciere y por bien tuviere, especialmente para que por nosotros, y en nuestro nombre y como nosotras mismas, pue-

Magdalena para dar poder al señor Gobernador en los Estados de Flandes D. Antonio de Ávila, á fin de que se obtuviera lo que se pedía. El no suscribir este poder Miguel de Cervantes, demuestra que en Noviembre del referido año, en que se otorgó, estaba aquél ausente entonces de Valladolid, aunque viviendo todavía en dicha capital. (**)

La corte de España, establecida en Valladolid, como sabemos, desde 1600, por un capricho del Duque de Lerma, fué trasladada á su anterior residencia, Madrid, en Febrero de 1606, por otro capricho del mismo valido de Felipe III, voluble en todo y pretencioso. (***)

da presentar y presente ante Su Alteza del Serenísimo Archiduque Alberto y ante los jueces y ministros de su Consejo de guerra y ante quien y con derecho pueda y deba, una Cédula de Su Majestad dirigida al dicho Sr. Archiduque para que se averigüe y sepa qué cantidad de maravedís se le quedaron debiendo al dicho alférez Rodrigo de Cervantes, nuestro hermano, de su sueldo del tiempo que sirvió á Su Majestad en los dichos Estados de Flandes; y en razón de esto se fenezcan las cuentas con el dicho alférez, y de lo que alcanzare, se dé certificación y testimonio, según parece de la dicha Cédula, su fecha en la ciudad de Burgos á 6 del mes de Agosto pasado de este presente año, refrendada de Andrés de Prada, secretario de Su Majestad y firmada de su real mano; y en razón de lo susodicho pueda hacer y haga cualesquier pedimentos y presentaciones que convengan y sean necesarios, y en nuestro nombre, siendo necesario, pueda nombrar contador y persona que haga la dicha cuenta, á la cual desde luego habemos por nombrado, y pida se le haga y fenezca la dicha cuenta, y hecha y fenecida, pida se le den las certificaciones y testimonios que convengan, para que con ellos se pueda pedir y cobrar la cantidad de maravedís que pareciere debérsenos como tales herederas del dicho alférez Rodrigo de Cervantes. (*Siguen las fórmulas corriente*). Y lo otorgaron así ante el presente escribano y testigos yusoescritos, que fué fecha y otorgada esta carta en la ciudad de Valladolid á siete días del mes de Noviembre de mil y seiscientos y cinco años, siendo presentes por testigos Juan Ortiz, y Tomás de Fonseca, y Pedro de Lorenzana Buitrón, estantes en esta corte; y las dichas otorgantes, que doy fe que conozco, lo firmaron.—Doña Andrea de Cervantes.—Doña Magdalena de Sotomayor.—Ante mí Pedro de Munguía”. (Pérez Pastor: Segundo tomo de *Documentos*, págs. 287-69).

(***) “En este tiempo, año de 1605, (dice Baltasar Porreño en su obra *Dichos y hechos de D. Felipe III*, capítulo 1.^o) determinó Su Majestad volver la corte á Madrid, su patria, habiendo mirado esto con su gran juicio y entendimiento, (lisonja manifiesta, contraria de todo en todo á la verdad) y con la luz y noticia que sus consejeros le daban; con la cual descubrió razones forzosas de esta mudanza, ayudando á esto las muchas y graves enfermedades y frecuentes muertes que se veían aún en su casa real. Echábase ménos la salubridad y buen temple del cielo de Madrid; y asimismo la villa hacía notable instancia para esta vuelta, y, por medio de su corregidor y cuatro regidores, ofreció á Su Majestad, para mudar su casa y corte, doscientos y cincuenta mil ducados.

Aceptó Su Majestad el ofrecimiento, y luego se publicó la venida de la corte, y se ejecutó después, partiendo Sus

El docto escritor D. Aureliano Fernández-Guerra y Orbe descubrió en la Biblioteca colombiana una carta inédita, dirigida á D. Diego de Astudillo, caballero sevillano, en la que se relata una gira campestre celebrada por varios ingenios y poetas en San Juan de Alfarache durante el mes de Julio de aquel mismo año. El literato mencionado cree, teniendo en cuenta el estilo y lenguaje de la carta, que Cervantes debió escribirla, como secretario de la fiesta, reseñándola menudamente al D. Diego, que por enfermedad no pudo asistir á la diversión. Desde que el señor Fernández-Guerra hizo indicación semejante, han sido varios los críticos que han seguido el dictamen de que Cervantes estuvo en Sevilla el verano de 1606, y tal vez todo el resto de aquel año y el 1607.

Sin embargo, entendemos que no hay pruebas para tal creencia; y, aunque con el temor de oponernos á autoridades respetables, vamos á presentar nuestros argumentos en contra. Nada autoriza á creer que Cervantes se ausentase de Valladolid con su familia en el mismo año en que la corte se trasladó á la antigua capital de la Monarquía: las razones que se presentan de que seguiría á la corte, esperando que todavía le recompensasen por sus servicios las personas principales que ejercían el poder, son del todo aventuradas, pues Cervantes no abrigaba mucha, ni poca, ni ninguna esperanza, después de los desengaños sufridos.

Pero aunque tan repentinamente se hubiera decidido á abandonar á Valladolid, ¿era posible que se dirigiera á Sevilla? No, por cierto.

En Sevilla, ya hemos visto que, si bien residió allí durante muchos años, poquísimos beneficios debió á la fortuna, y no es probable que un hombre ya de bastante edad y cargado de familia, volviera á la capital de Andalucía para luchar con las veleidades de la suerte. Y ¿es ni aun concebible que sólo por solaz, por recreo, por mero placer, hubiérala querido visitar en el

verano de 1606?... Harto escaso de recursos y hartos sobrado de penas estaba nuestro autor para que siquiera lo intentase. Ni se crea que la carta á D. Diego de Astudillo, es argumento convincente sobre la estada de Cervantes en Sevilla durante el año mencionado. Con ingeniosidad y con gracia está hecha la descripción de la gira campestre á orillas del Guadalquivir; pero, perdónenos la sinceridad, no vemos en ella ni la donosura, ni el atractivo inimitable que campean en los escritos de Cervantes. No es aquel su estilo, su fraseología, su peculiar modo de expresión.

Un suceso muy notable para la familia de Cervantes, hay que registrar en 1607. Su hija Doña Isabel, tan inicualemente calumniada en Valladolid por la Isabel de Ayala, contrajo matrimonio entonces con un señor cuyo nombre era D. Diego Sanz del Águila, el cual poseía algunos bienes de fortuna. Producto de esta unión fué una niña, que llevó el mismo nombre de su madre y nació, probablemente, en el mes de Noviembre ó Diciembre del citado año. (*)

Ocho meses después de quedar viuda D.^a Isabel, fué solicitada su mano por un agente de negocios, persona de confianza del banquero Carlos Strata desde 1605, y que más tarde llegó á ser escribano real. Llamábase Luis de Molina y era natural de Cuenca, hijo de D. Pedro de Molina y María de Valenzuela. Había estado cautivo en Argel y fué rescatado por los Padres de la Orden de la Merced á fines de 1598. (**) Para cumplir cierto encargo que trajera para Miguel de algún cautivo ó negociante residente en la ciudad argelina, hubo de entablar relaciones amistosas con Cervantes, que después motivarían el casamiento con su hija. Es un hecho probado que Luis de Molina estaba en Valladolid en 1606.

Poco y mal conocido era lo que se había llegado á saber del origen y nacimiento de D.^a Isabel de Saavedra. Por el *Proceso* de Valladolid llegó á descubrirse que era hija natural de Cervantes, pero no podía afirmarse quién fué ni có-

Majestades y Altezas de Valladolid, lunes á 20 de Febrero, año de 1606^a.

(*) Lo único que se sabe del primer marido de D.^a Isabel de Saavedra, es lo que dice el documento titulado *Escritura de las capitulaciones matrimoniales entre D.^a Isabel de Cervantes, viuda de D. Diego Sanz, y D. Luis de Molina, vecino de Cuenca*.

Este curioso documento, fué encontrado el año de 1853 por el Relator Sr. Travadillo en la titulación de unas fincas de la corte, con motivo de un pleito que se vió en aquella Audiencia. *La Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos* lo publicó por vez primera en el número II del año IV (Madrid, 15 de Junio de 1874; págs. 162-65).

D. Julio Sigüenza lo copió después (*Ilustración Española y Americana*, 8 de Mayo de 1882) con otros papeles referen-

tes al matrimonio de Molina con D.^a Isabel y pleitos de Urbina con aquél sobre legitimidad de la casa en la Red de San Luis, donde vivieron los cónyuges. (Véanse también los números de *La Ilustración* correspondientes á 30 de Marzo; 8, 15 y 22 de Abril del 1883).

Recientemente, cuando estamos terminando la publicación de CERVANTES Y SU ÉPOCA, acaba de comunicar nuevos datos sobre estos particulares el Sr. D. Cristóbal Pérez Pastor en el segundo tomo de sus *Documentos cervantinos inéditos*, págs. 298, 303, 329, 345 y 410.

Que se llamaba D. Diego Sanz del Águila el primer esposo de D.^a Isabel, dícelo ella misma en su último testamento, publicado por Pérez Pastor en el indicado tomo, páginas 334 y 449.

(**) *Documentos cervantinos*, tomo I, págs. 127-278.

mo se llamaba la madre de aquella joven. Hicieron sobre esto multitud de conjeturas, caprichosas en su mayor parte, que propagaron cuentos y leyendas que han quedado reducidas á la nulidad ante los fehacientes documentos descubiertos por la infatigable diligencia de los eruditos, entre los que merece lugar predilecto, por los felices resultados y singular acierto de sus investigaciones, el ilustre D. Cristóbal Pérez Pastor. (*) La madre de D.^a Isabel fué vecina de Madrid y llamábase Ana Franca, aunque otras veces se le nombra Ana Rojas, la cual, estando soltera, tuvo intimidades amorosas con Miguel de Cervantes, allá por el año de 1583, uno antes de contraer matrimonio con D.^a Catalina de Palacios y Salazar. Casó después Ana Franca con un Alonso Rodríguez, de cuya unión hubo dos hijas, y la de Cervantes formó parte de la nueva familia, aunque llevando el nombre de Isabel de Saavedra. Por Agosto de 1599 eran ya muertos Alonso Rodríguez y Ana Franca; y entonces creyó llegado Cervantes el momento de recoger á su hija y que ingresase en la familia según lo aconsejara la prudencia.

Quince ó dieciseis años contaría á la sazón la doncella; y era preciso ponerla á salvo de los peligros de la vida en el período más crítico de la adolescencia. La hermana beata de Cervantes, D.^a Magdalena, de acuerdo con Miguel, prepararon el asunto de manera discreta y oportuna. Bartolomé de Torres, procurador de número de la villa y corte, en nombre y como curador *ad litem* que era (**) de Isabel de Saavedra, hija de Alonso Rodríguez y Ana Franca, y por virtud y usando de la curaduría que de la dicha menor le fué discernida por el Sr. Alcalde D. Francisco Arias Maldonado y Sotomayor, mediante los requisitos legales; puso á servicio de D.^a Magdalena de Sotomayor á su sobrina Isabel por término de dos años. Durante ese tiempo la joven sería criada de D.^a Magdalena y haría todo lo que le mandase dentro de su casa, cumpliendo bien y fielmente; y la hermana de Cervantes obligábase á enseñarle á hacer labor y á coser, la sustentaría y vestiría y le daría buen tratamiento. Por salario de todo el tiempo del servicio, abonaría además D.^a Magdalena veinte ducados.

No es preciso decir, pues desde luego se comprende, con cuánto amor y cuidado procuraría ésta educar á su sobrina desde Agosto de 1599 hasta la misma fecha de 1601, en que terminó el convenio estipulado. Es posible que antes de trasladarse Cervantes á Valladolid, ya D.^a Mag-

dalena habría puesto en conocimiento de su cuñada D.^a Catalina de Palacios quién era aquella joven que pasaba por su criada de servicio, siendo realmente sobrina suya, como hija de su propio hermano Miguel, prenda querida de pasados yerros. Generosa y nobilísima la mujer de Cervantes, hubo de perdonar el desliz amoroso del marido, en gracia de su honrado proceder y atento cariño como modelo de esposos, y la hija de Miguel y de Ana Franca fué desde luego recibida en el hogar de D.^a Catalina con maternal amor.

Ignoramos la fecha fija del primer casamiento de D.^a Isabel de Saavedra, aunque hubo de ser en 1606 ó comienzos de 1607, pues, como hemos visto, la niña Isabel Sanz debió de nacer en Noviembre ó Diciembre de este último año. Es de sentir que no haya datos concretos sobre este matrimonio y carezcamos hasta ahora de indicaciones que nos conduzcan al descubrimiento de la verdad. Tan escasos como son los antecedentes relativos á D. Diego Sanz del Águila, abundan los referentes al segundo marido de Doña Isabel de Saavedra.

El primer documento en que se hallan pormenores respecto del particular, lleva la fecha en Madrid á 28 de Agosto de 1608. Es una escritura de capitulaciones para el matrimonio de dicha señora, viuda de D. Diego Sanz, con Luis de Molina, vecino de Cuenca. Hace constar éste, ante el escribano Luis de Velasco, que estaba tratado y contratado que se había de casar y velar en *faz eclesiæ* con D.^a Isabel de Saavedra, viuda, mujer que fué de D. Diego Sanz, hija legítima de Miguel de Cervantes, y que, para ayuda á sustentar las cargas del matrimonio, se le habían de entregar dos mil ducados en plazos convenidos. Obligábase Luis de Molina á casarse dentro del primer mes de firmada la escritura; ó, de lo contrario, se le podría compeler y apremiar á ello por todo rigor legal, sobre tener que abonar, como pena, mil ducados, que se aplicarían á la dote de D.^a Isabel.

Juan de Urbina y Miguel de Cervantes, como fiador el primero, y principal el segundo, "ambos á dos, juntamente de mancomun," prometieron á Luis Molina dos mil ducados, respondiendo con sus personas y bienes habidos y por haber. Dicha suma tenían que entregarla dentro de los tres años primeros de firmada la escritura.

Juan de Urbina hipotecó, para mayor garantía del cumplimiento del contrato, varias casas y heredades, en Madrid y otras partes. (***) Hí-

(*) En sus dos tomos de *Documentos inéditos cervantinos*; Madrid, Fortanet, 1898-1902.

(**) *Documentos inéditos*, tomo I, págs. 131-35.

(***) Unas casas suyas propias en la calle del Prado.

zose constar en las capitulaciones que D.^a Isabel de Saavedra había una niña del primer matrimonio, llamada Isabel Sanz, de ocho meses poco más ó menos (en Agosto de 1608); la cual tenía una casa en la corte, en la Red de San Luis. Esta casa la habitarían D.^a Isabel de Saavedra y su esposo Luis de Molina todo el tiempo que la niña no tuviese estado, sin pagar alquiler alguno. En caso de que falleciere, su madre D.^a Isabel seguiría viviéndola; pero si muriese también, aunque dejase hijos del matrimonio, había de gozar la dicha casa Miguel de Cervantes, abuelo de la menor, y después de sus días quedaría para quien Cervantes quisiera. El censo de la finca habían de abonarlo Cervantes y Urbina, á fin de que D.^a Isabel y su esposo no tuviesen que pagar nada. Si Luis Molina tuviese hijos del segundo matrimonio, la niña Isabel Sanz no entraría en partición ni división con los herederos de aquél; pero si no hubiese hijos, la niña había de ser heredera.

A los ocho de Septiembre, ó sea á los diez días de firmada la escritura de capitulaciones, desposó el Sr. Licdo. Francisco Ramos, en la parroquia de San Luis, á Molina con D.^a Isabel de Saavedra. Fué testigo el padre de la novia, acompañado por el Dr. Baltasar Carrillo, médico, y Pedro Díaz de Paredes. (*)

Luis de Molina otorgó carta de pago y recibo de parte de la dote de D.^a Isabel de Cervantes, ante el escribano Rodrigo Roldán, con fecha de 5 Diciembre de 1608. Manifiesta Luis de Molina que está desposado por palabras de presente, que hacen verdadero y legítimo matrimonio, con D.^a Isabel de Cervantes Saavedra; que se ha de velar con la dicha su esposa en haz de la Santa Madre Iglesia y consumarle su matrimonio; y que había recibido hasta entonces por bienes dotales y propio caudal, para ayu. de sustentar las cargas del matrimonio, 14.753 reales en bienes, joyas, vestidos, y ajuar de casa, propiedad todo ello del primer marido de D.^a Isabel, con especificación de cada objeto y su precio, tasado por personas competentes. (**)

Prometió y obligóse Molina á no disipar ni mermar, ni hipotecar á sus propias deudas, ni disponer de ellos en manera alguna, y tenerlos siempre en pie de manifiesto y depósito, los bienes dotales de su esposa. Tuvo buen cuidado de que se declarase que los bienes que entonces recibía, eran además y fuera parte de los dos mil ducados

que Juan de Urbina y Miguel de Cervantes estaban obligados á pagarle por cuenta de la dote de su esposa; advertencia que, por delicadeza y respeto á su suegro y al fiador de éste, pudiera haberse excusado; y revela bien á las claras que más que amor á D.^a Isabel, guiábale en todo el negocio de su casamiento un mezquino cariño por el dinero de la dote.

Verificáronse las velaciones de Isabel de Cervantes con Luis de Molina en la parroquia de San Luis, ante el mismo Licdo. Ramos que los desposó, el día primero de Marzo de 1609. Fueron testigos Pedro Díaz de Paredes, Mateo de Aparicio, Juan de Acedo Velázquez y otros. (***) Actuaron de padrinos Miguel de Cervantes y su esposa Doña Catalina de Palacios Salazar; prueba de singularísima distinción por parte de esta última, pues mostrando la virtuosa resignación de todas las almas grandes, asistía y honraba con su presencia el casamiento de la hija natural de su esposo con el mismo cariñoso afecto que si fuese suya propia, pedazo de su corazón maternal, prenda adorada de su alma.

Poco tiempo duraron las buenas correspondencias entre Cervantes y su yerno. Ni era posible que sucediese otra cosa cuando por carácter y circunstancias especiales eran diversos y antagónicos entrambos en tendencias, inclinaciones, propósitos y obras.

Mediante un convenio hecho con Juan de Urbina, secretario de los Príncipes de Saboya, á quien conocía y trataba con bastante intimidad Cervantes, comprometiéndose éste con su fiador, según sabemos, á entregar á Luis de Molina, para complemento de la dote de su mujer, dos mil ducados. Vencía el plazo de este compromiso el 28 de Agosto de 1611. Las relaciones de Molina con Cervantes, que ya debían de ser algo tirantes, empeoraron por no haberle abonado el último lo prometido. Tampoco se llevaría á bien con Juan de Urbina, aunque estaba unido con él en un negocio de herrería, del que luego hubo de separarse el secretario por disgustos y resentimientos. (****)

Llevado Molina de su natural áspero y avariciosa condición, sin guardar consideración de ninguna clase al padre de su mujer, decidióse á llevar el asunto á los tribunales para cobrar los dos mil ducados. Con fecha 17 de Septiembre de 1608, á los 19 días de vencido el plazo, presentó la dicha escritura ante el primer teniente de al-

(Madrid); una heredad que compró de Alonso Núñez de Carabias en el arroyo de Abroñigal, en el cual estaba labrando una casa y huerta, y tenía labrado un estanque, y dos molinos que poseía en la villa de Tembleque.

(*) *Docum. inéd.*, t. I, pág. 146.

(**) *Ibidem*, págs. 147-54.

(***) *Ibid.*, pág. 155.

(****) *Docum. inéd.*, t. II, pág. 294.

calde Fernando Ramírez Fariñas y Juan del Campillo, escribano de provincia; y, en virtud de ella, pidió ejecución para hacer efectiva la referida cantidad, y juró y afirmó serle debidos y por pagar. Visto por el Sr. Alcalde, ordenó hacer la ejecución y para ello se diese el oportuno mandato, como se hizo. (*)

Cervantes no podía disponer entonces de ningún dinero para cumplir lo pactado. Cuando él firmó la escritura de las capitulaciones en 1608, prometíase en su confiada ilusión que le sería posible allegar recursos para pagar, quizás esperanzado en que habría de mejorar su suerte en vista de la gran aceptación que obtenía su *Ingenioso Hidalgo*, cuya edición madrileña de aquel mismo año acababa de corregir y mejorar. Hasta su vida de familia hallábase perturbada por la reciente muerte de su hermana D.^a Andrea y las enfermedades de D.^a Magdalena; y contribuían también á agravar sus padecimientos morales, la contrariedad experimentada por no haber conseguido que se acordasen los Argensolas de sus promesas, para que fuese á Italia en el cortejo del Conde de Lemos. No podía llegar en momentos más angustiosos para el pobre anciano la exigencia desconsiderada y la mortificante ejecución de su interesado hijo político.

En vista de la imposibilidad de cobrar nada de Cervantes, hízose ejecución por los dos mil ducados en la persona y bienes del secretario Juan de Urbina, quien, á cuenta de ellos, "dentro de las veinticuatro horas de la ejecución", entregó al Molina 19.000 reales, y éste suspendió los procedimientos judiciales por los tres mil restantes. (**)

No puede quedar duda de que la hija de Cervantes, llegaría á censurar y tachar de inconveniente la determinación de su marido; y, aunque así no lo persuadiesen las razones morales que desde luego se ocurren á toda persona de buenos sentimientos al examinar este punto, hay frases y conceptos en la carta de pago y recibo de dote otorgada por Luis de Molina, ante el escribano Juan Gómez (Madrid, 29 de Noviembre de 1611), que muestran con toda evidencia que existieron reconvenciones de parte de D.^a Isabel á su esposo y disgustos entre los cónyuges con tal motivo. Hace el Molina la historia de la escri-

ta de capitulaciones y promesa de los dos mil ducados, tardanza en el pago y ejecución efectuada para conseguirlo, con todos los incidentes y pormenores de los procedimientos, hasta la cobranza de los 19.000 reales, entregados por Urbina. Y, como satisfacción del amor propio herido, añade Molina en el documento las siguientes intencionadas palabras: "*Y ahora la dicha Doña Isabel de Saavedra, mi mujer, me pide le dé y otorgue carta de pago y recibo de dote de los dichos dos mil ducados juntamente con los 14.753 reales que antes de ahora había recibido en vestidos, joyas de oro y plata, ropa blanca y otros bienes muebles contenidos y declarados, que todo viene á sumar y monta 36.753 reales*, para que ella la tenga por sus bienes dotales conocidos y gocen de las exenciones, preeminencias y prerrogativas que el derecho le da y concede.... *Y yo, viendo ser justo y que de derecho estoy obligado,—otorgo y conozco por esta presente carta que he recibido por bienes dotales de la dicha D.^a Isabel de Saavedra, mi mujer, los dichos 36.753 reales*". (***)

La declaración consignada en la escritura de capitulaciones, referente á ser propietaria de la casa de la Red de San Luis la menor Isabel Sanz de Saavedra, hija de D.^a Isabel de Cervantes y de D. Diego Sanz del Aguila, y el pacto convenido de que, en caso de morir la joven sin tomar estado, ó fallecer D.^a Isabel, su madre, aunque tuviese más hijos de su segundo matrimonio, disfrutaría Cervantes de la citada finca mientras viviese, y después sería para quien él quisiera; han sugerido ciertas presunciones á algunos escritores, que es preciso desvanecer por no estar de acuerdo con lo que se desprende de los hechos conocidos.

Se dice que Cervantes era dueño de la casa, y así parece haberlo él asegurado en cierta escritura; aunque, sin duda, en el concepto de ser albacea de su nieta por expresa voluntad de su primer yerno, y heredero de sus bienes si llegasen á fallecer la madre y la niña. Los vagos antecedentes suministrados por D. Julio de Sigüenza, han servido á algunos eruditos para creer que Cervantes no vivió en la estrechez y angustia que se supone haber estado en sus postreros años, sino con bienes y rentas para pasar

(*) *Docum. inéd.*, t. I, págs. 166-68.

(**) *Ibidem*.

(***) Para Luis de Molina el matrimonio con D.^a Isabel de Saavedra fué de suma importancia como cuestión utilitaria. Además de los 36.753 reales que recibió como dote de su esposa (de los que fueron dos mil ducados en dinero, más de 55 mil reales de nuestra moneda actual), en veintitres

años que vivió en la casa de la Red de San Luis, no tuvo que pagar alquileres; beneficio que ascendió, á razón de 150 ducados por año, á la cantidad de 3.450, que hacen un total de 94.875 reales, con relación á nuestra actual moneda.

En tanto, para Miguel de Cervantes, fué el casamiento de su hija con el escribano Molina, un semillero de disgustos, sacrificios, ahogos y contrariedades.

holgadamente, lo cual es aseveración destituida de todo fundamento. (*)

Hay dos afirmaciones terminantes que echan por tierra todo sofisma; y esas afirmaciones son irrefutables y llevan el sello de la mayor veracidad, como dictadas de la misma hija de Cervantes, quien debía saber lo más exacto y verdadero, aun en su parte secreta, respecto de este particular, aunque sus palabras estén en desacuerdo con lo contenido y escrito, por conveniencias particulares ó pretextos especiosos, en algunos documentos.

En la escritura de capitulaciones matrimoniales, estando presente D.^a Isabel de Saavedra, se hizo constar, con su expreso beneplácito y consentimiento, que de su primer matrimonio tenía una niña que se llamaba Isabel Sanz, de ocho meses, poco más ó menos, la cual poseía una casa en la Red de San Luís; y era condición que la había de vivir D.^a Isabel de Saavedra, su madre, y Luis de Molina todo el tiempo que la niña no hubiese tomado estado; y si la niña faltare antes de tomarlo, lo gozasen todo el tiempo que viviese D.^a Isabel. "Si la dicha señora D.^a Isabel faltase, (se añade textualmente) aunque deje hijos de este matrimonio, ha de gozar las dichas casas Miguel de Cervantes, su abuelo, padre de la dicha D.^a Isabel, y después de sus días han de quedar las dichas casas para quien el dicho Miguel de Cervantes quisiere."

La misma D.^a Isabel, que sobrevivió á su hija, á su padre, al fiador Urbina, á sus maridos y á toda la familia, hacía constar en su testamento, cuarenta y cuatro años después, que, aunque había tenido y tenía la dicha casa de la Red de San Luís por suya propia "en propiedad, como cosa heredada de D.^a Isabel Sanz del Aguila y Saavedra, su hija, y de D.^o Diego Sanz

del Aguila, su primer marido; con todo eso, porque el Sr. Miguel de Cervantes Saavedra, su padre, hizo una escritura en favor del secretario Juan de Urbina y sus herederos para que quedase aplicada á cierta capellanía y lo demás contenido en dicha escritura ó escrituras, y aunque estoy informada que tengo derecho para poder disponer de la dicha casa libremente; con todo eso, no he querido ni quiero oponerme á lo que hizo el dicho mi padre." (**)

Queda, pues, probado por tan explícitas y espontáneas manifestaciones que la casa que habitaba el matrimonio Molina, era propiedad de la hija de su mujer, heredada de su primer marido; y Cervantes se consideraba con derecho á poseerla como albacea y único heredero de su nieta, en el caso de que muriese ésta lo mismo que su señora madre, hija de Miguel, según debía de constar en documentos no conocidos. Tratábase de impedir de este modo que, por cualquier circunstancia, fuese á parar á manos de un extraño la propiedad y usufructo exclusivo de la finca. Pero Cervantes, en nada podía beneficiarse de ella, ni se benefició de seguro, como se pretende, atento sólo á defender los legítimos derechos de su nieta. Concertado el matrimonio de Isabel con su segundo marido, Luís de Molina, Cervantes procuró dotar á su hija, lo que haría más grata la unión y tal vez más posible la buena correspondencia entre los cónyuges. Pero la casa no era suya (si lo hubiera sido, sería entonces mayor y más laudable el sacrificio) y tuvo que buscar recursos y medios que condujeran al fin de sus propósitos. Entonces convino con Juan de Urbina, hombre aficionado á los negocios y amigo íntimo suyo, como se vió por lo que pasó después, que firmaría con él la escritura de las capitulaciones matrimoniales, saliendo por fiador

(*) El apuntamiento que proporcionó sobre este particular al público, por medió de *La Ilustración Española y Americana*, (8 de Mayo de 1882) el Sr. Sigüenza, no dice con toda claridad que Cervantes fuese dueño de la finca.

El papel que examinó y copió Sigüenza entre los que vió en el Archivo del extinguido Consejo de Castilla, hoy dependiente del Consejo de Estado, sólo era una especie de minuta hecha por algún magistrado para recordar los puntos principales del pleito entre Urbina y D.^a Isabel de Cervantes y su esposo, con objeto de tenerlos presente para el fallo.

Por eso principia extractando el contenido de la escritura de capitulaciones matrimoniales; anota luego que sobre cumplir las dichas capitulaciones, se trató pleito entre los susodichos, y por sentencia de los alcaldes y del Consejo, fué condenado (Urbina) á otorgar escritura conforme á la dicha capitulación é insertar cierta cláusula; y pasó el pleito ante Campillos, escribano de provincia, año de 1612. Refiere después, que en 30 de Octubre, el mismo Juan de

Urbina otorgó la dicha escritura, para incluir la cláusula y sentencias, y siguen en seguida unos renglones que textualmente dicen:

"Asimismo, en 27 de Marzo de 1610, el Miguel de Cervantes otorgó escritura declarando que las dichas casas son de él, y que ha de suceder en ellas en propiedad y usufructo después de la vida de la susodicha D.^a Isabel, muriendo la menor antes de tomar estado, *por ser suya y comprada con su dinero*; y así lo confiesa y tiene por bien".

Hay ambigüedad y aun oscuridad en ese extracto del consejero ponente. Aunque Cervantes dice que las casas eran de él, no parece que lo afirmaba en cuanto tal y legítimo propietario, sino como quien se creía único con derecho á heredar en caso de que su nieta muriese sin tomar estado. Creemos que las palabras subrayadas no se refieren á Cervantes, y que los posesivos *su* y *suya* hay que aplicarlos más bien á su nieta, de la cual era la casa y el dinero con que se había comprado.

(**) *Docum. inéd.*, t. II, págs. 334 y siguientes.

de los dos mil ducados en que dotaba Cervantes á su hija.

Era preciso por de contado garantizar aquella crecida suma que, con seguridad, tendría que abonarla Juan de Urbina por imposibilidad de hacerlo Cervantes; y entonces se extendieron los resguardos necesarios para satisfacción y seguridad del secretario de los Príncipes de Saboya. Y como que Cervantes había de heredar á su nieta, si falleciese ésta sin tomar estado, y Cervantes transmitió semejante derecho á Juan de Urbina, el secretario creyó salvados siempre sus intereses. Así resulta confirmado por lo que dijeron en 1622 los procuradores Manuel Martínez y Antonio R. de Valtierra. Indudablemente esa escritura de resguardo para Urbina sería la otorgada por Cervantes á su favor con fecha de 27 de Marzo de 1610. Mientras vivió Cervantes, las cosas marcharon tranquilamente, pero sin resultado ninguno práctico favorable para él; por el contrario, su generosa previsión le ocasionó gastos y contrariedades, fuera de las intranquilidades morales que le produciría la violenta conducta de su yerno para cobrar de Urbina los dos mil ducados prometidos.

Pero muerto Cervantes, Urbina quiso hacer valer sus derechos como dueño de la casa, no ya sólo por los que le transmitió el primero, sino por haber adquirido él mismo la finca en remate judicial por medio de un mandatario suyo, el capitán Sebastián Granero. (*) Por vivir indudablemente todavía la menor Isabel Sanz, el resultado no fué favorable á Urbina. Tampoco hubo de obtener su deseo al renovar el pleito el año de 1619, en el que, con fecha de 3 de Junio, dió poder á dos procuradores, Pedro de la Plaza y Baltasar de Montoya, sobre la propiedad de la casa en que los esposos vivían, "como propia, habida y adquirida por él con sus propios dineros", "de que presentaría bastantes escrituras é instrumentos". (**)

En 1622, ya había muerto la nieta de Cervantes, y entonces planteó otra vez la cuestión Urbina ante los tribunales con esperanza de triunfo. Su procurador hace constar, después de citar la cláusula de la escritura de capitulaciones, que Cervantes había estipulado con él que, ocurrida su muerte, pasase la propiedad de la casa en litigio á Juan de Urbina, "aunque por algunos respetos (dice en su escrito) no se hizo

mención en la escritura de capitulaciones en favor de mi parte en la conformidad referida...; y, por haber muerto la dicha D.^a Isabel Sanz sin tomar estado, ha llegado el caso por donde pertenece á mi parte la dicha casa en propiedad." (***)

El procurador resume las razones y documentos en que se apoya, pidiendo y suplicando al Sr. Alcalde, que lo era D. Sebastián de Carvajal, que declare pertenecer en propiedad la dicha casa al secretario Juan de Urbina, y Doña Isabel de Saavedra sólo tener derecho para habitarla por su vida, y estar obligada á restituirla por su muerte á los herederos de Urbina y los suyos.

Que D.^a Isabel sabía que todo esto era verdad, como conocedora de lo que tuvo que hacer su padre, para reunir los dos mil ducados de su dote, se deduce claramente cuando en el testamento que otorgó en Madrid el 4 de Junio, año de 1631, viviendo todavía su segundo marido, Luis de Molina, manifestaba dudas sobre legitimidad de la posesión de la casa. Explícitamente dice que "da, cede, renuncia y traspasa á su marido *cualquier derecho justo que ella tenía y le pertenecía á las casas en que vivía, así á la habitación de ella como á las mejoras que en ella se han hecho*; Y EN CASO QUE Á ELLO NO HAYA JUSTICIA, ES MI VOLUNTAD NO LO INTENTE. (****)

Juan de Urbina dejó advertido en la escritura de capitulaciones que "el dote que se dió á D.^a Isabel con Luis Molina, lo dió el Sr. Juan de Urbina" por algunas causas "que á ello le movían", palabras en que alude á la parte secreta de los compromisos y convenios estipulados con Cervantes, para ser fiador y principal pagador de los dos mil ducados. Todo esto constaba perfectamente á D.^a Isabel y su marido, y por esta razón expresó la primera sus dudas acerca de la justicia que podía asistirle. No tuvo nunca convencimiento cierto y seguro de que le asistiera, y más sabiendo que su señor padre había firmado nueva escritura á favor de Urbina, quedando aplicada la finca á él y á sus herederos para beneficio de una capellanía que fundó. (*****)

Todo este largo historiado ha sido indispensable hacer para dejar restablecidos los hechos relativos al casamiento de Luis de Molina con D.^a Isabel de Saavedra, y consecuencias que llevó consigo para Cervantes. Nunca fué éste, pues, el beneficiado, sino el perjudicado; nunca obtu-

(*) *Docum. inéd.*, t. II págs. 421 y siguientes.

(**) *Ibid.*, pág. 303.

(***) Documento publicado por Sigüenza en *La Ilustración Española y Americana*.

(****) *Docum. inéd.*, t. I, pág. 199.

(*****) Este documento no se ha descubierto aún. Habla D.^a Isabel de su contenido en su último testamento. Insértalo Pérez Pastor en el segundo tomo de sus *Documentos inéditos*, págs. 328 y 39.

vo ventaja alguna de aquella casa, de la que pasaba como propietario sin serlo; nunca nadó en la abundancia, ni llegó á tener un mal pasar con las utilidades de la renta; nunca sacó nada sino quebraderos de cabeza y muchos desvelos de aquel albaceaje en la minoridad de su nieta Isabel. Como siempre, los puros afectos de su alma fueron desconocidos; sus buenos deseos criticados; la alteza de sus miras, puesta en duda, y hasta las combinaciones económicas, preparadas por su ingenio para beneficiar á su hija con un crecido dote, dentro de la posibilidad de sus medios, consideráronse poco menos que como irreflexiva ligereza por las mismas personas favorecidas.

¡Qué sin número de sinsabores y penas hubieron de amargar la vida de Cervantes en aquellos primeros ocho años del casamiento de su hija! Un hombre duro de corazón, sin miramientos á su padre político, cegado del afán de lucro, que todo lo sacrificaba á su egoísmo y comodidad, había entrado como tirano en el hogar de su hija viuda, y de todo se había apoderado como señor absoluto para manejar y disfrutar lo que era del primer marido y de una pobre niña, para gozar y triunfar á su antojo, para disipar una fortuna que no era suya!

Que hubo ruptura casi completa de relaciones entre Cervantes y su yerno, después de su indisculpable proceder en 1611, es tan explicable y

tan natural, que no admite duda. Dada la delicadeza de Cervantes en todo, ¿cómo no había de ofenderle en lo más íntimo de su dignidad aquella brutal determinación de avaricia, desconocedora de todo acto deferente ó respetuoso á la familia y de consideraciones á la amistad? Luis de Molina no pudo ser ya para Cervantes sino una personalidad repulsiva, á quien sólo debía tratar como á un extraño, cuyas obras le causaban repugnancia. ¿Cómo había Cervantes de obtener en lo sucesivo el menor socorro de su inconsiderado hijo político? ¿Y cómo pedirlo, ni recibirlo tampoco, cuando el esposo de su hija sólo le inspiraría el más profundo desdén? Y se pretenderá aún que Cervantes gozaba de un tranquilo bienestar, cuando se resolvió á vivir de los donativos de los extraños, antes que recibir limosnas de su ingrato y soberbio hijo político!...

Indudablemente Cervantes llegó á saber; tuvo pleno convencimiento de que su hija era desgraciada con su segundo marido. Desde que se verificó el matrimonio, lo sospechó, y tal creencia confirmóse el año de 1611 cuando la insolente exigencia del dinero prometido. Para Cervantes no pudo ser un secreto que aquel hombre vivía en medio de trapisondas curialescas y de gastos excesivos, por fausto superior á los recursos, con lo que disipaba el caudal de la dote aportada por la esposa y sus bienes muebles y sus alhajas y joyas. (*) Para Cervantes no hubo

(*) Que D.^a Isabel no fué feliz en su matrimonio con Luis de Molina, se sabe de manera positiva por la misma confesión de la interesada. En el testamento que otorgó ante Juan de Chaves, el 4 de Junio de 1631, viviéndolo aún su marido, y sin conocimiento suyo seguramente, hay párrafos que expresan sus quejas y bien amargo sentimiento.

“Declaro (dice) que al tiempo y cuando vine al matrimonio con el dicho Luis de Molina, mi marido, traje á su poder, como bienes dotales míos, 36.753 reales, los dos mil ducados en moneda de plata, y lo demás en bienes muebles, y de la dicha dote, hoy en día está menoscabada la mitad y más; por donde me hallaba desobligada de hacer al dicho Luis de Molina, mi marido, participe de mis bienes muebles. Mas, considerando que Dios Ntro. Señor fué servido de dármele en compañía, quiero y es mi voluntad que se le den doscientos ducados de mis bienes, y demás desto le doy poder para que pueda cobrar para sí mismo cualesquier cantidades de las que me pertenezcan por papeles y escrituras que estén en su poder; y asimismo le doy, cedo, renuncio y traspaso cualesquier derecho justo que yo tengo y me pertenece á las casas en que al presente vivo, así á la habitación della, como á las mejoras que en ellas se han hecho; y en caso que á ello no haya justicia, es mi voluntad no lo intente”.

Como dato que debe consignarse, porque da noticia del carácter duro del esposo, que querría imponerse por el terror á los humildes y desgraciados que tenía bajo su dominio, es conveniente copiar la siguiente cláusula:

“Item, mando que Gracia, mi esclava, no quede en poder del dicho Luis de Molina, mi marido, ni se le pueda dar en

precio de los doscientos ducados que por cláusula de mi testamento mando se le den; y si se hiziere lo contrario, la dicha esclava quede libre, porque así conviene, por cuanto la dicha esclava ha dicho que si sigue en poder de Luis de Molina, tiene de hacer algún mal recaudo, y por evitar esto es mi voluntad se cumpla lo arriba dicho”. Mandaba D.^a Isabel á sus testamentarios, dando una prueba más de cariño á su esclava, que tomasen catorce ducados de sus bienes y la vistiesen de luto.

No cabe la menor duda de que D.^a Isabel de Saavedra trató de mortificar muy deliberada é intencionalmente á su marido en sus disposiciones testamentarias, como si quisiera desquitarse de lo mucho que le había hecho sufrir durante su vida conyugal.

Mientras complaciase en hacer mandas ó regalos de consideración al abad y monjes del convento de San Basilio, donde quería entonces que la enterrasen; á su tío Fr. Juan de Villafranca y Moxica, de la Orden de Nuestra Señora de la Merced; á su confesor, el Dr. Juan del Espino; á su hermana Ana Franca ó Rojas, y á otras personas de su predilección, excluía á su marido del cargo de testamentario, nombrando como ejecutores y cumplidores de su última voluntad al padre abad de San Basilio que lo fuese al tiempo de su fallecimiento ó al que le sucediere en el dicho puesto; al padre parentado Fr. Juan de Villafranca y Moxica, su tío, de Ntra. Sra. de la Merced, y al Dr. Juan del Espino, su padre espiritual.

Mayores sorpresas y mortificaciones esperaban al esposo de D.^a Isabel de Saavedra, si, por suerte, no hubiera fallecido antes que su mujer.

de ser un secreto que su yerno no amaba á su hija, sino á su dinero solamente.

Desde 1610 ya Cervantes y su familia no se relacionaban, ó trataban con gran indiferencia á Luis de Molina. Pruébanlo así tres documentos de bastante interés. Los dos primeros son el testamento y codicilo otorgados por D.^a Magdalena, la hermana beata, en Madrid con fecha de 11 y 14 de Octubre de aquel año ante Jerónimo López, en los que no hace la menor alusión, ni menciona para nada, á su sobrina Isabel, la esposa de Molina, á la que tanto cariño profesó desde que se encargó de educarla para que ingresase en el seno de la familia de su hermano. (*) En el otro documento, bastante significativo también, que lleva la misma fecha en que hizo testamento D.^a Magdalena, hace cesión Miguel de Cervantes á favor de D.^a Constanza de Figueroa, hija de su hermana D.^a Andrea, de la parte de herencia que le correspondía de los bienes y sueldo de alférez de su hermano Rodrigo, muerto en Flandes, como sabemos, el año de 1600. Para nada tiene presente Cervantes á su hija en tal cesión de derechos, por resentimiento que tuviera de Luis de Molina, que se aumentaría después hasta la aversión más completa. (**)

Razones poderosas asistían á Cervantes para mirar con tanta desconfianza á su yerno. Veía que era un ambicioso desconsiderado. Constábase tal vez que había reyertas y disgustos en el matrimonio y sabía de cierto que Molina derrochaba los bienes de su hija y de su nie-

ta, prevalido del abuso de superioridad como esposo. Su conducta fué más abominable todavía de lo que Cervantes se había figurado en su pesimista opinión.

Hay una revelación autobiográfica que Cervantes no pudo conocer. Como si obedeciera Molina á insuperables remordimientos de conciencia, ya para descargo de sus faltas, ya porque tratara de captarse las simpatías de su esposa después de muerto, á fuer de compadecida y generosa, quiso en su testamento hacer confesión de todas sus culpas, propósito reparador moral bien tardío é inútil, porque hasta en aquel mismo momento ocultó la verdad de sus intenciones con la doblez ó ironía de su carácter díscolo y rencoroso.

A veces parece lo que dice burla encubierta de las bondadosas contemplaciones de una esposa resignada con la voluntad de Dios, que le había dado tal compañero. Más bien que condenación de sus despilfarros y yerros, semeja su última voluntad alarde intempestivo de sus malas obras. Recuerda lo mucho incorrecto y arbitrario que hizo, para que su viuda llevase la resignación hasta la heroicidad del sacrificio, y enmendase y arreglase, si pudiera, lo que, por capricho ó conveniencia propia, había dejado él embrollado y confuso.

No se ocupó nunca en socorrer al suegro en sus apuros, tan graves en los últimos años de su vida; recordaba, sin embargo, en su testamento que más de veintitres años habitó en la casa de la Red de San Luís sin pagar alquileres. No tu-

Por su codicilo, fecha 4 de Junio, hacía constar que debiéndole y estando obligados á pagarle por escrituras públicas cuatro mil reales el Dr. Tamayo y su hermana Doña Francisca, se habían de abonar ochocientos á su tío Fray Juan de Villafranca y Moxica, y doscientos al Dr. Espino, y los tres mil reales restantes, que se habían de cobrar por el mes de Septiembre de 1631, era su voluntad que se pudiesen á censo en cabeza de D.^a Ana de Rojas, su hermana, y los réditos que de ellos procediesen, los gozase por todos los días de su vida dicha señora, y después de muerta sus hijos por partes iguales, y si algunos de ellos fallecieren, se heredasen los unos á los otros, y si todos fallecieren antes que D.^a Ana de Rojas, su madre; principal y réditos fueran, en usufructo y en propiedad, de la citada señora.

*Y si Luis de Molina, mi marido, (dice textualmente Doña Isabel) fuera contra lo contenido en este codicilo, es mi voluntad que no goce ni se le haya de dar los doscientos ducados y demás bienes que le mando por el dicho mi testamento. Y para el caso de que se hubiere dado lo referido, y hablase el Molina contra lo dispuesto por su esposa, ésta anulaba el donativo y autorizaba á su hermana para que le hiciese devolver los doscientos ducados y los bienes muebles entregados, revocando y anulando cuanto había dispuesto.

Es lamentable que D.^a Isabel de Saavedra tratase con

tanto rigor á su marido en el documento citado; pero discúlpanla, en cierto modo, los muchos años que había sufrido de martirio á su lado, las pocas consideraciones que tuvo con su señor padre y el poco celo é incorrecto proceder que mostró en la administración de sus bienes, dilapidando más de la mitad del caudal sin reparo de ninguna clase.

(*) El testamento y codicilo de D.^a Magdalena, descubiertos por el Sr. Pérez Pastor, viene á destruir ó rectifica algunas noticias que circulaban acerca de aquella señora. Por la partida de defunción, que hizo pública D. Francisco Asenjo Barbieri, creíase que no había testado, y que era natural de Madrid.

Sin embargo, D.^a Magdalena de Sotomayor confiesa ser "natural de Valladolid, hija de Rodrigo de Cervantes y de D.^a Leonor de Cortinas, sus padres difuntos", residente en Madrid. (*Documentos cervantinos*, t. II, pág. 285). D.^a Magdalena cedió también á su sobrina D.^a Constanza la parte de hacienda que le correspondía como uno de los tres herederos de la hacienda de su hermano Rodrigo. En el codicilo determina que "su cuerpo sea sepultado en el Monasterio del Señor San Francisco, en la parte que pareciere á su hermano Miguel de Cervantes". En su testamento no fijó iglesia ó monasterio determinado.

(**) Segundo tomo de *Documentos*, pág. 290.

vo siquiera una palabra cariñosa para el generoso anciano que le proporcionó tal beneficio; aunque, blasonando de desinteresado y recto, quería que el importe de lo no cobrado aumentase la dote de su esposa, y se le hiciese bueno de cualesquier bienes suyos que se le hallasen entonces ó en algún tiempo; jactancia ridícula, si no resultase sarcasmo sangriento, en boca de un hombre que había disipado gran parte de los bienes dotales de su mujer y terminaba sus días agobiado de débitos.

Molina había tenido, como sabemos, compañía con el secretario Juan de Urbina en un negocio de herrería, establecido en Cañizares, tierra de Cuenca, durante algunos años. Nunca se ajustaron cuentas, según asegura Molina en su testamento, achacándolo á Urbina por sus frecuentes ausencias de España, aunque lo cierto es que el secretario de los Príncipes de Saboya, la mayor parte del tiempo, residió en Madrid desde el año 1606 ó 7 al de 27 ó 28, á excepción de algunos viajes que hizo á Italia. (*)

Molina, que pagó á Urbina, lo mismo que á

su suegro, con ingratitudes que indignan, sus favores y buenos servicios, llegó á demandarle cuando éste riñó con él después de haberle cobrado ejecutivamente los dos mil ducados de la dote de su mujer, año de 1611. Creíase Molina acreedor de él en más de diez y ocho mil reales; y en vez de haber dejado ultimado este asunto, para tranquilidad de su viuda, por toda razón satisfactoria le mandaba que siguiese el pleito con Urbina y se le cobrase lo que debiera, lo cual no acertó á hacer él con toda su listeza de escribano en 24 largos años.

Urbina se negaría siempre á pagar, porque las cuentas no estaban claras, y Molina habría abusado sin duda del poder que otorgó el primero á su favor cuando el negocio de la herrería.

Dejó así un enredo interminable á su esposa, que no pudo arreglarse nunca, aunque se procuró. No era menos espantoso otro, que era referente á su misma familia. Su tío, el Licdo. Luis de Molina, cura de San Miguel de la ciudad de Cuenca, que administró la herrería de Cañizares con su hermano Francisco del Castillo, había

(*) La personalidad de Juan de Urbina, secretario que fué de los Príncipes de Saboya, por lo menos desde 1604 á 1625, en que murió Manuel Filiberto, es de incuestionable relieve por ser amigo muy íntimo de Cervantes, como lo demuestra el haber salido fiador de éste, con sacrificio de sus intereses, en la escritura dotal de su hija.

Urbina fué secretario, antes de serlo de los Príncipes, del Maestre de Campo D. Juan de la Cueva, y de D. Julián de Mendoza, Marqués de San Germán, capitán general de la Artillería de estos reinos.

Era persona de gran actividad, muy trabajador é inteligente, y el más celoso representante en España de la familia de Saboya. El singular aprecio en que tenían sus servicios los Príncipes, está muy explícito en una cláusula del testamento del Príncipe Manuel Filiberto (3 de Agosto de 1624), citada por el Sr. Pérez Pastor, y textualmente dice: "y en consideración de que ha veinte años que Juan de Urbina sirve de secretario al Duque, mi señor y padre, y al señor Príncipe de Piamonte y á mí, como aún lo está continuando, con el amor y fidelidad que se ha visto por experiencia; por no haber tenido yo comodidad de hacerle la merced que he deseado y merecen sus servicios, suplico con todo encarecimiento á sus Altezas le manden honrar, amparar y favorecer; y para que lo que le quede de vida lo pueda pasar como criado de nuestra casa, y en inter que vive, es mi voluntad que los gajes que por lo pasado se le han pagado de tal secretario en mi casa, y ahora se le pagan en los Prioratos, se le hagan buenos y paguen en Nápoles con los demás criados de mi casa."

Como que el Príncipe Manuel Filiberto era Gran Prior de la Orden de San Juan, son muchos los documentos en que constan abundante copia de antecedentes acerca de los negocios é intervención administrativa que tuvo en los pueblos de la Mancha el secretario Juan de Urbina. Poseía molinos en la villa de Tembleque; trataba con un vecino de Consuegra para comprar grandes cantidades de carbón y remitirlo á Madrid; daba autorización á Luis de la Serna para que pudiese vender pólvora en Ciudad Real conforme

á la licencia del Marqués de San Germán, capitán general de la Artillería, año de 1609; daba poder á Diego de Colmenar, residente en Torralba, para tomar cuentas á Juan de Palacios, vecino de Cuenca, de la corta y rastrojo de la madera que había hecho cortar y sacar de la dehesa de Belvalle; tenía cuentas de trigo y carbón con Alonso López Castro, vecino de Consuegra; debíale algunas cantidades el escribano de Argamasilla, Alonso López; cobraba determinadas fanegas de trigo de las tercias de las villas de Alcázar y Argamasilla, pertenecientes al Gran Prior de San Juan, y tenía grandes relaciones y movimiento industrial en otros pueblos de la Mancha.

Después de los extractos de escrituras relativos al secretario, observa Pérez Pastor, (pág. 447 del 2.º t. de *Documentos inéditos*), lo siguiente:

"Conocida la esfera de acción en que se movían aquellos vividores que prosperaban á la sombra de los Príncipes de Saboya y el dominio casi absoluto que ejercían en todo el Priorato de San Juan, mucho nos tememos, si algún día resulta con visos de verdad la tradición argamasillesca, ver en ello la mano del secretario Juan de Urbina."

De desear fuera que lo que sospecha Pérez Pastor se realizara, y el enigma de Argamasilla quedase para siempre aclarado, si no es mera tradición ó leyenda, como se cree y presumimos.

Juan de Urbina murió el año de 1632. El apoderado de aquella familia, Mateo de Carranza, por convenio hecho, aunque no llegó á efectuarse, entre él, como representante de los Urbina, y D.^a Isabel de Saavedra, tomó posesión, año de 1652, de la tan litigada casa de la Red de San Luis; aunque algunos años después se declaró como dueña á D.^a Angela Benita Gassi, sobrina de D.^a Isabel; casa que se vendió judicialmente el año de 1666.

Pueden leerse muy curiosos apuntamientos, que no hacen á nuestro propósito, acerca de Juan de Urbina, y de su activa vida de negocios, en los dos tomos de *Documentos* publicados por el gran erudito Pérez Pastor. (Págs. 302-4 del 1.º y 432-47 del 2.º).

cobrado y aprovechándose de algunas cantidades. Jamás quiso ajustar cuentas; siempre ocultó los libros. El esposo de Isabel de Saavedra, con dinero de ésta, había remitido á su tío en diferentes veces y partidas más de veinte mil reales. A Molina le fué siempre imposible el arreglo de cuentas y de cobro de tal suma. Y, sin embargo, mandaba á su mujer que se obligase á su tío á que exhibiera los libros que retenía, se ajustase cuentas con él y se le cobrase de sus bienes lo que adeudara.

Debe consignarse, como dato curioso, que á su mismo tío el Licdo. Molina, remitió el sobrino, año de 1608, precisamente cuando su casamiento, cien ducados en plata, para que los emplease por su cuenta en ganado ovejuno, demás de enviarle ropas, cucharas, libros, anteojos y terciopelos, medias de seda y otras cosas. El importe de todo ascendió á más de noventa y seis mil maravedis. El Licdo. Molina "se quedó con los cien ducados sin emplearlos", y no abonó nada de lo recibido. El esposo de Isabel de Saavedra, que durante veinticuatro años no hizo nada por cobrar estas cantidades, mandaba por todo consuelo á su mujer, que se procediese contra él y se le cobrara.

No parece sino que el intento de Luis de Molina era el de enumerar sus muchos gastos y prodigalidades, embrollos, ligerezas é impremeditaciones á costa de los bienes de su mujer, para que ésta pudiera comprender y apreciar en todo su alcance la corrección y prudencia de su esposo.

La verdad es que aquel hombre no respetaba nada con tal de salir adelante en su vida de boato y disipación. Varios casos prácticos pueden

citarse, teniendo en cuenta sus aseveraciones mismas. Como fiador de un individuo, tuvo que abonar cierta vez más de trescientos reales y las costas, y con este motivo le sacaron "una silla de mano que valía ochocientos reales, estando su mujer muy mala en la cama, siendo bienes de su dote y no estando ella obligada á cosa ninguna." Parecía natural que, por delicadeza, hubiese hecho por recuperarla mientras vivió y devolverla al hogar, del que la había sustraído abusivamente, faltando á lo pactado al recibir los bienes dotales de su esposa. Su único miramiento consistió en avisarle, por su disposición testamentaria, dónde y cómo podía encontrar el objeto distraído. Que su pobre mujer pagase lo que fuera indispensable para que volviera á su poder la silla de mano.

Pero ¿qué más? Hasta dejó empeñadas varias alhajas y joyas de su mujer, por las que recibió, en varios apuros particulares de su vida tramo-yista, unos dos mil reales; cantidad que, á la muerte de Molina, tuvo que abonar su mujer al prestamista para recobrar aquellas prendas que habían desaparecido del domicilio conyugal, sin conocimiento y voluntad de la interesada. (*)

¡Qué carácter más indigno y repulsivo el de aquel hombre! ¿Cómo había de simpatizar Cervantes con su yerno? El uno todo abnegación; el otro todo egoísmo. Miguel de Cervantes, todo nobleza de ánimo; Luis de Molina, todo codicia y ambición.

Dieciseis años sobrevivió Molina á su suegro. Otorgó testamento, ante el escribano Tomás Ramirez, en 25 de Diciembre de 1631: murió en 23 de Enero de 1632. Fué enterrado en el monasterio de San Basilio. (**)

(*) Las palabras textuales de Luis de Molina fueron las siguientes:

"Item, declaro que yo tengo empeñado y en poder de Miguel de Castro, vecino de esta villa, una sortija de oro con un rubí en medio, y un jacinto grande de hechura de un corazón, guarnecido de oro con seis diamantes de hechura de pluma, y un bernegal de plata con los cabos dorados, todo por mil y trescientos y cincuenta reales de vellón que me prestó. Y asimismo declaro que, antes de esto, me había prestado quinientos reales sobre un diamante de valor de

cuarenta ducados y una taza de pie alto, sobredorada. Mando que se cobren todas las dichas prendas, y se le pague su dinero".

(**) Molina dejó por albaceas á su mujer D.^a Isabel de Saavedra, al Padre presentado Fr. Juan de Villafranca, de la Orden de la Merced, y al licenciado Francisco Martínez, clérigo presbítero, capellán de la Trinitarias descalzas de Madrid, dueño de la casa donde murió Cervantes.

Véase á Pérez Pastor: *Documentos inéditos*, tomo I, páginas 211-19.

CAPITULO II.

Noticias importantes acerca de Cervantes y su familia desde 1608 á 1612.

Nuevas molestias que ocasionó á Cervantes el alcance de cuentas.—Documentos inéditos.—Ampliación de pormenores.—Bondadosa intervención de D. Julián Apráiz.—Curiosos datos que envió D. Tomás González á D. Martín Fernández de Navarrete.—Se publican.—Últimas notificaciones hechas para el cobro á Cervantes y á su fiador D. Francisco Suárez Gasco.—Liquidación del débito.—La Congregación de esclavos del Santísimo Sacramento.—Ingresa en ella Cervantes.—Muerte de su hermana D.^a Andrea.—Algunas noticias interesantes de su vida que revelan su carácter varonil.—Testamento otorgado, á favor de su hermano D. Francisco de Palacios, por la esposa de Cervantes.—Cuantía de sus bienes.—Cesión que hace de ellos en beneficio del dicho D. Francisco con aprobación y consentimiento de su esposo.—Algunos apuntes sobre el matrimonio.—Carácter y rasgos distintivos de D.^a Catalina.—Los últimos años de D.^a Magdalena Pacheco de Sotomayor.—Fué D.^a Magdalena desgraciada en amores.—D. Alonso Pacheco de Sotomayor y D. Juan Pérez de Alcega.—Su ingreso en la Orden tercera de San Francisco.—Su testamento: su muerte.—Elogio de su virtuosa vida.—Resumen de sus actos de familia más relevantes.

El mismo año en que se verificó el matrimonio de D.^a Isabel de Saavedra con el escribano Luis de Molina, parece que concluyeron las reclamaciones y molestias de que fué objeto Cervantes por largo tiempo con motivo, ó mejor dicho, con el pretexto de que era deudor á la Real Hacienda por determinadas cantidades desde que, en 1594, se halló cobrando alcabalas y otros tributos en el reino de Granada.

Se recordará que, á consecuencia de dichas comisiones, estuvo preso en la cárcel de Sevilla, año de 1597, aunque se le puso en libertad poco después por haber comprobado los mismos señores de la Contaduría mayor de Hacienda, que todo su alcance de cuentas ascendía á unos dos mil cuatrocientos reales.

En 1599 se le molestó otra vez, citándole para que compareciera, en término de treinta días, ante aquel Tribunal y manifestase los descargos contra lo que de él se decía en el expediente instruido.

Año de 1601, ó fuese que Cervantes no hubiese recibido la notificación para que se presenta-

ra, ó que por ligereza de los contadores se supusiera que no había entregado en Tesorería lo recaudado en el partido de Vélez Málaga de manos de Francisco Pérez Vitoria, cuando con testimonio oficial constaba que Cervantes lo efectuó religiosamente; lo cierto es que se extremaron las desconfianzas, y motivaron nuevos procedimientos enojosos.

Agraváronse más y más las inculpaciones á principios de 1603, también por infundados motivos. (*)

Vamos á insistir sobre este punto, para mayor aclaración. Los señores contadores de Hacienda, con igual precipitación que en 1601, llenos de desconfianza hacia Cervantes, sin percatarse siquiera de que en sus mismas oficinas tenían la prueba acusadora de su ligereza, se apresuraron á pedir informes sobre un débito ficticio á los contadores de relaciones.

El pliego enviado á éstos, fechado en Valladolid á 14 de Enero de 1603, decía al pie de la letra lo siguiente: (**)

“A Miguel de Cervantes se dió comisión de

(*) Léase lo que dejamos dicho en la página 334 de este tomo.

(**) D. Martín Fernández de Navarrete habló de estos documentos extractándolos. Nosotros hemos conseguido copias completas exactas de ellos, según las noticias que le comunicó D. Tomás González desde Simancas, y se conser-

van en el *infolio* de Ábalos, ya citado otras veces, donde guardó Navarrete cuantos apuntes y datos le remitían para componer su obra. Con tal auxilio, dejamos dilucidado suficiente y satisfactoriamente cuanto respecta á la tramitación de lo instruido contra Cervantes por atrasos y alcances de cuentas.

S. M.^d, fecha en 13 de Agosto de 594, para que cobrase las fincas de ciertos partidos del Reino, y entre ellas treinta y ocho mil maravedis que había de finca en las alcabalas y tercias de la ciudad de Baza en el tercio primero del dicho año de 594; y en la cuenta que del dicho año se está dando en esta Contaduría por parte de Gaspar Osorio de Tejeda, receptor de las dichas rentas, se presenta una carta de pago de dicho Miguel de Cervantes, por la cual parece entregó el Osorio 27.904 maravedis; y para podersele recibir su cuenta, es necesario que los contadores de relaciones den razón si el dicho Cervantes ha dado cuenta de la dicha comisión, y si en ella se hizo cargo de los dichos maravedís y tiene satisfecho y pagado el cargo de ella, ó lo que en ello hay.“ El pliego tiene ocho rúbricas de los contadores, y á continuación la siguiente respuesta:

“Por los libros de relaciones de S. M.^d parece que dicho Miguel de Cervantes tuvo comisión para cobrar dos cuentos quinientos cincuenta y siete mil veintinueve maravedís de ciertos partidos y rentas del Reino, en que entran los treinta y cuatro mil maravedís que había de finca en las alcabalas y tercias de Baza, en el tercio primero del 594, de los cuales cobró tan solamente 27.904 maravedís, por tantos que pareció haber de finca en el dicho tercio primero. Y por cuenta de los dichos dos cuentos quinientos cincuenta y siete mil veintinueve maravedís entregó en las arcas dos cuentos cuatrocientos treinta y seis mil ciento cincuenta y cuatro maravedís, y no dice por cuenta de qué partidas son, y más se le hicieron buenos, por no cobrados del dicho receptor de Baza y de otro, treinta y un mil setenta y un maravedís, que todo monta dos cuentos cuatrocientos setenta y siete mil doscientos veinticinco maravedís, de los cuales no ha dado cuenta en los dichos libros; y para que la viniese á dar se han dado cartas para que el Sr. Bernabé de Pedroso le soltase de la cárcel donde estaba en Sevilla, dando fianzas de venir á darlas dentro de cierto término, y hasta ahora no ha venido, ni hay razón de las diligencias que se han hecho. Fecho en Valladolid á 24 de Enero de 1603.—Domingo Ipenarrieta.—(Rubricado.)“

Hemos copiado íntegros los anteriores documentos para dejar depurada la verdad del caso, y demostrar que ni los contadores mayores ni los de relaciones se ciñeron á lo cierto y comprobado en sus pliegos respectivos. Dejando aparte

los errores de números en que incurren, por apuntes ó datos aislados ó inciertos, basta tener presente lo dicho en un documento irrecusable para quitar toda importancia á sus aseveraciones.

Cuando en 1.º de Diciembre de 1597, el Licenciado Gaspar de Vallejo, juez de la Real Audiencia de los Grados de Sevilla, fué autorizado por el Rey para que se soltase á Cervantes de la cárcel y prisión donde estaba en Sevilla, era porque lo mismo los señores de la Contaduría mayor que los contadores de relaciones, en la revisión hecha de los libros respectivos, adquirieron el convencimiento de que sólo tenía que satisfacer y dar cuenta Cervantes de 79.804 maravedís, pues “LO DEMÁS (palabras textuales), Á CUMPLIMIENTO DE LO QUE SE LE MANDÓ COBRAR, LO ESTÁ.“

Ahora bien; si todo lo que hubo de cobrar Cervantes por su comisión de alcabalas en el reino de Granada, lo había satisfecho antes de 1.º de Diciembre de 1597, menos 79.804 maravedís, ¿cómo se explica entonces que quisiera exigírsele además los 27.904 maravedís que recaudó del partido de Baza en 1594? ¿Cómo preguntaban los contadores mayores en 1603 si estaba entregada dicha suma en Tesorería, cuando se hallaban en poder de ellos mismos los documentos públicos que relataban los procedimientos ejecutivos que tuvo que emplear Cervantes para hacer efectivo el cobro? (*)

Hasta los menores incidentes, pues, de aquella cobranza, constaban perfectamente á los señores contadores.

Pero los de relaciones, involucrando nombres, querían que Cervantes fuese todavía deudor, año de 1603, de lo que ya tenía pagado desde varios antes.

No ha sido posible hallar en Simancas, aunque por medio del digno archivero D. Julián Paz, lo hemos solicitado con mucho empeño, copia de todos los documentos y apuntes que sobre el particular revisó y extractó D. Tomás González en el Archivo de Simancas, mencionados por D. Martín Fernández de Navarrete. En la imposibilidad de obtener los traslados que deseábamos, recurrimos á D. Julián Apráiz, el ilustre cervantista de Vitoria, quien, con intervención de D. Galo Salas, nos envió copia de los papeles remitidos por D. Tomás González á D. Martín. Habiéndose perdido ó extraviado dichos originales, nos ha sido preciso publicarlos íntegros, co-

Al pie de los dos documentos que trasladamos con toda puntualidad, se dice lo siguiente, como testimonio de veraz información: “Concuerda literalmente con las partidas que obran en un cuaderno de cuentas de 1603, que existe en es-

te Real Archivo de Simancas; y lo firmo en él á 26 de Octubre de 1816.—Tomás González.“ (Hay una rúbrica.)

(*) Los publicó Navarrete en la *Vida de Cervantes*, págs. 427-31.

mo papeles inéditos de suma importancia, para el esclarecimiento de estos curiosos pormenores.

D. Tomás González se lamentaba de no haber podido encontrar el expediente de ultimación de cuentas de Cervantes por atrasos; pero hay dos anotaciones en un *Manual* de los libros de cargos y otras resultas que él repasó, y en cuya página 110 se leía.

“En Madrid, á seis de Noviembre de 1608 se dió auto contra el dicho Miguel de Cervantes y D. Francisco Suárez Gasco, (*) residente en es-

(*) D. Francisco Suárez Gasco, fué hijo de un ilustre Sr. del mismo nombre y apellidos y de D.^a Catalina Cano Calvete, vecinos de la villa de Tarancón. Por el año de 1577 murió el padre. D.^a Catalina quedó curadora de sus hijos y bienes. Eran tres, Francisco Suárez Gasco, quien después fué fiador de Cervantes; D. Gabriel Suárez Gasco, y Doña Juana Gasco, herederos también, todos tres, del Licdo. Pedro Gasco, del Consejo y Cámara de S. M., según datos que constan en una carta de pago, otorgada por la viuda á favor del Licdo. Barrionuevo, ante el escribano Gascón de Gálvez, á 17 de Julio de 1577. (T. 2.^o de *Documentos* de Pérez Pastor, pág. 402).

La fianza de D. Francisco Suárez Gasco, de que se habló en el lugar oportuno, en favor de Cervantes, por cuantía de 4.000 ducados, fué firmada por dicho señor en Madrid, ante el escribano Jerónimo Félix, el 1.^o de Agosto de 1594. Por cierto que uno de los que informaron que era persona abonada Suárez Gasco, para fiar á Cervantes, fué Agustín de Cetina, antiguo contador en Sevilla, persona que conocía á fondo la formalidad de Cervantes, y pudo ser quien hablara, en recomendación de éste, á Suárez Gasco, por necesitar de tal apoyo para que fuese nombrado recaudador de alcabalas en 1594.

Hay algunos antecedentes que tiran á rebajar el buen nombre de Suárez. Navarrete (pág. 422 de su *Vida de Cervantes*,) dijo que acaso se exigiría mayor fianza de la que él daba—aparte de no cubrir la totalidad de lo que había que recaudar la que ofrecía—por su desarreglada conducta, por lo que “se le impusieron cuatro años de destierro de la corte y sus contornos y del Corral de Almaguer; y habiéndolo quebrantado varias veces, se le agravó hasta ocho años, los cuatro fuera del Reino, aunque se le alzó en el segundo extremo cuando acreditó que había salido á cumplirlo, según Real cédula de 6 de Diciembre de 1601, que consta en el Archivo de Simancas.”

D. Cristóbal Pérez Pastor dice por su parte, en el lugar antes citado, que se pidió ampliación de la garantía dada por Suárez Gasco, porque no inspiraba confianza, y cita al efecto una noticia del *Inventario del Archivo de la Sala de Alcaldes* (fol. 204) por la que consta que D. Francisco Suárez Gasco fué procesado en 1591 “sobre sospechas de haber querido matar á su mujer”.

Fuera Suárez Gasco, á lo que parece, pendenciero y celoso, y se viera perseguido de la Justicia por ligereza de carácter, ó rivalidades de bandos políticos, lo que hace á nuestro propósito, y debe decirse, es que, como fiador de Cervantes, merecerá siempre nuestro respeto y simpatías.

(**) Los apuntamientos facilitados por el Sr. González á D. Martín Fernández Navarrete respecto del *Manual de los libros de cargos y otras resultas que corre desde el año de 1597*, son los siguientes, copiados textualmente, á excepción de los dos párrafos que acabamos de transcribir:

ta corte, y vecino de Tarancón, como su fiador, con término de 10 días y pena de 10 ducados y 50 ducados á buena cuenta.

“En 24 del dicho mes y año se notificó al dicho Miguel de Cervantes, y respondió que lo oía; y el dicho auto y un pliego respondido por los libros de relaciones, por donde consta que el dicho D. Francisco Suárez, es su fiador en cantidad de 4 mil ducados, están en el libro de autos de particulares de esta Contaduría.” (**)

Mes y medio antes de la notificación hecha á

Fol. 110. “Miguel de Cervantes, por comisión de Su Majestad, despachada en su Contaduría mayor de Hacienda en 13 de Agosto 94, para cobrar fincas de ciertos partidos del Reino, ha de dar cuenta de los cargos que hay contra él en el libro 4.^o de ellos. A fojas 63, en el de Febrero de 599, se dió llamamiento con término de 30 días, y penas de 10 mil maravedís y que se cobraran otros cien ducados á cuenta de su alcance.” (El alcance, ya hemos dicho en el texto que subía á 79.804 maravedís, según afirmación terminante, y comprobada por los mismos señores contadores mayores en Diciembre de 1597.) (Véase *Vida de Cervantes* por Navarrete, pág. 439).

Fol. 166. “Miguel de Cervantes, comisario nombrado por el proveedor Pedro de Isunza, ha de dar cuenta de los cargos que contra él resultan por el libro 4.^o de ellos, á folio 262, y en su defecto el dicho proveedor que le nombró.”

Fol. 250. “Miguel de Cervantes, ejecutor, ha de dar cuenta de 27.000 maravedís (la cantidad exacta cobrada fué 27.904), que cobró de Gaspar Osorio de Tejeda (asersión errónea, según testimonio notarial), recaudador que fué de las rentas de la ciudad de Baza y su partido por finca que hubo en ellas el año 94, en virtud de la comisión de Su Majestad, que se le dió en 13 de Agosto del dicho año para que cobrase dos cuentos quinientos cincuenta y siete mil noventa y nueve de ciertos partidos del reino de Granada y rentas de él, en que entraron 34.000 que hubo de cobrar de la dicha ciudad de Baza, de que cobró los dichos 27.000, que resulta cargo contra él por la data de libranzas de la cuenta de la dicha ciudad del dicho año (mal podía resultar cargo contra él cuando estaba entregado el importe verdad, 27.904, desde Noviembre del mismo año 94); y parece por lo respondido por los libros de relaciones á un pliego que se dió de esta Contaduría, que está al principio de la dicha cuenta, que de la dicha comisión tiene por satisfacer y dar cuenta el dicho ejecutor de 89.804 (cantidad equivocada también, pues sabemos, por testimonio oficial, que era de 79.804); que la ha de dar, cuando se le pidiese de los dichos 27.000 (no podía darla, pues ya sabemos que lo hizo oportunamente), y los dichos 89.843 (79.804) maravedís tocan á los 429.849 que se le mandaron cobrar de las tercias de Ronda de 593, como se contiene en la cuenta de las dichas tercias y año en la data de libranzas de ella, en la nota que está en la dicha partida de 429.847 para satisfacción del cargo que de ellas resulta. “(No se comprende entonces tanta insistencia para que abonase Cervantes una cantidad que no habría recibido”).

“En 20 de Febrero de 594 se dió pliego para que el contador de relaciones diese razón de dónde es vecino Cervantes y las fianzas que dió.”

Si algún día pareciera ese *Manual de los libros de cargos y otras resultas*, donde se indicaban antecedentes, pliegos, autos y comunicaciones que extractó D. Tomás González,

Cervantes, ó sea el 8 de Septiembre, se había desposado Luis de Molina con D.^a Isabel de Saavedra, el único breve período que parece haber vivido con alguna holgura Miguel de Cervantes. Posible es que entonces, para tranquilidad de su fiador, quedasen abonados los 2.400 reales que se le pedían por alcance de cuentas, y para siempre liquidadas las suyas con la Real Hacienda, que tanto le había molestado y perseguido. La intachable honradez de Cervantes quedó, como siempre, reconocida y dignificada.

Fué costumbre muy propagada desde los comienzos del reinado de Felipe III, avivar con grandes fervores las prácticas devotas. Entre ellas se estimó como la primera la adoración al Santísimo Sacramento. El Monarca creía en su ingenua piedad que, ya que éramos infortunados en nuestras guerras con los infieles y los partidarios del Protestantismo, llegaría España á recobrar sus perdidas fuerzas dedicándose todos los súbditos al rezo y á la contemplación. La iniciativa del Rey surtió maravillosos efectos. Aumentóse tanto la devoción al Santísimo, que en frases de Baltasar Porreño, no hubo ya parroquia ni convento donde no se estableciese Cofradía ó Congregación con título de *Esclavos del Santísimo Sacramento* "con muchos ejercicios espirituales y gran frecuencia de comuniones, sacándole todos los meses en público, con tanta grandeza y fragancia de suavísimos olores, que no parecía sino un retrato del Paraíso, que ponía asombro á los enemigos de la fe."

Por el mismo tiempo en que volvió Cervantes á Madrid, creábase en aquella capital una Congregación ó Hermandad animada de dichos fines y propósitos. Los fundadores de la Congregación de esclavos del Santísimo Sacramento fueron dos personas insignes, la una por sus virtudes; por su influencia é importancia la otra: llamábase aquélla Fr. Alonso de la Purificación; ésta, D. Antonio de Robles y Guzmán, gentil-hombre cortesano. El día 2 de Febrero de 1609 quedaron aprobadas las Ordenanzas y se extendió la carta de hermandad. Siguió desde entonces acrecentando la Congregación en importancia, y obteniendo el beneplácito, la protección y el concurso, no sólo del nuncio de Su Santidad, del Rey de España, del Duque de Lerma y de muchos próceres, sino de la clase media, de la pobre, de los literatos, poetas y comediantes, así como de los más humildes y desconocidos individuos.

Poco tiempo hacía que estaba constituida la Congregación cuando Cervantes, terminado ya el asunto de los malhadados débitos, entró á formar parte de aquélla. En el libro de asientos, folio 12 vuelto, se lee lo siguiente, escrito todo de letra del mismo Cervantes: "Recibióse en esta Santa Hermandad por esclavo del Santísimo Sacramento á Miguel de Cervantes, y dijo guardaría sus Santas Constituciones; y lo firmó en Madrid, á 17 de Abril de 1609. Esclavo del Santísimo Sacramento, Miguel de Cervantes."

La nueva Congregación tenía para el antiguo soldado un atractivo singular y preciadísimo: había sido fundada por un ministro de la Orden de los Trinitarios descalzos, redención de cautivos. Con tanto mayor placer ingresaba Cervantes en ella, cuanto que nada más noble y virtuoso para él que todo lo que procediese de aquellos varones ejemplares y por extremo caritativos, por cuyos esfuerzos, por cuya asiduidad, por cuyos sublimes y jamás bien enaltecidos desvelos recobró en 1580 la libertad perdida, y pudo volver á su patria, ya rotas, ya destruidas las cadenas de la esclavitud.

El Sr. D. Aureliano Fernández-Guerra y Orbe, que ha examinado detenidamente las actas de aquella piadosa Congregación, ha publicado datos curiosos sobre el particular. Cervantes, desde su ingreso en la Hermandad hasta su muerte, siempre fué uno de los que más constante y fielmente cumplieron con sus deberes. Prescribían las Constituciones que todos los esclavos del Santísimo habían de oír misa cada día, hacer cotidianamente por la noche examen de conciencia, comulgar en el primer domingo de cada mes, rezar la corona de flores, asistir siempre á los ejercicios de oración y disciplina que se verificaban lunes, miércoles y viernes en la capilla de la Congregación, visitar á los enfermos, y acompañar al cadáver de todo hermano; y con tal constancia y exactitud, con tal fervor y cuidado, llenó Cervantes sus obligaciones, que en las actas se le incluye entre los treinta señores que con santo celo y gran devoción acudían, así á las fiestas como á lo demás que se ofrecía á la Congregación. La gran modestia de Cervantes se revela en un hecho, que consta en las mismas actas. Habiendo veinte y siete cargos ú oficios en la Hermandad, que podían ejercer toda clase de personas, jamás solicitó ni obtuvo ninguno, con la circunstancia notabilísima de que á una sola junta faltaba en todo el año Miguel de Cervan-

en la nota que acabamos de transcribir, ó el *Libro de autos de particulares* de la Contaduría mayor de Hacienda, más las Reales cartas á Bernabé de Pedroso mandando poner en li-

bertad á Cervantes, con seguridad podría conocerse con más completos pormenores y noticias todo lo referente á esta cuestión.

tes: á aquella en que se hacían los nuevos nombramientos.

Al poco tiempo de haber entrado Cervantes en la Congregación, y con motivo de celebrarse la octava del Córpus en 1609 con singular magnificencia y religiosidad, se le designó por la Junta para que, en unión de otros dos hermanos, que lo fueron un teólogo y un trinitario, compusieran versos en alabanza del Santísimo, y al mismo tiempo abrieran un certamen y dieran premios. En los años sucesivos se le encomendaron otros cometidos, que cumplió con la exactitud acostumbrada; siendo muy curioso el dato de que, para el octavario del Córpus de 1613, se le ordenó por la Junta que escribiese los jero-

(*) Cuatro meses antes de su fallecimiento tomó Doña Andrea el hábito de hermana de la Orden tercera de San Francisco.

Sesenta y cinco años tenía D.^a Andrea cuando murió. Su partida de defunción, descubierta por D. Juan A. Pellicer y conservada en la parroquial de San Sebastián de Madrid, (libro que empieza en 1609 y concluye en el de 1620, folio 31) dice textualmente: "En Madrid, en nueve días del mes de Octubre de mil seiscientos nueve años, murió de calenturas D.^a Andrea de Cervantes, viuda de Sancte Ambrosi, florentin, de edad de 65 años. Dejó una hija, y no testó. Recibió los Santos Sacramentos de manos del Licdo. Francisco López, teniente cura de la dicha iglesia. Enterróla Miguel de Cervantes, su hermano, que ambos vivían en la calle de la Magdalena, frontero de Francisco Daza, maestro de hacer coches. Enterróse en San Sebastián en orden de dos ducados."

En varios pasajes de este tomo, hemos hablado de la hermana mayor de Cervantes, según han exigido los sucesos. Fué siempre mujer de enérgica resolución, de carácter varonil. Citaremos algunos hechos de su vida, que lo comprueban.

En 1571, un año ó dos después de casada, entregó ó vendió, mediante el precio de 500 ducados, á D. Alonso Pacheco de Portocarrero, un collar grande de oro con piedras y perlas finas de rubíes, esmeraldas y diamantes, una cadena de oro, también grande, un *Agnus Dei* de oro y un rosario de cristal. Obligóse al pago D. Alonso en ciertos plazos. La escritura de obligación extendióse ante el escribano Miguel de Terreros en 7 de Agosto del citado año.

En el mismo, fecha 12 de Octubre, otorgó D.^a Andrea poder á tres procuradores para pleitear con D. Pedro Portocarrero, hermano de D. Alonso, por débitos que con ella tenía por dinero prestado y joyas. El poder no sólo era para pleitear con D. Pedro Portocarrero, sino para todos los demás pleitos y causas civiles y criminales, movidos y por mover, que la fuesen preciso. Los procuradores se llamaban Andres de Ozaeta, Francisco Gutiérrez y Gonzalo Perogila.

El año 75 D. Alonso Pacheco Portocarrero otorgó nueva escritura de obligación á favor de D.^a Andrea, fecha 1.º de Agosto, ante el escribano Francisco López del Castillo. Respondía el deudor con su persona y bienes, juros y rentas, del pago de los 500 ducados que le debía desde 1571. La mitad quedaba en abonarla para Navidad de 1577 y la otra mitad en igual fecha de 1578, puesto el dinero en poder de D.^a Andrea en Madrid. Si no cumpliera D. Alonso, queda-

glíficos que con motivo de la festividad habían de colocarse dentro y fuera del templo. Lo mismo de estas composiciones, que serían ingeniosas y bien ordenadas, como todas las suyas, que de las que dispondría en alabanza del Santísimo en 1609, no tenemos desgraciadamente más conocimiento que por lo consignado en las actas de la Congregación. D. Aureliano ha pretendido descubrir por su estilo como de Cervantes, algunas que quedaron inéditas; pero sin ofrecer pruebas ciertas para poder demostrarlo.

En aquel mismo año de 1609, en el mes de Octubre, falleció la hermana más querida de Cervantes, D.^a Andrea, (*) que fué casada tres veces, y tenía del primer matrimonio á su hija

ba comprometido á pagar un ducado por día á la persona que fuera á cobrarle por mandamiento de justicia. Hay algunas palabras en la escritura que no se explican bien sino en el sentido de un profundo agradecimiento á D.^a Andrea por no haberle molestado ni ejecutado, á pesar de los cuatro largos años transcurridos desde que le vendió y entregó las joyas que se especificaron más arriba. Ese párrafo dice así: "Para más abundamiento, é para que estéis más segura de la paga de los dichos 500 ducados, aunque no fuese obligado á os los pagar, como lo soy, os hago gracia de ellos *por la mucha obligación y cargos en que os soy, que suman é montan mucho más que valen los dichos 500 ducados.*"

Antes de 1599 estuvo viviendo D.^a Andrea, durante algunos años, en unas casas que eran de D.^a Elena de Asteza, enfrente de la calle de la Comadre de Granada. Pagaba cada año 50 ducados. D.^a Andrea abonó á cuenta de alquileres, réditos corridos de los censos que tenían dichas fincas. Tal vez por parecerle caro el alquiler que pagaba, pidió se rebajasen los réditos, y verificado, se fijó en 40 ducados.

D.^a Andrea se negó desde entonces á abonar mayor cantidad que ésta. El dueño de la finca ejecutó á D.^a Andrea por 1870 reales, que se suponía deberle. D.^a Andrea no se conformó. Siguióse pleito por ambas partes, que se iba haciendo interminable. Púsose término al litigio mediante los buenos oficios del contador Martín de Axpe Orbezu, que representaba á D.^a María Martínez de Asteza, como madre y heredera de D.^a Elena.

D.^a Andrea quedó satisfecha del arreglo, que le fué del todo favorable, gracias á su entereza, según consta terminantemente de las siguientes palabras, que consignó el contador Axpe en el finiquito de cuentas que puso fin al pleito:

"Por tanto, el dicho contador Martin de Axpe Orbezu, en nombre de la dicha D.^a María Martínez de Asteza, como heredera de Elena de Ansola, su hija, y en virtud del dicho su poder, en la vía é forma que haya mejor lugar de derecho, otorgaba que daba y dió por ninguno y de ningún valor y efecto el pleito ejecutivo y auto de los mil y ochocientos y setenta reales, para que en ningún tiempo se pueda pedir ni pida á la susodicha, ni á sus bienes ni herederos cosa ninguna en ningún tiempo, por cuanto en nombre de la dicha su parte declara y confiesa que D.^a Andrea de Cervantes no debe cosa ninguna de los dichos alquileres de todo el tiempo que vivió las dichas casas, porque habiéndose juntado á cuentas con la susodicha y recibido la escritura, lo que pareció haber pagado de los réditos de los censos que sobre las dichas casas estaban y lo que en su vida pagó á Elena de Asteza y Ansola, y descontando lo que va á decir

D.^a Constanza. Desde que enviudó de su tercer casamiento, pasó á vivir en compañía de su hermano, no separándose ya de su lado hasta su muerte, la cual ocasionaría grandísima pena á Cervantes. Dechado de buena y cariñosa hermana D.^a Andrea, siempre se sacrificó por el bien de Miguel, á quien adoraba sobre toda ponderación.

El mismo día que tomó el hábito de la venerable Orden tercera de San Francisco D.^a Andrea de Cervantes, lo había recibido también la esposa de Miguel, comprobándose por las partidas correspondientes que vivía el matrimonio junto con D.^a Andrea. (*)

Es indudable que D.^a Catalina se llevó siempre muy á bien con su marido. Modelo éste de delicadeza, jamás quiso vivir el gran Escritor á costa de los bienes de su mujer. Siempre libró su subsistencia en sus propios desvelos y trabajos. Por eso D.^a Catalina estimaría á su esposo con la distinción que su alteza de pensamientos demandaba; y aun conocido el desliz de sus juveniles relaciones con la madre de Isabel de Saavedra, no se amenguó el cariño desinteresado que le profesaba.

D.^a Catalina, que casi siempre vivió en Esquivias mientras su marido luchaba con su pobre suerte, durante multitud de años, en los campos y ciudades de Extremadura ó Andalucía, no podía desprenderse de aquel amor al suelo natal, que suele ser tan poderoso en las almas sencillas, que adoran la soledad y el aislamiento en aquellos sitios queridos donde vivieron los seres más adorados de su corazón, por estar llenos de recuerdos seductores.

Desde 1604 en que murió su señora madre, Catalina de Palacios, parece que se aumentó aquel intenso cariño. Donde quiera que estaba,

sentía la nostalgia del antiguo bendito hogar, del humilde y bien amado pueblecito donde reposaban las cenizas de sus padres. Aun avecinada con su marido en Madrid desde 1608, la vida cortesana debió de ser para ella una mortificación, según se desprende de sus predilecciones por Esquivias.

Pensaba siempre en la placidez de aquel ambiente sano y tranquilo, donde su ánimo se regalaba con los recuerdos de su venturosa niñez y adolescencia.

En uno de aquellos momentos de triste esperanza por volver á vivir la vida sosegada de su pueblo amado, fué cuando, probablemente, pensó en hacer su primer testamento, sin dar cuenta de ello á su marido, y consignó en el registro del escribano lo que su voluntad le prescribía y los más íntimos secretos de su corazón como esposa y como hermana. Desde luego puede inferirse que en aquella determinación de su ánimo influyeron poderosamente los afectos á su antigua familia, y el deseo de no dejar litigios ni diferencias á su muerte entre los amados de su alma.

Aquel documento contiene secretos inestimables, que de otro modo sería de todo punto imposible conocer. D.^a Catalina había sido preferida siempre en el amor de los suyos. Su padre y su tío la adoraron más bien que quererla. Su señora madre la miró asimismo con el más predilecto amor, y la benefició en el tercio y remanente de quinto de sus bienes. Por el testamento que otorgó D.^a Catalina el 16 de Junio de 1610 ante el escribano público Baltasar de Ugena, (**) sabemos la cuantía exacta de sus bienes, que después, en otra escritura de cesión del tercio y quinto en favor de su hermano, D. Francisco de Palacios y Salazar, quedaron especificados más completamente. (***) D.^a Catalina con melancóli-

de cuarenta ducados en cada año, en que se retasó la casa, á los 50 ducados porque la tenía arrendada en cada un año, pareció haber pagado enteramente todo lo que debía del arrendamiento; y así lo declara y confiesa en nombre de la dicha su parte."

(*) Publicólas por vez primera D. Juan Antonio Pellicer en la *Vida de Cervantes*, pag. CCXVII, edición de MDCCLXXXVII, en Madrid, por D. Gabriel de Sancha. Recibieron ambas el hábito por mano del R. P. Fr. Diego Ordoñez, provincial de la Orden. D.^a Andrea dijo ser viuda del general Alvaro Mendaño. La fecha del casamiento con dicho señor, no se puede puntualizar mientras no aparezcan datos sobre este punto. Vivía Cervantes entonces en la calle de la Magdalena, á las espaldas del palacio de la Duquesa de Pastrana. Muerta D.^a Andrea, mudóse el matrimonio á las espaldas de la iglesia del Loreto, según advertencia puesta en la partida de D.^a Catalina de Salazar Vozmediano, mujer de Cervantes.

(**) Deseosa D.^a Catalina de otorgar testamento sin

que lo supiera su marido, eligió un escribano á quien conocía, lo mismo que á sus hermanos, vecinos de Esquivias, Juan y Andrés Ugena, en la seguridad de que así se guardaría el secreto perfectamente. El escribano se llamaba Baltasar, y era tío de la criada de la mujer de Cervantes, hija de Juan de Ugena y Ana Rodríguez, y á quien dejaba D.^a Catalina en su testamento "todos los vestidos de seda y otros cualesquiera y el manto que tuviese y camisas el día que yo muera." Advierte que hace esta manda por el mucho amor que la tenía por el tiempo que la sirvió siendo niña, y para que rogase á Dios por su alma.

Este testamento de D.^a Catalina lo publica íntegro Pérez Pastor en el t. I de *Documentos*, pag. 156-63.

(***) Los bienes que poseía D.^a Catalina, cuando hizo testamento en 1610, incluyendo el tercio y remanente del quinto eran los siguientes: cinco aranzadas y media de majuelo en término de Esquivias, lugar llamado Los Quartos; cuatro aranzadas de dos majuelos que le dejó su tío Juan de Palacios; el majuelo del camino de Seseña, que tendría

ca ternura, quiere que, cuando Dios fuera servido de llevarle de esta presente vida, su cuerpo lo trasladaran á Esquivias, el lugar santísimo de sus afectos, y manda que "lo entierren en la sepultura de Fernando de Salazar Vozmediano, su padre, que está en el coro de la iglesia junto á la grada del altar mayor, con su losa." Como si se complaciera en ordenar del modo que había de efectuarse el sepelio, disponía que le acompañasen todos los clérigos del lugar y las cofradías á que perteneciera, y la amortajasen con el hábito de San Francisco." Mandaba también el número de misas que se habían de decir por su alma, las de sus padres, y la de su tío y padrino de matrimonio, Juan de Palacios.

Hay que hacer notar que D.^a Catalina en el reparto de sus bienes, aunque no olvida á su esposo, no le favoreció, sin embargo, según era de esperar del "mucho amor y buena compañía que ambos habían tenido", en textuales palabras suyas.

Beneficiado principalmente por D.^a Catalina su hermano Francisco de Palacios y Salazar, para Cervantes sólo legó, además de la cama en que muriese y ropa y muebles que quedasen disponibles, un majuelo de cuatro aranzadas en el camino de Seseña, como usufructo mientras viviera, con cargo de que se le dijese cuatro misas rezadas cada año por su alma; y todavía esta manda quedó más limitada por la escritura posterior á que hemos hecho referencia, pues el di-

próximamente cuatro aranzadas; una tierra de sembradura, de una aranzada de cabida, que decían el Herrador; una parte de la casa donde vivió su señora madre, con el aposento que estaba unido á ella con una despensa junto, el basar, alacena y puerta del corral que se hallaba en la esquina de la sala y todo el pedazo de corral desde la misma esquina hasta la pared de la callejuela de Gaspar Tello; la mitad de dos majuelos, de tres aranzadas cada uno, conocidos por Val de la Fuente y del Villar; un majuelo albillo en la Fuente de Umbidades, de una aranzada; y una tierra trascabeza.

Además un huerto, junto á la Iglesia de Esquivias, que era el mismo que en la carta dotal de los bienes recibidos por Cervantes, se llamaba "huerto cercado con su puerta y cerradura, que dicen el huerto de los Perales, con los árboles que tiene, que alinda con el arroyo que viene de la fuente, y la callejuela que sale á la Iglesia."

Comparando las aranzadas de majuelo y demás bienes raíces que aportó D.^a Catalina al matrimonio, con las que dejó en su testamento á su hermano D. Francisco de Palacios, sin contar lo perteneciente á la mejora del tercio y quinto, y á la donación hecha por su tío D. Juan, se ve con satisfacción que en nada disminuyó Cervantes el caudal dotal de su esposa en los 26 años que transcurrieron desde el de 1584, que fué el de su casamiento, hasta el de 1610, en que testaba D.^a Catalina casi cuanto poseía á favor de su hermano. ¿Puede darse carácter más noble, íntegro y desinteresado?

cho majuelo fué hipotecado á favor de Francisco de Palacios, sin que Cervantes, en forma ni manera alguna, pudiera disponer de él, enagenarlo, ni recibir nada con su garantía. Es decir, que Cervantes no tenía que contar, á partir desde el año de 1612, con ningunos bienes de su esposa, pues todos hubo de cederlos á su hermano, con licencia y consentimiento del marido, por el arreglo de cuentas hecho entre los dos primeros.

Y de la poca franqueza con que trató la familia de D.^a Catalina al esposo de ésta, son prueba irrecusable las siguientes palabras que ella dijo el 31 de Enero de 1612, al traspasar á su hermano el tercio y quinto de sus bienes maternos. "Y aunque éstos (manifestó textualmente), conforme á la cláusula del testamento de la dicha mi madre, prohíbe la enagenación y venta de ellos, esto fué por dos respetos, *el uno para que no se pudiese valer de ellos el dicho mi marido*, y el otro, en caso que no tuviese yo hijos, atendiendo que los bienes de la dicha mejora viniesen en el dicho Francisco de Palacios, mi hermano." (*) Debió de oír con pena Cervantes la declaración de su esposa.

D.^a Catalina, como su marido, no estaba en buenas relaciones, desde el año 1610, con su entenada, á pesar de que fué madrina en sus velaciones con Luis de Molina. No se explica de otro modo que omita completamente el nombre de la hija de Cervantes en su testamento, sin acordarse de ella para nada, ni dejarle la menor señal de

D.^a Catalina, que amaba á su marido, no hubo de quedar tranquila después de haber testado casi todo lo suyo á favor de su hermano, con perjuicio y sin conocimiento del esposo.

Se comprende, por tanto, que más tarde, sin descubrir el secreto de su ligera resolución, hablaría á Cervantes de lo conveniente de extender escritura de cesión de todos sus bienes á beneficio de su hermano, por débitos contraídos. Generoso y desinteresado Miguel, como siempre, aprobó lo indicado por su esposa, y la ratificación de los propósitos de D.^a Catalina quedaron explícitamente consignados, con fecha 31 de Enero de 1612, ante el escribano Juan de Chaves, siendo testigos Antonio Delgado, Pedro de Arenillas y Francisco Molardo, estantes en la corte. (Perez Pastor. *Docum.* 46, t. I, págs. 169-177).

(*) D.^a Catalina había recibido, como mejora por el tercio y remanente del quinto que le dejó su madre, bienes raíces y parte de una casa por valor de 78.879 maravedís; pero habiendo tenido que pagar por ella, y por débitos de sus padres, varias cantidades á su hermano Francisco de Palacios, ajustadas cuentas, había subido lo entregado á 5.965 reales, que excedía en mucho á lo que podía representar la propiedad y el usufructo del tercio y remanente del quinto, por lo que hizo el traspaso de dichos bienes á su hermano, que era lo que desde luego se proponían. Y, como aún aparecía D.^a Catalina deudora en bastante cantidad, como garantía para el total pago, quedó hipotecado el majuelo de Seseña.

cariño, en tanto que á la hija de D.^a Andrea, D.^a Constanza de Ovando, le dejaba en usufructo el majuelo de Seseña, durante los dos primeros años después de fallecido Miguel de Cervantes. Es posible que aquella tirantez de familia, se extremase luego más, en vista de la conducta de Molina cuando la cobranza de la dote de su mujer y resentimientos justos de Cervantes por tal motivo. Sin embargo, D.^a Catalina hizo las paces con el matrimonio Molina después de muerto su esposo, como veremos más adelante.

Desde 1609 pertenecía también á la venerable Orden tercera de San Francisco, la hermana beata de Cervantes, D.^a Magdalena de Sotomayor.

Esta señora, que tanto cariño tuvo siempre á Miguel, vivía, como sabemos, en compañía de su hermano desde la muerte de su madre. Parece que en su juventud había sido desgraciada en amores. D. Alonso Pacheco de Sotomayor, hijo de D. Pedro Portocarrero, caballero de la Orden de Santiago y general que fué de la Goleta, otorgó carta de obligación y pago, á favor de D.^a Magdalena, en Marzo de 1575 por 500 ducados que le había prometido como donación. Esta promesa no llegó nunca á cumplirse, según se sospecha, y se ha creído que pudo ser como señal de garantía para contraer con ella matrimonio, aunque de las muchas escrituras y convenios que al efecto se estipularon, nada claro se deduce que así lo afirme. (*)

Si, efectivamente, como presume el Sr. Pérez Pastor, D. Alonso Pacheco se portó con Doña Magdalena de Cervantes como falso y mal caballero, faltándole á su palabra, merecedor es de las más grandes censuras, pues hizo fundar esperanzas de ventura y correspondido amor en el ánimo de una honrada doncella de 19 años, que después, con desencanto penoso de su crédula ilusión, amargarón para siempre la plácida dulcedumbre de su vida.

En el caso de que fuese una realidad lo que con aguda suspicacia ha opinado el Sr. Pérez Pastor, bien puede afirmarse lo que decimos más arriba respecto de contrariedades amorosas. Recientemente lo ha enseñado así un nuevo documento inédito, publicado por Pérez Pastor en

el tomo 2.^o, página 75, de su Colección inestimable.

Parece ser que Juan Pérez de Alcega, greffier que había sido de la difunta cuarta esposa de Felipe II, D.^a Ana de Austria, había dado palabra de casamiento á D.^a Magdalena, por los años de 1580 ú 81.

Quejosa la joven del incumplimiento de la promesa, quiso que se le obligase y condenara á ello en términos de derecho. Para lo cual intentó poner demanda ante el Sr. Vicario general de la villa de Madrid. En vista de esto, Juan Pérez de Alcega se convino y concertó con D.^a Magdalena en la forma y con las condiciones siguientes: D.^a Magdalena le había de dar por libre de su pretensión y apartarse del derecho que pudiese tener contra él en razón de la palabra de casamiento que decía la había dado; y Pérez de Alcega le entregaría trescientos ducados en tres plazos, el primero en el acto de firmar la escritura, y los otros dos, á cien ducados cada uno, en el término de un año, el primero á los ocho meses, y el segundo y último, á los cuatro después. Hízose constar el concierto en la escritura que al efecto se otorgó por ambas partes ante Francisco Gómez de Ayala, notario de la Audiencia arzobispal de Madrid.

Ratificóse el convenio ante el escribano Baltasar de Jos, en Madrid, á 22 de Agosto, conformes en todo los interesados. Quedó, pues, Pérez de Alcega en completa libertad para disponer de su persona; y D.^a Magdalena recibió de contado, en noventa y tres escudos de oro con seis reales, los cien ducados primeros.

Tenía entonces D.^a Magdalena unos 26 años, pues había nacido por los de 1555 ó 56. Quizás desde entonces formó el propósito de abandonar el trato social y vestir el hábito de beata, dedicándose á obras de devoción y caridad, con desplacer y desabrimiento de las vanidades del mundo, triste el corazón por los desengaños amorosos experimentados.

D.^a Magdalena fué siempre en el seno de la familia dechado de abnegación y virtudes. En vida de su señor padre, llegó á ser su inseparable compañera, la que con sus ternezas y cuidados dulcificó la triste ancianidad de D. Rodrigo.

(*) Era en aquella época cosa muy corriente hacer sobre un mismo asunto escrituras y contraescrituras, para encubrir la verdad en los contratos y dejar sólo subsistentes las vaguedades del formulismo curialesco. Así, en este caso, por ocultar que D. Alonso había hecho la promesa de donación á D.^a Magdalena para cuando muriese su padre Don Pedro, aquélla tuvo que aparentar que era en deber los 500 ducados á Felipe López, florentin, y D. Alonso Pacheco se obligó á pagar al López la cantidad referida.

Muerto después D. Pedro, no siendo ya necesarios los miramientos para evitar murmuraciones, D.^a Magdalena quiso cobrar el donativo directamente del mismo D. Alonso, y Felipe López consignó en una cédula ante escribano que, no obstante el poder que le dió D.^a Magdalena para percibir 500 ducados de Alonso Pacheco por otros tantos que ella debía á Felipe López, no era esto verdad, pues D.^a Magdalena á él no le adeudaba nada. ¡Cuánta informalidad, y cuánto rodeo y ficción curialesca!

Consuelo de su madre viuda, veló por su tranquilidad hasta que exhaló el postrimer suspiro en sus amorosos brazos. Escogióla su hermano Miguel para que arreglase el delicado asunto de la educación de su hija natural, en que demostró grandes bondades y suma perspicacia. Supo sacrificarse siempre por el bien de sus hermanos y sobrinos, y se desprendió hasta de lo más necesario para favorecerlos con afecto casi maternal. Era como la santa mártir de aquella familia modelo. A todos atendía, de todo cuidaba, para todo estaba dispuesta su voluntad, propicio su corazón. Su inteligencia competía con lo intachable y puro de sus actos. De todos fué adorada y bendecida.

Cumplióse á principios de 1610 el año de noviciado de su ingreso en la venerable Orden tercera de San Francisco. El 6 de Enero, el Licdo. Gaspar de Torres, mandó al calificador de las informaciones y personas que hubiesen de tomar el hábito, diese informe de la vida y costumbres y aprovechamiento que habían hecho en el año de noviciado las que iban á profesar el día 2 del próximo mes de Febrero. Llamábanse Carlos de Timan, Pedro de Vera, D.^a Felipa del Castillo, D.^a Isabel Fajardo, doncella, D.^a Francisca Gómez, viuda, D.^a Estefanía de Huidobro, casada, y D.^a MAGDALENA DE SOTOMAYOR, doncella.

El Padre ministro hizo constar en el capítulo reunido al efecto el día 10 del citado Enero que, verificada la información correspondiente por el señor calificador, "se había hallado ser toda gente virtuosa y dignos de que se les diese la profesión." Votaron y declararon los presentes de conformidad "que se les diese la profesión el día de Nuestra Señora de la Purificación venidera;" notificación que, acto continuo, se hizo saber á los interesados, quienes se pusieron ante el prelado de rodillas. (*)

Pocos días después de cumplidos ocho meses de haber profesado D.^a Magdalena, otorgó tes-

tamento en Madrid (11 de Octubre de 1610), ante el escribano Jerónimo López.

Este instrumento público, de gran valía para depurar algunos datos erróneos que habían circulado antes respecto de D.^a Magdalena, es un dechado de sencillez y pone de relieve el bondadoso carácter de la testadora.

Después de dejar citados su ciudad natal y el nombre de sus padres, dice que, "estando en la cama de la dolencia y enfermedad que Nuestro Señor fué servido de darle" el día que otorgó el testamento, era su voluntad que su cuerpo fuese sepultado en la iglesia ó monasterio que pareciese á su hermano Miguel de Cervantes, aunque luego, en el codicilo, determinó el lugar fijo de su enterramiento. Declaraba y mandaba después que "por lo que toca al entierro de su cuerpo, fuera sepultado y acompañado con la menos pompa que pareciese á sus testamentarios, en cuyas manos lo dejaba." Quería que se dejase también á voluntad de éstos las misas y sacrificios que se habían de hacer por su alma.

Hizo constar que no tenía deuda de ninguna clase, y advirtió que, si debiera algo, sus testamentarios lo pagasen, siempre que no pasase de 20 reales. Dejó á D.^a Constanza de Figueroa, su sobrina, hija de su hermana D.^a Andrea, la parte de hacienda que le tocaba por los sueldos atrasados del alférez Rodrigo de Cervantes. También le dejó una obligación de 64 ducados, que habría de cobrar de D. Enrique de Palafox, caballero del hábito de Calatrava.

Declaró no dejar herederos de su hacienda, fuera de los mencionados, por no tener bienes ningunos, ni quedar de ella cosa que valiera nada; y si algo se cobrase, lo percibiera Doña Constanza, su sobrina, pues ella había de cumplir su testamento con sus bienes.

Dejó por testamentarios á D.^a Constanza de Figueroa y á su hermano Miguel, á los cuales, y á cada uno *in solidum*, dió poder al efecto para cabal cumplimiento de sus disposiciones. (**)

(*) Libro 1.^o de acuerdos de la V. O. T. de Penitencia de N. Seráfico P. S. Francisco de la villa de Madrid: f.^o 5.

El Capítulo que se reunió para aprobar la admisión de los hermanos citados, se componía de los señores siguientes: el P. Fr. Pedro de Leganés, guardián del convento; Fray Alonso de Espinosa, visitador de la Orden de los hermanos terceros; el P. Fr. Francisco de Orozco, predicador; el P. Fr. Cristóbal de Torres y Fr. Pedro de Burgos, y juntamente los hermanos profesos el Licdo. Francisco Aranda, clérigo, el Licdo. Gregorio de Balmaseda, clérigo, Alonso de la Vega, Francisco López, Juan de Reinaltes, Pedro González, Carlos de Timan y Pedro de Vera. De secretario, actuó Juan de la Peña, el cual, después de hacer constar que todos los que pretendían la profesión la mere-

cían por sus virtudes, concluye el acta con estas textuales palabras:

"Luego *incontinenti* fueron llamados por el hermano portero, y se presentaron ante el prelado. Hincados de rodillas, pidieron la profesión, y se les fué concedida, declarándoles lo que debían hacer para ella, lo cual fué fecho en diez de Enero de mil seiscientos y diez años, de que yo el infrascripto notario, que presente estuve, doy fe".

(**) Por lo original del caso, debe copiarse textualmente la confesión que hace D.^a Magdalena en una cláusula de su testamento.

"Item, declaro que D. Fernando de Ludeña me debe trescientos ducados, prestados siendo mozo soltero; y después de casado con D.^a Ana María de Urbina, su mujer, yo los

D.^a Magdalena murió el 28 de Enero de 1611. Fué enterrada en el monasterio de San Fran-

fui á pedir delante de la dicha D.^a Ana, y por entonces, por no enojar á la dicha su mujer diciendo los debía, no me los confesó deber; y después, habiendo ido allá á su casa otra vez en razón del dicho débito, en presencia de la dicha D.^a Ana María y de un sobrino suyo, diciendo que si no quería yo hacer una cédula, que me pedía, en que yo confesase que no me debía nada el dicho D. Fernando de Ludeña; me amenazó muchas veces diciendo que no daría nada en su vida si no hacía la dicha cédula, y á solas me dijo que me prometía mientras él viviese de darme todos mis alimentos, y que si yo le alcanzaba de vida, me dejaría con que viviese; y, debajo de la dicha promesa, le hice cédula en que

cisco, el dia 29. (***) Tomó el nombre de Magdalena de Jesús al ingresar en la Orden.

declaré no deberme nada, la cual hice contra mi voluntad. Y así declaro, debajo de mi conciencia, quedarme á deber trescientos ducados. Mando que mis testamentarios los cobren; á lo menos se lo digan, y le encarguen la conciencia, pues sabe ser verdad; y así lo mando." (El testamento y codicilo de D.^a Magdalena, los ha publicado el Sr. Pérez Pastor en el t. 2.^o de *Documentos*, págs. 285-93).

(***) La partida de defunción de D.^a Magdalena, que contiene varias inexactitudes, se encuentra en el Archivo de San Sebastián de Madrid, y ya quedó publicada en la página 122, primera columna del presente tomo.

CAPITULO III.

El Conde de Lemos y el Arzobispo Sandoval y Rojas, protectores de Cervantes

Error cometido por un escritor contemporáneo de Cervantes al hablar del sétimo Conde de Lemos.—Se refuta.—Embajada á Roma el año de 1600.—El sexto Conde de Lemos, virrey de Nápoles.—Poema ó Relación de Juan de Palacios Rubio.—Datos biográficos del protector de Cervantes.—Su importancia política.—Gran cariño que le profesó su tío y suegro el Duque de Lerma.—Altos cargos que desempeñó.—Muerte del hermano menor del de Lemos, Conde de Guelves.—Es nombrado D. Pedro Fernández de Castro virrey y capitán general del reino de Nápoles.—Despedida cariñosa que le hicieron los cortesanos.—Su gobierno feliz y tranquilo.—Carácter especial de la corte del virrey.—La Academia de los Ociosos.—Sus tareas literarias.—Sus sesiones: sus poetas.—Los Argensolas.—Mira de Améscoa.—Elegía de Bartolomé Leonardo en alabanza del Conde de Guelves.—Otras poesías leídas en la Academia.—D. Francisco Fernández de Castro, hermano del de Lemos, virrey de Sicilia.—Sus versos leídos en la Academia.—Algunas distracciones impropias de aquélla.—Pasillo bufo.—Lo que dice acerca de él D. Diego Duque de Estrada.—Sucesos de más resonancia durante la gobernación del Conde.—Indiferencia del magnate hácia Cervantes.—Conducta censurable de los Argensolas.—Justísimas quejas que consignó Cervantes en el *Viaje del Parnaso*.—Cómo se suavizaron las asperezas y se decidió el Conde á proteger á Miguel.—Cómo pagó á su protector con inmortales alabanzas sus bondades.—El arzobispo de Toledo, Sandoval y Rojas.—Su gloriosa memoria.—Recuerdos de su Pontificado.—Elogio de sus virtudes.—Su espíritu caritativo para con Miguel de Cervantes.

El notable escritor Alonso López de Haro, al hablar del sétimo Conde de Lemos y Andrade, protector de Cervantes, en su *Nobiliario genealógico de los reyes y títulos de España*, incurrió en manifiesto error, atribuyendo á éste hechos y actos que incumben á otra persona prestigiosa de su familia. Dice que D. Pedro Fernández de Castro fué de embajador extraordinario á Roma el año de 1600 á dar la obediencia á su Santidad de parte de Felipe III, “donde mostró bien (son sus palabras) la autoridad de su Rey y la clara sangre de sus mayores, al cual sirvió de su presidente en el Consejo real de las Indias y de su virrey y capitán general del reino de Nápoles, y este año de 1618 le sirve de presidente de su Consejo real en el de Italia: es príncipe de mucho valor y grandeza, llena de grandes esperanzas y digna de ocupar grandes lugares.”

López de Haro propagó una imperdonable inexactitud, que ha sido seguida por escritores sucesivos, confiados en su palabra, afirmando que el de Lemos fué á Roma, para dar obediencia al Soberano Pontífice como enviado extraordinario. Confundió el cronista las especies y los sucesos, cosa inexplicable cuando vivían muchos

de los personajes á que se refería, y pudo escribir guiado de datos fehacientes y con certidumbre completa de los hechos.

No fué el sétimo Conde de Lemos á quien se encargó de tal cometido ante la corte romana el año de 1600, cuando sólo era Marqués de Sarria, como primogénito de su casa, acabado de subir al solio Felipe III. Fuélo su señor padre D. Fernando Ruiz de Castro, sexto Conde de Lemos, que desempeñaba á la sazón, y desde años antes, el alto puesto de virrey y capitán general del reino de Nápoles. El cual, dando cumplimiento á las órdenes recibidas, llevó á cabo su elevada comisión con gran acierto, discreción, suntuoso aparato y prosperidad.

Existe una minuciosa relación de tal viaje, y embajada, que estuvo inédita hasta hace algunos años en el Archivo histórico de Toledo, procedente de la biblioteca del cardenal Zelada, y se publicó, año de 1874, en la *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*.

Dicho trabajo tiene pretensiones de poema y fué su autor Juan de Palacios Rubio, versificador muy mediocre, natural de la ciudad de Plascencia. Empezó su *Relación* por mandato del Sr. D. Francisco Fernández de Castro, hijo del

virrey de Nápoles y hermano segundo del Conde de Lemos, D. Pedro, el favorecedor de Cervantes. El autor dedicó su obra al Ilmo. y Rvmo. Señor Cardenal, Alejandro Pereto de Montalto, sobrino del Pontífice Sixto V, el cual parece que hizo poco caso de semejante acto de distinción y cortesía, pues el manuscrito quedó sin ver la luz pública. (*) En cuatro cantos divide Palacios Rubio su poema, describiendo con enojosa prolijidad los preparativos, efecto y realización del viaje, peripecias de éste, boato y lujo de los personajes, ostentación de criados, riqueza de vestidos y libreas, entrada triunfal en Roma, fiestas y agasajos recibidos.

No es ninguna obra de singular estima la de Rubio; por el contrario, es sumamente defectuosa en orden á su mérito literario. Sus octavas reales son prosaicas en su mayor parte. La inspiración poética es hartó escasa, á pesar de las repetidas invocaciones á Dios, Apolo y las Musas. Aun cuando se trate de asuntos que levanten el espíritu á las esferas de lo grandioso y hasta lo sublime, la composición adolece de su pobreza habitual de conceptos.

Tiene, sin embargo, el poema una circunstancia apreciable, y es la curiosidad que despierta la narración pormenorizada de todo lo acaecido

en el viaje, por referirse á suceso de tanta expectación entonces y á personajes tan calificados y puestos en la cumbre.

No pueden ser peores estas dos octavas con que empieza el poema:

Cante mi Musa, dicte mi memoria,
Mi pluma escriba con curiosa mano
La venida que á Roma con gran gloria
Hizo el Conde de Lemos, grande hispano,
Este que llama la cristiana historia
El año del Jubilo, que el romano
Pontífice Clemente octavo, abierta
Tuvo en las cuatro iglesias santa puerta;
Reinando en las Españas y Occidente,
Islas y Tierra firme nueva hallada
Don Felipe tercero, Rey potente,
Y en la Sicilia citerior llamada,
De dó le envió por su lugarteniente,
Con orden que á la iglesia consagrada
Diese y á su Pastor con reverencia,
De sus reinos y estados la obediencia.

De esta manera pobrísima relata el cumplimiento de las órdenes transmitidas al virrey de Nápoles:

El Conde, pues, habido este mandado
Del católico Rey, todo gozoso
De que, sobre el que tiene, le sea dado
Cargo tan principal y tan honroso
En un año y principio de un reinado

(*) El título de la obra es el siguiente: RELACIÓN de la entrada que el Excmo. Conde de Lemos, virrey de Nápoles, hizo en Roma á dar la obediencia á su Santidad el Papa Clemente octavo por el católico Rey Don Felipe, III de este nombre, el año santo de 1600. Compuesta en cuatro cantos por Juan de Palacios Rubio, natural de la ciudad de Plascencia, estando en Roma.

Que la obra la escribió Palacios Rubio por mandato de D. Francisco Fernández de Castro, dícelo él mismo en la dedicatoria al Cardenal por estas palabras: "Tengo por dichosísima suerte mía que haya venido á esta ocasión á Nápoles V. S. Y. con las ilustrísimas lumbreras de su Excelentísima casa, para cumplir mejor el mandamiento de Don Francisco de Castro, hijo del Excmo. virrey mi señor, con mi persona y presentar á V. S. Y. y R. esta pequeña obra mía antes que saliese á luz, como deseaba. La cual se me mandó hacer, con orden que pusiese en ella las cosas más notables de Roma y de los príncipes contenidos en ella, cuando fué su excelencia á dar la obediencia á su Santidad por la Majestad católica; y habiéndola acabado al tiempo que el dicho D. Francisco se partió, me mandó que diese copia á cada príncipe de los en ella contenidos, de lo que está dicho de ellos, porque no se estampe cosa contra su gusto".

Decía el autor al cardenal Alejandro que, si daba licencia para la estampación, agradeciendo la merced, se animaría para poder escribir con mejor claridad y estilo las antigüedades y descendencia de su excelentísima casa; pero el autor no fué atendido, ni apreciado su trabajo, según todos los indicios.

Tampoco se tomó empeño en alentar al poeta el mismo Don Francisco que le mandó escribirlo, pues habiendo tenido ocasiones en que demostrar su deseo de que se diese á la

estampa, no lo hizo; y á fe que el buen Palacios Rubio no dejó de colmarle de bajas lisonjas para conseguirlo, según se ve en los siguientes versos del primer canto de su poema:

Tú, de sangre de Lemos escogido,
Derecho sucesor y máspreciado,
Recibe de tu siervo humilde en suma
Tu gloria escrita con pegásea pluma.

Recíbela, y con mano poderosa
La favorece, porque sea extendida
Por todo el orbe la fama gloriosa
De esta célebre entrada y escogida;
Que, aunque de pobre ingenio, deleitosa
Será, siendo de tí favorecida;
Y sin favor propicio de tu mano,
Mi estudio y mi trabajo será en vano.

Y aunque con bajo estilo escrita sea,
Si en la tu gracia halla alguna parte,
De baja, alta se hará; hermosa de fea,
Y de desordenada, llena de arte.
Favorécela, pues, porque se vea
Lo que en esta ciudad de antiguo Marte
Se vió en el visitar al santo padre,
Tu gran progenitor é ilustre madre.

No pido, señor, cosa desusada,
Pues es de antiguo ley establecida
Dar á los que con gracia gratis dada
Escriben, el favor, y aun la comida;
Que esto hace su mente levantada,
Pronta su vena y su voz bien oída,
Aguda su sentencia y su garganta
Dulce; que mal el ave hambrienta canta.

Tan nombrado, tan célebre y famoso,
Y que ha en él de mostrar con igual peso
El poder de su Rey y el suyo expreso;

Con suntuoso aparato se prepara
Y su venida acomodar procura
Al tiempo que la Iglesia nos declara
De Cristo pasión, muerte y sepultura,
Para servir su esposa amada y cara
En todo el tiempo que su luto dura,
Y hasta que, Jesús resucitando,
Victorioso volviese á ella triunfando.

Conocida en Nápoles la misión confiada al virrey, todos los príncipes, caballeros y señores principales se disputaban el honor de acompañarle; pero el Conde fijó el número de los que habían de ir con él, mostrándose agradecido á los demás que, como particulares, podían seguirle.

Al número de mil y cuatrocientos
Llegan los que comienzan la jornada,
Tan alegres, lucidos y contentos,
Cuan seguros que no ha de faltar nada,
Metidos entre más de otros quinientos
Ilustres, que con noble cabalgada
Para tomar licencia en la partida
Le acompañan; y así hizo la salida.

Las princesas y damas de otro lado
Á su Excelencia la Condesa han ido,
Y, mostrando afición grata y cuidado
De servirla, se han todas ofrecido,
Y para obtener esto suplicado,
Á su cortés demanda han añadido
Que, pues era año santo, su Excelencia
Denegar no quisiese esta licencia.

Cuya petición comenta el poeta en esta octava pecadora y satírica:

No sé si devoción era, ó deseo
De servirla, ó ser vistas de romanas;
Todo debió de ser, que, según veo,
Por todas partes hay mujeres vanas.
No lo obligo á creer; que yo no creo
Tal de ilustres princesas politanas;
Que si tales no fueran, ser pudiera
Que yo también con ellos lo creyera.

La entrada en Roma de embajada tan fastuosa é insigne, fué el 20 de Marzo de 1600. La descripción del acto está hecha con más fortuna y naturalidad de lo corriente en la manera de versificar de Palacios Rubio; siendo contadas las veces que se notan estos estimables aciertos en el inmenso catálogo de sus descuidos y repetidos ejemplos de monotonía y de mal gusto.

Era aquel mes en quien de la alta sierra
Comienza el hielo en agua á destilarse,
Formando mil arroyos, que la Tierra
De verde manto hacen adornarse,
Y en quien el bien que el árbol en sí encierra
Comienza en flores mil á demostrarse,
Y aquel en quien los pájaros no unidos
Comienzan á juntarse y hacer nidos.

Y aquel en que después de espacio largo

Vuelve á llorar la triste Filomena
Aquel estrago antiguo y caso amargo
Que tiene á Prognés de tormento llena,
Y en quien toma el rapaz Cupido á cargo
Causar con su arco congojosa pena.

A veinte días de marzo, un lunes era,
Florido mes y hermosa primavera;

Poco después de la hora que en el suelo
De vida y sangre, por su propio gusto,
Fué privado Jesús, que desde el Cielo
Bajó á hacer de inicuo al hombre justo,
Y de la hora que el sol se puso el velo
Por no ver aquel acto tan injusto,
Cuando por la Flaminia puerta entrada
Pública comenzó gran cabalgada.

La embajada á Roma de D. Fernando Ruiz de Castro en 1600, obtuvo resultado satisfactorio, siendo muy celebrados su prudencia y acierto, de que ya había dado señaladas muestras en la gobernación del virreinato en los últimos años de Felipe II. Al año siguiente falleció aquel caballero, sucediéndole en sus estados y títulos su hijo mayor D. Pedro Fernández de Castro, séptimo Conde de Lemos, el protector de Cervantes, quien, como dejamos demostrado sin posible refutación, no fué enviado á Roma con ninguna misión extraordinaria el año de 1600.

Era D. Pedro Fernández de Castro, además de Conde de Lemos, Conde de Andrade y Villalva, Marqués de Sarria, comendador de la Zarza, en la Orden de Calatrava, y uno de los personajes más principales de la corte de Felipe III, gentil hombre de su cámara y después del Príncipe heredero.

Estaba casado con la hija del Duque de Lerma, D.^a Catalina de la Cerda, prima hermana suya. Distinguía el Duque grandemente en su estimación á su sobrino y yerno, demostrándole su afecto de manera, que á sus mismos hijos le prefería en las muestras de cariño y favor. Esta distinción dió motivo á grandes disensiones de familia, ocasionando disgustos graves y prolongados con rivalidades inextinguibles entre padres, hijos, yernos y nueras.

Era el de Lemos, aparte de los defectos que pudiera tener como hombre, de más naturales disposiciones, despejo y talento más claro que sus primos, el Duque de Uceda y el Conde de Saldaña, y más fiel y respetuoso con el suegro que aquéllos con el propio padre, por donde se comprende que el de Lerma cobrase mayor afecto al de Lemos á medida que tocaba la fineza de sus sentimientos y la obediencia rendida á los mandatos de su voluntad. Favorecióle siempre el Duque con los puestos más eminentes, como aquel á quien estimaba el único digno de sustituirle en las prerrogativas de válido.

Ya en 1599, cuando el casamiento de Felipe

tercero con la princesa Margarita de Austria, figuró entre los primeros en todos los actos oficiales. Nombrósele después presidente del Consejo de Indias, donde trabajó con celo y constancia, reuniendo antecedentes y datos de todas las provincias, escribiendo él mismo *Memorias* y mandando componer á Lupercio Leonardo de Argensola *La Conquista de las Molucas*.

Dicen algunos escritores que hubo pensamiento de nombrarle virrey de Nueva España, y llegan otros á dar por cierto que lo fué del Perú; pero ni uno ni otro cargo desempeñó nunca. Si se intentó el distinguirle con tales puestos, desistióse después de ello por razones muy fáciles de comprender. El Duque de Lerma no quiso estar separado á tan largas distancias de una hija y un yerno á quienes más que amar, adoraba. Reservaba al Conde para un elevado cargo de confianza en los estados españoles de Italia. A la muerte de su padre, virrey de Nápoles, quedó interinamente en aquel gobierno, durante dos años, un hermano del de Lemos, D. Francisco. Sucedióle el Conde de Benavente en el sexenio de 1604 á 1609. Para sustituirle fué nombrado entonces el hijo político predilecto del jefe del gobierno.

En el año de 1607 se había retirado á su casa solariega en Monforte de Lemos, donde se dedicó á sus estudios favoritos y al cultivo de la poesía, en que no careció de mérito y gracia. Amargaron la plácida quietud de espíritu que allí disfrutaba, en medio del cariño de su bella esposa y de los encantos admirables de la Naturaleza, las tristes nuevas de la muerte de su hermano D. Fernando, Conde de Guelves, gallardo joven, famoso en torneos y fiestas de toros, diestro con la pica y con la espada, que había venido de Italia con su otro hermano D. Francisco, y casi repentinamente falleció en Valladolid el año de 608, cuando todo le sonreía en la vida y prometía para lo sucesivo colmadas venturas.

A primeros de Mayo de 1610 volvió el Conde de Lemos á la corte, á donde fué llamado para marchar á Nápoles y tomar posesión de aquel virreinato y capitanía general. Estaba el Duque de Lerma entonces en todo el apogeo de su exaltación y fueron grandes las muestras de regocijo con que se recibió al de Lemos, ponderando sus indiscutibles merecimientos. El día 17 partió de Madrid con su esposa para ofrecer sus respetos á los reyes que estaban en Lerma, habiéndoseles dispensado magnífica despedida. Acompañáronle las personas más ilustres de la corte y de la nobleza, gran séquito de escogidos, que revelaban, á la vez que las simpatías personales al Conde, las consideraciones que todos se apresu-

raban á rendir á los hijos amados del ministro omnipotente.

Las seis galeras que habían de transportar á Nápoles al nuevo virrey y su comitiva, estaban esperando en el puerto de Vinaroz, todo dispuesto y preparado con la ostentación y lujo consiguientes. El monarca había hecho merced al Conde de cuarenta mil ducados para ayuda de costa del viaje. A principios de Junio se posesionó de su cargo.

El gobierno del Conde se distinguió por su gran esplendor, rectitud, celo, inteligente prudencia y protección decidida á las Letras y á las Artes. Llevó en su compañía renombrados escritores é insignes poetas que convirtieron su palacio en mansión deliciosa de las Musas. Los dos Argensolas, Lupercio y Bartolomé, eran los directores de aquella junta de escogidos. Nápoles vió renacer los felices tiempos de la *gaya scienza* y la protección á los varones insignes en letras como en la corte de Alfonso V. de Aragón, glorioso conquistador de aquel reino. A semejanza de monarca tan esclarecido, que hacía de su capital el centro de todas las inteligencias más renombradas de su época, ya fuesen artistas, filósofos, historiadores, eruditos, poetas; el Conde de Lemos, confirmando la generosa conciliadora tradición, rodeábase de los talentos y vates más excelsos, ora españoles, ora italianos, para celebrar en doctas reuniones fiestas frecuentes y brillantes, donde los ingenios compitiesen en saber y bizarría.

Formóse, pues, desde el primer momento, bajo la dirección de Lupercio, una Academia literaria con la denominación de los *Ociosos*, género de asociaciones ó juntas de hombres discretos y amantes del estudio para cultivo de la poesía, tan propagadas en Italia desde que empezó el Renacimiento. Hiciéronse muchas, aunque no pocas veces, desdichadas imitaciones de aquellas academias en Madrid y otras principales ciudades de España, á consecuencia de la comunicación é incesante trato que tuvieron los escritores italianos con los españoles en los reinados de los Reyes católicos y Carlos V., con tanto beneficio para perfección del gusto literario y adaptación de las nuevas formas introducidas por las inmortales escuelas del Dante y de Petrarca.

No tuvo por objeto, y mucho menos por fin, la nueva Academia creada en el palacio del virrey de Nápoles intentar ninguna reforma, ni alterar los géneros de metros poéticos adoptados por los doctos y de la generalidad sancionados y seguidos. Era más limitado su objeto; más humilde su propósito. Queríase que fuesen lugar de confraternidad para los espíritus superiores

de España y de Italia, aquellas asambleas familiares del bello saber, donde se estrecharían más los lazos de unión entre unos y otros y se rendiría homenaje privilegiado á la alta labor intelectual, sin que los odios de escuela, ni el recuerdo de los pasados furios bélicos perturbasen la tranquilidad de los ánimos, sólo á las sublimes tareas de la inteligencia atentos. Era además para los españoles aquella Academia como el santo albergue del reposo, cultivador de la belleza artística, después de las diarias ingratas tareas de las ocupaciones respectivas, donde hallaban solaz, esparcimiento y enseñanza en la composición y lectura de poesías por insignes ingenios ideadas, con recuerdos amorosos de la patria, de los queridos hogares, de los buenos ausentes amigos, y proyectos de nuevas obras y deseos laudables para lo futuro con esperanzas de inmortales premios.

Allí se leyeron y celebraron con la estimación debida, ántes de ser publicadas, muchas de esas poesías de Lupercio, que luego estampó su hijo Gabriel, aunque reduciendo el número por cierto respeto sagrado á las rigurosas órdenes del poeta. Allí se escucharon y aplaudieron, con la natural admiración, muchas de las canciones y sonetos que más tarde se dieron á luz del más filósofo y amplificador de nuestros clásicos, Bartolomé Leonardo de Argensola. Allí se saborearon y pusieron en su punto, antes de ser conocidas, las poesías líricas y las composiciones dramáticas del arcediano de Guadix, Mira de Amescua, pocas conservadas y las más perdidas. Allí dejaron oír sus bellas estancias muchos otros

ingenios españoles ó italianos, que no llegaron á coleccionarse ni podemos repasar hoy, porque quien pudo hacerlo, por sus felices disposiciones de gran memoria y no menor acierto, D. Gabriel Leonardo y Albión, no lo realizó por desgracia, decaído el ánimo desde la muerte de su padre Lupercio en 1612, y sin alicientes para trabajos semejantes una vez concluido el término de la dominación del Conde en Nápoles y de su imprevista desgracia después.

Quizás una de las poesías que primeramente se leyeron en la Academia de los *Ociosos* fuera aquella magnífica elegía de Bartolomé que dedicó al elogio del malogrado Conde de Guelves, hermano menor del de Lemos. Esta composición hubo de leerse por su autor con motivo del segundo aniversario de la muerte de D. Fernando, según se desprende de aquellos versos que dicen:

No es tiempo ya que el grave caso llores,
Pues desde que lo viste, dió el verano
La recompensa de la lluvia en flores.
Y, ceñidas las sienes el villano
Segunda vez de pálidas espigas,
Á surcos fieles encomienda el grano.

Es una de las producciones del insigne vate, llena de profundos pensamientos, versos hermosos y gran inspiración, donde, por imágenes y contrastes vivísimos, se ensalza el mérito del joven arrebatado al cariño de los suyos en lo más florido de su edad, y se infunde el consuelo y la resignación en los corazones conturbados y en los ánimos abatidos con prudentes consideraciones, expresadas con maravillosa seducción y alta significación filosófica. (*)

(*) Es esta elegía un bello modelo en su género, que sería preciso copiar íntegra para percibir toda su alteza de entonación y realce artístico. El poeta, transido por el pesar, comienza diciendo:

Cayó, señor, rendido al accidente
Que anticipó los términos del hado,
Tu Fernando en la flor más floreciente;
Cual purpúreo jacinto que, agravado
De la lluvia, inclinó al humor el brío,
Y al pasar le tocó el severo arado.
No quedó ninfa en el Pinciano río
Que de dolor no diese alguna muestra
Mirando en su ribera el cuerpo frío.
Llórale Mantua, que esperó en su diestra
Bélicas glorias, cuando en paz festiva
Lo vió animar la juvenil palestra.
Depuso Betis la feliz oliva
Á la fama del caso, y entre tanto
Asombró con ciprés la frente altiva.
Pero en Galicia, donde con espanto
Produjo flores súbitas la cuna,
Que aplacó de su infancia el primer llanto,
El fausto alcázar de su real fortuna,

Ya en tiempos de aquel bien poco distantes,
Los mismos astros alabó importuna.
Mas ¿quién retratará vuestros semblantes,
¡Oh madre, oh esposa, oh hermanos! si del Cielo
No le infunden alientos abundantes?..

Contigo falleció la fuerza rara
Con que desnudo el animoso acero
Ni á la clava de Alcides respetara.
¿Quién dará ley al corredor guerrero
De los rebaños béticos, que viven
Dispuestos siempre al ejercicio fiero;
Cuyas fogosas madres, que reciben
La esperada virtud por el olfato
De los fecundos céfiros conciben?
¿A quién fué el polvo olímpico tan grato
Como á tí el circo en que se vibran lanzas
Con armas limpias ó africano ornato?

Es inútil tanto llanto, parece decir, tanto desconsuelo, tan grande desesperación. Nada puede contrastar las fuerzas de los hados, porque éstos

Turban absolutos
El orden de las cosas tributarias,

También se dió lectura en la Academia á aquella canción ingeniosa en que alaba el talento y discreción del hermano del de Lemos, D. Francisco, Conde de Castro, Duque de Taurizano, compañero de gobernación en los estados españoles de Italia, donde era virrey de Sicilia con demostración de singulares aciertos. Había enviado D. Francisco á la Academia una poesía describiendo la felicidad doméstica de que gozaba, dulcificada la existencia por el amor de la esposa y el tierno cariño de los hijos con el encanto de distracciones y honestos pasatiempos de la pesca en el Tirreno, cuyo espectáculo inspirábale meditaciones sobre la vida y sus exigencias, sus leyes tiránicas y sus resultados perjudiciales.

Al felicitar al novel ingenio Bartolomé, se ocupa en la tendencia de su composición, comentándola brevemente, pero con su maestría inimitable, salpicando la interpretación de oportunas reflexiones que, como brillantes divinos de su numen, enriquecen la profundidad de la inspiración con excelencias de moral enseñanza.

Tras esto cuentas cómo os da el Tirreno,
Alegre á vuestras redes, varios peces
Que libres discurrían por su seno;
Cómo gozas la presa y cómo á veces,
Dilatando la muerte á los menores,
Á las maternas ondas los ofreces;

Ó dilatan ó cobran sus tributos.
Pasan los siglos á su fin veloces,
Sin que del curso retroceda un hora
Por tiernos votos ni vehementes voces.

Este pesimismo desconsolador, que parece más propio de un poeta gentil que cristiano, le lleva á exageraciones de reflexión que participan de la continua material renovación de todo y de la doctrina de la metempsícosis.

El marmol que, soberbio en su escultura,
Á los quietos huesos de tu hermano,
Ofreció venerable sepultura,
¿Quién sabe si también fué cuerpo humano
En otro siglo, y lo pasó la muerte
Por su alterable variedad temprano?
El sujeto más sólido y más fuerte
Entre la fuga de los tiempos medra
Cuando en sorda materia se convierte.

La muerte lo transforma todo aun en sus fundamentos más esenciales, quiere significar el poeta; é imitando muchos pensamientos horacianos, dice:

¿Quién sabe si la suerte sucesiva
Quiere, alterando el ser de los extremos,
Que el mar para rebaños se aperciba?
Quizás los verdes golfos donde hoy vemos
Mover las esperanzas de los reyes,
Globos de espuma entre ambiciosos remos,
Culto recibirán y agrestes leyes;
Verán lucir las premiadoras hoces
Y en su labor sudar los tardos bueyes?

Y, cómo tú, de ver los pescadores
Á la presa, á la red y al barco atentos,
Lo quedas á discursos superiores.

Es mucho de elevados pensamientos
Poner en grandes cosas el juicio,
Sirviendo las humildes de instrumento,
Y todo aquel marítimo ejercicio

Al de la suerte humana comprende,
Y al ambicioso fin de su artificio.
La astuta fraude ¡cuántas redes tiende!
¿Qué cárcel teje á la verdad sencilla,
Con que le pone horror, si nó le prende!
¿Qué es la vida mortal sino barquilla,
De tablas nó, de vidrios fabricada,
Expuesta á tempestad aun en la orilla?

Y el agua en sus profundos saqueada
¿No prueba ó amenaza que no hay parte
De robadoras manos reservada?
¿Dónde podremos, santa paz, hallarte
Si no hallas tú secreto ni seguro
En la Naturaleza contra el arte?

El poeta había ya, antes de ir á Italia con el Conde, ponderado con exceso la señalada influencia de que disfrutaba la feliz familia de los Castros.

Tu prosapia real diré primero;
Mas en los tres hermanos en quien dura
No tendré envidia del sujeto á Homero.
La edad presente muestra y la futura
En ellos los insignes Geriones,
Cuyo valor la ilustra y la asegura.
En cuyos tres unidos corazones
Generoso respira un solo aliento,

El poeta deja al fin la amarga duda y el positivismo de sus reflexiones y se acoge á la fe, esa dulce ilusión de las almas, para infundir el consuelo en el ánimo del Conde, vagando su pensamiento por los espacios imaginarios, creando sublimes venturas para el malogrado muerto allá en las regiones de lo desconocido y maravilloso.

Él mira agora el orden victorioso
De sus progenitores, ya inmortales,
En el firme consorcio del reposo.
Penetra los diáfanos cristales
Y escucha el son que armónicas despiden
Impelidas las ruedas celestiales.

Nota la ley con que sus lumbres miden,
La magnitud del término prescrito,
Las zonas que la cercan y dividen;
Y al abrasado amor solo infinito
Por las amadas prendas intercede
Que absortas mira en el mortal distrito.

Esta piadosa fe consolar puede,
Y aun reprehender, señor, el llanto largo,
Si de sufribles límites excede.

Que aunque el dolor primero es tan amargo,
Aquel vigor infuso ¿á quién no anima
De la esperanza que nos tiene á cargo?

Quien la ignora ó la niega, llore y gima,
Que tú á su inspiración acudir debes
Cuando Naturaleza te lastima.

Modera, pues, las lágrimas que llueves;
Que no siempre la escarcha al sol resiste,
Ni el monte yerto de obstinadas nieves.

Dando conformidad á sus acciones.

Escudos de la patria y fundamento
De su veneración, de la cual toma
Diverso el orbe ejemplo y escarmiento.

Y siguiendo luego en el tono más subido la hipérbole, completaba el pensamiento con estas incomprensibles alabanzas:

Celebre sus trescientos Fábios Roma,
Con quien (sin filos de otra espada extraña,
Bien que muriendo) á los veyentos doma;
Que con tres Castros se le opone España,
Cuyo raro valor, aunque la furia
Del tiempo con la muerte se acompaña,
Insigne les hará y eterna injuria.

Compréndese que quien tanto lisonjeaba y enaltecía á los tres hermanos, Conde de Lemos, Conde de Castro y Conde de Gelves antes de que el primero fuese encumbrado al virreinato de Nápoles, seguiría allí su tarea laudatoria con los nuevos vuelos que prestaban á su inspiración agradecida las particulares deferencias y protección ferviente que aquel poderoso dispensó á Bartolomé y á su hermano y su sobrino.

Llegó ya, en efecto, á sutilizar tanto el ingenio, para añadir algo nuevo á las antiguas exageraciones, que concluyó por hacer la apoteosis del Conde, en una canción leída ante los socios de la Academia, preciosa como todas las suyas en las galas de la elocución. Poseía el de Lemos, siendo virrey de Nápoles, un magnífico reloj de sobremesa, de admirable extructura, que era una verdadera maravilla artística. Figuraba un globo sustentado por un Atlante. Y tomando de tal joya materia para su composición, dejó correr la pluma con adecuadas metáforas, referentes al gobierno del Conde. Aquel Atlante que sostenía sobre sus hombros la máquina artificiosa, donde la uniformidad y rigor más exactos se guardaban con puntualidad estricta, no era tan precioso, tan elogiabile y digno de admiración, aunque emblema y modelo mítico, emulación del Cielo, sólo por su gran valía artística y significación especial, sino, primero y principalmente, por su semejanza con el héroe verdadero que ejercía entonces en Nápoles el grande oficio atribuído al Atlante fabuloso. Él con su celo, juicio, virtud y cuidados, conservaba siempre en paz y prosperidad los dominios donde ejercitaba la supremacía, siempre pródiga, benigna, amorosa, justa. Todo estaba por su solicitud paternal, concertado y bien dividido, sin que las pasiones, ni las injusticias, ni las maldades de propios y extraños turbasen en lo más mínimo los inestimables beneficios de una prolongada y dulce paz.

Sienten los altos círculos mudanza,
Y á tu honor los sombríos elementos

Tomo I

En su obediencia buscan alabanza.

Tú desarmas los rígidos portentos;
Por tí recibe el aire resplandores;
Es pacífico el soplo de los vientos.

Retrocede por tí á las superiores
Nubes el agua y de los turbios vasos
Desciende á dar origen á las flores.

Y el año, sin recelo de los casos,
Que nacen de impresión inobediente,
Vuelve asimismo por sus mismos pasos.

Es necesario al fin que se sustente
Esta del bien común fábrica inmensa
Como en su esencia, en tu cerviz valiente.

Pues con razón, librada su defensa,
Prevalecer en fuerza dellos piensa
Contra las amenazas de los hados.

No eran necesarios ciertamente tan desmesurados encarecimientos para apreciar y enaltecer como es debido los loables actos del Conde en su gobierno, favorecido, demás de lo que pudo dictar su rectitud y prudencia, por las felices circunstancias que entonces contribuyeron al sostenimiento de la paz en Italia. Merece, sí, grandes alabanzas el digno gobernante por haberse aprovechado de aquel período de tranquilidad en los ánimos, para dedicar toda su atención y desvelos á trabajos de reconocida utilidad pública, que siempre constituirán un título glorioso para su memoria. Suficiente sería á que fuese grande é inolvidable su fama, cualquiera de las cuatro obras notables que emprendió y concluyó con testimonio irrefragable de su magnificencia y preciadas dotes de hábil gobernante. La construcción de dos suntuosos edificios, uno para palacio del virrey, otro para la Universidad, era doble aspiración de todos, y obtuvo generales encomios. Pero las otras dos que se debieron á sus desvelos, fueron aún de más excepcional importancia y produjeron mayores bienes á Nápoles. Las lagunas y pantanos que le rodeaban, productores de enfermedades endémicas, viéronse convertidos en campos amenos, dispensadores de sanidad, alegría y salud. La escasez de agua que la ciudad padecía, vióse trocada en abundancia prodigiosa, llevada desde el Vesubio, con lo que se acrecentó la hermosura de la población y sus encantadoras vegas fueron fertilizadas. Mucho más merecedoras eran estas positivas y utilísimas mejoras públicas de los ditirambos de los poetas del Conde, que tantos otros asuntos como celebraron con pomposa afectación y no eran dignos de tan alto honor ciertamente. Recuérdense si no, por ejemplo, aquellos versos en que Bartolomé Leonardo de Argensola alababa á la Condesa por haber dado una gran limosna para contribuir á levantar una capilla á San Genaro, á fin de que el Santo realizase, mediante un milagro, su deseo, nunca logrado, de tener un

hijo; ó aquellos otros que dirigió á una dama que le arrojó por donaire una naranjilla de azahar. (*)

Porque debemos decirlo y tenerlo en cuenta. No era oro todo lo que relucía en las tertulias familiares del palacio del virrey. También se prodigaba en ellas el oropel y los trabajos de dudoso mérito,—aun triviales algunas veces—en su esencia y en su forma. También el mal gusto predominaba allí más de lo que fuera justo permitir entre personas tan avisadas y tan delicados cultivadores de los buenos estudios. Donde se habían escuchado las rimas sublimes de los Argensolas y de Mira de Amézcuca, se rebajaba la inspiración hasta la bufonada y la chocarrería. Donde los dulces acentos de la lírica y de la dramática se habían dejado oír con regalada delectación y enseñanza, resonaban también las estridentes carcajadas que producía la representación de farsas disparatadas y despreciables. Donde los ingenios más insignes de España y de Italia habían ofrecido el tributo de su admiración á Lupercio por su inesperado fallecimiento, con ceremonias de tierno sentir que hicieron inolvidable el homenaje; se profanaba también la santidad del estro poético, dedicándolo á sujetos pequeños ó ridículos, haciendo de aquel asilo sagrado del talento el tablado indecoroso del juglar. Fué esto consecuencia precisa del sistema adoptado para hacer de aquellas reuniones centros de diversión y chacota, bastardeado el

pensamiento educador y elevado que les había dado vida. Todo lo que se les apartó de sus fines se les acercó á su descrédito. La pendiente del mal gusto se recorrió con rapidez vertiginosa.

Se quiso alterar la base primordial de la Academia por dotarla de nuevos atractivos, y se frustró por completo su labor, rebajando su alteza intelectual. Los temas con pie forzado; la exigencia de que todos los concurrentes habían de hablar de repente y en verso; las burlas, multas y vejámenes que se imponían á los que faltaban á preceptos tales; los extraños y hasta disparatados asuntos de que se hablaba, mientras más estrambóticos, más aplaudidos y celebrados; todo, en fin, era parte para fomentar la corrupción del ingenio más bien que para distraerlo y perfeccionarlo.

Compréndese así que de todas las tareas de aquella tan privilegiada Academia de poetas y escritores, sólo se conserven fugaces ráfagas de imaginación; sin que en seis años de existencia dejara nada que pudiese servir á la posteridad para la admiración y el estudio; pudiéndose haber hecho tanto bien para la investigación histórica y conocimiento de las costumbres, letras y antigüedades napolitanas, si los españoles que allí fueron con el Conde hubiesen dedicado á estos trabajos serios, y de reconocida trascendencia, el tiempo que perdieron en elogiar y favorecer discreteos, mojigangas é impertinencias. (**)

Concluido el término de su mando, volvió el

(*) El soneto á San Genaro dice así:

Hoy, real señora, hasta la empírea esfera
Sube en las alas de tu afecto el oro,
Con tal fe, que al del místico tesoro
Que en Belén se ofreció, emular pudiera.

Fe, á cuyo aplauso en la región primera
Las angélicas mentes forman coro,
Para anunciar con júbilo sonoro
La sucesión que el orbe de tí espera.

El mártir, cuya fiel sangre revive,
Infunda, pues le invocas, el aliento
Que inspira en su prodigio, en tu esperanza.

Que ya naturaleza, al dulce intento
De compensar con frutos su tardanza,
Los términos geniales apercibe.

Fallidas resultaron, sin embargo, todas las esperanzas. El santo no pudo hacer el milagro que la Condesa y su esposo esperaban. Nunca vieron cumplido su deseo de tener un hijo; y en sus títulos y estados les sucedió, muerto el Conde, su hermano D. Francisco, por renuncia del cual, á causa de haberse hecho después religioso, los heredó el primogénito de éste.

Todos los amigos y admiradores del Conde de Lemos, sintieron mucho que no tuviese sucesión, por ser una vehementemente aspiración de su alma. Quevedo, en la dedicatoria que hizo al Conde de su *Alguacil alguacilado*, cuando era presidente del Consejo de Indias, le decía, con expresivos

términos, lo siguiente: "Recíbale V. E. con la humanidad que me hace merced: *asi yo vea en su casa la sucesión que tanta nobleza y méritos piden*".

(**) Se conservan noticias de mucho interés sobre la representación de piezas improvisadas en aquellas reuniones con marcado carácter bufo. D. Diego Duque de Estrada, escritor de no pocas pretensiones, aunque de mérito escaso, y que tomó parte en muchas tareas de la Academia de los Ociosos, es quien nos ha dejado datos muy gráficos respecto de este particular.

Cuenta él en sus *Comentarios del desengañado*, (publicado por la Real Academia de la Historia en el *Memorial histórico español*, t. XII, págs. 125-27: Madrid, 1860), que una vez se representó una especie de entremés, que llegó al colmo de lo disparatado y ofreció á los tertuliantes gran materia de risa.

Era una especie de burla *olímpica*, puesto que el argumento consistía en la bajada de Orfeo á las moradas infernales de Plutón para robar á su consorte...

Pero dejemos hablar al mismo Duque de Estrada.

"Representóse el hundimiento de Eurídice cuando Orfeo, su marido, príncipe de la música, quebrantó las puertas del infierno con la dulzura de su lira y la sacó del poder de Plutón, como finge Ovidio en sus *Metamorphóseos*, é hicieron las figuras (por ridículas) trocadas. Hacía de Orfeo el capitán Anaya, un hombre de muy buen ingenio y ridículo, tocando por cítara unas parrillas aforradas de pergamino, que

Conde de Lemos á España, consiguiendo grandes demostraciones de respeto por el éxito feliz de su regencia, tomando posesión de la presidencia del Consejo de Italia, para la que había sido nombrado.

En este puesto estuvo hasta que en 1619, la desgracia en que iba cayendo el Duque de Lerma, presagio de su próxima caída, y el triunfo de la parcialidad del Duque de Uceda, dieron en tierra con todas las esperanzas del de Lemos y concluyeron con su valimiento en la corte frustrando los intentos del de Lerma, que eran el de arrojar del favor del monarca á su hijo, el de Uceda, haciendo prevalecer á su yerno y sobrino, el de Lemos. Refiere estos sucesos con gran conocimiento de causa, aunque con evidente nota de parcialidad, el historiador Virgilio Malvezzi, protegido del Conde-duque de Olivares; y vamos á copiar sus palabras por expresar más vivamente el estado de las cosas y el interés de los pormenores, que otros relatos, más apasionados y menos auténticos, que de aquellos ruidosos hechos se conservan.

“Tocaba (escribe Malvezzi) el Duque de Lerma en la mayor altura, y lleno de favores, dignidades y riquezas, no hallando como adelantar más su privanza, dicen algunos procuraba eternizarla. Parecíale el Duque de Uceda, su hijo, inferior á aquel peso; el Conde de Lemos, su sobrino, igual. A éste encaminó los favores, queriendo, con desazonada providencia, romper el curso á aquella fortuna, que en la duración de

tantos años le miró risueña. Los más informados de la era pasada dicen que el motivo de la insuficiencia fué pretexto y color; que el verdadero era, no tanto para ensalzar al Conde de Lemos, cuanto para contraponerle al Duque de Uceda, que se había insinuado en la gracia de S. M. más de lo que su padre le había introducido. El uno se hacía superior al genio del Rey; el otro era conforme. Dejábase del padre granjear; amaba al hijo, porque aquél tenía mejor el entendimiento, y éste más fino el corazón. Era difícil al Duque de Lerma tener en el mandar compañía; mirábala con recelo; discurría en ella como peligrosa. Imaginó, según cuentan, dejando siempre su lugar á lo verdadero, poner en balanza la gracia del de Uceda con insinuar al Conde de Lemos en la del Príncipe y, sembrando entre ellos disensiones y diferencias, hacerse superior y árbitro y á ambos necesario, no echando de ver que esto era quitarse los celos y darlos á su amo.

“Entre estas turbulencias (añade) vistióse el Duque de Lerma la púrpura romana, no para disponerse á las encumbradas alturas; antes para repararse de los mayores precipicios. La Corte miraba con cuidado, como disonante, esta novedad, y el Rey quizá con poco gusto, viendo que á quien había hecho su igual en el mandar, en la dignidad también lo pareciese: era menester, ó perder el decoro, ó manifestar rendimientos. Y los Príncipes, aunque muchas veces se sujeten, no quieren ser sujetados... Cuando el cardenal

formaban unas desconformes voces; á Eurídice el capitán Espejo, cuyos bigotes no sólo lo eran, pero bigoterías, pues los ligaba á las orejas. El rector de Villahermosa, hombre graciosísimo, viejo y sin dientes, á Proserpina; el secretario Antonio de Laredo á Plutón, y yo el embajador de Orfeo. Era Antonio de Laredo de muy buen ingenio, cara y talle, tentadísimo por hablar de repente, junto que en otras comedias hacía él la mayor parte de los papeles, fingiendo diversas voces y pasándose á diferentes lugares, con que hablaban muchos; y tan gracioso en los disparates, que decían que era la fiesta de la comedia; pero, fuera de esta gracia natural, muy buen sujeto en todas materias.

Empezóse la comedia, y asistían virrey y virreina con muchas damas encubiertas, permitiéndose, como era de repente, si se decía alguna palabra sucia ó no muy honesta, si lo había menester el consonante del verso. Salió el rector, que como clérigo andaba rapado, vestido de dueña, y habiendo en esto entrado una dueña muy gorda, como era de noche, pensando que era ella, fué tal la risa, que apenas se podía empezar la comedia, la cual empezó el rector diciendo:

Proserpina: Yo soy la Proserpina; esta la morada
Del horrible rabioso cancerbero,
Que me quiere morder por el trasero.

Plutón: Bien hay en que morder; no importa nada;
y á este tono se fueron siguiendo disparates tan graciosos,

que aun los que los representaban no lo podían hacer de risa.

Entré yo á dar la embajada, y después de haber descrito las penas y llantos de Orfeo, formé su cuerpo de una primavera, dando atributos á sus miembros de hortaliza y legumbres; y calentéme tanto, que duró mi perorata más de un cuarto de hora con aplausos y risas del auditorio. El pobre de Plutón reventaba por hablar, y yo, abundándome el verso, porfiaba; la gente le daba la vaya de que yo no le dejaba hablar, y él hacía gestos y demostraciones ridículas. Últimamente, acabé con esta copla mi razonamiento:

Embajador: Dele Plutón su Eurídice
A Orfeo, su esposo amado,
Que, con no ser bautizado,
Harás que se desbaptice.
Plutón: ¿Qué dices, embajador?..
Que se la lleves te pido,
Que me dejas confundido,
Siendo yo tan hablador.

Causó tanta risa, conocido el sujeto, que sino parara en llanto después, hubiera sido la más celebrada noche de la Academia; pero, bajándose Plutón de un almario, adonde fingía estar como en trono, poniendo el pie en falso, cayó sobre nosotros, de manera que casi todos salimos lastimados, y yo en particular de mis negros riñones, perseguidos de caídas y cayentes; con que cesó la fiesta, con no poco disgusto de todos.”

vió de lejos el precipicio, no fuera caer si bajara; mas los que están en alto, si comienza á desvanecerseles la cabeza, aunque tengan donde parar sin peligro, parece que siempre se acogen á la parte de su despeño.

Desamparado el cardenal del sol que se ponía, volvió la cara al oriente, cargando su estudio en granjear la gracia del Príncipe; designio no acertado ni bueno á impedir, sino á apresurar la caída y hacerla precipicio. Donde hay discordias, tales medios las aumentan, y donde no las hay, las producen. El cardenal, á semejanza de los que se ahogan, se agarraba del más cercano; y arimándose á los que pretendía le valiesen, para tenerlo en medio de tanta fortuna, faltándoles la fuerza á él, el arte con su mismo peso los llevó consigo á la profundidad. Estos fueron D. Fernando de Borja y el Conde de Lemos. Insinuaban al Príncipe la cortedad del Duque de Uceda; el valor del cardenal de Lerma. Decían que con el entendimiento de éste se había sustentado siempre la monarquía; que se destruiría con la flaqueza de aquél. No ignoró Felipe III lo que se trazaba; quiso estorbar la ocasión para excusar el castigo.

Ordenó al Conde de Lemos que evitase conferencias; que no fuese al aposento del Príncipe y que no le hablase á solas. Observó muy poco el precepto. Y el Rey, acaso, ó advertido, le halló en el camino de Lerma, en una hostería, contraviniendo sus órdenes, y no por esto se mostró juez severo, sino padre benigno, contentándose con remediar que aquella culpa, que tenía merecido el castigo, no llegase á términos de hacerle forzoso. Pensó bastara á imposibilitar la inobediencia, echar de la corte del Príncipe los amigos del de Lemos, que le podían favorecer. Quitó las llaves á cuatro ayudas de cámara, á la azafata, y á Don Fernando de Borja, que él hizo

virrey de Aragón, apartándole blandamente de las ocurrencias con honroso destierro. Rehuyó éste el cargo, como si fuera premio; y porque era pena, le fué preciso aceptarlo. El Conde de Lemos, conociendo lo que parecía honor, ser castigo, lo que parecía útil, daño, y que el castigo y el daño cargaban sobre Borja, por él y por el suegro, ejercitado en las buenas letras, vió la obligación y no la midió bien, yendo con mucha licencia á preguntar al Rey por qué había desterrado á Borja. Añadió: ó Vuestra Majestad no destierra á Borja, ó destiérreme también. Respondió el Rey: con Don Fernando de Borja y los demás se ha hecho lo que se ha hecho, porque así ha convenido; vos podéis hacer lo que os pareciere. El Conde dicen que, arrepentido, procuró que el Consejo de Italia, de quien era presidente, hiciese oficio con Su Majestad, suplicándole no le dejase salir de la corte por la necesidad que tenían de sujeto tan informado de las cosas de Nápoles. Respondió el Rey que sucedería en su lugar el Conde de Benavente. Muchas acciones que no se deben hacer, se han de mantener después de hechas.

Piérdese el nombre de constante y no se restaure el de prudente. Y la perseverancia tal vez trueca la culpa en gloria. El Conde partió de la corte no sin quejas, no sin desdén, y con todo eso dijo que en sus estados podría acrecentar su hacienda, mejorar la vida, aumentar la erudición. Hállome como forzado (no por este sujeto, que pienso fué muy cuerdo; por esta ocasión sí) á dudar de dónde avenga que los más doctos no sean siempre los más sabios: quizás porque no es la prudencia que se aprende en los libros la misma que se observa en el mundo, ajustando la especulación las cosas á ciertos puntos tan precisos é indivisibles, y á una tal severidad, á que no es igual la ejecución y la práctica." (*)

(*) El marqués Virgilio Malvezzi, (de cuya obra histórica sobre algunos sucesos del reinado de Felipe III, libro primero, copiamos los párrafos del texto) fué escritor italiano de mucha erudición y mérito, aunque tan excelentes disposiciones quedaban rebajadas, las más de las veces, por su gran afecto á novedades de expresión y singularidades de estilo, que le hacían áspero, oscuro, afectado.

Admirador de Tácito, acerca de cuyo historiador publicó algunos discursos en toscano, pretendía imitar su concisión y espíritu sentencioso, no consiguiéndolo, aunque su amor propio lo creía, halagado de la lisonja de sus amigos. Era hombre de más imaginación que talento, de conocimientos variados que le engreían sobremanera, de mucha práctica social, diestro en adular á los poderosos, ambicioso de elevada posición y gloria, fácil en seguir los dictámenes de sus favorecedores aun con sacrificio de la verdad; persona, en una palabra, apta para vivir y descollar en la corte de Felipe IV, escribiendo historia á gusto y según conviniera al

Conde de Olivares, que fué su apasionado protector y Meceñas.

Había nacido Malvezzi en Bolonia, de familia noble; y después de dedicar su primera juventud al estudio del derecho civil y canónico, medicina, matemáticas y teología, idiomas y literatura griega y romana, entró al servicio de España como soldado en los ejércitos de Flandes é Italia, viniendo después á nuestra nación favorecido por el privado de Felipe IV, donde bien pronto logró ser cronista regio bajo sus auspicios, y consejero de Guerra. Túvosele en mucha estima por su elocuencia y erudición.

Como contraste doloroso que pone de manifiesto de qué manera se procedió en España casi siempre para distinguir y recompensar el verdadero talento, debe recordarse, con profunda pena, que mientras el Rey Felipe III y su valido, el Duque de Lerma, dejaron morir de limosna y en el más completo olvido al más ilustre y glorioso de los escritores españoles de su tiempo, á Miguel de Cervantes Saavedra;

Pena causa la caída de aquel poderoso magnate, en un momento derribado por las malas artes de la política desde la cumbre del favor al profundo de la desgracia. No volvió desde aquel golpe impensado á figurar más en la corte. Retirado en sus estados, la melancolía le acompañó, no encontrando en la soledad del estudio, como esperaba, y él tenía la ilusión de haber conseguido, la tranquilidad de su ánimo.

Llagado éste por heridas tan graves, era imposible esperar un término favorable á sus morales padecimientos. Fué ineficaz todo lenitivo. El poderoso, cuya venida á España llenaba á Cervantes de alegría, y le hacía escribir carta inmortal en que le dedicaba el *Persiles*, ya á las puertas del sepulcro; quedaba dos años después humillado, vencido y maltrecho, para morir cuatro más tarde, entre la indiferencia de unos y la compasión de otros, en la misma corte, teatro de sus prosperidades, donde otras veces tanto había valido y representado.

Enferma de peligro la señora madre del Conde, Doña Catalina de Sandoval, camarera ma-

yor de la Reina y aya que fué de Felipe IV, pidió á éste permiso para que pudiese ir á la corte su hijo para verla. Concediólo en el acto el monarca; pero el Conde, ya sobremanera afligido por tantos reveses de fortuna, abatido su espíritu, contrariado al ver la guerra encarnizada que se hacía á su familia, notando cuán deslucido papel representaba entonces en la corte; caído y humillado su tío, desterrado su competidor y primo hermano el Duque de Uceda, también en desgracia y con saña perseguido; trocadas las cosas públicas en su daño, nuevo monarca, nuevo valido, nuevos hombres; abrumado de penas, acometióle enfermedad mortal, con sospecha de veneno, que dió con él en el sepulcro en 1622, tres años antes que concluyera su vida aquel privado orgulloso, aquel ministro universal, aquel Duque de Lerma, aquel Atlante de la monarquía tan endiosado, que tan alto le quiso subir en las alas de su omnipotencia...

*
* *

¡Cuánto pudo hacer por Cervantes aquel

el nuevo monarca y el nuevo favorito, pocos años después, empezaban por patrocinar, subir y enaltecer á un escritor desconocido casi entonces en España, nacido en extranjero suelo, cuyas obras en castellano nunca salieron de los límites de una pasable medianía, y cuya fama no sería nunca universal é incomparable como la de Cervantes.

¡Qué injusticias más repulsivas y abominables! ¡Qué época más inicua y desconsiderada la en que Cervantes vivió! ¡Qué desgracia la suya, por haber existido entre hombres tan ingratos y desconocedores de sus sublimes méritos de inventiva y de ingenio! Aquel portento de saber, aquel modelo de hablistas, aquel dechado de perfecciones literarias, tenía que humillarse á los poderosos, hasta donde se mortificaba su dignidad, para no perder las mezquinas dádivas que recibía y no morir de hambre.

En tanto, para Malvezzi todo era facilidad, todo hermosura, todo felicidades, todo gloria. Él mismo lo hacía constar así en la dedicatoria de sus libros de *Historia* al Rey Felipe IV, con cierta complacencia de hombre vano satisfecho de su triunfo.

“Rodeó mi fortuna (dice en su peculiar estilo) el espacio de cuarenta años, no en el desierto, sino desierta. Llegué á esta provincia, prometida á mis padres, cuando no para habitación, para amparo. *Aquí he hallado cada playa, puerto; cada estrella, benigna; amigo el suelo; favorable el sol; el cielo dichoso. Aquí he gozado los días serenos; los ocios seguros y los estudios premiados*”.

El desgraciado Cervantes, aun estando en el apogeo de la felicidad su protector el Conde de Lemos, tenía que vivir de los donativos de la caridad. Pero Malvezzi, hasta en eso fué más afortunado. Caído y en desgracia su encumbrador, aún pudo gozar de los beneficios antiguos. Con tranquilidad de espíritu, considerado por sus escritos, con medios para vivir con independencia, concluyó sus días en su ciudad natal, respetado y sin las angustias de la miseria, que parecen sólo reservadas para los escogidos por triste especial privilegio.

Algunos críticos atribuyen á Virgilio Malvezzi la adulteración del buen estilo castellano, como introductor de los giros alambicados y forma afectada que produjeron las excentricidades y horrible algarabía del culteranismo en la prosa, más perjudicial, corruptor y laberíntico todavía que el inventado por Góngora y sus imitadores en las composiciones poéticas. Pero semejante cargo no está justificado. Las obras de Malvezzi que fueron traducidas al castellano desde 1633 al 38, no influyeron en la opinión pública para sembrar el mal gusto; ni el *Rómulo*, que vertió al español el docto Quevedo, ni el *Tarquino Soberbio*, que lo hizo castellano Antinoro Pedrosa, ni *David perseguido*, traducido por Don Alvaro de Toledo, eran obras que podían servir de modelos para la nueva escuela extravagante. Ni en los trabajos históricos que estampó en castellano, y no tuvieron gran circulación, se le ve tan digno de censura como algunos de sus coetáneos, especialmente el Padre Hortensio Paravicino, que fué realmente el inventor del culteranismo en la prosa y el principal dogmatizador de la maldita secta pervertidora. La primera obra, sobre todo, que publicó Malvezzi en nuestro idioma, su *Historia*, dividida en dos libros, en la que se ocupa de varios hechos del reinado de Felipe III, aunque no desprovista de faltas en cuanto al método, estilo y lenguaje, dista mucho, sin embargo, de ser molesta, y particularmente merecedora de vituperio, por haber extremado las novedades tan al uso entonces. Por el contrario, en medio de la alteración caprichosa, sofística, impertinente y estrambótica que empezó á desfigurar el noble y sencillo estilo de los buenos autores patrios del Siglo de oro, y de que fueron los primeros causantes los oradores sagrados, Malvezzi pudo aparecer entre los menos censurables; y si bien su modo de expresarse está frecuentemente recargado de símiles, antítesis, hipérboles y otros vicios de elocución, demás de su prurito por imitar la severidad concisa de Tácito, hay párrafos y aún páginas en sus libros de bastante mérito y que revelan conocimiento exacto de la lengua castellana y empleo discreto de sus frases y períodos.

hombre y cuán poco hizo! Desde el año de 1600 hasta que murió Cervantes, el período más brillante de la vida pública del Conde, ¿qué hubiera intentado que no hubiese conseguido en procurar su bien? Especialmente, no se comprende cómo no hizo de él caso alguno desde la publicación del *Quijote*, hasta su ida á Nápoles.

¿Cómo no se interesó por la pobre suerte del gran Escritor, quien podía ofrecerle, por impulso propio de su voluntad, un empleo en la misma dependencia de su cargo, en el Consejo de Indias? ¿No pudo sacarle de la humillante situación de comisionista en que vivía, llevándolo á un puesto, aunque inferior á sus merecimientos, más en relación al menos con sus aptitudes y suficiencia? ¿Cómo no pidió nunca á su suegro y protector, que en tan singular aprecio le tenía, una recompensa adecuada para aquel ingenio tan portentoso y desvalido? ¿Era posible que un hombre de la inteligencia y buen gusto del Conde de Lemos, escritor él mismo, no comprendiera en todo su valer la alta significación, el positivo mérito de la labor literaria de Cervantes? ¿No tuvo medios y circunstancias, muchos y favorables, para recompensarlos y premiarlos debidamente?

Pero, aunque por no haber fijado su atención en esto, ó por las malas artes de sus detractores, hubiera dejado de estimar á Cervantes como era justo, antes de ser nombrado virrey y capitán general del reino de Nápoles, ¿puede decirse lo mismo después de su nombramiento para tan eminente cargo? ¿Por ventura no sabía ya, por su propio discernimiento y por lo que la opinión pública decía y la misma fama pregonaba, que aquel hombre era uno de los principales literatos de la nación? ¿Qué oportunidad más propicia para servirlo y hacerle justicia que haberle llevado en su compañía cuando fué á desempeñar el nuevo destino? ¿No llevaba consigo, por fausto y ostentación, á otros escritores y poetas? ¿No valía Cervantes más que Gabriel de Barrionuevo, Laredo y Coronel, Leonardo y Albión, Ortigosa y otros? Y aun con los mismos Argensolas y con Mira de Améscua, ¿no podía competir Cervantes en fama, en talento, en conocimientos superiores? ¿Qué fatalidad impedía que así se hi-

ciera? ¿No se habían hecho promesas favorables á Cervantes sobre este punto? ¿No se le dejó vislumbrar que él sería uno de los escritores escogidos para ocupar un cargo al lado del Conde en su gobierno? ¿Por qué desvanecer entonces despiadadamente aquellas esperanzas tan halagüeñas? ¿Quién podía poner obstáculo á los propósitos anteriores? ¿No dependía de la misma voluntad del magnate la concesión de la merced, el cumplimiento de la palabra? ¿Por qué desde 1610 no llevó á Cervantes en su comitiva y hubieran sido felices y reposados los últimos años de su conturbada existencia?

No puede, no, disculparse al Conde por su proceder censurable. Si él hubiese querido, todo se habría hecho, pronto, de manera conveniente, con provecho de Cervantes y gloria suya, porque en la dispensación de aquella gracia, Cervantes sería el favorecido, pero el Conde era el principalmente ensalzado. Cervantes hubo de experimentar gran contrariedad; su desengaño hubo de ser cruel y terrible al ver y tocar la falsedad de las promesas, y precisamente por parte de aquellas personas que más debieran haberle tenido en la memoria, por el inexplicable olvido de los Argensolas hácia él.

Quejaríase de ello Cervantes á sus antiguos amigos; pero ya era imposible llevarlo á Italia, ya no se le podía asignar ningún cargo entre los acompañantes del virrey; sólo darían los Argensolas excusas bien tardías y poco fundadas; sólo demostrarían pesar por la falta, deshaciéndose en promesas nuevas y esperando á nuestro autor para lo sucesivo. Qué promesas fueron esas y qué esperanzas, ciertamente no se sabe; pero consta que las hicieron, pues así lo dice el mismo Cervantes, y consta asimismo, por su irrecusable testimonio, que en vez de cumplirlas, las olvidaron por completo, no acordándose para nada del desgraciado escritor, á quien tal vez confiaron en que le habían de llamar aún, dentro de breve tiempo, para desempeñar algún destino adecuado á su importancia y nombre en la secretaría del virreinato. (*)

Quizás, por indicación de los Argensolas, ó haciendo un supremo esfuerzo de humildad, pa-

(*) En este punto fué justísimamente severo Cervantes con los Argensolas, quienes ya queda visto del modo indigno que se portaron con él cuando marcharon con el Conde de Lemos. Uno de los Argensolas fué secretario de Estado y Guerra en el virreinato: el otro superintendente de la secretaría general.

En el *Viaje del Parnaso* finge Cervantes que el dios Mercurio le ordena que vaya á Nápoles en busca de los dos hermanos Argensolas, para que sostengan la causa de los bue-

nos poetas contra los malos, en combate próximo á trabarse; pero Cervantes con mucha oportunidad y sublime sarcasmo, escribe:

—Señor, le respondí, si acaso hubiese
Otro que la embajada les llevase,
Que más grato á los dos hermanos fuese;...
Que yo no soy, sé bien, quien negociase
Mejor... Dijo Mercurio:—No te entiendo,
Y has de ir antes que el tiempo más se pase.

ra captarse la benevolencia del Conde y hacer demostración valiosa de su talento, dedicóle Cervantes sus *Novelas ejemplares*. Mucho significan aquellas palabras de que algún mérito tenían oculto, cuando á él con preferencia se las enviaba. Este mérito, en nuestro sentir, no era otro sino agradecerle en forma ingeniosa, anticipadamente, la fineza de sus intentos por mejorar su deplorable situación. Parece alusión discreta á los favores que esperaba. No llegaron éstos, sin embargo, ni en aquel año, ni en parte del siguiente, pues más bien se notan en Cervantes señales de disgustos y molestias nuevas del amor propio herido. Ahí está su *Viaje del Parnaso* para comprobarlo. Son ya quejas terminantes las que lanza en 1614; cargos severos los que hace; amargos conceptos los que emite. Ora en burlas, ora en serio, ora con veladas sátiras presentados, sus lamentos se oyen con claridad y sus voces resuenan como ecos de un alma dolorida y abrumada por los pesares y los desengaños. La misma dedicatoria de la nueva obra al joven D. Rodrigo de Tapia, revelan cuán amargamente le había ofendido la indiferencia del Conde y de los Argensolas á la reciente prueba que les diera de su magnanimidad, dedicando al primero sus *Novelas*.

La muerte de Lupercio, sin embargo, acaecida inesperadamente en 1613, puede explicar en cierto modo aquella nueva indiferencia, contristados los ánimos por la gran desgracia, llenos de lágrimas los ojos por el sentimiento, todo pena y luto entonces en el palacio del virrey.

Es posible que en los últimos meses de 1614 las súplicas de Cervantes fuesen, al fin, escuchadas. Parece que se comprendió entonces la omi-

sión injusta que se había cometido con él y se quiso remediar la falta en la mejor forma que se pudiera, aunque ni el daño causado desaparecería por eso, ni los medios que se adoptaron cumplían con satisfacción los fines deseados.

Hubo de recibir Cervantes entonces explicaciones sobre aquella incomprensible tardanza, y los pasados desvíos en atenderlo, juntamente con promesas para alivio de sus infortunios; y Cervantes, que era todo generosidad, perdón, cariño y gratitud, trocó en regocijo su amargura y no tuvo ya sino aplausos y alabanzas, olvidando las motivos fundados de sus justos resentimientos. Así se explica su dedicatoria de la Segunda parte de *El Quijote*; así se comprende aquella efusión de amor y respeto que respiran tantas palabras suyas llenas de ternura y dignidad; así se ve que, inundada su alma por la dulzura de los consuelos, se deshace en frases hermosas de reconocimiento, confiado en que ya sus desdichas iban á encontrar término y su espíritu alcanzaría la paz tan querida, aquella quietud interior en su lucha diaria, tan solícitamente y por tanto tiempo en vano deseada.

¡Qué desgraciado fué Cervantes! ¡Y qué magnánimo y noble! Aquellas mismas limosnas que le envió el Conde de Lemos en los dos postreros años de su vida, quiso devolverlas con creces á su tardo protector. Cervantes le pagó con un nombre inmortal sus dádivas. Por los escritos de Cervantes vive y vivirá su recuerdo en la memoria de las gentes. Ni por los timbres de su estirpe, rayana en la realeza, ni por su parentesco con el Duque de Lerma, ni por sus actos como virrey de Nápoles, ni por sus trabajos literarios, harto endebles para duraderos (*), ni por sus ri-

—Que no me han de escuchar estoy temiendo,
Le repliqué, ya si el ir yo no importa,
Puesto que en todo obedecer pretendo;

Que no sé quién me dice, y quién me exhorta,
Que tienen para mí, á lo que imagino,
La voluntad, como la vista, corta;

Que si esto así no fuera, este camino
Con tan pobre recámara no hiciera,
Ni diera en un tan hondo desatino:

Pues si alguna promesa se cumpliera
De aquellas muchas, que al partir me hicieron,
Lléveme Dios, si entrara en tu galera!

Mucho esperé, si mucho prometieron;
Mas podrá ser que ocupaciones nuevas
Les obligue á olvidar lo que dijeron.

(*) "Harto endebles para duraderos", decimos de los trabajos literarios del Conde de Lemos, porque realmente lo son los que se han publicado ó se conocen, creyéndose generalmente que todo, ó casi todo, lo que escribió se ha perdido por incuria de sus amigos y familia. La labor literaria del protector de Cervantes fué grande, si hemos de atener-

nos á las palabras de algunos contemporáneos suyos, que le trataron y comunicaron con mucha intimidad.

Vicente Espinel asegura en su *Marcos de Obregón* que "desde niño tierno descubrió mucha excelencia de ingenio." Lope de Vega, que fué su secretario particular cuando sólo era Marqués de Sarria, elogió sus felices disposiciones para el cultivo de la poesía, citando al efecto, como muy notables, unas epístolas que el heredero del Conde de Lemos compuso; y califica de divinas, llevado de la lisonja, en aquellos versos de su carta al magnate, que dicen:

Estilo superior, divina mano,
Pluma sutil de peregrino corte,
Arte divino, contrapunto en llano,
Sois del mar de escribir lucido Norte;
Pero diréis que son lisonjas éstas,
Como me dan los aires de la corte.
Aunque si son verdades manifiestas,
Díganlo las epístolas divinas
Que os escuché con tal primor compuestas.

Quevedo, en la dedicatoria que hizo al Conde de *El sueño de las calayeras*, como al hombre de talento que podía com-

quezas y esplendor, hubiera quedado del Conde de Lemos más remembranza que la de tantos otros poderosos, dioses mientras vivieron, adorados de la lisonja, confundidos para siempre, después de muertos, en el sepulcro del olvido y de la indiferencia. Aun el recuerdo de sus hechos se hubiera perdido en la corriente general de los sucesos comunes. Ninguno de los escritores que se llevó á Nápoles, ninguno de los poetas que formaban su séquito de escogidos, con ser algunos de ellos tan notables, hubieran librado su nombre de la oscuridad fatal que lleva consigo el tiempo. Ni aun lo hubieran conseguido tampoco, en términos amplios y para la fama más divulgada y permanente, á pesar de su clásica forma, algunos sonetos y canciones del más joven de los Argensolas. Ni los juguetes poéticos que se leían en la Academia de los *Ociosos*, pasatiempos inocentes, como hemos visto, á que el virrey de Ná-

prender y estimar su mérito de decir verdades desnudas, "que buscan no quien las vista, sino quien las consienta", concluía con estas palabras: "Viva V. E. para honra de nuestra edad".

Solas dos composiciones en verso conocemos del Conde; unas redondillas en alabanza del poema *San Isidro*, de Lope de Vega, que se publicaron al frente de la primera edición, y cuatro décimas, que se conservaban inéditas en un manuscrito de *Varios* en la Biblioteca Nacional, (Códice M, 86, fol. 49) y dió á la estampa el Sr. Asensio en 1880.

Las redondillas, aunque defectuosas por lo extremado de las exageraciones, están hechas con soltura y gracia, como puede verse:

Tan alto alzastes el vuelo
Cantando á *Isidro*, que vos
Haceis que el santo de Dios
Hoy suba otra vez al Cielo.
Y por haberle subido
Queda, historiador sagrado,
Isidro más estimado,
Y vos á Dios parecido.

Las décimas, que parecen aludir á la situación de animo del Conde en los principios de su voluntario aislamiento en Galicia, cuando su salida de la corte por malas artes de su cuñado y primo el de Uceda, tienen también mérito.

Una de las composiciones que más celebraron del Conde los que la vieron representar ó la leyeron, fué su comedia titulada *La casa confusa*, sencilla en su argumento, de bella invención y estilo, y arreglada á los preceptos sencillos del arte. En 1617, al año siguiente de su vuelta del virreinato de Nápoles, y el anterior á su desgracia y caída, hubo por Octubre grandes fiestas en Lerma, corte del valido, con motivo de la dedicación de su Iglesia Colegial. Felipe III asistió á ellas, resultando verdaderamente regias. En la iglesia de San Blas, convertida en teatro, representóse el día 16 por la tarde la comedia escrita por el Conde, la cual fué muy bien acogida y celebrada por la cortesana y numerosa concurrencia, ponderándose su discreción y galanura. Como todo había de ser superior en el nuevo corral improvisado, desempeñaron los papeles respectivos los comediantes más famosos de las diferentes compañías en boga entonces en España, dirigidos por el famoso Pinedo.

poles se dedicaba, rodeado de sus protegidos, como un monarca entre sus áulicos, para recrear el espíritu fatigado de los negocios, servirían seguramente para aumento de su celebridad. Todo esto se habría extinguido, todo se extinguió, entre las nebulosidades de lo ignorado, entre las sombras de lo vulgar y lo incierto.

Sólo Cervantes, el desgraciado entre tantos felices, el rechazado entre tantos admitidos, el desvalido entre tantos satisfechos, el pobre abandonado de Madrid; fué quien supo tejer la corona de la inmortalidad al Conde de Lemos, no con desmayados versos, no con pueriles juegos de fantasía, no con extravagancias sutiles, no con alambicados conceptos; sino con los elogios nobles, con las palabras sencillas, con el fervor generoso que dictaba un alma agradecida, que recibía de un magnate encumbrado las limosnas humillantes de su misericordia.

El notable escritor contemporáneo Francisco López de Zárate hizo la *descripción poética de las fiestas de Lerma*; y hé aquí los encomios que dedica á la composición dramática del Conde, que no se conoce, aunque algunos catálogos la citan, y sería muy de desear que apareciese y se publicara:

Dió á fábula con nombre de *Confusa*
Límite alegre, en popular estilo;
Escribió Apolo, recitó la Musa,
Anudando los labios á Zoílo.

Pluma, pues vuestras torpemente, excusa
Honores del que de ellos es asilo;
Dió á la comedia fin, como al deseo,
Honesto Vénus, lícito Himeneo.

El Conde de Lemos, aunque con nobles ambiciones políticas, á que le impulsaban sus propias inclinaciones y el ejemplo de su suegro, árbitro y señor del supremo mando durante veinte años de favor y próspera fortuna, no abandonó nunca sus predilectas aficiones al estudio. Su biblioteca era un verdadero templo levantado á Minerva, donde él oficiaba de supremo Sacerdote, tributando el culto de su alma á los adorados de su inteligencia, escogidos de su corazón entre los mejores. En los días tormentosos de la desgracia; cuando las pasiones y las maldades de sus enemigos le obligaron á refugiarse allí, como sagrado asilo en sus adversidades, procuró el reposo, la santa quietud del espíritu, fuerzas nuevas reparadoras, dulces solaces intelectuales que le fortalecieran para la lucha y le alentaran, produciéndole consuelos morales que difundiesen en su ánimo lacerado el bálsamo bendito de la esperanza.

Sus soledades las describió Bartolomé Leonardo en estos tercetos:

Ya el robusto ejercicio de la caza,
Ya el de sus varios libros le recrea
Con cuya docta soledad se abraza.
Allí, en graves historias, ó en la idea
Que forman una y otra monarquía,
Por la espaciosa antigüedad pasea.
Usa tal vez de crítica osadía
Sólo en lo sustancial de lección rara,
Si en el sentido de su autor varía.
Y, adonde no quedó corriente y clara,
Por voces ó por sílabas traspuestas,

Dediquemos ahora algunos párrafos, para poner término á este capítulo, en alabanza de otro protector de Miguel, el Cardenal arzobispo de Toledo, D. Bernardo de Sandoval y Rojas,

Con buril juicioso las repara,
 Bien que muy poco en el cansancio destas
 Ocupaciones prueba el sufrimiento,
 Porque le son derechamente opuestas.
 O escribe en prosa, ó con heroico acento
 Mueve la voz, ó en amorosa lira
 Y tal vez en satírico instrumento.
 Ni se desdeña de abajar la mira
 Al ignorado cómico lenguaje,
 Con que á desagraviar zuecos aspira.
 Y así, sobre el amor del hospedaje,
 Digo que no hay Platón, no hay Ateneo
 Que en su conversación se le aventaje.

* *

Dos trabajos en prosa conocemos del Conde de Lemos. Titúlase uno *Gobernación de los Quixos*, una de las seis provincias que pertenecieron á la Audiencia de Quito. Es *Memoria* muy interesante, nutrida de datos precisos sobre su población, clima y carácter de sus naturales, con noticias geográficas y estadísticas. Sirvióse el Conde para su trabajo de las informaciones que se habían recibido en el Consejo de Indias el año de 1607. Aunque el de Lemos tenía en su poder otros muchos papeles respecto de provincias más populosas é importantes, prefirió la descripción de los *Quixos* por la índole especial de aquella comarca.

“He juzgado este trabajo (dice) digno de mi persona por el ministerio que ejercito (Presidente del Consejo de Indias), y acordándome de Julio César que no tuvo los comentarios por empresa indecente á sus victorias. Pudiera extenderme en narraciones de fieras, fuentes, plantas y flores aromáticas; en la superstición y culto bárbaro de las naciones, cosas todas que admiran y divierten; pero sólo me ha vencido el gusto y la curiosidad en las notables y famosas de aquella provincia, porque no se hallen nuevos los ministros del Consejo cuando oyeren hablar en estas maravillas. He considerado juntamente que, á veces, suele ser más agradable la florecilla de un jardín que está plantado entre edificios suntuosos, que la grandeza y fábrica de estos edificios. De lo demás, he recogido aquello solamente que la experiencia del oficio me ha enseñado á notar que es de importancia para la buena expedición de los negocios.”

Esta curiosa obra, que se ha dicho estar dedicada por el Conde á su señor padre, aunque á quien está dirigida es á su suegro y tío el Duque de Lerma, con fecha en Madrid á 16 de Febrero de 1608, se encuentra inédita en la *Biblioteca Nacional*. De ella ha tenido la bondad de enviarnos, para su

cuya memoria será siempre grata para todo buen español.

Ya sabemos que el conocimiento personal de Cervantes con aquel ilustre prelado, databa de

publicación, copia exactísima nuestro querido amigo D. Manuel Elers, secretario particular del Excmo. Sr. D. Eduardo Benot. Le estamos muy reconocidos por el favor.

El otro trabajo en prosa que escribió el Conde, es *El buho gallego*, sátira política, algo oscura, por lo alambicado de su exposición. El estilo es de la buena escuela, aunque algo afectado y con demasiados adornos mitológicos con alusiones que hoy es imposible descifrar bien á no ser que se haga forzada ó caprichosamente. *El buho* debió de circular mucho en copias manuscritas (dos se conservan en la Biblioteca nacional) y ser muy comentado por los cortesanos á quienes se hacía objeto de la censura; pero hoy, perdido el aliciente de las circunstancias que lo produjeron, resulta obra de mediano interés y efecto, por más que siempre aporta algunos curiosos pormenores acerca de las maniobras y perfidias de las parcialidades políticas entonces prevalecientes.

Se ha querido atribuir este escrito al sucesor del Conde y heredero de sus estados; pero es manifiesto error creerlo así. Ni el Conde de Castro, su hermano, estaba entonces en España, sino en Italia, ni podía ser él aquel alegórico buho á quien todas las aves del Manzanares querían arrojar de sus términos para que huyese á Galicia, dejándoles espacio franco para sus rapiñas y medros.

El Conde de Castro no vino á España después de la desgracia del Conde de Gelves, sino á la muerte de su hermano mayor, el año 1622. Algunos después, renunciando honores, hacienda, estados y títulos en su primogénito, á quien tocó heredar los que correspondían á la casa de Lemos, se hizo monje benito, alejado siempre de las luchas políticas y de las revueltas personales cortesanas; sin que pudiesen obligarle á trocar la felicidad mundana por la cogulla del religioso las contrariedades y repulsas que sufriera por no logradas esperanzas de ascender á los puestos de más suprema estimación en palacio.

Mucho menos es posible que la sátira fuese compuesta por el hijo del Conde de Castro, que ni figuró como político ni se sabe que tuviera aficiones literarias. No puede, pues, ser otro el autor de la delicada sátira *El buho gallego*, sino el sétimo Conde de Lemos, el protector de Cervantes, quien se defiende de sus contrarios y envidiosos con las armas ingeniosas de su talento. La sátira sería escrita en 1620, como se deduce de su comienzo, y aquel fué, precisamente, el año en que llegaron á su período álgido las persecuciones suscitadas de sus enemigos por rivalidades y competencias de mando. (*)

(*) El tomo C de *Documentos inéditos*, publica algunas de las *Relaciones* que se conservan de las que se escribieron y mandaron desde Indias, por orden del Conde de Lemos, para conocimiento exacto de las comarcas y provincias de aquellos países.

El título de la primera es el siguiente: Relación fidedigna hecha en la provincia de Mechoacán de la Nueva España, por mandado del Ilustrísimo Sr. Conde de Lemos y de Andrade, presidente del Consejo Real de Indias, en que se refiere el número de conventos que hasta el día de la fecha hay en esta provincia de San Nicolás de Tolentino, de la Orden de Santo Agustino, y los religiosos della, con sus calidades, oficios, edades, inclinaciones y nacimiento. Fecha por Noviembre del año de mil y seiscientos y tres. Esta Relación está firmada por F. Pedro de Vera, con sencillez y abundancia de datos. Es la mejor de las cuatro publicadas.

La segunda es «Suma y memoria de los conventos, religiosos, pueblos, visitas y indios que hay (1603) en toda esta provincia de San Vicente de Guatemala y Chiapa, de la Orden de predicadores de Santo Domingo, á la cual están encomendados los dichos indios y de los religiosos que son menester para su administración y doctrina y para cumplir con la obligación de los conventos.» Esta Relación es muy escueta, la más imperfecta de todas. Firmanla, F. Rafael de Luxán, provincial; F. Juan Díaz y F. Pedro Mexía, priores y definidores, y F. Andrés del Valle, definidor.

El tercer documento á que nos referimos es un «Memorial del número de religiosos y de sus cualidades que hay (1603) en esta provincia de Santiago de Méjico y pertenecen á ella, de la Orden de predicadores y de sus conventos, colegios y doctrinas de indios para el Ilmo. señor Conde

su exaltación á la iglesia primada de España, con cuyo motivo escribió una canción Cervantes felicitándole. (*)

D. Bernardo fué varón esclarecido en virtudes y letras, y antes de ascender al supremo puesto arzobispal de Toledo, dió claras muestras de su inteligencia y celo en otras diócesis.

Hijo de familia noble, recibió esmeradísima educación en la Universidad de Alcalá de Henares, "donde se crió desde su tierna edad", en frases de D. Alonso López de Haro. Fué prodigio de aplicación y despejo, y reveló grandes disposiciones para todo linaje de estudios. Tuvo por maestro de retórica al célebre cronista Ambrosio de Morales, á quien conservó siempre mucho aprecio. Hizo notables progresos en los cursos de artes y teología. Graduóse de licenciado de ésta, en la Universidad de Salamanca.

Cuando concluyó sus estudios, era arzobispo de Sevilla un tio suyo, D. Cristóbal de Rojas, el cual le dió un canonicato en aquella iglesia metropolitana, donde fué más tarde dean, obteniendo otras rentas con título de gobernador de la diócesis. Felipe II le elevó al episcopado en atención á sus letras y virtudes. Presentóle para la sede de Ciudad Rodrigo, siendo consagrado en la capilla de los Reyes de la catedral sevillana por el entonces arzobispo, su pariente también, D. Rodrigo de Castro, aquel que muchos años después murió de sentimiento, agravado mortalmente de la peste, cuando el consagrado por él fué enaltecido á la silla de Toledo. Hácense elogios de su primer pontificado, que desempeñó hasta 1587, en especial por la reformación de las costumbres claustrales que estaban relajadas con exceso, hasta el punto de no guardar las monjas reclusión. Fué luego trasladado á Pamplona, en 1588, donde demostró también entereza, caridad y mucho fervor evangélico en la visita de los pueblos del obispado. Asistió en esta ciudad á las cortes donde fué jurado el príncipe, después Felipe III. De Pamplona pasó á Jaen en 1596, donde intervino, por delegación del papa Clemente VIII, en la devolución á Úbeda del cuerpo de San Juan de la Cruz, que subrepticamente ha-

bía sido llevado á Segovia por estratagemas de una familia principal, devota del santo; episodio que han creído varios escritores estar figurado en alguna de las aventuras de *Don Quijote*.

Después de la muerte de D. García de Loaysa, y por los modos ya indicados anteriormente, ascendió á la primera sede episcopal de España.

En su nombre tomó posesión de la silla Don Bernardo de Rojas, dean de la catedral de Jaen, el 23 de Junio de 1599, habiendo hecho su entrada solemne el prelado en Toledo el 29 de Septiembre y asistido á los divinos oficios en medio de un recibimiento extraordinario por parte del clero, autoridades y todas las clases, que á porfía querían significar al nuevo prelado su alegría y satisfacción.

Celebró sínodo diocesano en Toledo el año de 1601, recibiendo el birrete cardenalicio en aquella catedral de manos del arzobispo de Sevilla, D. Fernando Niño.

Todos los hijos que tuvo Felipe III fueron bautizados por el arzobispo. En Valladolid, 1601, la infanta D.^a Ana Mauricia, que después fué reina de Francia. En la misma capital, 1605, el Príncipe de Asturias, D. Felipe. En la real capilla del palacio de Madrid los infantes D. Carlos, 1607, y D.^a María, 1606, que llegó á ser reina de Hungría y emperatriz de Alemania.

En el convento de Santa Clara de la villa de Lerma, 1610, la infanta D.^a Margarita. En el monasterio de San Lorenzo, 1609, el infante Don Fernando, que fué el que sucedió á su muerte en la silla archiepiscopal á D. Bernardo.

Fué cardenal con título de Santa Anastasia, habiendo estado en Roma el año de 1610. Reedificó á su costa la iglesia de dicha advocación. Colocó en 1611 la primera piedra en el convento de las Agustinas de la Encarnación en Madrid, iglesia que D.^a Margarita quiso levantar para perpetua memoria de una gran infamia, *la expulsión de los moriscos*. Creyóse entonces esta obra inspirada por Dios, cuando más bien fué desatinada empresa de las pasiones de los hombres y del fanatismo religioso. (**)

Aunque Sandoval y Rojas fué varón muy

(*) Lo mismo la canción en elogio de D. Bernardo de Sandoval y Rojas que algunas otras obras que se suponen de Cervantes, publicadas por D. Adolfo de Castro en 1870, por vez primera, según él creía, las había estampado ya, años antes, el cervantista sevillano Sr. D. José M.^a Asensio, como demostró suficientemente el interesado.

de Lemos, presidente del Real Consejo de Indias por S. M.ª Firma esta Relación F. Hernández Bazán, prior del convento de Méjico. Documento bien hecho y escrito.

Y el último, que es trabajo incompleto, se titula. «Memorial de los

(**) Fueron inmensos los caudales que gastó en obras de iglesias y monasterios. Edificó en la iglesia de Toledo la capilla del Sagrario, que tuvo de coste 120 mil ducados, empleando 85 mil más para dotación de 13 capellanes. A la traslación de la imagen de la virgen á la nueva capilla, que fué una fiesta suntuosa el año de 1616, el mismo en que mu-

conventos, doctrinas y religiosos de esta provincia del Santísimo nombre de Jesús de Guatemala, Honduras, y Chiapa de los frailes menores, hecho por mandado del Ilmo. señor Conde de Lemos y Andrade, presidente del Real Consejo de Indias.»

piadoso y de señalada rectitud, sin embargo, como Inquisidor general no tuvo ánimo y decisión para que desapareciesen muchas prácticas inhumanas que la ignorancia sostenía con escándalo de las personas doctas, pero con el beneplácito del Santo Oficio. Con el singular prestigio de sus virtudes y el extraordinario influjo que tenía por su parentesco con el dueño absoluto de todo, el Duque de Lerma, su sobrino, pudo intentar y llevar á cabo el cardenal una reforma de los procedimientos y actos inquisitoriales, en consonancia con sus sentimientos caritativos. Hubiera esto cedido en gloria de su nombre, como el dejarlo de hacer ha perjudicado á la autoridad de sus actos episcopales.

El año de 1610 verificóse un suceso, que puso bien de relieve la necesidad de una reforma humanitaria. El tribunal de Logroño condenó á varias penas después de hacerlas sufrir atroces tormentos, á más de treinta infelices mujeres porque confesaron ser brujas y hechiceras, y que adoraban al demonio como señor de sus cuerpos y de sus almas.

Altamente depresivo para la dignidad humana y para la sana razón eran semejantes espectáculos, de los que España presentó numerosísimos ejemplos en los siglos XVI y XVII. La creencia en los demonios, su influencia directa en los sucesos de la vida, la posibilidad de pactos tácitos ó expresos con los diablos, las caprichosas maneras de manifestarse á sus adoradores, los prodigios que por su mediación se obraron y otros absurdos parecidos, pasaban entonces como verdades inconcusas, á las que prestaban ciego asentimiento, no sólo las mal doctrinadas muchedumbres, sino hasta las personas que blasonaban de su saber y talento.

Cuantos delirios se propagaron entonces y después en España sobre la intervención de los espíritus malos en los humanos acaecimientos, tuvieron su origen en la estúpida obcecación con que esparcían relatos de tales dislates, y los sancionaban con sus condenaciones, y les daban especialísima importancia con sus bárbaros castigos, los hombres y los tribunales que más debieran haber contribuido á destruir los

errores y á poner en evidencia los engaños. Los padres presentados, los predicadores, los autores de libros devotos, los doctores teólogos, los escritores de todas las órdenes monásticas, y hasta los mismos calificadores del Santo Oficio, fomentaban con su palabra, sus obras ó aprobación las generales preocupaciones. Pero la Inquisición, ese propugnáculo de todos los desvaríos utilitarios del Romanismo; ese baluarte de la crueldad y de las ficciones convencionales; ese tribunal erigido y sostenido para derramar salvajemente sangre, torturar, quemar, arruinar, difamar y prostituir individuos y familias en nombre de un Dios misericordioso y clementísimo; esa institución abominable, fué la que mas poderosamente contribuyó al acrecentamiento de los errores con la autoridad de su prestigio.

La indignación que produjo el tormento de tanto infeliz, como ocurrió en Logroño por la malvada y estúpida ferocidad de los inquisidores, fué tan profunda como general. Escribiéronse notables trabajos con espíritu ferviente de caridad lamentando aquella inútil barbarie, y llamando la atención de las supremas autoridades eclesiásticas, para que se evitasen en lo sucesivo espectáculos tan repugnantes y contrarios á la verdadera doctrina del Cristo, que no quería, como los inquisidores, la muerte del pecador, sino su regeneración y vida. Era realmente un crimen inaudito el perpetrado por la inquisición de Logroño contra treinta desgraciadas, que no tenían otro delito sino el de su excesiva credulidad en las enseñanzas mentirosas de los doctores del error católico sobre los demonios, y concluyeron por ser monomaniacas empedernidas en su misma ilusión diabólica, creyendo verdad lo que soñaba la fantasía.

Triste fué que el Cardenal arzobispo de Toledo no hubiese evitado el abuso de la autoridad inquisitorial, y que un sacerdote suyo, notable pensador, Pedro de Valencia, tuviera que manifestarle los peligros de tal modo de proceder en un discurso lleno de doctrina y piedad, pidiendo calma y meditación para condenar y castigar en lo sucesivo á las pobres demoniacas.

Contrasta mucho la anterior indiferencia res-

rió Cervantes, asistió Felipe III. Acuñóse entonces una medalla para conmemorar el fausto suceso. En el anverso está grabada la efigie de la virgen; en el reverso la figura del cardenal con su nombre y títulos. Ber. Card. Archiep. Tolet. Hisp. Prim. Inquis. G.

Fundó en Alcalá de Henares un convento para veinticuatro religiosas bernardas recoletas, las cuales habían de ser descendientes de su familia ó de los criados de su casa. Debíaseles admitir sin dote ni el menor gasto, dotándolas

con renta anual de tres mil quinientos ducados y 250 fanegas de trigo.

Diez y seis mil ducados gastó en el convento de capuchinos de Toledo, donándoles también una casa de recreación á orillas del Tajo, labrando la iglesia y un artificio de agua. Veinte mil ducados consumió en un palacio de recreo que levantó en Ventosilla del Tajo, fabricando capilla y fundando capellanía para que los campesinos pudiesen oír misa los domingos y días de fiesta.

pecto de las brujas y hechiceras de Logroño, con el buen deseo con que quiso evitar D. Bernardo, años después, por puros motivos humanos, los castigos que habían de imponerse á algunos franceses por blasfemos y herejes.

El año de 1615 iba á celebrarse un auto de fe en Toledo. Felipe III presidiría el acto con toda su familia. D. Bernardo de Sandoval, creyó conveniente se aminorasen las penas impuestas á varios extranjeros, en gracia de que asistía al espectáculo la Serenísima infanta D.^a Ana Mauricia. Envió, pues, su Ilustrísima al secretario del Santo Oficio Manuel Pantoja y Alpuje, para que viese al Duque de Lerma é hiciera presente al Rey, de parte del Cardenal, la siguiente propuesta: *Puesto que en "El auto de fe salían algunos naturales de Francia por errores y blasfemos, y venían penitenciados y condenados en penas corporales, como azotes, vergüenza y galeras, le parecía á su Ilustrísima, que, habiéndose de hallar presente la Serenísima infanta, que iba á ser reina de Francia, se les hiciese en el auto públicamente remisión de aquellas penas, conmutándolas en otras menos afrentosas y proporcionadas á los delitos, para que desde luego fuesen reconociendo los vasallos de aquella corona de Francia el beneficio que se les seguía de tener por Reina y señora á la Serenísima infanta."*

El Rey contestó malhumorado, como extrañándose del mensaje, que "la asistencia de su Real persona y las de su familia á los autos de fe, no era para remitir ni dispensar las penas que los inquisidores, jueces de la Iglesia, ponían contra los herejes enemigos de ella, sino para hacer protección y dar autoridad á la ejecución."

Murió el arzobispo en Madrid de enfermedad aguda, á los 76 años de edad el día 7 de Diciem-

bre de 1618, dos años y ocho meses después que el hombre insigne por él socorrido y que inmortalizó su nombre más que todos los honores, lápidas y sepulcros que se le dedicaron é hicieron. En 1619 fué trasladado su cadáver á Toledo, dándosele sepultura en la capilla de Nuestra Señora del Sagrario, por él edificada. Púsose magnífico epitafio sobre su sepulcro.

Las desmedidas alabanzas que tributó Cervantes en ley de agradecido, al ilustrísimo de Toledo (*) han dado más importancia de la que realmente tuvo, á la protección que le fué dispensada.

Desde el año de 1600 hasta 1614, nada se sabe de que se efectuase ésta, habiendo tenido tantos medios para ello el Cardenal arzobispo, en el lleno de toda su autoridad y prestigio entonces. Su indiferencia respecto de los méritos de Cervantes, está patente.

La muchedumbre de negocios que preocupaban su atención, le impidieron quizás, durante catorce años, alentar y favorecer, como debiera, al Escritor ilustre que con tan afectuosa inspiración le había colmado de elogios al ser ascendido á la suprema gerarquía eclesiástica de España. Sólo en el último año y medio de su vida recibió Cervantes muestras significativas y prácticas de la suma caridad del prelado. Pudo éste haber hecho de los últimos años del gran Escritor el período más tranquilo y dulce de su vida; pero la tardanza de los favores sólo sirvieron para alargarle los postreros días entre lágrimas y agradecimientos de pobre abandonado y moribundo.

Fué, como hemos dicho en otro lugar de esta obra, un escritor desvalido á quien se socorrió como á mendigo, no un literato á quien se recompensó según era debido á sus méritos y grandezas.

(*) "Vívame (dice en el prólogo de la *Segunda Parte de Don Quijote*,) la suma caridad del ilustrísimo de Toledo don Bernardo de Sandoval y Rojas, y siquiera no haya impresas en el mundo, y siquiera se impriman contra mí más libros que tienen letras las coplas de Mingo Revulgo. Estos dos Príncipes (el Conde de Lemos y el arzobispo de To-

do), sin que los solicite adulación mía, ni otro género de aplauso, por sola su bondad, han tomado á su cargo el hacermé merced y favorecerme, en lo que me tengo por más dichoso y más rico que si la fortuna por camino ordinario me hubiera puesto en su cumbre." Todavía le expresó mayor gratitud después en una carta.

CAPITULO IV.

Miguel de Cervantes creador de la Novela española.

Período de gestación de las novelas.—Revisión y perfeccionamiento de los antiguos borradores.—Decídese á publicar una serie escogida.—Preliminares y convenios.—Mezquina cantidad en que vendió la propiedad de las *Novelas ejemplares*.—Documentos publicados sobre este punto por Pérez Pastor.—Cervantes jornalero intelectual.—Libros de entretenimiento anteriores á las *Novelas ejemplares*.—Originalidad de Cervantes.—Fué el creador de la verdadera novela española.—Apreciaciones generales sobre su famosa colección.—Los novelistas italianos.—Superioridad de Cervantes respecto de ellos.—Grandes facultades de su talento para el cultivo de la novela.—Juicio crítico de las trece que de él se han publicado.—Curiosas observaciones.—Injustas presunciones de algunos escritores.—Sospechas infundadas.—Se refutan.—Novelistas posteriores á Cervantes.—Nota bibliográfica de las primeras ediciones de las *Novelas*.—El mejor juicio crítico que se ha escrito acerca de ellas.

Puede decirse que, desde que surgieron los disgustos en 1611 entre Cervantes y su yerno, y en especial cuando á principios del siguiente año cedió su mujer, con su licencia y consentimiento, lo más escogido de sus bienes á su hermano Francisco de Palacios; el ingenioso Escritor quiso dedicar por completo su talento creador al cultivo de las buenas letras con preferencia y cariño especiales, con ardoroso entusiasmo, como si buscase grata compensación de las amargas y tristes realidades de su vida en las espléndidas y hermosas ficciones que su riquísima mente producía.

Proponíase dar, en una serie de composiciones llenas de atractivos, con ejemplos que enseñasen y deleitaran juntamente, el texto genuino y original de la aún no creada novela española. Fué su trabajo de revisión y selección.

La mayor parte de sus novelas habíalas compuesto muchos años antes, mientras le dejaban algunas horas desocupadas las penosas tareas de sus enojosos cargos de comisario de flotas ó recaudador de alcabalas; y luego durante su permanencia en Valladolid.

Sólo en borradores conservaba aquellas obras, que eran ya conocidas de los amantes á los buenos escritos y circulaban en multitud de copias particulares.

Al decidir Cervantes publicarlas juntas, hubo

de revisarlas, corregirlas, aumentarlas y darles todos los toques que estimó oportunos para que aparecieran ante el juicio de los doctos y del vulgo con las seducciones de la perfección. Ya á mediados de 1612 tenía terminada su tarea y pedido privilegio para imprimir el libro. El Consejo de Castilla se lo concedió en Madrid por tiempo y espacio de diez años, con fecha 22 de Noviembre, y el Consejo de Aragón otorgó idéntico permiso en San Lorenzo el Real á 9 de Agosto de 1613.

Cervantes entró entonces en trato con su amigo y editor del *Quijote*, el librero de Su Majestad Francisco de Robles, y el día 9 de Septiembre del mismo año, ya terminada la impresión de la obra, le cedió el privilegio y la propiedad de las *Novelas ejemplares* por una cantidad muy mezquina, si tenemos en cuenta el mérito superior de ellas, su originalidad y el crédito de que disfrutaba Cervantes como autor de renombre y de peregrino ingenio.

Cervantes convino y concertó con Francisco de Robles, venderle, cederle, renunciarle y traspasarle los dos referidos privilegios para la impresión y venta de la obra, por el tiempo y plazos concedidos (demás de entregarle 24 ejemplares del tomo), mediante la suma de mil y seiscientos reales, que confesó haberlos recibido, probablemente en las cantidades que iba necesi-

tando mientras se componía el libro en las cajas. (*) Y no sólo quedaba autorizado Francisco de Robles, por los mil y seiscientos reales, al beneficio que habría de proporcionarle la venta de la primera edición en los reinos y señoríos de Aragón y Castilla, sino hacer y ejecutar cualesquier querellas y denunciaciones contra las personas que contraviniesen los privilegios concedidos, y recibir y haber todas las cantidades á que, por las condenaciones que se dictasen, fuesen obligadas. Había aún otra ventaja para Robles: concedíale poder, Cervantes, en causa propia, para que pudiese suplicar y pedir á S. M. y al Supremo Consejo de la Corona de Portugal se le concediese y diera Real privilegio para vender la obra en aquel reino; lo cual supone desde luego grandes aumentos en las utilidades del negocio.

Con tristeza notamos, por estos informes tan exactos y fehacientes, la precaria situación á que tenían reducido á Cervantes sus desgracias, cuando en tan escaso precio se veía obligado á ceder una obra de relevantísimo mérito, por la que habría de sacar miles y miles de ducados el comprador. Relativamente, mejor, mucho mejor, le fueron pagados sus primeros trabajos, las primicias de su fecundo ingenio. El padre del librero Francisco, Blas de Robles, sabemos que abonó á Cervantes en 1584 la cantidad de 1.336 reales por el derecho de propiedad de los *seis primeros libros de Galatea*. (**) No se ha descubierto todavía el documento donde conste el importe que recibió Cervantes por la venta hecha á Francisco de Robles de la Primera Parte del *Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha*; pero si nueve años después del prodigioso buen suceso que obtuvo y de las indudables ganancias que sacó el editor, era tan mezquina la

retribución con que pagaba un nuevo libro del festivo y originalísimo ingenio; razonablemente pensando, habrá que convenir en que el precio en que se tasaría la obra más celebrada de la literatura española, no excedería ciertamente, en mucho á lo ofrecido después por las inestimables *Novelas ejemplares*. Para nosotros es casi seguro que Cervantes, desde el año 12 al 15 estuvo trabajando á sueldo, como jornalero intelectual, á las órdenes de Francisco de Robles, recibiendo por cuenta de las obras que escribía, cantidades semanales ó mensuales, que luego se liquidaban con la cesión de los privilegios para la impresión y la venta del derecho de propiedad.

Por un apunte referente á Francisco de Robles, sabemos que éste solía prestar á Cervantes dinero. Cuando este librero contrajo segundas nupcias con Cristina Juberto en 1607, en una anotación de lo que le debían entonces, aparece "Miguel de Cervantes, por cédula de dineros prestados, deudor de cuatrocientos y cincuenta reales." (***) ¿Cuántas veces no se repetiría esto después, dados los apuros del Escritor?

Dueño ya Francisco de Robles de aquel tesoro literario que se encerraba en las páginas de las *Novelas ejemplares*, quiso asegurar sin contradicciones el producto de las ganancias, á cuyo efecto, en 28 del mes de Septiembre de 1613, otorgó poder á Francisco Geraldo y Melchor González, vecinos ambos de la ciudad de Zaragoza, y notario el primero, para querellarse contra los que en aquella capital hubiesen impreso ó imprimieran el citado libro. (****)

Tanto más sorprende la actividad intelectual que en los últimos años de su vida desplegó Cervantes, cuanto que su edad era bastante avanzada y veíase rodeada diariamente de penalidades horribles. El talento de aquel hombre era tan

(*) Este interesantísimo documento, descubierto por Pérez Pastor, se inserta íntegro en el t. I. de su Colección, págs. 178 á 82. Está otorgado ante el escribano Juan Calvo. Con objeto de que Francisco de Robles quedara asegurado con todos los requisitos deseables para traficar con lo adquirido en tan leonino contrato, tuvo que confesar Cervantes que los mil seiscientos reales y los 24 ejemplares de la obra, recibidos, eran su justo y verdadero precio y que no había hallado quien más ni otro tanto por ello le diese, "y se obligó, y á sus herederos y sucesores, de tener siempre por firme la dicha carta de venta y traspaso, y no revocarla, ni reclamarla, ni contravenirla en ningún tiempo."

(**) Al hablar de *La Galatea*, en la página 222 de nuestra obra, ya dimos conocimiento del precio en que vendió Cervantes su hermosa pastoral al librero Blas de Robles. El Sr. Pérez Pastor ha publicado en el t. II de sus *Documentos* los que se refieren á este asunto, que llevan los números XXV y XXVI, págs. 87 á 92.

El primero es la cesión del privilegio, otorgada en 14 de

Junio de 1584, ante el escribano Francisco Martínez, por Miguel de Cervantes en favor de Blas de Robles. Era la venta de la obra en absoluto, pues el librero no sólo adquiría el derecho de propiedad para la primera edición, sino para las posteriores. Autorizábale Cervantes para que pudiese pedir una ó más prorrogaciones del cedido privilegio, y "usar de ellas y del que de nuevo se le concediere" por el precio de 1336 reales convenidos, sin que ni Cervantes ni sus herederos pudieran nunca darse por perjudicados, ni reclamar nada en ningún tiempo.

El segundo documento, fechado en el mismo día, ante el propio escribano, es una obligación que hizo el Robles á Cervantes de pagarle 250 reales, que le quedó debiendo de la suma total, ofreciendo efectuarlo para fin de Septiembre de dicho año, "en reales de contado, sin pleito ni litigio alguno, so pena del cobro y costas."

(***) *Docum. inéd.* T. I. p. 145.

(****) *Ibidem.* p. 183-85.

privilegiado y extraordinario, sin embargo, su imaginación tan singular, sus dotes de ilustración tan incomparables, que prodigó nuevos y más preciados tesoros de gracia, de amenidad, de discreta desenvoltura, de concepción feliz y de invención potentísima en los últimos hijos de su divino ingenio.

La literatura española, rica en notables y aún sublimes concepciones en verso, en tratados teológicos, en estudios escolásticos, en trabajos excelentes de gramática, de erudición y de ciencia, en historia, en crónicas y otras infinitas producciones, era pobre, pobrísima, en esas composiciones ingeniosas llamadas novelas, y que tanta influencia han ejercido en las costumbres de las sociedades europeas desde los comienzos de la Edad moderna hasta nuestros días.

No era precisamente que no hubiese en España obras de ficción y de entretenimiento; pero no podían satisfacer las exigencias de la generalidad. Los libros de caballerías, si bien algunos eran modelos de discreta relación de amores y caballerescos hechos, si bien en esto España superaba á todos los pueblos de Europa y se llevaba la palma del mérito y de la inventiva, eran, sin embargo, un género de composiciones que en los tiempos de Cervantes había ya perdido su principal importancia, coadyuvando más y más á olvidarlo las adulteraciones hechas por algunos autores incompetentes é indignos. Las producciones pastoriles, que tan en boga habían estado también, compartiendo últimamente la predilección con los libros de aventuras, cayeron asimismo visiblemente en descrédito. Las ficciones sentimentales ó libres, como *La Celestina*, ó algunos cuentos ó patrañas, si demostraban ingenio, estaban muy lejos de ofrecer circunspección y buenos fines morales. Hasta las composiciones picarescas, que empezaron á ejercer su influencia por los tiempos de Cervantes con el *Guzmán de Alfarache* y *El Lazarillo de Tormes*, carecían de mérito y de interés verdaderos: sobre tener por único objeto el relatar las malas mañas de los truhanes y gente de perversa conciencia, estaban afeadas por ser monótonas, y no respondían á lo que las buenas costumbres y la prudencia demandaban.

La novela, pues, propiamente dicha, ese género de composiciones que bajo una bien coordinada ficción encubre indisputable enseñanza; que siendo un relato por la imaginación creado influye de un modo tan directo en las costumbres de las clases sociales; que habla siempre al sentimiento; que se reviste con las galas de la seducción, y que por el interés de las situaciones, generalidad y diversidad de asuntos en que

se ocupa, y atractivo especialísimo que le distingue, ha sido y es el que de más aceptación goza entre toda clase de gentes, no había tenido cultivadores en nuestra hermosa y riquísima literatura. Italia, centro de toda cultura é ilustración y buen gusto al comenzar los tiempos modernos, fué por medio de un privilegiado ingenio suyo, Bocaccio, la nación que dió la norma para este linaje de producciones. Bien presto Bocaccio tuvo más ó menos hábiles ó distinguidos continuadores é imitadores, y las novelas italianas circularon por todos los países cultos de Europa, despertando en los talentos de las respectivas naciones el deseo de seguir las huellas de aquellos escritores amenos.

Nadie tan apto como Cervantes en España para adoptar el nuevo género de composiciones literarias. Su larga permanencia en Italia, el conocimiento profundo que de sus poetas, de sus novelistas y demás autores tenía, su preclaro talento, sus sorprendentes dotes inventivas, su fino y escogidísimo gusto, su vivísima y fecunda imaginación, todas eran cualidades y circunstancias que acaso no se hallarían reunidas en ningún otro escritor castellano para acometer empresa tan patriótica y meritoria. Muchas traducciones de las novelas italianas corrían en manos de todos; Cervantes lo notaba; pesábale de que su nación no hubiese respondido á esta nueva manifestación de los pensamientos; y con su grandísimo genio proveyó al remedio de tan notoria falta. Él, en su desamparo, en su abatida situación, en su inmerecida desgracia, supo prestar un gran bien á su patria, y se hizo merecedor de alabanzas generales. Fué el primero que compuso novelas en castellano.

La colección vendida por Cervantes á Francisco de Robles constaba de doce novelas. Sus títulos eran *La Gitanilla*, *El amante liberal*, *Rinconete y Cortadillo*, *La Española Inglesa*, *El Licenciado Vidriera*, *La fuerza de la sangre*, *El celoso extremeño*, *La ilustre fregona*, *Las dos doncellas*, *La señora Cornelia*, *El casamiento engañoso*, y *El coloquio de los perros*.

Nada más valioso y pródigo en bellezas que esta colección. Cervantes había ya dado evidentes muestras de su superior aptitud para la composición de esta clase de obras en el cuento de Anselmo y Lotario y la historia del capitán cautivo, que intercaló, como hemos visto, en su Primera parte del *Quijote*; pero al publicar sus doce nuevas novelas, un clamor poderoso de justicia, sobreponiéndose, aunque momentáneamente, á todas las pequeñeces de la envidia y de la rivalidad, le proclamó el padre y creador de la

novela española, el príncipe de los escritores ingeniosos, el Bocaccio español, que le llamó muy oportunamente Tirso de Molina.

Genio privilegiado Cervantes, supo, sin embargo, mostrarse siempre original. En todo superó á Bocaccio y á los demás novelistas italianos: ninguno compite con él en gracia, en oportunidad, en describir, en desenvolver el argumento, en presentar escenas interesantísimas, en ofrecer desenlaces naturales y explicables, en delinear caracteres, en narrar perfectamente los sucesos, en referir actos y hechos, y en pintar de un modo maravilloso las costumbres.

Novelas de costumbres son, pues, casi todas las de Cervantes; pero tales y tan primorosamente hechas, que ni entónces ni en los sucesivos tiempos, ha logrado ningún autor excederle ni sobrepujarle. En estas obras, más señaladamente que en otras, da claras pruebas Cervantes de su espíritu observador y de su grande experiencia, pintando la fisonomía de las diversas clases sociales, bosquejando los hábitos y usos de distintas comarcas y países, y ofreciendo el aspecto real de la vida en forma artística incomparable.

Con grandes intuiciones estéticas, presenta de modo acabadísimo las tendencias, bondades, virtudes, preocupaciones, defectos y vicios de sus contemporáneos. Llega á ser así, por la poderosa concepción de su Genio, el primer psicólogo social de su época. Y además de estas cualidades apreciabilísimas de sus novelas, tienen otra que extremadamente las realzan, y es la de la moralidad, la ejemplar y sana enseñanza que de todas juntas y de cada una de por sí puede sacarse. Nueva é inestimable ventaja es ésta, en que descuella más y más Cervantes sobre cuantos habían escrito ficciones de distintas clases en España ántes que él, y especialmente sobre todos los novelistas italianos, quienes se habían señalado por el modo desnudo, torpe y hasta

obsceno de pintar los sucesos y las costumbres, olvidando por completo el fin y objeto principal de las bien pensadas y bien sentidas ficciones: el de enseñar deleitando. Así es que, con mucha verdad dijo Cervantes en el prólogo de su original y patriótica obra, que los requiebros amorosos que en algunas de sus novelas hallaría el lector, eran tan honestos y tan medidos con la razón y discurso cristiano, que no podrían mover á mal pensamiento al descuidado ó cuidadoso que las leyera; y añadió que les había dado el nombre de ejemplares porque no había ninguna de la que no se pudiese sacar un ejemplo provechoso.

En *La Gitanilla*, primera de la colección, trata de demostrar Cervantes que los hijos de honrados y buenos padres nacidos, casi siempre dan pruebas de la nobleza de su origen, por más que ocasiones peligrosas, sucesos impensados ó circunstancias inesperadas como se conjuren para desviarles de la senda del deber, de la honestidad, de la discreción, de la prudencia y de la virtud. El tema lo desarrolla Cervantes de un modo admirable, y el ejemplo que de la narración se saca es tan excelente como provechoso. La protagonista de esta novela es una joven, llamada Preciosa por su singular é incomparable hermosura. Adornada con todos los encantos físicos, era también prodigio de ingenio, de despiertas luces y de portentosa sagacidad. Hija de nobles y ricos padres, fué sustraída de su casa, al poco tiempo de haber nacido, por una desalmada gitana, quien haciéndola pasar en todas partes por nieta suya, la industrió en las mañas, usos y procederes de los gitanos. En tañer, en cantar, en danzar, en travesura y en perspicacia, siempre sobresalía entre sus compañeras; y por más que demostraba desenvoltura, era extremadamente honesta, y tan mirada y prudente, que causaba general admiración. (*)

(*) El Sr. D. Francisco A. de Icaza, al hablar en su estudio sobre las *Novelas ejemplares*, (Madrid: 1901, en 8.º, páginas 104 y 105), empieza diciendo:

“El mismo Cervantes, en un párrafo del *Coloquio de los perros*—párrafo en el que no han parado mientes hasta hoy los críticos de las *Novelas*,—nos cuenta cuáles fueron los modelos vivos de *La Gitanilla*.

Dice, al hablar de los gitanos, “que dan la obediencia mejor que á su Rey á uno que ellos llaman Conde, el cual, y todos los que de él suceden, tienen el sobrenombre de Maldonado, y no porque vengan del apellido de este noble linaje, sino porque un paje de un caballero de este nombre se enamoró de una gitana muy hermosa, la cual no quiso condescender á su amor, ni cumplir su deseo si no se hacía gitano, y la tomaba por mujer; hízolo así el paje, y agradó tanto á los demás gitanos, que le alzaron señor y le dieron la obediencia.”

Al novelar Cervantes el episodio, cambió la categoría de las personas: hizo de la protagonista una niña noble, robada á sus padres por una gitana vieja y convirtió al padre en un gran señor.”

En este cambio, muy del gusto de la época, está en mi sentir, la parte débil de la obra.”

Y ¿en que se funda el Sr. Icaza, para hacer esa trasmutación de personajes, que altera y desfigura el pensamiento original de Cervantes? De seguro no podrá explicarlo nunca el bueno del Sr. Icaza. Es equivocación manifiesta suponer tal cosa. ¿Por qué hemos de creer que los modelos vivos de *La Gitanilla* fueron el Maldonado y la gitana hermosa citados en el cuento que se cita en el *Coloquio de los perros*. ¿No pudieron ser otros? ¿No vale más decir que se ignora por completo quiénes son, que propagar conjeturas improbables de todo punto, basándose en meras ficciones caprichosas? ¿No podía aludir Cervantes á algún su-

Acertóla á ver un día en las calles de Madrid el hijo de un rico caballero, llamado D. Juan de Cárcamo, quien desde aquel momento quedó cautivo en las redes de su prodigiosa belleza y de su privilegiado donaire. Y tan prendado quedó de la joven, que pasó por todas las condiciones que le impuso, con tal de casarse con ella. Vistióse D. Juan de gitano, adaptó sus gustos é inclinaciones á la determinación y deseos de su adorada Preciosa, siguió la suerte de aquella desalmada gente que le rodeaba, vióse forzado á adoptar un nuevo género de vida, costumbres extrañas, hábitos que repugnaban á su educación y á la rectitud de sus sentimientos; y en esta vida de pruebas y de temores, de satisfacciones, de ternezas amorosas, de crueles celos, de desconfianzas y sospechas, ó de seguridad y contento, pasáronse algunas semanas; al terminar las cuales, un suceso impensado y trágico vino á poner fin á aquel período de sufrimientos é intranquilidad y de penosas sorpresas.

El aduar de los gitanos, que había recorrido varias comarcas de España desde el tiempo que D. Juan formaba parte de él, ciego por el amor que á su Preciosa tenía, acertó á llegar á un lugar distante tres leguas de Murcia; alojáronse en un mesón algunos de la compañía, entre ellos Preciosa, la nombrada su abuela, y el mismo D. Juan, que, desde que tomó el hábito de gitano, llamábase Andrés Caballero. La hija de la mesonera, que Juana Carducha se llamaba, joven de edad de diez y ocho años, "algo más desenvuelta que hermosa," como dice Cervantes, enamoróse súbita y perdidamente de Andrés, y con tales veras, que descaradamente díjole que deseaba contraer con él matrimonio, prometiéndole muchas felicidades, así por el cariño que le tenía, cuanto por ser hija única, y su madre más que medianamente rica.

Niégame indignado D. Juan; y entonces se venga la desdeñada acusándole de ladrón. Hábiéndole injuriado al prenderlo un sobrino del alcalde del lugar, quitóle la vida con su misma espada. Este trágico suceso precipita el desenlace. El desventurado hijo de D. Francisco de Cárcamo, en unión de todos los gitanos y gitanas del aduar, fué conducido á Murcia, ceñido el

cuerpo con cadenas y grillos. Allí, por un cúmulo de inesperadas y felicísimas circunstancias, la desgracia se trueca en ventura, y los pesares y zozobras en plácidas y cumplidísimas alegrías. Descubre la gitana vieja que la que había criado, en nombre de nieta suya, era la hija legítima de D. Fernando de Acevedo, corregidor de Murcia, á la que había robado de casa de sus padres, como dijimos, á los pocos días de su nacimiento; patentízase que el gitano Andrés era hijo de un caballero principal; sábese que el delito achacado á Andrés era falso, pues la Carducha lo confiesa, con lo que aparece demostrada la inocencia del adorador de Preciosa; regocíjanse sobre toda ponderación los padres de Doña Constanza de Acevedo y Meneses, que éste era el nombre de la que, en la compañía de gitanos, fué conocida por Preciosa, con el improviso y dichosísimo hallazgo de su hija; tiene el padre de D. Juan noticia cierta de las aventuras por donde había conducido el amor á aquel mancebo, disculpando sus locuras con la belleza singular á que se inclinaba; en resolución, una y otra familia ven con gusto y contento señalado el casamiento de los dos tan enamorados jóvenes D. Juan de Cárcamo y D.^a Constanza de Acevedo y Meneses. Verifícase tan fausto acontecimiento en Murcia en medio de regocijos generales, así por lo peregrino de los sucesos, como por ser muy bien quistos en la ciudad los padres de la desposada.

Vese, pues, con qué singular gracia é ingenio desenvuelve Cervantes el plan y argumento de una de sus mas bellas y encantadoras novelas, y cómo sin afectación, sin violencia y sin inverosimilitudes, presenta en ella el ejemplo provechoso que había de sacarse.

Lo mismo la hija de D. Fernando de Acevedo que el hijo de D. Francisco de Cárcamo, dan siempre señales de la honradez y nobleza de su estirpe. Aquélla, robada de la casa paterna en los primeros días de su vida, educada en la escuela de la perversión y de las maldades, jamás se contamina con los vicios y los procederes licenciosos que la rodeaban. Su alma hermosísima y su corazón generoso rechazaban toda farsa, todo delito, toda depravación. Portento de

ceso coetáneo que llamó la atención pública poderosamente, y le diera materia para transformar un hecho real, por la poderosa magia de su ingenio, en precioso cuadro artístico, de relevante mérito y seducción?

Ese conde de los gitanos, Maldonado, donde aparece, por propia voluntad de Cervantes, como jefe de una tribu de gitanos, es en la comedia *Pedro de Urdemalas*, en la cual éste, por mediación de Maldonado, pretende seducir á Belica,

que resulta después de estirpe regia, sobrina nada menos que del mismo Rey. Eso tampoco era lo que quería el señor Icaza.

La verdad es que se hace sumamente difícil, por no decir completamente aventurado, determinar con fijeza y precisión los modelos vivos de cada novela de Cervantes. Son muy raros los casos en que se acierta, y muchos los que se incurre en estupendos dislates.

belleza, pretendida y solicitada, esquivada y desdenosa con prodigioso donaire, viva, honestamente desenvuelta, graciosa cuanto es decible, la verdad y la virtud eran los únicos dominadores de su ánimo.

Cuando el hijo de D. Francisco de Cárcamo se la aficiona, cuando la declara su amor, cuando ve su constancia, la certeza de su cariño y lo sincero de su pasión, si su belleza se lisonjea viéndose objeto de tan distinguidos galanteos, su honestidad y su virtud descuellan entónces más altamente. Aunque su adorador entra en la compañía de los gitanos, adoptando sus costumbres todas y sus especiales hábitos, la hermosa joven rechaza los procedimientos y usos de aquella gente, impone condiciones á D. Juan, y propone lo que solamente se avenía con su intachable y pura conducta y con su elevación de ideas. Prendada al fin de aquel caballero con tantas veras como D. Juan lo estaba de ella, sabe contener en los límites de un discreto decoro su amor, si bien en sus acciones daba algunos indicios de la predilección con que le miraba; y su pudor era tanto, y su honestidad tan grande, que hasta en el dichoso momento de haber hallado á sus padres, y sabiendo que D. Juan en nada desmerecía de ella ni en linaje, ni en afecto, ni en dignidad, ni en riqueza, no se atreve á declarar á su madre que le ama: sólo dice que algunas veces le miró con ojos aficionados; pero que su voluntad se mediría con los deseos y por la voluntad respetable de sus padres. ¡Tipo interesantísimo, en que no sabemos qué admirar más, si el acierto y perfección con que responde siempre á lo honrado y nobilísimo de su nacimiento, ó la fidelidad con que nos delinea Cervantes figura tan seductora!

Si convertimos ahora nuestras miradas hacia el adorador de la bella D.^a Constanza, no menos perfectamente verémosle presentado. Un verdadero, un grandísimo amor fuerza á Don Juan de Cárcamo á cometer la acción de engañar á su padre, y, en vez de marchar á Flandes, trocar su vida honrosa de caballero por la deshonrosa de gitano. Pero su distinguida educación, sus costumbres intachables, su elevación de miras y su caballeridad se sobreponen á cuantos peligros le circundan, y á todos los estímulos del vicio, de la licencia y de la maldad sabe hacer frente y queda victorioso. El discurso del anciano gitano, jefe del aduar, quien después de recogerle con señalado afecto, le halaga con los muchos atractivos que, en su sentir, ofrecía la vida ambulante y libre de los suyos, no le seduce ni impresiona: donde le pintan felicidades, ve él solamente peligros; donde tocan ellos bie-

nes, nota él únicamente penalidades y males. Fijos todos los pensamientos de su alma en la mujer que le subyugaba, se impone multitud de sacrificios con tal de contemplar su belleza. Siempre digno, siempre fiel y sincero enamorado, la castidad más calificada resplandece en todos sus actos y palabras, y la grata y sencilla correspondencia amorosa de la mujer á quien adora, le compensa suficientemente de los infinitos sufrimientos que la vida extraña que había adoptado le ocasionaba. Sus deseos se medían y concertaban constantemente con los deseos de su prometida. Las depredaciones y actos villanos que se llevaban á cabo por la compañía de que formaba parte, hallaban en él el más severo censor.

Esquivaba las ocasiones de ir en las cuadrillas salteadoras; y si tal vez veíase forzado á ello, por no dar indicios de poquedad y cobardía, siempre su mano bienhechora remediaba la triste suerte de los que caían en poder de los gitanos; no siendo pocas las ocasiones en que de su mismo dinero satisfizo los robos hechos, con gratitud inmensa de los ofendidos, y con no menor sorpresa que indignación de aquellos desalmados, ajenos á estos sentimientos de la generosidad y de la honradez. Cuando el desgraciado lance del mesón, D. Juan de Cárcamo responde á lo que su noble nacimiento exigía. Defiéndese de un injusto y ruín ataque, y repele la fuerza con la fuerza. Vuelve por su honra hollada y escarnecida. Siempre, en fin, se nos ofrece como cumplido caballero, y no desdice en ninguna situación de su vida de la altura de su linaje.

Además de patentizar Cervantes, de un modo tan acabado como hemos visto, que los hijos de honrados y buenos padres nacidos siempre dan indicios ó claras muestras de su noble procedencia, cualesquiera sean las vicisitudes que les rodeen y vida en que se hallen, otra aseveración no menos verdadera se asienta en la novela y otro ejemplo no menos exacto y comprobado en todos los siglos y naciones; á saber: que la belleza rinde y avasalla al corazón y á la inteligencia, haciendo cometer acciones que están fuera del curso general de los acontecimientos.

La relación de los amores de Preciosa y Don Juan, ofrece también á Cervantes la ocasión de pintarnos viva y perfectísimamente la vida, siempre originalísima, de esas tribus nómadas, que tanto se hacen y han hecho notar por sus especiales costumbres, inclinaciones y hábitos. Los gitanos que moraban en España en el siglo XVII, contra los que clamaron varios escritores llamándoles "enemigos declarados de toda bien concertada república y albergue de todo mal

pensamiento,“ vense retratados en la novela *La Gitanilla* tales cuales eran efectivamente: errantes, astutos, codiciosos, falsos, depredadores, salteadores de caminos; en sus costumbres, licenciosos; en sus proceder, ruines; en sus palabras y actos, inmorales; en sus ideas, livianos; en todo, en fin, por extremo reprensibles y condenables.

Ahora se considere, pues, *La Gitanilla* como cuadro fidedigno de costumbres, ahora como narración amenamente amorosa, ahora como modelo de descripciones y de escenas pintorescas sobre la raza cingara, ahora como obra que reúne la más excelente doctrina y la moral más sana á los sucesos más curiosos y á los hechos más peregrinos; siempre deberá ser considerada como una de las más notables novelas que produjo la pluma de Cervantes. (*)

Rinconete y Cortadillo es otra preciosa composición, donde Cervantes ofrece un cuadro exacto del descuído con que en sus tiempos procedía la Justicia de Sevilla en la persecución de la gente de mal vivir. Hallábase constituida en aquella ciudad una Sociedad ó Hermandad de

personas de desalmadas intenciones, de ancha conciencia y de licenciosas costumbres, que, sin otra ley que su capricho, sin otro designio que la perpetración de maldades, y sin otro afán que el del latrocinio y la ofensa de sus semejantes, campaban por sus respetos, amenazaban á las familias, ponían en peligro las vidas de todos, y valiéndose de sus mañas, se entendían y concertaban con los alguaciles y corchetes, eludiendo así la acción de los tribunales, impidiendo la de la ley, burlando los mejores deseos de los hombres honrados, y haciéndose cada vez más peligrosa para el reposo de la generalidad aquella sentina de perversos y ladrones. (**)

Aquella tan criminal cuanto inconcebible connivencia entre los agentes de la autoridad y los perseguidores de las familias, entre los que deben custodiarlas y preservarlas de todo desmán y los que sólo su persecución y perjuicio maquinan; aquellos actos viles por los que, personas encargadas de velar por el reposo general, se convierten en escudos y encubridores, en garantía y seguridad de los malvados, con valiente pincel los pinta Cervantes y con toda su horro-

(*) El ilustre antropólogo Sr. Salillas, aunque nota defectos en la preciosa labor artística de Cervantes, no puede por menos de reconocer que “su agudo ingenio, más agudo que el de los que le señalaron el camino, penetró en intimidades del modo de ser de los gitanos, en cuya senda ni le precedió ningún autor de los nuestros, ni tal vez de los de fuera, ni lo siguió nadie en la literatura nacional. En el elocuente discurso del gitano viejo dice Cervantes muchas cosas de la vida gitana, confirmadas después por los investigadores que se ocupan especialmente en este asunto. El nomadismo, y sobre todo, la identificación con la naturaleza, caracteres que como esenciales mencionan los dichos investigadores, están descritos con realidad y precisión.... Cuanto dice Cervantes (concluye Salillas), que es tanto y algo más de lo que dijeron sus predecesores, se acomoda al concepto común de la reputación gitana que se ha tenido y se tiene en el país, y no constituye ni una intimidad psicológica, ni sociológica; pero es lo mejor observado que puede ofrecerse entre nuestros investigadores de este asunto.”

(**) Si en las ciudades estaban constituidas cofradías de ladrones y perdidos, en los campos y despoblados mandaban por sus respetos cuadrillas de salteadores que no dejaban á ningún viajero tranquilo. Véase un relato curioso de un caso práctico, que refiere á fines del siglo XVI el insigne escritor y artista Francisco Pacheco en la biografía del famoso Argote de Molina:

“El 23 de Mayo de 1590, recibió Argote de Molina una carta, que tenía fecha del 13, de Pedro Machuca, capitán de 300 salteadores que habitaban por las sierras de Xerez de la Frontera, en nombre suyo y de 8 compañeros, (cabezas de los demás) que cansados ya del daño que hacían en toda aquella comarca de Arcos, Puerto de Sta. M.^a y los demás lugares, se ofrecían en sus manos, fiados de su piedad, para que les alcanzase perdón de S. M. A quien respondió que daría cuenta al Rey y á su Consejo para que de allí viniese el remedio. Quedando asentado para el siguiente

te día del señor San Juan Bautista. Que llegado, partió Argote de Molina de Sevilla con lucido acompañamiento de veinticuatro cuadrilleros, gallardos y bien dispuestos, vestidos de verde, con sus alfanjes pendientes y sus ballestas al hombro, y doce criados de librea y cuatro lacayos, todos del mismo color. A su lado derecho el Licdo. Valladares, alcalde de casa y corte, famoso juez, el cual traía la indulgencia. Llegaron á las sierras de Xerez y, llevando consigo al corregidor de ella y 4 Veinticuatros y otros tantos jurados, con muchos caballeros y ciudadanos, avisaron tres días antes al capitán (á quien los días se le hacían años).

Salió con su ejército á recibirlos con grande alegría y orden, repartidos en escuadras con sus arcabuces, banderas y cajas; bajando, por cuatro veredas de la sierra, á juntarse en el camino real, y haciendo á punto sus salvas, los cogieron en medio; y besando las manos á los jueces, con muestras de obediencia y humildad, caminaron por entre muchos arcos triunfales á su cueva; donde estaba levantado un lucido teatro de enramadas de laurel, de mirto y otras yerbas y flores olorosas, y uno y otro lado adornado de mucha caza: liebres, conejos, cabras, venados y jabalíes. Y asentándose por orden en sus gradas, informó Argote en favor de los delincuentes, y el alcalde leyó la carta de perdón general de parte del Rey nuestro señor. La cual oyeron todos de rodillas, clamando: ¡Viva el Rey Felipe II! Dieron de comer á los huéspedes lo mejor que pudieron, sirviendo de mesas aquellos espaciosos prados, y á beber antiguos y preciosos vinos y aguas puras y frescas; con bailes y danzas á su modo.

La fama de este hecho llegó á oídos de D. Agustín de Herrera, Conde de Lanzarote, que se quiso valer de la largueza de este caballero en cierto préstamo, á que acudió con mucha puntualidad. Saliólo á recibir algunas jornadas, con grande acompañamiento, entreteniéndolo á ratos en la caza; y, tocando de cerca su calidad y partes, lo casó con su hija D.^a Constanza.”

rosa deformidad los presenta. Inculca así el muy verdadero ejemplo de que nada tan ocasionado á peligros, tan perjudicial para la sociedad, tan depresivo para la causa de la justicia, tan vergonzoso para la dignidad humana, y tan halagador para los adoradores del vicio y de la ruindad, como esa correspondencia, como ese modo de comunicarse y entenderse individuos de tan diversas costumbres y significación; acciones y procederes que no se anatematizarán nunca cual se merecen, pues por ellos se hace posible la impunidad de los delincuentes y queda entregada la sociedad en manos de la licencia y de la osadía, sin medios de defensa, sin esperanza de respeto, sin leyes, sin justicia.

Aunque la novela que nos ocupa es del género picaresco, difiere notablemente de las que de la misma índole se habían publicado ántes; pues éstas se habían reducido á narrar monótonamente los hechos y proezas de algún mal intencionado joven, en tanto que Cervantes, al ocuparse en la vida y actos de la taifa maleante, no sólo hacía desaparecer aquella pesadez y monotonía, sino que trazaba un cuadro fiel, acabado, exactísimo de costumbres, reseñando los usos y procederes de las clases más ínfimas y peligrosas de la sociedad. Por eso tan vivamente nos pinta el natural de Monipodio, padre y guía de aquella dañosa Hermandad; el respeto que todos sus adictos le profesaban; sus escandalosos robos y sus inauditos descaros; sus rondas y atalayas; sus encubridores y protectores; los reglamentos que observaban; la lista de sus crímenes y desmanes; el carácter fanfarrón de los secuaces del Monipodio; las prerrogativas que tenían los antiguos, y el aliciente con que se ani-

maba á los nuevos; el desgaire y vida ancha de las mancebas de aquellos valientes; sus reuniones, sus pendencias, sus súbitas amistades y sus enemistades no menos prestas; en conclusión, todo cuanto entre aquellas gentes se ejecutaba, decía, pensaba ó urdíase.

El fin moral, de que casi en absoluto carecen las novelas picarescas que se habían escrito hasta entonces en castellano, no puede estar también más patente en la de Cervantes, ni debe exigirse mayor discreción y oportunidad en presentarlo. Los protagonistas de la novela, los jóvenes Rinconete y Cortadillo, que, por descuidos de educación y por torcidas miras, se habían fugado de casa de sus padres, viviendo vida de pilletes, entraron al fin á formar parte de aquella especialísima sociedad que presidía Monipodio; pero, aunque de condición no muy sana y de sentimientos no muy escrupulosos los dos jóvenes, escandalizáronse bien luego de los propósitos y obras de aquella Hermandad en tan ruines pensamientos inspirada; y determinaron retirarse cuanto antes de compañía tan avezada á las perversidades; siendo los primeros en sorprenderse de que gente tan libre y tan disoluta viviese de modo tan sosegado y en buena armonía con los encargados de perseguirla.

Esta preciosísima novela de costumbres, se distingue por sus condiciones literarias. Es una de las obras de Cervantes donde con más sorprendente facilidad y más hechicera perfección se delinean caracteres, se describe, se narra y se presentan los objetos.

El diálogo es superior á todo cuanto antes se había escrito en castellano, vivo, seductor, y cuyo interés jamás decae. (*)

(*) Cuando Cervantes estuvo viviendo en Sevilla, era racionero de aquella Catedral el Lcdo. Francisco Porras de la Cámara, persona muy ilustrada y curiosa. Después que, por muerte del arzobispo D. Rodrigo de Castro, año de 1600, fué nombrado para la silla hispalense D. Fernando Niño de Guevara, el racionero escribió á éste un memorial (1) en que le daba conocimiento de la relajación de costumbres que reinaba en Sevilla, en todas las esferas y clases sociales, sin exceptuar los eclesiásticos, los cuales traficaban hasta con la administración de los Sacramentos.

El nuevo arzobispo tenía en gran confianza á Porras de la Cámara; y en 1606, para corresponder el Licenciado á algún encargo que le hizo su señor, copió, ó mandó copiar, en un tomo de *miscelánea* distintos cuentos, vejámenes, sucedidos, chistosos relatos y rasgos de ingenio, para que su lectura sirviese de solaz al arzobispo, durante las siestas de aquel verano, en su grata residencia de Umbrete.

Insertábanse en el volumen tres novelas de Cervantes,

sin mentar su autor, no como salieron después en la colección revisada por él al publicar dos de ellas, sino con arreglo á las primeras copias que se sacaron del borrador de Cervantes mismo. La variedad de algunos pasajes del texto entre lo trasladado y lo dado á luz, dió motivo, más de siglo y medio después, para que un erudito hiciera deducciones infundadas que cedían en descrédito de Cervantes. El manuscrito de Porras pasó, á su muerte, ocurrida el mismo año que la de Miguel, á la biblioteca del Colegio de jesuitas, donde estuvo hasta su expulsión en tiempo de Carlos III. Fué á parar después á la librería de San Isidro de Madrid.

Habiendo sido encargado de su arreglo D. Isidoro Borsarte, escritor distinguido, que luego llegó á ser secretario de la Real Academia de San Fernando, creyó, repasando *Rinconete y Cortadillo* y *El Celoso extremeño*, incluídas en el tomo de *miscelánea* de Porras, que tales novelas podían ser de éste y que Cervantes las había tenido presentes para escribir las suyas, de los mismos títulos. Llévóle esta

(1) Este memorial, cuya principal parte publicamos al final de esta nota, que se conservaba inédito en la Biblioteca Nacional, lo ha dado á

conocer antes que nadie, el Sr. D. Julián de Apráiz. (Véase su importante artículo en el *Homenaje á Menéndez Pelayo*, t. I. págs. 223-51.)

En la novela *El Licenciado Vidriera*, da nuevas muestras Cervantes de su grandísima experiencia del mundo, y de su fidelidad de observación. Los recuerdos de sus viajes por Italia, en ninguna de sus obras se hallan tan minuciosamente consignados. Cada ciudad está presentada con sus especiales ventajas y atractivos. Encantan sobremanera aquella exactitud en las descripciones, aquella pintura inimitable de costumbres, aquel cuadro animadísimo donde se ofrece á cada pueblo con sus alicientes, diversiones, fiestas, sobresalientes méritos y peculiares seducciones. La misma exactitud se nota en la descripción de ciudades, usos y hábitos de España, la vida de los estudiantes, la vida libre del soldado, la vida, en fin, de los aventureros pobres. Nada se escapa, nada olvida el espíritu observador de Cervantes.

El licenciado Vidriera parece ser su más viva y genuina representación. El protagonista de la novela, como su autor, siempre dieron indicios y clarísimas señales de su ingenio, talento y perspicacia; siempre sus merecimientos estuvieron olvidados; persiguióles la injusticia; pagóles la ingratitud; la burla ó el sarcasmo se ensañó contra ellos y les sumió en la más deplorable indigencia. Al novelar subjetivamente Cervantes sus infortunios y vida agitada en

persona del licenciado Vidriera, asienta una verdad innegable, de la que se saca un ejemplo indudablemente desconsolador, pero rigorosamente cierto y á la continua comprobado; á saber: que el verdadero talento, modesto, enemigo de la lisonja, inspirado por la virtud y doctrinado por la justicia, siempre sufre la persecución de la generalidad egoísta y mal recompensadora del saber.

También inculca Cervantes el ejemplo de que es peligrosísimo decir á todas las clases sociales la verdad, y reprenderles sin rodeos, sino con manifiesto rigor; y que sólo ofreciendo esa verdad y esas reprensiones en ingeniosa forma y manera, es como las aceptan las muchedumbres, y les sirven al mismo tiempo de enseñanza que de regocijo y de corrección. Valiéndose de tan discreto medio, convirtiendo en loco al licenciado Vidriera, por cuestiones amorosas, Cervantes descargó la más fina y picante sátira contra todos los oficios, estados y profesiones, descubriendo sus faltas, poniendo en ridículo sus artimañas y procurando el correctivo de sus defectos.

Admirables son las palabras y sentencias en que Cervantes habla y se ocupa de los médicos, farmacéuticos, poetas, libreros, escribanos, letrados, jueces, procuradores, solicitadores, mú-

suposición á la extravagante afirmativa de que, con las variantes introducidas, se había quitado fuerza, oportunidad y gracia al texto que suponía de Porras; sin fijarse bien en lo que era más verosímil y cierto, como fué; á saber, que las novelas habían salido, las dos veces, de la misma pluma de Cervantes, más imperfecta la primera que la segunda, y por eso sólo diferían en algunas frases y párrafos, suprimidos ó enmendados por Cervantes, cuando las revisó y perfeccionó para publicarlas.

La opinión de Bosarte no prevaleció, sin embargo, aunque estampó las copias de Porras en un periódico suyo titulado el *Gabinete de lectura*. El mismo Bosarte fué reformando después su errada opinión, que con tanto empeño sostuvo desde 1788 en el *Diario de Madrid*; y en los últimos años de su vida, ya creía que los traslados de Porras procedían de borradores de Cervantes, lo mismo que el texto dado más tarde en la colección por éste publicada. La crítica ha desvanecido por completo cuanto subsistía del error propagado por Bosarte.

*
* *

Véase ahora lo que dijo Porras en su memorial al arzobispo Niño de Guevara:

“Ninguna administración de justicia; rara verdad; poca vergüenza y temor de Dios; menos confianza; ninguno alcanza su derecho sino comprándolo, ni cobra su hacienda sino es dando el diezmo á un receptor que paga, ó al almojarife que se lo hace pagar; ninguno hace su oficio, ni se pone en su lugar; todo se vende, hasta los Santísimos Sacramentos y su administración; ninguno se conoce ni trata conforme á su estado y cualidad.

Los dos polos que mueven este orbe, son *dones y doñas*; aquí no azotan sino á quien no tiene espaldas; ni condenan al remo sino al que no tiene brazos; ni padece ningún delincuente sino el que padece necesidad, y no tiene que dar á los escribanos, procuradores y jueces. Seis años ha que no he visto ahorcar en Sevilla ladrón, ni tal se probará, habiendo enjambres de ellos como de abejas, y alguno de doce millones, y otros de ochenta cuentos; y se han alzado en Sevilla en este año y el pasado 26 hombres con las haciendas ajenas, que ya lo tienen por ganancia de 50 por ciento: uno se queda con todo, como lo hacen cuasi todos, y se pasean libres dentro de seis meses.

Lo que más en Sevilla hay son farsantes, amancebados, testigos falsos, jugadores, rufianes, asesinos, logreros, regatones, vagabundos, que viven del milagro de Mahoma, sólo de lo que juegan y roban, y en las casas de *bilhan* y en las tablas de dados, pues pasan de 300 casas de juego y 3.000 de rameras; y hay hombres que, con dos mesas quebradas y seis sillas viejas, les vale cada año la coima cuatro mil ducados, pues ya la mercancía y el trato se han convertido en robo y en regatería; estancados todos los géneros, desde el oro y seda hasta las legumbres, para revenderlas excesivamente, cuando por haberlas ellos atravesado, está falta la plaza. Y lo peor es que son de este trato los que lo habían de remediar, porque es tal el humano interés, que todo lo atropella; de suerte que crecen estas culpas y otras innumerables que, juntamente, son penas á los que las padecen; y no refiero más por no cansar á V.^a S.^a Ilma.”

La realidad en la depravación de las costumbres públicas de la época, superaba, como se ve, á cuanto podía expresar ó fingir Cervantes en sus más intencionadas novelas.

sicos, comediantes, marineros, sastres, zapateros, roperos, envidiosos, dueñas, muchachos, mal casados, maldicientes, carreteros, arrieros, mozos de mulas, tahures, murmuradores, irreligiosos, titiriteros y gaiteros. Esto comprueba cumplidamente lo que hemos indicado en otros lugares de nuestra obra: que Cervantes tenía un profundísimo conocimiento de la sociedad, y que nadie compitió ni compite con él en presentar de ella cuadros fidelísimos é ingeniosos.

En el *Celoso extremeño*, que sobre su mérito de fiel novela de costumbres sevillanas, es hermoso estudio psicológico, demuestra Cervantes los grandísimos peligros que ocasionan los matrimonios de jóvenes con ancianos; pues ni los afectos, ni el cariño, ni las voluntades pueden jamás hallarse de acuerdo, de donde resultan muchas desavenencias, muchos perjuicios, muchas infidelidades, muchos acontecimientos, en fin, deplorables por extremo.

El protagonista de la novela, que es un viejo llamado Carrizales, siendo inmensamente rico, se casó con una joven de quince años; y para impedir toda contingencia, procuró que su esposa viviese vida muy retraída y solitaria, tomando infinitas precauciones; pero tantos cuidados fueron inútiles, pues debido á los consejos de las dueñas que acompañaban á Leonora, que así se llamaba la mujer del celoso anciano, ésta dejó entrar en su casa á cierto mancebo libertino, llamado Loaysa. El pobre Carrizales sorprendió á aquel joven en su casa, al lado de su amante, dormida en sus brazos; y tanto fué el sentimiento de su deshonor y desgracia, que al cabo

de pocos días falleció, no sin haber perdonado á su inexperta consorte, quien protestó no haber ofendido en nada al viejo, dejándola éste casi toda su cuantiosa fortuna.

El fin moral de la novela es tan bueno como el de cuantas escribió Cervantes. Si bien trata de demostrar los gravísimos males que llevan consigo los matrimonios de personas de muy diferente edad, asimismo pinta con todo su deforme aspecto y aterradoras consecuencias las menores infidelidades, dejando siempre castigadas la imprudencia de unos y la irreflexión de otros. Así en esta novela, Carrizales sufre el castigo de su indiscreta conducta; Leonora, más ligera que culpable, no bien muere su esposo, se retira del mundo, encerrándose en un convento, para expiación del mal que había ocasionado; y el mancebo á quien se había permitido la entrada en aquella casa, vióse burlado cruelmente, pues cuando con la muerte del esposo, esperaba que Leonora se mostrase propicia á sus deseos, y con su amor le ofreciese la felicidad y las riquezas de que era poseedora, supo la resolución de Leonora, y comprendió que ésta no le quería, ni le había dejado penetrar en su morada sino por sugerencias de las dueñas que la rodeaban y por su inexperiencia del mundo.

Asimismo, como dice Cervantes, es esta novela "ejemplo y espejo de lo poco que hay que fiar de llaves, tornos y paredes, cuando queda la voluntad libre, y de lo menos que hay que confiar de verdes y pocos años, si les andan al oído exhortaciones de dueñas de monjil negro y tendido, y tocas blancas y luengas." (*)

(*) El estudio más precioso y extenso que se ha escrito hasta ahora acerca de *El Celoso extremeño*, es debido á la elegante pluma del eruditísimo literato sevillano D. Francisco Rodríguez Marín. Su objeto era presentar el modelo vivo que pudo servir á Cervantes para ofrecer el tipo del Loaysa de la ficción, seductor de Leonora. Admira la investigadora labor en que Rodríguez Marín trata de persuadir que, tras de aquel mocito del barrio de apellido Loaysa, se oculta el corrompido joven y fácil poeta de los versos de pie quebrado, Alonso Alvarez Soria, mandado ahorcar por una autoridad implacablemente rígida.

No resulta demostrado, en nuestra humilde opinión, lo que el Sr. Rodríguez Marín se propone; el misterioso Loaysa queda sin descifrar; pero el trabajo está tan primorosamente hecho, y son tan valiosos los datos que aporta sobre la azarosa vida del desgraciado Alvarez Soria y acerca de sus poesías, con amplio y veracísimo análisis de las costumbres picarescas en Sevilla, durante el siglo XVI y parte del XVII, que aun considerado solamente como tratado histórico y estético respecto de ellas, es libro de exquisito mérito y realce.

Rodríguez Marín inserta el relato de la novela *El Celoso*, según el texto manuscrito de Porras, y según el impreso por Cuesta; de manera que cada lector puede efectuar por

sí mismo el cotejo entre ambos, y ver cuánto hermoseó Cervantes el segundo con las modificaciones que hizo en el primitivo borrador, á pesar de lo que Bosarte dijo en contrario.

* *

Rodríguez Marín ha tenido la suerte de hallar en el Archivo de protocolos de Sevilla varios documentos, todos referentes á Cervantes, que publica Pérez Pastor en el 2.º t. de *Documentos*.

He aquí un resumen de ellos:

Obligación de Miguel de Cervantes, (fecha 2 Diciembre de 1585) de pagar á Gómez de Carrión 204.000 maravedís que le había prestado.

Poder del dicho Carrión á Cervantes, en el mismo día, para que cobrase en Madrid cien ducados que Diego de Hondaro debía al Licenciado Ramiro Zamorano, del que Carrión era cesionario.

Poder de Cervantes á Luis de Medina Tofiño, procurador de Sevilla, (fecha 1.º de Junio de 1588) para cobrar, y general para pleitear.

Fianza de Cervantes, (fecha 26 de Junio de 1589) en favor de Jerónima de Alarcón.

Poder de Cervantes, (fecha 14 Julio de 1590) á D.ª Catalina, su mujer, y á su hermana D.ª Magdalena, para cobrar.

Mucha y muy verdadera doctrina se saca también de la novela titulada *La ilustre Fregona*. En la protagonista de esta composición presenta Cervantes los tristes y horribles resultados de las relaciones ilícitas y lascivas. Hija era Constanza, que así se llamaba la ilustre Fregona, de ricos y encumbrados padres; pero tan fatales fueron aquellas relaciones, que la misma madre desamparó á su hija al nacer, confiándola al cuidado de unos mesoneros de Toledo. Como hijo de éstos se crió, y en aquel establecimiento estuvo de sirvienta, como expiando los pecados de sus padres, hasta que felizmente el caballero que había conocido á su madre, supo que ésta al morir dejó gran cantidad de escudos para el dote de su hija, indicando la casa donde se hallaba la joven en Toledo. Cuando Constanza es sacada por su padre, hasta entonces tan inconsiderado y tan injusto, de aquella situación ínfima en que la había colocado su desventurado nacimiento, vese reparada la grave falta cometida, y á Constanza, que como fruto desdichado de relaciones impuras, había sufrido muchas dolorosas vicisitudes sin merecerlas, obteniendo el puesto en la sociedad que sus virtudes y la importancia de sus padres demandaban. Después de ofrecer Cervantes la falta en toda su deformidad, presenta la reparación en toda su grandeza.

Saludable enseñanza se saca también de los sucesos referentes á los dos caballeros mozos D. Diego de Carriazo y D. Tomás de Avendaño. Estos dos jóvenes, en vez de seguir los estudios en Salamanca, como deseaban sus padres, llevados de aficiones reprensibles, se dieron á una vida aventurera y vagabunda, parando al fin en Toledo, entrando el uno de sirviente en la posada donde estaba la bella Constanza, y haciéndose aguador el otro. Muchos accidentes, penalidades y hasta desgracias pasan á los dos inconsiderados jóvenes en aquella vida tan ex-

traña y tan ajena de sus costumbres. Demuestra así Cervantes, de modo acabadísimo, que cuando los jóvenes, desobedeciendo los preceptos y consejos de sus padres, se entregan á sus caprichos y á los desvarios de la irreflexión, sólo consiguen resultados contrarios á los que desean, expiando con desventuras y desgracias las faltas de obediencia y de respeto y sumisión á los autores de sus días. Como delicioso cuadro realista, de sorprendente frescura y viveza, realza á esta novela la descripción que hace Carriazo de las famosas almadrabas de Zahara, que eran el *finibusterre de la picaresca* en tiempo de Cervantes, como el gran Escritor dijo.

El insigne literato D. Antonio Martín Gameiro, cuya memoria siempre será tan grata á todos los admiradores de Cervantes, en un bellísimo discurso demostró los años pasados que Cervantes escribió la novela anterior en Toledo y en la misma posada del Sevillano, que hoy lleva el nombre de La Sangre de Cristo. (*)

Ingeniosísimas son las dos que se intitulan *El casamiento engañoso* y *El coloquio de los perros*. Son, como casi todas las suyas, novelas de costumbres; pero con un profundo alcance analítico y psicológico, que la hace superiores á todas las demás.

Demuestra Cervantes en la primera que los casamientos súbita é irreflexivamente hechos, ó que se realizan por miras interesadas y mediando falsedades, nunca son felices; antes bien, llevan consigo multitud de desventuras y acaban de fatal modo. Suficientemente queda así comprobado en el lance acaecido al alférez Campuzano, protagonista de la novela, quien aficionado á la belleza y aparente buena posición de una mujer de Valladolid, cásase con ella, y al cabo de pocos días descubre que su señora admitía los galanteos de todos, que no tenía hacienda alguna, y por añadidura se fuga D.^a Estefanía (que así se llamaba la dama) de casa de su esposo con

Poder del mismo á las mismas, (fecha 31 de Julio) también para cobrar.

Obligación de Cervantes, (fecha 8 Noviembre 1590) de pagar á Miguel de Cavedes y C.^a diez ducados por 5 varas y media de raja de mezcla. Andrés de Ledesma, criado de Cavedes, recibió el 22 Marzo del 91 el importe de la deuda.

Poder de Miguel de Cervantes á Juan Serón, (3 Diciembre 1590) para asistir en su nombre á las cuentas que le están tomando los contadores Agustín de Cetina y Cristóbal de Ipenarrieta.

Obligación de Cervantes, (15 Septiembre de 1598) de pagar á Jerónimo Luis de Molina 220 reales por once varas de raja que le compró.

Obligación de Cervantes, (4 Noviembre de 1598) de pagar á Pedro de Rivas 12 ducados, precio de dos quintales de bizcocho.

Carta de pago de Miguel de Cervantes por 90 ducados que le devuelve D. Juan de Cervantes.

(*) Aquel antiquísimo mesón, que ha hecho célebre Cervantes con su novela *La Ilustre Fregona*, hállase situado en Toledo en la calle de Santa Fe, correspondiente á la parroquia latina de Santa María Magdalena, número 11 antiguo, 31 moderno.

Merced á la iniciativa y desvelos del docto y malogrado literato aludido, colocóse en 1872 una lápida de mármol sobre el dintel de la puerta principal con la inscripción siguiente:

"Este fué el mesón del Sevillano, donde, según la tradición y la crítica, escribió *La Ilustre Fregona* el mayor de los ingenios españoles, Miguel de Cervantes Saavedra, á cuya buena memoria consagra un recuerdo la gratitud de los toledanos el día 23 de Abril de 1872, aniversario CCLVI de su muerte."

varias prendas y alhajas de éste, y en compañía de un individuo á quien apellidaba primo suyo; y no pára aquí todo, pues Campuzano quedó gravemente enfermo, teniendo que entrar en el hospital de la Resurrección de Valladolid para curarse. (*)

Es *El coloquio de los perros* una de las obras de Miguel de Cervantes donde más se demuestra su espíritu observador. Es muy aguda y finísima sátira de todo lo que se prestaba en su época á la reprensión y á la censura. Ningún autor se ha valido tan ingeniosamente como él de dos irracionales, ora subjetiva, ora objetivamente, para detestación de los vicios, alabanza de la virtud, enmienda de los defectos, reforma de las costumbres, y aviso provechoso de todas las clases de la sociedad. Es un estudio profundísimo de costumbres contemporáneas, pero con índole moral educativa, que encanta por su verdad y deleita por su inimitable gracia, por lo hermoso y bien sostenido del diálogo, por el singular modo de presentar los sucesos, ofrecer la enseñanza, advertir y reprender, corrigiendo siempre y deleitando.

(*) Aunque Cervantes ofrece escenas de subido color en alguna de sus novelas, nunca llegó, porque le repugnaban, á exhibir cuadros escandalosamente naturalistas, como los que solía presentar D.^a María de Zayas en sus mal llamadas *Novelas ejemplares*, varias de las cuales frisan ya en las desnudeces de lo pornográfico.

Citaremos solo un caso para ejemplo.

Una dama en el *Prevenido engañado*, llamada D.^a Beatriz, se muestra esquiva con cierto caballero que la pretende, de nombre D. Fadrique. Queda éste oculto dentro de la casa de su pretendida una noche; y, cuando menos lo esperaba, al cabo de dos horas...

Pero que lo diga la novelista: "Sintiendo ruido en la puerta del cuarto de la dama, puso los ojos donde sintió el rumor, y vió salir á D.^a Beatriz, nueva admiración para quien creía que estaba durmiendo. Traía la dama sobre la camisa un faldellín de vuelta de tabí encarnado, cuya plata y guarnición parecían estrellas, sin traer sobre sí otra cosa más que un rebocillo del mismo tabí, forrado en felpa azul, puesto tan al desgaire, que dejaba ver en la blancura de la camisa los bordados de hilo de pita. Sus dorados cabellos, iban cogidos en una redecilla de seda azul y plata, aunque por algunas partes descompuestos, para componer con ellos la belleza de su rostro. En su garganta dos hilos de gruesas perlas conformes á las que llevaba en sus hermosas muñecas; cuya blancura se veía sin embarazo, por ser la manga de la camisa suelta, á modo de manga de fraile.

De todo pudo D.^a Fadrique dar muy bastantes señas, porque D.^a Beatriz traía en una de sus blanquísimas manos una bujía de cera encendida en un candelero de plata, á la luz de la cual estuvo contemplando su angélica figura... ¡Válgame Dios! (decía entre sí D. Fadrique!) ¿quién será el venturoso á quien va á servir tan hermosa dama?... Doña Beatriz encaminó sus pasos á la caballeriza. Entró, en fin, la dama en tan indecente lugar para tanta belleza, y sin mirar en D. Fadrique, que estaba escondido, enderezó hacia un

Las costumbres licenciosas de los rufianes y jiferos, sus amores, sus acciones y sus mañas; la vida libre y vagabunda de los gitanos, siempre fraguando maldades, siempre siendo sorpresa, sobresalto y daño de la gente pacífica y honrada; la holgazanería y trazas de los titiriteros; las bellaquerías, connivencias criminales y falsías de ciertos corchetes y alguaciles, traficantes desvergonzados de la ley y encubridores de la perversidad; las osadías y desacatos de los ambiciosos; la vanidad y pompa de los engreídos con la fortuna; la petulancia de los poderosos; las impertinencias é indiscreciones de los pedantes; la impudencia de los hipócritas; la falsedad de los murmuradores; la excesiva vanagloria de los cortesanos; el proceder, ejercicios, trabajo, ociosidad y agudeza de los comediantes; las ilusiones y desvaríos de los arbitristas; los sueños y proyectos de los poetas; los ociosos actos de los secuaces de Monipodio; los embelecos, embustes y groseras artimañas de las hechiceras y brujas; todo, en fin, encantadoramente delineado y descrito. (**)

Esta novela, original estudio hechiceramente

apostillito que al fin de la caballeriza estaba... Es el caso que en una cama que estaba allí, hallábase echado un negro tan atezado, que parecía su rostro hecho de un bocací. Parecía en la edad de hasta 28 años; mas tan feo y abominable, que no sé si fuera pasión, ó si era la verdad, le pareció que el demonio no podía serlo tanto. Sentóse D.^a Beatriz, en entrando, sobre la cama; y poniendo sobre una mesilla la vela, y lo demás que llevaba, le empezó á componer la ropa; pareciendo en la hermosura, ella un ángel, y él un fiero demonio. Púsole tras esto una de sus hermosísimas manos sobre la frente, y con enternecida y lastimada voz le empezó á decir: ¿cómo estás, Antón? ¿No me hablas, mi bien? Oye, abre los ojos; mira que está aquí Beatriz; toma, hijo mío; come un bocado de esta conserva; anímate por amor de mí, si no quieres que te acompañe en la muerte, como te he querido en la vida. ¿Óyesme, amores? ¿No quieres responderme ni mirarme? Diciendo esto, derramando por sus ojos gruesas perlas, juntó su rostro con el del endemoniado negro, dejando á D. Fadrique que la miraba, más muerto que á él... Estando en esto abrió el negro los ojos, y mirando á su ama, con voz debilitada y flaca, le dijo, apartándola con las manos el rostro que tenía junto con el suyo: ¿qué me quieres, señora? ¡Déjame ya por Dios! ¿Qué es esto, que aun estando yo acabando la vida me persigues? ¿No basta que tu viciosa condición me tiene como estoy, sino que quieres que, cuando estoy ya en el fin de mi vida, acuda á cumplir tus viciosos apetitos? Cásate, señora, cástate, y déjame ya á mí, que ni te quiero ver, ni cómo lo que me das... Beatriz, aunque más tierna y amorosa le llamaba, tuvo que volverse á su cuarto lo más llorosa y triste del mundo".

(**) Ejemplo había dado á los novelistas el incomparable Cervantes de cómo había que presentar la verdad entre las ingeniosidades de la fábula, sin descender nunca á lo inadmisibile ó por halagar preocupaciones ó por dar más novedad á lo fingido con disparates imposibles. En el *Licenciado Vidriera* y en *El Coloquio de los perros*, particularmente, se

sugestivo, ha sido, y con gran razón, una de las más elogiadas por cuantos autores españoles han hablado de Cervantes. Muy especiales encomios han hecho también de ella distinguidos escritores extranjeros.

Una novela más que las que se publicaron en la colección de 1613, corre impresa con las antiguas, desde que la crítica, muy juiciosamente, convino en que *La Tía Fingida* (que éste es el título de la nueva novela estampada en 1814 por el Sr. D. Agustín García de Arrieta), era original de la inimitable pluma de Cervantes. Dicha

burló muy donosamente de las erradas creencias que se sostenían en su tiempo respecto de brujas, hechiceros, conjuros, y apariciones y pactos con los demonios. Todo eso era falso, ó vana ilusión de los que se juzgaban tentados por Satanás ó sus legiones. Eran enfermos de inteligencia, pobre gente sin reflexión, que se dejaba guiar de preocupaciones, temores ó falsas apariencias de su imaginación, creyendo en sus comunicaciones extrañas, que no eran sino producto de sus sueños, y no debían castigarse con rigores, sino curarse con tratamientos de prudencia. Cervantes quería así la reforma de las costumbres y la difusión de la verdad, poniendo de relieve las horribles fealdades de la ignorante superstición.

D.^a María de Zayas, sin tener en cuenta las enseñanzas del Maestro, se propuso en algunas de sus novelas, por el contrario, la propagación de mentiras y preocupaciones, como si se opusiera por tenacidad á los que sustentaban la conveniencia de una crítica bienhechora para destrucción de engaños y patrañas, á fin de que todas las clases sociales abriesen los ojos y viesan cuántas injusticias y errores se cometían persiguiendo, torturando, quemando á desgraciados ilusos por el solo delito de dar crédito á lo que soñaban ó suponían cierto en su alucinación, como resultado de su ignorancia, de absurdos santificados, ó por defectos inveterados de educación.

Llegó D.^a María á lo sumo del desvarío respecto de estas aberraciones novelescas, en la última maravilla, ó, patraña mejor dicho, de la *Primera parte* de las suyas, titulada el *Jardín engañoso*, sobre lo que se basa el ejemplo que de la narración se desprende. D. Jorge es un ilustre caballero de la ciudad de Zaragoza, que amaba á D.^a Constanza, bellísima joven de la misma población, que correspondía con recato y amor al cariño de su rendido galán. Pero una hermana de Constanza, de nombre Teodosia, enamorada á la vez de D. Jorge, pone en obra sus más infames recursos para impedir las relaciones entre el caballero y la joven, fingiendo y haciéndole creer que á un su hermano, llamado Federico, es á quien únicamente quiere y regala Constanza; calumnia que motiva la muerte violenta de Federico, dada por Jorge con circunstancias horribles de premeditación y alevosía. Huye D. Jorge á Italia y Flandes por si sospechasen que él era el perverso matador de su inocente hermano. A los cuatro años de ausente, creyendo Constanza que su prometido le había olvidado, presentándose un pretendiente á su mano, rinde su voluntad á la del nuevo galán, quien se tuvo por dichosísimo poseyendo aquel divino tesoro de discreción y hermosura. D. Jorge no podía olvidar á la amada de su alma, y deseoso de poseerla, vuelve á su pueblo natal, confiando en la impunidad que había quedado el crimen fraticida, no recayendo la menor sospecha sobre el autor de la infamia. Al ver que su Constanza

obrita está, en efecto, tan encantadoramente escrita como todas sus novelas.

Cervantes demuestra en ella cuán reprehensible y abominable es la conducta de las mujeres que trafican con la honra de las doncellas. El tipo de D.^a Claudia está presentado con una fidelidad notabilísima: sus perversas costumbres, ofrecidas en toda su repugnante desnudez: sus malvadas artimañas, descubiertas: sus viles proceder, manifestos. El fin moral de esta composición no puede ser más excelente. La mala y desmoralizada dueña, patentizadas sus bellaque-

es posesión de otro, sufre lo indecible; y ya que no como esposa, quiere seducirla como amante, esperanzado en el antiguo amor que la dama le había tenido. Pero ésta, esclava de sus deberes, siempre se mostró sorda á sus torpes sollicitaciones.

Así hubieran quedado las cosas si el demonio no hubiese dispuesto otra. Estaba mala y tristonza Teodosia, y comprendiendo que su enfermedad era de amores contrariados, por sospecha de que adoraba, como era la verdad, á D. Jorge, atreviéndose un día, en que su marido D. Carlos estaba ausente, de caza, á llamar para hablarle á aquel caballero, el cual enseguida se puso á sus órdenes confiado en que la dama se ablandaba y le había de otorgar sus anhelados favores.

D.^a Constanza, sin embargo, no le llamaba para prostituir su honor, engañando á su marido. Su entrevista tenía por objeto suplicar á D. Jorge que, ya que por accidentes y rodeos de la fortuna, no habían podido ellos contraer matrimonio y ser felices, se desposara con su hermana Teodosia, quien sabía ella estaba enamorada de D. Jorge. Lograrse así la dicha de ésta, la paz de su casa, el sosiego de su marido y la feliz seguridad de considerarle como de su propia familia por esposo de Teodosia. D. Jorge se indigna y expresa su pesar por semejante propuesta. Él no quería, no podía querer ni amar á nadie sino á la causa de sus penas, á su antigua adorada, á la siempre dulce imagen de sus sueños, al hechizo de su corazón, á la Constanza de todas sus potencias y sentidos. Ella no cede. D.^a Constanza dice, sin embargo, á D. Jorge, al marcharse, como por burla, que sería tan imposible corresponder á su amor, como pedirle á él el prodigio de que hiciese ante su casa, de improviso, un maravilloso jardín.

Pero el demonio, de acuerdo con Jorge, que le vende su alma, obra la maravilla. ¡El jardín surge delante de la casa! Aquello era una delicia. Ni los famosos pensiles de Babilonia le superaban.

Queda asombrado el marido, cuando se levantó, al ver el improvisado magnífico eden ante su morada. Comunica la noticia á su esposa; pero ésta confiesa entonces lo sucedido. Pide á su marido que la mate. Él no quiere; procura, sí, quitarse la vida. Llega á tiempo D. Jorge para impedir el suicidio; mas se determina él entonces á concluir con su propia existencia, celoso y desesperado.

Gracias á que el demonio se aparece y corta por lo sano. Discute con D. Jorge, y cása este con la hermana de D.^a Constanza.

El demonio huye entonces, "dejando en su lugar espeso y hediondo humo!"

¡Y á esta serie de disparates llamaba novela ejemplar D.^a María de Zayas!...

rías, sufre el condigno castigo: es presa, y luego sacada á la vergüenza pública para escarmiento y ejemplo. La joven, con cuya honestidad aquella vieja comerciaba, vese así libre de tan inexorable tirana y de aquella vida perjudicial en que hasta entonces, y contra su voluntad, había estado. Contrae después matrimonio con persona que se prenda de su discreción y belleza, y que la realza ante la consideración social, sacándola de la abyección en que se encontraba. (*)

Las otras cinco novelas de la colección, aunque notables como de Cervantes, son inferiores á las que dejamos examinadas.

El Amante liberal tiene por objeto referir las peripecias más peregrinas del amor entrañable y apasionado que profesaba cierto joven, llamado Ricardo, á una doncella extremadamente hermosa, de nombre Leonisa, natural de la isla de Sicilia. Esquiva y desdeñosa siempre la doncella para con su sincero adorador, después de infinitos lances y sucesos, en que cada vez queda más patentizado el verdadero amor de Ricardo, al fin, y después de muchas pruebas de fidelidad y delicadeza durante las penalidades de un cautiverio; muéstrase piadosa Leonisa, aceptando por marido al enamorado joven.

El ejemplo que se saca de la novela es el de que, cuando hay amor verdadero, elevado, digno, por más que la mujer, engañada y seducida por la galantería falsa, por las apariencias lisonjeras, ó por el excesivo engreimiento y propia vanidad, no lo atienda ó lo mire con indiferencia ó desdén á los principios, al cabo la sinceridad, la verdad, el mérito y la constancia triunfan del fausto, de la mentira y de la doblez; y el adorador antes desdeñado, ocupa más tarde, y con mayores merecimientos, el corazón de su amada.

Esta novela sentimental, es la más endeble de Cervantes en cuanto á mérito literario, por más que en las descripciones marítimas que contiene,

y por los recuerdos que consigna en ella de sucesos de su existencia y costumbres argelinas, sea más pintoresca é interesante. Los caracteres, sin embargo, resultan exagerados, sin la verdad sorprendente con que Cervantes los suele pintar.

De sentimental peca también la novela *La Fuerza de la Sangre*. Las escenas no siempre son explicables y verosímiles, aunque sí tiernamente amorosas algunas. El propósito del Autor fué presentar el caso infame de abusar de una doncella (Leocadia) cierto joven libertino (Rodolfo), que luego corrige su indisculpable acción con nobleza reparadora.

El ejemplo es que los arrebatos de la juventud se reconocen y enmiendan más tarde, generalmente por las reflexiones de la experiencia, y que el Cielo procura el alivio y la satisfacción de los vejados y oprimidos; aunque, en la realidad amarga de la vida, no siempre se ve triunfante esa enseñanza.

Asimismo resulta defectuosa *La Española inglesa*, no tanto en la delineación de algunos caracteres, como en lo extraño de los episodios, acumulados para dar más sorprendente interés á la trama de la ficción, lo que parece, á las veces, poco de acuerdo con la discreta verosimilitud en que se inspiraba Cervantes. Es, sin embargo, novela muy apreciable por las narraciones y la fuerza de colorido con que relata la aparición de Ricardo y su casamiento con la bella Isabel, protagonista de la obra.

Cervantes, con su gran talento investigador y su independencia de criterio, supo sustraerse á las vulgares preocupaciones con que se miraba entonces en España á la reina Isabel de Inglaterra; y, habiéndole servido para argumento de su novela el robo de una niña gaditana cuando el saqueo de 1596, juzgó con acierto y sin prevención á aquella señora, sin descender á las groseras destemplanzas de algunos de sus contemporáneos, entre otros Góngora y Lope de Vega.

(*) *La Tía Fingida*, quedó inédita cuando publicó Cervantes sus doce novelas en 1613. Sin embargo, como obrita de gran mérito y cuadro interesante de costumbres, la copió el racionero Porras de la Cámara en su volumen de *misceláneas*. D. Agustín García de Arrieta la publicó, no del todo fielmente, por primera vez, Madrid, 1814, al final de su curioso librito *El Espíritu de Miguel de Cervantes Saavedra*, resumen de las sentencias y juicios del gran Escritor que se hallan diseminadas en sus obras.

D. Martín Fernández de Navarrete reputó también como de Cervantes *La Tía Fingida*, y sacó un cuidadoso traslado del manuscrito de Porras para enviarlo al gran hispanófilo alemán F. A. Wolf, quien lo publicó en Berlín en 1818. El sabio bibliógrafo D. Bartolomé J. Gallardo sancionó con su dictamen autorizadísimo, en 1834, el parecer sostenido por los anteriores críticos. Desde entonces es unánime y justa

la opinión respecto de ser hija de la pluma de Cervantes *La Tía Fingida*.

Hay, sin embargo, algunos eruditos que no lo entienden así; pero con manifiesta equivocación. Si no podemos creer, como quería Arrieta, que *La Tía Fingida* es "la más amena, festiva y correcta de todas las novelas del inmortal Autor," y aun la mejor de sus obras, tampoco es posible asentir á las sutilezas de quienes no vislumbran en ella el ingenio, estilo y manera de novelar Cervantes, estando tan patente.

En leyendo con detenimiento *La Tía Fingida*, en fijando la atención en su trama y argumento, desenlace y fin, ven-se en ella sus mismas preciadas cualidades de inventor, su propio modo narrativo, su mismo ingenio, su misma gracia, su peculiar espíritu observador y sugestivo, su estilo sencillo y admirable, que con el de ningún otro escritor puede compararse ni confundirse.

Cervantes tuvo por designio enseñar en *La Española inglesa*, como él mismo dice, "cuánto puede la virtud y cuánto la hermosura, pues son bastantes, juntas y cada una de por sí, á enamorar aun hasta los mismos enemigos, y de cómo sabe el Cielo sacar de las mayores adversidades nuestras, nuestros mayores provechos". (*)

La novela *Las dos doncellas* es un relato amoroso, de peripecias ingeniosas, en el que Cervantes trata de demostrar las consecuencias de las faltas cometidas por las jóvenes, cuando, dejándose guiar de las halagadoras pero fatales voces de sus caprichos, y desobedeciendo los consejos de la reflexión y de la prudencia, entregan su corazón y exponen ó pierden su honestidad en manos de un cortejante lisonjero. Dos doncellas, llamada la una Teodosia, la otra Leocadia, enamoradas á la vez de un galán mancebo, que á entrambas había pretendido, aquélla obligada por haber perdido ya su honra seducida por el caballero, ésta por creer que á ella sola la amaba, se fugan de casa de sus padres, vestidas de hombres, huyen de sus pueblos, y sufriendo muchas penalidades y fatigas, buscan por diversas partes de España al joven que tan descaradamente había engañado á la una y burlándose de la otra. La lucha de sentimientos y afectos que entre las dos doncellas se entabla, cuando le hallan, en Barcelona, es de bastante interés, aunque se notan defectos de naturalidad en varios casos.

(*) El Sr. D. Joaquín Montemayor, distinguido cervantista y escritor gaditano, dará á la estampa dentro de poco tiempo un extenso juicio crítico, que hemos tenido el gusto de examinar, y es sumamente curioso, como examen histórico crítico de esta novela de Cervantes, en el que ofrece datos de gran interés para la indagación biográfica de algunos tipos de la obra cervantina.

(**) El Dr. D. Julián Apraiz, que tanto y tan bueno ha escrito sobre Cervantes, al hablar de *Las dos doncellas* y de *La Señora Cornelia* dice lo siguiente: "Hay alguna inverosimilitud en toda la fábula de *Las dos doncellas*, lo que no se escapó en parte á la penetración del Autor cuando trata de justificar, al llegar al desenlace, la ligereza de los deseos y el súbito mudar de trajes de sus heroínas; y la hay igualmente en *La Señora Cornelia*, entre otras cosas, al presentarse en diferentes aventuras inmediatamente después de su alumbramiento." Añade también, con mucha razón, que "el género serio y sentimental, no era el verdadero, propio y genuino terreno de Cervantes", por lo que adolecen las novelas de esta clase "de desmayo y languidez en algunas situaciones, de cierta pobreza ó monotonía al repetir ó copiar muchos rasgos de las mismas: emplea en ciertos diálogos una elocución conceptuosa, y usa, á las veces, de pensamientos alambicados, á trueque de profundizar ó filosofar demasiado, por lo que hay momentos en los cuales, aunque nos interese, no consigue mover el corazón."

El Sr. Apraiz divide las novelas de Cervantes en tres clases: de carácter, de costumbres y satíricas ó humorísticas,

Cada cual se cree la más digna de ser amada, hasta que al fin triunfa Teodosia, reconociendo y reparando su falta el galanteador, y casándose con la joven á quien había ofendido. Leocadia contrae matrimonio con el hermano de su rival, al verse desdeñada de quien tanto amor le jurara, y responde generosa, con admirable prontitud, casi inverosímil, al mucho y muy acendrado cariño de su nuevo adorador.

El cuadro no desentona de las costumbres de la época; pero carece de la perfección que daba Cervantes á sus novelas de este género.

El autor presenta en ella con gran fidelidad los peligros á que se exponían en su tiempo las personas que viajaban por los caminos de Cataluña, infestados de cuadrillas de bandoleros.

También deja mucho que desear *La Señora Cornelia*, la cual contiene cierta historia de amores desgraciados, que por fin tiene desenlace felicísimo, en una de las más bellas ciudades de Italia. Hállanse en dicha obra muchos recuerdos de Cervantes sobre su permanencia en aquel hermoso país. Contiene pasajes de palpitante interés.

Esta novela sirvió de modelo á Tirso de Molina para su comedia *Quien da luego, da dos veces*, como ha demostrado el Sr. D. Julián de Apráiz con suma discreción y excelente acierto. (**)

Las novelas de Cervantes adquirieron, desde los primeros momentos de su estampación, nota-

según prepondera en ellas lo puramente narrativo ó lo intensamente psicológico.

El estudio hecho acerca de las *Novelas ejemplares* por el sabio director y catedrático del Instituto de Vitoria, es el más concienzudo y perfecto que se ha dado á luz hasta ahora. Fué premiado en 1900 por el Ateneo de Madrid, y se publicó en Vitoria al año siguiente con este título: "Estudio histórico crítico sobre las *Novelas ejemplares* por el Dr. Don Julián Apráiz, director y catedrático del Instituto Alavés. Vitoria: imprenta de Domingo Sar. 1901." (8.º, de VIII-176 páginas.)

* *

Al tratar de las novelas de Cervantes con relación á las costumbres de su tiempo y á la enseñanza moral que en aquéllas se ofrece, que ha sido el principal objeto de nuestro estudio crítico, según el plan adoptado por su mismo creador; no debemos olvidar que existen dos folletos publicados, que deben leerse por lo que aclaran y puntualizan, con observaciones históricas, las verdades que escribió Cervantes cuando se refiere, en varias de sus obras, á la gente *non sancta* que se albergaba en las mancebías del Compás de Sevilla.

Uno de esos trabajos, original del insigne poeta y cuentista D. Narciso Campillo, catedrático que fué del Instituto del Cardenal Cisneros, se publicó varias veces, entre ellas en el tomo XII de *La Revista de Andalucía* págs. 96 á 106.

Y el otro, escrito por el Excmo. Sr. D. José M.^a Asensio, se estampó en Sevilla, (1880). 32 páginas en 8.º

ble y señaladísima popularidad. Vióse que aquel género literario se prestaba grandemente á emplear las dotes de la imaginación y del talento, y que eran las composiciones que estaban llamadas á reemplazar á los libros de caballerías, á las patrañas y cuentos antiguos y á las novelas picarescas. Podía demostrar en ellas el escritor ingeniosidad, moralizando las costumbres y censurando los defectos sociales con beneplácito y aplauso de los doctos. Muchos autores siguieron las huellas de Cervantes, deseando publicar novelas á la traza y modo del inventor; pero salieron inmensamente inferiores en mérito y en gracias, como se ve leyendo y examinando las que compusieron en los reinados de Felipe III y Felipe IV, Lope de Vega, el envidioso detractor de Cervantes, Pérez de Montalván, Salas Barbadillo, Vicente Espinel, Tirso de Molina, Castillo Solórzano, Vélez de Guevara, D.^a María de Zayas, y otros. Ni los ya nombrados, ni los

numerosos escritores de ménos importancia, que adulteraron y corrompieron la novela, ya con sutilezas, ya con escenas inverosímiles, ya con lenguaje alambicado y gongorino, pudieron competir, ni aún igualar, con los hermosos modelos de Cervantes.

Ellos fueron en todo el gran siglo de oro de nuestras letras, en la época de la regeneración y de la restauración del buen gusto en la literatura castellana, y en nuestros mismos tiempos, los más originales y castizos dechados de la novela española. Por eso, en tanto que las infinitas novelas que se estamparon después de las de Cervantes, ó han perecido en la indiferencia general, ó sólo se conserva noticia de ellas en los tratados bibliográficos, las de aquél siguen dilatando por todas partes su fama, acrecentándose cada año en mayor número el de sus reimpressiones en la lengua patria, ó el de sus traducciones en todos los idiomas cultos del mundo. (*)

(*) Para que se vea hasta qué punto fueron bien acogidas de la opinión las *Novelas ejemplares*, mencionaremos en esta nota bibliográfica las muchas ediciones que de ellas se hicieron en España y el extranjero, con texto castellano, sin mentar las traducciones, en el espacio de 35 años, desde 1613 á 1648.

La primera edición, por Juan de la Cuesta, á costa del librero propietario del manuscrito, Francisco de Robles, se publicó, como sabemos, en Madrid (1613), en 4.º, de 12 hojas preliminares sin numerar y 279 folios de texto. Contiene las aprobaciones hechas en elogio de la obra por Fr. Juan Bautista, de la Orden de la Trinidad, el Dr. Gutierre de Cetina, F. Diego de Ortigosa y Alonso Jerónimo de Salas Barbadillo.

Al año siguiente apareció una nueva edición, con pie de imprenta en Madrid, y como hecha por el mismo impresor Cuesta. Pero los doctos bibliógrafos D. Pedro Salvá y Don Leopoldo Rius y Llosellas, fijándose en ciertos pormenores, tienen por furtiva tal reimpression. En el texto hay bastantes variantes. La portada lleva un escudo parecido al que usaba Cuesta, pero no el mismo suyo. En opinión de Salvá, la edición de Madrid (1614), «está hecha fuera de España;» la tiene por de Lisboa, y aun la atribuye al librero portugués Antonio Alvarez. Rius cree también que tal edición es furtiva. Su tamaño es en 8.º, de 8 h. prel. y 236 folios.

La tercera se hizo en Pamplona, por el librero del reino de Navarra, Nicolás de Assiayn, también el año 14. (8.º, de VIII-391 folios).

La cuarta edición la publicaron en Bruselas, los impresores de Sus Altezas el Archiduque Alberto y su esposa Doña Isabel Clara Eugenia, Roger Velpio y Huberto Antonio, el mismo año 14. (8.º mayor, de 8 h. prel. y 616 pags.)

Assiayn reimprimió la quinta edición en Pamplona en 1615, siguiendo el texto de la que estampó el año antes. (8.º, de 8 h. prel. y 391 folios.)

A costa de Juan Baptista Bidelo se publicó en Milán la sexta edición de las *Novelas ejemplares*. En la dedicatoria de Bidelo á su Mecenas, signor Luigi Trotti, se leen estas significativas frases: «Estas son las novelas de Miguel de Cervantes, autor digno de ser leído por todas las personas instruidas y honrado por las más famosas plumas de este siglo. Al

hacerlas reimprimir ahora, he querido dedicarlas á Ud, sabiendo bien cuánto aprecia al autor y cuánto le es grata la lectura de obras análogas escritas en castellano.»

La sétima edición fué hecha en Venecia, al parecer. Sólo la cita Nicolás Antonio.

La verdadera 2.^a edición de las *Novelas ejemplares* que hizo Juan de la Cuesta, en el orden numérico la octava, salió á luz en Madrid (1617) en 8.º, de 399 hojas.

Hizo otra edición Assiayn en Pamplona el mismo año, que es la novena.

También en 1617 salió la décima en Lisboa, hecha por Antonio Alvarez, el editor furtivo de la segunda, según Salvá, núm. 1744 de su *Catálogo*. (4.º menor, de 4 h. prel. y 236 folios).

La undécima hízola en Madrid la viuda de Alonso Martin de Balboa, á costa de Domingo González, mercader de libros, en 1618. (En 8.º, de VIII-366 folios.)

Apareció la duodécima en Pamplona, (1622) en la oficina de Juan Oteyza, impresor del reino de Navarra, en 8.º, de VIII-391 folios. De esta edición, que es muy rara, poseyó un hermoso ejemplar D. Leopoldo Rius en su biblioteca.

La décimatercera se publicó en Sevilla, año de 1624, á costa de Francisco Lyra. Esta reimpression contiene muchas variantes en algunas novelas, por haber seguido sin duda las copias manuscritas que circulaban, desde mucho tiempo antes, en la capital de Andalucía.

Cita Salvá una edición hecha en Madrid, año de 1625, que es la décimacuarta.

La décimaquinta hízola Huberto Antonio en Bruselas el mismo año. (8.º prolongado, de 8 hojas preliminares y 608 páginas).

La décimasexta (1627) en Sevilla, por Francisco Lyra, el que había reimpreso la décimatercera, año de 1624. (En 8.º, de 4 h. prel. y 338 folios.)

Estéban Liberós publicó en Barcelona la décimasétima, año de 1631. Por la licencia para la impresión, que tiene fecha de 1627, puede sospecharse que se haría otra edición el mismo año en Barcelona.

La décimaoctava y décimanovena se hicieron en Sevilla, la primera por el ya mencionado Francisco de Lyra, año de 1641, (8.º, de 2 h. preliminares y 332 folios,) y la segunda por

Pedro Gómez de Pastrana, 1648, en 8.º, de 2 h. prel. y 333 folios.

* *

Hemos prefijado deliberadamente el período de 35 años para las ediciones de las *Novelas ejemplares*, porque comprende desde la publicación de la primera hasta la muerte del Autor; y desde que falleció éste hasta los tres años antes del en que murió su hija D.^a Isabel de Saavedra (1651).

El río de oro y plata que produjo, sólo en cuanto á sus novelas, la feliz inventiva de Cervantes, fué muy caudaloso; pero ninguna de las utilidades metálicas que entraron en las arcas de los mercaderes de libros é impresores, ni en su más mínima parte, llegaron á manos del Autor, ni de sus herederos.

Todo lo que percibió Cervantes por su trabajo, ¡fueron 1600 REALES! En cambio, Francisco de Robles, exclusivamente por la 1.^a edición, que sería cuando menos de 3.000 ejemplares (pues bien sabía Robles la fácil salida que conseguían todas las obras de Cervantes), sacó líquidos como beneficio, vendidos á 8 rs y 14 maravedís cada uno, precio en que se tasó, rebajados gastos probables de impresión, papel y derecho de propiedad, más de diez y ocho mil reales, cantidad que, según nuestra actual moneda, representa once mil doscientas cincuenta pesetas.

Y si, según este cálculo, fijamos ahora, como base razonable para el producto que dieron á los editores las 19 ó 20 reimpressiones que se hicieron de 1613 á 1648, obtendremos un resultado de beneficios que asombra.

Aun fijando en 1500 ejemplares (cuerpos que entonces se decía) los correspondientes á cada edición, y tasando en 6

reales el precio de cada uno, tendremos un total de 30.000 ejemplares y un producto metálico de 180.000 reales. Aun descontando 60.000 (que es mucho) por gastos de impresión, papel, arreglos con el propietario, durante los diez primeros años, etc., etc., resultará siempre una utilidad líquida de 120.000 reales, ó sea de más de 75.000 pesetas, según la moneda de hoy en España. Pero de esos quince mil duros, —hay que hacerlo constar,—ni un maravedí siquiera fué á poder de Cervantes ni su familia.

Ha habido, sin embargo, censores de Cervantes—D. Pedro Salvá uno de ellos—que, no dándose cuenta de lo que decía, juzgando por el número de ediciones la próspera situación del Autor, llegó á suponer que Cervantes pudo nadar en dinero, y si no fué así, él tuvo la culpa, pues “el Manco de Lepanto fué siempre un manirroto y malgastador, que jamás olvidó sus hábitos de militar y aventurero“ (!!)

Pero D. Pedro Salvá debió ser justo, y no hacer cargos á Cervantes, que son, sobre extemporáneos, injuriosos. Cervantes no pudo derrochar nada, aunque lo hubiera pretendido, por la razón muy sencilla de que para él no era el beneficio que producía la rápida y cada vez más creciente expendición de sus novelas.

¿No sabía el Sr. Salvá con toda su sabiduría bibliográfica que Cervantes cedió el privilegio de todas sus obras á editores, y ellos fueron desde entonces los únicos propietarios? Cuando Cervantes falleció, ya iban publicadas siete ediciones de sus novelas, lo cual presupone un beneficio obtenido de 6.000 ducados.

Y, sin embargo,—nada más histórico y verdadero,—¡Cervantes murió de limosna!

CAPITULO V.

Los dos postreros años de la vida de Cervantes. Sus últimas obras. Su muerte.

Publicación del *Viaje del Parnaso*, poema satírico.—Ingeniosa tendencia de esta obra.—Elogio que de ella hizo Quintana.—¿Por qué la dedicaría Cervantes á D. Rodrigo de Tapia? Noticias acerca de este nuevo Mecenas.—Poesía que escribió Cervantes en loor de Santa Teresa.—Colección de *Comedias y Entremeses* de Cervantes, publicada por el librero madrileño Juan de Villarroel.—Curioso documento.—Observaciones críticas.—Bibliografía.—Exceso de trabajo intelectual.—Cervantes hermano de la Orden tercera de San Francisco.—Situación de Cervantes á los 69 años de edad.—Socorros que recibe del Arzobispo de Toledo y del Conde de Lemos.—Su continua labor literaria.—Cae enfermo.—Diagnóstico de su dolencia.—Su gran corazón.—Dictamen científico del Dr. Gómez Ocaña.—Cartas inmortales que perpetúan su noble gratitud.—Un viaje á Esquivias: con qué donaire lo refiere.—Su postrera voluntad.—Recibe la extremaunción.—Su muerte.—Su sepultura.—El Convento de las Trinitarias.—Tristes consideraciones.—*Persiles y Segismunda*.—Datos curiosos y ciertos acerca de la familia de Cervantes después de su fallecimiento.

Al año siguiente de haber salido á luz las *Novelas*, esto es, en 1614, publicó Cervantes una obra original y curiosísima, que dilató su fama y puso más y más de manifiesto su erudición y conocimiento de la literatura contemporánea. Tal fué *El Viaje del Parnaso*. Escrito el referido trabajo en tercetos, demostró sin embargo Cervantes su buen talento y mejor gusto, pues si bien es verdad que en varios pasajes el interés decae y el verso languidece, la composición, en su esencia y en su forma, responde al noble sujeto en que se ocupa.

Cervantes se propuso en esta ingeniosa concepción elogiar á los excelentes talentos que en su época florecían, historiadores, oradores, poetas ó novelistas; censurar á los indignos autores que, ya en prosa, ya en verso, corrompían el hermoso idioma castellano con puerilidades, extravagancias y palabras cultas; burlarse con saladísima sátira de los vanidosos endiosados; dar generales consejos de prudencia y de sano criterio; inculcar beneficiosos ejemplos de mejora y perfección; hacer constar el número y cualidades de sus escritos y su mísera situación é inmerecida pobreza; poner de manifiesto las ingratiitudes de sus contemporáneos; reprender las falsedades de los que se decían sus amigos; y extender un bien formado bosquejo crítico de la literatura de su tiempo.

Y por cierto que tan ingeniosamente como se

lo propuso, tan superiormente lo efectuó. La obra de Cervantes, calcada en otra que publicó en Italia César Caporali, no sólo es superior por el plan y la intención á su modelo, como ha demostrado el inmortal Quintana, sino que sobrepuja á todas las composiciones que con idéntico fin habían estampado ó estamparon Gaspar Gil Polo, Vicente Espinel, Lope de Vega, y otros autores de crédito. *El Viaje del Parnaso* da concluyentes pruebas del espíritu investigador y de la incomparable inventiva de Cervantes, y la *Adjunta al Parnaso*, breve trabajo en prosa que le acompaña, es un hechicero boceto de punzante y delicada crítica.

En esta obra es donde ofrece también los más acabados rasgos autobiográficos de su personalidad artística, con interesantes pormenores sobre todas sus producciones y escritos, por estas palabras, que, no por muy conocidas, son menos dignas de que se copien:

Yo corté con mi ingenio aquel vestido
Con que al mundo la hermosa *Galatea*
Salió para librarse del olvido.

Soy por quien la *Confusa* nada fea
Pareció en los teatros admirable,
Si esto á su fama es justo se le crea.

Yo con estilo en parte razonable
He compuesto comedias, que en su tiempo
Tuvieron de lo grave y de lo afable.

Yo he dado en *Don Quijote* pasatiempo
Al pecho melancólico y mohino

En cualquiera sazón, en todo tiempo.

Yo he abierto en mis *Novelas* un camino
Por do la lengua castellana puede
Mostrar con propiedad un desatino.

Yo soy aquel que en la invención excede
A muchos, y al que falta en esta parte,
Es fuerza que su fama falta quede.

Nunca voló la pluma humilde mía
Por la región satírica, bajeza
Que á infames premios y desgracias guía.

Yo el soneto compuse que así empieza,
Por honra principal de mis escritos:
¡Voto á Dios que me espanta esta grandeza!

Yo he compuesto romances infinitos,
Y el de los celos es aquel que estimo,
Entre otros que los tengo por malditos.

Yo estoy, cual decir suelen, puesto á pique
Para dar á la estampa al gran *Persiles*,
Con que mi nombre y obras multiplique.

Yo en pensamientos castos y sotiles,
Dispuestos en soneto de á docena,
He honrado tres sujetos fregoniles.

También al par de *Filis* mi *Filena*
Resonó por las selvas, que escucharon
Más de una y otra alegre cantilena,

Y en dulces varias rimas se llevaron
Mis esperanzas los ligeros vientos,
Que en ellos y en la arena se sembraron.

Tuve, tengo y tendré los pensamientos,
Merced al Cielo que á tal bien me inclina,
De toda adulación libres y exentos.

Nunca pongo los piés por do camina
La mentira, la fraude y el engaño,
De la santa virtud total ruina.

El *Viaje del Parnaso*, aunque apareció el año 14, se estaría componiendo desde 1613; pues

(*) Acerca de D. Pedro de Tapia hay algunos exactos informes en los *Grandes anales de quince días*, escritos por el gran satírico Quevedo, obra de profunda observación sobre los últimos momentos del reinado de Felipe III y comienzos de la nueva situación política. He aquí sus palabras: "El rey (Felipe IV, ó, mejor dicho su flamante camarilla de palaciegos, tan malos y desmoralizados como los perseguidos) retiró á su casa dos consejeros del Supremo de Castilla, *Pedro de Tapia* y Antonio Bonal. Creo que la más poderosa parte de su deslucimiento fué estar notados de los odios comunes y cantados con alguna especialidad en las coplas que se van introduciendo con sentencias anticipadas."

Estas coplas á que alude Quevedo, que circulaban profusamente, se atribuyen en su mayor parte al cáustico desenfado y muy agresiva inspiración del Conde de Villamediana.

Bien fustigó á los dos caídos consejeros en estos populares versos:

El señor Bonal
Y su mujer Doña Rapia,
Lo que han rapado quieren esconder:
A *Pedro de Tapia*,
El premio es la escarpia.

Más se repitieron por el vulgo estas desvergonzadas copletas del mismo vate, que arastraron por los suelos los nombres de Bonal y *Tapia*, y en las que se aplaudía al casi niño Felipe IV por su resolución:

Cervantes habla de los Argensolas como si viviesen los dos hermanos, porque no habría llegado todavía á su conocimiento la muerte de Lupercio Leonardo. Algo extraño ocurrió, como indicamos anteriormente, desde que Cervantes envió las *Novelas ejemplares* al Conde de Lemos hasta la publicación del *Viaje*. Puede ser que, no habiendo recibido Miguel los cariñosos parabienes que esperaba de su afectuosa dedicatoria, resentido de desvíos tan inexplicables, hiciese constar su enojo acerca de las falsas promesas de los dos protegidos preferentes del Conde. Quizás, por tal motivo, buscó nuevo Mecenaz á quien dirigir su obra. Llamábase éste D. Rodrigo de Tapia, joven de 15 años, hijo de D. Pedro, oidor á la sazón del Consejo de Castilla y consultor del Santo Oficio de la Inquisición suprema, personaje de gran influencia en la corte de Felipe III, que, después de la muerte de aquel monarca, fué muy perseguido por la nueva gente palaciega.

Como hijo de hombre público tan conspicuo, D. Rodrigo recibía esmeradísima educación y tuvo sus aficiones á la poesía, aunque más tarde, por lo que era más conocido fué por su destreza en la gineta y en rejonear toros. Dedicó Cervantes su *Viaje* á este mancebo con alabanzas á sus estudiosos ejercicios. Ignoramos hasta ahora qué recompensa obtendría el insigne Escritor por su noble deferencia. Tal vez redujese todo el agradecimiento, del hijo ó del padre, á costear la edición del precioso poema, ó á enviarle alguna pequeña dádiva. (*)

Anda, niño, anda,
Que Dios te lo manda.

A Bonal como á Caín,
Le castiga su pecado.
La yegua le ha derribado
La ropa, que ató á la clin.
Pues *agarrar* fué su fin,
Tú, señor, se lo demanda.

Anda, niño, anda,
Que Dios te lo manda.

Tapia muera emparedado
Entre tapias de su casa,
Porque las hizo sin tasa,
Con ser hombre aprovechado.
El niño el ojo le ha echado;
La cabeza se le anda.

Anda, niño, anda,
Que Dios te lo manda.

Quevedo no desmiente lo que decía la sátira del Conde de Villamediana; antes bien confirma los cargos lanzados, cuando dice: "Ocasiónó en *Pedro de Tapia* alguna reprensión la opulencia de sus casas, que le sirvieron más de acusación que de alojamiento."

D. Pedro de Tapia era aficionado á la poesía. En el certamen celebrado en Madrid en 1619, cuando la beatificación de San Isidro Labrador, fué uno de los jueces. Era muy ami-

El mismo año de 1614 escribió Cervantes una poesía muy apreciable con motivo de las fiestas públicas y regocijos con que se celebró en España la beatificación de Teresa de Jesús.

Conmemoróse en Madrid aquel suceso con un certamen poético. Entre los varios temas propuestos en él, había uno á los divinos éxtasis de Santa Teresa. La composición en que de ellos se hablase, había de ser una canción castellana, que no excediese de siete estancias, y que guardando el rigor lírico, estuviese hecha á imitación de aquella magistral poesía de Garcilaso que comienza:

El dulce lamentar de dos pastores.

La que escribió Cervantes con tal motivo, fué una de las mejores que se presentaron sobre el tema propuesto. La canción consta de las siete estancias fijadas por los directores del certamen: el rigor lírico se conserva, en lo posible, excepción hecha de algunos versos: hállese en ella, gracia, erudición y estilo elegante. Justos eran, por tanto, los elogios que se le tributaron.

Desde que Cervantes publicó su *Galatea*, había cultivado con gran entusiasmo el género dramático, como oportunamente vimos, obteniendo sus comedias muy buena acogida y generales aplausos. Notó en ellas el público perfecciones y adornos de que carecían las anteriormente compuestas y representadas por otros escritores.

Cervantes, que dejó "la pluma y las comedias", como él mismo dice, por tener que dedi-

carse á otras ocupaciones, no tan adecuadas á su carácter, se vió luego avasallado por el creador y padre de la comedia nueva española, que empezó indudablemente con los escritos galanos, elegantes, encantadores y hermosos de Lope de Vega, por más que con frecuencia estuviesen afeados de anacronismos, puerilidades y escenas disparatadas.

Así que no es de extrañar, si no muy explicable, que las comedias de Cervantes, nuevamente compuestas, y que dió á la estampa el librero Juan de Villarroel en Madrid, año de 1615, (*) no alcanzaran crédito, ni aún fueran solicitadas por los actores para representarlas; pues en los treinta y un años transcurridos (1584-1615) se había mejorado mucho el Teatro español, hasta el punto de que era el primero de Europa; y si bien las comedias de Cervantes eran algunas, casi las más, dignas de su talento y de su inventiva, no podían competir empero con las que entonces se aplaudían, encomiaban y aun sublimaban del ya mencionado Lope, del doctor Remón, de Miguel Sánchez, de Mira de Amescua, del canónigo Tárrega, de Guillén de Castro, de Aguilar, de Luis Vélez de Guevara, de Galarza y de Gaspar de Avila, á quienes cita Cervantes mismo, encareciendo sus cualidades, y recomendables y particulares excelencias inventivas ó poéticas, en el prólogo de sus *Comedias*, y de otros varios autores, célebres después, y que cuando Cervantes se hallaba á los bordes del sepulcro, empezaban

go suyo Lope de Vega, quien le dedicó su comedia *El favor agradecido*.

A pesar de la persecución de que fué objeto D. Pedro de Tapia al principiarse el reinado de Felipe IV; su hijo D. Rodrigo, á quien dedicó Cervantes el *Viaje del Parnaso*, figuró en la corte como personaje acaudalado y de importancia durante aquella dominación. Había nacido Rodrigo en Madrid el año de 1599. Su señora madre, esposa de D. Pedro, Doña Clara de Alarcón y Luna, era natural de Loja. Fué bautizado el 29 de Septiembre en la parroquia de San Martín. Desde la edad de 9 años perteneció á la Orden de caballeros de Santiago. Sirvió de menino á la reina D.^a Margarita de Austria y de caballerizo á Felipe IV, cuyo cargo desempeñaba cuando la jura del Príncipe D. Baltasar Carlos en 1632. En 1644 era teniente de la guardia real española. Estuvo casado con la Sra. D.^a María de la Puente Hurtado de Mendoza.

(*) Las composiciones impresas y publicadas por Villarroel son las siguientes:—Comedias: *El Gallardo Español*, *La Casa de los Celos*, *Los baños de Argel*, *El rufián dichoso*, *La gran Sultana*, *El laberinto de Amor*, *La Entretenida*, *Pedro de Urdemalas*.—Entremeses: *El Juez de los divorcios*, *El rufián viudo*, *Elección de los Alcaldes de Daganzo*, *La Guardia cuidadosa*, *El vizcaino fingido*, *El retablo de las maravillas*, *La cueva de Salamanca*, *El viejo celoso*.

Son curiosísimas las palabras que en el prólogo de estas *Comedias y entremeses* consignó Cervantes sobre las dificul-

tades que se originaron para su publicación, y el desdén con que los autores y el público miraban en 1615 sus nuevas producciones dramáticas, cuando tan aplaudido y elogiado fué al componer sus primeras comedias. "Algunos años há, dice, que volví yo á mi antigua ociosidad; y pensando que aún duraban los siglos donde corrían mis alabanzas, volví á componer algunas comedias. Pero no hallé pájaros en los nidos de antaño: quiero decir, que no hallé autor que me las pidiese, puesto que sabían que las tenía; y así las arrinconé en un cofre, y las consagré y condené á perpetuo silencio. En esta sazón me dijo un librero que él me las comprara, si un autor de título no le hubiera dicho que de mi prosa se podía esperar mucho, pero que del verso nada... Si va á decir verdad, continúa, cierto que me dió pesadumbre al oírlo; y dije entre mí:—O yo me he mudado en otro, ó los tiempos se han mejorado mucho, sucediendo siempre al revés, pues siempre se alaban los pasados tiempos.

Torné á pasar los ojos por mis comedias y por algunos entremeses míos, que con ellas estaban arrinconados; y ví no ser tan malas, ni tan malos, que no mereciesen salir de las tinieblas del ingenio de aquel autor á la luz de otros autores menos escrupulosos y más entendidos. Aburríme, y vendíselas al tal librero, que las ha puesto en la estampa, como aquí te las ofrece.

Él me las pagó razonablemente: yo cogí mi dinero con suavidad, sin tener cuenta con dimes ni diretes de recitantes."

á dar gallardas muestras de su ingenio, disposición y entusiasmo poéticos.

Quédale á Cervantes, sin embargo, en la composición de sus primitivas comedias, la gloria de haberlas presentado con un carácter de originalidad que no se nota en sus escasos predecesores. Las comedias de Lope de Rueda y las de Timoneda pecan por demasiado triviales y sencillas: las de Castillejo y, sobre todo, las de Torres Naharro, por demasiado licenciosas, y algunas obscenas; y las de Cueva y otros, por demasiado serviles en la imitación de antiguos modelos latinos. Y aunque, después de las notables mejoras introducidas por Cervantes, fué cuando el Teatro español llegó á su virilidad, á su prestigio, á su gran crédito, á su envidiable fama, á su apoteosis, puede decirse, con Lope, Tirso, Calderón, Alarcón, Rojas, Moreto, y otros tan celebrados autores; los ensayos muy apreciables de Cervantes no pueden ni podrán relegarse nunca al olvido, sino, antes por el contrario, encomiarlos y encarecerlos. Nuestro Miguel fué el imperfecto pero verdadero creador de la comedia española de capa y espada, de enredo y de carácter, con grandísimo gusto, pues introdujo sucesos interesantes, notables, instructivos, de los que luego se valieron los autores de más prestigio para dar nuevas producciones al teatro, con señalado y singular realce de sus nombres. *Los Tratos de Argel* y *La Numancia* eran creaciones literarias superiores á todas las comedias y tragedias anteriores á su concepción.

Cervantes, en la mayor parte de sus comedias, no guardó las reglas que debiera haber observado; pero téngase en cuenta que, no sólo él incurrió en tales defectos, sino aun los más aplaudidos autores de aquel siglo de talentos y de ingenios. Infinidad de comedias de los más renombrados poetas de entonces hay, que tienen más imperfecciones que las primeras de Cervantes. Las de éste podrán hallar disculpa ante la Crítica, pues eran al fin generosos conatos y patrióticos ensayos de mejoramiento y perfección; las de aquéllos, no, porque estando ya el Teatro español en la cúspide de su renombre, lo afearon con argumentos disparatados é imposibles.

Desdeñadas y no representadas las nuevas comedias de Cervantes; (*) olvidadas las que primitivamente compuso y que tantos aplausos lo-

graron; sucediéndose á Lope, á Miguel Sánchez, al doctor Remón y á otros escritores insignes, los no menos ilustres Calderón, Moreto, Alarcón y Rojas, las composiciones de Cervantes quedaron confundidas, las últimas arrinconadas en los cofres, las primeras y no impresas, en la incuria de los actores y el menosprecio del público.

Así se comprende y explica que producciones tan aceptables y buenas, no fueran reimprimadas hasta 1749 por D. Nicolás Nasarre, y que las que permanecían manuscritas, en su mayor parte, se perdiesen. Nasarre escribió un Discurso para estamparlo al frente de la edición; pero en él de todo se habla menos de las *Comedias* de Cervantes, como no sea para decir absurdos, pues no merecen otro nombre los de sostener formalmente que Cervantes escribió aquellas comedias disparatadamente, con deliberada intención, para censurar las inartificiosas de su tiempo. Otros autores, como Lampillas en su patriótica *Apolo-gía de la Literatura Española*, pretenden que las ocho comedias que pasan por de Cervantes, no son suyas, sino de algún autor de perverso gusto, para ridiculizar al gran Ingenio. Los demás críticos posteriores, así nacionales como extranjeros, contadas excepciones hechas, han desdeñado las *Comedias*, y hasta el grave Tikhonor las analiza con prevención y precipitadamente con exclusión de la tragedia *Numancia*.

Nosotros tenemos publicado, desde hace muchos años, uno de los más extensos juicios críticos que se han dado á la estampa sobre las comedias y entremeses cervantinos, (**) del que extractaremos ahora lo más concreto y sintético.

Conceptuamos á *El Gallardo Español* como comedia notable entre las que reseñan aventuras militares y caballerescas, y superior á muchas del mismo género de Lope, Calderón, Tirso y otros autores de nota, pues teniendo varias de sus perfecciones, está exenta de multitud de sus defectos. Argumento, acción, personajes, unidad, todo está bien presentado y sostenido.

Hasta en la versificación, tan pesada en composiciones análogas, parece que da muestras en ésta Cervantes de gusto señalado. El diálogo es muy ingenioso y bien seguido.

Más de veinte personas hablan en esta comedia. Verdad es que ese defecto no era sólo de Cervantes, sino de casi todos los autores dramáticos de su tiempo. Producción de Tirso ó de Lo-

(*) Donosamente se queja de ello Cervantes en la dedicatoria que hizo de sus *Comedias* y *Entremeses* en 1615 al Conde de Lemos, por estas palabras con tantísima razón escritas: "Si alguna cosa llevan razonable (las referidas composiciones) es que no van manoseadas ni han salido al tea-

tro, merced á los farsantes, que de puro discretos no se ocupan sino en obras grandes y de graves autores, aunque tal vez se engañan."

(**) *Crónica de los Cervantistas*, t. II, cuadernos números 3 y 4, (págs. 89-101.—144-160).

pe hay donde intervienen más personajes todavía.

En mérito, gracia, naturalidad y buen gusto sobrepuja á la comedia anterior la nominada *Pedro de Urdemalas*. Sin ser obra perfecta, es muy proporcionada y bella. Los caracteres están bien delineados; las escenas son oportunas; los lances que se describen, naturales, sencillos, ó, al menos, verosímiles; el interés no decae; cada personaje actúa en su propia esfera, y sus palabras son las que convienen á su estado, condición, instrucción ó ingenio; no aparecen figuras morales, ni tramoyas disparatadas; el verso es llano y tal como corresponde á la comedia de costumbres; el desenlace, oportuno y adecuado. El cuadro realista que se ofrece de un aduar de gitanos, está dibujado perfectamente, lo mismo que la figura hechicera de Belica, que tiene gran semejanza con la Preciosa de la novela *La Gitanilla*.

Guárdanse en esta comedia (cosa rarísima entonces) las tres unidades clásicas, de lugar, de acción y de tiempo. Hay versos lindísimos.

Comedia de intriga y amores es *El laberinto de Amor*. Contiene ingeniosísimos casos y episodios. Lances cómicos, gallardos pensamientos, galanura, picante sátira, brevedad, reglas de buen gusto, todo está con discreción empleado, exceptuando algunos pasajes. La versificación, correcta. Notamos en esta comedia algo del sabor y gracia del *Gil de las calzas verdes* del Maestro Tirso.

La gran sultana D.^a Catalina de Oviedo, que tiene base histórica, está embellecida con las galas más seductoras de la ficción. Una joven, bella por extremo, llamada D.^a Catalina de Oviedo, cae cautiva, en unión de sus padres, en un viaje que hicieron desde Málaga á Orán. Son llevados á Constantinopla.

Cierto día tiene el gran Sultán noticia de que hay entre sus cautivos una hermosísima española. La ve, préndase de ella y deséala por predilecta esposa. Declara que ha de ser cristiana; acéptalo el Sultán y verificase la boda. Doña Catalina queda, pues, convertida en gran Sultana. Impúlsale á la resolución el generoso y alto propósito de favorecer, desde su posición elevada, á los cristianos opresos.

Esta comedia se distingue por su excelente y cadenciosa versificación.

El Rufián dichoso, aunque no mala en la forma, tiene el gran defecto de todas las de aquella época, llamadas divinas. El argumento es disparatado. Un estudiante llamado Lugo es el protagonista: después de haber sido gran pecador en Sevilla, se convierte en buen religioso al llegar á Méjico.

Las faltas se olvidan entonces y todos le respetan y veneran. Allí salva de la condenación eterna á una señora que se llama D.^a Ana de Treviño. Desde entonces cúbrele el rostro y todo el cuerpo mortal lepra. Nómbranle prior del convento en premio de sus virtudes, y muere lleno de merecimientos y de gloria al cabo de algunos años. Menos mal si aquí terminara la comedia.

Pero aparecen en ella también ángeles, demonios, almas del purgatorio, y hasta el mismo Lucifer en persona no se desdeña de bajar á perseguir al antiguo estudiante Lugo y después ejemplar fraile Cristóbal de la Cruz.

Presente tenía indudablemente Cervantes tales disparates, censurados por él en comedias de otros, cuando para disculpar lo que escribía en la suya, tuvo que decir, por medio de *La Comedia* en figura moral, lo siguiente:

Ya represento mil cosas
No en relación, como de antes, /
Sino en hecho; y así es fuerza
Que haya de mudar lugares;
Que, como acontecen ellas
En muy diferentes partes,
Vóime allí donde acontecen:
Disculpa del disparate.

Ya la comedia es un mapa
Donde, no un dedo distante,
Verás á Londres y á Roma,
Y á Valladolid y á Gante.
Muy poco importa al oyente
Que yo en un punto me pase
Desde Alemania á Guinea,
Sin del teatro mudarme.

Y haciendo alusión al protagonista de la actual comedia, decía, no sin donaire y burla general:

Su conversión fué en Toledo,
Y no será bien enfade,
Que contando la verdad
En Sevilla se relate.
En Toledo se hizo clérigo,
Y aquí en Méjico fué fraile,
Adonde el discurso ahora
Nos trajo aquí por el aire.

Unas treinta y ocho personas hablan en la comedia. Hay escenas superfluas y disparatadas. Aparecen en esta obra figuras morales, invención de que Cervantes se gloriaba sin motivo, y á que nosotros damos muy poco mérito. Las figuras morales, no dan gracia, sino perjudican casi siempre á las composiciones.

Las mismas censuras que á la anterior, precisa hacer, en buena crítica, á la que se titula *Comedia famosa de la Casa de los Celos*, que es disparatadísima y está sacada de los poemas é historias caballerescos del ciclo carlovingio.

Hay que aplaudir, en cambio, como ingenio-

sa comedia de Cervantes *La Entretenida*, donde se relatan varios lances amorosos, que la convierten en una lindísima de enredo. Algunos caracteres están muy bien delineados, especialmente el de D.^a Marcela, el de su hermano D. Antonio, el de su primo D. Silvestre de Almendarez y el del estudiante que se finge D. Silvestre. El cambio de los dos Almendarez, el falso y el verdadero, se ofrece con mucha gracia, y el final no puede ser más bello, pues las tramas del fingido quedan patentes y burlados sus malos propósitos.

Las escenas en que se relatan los amores de Cristina con Quiñones y Ocaña, son graciosísimas por las peripecias é incidentes que proporcionan. Todos los personajes de esta comedia ven desvanecidos sus proyectos de matrimonio, los unos por obstáculo, por desdenes los otros, por retraimiento voluntario algunos. En este desenlace estriba mucho el chiste de esta comedia y su originalidad.

Por lo que dice Ocaña al final de la comedia:

Esto en este cuento pasa:
Los unos por no querer,
Los otros por no poder,
Al fin ninguno se casa.
De esta verdad conocida,
Pido me den testimonio;
Que acaba sin matrimonio
La comedia *Entretenida*.

En orden á su mérito literario, no puede negarse que esta obra tiene mucha perfección, y algunas escenas están hermosamente escritas.

Dos comedias escribió Cervantes inspiradas en su cautiverio, que tan indelebles recuerdos dejó para siempre en su alma. *Los Baños de Argel* se llama la primera y *El Trato de Argel* la segunda. Una y otra son mescolanza de sucesos y episodios, parte verosímiles, parte no, en que intervienen multitud de personas, cuya presentación muchas veces ni se comprende ni explica. La acción principal queda ofuscada por muchedumbre de incidentes.

Empieza la comedia *Los Baños* por la acometida que hacen algunos moros con el capitán de Argel y un renegado llamado Izud, á un lugar de cristianos, de donde se llevan cautivas á varias personas, entre otras, á una doncella llamada Constanza y á su prometido esposo D. Fernando de Andrada. Una vez llegados estos cautivos á Argel, obtiene D. Fernando las simpatías de la mujer del gobernador de aquella plaza, dicha Halima, y el gobernador se enamora de la bella Constanza; contraste notable de afectos que da lugar á escenas bastante ingeniosas.

Habiéndose dado á conocer en las prisiones

los prometidos esposos, participáanse recíprocamente las exigencias y solicitudes de que son objeto, y con suma cautela siguen habiéndose, aunque infundiendo alguna sospecha en el ánimo de sus amos, hasta que consiguen partir para España, no evadiendo todo peligro, ni sin experimentar grandes sobresaltos.

Otro episodio relatado en esta comedia, es la fuga de la hija de Amurato, la encantadora Zara, que prendada de un cristiano apuesto y caballero que se hallaba cautivo, da el dinero para redimirlo y huye á España, algo poética y novelescamente, con su gallardo mancebo. No se puede negar que este lance de amor está con mucho interés presentado.

La carta que envía la amartelada Zara á D. Lope (que así se llamaba el caballero), tiene bastante semejanza con la que la bellísima Zoraida remitió al famoso cautivo de que se hace mención en el capítulo XXXIX y siguientes del *Quijote*. En tres obras distintas y con diversos incidentes, relató Cervantes ese interesante cuadro argelino-español de aquella época, cuadro que pudo ser verdadero, como algunos opinan, pero no existen datos precisos para decir que es autobiográfico de Cervantes.

Muy semejante á los *Baños*, es la comedia *Los Tratos de Argel*, aunque en mérito literario supera la segunda á la primera. Según el mismo Cervantes, *Los Tratos* se representó con mucho aplauso en los teatros de sus días, y quedó inédita. El editor Sancha la publicó por vez primera en 1784. Está dividida esta comedia en cinco jornadas, lo cual demuestra que fué una de las primeras que escribió Cervantes, veinticinco ó treinta años antes de morir, pues no es posible que quien se vanagloriaba, en el prólogo de sus comedias, de haber reducido á tres los actos de dichas obras dramáticas, hubiera caído luego en la tentación de escribir composiciones idénticas en cinco. *Los Tratos de Argel* tiene escenas más poéticas é interesantes que *Los Baños*: se ve allí más perfectamente al poeta: hay allí más entusiasmo, más movimiento, más naturalidad, más atractivo en una palabra.

Refiérense en los *Tratos de Argel* los infortunios de los cautivos, los esfuerzos y trabajos que pasaban por huir, las venganzas de los infieles, la perversidad de los renegados, las maldades de los poderosos, las crueldades de los mandarines, los martirios de los sacerdotes, los amores de moros y moras, y otros acaecimientos semejantes; historia ó relato, sin embargo, donde no hay enlace; donde se menciona mucho de lo que luego se copió en los *Baños de Argel*; donde se ofrecen celos y se presentan situaciones amo-

rosas y donde se recuerdan infinitos episodios del cautiverio de Cervantes; historia que nos da cuenta del Cervantes soldado, cristiano, íntegro, probo, joven, enamorado, honrado, leal, español sobre todo encarecimiento; historia, en fin, que nos presenta el desenlace sublime de que un trinitario, el P. Fr. Juan Gil, liberte á infinidad de españoles que estaban aherrojados en aquellas mazmorras, y entre los cuales se hallaba el ínclito Saavedra, el que había de ser, andando los tiempos, el gran Autor del *Quijote*.

No sale á hablar el cautivo Saavedra una sola vez que no llame la atención por su hidalguía, alteza de pensamientos y caballerosidad. Cervantes sabía retratarse moralmente con toda perfección.

La comedia *Los Tratos de Argel*, tiene, sin embargo, defectos que nunca podrán ser disculpados. Hablan en ella veinte personas.

La tragedia *Numancia*, que permaneció inédita hasta 1784, en que la publicó el impresor Sancha al mismo tiempo que *Los Tratos de Argel*, supera en grandiosidad escénica y alto interés dramático á cuantas producciones de ese género había producido antes la literatura patria. Es una hermosa obra, llena de inspiración, en la que corresponde la esplendidez de la forma á la magnitud del argumento. Críticos nacionales y extranjeros la han celebrado como de excepcional importancia. Con todos sus defectos, es una manifestación poderosa del heroísmo nacional, cantada por un gran poeta con entonaciones patrióticas.

Ni Juan de Malara, ni Juan de la Cueva, ni Jerónimo Bermúdez, ni Cristóbal de Virués, ni el mismo Lupercio Leonardo, produjeron una tragedia tan superior en mérito y alteza de fines como la celebrada de Cervantes. Arrieta la censuró al publicarla en París el año de 1836; pero profanó el patético cuadro con sus imprudentes supresiones.

Además de las antedichas obras dramáticas

(*) Helos aquí: *Los Tratos de Argel*, *La Gran Turquesca*, *La Batalla Naval*, *La Jerusalem*, *La Amaranta ó la de Mayo*, *El Bosque amoroso*, *La Única y bizarra Arsinda*. Pero sobre todas encarece Cervantes una comedia suya, titulada *Confusa*, diciendo que era de la que más se preciaba, y que, entre cuantas comedias de capa y espada hasta entonces se habían representado, bien podía tener lugar señalado, "por buena entre las mejores."

(**) Pérez Pastor, ese gran erudito, á quien se deben tantos documentos que aclaran puntos dudosos en la vida de Cervantes, ha descubierto uno (que es el n.º LXXXVIII del tomo II), por el cual se robustece la afirmación de que el librero Juan de Villarroel, fué el que costeó la edición de las *Comedias y Entremeses*.

Villarroel, ante el notario de Madrid, Alejo de Herrera,

y de las veinte ó treinta que con tanto aplauso se representaron, desde 1584 á 1588, en los teatros de Madrid y Toledo, y de las que nos dejó Cervantes los títulos de algunas; (*) anunció en 1615 que estaba componiendo una comedia llamada el *Engaño á los ojos*, comedia que, según él, había de dar contento á los mismos que le censuraban.

Desgraciadamente, ni ésta, ni las otras composiciones mentadas por Cervantes, á excepción de *El Trato de Argel* y *La Numancia*, han sido halladas hasta ahora por los eruditos con grandísimo sentimiento de los admiradores de aquel Autor preclaro.

Los ocho entremeses que se publicaron por el librero Juan de Villarroel (**) al mismo tiempo que las comedias, son verdaderas joyas literarias, cuadros realistas de la vida, artísticamente dispuestos, muy variados, con suma naturalidad. Estas composiciones sencillas, ligeras, chistosas y divertidas, modelos de clásico humorismo, se avenían perfectamente con el espíritu epigramático del gran crítico. Por eso sobresale Cervantes en ellos de manera tan inimitable.

Aleccionado de la experiencia, con su sobe-rana inventiva, hallaba siempre materia abundante para presentar sorprendentes dibujos de escenas populares de su tiempo, con picantes ocurrencias y peregrinas gracias, de verdadera sal ática y un diálogo como peculiarmente suyo.

Podrán ser, son mejores en efecto, unos entremeses que otros; pero en el conjunto estético, en cuanto á la concepción de la idea y la maestría de la ejecución, todos llevan el sello del mismo incomparable artífice. *La Cueva de Salamanca*, *El viejo celoso*, *La Guarda cuidadosa*, *El Retablo de las maravillas*, *El Rufián viudo*, *El Juez de los Divorcios* y *La elección de los alcaldes de Daganzo*, resaltan todos, y cada uno de por sí, por sus inestimables preciosidades de elocución y gracia. Después del *Quijote* y de las *Novelas*, la mejor obra de Cervantes son sus *Entremeses*. (***)

se obliga á pagar, con fecha 6 de Noviembre de 1615, la cantidad de 1.500 reales á Francisca de Medina, viuda, mujer que fué de Alonso Martín, por resto de la impresión que se hizo en su casa de la *Aritmética*, de Moya, y de las *Comedias* de Cervantes.

Ignoramos qué cantidad percibiría Cervantes de Villarroel por el derecho de propiedad de las *Comedias y Entremeses*; pero no sería muy grande cuando tuvo que discutir con el librero para que se las tomase, pues estaba predispuesto contra él, como sabemos, por lo que le habían dicho acerca de sus trabajos en verso; por más que Cervantes asegura que las vendió *razonablemente*.

(***) Después de publicada la colección escogida por Cervantes en 1615, se dió como de Cervantes un nuevo entremés titulado *Los Habladores*. Apareció en 1617, con otros dos

Casi al mes de haber aparecido las *Comedias y Entremeses*, es decir, en Noviembre, ó á primeros de Diciembre de 1615, vió la luz la Segunda parte de su obra maestra el *Quijote*, de la que con la detención debida hemos hablado ya en el capítulo VIII del libro III, á donde remitimos al lector. (*)

Rindió á Cervantes entonces público tributo de estimación uno de sus verdaderos y leales amigos, el Lcdo. Francisco Márquez Torres, capellán, y maestro de pajes á la sazón, del arzobispo de Toledo. Era aquel tan ilustrado como virtuoso sacerdote admirador del talento de Cervantes, y quien sin duda abogó más eficazmente con su Ilustrísima para que se concediesen al preclaro Escritor algunos socorros que aliviasen la triste situación de sus postreros días.

En la aprobación que, por comisión del Doctor Gutierre de Cetina, vicario general de la villa de Madrid, hizo de la Segunda parte del *Quijote*, el Lcdo. Márquez Torres, se lee el más

más en la *Sétima parte de las comedias* de Lope de Vega; pero, habiendo confesado aquel escritor que dichos entremeses no eran suyos, quedaron á merced de los editores que quisieran prohiarlos, ó darles padre especial y determinado. Una vez negada la paternidad por Lope, no faltó quien lo reimprimiese en Sevilla, año de 1624, con esta portada: "*Entremés famoso de Los Habladores, compuesto por Miguel de Cervantes Saavedra*"; y más tarde en Cádiz, 1646.

Agradó el artificio; elogióse la gracia; encarecióse la sutileza y dióse carta de autenticidad al entremés como de Cervantes.

No desdice, á la verdad, la composición del artificio y galanura, penetración y naturalidad con que el gran Escritor ofrece todos sus tipos. Los caracteres que se describen en *Los Habladores*, son deliciosos. D.^a Beatriz habla por los codos, como decirse suele; Sarmiento, su esposo, no sabe cómo concluir con aquella locuacidad, pero afortunadamente topa con un tal Roldán, que aventaja en la charla á su señora; llévalo á su casa; sofócase D.^a Beatriz por verse ante tal enemigo: pónese mala y desmáyase. Probablemente D.^a Beatriz queda curada por no sufrir en adelante nuevos disgustos y contradicciones. El entremés está escrito en tersa y clásica prosa.

En el siglo pasado, la manía por encontrar entremeses inéditos de Cervantes, llegó al colmo. Fernández-Guerra y Orbe, quiso regalarle *La Cárcel de Sevilla* y *El Hospital de los podridos*; Asensio le atribuyó el de *Los refranes*, además de la comedia *La Soberana Virgen de Guadalupe*; y Adolfo de Castro, dió por originales de Miguel los entremeses de *Los mirones*, *Los Romances* y D.^a Justina y Calahorra. En ninguno de ellos se encuentra la gracia, la naturalidad, el chiste, y menos el ingenio y el estilo, que avaloran los auténticos de Cervantes Saavedra.

Cese, pues, la comezón de encontrar nuevos entremeses de Cervantes en todas las colecciones y códices que parecidas composiciones contienen: que, para honra y gloria suya, bastan y sobran los que él dejó escritos y publicados en vida, con tanto enaltecimiento suyo como regocijo y beneplácito de los doctos.

(*) Aunque en los tomos que seguirán al presente con

cumplido elogio que se escribió en su tiempo de Cervantes y de sus merecimientos literarios. Después de encomiar la mucha erudición de su libro, su noble fin, la lisura del lenguaje, las galas del bien decir, la sencillez, la llaneza y propiedad de la frase; después de consignar que las obras de aquel portento de sabiduría eran acogidas en España, Italia, Francia, Alemania y Flandes con general aplauso y aceptación, "así por su decoro y decencia, como por la suavidad y blandura de sus discursos", continuaba diciendo lo que sigue, que, por honrar mucho á Cervantes, vamos á copiar textualmente: "Certifico con verdad (son sus palabras) que en 25 de Febrero de este año de 1615, habiendo ido el ilustrísimo Sr. D. Bernardo de Sandoval y Rojas, cardenal arzobispo de Toledo, mi señor, á pagar la visita que á su Ilustrísima hizo el Embajador de Francia que vino á tratar cosas tocantes á los casamientos de sus Príncipes y los de España (**); muchos caballeros franceses de los que vinieron

la reimpresión esmerada del *Quijote*, anotado y comentado por nosotros, hemos de tratar con extensión la parte bibliográfica y crítica de las mejores traducciones que se han hecho de la maravillosa obra en todos los idiomas cultos; queremos dejar expresado desde ahora el homenaje de nuestra admiración al gran hispanófilo Dr. Luis Braunfels, de gloriosa memoria, á quien se debe la versión más fiel, más acabada, más perfecta y concienzuda que se ha publicado del *Quijote* en alemán, con haberlas tan notables.

Como Braunfels era profundo conocedor del idioma de Cervantes y consumado hablista alemán también, su trabajo conserva las bellezas del original, sin que resulte desfigurado ningún pasaje, desvirtuado ningún pensamiento, ni alterada á capricho la gran idea del Autor. Hasta en los refranes, adagios, sentencias y frases humorísticas, sabe vencer con gallardía las dificultades. En los lugares más difíciles, ha logrado triunfar de los obstáculos. La claridad y exactitud de su traducción, es un modelo en su género.

La hermosa obra de Braunfels, publicada por W. Speemann en Stuttgart, 4 ts. en 8.º, 1884, es obra clásica y única. Como tal la consideran ilustres literatos germanos.

Para nosotros los cervantistas españoles tiene también otros atractivos. La traducción de Braunfels no suprime ni una línea de los preliminares que llevaron las dos Partes del *Quijote* desde las ediciones príncipes de Cuesta, años de 1605-1615. Es decir, que esa inestimable versión alemana, resulta con texto más fiel y completo que la mayor parte de las ediciones que han circulado y circulan en la misma España.

El discurso crítico que precede á la traducción, es un juicio magistralmente hecho acerca del *Quijote* de Cervantes y de la literatura caballeresca. ¡Bendita sea para siempre la memoria del sabio Braunfels!

(**) Se refiere Márquez Torres á los casamientos que se iban á verificar aquel mismo año, como se efectuó, entre el Rey de Francia Luis XIII con la hija mayor de Felipe III, la infanta D.^a Ana, que luego dió tanto que hablar por sus aventuras amorosas, y del Príncipe de Asturias, después Felipe IV, con la princesa D.^a Isabel de Borbón, hermana del Rey de Francia.

acompañando al Embajador, tan corteses como entendidos y amigos de buenas letras, se llegaron á mí y á otros capellanes del cardenal, mi señor, deseosos de saber qué libros de ingenio andaban más válidos; y tocando acaso en este que yo estaba censurando, apenas oyeron el nombre de Miguel de Cervantes, cuando se comenzaron á hacer lenguas, encareciendo la estimación que, así en Francia como en los reinos sus confinantes, se tenían sus obras: *La Galatea*, que alguno de ellos tiene casi de memoria, la Primera parte del *Quijote* y *Las Novelas*. Fueron tantos sus encarecimientos, que me ofrecí llevarles que viesan al autor de ellas, que estimaron con mil demostraciones de vivos deseos. Preguntáronme muy por menor su edad, su profesión, calidad y cantidad. *Halléme obligado á decir que era viejo, soldado, hidalgo y pobre; á que uno respondió estas formales palabras: "PUES Á TAL HOMBRE, ¿NO LE TIENE ESPAÑA MUY RICO Y SUSTENTADO DEL ERARIO PÚBLICO?.. Acudió otro de aquellos caballeros con este pensamiento, y*

con mucha agudeza, y dijo: "Si necesidad le ha de obligar á escribir, plega á Dios que nunca tenga abundancia, para que con sus obras, siendo él pobre, haga rico á todo el mundo."

El Lcdo. Márquez Torres concluye su elegante y sesuda aprobación con estas frases, que demuestran más y más sus virtudes y su dignísimo proceder: "Bien creo, escribe, que está para censura un poco larga; alguno dirá que toca los límites del lisonjero elogio; mas la verdad de lo que cortamente digo, deshace en el crítico la sospecha y en mí el cuidado: además, que en el día de hoy no se lisonjea á quien no tiene con qué cebar el pico del adulator, que, aunque afectuosa y falsamente dice de burlas, pretende ser remunerado de veras."

* *

Cuando el noble elogio de Márquez Torres veía la pública luz á fines de 1615 y la Segunda parte del *Quijote* era acogida con mayor deleite aún que la Primera, Cervantes hallábase agobiado por cruel enfermedad del corazón. (*)

Desde 1610 estaban negociados estos enlaces y ajustadas las capitulaciones desde el 12. La embajada francesa, que vino á España el año 1615, traía por principal objeto el que se realizaran las bodas, por contar ya los contrayentes edad para efectuarlas, que era la causa de haberlas retardado.

(*) De las palabras de Cervantes sólo se desprende que su enfermedad era hidropesía, la cual no podría sanarla "toda el agua del mar Océano que dulcemente se bebiese" según dijo él en el gracioso prólogo de su última obra. Científicamente no se había explicado aún su dolencia. El primero que lo ha verificado es un sabio profesor médico, el Dr. Don José Sánchez Ocaña, catedrático del colegio de Medicina de San Carlos, insigne admirador de Cervantes.

Como que sus palabras forman un razonado diagnóstico de la enfermedad que aquejaba á Cervantes, vamos á reproducir en esta nota su informe, como valioso é insustituible juicio científico.

"Modernamente (dice) no se considera esta lesión (la hidropesía) enfermedad, sino síntoma, y en la edad y circunstancias de Cervantes podía serlo de una del corazón, del hígado ó de los riñones. En cualquiera de los tres órganos, la enfermedad era crónica y databa de mucho tiempo, quizá años. La enfermedad crónica de Miguel no era febril ni le retenía en cama; mas de seguro le afectaba el ánimo. Enfermedad crónica, con hidropesía, sin calentura (que no obliga á guardar cama y abate el ánimo y hace pensar en la muerte), pudo ser de alguna de las tres vísceras antes mentadas; mas á poco que se ahonde, el juicio se declara adverso á las de los riñones, dudoso de las hepáticas é inclinado á las del corazón.

Las afecciones del riñón que produce hidropesía (nefritis en general) pueden ser agudas y crónicas. Descontadas las primeras, porque Cervantes estuvo enfermo cuando menos algunos meses, restan las crónicas; pero en éstas sólo por maravilla se conservan íntegras las facultades intelectuales hasta los últimos días, y en los que inmediatamente preceden á la muerte, nunca faltan vómitos, convulsiones, des-

asosiego, delirio, embotamiento sensorial y otros síntomas propios de la uremia. Miguel, por el contrario, conservó tranquilo el ánimo é íntegra la inteligencia, con toda certeza hasta el 19 de Abril, fecha de su carta al Conde de Lemos. Atrasada andaba la Medicina en el siglo XVII; mas no tanto que se desconociera un mal de orina con uremia, que muchas veces da en el olfato.

Tampoco hay que pensar en un viejo achaque de vías urinarias, complicado á la postre con nefritis, pues la vida accidentada de Cervantes hubiera dado lugar á más de un episodio agudo, doloroso y digno de mención. Es casi seguro que no murió Cervantes de enfermedad hepática, pues el que por tantos títulos mereció los alegres apellidos con que le saludó el estudiante, no debió de padecer la triste ictericia, ni el decaimiento compañero de la cirrosis. Si sufrió del hígado, fué á última hora y por consecuencia de una afección cordial, tal vez la congestión que designamos los médicos con el nombre de hígado cardíaco. No es, ni con mucho, tan frecuente la cirrosis como las cardiopatías, y menos aún tratándose de un sujeto templado en el beber, si es que Cervantes bebía, y cuando no consta ninguna pasión de vientre anterior á su postrera enfermedad. Es muy difícil, además, que la cirrosis le dejara hacer un viaje á caballo semanas antes de morir.

Excluidas las del hígado y las de los riñones, restan las cardíacas. ¿Por qué enfermó del corazón *el Escritor alegre?*.. Toda la vida de nuestro historiado se condensa en lo externo, en una constante solicitud, jamás satisfecha, de medios para el sustento. Este pretendiente de por vida aparece, en lo interno, altruista como no le hubo ni le hay, á no ser Don Quijote, su hechura. Lógico es que enfermase del corazón el que le tenía tan grande, máxime cuando le sobraron ocasiones para sufrir.

Las prendas intelectuales y morales del Príncipe de los Ingenios declaran su temperamento nervioso cerebral. De la robustez de Miguel dan testimonio sus trabajos y fatigas, siempre llevados con buen semblante, la falta de antecedentes patológicos, y la edad que alcanzó, sesenta y ocho años

Pero ni sus males físicos, ni los pesares de su ánimo, ni su avanzada edad, eran parte para separarle del grato cultivo de las letras; al contrario, como que sólo en su trato ameno y sublime encontraba aquel portentoso Ingenio alivio en sus penas y descanso en sus tribulaciones, entregábase á él con toda la efusión de su alma y con todo el entusiasmo de un corazón juvenil.

Desde el año de 1612 no había dado Cervantes un momento de vagar á su pluma. Aquel exceso de trabajo intelectual, si dulce para sus predilecciones artísticas, tenía que resultar al cabo fatigoso para un organismo tan debilitado por los trabajos del espíritu, su padecimiento cardíaco y las angustias de su situación económica.

Sin embargo, aunque con las alternativas naturales de esperanza y desfallecimiento, de alegría y tristeza, que producía en su ánimo la cardiopatía que minaba su existencia, siempre seguía escribiendo para concluir las últimas obras comenzadas.

Desde 1613 había anunciado en el prólogo de las *Novelas*, entre otras, la publicación de *Persiles y Segismunda*, libro que prefería Cervantes á todos los suyos con el mismo cariño del alma que adoran siempre los padres á sus postreros hijos.

Era esta una obra de extenso y complicado argumento, novela donde se relataban minuciosamente los amores de dos personajes principales, llamados Periandro y Auristela, amores, por lo demás, tan rodeados de peripecias, de alternativas de la suerte, de vicisitudes y de acaecimientos tan inesperados y extraños, que forman un tejido de lances sorprendentes y de sucesos maravillosos. Prendado Cervantes de este último hijo de su talento, ya aseguraba en la dedicatoria, que los *Trabajos de Persiles y Segismunda*, habría de ser, ó el más malo, ó el mejor libro que en nuestra lengua se hubiere compuesto, entre los de entretenimiento, si bien añade que se arrepentía de haber dicho el más malo,

muy cumplidos y muy vividos. Su héroe Don Quijote también da fe con su robustez de la del Autor.

Mas si pudo Cervantes vencer en los mil peligros que amenazaban su vida, no logró hurtar el cuerpo á la vejez, y ésta hizo mella, no en el cerebro, de hermosa y sólida textura, sino en los vasos y en el corazón, de fábrica más endeble. Arterio-esclerosis se llama técnicamente esta vejez del aparato circulatorio, y de la cual derivan multitud de enfermedades del mismo corazón y de otros órganos, que todos al cabo se resienten.

De principio larvado, insidiosa, multiforme y crónica, la arterio-esclerosis era desconocida como tal enfermedad en los tiempos de Cervantes, y aun hoy se diagnostica muchas

“porque, según la opinión de sus amigos, había de llegar al extremo de bondad posible.”

Equivocábase Cervantes en tal juicio, y equivocáronse también los amigos que tan ilimitados elogios tributaban á aquel nuevo producto de su inteligencia; pues, como pudo verse al poco tiempo, cuando se dió á luz, en la invención no superaba el *Persiles* á sus más renombradas composiciones; como libro de entretenimiento, distaba mucho de las graciosas dotes y bellezas del *Quijote* y de las *Novelas*; y cuanto al mérito literario no podía competir en espontaneidad y hermosura con sus anteriores obras en prosa.

Tal juicio, cada vez más y más confirmado en la opinión general, es muy exacto y desapasionado. Los *Trabajos de Persiles y Segismunda*, forman un libro plagado de defectos. En cuanto á la inventiva, por demasiada y múltiple, perjudica á la composición. No procura Cervantes tanto conservar la unidad de acción, y tener en cuenta que los dos personajes principales, los protagonistas, descuelen, como dar nuevas y numerosas muestras de su fecunda imaginación y de su incomparable generalidad de conocimientos. Sucede, pues, que los infinitos episodios secundarios, las historias más peregrinas y admirables, los sucesos más sorprendentes, las narraciones más trágicas, interrumpen frecuentemente el relato de los amores de Periandro y Auristela, divirtiendo la atención en multitud de pormenores, y perjudicando al natural y conveniente desenvolvimiento de la novela.

Esta postrera concepción de Cervantes, al mismo tiempo que patentizaba una vez más la fertilidad y lozanía de aquella imaginación sin par, realizaba de nuevo á Cervantes como hablista, pues en el *Persiles*, como en todas sus obras, siempre se expresó en aquel lenguaje verdaderamente noble y verdaderamente español de sus gloriosos antepasados, sin mezcla de culteranismo, ni de aquellas deplorables fealdades que rebajaron el idioma patrio hasta tornarlo en ininteligible.

veces tarde, cuando se encuentran lesionadas las principales entrañas.

No apunto ni en pro ni en contra de mi hipótesis la falta de síntomas cardíacos en la historia de Cervantes. Lo que sí alego en pro de la cardiopatía son las alternativas del ánimo, tan pronto propicio á la esperanza como desmayado, y el temor á la muerte haciendo contraste con la casi normalidad de la vida civil. Yo, que he visto luchar durante nueve años á mi padre, cardíaco y con hidropesía en los postreros meses de su enfermedad, comprendo y me explico los últimos sucesos de Cervantes.” (*Historia clínica de Cervantes*, por José Gómez Ocaña, catedrático del Colegio de Medicina de San Carlos. Madrid: 1899.)

En Marzo de 1616 tenía ya terminada Cervantes la obra, á falta de dedicatoria y prólogo.

Agravábase su enfermedad, aunque la inteligencia estaba siempre despejada y la voluntad firme.

Los socorros del cardenal de Toledo hacían más llevadero lo triste de la indigencia. El 26 de aquel mes, escribió Cervantes á su protector una carta admirable, en que dejaba hablar al corazón con elocuente enternecedora gratitud.

“Ha pocos días (le dice), muy ilustre Señor, que recibí la carta de vuestra Señoría Ilustrísima, y con ella nuevas mercedes. Si del mal que me aqueja pudiera haber remedio, fuera lo bastante para tenerle con las repetidas muestras de favor y amparo que me dispensa vuestra ilustre persona; pero al fin tanto arrecia, que creo acabará conmigo, aun cuando no con mi agradecimiento. Dios le conserve ejecutor de tan santas obras, para que goce del fruto de ellas allá en su santa gloria, como se la desea su humilde criado, que sus magníficas manos besa. En Madrid, á 26 de Marzo de 1616 años.—Muy ilustre Señor: Miguel de Cervantes Saavedra.” (*)

La propia confesión de Cervantes nos abre su alma. Tenía plena seguridad de su próximo fin. Tanto arreciaba la enfermedad, que acabaría con él. Cada vez más abatido por sus padecimientos físicos, veía acercarse la muerte, sumido en la más completa pobreza, pero con la resignación de un verdadero sabio.

Fué, á lo que parece, en aquellos últimos días de Marzo, cuando para buscar alivio á sus dolencias, hizo Cervantes un viaje á Esquivias. Tenía aquel pueblecito muchos y gratos recuerdos para el gran Autor. Allí había pasado días muy felices de su vida. Allí encontró la dulce compañera del hogar, aunque las egoístas exigencias del interés de familia, le alejaron después de aquellos sitios amados. (**)

Tal vez el viaje se quedó en deseo, ó lo aderezó, si llegó á realizarse, con los atractivos de su festivo ingenio, para escribir el prólogo del

Persiles. Quizás aquel proemio fué sólo graciosa ficción, como el del *Quijote*, ideados uno y otro por Cervantes para desahogar su corazón ante el público y patentizar la gran injusticia de sus contemporáneos. Por eso, si en el prólogo del *Quijote* anuncia, por boca de un su amigo, que aquella obra había de ser una de las más seductoras y bellas de todas las de inventiva y enseñanza, en el que compuso para su *Persiles* y *Segismunda* introduce á aquel discreto estudiante que, no bien oye el nombre de Cervantes, cuando apresuradamente baja de su cabalgadura, abraza á Cervantes, llámale “el Manco sano, el Famoso todo, el Escritor alegre y el Regocijo de las musas”, y muéstrase su mayor admirador y entusiasta.

Al comenzar Abril, el decaimiento de fuerzas aumentó considerablemente en Cervantes. Desde el año de 1613 era hermano de la Orden tercera de San Francisco, habiéndose inscrito en Alcalá de Henares. El 2 de Abril de 1616 profesó en ella, en su misma casa de Madrid, por estar enfermo é imposibilitado de salir á la calle. Actuó en aquel acto un sacerdote llamado el Licdo. D. Francisco Martínez, capellán que fué del recién fundado convento de monjas trinitarias descalzas, situado en la calle de Cantarranas. D. Francisco Martínez era también amigo de Cervantes y vecino y dueño de la casa donde habitaba.

No abandonaron del todo á Cervantes las enterezas del ánimo ni en los últimos días de la vida. Aun entonces no dejó la pluma ociosa, como si su labor literaria no hubiera de concluir sino con su postrer aliento, por vocación inseparable de sus sentidos y potencias.

Testifican de la integridad de sus facultades mentales y de la claridad y energía de sus juicios, el mismo prólogo del *Persiles*, que le dió motivo para tan salados donaires y, sobre todo, para la dedicatoria que hizo de aquel libro, que no habría él de ver publicado, á D. Pedro Fernández de Castro, Conde de Lemos.

(*) Fué poseedor de esta reliquia literaria el Sr. Don Eduardo Fernández de San Román. La publicó por vez primera, año de 1863, D. Cayetano Alberto de La Barrera. Después se ha reimpresso en varias ocasiones.

Hoy pertenece el original de esta carta á la Real Academia Española.

(**) La esclarecida escritora D.^a Emilia Pardo Bazán, ha tenido frases muy felices al hablar de Cervantes en Esquivias. Aquel fué en realidad (dice) “el único punto de la tierra donde el Autor del *Quijote* conoció la calma y la ventura; ventura muy corta, según propia confesión, pero ventura al fin íntima y completa.—Allí amó Cervantes, fué correspondido y se unió á la mujer que había de ser su compa-

ñera hasta que sus cuerpos descansasen, por voluntad expresa de la esposa, reunidos en un mismo sepulcro.—Cervantes dió con su cuerpo en Esquivias en un momento que señala nuevos rumbos á su azarosa existencia, y la reparte en dos períodos tan agitados y activos como fecundos en adversidades, siendo Esquivias el oasis, el descanso al pie de la palmera y junto á la cisterna de frescas aguas, entre la doble extensión del abrasado arenal.—Mas, en medio de los dos períodos largos y terribles, Cervantes paladeó la dulzura de esa copa de miel que consuela y hace olvidar cualquier dolor.”

Obras completas de D.^a Emilia Pardo Bazán. (T. XXVI: 8.º, págs. 204-10. Madrid, s. a.)

Ya en dicho prólogo exclamaba Cervantes al concluir, penetrado de lo cercano de su fallecimiento, y con cierta amarga conformidad: "Adiós, gracias; adiós, donaires; adiós, regocijados amigos, que yo me voy muriendo y deseando veros presto contentos en la otra vida." Exclamaciones sentidas que arrancan lágrimas y dejan llena de sinsabores el alma. La enfermedad tocaba á su fatal desenlace. Empeoró de tal manera, encontróse ya tan grave, que el día 18 de Abril hubo necesidad de administrarle la extremaunción. Su entereza de ánimo, no obstante, fué superior á todo, y al siguiente, 19, escribió aquella carta-dedicatoria (*) al Conde de Lemos, tan celebrada y conocida, composición sublime, llena de elevados pensamientos, por extremo elocuente y en que pagaba con un premio inmortal y un agradecimiento eterno las dádivas con que le favoreció aquel magnate.

Dechado de virtudes Cervantes, agobiado por la maldad é injusticia de los hombres, sumido en estrechísima pobreza, después de una lucha titánica por la vida durante más de cincuenta años, desamparado de todas las consideraciones del

(*) Dice así: "Aquellas coplas antiguas, que fueron en su tiempo celebradas, que comienzan: *Puesto ya el pie en el estribo*, quisiera no vinieran tan á pelo en esta mi epístola, porque, casi con las mismas palabras, la puedo comenzar diciendo:

Puesto ya el pie en el estribo,
Con las ansias de la muerte,
Gran señor, ésta te escribo.

Ayer me dieron la extremaunción, y hoy escribo ésta: el tiempo es breve; las ansias crecen; las esperanzas menguan; y, con todo esto, llevo la vida sobre el deseo que tengo de vivir, y quisiera yo ponerle coto hasta besar los pies á Vuestra Excelencia; que podría ser fuese tanto el contento de ver á Vuestra Excelencia bueno en España, que me volviese á dar la vida. Pero si está decretado que la haya de perder, cúmplase la voluntad de los Cielos, y por lo menos sepa Vuestra Excelencia este mi deseo, y sepa que tuvo en mí un tan aficionado criado de servirle, que quiso pasar aun más allá de la muerte mostrando su intención. Con todo esto, como en profecía me alegro de la llegada de Vuestra Excelencia; regocíjome de verle señalar con el dedo, y realégrome de que salieron verdaderas mis esperanzas, dilatadas en la fama de las bondades de Vuestra Excelencia. Todavía me quedan en el alma ciertas reliquias y asomos de las *Semanas del Jardín* y de *El famoso Bernardo*: si á dicha, por buena ventura mía, que va no sería ventura, sino milagro, me diese el Cielo la vida, las verá, y con ellas fin de la *Galatea*, de quien sé está aficionado Vuestra Excelencia; y con estas obras continuado mi deseo. Guarde Dios á Vuestra Excelencia, como puede. De Madrid, á 19 de Abril de 1616 años.

Criado de Vuestra Excelencia, MIGUEL DE CERVANTES.

(**) La casa donde murió Cervantes estaba situada en Madrid, calle del León, esquina de la de Francos. La puerta de entrada hallábase por la primera. La fachada por la ca-

mundo, despreciado de los soberbios, tildado de los vanidosos, hecho el blanco de la envidia y de la perversidad, postrado en una humilde vivienda de la calle del León; (**) sólo se hallaba fortalecido en el supremo instante de su agonía por las cariñosas miradas de su esposa, hija y sobrina y por los solícitos desvelos de sus hermanos en religión los terceros de San Francisco.

Tranquila la conciencia, con la sonrisa del justo en sus labios, resignado con las adversidades de la suerte, puesta su esperanza en la misericordia de Dios, que únicamente podía premiar sus virtudes, y en el recto juicio de la posteridad, que solamente podía justipreciar su talento, "entre compasiones y lágrimas de los que allí se hallaban," dió Cervantes su espíritu cuatro días después de habersele administrado la extremaunción, el 23 de Abril de 1616, á los 69 años de edad.

Terminaba así para el varón caballeroso y sublime, para el sabio perseguido de la desgracia, el largo calvario de su vida.

Empezaba para el Genio su imperecedero triunfo; la época de la reparación y de la justicia; la inmortalidad; la gloria. (***)

lle del León medía 45 pies y por la de Francos 59 y 3 octavos; en total, 2.988. Constaba la casa de piso bajo, principal y un segundo abohardillado.

Estándose derribando en 1833 la antigua finca por ruinosas, llamó la atención del gobierno D. Ramón de Mesonero Romanos para que se adquiriese por el Estado. Hiciéronse, pero sin resultado, gestiones oficiales al efecto. El dueño, que era un almacenista de carbón, de apellido Franco, decía con muy buena sombra que no la vendía en manera alguna, "porque también él tenía mucho gusto en poseerla, pues sabía que en ella había vivido el famoso *Don Quijote de la Mancha*, de quien era muy apasionado."

De Real orden se comunicó entonces al corregidor de Madrid, D. Domingo María Barrafón, para que se cumpliera lo acordado por Fernando VII, que en la fachada de la nueva finca, en el paraje que pareciera más apropiado, se colocase un busto de Cervantes con una lápida de mármol y la correspondiente inscripción, como recuerdo permanente de haber sido morada de aquel grande hombre.

La lápida dice así:

AQUÍ VIVIÓ Y MURIÓ
MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA,
CUYO INGENIO ADMIRA EL MUNDO.
FALLECIÓ EN MDCXVI.

El docto Mesonero Romanos opinaba que el apellido CERVANTES debiera haberse puesto más bien á la del León que á la calle de Francos; parecer muy atinado, pues verdaderamente la entrada de la casa estaba en tiempo de Miguel por la del León; y prueba de ello que su partida de defunción, dice terminantemente: "calle del León, recibió los santos Sacramentos de mano del Lcdo. Francisco López". La casa tiene actualmente número 2.

(***) Por la partida de defunción que existe en el archivo de la parroquia de San Sebastián, de Madrid, sabemos que Cervantes dejó dispuesto le enterrasen en el convento

de monjas Trinitarias. Mandó dos misas por su alma, y las demás á voluntad de su esposa, testamentaria, y de su vecino, el clérigo presbítero Lcdo. D. Francisco Martínez. (*)

El sepelio de Miguel fué sumamente modesto. Llevaron el cadáver á las Trinitarias sus hermanos los terceros de San Francisco. Oscura y pobremente quedó allí sepultado. Dos humildes poetas, admiradores de sus virtudes y talento, le dedicaron sendos recuerdos de cariño, D. Francisco de Urbina y Luis Fernández Calderón.

D. Martín Fernández de Navarrete, guiándose de datos equivocados, creyó que las religiosas habían estado antes de morir Cervantes, por algún espacio de tiempo, en una casa de la calle del Humilladero, lo que dió motivo á dudas respecto de si Miguel estaría sepultado en el convento que subsiste en la calle de Cantarranas.

D. Pascual Madoz ya hizo notar, con sagaz acierto, en 1851, que el convento siempre estuvo desde su fundación donde permanece hoy. El Marqués de Molins demostrólo también en 1870 en su libro *La Sepultura de Cervantes*, aunque quiso dejar confirmado el error de que en aquel monasterio llegó á profesar Doña Isabel de Saavedra, hija de Miguel; leyenda ya destruída para siempre por documentos indiscutibles.

Y el ilustre D. Cristóbal Pérez Pastor, ha aportado últimamente un sin número de documentos importantísimos, por los que se prueba y confirma que la fundación del convento llevóse á cabo en la calle de Cantarranas, año de 1614, por D.^a Francisca Romero, hija del maestre de campo D. Julián y de D.^a María Gaytán. D.^a Francisca era viuda de D. Alonso de Ávalos. Allí mismo continuó el monasterio mientras no terminó, años después, el patronato de la Doña Francisca por discordias con las monjas, y aun más tarde,

(*) "En veinte y tres de Abril de mil seiscientos y diez y seis años murió Miguel de Cervantes Saavedra, casado con D.^a Catalina de Salazar, calle del León; recibió los santos Sacramentos de mano del Licenciado

cuando desde 1630 empezó el nuevo patronazgo de la Marquesa de la Laguna.

Histórica é irrecusablemente está, pues, comprobado, que en el mismo perímetro que comprende ahora el convento de monjas Trinitarias de Madrid, es donde fué enterrado Miguel de Cervantes, aunque no se pueda con fijeza señalar el sitio por la incuria de sus contemporáneos y el descuido imperdonable de su propia familia. (Deben consultarse sobre esta cuestión los dos tomos de *Documentos* de Pérez Pastor. T. I, págs. 346-82, y t. II, págs. 539-47).

Representóse en Valladolid y Barcelona, año de 1874, por el notable actor D. José Mata, un drama titulado *La Muerte de Cervantes*.

Se compuso en colaboración: las últimas hermosas escenas las escribió el insigne poeta castellano D. Emilio Ferrari, actual académico de la Española.

Ferrari ha trabajado mucho por el culto patriótico á Cervantes y la conservación de la casa donde éste habitó en Valladolid. Son varias y de superior mérito las poesías que ha dedicado á su gloriosa memoria. Ferrari fué, hará treinta años, en unión de Becerro de Bengoa, Fermin Herrán, Eduardo de Oscáriz, José Estrañi y otros escritores distinguidos, uno de los iniciadores de aquel fervoroso movimiento literario que tanto ha enaltecido después á toda Castilla la Vieja.

Ferrari siguió, para componer las patéticas escenas en que presentó la muerte de Cervantes, la leyenda, entonces prevaleciente, de sus amores en Portugal, y de haber sido religiosas en las Trinitarias su hija natural D.^a Isabel y la madre de ésta. El drama, del que poseemos una copia, creemos que permanece inédito.

Francisco López: mandóse enterrar en las monjas Trinitarias: mandó dos misas de alma, y las demás á voluntad de su mujer, que es testamentaria, y el Licenciado Francisco Martínez, que vive allí."

Cuando murió Cervantes, su esposa D.^a Catalina, como viuda y testamentaria, quedó poseedora, según se cree, de la riqueza de manuscritos que dejó el difunto. Contaríanse entre ellos originales ó copias de muchas de sus hoy perdidas comedias, lo mismo de las que produjo en el primer período en que componía para el teatro, que de las que escribió después, y sobre todo la famosa *Confusa* y la que estaba preparando á fines de 1615, según sus mismas palabras, con el título *El Engaño á los ojos*, y probablemente dejaría concluída.

En poder de D.^a Catalina hubieron de quedar también, completas ó sin terminar, las demás obras en que se hallaba trabajando desde dos años antes, y de que adelantó noticias en el canto IV del *Viaje del Parnaso*, y en los prólogos de las *Comedias y Entremeses* y de la Segunda parte de *Don Quijote*. Eran éstas *El Persiles y Segismunda*, *Las Semanas del Jardín* y la Segunda parte de *Galatea*.

En el mismo proemio del *Persiles*, todavía dijo que le quedaban en el alma ciertas reliquias y asomos de *Las Semanas del Jardín* y de *El famoso Bernardo*, las cuales, con el fin de

la *Galatea*, de la que estaba prendado el Conde de Lemos, llegaría á verlas publicadas su protector si por milagro el Cielo le diese vida.

Excluyendo *Las Semanas del Jardín* y *El famoso Bernardo* que, con seguridad, no podría dejar Cervantes sino empezadas, ó en bosquejo tal vez, á causa de sus enfermedades, parece casi seguro que estaría muy adelantada *La Galatea*. El *Persiles* ya sabemos que lo dejó concluído Cervantes y perfectamente listo para la stampa. Este fué el único libro póstumo que publicó D.^a Catalina de su marido. Poco tiempo después de muerto Cervantes, hubo de concertar con el librero Juan de Villarroel, el mismo editor de las *Comedias*. La impresión, costeada por él, se hizo en casa de Juan de la Cuesta. El contrato con la viuda, que no se conoce, sería tan leonino, ó casi, como todos los anteriores que se habían hecho con Miguel.

No rebasaría en mucho, seguramente, la cantidad entregada por la venta del privilegio del *Persiles*, durante los diez primeros años, de lo que llegó á dar Francisco de Robles, respectivamente, por el derecho de propiedad cuando las edi-

ciones de las dos partes del *Quijote* y de las *Novelas*. Entonces, como antes, las utilidades líquidas serían para el editor. (*)

Más pródigo y generoso debió de ser con D.^a Catalina el Conde de Lemos, pues como recuerdo de veneración al muerto y de respeto á la dama, se mostraría cual era de esperar de su encumbrada posición y de sus impulsos protectores á las letras, más vivos en aquellas circunstancias por la irreparable desgracia que lloraban todos. El Conde de Lemos no volvió á España sino tres meses después de muerto Cervantes: desembarcó en Barcelona. Es posible que entonces saludara y diese el pésame á D.^a Catalina de Salazar en Madrid.

Hay que lamentar mucho que esta señora, profesando tanto amor al difunto, no pensara en publicar ningún otro nuevo trabajo de Miguel. La posteridad no podrá perdonarle nunca su olvido ó su abandono. Ella fué la más directamente responsable de la pérdida de tantas páginas inmortales como dejaría manuscritas Cervantes al morir.

Aunque D.^a Catalina había hecho cesión de todos sus bienes so pretexto de débitos, el año 1612, á su hermano Francisco de Palacios, bien se traslucía que aquello no era más que un plan premeditado y convenido para que Cervantes no pudiese disponer ni de un real de su esposa. Doña Catalina, tan amante de su dulce Esquivias, pasaría en aquel pueblo los primeros años de su viudez, con la tranquilidad propia de una vida exenta de cuidados, cubiertas las atenciones y regalado el ánimo por el rezo y la contemplación. D.^a Catalina tenía lo bastante para vivir con holgura en aquel delicioso retiro de sus más caros afectos.

Los diez años y medio transcurridos desde la muerte de Cervantes hasta la de su mujer, ninguna alteración hubieron de introducir en la plácida normalidad de sus días. Suavizadas, cuando el fallecimiento de Miguel, las asperezas que de antiguo existían, quizás por los buenos oficios del Licenciado Martínez, paisano y amigo de Luis de Molina, y amigo también de D.^a Catalina, la familia hizo las paces y reanudó las interrumpidas relaciones.

En 1626, y quizás anteriormente, estando enferma ya la viuda de Cervantes, vivía con su hermano Francisco de Palacios en la calle de los Desamparados en Madrid. El día 20 de Octubre de dicho año testó ante el escribano Alonso de Valencia. Reformó sus disposiciones de 1610, ordenando se le enterrase en el convento de Trinitarias, donde yacía su marido, y no en Esquivias. Recibió los Sacramentos de mano de Carlos Manrique. Mandó se le dijese trescientas misas por su alma, y fundó una memoria. Murió el 31 de Octubre. Fueron sus albaceas el esposo de D.^a Isabel de Saavedra,

escribano Luis Molina y el mismo hermano de Doña Catalina, Francisco de Palacios.

La partida de defunción de la viuda de Cervantes la publicó por vez primera D. Juan A. Pellicer, y se conserva en el libro correspondiente de difuntos (1624-28), folio 213 vuelto, de la parroquia de San Sebastián, Madrid.

No se ha descubierto todavía el último testamento de Doña Catalina, que tal vez podría servir para aclarar algún punto oscuro en la vida de Cervantes. (**)

*
* *

D.^a Isabel de Saavedra, hija natural de Ana Franca y de Miguel de Cervantes Saavedra, después legitimada en 1606 ó 1607, sobrevivió á toda su familia.

Cuando quedó viuda, año 1632, de su segundo marido, el escribano Luis de Molina, seguiría viviendo en la casa que habitaba desde 1608, en la Red de San Luis, enfrente de la calle de Jardines; casa que fué, desde la muerte de Cervantes, y con anterioridad, un semillero de pleitos y enredos sobre si Urbina ó D.^a Isabel y su marido eran los verdaderos dueños de la finca.

El primer dato que conocemos de D.^a Isabel más tarde, corresponde al año 1639, en el cual, el 30 de Marzo, prestó declaración ante el Santo Oficio contra una pobre beata iluminada, de nombre María Bautista.

Ratificóse en su anterior declaración el 21 de Septiembre del mismo año. La beata fué absuelta por la Inquisición. El proceso lo publica íntegro Pérez Pastor: (t. II, págs. 319-325).

D.^a Isabel vivía, Marzo del 39, en la calle de Barrionuevo, frente de una confitería, y en Septiembre del mismo año en la calle Segunda de la Espada, en casas de D.^a María de Maço, frontero de Juan de Tapia, cirujano.

Por algunos otros documentos que ha descubierto el mismo Sr. Pastor (véase dicho tomo), sabemos que la situación económica de D.^a Isabel seguía siendo bastante desahogada. Tenía un censo de ciento cincuenta ducados de principal contra D.^a María Daza, sobre unas casas en la calle de Barriónuevo. También prestaba cantidades á algunos de sus amigos, como consta de datos consignados en su mismo postrer testamento. Fernando Ortiz y su mujer D.^a Clara Gómez le debían 200 ducados que les prestó; y quedaron obligados á devolver dicha suma cuando dispusiera D.^a Isabel, previo aviso de tres meses. Cuando murió, todavía no se los había pedido, lo que demuestra que no los necesitaba.

Aunque D.^a Isabel sabía que no podía presentar títulos válidos para seguir gozando el usufructo de la casa en que había vivido, y quería tener por suya, en la Red de San Luis, particularmente desde la muerte de su hija Isabel; si-

(*) Villarroel, que no quedaría contento del éxito de las *Comedias y Entremeses*, pues no se hizo más que la primera edición del año 1615, estaría confiado, por promesa de Miguel, en que sería preferido para editar el famoso *Persiles*, como lo realizó su esposa D.^a Catalina.

El librero Villarroel pudo desquitarse muy bien entonces, con la sorprendente venta de la nueva obra, de la tardanza, ó poco lucro que sacase de la anterior. Como único propietario, hubo de obtener pingües ganancias. Además de la primera edición, que mandó hacer en casa de Cuesta, y despacharía enseguida, percibió también lo que estipulara con los interesados por los permisos que les concediese para las seis ó siete reimpresiones que se hicieron el mismo año de la edición príncipe, solamente, (sin contar las de los sucesivos,) en París, Barcelona, Valencia, Pamplona, Lisboa y Bruselas; ni mentar la estampada furtivamente en Madrid.

Esta tenía también fecha del año 17, pero con manifiesta superchería para perjudicar al editor propietario.

(**) D.^a Constanza de Ovando, hija de D.^a Andrea, también se reconcilió con su prima D.^a Isabel de Saavedra, según resulta de datos incontestables. Desde 1610, como sabemos, era D.^a Constanza la única heredera de lo que se quedó debiendo á su tío D. Rodrigo, el alférez que murió

en Flandes en 1600, por la parte correspondiente á su difunta señora madre, y por la cesión, que á su favor hicieron de las que les pertenecían, D.^a Magdalena y Miguel, sus tios. Las partidas que se cobraron hasta su muerte, ella sola hubo de percibir las.

El año 1608 puso pleito á un tal Francisco Leal por débito de 1.140 reales, los cuales hizo efectivos. La carta de pago de D.^a Constanza ofrece la particularidad de firmar D.^a Constanza con el apellido del padre, cuando siempre lo solía hacer con el de Figueroa. En 1614 cobró de un Juan de Avendaño, vecino de la ciudad de Trujillo en el Perú, mil reales que le adeudaba.

Desde esta fecha no se han descubierto documentos nuevos acerca de D.^a Constanza. En 1624 vivía sola en la calle del Amor de Dios. Allí murió el 22 de Septiembre de dicho año. La partida de defunción, que existe en la parroquia de San Sebastián de Madrid, y publicó D. J. A. Pellicer, dice que no testó y recibió los santos Sacramentos de mano del Licenciado Corbalán. Añade que la enterró *Luis de Molina* en 12 ducados.

Los comprobantes de lo que se adeudaba á su difunto tío, quedaron seguramente en poder de su prima D.^a Isabel, la cual hizo constar en su último testamento, año de 1652, que todavía entonces restaba el Tesoro de los descargos por tal concepto unos "quinientos escudos."

guió mandando como dueña absoluta y cobrando alquileres de los vecinos, cuando la dejaban. Así se comprende lo que pasó, entre otros casos que se ignoran, en 1648. Arrendó en Julio la casa, durante dos años, á Pablo Vicencio Feliciano. El inquilino, porque la casa no estuviese en condiciones para habitarla, ó por temor de ser molestado por la parte de Urbina, pidió la anulación de lo tratado, y D.^a Isabel accedió á ello, quedando á deber 350 reales á Feliciano por el dinero que éste adelantó en garantía. Sólo vivió Pablo Vicencio seis días en la casa

El último testamento hecho por D.^a Isabel de Saavedra, ante el notario Pedro de Castro, con fecha 19 Septiembre de 1652, es totalmente distinto del ya mencionado de 1631. Entonces estaba dominada por su tío el P. de la Merced Fray Juan de Villafranca y los monjes de San Basilio: ahora, muertos todos sus conocidos de otros tiempos, todo su afecto quedó para los monjes y clérigos de San Martín, en donde mandó que la enterrasen. Murió en la calle de la Sartén, casas de D. Francisco Montalbo, á 20 de Septiembre de 1652, á los 67 años de edad. Dejó por testamentarios al muy Reverendo P. Fr. Anselmo de la Cuesta, abad de San Martín y á D.^a Antonia de Gomara, vecina de la misma casa donde vivió la difunta. Mandó se dijese por su alma é intención mil misas de alma en altares privilegiados, por cada una de las cuales se abonaría de limosna dos reales; y por las ánimas del Purgatorio se dirían doscientas, y se pagarían á

real y medio. (Tomo II de *Documentos*, páginas 334-42).

De lo que dice D.^a Isabel en su testamento, respecto de lo convenido por Cervantes con Urbina cuando la Escritura de capitulaciones, se desprende que éste tenía razón en el interminable pleito sostenido, y que sólo por terquedad ó mala fe de los esposos Molina, se le ocasionaron muchos gastos y perjuicios, todo lo contrario de lo que se había propuesto Miguel de Cervantes Saavedra.

*
**

ADVERTENCIA FINAL.

En varias páginas (la 74 entre otras), hemos hecho referencia á datos cervánticos bibliográficos que prometíamos en capítulo determinado de este volumen; pero dejámoslos, por ser lugar más oportuno, para publicarlos en el extenso trabajo que insertaremos en los tomos sucesivos, que han de contener el texto del *Quijote*.

Lo mismo haremos respecto del importante y originalísimo comentario escrito por el distinguido cervantista D. Baldomero Villegas, libro que verá la luz pública en Madrid á principios de 1903. Algo hemos dicho, sin embargo, acerca del referido *Estudio topológico* en la pág. 444, por haber tenido su autor la bondad de enviarnos gran parte de su obra en pruebas de planas.

FIN DEL LIBRO CUARTO Y ÚLTIMO.

EPÍLOGO

Á mí que, al evocar el nombre venerado del sin par Cervantes, tengo que decir con el famoso autor del canto épico *La batalla de Lepanto*, el fecundo cuanto malogrado Don Manuel Fernández y González:

«Si hay una pluma que á su pluma baste,
Otra pluma será, que no la mía,
Que existe entre él y yo para contraste,
y es poco á fe, la eternidad vacía.
Bronces y rocas el cincel desgaste
Para esculpir sus timbres á porfía;
Que ante Cervantes sólo reverente
Sé admirar y callar y hundir la frente»;

á mí me ha honrado sobremanera el primero de los cervantistas, el infatigable, entusiasta y sagaz Sr. Máinez, cuyo descanso es el pelear,—y que del Inmortal Manco, el portentoso Creador del inimitable *Quijote*, el prudentísimo Cide-Hamete, el prodigio de las Letras castellanas, hizo su héroe predilecto, el culto de su vida laboriosa y útil,—pidiéndome el afortunado autor de la biografía de Cervantes, que acaba de salir en Jerez de la Frontera, para gloria de España, bajo la protección y auspicios del ilustradísimo Sr. D. Manuel L. Olías, un epílogo para su obra monumental, cuyo prólogo escribió con su acostumbrada maestría el ilustre académico Sr. Benot, diciendo que la base de la obra eterna del soberano Ingenio complutense «es el realismo idealizado, que nunca ha de envejecer, pues para él no se hizo la decrepitud; no los libros de caballerías, que ya estaban mandados recoger».

¿Con qué frases pudiera yo empezar el presente artículo mejor que con éstas del mismo Cervantes: «¡Ó autor celebrísimo! ¡Ó Don Quijote dichoso! ¡Ó Dulcinea famosa! ¡Ó Sancho Panza gracioso! Todos juntos, y cada uno de por sí, viváis siglos infinitos, para gusto y general pasatiempo de los vivientes?»

Así como el hijo de Rodrigo de Cervantes Saavedra y de D.^a Leonor de Cortinas, pudo decir á su pluma: «para mí sola nació Don Quijote, y yo para él; él supo obrar, y yo escribir; solos los dos somos para en uno, á despecho y pesar del escritor fingido y torde-illesco... Aquí quedarás colgada, péñola mía, á donde vivirás luengos siglos»; así podría también exclamar el Sr. Máinez: «para mí nació Cervantes, *tan versado en desdichas como en versos*, el Autor clásico y sublime, gloria imperecedora de España, pasmo de las naciones, para que yo acompañe al campeón heroico de todo lo recto y grandioso en todas las vicisitudes, contrariedades y luchas de su vida inmaculada; para que yo

penetre los secretos más recónditos de su corazón, los misterios de su alma; para que yo le represente al mundo sin las manchas de la calumnia; retratándole cual hombre y escritor ejemplar, como prototipo del caballero español, cual conjunto extraordinario de facultades singulares y de virtudes heroicas, cual Genio que llegara al fin de la jornada con la palma del martirio en las manos y la corona de espinas en la frente, pues tal es el premio de la inmortalidad».

¡Con qué placer tan inefable estoy ocupándome de la incomparable sátira de Cervantes, denominada con sobrada razón *producción universal*, y de la obra benedictina del Sr. Máinez, llevada á término felicísimo con verdadera paciencia germánica, perteneciendo yo por mis padres y por mi cuna á Alemania, cuyos elogios hace el Príncipe de los Ingenios españoles diciendo en su *Quijote* que «en la mayor parte della se vive con libertad de conciencia!» Yo haré siempre mía esta frase de uno de sus personajes: «*Es-pagnoli y tudesqui, tuto uno bon compagno*».

Ninguna nación extranjera ha pensado y escrito tanto sobre Cervantes y el *Quijote* como la alemana, tan apasionada lo mismo de la poesía brillante de Calderón que de la prosa encantadora de Cervantes, siendo los juicios de nuestros ingenios acerca del incomparable alcalaino y de su maravillosa obra, cuyo alcance filosófico no pudo adivinar el mismo Autor, primorosas guirnaldas que pudiéramos colocar al pedestal de la estatua del Gran castellano, no superado por nadie en la tierra.

*
* *

Recogeré, pues, antes de que hable del Sr. Máinez, los juicios de mis paisanos para formar de ellos un ramillete.

¡Ojalá que fuese digno del Genio originalísimo á quien debemos el *Quijote*, la *Galatea*, las *Novelas ejemplares*, las *Comedias y Entremeses* y los *Trabajos de Persiles y Segismunda*!

El primer literato alemán que trató de la famosa producción *Don Quijote de la Mancha*, no comprendida en ningún género literario, singularidad que le ha hecho alcanzar tan gran popularidad y renombre, fué el suizo Juan Jacobo Bodmer, que en 1741 dedicó un capítulo al carácter del Quijote y de Sancho Panza.

Decía Bodmer, ese heraldo entusiasta de lo bello, que combatía la sabiduría crítica y los versos prosáicos de Gottsched, y concibió un *Guillermo Tell* 30 años antes de Schiller, y nos dió á conocer la epopeya *Los Nibelungos*, cubierta del polvo de los siglos: «Cervantes tenía que encontrar en su cerebro, así todos los conceptos verdaderos, sabios y

amenos que expone el *Quijote*, como todos los argumentos vanos de los afectos y de la imaginación que alega en defensa de sus fantasías: brillan, pues, el ingenio chispeante, el chiste fino de Cervantes en el ingenio, y el chiste hasta en las locuras del caballero andante. Aquel combate singular de sabiduría y de locura que se hace con tanta habilidad y tanto donaire, aquella mezcla de verdad, de error y de probabilidad, de buen gusto y de imaginación extraviada, de simplicidad y de autoridad, nos dan á conocer el genio flexible y discreto del autor que pudo acometer empresa tan difícil».

Nos hace reír el chistoso apóstrofe que el satírico *Teófilo Guillermo Rabener* dirigió al asno del fiel escudero del *Quijote*: «¡Ó asno, tres veces afortunado, que viviste en tiempo del sabio Sancho, en que se reconocían los méritos también en los asnos! ¡Cuánto han cambiado los tiempos para ignominia nuestra! Se reverencia el rango y la pompa, y un asno cubierto de oro nos parece á veces más respetable que siete sabios. De tí, cuyos oídos llenaban con su fuerza irresistible los refranes del iluminado Sancho, hicieron éstos el asno más ingenioso de tu época. En ninguna de sus numerosas aventuras dió Sancho pruebas tan patentes de su ingenio fino, como en los actos de su gobierno. En aquel tiempo luciste tú también tus virtudes. Fuiste el hermano, el confidente del dichoso Sancho.

Él no se atrevía á gobernar sin tí, á quien llamaba *bien mio, rucio de mis ojos*. Al hacer Sancho su entrada triunfal, ibas tú detrás de él con jaeces y ornamentos jumentiles de seda y flamantes: volvía Sancho la cabeza de cuando en cuando á mirarte, con cuya compañía iba tan contento, que no se trocara con el emperador de Alemania. Te hubiera sido fácil abusar de la confianza de tu dueño en propio provecho y para daño de tus enemigos. No lo hiciste. Lo más curioso de toda la historia es que, durante el glorioso gobierno de Sancho, no se hace mención de tí, viéndote el lector por postrera vez en aquella pomposa entrada, y sólo vuelves en el momento tan triste en que el sabio Sancho, cansado del cargo insólito, resolvió dejar el insulano imperio, huyendo contigo. Tú tenías aquellas virtudes que Diógenes buscaba en vano en los hombres. ¡Ó espejo y flor de los asnos más perfectos! Tu profunda sabiduría, que debiste á los proverbios de Sancho, tu moderación y honestidad, tu probidad para con tu dueño y tus amigos, tu severidad estoica en todos los reveses, tu contento, el arte tan difícil de ver sin envidia alguna la fortuna de los otros, tu previsión política, siendo confidente de un poderoso gobernador sin despertar el odio del pueblo; todas esas loables virtudes hacen de tí un asno virtuoso por excelencia, un asno privilegiado.

En fin, el trabajo es el padre de la felicidad. También por un hueco pequeño vése el cielo. Quien á buen árbol se arrima, buena sombra le cobija. Quien se hace oveja, concluirá comido de lobos. Detrás de la cruz está el diablo. Un asno cubierto de oro, parece mejor que un caballo enalbardado. Quien baila sobre el hielo, cae. Muchos llevan un saco, y llaman á su vecino un asno. Pero Dios me entiende, dice el padre Sancho »

El ilustre traductor del *Cid*, el gran escritor alemán *Juan Godofredo de Herder*, llamaba al *Quijote* la más notable de todas las epopeyas cómicas de Europa, y decía: «Así como el cuento pertenece á los orientales, la novela es patrimonio de los españoles, á quienes su país, su carácter, su parentesco con los árabes y su estado, les hacen los orientales de Europa.»

Herder escribió también un bellissimo coloquio titulado: «¿Quién era el mayor héroe? y ¿quién era el legislador más discreto?» Hé aquí la contestación: «Los héroes de la Historia alcanzaron renombre por las desgracias que causaban, por la miseria que atraían sobre los hombres. Pero ¡qué noble, qué divino fué mi héroe favorito, el manchego! Él salió á hacer justicia en desagravio de violencias, á levantar al caído, á aniquilar las maldades. ¡Qué de coces y manteamientos, ladrillazos y puñadas recibió y sufrió! Pero trabajos y penas eran para él blanda cama, porque considerábase como el que tenía el deber y la obligación de proporcionar á los otros felicidad y sosiego. Si los éxitos no correspondían á las empresas de su corazón generoso, sólo tiene la culpa de ello su enfermedad; si su poder hubiese sido tan grande como su buena voluntad, hubiera enderezado todo lo oblícuo cual cedro.

En cuanto á Sancho, me inclino respetuosamente ante el más venerable de los gobernadores y legisladores. ¡Cuán atinado era en sus juicios! Minos, Solón y Numa, inspirado por Egeria, quedan obscurecidos por él. Fuiste un aldeano, un indocto, un necio; pero, como gobernador avisado y prudente, fuiste un ángel que ponías la mira sólo en el bien de tus subordinados. Quisiera yo que toda la tierra fuese tuya, como tu ínsula Baratania, siendo tú, Sancho, su custodio y reformador.»

Compréndese fácilmente que el amable autor de idilios, el suizo *Salomón Gessner*, (1) que floreció en el siglo XVIII, se enamorase también del *Quijote*, quien, después de tantas aventuras, tomó la resolución de hacerse pastor y seguir la vida del campo.

Es sabido que *Cristóbal Martín Wieland*, el autor de *Oberón*, y admirador de Goethe, conoció cuando joven el *Quijote* y lo imitó en su novela titulada *El triunfo de la Naturaleza sobre la fantasía ó las aventuras de D. Silvio de Rosalva*, que salió en Ulm en 1764.

Federico Bouterwek, tan apreciado en España por su «*Historia de la poesía y elocuencia españolas*», dice acerca del *Quijote*: «Sólo un profundo conocedor de los hombres; un hombre dotado de una mente sana y de una mirada del genio, ante la cual se abren las profundidades del ánimo humano, pudo concebir la primera idea de aquella novela; sólo un hombre lleno de fantasía é ingenioso, pudo desarrollarla con interés poético; sólo un escritor que disponía de una de las lenguas más hermosas del mundo pudo dar á aquella obra esa perfección clásica de la expresión.

Cervantes transformó la novela caballeresca de la Edad Media, que no era sino un producto ambiguo del genio y de la insensatez, en una novela genuina de los tiempos modernos, teniendo el *Quijote* algo de imponente y un colorido poético que le distingue de todas las novelas cómicas. Dibujar verdaderos caracteres, era para Cervantes una necesidad».

El afamado poeta epigramático *Abraham Gotthelf Kästner* dijo en verso que el *Quijote* sobrevive á los Amadis, y el renombrado paisano de Goethe, *Federico Maximiliano de Klinger*, quien subió al Parnaso alemán y concluyó siendo teniente general en Rusia, decía: «Qué cosa tan importante es el gobernar, nos lo demuestra el virtuoso hidalgo de la Mancha: á veces habla como loco, pero al tocar este punto, es cuerdo como el que más. Frases de oro brotan de sus labios al enseñar á su fiel escudero los deberes que tenía que cumplir en su gobierno de la ínsula Baratania. Y quien quiera saber el efecto que produce el gobernar en las almas bondadosas y cándidas, ha de leer el dis-

(1) Otro suizo, el distinguido hispanófilo *Edmundo Dörer*, que en 1881 ganó el premio concedido por la Real Academia Española á la mejor

oda alemana á Calderón, publicó en el mismo año, en Leipzig, los juicios de muchos literatos alemanes sobre Cervantes.

curso, verdaderamente sublime que Sancho, al dejar el gobierno, dirige á su buen amigo el rucio.

Cosa semejante se encuentra en los cuentos persas, tratando de un sabio á quien un califa nombró visir. Los cortesanos acusan al visir de tener escondido en su gabinete un tesoro que visitara en secreto. El califa y los cortesanos entran en el gabinete, mostrándoles el visir un baul cerrado. Se le abre, y encuentran el traje sencillo que el sabio llevaba en la soledad».

Goethe elogiaba sobre todo la Primera parte del *Quijote*, en la cual el protagonista es romántico porque continúa haciéndose ilusiones; pero, según la opinión del autor de *Fausto* y de *Guillermo Meister*, pierde el héroe el interés en la Segunda parte cuando sirve de blanco de burlas.

El insigne filósofo *Federico Guillermo José de Schelling* colmó de alabanzas á Cervantes y á España. Decía: «Don Quijote perteneció á la nación más ilustre; él y Sancho Panza son figuras mitológicas que conoce el orbe entero. Creó el Poeta, en su concepción felicísima, la lucha de lo real con lo ideal, la imagen más universal, ingeniosa y pintoresca de la vida. Lo mismo que Homero, cual inventor, era para la antigüedad, es Cervantes para los tiempos modernos.»

Otro notabilísimo filósofo, *Jorge Guillermo Federico Hegel*, dijo: «Cervantes dió á su héroe una naturaleza noble, dotada de varias cualidades del espíritu, por lo que nos interesa siempre. Don Quijote es un ánimo seguro de sí mismo, consistiendo su locura en esa seguridad de sí propio, de los éxitos de sus acciones. Sin esa calma irreflexiva, no sería verdaderamente romántico. La manía caballeresca de Don Quijote se trueca en locura, porque sus aventuras se producen en un estado ordenado y firme.»

El filósofo del pesimismo, *Arturo Schopenhauer*, escribió: «Una novela ha de representar la vida interior más que la vida exterior. Por eso tiene poca acción también el *Quijote*.»

Dice *Guillermo de Humboldt*, el conocedor del vascuense y hermano del gran naturalista Alejandro de Humboldt: «Para comprender el *Quijote*, es preciso haber visto á España y conocido las personas de las clases que pinta Cervantes.»

Y el distinguido fisiólogo y académico, *Carlos Gustavo Carus*, que falleció en 1869 en Dresde, escribió: «Creo que hubiese yo amado entrañablemente á Cervantes como hombre: ¡es siempre tan robusto, sano y sincero! El poeta se maduró, según se ve, en las últimas partes de su libro inmortal. ¡Qué alegría, qué sentimiento de hermosura moral, qué gozo de la vida! Y ¡qué sabiduría se revela en la contemplación de ese Don Quijote, reflejando, de la manera más festiva y fina, la locura entera del género humano.»

El poeta romántico y traductor del *Quijote*, *Luis Tieck*, no se sacia de encomiar á Cervantes, llamando al *Quijote* la primera novela moderna. «Lo mismo que Shakespeare—decía Tieck—es Cervantes un maestro consumado en la ironía. Nos sentimos atraídos hácia Don Quijote por su amabilidad, y, sin embargo, tenemos que reirnos de él.

Me parece que Cervantes, al concebir su noble manicho, se proponía escribir también un libro de caballerías. Lo peregrino de ese libro único consiste en que hemos de reverenciar al protagonista y, al mismo tiempo, nos hemos de reir de él, haciendo del *Quijote*, en nuestra imaginación, aunque éste es una parodia, un héroe real. Reina en el poema de Cervantes tan genuino entusiasmo por la patria, por el heroísmo, por el estado militar y la caballería, por Carlos V y la Historia, por el amor y la poesía, que aquel entusiasmo había de inflamar más á los tibios que entibiar á los fervientes.

Es un error el creer que Cervantes haya escrito su

Don Quijote para ridiculizar, castigar y derribar los libros de caballerías. Si no fuese más profundo el origen del *Quijote* que dar un golpe de gracia á aquellos inocentes, hubiera sido olvidado ya desde hace tiempo, como tantas parodias y sátiras. Pero ese gran inventor nos mostraba el color y encanto de lo peregrino en lo vulgar.

Me parece asimismo que el noble y poético Cervantes fué, por espacio de mucho tiempo, un amigo de los caballerescos libros, y lo que pone en los labios del canónigo, en la Primera parte del *Quijote*, expresa la opinión del inmortal Autor.

El efecto extraordinario del poema de Cervantes se explica por representar éste, por primera vez, la realidad, lo vulgar, lo presente, sin falsas galas y esplendores, constituyendo la realidad lo maravilloso y la poesía.»

Otro vate romántico, el insigne hispanófilo y traductor de Shakespeare, *Augusto Guillermo de Schlegel*, que dedicó inspirados sonetos á Cervantes; á *La Galatea*, á la tragedia *Numancia*, á *Persiles y Segismunda*, al *Quijote* y al *Viaje al Parnaso*, decía respecto al *Quijote* lo que publicamos á continuación: «Es éste la obra maestra del más alto arte romántico. Al destruir los insípidos libros de caballerías, crea Cervantes, sobre la base de su época y de las costumbres patrias, una nueva esfera romántica. Estaba lejos de rendir culto en los episodios, en las novelas incrustadas en el *Quijote*, como el *Curioso impertinente*, á un gusto perverso de su época, pues sabía que escribía para la eternidad; tampoco son aquellas novelas frutos de una imaginación poco madura, pues el Autor estaba ya próximo á la ancianidad. La novela es análoga al poema épico y tiene otras leyes que el drama. En la novela, el episodio es todo ó nada; la serie de las apariciones ha de ser armoniosa, cautivando la fantasía. Y en ese concepto, es el *Quijote* el colmo de la perfección.

En la Segunda parte de su maravillosa producción, se dió á conocer Cervantes cual sabio músico, ofreciéndonos variaciones infinitas, apareciendo Sancho aún mucho más ameno.»

El hermano de *Augusto Guillermo Schlegel*, *Federico*, que tomó del *Quijote* el título de su novela *Lucinda*, se hizo lenguas al hablar del nunca bastante alabado héroe del señor Máinez, diciendo: «La novela de Cervantes merece su gloria y la admiración de todas las naciones, no sólo por su noble estilo y lo perfecto de la representación; no sólo porque es la más rica en inventiva é ingenio entre todas las obras festivas, sino también como cuadro vivo y épico de la vida é índole españolas. Por lo tanto, tiene un encanto siempre nuevo. Es un conjunto cumplido de seriedad, chiste y poesía. Es la inimitable obra nacional de los españoles: ninguna literatura tiene su igual.

Cervantes era el amigo y hermano de Shakespeare, como si aquellos dos ingenios se hubiesen encontrado por doquiera en un mundo invisible.

La prosa de Cervantes, que respira el perfume de la poesía, y en la que todo es simetría y música, todo es vivo y fresco, noble y ameno; es la única prosa moderna que podemos comparar con la de Tácito, Demóstenes ó Platón.»

Cervantes y su libro inmortal merecieron también elogios muy justos al poeta romántico *José, barón de Eichendorff*. Decía éste: «Cervantes es, indudablemente, el mayor humorista que haya combatido con las armas de la ironía la enfermedad de su tiempo, y á menudo nos parece que el verdadero loco no era Don Quijote, sino sólo su tiempo.

Don Quijote es el modelo de todas las novelas modernas, mientras nuestro *Simplicísimo* es el tipo, á veces grosero, de la nueva novela alemana.»

El novelista y autor lírico y dramático, *Federico, barón*

de la *Motte Fouqué*, que debe su fama al cuento *Ondino*, aplicó al *Quijote* este verso de Voltaire:

«Qui que tu sois, voici ton maître,
Il l'est, il le fut, ou doit l'être.»

Y el célebre *Juan Pablo Federico Richter*, conocido con el nombre de *Juan Pablo*, decía en prueba de su admiración por España: «Los austeros españoles poseen más comedias que todas las otras naciones, y á veces dos graciosos en una sola comedia;» mientras que escribió *Martin Deutinger*: «El *Quijote* tiene mucha semejanza con Aristófanes.» El humorista genial *Ernesto Teodoro Amadeo Hoffmann* imitó el *Coloquio de los perros*.

Decía el eminente filósofo *Carlos Rosenkranz*: «Cervantes constituye el centro de la poesía española, y no puede ser comparado sino con él propio, porque sobrepuja al espíritu de su nación. Cervantes era un genuino español, sí; pero el espíritu de crítica que le movía y el impulso reformador que le animaba, no eran propios de su nación. En eso estuvo solo, y en ello se cifra la universalidad de su contemplación, la libertad racional de su juicio, la humanidad de su poema. El contraste entre el idealismo fantástico del noble hidalgo manchego y el realismo de Sancho Panza, entre la fantasía y la mente, entre la poesía y la prosa, era una hazaña inmortal. Pero Cervantes nos dió también una representación positiva del romanticismo moderno en las novelas *La Pastora Marcela*, *Cardenio*, *El Cautivo* y *El Curioso impertinente*, que constituyen casi la mitad del *Quijote*.

Notable es también lo que dijo *Enrique Heine*, ese vate mimado de las Gracias: «La pluma del Genio es siempre superior á él mismo, extendiéndose más allá de sus propósitos temporales; y, sin adivinarlo, escribió Cervantes la mayor sátira contra el entusiasmo humano, aunque él mismo era el héroe que había pasado la mayor parte de su existencia en luchas portentosas y se enorgullecía todavía, cuando anciano, de haber tomado parte en la batalla de Lepanto, no obstante de haber pagado aquella gloria con la pérdida de su querida mano izquierda.

El paralelismo irónico que existe entre el hidalgo y su escudero, se encuentra también entre el buen Rocinante de Don Quijote y el rucio de Sancho. Parecen ambos animales

símbolos de las mismas ideas. El buen Sancho nos parece en sus refranes semejante al loco del Rey Salomón, *Markulfo*; pero Don Quijote habla el lenguaje de la cultura, mostrándose hidalgo en la grandilocuencia de sus períodos, que concluyen con frases amenas y graciosas.

Cervantes, Shakespeare y Goethe forman el triunvirato de poetas que concibieron lo más sublime en los géneros épico, dramático y lírico.

Miguel de Cervantes Saavedra fué un varón lleno de vigor y hermosura. Alta era su frente; grande su corazón. Peregrina sobre todo fué la fuerza mágica de sus ojos; siendo su mirada, para los buenos un rayo de sol; una espada para los malos. ¿Qué mucho que los hombres no le hayan favorecido en su carrera terrestre? De todas sus empresas, de todas sus peregrinaciones, no se llevó perlas, sino conchas vacías.

Podría aplicarse á él la frase romana: *Vivir es luchar*.

El verdadero poeta es también un héroe: no hay espectáculo más sublime que el que nos presenta Cervantes en su cautiverio en Argel.

Pero la fortuna no le perdonó al Genio que, sin su ayuda, haya conquistado la gloria.»

Como homenajes tributados al Genio español, mencionaremos las composiciones poéticas referentes al *Quijote* que escribieron los eminentes vates alemanes *Luis Uhland*, *Augusto Lewald*, *Adalberto de Chamisso* y *Federico de Sallet*.

No pasaremos en silencio los respetables nombres de *Adolfo Federico de Schack*, que vivirá siempre en la memoria agradecida de los españoles, *Mauricio Carrière*, *Carlos Fortlage*, *Carlos Frenzel*, *Juan Scherr*, *Julián Schmidt* y *Reinaldo Baumstark*.

Decía este último, que escribió una *Vida de Cervantes* en 1875: «En el *Quijote* se muestra el pueblo español á la par con la riqueza de su ánimo y con su natural rudeza. El libro de Cervantes es para todos los tiempos la fuente principal de la historia de la cultura y de las costumbres españolas. Cervantes ha observado y analizado los corazones todos. En todas las condiciones de la vida podemos consultar al *Quijote*: siempre hemos de encontrar en él un buen consejo ó un consuelo.» (1)

(1) Claro es que la *Vida de Cervantes* que publicó en 1875 en Friburgo (Breisgau), el respetable jurisconsulto y literato alemán, mi malogrado amigo *Reinaldo Baumstark*, á quien tanto deben las letras castellanas como biógrafo de Quevedo, de los Reyes Católicos, de Felipe II, y traductor de las *Novelas ejemplares* de Cervantes, no podía contener la copia de pormenores que nos asombra en la obra del Sr. Máinez. Sin embargo, lo esencial encuéntrase también en el libro del sabio hispanófilo alemán.

Hé aquí algunos párrafos: «Todos los escritos de Cervantes, en los que, como en un espejo transparente, miramos la imagen de su esencia, nos muestran un espíritu siempre igual é indestructible, de armonioso equilibrio del alma, de serenidad, calma y contento. En sus obras aparece como Príncipe en el reino del espíritu; en sus aventuras y pruebas, como héroe en el reino de su vida moral.

El territorio de sus obras es tan hermoso como dilatado, abrazando los países todos que baña el Mediterráneo, desde Cádiz, que brilla como gota de rocío en el cáliz de una fresca rosa, hasta las márgenes floridas de Italia; más allá, hasta las lejanas ondas del Oriente, donde el Cristianismo y el Islán se disputaban la posesión de Chipre.

En el apogeo de su gloria consideraba todavía con el mayor orgullo el día de Lepanto, y todos los dolores que le habían producido sus heridas, le parecían el mejor fruto de sus años juveniles.

Conociendo ya cuando joven las ciudades más bellas de Italia, las ha ensalzado en sus inimitables y lúcidas descripciones en un lenguaje cristalino que no tiene igual sino en Homero y Julio César.

Podría atribuirse á la estancia de Cervantes en Italia y á su conocimiento profundo de las letras italianas, su buen gusto literario, su estilo sencillo y su amor á lo bello, propio de su naturaleza armónica, semejante á la de Mozart.

El *Quijote* no podía escribirse sin el conocimiento más preciso de Andalucía y sin que el poeta hubiese amalgamado con su ánimo las dotes características de aquel pueblo más meridional de la península, rebosante de chiste y alegría.

Bajo el seudónimo de Alonso Fernández Avellaneda se esconde probablemente un monje aragonés. Parece que aquel literato falsificador sabía de qué manera pensaba Cervantes continuar su obra inmortal, porque Don Alonso Tarfe desempeñaba en la obra de Avellaneda el mismo papel que el Duque y la Duquesa en la obra de Cervantes.

La Segunda parte del *Quijote* es más rica en pensamientos y más filosófica que la Primera. Esta es más plástica y viva, mostrándonos esa superabundancia de fuerzas del hombre en la flor de sus años, mientras la Segunda parte brilla por la madurez de la composición y por el esplendor sólido de suma perfección artística.

Nació Reinaldo Baumstark en Friburgo el 24 de Agosto de 1831. Fué hijo del filólogo Antonio Baumstark. Recorrió España antes del destronamiento de Doña Isabel, dando testimonio de su entusiasmo por la tierra del Cid la brillante descripción de su Viaje y su obra titulada, *Las letras castellanas en la época de los Reyes de Habsburgo*, sus biografías de españoles célebres y su versión de *El Príncipe Constante* y de *La Dama Duende*, de Calderón.

Hizo sus estudios en su ciudad natal y fué nombrado en 1857 juez de primera instancia é instrucción de Constanza, forzándole su salud á jubilarse en 1878; pero más tarde volvió á desempeñar altos puestos en el orden judicial y fué nombrado en 1889 director del tribunal de Mannheim y después director del de Friburgo. Murió en Mannheim el 29 de Enero de 1900 legándonos el recuerdo de una honrosa vida de trabajos.

Bebió en los labios de Cervantes, en literatura; en los de Calderón,

Sería prolijo hacer mención de todos los traductores alemanes (1) de las producciones del Ingenio feliz que perteneció á la nación en que la poesía era popular, al país en que vió pastores viviendo al aire libre, una nobleza caballeresca, el pueblo de los moros, la costa de Africa y los piratas.

Pero nombraré siquiera al que, entre los traductores, se levantaba como el ciprés entre los arbustos, al que dedicaba sus vigilijs al estudio del *Quijote* y de la andantesca literatura, mi inolvidable y malogrado amigo el Dr. *Luis Braunfels*, para quien el maravilloso libro de Cervantes era superior á cuantos literarios se han escrito, orgullo de España y admiración de la humanidad, no pudiendo idearse tipo más llevado á la perfección que el del Ingenioso Hidalgo.

Todas las versiones del *Quijote*, cuya fábula tan clara y llana se comprende viendo las láminas del ilustre francés Gustavo Doré, (2) confirman la frase del Sr. Guardia, de que la traducción más infiel no puede desfigurar del todo á Cervantes; pero, para traducir el lenguaje, el estilo, la elocución del gran Poeta humorístico; para imitar su gracia, su galanura, su concisión, es preciso comprender aquella ironía tan fina que le distingue á él, como á Mendoza, Quevedo y Tirso de Molina, y aquellos millares de alusiones que reclaman la atención del traductor.

Baste decir que la versión del Dr. Braunfels está escrita con admirable maestría, y merece las justas alabanzas que le tributa ese amante de la verdad que se llama *Ramón León Máinez*. (3)

* *

Pero ¡cuánto he abusado ya de la paciencia del lector!... Voy, pues, á concluir.

Al ocuparse con el cariño más puro, con el entusiasmo más noble y con detenimiento tanto en *Cervantes y su Epoca*, el Sr. Máinez, realiza ante todo las aspiraciones del pueblo español, cuyo sin par ídolo es, y será siempre Cervantes, que esclareció el mundo con la lumbre hermosísima de

su inteligencia, dándonos en su *Quijote* un libro de profunda doctrina social para todas las clases. Hasta el Centenario de Calderón, festejado en Madrid con el mayor lustre, en 1881, arrancó suspiros á los apasionados de Cervantes, que decían: «Quizás no serán ya de moda los Centenarios cuando le toque el turno á Cervantes. El pobre Autor de *Don Quijote* no tiene suerte!» Confío, sin embargo, en que España sabrá celebrar en 1905 con el patriotismo á que le obliga el universal renombre de su gran Genio, el tercer Centenario de la publicación del *Quijote*. Es cuestión para ella de honra y de gloria.

D. Ramón León Máinez, que ya en 1876 escribió su primera *Vida de Cervantes*, la penúltima entre las estampadas en español, nos brinda ahora en su nueva obra un tesoro de documentos y noticias, de valiosos estudios y prudentes observaciones, un estupendo derroche de análisis y erudición, un monumento excelso de veneración patriótica, una historia crítica cabal y exacta de Miguel de Cervantes Saavedra. Nos deleita y enseña juntamente. Es Máinez un informador tan minucioso respecto á Cervantes, como el escritor colañez Dr. Enrique Düntzer respecto á Goethe. Para él ningún documento es insignificante, al hablar de los varones insignes; pero no acepta sino lo que está documentalmente probado; no admite ninguna anécdota. Y cumple su laudable propósito de dar cuenta del verdadero ambiente en que vivió Cervantes, lo mismo que el docto arqueólogo é hispanófilo Dr. Carlos Justi en su obra magistral *Velázquez y su siglo*.

El Sr. Máinez tiene la gloria incontestable de ser el sucesor más afortunado de los egregios cervantistas Gregorio de Mayáns y Siscar, Vicente de los Rios, Juan Antonio Pellicer, Martín Fernández de Navarrete, Buenaventura Carlos Aribau, Manuel José Quintana, Jerónimo Morán y Nicolás Díaz de Benjumea; y el dignísimo compañero de los eximios escritores Juan Eugenio Hartzenbusch, Leopoldo Rius y Llorellas, Francisco María Tubino, Julián de Apráiz, Ramón Santa María, Mariano Pardo de Figueroa, Luis Vidart, José María Asensio y Toledo y Cristóbal Pérez Pastor.

en poesía. Se ilustraba y abismaba en las concepciones de Quevedo; su sangre se inflamaba en las estrofas del divino Herrera.

(1) La más antigua traducción que se hizo al idioma alemán es la de un anónimo, publicada en 1618, que se encuentra en la Biblioteca Granducal de Weimar. Dice el traductor que, después de haber viajado por Inglaterra, España y Francia, había empezado su trabajo hácia los años de 1620. Su dicción es enérgica; pero el traductor cambió los apellidos españoles por alemanes, poniendo, por ejemplo, *Fleckenland* en vez de Mancha, *Juncker Harnisch* en vez de Don Quijote, *Santscho Pantschmann* en vez de Sancho Panza, *Rossiibrall* en vez de Rocinante.

Una traducción muy libre, pero que no tiene la gracia del original, existe, de *Bertuch*, que salió á luz en Leipzig y Weimar en 1775. Mencionaré también las versiones alemanas por *Soltan* en 1800; por *Jerónimo Müller*, en 1825; por *Adelberto Keller*, en 1839; por *Edmundo Zoller*, en 1869.

El sabio hijo de Nuremberg, *Jorge Felipe Harsdörffer*, á quien se debe la famosa orden Pegnosiana, la más antigua Sociedad literaria de Alemania, nos dió el extracto de algunas *Novelas ejemplares de Cervantes*. Estas fueron traducidas al alemán por *Soltan*, *Duttenhofer*, *Keller*, *Notter*, *Baumstark* y otros.

Julio de Soden tradujo *Persiles y Sigismunda*. Lo mismo hicieron *Dorothea Tieck*, *Notter* y otros, mientras *Molins*, *Sigismund*, *Keller*, *Notter* y *Duttenhofer* vertieron la *Galatea*, *Kurz* vertió los *Entremeses* y *Förster* tradujo *Numancia*.

Fundándose en la novela la *Gitanilla*, escribió *Alejandro Pío Wolff* el drama *Preciosa* que Carlos María de Weber hizo inmortal por su música.

La musa regocijada de Cervantes ha sido á menudo un manantial para los músicos. Así del *Quijote* sacó el libreto para una ópera el doctor Kienzl, natural de Estiria (ducado de Austria). El hidalgo de la Mancha, es el héroe de una característica pieza musical de Ricardo Strauss, y *Sancho Panza* llámase la ópera del compositor francés Emilio Jacobo Dalcroze.

(2) El ingenioso pintor alemán *Adolfo Schrödter* ha retratado también

al incomparable héroe de Cervantes, representándole con cuerpo y alma. Vemos al ingenioso hidalgo manchego sentado en su sillón de respaldo leyendo á *Amadís de Gaula*. El sillón tiene sólo tres pies; el cuarto está formado de libros de á folio; el hidalgo viste un traje de confianza y medias, pero encuéntrase en ellas espuelas. Se tira de los rizados de sus canas, mientras que el bigote está bien rizado. Hace un efecto tragicómico la tarja enmohecida, el cuervo pelado, la vacía elevada á yelmo y la telaraña. Heine llamó á este retrato de Don Quijote la única verdadera encarnación de la creación inmortal de Cervantes, y desde entonces se hizo típico aquel Quijote de *Schrödter*, y también el francés Gustavo Doré lo adoptó.

(3) Rendiré siempre el culto más entusiasta á la memoria de mi excelente amigo el afamado Dr. *Luis Braunfels*, en cuyas obras resplandecen los fulgores de una inteligencia brillante.

Vertió al alemán canciones de Andrés Bello y de Gertrúdis Gómez de Avellaneda, y publicó en Francfort una versión muy libre de los dramas *El Burlador de Sevilla ó El Convidado de Piedra*, de Tirso de Molina; *El Perro del hortelano* y *El Mayor imposible*, de Lope de Vega; y *La Cena de Baltasar*, de Calderón. Dió á luz en 1876 un librito acerca de *Amadís de Gaula*, en que demostró que aquella obra no es de origen portugués, sino español.

Nació *Luis Braunfels* el 22 de Abril de 1810 en Francfort, que él, siguiendo el uso de los tiempos de Lope, llamaba en castellano *Francofordia*. Cursó los estudios en las Universidades literarias de Heidelberg y Bonn, y fué desde su juventud poeta, historiador y filólogo; aunque durante cuarenta años desempeñó en su patria la profesión de abogado, que trocó después por la honrosa carga de cónsul de España.

Ese *Rothschild* del espíritu, cuyos escritos están llenos de sal ática, poseía una biblioteca riquísima en raras obras españolas.

A los 73 años de edad empezó á traducir el *Quijote*, y después de haber saciado su sed de gloria con su admirable trabajo, entregó su alma al Señor el 26 de Septiembre de 1885. Descansa el gran hispanófilo en el camposanto de Francfort.

Este último, que ya en 1897 dió á la estampa el primer tomo de *Documentos cervantinos inéditos*, del que el señor Máinez habla con el debido elogio en el *Discurso preliminar* y en muchas páginas de su obra, ha publicado en 1902 otro segundo con nuevos documentos bajo la égida de su respetable Mecenaz el Excmo. Sr. Marqués de Jerez de los Caballeros.

El libro de D. Cristóbal Pérez Pastor es de grandísimo interés. Sobre el período del cautiverio y rescate de los hermanos Miguel y Rodrigo de Cervantes, trae el Sr. Pastor varios documentos íntegros, conocidos algunos por extractos ó referencias.

Publica también otros nuevos acerca de la madre de Cervantes, que añaden ó amplían algunas noticias. Pero en lo esencial no alteran lo que se sabe, y el Sr. Máinez dice en su extensa obra.

Acercas de D.^a Magdalena de Cervantes, la hermana beata, hay documentos muy preciosos: una concesión de 300 ducados á dicha señora por Juan Pérez de Alcega, grefier de la cuarta esposa de Felipe II, para que D.^a Magdalena le dejase en libertad en la demanda que le puso sobre que se casara con ella, porque decía que la había dado palabra de casamiento.

También estampa el testamento y codicilo de D.^a Magdalena, que aclaran algunas equivocaciones y destruyen algunos errores hasta ahora propagados.

Inserta el convenio hecho por Cervantes con Blas de Robles, cediéndole la propiedad de su *Galatea*.

Respecto del largo período que estuvo ocupado Cervantes por Andalucía como comisario de flotas y recaudador de alcabalas, el Sr. Pastor da literalmente casi los mismos documentos que Máinez tenía copiados ó extractados ya en su narración antes de que viese la luz el 2.^o tomo de *Documentos*; pues, como los dos escritores poseían, desde hace años, los mismos traslados de los originales de Simancas, ambos citan las mismas fuentes y han tenido los mismos fundamentos á la vista.

Sobre Isabel de Saavedra, la hija de Cervantes, casada dos veces, que murió á los 64 años en Madrid, en medio de una hermosa tranquilidad; y sobre Luís de Molina, su segundo esposo, hay un verdadero derroche de noticias en la nueva obra del Sr. Pastor. Máinez escribe interesantes páginas con el auxilio de estos documentos.

Pastor publica también el *Proceso de Valladolid*. Desde 1876 lo había hecho público dos veces el Sr. Máinez, y ahora, ya lo tenía reimpresso, por tercera vez, desde 1901, en su interesantísima obra con un amplio juicio crítico censurando lo apasionado de los fallos.

En suma; el libro del Sr. Máinez relata todos los hechos comprobados de la vida del gran Escritor, y se hace en él juicio de sus obras, entremezclados los sucesos cervánticos con los acontecimientos públicos de su tiempo.

Creo que los dos tomos de *Documentos* dados á luz por el Sr. Pérez Pastor, los otros dos tomos de la *Bibliografía crítica cervántica*, de D. Leopoldo Rius y Llorellas, y la obra *Cervantes y su Época*, de D. Ramón León Máinez, son los tres trabajos más completos, en su género cada uno, que se han publicado hasta ahora en España y en el mundo, en cuanto á erudición y crítica, acerca de Miguel de Cervantes Saavedra, Regocijo de las Musas.

*
* *

Lo que el renombrado austriaco Halm dijo en su drama *Ingomar* que significa el amor, lo aplica Máinez á los padres de Miguel, diciendo que: «Parecían nacidos el uno para el otro. Dos cuerpos y un alma. Dos corazones y una sola voluntad.»

Máinez hace justicia al libro del eminente escritor alemán Leopoldo Ranke acerca de los imperios español y otomano en los siglos XVI y XVII, y defiende á la Reina de Inglaterra, Isabel, de los ataques de Góngora; mientras que tiene palabras enérgicas para censurar la indigna conducta de Felipe II para con Cervantes. Muéstrase rígido para con el Arzobispo de Toledo, D. Bernardo de Sandoval y Rojas, por no haber empleado su excepcional influencia para conseguir, en bien de su protegido, el gran Escritor, una pensión oficial decorosa y de consideración, que hubiese bastado á proporcionarle una vida tranquila, exenta de sinsabores y cuidados; pensión que en el día la ciudad de Hamburgo ha sabido otorgar á un lírico de cincuenta años, el señor Gustavo Falle.

Frases acerbísimas salen de su alma, al execrar Máinez la maldad é injusticia de los enemigos de Cervantes. Pero, la verdad ante todo: ha de perdonarme Máinez si yo no puedo deducir de lo que escribió Lope de Vega:—«De poetas no digo; muchos en cierne para el año que viene, pero ninguno tan malo como Cervantes, ni tan necio que alabe á Don Quijote,»—que el Fénix de los Ingenios, el más fecundo de todos los dramaturgos, es el autor del falso *Quijote*.

No me parece esto concluyente. No diré yo con el malogrado Revilla: «Si lo indicado por Máinez no es la verdad misma, de seguro es lo que más se acerca á ella», sino que sigo la opinión del sabio filólogo Sr. Benot, que dice: «Hasta el día permanece en el misterio el verdadero nombre del Licdo. Alonso Fernández de Avellaneda, natural de Tordesillas.»

¡Qué distinto del Duque de Medina Sidonia pintado por Schiller en su drama *Don Carlos*, es el verdadero é histórico almirante de la Armada invencible que nos presenta Máinez! Habla el espíritu moderno en esta frase: «No estaba todo listo con hacer plegarias á Dios en las iglesias;» mientras que Felipe II, después del hundimiento en los mares de noventa buques españoles y del sacrificio de ocho mil hombres arrebatados á la vida, daba gracias á Dios... «¡porque no fué peor el suceso!»

¡De qué entusiasmo tan noble da prueba patente el respetable Máinez excitando al gobierno español para que declare monumento nacional la única casa subsistente; la única que ofrece memoria auténtica de la vida de Cervantes; la en donde éste concluyó la Primera parte del *Quijote* y escribió algunas de sus celebradas y perfectas novelas, la casa que hay en Valladolid, calle del Rastro, número 14!

Quien se propone, como él, escribir en favor de este intento, *mientras dure su vida*, ha de alcanzarlo, seguramente, para regocijo de los amantes de las glorias patrias y de todos los admiradores de Cervantes.

La casa de éste debe conservarse, como la de Shakespeare en Stratford, la de Goethe en Francfort, la de Schiller en Marbach.

Todo cuanto haga España para enaltecer la memoria de su maravilloso primer Ingenio, de su originalísimo gran Escritor, es obligación sagrada de patriotismo. Sería imperdonable ingratitud el olvidarlo.

*
* *

¡Dichoso Cervantes! No eras feliz en el sentido vulgar; pero fuiste felicísimo, en medio de todos los rigores del destino cruel, por la innata nobleza de tu corazón generoso, por tu hidalguía y tus nobles ilusiones, por la inspiración de tu festiva Musa, por tu genio creador, por la magia de tus gracias, con la que nos sorprendiste aun en los bordes del sepulcro, por la veneración de la posteridad, que ya en vida adivinaste, y hasta por la envidia de tus enemigos,

que te obligaron á coronar tu obra incomparable con la Segunda parte del *Ingenioso Hidalgo Don Quijote*, que es aún más primorosa que la primera!

¡Dichoso Máinez! Has realizado tu noble propósito de decir la última palabra sobre Cervantes en tu monumental obra hasta los comienzos del siglo XX.

Juan Fastenrath.

Colonia, 26 de Diciembre de 1902.

ARTÍCULO CRÍTICO

DE

“LA NOUVELLE REVUE”⁽¹⁾

España ha sido traicionada por los azares de la guerra. Su tradicional heroísmo, después de haber demostrado, una vez más, por mar y por tierra, brillantes esfuerzos que causaron la admiración del mundo, sucumbió en su desigual lucha contra el joven coloso americano. Ha perdido casi todas sus fuerzas navales; y lo poco que aún le quedaba de su vasto imperio colonial en los tiempos de su esplendor, le ha sido arrancado por la violencia.

¿Se ha de decir por eso, que aquella nación, tan rica de gloria, no tenga ya que desempeñar ningún papel en la escena del mundo, y que la raza ibérica esté próxima á desaparecer? No; no seguramente. Contraria es por completo la opinión que forma el observador imparcial, cuando con todo detenimiento reflexiona acerca de lo que sucede en los actuales momentos allende los Pirineos.

Así como se ve á los buenos hijos rodear piadosamente á su madre afligida por la viudez y consolarla en sus cuitas mediante ternuras y cuidados; de la misma manera, todo lo que existe en España, de uno á otro extremo de la Península, y representa juventud, inteligencia y vigor, parece haberse concertado en un generoso esfuerzo con el propósito de curar y cicatrizar las llagas de la madre patria, y proporcionarle en gloria y prosperidad más de lo que le han hecho perder los reveses de la reciente guerra.

Para el psicólogo y para el historiador social, esta decisión espontánea de todo un pueblo, reaccionando contra la adversidad y contra las faltas de sus gobernantes, resulta un espectáculo verdaderamente digno de todo interés y lle-

no de enseñanzas. En todas las esferas de la actividad humana, agricultura, comercio, industria, ciencias, artes, y en literatura especialmente, se ve producirse en España un intenso movimiento, de donde se deduce la prueba evidente y la positiva demostración de que España quiere vivir y vive; que aquel país, lejos de estar agotado, encierra todavía gérmenes enérgicos de fecundidad, tesoros olvidados ó desconocidos, y elementos poderosos de riqueza; que aquella raza, lejos de encontrarse anémica y degenerada, conserva todo el vigor de los tiempos heroicos; que su genio, en fin, permanece intacto y potente sobre las contrariedades momentáneas de la fuerza brutal.

El huracán furioso, con sus granizadas sobre los campos cubiertos de espléndida vegetación, hace perecer la recolección del año; pero no detiene por eso los jugos nutritivos de la tierra, y el paciente agricultor no pierde la esperanza de obtener nuevas cosechas. Así pasa con España, al salir del temporal deshecho que la ha envuelto y en el que los espíritus superficiales pudieron sospechar, por algunos momentos, que iba á perecer.

Pasada la tormenta, España se ha dedicado á la obra regeneradora con valor estoico, confiada en sus fuerzas y en la alteza de sus destinos.

El espectáculo del renacimiento español aparece con más brillantez en la literatura; la cual es, por decirlo así, la expresión ó el verbo de las naciones, la forma más bella y más seductora, por la que se exterioriza el esfuerzo interior de un pueblo en el trabajo del progreso.

(1) El importante juicio crítico que ha hecho de nuestra obra el ilustre escritor francés Paul Mirannes (Mr. Philippe Barrau) en el número de la acreditadísima *Nouvelle Revue*, de París, correspondiente al 15 de Agosto de 1901, es tanto más de agradecer y honroso para nosotros, cuanto que procede de un literato parisiense de reconocido mérito, que posee perfectamente nuestro idioma y está componiendo una notable obra de crítica acerca de los escritores españoles contemporáneos.

Al tributarle públicamente nuestra más sincera gratitud por su benevolencia, hacemosla extensiva al discreto periodista Mr. Ferdinand Paulet por el excelente juicio crítico del *Quijote* que ha tenido la bondad

de enviarnos, y formará parte de los ciento que vamos á publicar seleccionados de escritores españoles y extranjeros.

El artículo de Mr. Barrau, fué traducido y publicado en el *Heraldo de Cádiz* (reproducido en varios periódicos de España) por el distinguido cervantista gaditano y redactor de dicho periódico D. Joaquín Montemayor, en los días 21 al 25 inclusive de Septiembre de 1901. Pronto publicará el Sr. Montemayor, según nos dicen, su precioso trabajo inédito sobre *La Española Inglesa*, del que hemos ya hablado al escribir de *Las Novelas ejemplares*. Es un trabajo de exquisita observación y novedad, que será muy estimado por los admiradores de Cervantes.

Una pléyade de escritores de talento despliega febril actividad en todos los géneros literarios, ya en la novela, ya en la dramática, en los géneros cómico, trágico ó sentimental, no esquivando llevar á la escena las tesis sociales que apasionan los ánimos á un lado y otro de los Pirineos y en todas las naciones civilizadas; ora en la poesía lírica ó épica, ora en la historia, y en las sabias é instructivas investigaciones arqueológicas.

Este último género está en gran predicamento. España adora sus antiguos recuerdos: parece que se complace en fijar sus miradas en las pasadas glorias, para encontrar en ellas enseñanzas para lo presente, fortaleza y decisión para lo porvenir.

*
* *

Entre las numerosas glorias que, como preciosa herencia, han legado los siglos á España, la más pura é indiscutible es aquella que desde hace trescientos años no cesa de resplandecer: la magnífica obra literaria de su gran Escritor Cervantes. El cervantismo se ha elevado en España, por decirlo así, á la altura de un culto, y tiene tan numerosos y fervientes adeptos, que bien pudiera llamársele religión nacional.

Este culto cuenta también con sus sacerdotes, que sostienen piadosamente sobre el altar el fuego sagrado de los recuerdos. Entre ellos, el más eminente en la actualidad es D. Ramón León Máinez. Escritor de gran talento, anticuario cuyo saber iguala á su persistente laboriosidad, el señor Máinez se ha propuesto levantar á Cervantes, á los comienzos del siglo XX, un monumento más glorioso y más duradero que las numerosas estatuas de mármol y de bronce erigidas en su honor.

Con paciencia infatigable ha indagado en las bibliotecas, repasado sus escritos entre el polvo de los archivos, descifrado viejas escrituras, interrogado á los antiguos monumentos y edificios públicos ó particulares. Se ha rodeado de todos los restos del pasado contemporáneo de Cervantes; de cuanto tocaba y hacía referencia á su persona, familia, amigos y conciudadanos; y de todo esto ha compuesto un hermoso libro: *Cervantes y su Época*, cuya aparición es para España un acontecimiento literario.

Cuando ya estaba escrita su obra, é imprimiéndose, el Sr. Máinez descubrió algunos documentos, hasta entonces desconocidos, que ponen término á toda duda y discusión respecto de un punto histórico, referente á la familia de Cervantes. Ha tenido la bondad de darnos á conocer dichos documentos, por lo que le estamos sinceramente reconocidos.

Máinez no es sólo un sabio y eminente escritor, sino también persona atentísima, cuya exquisita y cortés generosidad inspira simpatías. Gracias á sus bondades, podemos dar á conocer el resultado de sus detenidas investigaciones, que desde luego estimamos interesará á los lectores franceses, porque el preclaro autor de *Don Quijote* es tan popular en Francia, que los más pequeños pormenores de su biografía y de la historia de su familia no han de ser indiferentes.

El ilustre académico Sr. Fernández Navarrete publicó en 1819 una *Vida de Cervantes*, en la cual dijo que Rodrigo, cautivo con Miguel de Cervantes en Argel, fué su hermano mayor. Pero esto era un error, reproducido por todos los posteriores biógrafos, hasta que un sabio muy erudito, D. Cristóbal Pérez Pastor, publicó en 1897 sus *Nuevos documentos inéditos* acerca del más grande Escritor de España. Entre ellos figura el testamento otorgado por el padre del autor de *Don Quijote*: y en él, por la enumeración que hace de sus hijos, se demuestra con toda claridad que Ro-

drigo no era el mayor, como se había supuesto equivocadamente.

Sin embargo, ignorábase el sitio y fecha de su nacimiento, los sucesos de su vida militar y el día y lugar en que falleció.

El Sr. Máinez ha tenido la suerte de poder esparcir sobre estos puntos históricos completa luz, exhumando datos circunstanciados y documentos auténticos de indiscutible interés para el público ilustrado.

Véase cómo explica sus descubrimientos:

«Cuando estuve (dice) últimamente en Alcalá de Henares, pude, copiando algunos documentos que existen en su riquísimo y bien conservado Archivo General Central, á cuyo digno jefe D. Julio Melgares debí exquisitas atenciones; pude, digo, adquirir el convencimiento de que el hermano de Miguel había muerto en Flandes, año de 1600, según certificación legal é irrecusable.

Pero ahora tenemos la satisfacción de poder historiar, en breves palabras, la biografía de aquel soldado tan valiente como desgraciado y desatendido.

D. Lucas del Campo, diputado provincial de Alcalá-Chinchón, es uno de los hombres más corteses, discretos é ilustrados que he conocido y tratado en mi vida. Profesa á Cervantes grandísima admiración. Al despedirme de él, le encarecí mucho la conveniencia de que me facilitase toda noticia y pormenor que le fuese posible, no sólo para perfeccionar mi trabajo en la parte histórica, sino en lo referente á la artística, con el fin de dar idea exacta en mi obra, por medio del fotograbado, de todo cuanto conserva aquella ciudad, cuna de Cervantes, respecto de antigüedades y monumentos arquitectónicos.

No contento mi ilustrado amigo con enviarme apuntes, indicaciones y datos en abundancia, que constarán con el debido aprecio en mi obra, quiso dilucidar también el punto dudoso del nacimiento de Rodrigo de Cervantes; y poniendo su deseo y el mío en conocimiento del ilustre archivero y bibliotecario D. Ramón Santa María, dedicóse este bondadoso señor con tal cariño y complacencia á la averiguación de lo que se solicitaba, que ni la enfermedad que ha padecido en estos últimos meses, ni la penosa molestia que se imponía, aún no restablecido de sus dolencias, fueron parte á retraerle de su generosa investigación para depurar lo cierto acerca del nacimiento de Rodrigo de Cervantes, hijo.

Gracias á sus laboriosas tareas, inteligencia y actividad (pues le ha sido preciso repasar folio por folio los primeros libros parroquiales de San Pedro y de Santa María la Mayor, de Alcalá de Henares), puédese presentar al público la siguiente partida, que pone término para siempre á todas las dudas y presunciones:

«En 23 del dicho mes (Junio de 1559) bautizó el susodicho un hijo de Rodrigo de Cervantes é de su mujer Doña Leonor, al que puse por nombre Rodrigo. Fué padrino de pila el Dr. Gil Verte: é por testigos, Francisco Díaz é Pedro Vallejo.— E firmólo de su nombre —El bachiller Juan García.»

El sabio anticuario D. Ramón Santa María, al enviar al Sr. Máinez copia y fotografía de la partida bautismal que acabamos de reproducir, explica el por qué había pasado inadvertida, á pesar de las anteriores investigaciones, con las siguientes palabras:

«La sucesión cronológica de las partidas contenidas ó inscritas en este libro, no es exacta: hállanse intercaladas algunas en los huecos ó blancos del libro (folios 195 recto y vuelto y 196 recto; en este último se registra una sola partida de 23 de Noviembre de 1559); y también se ven mezclados y confundidos diversos folios correspondientes á los años

1549, 50 y 51, sin duda alguna al ser encuadernados por persona poco experta ó entendida.»

De la autenticidad indubitable de la partida, dice asimismo el Sr. Santa María lo siguiente:

«Examiné en el Archivo parroquial de San Pedro, el tan conocido y examinado libro primero de Bautismos; y allí, al folio 233, hallé la partida (que para tantos y tantos investigadores ha pasado inadvertida); prueba indudable de que Rodrigo fué el hermano menor de los nacidos en Alcalá, y evidente testimonio del error con que se dió origen á la confusión de que Rodrigo y Andrés fueran una misma persona. En el original de la partida, la acción del tiempo ha impreso grandes huellas, carcomiendo en la parte inferior el papel, y decolorando la tinta, hasta el punto de dificultar la lectura de algunas palabras. De su autenticidad no cabe dudar, desde el punto de vista paleográfico, y combinan perfectamente y se armonizan los datos que arroja, con los que conocemos de Rodrigo y su familia: así, pues, cuando quedó cautivo de los argelinos, contaba veinticinco años y unos tres meses.»

Se ha demostrado, pues, merced á las inteligentes investigaciones del Sr. Santa María, que Rodrigo de Cervantes era hermano menor de Miguel, el incomparable Escritor, y que había nacido en Alcalá de Henares, lo mismo que Miguel, Andrés, Andrea y Luisa.

*
* *

Véanse ahora algunas referencias é indicaciones curiosas acerca de su vida, sacadas en su mayor parte de los documentos copiados por el Sr. Máinez mismo, de los originales que existen en el Archivo General Central de Alcalá de Henares (legajos 460, 478, 485, 560 y 563).

¿Estudiaría Rodrigo, como su hermano, en el Colegio público de Madrid, y se alistaría en la milicia en 1570, cuando tenía veinte años cumplidos?

Estos puntos son dudosos. Pero lo indudable y lo cierto es que sirvió en España y en Italia, y que se halló en todas las acciones de guerra que se ofrecieron hasta 1575, según consta de las mismas palabras del padre de Miguel y Rodrigo, en una petición dirigida al rey Felipe II.

Después de haber estado cautivo con su hermano Miguel, Rodrigo recobró la libertad y volvió á España en 1577, reanudando sus servicios militares y distinguiéndose como soldado valeroso.

Asistió á la conquista del reino de Portugal, y después estuvo en las dos expediciones que hizo el Marqués de Santa Cruz para apoderarse de las islas Terceras, que estaban á la devoción del prior de Ocrato, quien disputaba á Felipe II los derechos de la corona del reino lusitano.

El licenciado Mosquera de Figueroa, amigo de Miguel, á quien éste elogió como escritor notable, hace mención honorífica de Rodrigo, al hablar en su *Comentario de la jornada de las islas de los Azores*, del desembarco hecho para la conquista de las Terceras el 26 de Julio de 1583, en la ensenada del Puerto de las Muelas, á dos leguas de la ciudad de Angra.

Llegaron brevemente (son sus palabras) las barcas á tierra, donde saltaron los españoles con grande esfuerzo, entre aquellas lajas, á los lados de los fuertes: algunos ponían el pie seguro en una piedra para escaparse de la resaca, que era grande: otros, que no podían esperar esta coyuntura, se abalanzaban y se sumergían, de suerte que el agua les cubría hasta la cinta, y con la resaca quedaban luego exentos para salir. Echóse al agua animosamente con

su bandera, por haber encallado la barca, Francisco Bobadilla, y tras él el capitán Luis de Guevara y *Rodrigo de Cervantes, á quien después aventajó el Marqués*; y así muchos salieron de las barcas mojados; corriendo agua salada de entre las ropas y las armas.»

Trasladado Rodrigo después al ejército de Flandes, estuvo allí hasta su muerte, que acaeció el año de 1600.

El Sr. Máinez ha descubierto sobre este período de su vida documentos originales muy curiosos, que completan lo que ya se sabía de él.

Por el testimonio de Miguel de Cervantes constaba que su hermano Rodrigo servía en Flandes, el año de 1590, de alférez. Hoy los documentos hallados por el Sr. Máinez permiten afirmar que, desde 1584 hasta el 2 de Febrero de 1586, estuvo de alférez en la compañía de hombres de armas de D. Jusepe de Acuña. Hasta dicho día se le adeudaban, por atrasos, 71.540 maravedís, según certificado de los contadores del ejército, fecha 7 de Marzo de 1609.

Después del 2 de Febrero de 1586, Rodrigo formó parte, con la misma graduación de alférez, de la compañía del capitán Sebastián de Otaula, perteneciente al tercio del maestre de campo D. Luis de Villar, en la que sirvió hasta el 2 de Julio de 1600, fecha de su muerte.

Así resulta de un certificado de Asensio de Eguiguren, contador del ejército de los Estados de Flandes.

En 1605, D.^a Andrea y D.^a Magdalena, hermanas de Rodrigo, reclamaban con instancia lo que se le quedó debiendo por su sueldo de soldado y alférez, en España, Italia y Flandes, como lo prueba un documento que posee el sabio escritor D. Cristóbal Pérez Pastor, quien ha comunicado bondadosamente la noticia al Sr. Máinez. (1)

Los certificados posteriores, citados más arriba, debieron servir para renovar las primeras peticiones, y motivaron el pago, en 1613, de 30.000 maravedís, á cuenta de los 70.000 que se le quedaron debiendo á Rodrigo, por su sueldo en la compañía de hombres de armas del capitán Don Jusepe de Acuña.

Ignórase quiénes serían los herederos de Rodrigo que percibirían después parte de los muchos miles de maravedís que se le restaban cuando murió, por sus sueldos como alférez en la compañía del capitán Otaula, del tercio del maestre de campo D. Luís del Villar. Respecto de este asunto, existen en el archivo de Alcalá cuatro cédulas de pago, á favor de los herederos de Rodrigo: la primera, de 27 de Septiembre de 1640, por 24.400 maravedís; la segunda, de 27 de Agosto de 1649, por 13.600; la tercera, de 4 de Septiembre de 1651, por igual suma; y la cuarta, de 26 de Noviembre de 1654, por 17.000 maravedís, á cuenta de 153.000 que se le adeudaban todavía.

De modo que, al cabo de más de medio siglo transcurrido desde la muerte de Rodrigo en Flandes, sus herederos habían llegado á cobrar, en cuatro veces, 68.600 maravedís; y se les quedó debiendo más de 40.000, que no recibieron quizás nunca; sin contar los 41.543, que renunciarían á reclamar por el resto de su crédito, durante estuvo de alférez en la compañía de D. Jusepe de Acuña.

*
* *

Las guerras de Flandes aumentaron de tal manera los gastos de la Hacienda española, que ocasionaron y dieron lugar á muchos conflictos. Las tropas estaban sin cobrar meses y meses, y no escasearon las ocasiones de rebelión, por no abonárseles las pagas.

Por falta de método, por incuria, por preocupaciones

(1) Este documento lo ha publicado ya Pérez Pastor en su segundo

tomo de *Documentos*, y hablamos de él en la página 502 de nuestra obra.

que nacían de proyectos aventureros y dilapidaciones ruinosas, se dejaba en el más completo abandono á los soldados.

Alejandro Farnesio, siendo gobernador general de Flandes (1578-92), aunque castigó varias veces con severidad extrema la sedición de algunas compañías por el retraso de pagas, otras muchas satisfizo de su mismo dinero el sueldo de sus tropas, por comprender que se quejaban con razón del desamparo en que las tenían, hambrientas y sin dinero, como única recompensa de sus valerosos hechos é imponderables sacrificios.

Eternizábanse así las deudas; olvidábanse los servicios; no se recordaban los méritos; y los herederos de aquellos soldados heroicos, muertos de enfermedad, ó por el hierro enemigo, en gloriosas batallas, postergados y desatendidos,

concluían por cansarse de sus peticiones y ruegos para cobrar lo que era suyo; ó el Tesoro de los Descargos, cada vez más exhausto, por las crecientes prodigalidades, ó las exigencias de los gastos públicos, daba un corte total de cuentas, con lo cual quedaba la de cada uno inicuamente liquidada.

Esto sucedió á Rodrigo, ilustre hermano de Miguel de Cervantes Saavedra. Doce años fué soldado; diez y seis alférez. Quizás perdió su vida combatiendo con el enemigo, abrazado á la gloriosa bandera de su compañía. (1)

Tantos sacrificios, tanto heroísmo, tantos padecimientos por la defensa de su Rey y de su patria, fueron recompensados con el olvido más completo, no pagando á sus herederos la mayor parte de la suma que se le quedó adeudando.

PAUL MIRANNES

(1) Así sucedió en efecto. Por documento fidedigno, recientemente publicado por Pérez Pastor (Madrid, 1902), sábese que Rodrigo perdió la

vida, combatiendo con los rebeldes flamencos, en la batalla de las Dunas (2 de Julio de 1600).

APÉNDICES

1.º Á la página 38.

Aunque se cree generalmente que la primera vez que se publicó la *Vida de Cervantes*, escrita por D. Gregorio Mayáns, fué en la lujosa edición londonense de J. y R. Tonson, año de 1738, el ilustre bibliógrafo D. Leopoldo Rius y Llosellas ha hecho notar que se ha padecido en esto equivocación.

Mayáns dió á la estampa su notable trabajo un año antes, según lo demuestra la siguiente papeleta bibliográfica que inserta Rius de esa edición primera, que ha tenido á la vista, y de la que era poseedor:

«*Vida de Miguel de Cervantes Saavedra*. Autor, D. Gregorio Mayáns y Siscar, Bibliotecario del Rey católico.—En Briga-Real.—Año MDCCXXXVII.—En 8.º, de 4 hojas preliminares y 204 págs.—1.ª hoja, Portada. 2.ª y 3.ª, Dedicatoria de Mayáns al Excmo. Sr. D. Juan, baron de Carteret. 4.ª hoja, Índice de materias. Luego viene el texto bellamente impreso. No he visto mencionada por ningún bibliógrafo esta primera impresión de la *Vida de Cervantes*.»

(*Bibliografía crítica*, de Rius: t. II, pág. 5, núm. 10).

2.º Á la página 128.

Acerca del Mtro. Juan López de Hoyos publica curiosos pormenores Pérez Pastor en el t. II de *Docum.*, páginas 355-63. Citaremos algunos.

Fué tan buen hijo como ejemplar sacerdote y notable profesor de gramática y humanidades.

El 25 de Junio de 1583, su señora madre Juana de Santiago, autorizó á su hijo, cura de San Andrés, por escritura otorgada ante el escribano Alonso de San Martín, para hacer testamento como quisiere, no obstante el derecho de madre á dichos bienes, *porque le había sido muy obediente y ayudado y socorrido con sus bienes en todas sus necesidades*.

Con la misma fecha hizo testamento, ante el propio escribano, en el que mandaba se le enterrase en el monasterio de San Francisco de Madrid, donde lo estaban sus parientes, frontero de la puerta de la sacristía; que se dijieran 200 misas en la capilla del obispo de Plasencia, de donde había sido capellán; que los albaceas, por sus mismas personas, repartiesen el día de su fallecimiento 20 ducados entre las viudas pobres de su parroquia de San Andrés; que se dijieran 50 misas en San Justo, donde estaba ente-

rrado su señor padre; y que no se cargase á la cuenta de su parroquia lo que él había gastado en la imagen de San Andrés, que se puso en la puerta, ni lo que dió para la fiesta del Santísimo Sacramento. Después de la firma, añadió de su propia mano:

«Quiero que se compre una lápida para mi sepultura y tenga esta letra:

*M. Ioannes Lupecius de Hoyos
regius commissarius, specto
resurrectionem mortuorum.*

El 28 del mismo Junio otorgó codicilo dejando varias mandas á sus hermanas y sobrinos. Murió aquel mismo día.

Pérez Pastor cierra sus interesantes notas con estas palabras:

«Es de notar que en el libro de difuntos de la parroquia de San Andrés, no se apuntó la partida de defunción del cura de la misma; pero se puede afirmar que murió el 28 de Junio, pues con esta fecha se presentó Gabriel López de Hoyos ante la Justicia de Madrid pidiendo que se abriera el testamento de su hermano el Maestro Juan López, ya difunto».

Pérez Pastor ha reimpresso, en su *Bibliografía madrileña* del siglo XVI, dos composiciones del Mtro. López de Hoyos: una poesía latina en elogio de D. Juan de Austria con motivo de la batalla naval de Lepanto; y un *Epicedium*, ó canción fúnebre en alabanza de su protector, el Cardenal D. Diego de Espinosa.

3.º Á la página 133

Hemos negado en el texto (págs. 134-35) que sea aplicable á Miguel de Cervantes Saavedra un documento que descubrió Morán referente á otro Miguel de Zervantes, perseguido en rebeldía por haber herido á un Antonio de Sigura en la corte.

Pérez Pastor ha descubierto un documento, que publica en el tomo 2.º de su colección, por el que se confirma nuestra creencia.

Es una información que pidió se hiciera el padre de Miguel en Madrid, por medio del procurador Andrés de Ozaeta, á 22 de Diciembre de 1569, para que constase la limpieza de origen y creencias de su hijo mayor.

«Rodrigo de Cervantes (dice la petición), andante en corte, digo que á Miguel de Cervantes, mi hijo y de D.ª Leonor de Cortinas, mi legítima mujer, *estante en corte Romana*, le

conviene probar y averiguar como es hijo legítimo mío y de la dicha mi mujer, y que él ni yo, ni la dicha mi mujer, hayan sido ni somos moros, judíos, conversos ni reconciliados por el Santo Oficio de la Inquisición, ni por otra ninguna justicia de caso de infamia; antes han sido y somos muy buenos cristianos viejos, limpios de toda raiz; á vuestra merced (el Sr. Licdo. Duarte de Acuña, teniente de corregidor de la villa de Madrid por su Majestad) pido mande hacer información de los testigos que acerca de lo susodicho presentare; la cual hecha, me la mande dar por testimonio signado, interponiendo en ella su autoridad y decreto para que valga y haga fe en juicio y fuera de él. Y pido justicia; y para ello, &.—Rodrigo de Cervantes.—Andrés de Ozaeta.»

El anterior pedimento fué presentado personalmente por el mismo Ozaeta al Sr. Duarte de Acuña, ante quien y el escribano público Rodrigo de Vera, declararon los testigos de la parte.

El primero, que era alguacil, llamábase Alonso Getino de Guzman. Manifestó que conocía á D. Rodrigo y á su hijo desde hacía ocho años, ó antes; constábase que el primero era casado y velado con D.^a Leonor de Cortinas; sabía que era hombre de buena vida y persona tal, que ante todos los que le conocen ha sido habido y tenido por muy limpia; que no había sido sambenitado ni penitenciado, ni por el Santo Oficio castigado; y lo mismo puede decir de su mujer.

Añadió que sus hijos son legítimos, igualmente que Miguel, y por tal le tiene y ha tenido de todo el tiempo que há que les conoce, «y sabe que son habidos por buenos hidalgos, limpios de toda raiz.»

Otro testigo, que se nombraba Pirro Boqui, andante en corte de S. M. declaró en parecidos términos; añadiendo estas expresas palabras: «y sabe que Rodrigo de Cervantes no ha sido ni es penitenciado ni afrentado por el Santo Oficio de la Inquisición, ni menos los padres de los susodichos lo han sido, ni es de casta de moros ni de judíos, ni tiene raza ninguna de ellos; antes los tiene por cristianos viejos, limpios de todos sus abuelos, así de parte del dicho Rodrigo de Cervantes como de la parte de D.^a Leonor de Cortinas.»

El tercer testigo, Francisco Muçaqui, andante en corte de S. M., se expresó en el mismo sentido favorable á los padres de Cervantes y á su hijo Miguel.

En vista de la información, el Licdo. Duarte de Acuña, mandó al escribano se diese á Rodrigo de Cervantes copia de ella, signada y en pública forma, que hiciese fe, para el efecto que la pedía, interponiendo su autoridad y decreto judicial para que valiese en juicio ó fuera de él.

¿Era posible, ni verosímil siquiera que ni Miguel de Cervantes ni sus padres hubiesen pedido tal información oficial, si realmente fuera Miguel el perseguido y pregonado por la Justicia en causa criminal por rebeldía? Tres meses antes se había dado la orden de busca y captura del procesado por los señores alcalde de casa y corte, y sería absurdo admitir que sus padres fuesen á declarar donde se hallaba el interesado, si él fuera el que hirió á Sigura, llevando su nombre y antecedentes ante el teniente de corregidor de la villa de Madrid? ¿Iba á delatar á su hijo su mismo padre?..

4.º A la página 198

Aunque ignoramos muchos datos acerca de la familia materna y paterna de D.^a Leonor de Cortinas, se van descubriendo algunos que dan conocimiento de sucesos referentes á ellas.

Pérez Pastor los ha publicado en el t. II de sus *Documentos*, por los cuales llegamos á saber que la madre de Doña Leonor, la abuela de Cervantes, se llamaba D.^a Elvira y poseía algunos bienes en el término de Arganda, entre otros una viña, que D.^a Leonor y su esposo vendieron en 1566, en cuyo año, ó poco antes, hubo de fallecer D.^a Elvira.

Con fecha 2 de Diciembre del mismo, otorgó poder Doña Leonor á su marido para cobrar los bienes que le correspondían por muerte de D.^a Elvira de Cortinas, su madre, y pedir á los testamentarios y albaceas de la dicha señora cuenta de los que hubiesen quedado. Al mismo tiempo, generalizando el poder, autorizaba á su marido para recibir, haber y cobrar otros cualesquier bienes y maravedís que pertenecieran á D.^a Leonor por herencia, testamentos, mandas ú otras cualesquier cosas; y vender, trocar, cambiar ó enajenar, casas, viñas, tierras, censos ó bienes muebles de ella.

El 19 de Diciembre vendió D. Rodrigo, en unión con D.^a Leonor, ante el escribano público Diego de Henao en Madrid, una viña que tenían y les pertenecía en el término de Arganda, en el terreno llamado las viñas del Valle. Fué el comprador Andrés Rendero, vecino del lugar de Arganda y el precio veinte ducados, los cuales fueron pagados en reales de á dos, de á cuatro y sencillos. La viña era de unas quinientas cepas.

Don Rodrigo de Cervantes, con fecha 9 de Enero de 1567, sin duda para cobrar y entender en los asuntos pertenecientes á su esposa, dió poder á Andrés de Ozaeta, procurador del número de Madrid.

En 16 de Septiembre de 1573 D.^a Leonor de Cortinas, en unión de su marido, firmaron obligación de pagar á Hernando de las Bárcenas, ropero, vecino de Madrid, 12 ducados que le restaban de cuenta mayor, quizás por ropas que le habían tomado para sus hijos. (Estos documentos son los que llevan los números 1, 2, 3 y 6 del 2.º t. de ellos).

*
* *

D.^a Leonor, como buena madre, fué incansable por conseguir el rescate de sus hijos Miguel y Rodrigo, y admirable su constancia en todas los momentos. Aunque en el libro primero de nuestra obra, dejamos relatado todo lo referente al cautiverio, vamos á hacer aquí un breve resumen de sus primitivas gestiones, algunas nuevas.

Viendo D.^a Leonor que las que emprendió su marido desde á poco de saber la esclavitud de sus hijos, no habían dado los favorables resultados que se deseaban, ella puso también su actividad en ejercicio, recurriendo en otra forma al mismo fin que se anhelaba. Presentó petición al Rey, como viuda, para mover más á lástima, haciendo presente su pobreza y precaria situación y refiriendo los servicios de sus hijos y su desgracia de haber caído en poder de los turcos y llevados á Argel, donde permanecían cautivos, según constaba en la información entregada al efecto en el Consejo de Cruzada. Suplicaba D.^a Leonor que se le hiciera merced de mandarle dar algunos maravedís para ayuda al rescate de sus dichos hijos. El Rey mandó, por cédula en el Pardo á 5 Diciembre de 1576, que San Juan de Eyzaguirre entregase á D.^a Leonor 60 escudos de oro, que valen 24.000 maravedís (30 escudos para ayudar al rescate de cada uno), debiendo efectuarse éste en el término de un año; y si nó tendría obligación de devolver al Consejo de Cruzada la referida cantidad. Para garantía del cumplimiento, había de poner D.^a Leonor un fiador, el cual lo fué Alonso Getino de Guzmán, el mismo alguacil que sirvió de primer testigo en 1569, para la información de limpieza de sangre. El 16 de Diciembre del mismo año se entregaron los 60 escudos de oro á D.^a Leonor. Conseguido el rescate de Rodrigo, en

1577 en la redención que hicieron por Abril del mismo los PP. mercenarios Ongay (Jorge) y Jorge de Olivar, desembarcó en la villa de Jávea el 29 de Agosto.

Como que el Consejo de Cruzada no había recibido los sesenta escudos que dió á D.^a Leonor para el rescate de sus hijos, ni constaba que se hubiese efectuado, por mandamiento del Licdo. D. Pedro Velarde, comisario general de la Santa Cruzada, fecha en Madrid á último de Febrero de 1579, se ordenó que los 24 mil maravedís que se le habían entregado, los devolviese á San Juan de Eizaguirre, por ser pasado el plazo y no haber presentado testimonio del rescate; y si no lo abonara, se ejecutase por ellos al fiador, Alonso Getino de Guzmán. La notificación se hizo á Doña Leonor el 28 de Febrero 1579.

Con fecha 16 de Marzo contesta D.^a Leonor desde Madrid, como vecina de Alcalá de Henares, diciendo que, si bien recibió los 60 escudos, treinta se han invertido en el rescate de su hijo Rodrigo, y que se suspenda la ejecución contra Getino de Guzmán. Concluye pidiendo cuatro meses de prórroga para el rescate de su otro hijo. Se decretó que se llevase á efecto la ejecución por los treinta ducados no invertidos.

Con motivo de ésto, insiste el 24 de Marzo en la misma petición. Este documento es muy curioso, y debe copiarse íntegro.—Dice así:

«Muy ilustre y Reverendísimo Señor:

Doña Leonor de Cortinas suplica ante V. S. del auto pronunciado de no haber lugar á lo por mí pedido acerca de los 30 escudos de oro que se me dieron para ayuda al rescate de Miguel de Cervantes, mi hijo, captivo en Argel cuatro años há: pido y suplico á V. S. mande hacer según que por mí está pedido y suplicado, y que no se me niegue el término de ocho meses, para que con los dichos 30 ducados y otra mayor suma de quinientos ducados de oro se pueda rescatar, porque si hasta ahora no ha habido efecto el dicho rescate, ha sido por ser el precio excesivo y ser yo pobre y no poderse allegar el dicho dinero hasta ahora que la Trinidad envía á rescatar captivos y ha de llevar este rescate; y no es justo que, habiéndoseme hecho esta limosna, y por causa tan pía, se me niegue ahora, que con esta diligencia se ha de rescatar con brevedad, pues yo tengo dadas fianzas, y el dicho mi hijo ha servido á S. M. diez años, y en su servicio está manco de una mano y la perdió en la batalla naval, como consta á V. S. por las informaciones que tengo dadas y están en poder del secretario Juanes; y si V. S. no me hace esta limosna, será causa para que el dicho mi hijo no se rescate, porque ninguna posibilidad tengo por haber vendido cuantos bienes tengo por rescatar á Rodrigo de Cervantes, mi hijo, que juntamente fué cautivo con el dicho Miguel de Cervantes; en lo cual V. S. hará servicio á Dios y á mí limosna; y pido justicia y en lo necesario.

Doña Leonor de Cortinas.—Secretario Juanes.—En Madrid á 24 de Marzo de 1579.—El Decreto al final, dice: «Que se le aguarde por cuatro meses, y por ellos se suspenda la ejecución.»

En 28 de Marzo del 79 tuvo que hacer nueva petición la madre de Cervantes. Como que se exigía que se devolviesen los 30 escudos correspondientes á Miguel, y D.^a Leonor había entregado la cédula Real donde constaba á la espalda que se habían dado 30 por el rescate de Rodrigo, era preciso la presentación de dicho documento al Comisario de la Merced, para que devolviese los otros 30. La petición era tan fundada, que desde luego se resolvió que así se hiciera, con fecha 28 de Marzo. (Todos estos documentos de que poseemos copias, lo mismo que el Sr. Pérez Pastor, se

encuentran en Simancas: Contaduría de Cruzada, legajo número 326.)

D.^a Leonor había dicho entera verdad anunciando que la Orden de la Trinidad iba á rescatar á su hijo Miguel muy pronto. En efecto, en 31 de Julio de 1579 entregó á los PP. F. Juan Gil y F. Antón de la Bella, ante el escribano Pedro de Anaya 250 ducados para el rescate de su hijo mayor, «que estaba en poder de Alí Mamí, en la ciudad de Argel, de edad de 33 años, manco de la mano izquierda, barbirrubio». Pérez Pastor copia íntegro este documento (el XVIII del tomo segundo), el cual era conocido en extracto, según los apuntamientos hechos por el mismo Anaya en el Libro de la redención, año 1580, los cuales publicó Pellicer, y se han copiado infinidad de veces. Nada añade de nuevo el original de este instrumento público sino el tener borradas estas palabras: *Viuda, mujer que fué de Rodrigo de Cervantes, difunto que sea en gloria*. La falsedad de que era viuda de D. Rodrigo, y *difunto que sea en gloria*, quedó, sin embargo, consignada como verdad ante la fe pública del notario en la carta de pago, extendida el mismo 31 de Julio por los 50 ducados que entregó á los padres trinitarios la hermana mayor de Cervantes, D.^a Andrea.

Viendo D.^a Leonor que no era posible que el Consejo de Cruzada la favoreciese con una cantidad de consideración para el cuantioso rescate que pedían por su hijo Miguel, no se dió por satisfecha hasta que llegó á conseguir que se le diese licencia para llevar á Argel dos mil ducados de mercaderías lícitas, con cuyo producto se consiguiera lo que se deseaba. D.^a Leonor tuvo que luchar con muchas dificultades. Nadie llegó á ofrecer por aquel permiso más de 60 escudos. Así fué pasando el tiempo y sacándose nuevas licencias, á medida que las anteriores caducaban. Ya después de rescatado por la sublime caridad y buenos deseos de F. Juan Gil, y estando Cervantes en España, fué cuando se consiguió enviar á Argel los dos mil ducados de mercaderías lícitas, año de 1584, como se dijo oportunamente en el texto.

5.º A la página 230

Haremos aquí un resumen de lo que consta en los documentos más verídicos acerca de Rodrigo de Cervantes Saavedra, padre de Miguel, por más que de unos hayamos hablado en el texto, y otros ofrezcan nuevas noticias.

Aunque no se ha descubierto la partida de casamiento, es de suponer que se celebraría por el año de 1540. Hasta el 51, seguramente, vivió en Alcalá de Henares. El 55 estaba en Valladolid, donde nació su hija Magdalena, (y no en Madrid, á donde volvería luego hasta el 62 ó 63) que llevó los apellidos de Pimentel y Sotomayor.

Después se trasladó á Andalucía, pues son irrecusables los documentos descubiertos por Rodríguez Marín, que prueban estaba en Sevilla los años de 64 y 65. El 66 debió volver la familia á Madrid á consecuencia de la muerte de su suegra D.^a Elvira de Cortinas. En Madrid otorgó poder D.^a Leonor á su marido para intervenir en todo lo relativo á la herencia, y allí vendió una viña el año de 67 y autorizó á un procurador para gestionar sobre sus asuntos.

El 68 sabemos por la escritura de donación que hizo, á favor de D.^a Andrea, Juan Francisco Locadelo, que vivía en Madrid, pues allí le habían asistido en sus enfermedades lo mismo el padre, como médico cirujano, que su hija mayor, como cuidadosa enfermera.

El 69 sacó un testimonio de limpieza como cristiano viejo, para enviárselo á su hijo Miguel, que estaba en Roma al servicio del cardenal Aquaviva. En Madrid siguió viviendo en los años siguientes.

Sabemos que D. Alonso Pacheco de Portocarrero hizo donación en 1575 de la cantidad de quinientos ducados á la hija menor, D.^a Magdalena. En los arreglos y convenios que se hicieron después para puntualizar el pago, siempre interviene D. Rodrigo, como padre y consejero cariñoso, lo cual excluye la menor sospecha de que en aquella donación hubiese lo más mínimo que no fuera muy digno y honrado. Cuando tuvo, á principios del 76, conocimiento del cautiverio de sus hijos, el pobre anciano no descansó un momento, queriendo que el rescate se consiguiese pronto y se supieran los méritos y servicios que tenían á su favor para ser recompensados. Sus peticiones y súplicas al Consejo Real aquel año y el de 78, demuestran su hermoso corazón y gran afecto de padre. Muy singular desvelo tuvo por reunir cuanto pudo para el rescate de sus hijos, ya procurando cobrar ejecutivamente las cantidades que le debían atrasadas, (1) ya vendiendo sus bienes y hasta disponiendo de las dotes de las hijas, para rescatar á los varones, quedando muy pobre por esto, como hizo notar él mismo al pedir la información en 1578.

Cuando D. Rodrigo tuvo carta de su hijo Miguel, ya rescatado y en España, pidió con fecha de 1.º de Diciembre de 1580 nueva información sobre el cautiverio de Miguel de Cervantes. Los testigos Juan de Estéfano, el que llevó á D. Rodrigo la carta de su hijo Miguel, Mateo Pasqual y Francisco de Aguilar, informaron con arreglo á la verdad sobre los grandes trabajos de Cervantes en el cautiverio.

Las dudas que existían acerca del año en que murió el padre de Cervantes, originadas con fundamento de las mismas y repetidas afirmaciones de su esposa, que se llamaba viuda, sin serlo, han quedado para siempre desvanecidas al descubrir Pérez Pastor el testamento de D. Rodrigo, otorgado en Madrid ante el escribano Diego Fernández el 8 de Junio de 1585. (2)

Dando una prueba de gran respeto y amor y confianza á su esposa, declara que cuando se casó y veló con Doña Leonor, llevó á su poder ciertos bienes dotales suyos, cuya cantidad no recordaba ni los que fueron; pero dejaba la declaración de ello á la dicha D.^a Leonor, lo cual había de tenerse por válido (dice), «porque no dirá en esto más de la verdad, lo cual quiero, y es mi voluntad que se le dé y pague de mis bienes, sin que se le ponga impedimento alguno.»

Declara que no debía nada á ninguna persona, lo cual demuestra la gran prudencia y economía con que viviría aquella respetable familia, con tantos gastos como se habían originado en la crianza y educación de tantos hijos y los no vulgares sacrificios que tuvo que hacer para rescate de sus varones y profesión de su hija Luisa como Carmelita descalza en Alcalá de Henares, más las deudas ocasionadas para ver libre y á su lado á Miguel, cuyas excepcionales dotes de escritor ya podría apreciar antes de morir.

Sabemos que D. Rodrigo era sordo, y un incidente de que se hace mención en el testamento lo corrobora de manera bien evidente, como si hubiésemos asistido al acto de expresar su postrimera voluntad, gracias á la minuciosidad del relato del escribano. «El otorgante (dice) tomó el testamento en sus manos y le leyó, y después de haberle leído, dijo que así le otorgaba; y yo, el dicho escribano, lo leí públicamente ante los dichos testigos». Demuestra esto la gran entereza de espíritu del digno padre de Miguel de

Cervantes, estando en la cama enfermo, tan enfermo, que al cabo de cuatro días falleció, como consta en la partida que existe en el Archivo parroquial de San Justo de Madrid, ya publicada por Navarrete desde 1819.

6.º A la página 300

Hemos dado ya algunas noticias del proveedor Pedro de Añastro en el referido lugar, con motivo de su infame conducta en una maquinación tramada contra el Príncipe de Orange, que costó la vida á cuatro infelices; mientras que Añastro esquivó todo peligro con manifiesta cobardía, huyendo anticipadamente.

Añadiremos algunos datos acerca de dicho individuo.

Añastro vino á España, en cuanto Xáuregui y sus cómplices se disponían para matar al de Orange, en Marzo de 1582. Su gran proyecto sería muy aplaudido en una corte como la de Felipe II, en la que se concedían premios por tan criminales procederes.

Enamoróse en la corte de una joven llamada D.^a Antonia de Robles, dama de la infanta D.^a Catalina, segunda hija de Felipe II, la cual casó en 1585 con Carlos Emmanuel, Príncipe de Saboya. El mismo año se verificó el desposorio de Añastro con D.^a Antonia de Robles, permaneciendo en Saboya con cargo de importancia al lado de la infanta. En 1590, siendo tesorero general de D.^a Catalina, publicó en Turin una traducción de *La República*, de Juan Bodino, suprimiendo ó añadiendo pasajes de conformidad con sus opiniones religiosas.

Habiendo muerto en 1593 su pariente Pedro de Isunza, proveedor de las galeras de España, por recomendación sin duda de los Príncipes de Saboya, fué nombrado para sustituirle en el cargo. En él estuvo hasta 1599, que falleció en Madrid.

La madre de Añastro le trató con excesiva dureza y le desheredó por haberse casado con D.^a Antonia y no con una doncella de Vitoria, como ella quería.

Nuestro estimado amigo D. Julián de Apráiz, da muchos datos biográficos y de familia acerca de Pedro de Añastro, en *Los Isunzas de Vitoria*, págs. 41-49 y 193-98.

7.º Á la página 362.

Hemos negado en absoluto en dicha página que sea de Cervantes la *Relación* de las fiestas que se verificaron en Valladolid, año de 1605, con motivo del nacimiento de Felipe IV. Ya sostuvimos la misma opinión al publicar nuestra *Vida de Cervantes*, en Cádiz, año de 1877.

Estábamos en lo cierto al emitir tal juicio. El Sr. Pérez Pastor ha tenido la buena suerte de dejar aclarado para siempre, sin la menor sombra de duda, punto literario tan oscuro. Con la publicación de una carta de pago de Antonio de Herrera, cronista mayor de Indias y cronista real de Castilla, protegido del Conde de Miranda, se demuestra con entera evidencia que el autor de dicha obra fué el citado Herrera, y no Miguel de Cervantes. Entre el estilo de éste y el de aquél, hay enormísima diferencia, en efecto.

Los muchos *infoños* que dejó Herrera, aunque revelan minuciosa información, gran laboriosidad, claro criterio y

(1) Un caso práctico de esto nos lo ofrecen dos documentos, publicados por Pérez Pastor en el t. 1.º de los cervantinos inéditos (páginas 42-43 y 47-49). El primero es un poder de Rodrigo de Cervantes á Lucas y Diego de Soria para cobrar 800 ducados del Licdo. Pedro Sánchez de Córdoba, vecino de la ciudad de Granada. La fecha del poder á 20 de

Octubre de 1576.—No lograrían los hermanos Soria hacer efectivo el débito, cuando D. Rodrigo tuvo que autorizar para que efectuase el cobro á Gaspar de Baeza, con fecha 25 de Febrero del año 77.

(2) *Docum. inéd. cervantinos*, t. 1.º, págs. 83-86.

buen lenguaje, carecen, sin embargo, de esas bellezas de forma y seductoras gracias de expresión que avaloran los escritos del Príncipe de los ingenios españoles.

¿Cómo no había de extrañarnos que algunos insignes literatos, cual si desconociesen el estilo de Cervantes, quisieran atribuirle obra tan árida y empalagosa como

lejana de su fraseología y galano modo de elocución?

Pérez Pastor publica la carta de pago de Herrera en el t. II de *Docum.*, págs. 270-71, y hace sobre ella muy atendibles observaciones en las págs. 417-18. Mil trescientos sesenta y tres reales costó la impresión de la *Relación* de las fiestas por el impresor Juan Godines de Millis.

FIN DE CERVANTES Y SU ÉPOCA

ÍNDICE DE LIBROS Y CAPÍTULOS

	Páginas
PRÓLOGO del Excmo. Sr. Don Eduardo Benot . . .	V-XXIV
DISCURSO preliminar. (Véase el apéndice 1.º). . .	25 - 86

LIBRO I.

Capítulo I. Nacimiento y familia de Miguel de Cervantes Saavedra.

Inutilidad de fingir orígenes extraordinarios para enaltecer á los hombres esclarecidos.—Sus mismos hechos y virtudes los realzan y glorifican.—Esto pasa especialmente con Cervantes.—Todas las leyendas forjadas acerca de su origen nobiliario, deben rechazarse.—Sólo la verdad comprobada ha de decirse.—Conjeturas ó datos inciertos del Padre Sarmiento, Pellicer, Navarrete, Méndez de Silva y Marqués de Mondéjar.—Refutación de sus dichos ó argumentos.—Única opinión que puede aceptar la Crítica.—Datos ciertos sobre la verdadera ascendencia de Cervantes.—Su abuelo paterno: su nombre; cargo público que desempeñó.—Documentos curiosos que se han publicado de otro licenciado Juan de Cervantes.—D. Julio Sigüenza y D. Cristóbal Pérez Pastor.—Testimonio del alférez Luis de Pedrosa.—Supónese que la familia de Cervantes emparentó con la del Duque del Infantado.—Rodrigo Cervantes de Saavedra fué el padre de Miguel.—Nació éste, probablemente, el 29 de Septiembre ó en los primeros días de Octubre de 1547, en Alcalá de Henares.—Fué bautizado en su parroquia de Santa María la Mayor el 9 de este último mes por el bachiller Serrano.—Llamábase la madre de Miguel D.^a Leonor de Cortinas.—Los hijos que tuvieron D. Rodrigo y D.^a Leonor, fueron: Andrés, Andrea, Luisa, MIGUEL, Rodrigo, Magdalena y Juan.—Publícase por vez primera la partida bautismal auténtica referente á Rodrigo de Cervantes, hijo.—D. Ramón Santa María.—Es incuestionable que Alcalá de Henares tuvo la gloria de ser la cuna de Cervantes.—Documentos fidedignos é irrecusables que lo patentizan.—Indicios y recuerdos de los libros de Cervantes, que también lo comprueban.—Nuevo documento que pone término á toda duda, por ser autógrafo.—Errores propagados por Lope de Vega, Tamayo de Vargas, Claramonte y Corroy, Nicolás Antonio, Ortiz de Zúñiga y Mayáns.—Sutilezas que se han sostenido y aún pretenden sustentar respecto del Cervantes de Alcázar de San Juan.—Quiéresele dar como el verdadero Cervantes, autor de *El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha*.—El Cervantes de Consuegra.—Refutación extensa y completa de tan absurdas pretensiones.—El apellido *Saavedra*.—Equivocaciones ó datos infundados aducidos por Ríos y Navarrete.—Inexactitudes divulgadas: se refutan.—El padre de Cervantes usaba el apellido

Saavedra.—Por eso usó también Miguel.—Verdadera profesión del padre de Cervantes.—No es probable, ni está averiguado que la familia de Cervantes Saavedra de Alcalá de Henares, estuviese emparentada con los Saavedras descendientes de los Señores de Castellar y del Viso.—No debe aceptarse nada que no se base en lo cierto.—Con tal objeto se escribe la presente obra	87- 94
Ilustraciones al cap. I.	94-110

Capítulo II. Educación y adolescencia de Miguel de Cervantes.

Estado de su familia al nacer él.—Sus padres permanecieron viviendo en Alcalá, por lo menos, hasta el año de 1551.—Nacimiento de Rodrigo de Cervantes, hijo.—Nuevas noticias auténticas é irrecusables, acerca de él.—Traslación de la familia á Madrid.—Probablemente en qué año.—Con seguridad residía en aquella villa ó en Valladolid, por los años de 1553 al 56.—En esta última ciudad nació D.^a Magdalena, la hija menor, y quizás también el más pequeño de todos, llamado Juan.—Datos acerca del abuelo de Cervantes y estado de sus padres en Sevilla.—Semblanza de Rodrigo de Cervantes, padre de Miguel.—Elogio de su madre D.^a Leonor de Cortinas.—Datos y antecedentes sobre su vida.—Falta de bienes de fortuna.—La Universidad de Alcalá de Henares en tiempos de Cervantes.—Elogio del Cardenal Fr. F. Jiménez de Cisneros.—Los primeros estudios de Gramática y Humanidades los hizo Cervantes en Sevilla.—Su gran ingenio y perspicacia.—Muerte del abuelo de Cervantes.—Vuelve su familia á Madrid.—Perfecciona sus estudios con el Maestro Juan López de Hoyos, (véase el apéndice, núm. 2) célebre humanista, director del colegio público de la villa.—Lectura de poetas clásicos y castellanos bajo el cuidado del mismo preceptor.—Justos motivos por qué le llamó éste su caro y amado discípulo.—Quizás asistió algunos meses á la Universidad de Salamanca á expensas de algún estudiante rico en clase de compañero ó criado.—Refútase lo dicho por D.^a Blanca de los Ríos.—Fué beneficioso para Cervantes el no haber recibido enseñanza universitaria.—Las Universidades españolas en su tiempo.—El sistema escolástico: sus daños é inconvenientes.—La Teología.—Los trabajos críticos.—Los ergotistas, corruptores de la moral y del buen gusto literario.—Cervantes fué el creador de su propia educación estética.—Sucesos notables y de gran trascendencia para España.—Felipe II y sus proyectos sobre Inglaterra.—Fracaso de su política y enemistad personal contra la Reina Isabel.—Muerte de su tercera esposa Doña Isabel de Valois, dicha de la Paz.—Esta desgracia sacó á Cervantes de la oscuridad de los es-

tudios escolares.—Sus primeros trabajos literarios.—Exequias celebradas en las Descalzas reales de Madrid, costeadas por la villa.—Encargo que se dió con tal objeto al Maestro López de Hoyos.—Lo que era su Estudio.—Su señalada importancia.—Libro que compuso el Maestro Hoyos de la fúnebre solemnidad.—Juicio crítico de las poesías de Cervantes.—Notables pasajes de ellas.—Triste situación de los ánimos.—La muerte del Príncipe D. Carlos.—Rumores que se divulgaron.—Las guerras de Flandes.—Sentimiento general por el fallecimiento de la Reina.—Venida á España del legado de Pio V, Julio Aquaviva.—Motivo de su viaje.—Error de Navarrete refutado.—La elegía de Cervantes dedicada al Cardenal D. Diego de Espinosa.—Cómo pudo conocer el legado Aquaviva á Cervantes.—Origen probable de su afecto y protección.—Motivos que pudieron impulsar á Cervantes para abandonar á España como criado de Aquaviva.—Fué su camarero en Roma.—Limpieza de sangre. (V. el apéndice núm. 3).—No convenía aquel humilde oficio á la alteza de sus pensamientos.—Alistóse en la milicia.—Suposiciones de Don Nicolás Díaz de Benjumea, de D. Jerónimo Morán y otros escritores acerca de la marcha de Cervantes á Italia.—Causa á que lo atribuyen.—Refútanse estos argumentos.—Examínanse tales opiniones.—Un nuevo Miguel de Cervantes.—Documento publicado por Morán.—Cópíase y se analiza.—Palabras de Cervantes contra su corta fortuna.—Verdaderos móviles de Cervantes al ir á Italia.—Datos interesantísimos acerca de la situación de su familia en 1569.—Su hermana Luisa, monja.—Donación en dinero, muebles, joyas y vestidos.—Lo hace á D.^a Andrea de Cervantes el amigo y huésped de su padre Juan Francisco Locadelo.—Cópíase lo esencial de la escritura de cesión.—Trescientos escudos de oro, en oro.—Elogio de D.^a Andrea de Cervantes.—Su casamiento 111-119

Ilustraciones al cap. II 120-140

Capítulo III Vida militar de Miguel de Cervantes Saavedra

Errónea creencia respecto de haberse alistado Cervantes en las tropas pontificias.—Sentó plaza en la compañía del capitán Diego de Urbina, perteneciente al tercio de D. Miguel de Moncada.—Fecha probable de su ingreso en la milicia.—Testimonio que lo comprueba.—Motivos que influirían en Cervantes para seguir la vida militar.—Gran agitación en el mundo cristiano contra los turcos.—Precauciones que se adoptan contra sus invasores proyectos.—Ejemplos de sus planes ambiciosos.—Repreensible proceder de los príncipes cristianos.—Solimán el *Magnífico*.—Selim II.—Nuevos peligros y amenazas.—Agresión contra la isla de Chipre en plena paz.—Piden socorro los venecianos por mediación del Papa.—Prepárase una armada al efecto por Roma, Venecia y España.—Fracaso total de la empresa.—Invaden los turcos á Chipre.—Se apoderan de Nicosia y de Famagusta.—Nuevos conciertos para perseguir á los infieles.—La Santa Liga entre romanos, venecianos y españoles.—Grandes aprestos navales.—Entereza de Pio V.—Don Juan de Austria, Generalísimo.—El Estandarte de la Liga.—Combate naval de Lepanto.—Glorioso triunfo.—Muerte de Aali Bajá y de Mehemet Siroco.—Denodado comportamiento de los combatientes de la galera *Marquesa*, don le peleó Cervantes.—Heridas que recibió.—Su admirable heroísmo: testimonios y datos interesantísimos.—Curación de Cervantes en el hospital de Mesina.—Cariñosas distinciones que mereció.—Nuevas expediciones.—Navarino y Modón.—Disuélvese la Liga.—Túnez y la Goleta.—Consideraciones.—Permanece Cervantes en Italia hasta 1575.—Sus observaciones, juicios, palabras é impresiones acerca de aquel bello país 141-155

Ilustraciones al cap. III. 156-164

Capítulo IV. Vida y proezas de Miguel de Cervantes en el cautiverio.

Importancia excepcional de este período en la existencia de Cervantes.—Parte de Nápoles para España en la galera *Sol*.—Pertenece esta nave á la escuadra para perseguir corsarios que mandaba D. Sancho de Leiva.—Osadía y crueldad de los piratas argelinos.—Es acometida la galera *Sol* por una banda de bajeles turcos de Arnaut Mami.—Embarcación que la asaltó y entró á saco.—Denuevo de los españoles y retirada de los corsarios.—Prisión de los cristianos que sobrevivieron.—Descripción que hizo Cervantes de aquel suceso en la *Galatea*.—Cervantes cautivo.—Llamábase su amo Dalí Mami.—Sitio exacto donde se efectuó el combate.—Noticias nuevas de interés ofrecidas por D. Julián de Apráiz.—Cervantes es tenido como prisionero de gran rescate.—Su ánimo intrépido quiere recobrar la libertad perdida.—Sus primeros proyectos.—Cómo fracasaron por la falsedad de un moro.—Caballeros que marcharon por tierra á Orán para huir del cautiverio.—Recrudescen las precauciones y los malos tratos.—Perversa condición de su amo.—En 1577 escribe Cervantes una epístola en tercetos al secretario de Felipe II, Mateo Vázquez.—Mérito y singular importancia de este documento.—Datos biográficos de Mateo Vázquez.—Elogios desmedidos que Cervantes le tributa.—Se conocieron, probablemente en Madrid, en 1568.—Por eso le hizo con preferencia mensajero de sus quejas y medianero de sus peticiones patrióticas á Felipe II, para que aprestase armada y ejército que conquistasen á Argel.—Momentos críticos de mezquindades personales en la corte por aquellos años.—Miserias y pequeñeces palaciegas.—Felipe II no podía comprender el sublime pensamiento de Cervantes.—Embargaban su atención ruines maquinaciones de asesinato contra el secretario Escobedo.—Ni el Rey ni su privado tuvieron para nada en cuenta los consejos de Cervantes.—El cautiverio de éste se hace cada día más insoportable.—Nuevos proyectos de fuga.—Esfuerzos del padre de Cervantes por rescatar á sus hijos.—Sacrificios que hicieron él y sus hijas.—Logra su libertad Rodrigo.—Imposibilitan por segunda vez los heroicos intentos de Cervantes, fatales contrariedades.—Testimonios que las confirman.—Reflexiones 165-176

Ilustraciones al cap. IV. 176-185

Capítulo V. Nuevas hazañas de Cervantes en el cautiverio.—Su rescate.

Precauciones que tomó Azán Bajá para impedir sucesivos intentos de fuga.—Resultado negativo de tales rigores.—Nueva tentativa de Cervantes.—Quiere marchar á Orán en compañía de tres caballeros principales.—Envía una carta á D. Martín de Córdoba.—Prisión del moro que la llevaba, y su muerte.—Conocido el proyecto de Cervantes, manda Azán que se le den dos mil palos.—No se cumplió la orden por recomendaciones que se interpondrían.—Información de 1578.—Nuevo documento sobre el rescate de Cervantes.—Obligación firmada por D. Rodrigo y sus hijas á favor de Hernando de Torres.—Intento no realizado.—Cuarto plan ideado por Cervantes.—Su trascendencia.—El Licdo. Girón, renegado granadino.—Le redujo Cervantes á las creencias católicas.—Aparece Girón como comprador de una fragata.—Intervino en todo, por mediación de Miguel, Onofre Exarque, mercader valenciano.—Avisa Cervantes á muchos caballeros de sus grandiosos propósitos.—Testimonios fehacientes.—Un nuevo traidor dificulta y frustra los intentos de evasión.—Caybán, renegado florentin, los pone en conocimiento de Azán.—Confirma después la delación el miserable que participó al renegado la noticia.—Llamábase Blanco de Páez y era fraile de la Orden de Santo Domingo.—Su carácter díscolo y falso.—Odio que le tenían los

cristianos por su infame acción — Declaróse mortal enemigo de Cervantes. — Procedía como mal sacerdote. — Llamábase comisario del Santo Oficio sin serlo. — Lo que depusieron contra él muchos testigos y á favor de Cervantes. — Palabras del Dr. Sosa. — Lo que dió Azán á Blanco por precio de su vil conducta. — Calumnias que propalaba Blanco de Paz contra el Dr. Becerra. — Descubierta la conspiración, ocúltase Cervantes. — Declaración de Diego Castellanos. — Publica el Rey un bando amenazando con pena de muerte á quien tuviese á Cervantes en su casa. — Preséntase entonces para no causar á nadie perjuicios. — Grandes amenazas del Rey. — Intervención del renegado Maltrapillo. — Demuestra Cervantes la misma entereza que siempre. — Mayores castigos y precauciones. — Termina el gobierno de Azán. — Juicio de sus actos. — Enaltecimiento de Cervantes. — Consideraciones sobre su vida en Argel. — Inauditos sacrificios y gestiones de D. Rodrigo de Cervantes y sus hijas para rescatar á Miguel. — Llegan á Argel en Mayo de 1580 los PP. Trinitarios Fr. Juan Gil y Fr. Antonio de la Bella. — Miguel de Cervantes rescatado. — Día fijo en que llegó á España y puerto en que desembarcó. — Elogio de Fr. Juan Gil. — Información muy favorable para el redimido. — Nuevos documentos descubiertos. — Pormenores interesantísimos — (Véase el apéndice, núm. 4). 186 198

Ilustraciones al cap. V. 199-214

LIBRO II.

Capítulo I. Vuelve á España Miguel de Cervantes Saavedra.

Asuntos que preocupaban la atención pública en España cuando volvió del cautiverio Miguel de Cervantes. — Flandes y Portugal. — Pequeñeces de Palacio que alternan con las grandes cuestiones. — Proyectos de Felipe II para la conquista de Portugal. — El ejército del Duque de Alba y la escuadra del Marqués de Santa Cruz. — El triunfo en Alcántara. — Entrada de las tropas españolas en Lisboa. — Saqueos y pillajes. — Excesivas pruebas de rigor. — Poca prudencia de los conquistadores. — Felipe II desmentido por el Duque de Alba. — El Prior de Ocrato. — Sus partidarios. — Nacimiento y cualidades personales: sus favorecedores. — Resistencia de sus parciales. — Muerte de D.^a Ana de Austria. — Felipe II en Lisboa. — Su conducta ambigua. — Marcha de Cervantes á Portugal. — Se le da una comisión. — Cuál sería y con qué objeto. — Documentos que existen sobre el particular. — No asistió Cervantes á ninguna de las expediciones que se hicieron para la conquista de las Islas Terceras. — Examínase este punto. — Cervantes estaba en Madrid en Septiembre de 1583 — Sus relaciones amorosas con D.^a Catalina de Palacios. — Conocimiento antiguo de esta familia y la de Cervantes. — Principio de su vida literaria. — Su *Galatea*. — Reflexiones sobre esta clase de obras. — Objeto de la pastoral de Cervantes. — Su mérito, sus bellezas, alusiones y defectos. — Simbolismo de sus personajes. — Juicio crítico de imitaciones y continuaciones que se han hecho de ella. — Florián y Trigueros. — Casamiento de Cervantes. — Recuerdos de Esquivias. — La dote de su esposa. — Su afición al Teatro. — Su amistad con los farsantes de su tiempo. — Sus primeras composiciones dramáticas. — Mal resultado positivo de sus trabajos. — Desencanto del ingenioso Escritor. — Busca nuevos recursos para vivir — Marcha á Andalucía. (Véase el apéndice núm. 5). 215-233

Ilustraciones al cap. I 234-251

Capítulo II. Miguel de Cervantes comisario de flotas.

Llega Cervantes á Sevilla en 1587 — Reflexiones sobre las revueltas de Flandes. — Felipe II é Isabel de Inglaterra. — Protección que ésta dispensó á

los rebeldes. — Causas antiguas de resentimiento. — Motivos de nuevos odios entre ambos. — Procedimientos injustificables por parte de Isabel. — Carácter moral de los dos rivales. — Isabel protectora de actos piráticos. — Sus inauditas provocaciones. — Agresión del Drake contra Cádiz — Muerte de María Estuardo, Reina de Escocia. — Cartas del Marqués de Santa Cruz aconsejando á Felipe II la jornada contra Inglaterra. — Lentitud con que el Rey se resuelve á emprender la campaña. — Plan de ésta que presenta al monarca el Marqués de Santa Cruz. — Suspensión de armas entre el Imperio turco y el Rey católico Felipe II. — Preparativos para la armada contra Inglaterra. — Intervención que en ellos tiene Miguel de Cervantes, como comisario de flotas. — Sus servicios en 1587 á las órdenes del alcalde de la Real Audiencia de Sevilla, Licenciado Diego de Valdivia. — El vicario de Ecija excomulga á Cervantes. — Comisiones de acopio de víveres que confió á Cervantes el proveedor general de flotas D. Antonio de Guevara. — Documento inédito descubierto por el autor de esta obra en el archivo de Indias de Cádiz. — Se refiere á una nueva comisión de que no se tenía conocimiento. — Publicación literal de su texto. — Otros encargos de acopios que se dieron á Cervantes. — Cuentas presentadas por él de los que efectuó durante los años 87, 88 y 89 en las comisiones que le confiaron Valdivia y Guevara. — Cesa éste en el cargo de proveedor. — El que le sucede interinamente, Miguel de Oviedo, sigue ocupando como comisario á Cervantes. — El 23 de Marzo de 1590 le ordena vaya á Carmona para acopiar aceite. — Memorial que presenta Cervantes al Rey en el mismo año. — Relación jurada de los gastos menudos que hizo Cervantes para la molienda del trigo en Ecija. — Pormenores curiosos. — Documento inédito referente á Carmona. — Comisiones que desempeñó Cervantes á las órdenes del proveedor D. Pedro de Isunza. — El corregidor de Ecija Francisco Moscoso, juez contra comisarios, procede contra Miguel de Cervantes en Castro del Río. — Su prisión. — Descargos y defensa que hace Cervantes de su conducta. — Sentencia contra Cervantes. — Nuevos datos ofrecidos por D. Julián de Apráiz, relativos á Isunza y á hechos importantes de su vida. — Memorial presentado por Cervantes al Rey, pidiendo que su principal, el proveedor Isunza, no sea molestado en asunto que no tiene ninguna responsabilidad. — Personas de toda confianza, que según sus palabras, tenía á sus órdenes Isunza. — Elogio de este caballero y de Cervantes, como comisario de flotas — Cervantes recaudador de alcabalas. 252-272

Ilustraciones al cap. II 273-293

Capítulo III. Miguel de Cervantes recaudador de alcabalas.

Cantidad total que había de cobrar Cervantes, por alcabalas y otras rentas, en el reino de Granada. — Pormenor y razón de estos débitos. — Empieza la cobranza por Guadix. — Llega á Baza. — Dificultades que se presentan. — Rectitud enérgica de Cervantes. — Formalización de cuentas. — Liquidación y cobro. — Multa impuesta al tesorero propietario. — Comunica Cervantes noticias sobre el resultado de sus gestiones. — Envía nueva carta al Rey el 17 de Noviembre de 1594, y pide prórroga de 20 días para concluir su comisión. — Lo que había cobrado hasta entonces. — Instrucciones que recibe. — Partidas que salieron fallidas. — Arreglo del asunto de Alnuñécar, Motril y Salobreña. — Va á Ronda. — Marcha á Vélez-Málaga. — Terminados los negocios, se dirige á Sevilla. — Gira desde allí lo que obraba en su poder. — Quiebra el comerciante á quien entregó Cervantes el dinero. — No se puede hacer efectiva su letra. — Pone Cervantes en conocimiento del Rey lo sucedido. — Dase orden al juez Olmedilla para que cobre de los bienes del quebrado. — Notificación á los fiadores de Cervantes, á fin de que presentaran las cuentas de sus comisio-

nes.—Provisión real al juez Vallejo.—Prisión y encarcelamiento de Miguel.—Dirige una petición al Rey.—Pónesele en libertad.—Cantidad que adeudaba Cervantes á la Hacienda, según los contadores de relaciones.—Molestias que le ocasionaron en 1598 para ultimar y aprobar las cuentas del tiempo de Isunza.—Observaciones sobre esto.—El nuevo proveedor general de flotas Gaspar de Añastro.—Su carácter.—Datos biográficos.—Hecho repugnante de su vida.—Proyecto frustrado de asesinato contra el Príncipe de Orange.—Canonización de San Jacinto y poesía que escribió Cervantes con tal motivo.—El saqueo de Cádiz en 1596: un soneto de Cervantes.—La opinión pública contra el Duque de Medina Sidonia.—Historia del saqueo por el P. franciscano Pedro de Abreu.—Relaciones coetáneas anónimas.—Últimos años de Felipe II.—Su muerte.—Honras fúnebres en Sevilla.—Soneto satírico de Cervantes. (Véase el apéndice núm. 6). 294-308

Ilustraciones al cap. III. 309-320

Capítulo IV. La leyenda de Argamasilla.

Últimos años que residió Cervantes en Andalucía.

Qué fundamento tienen las tradiciones manchegas.—Examínanse y se refutan.—Tradiciones del Toboso.—Tradición de Argamasilla de Alba.—Cómo se propagaron.—El Miguel de Cervantes de Alcázar, comisionista.—Supuesta prisión de Cervantes Saavedra en Argamasilla.—Recházanse las afirmaciones hechas.—Pruebas inaceptables.—Aspectos diferentes por que ha pasado esta cuestión.—Conjeturas de D. Tomás González.—Observaciones aclaratorias.—Lo más razonable.—Carencia de documentos.—Nuevos datos sin validez para confirmar la leyenda.—Errores difundidos por doctos escritores.—Negativa absoluta.—Movimiento literario y artístico de Sevilla durante el tiempo que residió Cervantes en Andalucía.—Su participación en él.—Escritores y poetas renombrados.—Contrato de Cervantes con el comediante Rodrigo Osorio.—Lo mucho que le favorece y realza.—Principales academias literarias que existían en Sevilla cuando estuvo allí Cervantes, ó años después.—Es muy probable que leyese en ellas Miguel algunas de las obras que tenía compuestas.—Alusiones que lo persuaden ó testifican.—Castigo ejemplar de dos adúlteros.—Lo que escribió Cervantes con referencia á él en *Persiles y Segismunda*.—Reforma que indica en dichos pasajes de las leyes vigentes entonces sobre esa materia.—Cómo influyeron sus consejos en la opinión pública.—Ejemplos.—Fray Juan Bernal, religioso de la Orden de la Merced.—Sus excelsas virtudes.—Su gran acto bienhechor.—Su entrada triunfal en Sevilla.—Nuevos disgustos que ocasionan á Cervantes los alcances de cuenta en 1603.—Su inculpabilidad.—Documentos oficiales.—Bartolomé de Pedroso.—Sospechas y conjeturas.—Sucesos que excitaron la atención pública en dicho año.—Otro falso Rey D. Sebastián.—Terribles castigos.—Sale Cervantes de Andalucía y se dirige á la corte 321-334

Ilustraciones al cap. IV. 335-339

LIBRO III.

Capítulo I. Miguel de Cervantes Saavedra en Valladolid.

Nueva dominación política.—Felipe III.—Su natural y educación.—Sus maestros y directores.—Vida física, intelectual y moral.—Defectos de su educación religiosa.—Consecuencias.—Su nulidad para la política y el gobierno.—Influencia que ejerció sobre su carácter D. Francisco Gómez de Sandoval y Rojas, Duque de Lerma.—Cómo se hizo dueño del monarca y de la política española.—Casamiento del Rey.—Fiestas en Denia y Valencia.—Gobierno absoluto del favorito.—Endiosamiento de

su familia.—El nuevo Arzobispo de Toledo.—Don García de Loaysa y el Cardenal arzobispo de Sevilla, D. Rodrigo de Castro.—Viaje de recreo que dispone el Duque.—Auto de fe en Toledo.—Traslación de la corte de Madrid á Valladolid.—Censuras y obstáculos.—Principales sucesos de los primeros años de aquel reinado.—Paces con Francia é Inglaterra.—Cervantes en Valladolid.—Situación de su familia.—Pormenores curiosos.—Concluye Cervantes en Valladolid la Primera parte del *Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha* y prepara su publicación.—Antecedentes y noticias.—Nacimiento de Felipe IV.—Ratificación de la paz con Inglaterra.—El embajador inglés.—Grandes fiestas.—Muerte del caballero D. Gaspar de Ezpeleta.—Molestias que ocasiona la Justicia con tal motivo á Cervantes y su familia.—Prisiones.—Arbitrariedad inicua de los procedimientos.—Amigos y conocidos de Cervantes.—Exacto cuadro de su hogar.—Vecinos que habitaban en la misma casa.—Examen del proceso.—Calumnia levantada por D.^a Isabel de Ayala contra Cervantes y su hija.—El probable matador de Ezpeleta.—Por qué la Justicia no le persiguió y torció el curso de las actuaciones.—Los alcaldes de casa y corte.—Publicación fiel é integra del proceso. (Véase el apéndice núm. 7) 341-371

Capítulo II. Donde se continúan examinando las informalidades del proceso. 372-387

Ilustraciones á los capítulos I y II 388-422

El proceso de Valladolid 391-408

Capítulo III. Publicación del Ingenioso Hidalgo "Don Quijote de la Mancha."

Prodigiosa acogida que obtuvo esta obra.—Ediciones que se hicieron en el primer año.—Notas y observaciones bibliográficas.—Desmientense los apasionados juicios de Lope de Vega.—Consideraciones generales sobre la Institución de la Caballería.—Nobleza y altos fines regeneradores que la inspiraban.—Cervantes no era enemigo de tan hermosas ideas.—Los libros caballerescos y su influencia en la opinión.—Hasta dónde llega contra ellos la invectiva de Cervantes.—Equivocaciones y errores propagados.—Se destruyen.—Corrupción social y política predominante cuando el Autor escribía.—Verdadera significación y tendencia de la sátira contenida en *Don Quijote*.—Su amplitud y majestuosidad.—Primordiales designios de Cervantes en la composición de su libro.—Nuestro dictamen acerca de su enseñanza y doctrina.—Originalidad y asombroso mérito de la invención.—Suposiciones que se han hecho respecto de los personajes á quienes se proponía ridiculizar Cervantes en persona de Don Quijote.—Se refutan.—No es el *Quijote* tampoco sátira particular contra la Inquisición.—Rasgos especiales que realzan al Ingenioso Hidalgo.—Identidad de dos grandiosos caracteres.—Reflexiones.—La poesía y la prosa de la vida.—Don Quijote y Sancho Panza, símbolos.—Equivocado concepto que se tiene del llamado *quijotismo*.—Lo que realmente significa esta palabra según el espíritu de la obra. 423-432

Capítulo IV. El "Quijote" como producción literaria. Su insuperable perfección.

La gran obra de Cervantes literariamente considerada.—Examen detenido de su plan y alcance.—Cervantes supo evitar los defectos en que incurrierían la mayor parte de los escritores españoles.—Fray Luis de Granada y Cervantes.—Su originalidad y maravillosa perfección de forma.—Propiedad de los caracteres creados por Cervantes; hermosura de las descripciones; gracia singular de la expresión.—Erróneos juicios de algunos críticos.—Superioridad del buen gusto de Cervantes.—Se adelantó á su siglo en escribir con método, discreción y filosofía.—Lo que verosímilmente representa cada per-

sonaje en la fábula.—Universal sentido crítico de la sátira.—Nuevos atributos y preciosidades que se descubren en ella en cuanto labor literaria.—El prólogo, obra admirable de gracia y naturalidad.—Comparación con otro de Lope, engendro de pésimo gusto.—Cómo excede Cervantes en fecundidad y altas intuiciones estéticas á sus más famosos escritores contemporáneos.—Censuras hechas por haber intercalado Cervantes en su *Quijote* la novela *El Curioso impertinente* y la historia del *Capitán cautivo*.—Refutación de tales reparos.—Defensa del procedimiento de Cervantes.—Cómo resplandece la moral en todas las páginas del *Quijote*.—Verdadera y única clasificación de esta obra.—La fábula del *Buscapié*.—El de que habló Ríos.—El que compuso Adolfo de Castro.—Falsedad de que lo escribiera Cervantes.—Destruyese por completo semejante ficción.—Gallardo y Ticknor . . . 433-441
Ilustraciones á los capítulos III y IV . . . 442-445

Capítulo V. La obra del Licenciado Alonso Fernández de Avellaneda.

Malas artes empleadas por los enemigos de Cervantes.—Aparece la continuación de un falso *Quijote* en Tarragona, compuesta por un escritor que ocultó su verdadero nombre.—Suposiciones desatinadas que se rechazan.—Verdaderas causas que motivaron la publicación del engendro de Avellaneda.—Fué producto de odios personales y de ruines venganzas.—Prólogo agresivo de dicha obra.—¿Quién fué su autor?—¿Quién se ocultó bajo el supuesto nombre de Alonso Fernández de Avellaneda?—Nada se ha podido dar por cierto.—Palabras de Cervantes al hablar del *Quijote* falsificado.—¿Supo quién fué el osado escritor?—Observaciones.—Opinión de Mayáns y Siscar, refutada.—Lo que dijo el P. Murillo.—Lo que creyeron Pellicer y Navarrete.—Atribúyese el seudo *Quijote* á Fr. Luis de Aliaga.—Lo que se ha escrito acerca de esto.—Estudios de D. Francisco M.^a Tubino.—Negó en absoluto que fuera Luis de Aliaga el autor del *Quijote* de Tarragona.—Indicaciones de Ceán Bermúdez, seguidas luego por D. Nicolás Díaz de Benjumea, acerca de Fr. Juan Blanco de Paz.—Nueva opinión que sostuvo más tarde Benjumea.—Lo que quiso probar D. Adolfo de Castro respecto de D. Juan Ruiz de Alarcón.—Refútase.—Recházanse igualmente las suposiciones lanzadas por Germond de Lavigne y D.^a Blanca de los Ríos, que aplican el *Quijote* de Avellaneda, respectivamente, á Bartolomé Leonardo de Argensola y al Mtro. Tirso de Molina.—Otras especies inadmisibles.—Alfonso Lambert.—Dictamen del Sr. Menéndez Pelayo.—Deficiencia manifiesta de sus presunciones.—Pobreza de argumentos.—Debilidad de sus pruebas. . . 446-456

Capítulo VI. ¿Fué Lope de Vega autor del falso Quijote?

Nuestra opinión sobre este punto desde 1877.—Favorable aceptación que tuvo.—Ilustres escritores nacionales y extranjeros que la han seguido.—Por qué creemos que fué Lope de Vega autor del falso *Quijote*.—Indicios, datos y pruebas en apoyo de nuestra inducción.—Disensiones entre Lope de Vega y Cervantes.—¿Cuándo y por qué empezaron?—Examen de esta cuestión.—Amores de Lope de Vega con Elena Osorio, hija del representante Jerónimo Velázquez.—Amistad de Cervantes con esta familia.—Algunos pormenores de aquella historia amorosa.—Sátiras de Lope contra su antigua querida y familia.—Proceso y destierro de Lope.—Publicación reciente de tan inestimable documento.—Importantes datos suministrados por D. Cristóbal Pérez Pastor.—Soneto de Cervantes en elogio de la *Dragonte*.—Relaciones ilícitas entre Lope y la comedianta Micaela Luján.—Escándalos á que esto dió margen.—Ruptura violenta de Lope con Cervantes.—Causas que pudieron determinarla.—Observaciones.—El anagrama de Canila Lucía la descifrado.—Nuevos datos acerca de las enemistades de ambos desde 1604 á 1609.—Intencionada

omisión que hizo el primero del segundo en el libro XIX de su *Jerusalem conquistada*.—Antecedentes y datos curiosos.—La publicación de *El Periplo* de Lope.—Lo que dijo sobre esta obra con mucho acierto Hartzenbusch.—Alusiones que contienen contra el referido libro y su autor el prólogo y los versos preliminares del *Quijote* de Cervantes.—Sonetos de Góngora sin razón atribuidos á nuestro Miguel.—Furor de Lope.—Indecencias é infamias que escribió contra Cervantes.—Guerra asquerosa de insultos . . . 457-469

Capítulo VII. Continúase examinando si Lope de Vega fué el autor del falso Quijote.

Favorable acogida de esta opinión, original nuestra.—Críticos y escritores nacionales y extranjeros que la han seguido y apoyado.—Reparos y censuras sin fundamento del Sr. Menéndez Pelayo. Se refutan.—Sus imprudentes palabras acerca de la Reforma.—Juicio que emitió sobre ellas el sabio profesor Diercks.—Aseveraciones equivocadas del Sr. Menéndez Pelayo sobre el comienzo de las enemistades entre Lope y Cervantes.—Inútiles esfuerzos por rehabilitar y dar notable valer literario al *Quijote* supuesto.—Nuevos datos que contribuyen á sostener nuestra afirmación.—Razones literarias que la confirman.—Observaciones respecto de los escritos en prosa de Lope.—Tiene evidente parecido el *Quijote* de Avellaneda en su estilo y manera literaria con las obras de aquél.—Examen del mérito inventivo de la malhadada continuación.—Deficiencias, inverosimilitudes, falsedades.—Rebajamiento y falta de fidelidad en los caracteres.—Grotescas caricaturas.—Ejemplos de pésimo gusto.—Don Quijote y Sancho adulterados.—Juicio general que merece la obra. Cuentos intercalados en el texto.—Su torpe exposición é inmoral enseñanza.—Se examinan y juzgan.—Indiferencia con que se ha tratado siempre el *Quijote* de Tarragona.—Número de ediciones.—Justo menosprecio del público 470-483

Capítulo VIII. Publica Cervantes la Segunda parte de su Quijote.

Falsedades que se han aventurado respecto de su originalidad.—Opinión de algunos apasionados defensores de Avellaneda.—La Segunda parte del *Quijote* de Cervantes es el modelo más acabado y majestuoso del habla castellana.—Su prólogo.—Nobleza con que contesta Cervantes á los improprios de su enemigo.—Están superiormente perfeccionados en la Segunda parte los tipos creados para la Primera.—Demuéstrase.—Excede también en originalidad la Segunda parte.—El Gobierno de Sancho Panza en la ínsula Barataria.—Su gran significación.—Enseñanza que contienen los sucesos acaecidos en el palacio de los Duques.—Continuaciones que se han publicado acerca de la vida de Sancho Panza.—Su desdichada inferioridad.—Elogio de los preciosos cuentos amorosos del pobre Basilio y la bella Quiteria y de D. Gregorio y la sin par Ana Félix.—Contraste entre estos bellísimos episodios y los torpes é inmorales relatos que ofreció Avellaneda en su engendro.—Realce moral de las doncellas y damas que presenta en escena Cervantes.—Síntesis de lo dicho.—Primeras ediciones de la Segunda Parte del *Quijote*.—Notas bibliográficas.—La gran obra de Leopoldo Ríos.—Número total de ediciones.—Dos notables obras sobre iconografía cervántica.—Nuevo libro que publicaremos . . . 484-491
Ilustraciones á los capítulos VII y VIII . . . 492-500

LIBRO IV Y ÚLTIMO.

Capítulo I. Último período de la vida de Miguel de Cervantes Saavedra.

Muere en Flandes el alférez Rodrigo de Cervantes.—Documento otorgado por sus hermanas Doña Andrea y D.^a Magdalena como herederas.—Infundada creencia de D. Aureliano Fernández-Gue-

rra respecto de haber estado en Sevilla Cervantes en 1606. Documento inaceptable en que se apoya. Vuelve la corte á Madrid. Cásase en 1607 D.^a Isabel de Saavedra con D. Diego Sanz del Águila. Escasez de datos acerca de este señor.—Tienen una hija, y llevó el mismo nombre que la madre.—Déjala D. Diego al morir, heredera de sus bienes.—Cervantes es no nbrado albacea de su nieta.—Contrae nuevo matrimonio D.^a Isabel con el agente de negocios, después escribano, Luis Molina.—Dótala su señor padre en dos mil ducados.—Partidas de desposorio y velaciones.—Capitulaciones matrimoniales.—La *Revista de Archivos*—D. Julio de Sigüenza y D. Cristóbal Pérez Pastor.—Amores de Cervantes en su juventud.—Quién fué la madre de D.^a Isabel.—Entra al servicio de su tía D.^a Magdalena la hija de Cervantes.—Ingresa ésta en el hogar paterno.—Generosidad de D.^a Catalina de Salazar.—Examen de documentos.—Fué Juan de Urbina fiador de Cervantes para el pago de los dos mil ducados.—Molina demandó á su suegro para el cobro en tiempo muy afflictivo para su espíritu.—Satisfizo el débito el fiador.—Convenio hecho entre Urbina y Cervantes.—La casa de la Red de San Luis.—Dilucidase este punto litigioso.—Lo más probable —Es incierto que Cervantes fuera el dueño de la finca.—Suposiciones hechas sobre el particular que no pueden aceptarse.—Ruptura de relaciones entre Cervantes y su yerno.—La avariciosa condición de éste.—Infiérese de los testamentos de Molina y D.^a Isabel que el matrimonio no fué feliz.—Ejemplos que lo manifiestan.—Reflexiones sobre el particular 501- 512

Capítulo II. Noticias importantes acerca de Cervantes y su familia desde 1608 á 1612.

Nuevas molestias que ocasionó á Cervantes el alcance de cuentas.—Documentos inéditos.—Ampliación de pormenores.—Bondadosa intervención de D. Julián Apráiz.—Curiosos datos que envió D. Tomás González á D. Martín Fernández de Navarrete.—Se publican.—Últimas notificaciones hechas para el cobro á Cervantes y á su fiador Don Francisco Suárez Gasco.—Liquidación del débito.—La Congregación de esclavos del Santísimo Sacramento.—Ingresa en ella Cervantes.—Muerte de su hermana D.^a Andrea.—Algunas noticias interesantes de su vida que revelan su carácter varonil.—Testamento otorgado, á favor de su hermano D. Francisco de Palacios, por la esposa de Cervantes.—Cuantía de sus bienes.—Cesión que hace de ellos en beneficio del dicho D. Francisco con aprobación y consentimiento de su esposo.—Algunos apuntes sobre el matrimonio.—Carácter y rasgos distintivos de D.^a Catalina.—Los últimos años de D.^a Magdalena Pacheco de Sotomayor.—Fué Doña Magdalena desgraciada en amores.—D. Alonso Pacheco de Sotomayor y D. Juan Pérez de Alcega.—Su ingreso en la Orden tercera de San Francisco.—Su testamento: su muerte.—Elogio de su virtuosa vida.—Resumen de sus actos de familia más relevantes 513- 521

Capítulo III. El Conde de Lemos y el Arzobispo Sandoval y Rojas, protectores de Cervantes.

Error cometido por un escritor contemporáneo de Cervantes al hablar del sétimo Conde de Lemos.—Se refuta —Embajada á Roma el año de 1600.—El sexto Conde de Lemos, virrey de Nápoles.—Poema ó Relación de Juan de Palacios Rubio —Datos biográficos del protector de Cervantes —Su importancia política.—Gran cariño que le profesó su tío y suegro el Duque de Lerma.—Altos cargos que desempeñó.—Muerte del hermano menor del de Lemos, Conde de Gelves.—Es nombrado D. Pedro Fernández de Castro virrey y capitán general del reino de Nápoles —Despedida cariñosa que le

hicieron los cortesanos.—Su gobierno feliz y tranquilo.—Carácter especial de la corte del virrey.—La Academia de los *Ociosos*.—Sus tareas literarias. Sus sesiones: sus poetas.—Los Argensolas.—Mira de Amézcuca.—Elegía de Bartolomé Leonardo en alabanza del Conde de Gelves.—Otras poesías leídas en la Academia.—Algunas distracciones impropias de aquélla.—Pasillo bufo.—Lo que dice acerca de él D. Diego Duque de Estrada.—Sucesos de más resonancia durante la Gobernación del Conde.—Indiferencia del magnate hacia Cervantes.—Conducta censurable de los Argensolas.—Justísimas quejas que consignó Cervantes en el *Viaje del Parnaso*.—Cómo se suavizaron las asperezas y se decidió el Conde á proteger á Miguel.—Cómo pagó á su protector con inmortales alabanzas sus bondades.—El arzobispo de Toledo, Sandoval y Rojas.—Su gloriosa memoria.—Recuerdos de su Pontificado.—Elogio de sus virtudes.—Su espíritu caritativo para con Miguel de Cervantes 522- 540

Capítulo IV. Miguel de Cervantes creador de la Novela española.

Período de gestación de las novelas.—Revisión y perfeccionamiento de los antiguos borradores.—Decídese á publicar una serie escogida.—Preliminares y convenios.—Mezquina cantidad en que vendió la propiedad de las *Novelas ejemplares*.—Documentos publicados sobre este punto por Pérez Pastor.—Cervantes jornalero intelectual.—Libros de entretenimiento anteriores á las *Novelas ejemplares*.—Originalidad de Cervantes.—Fué el creador de la verdadera novela española.—Apreciaciones generales sobre su famosa colección.—Los novelistas italianos.—Superioridad de Cervantes respecto de ellos.—Grandes facultades de su talento para el cultivo de la novela.—Juicio crítico de las trece que de él se han publicado.—Curiosas observaciones.—Injustas presunciones de algunos escritores.—Sospechas infundadas.—Se refutan —Novelistas posteriores á Cervantes.—Nota bibliográfica de las primeras ediciones de las *Novelas*.—El mejor juicio crítico que se ha escrito acerca de ellas 541- 557

Capítulo V Los dos postreros años de la vida de Miguel de Cervantes. Sus últimas obras. Su muerte.

Publicación del *Viaje del Parnaso*, poema satírico.—Ingeniosa tendencia de esta obra.—Elogio que de ella hizo Quintana —¿Por qué la dedicaría Cervantes á D. Rodrigo de Tapia? Noticias acerca de este nuevo Mecenas.—Poesía que escribió Cervantes en loor de Santa Teresa.—Colección de *Comedias y entremeses* de Cervantes, publicada por el librero madrileño Juan de Villarroel.—Curioso documento.—Observaciones críticas.—Bibliografía. Exceso de trabajo intelectual.—Cervantes hermano de la Orden tercera de San Francisco.—Situación de Cervantes á los 69 años de edad.—Socorros que recibe del Arzobispo de Toledo y del Conde de Lemos.—Su continua labor literaria.—Cae enfermo.—Diagnóstico de su dolencia.—Su gran corazón.—Dictamen científico del Dr. Gómez Ocaña.—Cartas inmortales que perpetúan su noble gratitud.—Un viaje á Esquivias: con qué donaire lo refiere.—Su postrera voluntad.—Recibe la extremaunción —Su muerte —Su sepultura.—El Convento de las Trinitarias.—Tristes consideraciones.—*Persiles y Sigismunda*.—Datos curiosos y ciertos acerca de la familia de Cervantes después de su fallecimiento. 558- 571

EpÍLOGO por el Excmo. Sr. D. Juan Fastenrath I-VII

ARTÍCULO CRÍTICO de *La Nouvelle Revue*, por Monsieur Paul Mirannes VII-X

APÉNDICES XI- XV

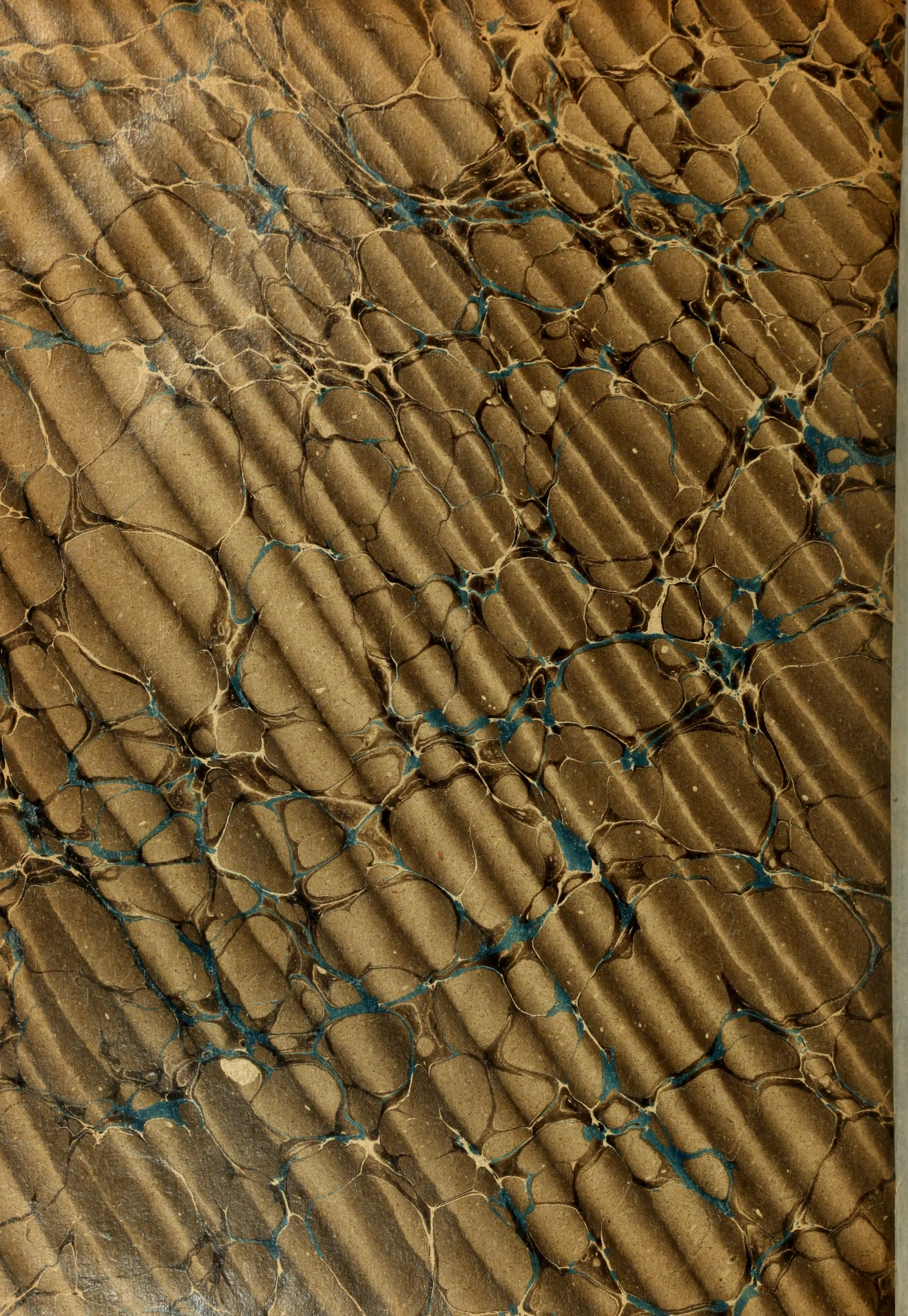
INDICE de Libros y Capítulos. XVII-XXII

ERRATAS más importantes XXIII

ERRATAS MÁS IMPORTANTES

Página	Línea	Columna	Dice	Debe decir
XIV (Pról.)	8		Isidro de Noboa	Rosendo Nobas
XVIII »	41 y 42		capítulo LXVII y LXVIII	capítulo XLVII y XLVIII
XXIII »	3		proque	porque
35	38	2. ^a	Neminen	Neminem
50	16	»	Andrés	Martín
71	7	» (Nota)	prefección	perfección
74	9	1. ^a	Duffiel y Wast	Duffield y Watts
86	9		Werneke	Wernekke
103	5	2. ^a (Nota)	Condes del Castillo	Condes del Castrillo
121	25	1. ^a	placas	placas
132	50	»	vuelva allá	vuelve allá
134	15	2. ^a (Nota)	Pero la	Pero hay
137	32	»	Juan de las Cuevas	Juan de la Cueva
153	40	1. ^a	Cebrio Cerbellón	Gabrio Cerbellón
175	21	» (Nota)	Fernández de Oviedo	Fernández de Córdoba
191	34	»	Virgen Santísima	Virgen Santísima María
229	15	» (Nota)	Literatura en París	Literatura española en París
230	5	2. ^a	<i>proternupcias</i>	<i>propter nuptias</i>
264	54	»	Monlla	Montilla
268	46	1. ^a	Cerdeña	Cerdaña
286	45	2. ^a	Cerdeña	Cerdaña
296	4	» (Nota)	o c L	ocho
328	47	1. ^a	Loaysa	Carrizales
338 y 339			Bartolomé del Pedroso	Bernabé del Pedroso
347	8	» (Nota)	del cardenal Granvela	del Nuncio del Papa
362	16	2. ^a	Penlin	Peralta
363	43	»	Llamáse	Llamábase
364	12	1. ^a	bedija	vedija
377	17	2. ^a	trasar	tratar
387	34		al Secretario Santoyo	al secretario Mateo Vázquez por el licenciado Santoyo
415	3	»	Gravela	Granvela
460	7	»	cofirma	confirma
470	20		Wihlen	Wilhelm
481	20	1. ^a	recienparida	recién parida
496	15	2. ^a	Alonso	Álvaro
504	17	1. ^a	dos hijas	otra hija
523	14 (Sum.)		suavisaron	suavizaron
III (Epíl.)	37	»	vascuense	vascuence
V »	7 (Nota)	2. ^a	vacía	bacía
VI »	39	1. ^a	64	67
IX »	5	»	San Pedro	Santa María
XII (Ap.)	54	»	y sería	y ¿no sería

Estas erratas no han salido en todos los pliegos, por haberse notado después de empezada la impresión



LS
C419
.VLe

545018

Cervantes Saavedra, Miguel de

León Máinez, Ramón
Cervantes y su época.
v.2.

DATE.

NAME OF BORROWER.

Méndez

University of Toronto
Library

DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET

Acme Library Card Pocket
LOWE-MARTIN CO. LIMITED

